

ANTONIO DE TORQUEMADA

OLIVANTE DE LAURA



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

PARA preparar esta sencilla edición de *Olivante de Laura* me he basado en los dos ejemplares de la primera (Barcelona-1564, por Claude Bornat) hoy accesibles *on line*: el de la BNE (R/3364) y el de la Bbtca. de Catalunya (Bon. 9-IV-9), entre los cuales no he observado diferencia significativa alguna. El primer borrador lo obtuve valiéndome de un *software* de reconocimiento de texto (OCR), que no es muy apropiado para textos tan antiguos, así que luego fui depurando los infinitos errores mediante dos procesos completos de contrastación del resultado con los originales.

Aquella primera edición de *Olivante* contiene 253 folios de texto a doble columna, anteceditos de la Dedicatoria a Felipe II (firmada por el impresor) y un extenso Prólogo «del Auctor, dando razón qué causa le haya movido a divulgar esta excelente historia». Son pocas las erratas, y el mayor problema lo plantea, como siempre, la sintaxis. He procurado intervenir en ella lo mínimo posible y limitándome a los casos en que podía inducir a confusión al lector. Cuando he intervenido en el texto, dejo nota de la lectura primitiva.

En la Dedicatoria, Claude Bornat admite no ser el autor de «esta dulce historia de *Olivante de Laura*»; sólo que «entre otros libros antiguos de Francia truje y la hice traducir de lengua griega en castellana pareciéndome que era digna de venir a las reales manos de V.M. por que con ella tuviese alguna recreación y entretenimiento». Pero en los círculos literarios debía ser conocido que el autor fue el humanista Antonio de Torquemada, también autor del exitoso *Jardín de flores curiosas* (Salamanca-1570), como reveló Cervantes en el «donoso y grande escrutinio» que el cura y el barbero hicieron de los libros de don Quijote:

— ¿Quién es ese tonel? —dijo el cura.

— Éste es —respondió el barbero— *Don Olivante de Laura*.

— El autor de ese libro —dijo el cura— fue el mismo que compuso a *Jardín de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o, por decir mejor, menos mentiroso. Sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante. (*dQ1-6*)

Torquemada falleció en 1569, y sus hijos Luis de Torquemada y Jerónimo de los Ríos asumieron la publicación de sus últimas obras. En 1585, éstos decidieron reclamar la autoría de *Olivante* en favor de su padre, por cuanto

antes de lo imprimir se le tomó ascondidamente Alonso del Castillo de Lira, vecino de la ciudad de Toledo, el cual, sin su licencia... le imprimió en la ciudad de Barcelona en la casa y emprenta de Claudio Bornat... E agora nosotros pretendemos querellar del susodicho por haber tomado el dicho libro y haberle hecho imprimir, y demás, hacelle castigar por el dicho delito e pedir que nos pague el aprovechamiento que a tenido dél y el daño que nosotros hemos recebido.

De la documentación localizada por Fernando Bouza se deduce la intención que los herederos tenían de volver a estampar *Olivante de Laura* en la imprenta toledana de Juan Rodríguez, a quien planeaban vender los derechos de autor. No hay constancia de que esa edición viese la luz ni de que tuviese éxito la reclamación de los hijos de Torquemada; pero quizá sí hubo reedición, y si entonces se recreció con «la cuarta parte desta historia» que se promete al final de la de Barcelona, podría justificar el calificativo de «tonel» que le aplicó Cervantes junto con el de «disparatado». Ambos calificativos resultan un tanto crueles para *Olivante de Laura*, tan verosímil como cualquier otro del género caballeresco y de menor tamaño del habitual.

Por cierto, bien pudo ser que Cervantes se inspirase en la «extraña aventura que en el camino halló» Olivante (cap. III-VII) para «la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto» a don Quijote (*dQ1-19*), cuando él y Sancho «descubrieron hasta veinte encamisados, todos a caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto».

Enrique Suárez Figaredo
Barcelona, febrero 2021

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

Cap. I. Cómo el rey Aureliano fue casado con la reina Rosiana, y de una estraña aventura que a la corte vino

Cap. II. Cómo, partiendo el rey Cosmalíel del reino de Samaria con una gran flota y armada contra el rey de Tracia, con una gran tormenta arribó desbaratado en el reino de Macedonia

Cap. III. De la gran destrucción que el rey Cosmalíel y el príncipe Cosmalín en la ciudad de Brisea hicieron, y cómo della el rey Aureliano y la reina Rosiana se salvaron

Cap. IIII. Cómo el príncipe Cosmalín quedó por rey en la ciudad de Brisea, y cómo la reina Rosiana parió un hijo en una floresta

Cap. V. Cómo el rey Aureliano llegó donde la reina estaba, y cómo por una estraña aventura perdieron el doncel que la reina había parido

Cap. VI. Cómo llegando el rey y la reina a la villa de Briana, juntando sus huestes, fue desbaratado el rey Cosmalín, huyendo en una galera, y lo que después desto en el reino de Macedonia aconteció

Cap. VII. A dónde fue llevado el doncel que la reina parió, al cual pusieron nombre Olivante de Laura, y de qué manera fue criado

Cap. VIII. cómo yendo Olivante de Laura a caza de monte se perdió de los suyos y halló dos barcas a la ribera del mar en que tres jayanes traían presos dos caballeros, y de la huida de un escudero que con ellos venía

Cap. IX. Cómo los caballeros que venían presos en poder de los jayanes eran el rey Aureliano de Macedonia y el emperador de Constantinopla, y quién eran los jayanes y la gran traición con que los prendieron

Cap. X. Cómo Olivante se combatió con Argilón y Branfor, y después de haberlos muerto se metió en la mar en seguimiento de Ganimar, que llevando al emperador Arquelao y al rey Aureliano presos, había huido con ellos

Cap. XI. Cómo y de la causa por que Olivante de Laura se combatió con un caballero Arlistar llamado, en la cual le venció, y de lo que más avino

Cap. XII. Cómo por una aventura que a Olivante de Laura y a Grisalter de Suecia les avino se apartaron por diversos caminos, y de cómo Olivante se halló con la sabia Hipermea y de lo que más adelante a Olivante le aconteció

Cap. XIII. Cómo Olivante encontró a Ganimar en un barco en la mar, y de la peligrosa batalla que con él hubo, en la cual le venció, y cómo allegó a la isla de los Cinco Peñones

Cap. XIII. De qué manera era situado el castillo de los Cinco Peñones, y de la temerosa y espantable batalla que Olivante de Laura hubo con el dudado y fiero jayán Buciferno, en la cual le venció, y del peligro que después por su muerte le fue sucedido

Cap. XV. Cómo estando en una peligrosa batalla Olivante de Laura con los caballeros del jayán Buciferno fue socorrido por tres caballeros

Cap. XVI. De la estraña aventura que hizo partir a Olivante de Laura de la isla y castillo de los Cinco Peñones, y de lo que el Emperador y el rey después de su partida hicieron

Cap. XVII. Cómo venido Castidel de la isla de Finaria con quinientos caballeros que el gobernador le dio, dejando el recaudo que fue menester en la isla de los Cinco Peñones, se partieron para sus reinos el Emperador y el rey Aureliano con muy crecida alegría

Cap. XVIII. Cómo Olivante libró una doncella que cuatro caballeros llevaban forzada, y de la batalla que hubo con un caballero que después conoció ser Peliscán, hijo del duque Armides, y de lo que más les avino

Cap. XIX. Que habla de la isla de Landas, y cómo Tirses, hijo del rey Tirsiano, mató a su padre sin conocerlo, y de lo que más avino

Cap. XX. Cómo murió el rey Tirsiano, y cómo por causa de su muerte fueron encantados Tirses y Tirseida en la huerta del castillo, que de allí adelante fue llamada el Purgatorio de Tirses

Cap. XXI. Cómo Olivante se probó en la aventura del Purgatorio de Tirses, y de las estrañas cosas y de gran espanto que dentro en el castillo por él fueron vistas

Cap. XXII. Cómo Olivante vio maravillosas cosas en sueños en el Castillo Encantado, y de cómo, cobradas las armas y el caballo de Tirses, se tornó donde Peliscán y los otros caballeros esperaban

Cap. XXIII. Cómo Olivante de Laura y Peliscán se partieron del castillo de los Secretos de Amor, y lo que más les avino yendo por la mar adelante

Cap. XXIII. Cómo Olivante, disfrazado en el hábito de Silvano, se fueron los dos a la corte, y de lo que con la princesa Lucenda y la infanta Galarcia pasaron

Cap. XXV. De lo que Olivante y Silvano hicieron después que de la huerta salieron, y de lo que la princesa Lucenda y la infanta Galarcia pasaron

Cap. XXVI. Cómo Olivante y Peliscán llegaron al paso que Fermusio Troyano defendía, y después de haberlo ganado justó con los tres caballeros cortesanos, y de lo que más avino

Cap. XXVII. Cómo Olivante justó con muchos caballeros de la corte, y de cómo Silvano se fue donde las princesas estaban y de lo que con ellas en respuesta de su cormano Sileno estuvo hablando

Cap. XXVIII. Cómo Olivante justó con el príncipe Grisalter de Suecia y con otros caballeros, y de lo que Silvano y Sileno tornando a la huerta pasaron con las princesas

Cap. XXIX. Cómo la princesa y la infanta habiendo oído a Sileno, bajaron donde estaba, y de las cosas que con él y con Silvano pasaron

Cap. XXX. Cómo Olivante se salió de la huerta, y de lo que Peliscán, sintiendo su tardanza, en este tiempo hizo

Cap. XXXI. Cómo Olivante fue conocido del emperador Arquelao, y del placer que él y todos los de la corte sintieron

Cap. XXXII. Que cuenta de las fiestas que en la corte se hacían por la venida de Olivante, y de lo que más sucedió

Cap. XXXIII. Cómo Olivante de Laura se combatió con el jayán Boraldo Dragontino y lo mató, y cómo se fue a cumplir un don a una doncella que el jayán le había prometido

Cap. XXXIII. De la estraña aventura que vino a la corte del Emperador, llamada la aventura de los Donceles, y en que se cuenta la causa della

Cap. XXXV. Cómo Silvano se queja de la crueldad del amor, y cómo se probó en la aventura de los Donceles y de la manera que le avino

Cap. XXXVI. Cómo Silvano desencantó a la princesa Menandra y el Emperador le armó caballero, y de lo que más avino

Cap. XXXVII. Cómo después que Silvano fue armado caballero se partió con el duque de Calés, y de las cosas que en este tiempo en la corte del Emperador avinieron

Cap. XXXVIII. De lo que después de la partida de Silvano se hizo en la corte del Emperador

Cap. XXXIX. Cómo Silvano llegó a la Pequeña Bretaña y libró al rey de la prisión donde estaba encantado

Cap. XL. De lo que se hizo en la Pequeña Bretaña después que el rey fue desencantado

LIBRO SEGUNDO

Cap. I. Cómo Olivante se combatió con un caballero llamado el infante Aliazar, y quedando entrambos amigos, se combatieron con otros caballeros de un castillo

Cap. II. Cómo Olivante se combatió con los caballeros del castillo, y de lo que más sucedió

Cap. III. Cómo yendo Olivante y el infante Aliazar por la mar aportaron a la isla de la Ventura, y de lo que en ésta les sucedió con el fuerte Brandarque

Cap. IIII. Cómo Olivante, llamado el Caballero del Corazón Partido, en compañía del rey de Hungría y del infante Aliazar llegó a la Casa de la Fortuna

Cap. V. Cómo Olivante se combatió contra las guardas de la Casa de la Fortuna

Cap. VI. Cómo el Caballero del Corazón Partido entró en la Casa de la Fortuna, y de los grandes secretos y cosas maravillosas que en ella había

Cap. VII. De las palabras que entre la Fortuna y la Muerte pasaron, y cómo fueron despartidas por el Tiempo

Cap. VIII. Cómo el Caballero del Corazón Partido se fue con el rey Polidro hasta el reino de Hungría, y de lo que en el camino les avino

Cap. IX. De la cruel y reñida batalla que hubo entre Olivante y el caballero extraño, y cómo sobreviniendo los caballeros que huyeran del castillo contra ellos, les fue forzado dejarla

Cap. X. Cómo estando los tres caballeros en muy gran peligro de muerte fueron socorridos por dos caballeros que en aquella necesidad los ayudaron, y de quién era el caballero extraño

Cap. XI. Cómo Peliscán y Grisalter de Suecia y Aliazar justaron con doce caballeros por causa de unas doncellas, y de lo que entre Peliscán y una dellas pasaron

Cap. XII. Cómo Olivante y sus compañeros supieron la traición que contra el rey Aureliano se aparejaba, y cómo partieron del castillo con propósito de remediarlo

Cap. XIII. Cómo los cuatro caballeros socorrieron al rey Aureliano, y del suceso de la batalla en la cual el conde de Altarroca y los jayanes Brumarco y Arfasán y Sarpilo fueron muertos

Cap. XIII. Cómo Olivante fue conocido por hijo del rey Aureliano, y de las grandes cosas que sobre ello pasaron con la venida de la gran sabia Hipermea

Cap. XV. De lo que el Caballero de la Garza en la ciudad de Brisea hizo, y de lo que más sucedió

Cap. XVI. De la estraña aventura que al infante don Rosanel de Briana acaeció después que de la corte salió

Cap. XVII. De la batalla que don Rosanel con el bravo y feroz Arcanor, rey de Susia, tuvo por libertar a la infanta Danisea

Cap. XVIII. Cómo Darisio llegó a la corte del emperador Arquelao, y de lo que con él y con la princesa pasó

Cap. XIX. Que habla de ciertos caballeros que a la ciudad de Constantinopla vinieron, y de la intención que traían

Cap. XX. Cómo don Padasán de Lidia vino a la corte del rey Aureliano, y de lo que sucedió en la batalla que con Olivante tenía aplazada

Cap. XXI. Cómo, después que se fue don Padasán, Olivante se salió de la corte, y de lo que en ella después se hizo

Cap. XXII. Cómo el Caballero de la Garza yendo con las doncellas, les cumplió el don que les prometiera, y de lo que más avino

Cap. XXIII. Cómo yendo el infante don Rosanel de Briana y la princesa Danisea por la mar se vieron en muy gran peligro de muerte y al fin fueron presos

Cap. XXIII. Cómo Olivante socorrió al príncipe Agrestes y al duque Tesaliano, y de una carta que Darisio le dio de la princesa Lucenda

Cap. XXV. Cómo la sabia Zerisa llegó encubiertamente a la corte del Emperador, y cómo por su consejo y ayuda el Emperador y princesa y infantas fueron presos

Cap. XXVI. Cómo sintiéndose el Emperador preso habló con Brumesta, y del llanto que la princesa y infantas en la nao iban haciendo

Cap. XXVII. Cómo en la ciudad de Constantinopla se supo de la prisión del Emperador, y de lo que sobre ello se hizo

Cap. XXVIII. Cómo el Emperador fue socorrido por la sabia Hipermea con el duque Armides y con los seis caballeros imperiales

Cap. XXIX. De la vida que el buen caballero Silvano pasaba en la isla deshabitada

Cap. XXX. De la estraña aventura que le acaeció a Silvano en la isla deshabitada, y del fin della

Cap. XXXI. Cómo yendo la infanta Clarista en poder del jayán Barloto, por una estraña aventura se vio fuera

Cap. XXXII. Cómo la nao en que el Emperador iba con todos los otros caballeros, dejando a la sabia Hipermea en la isla de Laura, con gran tormenta aportaron en el reino de Persia, y de lo que más sucedió

Cap. XXXIII. cómo Olivante topó con el gigante Madasir, y lo que con él le avino por librar a la infanta Galarcia

Cap. XXXIII. Cómo el príncipe Olivante de Laura se combatió en muy peligrosa batalla con el Caballero de la Garza sin conocerse, y de lo que más avino

Cap. XXXV. Cómo el Emperador con los seis caballeros hubo una peligrosa batalla con los caballeros del rey Anaxerses de Persia, y del gran peligro en que se vieron

Cap. XXXVI. Del socorro que hicieron ciertos caballeros al Emperador estando en gran peligro, y cómo el rey de Persia y el príncipe Meliades fueron presos

Cap. XXXVII. De lo que el duque Armides hizo después que dejó los caballeros que al Emperador socorrieron

Cap. XXXVIII. Cómo el Emperador supo que el Castillo Deleitoso era tomado, y cómo llevando presos aquellos reyes y príncipes se embarcaron y llegaron a la isla de los Cinco Peñones

Cap. XXXIX. De cómo Brimalte de Asiria libertó al príncipe don Rosanel, y cómo ambos fueron en seguimiento del Emperador

Cap. XL. Cómo yendo las naos en que el Emperador iba la vía de la isla de Laura arribaron a la isla de la Fortuna, y de lo que en ella hicieron

Cap. XLI. Cómo el Emperador con todos aquellos caballeros entraron en la Casa de la Fortuna, y de los grandes secretos que en ella vieron

Cap. XLII. Cómo las cuatro naos llegaron a la isla de Landas, y de la grande y reñida batalla que entre dos caballeros delante del castillo de los Secretos de Amor se hizo

Cap. XLIII. Cómo el Emperador y todos aquellos caballeros entraron en la huerta y hubo fin la aventura del castillo de los Secretos de Amor

Cap. XLIII. De lo que después de fenecida la aventura el príncipe Olivante hizo, y de lo que con la princesa Lucenda pasó después que con el sabio Arsímenes hablaron

Cap. XLV. Cómo después que el sabio Arsímenes habló al Emperador y le dijo lo que había de hacer, todos aquellos caballeros fueron desencantados, habiendo fin la aventura del castillo, y de la venida de la sabia Hipermea a la isla de Landas

Cap. XLVI. Del concierto que se hizo entre el Emperador y el rey de Persia y el duque Armides, y de cómo se hicieron los casamientos de los príncipes y dos infantes

Cap. XLVII. De una estrana aventura por la cual Olivante de Laura y Grisalter de Suecia se salieron del reino de Landas, y de lo que el Emperador después dellos idos hizo

Cap. XLVIII. de la partida del Emperador de la isla de landas a Constantinopla, y de lo que después de su llegada se hizo

LIBRO TERCERO

Cap. I. De la batalla que Olivante y Grisalter de Suecia con Tambrino y sus compañeros hubieron, y de la gran ferocidad de un monstruo que hallaron

Cap. II. Cómo Olivante combatiéndose con el monstruo le venció, y de lo que él y Grisalter en la casa del valle hallaron

Cap. III. Del fin que hubo la batalla de Olivante y del monstruo llamado Bufalón el Espantable, y de lo que más sucedió

Cap. IIII. Cómo los dos príncipes aportaron en la Pequeña Bretaña, y de lo que en aquel reino les avino

Cap. V. Cómo por medio de Olivante el rey Daristeo y el rey Carnabor se concertaron y el rey Carnabor fue suelto de la prisión

Cap. VI. Cómo la princesa Menandra fue desposada con el príncipe Grisalter de Suecia

Cap. VII. Cómo Olivante de Laura, llamándose el Caballero de la Luna, llegó a la ciudad de Babilonia, y de la estrana aventura que en el camino halló

Cap. VIII. Cómo Olivante supo la causa de la aventura y se fue con la duquesa Artaida a la ciudad de Babilonia

Cap. IX. Cómo el Caballero de la Luna y el fuerte Brontanar de Arcadia hicieron batalla, y del fin que hubo

Cap. X. Cómo el Caballero de la Luna y el Caballero del Águila se conocieron, y del gran contentamiento y alegría que sintieron y de lo que más pasaron

Cap. XI. De la aventura que acaeció al príncipe Orizes y la infanta Briseida, y lo que los cuatro caballeros del castillo hicieron

Cap. XII. Cómo el príncipe Peliscán mato a Alimarán y libró a la infanta Briseida, y de las cosas que con ella sobre sus amores pasó y de lo que más avino

Cap. XIII. Cómo el Soldán supo la liberación de la infanta Briseida, y cómo ella y la duquesa de Torbalán se descubrieron sus amores, y de la orden que en ellos dieron

Cap. XIII. Cómo el rey de Damasco, llamado Vitoraldo, y el almirante Marfiro sintiendo los amores de la infanta, quisieron matar a Peliscán, y del gran peligro en que los cuatro caballeros se vieron y cómo sacaron a la infanta Briseida y a la duquesa de Torbalán

Cap. XV. De la aventura que a los cuatro caballeros en el camino les avino, y cómo se retrujeron a un castillo, y de lo que más pasó

Cap. XVI. Cómo Olivante armó caballero a Darisio y a otros escuderos, y del gran combate que el Soldán hizo dar al castillo

Cap. XVII. Cómo, no cesando los combates del Soldán, el buen caballero Darisio salió del castillo a buscar algún socorro, y de lo que le sucedió

Cap. XVIII. De la aventura que al buen caballero Darisio le acaeció después que partió del castillo de Aspizel

Cap. XIX. Cómo fueron socorridos Olivante y sus compañeros saliendo del castillo de Aspizel, y de la manera que fueron libres del peligro en que estaban

Cap. XX. Del concierto que se hizo entre el rey Armides y el príncipe Orizes, y de la muerte del Soldán de Babilonia

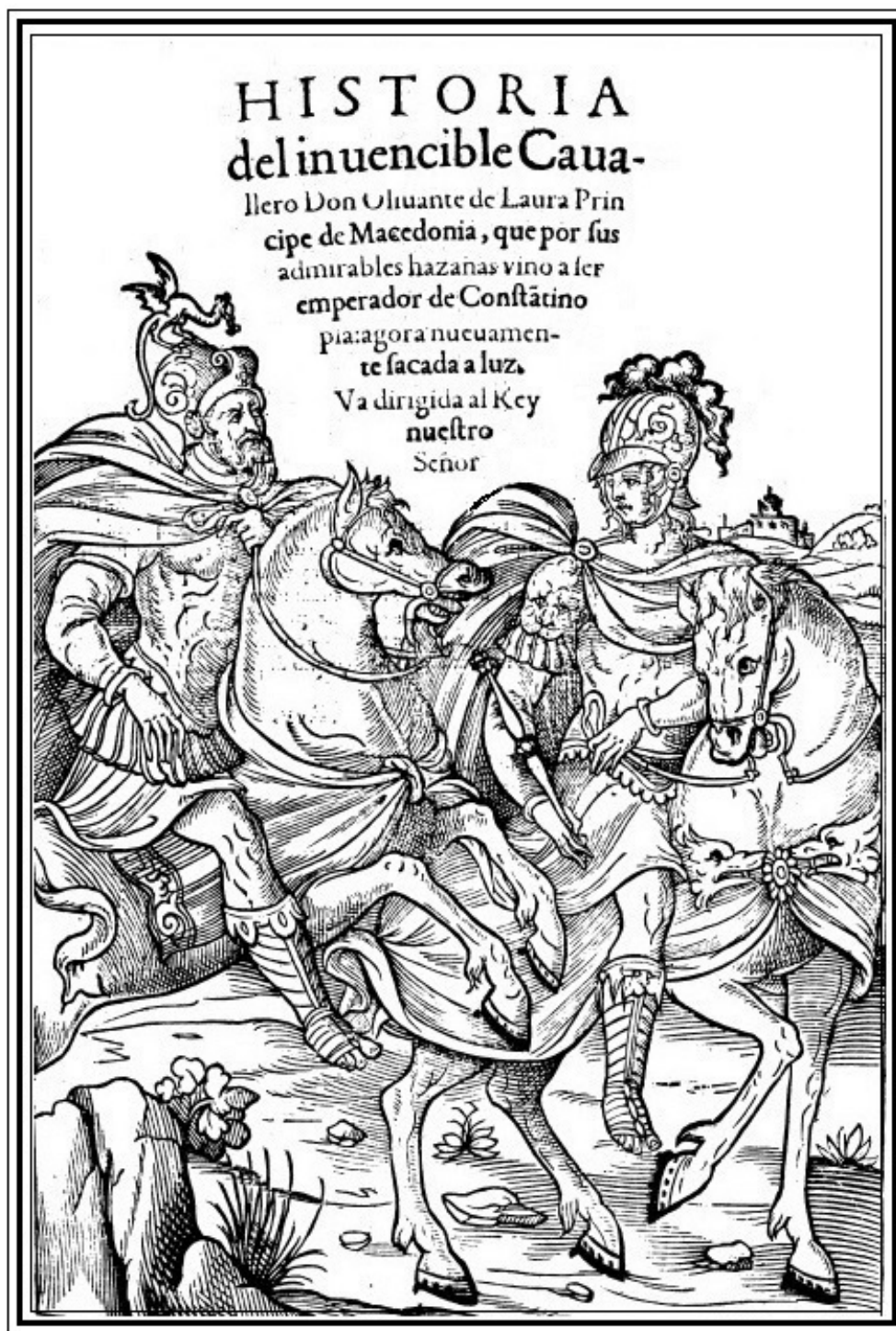
Cap. XXI. Cómo Olivante partiendo del reino de Fenicia, encontrando en la mar la armada de Silvano, se concertaron de ir a socorrer al rey don Rosanel contra el rey Arcandolfo de Susia

Cap. XXII. Cómo el rey don Rosanel fue socorrido, y del fin que hubo la batalla que tenía con el rey Arcandolfo

Cap. XXIII. Cómo Olivante y sus compañeros se partieron de Creta para Constantinopla, y cómo por una aventura se toparon con el emperador Arquelao en una floresta y allí fue descubierto ser su hijo el buen caballero Silvano

Cap. XXIII. Cómo Darisio fue con las nuevas de lo que pasaba a la ciudad de Constantinopla, y de lo que con la princesa y con la infanta Galarcia pasó

Cap. XXV. De cómo hubo fin la batalla de Darisio con los caballeros de la tienda, y cómo el rey Tirses y el príncipe Meliades fueron después socorridos en un gran aprieto en que estaban, y de lo que más avino



En Barcelona por Claudio Bornat
 al Aguila fuerte. 1564

✠ Con priuilegio Real por diez años. ✠

NOS DON FELIPE,

por la gracia de Dios rey de Castilla, de Aragón, de León, de las dos Sicilias, de Hierusalem, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las islas Indias y Tierra Firme del mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, conde de Barcelona, de Flandes y de Tirol, señor de Vizcaya y de Molina, duque de Atenas y de Neopatria, conde de Rosellón y de Cerdaña, marqués de Oristán y de Gociano:

POR cuanto por parte de vos Claudio Bornat, librero y impresor de la nuestra ciudad de Barcelona, nos ha sido hecha relación que queréis imprimir a vuestra costa el *Caballero don Olivante de Laura*, hasta agora no impreso, suplicándonos que, atendidos los muchos gastos que en esto se ofrecen, os diésemos licencia, permiso y facultad de poderlo imprimir, y prohibir que ninguno por el tiempo a Nos bien visto lo pueda imprimir ni vender sino vos o quien vuestro poder tuviere. E Nos, vista la relación de los Inquisidores de Barcelona y de fray Joan Mata, prior del Monesterio de La Merced, que reconoció el dicho libro por mandado de los Inquisidores, por lo que consta que el dicho libro es aprobado, lo habemos tenido por bien. Por ende,¹ con tenor de las presentes, de nuestra cierta sciencia deliberadamente y consulta damos licencia, permiso y facultad a vos, dicho Claudio Bornat, que podáis imprimir en la dicha ciudad de Barcelona y en otra parte por tiempo de diez años el dicho libro *Don Olivante de Laura*. Y mandamos por las mismas presentes a cualesquier impresores y libreros, so incorrimiento de nuestra ira e indignación y pena de mil florines de oro de Aragón del que lo contrario hiciere exigideros, a nuestros cofres reales aplicaderos, y de perder los moldes y libros del que los imprimiere y en su poder o de cualquier otro se hallare que lo hayan impreso, que ellos ni otra persona alguna, sin vuestro poder y voluntad expresa, no pueda imprimir ni vender el dicho libro por tiempo de diez años. Y mandamos a todos cualesquier oficiales y súbditos nuestros mayores y menores a quien pertenezca, so las penas susodichas, que a vos dicho Claudio Bornat guarden y observen la presente nuestra licencia, permiso y facultad y todo lo en ella más claramente y distintamente contenido. Dat. a 7 de marzo, año de Nuestro Señor MDLXIII.

YO EL REY

Por mandado de Su Majestad,
MIGUEL GORT

¹ Por tanto.

AL SERENÍSIMO, CATÓLICO Y MUY PODEROSO SEÑOR DON FILIPO II, POR LA DIVINA CLEMENCIA REY DE LAS ESPAÑAS, PROTECTOR Y RESTAURADOR DE LA FE

TODOS deben servicio a V.M., así por la grandeza del estado, que es la mayor que príncipe en el mundo tiene, como por las heroicas y reales virtudes que en V.M. tanto resplandecen, en especial la justicia y religión, que en estos tiempos tan necesarias son a los príncipes. Es cosa por cierto dignísima de grande loor y admiración, y de que todos alaban a Nuestro Señor, así los que son vasallos de V.M. como los de otros reinos y naciones, que de otra cosa no hablan sino de la quietud, paz y sosiego que hay por la grande observación de la justicia en todos sus reinos y señoríos. ¿Qué diré de la religión? La cual tanto florece por el continuo cuidado que V.M. tiene de defenderla, que bien se puede decir con verdad que sólo V.M. es hoy el escudo de la cristiandad, en el cual todos con mucha razón tienen sus ojos puestos, con particular obligación de rogar a Dios por la vida de V.M. y de hacerle todo servicio. Y principalmente aquellos tienen mayor obligación de servirle que profesan letras, pues son tan favorecidos de V.M., y no sólo los hombres doctos y de excelentes ingenios, mas aun los que con su trabajo, industria² y costa procuran de ilustrar aquéllas y sacar a luz auctores nunca vistos ni oídos. Y entre otros, aquellos que tratan de cosas militares y contienen³ hechos heroicos de reyes, príncipes, capitanes y caballeros fortísimos; los cuales, como decía Demetrio Falereo a Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, deben leer los príncipes, porque en ellos hallarán la verdad sin que se la digan y lo que conviene al bien público y buen gobierno de sus reinos y a verdadero acrecentamiento de su fama y honra; y aun hallarán cosas tan excelentes, útiles y necesarias de ser sabidas, las cuales los privados ni quieren decir ni osan advertir. Y ¿qué cosa hay más digna de ser leída de los reyes que la Historia, de la cual tantos avisos y ejemplos de virtud, así civil como bélica, así para la paz como para la guerra, se sacan? Como aun V.M. puede ver por esta dulce historia de *Olivante de Laura*, que entre otros libros antiguos de Francia truje y la hice traducir de lengua griega en castellana pareciéndome que era digna de venir a las reales manos de V.M. por que con ella tuviese alguna recreación y entretenimiento entre tan grandes y justas ocupaciones como V.M. tiene en la administración de tantos reinos y señoríos y defensa de la santa fe católica. Es historia muy dulce y apacible, y llena de cosas muy hazañosas y de varios acaecimientos y hechos casi increíbles de príncipes de gran valor y ánimo.

Solían en aquellos tiempos los príncipes y caballeros mancebos, por ganar fama y immortal nombre, rodear el mundo andando por él solitarios y encubiertos,

² Maña.

³ Orig.: ‘contienem’ (IIr).

quitando con su valor y esfuerzo las cosas monstruosas y fieros tiranos, acabando cosas que parecían sobrenaturales, desagraviando los agraviados, amparando los huérfanos y viudas. Así lo hicieron Hércules y Teseo, así Perseo, Jasón y Belorofonte; así el rey Artús y aquellos tan nombrados Caballeros de la Tabla Redonda, así el emperador Carlo Magno y aquellos fortísimos paladines; así Olivante de Laura, príncipe de Macedonia, descendiente de aquellos invictísimos reyes Filipo y Alejandro Magno su hijo, de cuyas hazañas las historias griegas y latinas, como V.M. mejor sabe, están llenas. Y las de Olivante contiene esta historia, con la prisión y libertad de grandes príncipes, con mucha variedad de casos estraños y sucesos y hechos admirables, con una singular descripción de la Fortuna que es cosa, por cierto, de gran ingenio y doctrina.

Sirvan otros a V.M. con oro, plata y piedras preciosas y perlas; preséntele armas, caballos y halcones y otras cosas de mucho valor y precio que sólo aplacen y deleitan a la vista; yo solamente puedo servir con el ánimo y con la más rica joya que hasta agora de mi impresión ha salido. La cual siendo acepta y favorecida de V.M. como espero, procuraré que siendo traducida la segunda parte desta historia vaya a las reales manos de V.M., como irán las otras que de mi impresión salieren debajo el favor y amparo de su real nombre, para que sean así favorecidas de V.M. como lo son las de otros estranjeros, los cuales dejando sus propias tierras y casas, vienen a ser súbditos y vasallos de V.M. siendo inducidos por la justicia y religión, las cuales por todos los reinos y señoríos de V.M. tanto a gloria de Dios florecen y reinan.

Humilde vasallo de V.M.,
que sus reales manos besa,
Claudio Bornat, Librero

PRÓLOGO DEL AUCTOR, DANDO RAZÓN QUÉ CAUSA LE HAYA MOVIDO A DIVULGAR ESTA EXCELENTE HISTORIA

PARTE PRIMERA

FATIGADOS mis sentidos del continuo trabajo que los mortales a la continua padecemos, deseando dar alguna parte de holganza a la demasiada fatiga, buscando reposo al crecido desasosiego de que todo tiempo me siento cercado, con cuidado de verme fuera de tan ofuscado laberinto me puse a pensar el camino por donde el remedio más aparejado hallase. Después que algún tiempo tal pensamiento tuvo ocupado mi juicio, todos se me figuraron tan dificultosos, que el último remedio me pareció la paciencia, pues no hay cosa que así venza la imposibilidad. Mas al fin, procurando de tomar parte de lo que junto en esta miserable vida es imposible alcanzarse, determiné por algunos días a una villeta dos leguas de la ciudad, en que tenía cierta granjería, salirme, para que, desocupado de la conversación⁴ de la gente, puesta mi ánima en alguna quietud, recibiese alivio para sufrir con más fortaleza los trabajos, cuidados, fatigas, desasosiegos deste miserable y caduco mundo.

Pues así fue que, habiendo enviado todo el aparejo que para ello vi ser necesario juntamente con toda la familia,⁵ yo solo, por más desocuparme, me partí casi a las cuatro horas del día, tan cercado de pensamientos cuanto solo de conversable gente. En los cuales yendo tan ocupado que de mí mismo no me acordaba, caminé hasta la mitad del camino, en el cual un bosque de mucha espesura se hacía, cuyas ramas hiriendo mi gesto,⁶ despertaron mis ojos y juicio. Y mirando, como quien de grave sueño despierta, vi que hacia la parte de poniente la crecida calor del verano, por ser en el mes de junio, una espesa y temerosa nube levantaba, con cuya espesura detenidos los resplandecientes rayos del sol, trujeron más presto la escuridad de la noche de lo que según orden de naturaleza debiera ser venida. Y así, privado de la vista con las oscuras tinieblas, comencé a darme más priesa en el caminar de la que antes llevaba, aunque no pude tanto que antes que del bosque saliese la nube no me alcanzase. La cual, con temerosos truenos y inflamados relámpagos, que en el más esforzado ánimo pusieran forzado miedo y espanto, de sí muchos peligrosos rayos y granizo y crecidas piedras echaba; de manera que, forzado del miedo por haber tanta causa, guiando con la claridad que de los relámpagos y rayos salía, a una antigua ermita que a una parte del bosque se hacía me acogí, donde bajando de mi caballo pensando tener alguna seguridad, en mucha mayor confusión y doblado temor fui metido. Porque, como la

⁴ Trato.

⁵ Servidumbre.

⁶ Faz, cara.

tempestad con doblada furia creciese, los rayos y piedra en mucho más número se acrecentasen, juntamente con la demasiada fuerza del intempestuoso viento, tuvieron tanto poder, que mucha parte de la ermita hicieron venir al suelo, aunque yo por la divina Mano quedé guardado del daño por no hallarme en aquella parte. Mas, vista la poca seguridad que me quedaba, pues que saliendo me parecía tener la muerte cierta y quedando la vida dudosa, no sabía qué determinar de mí sino esperar lo que Dios más fuese servido hacer. El cual no queriendo que en aquel día los míos hiciesen tan desdichada fin, me deparó una cueva que detrás del altar de la ermita estaba, la cual mi caballo pateando con temor de la muerte había descubierto haciendo hundir ciertas piedras con que tapada y encubierta hasta entonces estado había. Así que, sintiendo tan buen aparejo de mi salvación, determiné en ella probar mi ventura y con determinado ánimo, aunque no con falta de temor, por ella me metí, hallando unos escalones por los cuales descendiendo tanto cuanto para mi seguridad me pareció ser bastante, a deshora en doblada tristeza y congoja con sobrada razón mi ánima fue metida. Porque sin ver causa de donde proceder pudiese, la puerta de la cueva de tal modo se cerró, que la salida se me hizo imposible, y a mí casi imposible sustentar la vida pareciéndome la perdición tan cercana. Pero después que con muchas y lastimeras palabras, con infinitos suspiros y abundancia de lágrimas llamé a Nuestra Señora en tan extrema necesidad me socorriese, pareciome que obligación me forzaba ayudarme para buscar remedio de lo que tan sin esperanza dél me parecía.

Y aunque con tan áspera prueba el corazón estuviese flaco, sacando fuerzas de su flaqueza comencé por todas vías intentar la salida. La cual, visto que por la entrada era escusado buscarse, con mucho tiento por los escalones me fui bajando hasta que en una llanura me pareció ser puesto, por la cual entre dos paredes hasta camino de media legua me llevó más la esperanza de la salida que el esfuerzo de mi desmayado corazón. Mas la ventura, que con semejantes trabajos no estaba contenta, me mostró allí otro mayor; que el camino se me feneció, hallando delante de mí un lago tan hondo que más me aseguraba el fin de la vida que certificaba la huida de la muerte. Con lo cual puesto en tal confusión que los sentidos me fallecían, no sabía en qué determinarme ni qué de tal ventura esperar pudiese. Y viendo que la estada allí me era dañosa, aunque de la vuelta tan poca esperanza de provecho llevase, todavía me pareció antes fenecer en busca del remedio que no que la desesperación me acabase.

Y queriendo volver, sentime asir de mi mano derecha con otra mano, que en el tiento me pareció de viejo de mucha edad, teniéndome⁷ tan firme que solo un paso adelante mover no pude. La cual poniendo demasiada fuerza, me parecía forzarme a qu'el⁸ camino por medio del agua siguiese. Mas yo, temeroso de lo que suceder podría por no hallar más forma de cuerpo de aquella sola mano, ni respuesta de lo que hablaba y le preguntaba, con todo mi poder le resistía, aunque no pude tanto que, al fin forzado, metiendo un pie en el agua, con el otro topé en un barco que a la ribera aparejado estaba. Y sintiendo la voluntad de aquel que por entonces me

⁷ Orig.: 'teniendo' (IIIv).

⁸ Orig.: 'aquel' (IIIv).

guiaba, ni sé si con la mía o sin ella, dentro me metí, esperando el suceso de lo que de mí estaba ordenado.

El barco, con demasiada furia, de la oscura ribera se movió, metiéndose en la profundidad de aquella tenebrosa y tempestuosa mar, la cual con tanto desasosiego sus bravas y crecidas ondas mover comenzó, con tanta furia de furiosos vientos, que muchas veces, a lo que sentía, me parecía llegar a las nubes y después bajar al profundo centro de la tierra, de manera que, desconfiado de la vida, tuviera por mejor que luego allí se acabara que con tan sobrados peligros sustentar tan crecido tormento. Desta manera, muchas veces sintiendo el barco mediado de agua y otras casi del todo sumido, anduve espacio de cuatro horas, las cuales con justo título podré quitar de la vida, y al cabo dellas el barco dio con tanto ímpetu en una peña, que, hecho pedazos, me dejó en medio del agua. De la cual con crecido afán y increíble trabajo pude salir, hallándome en la tierra sin claridad ninguna ni tino de senda o camino que seguir pudiese.

Mas a este tiempo, la misma mano que en el barco me había metido me tornó a tomar y llevarme por un camino a mi parecer tanto áspero y dificultoso de caminar, que muchas veces daba comigo en el suelo, y los pies llevaba ampollados de la asperidad y braveza de las peñas, que las puntas tenían tan agudas que parecían diamantes, tanto que, cansado de los trabajos pasados, no pudiendo resistir al presente, muchas veces de mi voluntad me sentara, teniendo por mejor fenecer que con el camino asegurar el vivir; mas la mano que me llevaba ponía comigo tanta fuerza, que cuando desmayar me sentía, tan ligero me levantaba, que los pies apenas llegaba a la tierra. Desde⁹ así hubimos caminado cuanto dos leguas, que a mi parecer fueron ciento, la mano me soltó, dejándome tan fatigado y cansado, que por mucho espacio de aquel lugar mover no me pude. Mas al fin, poniéndome espuelas temor de la muerte, que tan cerca tenía, me hizo cobrar aliento para seguir por do me parecía haber sido guiado, y echando con mucho tiento los ojos por el camino adelante, no muy lejos de mí me pareció ver claridad, de lo cual tan grande alegría sintió mi ánima, que los sentidos, que sus fuerzas tenían perdidas, del todo a revivir tornaron viendo tan cerca la esperanza del remedio de su demasiada fatiga. Y dándome toda la priesa que pude, como quien salía de la muerte y entraba en la vida, llegué a donde la claridad había visto, la cual por una boca de una cueva, tanto pequeña cuanto un hombre pudiese entrar, entraba, y por ella con mucha presteza a un florido y hermoso campo salí. Por el cual tendiendo¹⁰ la vista de mis ojos, de la cual hasta aquella hora privados habían estado, juzgué ser aquéllos los Campos Elíseos que los antiguos gentiles por deleitable paraíso tenían. Cuyas particularidades para ser contadas harto más facunda elocuencia y sutil juicio y memoria que los míos requerían; pero con todo eso diré en suma de algunas cosas que dello se me acordará.

⁹ Después que, una vez que.

¹⁰ Orig.: ‘teniendo’ (IVr).

PARTE SEGUNDA

ERAN los campos de espacio de cuatro leguas en derredor, cercados de tan altas montañas, que sus cumbres casi parecían tocar al cielo, con una arboleda tanto espesa que romperla parecía imposible; de manera que aunque con mucha atención miré, ni vi otra entrada ni salida por donde en aquel deleitoso lugar entrar o salir se pudiese. En seis partes arrimadas a la montaña que he dicho estaban seis casas de placer que, según su hermosura, más fabricadas por la divina Mano se podía pensar que fuesen, que no que de Naturaleza tan divina obra pudiese salir. Y porque querer contar el modo de sus asientos y fundación sería mucha prolijidad, diré solamente de una que en medio del campo cercada de todas ellas vi, cuya vista de tal manera me transportó, que ni de los peligros pasados me acordaba ni de mí mismo tenía memoria; solamente se ocupaba mi juicio, ojos y entendimiento en contemplar labor de tanta excelencia.

Era esta casa fundada sobre doce pilares de mármol que salían cuanto medio estado¹¹ de la tierra, encima de los cuales doce leones de oro parecían sostenerla, por cuyas bocas doce caños de agua que regaban todos los campos salían con tan dulce armonía y melodía, que toda la música del mundo estaba allí junta. Las paredes eran todas hechas de preciosas piedras, llenas de muchos diamantes, zafís, carbunclos, rubís y otras muchas de muchas maneras, con tanto resplandor que, heridas del claro sol, los rayos que dellas salían quitaban la vista de los ojos humanos. Hacia a la¹² mano derecha de donde yo había salido iba un petril¹³ alto, hecho de las mismas piedras y labor, que tomaba espacio de un cuarto de legua, por encima del cual parecían árboles de tantas maneras, que a mí me es imposible contarlos, y encima dellos tanta armonía y dulcedumbre de cantos de diversas y diferenciadas aves, que muchas veces pensé ser aquél el Paraíso Terrenal.

Y estando embebido, no pudiendo partir los ojos de cosa que tanto descanso me traía mirarlo, sentí otra vez ser tomado de la misma mano, la cual contra mi voluntad, porque de allí partir no quisiera, me llevó hasta la puerta de la casa, por la cual entramos, tanto deseoso de ver el fin de mi jornada cuanto espantado de lo que presente veía. Y así me llevó por unas salas y aposentos de tan estrañas y ricas labores, que en cada una dellas, si mi guía me consintiera, quisiera tardarme mucho tiempo; mas, pasando por fuerza adelante, entramos por la puerta de aquel vergel que el petril de las almenas cercaba, el cual no cosa de la tierra, según mi juicio, mas cosa celestial, viendo las excelencias divinas que en él se mostraban, por mí fue juzgada.

Allí, hallando menos la guía que hasta entonces había traído, mirando lo que de mí hacer debiese, vi que en medio de la huerta estaban dos árboles de demasiada altitud y grandeza, de entre los cuales salía una fuente que con maravilloso artificio echaba el agua, la cual repartida en doce caños, era la que de las bocas de los doce leones salía, y al pie de la fuente estaba una tienda armada que, como de mí fue vista, pareciéndome que por ventura quien de lo pasado y

¹¹ Un estado equivalía a dos brazas o 1,67 m.

¹² Orig.: 'Hazia ala' (Vr).

¹³ Muro de poca altura. Más abajo se dice estar almenado.

presente me diese razón podría hallar en ella, con presurosos pasos me acerqué y vila, que inestimable valor era el de su riqueza y estremada hechura. Las alas della estaban alzadas, por las cuales echando la vista de mis ojos, vi en una silla de no menos riqueza y labor que la tienda estar asentada una dueña con presencia de mucha auctoridad, de edad de sesenta años, vestida de paños negros honestamente, a la cual acercándome, desechado de mí todo temor, desta manera comencé a decir:

—Las novedades que desde la noche pasada hasta la hora presente, muy noble señora, mi temeroso ánimo han tenido cercado, me tienen en tanta confusión puesto, que en pensarlas de nuevo la misma muerte sentir me parece; pero, viendo el próspero fin de mi trabajoso camino y que la ventura ante vos, en quien tanta virtud y bondad haber parece, me ha traído, no pienso que a otro efecto ni fin sino para descanso y sosiego de tan peligrosa jornada, en la cual no menos admiración mis ojos viendo el deleite y frescura deste hermoso valle han tenido que el corazón temeroso afligimiento de tan peligroso camino. Y por que en alguna cosa en pago de tanta fatiga mi ánima se satisfaga, vos suplico tan grande merced por vos me sea hecha, que en todo de lo que pasado he visto y presente veo pueda salir de duda, pues no sin misterio con muestras de tanta imposibilidad ante vos soy venido, de lo cual no dudo ser vos, señora, la causa y por cuyo mandado ante vos guiado he sido.

Con toda atención escuchó mis palabras, a las cuales con mucha auctoridad queriendo responder, en una silla que junto a la suya estaba, algo más baja, sentar me hizo, y desta manera a mi dudosa pregunta comenzó a responder:

—No dudo que las muestras y pruebas de tanto peligro que hasta agora por ti han pasado, en confusión tu ánimo hayan puesto, porque en el mayor y más fuerte del mundo hicieran mudanza. Lo cual no por otra causa he consentido sino para que por lo pasado, lo que agora imposible te pareciere, cerca de tu pensamiento tenga algún crédito, y tu corazón firmeza para seguir en lo que por mí mandado te fuere. Y porque en lo que me demandas tan justa razón pareces tener, no sólo quiero responderte, mas que por vista de ojos des testimonio de todo lo que decir y contar te quiero. Aunque de mí hasta agora, según la larga distancia de tiempos que de los mortales no soy conversada, no hayas oído decir, quiero que sepas que yo soy la sabia Hipermea, que en el tiempo que en vuestro mundo sostuve mi vida, en el saber y sciencia de las estrellas jamás hallé igual, no ejercitándome en cosa ninguna que a mi consciencia perjuicio hacer me pudiese, mas procurando que con todas mis fuerzas y diligencia el Criador y Hacedor del mundo fuese servido. Mas, como la inclinación natural de toda criatura sea huir de la muerte procurando sustentar la vida, no pudo tanto la humanidad que señoreada me tiene, que de procurar lo semejante apartar me pudiese. Y alcanzando por mi saber lo que jamás de ninguno alcanzar se pudo, que fue la conservación de la vida hasta que juntamente con la del universo pereciese, con toda diligencia por mí fue procurado y alcanzado. De manera que como para lo tal se requiriese nueva parte de mundo fuera de aquel que a todos los otros mortales mantiene, con mis artes esta sabrosa morada que has visto he fabricado. en la cual juntamente con doce doncellas que para mi servicio comigo he metido, paso como mejor y con más placer y solaz

puedo hasta que Dios de otra cosa más servido sea. Y para entrar ni salir en ella no hay otra puerta de entrada ni salida sino aquella por donde veniste, por la cual imposible es a ninguno entrar fuera de mi consentimiento; que si yo no te enviara la guía de la mano que viste, fuera en balde cualquiera porfía que tomaras.

Muy maravillado me hicieron las razones de la sabia dueña después que con mucha atención la estuve escuchando, pero, deseoso de saber otras cosas para saber dar más entera cuenta de lugar tan estraño, le dije:

—Señora, gran merced es la que me habéis hecho con quererme dar tan entera relación de vuestras cosas sin que yo vos haya hecho servicio por donde lo mereciese; pero porque una sola duda me queda, vos suplico me digáis si en este hermoso valle hay con vos alguna otra compañía, y aquellas sabrosas moradas que al pie de la montaña están hechas, de quién son habitadas, o cuál sea la causa que no habiendo gente fueron edificadas.

—Bien has preguntado —dijo la sabia Hipermea—. Y por que del todo te vayas satisfecho, te quiero decir por extenso lo que me preguntas. Sabrás que, hallándome sola de la conversación y compañía que antes que aquí me encerrase con los mundanos tuve mucho tiempo, la soledad me fue causa de mucho afligimiento. Y porque en mi tiempo la cosa que en más estima y reputación era tenida era el ejercicio de las armas, y la cosa en que más entender y ver yo me deleitaba, acordé, para mi descanso y compañía de mis pensamientos, por mis artes y saber hacer a lo propio y natural todos aquellos esforzados y valientes caballeros que hasta agora en el mundo han sido, tan a lo propio y natural, que de lo que tenían cuando en sus fuerzas mayores estaban no les falta un punto, juntamente con aquellas señoras y doncellas de quien amados y enamorados fueron, los cuales se encierran en aquellas moradas que dijiste, y cuando yo por mi recreación y contento lo consiento, ante mí se hacen todas aquellas fiestas y batallas que dellos están escritas. Y por que mejor entiendas lo que te digo, quiero que a la hora por experiencia lo veas.

Yo lo mejor que supe le rendí las gracias por la merced que me hacía y le supliqué lo mandase poner por obra. Y a la hora vi que por la puerta entraron las doce doncellas que me había dicho, con tan estremada gracia y ricos atavíos, que más parecía cosa divina que humana. Cada una dellas traía un instrumento en la mano, con los cuales, después de haber hecho el debido acatamiento, comenzaron un son con tan dulce melodía, cantando con voces angélicas, que si a mi querer estuviera, jamás de música tan suave las consintiera cesar.

PARTE TERCERA

DESPUÉS que las doncellas hubieron dado fin a la suave música, por la puerta de la huerta vi entrar una compañía de caballeros y doncellas, según que la sabia Hipermea me había dicho, que tanta admiración y espanto en mi ánima puso, que por poner la atención en ellos y en las invenciones y galas que sobre sí traían, de mí mismo del todo estaba olvidado. Y por

declararme las cosas que en mi desacordado juicio dudar podía, la sabia Hipermea desta manera comenzó a decir:

—Por que del todo vengas en conocimiento de lo que aquí por ti fuere visto, no quiero que ignores los¹⁴ nombres de los que presentes tienes, pues en ausencia, que sé que de todos has oído y leído sus claras hazañas, tan bien conocidos los tienes. Aquel de cuerpo de gigante, mayor que todos los otros, que solo delante viene, es el fuerte Sansón, del cual las crecidas fuerzas sobrepujaron todas las que de los humanos hasta agora a nuestra noticia han venido, y el que viene luego tras él es Judas Macabeo, valentísimo capitán y guerrero entre los hebreos. Aquellos otros dos que con brava y feroz catadura se miran, el uno es Héctor el Troyano y el otro Aquiles, su mortal enemigo; y los otros dos que los siguen, el uno con corona de emperador, son Alejandro Magno y el rey Darío, que por él fue destruido. Aquellos que por las manos se llevan son los dos Scipiones, que como conformaron en el nombre conforman agora en la amistad. Y pues en los nombres que cada uno de quién es consigo trae podrán¹⁵ ser los demás conocidos, ten atención, pues con ella me escusarás mi trabajo y tú mejor vendrás en conocimiento.

Yo que de lo tal no tenía necesidad de aviso por el mucho que conmigo tenía, vi entrar tras éstos el emperador Julio César, acompañado de su mortal enemigo Pompeyo, con otros muchos capitanes romanos que alcanzaron triunfar con inmortalidad de gloria. Seguían a éstos el rey Amadís y Oriana, en los cuales puse mis ojos por parecerme ser dignos de que con atención los mirase, considerando sus claras y subidas hazañas, sus crecidos y leales amores, su esclarecida proge, que detrás de sí llevaban a sus lados a don Galaor y don Florestán. Seguíanle el emperador Esplandián, llevando consigo a la emperatriz Leonorina, y juntamente con él sus hijos Lisuarte y Perión su hermano, y tras dellos Amadís de Grecia con su hijo don Florisel, Anaxartes y Alastrajerea, don Falanges d'Astra y todos los otros de quien en estas historias se hace principal mención. No tardaron en salir Palmerín y Primaleón juntamente con don Duados, acompañados de sus queridas y amadas mujeres, y tras éstos don Clarián de Landanís y Floramante su hijo, también con muchos preciados caballeros de su linaje. Vi que entraron luego don Roldán y a su lado Reinaldos de Montalbán, acompañados de muchos de los Doce Pares, llevando delante como principal y caudillo al emperador Carlo Magno de Francia. Tras ellos vinieron el rey Artús, acompañado de don Tristán y Lanzarote del Lago, con muchos de los principales caballeros que en la Demanda del Santo Grial son nombrados, y tras ellos entraron otros muchos, asimismo escritos sus nombres, los cuales serían hasta número de trecientos caballeros, que por escusar prolijidad dejo de decir. Mas al fin de todos ellos vi venir un mancebo con una corona de emperador en la cabeza, de edad de veinte y cinco años, con tan estremados y hermosos atavíos, que con los rayos del sol de que eran tocados privaban la luz de mis ojos que lo miraban. Traía a su lado, trabada de la mano, una doncella con corona de emperatriz en la cabeza, cuya hermosura y gentileza, así del uno como del otro, tuvieron atónitos mis sentidos, juzgando jamás haber

¹⁴ Orig.: 'los nos' (Vv).

¹⁵ Orig.: 'podían' (Vv).

visto personas que semejantemente me agradasen. Y leyendo los nombres que asimismo traían escritos, vi que el dél decía «Olivante de Laura» y el della, «la princesa Lucenda». Por los cuales, como hasta aquel punto a mi noticia no hubiesen venido, no pude venir en conocimiento de quién fuesen; mas, por no dejar de ver el suceso de tan hermosa y gentil compañía, no curé por entonces preguntar ninguna cosa.

Y vi que los unos se iban por la una parte de la huerta y los otros por la otra, donde más contentamiento y sabor recibían, cada uno ejercitándose en lo que más sabor y deleite les parecía traer. Desta manera anduvieron gran pieza, en fin de la cual las doncellas tornaron a la suavidad del principio, y los caballeros y damas al son de los instrumentos acudieron todos delante de la tienda haciendo mucho acatamiento a la gran sabia Hipermea, y mucho más que ninguno dellos aquel que a la postre había entrado. Y después, con muchas guirnaldas de flores y rosas odoríferas que en las cabezas traían de las que por la huerta habían cogido, comenzaron a danzar y hacer fiesta, que después de la gloria no me pareció cosa poder traer a los ojos mayor placer y deleite. Después que un rato en este solaz hube estado, que por mi voluntad y querer jamás se acabara, todos, haciendo un muy bajo acatamiento, por la misma orden y concierto los vi por la misma puerta del vergel tornar a salir. Y levantándose entonces la sabia Hipermea, tomándome por la mano, sin que yo palabra le hablase, me dijo:

—Bien sé que de todos los que presentes has visto es uno solo ajeno de tu noticia. Y porque como has gozado de las fiestas presentes es bien que gustes de la crueldad y aspereza de sus fieras y sangrientas batallas, y primero que desto razón te sea dada, quiero que tengas juzgada, como hombre de tan buen conocimiento, la razón que para traerte por testigo me ha movido.

Y como esto me acabó de decir, metiéndome por los mismos aposentos que había salido, a lo llano, fuera de la casa, salimos, en el cual un cadahalso hallamos, cubierto todo de paños de oro de inestimable valor, y en medio una silla de no menos riqueza, en el cual subidos y la sabia sentada, cabe¹⁶ sí me hizo sentar, y las doncellas, cuya compañía a mis oídos era tan agradable, su comenzada música prosiguieron. Donde no hubimos estado mucho tiempo, cuando por lo llano del campo todos aquellos caballeros vimos venir.

PARTE CUARTA

COSA de muy grande admiración me pareció las ricas armas¹⁷ y sobreseñales¹⁸ de que todos venían guarnecidos, tanto, que imposible me parece lengua humana poderlo explicar ni contar. Y por no hacer más perjuicio a los unos que a los otros dejaré a todos sin hacer mención desto;

¹⁶ Junto.

¹⁷ Armaduras.

¹⁸ Túnica ligera que el jinete llevaba sobre la armadura, decorada con los distintivos (blasones, señales) que le diferenciaban del resto.

solamente digo que jamás en el mundo cosa de tanto valor y tan digna de ser mirada pudo ser.

De la una de las moradas que he dicho salieron el fuerte Sansón y el valentísimo Hércules y el emperador Carlo Magno, no armados de otra cosa que de vestiduras de mucho precio y estima, los cuales, según conocí, venían por jueces del campo nombrados, porque en un cadahalso que para aquel aucto estaba hecho fueron subidos y en unas ricas sillas sentados. De la segunda vi que salían los dos Scipiones con Pompeyo y Julio César, con todos los capitanes de Roma en un escuadrón con muy gentil concierto y ordenanza. De la tercera vi salir el rey Artús con don Tristán, Lanzarote del Lago y todos los otros que en su compañía habían venido, en cuya compañía salieron Palmerín, Primaleón y don Duardos. Y asimismo salieron de la cuarta don Roldán y don Reinaldos con los Doce Pares de Francia, y juntamente con ellos don Clarián de Landanís con los que de su linaje lo acompañaban. De la quinta salió el rey Amadís, así esforzado y animoso cuanto en su tiempo lo fue, con tan gentil compañía de sus animosos hijos, nietos y bisnietos, que no siento quién de mirarlo no recibiera infinitísimo gozo, y con ellos el troyano Héctor. De la sexta y última casa vi que salieron aquel hermoso y poderoso emperador que hasta aquel tiempo, como tengo dicho, de mi conocimiento era ajeno, acompañado de muchos estremados caballeros, así de su linaje como de otros, que por su mucho merecimiento le seguían, juntamente con el rey Alejandre y el rey Darío, con el poderoso Griego que los acompañaba. Y con un concierto cual nunca fue visto pasaron todos ellos delante de la sabia Hipermea haciéndole un muy bajo acatamiento.

Y después que un rato con muy gentil ordenanza hubieron contorneado los caballos, y las damas, descendiendo de muy hermosos y bien guarnidos palafrenes¹⁹ en que venían, fueron subidas a los cadahalsos que para semejantes casos tenían hechos, los tres poderosos y sabios jueces bajando, con mucha prudencia y astucia a ponerlos en orden comenzaron; no por aquella que habían venido, sino repartiéndolos como de cada parte no pudiesen ninguno dellos sentirse agraviados. Y así, de la una fueron don Roldán con los Doce Pares, sin don Reinaldos de Montalbán, el cual reservaron para la parte contraria. Y con ellos su compañía don Clarián con los de su linaje, y juntamente el rey Artús con todos los caballeros de la Tabla Redonda, y asimismo el rey Darío y el fortísimo griego Aquiles, Palmerín y Primaleón y don Duardos. Los cuales, desde que fueron nombrados, se fueron a la parte que les fue situada con los otros caballeros que los seguían, los cuales serían por todos ciento y cincuenta. Y de la otra parte quedaron el gran rey Alejandro y el animoso rey Amadís con los que dél procedían, y asimismo Judas Macabeo, y con ellos aquel hermoso y rico emperador de quien arriba he hecho mención, con todos los²⁰ estimables y valientes caballeros que le seguían, a los cuales acompañaba el potentísimo Héctor Troyano y Troilus su hermano, que todos juntos hicieron número de otros cien y cincuenta caballeros.

¹⁹ Caballos de paseo.

²⁰ Suplo 'los' (VIIr).

¡Oh, quién tan profundo estilo, tan subida elocuencia, tan alto juicio, tan aventajada memoria tuviese, que de diez partes la una de lo que en este estremado y peligroso torneo pasó contar pudiese! Pero ni basta lengua humana que pueda contarlo, ni humano juicio que de todo acordar se pueda; que en pensar escribirlo la lengua se enmudece, la mano me tiembla, viendo el claro perjuicio que a tan subidas hazañas con mi torpe escritura hago, pues que de cada uno dellos me pareció sus coronistas haber sido faltosos y cortos según lo que presente pude considerar. Quisiera dejarlo, si en mi mano fuera, por temor de tan alta materia; pero por ser obediente a los mandamientos de tan sabia mujer, si no dijere lo que debería, diré lo que mejor y con más verdad se me acordare y supiere.

Puestos los caballeros en su puesto, partidos por los jueces en dos haces, como vos habemos contado, con un estruendo de los furiosos caballos que la tierra parecía hundirse, arremetieron los unos contra los otros, juntándose en medio de aquel verde y florido campo. Los cuales trabaron entre sí una tan espantable batalla cual jamás pudo ser vista ni pensada, en la cual estuvieron gran pieza sin que de los unos a los otros se conociese ventaja. Y en todo este tiempo los unos y los otros se mantenían con tanta fortaleza, que ninguna ventaja de la una parte a la otra se conocía. ¡Oh, cuán maravillosa y espantable cosa era ver las reñidas y sangrientas batallas que entre muchos se porfiaban, los pesados y desmesurados golpes de que se cargaban, la poca piedad con que se herían, la fortaleza y virtud de ánimo con que se mantenían! Que las batallas que destos valentísimos caballeros están escritas me parece cosa de sueño según lo que yo con la vista pude allí comprender.

Delante de todos ellos salieron el emperador Flordanís, y de la otra el emperador don Clarián, cuyos encuentros fueron de tanta fuerza y vigor, que, quebrando las lanzas en muchos pedazos y topándose de los cuerpos y escudos, los caballos desatinados se detuvieron un poco, y el emperador don Clarián perdiendo los estribos, fuera al suelo si al cuello del caballo no se abrazara; pero tornando en sí, el uno por el otro adelante, todos los otros, así de la una como de la otra parte, se juntaron a esta hora, donde se hicieron los mejores y más hermosos encuentros que jamás fueron vistos. El rey Amadís, que topó delante de sí al rey Artús llevando una gruesa lanza, le dio tan poderoso encuentro, que, perdiendo él los estribos, lo hizo venir del caballo abajo. Y asimismo don Reinaldos con Roldán, Esplandián con Palmerín, Amadís de Grecia con Primaleón hicieron hermosos encuentros, pasando los unos por los otros. Don Florisel, Anaxartes y Alastrajerea encontraron los dos Scipiones y al emperador Julio César; y aunque desta vez los Romanos se mantuvieron poderosamente, de la segunda vez que por ellos fueron encontrados vinieron al suelo. Don Duardos halló en su encuentro a Perión de Gaula, y los dos quebrando las cinchas de sus caballos, vinieron a tierra; mas como bien usados de aquel menester se salieron de la priesa,²¹ donde, tornádoslos a ensillar, tornaron a meterse en la mayor furia del torneo. El rey Alejandro con el rey Darío, quebrando sus lanzas, echaron mano a sus espadas, dándose mortales golpes, hiriéndose con la menos piedad que podían. Lo mismo hacían Judas

²¹ Escaramuza, pelea.

Macabeo y don Tristán de Leonís, los cuales entre sí comenzaron una porfiada batalla, y asimismo Lanzarote del Lago con Oliveros, uno de los Doce Pares de Francia. Héctor y Aquiles en aquella parte que se encontraron la tierra hicieron temblar, y dándose tan poderosos encuentros que no parecieron de hombres mortales, ambos vinieron a tierra, donde mostrando la demasiada furia de sus corazones, con mucha braveza y ferocidad echando mano a las espadas, tan poderosamente se herían, que muchos dejaban de tornear por mirar tan áspera y cruel batalla. Don Roldán se encontró con el troyano Troilus, el cual del segundo encuentro vino a tierra, y lo mismo hizo a otros dos caballeros de mucha estima antes que la lanza quebrase, y asimismo todos los otros que quedaron, cayendo muchos así de la una parte como de la otra, cuyas particularidades imposible es ser contadas.

Pues andando por el torneo el esforzado rey Amadís, viendo lo que Roldán había hecho, tomando sendas lanzas gruesas, los pedazos hicieron parecer casi en las nubes, y pasando adelante con la furia de los caballos, Flordanís con la espada en la mano se vino para Roldán y los dos comenzaron una temerosa y peligrosa batalla, la cual sin conocerse ventaja, con un tropel de caballeros fue despartida; mas tomando a esta hora Flordanís una gruesa lanza y hallando delante de sí a Primaleón, que asimismo venía hacia él, le dio tan poderoso encuentro, que el caballo de Primaleón dio cuatro pasos atrás y él quedó por una pieza desacordado. Flordanís que así lo vio, no curando más dél, echando mano a su espada, con un maravilloso ánimo se mete por lo más trabado y furioso de la batalla, dando tan pesados y fieros golpes con tanta maña y destreza, que no me parecía que nadie de los que en el torneo andaban le podía hacer punto de ventaja, mas que él se igualaba con todos y sobrepujaba a muchos de los buenos caballeros que allí había. Pues yendo discurriendo desta manera por la batalla adelante, hallando delante de sí a Lanzarote, de un muy pesado golpe le hizo dejar la silla, y lo mismo al rey Darío, que al encuentro le vino; dejando los caídos se mete por donde más su ayuda vee ser necesaria. Don Galaor y don Florestán, cuyos generosos ánimos aquel día en esfuerzo y valentía mostraron la virtud de sus corazones habiendo hecho muchas y muy señaladas cosas, se encontraron con don Clarián y Floramante: los golpes fueron dados con tanta furia, que todos cuatro vinieron al suelo, y allí muy sin piedad comienzan a herirse.

A este tiempo un tropel de caballeros despartieron a los dos bravos leones Héctor y Aquiles, los cuales tornando a cobrar los caballos que cabe sí hallaron, se meten por la batalla, y con tanta braveza, que doquiera que llegaban sus duros y fuertes golpes hacían ser temidos. Aquiles, por la parte do fue, habiendo tomado una lanza, metió por tierra al rey Alejandro; lo mismo hizo a don Florestán y Esplandián, y topando con Alastrajerea quebró en ella su lanza, y los dos con animoso esfuerzo se acometen de las espadas, quedando trabados en una cruel y sangrienta batalla. Por la parte que el invencible Héctor discurría, encontrándose con don Duardos, le hizo dejar la silla; lo mismo hizo a don Tristán de Leonís y a Lanzarote, a Primaleón y a don Roldán, que viendo así tratar los de su parte, para él se venía, y le dio un tan poderoso golpe, que, hecha la lanza en muchos pedazos, le hizo desacordado volver atrás tres o cuatro pasos; mas echando mano a las

espadas, tan fuertes y desmesurados golpes se daban, que aun a los que los miraban ponían temor y espanto. De la parte de Héctor se pusieron el rey Amadís, Esplandián y don Florisel y don Reinaldos de Montalbán; y de la otra parte el poderoso Aquiles, el rey Artús, Palmerín y don Clarián.

Don Flordanís, andando a este tiempo discurriendo por todas partes, de un golpe desacordado echó del caballo a tierra a don Tristán de Leonís, y lo mismo hizo a tres principales caballeros de los Doce Pares; y yendo desta manera, viendo la porfiada batalla que aquellos caballeros entre sí tenían y considerando el daño que de su porfía podría recrecerse, tomó consigo hasta treinta caballeros, y metiéndose por entre ellos los hizo despartir por fuerza, y de cada parte ayudándolos a subir en sus caballos, con valerosos corazones y fuertes brazos y bravos y poderosos golpes por el torneo se meten. Don Reinaldos de Montalbán, que bien había mostrado cuánto por él se aventajase la casa de Claramonte, encontrándose con Primaleón, comenzaron una peligrosa batalla, en la cual, aunque Primaleón se mantuviese con crecidas fuerzas y esfuerzo, todo le fueron menester, porque lo había con bravo caballero; pero los muchos que entre ellos pasaron los hicieron dejar su contienda, cada uno tirando por do más le parecía ser menester. Pompeo,²² capitán romano, de un encuentro de lanza derrocó uno de los Scipiones, y lo mismo hizo a don Angeler, uno de los Doce Pares de Francia. Lo cual visto por su mortal enemigo Julio César, con poderoso esfuerzo se fue para él, y los dos se dieron tan mortales golpes, que, desatinados, sin sentido vinieron a tierra. Mas cada uno dellos, temiendo el peligro en que estaba, se levantaron, y tornando a cobrar sus caballos, por entonces no se pudieron volver a juntar.

El poderoso león Héctor Troyano viendo Aquiles su enemigo que ya la batalla de Alastrajerea había dejado, se torna con él de tal manera a volver, que a muchos de los que allí estaban hicieron provecho, porque cierto, según las aventajadas fuerzas destos valentísimos guerreros, si cada uno dellos no fuera estorbo del otro, mucho y muy gran destrozo hicieran en tantos buenos caballeros, perdiendo parte de la honra y prez que hasta allí habían ganado; mas tanto se daban el uno al otro en que entender, que no curaban de mirar otra cosa. Y cierto, a lo que yo conocí, aunque el esforzado Griego se mantenía con poderoso ánimo, muchas veces el Troyano le sojuzgaba, de manera que al fin me parecía, si la contienda mucho durara, no poder dejar de ser vencido. Mas a este tiempo el rey Amadís y don Flordanís, el fuerte Anaxartes y don Florisel, Judas Macabeo y don Reinaldos, todos hechos un tropel, acometieron tan poderosamente a sus contrarios, que, haciendo muchos dellos venir a tierra, algún tanto comenzaron a perder del campo. Lo cual visto por Aquiles, dejando la batalla que con Héctor tenía, a ayudar los de su parte se va. Y aunque don Clarián, Palmerín y Primaleón y don Tristán y Roldán, que por delantera y escudo de todos se ponía, y los otros esforzados caballeros que los ayudaban, muchos duros y mortales golpes recibiesen, habíanlo con tan bravos y fuertes caballeros, que todo les era necesario; mas ellos se

²² Conocido en España por ‘Pompeyo’.

supieron tan bien mantener, recibiendo en sí todo el peligro y afrenta, que tornaron a cobrar lo poco que de la plaza²³ habían perdido.

Amadís de Grecia y don Falanges d'Astra por un lado del torneo hacían tales y tan señaladas cosas, que por doquiera les hacían lugar; mas saliéndoles delante don Duardos y don Tristán, de tales y tan desmesurados golpes se cargaban, que espanto era de verlos. Lo mismo hacían don Reinaldos y Troilus con don Clarián y con el rey Artús, don Flordanís y Judas Macabeo con Primaleón y Floramante, Alastrajerea con Scipión Africano, don Florisel con don Tudón, uno de los Doce Pares. Don Roldán y Héctor se ofendían con aventajadas fuerzas y destreza el uno contra el otro, y así mismo los unos contra los otros, tanto, que jamás de mí, sin ser visto, pudiera ser creído. El ruido de las armas era tan crecido que todo el valle hacían resonar, de manera que no batalla de trecientos, mas de veinte mil parecía. Don Flordanís, que en fuerzas y esfuerzo y ardimiento entre todos se hacía bien estimar y conocer, andando hecho un bravo león metido en medio de sus enemigos, iba haciendo tan estrañas y señaladas cosas, que bien daba a entender lo poco que por su parte podría perderse; y topándose con el furioso Aquiles, con tanta pujanza de temerosos golpes se acometen, que no hacía mengua ni falta el Troyano para detenerle la ayuda que a los de su parte podía dar.

Pues estando el torneo así en peso²⁴ de la manera que habéis oído, ya que bien tres horas eran pasadas desde el principio sin que más ventaja de la que tengo dicho pudiese ser vista, la sabia Hipermea, no queriendo que adelante procediese, pues lo visto para dar razón y fe bastaba, hizo de señas a los jueces, los cuales echando los bastones, hicieron cesar el torneo, quedando todos no poco cansados y fatigados en aquel poco tiempo, porque lo habían con quien con no menos fuerzas y esfuerzo se mantenían. Y después que así hubieron cesado, uno a uno, de la misma manera que cuando habían venido, haciendo su acatamiento a la sabia, y lo mismo a las damas que en el cadahalso estaban, se tornaron con el concierto que habían venido. Y partiendo todos por el campo adelante, don Flordanís, contorneando su caballo como si nada en aquel día hubiera hecho, haciendo un muy bajo acatamiento asimismo sigue su camino. Y todos juntos en los mismos aposentos de donde habían salido tornaron a entrar, quedando las doncellas con sus trompas y instrumentos haciendo su acostumbrado ejercicio.

Yo que fuera de mi ser y sentido de lo que había visto me hallé, no sabía qué me pensar de tan grandes maravillas; mas después que en mí hube tornado, a la sabia Hipermea desta manera dije:

—Si de lo que agora ha pasado tengo razón de maravillarme, bien claro está conocido, y asimismo cuánto, señora, sea crecido vuestro saber sobre todos los del mundo, pues con él en obra de tanta perfición vos habéis señalado. Yo he tenido por bueno que donde tan preciados y fortísimos caballeros había de la una parte y de la otra, poca ventaja se conociese; mas por que yo no quede confuso de sola una cosa que por alcanzar me ha quedado, con mucha instancia vos suplico me aviséis quién era aquel hermoso y esforzado caballero que entre todos ellos por mí no ha

²³ Terreno, espacio.

²⁴ Sin ventaja de nadie.

sido conocido, cuyas obras y fortaleza me han dado bien a entender no menos merecer inmortalidad de perpetua fama que todos los otros que en este cruel y tan señalado torneo se hallaron.

—Soy contenta —dijo Hipermea—, porque sola la causa que me preguntas es la que aquí te ha traído. Sabrás que en el tiempo que entre los mortales anduve, yo con mucha afición quise y seguí a este noble y magnánimo emperador, sirviéndole en todo lo que mis fuerzas y saber bastaron aun desde antes de su nacimiento, y recibiendo dél tantas mercedes y buenas obras, que cada una dellas era merecedora de mayores servicios. Así que agora, doliéndome que sus esclarecidas hazañas con el discurso del tiempo de las gentes en olvido puestas fuesen, perdiendo de la memoria lo que con tanta razón debiera estar en ella, aquí te he hecho venir para rogarte que tengas por bien recibir un libro, en el cual, con entera verdad, yo sus supremos y valerosos hechos, no añadiendo, mas antes quitando de lo que debiera, hice escribir, para que con toda diligencia poniéndolo en el estilo más primo de la lengua que agora se usa, lo mejor que tú pudieres lo hagas divulgar y publicar como a noticia de todas las gentes venga, porque yo confío de tu saber y diligencia que en lo que te encargo y encomiendo, no habiendo falta en la voluntad, no la habrá en lo que te pido.

Yo, visto su mandamiento, y que una doncella ya el libro traía en las manos, le dije:

—Si el ingenio y habilidad mía fuesen, señora, conformes al deseo que de cumplir vuestro mandado y servir a este noble caballero tengo, cierto en el cumplimiento de lo que me mandáis habría poca falta; mas a donde esto no hay sobra la voluntad, con la cual, y con el trabajo, procuraré emendar la falta que en lo demás en mí hubiere.

—No te demando otra cosa —dijo la sabia—, que yo sé de quién me confío.

Y diciendo esto tomó el libro de las manos de la doncella y en las mías lo puso. El cual apenas hube recibido cuando, cubriéndose todo aquel circuito de unas oscuras y espesas nubes, fueron tan grandes las tinieblas, que del todo mis ojos de su ver fueron privados, no viendo a la sabia ni a ninguna de las otras cosas que antes había visto, sino solamente una disforme y espantable serpiente, de cuyos encendidos ojos tanto fuego salía, que a la lumbre dellos se hacía ser vista. Los roncós y silbos eran tan temerosos, y su disformidad tan crecida, que aún agora en pensarlo me fallece el corazón para escribirlo. Y yo, cercado del miedo de la muerte viéndola a mi juicio tan cerca de mí, de tal manera desmayé que, aunque quise huir, un paso menear no me pude. Y la diabólica sierpe, abriendo su espantable boca, que no menos temerosa que la del infierno me pareció, me mete por ella con tanto desacuerdo de mí cuanto en el paso de la muerte tener puedo, perdiendo así enteramente entendimiento y juicio, que entre los muertos aquel tiempo pude ser contado. Mas a la hora tornando en mi acuerdo, como quien de grave y pesado sueño despierta, con tanto temor y miedo cuanto espantado de lo que había visto, en la ermita donde la noche pasada me había acogido me hallé, no pudiendo juzgar lo pasado haber sido sueño o fantasía o visión. Pero, en fin, hallándome con el libro en las manos y tornando mi memoria en su entero ser y acuerdo, vi ser verdad y cosa a que debía dar entera fe y crédito; así que, tornando

a tomar mi caballo, que cabe mí como lo había dejado hallé, para aquella granjería mía, llevando el libro conmigo y no poco espantado de lo pasado, me fui.

FIN DEL PRÓLOGO



COMIENZA EL LIBRO PRIMERO
DEL MUY FAMOSO Y ESFORZADO
CABALLERO OLIVANTE DE LAURA,
PRÍNCIPE DE MACEDONIA,
EN EL CUAL SE CUENTAN SUS GRANDES Y
NOTABLES HAZAÑAS, CON LAS CUALES ACABÓ
MUY EXTRAÑAS Y FUERTES AVENTURAS Y VINO
A SER EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA

CAPÍTULO I-I

CÓMO EL REY AURELIANO FUE CASADO CON LA REINA ROSIANA, Y DE UNA ETRAÑA AVENTURA QUE A LA CORTE VINO

CON la fortaleza de las armas la virtud de la justicia se administraba, las cuales hechas para defensión y amparo de los que poco podían, quitaban los agravios y tuertos que a muchos de poco poder se hacían. Los reyes eran temidos y acatados más por la buena compañía y caballería de que se hallaban acompañados que no por su poder y riquezas, por muchas y de mucho valor que fuesen. Pues al tiempo que la alteza deste ejercicio sobre todos los del mundo se aventajase y encumbrase, fue en el reino de Macedonia un virtuosísimo y poderoso rey llamado Aureliano. El cual, después que por la muerte de su hubo pacificado su señorío, con tanto saber y discreción administraba y gobernaba sus reinos y con tanto concierto los regía, sabiéndose dar en todo tan buena salida, que de todos sus vasallos era tan estimado y querido que no pensaban que otro señor más a su contento y sabor en el mundo pudieran hallar. Fue casado con una hija del rey de Suecia llamada Rosiana, la cual no menos por su discreción y buenas costumbres de todos era querida y amada que el rey Aureliano su marido. Por este casamiento se hicieron muchas y muy grandes fiestas, a las cuales vinieron muchos y muy preciados caballeros, y muchos días pasaron que no dejaron de hacer muchas justas y torneos y otras cosas de mucho placer y solaz, las cuales se doblaron y hicieron con muy mayor abundancia cuando se supo que la reina estaba preñada.

Y como estos dos reyes fuesen cristianísimos y temerosos de ofender a Nuestro Señor y muy celosos de su servicio, continuamente le daban gracias por las muchas mercedes y beneficios que sin cesar dél recibían. Así que desta manera pasaron mucho tiempo buscando los pasatiempos y placeres que con mucha honestidad y virtud se podían hacer, y lo más que este rey continuaba era la caza del monte, a la cual él era muy dado y aficionado, hasta que, acercándose el tiempo en que la reina Rosiana había de parir, todos con mucha alegría y regocijo esperaban aquel día de tanto placer. Mas la mudable fortuna, que hace las cosas no por el querer y voluntad de los hombres ni conforme a su apetito y deseo, no estando quieta ni firme en ninguna bonanza, mas continuamente volviendo la rueda para que gustemos los amargos y desdichados tragos de su poder, no quiso consentir que la prosperidad y sosiego destes poderosos reyes mucho tiempo en este ser y firmeza les durase, sino que, investidos de las olas de su crueldad y adversidades, pasasen por muchos y muy tristes pasos y fatigas que en este próspero tiempo urdir les comienza.

Estando un día en el palacio, después que hubieron comido, el rey y la reina con muchos caballeros y damas de mucho valor y hermosura, pasando el tiempo con mucho regocijo de fiestas y danzas y otras cosas que más placer y holganza podían recibir en la ciudad de Brisea, que era un muy hermoso y deleitoso puerto de mar y en el cual lo más de su tiempo el rey y la reina solían pasar, porque en él se hallaban más a su voluntad y contento, el alboroto y ruido del pueblo se levantó

con tantos alaridos y voces, que verdaderamente parecía el cielo juntarse con la tierra; y los gritos que las mujeres y los niños daban eran tantos y con tanto temor, que todos aquellos caballeros que en el palacio estaban fueron puestos en mucha confusión y espanto hasta que la causa de tal novedad les fuese manifiesta. El rey, que no menos espantado que todos estaba, queriendo saber la causa dello, hizo al duque Policarpio que a informarse saliese. El cual aceptando el mandado del rey, saliendo por la puerta de una sala a los corredores, con mucha prisa tornó diciendo:

—Salid, señor, si queréis ver una cosa de mayor admiración que jamás habéis visto; que cierto para poner temor, no digo en los del pueblo, mas en los más esforzados corazones del mundo, es.

El rey y todos aquellos caballeros que allí estaban con mucha presteza se levantaron, y saliendo al corredor que el duque había salido, vieron venir por el aire muy cerca de la ciudad una espantable nube de fuego, la cual de sí tantos y tan espesos truenos y relámpagos tiraba y con tanta furia y ferocidad acercándose venía, que por mucho esfuerzo que en los corazones del rey y de aquellos caballeros reinaba, no pudieron dejar de temer una cosa que del centro del infierno parecía proceder.

Pues estando desta manera, sin poder pensar el remedio que para semejante caso pudiesen poner, la nube se vino tanto acercando, que pasando por encima de la ciudad y dejando de los comunes del pueblo con el miedo las ánimas casi de las carnes despedidas, encima del alcázar donde el rey estaba vino a parar, el cual pareciendo verdaderamente todo en vivas llamas arderse, por un cuarto de hora sin hacer mudanza desta manera se estuvo. Mas después yéndose poco a poco deshaciendo y consumiendo el humo y el fuego, el palacio de la misma manera que antes, sin haber recibido ningún daño quedó, no sin mucha alegría de la gente común, que a todos los que dentro estaban por muertos habían tenido.

Después que el fuego fue consumido, el rey Aureliano y todos los caballeros, que desde que la nube llegó del todo quedaron fuera de su sentido, y asimismo la reina y todas las damas que en el palacio estaban, tornando en su entero juicio y acuerdo, en la misma sala y los mismos lugares donde antes estaban sentados se hallaron. Y abriendo los ojos y sentimiento para considerar lo que por ellos había pasado, vieron al un cabo de la sala un carro de muy estraña labor y hechura, al cual estaban unidos dos grifos²⁵ de tanta ferocidad y espantable vista, que no en menos temor y rebato que la nube pasada los pusiera si una dueña que encima del carro sentada en una muy rica silla venía no los asegurara, la cual cubierta con unos honestos paños y con presencia de mucho merecimiento se mostró contra ellos con alegre semblante. Y después que a todos vido estar en sosiego esperando saber la causa de su venida, volviendo el gesto contra el rey Aureliano, desta manera comenzó a decir:

—Aquellas cosas que del Alto Señor están ordenadas y en su divino juicio aprobadas y consentidas, no basta fuerza ni poder de los mortales para estorbarlas ni resistirlas, porque cuando de semejante soberbia nuestros corazones y

²⁵ Bestia fabulosa, con alas y cabeza de águila y cola y patas de león

pensamientos fuesen sojuzgados, hechos semejantes a Lucifer, con mucha facilidad por su divina mano del todo abatidos y confundidos serían. Digo esto, esclarecido y poderoso rey, nobles y esforzados caballeros, para que si de la bonanza y contentamiento en que ahora vuestra próspera fortuna os tiene puestos y sublimados, según su acostumbrado ejercicio con casos adversos y desdichados, abajándoos con duro azote y fatiga cruel y peligro de vuestras vidas quisiere probaros experimentando vuestra paciencia, con magnánimos y fuertes corazones le resistáis, pues que en los tales tiempos se conocen y juzgan los que por discretos y sabios y fuertes en las armas de sí mismos son juzgados. Porque se acerca el tiempo en que todos vosotros os veréis en tanto trabajo y peligro, que juzgaréis por más verdaderas mis palabras de lo que ahora las podréis estimar. Y cierto, si como a mi saber le fue dado alcanzarlo le fuera poderlo estorbar, con más voluntad hubiera tomado mi trabajoso camino de lo que lo he hecho; mas la voluntad del Alto Señor sobre todas las cosas será del todo cumplida. Y vos, discreta y poderosa reina y señora, a quien no cabrá la menos parte de las adversidades y infortunios que digo, con toda paciencia y sufrimiento las resistid; porque yo vos digo que no serán para que del todo quedéis olvidada y desamparada, sino que al fin vuestros amargos llores y sobrada tristeza serán convertidos en todo placer y alegría, porque en lo que mis fuerzas bastaren de mí con sobrada diligencia seréis servida, lo cual no poco remedio será para conhortar²⁶ de vuestras crecidas fatigas.

Y dicho esto, antes que el rey pudiese darle respuesta de ninguna cosa ni preguntarle para en algo satisfacerse de lo que tan oscuro había hablado, con mucha presteza se levantó, y tomando una columna de una piedra cristalina que en el carro venía, tan alta cuanto estado y medio y tan gruesa que, al parecer, tres hombres no la levantarán de tierra, como si ninguna cosa llevara se salió con ella al patio que en medio del palacio estaba y allí dando con ella un pesado golpe en el suelo, hasta el medio estado la hizo hundir, quedando el un estado defuera y en él escritas ciertas letras bermejas que en aquella hora parecían haberse escrito con sangre. Y hecho esto se tornó luego a la sala, y subida por las alas de uno de los grifos en el carro, sentada en su rica silla, conociendo que el rey tuviese voluntad de hablarle, no queriendo dar lugar a ello, con una vara que en las manos traía hirió los grifos, que con mucha braveza y temor de los que los miraban comenzaron a mover sus grandes y disformes alas con tanta furia y fortaleza de viento, que con ellas la nube del fuego que hasta allí los había acompañado tornaron a encender, en la cual de la misma manera metidos que habían venido, por la puerta de la sala se salieron, dejando a todos tan espantados cuanto tan grave caso requería.

En mucha confusión y espanto quedó el rey Aureliano puesto viendo con cuánta crueldad adversa fortuna por boca de aquella sabia dueña, que por tal dél fue juzgada, le amenazaba. Mas por que los presentes dél no sintiesen flaqueza y la reina con tan tristes palabras no desmayase, mostrando muy claro y alegre gesto les dijo:

²⁶ Consolación.

—Dios es sobre todas las cosas, el cual proveerá cuando necesario fuere. Como recibimos las prosperidades con alegre cara, haremos a las adversidades con este firme semblante. Yo no pienso dar más crédito a semejantes casos de lo que después por mis ojos fuere visto.

El duque Policarpio, que un discreto y muy sabio caballero era, conociendo la voluntad del rey, asimismo dijo que cosas eran de que no se había de hacer más estima de lo que después sucediese, pues que muchas veces más eran falsos estos encantamientos para engañar los hombres que para avisarles de cosa que provecho alguno seguir se les pudiese. Lo mismo dijo el conde Clander y los otros caballeros de estima que allí estaban, aunque en sus corazones sentían otra cosa de lo que publicaban, conociendo que no sin causa cosa de tanto misterio por ellos hubiese pasado.

La reina Rosiana, con mucho temor y desmayo de lo que había visto, maldispuesta se fue a su aposento acompañada del rey y de todos los grandes y caballeros que allí estaban, los cuales después que la hubieron dejado, deseosos de saber las letras que en la coluna quedaron fijadas, se bajan al patio, donde leídas por el duque Policarpio, vieron que decía desta manera:

PROFECÍA

Al tiempo de la perdición del ensangrentado león en venganza del destierro de su manida y morada, la mansa leona saliendo con temor de la temerosa cueva buscando la muerte por ella deseada, lanzará fuera de sí la causa de su remedio, del cual apenas su vista de verlo habrá gozado cuando con crueldad será despojada; mas restituida de la primera pérdida, será la segunda causa que, con la tercera, no fenezcan sus días. Y el último y final día de mi firmeza será conocido, el cual dos veces, sin conocer la causa donde procede, con seguridad de ambas vidas habrá libertado.

Como el duque Policarpio hubo acabado de leer las letras, tan poco²⁷ entendieron dellas el rey y todos los que allí estaban como antes que las leyesen, y no menos espantados dellas que de lo pasado se tornaron a la sala mostrando más alegres semblantes de lo que tenían los corazones. Y así pasaron el día hasta la noche, donde los dejaremos por contar de lo que hizo Cosmaliel, rey de Samaria.

²⁷ Orig.: ‘tampoco’ (2v).

CAPÍTULO I-II

CÓMO, PARTIENDO EL REY COSMALIEL DEL REINO DE SAMARIA
CON UNA GRAN FLOTA Y ARMADA CONTRA EL REY DE TRACIA,
CON UNA GRAN TORMENTA ARRIBÓ DESBARATADO EN EL REINO
DE MACEDONIA

EN el reino de Samaria reinaba un poderoso rey moro llamado Cosmaliel, hombre asaz diestro en las armas; y tenía un hijo llamado Cosmalín, caballero de mucho valor y nombradía, aunque algo soberbio, porque en todo el reino no había hallado caballero que en armas se le igualase, mas antes muchas veces con sobrado esfuerzo había vencido algunos jayanes y otros bravos caballeros, que en su pensamiento tanta presunción y soberbia pusieron, que no pensaba que nadie en el mundo pudiese hacerle ventaja.

Este rey Cosmaliel tenía muy gran diferencia y antiguas cuestiones con el rey de Tracia, que asimismo era moro, y viendo el mucho esfuerzo y valentía que en el príncipe Cosmalín su hijo reinaba, y con el consejo y parecer de muchos buenos caballeros que en el reino tenía, con gran diligencia y solicitud comenzó a juntar una muy grande y poderosa armada, de la cual dio cargo, juntamente con el príncipe Cosmalín, a un bravo y fuerte jayán llamado Carmadón, el cual, dejada aparte su soberbia, que muy demasadamente le sojuzgaba, era en las cosas de la guerra tan sabio y tan diestro, que con su confianza el rey Cosmaliel propuso tomar esta empresa.

El príncipe Cosmalín, que no poco estaba deseoso de ver el fin desta jornada que en su fantasía por muy próspera y dichosa juzgaba, con muy gran diligencia en muy poco tiempo juntó tanta y tan lucida gente, así de caballeros como gente de pie, arqueros y ballesteros, que no veía la hora de verse partido. Y porque la ida y camino por tierra, según la mucha distancia, se les hacía muy trabajosa, en muy pocos días juntaron en el puerto de Arista, que era la ciudad donde estaban, ciento y cuarenta naos y galeras, todas tan armadas y bien bastecidas, que no les fallecía un punto de lo que les era necesario. El cual aparejo visto por el rey Cosmaliel con gran alegría de su corazón, un día señalado hizo que toda la gente se metiese en los navíos, lo cual por el gigante Carmadón, que por general capitán de toda la armada iba, con mucho cuidado y diligencia fue cumplido, hallando número de veinte mil caballeros y quince mil peones, todos tan bien armados y puestos en orden, que quienquiera que los viera juzgara ser bastantes a conquistar y ganar cualquier reino por grande y poderoso que fuera.

Pues embarcados que fueron, lo cual se hizo con mucha solemnidad de trompas y añafiles²⁸ y disparando muchos y muy gruesos tiros de pólvora, así de las naos como de la ciudad de Arista, las naos a punto, con valientes capitanes para la jornada, el tiempo se les volvió algún tanto, que tres días los hizo detener más de lo que pensaban. En los cuales el rey Cosmaliel, pareciéndole que con su presencia las cosas serían por mejor orden guiadas y teniendo por tan cierto el próspero fin del camino y dichosa vuelta, dejando un hermano suyo en el gobierno

²⁸ Trompetas rectas y alargadas.

del reino, en la misma armada determinó embarcarse. Y metido en la nao en que el príncipe Cosmalín iba, con próspero tiempo y muy soberbios corazones viendo la gran pujanza con que partían, salieron del puerto de Arista y con mucho placer y alegría de sus ánimos caminaron prósperamente tres días.

Mas como la voluntad de Dios muchas veces sea tan diferente del querer y deseo de los que en este mundo vivimos, al cuarto día que navegaban, con mucha tempestad y braveza de furiosos vientos la inquieta y hinchada mar sus altas y temerosas ondas de tal manera a mover comienza, que la fortuna²⁹ y tormenta cada momento de grado en grado creciendo, en mucha confusión y temor, así al rey Cosmalíel como al príncipe Cosmalín y gigante Carmadón con todos los otros caballeros y gente común puso. La cual no cesando, mas antes sobreviniendo la escuridad de la noche, con la cual creciendo la furia del viento, menguaba la esperanza de las vidas, porque verdaderamente ningún remedio de su salvación esperaban, las naves no con otra gobernación más de donde su ventura guiar los quisiese, habiendo perdido el tino los pilotos, las procuraban meter en las honduras del profundo mar, temiendo más el peligro que de acercarse a la tierra podría recrecerse que el que discurriendo metidos en los altos y hondos piélagos y golfos³⁰ dañar y perjudicar les podría.

El rey y el príncipe Cosmalín con animoso esfuerzo procuraban quitar el desmayo de la gente común, y lo mismo hacía el gigante Carmadón en la nao en que iba; mas como los más fuesen de flaco poder y fuerzas, todo esto aprovechaba poco. Y desta manera, con mucho trabajo y fatiga pasaron toda aquella noche y siguiente día hasta la otra noche, en la cual viendo que la tormenta en lugar de menguarse en mucho mayor grado y con mayores fuerzas y braveza crecía, del todo todos ellos la esperanza de las vidas y salvación perdieron. Sin la cual hasta tres horas de noche pasaron, que, como la flota con mucha solicitud casi toda a vista unas naos de otras se habían sustentado, sintieron que muchas dellas tocando en duros y fuertes peñascos, hechas muchos pedazos, a los que dentro dellas iban con mucho dolor de los que los miraban privaron las vidas, porque muy pocos dellos pudieron acogerse a la tierra, en la cual, conociendo ser de cristianos, no menos peligro esperaban. El rey Cosmalíel, que en aquel punto de su comenzado propósito, según el desdichado suceso, como quien tan cerca esperaba la muerte se había arrepentido, abrazándose con el príncipe Cosmalín, decía el uno y el otro tantas y tan crecidas lástimas, que cualquier duro corazón a mucha piedad movieran.

Mas a esta hora un piloto que en las naos dellos iba, el cual mucho tiempo en la ciudad de Brisea había estado captivo, aunque muy oscuro hacía reconociendo la tierra, se vino donde el rey Cosmalíel estaba, y dándole mucha esperanza de la vida, aunque no seguridad de su persona por ser en tierra de sus enemigos, le dijo que esperaba de llevarlos a puerto de salvación. Lo cual oído por el rey, muchos y muy crecidos galardones le promete cuando con tal socorro la vida asegure. Y el piloto, que de todos los pasos de puertos de aquella tierra tenía muy entera noticia,

²⁹ Tormenta marina.

³⁰ Piélagos y golfo eran sinónimos de altamar.

le vino a la memoria un deshabitado puerto que dos leguas de la dudad de Brisea estaba, en el cual pareciendo poderse con mayor seguridad remediar, porque hasta la mañana sin ser de ninguno sentidos podrían estarse, para él se va. Y con este propósito guiando hacia aquella parte, que muy cerca estaba, con muchas fuerzas y tiento la nave, encima della una luz para que las otras tras della guiasen hizo poner. Lo cual conocido por el gigante Carmadón, asimesmo su nave hizo guiar para aquella parte, a las cuales siguieron todas las otras que quedaban.

Y como el piloto con tanto deseo en la salvación de su vida y de tantos trabajase, tan buena manera y orden supo darse y con tan buen concierto guiar la nave, que sin errar la boca del puerto por él se meten, y asimismo las otras naves que por la misma guía y camino della siguieron. Y echando las áncoras para más seguridad y firmeza, con mucho trabajo cuanto espacio de una hora se mantuvieron, porque por la entrada del puerto la tempestuosidad de la tormenta con tanta furia y braveza se embocaba, que las anclas y amarras que las naves tenían asidas en muy poco tiempo fueron quebradas. Lo cual visto por los pilotos, no les quedando remedio ninguno, hacia una parte del puerto donde mejor les pareció fueron a dar con las proas en tierra, donde salvándose muchos dellos y dellos perdiendo las vidas, la flota fue toda deshecha y desbaratada.

El rey Cosmalíel, que todo mojado y con demasiada angustia y pesar, juntamente con el príncipe Cosmalín, por caso tan desastrado y de tan gran desventura había salido, queriendo proveer en el remedio que para semejante peligro y afrenta era necesario, con mucho silencio, por que de los de tierra no fuesen sentidos, hizo llamar los principales hombres y capitanes que de la flota vivos quedaron. Los cuales venidos, hallaron que de la gente que en la armada venían podrían ser bien anegados casi la mitad della, la cual casi toda era del peonaje, que con venir en peores navíos menos habían sabido remediarse. El rey Cosmalíel, que así todos juntos los vido esperando aquello que mandar les quisiese, con muchas lágrimas en los ojos y triste semblante les dijo:

—Pues que por todos una mesma fortuna con tan crecido sobresalto y demasiada fatiga ha pasado y en parte donde el remedio está tan fuera de esperanza, pues de los dioses claramente del todo somos desamparados, cualquiera que alguna vía o camino pensare con que asegurar nuestras vidas podamos puede decirlo, para que tomado el parecer de aquel que mejor nos parezca aconsejarnos, hagamos lo que debemos en defensa y seguridad dellas. Lo cual vos ruego con toda brevedad penséis y ordenéis, porque descubiertos de nuestros enemigos, y más en tierra donde tantos y tan buenos caballeros hay, no siento lugar donde valernos y asegurarnos podamos.

El gigante Carmadón, que desde que en tierra había salido muy avisadamente del piloto que allí los había metido de todos los pasos de aquella tierra se había avisado, viendo que todos callaban, en alta voz, que todos lo oyeron, así comenzó a decir:

—Muy alto y poderoso rey, esclarecido príncipe, nobles y esforzados caballeros, pues nuestra contraria ventura a tiempo y en parte tan temerosa nos ha traído y guiado, donde, si de los poderosos dioses que contra nosotros tan airados se han mostrado no somos favorecidos y ayudados, tan mala esperanza y

seguridad de nuestras personas y vidas nos ha quedado, no nos queda otra cosa más de que, como todos sin ninguna piedad por manos de nuestros crueles enemigos hechos pedazos muy presto seremos sacrificados, antes que de nuestro desastre puedan ser avisados vendamos así nuestras vidas que después de perdidas no llevemos lástima de la venganza. Digo esto porque yo he sabido que estamos en tierra de cristianos, en el reino de Macedonia, cerca de la ciudad de Brisea, donde el rey Aureliano, que desta tierra es señor, lo más del tiempo suele residir. Y si mi parecer vos pareciere seguir, es que, pues a nosotros no nos han quedado navíos en que valer nos podamos, ni menos mantenimientos con que nos pudiésemos sustentar, ni sabemos parte donde podamos fortalecernos para resistir la gran fortaleza de nuestros enemigos, sin esperar otro acuerdo ni consejo, antes que la mañana venga con varoniles ánimos demos sobre esta ciudad. La cual, con estar todos desapercibidos durmiendo y sin aviso ni pensamiento de nuestra venida, yo tengo esperanza en los soberanos dioses que no así del todo nos hayan olvidado que para tomarla no nos favorezcan; que si della apoderar nos podemos y en ella el esforzado rey Aureliano por nosotros fuese preso o muerto, no solamente saldremos del trabajo y fatiga que ahora tenemos, mas antes aplacando nuestros dioses con tomar la guerra con enemigos dellos o de su fe, nos favorecerán para que por ventura en muy breve tiempo deste hermoso y nombrado reino podamos ser señores. En lo cual, por el poco espacio de tiempo que tenemos, pues que ya la medianoche es cumplida, sin poner en ello dilación alguna, puestos en todo concierto, debemos seguir. Y si a alguno de los que aquí están pareciere que por otro camino y parecer debamos guiarnos, podrá a la hora decirlo, para que, consultados, lo uno o lo otro hagamos y cumplamos lo que ende³¹ mejor nos parezca.

Como acabó de decir el gigante Carmadón, así al rey como a todos los otros capitanes y gente común de la hueste les pareció tan bien aquel parecer, que del todo se tuvieron por bien aconsejados, teniendo mucha esperanza de la victoria, tanto, que mucha parte del miedo y temor que de antes tenían perdieron, cobrando fuerzas y esfuerzo para ponerse en cualquier trabajo donde asegurar las vidas pensasen. Y el príncipe Cosmalín, por que el poco tiempo que tenían en balde no se pasase, poniendo los capitanes en muy gentil orden con toda la gente, por el camino que el piloto los guiaba con asaz trabajo y fatiga por ser la noche muy oscura comenzaron a caminar. Y tanta prisa se dieron, que bien tres horas antes del día, sin que de ninguno sentidos fuesen, arribaron muy cerca de la ciudad de Brisea. Y allí repartiendo el gigante Carmadón la gente en tres partes, que serían hasta quince mil caballeros y ocho mil peones, dio la una dellas al rey Cosmaliel, y la otra al príncipe Cosmalín y la otra dejó para sí, para que por todas partes la ciudad fuese combatida y entrada. Y moviendo con todo concierto, deseosos de verse ya dentro, con tanta desgracia y desdicha de los de la ciudad que jamás hubieron dellos sentimiento, llegaron al muro della.

³¹ De esto, de ello.

CAPÍTULO I-III
DE LA GRAN DESTRUCCIÓN QUE EL REY COSMALIEL Y EL
PRÍNCIPE COSMALÍN EN LA CIUDAD DE BRISEA HICIERON, Y
CÓMO DELLA EL REY AURELIANO Y LA REINA ROSIANA SE
SALVARON

CERRABAN las oscuras tinieblas la claridad del luminoso día y con el nocturno silencio los moradores de la desdichada ciudad de Brisea, con poca esperanza y miedo de la venidera destrucción y daño de su antigua morada y personas, queriendo a los fatigados cuerpos dar algún descanso y reposo, con mucha quietud estaban en sus lechos durmiendo, cuando el descreído y pérfido rey Cosmaliel por la parte que de la ciudad le cupo, hallando por desventura de los que dentro estaban abierta una puerta que de cerrar aquella noche se les había olvidado, como hombres que del todo pensaban estar seguros entrando con su gente por ella con gran crueldad, no perdonaban a persona ninguna de todas las que por las casas, de las cuales todas las puertas echaban en el suelo, hallaban. Comenzaron a hacer tan gran matanza y destrozo, que los gritos y alaridos de los de la ciudad fueron tantos que todos los ciudadanos en un punto fueron levantados, y unos decían a muy grandes voces: «¡Traición! ¡Traición!», y otros: «¡Alarma! ¡Alarma, que enemigos tenemos en la ciudad!». Otros se armaban con mucha furia; mas no había ninguno que pensar ni saber pudiese la causa de tan grande alboroto y revuelta. De las ventanas, levantadas las mujeres, alumbraban con antorchas y otras muchas luminarias, lo cual todo era en acrecentamiento de su daño y peligro.

El rey Aureliano, que muy poco de aquella noche, pensando en la venida de la sabia dueña el día pasado, había dormido, oyendo las voces y gritos que las mujeres y niños daban y el ruido que de las armas por la ciudad con grande estruendo sonaba, con muy grande sobresalto del corazón, casi adivinando aquello que ser podría, se levantó de con la reina, que con él aquella noche dormía, y por no la poner en mayor temor y desmayo del que la desdichada señora sintiendo tan triste principio sintía, con alegre y sereno semblante la esfuerza y consuela mostrando no tener en nada cualquiera cosa que fuese; lo cual todo no bastaba para que muchas veces y muy a menudo, viendo que el rey armándose estaba, no se amorteciese y desmayase, tanto, que mayor dolor y sentimiento era lo presente para el rey Aureliano que el temor de la cometida traición poner le podía. Y después que fue armado, saliéndose al patio de la fortaleza halló hasta quinientos caballeros, que habiendo oído el ruido, no sabiendo qué cosa fuese, hacia el palacio se vinieron esperando saber la causa y cumplir el mandamiento del rey; el cual asimismo ignorante, preguntando lo que dello sabían, el conde Clander le dijo:

—Señor, no hay hombre de nosotros que otra cosa sepa más de que la ciudad con muy gran traición es entrada y todos nosotros, si defender no nos supiéremos, en un punto de muertos o destrozados no escapamos.

El rey Aureliano, que con mucho dolor de su corazón tan tristes nuevas escuchaba, encomendando la guarda de la fortaleza y de la reina a un caballero viejo y de mucho saber y discreción y de quién el rey y la reina mucho se fiaban, llamado don Polidor, y con él hasta cien caballeros de los mejores y más escogidos que consigo halló, encomendándole que con toda fidelidad y esfuerzo hiciese la guardia, con los otros cuatrocientos caballeros hacia la parte donde el ruido y los golpes de las armas sonaban se fue.

Mas a este tiempo ya el príncipe Cosmalín con la gente que a su cargo llevaba habiendo rotpido un pequeño portillo del muro, con muy grandes alaridos por las calles de la ciudad se mete. Lo cual visto por el rey Aureliano, con los cuatrocientos que consigo llevaba le sale al encuentro, y los unos y los otros tan sin piedad y con tan esquivos³² y pesados golpes comienzan a herirse, que muchos, así de la una parte como de la otra, en muy poco espacio de tiempo cayeron muertos; y algunos de la ciudad que traían caballos les convenía por fuerza dejarlos, viendo lo poco que con la escuridad de la noche dellos aprovechar se podían, aunque con las lumbres que en las ventanas y torres estaban claramente se conocían. El rey Aureliano y los de la ciudad, viendo que los enemigos fuesen infieles, llamando a Nuestra Señora que los socorriese y ayudase, con grande esfuerzo y desnudo los acometen; mas como fuesen tan pocos para tanto número, muy poco les aprovechaba. Asimismo los moros, viendo que salidos de aquella ciudad ninguna esperanza de remedio les quedaba, con bravos y fuertes corazones por todas partes los acometen. El duque Policarpio, que caballero de mucha bondad y valentía era, y de los principales señores del reino, sintiendo el mal juego que de los enemigos esperar se podría, habiendo juntado alguna pieza de caballeros y otra gente de a pie se encontró con la gente del gigante Carmadón, que tan gran mortandad y estrago en los cristianos hacía con una pesada porra que en las manos traía, que todos, temiendo sus crueles golpes, le hacían lugar por dondequiera que pasaba. Lo cual visto por el duque Policarpio, para él se va con la espada alta, y cargándole de pesados golpes, con mucha viveza trabaron entre sí una peligrosa batalla.

A esta hora los del príncipe Cosmalín, que como bravo león hiriendo a diestro y a siniestro entre los ciudadanos se había metido con toda su gente, que como tantos que la que con el rey estaba fuesen que bien podían decir haber doce para uno, con tanta fortaleza los acometen, que por fuerza les convino, dejando una calle en que estaban, salir a una plaza en que la gente del rey Cosmaliel asimismo muy fuertemente peleando con los ciudadanos estaba. Y como allí tuviesen anchura y los enemigos fuesen tantos y peleasen como gente desesperada., en muy poco tiempo mataron tantos de los caballeros y gente de la ciudad, no perdonando a niños ni mujeres ni otra gente común que defenderse no podían, que las calles y plazas de la ciudad corrían arroyos de sangre. ¡Oh, quién viera a esta hora al rey Aureliano, que como bravo león, no sintiendo peligro ni golpes, que muchos y muy pesados recibía, por entre sus enemigos se mete, matando y hiriendo tantos dellos, que todas sus armas eran tintas de sangre! Y el conde Clander, que

³² Ásperos.

asimismo con generoso esfuerzo todo aquel tiempo había peleado, habiendo muerto y tullido muchos de los enemigos, pareciéndole que el rey, según entre ellos se metía, podría perderse, jamás dél se partió, guardando y asegurándole las espaldas; lo cual no poco provecho le hizo.

A esta hora ya el día comenzaba a esclarecer, y los unos y los otros con mayor fortaleza avivados en la batalla, se daban mayores y más pesados golpes. Toda la prisa estaba junta en la plaza, porque los principales caballeros de ambas partes allí habían acudido. Lo cual visto por el duque Policarpio, dejando lo mejor que pudo la batalla que con el gigante Carmadón tenía, a la plaza se sale, y el gigante Carmadón asimismo, donde los muertos, así de la una parte como de la otra, en un momento fueron tantos que, poniéndolos delante de sí, con ellos se fortalecían por no ser ofendidos de sus enemigos. El rey Cosmalíel, viendo que los de la ciudad se iban apocando y que, si no eran el rey con los más principales caballeros, todos los otros desmayando iban ya de vencida, y pareciéndole que él y el príncipe Cosmalín bastaban para desembarazarse de los que presentes tenían, llegándose al gigante Carmadón le rogó que ayuntando alguna pieza de gente procurase apoderarse de la fortaleza y alcázar, porque, aquella tomada, tenía su hecho por concluido. Lo cual oído por el gigante, tomando hasta mil caballeros de los que allí consigo tenía y otros mil de los que por las calles donde iba recogió, hallando que habiendo muerto todos los moradores de todas ellas estaban apoderados y fortalecidos en las principales casas, se fue para allá, donde llegado, hallando las puertas cerradas y a don Polidor con los cien caballeros que desde las almenas y torres bravamente les defendían la entrada, habiendo tres o cuatro veces con fuertes combates probado quebrar las puertas y viendo cuán poco les aprovechaba, muy prestamente hizo traer mucha leña y fuego, y haciéndolo encender en las puertas y otras partes donde más les pareció aprovechar a su propósito, en un punto, sin que don Polidor ni los suyos resistir lo pudiesen, las puertas fueron quemadas, quedándoles la entrada libre.

Mas don Polidor, que muy leal y buen caballero era, viendo cuán poca resistencia tan poca gente a tanta multitud de enemigos podía hacer, recogíendose a la escalera del patio, que para unos corredores subía, de allí con los suyos se defendió en tanta manera que en más de dos horas el gigante Carmadón, perdiendo mucha de su gente, un paso atrás no los hizo menear. Y visto cuán poco de aquella manera podrían hacer; buscando cómo poderlos acometer por las espaldas, hallaron una escalera de torno³³ secreta, por la cual subiendo muchos de los enemigos, cruelmente los comenzaron a ofender por una parte y por otra. Y visto por don Polidor el poco remedio que le quedaba, porque de cien caballeros más de los sesenta eran ya muertos, aunque como buen caballero que era quisiera dejar la vida donde sus compañeros la habían perdido, pareciéndole que mejor podría cumplir con su lealtad en un acuerdo que al pensamiento le vino, determinando ponerlo por obra, por una parte secreta al aposento de la reina se va con propósito de hacer lo que adelante oiréis.

³³ De caracol.

El gigante Carmadón que desembarazado de don Polidor se vido, el cual hasta allí era defensa y amparo de todos los suyos, matando en muy poco tiempo sin ninguna lástima todos cuantos en el palacio halló, no habiendo persona que contrariar le pudiese, se sube a las torres con muchos de los que con él estaban, donde puestas ciertas banderas que con las armas del rey Cosmalíel pudo haber y con muy grandes alaridos y voces comienza a gritar y decir:

—¡Samaria, Samaria! ¡Viva el poderoso rey Cosmalíel y el invencible príncipe Cosmalín! ¡Y nuestros dioses destruyan al rey Aureliano con toda la cristiandad!

El rey Aureliano y todos los de la ciudad, que hasta allí con algunas fuerzas se habían sustentado, oyendo la dolorosa nueva enflaquecieron sus corazones de tal arte, que en muy breve tiempo dejaron vencerse; mas el rey reconociendo su perdición con muchas lágrimas en sus ojos, más pensando que la reina hubiese recibido afrenta o fuese muerta que por el daño que en su persona y ciudad recibía, tornando a cobrar nuevas fuerzas, deseando fenecer sus días tomando venganza de quien tanto daño le había hecho, se mete entre sus enemigos dando tales y tan desmesurados golpes, que a muy pocos acertaba sin que muertos o tullidos no viniesen al suelo.

A este tiempo muchos de los caballeros de ambas partes habían cobrado caballos de los que en la ciudad había, y el duque Policarpio, que en aquello tuvo acuerdo, pareciéndole cumplir al servicio del rey, a pesar de todos los que defender lo querían trujo tres caballos, en los cuales el rey y el conde Clander y él habiendo subido, a muchos de sus enemigos con gran fortaleza de sus brazos hicieron perder la vida. El rey Cosmalíel, que asimismo estaba a caballo, como muy buen caballero fuese, viendo el daño que en los suyos el rey Aureliano hacía, con muy duros y espesos golpes le sale al encuentro; mas el rey Aureliano, que como rabioso lobo entre las ovejas gran multitud de muertos al derredor de sí tenía, viendo que a éste como a principal y caudillo todos los otros acataban, queriendo tomar parte de la venganza que deseaba, tomando la espada a dos manos y levantándose sobre los estribos, con tan aventajada fuerza lo hirió, que, hendido el yelmo con la cabeza hasta los ojos, el malvado rey Cosmalíel hizo fin a sus tristes días yendo a recibir el fruto que de sus malvadas obras le estaba aparejado.

Grande fue el alboroto que entre los moros hubo sabida la muerte del rey Cosmalíel, y tantos fueron los que sobre el rey y el duque Policarpio y el conde Clander cargaron, que por fuerza, dejando la plaza, se retrujeron a una angosta calle, en la cual defendiéndose brava y esforzadamente los tres caballeros, se detuvieron tanto que el gigante Carmadón, que en el castillo estaba, supo la muerte del rey, y cabalgando en un muy hermoso caballo que del rey Aureliano era, con su pesada maza en las manos se viene en seguimiento de los que tanto daño habían hecho, y haciendo apartar todos los que dentro en la calle peleando estaban, con tanta furia por ella se mete, que todos los tres caballeros juzgaron muy presto por muertos. Mas el rey Aureliano, teniendo a sus espaldas los dos valientes guerreros, tomando una lanza que una mujer desde una ventana le dio, encomendándose a Nuestro Señor que le guardase de aquel infernal diablo, metiéndola debajo del brazo y puñiendo las espuelas al caballo le hiere de tan poderoso encuentro que, guiado por la divina Mano, el hierro acertó a entrar por medio de las hojas de acero

que sobre la barriga traía, de tal manera que saliendo la lanza por las espaldas dio con él muerto del caballo abajo; mas no lo pudo con tanta seguridad hacer que antes que el gigante cayese no llevase en un brazo una herida que al descargar de la maza le dio, de la cual perdiendo mucha sangre, le puso en mucho trabajo. Mas los enemigos que con ellos estaban, viendo tan desapoderado³⁴ golpe, no se osaban llegar a ellos, hasta que el príncipe Cosmalín sabiendo la muerte de su padre y del gigante Carmadón, bramando como hombre desesperado y fuera de tino, trayendo consigo tres mil compañeros se vino hacia aquella parte; y como el duque Policarpio muy entendido y sabio caballero fuese, viendo cuán cerca les estaba la muerte si la furia de los que de refresco venían esperasen, llegándose al rey le dijo:

—En los tales tiempos es necesaria la discreción y juicio de los hombres para que la desesperación no dé lugar en el corazón a que, habiendo en las adversidades remedio, del todo desconfiados, ni procurarlo ni tomarlo quieran. Digo esto pues en lo pasado y presente nuestra ventura así nos ha tratado y en los tales términos traído, que, habiendo los enemigos sojuzgado y vencido todos los de la ciudad y siendo muertos los más y más principales³⁵ de todos nosotros, solos quedemos; que si más defender nos quisiéremos, por fuerza en las manos de nuestros capitales enemigos dejar las vidas nos conviene.³⁶ Locura será seguir adelante semejante intención, pues que poniendo remedio en las vidas no faltará en todo lo demás; que yo espero en Dios que no menos cruel será la venganza que la ofensa que habemos recibido.

—Donde tanto bien se ha perdido —dijo el rey— como yo he hecho, quedando la reina en poder destos descreídos y perros enemigos de nuestra fe, no sé yo qué mejor consuelo me quede que por no ver más dolor y lástima de la que he visto dejar aquí juntamente la vida, con la cual fenezca este tormento que para mí, saliendo de aquí, será mayor que la misma muerte.

—No es ése buen consejo —dijo el conde Clander—, que con la muerte toda esperanza fenece, y con la vida muchas mayores pérdidas vemos ser restauradas. Siendo vos vivo podréis cobrar la reina y la ciudad; que³⁷ aunque al presente las tengamos por perdidas, se pueden tornar a cobrar. Y si desta manera y con tanta desesperación aquí vos dejáis perder, tendréis que dar cuenta a Dios de que dais ocasión que el reino, faltando quien lo gobierne, por estos descreídos totalmente sea destruido.

Tantas y tales cosas los dos caballeros supieron decir al rey, que, sacándole del propósito que antes tenía, le movieron a voluntad que de la ciudad se saliese. Lo cual fue a tiempo que siendo la ciudad ganada en poder de los enemigos, los pasos estaban ya todos tomados, de manera que con mucha dificultad y trabajo por la mucha gente que los seguía pudieron escabullirse. Mas como el duque Policarpio supiese muy bien los pasos de la ciudad, metiéndose por calles angostas y partes donde menos daño pudiesen recibir, hicieron perder el tino a los moros, de manera que muy fatigados y con muchas heridas y trabajo salieron por un postigo

³⁴ Furioso.

³⁵ Orig.: 'pricipales' (7r).

³⁶ Nos sobreviene, nos resulta.

³⁷ Suplo 'que' (7r).

fuera de la ciudad, y tomando una senda que hacia una floresta que cerca de allí estaba se hacía, con muchas lágrimas y suspiros y con terrible angustia, así del rey como de sus dos compañeros, comenzaron a caminar, habiendo recogido hasta diez o doce caballeros, que viéndolos salir de la ciudad, tras dellos asimismo se habían salido.

Los moros que en la ciudad quedaron, por mandado del rey Cosmalín, que por vengar la muerte de su padre y del gigante Carmadón grande estrago y mortandad aquel día había hecho con toda inhumanidad, ninguna criatura viva de las que en la ciudad estaba quisieron que a vida quedase; y cierto, bien era cosa de ver las gentes que por las calles hechas pedazos estaban, los montones de los muertos, los arroyos de sangre que dellos corrían, que no pudo mayor ni más cruel ser la destrucción que de la famosa ciudad de Troya se publica. Y después que no les quedó cosa de que a su voluntad y placer no se hubiesen satisfecho, metiéndose en el palacio el príncipe Cosmalín y por la muerte de su padre jurado por rey de todos los que allí estaban, con toda solicitud y recaudo hizo cerrar las puertas de la ciudad, ordenando y poniendo las guardas que para su seguridad le parecía convenir. Y haciendo contar la gente que consigo tenía, halló que por todos le faltaban, de los que en la ciudad con él habían entrado, ocho mil y trescientos hombres, de los cuales la tercera parte era de la gente de pie; mas como la que le quedaba fuese toda gente escogida y aquel día todos ellos con tanto ánimo se hubiesen mostrado, bien pensaba con ella defender la ciudad tanto tiempo hasta que del reino de Samaria pudiesen traer socorro, porque había hallado en ella tanto mantenimiento y provisiones que bien bastaba para cuatro meses. Mas dejar los hemos ahora por decir lo que el buen caballero don Polidor con la reina Rosiana hizo.

CAPÍTULO I-III

CÓMO EL PRÍNCIPE COSMALÍN QUEDÓ POR REY EN LA CIUDAD DE BRISEA, Y CÓMO LA REINA ROSIANA PARIÓ UN HIJO EN UNA FLORESTA

EL buen caballero don Polidor, como ya os contamos, habiendo visto la perdición de la desdichada de ciudad y cómo la fortaleza sin resistencia era entrada y los más de sus compañeros muertos y los que quedaban en mucho peligro, temiendo que, si la reina fuese en poder de sus enemigos, el desacato y mal tratamiento que le sería hecho y con cuánta dificultad sería rescatada, pensando, como fue, que el rey su señor habría ventura de poderse librar de sus manos, llamó un sobrino suyo, buen caballero, llamado Arnidel de Sarmacia, y los dos juntamente, entretanto que los moros con los caballeros que vivos estaban quedaron envueltos, cerrando muy fuertemente todas las puertas tras sí llegaron al aposento donde la reina con hasta veinte doncellas, todas de mucho

merecimiento y valor, hijas de los más principales caballeros y grandes de su reino, estaba, sin otras muchas doncellas y mujeres de servicio; la cuales sintiendo que los enemigos eran dentro en el palacio, pensando cuando don Polidor y Arnidel entraron que los enemigos fuesen, las unas se cayeron en los estrados³⁸ amortecidas y las otras comenzaron a dar tan fuertes y dolorosos gritos, que mucha mancilla y dolor en los corazones de los dos caballeros pusieron, los cuales con las mejores palabras y consuelos que sabían y podían procuraban esforzarlas y asegurarlas, mas ninguna les aprovechaba.

La reina Rosiana que conocido hubo a don Polidor, cubriéndosele el corazón, con un muy recio desmayo se cayó en el estrado tan fuera de su sentido que por mucho que don Polidor y los otros hicieron, en más de media hora no la pudieron tornar en su acuerdo; mas ya que un poco tornó en su juicio, abriendo los ojos y viéndose en brazos de don Polidor, con tan grandes sospiros que el ánima parecía de sus carnes de todo punto apartársele, comenzó a decir:

—¡Ay don Polidor, mi verdadero amigo! ¿Qué nuevas me dais de tan amargo y doloroso trance? No sé qué pueda pensar viéndoos venir tal parado³⁹ sino que el rey mi señor sea muerto. Por Dios que me digáis la verdad, para que si así es yo vaya en este momento a tenerle compañía, y no deis lugar a que más con esperanza desta certinidad mi ánima pene, pues ningún otro descanso ni remedio de mis fatigas me queda.

—Señora —dijo don Polidor—, alegres nuevas no puedo dároslas, porque la ciudad es destruida y la fortaleza en que estamos entrada de nuestros enemigos, así que no sin daño y perjuicio nuestro podremos restaurar nuestra pérdida. Mas de una cosa os hago cierta, que el rey mi señor es vivo, y aunque ahora no puede ser menos de recibir afrenta y trabajo en tan grave persecución, yo espero en Dios que no en todo la ventura le habrá olvidado para que de mano destos descreídos no pueda escabullirse; que sin duda él sabrá tan bien gobernarse que, caso que se pierda la ciudad no se pierda su persona. Lo que ahora conviene, y yo por lo que a vuestro servicio cumple vos suplico humildemente, es que sin poner dilación, pues en tiempo tan desdichado no se sufre,⁴⁰ queráis veniros conmigo para que en vuestra persona y destas señoras se ponga el remedio necesario. Y no consintáis que, salvándose el rey mi señor, sienta tanto vuestra pérdida que muy presto sea causa de su muerte; que si vos, señora, le amáis, pues para él no podéis hacer cosa de que tanto placer y contento reciba, no debéis dilatarlo más un momento. Forzad la fuerza que el dolor vos hace tener y venced vuestra voluntad, porque de la tardanza se sigue peligro de la vida de todos.

—No sé qué diga —dijo la reina— ni qué camino siga más de aquello que a vos pareciere, aunque por mi voluntad y deseo no me visitaría cosa que a mi ánima diese tanto consuelo como la muerte.

Y acabando de decir esto se tornó otra vez a desmayar. Lo cual visto por don Polidor, y que si más se tardaba aquel hambriento lobo del rey Cosmalín con

³⁸ En las buenas casas, el estrado era la sala acondicionada con cojines, banquetas y otras comodidades en que la señora recibía y atendía las visitas femeninas.

³⁹ En tal disposición.

⁴⁰ No se admite.

mucha gente andaba buscando la casa, tomando en brazos él y Arnidel de Sarmacia a la reina, con mucho silencio, aunque con las mujeres que con ellos iban era dificultoso, yéndose por ciertos retretes secretos⁴¹ que en la casa había y bajando por unas escaleras oscuras descendieron hasta una casa soterránea⁴² que estaba debajo de unos corrales del palacio, a la cual entraba una poca de claridad por un agujero pequeño que a un canto de aquel corral salía.

Agora sabed que este virtuoso y esforzado caballero don Polidor era natural del reino de Suecia, el cual siendo algo pariente del rey padre de la reina Rosiana, en su corte, por sus tan buenas maneras y virtudes, así del rey como de todos los principales del reino era demasiadamente bienquisto⁴³ y amado. Y cuando la reina Rosiana casó con el rey Aureliano, con el amor natural que los hijos tienen siempre a sus padres sintió mucho aquel apartamiento; así que, pareciéndole al rey que con este caballero, porque cuando chiquita había tenido cuidado della y tenía con él más conocimiento que con otro ninguno, perdería aquella soledad y congoja que llevaba, le rogó con ella se fuese. El cual mandamiento visto por don Polidor, y que en cumplirlo el rey su señor recibía servicio, con toda voluntad lo aceptó. Y por esta causa la reina Rosiana lo quería y honraba mucho, viendo que por su causa había dejado su naturaleza y casa, con mucha tierra que debajo de su señorío tenía.

Estando, pues, desta manera don Polidor en casa del rey Aureliano, teniéndole el rey en aquella estima que su mucha virtud y valor merecía, saliose un día a caza en aquella floresta que estaba cerca de la ciudad juntamente con otros caballeros deseosos del mismo pasatiempo. Y después de haber muerto muchos venados, alegres con la buena montería que habían hecho, viniendo con mucho regocijo hacia la ciudad, salioles de través un ciervo pequeño, al cual soltando algunos perros, uno que don Polidor por muy preciado tenía lo comienza a seguir. Ellos con los caballos cercándolo de todas partes, lo acosaron en tanta manera que el ciervo, con temor de la muerte, pensando hallar amparo se metió por una boca de una cueva que acaso cerca de una fuente que en lo más espeso de la montaña estaba halló, y aquel perro de don Polidor yendo muy encarnizado y con gana de matarle, se metió asimismo tras dél por la cueva adelante, quedando los otros perros a la boca, que dentro no osaron entrar. Don Polidor y todos los que con él estaban esperaron hasta que fue de noche, que el perro ni el ciervo jamás tornaron a salir. De lo cual don Polidor enojado, porque por mucho precio no quisiera perder el perro, quiso muchas veces entrar dentro de la cueva a buscarlo; mas porque era de noche se hubo de volver a la ciudad con mucho pesar de haber el perro perdido. Y habiendo reposado aquella noche con pensamiento de ir a buscar el perro otro día a la floresta, como se levantó se fue para palacio, y acaso entrando hacia aquella parte donde la soterránea estaba, oyó que su perro dentro ladraba y gemía, y pareciéndole conocerle, baja allá para ver qué cosa fuese y halló el perro que había perdido y junto con él el ciervo tras que había entrado muerto, y así como el perro le conoció, hizo con él las mayores alegrías del mundo. Mas don Polidor, muy espantado, no podía pensar por dónde hubiesen entrado; y mirando a todas partes,

⁴¹ Estancias apartadas.

⁴² Sótano, cava.

⁴³ Bien considerado.

a un rincón en medio de la pared vido una boca de una cueva muy grande, y visto que el perro y ciervo por allí habían venido, juzgó que la cueva que en la floresta había hallado tenía por allí la salida, y no pudo pensar a qué fin o propósito allí fuese hecha. Y así, pasando después desto muchos días que della no tuvo acuerdo, hasta que Dios a tiempo de tanta necesidad se lo trujo a la memoria, porque conociendo que por allí podría la reina con todas sus mujeres ponerse en salvo, las hizo venir de la manera que habéis oído.

Y como a la boca de la cueva llegaron él y Arnidel de Sarmacia, a quien ya todo el hecho de la cueva había contado, con mucho temor de las mujeres, que por la cueva no osaban andar, con harta dificultad las hicieron entrar llevando ellos dos a la reina, que hasta aquel tiempo no había tornado en su acuerdo. Y fueles la ventura tan buena que Cosmalín, que buscando la casa por aquella parte en aquel tiempo andaba, como hubieron acabado de entrar llegó a la casa soterránea, y como las mujeres atemorizadas diesen muchas voces sintió la gente que dentro estaba, y conociendo claramente ser mujeres, bien vio que pues en el palacio no había hallado la reina ni otra doncella ninguna, que no podrían ser otras las que allí dentro estuviesen escondidas. Y llegándose con algunos de los suyos a la boca de la cueva, las comenzó a llamar, asegurándolas de todo daño para que fuera saliesen. Mas don Polidor, determinado de perder la vida antes que consentir que perjuicio les fuese hecho, dejando a Arnidel con la reina porque la cueva era muy angosta, salió hasta la puerta, y topando delante uno de los que con el rey Cosmalín venía, le dio tan gran golpe que, cortándole casi todo un brazo, lo hizo apartar afuera; mas Cosmalín con todos los que con él estaban remetieron contra don Polidor pensando pagarle de lo que había hecho, el cual se metió tres o cuatro pasos adentro, defendiéndose tan bravamente y como tan buen caballero, que nunca jamás pudieron entrarle. Lo cual visto por Cosmalín, pensando que aquella cueva no tuviese salida ninguna, mandó que los dejasen y cerrasen la puerta de la casa, que la hambre los haría salir y ponerse en sus manos, donde hallarían la piedad que le merecían, y cerrando muy bien las puertas por que no se fuesen, se tornaron a salir. Mas don Polidor, que como no supiese su pensamiento y viendo que la estada de allí no era mucho segura, haciendo caminar a las doncellas por la cueva adelante, llevando a la reina como de antes, se metieron por la escuridad con todo el aviso que era menester para ver si tras dellos viniesen.

La reina, que en este tiempo tornó en sí, viéndose en lugar tan oscuro, eran tan dolorosas y lastimeras las razones y palabras que decía, que los dos caballeros y doncellas lloraban más por el duelo que della tenían que por el peligro y temor en que estaban. Y con detenerse algunas veces con los desmayos que la reina sentía, aunque algo se tardaron, quiso Dios guiarlos tan derechamente que ya habrían bien caminado cuanto dos leguas cuando⁴⁴ vieron la boca de la cueva, que salía a la floresta entre muchos y muy espesos árboles en lugar muy apartado y escondido, por la cual entrando mucha pieza de claridad, a todos ellos quitando parte de la sobrada tristeza que llevaban, les puso en alguna esperanza de su remedio. Y saliendo fuera della con mucha presteza sacaron asimismo a la reina,

⁴⁴ Suplo 'cuando' (9r).

la cual no pudiendo tenerse en sus pies con la mucha flaqueza que del llorar y de su preñez tenía, la hicieron sentar junto a la fuente que ya os dijimos.

Y estando allí pensando el mejor camino que para su salvación debiesen seguir, la cruel fortuna, que jamás una fatiga sola acarrea, al tiempo que esta tan noble y desdichada reina en tanta tribulación y desasosiego se hallaba, queriendo probar su paciencia con más crueles y duras persecuciones, quiso que en aquel tiempo le tomasen los dolores del parto; los cuales siendo para ella tan nuevos como para quien jamás los hubiese sentido, sintiendo con ellos mayor pena y tormento que la misma muerte le pudiera causar, muchas veces la tuvieron tal que no tuvieron esperanza ninguna de que con la vida quedase. Don Polidor, que mucho más quisiera haber quedado muerto en poder de los moros que ver la desgracia y desdicha con que la reina tan cerca de la muerte se hallaba, muy lleno de dolor y lágrimas decía:

—¡Ay desventurado de ti don Polidor, cuánto mejor morir en manos de tus enemigos te fuera que ahora con la tristeza de tan sobrada desventura vivir los días que quedaren con mayor cuita y dolor que jamás caballero vivió! ¡Ay reina Rosiana, espejo y claridad de todas las mujeres del mundo, con cuánta crueldad la adversaria fortuna en tiempo tan necesitado vos trata! Pluguiese a Dios que mi vida feneciese antes por que de mis ojos cosa de tanto dolor y desventura no fuese vista. ¡Ay rey Aureliano, que si vivo de manos de tus crueles enemigos escapas, yo sé que tan grave pérdida será causa de la perdición y fin de tu vida!

Y diciendo estas y otras muchas cosas que a Arnidel de Sarmacia y a todas las doncellas y mujeres hacía con mucha voluntad gravemente estar llorando, a cabo de una hora la reina, principalmente con el ayuda de Nuestro Señor, que en tales tiempos no la tuvo olvidada, y con la de una dueña que con ella estaba y que mucho de aquel menester se entendía, parió un hijo, la más bella y hermosa criatura que jamás por los ojos de todos los que allí estaban fue visto, tanto, que más por cosa divina que humana de todos ellos era juzgado.

Don Polidor, con algún contentamiento de verlo y asimismo a la reina librada del parto, lo tomó antes que las doncellas lo empañasen en sus brazos, bendiciendo el Alto Señor que tan hermosa criatura y de tan extrema perfición había criado, y mirándolo todo parte por parte, le halló en los pechos debajo de la teta siniestra, encima del corazón, otro pintado, hecho de una señal muy bermeja y muy encendida, y encima dél hechas dos letras tan bien puestas y tajadas como de mano de quien las había pintado. Y muy espantado de señal tan estraña, después que lo hubo mostrado a Arnidel de Sarmacia y a todos los que allí estaban lo hizo empañar con el aparejo que las doncellas, quitando las mangas de sus camisas y deshaciendo sus ropas, de las que podían escusar, habían hecho, y lo mejor que pudieron curaron de la reina, consolándola y esforzándola para que de allí la pudiesen llevar; mas ella estaba tal que ni ver tan hermoso hijo como Dios le había dado ni las cosas que los caballeros y mujeres le decían le aprovechaban para perder un punto de la cuita que con pensar que el rey fuese muerto padecía. Y tomando el niño en sus brazos, diciendo con él infinitas lástimas y dolorosas razones lo puso a sus pechos; y Dios, que en todas las cosas provee, por que el niño no pereciese, quiso que a la hora, como si de muchos días fuera ya nacido, mamase,

Don Polidor, que con mucho cuidado estaba de proveer en todo lo necesario, por que más no se detuviesen rogó a Arnidel de Sarmacia que saliendo de la floresta buscasse algún poblado donde trujese aparejo para poder llevar la reina. Lo cual quiriendo Arnidel poner por obra, por la floresta adelante se sale, dejándolos con mucha esperanza y cuidado de su vuelta. Y fue tal su ventura, que para remedio de todo el daño pasado guio hacia aquella parte donde ya vos dijimos que el rey con el duque Policarpio y el conde Clander con los otros caballeros venían, más fatigados de la tristeza y pensamiento de su desventura que del cansancio y heridas que traían, aunque muchas y muy grandes eran. Arnidel de Sarmacia que un poco lejos de sí los vido venir, algún temor tuvo que de los enemigos fuesen, mas como cerca llegaron y el rey fue dél conocido, con sobrada alegría se fue corriendo para él y hincados los hinojos en tierra le tomó la mano besándosela con mucho placer. El rey que de aquella suerte lo vido, le dijo:

—¡Ay Arnidel de Sarmacia! Por Dios que me digas las nuevas que de don Polidor vuestro tío tenéis, que pues vos con él quedastes, no pienso que sin mucha necesidad dél os habréis apartado, y qué se hizo de la reina y de las que con ella estaban. Y no me dejéis de decir la verdad por cosa ninguna, que en ello me haríades muy crecido pesar.

—Deso me guarde Dios —dijo Arnidel—; que lo que yo sé, de todo vos diré cierto, que no poco contentamiento creo que dello recibiréis según el tiempo en que estamos. Don Polidor es vivo, aunque algún tanto herido, y está en su libertad con la reina en una espesura desta floresta, la cual con todas las que con ella estaban don Polidor y yo habemos podido librar por la mayor aventura del mundo; aunque después nos habemos visto en muy grande necesidad y congoja, porque la reina ha parido un hijo, la más bella y hermosa criatura que en este mundo ha nacido, y como mejor hemos sabido le habemos puesto el remedio necesario. Y yo venía ahora a buscar donde hubiese aparejo para poderla llevar de allí, temiendo que por ventura no fuésemos hallados y puestos en semejante sobresalto que el pasado

El rey que en su vida recibió nuevas con que tanta alegría su anima sintiese, no sintiendo herida ni dolor dellas, como quien de muerte torna a resucitar, olvidando lo pasado con lo que de Arnidel había oído, no lo pudiendo aún creer; como quien tanto lo deseaba, le tornó a conjurar para que le dijese la verdad y no le diese ningún consuelo fingido. Mas ya que certificado fue dello por lo que Arnidel le tornó a decir, no queriendo un punto más detenerse, hizo subir a Arnidel en las ancas del caballo que el conde Clander llevaba, y desta manera se tornaron a meter por la floresta con demasiado contentamiento de todos, y por el camino supieron muy por entero la forma que para escaparse habían tenido y el aviso que don Pulidor había dado, con todo lo demás que había sucedido.

CAPÍTULO I-V
CÓMO EL REY AURELIANO LLEGÓ DONDE LA REINA ESTABA, Y
CÓMO POR UNA EXTRAÑA AVENTURA PERDIERON EL DONCEL
QUE LA REINA HABÍA PARIDO

MUY grande consolación fue para el rey Aureliano y para todos los caballeros que le acompañaban las nuevas que de Arnidel de Sarmacia supieron, y tanta fue la prisa que para certificarse se dieron, que en muy breve tiempo llegaron a donde don Polidor con la reina Rosiana estaba con el niño en sus brazos. La cual así como del rey fue vista, descendiendo con mucha furia de su caballo se fue para ella, y tomándola entre sus brazos, llorando de sobrado gozo y alegría no podía hablarle palabra ninguna. La reina asimismo tullida⁴⁵ con el placer que viendo al rey delante de sí sintió, estuvo una pieza que no pudo hablar, estando los dos abrazados, corriendo de los ojos de entrambos las lágrimas en mucha abundancia considerando el peligro que aquel día por todos ellos había pasado. Y tornando el rey a cobrar el aliento que con el demasiado contento tenía perdido, teniendo todavía la reina en sus brazos, le dijo:

—Poco mal es el que la fortuna me ha hecho; y no con justa razón della me puedo quejar, pues en tan extrema necesidad y infortunio me tuvo guardado tan provechoso remedio de mis cuitas. ¡Oh Señor Dios! Y ¿cuándo te merecí tan gran merced como hoy de ti he recibido? Que pues el mejor príncipe de todos para mi consolación has traído, yo espero en tu mucha misericordia que en todo lo demás me enderezarás y de tu mano seré guiado para que con tan próspero fin cuanto desdichado ha sido el principio de nuestros trabajos se torne a cobrar lo perdido, y destruyendo estos perros enemigos y destruidores de tu santa fe, tu bendita ley por mi mano y las de tus siervos torne a ser ensalzada.

La reina asimismo le decía:

—¡Ay señor, cuán poco sentimiento hiciera mi ánima si de mis tribulaciones y fatiga de aqueste consuelo tuviera esperanza! Yo doy por bien empleado el dolor que hasta ahora he padecido, pues mis ojos vivo pudieron veros y gozar de lo que si fuera privada, un solo momento después que fuera sabido, mi ánima las carnes no acompañara.

Y desta manera estuvieron un rato razonándose. Y el duque Policarpio y el conde Clander con los otros caballeros llegaron a besar las manos a la reina, la cual los recibió dándoles las gracias de la compañía que al rey su señor habían hecho. Y asimismo don Polidor hincó los hinojos delante del rey; al cual el rey, considerando el crecido servicio que aquel día le había hecho, abrazándolo con muy gran voluntad, le dijo:

—Mi verdadero y leal amigo sobre cuantos en el mundo son, yo sé bien el servicio que de vos en este día tengo recibido, y cuando no me faltare la posibilidad, tened cierto que no perderé jamás la memoria dél para daros algún gualardón de lo mucho que merece, que yo he sabido de vuestro sobrino Arnidel

⁴⁵ Impedida.

cómo por vuestra causa y aviso la reina y todos los demás que aquí estáis os hayáis escapado.

—Cierto, señor —dijo don Polidor—, así nunca mi voluntad y deseo cansarán de serviros. Y si no me pareciera que en escapar a la reina mi señora os hacía mayor y mejor servicio que con mi muerte, de mucha voluntad la tomara donde los que conmigo dejastes la recibieron.

—Don Polidor —dijo el rey—, vos hecistes lo que debíades, que para conmigo bien tengo conocida vuestra lealtad y voluntad.

Don Polidor le besó las manos por lo que decía, y asimismo todas las dueñas y doncellas que con la reina estaban. Y luego a mucha furia comenzaron a proveerse para salir de aquel lugar, por la necesidad que dello tenían, que no quisieron esperar a que por ventura algún embarazo venir les pudiese.

Don Polidor con todos los otros caballeros, cortando con las espadas de las ramas de los árboles, en muy poco espacio hicieron ingeniosamente un artificio a manera de andas en el cual, puesto sobre dos caballos y muy bien liado, la reina pudiese ir allí a su placer. Y en este comedio el rey tomó el niño en los brazos bendiciéndolo muchas veces y loando al Hacedor del mundo que tan hermosa criatura había hecho. Y mucho fue maravillado cuando hubo visto la señal de los pechos con las letras que encima tenía, las cuales el rey por entonces no pudo conocer, y tornándolo a dar a la dueña en cuyas manos había nacido, dijo:

—Dios, que tan hermoso te crio y con señales tan estrañas y en tiempo de tanta cuita y tristeza, te deje vivir y te guarde, que yo pienso que no sin mucha causa en tu nascimiento nos ha así perseguido la fortuna sino para que contigo el afán que ahora pasamos en doblado descanso y conhorto se nos convierta.

Y así como esto acabó de decir, por lo más espeso de la floresta y entre los más crecidos árboles sintieron ruido de caballo, lo cual junto con la sospecha fue causa de ponerlos en algún sobresalto. Y poniéndose todos a punto para cualquiera cosa que fuese, vieron que era una doncella que encima de un palafrén venía a todo correr, que derecho para donde ellos estaban se vino. Y como tan cerca llegó que bien les pudo hablar, volviéndose contra el rey le dijo:

—Rey Aureliano, ¿querías que el primer fruto que has engendrado, con tanto afán y peligro nacido y en quien tanta confianza para tu descanso y contentamiento en tus palabras que ahora decías has puesto, por falta de conveniente tratamiento pereziese? Respóndeme determinadamente tu voluntad.

El rey, espantado de semejante pregunta, le dijo:

—Por cierto, doncella, ninguna cosa al presente me parece que tanta pena pudiese causarme como si semejante desdicha me acaeciese.

—Pues cumple —dijo la doncella— que si muy presto no quieres que con tan cruel y dolorosa lástima tu corazón sea herido, me mandes dar a la hora en mis brazos aquel hermoso mocho; porque si por mi mano no viene el remedio de su vida, muy presto podrás verle en tanto peligro della, que por la mitad de tu estado no querías haber dejado de cumplir lo que te pido.

El rey estuvo turbado de ver lo que la doncella decía, considerando que no sin grande misterio fuese venida de aquella manera. Y no pensando que por aquello de su presencia pudiese partirse, sin más determinación, tomando el niño de

brazos de la dueña lo dio a la doncella, contra voluntad de la reina y de todos los que allí estaban, diciéndole:

—Tomad, hermosa doncella, que de tan buen parecer y presencia como la vuestra no puede presumirse ninguna cautela ni engaño.

Y tomando la doncella el niño encima del palafrén delante de sí, respondió a lo que el rey le decía:

—La cautela y engaño será en vuestro provecho y deste hermoso príncipe. Y aunque ahora os parezca que de mi atrevimiento quedáis agraviado, ya será tiempo que lo toméis por muy señalado servicio. Y suplícoos me perdonéis, que no puedo ál⁴⁶ hacer que enojaros al presente.

Partiendo con tanta ligereza de su presencia, que en un momento de su vista desapareció, quedando todos tan espantados cuanto el rey arrepentido de habérselo dado, pensando que por ventura el engaño sería con dañada intención. Mas viendo que, siendo ya hecho, poco remedio ponía la pasión, mostrando sereno semblante no consintió al duque Policarpío, que por ver a la reina enojada quería seguir la doncella, tras della saliese, antes con toda alegría que en el gesto mostraba, dijo a la reina:

—Señora, no recibáis pena de lo que por vuestro hijo y mío ha pasado, que yo espero en el muy Alto Señor que antes haya sido para reparo de su vida y salud, la cual estando en lugar tan extraño corría todo riesgo y peligro, que no para daño ni perdimiento suyo.

La reina, viendo que el rey con tan buen corazón lo tomaba y que todos asimismo por que ella perdiese el enojo mostraban alegre semblante, no quiso que la pena y pasión que tenía por esta causa se acrecentase, mas mostrando todo buen talante en lo exterior, aunque en lo de dentro gravemente sintiese la pérdida del hijo, daba furia que de aquel temeroso lugar se partiesen. Lo cual a la hora fue puesto por obra.

CAPÍTULO I-VI

CÓMO LLEGANDO EL REY Y LA REINA A LA VILLA DE BRIANA, JUNTANDO SUS HUESTES, FUE DESBARATADO EL REY COSMALÍN, HUYENDO EN UNA GALERA, Y LO QUE DESPUÉS DESTO EN EL REINO DE MACEDONIA ACONTECIÓ

LO más era del día pasado y la oscuridad de las tinieblas de la noche se acercaba, cuando poniendo el duque Policarpio y el conde Clander a la reina encima del artificio que para llevarla tenían y dando los caballeros los caballos a las doncellas y dueñas, que con la espesura de la floresta no pudieran caminar, con mucha fatiga del peso de las armas y de la hambre que los atormentaba, que en todo aquel día no habían comido bocado, tomaron su camino

⁴⁶ Otra cosa.

guiando a una parte donde en cabo de la floresta sabían que estaba una buena abadía de monjes. Donde llegados y conocidos quién eran del prior del monesterio, les hizo todo el servicio que posible le fue, porque de algunos que de Brisea habían salido huyendo supiera las nuevas de todo lo pasado. Y después que allí hubieron un rato de la noche reposado, tomando el mejor aparejo que en el monesterio hallaron, dando las gracias al prior y a los monjes, no queriendo esperar el día por la poca defensa del lugar donde estaban, caminaron hasta la mañana, que cuando salía la luz llegaron a una villa cercada y de las más fuertes que en el reino todo había, llamada Briana. En la cual, como por los moradores della fueron conocidos, habiendo tenido noticia de parte de lo pasado en la ciudad de Brisea por algunos moradores que allí la noche pasada se habían acogido, con mucha alegría de todos los principales y comunes del pueblo fueron recibidos, dando muchas gracias a Nuestro Señor porque de mano de sus enemigos los había librado,

La reina fue luego echada en un rico lecho donde la curaron con toda la solicitud y cuidado que fue menester, aunque así ella como el rey y el duque Policarpio y el conde Clander y algunos otros de los caballeros estuvieron muchos días en la cama de sus heridas, porque aunque no hubiesen sido tan peligrosas, el poco cuidado que dellas hubieron tenido les puso en necesidad. Mas a cabo de algún tiempo el rey y todos ellos fueron guaridos y supieron cómo los que la ciudad de Brisea habían destrozado era el rey Cosmalíel de Samaria; y asimismo supieron su muerte y la del gigante Carmadón y cómo el príncipe Cosmalín, jurado por rey, era dentro, y la gente que consigo tenía y la ventura que allí los había guiado.

De manera que, muy informados de todo, el rey Aureliano hizo juntar todos los grandes de su reino con toda la más gente que pudo. Y porque la guerra y batallas y otras nobles hazañas que en este tiempo entre estos reyes acaecieron no hacen al caso de la historia, pues que de ninguno dellos es el principal intento de hablar más de aquello que para nuestro caso conviene y satisface, solamente os será contado en suma que el rey Aureliano, aunque el rey Cosmalín bravamente se defendió por espacio de dos meses que la ciudad estuvo cercada y sitiada, al fin deste tiempo tomada la ciudad por el rey Aureliano y los suyos, no menor ni menos cruel fue la venganza que la destrucción que al principio por los moros fue hecha; porque de todos los que en aquel reino pasaron, sólo Cosmalín con diez o doce caballeros se salvó por muy grande aventura en una galera que en el puerto tenía ya a punto; en la cual metido una noche con mucho pesar y tristeza de tan desdichado suceso desa jornada, habiendo andado perdido algunos días por la mar, llegó en el reino de Samaria al puerto de Arista, donde su flota, como vos contamos, había salido. Y después que con muchos lloros y llantos fueron solemnizadas las obsequias del muerto rey Cosmalíel y de todos los que con él habían quedado, Cosmalín fue nuevamente jurado y obedecido por rey, apoderándose pacíficamente en el reino y presuponiendo buscar manera de la venganza que su corazón satisficiese; lo cual, si la fortuna le favoreciera, con grande aviso y cautela procuraba, como adelante más largo será contado.

Asimismo el rey Aureliano, quedando con mucho dolor porque el rey Cosmalín de aquella manera se hubiese huido, tornando a pacificar todo el reino,

galardonando a todos ellos de sus servicios conforme a lo que merecían, estuvo muchos años en paz y sosiego. En el cual tiempo la reina Rosiana parió un hijo lleno de toda beldad y hermosura, con el cual perdieron parte de la cuita que por el primero tenían, y asimismo después d'este hubo una hija que fue de las hermosas mujeres del mundo. A ésta pusieron nombre la infanta Galarcia, y al infante Rosanel de Briana, porque nació en aquella villa, de quien tomó el sobrenombre. El cual fue caballero de mucho valor y nombradía y de quien en el libro adelante se hará mucha mención.

Asimismo en este tiempo murió el rey de Suecia, padre de la reina Rosiana, por cuya muerte fue coronado por rey su hijo don Clarinalte, que era de los buenos caballeros que en aquel tiempo se hallaban. Este rey don Clarinalte fue casado con una hija del rey de Dalmacia y hubo algunos hijos de quien esta historia hará alguna cuenta, principalmente del mayor, que hubo nombre don Grisalter de Suecia, que fue de los estremados y valientes caballeros de armas que hubo en su tiempo.

Asimismo el duque Policarpio fue casado con una hermana bastarda del rey Aureliano, la cual con muy buena tierra de villas y fortalezas el rey le quiso dar por sus muchos y grandes servicios y por su sobrado merecimiento, que a maravilla era buen caballero. Desta señora hubo el duque Policarpio asimismo un hijo llamado Durián de Baltar, y el conde Clander otro que hubo por nombre Castidel,⁴⁷ los cuales guardaron entre sí así firme amistad y compañía como los padres habían hecho, siendo muy esforzados y valientes caballeros. De los cuales la historia ha en esta parte querido contar en suma, porque de todos ellos en lo de adelante se hará larga cuenta y relación de sus grandes hechos y altas proezas en armas. Dejar los hemos agora, y al rey Aureliano con ellos, en toda paz y sosiego en su reino en tiempo que su fortuna quiso consentirlo, del cual hasta agora por no alargarnos fuera de la principal materia hemos hablado así brevemente, contando parte de sus hazañas por ser en el tiempo que el bienaventurado príncipe fue nacido. Al cual volviendo la historia, será bien que se sepa quién fue la doncella que de la floresta delante del rey con tanta cautela lo llevó hurtado.

CAPÍTULO I-VII

A DÓNDE FUE LLEVADO EL DONCEL QUE LA REINA PARIÓ, AL CUAL PUSIERON NOMBRE OLIVANTE DE LAURA, Y DE QUÉ MANERA FUE CRIADO

EN la isla de Laura, que está en el mar de Levante, cerca de las tierras del Soldán de Babilonia, de la cual era señor un duque llamado por nombre Armides, en una espesa y fragosa montaña, de tan extrema sublimidad y altura que sus cumbres sobrepujaban el lugar que las nubes comúnmente ocupar

⁴⁷ Según el texto, Durián y Castidel serían hermanos de madre. Así, en el cap. XV se les llama 'cormanos'.

suelen, en una muy rica y hermosa morada que en ella estaba, moraba una dueña, hermana deste duque Armides, la cual en el arte de las estrellas y sciencia de nigromancia de tal manera sobre cuantas eran en el mundo se aventajaba, que del todo el mucho saber de las sabias Circe y Medea en la memoria. de los hombres se disminuía y estimaba en tan poco que, si en el tiempo della fueran, le conocieran conocida superioridad y ventaja.

Este duque Armides, siendo natural del reino de Persia y teniendo en él mucha tierra y gran señorío, como aquel que era de los principales de todo aquel reino, y viviendo en la ley de los moros, esta dueña su hermana, que había por nombre la sabia Hipermea, con su estremado saber y gran discreción alcanzando la verdadera ley sobre todas las del mundo ser la de nuestro Redemptor Jesucristo, y que aquella en que ellos vivían era llena de vanidad y de burla, tantas y tales cosas al duque Armides su hermano supo decir, que, atrayéndole al verdadero conocimiento de su salvación, le hizo que juntamente con ella siendo bautizado dejasen la falsa opinión y secta que de los moros hasta aquel tiempo habían con todo acatamiento guardado. Lo cual como mucho tiempo encubrir no se pudiese, viniendo a saber el rey de Persia, con muchas amenazas y espanto de grandes castigos procuraba que el duque Armides tornase a seguir su malvado camino, diciéndole sobre ello muchas y muy feas cosas. Mas como el corazón del duque del todo estuviese tan bien inclinado y Dios lo sostuviese en su tan santa voluntad y propósito, ninguna bastó que dél mudar le pudiese. Mas tomando consejo con su hermana Hipermea, después de muchos pareceres al fin acordaron que dejando la tierra que en Persia tenían y no haciendo della ninguna cuenta ni estima se fuesen entrambos a aquella hermosa isla de Laura, que era del duque, en la cual, según su mucha fortaleza, pensaban resistir al poder del rey de Persia cuando ofender los quisiese, y puesto luego por obra, trayendo lo más que pudieron, se vinieron a ella. El rey, tomando la tierra que en su reino dejaron, no curó de seguirlos ni hizo más cuenta dellos. Y desta manera venido el duque en esta su isla, en muy pocos días después que en ella hubo entrado, tan buena maña se supo dar que todos los moradores fueron convertidos a la fe de los cristianos, no les quedando ningún dañado pensamiento, porque todos ellos fueron convertidos por su voluntad, sin que para ello les hiciesen fuerza ninguna.

El duque estaba siempre en la principal ciudad desta isla, que se llamaba Franquida, con una muy noble dueña con quien era casado, en quien toda virtud y todas buenas maneras que en una mujer pudiesen ser pensadas y habidas estaban aposentadas. Mas la sabia Hipermea, que por poderse mejor ocupar en su sciencia jamás se había querido casar, viendo cuán dañosa cosa le era para ello la sobrada conversación de las gentes que en casa del duque su hermano tenía, en la más áspera y espesa montaña de la isla, en la cual muchas y muy espesas montañas había, hizo hacer aquella morada que ya os dijimos, tan rica y sabrosa y abastada de todas las cosas necesarias, que ninguna le faltaba para ser la más deleitosa del mundo. Y allí encerrada con alguna compañía de dueñas y doncellas que consigo metió, pasaba lo más de su vida, si no eran algunos tiempos del año que al duque Armides su hermano venia a visitar; de lo cual el duque estremadamente holgaba, porque amaba a esta hermana mucho más que a sí mismo.

Desta manera estuvieron algunos días que la sabia Hipermea continuamente ocupaba su subido y alto juicio considerando y pensando muchas cosas de las que aún por venir estaban, lo cual a muy pocos de los mortales igualmente que a ella fue concedido saber y alcanzar. Y conociendo la destrucción de la ciudad de Brisea y el gran afán y peligro en que el rey Aureliano y la reina serían puestos por el rey Cosmaliel de Samaria y el tiempo que la reina en la espesura de aquella floresta pariría aquel tan hermoso y estremado doncel, que según el tiempo de su nascimiento juzgaba ser más afortunado y dichoso que en el mundo hasta entonces habían sido, viendo que por el mal aparejo y la mala noche que pasar esperaban su vida podría padecer detrimento y conociendo los muchos y muy crecidos beneficios que así ellos como el duque su hermano por causa suya habían de recibir, tomando consigo cuatro doncellas y una dueña con dos escuderos, con todo el aparejo que para el camino les era conveniente, metida en una barca muy bien bastecida, con su saber la guio de manera que en muy poco tiempo dieron consigo en el reino de Macedonia. Donde llegados, sacando de la barca una muy hermosa tienda, en un valle en la falda de aquella floresta la fincaron, de adonde tomando la sabia la forma que en el primer capítulo deste libro se vos ha ya contado, metida en aquella nube de fuego fue apercibir y aparejar los corazones del rey y de la reina en aquella adversidad, como ya habéis oído. Y tornándose después, subida en el mismo carro, a la tienda de donde primero había salido, estuvo esperando hasta que todo de la manera que se ha dicho hubo pasado, aguardando el tiempo que para su pensamiento vio ser conveniente. Y tomando una de las doncellas que consigo traía y mandándole de la forma que hubiese de tener, la hizo ir al tiempo que, estando el rey Aureliano con la reina, la doncella llegó diciéndole aquellas palabras con que el rey, inducido y puesto en otra esperanza, le dio el doncel en sus brazos, que de su presencia tan arrebatadamente fue llevado.

Pues dice agora la historia que después que la doncella tomó el camino por lo más espeso de la floresta llevando el niño en sus brazos encima del palafrén, muy presto llegó a la tienda donde la sabia Hipermea atendiéndola estaba a la puerta. Y así como del palafrén fue descendida, tomando la sabia el doncel en su regazo, con muy grande alegría y holganza de verlo lo abrazó consigo y besaba muchas veces diciendo:

—Hermoso doncel, más que cuantos hoy son en el mundo, si mi saber no me miente, de lo que yo estoy muy bien segura, no será en vano la crianza que yo en vos hiciere. Mal fuera yo consentir que por tan gran desventura hubiese fin tan desastrado donde tantos puestos en necesidad hallaran ayuda y socorro. Vos seréis luz de todos los caballeros andantes, espejo de toda bondad, favor de los necesitados, amparo de las viudas, defensa de las doncellas, deshacedor de los agravios, destruidor de los malhechores, augmentador de la fe de Jesucristo, y en fin, en vos toda virtud y buena inclinación del mundo se hallará junto.

Y después que estas y otras muchas cosas hubo dicho, llamando la dueña que consigo traía, llamada Polinesta, la cual había sido casada con un muy buen

caballero, cormano⁴⁸ del duque Armides, que pocos días antes había sido muerto, y esta dueña habiendo quedado preñada dél al tiempo de su muerte parió una hija que asimismo cuatro o cinco días antes que de la isla de Laura partiesen había sido muerta, le entregó el hermoso doncel mandándole que con su leche lo criase, teniendo tan entero cuidado dél como si su propio hijo fuese, lo cual la dueña con toda voluntad y diligencia puso en efecto.

Mas tanto⁴⁹ sabed que de los que con la sabia Hipermea vinieron, de los escuderos y doncellas, sola aquella doncella que trajo el doncel supo la tierra donde estaban y asimismo cuyo⁵⁰ hijo fuese, porque su voluntad fue que por entonces fuese encubierto.

Y después que allí un poco hubieron parado, tornando a coger la tienda se metieron en el barco, que en muy breve tiempo, con la misma gobernación que hasta allí habían traído, los tornó a poner en la isla de Laura, en el puerto de la ciudad de Franquida, donde con muchas fiestas de alegría del duque Armides y de la duquesa fueron recibidos, como aquellos que de verdadero corazón y amor la amaban. Mas después que el extraño y hermoso doncel les fue mostrado, no fue poca la admiración que sintieron viendo tan gran perfición de beldad y hermosura como en él se mostraba, y asimismo fue grande el espanto que de ver las señales que en el pecho tenía recibieron. La sabia Hipermea, tomando al duque su hermano aparte, tomándole la fe que lo que della supiese jamás por él sería descubierto, le contó todo el hecho cómo pasaba y la intención con que lo habían traído. Mucho fue maravillado el duque con aquellas nuevas, y aprobando lo que su hermana había hecho, en gran manera loó su buena intinción y propósito. Y después que seis días fueron pasados que allí habían llegado, el doncel con toda solemnidad, como para el caso era conveniente, fue bautizado, siendo el duque y la duquesa sus padrinos, poniéndole por nombre Olivante, con el apellido Laura por ser en ella criado. Aquellos ocho días pasaron con muchas fiestas y regocijos buscando todas las maneras de pasatiempos con que solazar se podían; en cabo de los cuales, yendo el duque y su hermana paseando por una huerta trabados de las manos, Hipermea le dijo:

—Bien creo que tendréis conocido de mi voluntad el verdadero deseo que para vuestro servicio tenga, con el cual no falleciendo el cuidado y pensamiento de ponerlo en ejecución, como buena hermana, en las obras así como en lo demás, os he traído este hermoso doncel para rogaros que con todo cuidado y buena diligencia por vos sea criado y tratado, porque por él vuestro estado, que en el reino de Persia perdido os parece tener, no solamente os será restituido, mas en tanta cantidad acrecentado, y vos puesto en tanta superioridad y alteza, que nunca crianza para hombre mortal como ésta que vos haréis será hecha. Y porque yo me quiero tornar a mi estancia, de donde todas las veces que hubiere necesidad por mí seréis visitado, vos suplico que cuando fuere tiempo me enviéis algunas veces este doncel, juntamente con vuestro hijo Peliscán, porque en esto me haréis el mayor placer y merced de todos los que para mi consolación recibir puedo.

⁴⁸ Medio hermano, hermanastro.

⁴⁹ Igualmente, también. En el cap. IV leímos ‘Agora sabed que...’.

⁵⁰ De quién.

—No son menester nuevos ofrecimientos —dijo el duque— donde las obras manifiestan la voluntad; y pues ésta, señora, tenéis ya tan conocida de mí ser obediente a vuestros mandamientos, no bastará ninguna cosa a que de aquí adelante se mude. El doncel será tratado y mirado como es razón por su mucho merecimiento y por obedecer vuestro mandado, de lo cual podréis estar sin sospecha ninguna, porque no pienso hacer diferencia ninguna dél a mi hijo Peliscán en todas aquellas cosas que necesarias les fueren.

La sabia Hipermea rendió las gracias al duque su hermano de lo que le decía. Y después desto, aparejando todo lo que necesario les era⁵¹ para su camino, se tornó para su antigua morada dejando al duque Armides con mucho cuidado de la crianza del doncel. El cual con la buena diligencia de la dueña Polinesta y con los muchos regalos del duque y de la duquesa, cuando vino a haber diez años era tan grande y bien hecho, que de los que no lo sabían fuera juzgado por de mucha más edad y tiempo, y como ya la fuerza le diese lugar para ejercitarse en cosas que se requerían fuerzas y fortaleza, jamás en doncel de tan pocos días fue visto el ánimo y corazón, juntamente con mucho aviso y destreza, como en él había, tanto, que del duque Armides y de todos los de la isla era tenido por gran maravilla. Porque todo su pasatiempo era ejercitarse en las armas, justando muchas veces y torneando con otros donceles hijos de algunos caballeros que en la isla había, los cuales le conocían en todo tan gran señorío y ventaja, que de otra cosa entre ellos no se hablaba; aunque Peliscán, entre los que quedaban, se señalaba y mostraba tan animoso, que el duque Armides estaba muy contento de ver la buena manera y maña que en todo se sabía dar. Mas de Olivante, según lo que hacer le veía, muchas veces juzgaba que si Dios le trajese a tiempo de ser caballero, sería de los mejores y más estremados que en el mundo fuesen, de lo cual no poco placer y contento su ánimo recibía. Después que los donceles dejaban de ejercitarse en las armas, el duque les hacía ser músicos, mandando a un sabio maestro que a los dos continuamente enseñase, y como Olivante de su inclinación natural aficionado le fuese y la buena gracia que tenía le ayudase, en muy pocos días tan bien lo supo tomar y hacer, que en el mundo no se podía mejorar.

En este tiempo la sabia Hipermea venía muchas veces a la ciudad de Franquida a visitar al duque y holgarse con los donceles, y ellos asimismo la visitaban y acompañaban, deteniéndose algunos días andando a montería por aquella fragosa y espesa montaña; lo cual tan diestra y tan sabiamente sabían hacer, que mucha era la caza que llevaban al duque y a la duquesa, dándoles con ella mucho placer y alegría de ver que en todas las cosas la ventura les favorecía. Mas tanto sabed que en todo este tiempo Olivante de Laura nunca pensó sino ser hijo de la⁵² dueña Polinesta y que su padre fuese muerto; y desta manera pasó hasta venir en edad de deciséis años, en el cual tiempo cumplido de todas bondades y virtudes, dotado de tantas gracias y gentileza cuantas en un hombre humano pudiesen pensarse, todo su pensamiento era verse armado caballero, porque para esto se inclinaba su corazón más que para cosa ninguna.

⁵¹ Orig.: 'le sera' (14r).

⁵² Suplo 'la' (14r).

CAPÍTULO I-VIII

CÓMO YENDO OLIVANTE DE LAURA A CAZA DE MONTE SE
 PERDIÓ DE LOS SUYOS Y HALLÓ DOS BARCAS A LA RIBERA DEL
 MAR EN QUE TRES JAYANES TRAÍAN PRESOS DOS CABALLEROS, Y
 DE LA HUIDA DE UN ESCUDERO QUE CON ELLOS VENÍA

DORADOS estaban los cuernos del Toro con los fulgentes y lucidos rayos que el resplandeciente Febo,⁵³ habiendo ya hecho en él aposento, con poderosas fuerzas descubría; pasada la parte erizada del año, cesando la braveza de furiosos vientos, la muchedumbre de las húmedas aguas menguaba; huyendo las oscuras nubes, quedaba el cielo sereno; los aires, templados; la calor, no muy crecida; lo cual juntamente con ayuda de la fuerza del principiado verano, los deleitosos campos de su acostumbrada librea vestidos, ponían en los corazones de los mortales aquel deleite y contentamiento que en aquellos tiempos se suele sentir. Los ojos cebados de las diversidades de rosas y flores, jamás de verlas se hartaban, recibiendo asimismo los varios y suaves olores que la madre de todas las cosas ayudada de la naturaleza en ellas produce.

Pues en este sabroso y placentero tiempo, el hermoso príncipe Olivante de Laura con su compañero Peliscán, vestidos de la librea⁵⁴ que para correr monte es usada, con todos los aparejos necesarios, llevando sus cuernos colgados al cuello, con muchos lebreles, sabuesos y otros perros de caza, acompañados de alguna gente para su viaje, a la montaña donde la sabia Hipermea estaba se fueron, habiendo hecho por el camino mucha y muy hermosa montería matando venados, puercos, osos, leones y otros muchos animales bravos, con lo cual se detuvieron algunos días. Mas cuando fueron llegados, Hipermea los recibió con tan verdadero y entrañable amor como si a entrambos los hubiera parido, agradeciéndoles mucho su visitación. a tal tiempo y haciéndoles todas aquellas fiestas y servicio con que más pensaba agradecerles.

Y desta manera los detuvo bien un mes en aquella su morada con la más viciosa y sabrosa vida que se puede pensar, viniendo los aparejos de mano que tan bien buscarlos y hacerlos sabía para que ninguna cosa de lo que para el servicio cumpliese pudiese faltar. Mas pareciéndoles que con su tardanza el duque recibiría alguna fatiga, tomada licencia de la sabia Hipermea, la cual por su voluntad jamás dellos quisiera partirse, mandaron aparejar lo que para la vuelta convenía. Y subidos encima de sus caballos en el mismo hábito que allí habían traído, la dueña se llegó a ellos, no con poco sentimiento de apartarlos de sí, y dando una carta que en la mano traía a Peliscán, le dijo que la diese al duque Armides su hermano encareciéndole que la pusiese a muy buen recaudo porque era cosa que mucho importaba. Y después vuelta hacia Olivante, trabándole con la mano diestra de la suya le dijo:

⁵³ El Sol (Apolo, Febo) incide sobre la constelación de Tauro en las últimas semanas de primavera.

⁵⁴ Vestido, vestimenta.

—¡Ay estremado y venturoso doncel, con cuán placentero gesto contra vos la fortuna se muestra⁵⁵ prometiéndoo el favor que de sus manos habréis menester todas las veces que su ayuda y acorro pidiéredes! Yo vos digo que muy presto vos enseñará⁵⁶ parte de su poderío cumpliendo con vos de lo mucho que vos tiene prometido; para lo cual no tendréis en mí mala ayudadora ni me olvidaré de lo que a vuestro servicio tocare, pues es⁵⁷ en parte tan bien empleada y donde yo sé que no habrá falta de conocimiento para gratificarlo cuando el tiempo vos diere lugar.

—En lo que en mi mano fuere —dijo Olivante— poder servir las mercedes que de vos, señora, hasta aquí he recebido y espero que cada día me serán hechas, según vuestro mucho saber y poder, no me faltará mi voluntad con lo que mis pocas fuerzas pudieren; mas con esto estaré yo siempre tan aparejado y tan presto que de lo que no hiciere no se me pueda echar culpa. Y en lo demás que la fortuna me promete, obras son suyas favorecer algún tiempo prósperamente y, volviendo su acostumbrada rueda, abatir y derrocar a los que más sublimados tiene, según es su oficio; y así podrá ser conmigo. Por lo cual no pienso tener más confianza de su prosperidad de cuanto sé que es su poca firmeza y constancia, dejándola guiar como ella más fuere contenta y procurando que más a ella que a la culpa de mis obras se pueda decir que sale de lo que el camino de la razón manda y requiere.

Muy satisfecha fue la sabia Hipermea de ver la discreción de Olivante y la manera de su responder. Abrazándolos y besándolos a entrambos en el gesto, se entró en su morada con mucha soledad de su ausencia, y los dos, con la gente que consigo habían traído, tomaron el camino de la ciudad de Franquida tornando al acostumbrado ejercicio de la caza, de la cual hallaban muy grande abundancia, que su voluntad era la medida de aquella que matar querían.

Y habiendo ya caminado desta manera tres días, al cuarto día, estando en un muy espeso y fragoso bosque que cerca de Franquida se hacía, los cazadores sacaron un oso tan grande y disforme cual nunca jamás por ellos fue visto. Al cual acudiendo los canes con grandes ladridos, temerosos de sola tan espantable bestia como aquélla y no osasen acercarse, le dieron lugar para procurar su guarida metiéndose por unas espesas matas, tanto, que ninguno de los de a caballo seguir lo pudo. Mas Olivante de Laura muy codicioso de verle muerto, se fue por un atajo que le pareció con esperanza de poderle herir. Y el oso, con el temor de la muerte, se dio en la salida tanta prisa, que cuando llegó al lugar que pensaba Olivante ya el oso iba lejos de allí con dos perros que seguían su alcance fatigándole muy crudamente. Y pareciéndole que con la ayuda dellos podría satisfacer su deseo, lo mejor que podía, aunque con mucho trabajo por la grande espesura, lo comienza a seguir. Mas era tanta la ventaja que llevaba, que en muy poco tiempo así el oso como Olivante se alongaron tanto de donde Peliscán con los cazadores andaba, que más de tres millas estaban los unos de los otros. Y no sintiendo el camino ni trabajo que con la codicia llevaba, llegaron cerca de una laguna, donde ya el oso fatigado y cansado, siendo alcanzado de los perros, hirió al uno dellos de tal

⁵⁵ Orig.: 'la fortuna demuestra' (14v).

⁵⁶ Orig.: 'enseñare' (14v).

⁵⁷ Suplo 'es' (14v).

manera que, quebrándole por la mitad del cuerpo, dio con él muerto en tierra. Mas a esta hora Olivante, lanzándole un venablo que en la mano traía, le dio por la mitad de los pechos haciéndole pasar de la otra parte; así que, no se pudiendo más sostener, asimismo cayó muerto, de lo cual no poco placer recibió; y bajándose del caballo, encarnó⁵⁸ el perro que vivo quedaba en el oso, no se acordando de cosa ninguna. Y después que hubo acabado, queriendo partirse de aquel lugar, la noche con muy grande escuridad había sobrevenido, tanto que, no pudiendo atinar el camino que debiese seguir, puso el cuerno que al cuello traía en la boca tocándolo muy fuertemente; mas Peliscán con los cazadores estaba tan lejos, y la noche hacía con tan crecido viento, que por mucho que en ello se trabajó jamás pudo ser dellos oído.

Y conociendo que el afán que en aquello tomase sería perdido, por no dormir aquella noche en el campo, tornando a subir encima de su caballo guio hacia la parte que más presto le pareció poderle meter en poblado. Mas no llevando tino del camino que pensaba, saliendo de aquella floresta se halló junto a la ribera del mar, que con muy espantoso ruido y espantable tormenta que aquella noche en ella había movía sus furiosas ondas batiendo con mucho rumor en aquella ribera. Y estando suspenso pensando lo que mejor le sería hacer, muy cerca de donde estaba sintió venir por la mar dos barcas que con el miedo de la tempestad venían buscando la tierra, y con voluntad de saber los que en ellas venían determinó de esperarlas, aunque no en parte donde pudiese ser visto, temiendo, como era la verdad, que en ellas viniesen cosarios infieles, de los cuales por aquellas partes había continuo abundancia.

Y con este propósito metiendo el caballo bien dentro en la floresta por que dél no hubiesen sentimiento, se tornó a meter cabe una mata donde, ya las barcas habiendo con mucho afán y fatiga tomado la tierra, vio que saliendo dellas algunos hombres de servicio, sacaron dos tiendas muy grandes que en un punto fueron armadas y aderezadas como convenía. Y después que tuvieron aparejado todo lo que para la estancia de aquella noche les fue menester, de la una barca salieron tres caballeros, de los cuales el uno era un jayán de tanta grandeza que aunque los otros dos eran de muy crecido cuerpo, ninguno dellos le llegaba a los pechos. Y entrados en la una de las tiendas, los hombres de servicio habían hecho muy gran fuego para repararse del frío que aquella noche hacía. Y no tardaron mucho que de la otra barca sacaron dos caballeros desarmados metidos en una cadena con sendas argollas a los pescuezos y con muy fuertes grillos⁵⁹ y esposas en los pies y en las manos, y asimismo un escudero que los pies y las manos traía atados con una sogá muy gruesa. Y todos tres, a su parecer, hacían un muy triste y doloroso llanto, tanto, que a mucha lástima y compasión fue movido Olivante de verlos. Y cierto, nunca en su vida fue cosa por él tan deseada como entonces ser caballero, porque sin duda por peligro de la vida no dejara de procurar de librarlos.

Los hombres que los traían los metieron en la otra tienda, y como el jayán demandase la cena, los hombres los dejaron solos por ir a servir, no temiéndose de

⁵⁸ Encarnizó, dejó que se cebase.

⁵⁹ Grilletes.

que en aquella parte hubiese persona ninguna que los pudiese sentir. Mas Olivante, con el mucho deseo que tenía de conocer así los unos como a los otros, por entre los árboles se llegó tan junto de aquella tienda donde los presos estaban que bien a su voluntad podía oír lo que dentro hablasen, y escuchando con mucha atención oyó dentro gemir y suspirar muy fieramente; y tu tardó mucho que oyó al uno dellos que con muy afligida y triste voz desta manera comenzó a decir:

—¡Oh mundo mudable, engañoso, lleno de tanta fatiga y trabajo, con cuán amargas y tristes caídas derruecas y abates a aquellos que en tus engañosas promesas ponen su vana esperanza, mayor enemigo de aquél a quien de tus bienes repartes en mayor parte, para que cuando con tu voluntad se sienta dellos privado, en mayor grado, como quien de más alto lugar es caído, padezca mayor tormento en un día que gloria en todo el tiempo de su prosperidad pudo gozar! Quien bien tus mañas conoce, los bienes tendrá por malos, la gloria por pena y el pesar por placer, la prosperidad por afán y el deleite por tormento, los altos estados por mayor pobreza, y finalmente todas sus riquezas cebo con que más presto cazados caigan en el hondo piélago de tus desventuras y fatigas. ¡Oh mundo, mundo, cuán a tu placer te quieres vengar del favor que hasta aquí nos has dado! Mas ¿de qué me quejo?, que aqueste es tu oficio, y pues te conozco, no debo espantarme ni maravillarme de lo que contra nosotros haces, ni me pesa de verme en estado con que feneciendo mis días se acabará tu cruera, y con mi muerte tu poca firmeza y sosiego que a mi estado tenías prometido. Mas no puedo dejar de sentir la parte que de tus obras a quien tan poco mal te merece no pueden dejar de dar crecida congoja y mortales ansias y pesares. ¡Oh falso, lleno de engaños! Bastar te debiera las pruebas que de tus manos en este mundo he llevado, pues que la persecución que en la ciudad de Brisea contra mí heciste por mano del rey Cosmalíel era bastante para dejarme de perseguir adelante. Allí perdí un hijo de que me habías hecho gracia; y ahora, por que a los otros quedase tan poco reparo de padre, tuviste por bueno que al tiempo que más les era menester dél careciesen y la desdichada madre sin él se hallase. Y no contento con esto ni con haberme traído al postrero punto de la vida, donde para tan deshonorada muerte tuviese tan poco remedio, no quesiste que de mí solo fuese hecho el sacrificio de tu crueldad, dando por compañero a este tan noble y poderoso emperador que tan poca culpa en la muerte de Carmadon ni del rey Cosmalíel ha tenido; de lo cual en mayor parte me pesa que de mi desventura, pues por mi causa padece quien tan fuera estaba de culpa. Mas, pues te somos sujetos, forzado será seguir tu voluntad metidos debajo de tu bandera en esta miserable vida para cumplir aquello que tu voluntad, aunque fuera de la nuestra, más agradable te fuere.

Y acabando de decir esto no sin abundancia de lágrimas, a lo que dél conocer se podía, daba tan grandes sospiros que tanta lástima en el corazón de Olivante pusieron, que los ojos, movido de compasión, no pudieron encubrir las lágrimas que de hilo en hilo salían, no sin muy crecido pesar de no ver manera cómo poderlos librar, conociendo por sus palabras la alteza de sus estados. Y estando pensando lo que en semejante caso se pudiese hacer, sintió que el escudero que con la sogá llevaban atado, queriendo la ventura en tal tiempo favorecerle, habiendo quebrado los lazos con que estaba preso, dijo a los dos caballeros cómo

él se había disligado; de lo cual algún contentamiento sus ánimos sintieron, casi adivinando el bien que por él esperaban. Mas temiendo el peligro que si el gigante aquello supiese al doncel podría recrecerse, y viendo que el tiempo no daba lugar para que los pudiese soltar, porque los candados de las cadenas a que estaban atados eran tan fuertes, juntamente con las esposas y los grillos, que su fuerza no bastaba para poderlos quebrar, con mucha furia le rogaban que luego de allí se partiese para que con su huida, sabiendo en poder de quién iban y el lugar a do los llevaban, pudiese buscar remedio de su salvación. Lo cual con mucha dificultad con él lo pudieron acabar, por la voluntad y deseo que de morir juntamente con ellos tenía; porque la buena sangre de donde venía le obligaba a tanta fidelidad que de mejor gana con ellos esperara la muerte que huyendo guareciera la vida.

Mas conociendo la razón que tenían, no los quiriendo contradecir se salió de la tienda sin que de ninguno pudiese ser sentido, y porque la parte adonde Olivante estaba escondido le pareció más espesa, se metió por aquellas matas yéndose derecho al lugar donde él estaba metido. El cual tan gran alegría sintió de verlo, que saliendo de donde estaba se vino hacia él; mas el doncel, pensando que fuese alguno de los hombres del jayán, quiso esconderse dél, como aquel que más cumplir el mandado de su señor que por otra causa le pesara con la muerte. Y conocido por Olivante su pensamiento, con buenas palabras lo aseguró, dándole a entender ser de la tierra y no de la compañía en que venía. Lo cual visto por el doncel, perdiendo el recelo que de antes tenía se allegó a él, y queriéndole dar cuenta del modo de su huida, Olivante, que todo lo había bien oído, le dijo que no tuviese temor, que él le pondría en salvo de aquel lugar sin que al jayán ni a los hombres pudiese temer.

A esta hora el jayán salió de la tienda en que estaba, y llegándose a la puerta de la en que los presos estaban, con una espantable voz y temerosa para los que amenazar se oían les dijo:

—Mucho tenéis que agradecer a la fortuna, pues que con la tormenta el tiempo que aquí estuviéremos os alarga de vida. Mas no serán los dioses tan aplacados con el sacrificio de vuestros miserables cuerpos que muy presto con mis propias manos no me den lugar que pueda ser hecho. Y por que la hambre no pueda traeros la muerte que a mis manos en la venganza de mi padre está prometido, yo quiero mandaros traer de comer, si voluntad lo tenéis.

—Jayán —respondió el uno dellos—, mayor fue la soberbia de Lucifer, aquel de quien tú eres vasallo; y aunque nosotros padezcamos, pues Dios por nuestros pecados lo permite, ya vendrá tiempo que halles quien haya menos piedad de ti que tú de nosotros tienes y esperas tener; que si nuestros cuerpos padecieren la muerte, el tuyo con la del ánima será de quien ya los tiene por suyos, donde de tus obras te será dado el pago conforme a tu merecimiento.

El jayán, muy enojado de la respuesta, con un bastón que en la mano tenía los hirió cruelmente, y no hallando al escudero, que a tino por la tienda buscaba, pidió a grandes voces que trujesen lumbré. Mas el doncel que con Olivante estaba, temiendo que saliéndolo a buscar podrían ser hallados, con muchos ruegos

afincaba⁶⁰ a Olivante que de aquel lugar se partiesen por que el jayán no los hubiese a las manos, donde la vida dellos sería la satisfacción de su ira. Olivante, que el corazón se le quería quebrar con pesar de lo que había visto, viendo cuán poco fructo su estancia podría más hacer, tomando consigo el doncel se fue donde su caballo estaba, y después que en él fue subido, haciéndolo a él asimismo subir, se fue por la ribera de la mar hacia la ciudad, que muy cerca de allí estaba.

Y cuando salieron de la floresta toparon con uno de los cazadores, que toda aquella noche en su busca habían andado perdidos, y tocando los cuernos, muy presto se juntaron con Peliscán, que hasta saber de Olivante no habían querido acogerse.⁶¹ Y los dos se abrazaron, preguntándole Peliscán cómo se hubiese perdido; mas Olivante, que avisado tenía al doncel para que nada de su ventura dijese, no le dando a entender nada de lo que había visto, respondió que con el seguimiento del oso, al cual había muerto, se había alongado tanto que después no había tan presto podido atinar adonde ellos estaban, y⁶² que había hallado aquel doncel que por muy grande aventura se había escapado de una barca que con la tormenta de la mar aquella noche se había perdido.

Yendo hablando esto llegaron a la ciudad, donde del duque y de la duquesa con mucho placer fueron recibidos, no mostrando menos amor a Olivante que a su hijo Peliscán, al cual en el mismo grado querían y amaban que si de sus entrañas hubiera nacido. Peliscán, desde al duque hubo besado las manos y dado⁶³ las encomiendas que de su tía le traía, le dio la carta que le había dado, la cual abriéndola el duque, leyéndola sin que nadie la oyese, vio que desta manera decía:

Cumplido es ya el tiempo que los hados limitaron cuando, dando principio el esclarecido doncel Olivante a los altos hechos en armas callando la fama que de los mayores y mejores caballeros se publica en el mundo, la soberana gloria que por ellos le está prometida escureciendo la ajena, por todos los mortales con fama inmortal será publicada. Descubierto le ha su ventura por donde de cierto yo he bien alcanzado que cuando aquésta⁶⁴ fuere por vos acabada de ver por él vos será pedido un don con mucha voluntad, el cual en ninguna manera le sea negado, cumpliendo del todo aquello que a este tiempo por él vos fuere pedido, pues es para mayor acrecentamiento de sus altas y grandes caballerías, no le contradiciendo en cosa ninguna que quiera hacer ni le estorbando del camino que quiera seguir. Porque de aquí adelante a mí será dado el cuidado de guiarle como para cumplir sus hechos convenga; de donde ni a vos ni a vuestro hijo Peliscán, mi sobrino, se recrecerá poca gloria ni menos provecho. Y en esto que tengo dicho no pongáis duda ni dilación, pues todo será verdad de la manera que os digo.

⁶⁰ Ahincaba, urgía.

⁶¹ Recogerse, regresar.

⁶² Orig.: 'El' (17r).

⁶³ Orig.: 'dando' (17r).

⁶⁴ Esta carta.

CAPÍTULO I-IX

CÓMO LOS CABALLEROS QUE VENÍAN PRESOS EN PODER DE LOS
JAYANES ERAN EL REY AURELIANO DE MACEDONIA Y EL
EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA, Y QUIÉN ERAN LOS JAYANES
Y LA GRAN TRAICIÓN CON QUE LOS PRENDIERON

COMO el duque hubo acabado de leer la carta, Olivante, que no se olvidaba de lo que en su voluntad ordenado tenía, no queriendo dilatar el tiempo, pues el caso tan poca dilación sufría, habiendo consultado su pensamiento con el doncel que con él había venido, se fue para el duque, que la carta tenía aún en las manos, y hincados los hinojos en tierra, con mucho acatamiento y humildad le dijo:

—Con mucha vergüenza, excelente señor, me atrevo donde mis servicios tan poco galardón merecen, como quien hasta aquí no ha sabido otra cosa que recibir señaladas mercedes de vuestra mano, a suplicaros humilmente que, si voluntad de que yo en algo tenga en este mundo ventura tenéis, me otorguéis al presente un don con los muchos que hasta agora he recibido, con el cual así satisfaceréis mi ánima, que con ninguna cosa deste mundo podría igualmente ser alegre ni contenta, y a mí me echaréis en mayor cargo y obligación de serviros la merced que al presente de vos recibiré.

—Olivante —dijo el duque—, bien tenéis vos conocido de mi voluntad que no en menos estimo ni tengo las cosas que a vos os cumplieren que de mi hijo y vuestro compañero Peliscán podría tener y sentir. Y pues que no siento que en vos haya de mi propósito falta de conocimiento, yo quiero hacer aquesto que con tanta afición me rogáis. Por tanto, ved lo que demandar me queréis.

—Lo que yo quiero, señor, suplicaros —dijo Olivante— es que sin poner dilación luego de vuestra mano reciba la orden de caballería, porque con esto me haréis el más alegre y contento de todos los nacidos.

El duque que bien sabía lo que le había de pedir, mostrando estar ignorante, hizo semblante de pesarle mucho dello, poniéndole muchas cosas ante los ojos y los peligros que recibéndola en tan tierna edad se podrían recrecer. Mas ninguna cosa bastó mudarle de su firme propósito. Lo cual conocido por el duque, y queriendo cumplir lo que su hermana le había escrito, le dijo que velase las armas aquella noche y que por la mañana le armaría caballero con aquella fiesta y solemnidad que para ello era conveniente. Mas Olivante, no queriendo consentir en la tardanza, le dijo que bastaba velar las armas dos horas, como era de derecho, aunque la costumbre fuese en contrario, porque así lo había prometido a aquel escudero que consigo traía. Y que la merced que le pedía era que, acabado este tiempo, sin más dilación pusiese en efecto lo que le había demandado. El duque le dijo que hiciese a su voluntad, que él le quería tener⁶⁵ la promesa que le había hecho. Y con esto, trayéndole unas muy ricas y fuertes armas blancas,⁶⁶ como de novel, armado dellas se entró en una capilla de Nuestra Señora que en la casa del

⁶⁵ Mantener.

⁶⁶ Sin divisa alguna.

duque estaba acompañado de muchos donceles que en el aucto⁶⁷ quisieron estar presentes.

Peliscán, sintiéndose muy agraviado de lo que Olivante hacía, entrando con él en la capilla le dijo:

—Por cierto, señor Olivante, la razón me sobra para quejarme de la desmesura y agravio que a nuestra leal amistad hacéis, porque no pudiera yo pensar que hubiera cosa en el mundo que así de mí os hiciera olvidar que de vuestras cosas no me diéades parte, como quien vuestro servicio desea más que cuantos vos conocéis ni tenéis por amigos. Ni tampoco dejo de sentir que pues en cosa ninguna hasta el tiempo de agora jamás habéis olvidado ni negado mi compañía, que en lo que más se requería y confirmaba tan poca cuenta habéis hecho de mí. Y según lo que fuera de vuestra voluntad para conmigo conozco que esto va, no puedo pensar sino que después que de mí esta noche os apartastes alguna cosa os ha acontecido por donde habéis sido forzado a lo que ahora hacéis. Mas ninguna puede bastar ni satisfacer a que de vos pierda la queja que con tanta sobra de razón debo tener.

—Mi señor Peliscán —dijo Olivante—, no me tengáis por tan fuera de conocimiento que no sienta la sinrazón y desmesura que contra vos he cometido, según las crecidas mercedes que de vos continuamente recibo; mas aunque en las obras pueda ser juzgado de vos no conforme a mi voluntad ni la vuestra, si bien sintiédes mi deseo, de otra manera habríades tomado lo que hacer me habéis visto; mas yo vos digo y prometo que otra cosa no ha sido en mi mano ni he podido hacer. Y por esto vos suplico me perdonéis, que mañana yo vos diré tan enteramente el caso de todo, que vos de mí quedéis satisfecho.

Muchas otras cosas pasaron entre los dos hasta que las dos horas fueron pasadas, que venido el duque a la capilla con otros muchos caballeros, y asimismo la duquesa con muchas dueñas y doncellas y la dueña Polinesta, a quien Olivante tenía por madre, el duque le armó caballero con aquellas cerimonias y solemnidad que para ello eran necesarias, y después de haber jurado y hecho las promesas que en los tales tiempos se suelen hacer, tomó la espada de mano de la duquesa con mucho acatamiento, rendiéndole las gracias por la merced que en ello le hacía. Y porque era ya tarde, que muy cerca estaba de fenecerse la noche, indos se fueron a sus aposentos con gana de reposar lo poco del tiempo que hasta la mañana quedaba.

Olivante asimismo se retrajo a su estancia llevando consigo al escudero que con él había venido, y no se quitando las armas, al tiempo que le pareció que todos estarían sosegados, saliéndose muy paso,⁶⁸ sin que dél se pudiese haber sentimiento bajó a la caballeriza del duque, y echando las sillas a dos caballos, subieron él y el escudero en ellos, y tanto les avino de bien, que pudieron salir del palacio y de la ciudad sin que ninguna persona los viese, y cuando el alba del día comenzaba a descubrirse se hallaron al cabo de la floresta de que la noche antes habían salido. Y metiéndose por ella con pensamiento de topar con el jayán y los caballeros que en las tiendas había dejado, Olivante rogó al escudero que le dijese

⁶⁷ Auto, ceremonial.

⁶⁸ Quietamente, con sigilo.

quién eran los caballeros que el jayán llevaba presos, y asimismo quién era el jayán y de la manera que los había podido haber en sus manos. Darisio, que así había nombre el escudero, con mucha abundancia de lágrimas acordándose de su desventura, le dijo:

—Por cierto, vos me mandáis que vos cuente la mayor traición y el más crecido aleve y engaño que nunca en el mundo se vio ni pienso jamás que en hombres mortales pudiera haber. Mas por que quedéis satisfecho, habéis de saber que puede haber deciséis años, poco más o menos, que el rey de Samaria vino con una poderosa armada en el reino de Macedonia trayendo consigo un gigante llamado Carmadón; y como el rey Aureliano, que de aquel reino era y es señor, ningún sentimiento ni todos los de su tierra tuviesen de su venida, la ventura suya fue tal que una noche, llegando a la ciudad de Brisea, en que el rey y la reina en aquel tiempo estaban, no hallando resistencia ninguna se aseñorearon della, no dejando ánima viva en toda ella si no fueron la reina con las dueñas y doncellas que consigo traía, las cuales mi padre, que es un caballero que se llama don Polidor, y un cormano mío llamado Arnidel⁶⁹ de Sarmacia, con muy grande aviso que tuvieron pudieron librar de sus manos. Y asimismo el rey, que aquel día en venganza de la destrucción de la ciudad había hecho maravillas, habiendo muerto de solos dos golpes al rey Cosmaliel y al gigante Carmadón, juntamente con el duque Policarpio y el conde Clander con algunos caballeros de la ciudad se pudieron escabullir. Y quedó con la gente contraria un hijo del rey Cosmaliel, llamado por nombre Cosmalín. El rey Aureliano juntó de las gentes de su reino con que, desbaratados y muertos todos los moros que en la ciudad estaban, sólo él se salvó con los que en una galera pudo meter, y desta manera el reino se tornó a pacificar y estar sosegado como de antes estaba. Agora, a lo que habemos podido entender y alcanzar, este jayán que aquí va es hijo de Carmadón y llámase Branfor; y los hombres que consigo llevaba me han dicho que tiene otro hermano llamado el soberbio Buciferno, que es de los esquivos y bravosos jayanes y de mayores fuerzas y ardimiento que en el mundo se puede hallar, tanto, que de todos los que oyen nombrarlo es temido y dudado,⁷⁰ que no habrá diez caballeros en quien tanta bondad de armas haya que osen esperar en el campo sin que muy fácilmente por él no fuesen vencidos. Estos dos hermanos, deseando tomar venganza de la muerte de su padre, viendo que por otra manera les sería muy difícil y duro de acabar, aconsejándose con el malvado rey Cosmalín, a quien ellos como señor obedecen, concertaron entre sí que este gigante Branfor, tomando consigo aquellos dos caballeros cormanos suyos que consigo llevaba, metidos con la otra gente en aquellas dos barcas se fuesen derechos al reino de Macedonia. Donde llegados al puerto de la ciudad de Brisea, quedando el jayán en las barcas, los dos cormanos suyos, armados de todas sus armas, con dos escuderos se fueron derechos al palacio donde el rey estaba a la sazón, y llegados a la sala, haciendo un muy grande acatamiento al rey, hincaron los hinojos en tierra demandándole las manos para besárselas. Mas el rey, que mucho sabe honrar los caballeros andantes, endemás⁷¹

⁶⁹ Orig.: ‘Armidel’ (18r).

⁷⁰ Temible.

⁷¹ En particular, especialmente.

aquellos que son extranjeros y fuera de su reino, los hizo levantar demandándoles la causa de su venida. El uno dellos, que de los astutos y sagaces hombres es de cuantos hoy son nacidos en el mundo, fingiendo venir con mucha fatiga, con el gesto algo triste le dijo: *Poderoso y esclarecido rey de Macedonia, la fama que de tu gran bondad y virtud por todos los reinos del mundo por donde nosotros habemos andado, siendo nombradas tus soberanas hazañas y altas proezas y caballerías suena, nos ha de muy lejos tierra hecho venir a tu corte teniendo por cierto que en ella el remedio que en otras partes nos ha faltado con alegría de nuestros corazones podremos hallar. Porque sabrás, noble y magnánimo rey, que nosotros somos hermanos, naturales de tierra del gran Soldán de Babilonia y hijos de un jayán que se llama Branfor; y por ser casado con nuestra madre, que no era de linaje de jayanes, nosotros salimos del cuerpo mediano en grandeza, de la manera que veis. Nuestro padre era malcontento con el casamiento que con nuestra madre ovo hecho, tanto, que continuamente la maltrataba, hasta que un día con un bastón que en la mano tenía la hirió, aunque sin ninguna razón, tan cruelmente, que la herida la trujo a la muerte. Y estando en el postrer punto de su vida, nuestra madre era gran sabidora en la sciencia de las estrellas y en la arte de nigromancia, y haciendo sus conjuros y encantamientos privando a nuestro padre de todo sentido, quedando tal como muerto, lo hizo meter en una barca en la mar diciendo que en pago de su deslealtad y mal tratamiento que le había hecho no le quería dar otra pena sino que andando de aquella manera en el agua el tiempo que había de vivir, no pudiese casarse otra vez ni topase con otra mujer a quien diese la mala vida que había dado a ella. Y poniendo una silla en la barca, lo hizo sentar en ella por tal arte, que ni él se puede levantar ni todos los del mundo moverlo del lugar donde está, ni la barca podemos de ninguna manera sacar en tierra. Así que, visto por nosotros la muerte de nuestra madre tan cerca y el poco remedio que de librar a nuestro padre de aquel encantamiento nos quedaba siendo niños pequeños, tantas fueron nuestras lágrimas y los lloros que delante de nuestra madre hecimos, que, movida de lástima de vernos, ya que el ánima se le quería despedir de su cuerpo nos dijo que por amor de nosotros era contenta que el encantamiento de nuestro padre pudiese ser deshecho, mas que esto sería por mano de uno de los valerosos señores del mundo que más amase a su mujer y mayor fe y lealtad con ella tuviese, y que nosotros le buscásemos por el mundo, que muy presto le hallaríamos. Y como esto acabo de decirnos, quedando su cuerpo frío, desacompañado del ánima que lo gobernaba, nosotros con la sobrada voluntad que de ver libre a nuestro padre teníamos, tomando otra barca en que nos metimos entrambos con alguna gente de servicio, hemos andado muchas partidas del mundo, en las cuales muchos emperadores y reyes y grandes señores se han probado de sacarlo de allí y no ha aprovechado, que solamente menear no le pueden. Y de pocos tiempos acá los caballeros que con él se prueban armados corren mucho riesgo y peligro, porque el coraje le crece en tanta manera que, tomándolos en los brazos, da con ellos en la fondura de la mar. Así que dicho te habemos, señor, la razón de nuestra venida, y lo que ahora suplicar te queremos es que nos hagas tan señalada merced que, pues de tierras tan estrañas hemos venido a tu corte en confianza de tu sobrada virtud, quieras probar de sacarnos a nuestro padre del tormento que padece; que por cierto tenemos que cuando de tus manos falleciere de ser acabada esta aventura, sin esperanza podremos volvernos a la tierra de donde salimos. Muy espantado fue el rey de lo que los dos cormanos le dijeron; y dando entero crédito a sus fingidas palabras, con lástima que del encantamiento del gigante tuvo, quiso que luego a la hora la aventura fuese*

probada; de lo cual no poco contentamiento y alegría los dos cormanos mostraron, dando a entender que con esperanza de verla acabada lo hacían. Y cabalgando el rey con algunos caballeros que a la sazón con él se hallaron, se fueron a la marina donde las dos barcas estaban paradas, la del gigante cuanto a un tiro de piedra metida en la mar y la otra puesta en la ribera. El rey mandaba que llegasen la barca a la tierra, mas los dos cormanos dijeron que no la podían de allí menear, porque jamás se acostaba más cerca de tierra de lo que entonces estaba. El rey, no temiendo el peligro de su traición ni pensando lo que de su entrada hubiese de suceder, se metió en la barca de los dos cormanos llevándome a mí solamente consigo, porque le dijeron que no podía ser probada sino por un caballero solo, y que si aquél fuese desfavorecido de la fortuna, podrían después uno a uno entrar los que quisiesen. Y desta manera, llegando los marineros la barca adonde la otra estaba, vimos al gigante sentado en una silla, puesto de la manera que ellos allá lo habían figurado, lo cual nos quitó de toda sospecha, pensando ser verdad su demanda. Y como al rey le sobrase la voluntad de dar fin a aquel hecho, saltando en la barca del gigante, se asió a los brazos con él pensando sacarlo fuera; mas el gigante, que otra era su intención, como dobladas fuerzas que el rey tuviese, metiéndolo debajo de sí, con unos lazos que aparejados tenía le comenzó a ligar los pies y las manos, no siendo perezosos los marineros de poner furia en los remos y velas de que tan bien aparejados venían como para aquel hecho era menester. Yo que semejante traición conocí, para que los caballeros que a la marina quedaban la conociesen comencé a dar muy grandes gritos y voces llamándolos para que a valernos viniesen; mas cuando algunas barcas tras de nosotros salieron del puerto ya les llevábamos tanta ventaja, que muy poco miedo tenían de perder la presa que habían habido. Y viniendo la noche muy oscura, andando la mar algún tanto desasosegada, dejaron la vía que llevaban, guiando hacia el imperio de Constantinopla para que los que tras dellos venían perdiesen el tino de su viaje, como fue la verdad. Y después que así hubimos caminado siete o ocho días, llegando cerca de la ciudad de Constantinopla a una playa junto a una falda de una floresta, muy mojados de la mar salieron en tierra; donde les fue su ventura así favorable y al emperador Arquelao su desdicha tan conocida, que andando aquel día a caza por aquella floresta, salió con dos cazadores hacia la parte donde ellos estaban. Y como el gigante, de uno de los cazadores que antes que el Emperador llegase había venido, supo quién era, tan buena maña supo tener, que matando los cazadores, como el Emperador estuviese desarmado, muy fácilmente fue preso y metido en la barca donde nosotros veníamos, con tan gran alegría del jayán y de sus cormanos, que no se puede pensar. Y tornándonos a meter en la mar, habiendo corrido dos días de tormenta, como vieron esta isla, se vinieron a ella para poder descansar, donde, señor, nos topastes anoche de la manera que vistes, que yo por grande aventura me pude soltar. Y según la gran fortaleza del jayán y de sus hermanos, yo tuviera por bueno que vos, señor, lo dijéades al duque, para que viniendo con vos algunos caballeros, por ventura pudiéades quitarles de hacer tanto mal como será morir dos príncipes, los mejores de toda la cristiandad, con tan gran crueldad y desventura como al presente les está aparejada; porque de otra manera escusado

es pensar hacer ende ninguna cosa si vos solo quisiéredes emprender tan gran hecho de armas siendo el primero que por vos ha pasado.

Muy maravillado se hizo Olivante oír contar a Darisio la gran traición y cautela con que tan grandes y poderosos dos príncipes de aquella manera hubiesen sido presos, determinando consigo que en ninguna parte su muerte podría ser mejor empleada que recibéndola en su deliberación, donde, si la ventura le fuese favorable para que de allí los pudiese librar, en tan alto principio de caballería ganaría tanto prez⁷² y honra, que entre todos los caballeros por esto solo fuese estimado y tenido. Y aunque por cosa tan incierta en su corazón y pensamiento lo tuviese, su determinado propósito era ponerse a lo que de allí le pudiese venir. Y respondiendo a lo que el escudero le había tan enteramente contado, le dijo:

—Por cierto, Darisio, maravillado me habéis con lo que entender me habéis hecho, y mucho pesar habéis puesto en mi corazón considerando la desventura que por tan altos reyes haya venido y el poco remedio que al presente poner se le puede. Y aunque a vos os parezca que fuera mejor traer conmigo compañía que para tomar esta empresa me ayudara, si no me pareciera dañosa no dejara de traerla; mas, a mi ver, ningún provecho pudiera hacernos, porque cuando el gigante sintiera mucha gente, muy fácilmente se metiera en la mar, donde nosotros, por no tener aparejo, tampoco le pudiéramos perjudicar; lo que no hará viéndome a mí solo, que con estimarme en tan poco, de muy buena gana aceptará la batalla, y si cada uno dellos por sí quisiere combatirse conmigo, harán lo que deben. Donde no,⁷³ no podré yo en parte del mundo emplear la vida que tengo mejor que adonde con perderla quedará más viva, así con el mundo como con el Señor de todas las cosas del cielo y la tierra, que de antes estaba.

En mucho tuvo Darisio el gran corazón y sobrado esfuerzo que Olivante mostraba; mas con la poca confianza que de verle salir de aquel hecho tenía, teniendo por tan averiguada su muerte, le dijo muchas cosas para estorbarle de su propósito, diciéndole que mejor sería buscar el remedio que convenía por otras más ciertas vías. Mas ninguna cosa aprovechó para quitarle de su pensamiento, y viendo su determinación, que era morir o vencer, deseando asimismo o tomar allí con él la muerte o tornar a la prisión donde en compañía del rey Aureliano antes estaba, se fue juntamente con él hasta que a la parte donde las barcas estaban salieron de la floresta.

Mas antes que más adelante se diga, es bien que sepáis que en la ciudad de Franquida, cuando el duque fue levantado de su lecho, queriendo saber de Olivante, lo hizo llamar, y como le fue dicho que en su posada no estaba ni dél sabían nuevas, mucho fue el pesar que así él como la duquesa y la dueña Polinesta su madre sintieron: y sobre todos ellos Peliscán, que como si su propio hermano fuera le amaba. Y diciendo muchas cosas contra él, con la pasión que de verle ido sin decirle nada tenía, determinó en su pensamiento lo más presto que pudiese recibir la orden de caballería y asimismo salir por el mundo buscando las peligrosas aventuras, experimentando su persona en grandes hechos en armas; lo

⁷² Prestigio, estimación,

⁷³ Cuando no, en caso contrario. Olivante quiere expresar: ‘Y se me vencen...’.

cual cumplió dentro de dos meses que Olivante fue partido. Y la manera de todo ello, porque a nuestra historia no hace, se deja de contar enteramente; solamente sabed que éste fue uno de los esforzados caballeros que en su tiempo hubo, y de quien adelante se hará muy larga mención.

CAPÍTULO I-X

CÓMO OLIVANTE SE COMBATIÓ CON ARGILÓN Y BRANFOR, Y DESPUÉS DE HABERLOS MUERTO SE METIÓ EN LA MAR EN SEGUIMIENTO DE GANIMAR, QUE LLEVANDO AL EMPERADOR ARQUELAO Y AL REY AURELIANO PRESOS, HABÍA HUIDO CON ELLOS

COMO Olivante y Darisio hubieron salido de la floresta, llegando al lugar donde las tiendas del jayán habían dejado, vieron que las habían ya levantado de allí, no hallando gente ninguna, de lo cual no pequeño pesar en sus corazones sintieron. Mas echando los ojos a la mar, vieron que muy poco trecho de allí la una de las barcas estaba metida dentro cuanto media legua, y que la otra aún estaba en la ribera esperando a que el jayán y uno de los dos cormanos suyos, que aún estaban en tierra, se metiesen dentro para hacer a la vela, y que en aquella hora querían meter los caballos en ella. Lo cual visto por Olivante, teniéndose por de poca ventura por no haber llegado más presto, pensando que no querrían atenderle pudiéndose ir a su salvo, dijo a Darisio que se metiese dentro de la floresta, por que si Dios allí permitiese su muerte, él se pudiese salvar de las manos de tan cruel y desapiadada gente como era aquélla. Y batiendo las piernas a su caballo y habiendo tomado el escudo y la lanza, llevando asimismo el yelmo enlazado en la cabera, llegó donde el gigante estaba, que viéndolo venir estuvo parado, diciendo a su cormano:

—No me creáis si no debe ser éste algún sandio⁷⁴ caballero con quien el escudero que anoche se nos soltó debe de haber topado, para que con su locura, en pago de su atrevimiento, lleve de nuestras manos el castigo que merece.

—Así debe de ser —dijo Argilón, que así se llamaba aquel cormano del jayán—; que muy presto veréis, si me osa atender, cuán presto se habrá arrepentido de su llegada.

Y diciendo esto, demandó a mucha priesa el caballo; y tomando las armas a su escudero, puesto muy bien a punto, le salió al encuentro, y antes que nada Olivante dijese, Argilón con mucha soberbia le dijo:

—Vos, don atrevido caballero, en osar venir de la manera habéis venido, tan novel debéis de ser en la discreción y en las armas como ellas bien claro lo muestran. Y por que deprendáis a saber cómo se castigan los tales como vos, será bien que desta vez deprendáis a volar, para que después no vos haga de mal las

⁷⁴ Necio.

muchas veces que vos acaeciére; que al escudero que acá vos trujo engañado yo lo pondré de manera que no pueda otra vez desasirse de mis manos como agora lo ha hecho, donde le será dado el castigo que su atrevimiento merece y él anda buscando.

—Vasallo de toda maldad y traición, ministro de Lucifer —dijo Olivante—, Dios que está en los cielos, a quien son todas las cosas sujetas, confundirá tu soberbia juntamente con la traición que a tan virtuosos y esclarecidos príncipes tan malamente habéis preso. Y pues que yo no vengo con intención de gastar el tiempo en palabras con quien tan poco fruto y provecho pueden hacer como en ti y en tus compañeros, mas querría verme en tus manos a la batalla, para ver cómo sabes obrar con las fuerzas y defender con las armas tu traición, que no escuchar tus razones que con espíritu del diablo que en tu cuerpo habla salen por tu boca.

—¡Oh vil criatura! —dijo Argilón—. Y ¿tales palabras en mi presencia me osas decir? No me harán los dioses tan malaventurado que del primer encuentro no haga que sean las postreras, sacando tu mala lengua y poniéndola colgada, para que con ella vayas a buscar a quien con el mismo engaño que tú venga a recibir la muerte de mis manos.

—Asaz has dicho de soberbias —dijo Olivante—, y yo espero en Dios que las amenazas⁷⁵ que contra mí has dicho tornarán sobre tu cabeza.

Argilón, no curando de más responder, se apartó de Olivante lo que le hacía menester, y volviendo entrambos el uno contra el otro muy bien cubiertos de sus escudos, las lanzas bajas, se encontraron en medio de la carrera de tan poderosos encuentros que Argilón falsando el escudo a Olivante y prendiendo la lanza en la loriga, fue hecha en ella muchos pedazos, haciéndole quedar algún tanto desacordado, porque el encuentro fue dado con tanta fuerza que pocos lo pudieran sufrir que no vinieran a tierra. Olivante asimismo quebró la lanza en el escudo de Argilón, que de muy fuerte acero era, y resbalando por el escudo arriba el trozo de la lanza que en la mano le quedaba, fue tal su ventura, que dos astillas delgadas que al cabo della quedaban acertaron por la visera del yelmo de Argilón, de tal manera que, metiéndose la una por la boca, le atravesó la lengua de parte a parte, y la otra le entró por un ojo, que sin parar hasta los sesos, le hizo perder el sentido. Así que, corriendo un poco adelante el caballo, sintiendo el desacuerdo de Argilón que encima llevaba, dando algunos corcovos⁷⁶ y saltos lo lanzó de la silla, quedando colgado por el un pie del estribo, y andando corriendo con él de un cabo para otro, ya cuando Argilón se soltó, quedaba de tal manera que pocas soberbias como las pasadas podrán salir por su boca.

Muchas fueron las gracias que Olivante dio en su corazón a Nuestro Señor de ver con cuánta facilidad se había librado de un tan fuerte caballero, que por tal lo había juzgado según el poderoso encuentro que dél había recibido. Y asimismo Darisio estaba muy alegre de ver el alto principio de Olivante, teniendo con esto alguna esperanza de la victoria del jayán, que hasta allí en tanta manera dudaba

⁷⁵ Orig.: ‘amanezas’ (20v).

⁷⁶ Saltos encorvando el lomo.

juzgando por tan cierta la muerte de Olivante como de quien hasta entonces tan poca experiencia. en las armas tenía.

El jayán, que de aquella manera vio muerto a Argilón, blasfemando de sus dioses con palabras muy torpes y sucias, como aquel en quien tan poca virtud había, tomando a uno de sus hombres el caballo, con toda la furia y braveza del mundo arremetió contra Olivante. El cual, como sin lanza se hallase, echando mano a la espada, con gentil esfuerzo de corazón esperó al jayán, que en mitad del escudo quebró su lanza, siendo dado el encuentro con tan poderosa fuerza, que los estribos le hizo perder, aunque con mucho tiento tornó sin tardarse nada a cobrarlos, poniéndose muy bien en la silla. El jayán que vio que de aquel encuentro no lo había derribado, volviendo bramando como un bravo león con su espada en la mano, comenzó a renegar y decir:

—¡Oh dioses malvados, de quien yo hasta agora confiaba que con mis sacrificios os tuviese contentos! No sé por qué permitáis que mis fuerzas a tal tiempo se disminuyan por que de la muerte de Argilón mi cormano no pueda tomar la venganza que mi corazón desea; aunque será poca la enmienda y satisfacción que de una tan abatida y vil criatura como ésta se puede hacer.

—Branfor —dijo Olivante—, llora tu muerte, que tienes delante, la cual Dios por tus feas obras y inormes pecados pienso permitirá por mis manos que como ejecutor de su divina justicia pueda hacer. Y si tanta confianza tienes de mi vencimiento, manda llamar al otro cormano tuyo que en aquella barca está, y si sacares en tierra aquellos príncipes que con tan grande alevé y falsedad y como malo que eres has podido prender, yo seré contento de tomar con ambos juntos la batalla, pues que, como quien se combate con tanta razón y con tanto derecho, no podré perder la esperanza de la victoria contra entrambos que contra ti ya Dios, enojado de tu mal vivir y mucho pecar, me tiene prometida.

—¡Espera! Verás —dijo Branfor— si me suelen a mí los tales como tú aconsejar con semejantes razones, que yo te daré a conocer el pago que de tu atrevimiento mereces, que harto de mal sería cuando para vencer yo diez tales como tú hubiese menester ayuda.

Y como esto acabó de decir, Olivante, que la misma voluntad tenía, viendo cuán poco provecho se esperaba de gastar más tiempo en razones, arremetió contra Branfor, recibiendo entrambos con tan desmesurados y mortales golpes, que las centellas del fuego hacían salir de los yelmos, cortándose los escudos y despedazándose las armas, tanto, que en muy poco espacio de tiempo entrambos eran heridos en algunos lugares y las espadas tintas en la sangre que de sus cuerpos sacaban. Cada uno dellos lo mejor que podía procuraba ofender a su contrario, hiriéndose por todas las partes donde más daño pensarán poderse hacer. Y desta manera anduvieron más de media hora sin que de ninguno dellos se conociese ventaja, que no poco espanto y alegría en el corazón de Darisio ponía, viendo con cuánta destreza Olivante contra Branfor se mantenía, haciéndole con la ligereza de su caballo perder los más golpes que le tiraba y entrando en él a su salvo todas las veces que quería; aunque las armas del jayán eran tan fuertes que muy poco daño la espada de Olivante podía hacer en ellas.

En esta hora Olivante, tirando un muy fuerte golpe al jayán, el cual le recibió en el escudo, habiéndole echado casi el un tercio dél en el suelo, la espada descendió a la pierna, haciéndole con la punta una pequeña llaga en la rodilla; mas el gigante, pensando que con sola la respuesta de aquel golpe la batalla con la vida de Olivante serían fenecidas, le dio con tan desapoderada fuerza sobre el escudo, que derrocándole casi la mitad dél, como la espada allí no parase, le hendió la cabeza del caballo por medio, cayendo muerto sin detenimiento. Mas como Olivante fuese ligero y viese el peligro en que estaba si sus fuerzas y esfuerzo no le valiesen, antes que el caballo fuese en el suelo salió dél sin perjuicio ninguno, quedando aparejado para defenderse de su contrario. Branfor, que en los tales tiempos no era de su condición usar de ninguna virtud ni lo que según orden de caballería todos los caballeros en quien hay alguna bondad son obligados, viendo que Olivante lo atendía de aquella manera, probó a atropellarlo dándole con los pechos del caballo. De lo cual Olivante con tanta maña y destreza supo guardarse que bien tres cuatro veces pasó por él sin que ninguna pudiese cogerle, y viendo la villanía que Branfor con él usaba y con la ventaja que le acometía, a la postrera vez que pasó, quiriendo herirle en la cabeza, como el jayán era grande y Olivante a pie no le pudiese alcanzar bien, el golpe fue en las espaldas, y de allí resurtiendo la espada, dio en los lomos del caballo, que no se pudiendo más tener, vino con Branfor a tierra; mas tanto le avino de bien, que pudo salir debajo dél, aunque de la caída tuvo el un pie desconcertado, de manera que no podía afirmarse sobre él como quería. Olivante que le vio que así por aquella causa como por la llaga que en la rodilla tenía no se podía menear el jayán de un lugar, por todas las partes que pensaba hacerle daño le acometía, haciéndole contra su voluntad volver el cuerpo para una parte y para otra, que para el jayán era más dolor que la muerte. Y conociendo la ventaja que Olivante le hacía, porque con su ligereza jamás le podía acertar golpe a derechas, temiéndose de la muerte que su enemigo le procuraba y estimando en más la vida que la virtud ni la honra, dio voces a los hombres de su barca que lo socorriesen y matasen aquel caballero.

Los hombres, que otra cosa no deseaban como malos, viendo lo que el jayán les mandaba, armados de sus capellinas⁷⁷ y lanzas salieron cuatro dellos, quedando dos en guarda de la barca, y con mucha furia y soberbia vinieron, pensando que muy presto prenderían o matarían a Olivante cumpliendo el mandado de su señor. Mas Darisio, conociendo el peligro que de allí se esperaba, por no les dar lugar a su dañada intención se fue donde Argilón estaba muerto, y tomándole el escudo y la espada, les salió al camino diciendo:

—¡Traidores, no penséis que vuestro pensamiento habrá lugar entretanto que la vida yo tuviere, que si adelante habéis de pasar, primero os conviene quitármela!

Y como esto hubo dicho, al uno dellos, que habiéndole arrojado una lanza le había hecho una pequeña herida en un muslo, le dio con la espada tal golpe en un brazo, que, como le tuviese desarmado, se lo echó a cercén en el suelo. Los otros que aquesto vieron, cercándolo al derredor por todas partes, lo comienzan a herir procurando traerle a la muerte. Mas Darisio con la lanza que había cobrado con

⁷⁷ Casquete simple que cubría la parte superior de la cabeza.

que le habían herido se defendía tan bravamente que no les daba lugar que a él se acercasen.

Olivante, temiendo la muerte de aquel escudero, de la cual como de la suya le pesara, y asimismo viendo que la otra barca se venía acercando a la tierra, y que si el otro cormano del jayán le favoreciese, la victoria que entonces le parecía cierta se le tornaría al revés y su vida estaría en tanto peligro que dificultoso sería poderse librar de sus manos, de tan espesos y crueles golpes al jayán por todas partes comenzó a herir, que en muy poco tiempo le traía tan desatinado que Branfor no sabía de sí parte. Y Olivante que desto tuvo conocimiento, procurando dar fin en aquella batalla le tiró un golpe a la pierna siniestra, el cual acertó a darle en la misma herida que en la rodilla tenía, y desgobernándole los nervios de aquella coyuntura, no se pudiendo tener en la pierna ni sobre el otro pie, que tenía desconcertado, dio un gran golpe consigo en el campo, revolviéndose por él procurando poderse tornar a levantar; mas su trabajo era en vano, porque Olivante, que así lo vio, le cargó de tantos golpes sobre el yelmo, que saltándosele de la cabeza, muy a su sabor se la cortó, echándola muy lejos del cuerpo.

A esta hora los dos hombres que en la barca quedaron habían salido fuera, y todos cinco tenían tan mal parado a Darisio y herido en algunos lugares, que, si Olivante no le socorriera, no pudiera contra ellos más mantenerse; mas con su llegada, del primer golpe hirió al uno dellos por encima de la capellina, que hendiéndosela con la cabeza hasta los ojos, lo hizo venir muerto a sus pies. Y asimismo a otro le acertó en una mano, que cortándosela del todo, lo hizo tullido ir dando voces y huyendo por el campo adelante. Los tres que quedaban, no teniendo por seguras las vidas si muchos de aquellos golpes esperaban, soltando las armas, hincando los hinojos en tierra le demandaron merced que no los matase, Lo cual por Olivante les fue concedido, aunque contra su voluntad de Darisio, que por el daño que dellos había recibido quisiera que pasaran por lo que a él procuraban hacer.

A esta hora Ganimar, que así había nombre el otro cormano del jayán que en la barca venía donde el emperador Arquelao y el rey Aureliano estaban presos, habiendo llegado tan cerca de tierra que bien claro pudo conocer la muerte de Argilón y Branfor, teniendo en su corazón muy gran cuita y dolor por ello, muchas cosas consideraba en su pensamiento de lo que le conviniese hacer. Mas al fin, temiéndose que quien fuera tan poderoso de privar de la vida un tan valiente caballero como era Argilón y un tan fuerte y dudado jayán como era Branfor, que lo mismo podría hacer dél, donde no solamente se perdería su vida, mas los príncipes que presos llevaba asimismo serían sueltos y libres, acordó serle antes mejor llevarlos en salvo que ponerse en tan peligrosa y dudosa salida como allí se le aparejaba. Y con esta intención y propósito haciendo volver las velas y los remos a los marineros que en la barca traía, con mucha priesa tornaron a tomar el viaje que de antes llevaban, no se dando ningún vagar en el caminar, con muy grande angustia y dolor del rey y del Emperador, que con ello perdieron la esperanza que hasta allí habían tenido, porque de todo lo pasado eran ya sabidores por el llanto que Ganimar por la muerte dellos hacía.

Olivante y Darisio, que de aquella manera los vieron llevar, el corazón se les quiso quebrar con dolor, y las lágrimas de sus ojos mostraban la pena que dello sentían; y queriendo probar si la fortuna en aquello como en lo pasado les quisiese favorecer, haciendo meter los tres hombres que vivos quedaron en la barca del jayán, y ellos asimismo metiéndose dentro, remando a tiempos los unos y los otros comenzaron a caminar en su seguimiento, aunque, según el uno y el otro iban malamente heridos, les fuera menester descansar y holgarse; mas con la grande agonía que llevaban de alcanzarlos, ninguna pena ni dolor las llagas les daban ni con ellas sentían.

CAPÍTULO I-XI

CÓMO Y DE LA CAUSA POR QUE OLIVANTE DE LAURA SE COMBATIÓ CON UN CABALLERO ARLISTAR LLAMADO, EN LA CUAL LE VENCÍÓ, Y DE LO QUE MÁS AVINO

TANTO caminaba la barca de Ganimar viendo que la de Olivante venía en su seguimiento, que con la priesa que se daban y la noche, que sobrevino muy oscura, con algún tanto de tempestad que aún en la mar no menguaba, cuando vino la mañana la habían perdido de vista, no sabiendo la parte donde hubiese guiado. Olivante preguntó a los hombres que consigo traía que a qué parte Ganimar llevaba los presos y dónde era su habitación. Los hombres, no le osando mentir con muy gran miedo que dél llevaban, le dijeron que se debía de ir derecho a la isla de los Cinco Peñones, donde el jayán Buciferno su cormano y el hermano del gigante Branfor, que él había muerto, habitaba, porque de allí habían salido cuando en el reino de Macedonia vinieran con intención de poner en efecto lo que, si la ventura los dejara, tan a su salvo habían hecho el principio; y que si allí una vez Ganimar se acogía, según la fortaleza de aquella isla y la braveza y ferocidad del jayán Buciferno, que todo el mundo no sería bastante a sacar los presos que llevaba de allí; y que tenían creído que, como llegasen, el jayán en pago de la muerte de su padre y de sus hermano y cormano, que muertos quedaban, no les perdonaría más una hora la vida.

—¿Sabréis vosotros guiar allá? —dijo Olivante.

—Sí —dijeron los hombres—; que si el viento no se nos torna contrario, de aquí a tres días seremos allá.

—Pues guiad —dijo Olivante—, que allende⁷⁸ de perdonaros las vidas, yo vos prometo, si allá me ponéis a tiempo que con mi llegada pueda aprovechar alguna cosa, que yo vos galardonaré lo que por mí hiciéredes de manera que quedéis satisfechos y mejor pagados que del servicio que al jayán en llevarlos hacíades.

Los hombres, aunque contra su voluntad, esperando que con aquello guarecerían las vidas, tomaron el camino derecho de la isla, por el cual caminaron

⁷⁸ Además.

todo aquel día y noche. Mas ya cerca de la mañana el mar se comenzó a turbar en tanta manera y la tempestad a crecer, los vientos venían tan furiosos, las olas de la mar andaban tan altas, que muchas veces se vieron en tanto peligro que tuvieron por más cierta la muerte que poderse librar con la vida; hasta que muy cerca de la noche descubrieron tierra, que a su parecer no podía ser poco viciosa ni deleitosa, de lo cual holgaron en tanta manera que no veían la hora de ser allá llegados, y tanta prisa se dieron, que en muy poco espacio arribaron muy cerca della. Y llegando la barca a la ribera, Como Olivante viniese fatigado del trabajo pasado, entretanto que la tormenta cesaba, deseando saber en qué tierra estaban, mandó sacar su caballo fuera de la barca, y tomando sus armas, dijo a Darisio que allí lo atendiese, que muy cedo⁷⁹ daría la vuelta. Mas Darisio, como aquel que ya toda su voluntad y afición en servir a Olivante tenía puesta, no quiriendo quedarse, hizo asimismo sacar el caballo de Argilón, que para sí en la barca había metido, y tomando el escudo y el yelmo y la lanza de Olivante, habiendo subido en sus caballos, tomaron por una pequeña senda que a la marina se hacía.

Y no hubieron andado mucho por ella cuando sintiendo detrás a grandes voces llamarse, volviendo las cabezas vieron que eran los hombres que en la barca quedaban, que como su inclinación fuese mala y su intención muy dañada, viendo a Olivante y Darisio ser en tierra, habiéndose tornado a meter con la barca en la mar, pensando ser dellos seguros los denostaban con sucias y viles razones, diciendo:

—Allá iréis, gente mala y del diablo, que ya sobre nosotros no ternéis más señorío; mas antes esperamos en nuestros dioses que muy presto nos veremos puestos en parte donde del daño que habedes hecho y del miedo que de vosotros habemos traído seremos tan bien vengados cuanto nuestros corazones desean.

—Dios confunda tan mala gente —dijo Olivante—, que en vuestra compañía no podíamos ser acompañados de buena ventura; antes por vuestra causa nos fuera estorbada, si alguna buena nos estaba concedida.

Mas aunque esto dijo, mucho le pesó con pensar que no podía tan presto arribar a la isla donde ellos iban que antes no fuese hecho algún daño en los presos; y asimismo Darisio se arrepintió de no haberse quedado con ellos cuando Olivante se lo mandaba. Y estándolos mirando cómo antes se habían querido aventurar a la tormenta que tener confianza en su virtud y promesa que les había hecho, vieron que un torbellino que con gran furia de vientos se levantó, levantando las olas en la parte que iban con mucha braveza, de tal manera la barca trastornaba de una parte para otra, que, metiéndola debajo del agua, las vidas de aquellos mezquinos y de mala ventura fenecieron con el pago que sus intenciones y malas obras merecieron.

Después que así los vieron fenecer, continuando el camino que habían comenzado se metieron por una floresta, por la cual anduvieron hasta la noche sin que persona pudiesen topar de quien informarse. Y como les forzase la necesidad de las heridas que llevaban de buscar poblado donde dellas fuesen curados, no quisieron pararse en el campo, mas tanto anduvieron, que muy presto salieron a

⁷⁹ Pronto.

un llano muy espacioso, y como la luna hiciese muy clara, vieron que muy cerca de allí parecía población, para la cual se fueron con intención de albergar allí aquella noche si acoger los quisiesen, y como más cerca llegaron, vio que era una abadía de monjes con algunas casas al derredor della. Y a la puerta del monesterio estaba un caballero muy grande y membrudo encima de un poderoso caballo ruano;⁸⁰ con él estaban dos escuderos que le tenían las armas, y con muy grandes golpes que daban procuraban echar las puertas en tierra diciendo muchos y muy feos denuestos a los monjes que dentro estaban, amenazándolos de quitarles las vidas si luego no les acogiesen.

—Arlistar —dijo un monje—, menos será la seguridad que dentro contigo tendremos que la que tus amenazas nos pone estando agora defuera. Y pues que tu intención no nos es encubierta, ten por cierto que en el hábito que tenemos te delenderemos la entrada hasta que con tus crueles manos nos quites las vidas, antes de consentir que las cruzeas y malas obras de hasta aquí puedan por ti ser más hechas. Y si Dios no consintiera la desventura que al Emperador es venida, yo me fuera a quejar a su corte para que él te diera el pago que riel tratamiento que nos haces mereces; mas yo espero en Dios que de su mano te venga muy presto el castigo tal cual tú has menester y para nuestra seguridad conviene.

—¡Ay malo! —respondió el caballero—. Cómo si luego no me vengase de tu mala lengua con el pesar que de verte hablar tales cosas delante de mí he recebido, no me tendría por caballero, ni más me parece que ante hombres osase parecer sabiendo que tu atrevimiento quedase sin castigarse. Y yo te prometo que antes que la mañana venga yo te tenga en parte a ti y a esos otros donde vos haga arrepentir de lo que agora decís.

Y acabando de decir esto, bajándose del caballo, tomando él y sus escuderos dos grandes palancas, las metieron por debajo de las puertas. poniendo todas sus fuerzas para echarlas en tierra.

—Sabed, señor —dijo Darisio a Olivante—, que a lo que he visto nosotros hemos arribado en el imperio de Constantinupia, pues que de las palabras que aquel monje ha dicho lo podemos tener por cierto. Y según la fuerza que aquel caballero les quiere hacer, con su miedo dél pienso que tampoco a nosotros querrán acogernos; por donde⁸¹ nos conviene pasar adelante, pues que en esta parte tan mal recaudo⁸² tenemos.

—Eso no haré yo —dijo Olivante—; que primero rogaré a aquel caballero que se deje de lo que hace. Y cuando por mi ruego no viere que dello se quiere apartar, probaré mi poder; porque no sería cosa guisada que ante mí consintiese tal fuerza sin que por estorbarla pusiese delante la vida.

—¡Ay, por Dios! —dijo Darisio—, que no estáis a tiempo de ponerlos en tal cosa, pues vuestras heridas no lo consienten; que más estáis ahora para procurar guarecer dellas que no para que de nuevo vais a recibir otras.

—Déjate deso —dijo Olivante—. Dame mis armas, que por ninguna manera sufriré la maldad que delante de mí veo.

⁸⁰ De pelo mezclado.

⁸¹ Por lo cual.

⁸² Acogida, seguridad.

Darísio se las dio no osando contradecirle más. Y después que tuvo enlazado el yelmo y el escudo echado⁸³ al cuello, se llegó donde el caballero estaba, que con la fuerza que él y sus escuderos habían puesto tenían ya la puerta en el suelo, y los monjes con temor de que los matase iban huyendo por una parte y por otra para esconderse de la ira y braveza de Arlistar. Olivante habiendo duelo dellos, se allegó donde Arlistar estaba, diciéndole.

—Señor caballero, por cortesía y por lo que a la honra de caballería que recibistes debéis, que no queráis emplear vuestras fuerzas en parte donde tan poca honra y provecho se vos puede seguir; endemás que la ofensa que a⁸⁴ Nuestro Señor hacéis es muy grande, por maltratar así sus siervos y que aquí sus vidas emplean en su servicio.

—¿Quién vos dio a vos el cuidado de volver por ellos —dijo Arlistar—, que sin saber lo que ellos me merecen queráis favorecerlos con vuestras locas palabras? Donde tan poco provecho traerán como con vuestras obras, pues que ni por lo uno ni por lo otro dejaré de hacer aquello que a mí se me antojare.

—El cuidado —dijo Olivante— diómelo la virtud que todos somos obligados a seguir y no consentir que cosa tan fuera de toda razón, aunque a vos os parezca tenerla, se haga.

—Y ¿quién me estorbará a mí —dijo Arlistar— de cumplir mi voluntad?

—Yo —dijo Olivante—, en cuanto mi poder fuere.

—Pues espera, malaventurado caballero —dijo Arlistar—, que yo te enseñaré a predicar a aquellos que no conoces cuánto más valen que tú; y según tu necedad, antes podré satisfacerte con la batalla que no responder por palabras a quien tanta abundancia trae deprendidas.

Y tornando a subir en su caballo, como Olivante no desease otra cosa, tomando los dos lo que del campo les pareció ser menester, volvieron los caballos el uno contra el otro, las lanzas bajas, y bien cubiertos de sus armas se vinieron a encontrar en medio de los escudos. La lanza de Arlistar, falsando el escudo y la loriga de Olivante, le hizo una pequeña llaga en los pechos, y allí fue hecha en muchos pedazos. Mas el encuentro de Olivante fue dado con tanta fuerza, que falsándole asimismo todas las armas, lo hizo venir a tierra por las ancas del caballo llevando una gran herida en el lado derecho de que mucha sangre se le iba. Mas como este Arlistar fuese un muy buen caballero y de mucha fuerza y ardimiento, si su soberbia y dañadas obras no le estorbaran, muy espantado del desatinado encuentro que había recibido se tornó a levantar luego. Y Olivante que así lo vio, no le queriendo tener punto de ventaja en el acometimiento, bajó muy presto de su caballo diciendo:

—Arlistar, no vos será tan ligero como cuidábades vencer a quien contra vos se combate por la razón, pues que de vuestra soberbia y malas obras en algún tiempo permitirá Dios que, perseverando en ellas, seáis vencido, como yo pienso que presto lo seréis si más en vuestra batalla quisiéredes porfiar. Y pues el principio ha sido por cosa que a vos tanto os conviene, muy gran placer me

⁸³ Colgado, para no perderlo en la batalla.

⁸⁴ Orig.: 'a la' (24r).

hariades que, dejando de hacer mal a quien no creo que os lo merezca, os partáis de aqueste lugar, con que me prometáis que por esta causa deste monesterio no reciban de aquí adelante más daño de vos. Y si con esta condición vos queréis ir, yo seré muy contento de dejar la batalla en el punto que está.

—Si me has derrocado —dijo Arlistar—, no pienses que por eso me puedes juzgar vencido, que si ventura has tenido en la lanza, yo espero tenerla en la espada, con que presto te pueda mover los partidos⁸⁵ que agora me haces. Y pues por tu causa yo no dejaré de vengarme de quien tanto pesar me ha hecho, escusadas serán más razones. Por ende, haz lo que más a tu sabor te pareciere.

—Pues así quieres —dijo Olivante—, forzado será que hagas por mal lo que ahora rogado y siéndote agradecido no quieres.

Y diciendo esto, el uno y el otro se acometen con bravos y duros golpes, abollándose los yelmos, rajándose los escudos, desmallándose las lorigas con la mayor fuerza y menor piedad que podían. El sonido de las armas era tan grande, que con ser de noche se oía muy lejos de donde ellos estaban. Las espadas traían tintas de sangre que de sus cuerpos sacaban. Y desta manera anduvieron por espacio de media hora en tan porfiada y reñida batalla, que los monjes y los escuderos que los miraban estaban espantados del afán que entrambos sufrían, juzgando los dos caballeros por de la mayor fortaleza del mundo. Y cierto, tal era Arlistar, fuera de su dañada condición; mas habíalo con mejor caballero que no él, que si no fuera el empacho que el enconamiento de las llagas que traía le hacía, no le pudiera tanto durar. Mas por esta causa se podía mejor mantener Arlistar, hasta que de muy fatigados les convino apartarse un poco afuera.

Los monjes rogaban a Dios con mucha afición que el caballero que por ellos se combatía llevase la victoria, porque de otra manera todos ellos se contaban por muertos, teniendo cierto que la saña de lo pasado y de lo presente vengaría luego en ellos quitándoles a todos las vidas. Y pensamiento tenían que, si en él sintiesen mejoría, de no le atender, mas antes huir del monesterio ascondiéndose por la espesura de la floresta que cerca de allí estaba.

Los dos caballeros, espantados cada uno del ardimiento de su enemigo, no hubieron descansado mucho rato cuando con mayor furia que de primero se tornaron a herir, Arlistar dio un golpe encima del escudo de Olivante, que derribando cuanto dél alcanzó por tierra, descendió la espada sobre un hombro, y cortando todas las armas, le hizo una pequeña herida; mas no tardó mucho Olivante en darle el pago, que con su poderoso brazo le hirió sobre el yelmo de tanta fuerza y vigor, que metiéndole por él la espada, le hizo en la cabeza una gran herida, de la cual y de la que en los pechos tenía se le salía tanta sangre que espanto⁸⁶ era poderse sufrir en sus pies. Y como con ellas enflaqueciese de tal manera que por Olivante fue bien sentido su desmayo, le comenzó a dar mayor priesa que de antes, no teniendo ya más cuidado de ampararse Arlistar de sus golpes, como aquel que tan clara conocía su muerte, que poca esperanza tenía de la vida si la virtud que en él faltaba no sobrase en su contrario. Olivante le dio tanta

⁸⁵ Acuerdos, pactos.

⁸⁶ Asombro.

furia, revolviéndolo para una parte y para otra, que con el cansancio y la mucha sangre que le faltaba no se pudiendo tener, cayó en el campo tendido. A Olivante le pesó mucho pensando que fuese muerto, y para saberlo le desenlazó el yelmo; mas, como el aire le dio, tornó en sí. Viendo que Olivante tenía la punta de la espada sobre su rostro, con el temor de la muerte le dijo:

—¡Ay señor caballero! Por Dios, si no tenéis dolor de mi cuerpo, a lo menos vos doled de mi alma, que si me matáis irá en mayor confusión y peligro que ahora está la vida, que pues me tenéis en punto que no puedo negar mi vencimiento, lo que de más contra mí hiciéredes será crueldad.

—Arlistar —dijo Olivante—, este es el pago que da la soberbia a los que della, como vos, se dejan sojuzgar. Y pues que me parece que seréis hombre en quien de aquí adelante habrá conocimiento para emendaros, si me prometéis de no hacer más daño en este monesterio y que los monjes estarán seguros de vos, y de lo que contra ellos habéis hecho les haréis aquella emienda que es razón, yo vos perdonaré la vida; que de otra manera, en pago de la ofensa que de vos han recibido, dejaréis en mis manos.

—De todo seréis seguro —dijo Arlistar—, que del enojo que les he dado les haré tal satisfacción con que ellos queden contentos.

A los monjes pesaba porque Olivante le dejaba vivo, mas viendo que otra cosa no se podía hacer, pues ya lo había tomado a merced, tuvieron paciencia no lo mostrando, y todos ellos juntos le fueron a dar las gracias por el beneficio que dél habían recibido. Arlistar con la ayuda de sus escuderos se levantó, y subiendo encima de su caballo se fue para un castillo suyo que dos leguas de allí tenía, donde estuvo en el lecho curándose más de cuarenta días que no se pudo levantar. Y aunque al partir llevaba propósito de cumplir lo que a Olivante había prometido, después mudó el pensamiento, haciéndose muy peor y de más mala condición que de antes, por donde Nuestro Señor permitió que llevase el pago que adelante oiréis.

Olivante se entró con los monjes en monesterio, donde fue echado en un rico lecho y curado por mano de uno dellos que muy bien lo sabía hacer, no sabiendo todos ellos procurar otra cosa el tiempo que allí estuvo sino buscarle todo el servicio con que agradar le supiesen. Las llagas que de la batalla del gigante Branfor trata venían tan enconadas que por ellas le fue forzado detenerse allí quince días. Y ya que dellas se iba sintiendo mejor, hablando un día con el abad del monesterio, le preguntó que quién era aquel caballero Arlistar con quien se había combatido, y asimismo la causa por que dél tenían tan grande temor.

—Sabréis, señor caballero —dijo monje—, que este Arlistar es un hombre que en estas tierras donde vivimos es tenido por de mayor fuerza y ardimiento que todos los caballeros que en ella viven, tanto, que de todos los que lo conocen es⁸⁷ tan temido y dudado, que hasta hoy no se ha sabido que por mano de ninguno sino de la vuestra jamás hubiese sido vencido. Y como sea tan pobre de heredamiento, porque no tiene sino sólo un castillo que está dos leguas de aquí, y con él no se pueda sustentar, ha reinado en él tanto la soberbia y la cobdicia, que

⁸⁷ Suplo 'es' (25r).

de un año a esta parte las más batallas que ha hecho, la principal causa que a ellas le han movido ha sido por robar los caballeros con quien las hace. Y para esto ha tenido siempre consigo seis caballeros malos y de su condición que continuamente le han ayudado en esta ruin obra, de manera que en esta tierra ha hecho mucho daño, aunque lo más ha sido encubierto por miedo de que el Emperador no lo castigase. Mas como ahora por nuestros pecados el Alto Señor ha permitido que de nuestra presencia desapareciese un príncipe de tanta virtud y tan justo, no sabiendo si ha sido muerto o preso, ha tenido atrevimiento de matar y robar todos cuan los por estos caminos topa, teniendo por cierto que no hallaría quien le fuese a la mano. Y habrá cuatro días que dentro en la iglesia deste monesterio mató a un caballero malamente, y porque un monje que allí se halló se lo retrajo, lo hirió en la cabeza, y si el monje no le huyera, le matara. Y el día que vos, señor caballero, le vencistes, los seis caballeros que consigo traía salieron a un caballero de la corte del Emperador, y acometiéndolo todos ellos juntos, lo derribaron del caballo abajo, trayéndolo tan mal parado que poca defensa había en él para todos ellos. A esta hora pasó por allí un caballero que pocos días antes que el Emperador fuese preso había venido a su corte y recibido la orden de caballería por su mano, y como tan gran villanía y maldad viese como aquélla, no queriendo consentir que ante él pasase adelante, se puso en ayuda del caballero solo, que con su llegada se esforzó tanto, que en muy poco rato los cinco caballeros por mano de los dos fueron muertos, aunque el caballero que solo con los seis hacía la batalla asimismo fue muerto; y el uno de los seis que vivo quedó, aunque malherido, se fue huyendo al castillo donde Arlistar estaba, contándole la muerte de sus caballeros. Arlistar, armado de la manera que vistes, vino en seguimiento de aquel caballero novel, y sabiendo que con las heridas que tenía se hubiese acogido a este monesterio para ser curado dellas, teniendo ya intención de matarle, estaba de la manera que a la puerta le hallastes; que si Dios a tal tiempo no vos trujera, así a él como a nosotros con su demasiada soberbia hiciera pedazos. Porque el caballero no estaba para poder tomar armas, que después que aquí está hemos dudado de su vida, según el estrecho peligro en que fue puesto de las heridas que en la batalla de los seis caballeros hubo. Mas ahora, Dios sea loado por todo, él está ya bueno y con mucho deseo de veros y rendiros las gracias por la merced que así a él como a nosotros hecistes. Y yo creo que muy presto, placiendo a Dios, será guarido del todo y podrá hacer lo que tanto desea.

—¿Sabreisme decir —dijo Olivante— quién sea ese caballero de quien me habláis?

—No —dijo el monje— de cierto cosa ninguna; más de que, por lo que su escudero por descuido ha hablado, tenemos por cierto ser hijo del rey de Suecia don Clarintel; que como acá habemos sabido de cierto que el rey Aureliano de Macedonia haya sido preso pocos días ha por una gran traición, hase sospechado que el Emperador y él sean llevados a una misma parte; y como el rey Aureliano sea casado con un hermana del rey Clarintel, bien pienso que por esta causa, y por lo que de sus palabras he conocido, este caballero vaya en su demanda.

Mucho holgó Olivante de haber hecho servicio a tan buen caballero y tan alto príncipe, si lo que el monje le dijo fuese verdad. Y para saberlo de cierto, como se

pudo levantar del lecho lo fue a visitar llevando consigo a Darisio, que como lo vio, fue dél conocido, porque estando en la corte del rey Clarintel lo había visto yendo con un mensaje de don Polidor su padre. Y hincando los hinojos delante del lecho le demando las manos; mas Grisalter de Suecia las quitó afuera, abrazándolo y recibéndolo con todo amor, y asimismo Olivante y Grisalter se recibieron con muy buenas palabras y ofrecimientos. Y aunque la hermosura y buena disposición de Grisalter fuese mucha, estremadamente se hizo maravillado de ver la de Olivante, porque no le parecía que en hombre mortal pudiese haber. Y allí le dio las gracias del socorro que le había hecho, diciendo que, si por él no fuera, según el tiempo en que estaba, poca defensa pudiera hacer contra Arlistar. Olivante asimismo le habló con mucho acatamiento, pareciéndole que la voluntad le convidaba para que lo amase, no se pudiendo engañar el corazón, que bien daba a entender el deudo tan cercano que se tenían. Y después que así una pieza hubieron estado juntos, Olivante se tornó a su aposento, de donde todos los días visitaba a Grisalter en el suyo.

Y en este tiempo Grisalter le descubrió la voluntad que tenía de meterse en la demanda del emperador Arquelao y del rey Aureliano, por ser la reina Rosiana su tía y a quien era en tanta obligación, y Olivante le dijo que él asimismo pensaba entender en ello, porque aquel escudero que consigo traía le había contado cómo habían sido presos. Y como le pareciese conocer de Grisalter tan entera y sana voluntad para con él, considerando que siendo hijo de tan alto rey no podría dejar de ser buen caballero y que de su compañía y amistad se le recrecería así grande honra como mucho provecho, determinó contarle todo el hecho de la manera que estaba y la intención que de ir a la isla de los Cinco Peñones llevaba. De lo cual estrañamente fue maravillado Grisalter, y mucho más cuando de Darisio supo particularmente lo que con Argilón y el gigante Branfor le había acaecido, teniendo por cierto que Olivante fuese de los mejores caballeros del mundo. Y ofreciéndose el uno al otro compañía para aquel viaje, como Grisalter fue tan bien guarido que pudo tomar armas, encomendando a Dios los frailes se partieron juntos con sus escuderos de aquella abadía.

CAPÍTULO I-XII
CÓMO POR UNA AVENTURA QUE A OLIVANTE DE LAURA Y A
GRISALTER DE SUECIA LES AVINO SE APARTARON POR DIVERSOS
CAMINOS, Y DE CÓMO OLIVANTE SE HALLÓ CON LA SABIA
HIPERMEA Y DE LO QUE MÁS ADELANTE A OLIVANTE LE
ACONTECIÓ

SALIERON del monesterio los dos hermosos y esforzados caballeros, llevando en sus corazones aquel amor y amistad que el deudo encubierto sin ellos ser sabidores les obligaba, con intención de embarcarse en el primer puerto de mar que hallasen siguiendo la vía por do a su propósito les pareciese ponerles más esperanza de ver el cumplimiento de su deseo. Y después que así hubieron caminado todo aquel día, ya cerca de la noche, yendo hablando por el camino en aquellas cosas que más deleite y sabor les ponía, no muy lejos de sí vieron pasar por un camino que atravesaba aquel por donde ellos seguían ocho caballeros muy bien armados y encima de muy hermosos caballos. En medio de sí llevaban un caballero y una dueña subidos en dos palafrenes, con los pies y las manos ligados. El caballero llevaba muy llenas de sangre sus armas, como aquel que muchas y muy grandes heridas tenía, y asimismo la dueña iba toda descabellada, y dando muy grandes y dolorosos gritos denostaba los ocho caballeros diciéndoles:

—¡Traidores alevosos, en quien tan grande traición y maldad ha cabido! No sé por qué ponéis tanta tardanza en acabar de cumplir vuestra voluntad; que pues con nuestra desventurada muerte mataréis la hambre de vuestras perversas costumbres y dañado deseo, no debíades poner dilación en dárnosla, pues que así por ventura vos podría venir algún estorbo con que vuestra intención os engañe. Y aunque yo tuviese por cierto que estando algún tiempo en vuestro poder, después seríamos restituidos en nuestra libertad, por mejor partido recibiría morir que no ver la venganza que en vernos en vuestro poder recibís.

Y como esto acabó de decir, el uno dellos que más cerca della se halló, la hirió por encima de la cabeza con tanta fuerza con el cuento⁸⁸ de la lanza, que la sangre le hizo salir por encima de los ojos, no pudiendo más proseguir en su habla. Y pasaron tan recio adelante, que no pudieron los dos caballeros más ver de aquello.

—No me creáis —dijo Olivante— si con alguna traición aquel caballero y aquella dueña no van presos por aquellos malos caballeros. Y pues la orden que tenemos nos obliga a no consintir semejantes agravios, paréceme que debemos seguirlos y hacer por librarlos todo nuestro poder; que mal nos parecería que delante de nosotros consintiésemos cosa tan fuera de razón y desaguizada.

—Vos decís la verdad —dijo Grisalter de Suecia—, que ya por mi voluntad no quedará de ponerme en cualquier aventura por no dar lugar a cosa que tan mal parece, que la villanía de aquel caballero que la dueña hirió me ha hecho creer las palabras que ella va diciendo ser verdaderas. Y bien es que más no se nos alejen o se nos metan en parte donde dellos aprovecharnos no podamos.

⁸⁸ El extremo romo.

—Vamos en el nombre de Dios —dijo Olivante—, que acompañado de tan buen esfuerzo como es el vuestro, poco temor me puede poner la sobrada ventaja que aquella mala gente nos llevan.

Y diciendo esto, los dos con muy gran priesa batieron las piernas a sus caballos, metiéndose por el camino que los ocho caballeros llevaban. Mas muy poco hubieron andado por él cuando detrás de sí sintieron a muy grandes voces llamarse; y volviendo las cabezas atrás, vieron una hermosa doncella que encima de un palafrén venía a más andar dando muy dolorosos sospiros, toda llorosa, sus ojos llenos de lágrimas, mesando sus muy hermosos cabellos, tanto, que los dos caballeros tuvieron muy gran dolor de verla venir tan mal parada. Y como tan cerca llegó que bien la pudieron oír, renovando en muy mayor grado su llanto les comenzó a decir:

—¡Ay esforzados y valientes caballeros! Si en vosotros reina alguna virtud, acuérdeseos de lo que al tiempo que fuistes armados caballeros jurastes, que fue de dar vuestra ayuda y socorro a los que vos la pidiesen y menester la hubiesen, no consintiendo tan gran maldad y traición como en este día contra mi padre se hace; que sabed que diez caballeros que quedan en una tienda cerca de la marina, viéndonos pasar a mí y a él, quisieron tomarme por fuerza para deshonrarme y hacer de mí a su voluntad. Porque mi padre no se lo consintió, todos juntos arremetieron a él, y tan recios encuentros le dieron, que lo derribaron por tierra. Y porque él, acertando a uno dellos, lo hubo muerto, creo que si mucho le tarda el socorro le quitarán la vida. Y yo viéndolo en tal estado y la poca seguridad que después de mi padre muerto me quedaba, metime por una floresta a la mayor priesa que pude; y agora que vos hube visto, parecióme que cierto con vosotros no me fallecería la ayuda que vos demando. Por tanto, yo vos ruego que no me desamparéis en mi cuita ni consintáis que tan gran traición y maldad como ésta haya fin.

—Buena doncella —dijo Olivante—, a mí me pesa del tiempo a que nos habéis topado, porque según la necesidad que de nosotros tienen un caballero y una dueña que por este camino hemos visto ir, no quisiéramos desampararles en su menester. Mas, si vos me prometéis que lo que habéis dicho es verdad, según la compasión a que vuestras lágrimas me han movido, atreverme he a rogar a mi compañero siga el camino que llevamos, y yo tornaré a procurar de vos dar derecho de lo que me decís, ayudando a defender a vuestro padre en cuanto mis fuerzas bastaren.

La doncella, mostrando mayor sentimiento que de antes, le juró que lo que le había dicho era todo verdad y que no estaba una legua de donde su padre quedaba. Olivante⁸⁹ que estaba confuso, porque le parecía que dejar a Grisalter era mal comedimiento y que no socorrer el padre de la doncella era mal hecho; mas al fin movido de piedad por el gran llanto que la doncella hacía, le dijo:

—Mi buen señor, a mí me pesa de dejar vuestra compañía a tal tiempo y en tal necesidad como vos queda. Mas, pues no se pueden semejantes trabajos y afrentas

⁸⁹ Orig.: 'Oliuante que' (27r).

dejar de pasar por los que este hábito recibimos, yo vos ruego que tengáis por bien de darme licencia que vuelva a dar remedio a la necesidad desta doncella.

—Señor Olivante —dijo Grisalter—, según la demanda que entrambos llevamos de aquellos valerosos príncipes, no quisiera que hubiera estorbo que nuestra compañía pudiera apartar, porque con la confianza de vuestra buena ventura pensaba que Dios me diera a mí parte yendo juntos los dos. Y por esto vos ruego que como hubiéredes salido deste hecho procuréis saber de mí, pues que yo tendré el mismo cuidado para podernos tornar a juntar.

—Yo vos prometo —dijo Olivante— que yo soy a quien más dello pesa, porque con muy más sobrada razón pudiera tener la confianza de vos que de mí publicáis. Y si yo el padre desta doncella librar pudiere, presto volveré por este camino en vuestro seguimiento.

Y dicho esto, encomendándose entrambos a Dios, Grisalter de Suecia con su escudero siguieron la vía que de antes llevaban, con propósito de morir o librar la dueña y el caballero de las manos de los ocho caballeros que los llevaban. Y Olivante se tornó atrás por el camino que la doncella venía, y tanta priesa se dieron en caminar, que muy presto entraron por la floresta que la doncella dijera; la cual se daba tanta furia, que por mucho que el caballo de Olivante y el de Darisio corrián, no podían turar⁹⁰ con su palafrén, que más parecía que volase que no que anduviese; tanto, que a muy poco rato, con lo mucho que caminaba y con la espesura de la floresta, la perdieron de vista, que no la pudieron ver más. No dejando por eso de proseguir su camino, muy espantados de la ligereza del palafréal, salieran a un campo raso en el cual batía la mar, muy cerca de donde llegaron; y mirando por una parte y por otra no vieron a la doncella, de que no poco maravillados, Olivante se arrepintió de haber venido con ella, pensando que con algún engaño lo hubiese traído para que Grisalter en la demanda que llevaba, no teniendo ayuda ninguna, pudiese recibir daño.

Y estando pensando lo que de sí haría, pues allí no veían persona que les diese recaudo de lo que quisiesen saber, ni asimismo la doncella que los guiara, determinaban volverse por el camino que habían traído; mas a esta hora vieron que por la mar, hacia la parte donde ellos estaban, con mucha ligereza, hinchadas las velas de vientos y asimismo ayudado con la fuerza de brazos que los remos en ella aumentaban, venía una barca con toda furia, en la cual sobre las cabezas de los remadores parecía una mujer que con muchas señas los amonestaba para que atendiesen y se acercasen donde la barca venía. Y visto por Olivante, deseando saber qué cosa fuese, se llegó a la ribera de la mar, donde, ya el barco llegado, vio que los remadores eran cuatro disformes salvajes, tan cubiertos de vello sin otra cosa ninguna, que con él estaban sus carnes todas cubiertas, que solamente se les parecían los ojos y la boca. Y dando con la proa del barco en tierra, tomando en los hombros el uno dellos a aquella dueña, la sacó fuera del barco. La cual como de Olivante fue vista, siendo por él conocido ser aquella la sabia Hipermea, de quien él era tan amado y tan buenas obras había recibido, ignorando aún las mayores y aquellas por que en mayor obligación y cargo le era, se fue para ella con tanta

⁹⁰ Durar, mantenerse.

alegría y contentamiento de su corazón como si su madre propia fuera aquella que delante tenía. Y recibíendose los dos con los brazos abiertos, Olivante, tiniendo respecto ser aquella hermana del duque su señor, le demandó con mucha instancia y gracia la mano; mas Hipermea, sonriéndose del aucto con que Olivante la recebía, le dijo:

—¡Ay señor Olivante! Con cuánta más razón por muchos de mayor estado y merecimiento que yo vos será a vos antes de mucho tiempo demandada; aunque al presente vos parezca estar dello tan lejos que a una tan pobre dueña como yo soy, siendo vos aquel que, allende de vuestra grandeza, por el mucho merecimiento del valor de vuestra persona de todo el mundo mereceréis y os será debido el semejante acatamiento, queráis con tan sobrada honra festejarme. Aunque, por cierto, de mi voluntad de serviros no pienso mereceros que cuando Dios vos trujere a aquella alteza y prosperidad que yo deseo y vos está aparejada dejéis de agradecerme la solicitud que hasta el tiempo presente y de aquí adelante en todas vuestras cosa he tenido y pienso tener, con aquel cuidado que para ser bien guiadas es necesario, como del presente servicio vos puede ser manifiesto, pues que sabiendo la necesidad en que estábades, me pareció no ser tiempo para dejaros de socorrer; que si ahora con el aparejo que yo vos traigo no vos partiédeses, pondría vuestra tardanza en mucho peligro las vidas de aquellos cuya salvación está en vuestra sola mano.

—Mi buena señora —respondió Olivante—, no pueden acrecentar vuestras palabras obligación en mi conocimiento para serviros las señaladas mercedes que de vos continuamente recibo; aunque no deje de tener por mal tratamiento pensar que no lo penséis ni sintáis, tratándome con palabras que, si yo no me conociese, serían bastantes a subirme en alguna alteza de presunción. Y, por tanto, vos suplico no vos dejéis cegar del mucho amor que siento que me tenéis, para ponerme en mayor estima de la que merezco.

—No es ya tiempo, señor Olivante —dijo Hipermea—, de consentiros el engaño que hasta ahora de todos habéis recibido, aunque tampoco vos descubriré por entero lo que hasta este tiempo vos ha sido encubierto, porque así cumple para que vuestras cosas por mejores maneras puedan ser guiadas. Sabed, mi buen señor, que la dueña Polinesta, cormana del duque Armides y mía, a quien vos hasta ahora por madre habéis conocido, no tiene con vos más parte de la que la leche que de sus tetas mamastes y el sobrado amor con que vos crío vos ponen. Y asimismo el deudo que con el duque Armides, mi hermano, y conmigo habéis pensado tener, no ha sido otro que la verdadera afición y deseo de vuestra prosperidad que vuestros verdaderos padres pudieran tener. Y yo vos certifico que de todas partes venís de la mejor sangre de reyes de toda la cristiandad; y sabed de cierto que, aunque al presente de mí no lo sepáis, muy presto vendréis en entero conocimiento de todo, donde vos será manifiesto que ni mis palabras dejan de ser verdaderas ni de mí habéis recibido tan poco servicio que no deba de ser en mucho por vos estimado cuando lo supiéredes. Y no me curéis por ahora de preguntar⁹¹ más adelante cerca de vuestra hacienda, porque ni a mí me es dado decirlo ni a vos tampoco saberlo.

⁹¹ Léase: ‘Y no curéis... de preguntarme’.

Solamente sabed que la doncella que aquí vos guio fue por mi mandado, que en un barco delante de mí la hice venir sabiendo bien el tiempo a que vos había de topar. Y de Grisalter de Suecia vuestro compañero no recibáis pena, porque yo vos digo que aun para él está tanta parte de buena ventura guardada, que a muy mayores hechos en que ahora va dará tan buena salida, que su buena fama será publicada en el mundo con mucha razón por su merecer; y en este camino se ayuntará con dos compañeros, caballeros de toda bondad y virtud, con cuya vista no será poco alegre vuestro corazón, pues a tiempo de muy estrecha necesidad vos harán un socorro que para siempre tendréis que agradecerles su buena ayuda y favor.

—Señora —dijo Olivante—, cuando de otra persona me fueran dichas semejantes razones, muy duro se me hiciera creerlas; mas el conocimiento que de vuestro saber, por donde lo podéis alcanzar, y de vuestra virtud, por la cual sé que no me engañaréis, me pone en mi pensamiento firmeza para dar crédito a lo que aquí me habéis dicho. Y aunque mi corazón reciba holganza en saber que el linaje de donde desciendo ponga y aumente en mi persona el valor que por sí tan poco merece, no por eso pienso que valgo ni puedo valer más que con el honrado deudo que con vos y con el duque Armides he pensado tener; el cual jamás se perderá de mi memoria tan enteramente como si mis padres propios fuédeses, para serviros y acataros como a tales en todas las cosas que a vuestro servicio tocaren. Y pues es ésta vuestra voluntad de que yo por el presente no puedo saber otra cosa, no quiero importunaros sobre ello; solamente vos suplico que, pues ninguna cosa vos es encubierta, me hagáis merced de guiarme como de la demanda en que voy haya ventura de llegar a tiempo que pueda emplear mis fuerzas y voluntad en no consentir pasar una cosa de que tanto daño puede venir al mundo como de la prisión destos príncipes; porque si en su deliberación mi vida fuere empleada, no pienso que en el mundo muerte tan gloriosa, ni que Dios sea más servido, puedo recibir.

—No soy yo venida a otra cosa —dijo Hipermea— sino para cumplir lo que me pedís. Y porque cumple que más aquí no vos detengáis, vos tengo aparejado este barco en que yo he venido para vuestro viaje, que a mí me bastará aquel en que mi doncella llegó para tornarme.

Y acabando de decir esto, la doncella que allí guiara a Olivante salió detrás de una quebrada de una peña, metida en un barco que asimismo remaban dos salvajes disformes, y llegando donde Olivante estaba, con mucha gracia le demandó perdón del engaño que della había recibido.

—Ligera cosa —dijo Olivante— será, señora, perdonar semejantes agravios como el que me hecistes, pues que con tan buena satisfacción lo habéis emendado que con engañarme me habéis puesto en obligación de serviros por haberme hecho venir a este lugar.

La sabia, no se queriendo más detener, hizo a Olivante que se metiese en el barco y que dejase guiar a los salvajes, que ellos tendrían el cuidado de lo que a su servicio tocase. Y habiendo Darisio metido dentro los caballos y queriendo asimismo él entrar, Hipermea le dijo:

—Buen escudero, mejor recaudo lleváis que pensáis; que yo vos digo que cedo vos veréis con la compañía de que os apartastes, aunque con mejor holganza y descanso. Y pues que habéis tomado esta empresa por donde al rey Aureliano le vendrá tanto bien por causa deste caballero a quien agora aguardáis, si mi consejo creyéredes, no le desamparéis jamás ni dejéis de aguardarle y servirle, que de su compañía ganaréis mayor honra y provecho que de cuantos reyes y príncipes hay en el mundo. Y no vos quiero obligar a esto sino por vuestra voluntad, en cuya libertad dejo hacer aquello que mejor y más provechoso os pareciere.

—Mi buena señora —dijo Darisio—, yo vos tengo en señalada merced la buena esperanza y consejo que ahora me dais, lo cual yo tengo por tan firme y creído como si por todo hubiese pasado. Y yo vos digo que otro no es mi pensamiento sino lo que me mandáis de servir a este caballero toda mi vida, cuando a él le parezca que de mi compañía pueda recibir servicio que le satisfaga. Y dello recibiré yo tanta merced, que con esto sólo pensaré llevar mayor galardón que por ello me será debido.

—Mi buen amigo —dijo Olivante—, según la voluntad que en este poco tiempo de nuestra compañía contigo he cobrado, no pienso que los dos estaremos engañados, pues que, haciendo tú lo que prometes, cuando Dios me diere algún bien en este mundo será tuya tan buena parte que no te puedas llamar engañado ni quejoso de la compañía y servicio que a mí hubieres hecho.

—Yo sé bien cómo todo avendrá —dijo Hipermea—; y pues aquí no se sufre más dilación, cumple que luego toméis el camino.

Y habiendo Darisio metido en el barco los caballos y armas, hallando dentro todo recaudo y provisión, Olivante, encomendando la sabia a Dios, se metió dentro, y lo mismo la sabia y la doncella en el suyo. Y alzadas las velas, remando los disformes salvajes con aventajadas fuerzas, se partieron juntamente de aquella playa llevando diferentes caminos, según les era necesario. Y a poco tiempo, con la mucha furia que llevaban, el un barco del otro se apartaron tanto que se perdieron de vista.

CAPÍTULO I-XIII

CÓMO OLIVANTE ENCONTRÓ A GANIMAR EN UN BARCO EN LA MAR, Y DE LA PELIGROSA BATALLA QUE CON ÉL HUBO, EN LA CUAL LE VENCIO, Y CÓMO ALLEGÓ A LA ISLA DE LOS CINCO PEÑONES

CON tanta velocidad salió el barco que los salvajes guiaban con la poderosa fuerza de sus brazos, ayudada de la que los furiosos vientos tocando las velas en ella acrecentaban, que en muy poco tiempo alejándose de la tierra, fue dellos perdida de vista, juntamente con el barco en que la sabia Hipermea iba, que por otro camino había guiado contrario del que ellos seguían; tanto, que por

mucho que la vista de sus ojos estendiesen no podían ver otra cosa sino el agua de la mar que por todas partes los cercaba, la cual estando en todo su sosiego y bonanza, les daba lugar para que sin embarazo ni impedimiento ninguno pudiesen hacer su camino en derecho de aquella parte que a los salvajes enderezar su timón les parecía. Y desta manera caminaron cuatro días, hallando en el barco todo el recaudo que menester les hacía, del cual los salvajes sin hablarles ninguna palabra los proveían a sus tiempos necesarios como convenía para que de ninguna cosa, como si en tierra estuvieran, recibiesen ni sintiesen falta.

En este tiempo nunca Olivante pudo partir de su memoria las palabras que a su partida la sabia Hipermea le había dicho certificándole no ser hijo de la dueña Polinesta como⁹² él se pensaba. Y muchos y diferentes pensamientos eran los que en su imaginación y fantasía se le representaban, poniendo muchas veces duda en lo que della había oído, aunque trayendo a la memoria muchas cosas de las que por él habían pasado, considerando el buen tratamiento que del duque Armides había recibido y el acatamiento con que dél y de la duquesa había sido tratado y la manera de la crianza que la dueña Polinesta en él había hecho, le hacía pensar que no sin gran causa eran tan diferentes y estraños de los que por debida razón le habían de ser hechos. Y mucho argullo puso en su corazón para atreverse y ponerse en dudosas aventuras y peligrosas hazañas saber que de tan alta casta y linaje descendiese, queriendo que, cuando a sus padres conociese y dellos viniese a ser conocido, con razón se pudiese llamar hijo dellos y que ellos tuviesen por bueno tenerlo por tal.

Y habiendo caminado desta manera cuatro días, siendo con toda diligencia servido así por Darisio como por los marineros salvajes, que en otra cosa no trabajaban, al quinto día, dos horas después del sol salido, hacia la parte de levante, bien lejos de donde ellos estaban descubrieron una vela; la cual vista por los salvajes, metiendo todas las velas al viento que el barco pudo sufrir, tomando los remos en sus manos, tomaban todo el afán y trabajo que les era posible para más presto poderlo alcanzar, y la fuerza que en ello ponían era tan estraña y la ligereza del barco tan demasiada, que si⁹³ cuando vieron el barco estaban bien lejos dél más de veinte millas, cuando fueron dos horas antes de mediodía lo tuvieron tan cerca que no faltaba una milla para alcanzarlo. Y enderezando siempre contra él, vieron que del otro barco habían amainado para esperarlos y saber la causa de tanta priesa como traían. Y ya que tan cerca llegaron que ya los unos a los otros pudieron verse, en el barco que había esperado fue visto un gran caballero y membrudo, que casi parecía jayán, armado de unas muy fuertes armas. El escudo había cárdeno, y en medio pintados dos leones que el uno con el otro hacían batalla; las sobreseñales eran muy ricas, y el yelmo tenía enlazado y puesto, así a punto como hombre que esperase batalla. Con él estaban tres escuderos, sin la gente que para remar el barco llevaba. Darisio que ya muchas veces así al caballero como las armas había visto, conociéndolo claramente por ellas, dijo contra Olivante:

⁹² Orig.: 'come' (29r).

⁹³ Suplo 'si' (29r).

—¡Ay por Dios, señor, aparejad vos para quitar del mundo un tan mal caballero y traidor como éste! Ca⁹⁴ sabed que tenéis delante de vos a Ganimar, cormano del gigante Branfor, aquel que con el rey y el Emperador se vino huyendo al tiempo que él y Argilón por vos se vieron vencidos; que yo espero en Dios que en él tomaréis parte de la venganza que sus malas obras merecen, y quitaréis de vuestro estorbo a quien la ejecución de vuestra demanda vos impedirá hasta la muerte.

Olivante, que poca necesidad tenía de mayor voluntad ni esfuerzo para acometer aquel hecho del que él consigo llevaba, habiendo enlazado su yelmo, teniendo el escudo al cuello, como tan cerca llegó que los barcos estaban casi para juntarse, estando Ganimar no poco espantado de la estraña maravilla que veía de ver remar los salvajes, quisiera preguntar para saberlo, si la vista del escudero Darisio, a quien él bien conoció, le diera lugar. Porque, aunque él fuese un valiente y estremado caballero en armas, conociendo que el caballero con quien había topado era el que a Argilón su hermano y al gigante Branfor tan ligeramente había vencido, así fue demudado y triste, que no pudiera topar en el mundo cosa de que más desplacer y sinsabor recibiera. Mas viendo que no era tiempo de desmayar teniendo tan fuerte enemigo delante, mas antes mostrar mayor ardimiento y fortaleza que en otro tiempo ninguno, estuvo firme esperando lo que Olivante quería. El cual viendo estar a Ganimar desta suerte, habiéndose ya juntado los barcos, le dijo:

—Ganimar, a tiempo eres venido que pagarás parte de las traiciones y maldades por ti cometidas hasta el tiempo de ahora; que sabe que delante de ti tienes a tu mayor y más mortal enemigo, que es quien a tu hermano y cormano mató, como hará a ti si valer no te supieres. Por tanto, procura de defenderte, que la muerte de uno de nosotros será la que mayor seguridad nos puede poner; que no pienses que aquí te podrás escapar de mis manos como poco ha heciste, favoreciéndote la ventura, cuando aquellos dos valerosos príncipes trujiste con tan grande aleve y engaño.

Ganimar que así se oyó amenazar, no perdiendo por eso punto de su esfuerzo ni valentía, le respondió:

—Gran soberbia es la tuya si porque de la fortuna recibiste favor que aquellos que mucho más valían que tú pudieses sobrepujar y matar, pienses que la misma victoria de mí te esté al presente guardada; la cual yo pienso llevar de ti por la desapiadada muerte que de tus crueles manos contra ellos salió. Y si la batalla quisieres, yo no estoy atendiendo otra cosa; aunque mejor te sería, conociendo tu yerro, meterte en mis manos para dilatar algún tiempo de vida hasta que juntamente con las de aquellos que tú vienes a buscar en un mismo instante fuesen de vuestros cuerpos privadas.

—Para tan poca seguridad como ésa —respondió Olivante—, más quiero probar contigo mi poder, con el cual pienso hacerte mentiroso, que no seguir tu consejo.

Entonces, como los barcos estuviesen ya juntos, los dos se acometieron de las espadas, descargando crueles y desapiadados golpes sobre los escudos y sobre los

⁹⁴ Que.

yelmos, con tan gran fuerza de sus poderosos brazos, que las cabezas se hacían inclinar hasta los pechos muchas veces; las lorigas se desmallaban, las rajadas de los escudos y las piezas de las armas caían en el suelo tan a menudo, que en muy poco espacio de tiempo los dos estaban desarmados en muchos lugares donde se pudiesen herir. Ganimar se defendía tan poderosamente que más anduvieron de una hora que punto de ventaja del uno al otro no se conocía, y las armas y el suelo de los barcos estaban llenos de sangre, especialmente la de Ganimar, porque Olivante con su sobrada ligereza lo hiría tantas veces a su salvo, que por esta causa en mucho pavor de muerte fue metido Ganimar, viendo que ningún golpe a derecho podía acertar en su contrario. Y desta manera anduvieron gran pieza, que así Darisio como los escuderos que con Ganimar venían estaban maravillados de ver una tan cruel y desapiadada batalla como aquella, temiendo cada uno dellos el peligro en que su señor estaba, aunque claramente se conocía la ventaja que Olivante sobre Ganimar tenía.

A esta hora, con el mucho afán y cansancio que entrambos habían tomado, les convino apartarse afuera para cobrar aliento. Olivante decía que Ganimar era buen caballero, y de tanta fortaleza, que en mucho espanto le habían puesto sus duros y pesados golpes, y rogaba con muy gran corazón a Nuestro Señor no le desamparase en aquella necesidad, mas antes le diese esfuerzo y ardimiento para poderlo conquistar y vencer, pues que sería gran principio para la conclusión de su pensamiento, que era poder librar los presos que Ganimar había traído. Ganimar asimismo estaba con muy grande coraje y pavor de verse tan maltratado y sus armas rotas por tantas partes, lleno de muchas heridas y la agua de la mar al derredor de los barcos cuajada de la sangre que de sus cuerpos salía. Y queriendo aventurarse sintiendo la fortaleza de su contrario, se fue contra el barco donde Olivante estaba; el cual, como desta manera lo viese venir, no siendo perezoso en el recibimiento, lo acometió con tanta furia, que no pudo tanto la resistencia de Ganimar que de aquella vez le pudiese estorbar la entrada de su barco, en el cual Olivante saltó muy ligeramente. Y allí se comenzó a renovar entre los dos la batalla, tan cruel como si entonces la comenzaran, hiriéndose tan sin piedad, que muy gran daño en sus carnes se hacían.

Así anduvieron muy gran rato, hasta que Olivante, de ver que Ganimar le duraba tanto tiempo y conociendo que sus golpes ya no eran dados con la fuerza que al principio hacía, le tiró un tan poderoso golpe, que, cortando cuanto del escudo alcanzó, la espada cargó sobre el yelmo con tanta fuerza, que haciéndole una pequeña llaga lo hizo algún tiempo desatinar, mas no para que no se defendiese como muy bravo y valiente caballero que era, recibiendo tanto afán y trabajo que Olivante estaba espantado, y deseaba que aquellas fuerzas y destreza cayeran en algún caballero en quien no hubiera las traiciones y maldades que en Ganimar; porque conociendo la fortaleza que en él había, no quisiera privarle de la vida pudiendo. Y aunque estaba con este pensamiento si Dios permitiese que la victoria fuese suya, la ventura, que de Ganimar tenía ordenado otra cosa, hizo que habiendo cargado de un golpe a Olivante, de que le hizo una pequeña llaga en un hombro, Olivante le dio tales dos golpes sobre el yelmo, que desatinado lo hizo revolver a una parte y a otra, como aquel que estaba fuera de sí. Lo cual conocido

por Olivante, dándole con las manos en los pechos pensando hacerle caer en el barco, Ganimar, por tenerse, dio dos o tres pasos atrás, y con el desatino que llevaba cayó del borde del barco dentro del mar, donde con el peso de las armas se fue luego al hondón; y siendo en aquella hora ahogado, su cuerpo quedó para manjar de los peces. De lo cual Olivante recibió mucho pesar, porque quisiera escusar de matarle; mas visto que no había sido más en su mano, dio en su corazón muchas gracias a Nuestro Señor porque de aquel tan bravo y fuerte caballero tan a su salvo se había podido librar.

Y viniendo los escuderos del caballero y los hombres del barco a demandarle merced de las vidas, Olivante, conociendo que aquéllos no tenían culpa, les perdonó de muy buen talante, preguntándoles que de dónde venía Ganimar y que asimismo dónde iba y que adónde había dejado los presos que había traído. El uno de los escuderos, que era hombre de buen conocimiento y a quien pesaba en su corazón, aunque no lo mostrase, de la muerte de aquellos príncipes cristianos, le respondió:

—Señor, puede haber quince días que Ganimar llegó con los que decís a la isla de los Cinco Peñones, donde el gigante Buciferno está, a quien nosotros tenemos por señor y servimos, aunque algunos de nosotros más forzados de miedo que por nuestra voluntad. Y como el gigante supiese que Branfor su hermano y el hermano de Ganimar, Argilón, fuesen muertos, aunque recibió mucho pesar dello, mucho mayor fue el placer de ver estos príncipes, y el día que en su poder entraron hizo un solemne juramento al dios Mars, porque tiene un templo suyo dentro de su castillo donde le adora y hace sacrificios por principal de todos sus dioses, que el día de su fiesta los degollaría y sacrificaría en venganza de la muerte de su padre y asimismo de su hermano y cormano, a quien vos, señor, matastes. Y por que el rey de Samaria, por cuyo consejo esta traición fue hecha, fuese sabidor de lo que había sucedido, luego otro día que llegó, Ganimar le vino con la embajada, así de los prisioneros como de lo que Buciferno determinaba de hacer dellos, y habiendo estado con él un día y trayendo el consentimiento del rey Cosmalín, se tornaba con mucha priesa, porque la fiesta es de aquí a tres días y el gigante no dejará por ninguna manera de cumplir su promesa, y Ganimar deseaba hallarse presente a ella; aunque muy al revés le ha sucedido de su pensamiento. Mi padre fue cristiano, y a mí, como era chiquito cuando él y yo venimos en poder de Carmadón, padre destos jayanes, hame sido forzado vivir en su ley, aunque de mi voluntad, conociendo la falsedad y vanidad della, la dejaría de buena gana hallando camino para ello.

—Dios guiará vuestros hechos, buen escudero —dijo Olivante—, y en lo que para ello hubiéredes menester mi ayuda no podré faltáros. Por tanto, ved lo que más vuestra voluntad fuere. Y mucho me pesa de saber que el tiempo se acerca tanto en que tanto riesgo y peligro corren las vidas de aquellos que tan sin razón serán muertos, que yo a cualquier tiempo que llegue no podré dejar de poner la mía en toda aventura por poderlos librar, hasta la muerte. No sé cómo Dios querrá consentir que se haga.

—Quien os ha dado tan buena dicha hasta ahora —dijo el escudero— os puede favorecer para que pudiédeses aprovecharles; aunque, según la parte en que están

y en poder de quien tan poca piedad y virtud en él mora, muy dificultoso siento el camino de su remedio. Mas, si os parece que yo en algo pueda servirlos, de muy gran voluntad pondré mi vida con la vuestra a todo trabajo y peligro, por parecerme que, si mi corazón no me engaña, para vos está guardada tan buena dicha y ventura que por alguna manera podáis sacarlos de tan extraño lugar.

—Yo vos agradezco vuestra voluntad —dijo Olivante—; y pues que tan sanamente me la ofrecéis, yo me quiero fiar de vos y llevar en mi compañía, si dello seréis contento, porque por el camino podremos pensar lo que sobre semejante caso debamos hacer.

El escudero, que otra cosa no deseaba, se lo agradeció mucho, y desamparando a sus compañeros se metió en el barco de Olivante teniéndose por dichoso de quererlo llevar en su compañía. Olivante dio licencia a los otros para que se fuesen; los cuales, no pensando que dél recibían pequeña merced con la libertad que les daba, prosiguieron su camino con intención de contar al jayán Buciferno todo el suceso de su viaje. Mas tal les fue la ventura, que en esos seis días no pudieron arribar a la isla.

Olivante se hizo ligar algunas heridas que Ganimar le había hecho, para las cuales los salvajes dieron a Darisio todo recaudo con que las curase de muy buen ungüento y otras cosas necesarias. Y tornando a levantar las velas, y los remos en las manos, siguieron el camino que de antes llevaban con toda la priesa y menos vagar que podían. Y tanto, que al tercero día en la noche que la batalla de Ganimar fue pasada se hallaron junto de tierra, la más viciosa a su parecer y más llena de muchas florestas y deleites que podía ser en el mundo; porque, como el tiempo en que navegaban era el principio del mes de mayo, las flores de los árboles y la verdura y rosas de los deleitosos campos era en tanta abundancia que cualquiera corazón, por triste que fuera, hinchiera de mucha alegría. Olivante preguntó al escudero que consigo llevaba si por ventura conocía qué tierra era aquélla.

—Sí señor —dijo el escudero—; que sabed que aquesta es la isla de los Cinco Peñones, de que el jayán Buciferno es señor, y asimismo donde los que vos venís a buscar están presos. Y aquesta es una punta que en ella se hace, de la cual al castillo principal, donde el jayán siempre está, puede haber hasta doce leguas; que si el tiempo que agora llevamos nos tura, bien seremos arribados allá cuando fuere la medianoche.

Muy grande fue el alegría que Olivante sintió viendo que la ventura le había guiado en parte que por él era tan deseada, pensando que la muerte que allí le viniese sería para él la mayor y más gloriosa vida que pudiese tener y deseando verse ya en parte donde pudiese poner en ejecución su deseo. La barca, con ayuda de los remadores salvajes, no dilataba su caminar, yendo siempre a la costa de la isla; la cual era tan viciosa y sabrosa de mirar sus veredas y hermosura, que muy gran deleite recibían los ojos que en tan placentera y agradable cosa podían emplear su vista. Mas sobreviniéndoles la noche y haciendo la luna muy clara, los dos salvajes se habían dado tan buena diligencia y mayor maña, que cuando fue una hora después de medianoche el barco cesó su camino al pie de la fortaleza de la isla, la cual era situada en la manera que en el siguiente capítulo será contado.

CAPÍTULO I-XIII

DE QUÉ MANERA ERA SITUADO EL CASTILLO DE LOS CINCO
PEÑONES, Y DE LA TEMEROSA Y ESPANTABLE BATALLA QUE
OLIVANTE DE LAURA HUBO CON EL DUDADO Y FIERO JAYÁN
BUCIFERNO, EN LA CUAL LE VENCÍÓ, Y DEL PELIGRO QUE
DESPUÉS POR SU MUERTE LE FUE SUCEDIDO

ERA en el cabo desta isla, cuanto un tiro de arco pudiese alcanzar, una peña muy alta con cinco picos, que los cuatro estaban a los lados y el uno dellos en medio, que más parecía artificial que naturalmente ser allí puestos; porque éstos estaban con tanto concierto situados, que no había más distancia del uno al otro que había de cada uno dellos al que en medio de sí tenían; el cual era algún tanto mayor que los otros, y asimismo su redondez tomaba algún tanto más campo. Sobre cada uno dellos estaba una torre fabricada que sin compañía de las otras bastara para poderse tener por gran fuerza; y principalmente la de en medio, porque la fortaleza desta era estremada de las otras en demasía. De torre a torre, junto de donde batía la mar, venía una cerca muy alta y muy fuerte, y junto de aquella, metida en el agua cuanto distancia de veinte pies apartada, estaba otra cerca más baja, entre las cuales dos cercas estaba la agua muy honda, y por todas partes muy llenas de muchos y muy fuertes cubos.⁹⁵ Para entrar en el castillo no había más de sola una puerta, la cual estaba abierta en la torre que estaba frontera de la isla, y para pasar desta puerta a la otra que estaba en el muro de más adentro, había entre las dos una puente llevadiza sobre el agua, la cual se levantaba y abajaba cuando querían muy fácilmente.

Pues así como los salvajes hubieron llegado a la isla, luego dieron la vuelta con el barco cercando todo el castillo a la redonda, por donde Olivante pudo bien ver y considerar la gran fortaleza de aquella fuerza; porque todos los muros y almenas de las torres estaban tan llenas de luminarias, que tanta claridad echaban de sí como si en la mitad del día estuvieran; y por todo el castillo sonaban muchas trompas y menestres⁹⁶ y otros muchos géneros de instrumentos, y las voces y gritos de los que dentro estaban mostrando sobrada alegría eran tantas y con tanto estruendo, que parecía que el castillo quisiese hundirse. Por unas partes y otras sonaban muchas gentes que andaban danzando y bailando y haciendo otras cosas de mucho placer y regocijo, diciendo todos a muy altas voces y gritos:

—¡Llegado es ya el día de nuestra venganza! En el cual con el sumptuoso sacrificio que el jayán Buciferno nuestro señor tiene aparejado, nuestros soberanos dioses de la ira que hasta ahora contra nosotros han mostrado serán aplacados, de donde pensamos que con ellos alcanzaremos tanta gracia que de los enemigos nos concedan muy presto la victoria que deseamos, pues que los principales caudillos han de ser en este día delante de su altar ofrecidos.

A Olivante le vinieron las lágrimas a los ojos considerando el cercano peligro que a tan poderosos y esclarecidos príncipes estaba tan claro y el poco remedio

⁹⁵ Baluartes situados cada cierto espacio en la cortina de la muralla.

⁹⁶ Chirimías, dulzainas.

que para librarlos le parecía tener. Y estando suspenso en este pensamiento llegaron junto a la puerta, y de la parte de la isla vieron que venían tres o cuatro barcos que salían de una villa que muy cerca de allí estaba, en los cuales venían algunos caballeros, entre los cuales algunos venían armados y otros sin armas ningunas, todos con trompas y cuernos con grandes clamores, como aquellos que a tan señalada montería pensaban ir. Y llegándose los salvajes a una parte con su barco, Olivante deseaba ver y saber en qué pararía aquella fiesta, y el escudero de Ganimar, que su propósito y deseo no era otro que dejar la sujeción que hasta allí había tenido, viéndose libre para seguir el verdadero camino de la fe cristiana, como tenía determinado, y como viese así estar triste y pensativo a Olivante, le dijo:

—Difícultoso es, señor, el remedio que siento para el efecto de nuestro deseo, del cual no menos parte me cabe, por el conocimiento del yerro en que hasta agora he vivido, que vos podéis sentir y pensar. Y no puedo dejar de tener conmigo por cierto que al cabo con tan difíciles medios Dios remediará de manera que el fin sea dichoso. Y pues que, según vos, señor, por lo que dentro hemos visto podéis conocer que venido el día no se tardará en efectuar su dañado propósito, de mi consejo, pues vos tenéis voluntad de aventurar vuestra vida por estorbar tanto daño, para meteros en dicho castillo el camino está abierto,⁹⁷ aunque la salida dudosa. Digo esto porque todos los que en estas barcas vienen son caballeros desta isla, los unos parientes y los otros sujetos al jayán, los cuales no vienen a otra cosa que a hallarse presentes y solemnizar esta fiesta sabiendo que el jayán huelga dello. Y si vos quisiéredes entrar juntamente con ellos, con gesto disimulado, cuando ellos acabaren de entrar, nos podremos llegar y en su compañía meternos; porque cuando de alguna cosa fuéremos preguntados, yo sabré responder con tanto tiento que por ninguna manera podamos ser conocidos.

Olivante, que otra no era la causa de su tristeza sino pensar que la entrada sería negada y que desta manera perdería el tiempo que era conveniente para aquel hecho, se tuvo por tan bien aconsejado que respondió al escudero prometiéndole todo el galardón que a su poder fuese posible si después de una vez entrado pudiese tornar a salir. Y como a este tiempo no cesasen de venir barcas de la isla, que en las unas venían caballeros y en las otras mujeres y gente común que asimismo venían por ver, y otras salían del castillo, que iban por cosas necesarias a la tierra, el barco de Olivante, yendo muy junto a la muralla por que con las luminarias no fuesen descubiertos y pudiesen poner alguna alteración los salvajes, se llegó a la puerta, por la cual Olivante, sacando su caballo, pudo sin embarazo ni estorbo ninguno entrar, porque los porteros no tuvieron sospecha ninguna que fuese extranjero, aunque no dejaron de murmurar que el caballo a tal tiempo no era necesario. Mas entonces el escudero de Ganimar, mudada la habla por no ser conocido, les satisfizo de palabras de manera que ellos quedaron contentos. Y entrando Darisio con Olivante, el escudero se quedó fuera, porque si dentro le conocían, no sabía qué poder responder al jayán de cómo hubiese dejado a Ganimar sin que la culpa de su muerte le pudiese ser imputada, y asimismo la

⁹⁷ Orig.: ‘abietro’ (32r).

sospecha de que él hubiese metido dentro aquel extraño caballero. Y por esta causa, y porque Olivante asimismo lo⁹⁸ tuvo por bueno, se quedó defuera, metido en el barco con los salvajes.

Olivante y Darisio se metieron por la puerta adentro siguiendo tras los otros caballeros que entraban con la luz de las luminarias, que tenía el castillo tan claro como si fuera de día. Y habiendo andado un buen rato por un callejón angosto que hacía tres o cuatro puntas a una parte y a otra, salieron a un patio que se hacía en medio del castillo, tan grande, y con los edificios tan bien obrados al derredor, así de las torres como de muy hermosos corredores, que bien había en él que mirar. A unas partes y otras del palacio había muchos fuegos encendidos y mucha gente común al derredor dellos, que no entendían en otras cosas sino en hacer fiestas y danzas, y muchos caballeros, aunque muy pocos dellos armados, que se andaban entre ellos paseando y mirando los bailes que hacían y otras maneras de pasatiempos que para pasar la noche buscaban.

Olivante descendió del caballo, al cual Darisio, que consigo había traído provisión, echó de comer a un rincón, y Olivante se llegó hacia una parte que dentro del patio le pareció más secreta considerando por qué manera le convenía comenzar tan gran hecho, y muchas eran las imaginaciones que sobre ello venían a su fantasía. Y andando embebecido en este pensamiento se metió por una sala que halló sola y abierta, y viola que estaban todas las paredes della cubiertas de armas que por ella estaban colgadas, y holgó mucho dello, porque dejó allí su escudo, que de la batalla de Ganimar le quedó tal que poca defensa le pudiera hacer, y asimismo se quitó algunas piezas de las armas que tenía rotas y se puso de las que mejores y más fuertes le parecieron. Y tomando una lanza y una porra que para su propósito le pareció, se tornó a salir, y poniendo la porra en el arzón del caballo, dio la lanza a Darisio para que la guardase.

A esta hora comenzaba ya a amanecer, y el jayán, habiéndose ya levantado, antes que se acabase de vestir se puso a los corredores mirando los placeres y regocijos que aquellos sus súbditos y vasallos hacían, los cuales con muy grandes gritos y clamores, levantando juntos las voces, decían:

—¡Viva el invencible caballero y jayán Buciferno nuestro señor, y los soberanos dioses destruyan y traigan en nuestro poder los príncipes que en la cristiandad quedan!

Olivante se puso a mirar al jayán, el cual le pareció la cosa más fiera y desemejada que sus ojos jamás habían visto ni pensaban ver. Él era tan grande que más tenía de palmo y medio de altura que Branfor su hermano; la cara tenía tan grande y robusta que en solo mirarlo parecía poner tanto espanto como cosa infernal; los ojos tenía muy grandes y vueltos de color de sangre; los labrios y las narices. muy crecidos; de la boca le salían dos colmillos más de dos dedos fuera; los cabellos tenía muy negros y crespos, y todo él muy lleno de vello; la voz tenía ronca y espantable, y todo junto parecía que fuese más diablo salido del centro del infierno que criatura nacida en el mundo. Olivante se lo puso a mirar, y no porque en su corazón pusiese temor de la muerte, la cual él recibía con entera voluntad,

⁹⁸ Suplo 'lo' (32v).

mas mucho desconfiaba de pensar que su venida pudiese aprovechar alguna cosa, y decía entre sí que si de Dios no venía el vencimiento para tan desemejable bestia, que escusado era pensar que hombre mortal para ello bastase.

El jayán mandó luego a los hombres de servicio que allí estaban que aderezasen un cadahalso que estaba a la una parte del patio, y que asimismo pusiesen el trono donde había de ser sacado y puesto su dios, a quien el sacrificio había de ser hecho, porque no quería que más tiempo se perdiese ni dilatase. Los hombres cumplieron luego su mandado aderezando el cadahalso, que estaba bien alto, con muchos paños ricos de seda y brocado,⁹⁹ cubriéndolo por todas partes de manera que ninguna cosa de la madera se parecía, y después que a su parecer no faltó punto de lo que convenía, frontero dél, en medio del patio, pusieron hasta veinte gradas en cuadra, que hacía cuatro escaleras con veinte pasos cada una, las cuales siendo muy anchas de abajo, se iban tanto ensangostando hasta arriba, que no dejaban más campo de cuanto pudiese caber un altar, el cual juntamente con todas las gradas del trono adornaron con paños de tanto valor y tan ricos, que parecía no tener precio. Y encima del altar, sobre cuatro vergas de oro que estaban fincadas en las esquinas, pusieron un dosel que cubría todo el altar, lleno de tantas perlas y piedras preciosas, y tan sutilmente puestas y labradas, que no había en el mundo rey ni señor que más rico pudiese tenerlo, y todo ello estaba lleno de tanta riqueza de muchas joyas y cosas de tan grande estima, que Olivante fue espantado, no pudiendo pensar de dónde el jayán hubiese habido tan engrandecido y rico tesoro.

Después que todo fue concertado de manera que nada faltaba, por unas escaleras principales, por donde subían a los ricos corredores, bajaron hasta veinte hombres, que el jayán había vestido para aquel día de una librea amarilla, tañendo muchas trompas y clarines y otros géneros de instrumentos, todos tan bien concertados y con tan gran ruido, que ninguna palabra de las que se decían se podía oír. Los cuales, de que estuvieron un rato prosiguiendo su música entretanto que algunos hombres de servicio a quien el jayán lo había mandado habiendo traído mucha leña muy seca, entre el cadahalso y el trono encendieron un muy gran fuego. Luego tras éstos bajaron seis caballeros de buen cuerpo vestidos muy ricamente con ropas rosagantes¹⁰⁰ de terciopelo carmesí aforradas en armiños, todas ellas hendidas y trabadas con cordones de oro y seda verde, con sendas varas blancas en las manos y tobajas labradas de una misma manera echadas al hombro. Tras dellos decendieron doce pajes vestidos con sayos de seda amarilla, sin cobertura ninguna en la cabeza; traía cada uno dellos un plato grande de oro en la mano derecha bien levantado, y en las manos sinistras sendas esponjas con que cogiesen la sangre, si por ventura alguna se derramase.

Luego tras dellos salieron diez sacerdotes que en aquel templo tenía el jayán, asimismo vestidos de vestiduras muy preciosas, hechas a la manera que su hábito requería, y en medio dellos venía el jayán Buciferno con una ropa rozagante de tela de oro aforrada en brocado pelo toda acuchillada, tomados los golpes¹⁰¹ con

⁹⁹ Tela de seda entretejida con hilo de oro o plata.

¹⁰⁰ Hasta los pies. En el orig.: 'rosagantes' (33r); pero algo más abajo: 'roçagante'.

¹⁰¹ Tapetas.

unos torzales¹⁰² de oro y seda azul y de manera que lo más del brocado se descubría; el cual venía asimismo aforrado en unas martas de tan gran precio que a duro en el mundo pudieran hallarse mejores. La ropa le tomaba hasta los pies, y la cabeza descubierta; y en las manos traía un ídolo de oro de tanta grandeza que apenas con sus demasiadas fuerzas podía sostenerlo. Todo venía lleno de muchas piedras de inestimable valor, como eran diamantes, rubíes, esmeraldas, carbunclos,¹⁰³ turquesas y de otras muchas maneras. Traían asimismo cuatro de los sacerdotes cuatro vergas de plata muy bien obradas, sobre las cuales sostenían otro dosel de no menos riqueza que el que puesto sobre el altar estaba. Delante dellos venían muchos hombres danzando y bailando al son de los instrumentos.

Y habiendo llegado al trono, apartándose todos afuera, el jayán con los diez sacerdotes subieron las veinte gradas del trono, en el cual con muchas ceremonias y acatamiento dejó puesto el ídolo de su mano y haciendo una muy baja reverencia, dejando los sacerdotes allí se tornó a bajar, y siguiéndole los más de los caballeros que allí estaban, se metió por una puerta que en la torre de en medio abrieron. Y Olivante quisiera juntamente entrar, porque bien le daba la voluntad lo que allí dentro estaba; mas al tiempo que llegó la puerta estaba ya cerrada, y por esta causa le convino esperar. El jayán se detuvo cuanto media hora, y en cabo della tornando a abrir la puerta, salieron seis hombres delante tañendo unas trompas con un son doloroso, dando a entender la justicia que se esperaba hacer. Y tras dellos salieron hasta veinte hombres armados de escudos y capellinas, con lanzas y porras en las manos; y en medio de sí traían al emperador Arquelao y al rey Aureliano atadas las manos atrás, con sogas echadas a las gargantas, de las cuales tiraban tan recio que muchas veces les hacían dar con las manos en el suelo. Los ojos traían vendados, con los pies descalzos; las cabezas, sin ninguna cobertura. Venían tan flacos y descoloridos que Olivante y Darisio lloraban muy fuertemente de ver la su desventura tan grande, y esperaban a ver qué sucedería de aquel hecho. El jayán Buciferno salió todo armado con unas hojas de acero muy fuertes encima de un muy poderoso caballo blanco, no le faltando armadura sino solamente el yelmo, y en lugar dél traía en la cabeza un riquísimo chapeo¹⁰⁴ labrado maravillosamente. Con él venían diez caballeros que armados en el castillo en aquella sazón se hallaron. Y llegando donde el cadahalso estaba, subieron al Emperador y al rey en lo alto, haciéndolos sentar encima de un escaño¹⁰⁵ que para aquello tenían aparejado.

Olivante no se sabía determinar cuándo sería mejor tiempo de acometer, porque ninguno le parecía conveniente para tener esperanza, y con mucha devoción rogaba a Nuestra Señora le diese favor y ayuda para que, ya que por su servicio emplease la vida en aquel lugar, si no le aprovechase para remedio de los que esperaban padecer, recibiese por ello su ánima el gualardón en el otro mundo que su buena intención merecía.

¹⁰² Cordones trenzados.

¹⁰³ Variedad de rubí.

¹⁰⁴ Sombrero, bonete.

¹⁰⁵ Bancada.

En esta hora los sacerdotes con muchas y diversas cerimonias comenzaron a aparejar el sacrificio echando en el fuego delante del altar muchas cosas de muy buenos y suaves olores; y no consintieron que aquel día fuesen muertos ni sacrificados animales ningunas de las que solían, diciendo que aquella sangre tan buena de reyes, aunque fuesen cristianos, no era razón que con otra ninguna se mezclase, sino que pura y limpia se presentase a su dios, porque era el más alto y mejor sacrificio que en este mundo le podían hacer. Y bien gastaron de tiempo en las cosas que allí hicieron hasta que ya era casi mediodía, que entonces el jayán, haciendo tender un tapete de seda cabe el fuego, mandaba que allí bajasen a los reyes, teniendo él mismo en la mano un cuchillo muy grande y muy agudo y los filos bien aparejados con que por sus propias manos, por aplacer más al ídolo, pensaba cortarles las cabezas.

Olivante, viendo que ya no era tiempo de más esperar, metiéndose por entre los que allí estaban, llevando sus armas aparejadas y el yelmo en la cabeza, se llegó muy cerca del jayán; el cual, como así le vio venir a punto de batalla, como por el escudo que tenía de los suyos hasta aquel tiempo no lo hubiesen desconocido, le miró con una muy fiera catadura diciendo:

—Dime quién eres o qué quieres tú, que con tanta osadía te allegas a tiempo que tu embajada, cualquiera que sea, tendrá tan poco lugar de ser escuchada.

—Quién yo sea —respondió Olivante— a ti te hace poco menester de saberlo ni a mí de decírtelo, pues a mí tendrá poco provecho y a ti menos daño; mas quiero que mi intención, por satisfacer tu demanda, te sea manifiesta, la cual es, entretanto que mi ánima acompañare mi cuerpo, estorbar que la tuya con tu dañado propósito no venga en aquel fin que desees. Por tanto, si tu sacrificio quisieres que sea más cumplido, mira que por la muerte destos príncipes no te podría quedar mayor enemigo que yo, como mayor amigo y servidor suyo ni quién de mejor voluntad con ellos reciba la muerte por tus crueles manos. Y si con lo que a la orden de caballería que recibiste quisieres cumplir, yo te desafío mortalmente para que conmigo vengas en la batalla, en la cual pensaré que no de mí, mas de aquel soberano y inmenso Dios te vendrá el castigo que por tus pérfidas y malas obras mereces. Y si la ventura tan mal me favoreciere que en tu poder sea entregado, harás de todos tres juntamente lo que de los dos ahora ponías en obra.

El jayán que con tanto atrevimiento vio que Olivante no solamente le hablaba, mas en sus palabras mostraba amenazarle, teniendo en más su osadía que el daño que le podía venir, riéndose de lo que le decía le respondió:

—Dime, cautiva¹⁰⁶ criatura, ¿quién ha ido aquel que de tu seso quitó tanta parte que a ponerte en mis manos te aconsejó que vinieses? Por cierto, no pienso que otro sino que los inmensos y soberanos dioses míos, queriendo mostrarme desde ahora las maravillas que por causa mía piensan hacer, te han puesto delante de mí, pues que por la puerta sin ser conocido y sin que yo lo supiese fuera imposible que tú entrar pudieras. Y aunque ahora con tu sandez endurecido no quieras confesar quién seas ni tu nombre, yo espero que presto te arrepientas de tu loca fantasía,

¹⁰⁶ Infeliz, desdichada

porque desde agora mando que de los míos con aquellos que están aparejados para el sacrificio de la misma manera seas puesto.

Y así como aquesto acabó de decir, aquellos caballeros que estaban al derredor de Olivante, algunos dellos a caballo y otros a pie, visto el mandamiento del jayán y teniendo por cosa muy fácil su prisión, arremetieron a él con las espadas en las manos. Mas Olivante, que desta manera se vio ser cercado, queriendo primero que la perdiese vender caramente su vida, a un caballero que delante se le puso le dio tan gran golpe de su espada por encima del yelmo, que la cabeza le hizo dos partes; y a otro que estaba cabe él le dio por encima del hombro, que cortándole el brazo casi todo, lo hizo venir del caballo abajo. Los otros lo cercaron al derredor hiriéndolo por todas las partes que podían, procurando tomarle a prisión como el jayán lo había mandado; mas los golpes de Olivante eran tales que ya no se llegaban a él con tan buena voluntad como al principio, porque ninguno acertaba a derecho que más adonde estaba se acercase. El jayán que mirando estaba las estrañas maravillas que con sus caballeros Olivante hacía, pasando por entre todos ellos los hizo quitar afuera, y llegando donde Olivante estaba le dijo:

—Caballero triste y de poca ventura, ¿qué piensas hacer? Date a mi prisión si del primer golpe que con mis manos te acertare no quisieres rendir el espíritu; aunque a tan abatidas criaturas como tú pocas veces acostumbro yo bajar mis armas.

—Jayán Buciferno —dijo Olivante—, si tú te tienes por caballero, y bueno, como dices, no debes de consentir que en tu presencia tantos caballeros acometan a uno que tú tan poco precias, mas, pues yo soy tu enemigo, procurar por tus solas manos y en manera de batalla igual, aunque de ti a mí no la pueda haber, quitarme delante de ti; que cuando me tuvieres vencido podrás así de mí como de esos otros hacer a tu voluntad.

El jayán que ninguna cosa más en esta vida deseaba que saber quién Olivante fuese, le dijo:

—Con condición que me digas quién eres, yo soy contento de darte la honrada muerte que me pides; y te prometo que ninguna persona sino yo solo no ose acometerte ni menear contra ti sus armas de los que en mi castillo están. Porque bien sé que los dioses que aquí te trujeron te reservaron para mí solo; los cuales han bien mostrado su voluntad en darte contra los míos tan poderosas fuerzas que de solos dos golpes tan mal los hayas tratado.

—Pues toma tus armas —dijo Olivante—, que cuando te viere aparejado para la batalla te diré lo que tanto deseas.

El jayán, que le parecía que por aquella vía satisfaría por todas partes más presto su mal deseo, enlazando su yelmo y tomando una gruesa lanza le dijo:

—Ahora me dirás lo que te he preguntado; y cuando no quisieres por bien, los martirios y tormentos que te haré dar sin que mueras te harán confesar lo que encubres.

—No te lo quiero encubrir —dijo Olivante—, aunque por mi nombre ternás tan poca noticia de mí como de antes tenías. Yo soy llamado Olivante de Laura; soy aquel que a tu hermano Branfor y a tu cormano Argilón, que con tan gran traición prendieron estos príncipes, con la ayuda del muy Alto Señor en la isla de Laura

privé de la vida. Y asimismo habrá tres días que, encontrándome con tu cormano Ganimar, le hice que las nuevas que del rey Cosmalín te traía las fuese a dar a los infiernos nadando por el agua de la mar para que más presto llegase. Y así mismo entiendo hacer de ti; porque no pienso que ya querrá Nuestro Señor consentir que tus perversas y malas obras de aquí adelante puedan permanecer con aquella fuerza que hasta ahora han tenido.

El jayán, que con el enojo de las palabras que oía se encendió en tanta saña que el humo parecía salirle por la visera del yelmo, no quiso más esperar para entender cosas que más lastimar le pudiesen, y batiendo fuertemente las piernas a su caballo, no siendo más perezoso Olivante, se vinieron a encontrar con tan poderosas fuerzas en medio de los escudos, que las lanzas volaron en el aire hechas en muchos pedazos. Y topándose de los cuerpos de los caballos, teniéndose cada uno tan firme como una torre, los caballos se detuvieron, estando cada uno dellos para caer; mas poniéndoles las espuelas con toda fuerza, los hicieron pasar adelante, yendo Buciferno herido de la lanza de Olivante en los pechos, mas no de manera que perjuicio le hiciese. El cual viendo con cuánta fortaleza Olivante se había mantenido en la silla, echando mano a una pesada porra que delante de sí traía, tornó el caballo con mucha braveza teniendo por cierto que de aquel solo golpe fenecería la batalla. Mas Olivante, que del golpe tuvo conocimiento, hurtando el cuerpo cuando fue menester, como la braveza del jayán le trujese algo ciego, el golpe fue en vacío, y dado con tan gran fuerza que a sí mismo se acertó en una pierna, de que sintió gran dolor y la porra se le cayó de las manos. Olivante, dando muchas gracias a Dios porque de tan fiero golpe se vio libre, con la porra que de la sala del jayán había tomado le dio en el hombro siniestro, que todas las armas y la carne le magulló en aquella parte. Mas asimismo, como hasta entonces tampoco hubiese usado aquel menester, la porra se le cayó de las manos, dejando con tan gran dolor al jayán, que su furia y braveza fue tanta que algún espíritu infernal parecía que en aquella hora hubiese entrado en su cuerpo. Y dando bramidos como un león, con un voz espantable comenzó a decir:

—¡Oh dioses! ¿Qué puede ser esto, que en tiempo que tan gran servicio os aparejaba queréis consentir que un caballero de tan poco valor, sin que con mis fuerzas le pueda empecer,¹⁰⁷ haya sacado de mi cuerpo tanta sangre de un solo golpe? Mas ya no seréis tan poderosos que, aunque para esto le habéis ayudado, le podáis librar de mis manos, y yo os haré después el sacrificio conforme al favor que ahora de vosotros recibo.

Y echando mano a un cuchillo muy grande y pesado que traía ceñido, queriendo embrazar el escudo, se halló con tan poca fuerza en el brazo que apenas podía levantarlo. Y habiendo asimismo Olivante sacado su espada, el jayán le tiró un tan fuerte golpe que, habiendo Olivante alzado el escudo, en que lo recibió, le echó cuanto dél alcanzó en el suelo, y tocando con la punta de la espada en el brazo, le hizo una pequeña herida. Olivante le dio sobre la muñeca del brazo de la espada, y cortándole todas las armas, le hizo una llaga de que el jayán recibía

¹⁰⁷ Dañar.

mucho empacho para poder menear la espada. Y desta manera se comenzaron a herir por todas partes, haciéndose el mayor mal que podían.

Los caballeros del jayán estaban maravillados de la gran bondad que en el caballero había, y como vieron que ningún golpe podía acertar a Olivante, algún tanto les hizo dudar su victoria, y todos se aparejaban, como traidores, a favorecerle; mas el jayán, que lo sintió, no le falleciendo punto de la soberbia que al principio tenía, les mandó que estuviesen quedos si no querían que su enojo volviese contra ellos. Los caballeros, no osando pasar su mandamiento, lo hicieron contra su voluntad, y así, se tornaron a herir como de primero, dándose mortales heridas, cargándose de muy duros y pesados golpes. Los caballos andaban tan cansados que ya no se podían tener en los pies.

Y cierto, grande fue el provecho para Olivante que la herida de la muñeca del jayán le hacía, porque por esta razón los golpes no eran de tanta fortaleza, y los que acertaba se le volvía la espada en la mano; por la cual causa teniendo pavor de la muerte, se había arrepentido porque no había dejado que sus caballeros le ayudasen. Y queriendo, como malo que era, mudarse de su propósito y llamarlos para que a la primera intención se tornasen, determinó primero matarle el caballo para que más a su salvo lo pudiesen hacer; lo cual luego puso por obra hendiéndole la cabeza en dos partes. Mas Olivante, que su deseo había conocido, levantándose a este tiempo sobre los estribos, tomando la espada con ambas manos, descargó el poderoso golpe con tanta fortaleza que, acertándole en el mismo brazo que estaba herido, le derribó por el suelo junto por cabe el cobdo; y no se deteniendo allí la espada, acertó por un lado en la cabeza del caballo, y el caballo que se sintió herido, se enármonó¹⁰⁸ con el jayán en tal manera que entrambos cayeron a un tiempo; mas tanto avino de mal al jayán, que el caballo se halló cabe el fuego que para el sacrificio estaba hecho muy grande, y de desatinado de la herida se dejó caer dentro, tomando al jayán atravesado debajo de sí en tal manera que, aunque todos los que allí estaban presentes acudieron muy presto, el fuego estaba tan encendido y el caballo y el jayán tan pesados, que por mucha diligencia que en ello pusieron, primero que los sacasen, el jayán, así de la herida como de la calor y del humo, había ya rendido el ánima a quien desde su nacimiento la había tenido por suya.

¹⁰⁸ Alzó sobre las patas.

CAPÍTULO I-XV
CÓMO ESTANDO EN UNA PELIGROSA BATALLA OLIVANTE DE
LAURA CON LOS CABALLEROS DEL JAYÁN BUCIFERNO FUE
SOCORRIDO POR TRES CABALLEROS

GRANDE fue el alboroto y ruido que se levantó entre los caballeros del jayán cuando a su señor vieron de aquella manera muerto, y todos los que se hallaron sin armas corrieron con muy gran prisa a armarse, y los caballeros que se hallaron armados se dejaron ir contra Olivante diciendo a muy grandes voces:

—¡Muera, muera el traidor a nuestras manos en venganza del esfuerzo que los dioses, nuestros enemigos, le han dado para poder privar de la vida a quien con la suya podía dar tan poca satisfacción!

Olivante que su intención conoció, habiéndose levantado muy ligeramente, quedando su caballo muerto en el suelo, quiso defenderse viendo cuánto le era necesario. Y esperándolos con muy crecido esfuerzo, aunque de su vida hiciese muy poco caso pensando que por ninguna manera podría escaparse de tanta multitud de gente como en el castillo estaba, quería primero hacer su deber dándoles a entender que con dificultad y peligro suyo le pondrían en el estrecho que deseaban, y porque no quería que antes de su muerte pudiese ver muertos los que él tanto deseaba dar libertad, como los caballeros venían contra él con mucha furia, se fue retrayendo hasta la escalera del cadahalso donde el Emperador y el rey estaban. Mas esto no pudo él tan presto hacer que primero Darisio, que sobre el aviso estaba, no se hubiese subido delante, de lo cual no poco placer Olivante sintió, porque no menos sintía el peligro en que su escudero estaba que el suyo propio, conociendo dél la afición y el amor con que su servicio le tenía ofrecido y la voluntad y lealtad con que lo hacía.

Pues así como Olivante hubo llegado al pie de la escala, hasta diez caballeros, todos muy bien armados, le acometen por todas partes cercándolo al derredor; mas Olivante, que aunque la batalla del jayán había sido tan peligrosa y trabajosa, no por eso así había quedado cansado que bien no se pudiese defender, los hería con tan duros y mortales golpes, que muy pocos dellos acertaba que no tulliese o matase algunos dellos, endemás de aquellos peones que a los reyes habían sacado entre sí, los cuales asimismo metidos entre los caballeros, procuraban por todas las maneras que podían que Olivante fuese traído a la muerte. Mas sus fuertes y desmesurados golpes, su ligereza demasiada, su muy crecida destreza, fueron juntamente en aquel tiempo en tanta manera, hiriendo a diestro y a siniestro metiéndose entre ellos como rabioso lobo entre las ovejas, que en menos de media hora los más de los caballeros y de los peones iban destrozados y heridos en tal manera que su braveza se iba amansando y su furia perdiendo, tanto, que de mala gana se osaban ya llegar donde Olivante estaba.

El cual tenía muy gran pesar, porque sus armas tenía rotas por muchos lugares y el escudo hecho pedazos, y según la mucha gente que esperaba que presto tendría sobre sí, mayor defensa quisiera para resistirlos; y creciéndole el

ardimiento, con su sobra de corazón se dejó salir contra los que quedaban, hiriendo y derrocando dellos por tierra cuantos delante hallaba. Y viendo que un escudo de uno de los caballeros muertos estaba sano, echando por tierra lo que del suyo le quedaba, lo puso en el brazo, y con temor de perderse, no osando pasar adelante por que no le tomasen las espaldas los enemigos y le ganasen las escaleras, se volvió a su lugar.

Mas a esta hora Darisio, que no había estado en balde, llegándose donde el rey Aureliano y el Emperador estaban, con sobrada alegría de su corazón les desató las manos y los pies, que ligados tenían, y les quitó las vendas con que sus ojos estaban cubiertos, diciéndoles:

—Agora, señores, pues la fortuna nos ha traído en estado que cuando recibamos la muerte podréis primero vengarla, socorred a aquel bienaventurado caballero que por vuestra deliberación en tan gran estrechura está puesto, procurando que de los muertos que delante de sí tiene, antes que más gente venga, podamos haber algunas armas para que, ya que las vidas en este lugar hagan su final punto, cumpláis con lo que para vuestra salvación y satisfacción de vuestras honras es necesario.

Cuando el emperador Arquelao y el rey Aureliano pudieron ver a Darisio delante de sí, no se puede decir ni pensar el gozo que sus ánimas sintieron, y muy más crecidamente cuando por la vista de sus ojos pudieron confirmar el pensamiento de sus corazones y lo que de las voces de los caballeros habían entendido de la muerte del jayán; porque no pudieran pensar que caballero hubiera en el mundo en quien tanta bondad cupiese que aun solamente emprender tan gran hecho pensara, cuanto más poderle haber vencido y muerto, y en lugar lleno de tanto peligro. Y porque el tiempo no sufría dilación para poder preguntar ni saber lo que tanto deseaban, queriendo por entonces creer el consejo de Darisio se bajaron todos tres hasta donde Olivante estaba; el cual habiendo tan mal tratado a aquella mala gente que los que quedaran muy lejos dél se habían apartado esperando a que los que se estaban armando saliesen, los recibió diciéndoles:

—Señores, la vuestra grandeza y medida me perdone si del acatamiento debido falleciere según vuestro sobrado merecimiento, porque el tiempo no da lugar que al presente podamos hacer otra cosa; que mi voluntad no ha sido otra que de poderos servir, la cual no me faltará entretanto que no faltare la vida. Y pues que a todos nos va perderla o ganarla entre gente que tan poca piedad habrá de nosotros, mi consejo será que os aparejéis y procuremos haber algunas armas con que destos malos hombres podamos el tiempo que más pudiéremos defendernos.

—¡Ay bienaventurado caballero —respondió Arquelao—, cuánto más dignamente sois vos merecedor del acatamiento que decís por el merecimiento de vuestra sola persona que nosotros por la grandeza que publicáis! Y pues que, según nuestras intenciones, bien claro está conocido el poco yerro que de los unos para los otros hay, dejado esto aparte para cuando sea tiempo más conveniente, bien será que en lo que más nos cumple se ponga el remedio que mejor pudiéremos y más nos conviene.

Olivante se adelantó entonces un poco delante dellos, viendo que los del castillo con pesar de ver sueltos los reyes se venían contra ellos como perros

rabiosos, habiendo salido de la sala donde las armas del jayán estaban más de cuarenta caballeros armados, y con ellos más de otros treinta hombres, que todos ellos traían lanzas y otras armas arrojadizas, los cuales traían delante de sí como capitán y guía un valiente caballero, pariente muy propinco del jayán y de cuya fortaleza ellos tenían toda esperanza. Y aunque la ferocidad y braveza con que al primer ímpetu Olivante fue acometido dellos fue mucha, no le pudieron menear un paso de adonde estaba hasta que el Emperador y el rey Aureliano pudieron cobrar de los muertos sendas espadas y escudos y otras algunas armas, y asimismo Darisio una lanza y escudo con que maravillosamente contra los villanos se mantenía. Y porque de las armas que les arrojaban, con tener los cuerpos desarmados, corrían muy gran peligro, les fue forzado retraerse al lugar donde habían salido, para tener en él las espaldas seguras. Olivante se dejaba salir muchas veces contra los enemigos metiéndose en ellos sin ningún temor y heriéndolos tan sin piedad, que de los que delante de sí tenía muertos, como estorbo para que los otros no se pudiesen tan cerca llegar, recibía mucho provecho, y todos ellos huían delante dél como hombres de poco y que más recelaban la muerte que sus honras. El rey y el Emperador asimismo por los lados del cadahalso donde eran acometidos se defendían tan brava y mañosamente que poco sabor habían de tornarse a acercar a ellos los que una vez gustaban sus fuertes y pesados golpes.

Pues desta manera estuvieron hasta más de cuatro horas, que los del castillo jamás cesaron de combatirlos por todas las maneras y formas que más pensaban dañarlos. Y como por ninguna manera les pareciese que por aquella arte, a lo menos en todo aquel día, podrían vengarse dellos como querían, hicieron su mandado a la villa que allí cerca estaba, de la cual comenzaron a venir otros algunos caballeros en favor de su dañado propósito, y como crecía el número de la gente, teniendo el hecho por acabado, con muy grandes alaridos y voces los acometieron dejándose todos correr contra la escala, que con muy grave dificultad se pudieron mantener que de aquella vez no les ganasen el cadahalso. Mas Olivante, tomando la espada a dos manos, hallando delante de sí a aquel pariente del jayán, le hendió el yelmo con la cabeza hasta los dientes; y después, como hombre desesperado, daba golpes a diestro y a siniestro que no parecían de hombre mortal.

El emperador Arquelao por una parte, y el rey Aureliano por otra, sufrieron en aquella hora tanto trabajo y afán queriendo vender sus vidas muy caramente. Aunque de aquesta vez quedaron con algunas heridas, sus poderosas fuerzas fueron tantas, que con la ayuda del bravo león que por amparo tenían, los enemigos, no los pudiendo sufrir, les convino quitarse afuera; y muy lastimados por la muerte de muchos parientes y amigos que allí tenían, y porque la mayor parte dellos se hallaron heridos, determinaron buscar nueva forma para acabarlos de conquistar. Y fue tal y tan peligrosa, que ningún estorbo pensaban que les pudiese venir; porque trayendo mucha leña los hombres que allí estaban y metiéndola debajo del cadahalso, allegaron el fuego que delante del trono del ídolo estaba hecho; y como la leña estuviese muy seca, en un punto se levantó la llama y comenzó a arder en tanta manera que en este tiempo los tres caballeros fueron metidos en toda tristeza y pavor de muerte; porque si estaban quedos, dudaban el

peligro del fuego, y si se querían salir de allí, era tan imposible escaparse de las manos de tanta gente, porque como estuviesen desarmados de los cuerpos, muy fácilmente los podrían traer a la muerte. Y encomendándose de muy gran voluntad a Dios que de sus ánimas hubiese piedad y misericordia, determinaban de salir y morir entre ellos peleando hasta que las ánimas de sus cuerpos se despidiesen.

Los del castillo, viéndolos estar en esta turbación, les maltrataban con las lenguas y decían:

—Ya, traidores, no vos valdrá vuestro Dios para que desta vez no pueda quitar de cumplir en vosotros nuestra voluntad, que pues no habéis querido esperar el sacrificio que deseábamos, el fuego será verdugo de vuestros cuerpos en vida; que cuando dél quisiéredes huir, no podréis dejaros de acoger donde hallaréis aquella piedad que las obras que nos habéis hecho merecen.

Mas Dios, que en los tiempos de más necesidad suele dar socorro y favor a los más necesitados y afligidos, quiso que a este tiempo llegasen junto al castillo donde el barco de los salvajes estaba, de cuya maravilla no poco espantados fueron, tres caballeros que en un barco venían, en los cuales, según su disposición y buen parecer, no podía faltar toda bondad y fortaleza. Y habiendo sentido el gran alboroto y ruido que dentro del castillo andaba, mirando al escudero de Ganimar se acercaron al barco, y viéndole con los ojos llenos de lágrimas y al parecer lleno de mucha tristeza, el uno dellos le dijo:

—Buen escudero, que Dios os dé buena ventura y quite de la cuita que mostráis tener; decidnos si sabéis de quién es este castillo y qué causan las voces y ruido de armas que dentro parece haber.

El escudero, que en el hablar conoció que aquellos caballeros fuesen cristianos, teniendo conocimiento de lo que dentro en el castillo había pasado, por cuya causa mostraba tanta tristeza, pareciéndole que Dios los hubiese guiado a tal tiempo en aquella parte para remedio del daño que en el castillo se esperaba, les respondió:

—¡Ay buenos caballeros! Si cristianos sois, según me parece, poned vuestras vidas en defensa de dos príncipes de la cristiandad y del mejor caballero del mundo que en este castillo del jayán Buciferno están en el mayor y más extremo peligro de sus vidas metidos entre muchos y muy formados traidores que de traerlos a la muerte procuran.

Los caballeros, que en aquella demanda venían y su deseo no había sido en el mundo mayor que de hallarse en aquella parte, le dijeron:

—Por Dios, amigo, que vos nos digáis por dónde podríamos entrar dentro, pues que las puertas del castillo están cerradas; que en ninguna cosa deste mundo con mayor voluntad aventuraremos las vidas que en poder librar a esos que nos habéis dicho.

—Dios vos favorezca —dijo el escudero— y vos dé ventura que lo podáis hacer, que cierto, gran bien sería para todo el mundo. Y el medio que para entrar dentro se puede tener es llegaros a la puerta y decir que sois caballeros de la isla que venís por vengar la muerte del jayán, el cual vos han certificado ser muerto por mano de un caballero.

Los tres caballeros, pareciéndoles aquélla muy buena cautela, encomendando a Dios al escudero, sin más detenerse se fueron a la entrada del castillo, y usando

de las palabras que el escudero les había dicho, como los porteros con la revuelta de dentro estuviesen turbados, sin ningún inconveniente los dejaron entrar, metiendo asimismo dentro sus caballos; mas los escuderos se quedaron en el barco que traían, llegándose a la parte donde los salvajes estaban.

Pues así como los tres caballeros se vieron dentro subidos encima de sus poderosos caballos, guarnecidos muy cumplidamente de todas sus armas, lo que primero hicieron fue matar a las guardas de la puerta para que de allí adelante no pudiesen ser más participantes de tan gran traición. Y por no hacer daño con su tardanza, metiéndose por aquellas vueltas oscuras que a la entrada se hacían, salieron al patio del castillo al tiempo que vos dijimos que en tan gran estrechura y peligro los dos príncipes y el caballero estaban. Y viniéndoseles a cada uno dellos las lágrimas a los ojos considerando la fatiga que habrían recibido y la muerte que tan cercana esperaban, cubriéndose de sus escudos, con las lanzas bajas se dejaron correr en la poderosa fuerza de sus caballos holgados por el patio adelante diciendo con muy gran esfuerzo:

—¡Vivan el emperador de Constantinopla y el rey de Macedonia, y mueran los perros traidores, a quien Dios con sus maldades y traiciones confunda!

Y acabando de decir esto, los tres que delante de sí hallaron derrocaron por tierra llevando los trozos de las lanzas que les atravesaban hasta las espaldas. Y habiéndolas en ellos quebrado, metiendo mano a sus espadas, sin ningún temor se dejaron meter en medio de todos ellos matando y hiriendo cuantos delante de sí hallaban, tanto, que en muy poco tiempo sus ásperos golpes fueron tan conocidos que los del castillo decían que aquéllos no eran sino diablos a quien los dioses habían dado poder para favorecer a los cristianos. Mas el Emperador y el rey Aureliano más los juzgaban por ángeles que a tal tiempo, doliéndose Nuestro Señor de su muerte, les había enviado para librarlos. Y Olivante asimismo recibió demasiada alegría de ver que con aquella ayuda era bastante muy presto de destruir y matar aquella mala y miserable gente; y saliendo con gran corazón del lugar donde estaba encerrado, hallándose más desembarazado que de antes, tuvo lugar de tomar por las piernas dos de aquellos caballeros muertos, y trayéndolos arrastrando hasta donde los príncipes estaban, se puso delante dellos diciéndoles que, quitándoles las armas, se armasen con ellas, lo cual con ayuda del buen escudero Darisio, que los ayudaba, en un punto fue hecho.

Mas ya a este tiempo el fuego era tan grande que por fuerza les convino apartarse de allí, y como se hallaron armados, sin ningún recelo se metieron entre sus enemigos, que de todas partes los tenían cercados; que, como eran tantos, aún no perdían la esperanza de poderlos traer a la muerte. Mas ver las maravillas que Olivante hacía era cosa de grande admiración; sus golpes eran destrucción de sus enemigos; ninguno acertaba que no se hallase mal de su vecindad. Pues el Emperador y el rey no estaban de vagar viendo lo mucho que en aquella batalla les iba. Los caballeros que a la postre venían, combatían con tan gran fortaleza que, siendo ya muertos más de veinte y cinco caballeros y otros tantos peones, sin muchos otros que estaban malamente heridos, los que quedaban comenzaron a desmayar, y dejándoles la plaza huyeron cada uno dellos donde mejor se pensaban amparar y guarecer. Los seis caballeros los seguían, no dejando la vida a ninguno

de los que podían alcanzar. Y muchos, como hallaron las puertas abiertas, que los tres caballeros habían dejado, metiéndose en los barcos que en la mar estaban se acogieron a la isla.

Y el rey Aureliano que aquello vio, tomando las llaves que estaban en el cinto de uno de los hombres que muertos estaban allí, cerrando la puerta se tornó, hallando que los que dentro quedaron en el castillo, algunos estaban escondidos por las torres y por las otras partes, y otros, habiendo rendido las armas, con los hinojos en tierra demandaban misericordia con seguridad de las vidas; lo cual, aunque sus obras no lo mereciesen, les fue otorgado, tomándolos a todos ellos a prisión: y el emperador Arquelao, haciéndoles que unos a otros se atasen muy fuertemente los pies y las manos, los hizo meter en aquella torre donde ellos aprisionados estaban. Y no se os podría contar ni decir la alegría y contentamiento que sintieron cuando los unos se vieron librados de tan extraño peligro, y los otros que a tan altos y poderosos reyes tan alto y soberano servicio pudiesen haber hecho.

Viendo que ya no les quedaba ninguna cosa de que pudiesen temer, quitando todos ellos los yelmos de las cabezas, Olivante se hincó de hinojos delante del Emperador y del rey suplicándoles con mucho acatamiento le diesen las manos para besarlas; los cuales, aunque de sus grandes proezas estuviesen en gran manera espantados, en muy mayor extremo maravillados fueron de su tan estremada gracia y hermosura, la cual no cosa de la tierra, mas celestial parecía, y más viéndole ser tan niño y que en tan tierna edad de tan gran fortaleza y poder en las armas Dios le hubiese hecho tan esforzado y aventajado, estuvieron por una pieza como atónitos y espantados, no pudiendo apartar los ojos de mirarlo. Mas al cabo, el rey Aureliano, haciéndole levantar de como estaba, con muy gran gozo se abrazó con él diciéndole:

—Grandes son las maravillas que Dios hace, y yo la que veo tengo por la mayor que jamás por mis ojos fue vista. Y según lo que hoy vos por nosotros habéis hecho, con muy más sobrada razón debríades esperar que las manos que nos pedís por nosotros os fuesen pedidas, pues habiendo cobrado con la fortaleza y poder que hoy sobre todas las del mundo de todos es conocido, nos habéis hecho de prisioneros libres, y de muertos, pues por tales nos contábamos, habéis resucitado con restitución de las vidas.

Olivante con alguna vergüenza de verse loar, bajando algún tanto los ojos le respondió:

—Por cierto, señor, el servicio, juzgando la voluntad con que yo me dispuse a hacerle, no tenéis sinrazón de estimarle, porque, cuando yo en él perdiera la vida que Dios me había dado, pensara que sobraba la paga al beneficio que me había hecho; aunque poca razón hay de agradecer donde sobra tanto la obligación, como todos los del mundo tienen, de ponerse en cualquiera afrenta y peligro por la menor cosa que a vuestro servicio tocara.

El Emperador se abrazó entonces con él, diciéndole:

—Como Dios os hizo estremado, así en las armas como en hermosura, para que a todos los del mundo sobrasedes, creo que también os ha dado poder para que con buenas razones de ninguno podáis ser vencido. Y pues que ahora tan poco

tiempo tenemos, según la necesidad de otras cosas nos estorba, yo quiero que esto se quede para de mejor espacio, adonde, aunque más poderoso seáis, convendrá que seáis forzado a darnos cuenta de vuestras cosas, como a aquellos de quien de no menor grado y estima serán tenidas y miradas que las suyas propias.

—En todo cumpliré yo vuestro mandato —dijo Olivante—, cuanto más en cosa en que tan señalada merced yo recibo.

Y como esto acabó de decir, los tres caballeros, quitados los yelmos, hincaron los hinojos delante dellos; los cuales, con la claridad que el resplandor del gran fuego echaba de sí siendo en aquella hora conocidos, los abrazaron con muy grande y crecido amor, no les dando menores gracias por el socorro que a tiempo de tanta necesidad les habían hecho. Ca sabed que el uno dellos era Grisalter de Suecia, de quien pocos días antes Olivante se había apartado, y los otros dos eran Durián de Baltar, hijo del duque Policarpio, y el otro Castidel, hijo del conde Clander, los cuales viniendo en la demanda del rey Aureliano, habiéndose armado el día que el rey fue preso caballeros, aportaron en el imperio de Constantinopla, donde hallaron a Grisalter en batalla con los ocho caballeros que a la dueña y al caballero llevaban; y viendo la desigualdad de la batalla, los dos compañeros le ayudaron de tal manera que en poco espacio los ocho caballeros fueron todos muertos, y la dueña y el caballero libres. Y albergando todos tres aquella noche en casa de un florastero,¹⁰⁹ supo Grisalter de Suecia de los dos cormanos la demanda que llevaban y la intención con que de la corte del rey Aureliano habían salido. Y dándoseles a conocer, y asimismo manifestándoles ser aquélla su misma voluntad, arribaron otro día a un puerto, en el cual tomando aquella barca, los guió la ventura en aquella parte al tiempo que habéis oído, donde, si su llegada no fuera, con mucha dificultad así los príncipes como Olivante pudieran escapar las vidas.

Pues como todos se hubieron recebido y hablado como era razón, habiendo pasado muchas cosas de grande amor entre Grisalter y Olivante después que se hubieron conocido, el buen escudero Darisio se llegó donde ellos estaban, y besando las manos al Emperador y al rey, les dijo:

—Buenos señores, no quiero que de mi servicio haya tanto descuido que tengáis pensamiento que por él no merezca gracias, según el trabajo que por libraros de tal lugar mi corazón ha recibido hasta traeros el remedio de donde ha salido tal fruto cual creo que de mano de ningún caballero del mundo pudiera salir.

—Mi leal amigo —dijo el rey Aureliano—, no me engañó el pensamiento, la noche que te soltaste, que con tu buena diligencia nos traerías el provecho que ahora por experiencia se ha visto. Y si Dios de aqueste lugar nos dejare salir con la buena andanza que con tan próspero principio la fortuna nos ha prometido, no te será ingrato que no conozca bien el servicio que de ti habemos recibido.

—A mi padre —dijo Darisio— podréis, señor, hacer las mercedes que ahora a mí prometéis, que la que yo al presente de vos quiero recibir es que, no me apartando de vuestro servicio todas las veces que déluviéredes necesidad, me consintáis que pueda seguir y aguardar algún tiempo a este bienaventurado

¹⁰⁹ Floresterio, guardabosques.

caballero como le tengo prometido; porque con esto seré yo el más alegre y contento hombre del mundo.

—De todo lo que a ti agradare —respondió el rey— yo seré muy contento. Y pues que será ya razón que del trabajo pasado tomemos algún reposo, no debemos detenernos aquí más en razones, que para todo habrá tiempo.

Y como esto acabó de decir, tomando al jayán y a todos los que muertos en el patio hallaron, los llevaron arrastrando hasta meterlos a todos en el fuego, donde el sacrificio que esperaban hacer fue convertido en ellos mismos. Y abriendo las puertas del castillo, que estaban cerradas, hicieron que los escuderos del príncipe Grisalter y de los otros caballeros, que en el barco quedaron, y el escudero de Ganimar con todos los marineros se metiesen dentro; mas los salvajes no se quisieron mudar. Y tornando¹¹⁰ a cerrar las puertas, habiendo levantado la puente levadiza, pusieron en el castillo el mejor recaudo que pudieron, haciendo que los marineros y escuderos, que descansados venían, los velasen aquella noche. Y cenando de lo que para el jayán en la casa tenían muy bien proveído, se quitaron las armas y se acostaron en muy ricos lechos que aparejados estaban, donde por Darisio, con ungüentos que los salvajes le habían dado, fueron curados de algunas llagas que tenían. Y aquella noche supieron muy enteramente de su hacienda de Olivante, contándoles lo que con él le había acaecido después que de la prisión se soltara, y cómo la dueña que la barca le diera le había dicho que no era hijo de aquéllos a quien había tenido por padres y todas las otras cosas que allí pasaron; lo cual puso en algún sobresalto al rey Aureliano, poniéndole sospecha que por ventura sería éste el hijo que había perdido, y toda la noche durmió con poco sosiego con este pensamiento, teniendo intención de certificarse dello como la mañana fuese venida.

CAPÍTULO I-XVI

DE LA ESTRANÑA AVENTURA QUE HIZO PARTIR A OLIVANTE DE LAURA DE LA ISLA Y CASTILLO DE LOS CINCO PEÑONES, Y DE LO QUE EL EMPERADOR Y EL REY DESPUÉS DE SU PARTIDA HICIERON

AQUELLA noche Olivante se acostó en un lecho que para él tenía Darisio aparejado, y muchas fueron las gracias que daba a Nuestro Señor por las muchas y muy señaladas mercedes que le hacía, principalmente la de aquel día, por la cual no solamente había aprovechado a aquellos príncipes que en tan peligro había hallado, mas a todos los de sus reinos, según eran dellos bienquistos y amados, y que dellos recibiría siempre las gracias por tan gran beneficio. Y antes que el alba del día comenzase a descubrirse, no estando sin mucho cuidado de lo que se había de hacer para acabarse de asegurar en aquel lugar donde estaban, llamando a Darisio se levantó de su lecho; y como se acabó

¹¹⁰ Orig.: 'tornaron' (39r).

de vestir, dio una vuelta por el castillo para reconocer cómo estaba guardado. Y después que todo fue por él muy bien visto, se entró en el aposento donde el Emperador y el rey Aureliano estaban, a los cuales halló despiertos razonando en la ventura que el día de antes habían habido y de las maravillosas cosas de Olivante, y asimismo del buen socorro que el príncipe Grisalter con los otros caballeros a tan buen tiempo les habían hecho. Y recibiendo a Olivante con sobra de grande amor, el rey Aureliano le dijo:

—Bien se muestra el cuidado, bienaventurado caballero, que haya en vos de que por negligencia no se pierda punto de la buena ventura que por causa vuestra nos es a todos prometida, pues que, según el trabajo que ayer padecistes, con más justa razón os pudiéades estar en el lecho y que nosotros tomáramos el cuidado de levantarnos tan cedo para poner en obra lo que para nuestra partida conviene.

—Soberano rey —dijo Olivante—, como yo tenga por tan crecido galardón que en mi poder sea poderos servir, de aquí se me sigue el cuidado que decís, en lo cual recibe mi cuerpo mayor descanso y holganza que con otra quietud y sosiego que me venga; cuanto más que las heridas que tengo no son tales que por ellas me convenga más reposo del que para vuestro servicio conviene.

Los reyes se maravillaron de su mucha gracia y discreción. Y después desto hablaron en muchas cosas, y Olivante les contó todo lo que con el escudero de Ganimar le había acaecido y cómo por su industria así él como los tres caballeros, según Grisalter se lo había dicho, habían podido entrar en el castillo; y que por esta causa había mucha razón, pues él se quería volver cristiano, que le fuese muy bien gratificado aquel servicio. Y el Emperador le prometió de tener el cuidado dello. Olivante se salió despidiéndose con todo el acatamiento que pudo y suplicándoles que por aquel día no se curasen de levantar hasta que en mejor disposición se hallasen, que en lo que conviniese poner recaudo no le fallecería el cuidado, y que dél sabrían cuando hubiese necesidad de otra cosa. Y yéndose donde el príncipe Grisalter y los otros caballeros estaban, los halló que se querían levantar, mas por ruego suyo les convino por entonces detenerse en el lecho, y muchas cosas pasaron entre ellos de mucho amor y amistad, principalmente entre Grisalter y Olivante, que en gran manera se habían cobrado demasiado amor desde que la primera vez se habían topado.

Y saliéndose de aquel lugar con deseo de gozar un poco del frescor de la mañana, se recostó sobre una almena del muro, y mucho se holgó de ver los salvajes de su barco, que, como lo conocieron, mostraron por señas muy crecida alegría. Y después tendiendo su vista por la espaciosa mar, vio que cuanto dos leguas de allí venían dos barcos, no mucho lejos el uno del otro, con tanta prisa y velocidad, metidas todas las velas y ayudando con tanta fortaleza en los remos, que en espacio de media hora llegaron frontero del castillo. Olivante que muy gran deseo tenía de saber y conocer la gente que en ellos venía, estando mirando con mucha atención, vio que en el delantero iban cuatro caballeros muy bien armados, los cuales llevaban entre sí una doncella que muy fieramente mostraba por sus lastimosas palabras que contra su voluntad y forzosamente la llevaban. Y en el barco que iba detrás vio que iban solos dos marineros que un caballero y un escudero llevaban. El caballero era de buen cuerpo y bien entallado, y armado con

unas armas pardillas;¹¹¹ y en el escudo llevaba figurado un unicornio, y a muy grandes voces decía:

—¡Traidores enemigos de todo bien! ¿Por qué huis de un solo caballero que con todos cuatro tomara juntamente la batalla para haceros arrepentir del aleve que cometistes contra mí y del mal pensamiento que contra esa doncella, que ningún mal vos merece, lleváis? Y no cuidéis que jamás dejaré de seguiros hasta tomar la venganza que mi corazón desea.

A Olivante le pareció que en el caballero debía de haber toda bondad, y mucho le pesó por conocer que no podría alcanzar los caballeros, porque su barca, con llevar más marineros, que daban muy mayor furia, caminaban muy más ligeramente. Y habiendo mucha lástima de la fuerza que a la doncella hacían, pensando asimismo que aquel caballero solo no sería bastante para poderla librar, determinó de seguirlos, demandando a Darisio que le trujese sus armas. Y como fue aparejado, sabido por Darisio su intención, le puso delante algunos inconvenientes por los cuales no le convenía por entonces salir de allí; mas no le pudiendo mudar de su determinación, porque pensaba que muy presto podría dar la vuelta, se aparejó asimismo para seguirle.

Olivante se entró en el aposento de Grisalter, y contándole todo lo que había visto, le dijo cómo era su voluntad de saber aquella aventura, y que le rogaba que le perdonase y disculpase con el Emperador y con el rey, que, por que no le estorbasen, no los veía primero que se partiese; que si alcanzarlos podía, a la hora daría la vuelta, y que entretanto les suplicaba ordenasen lo que para pacificar la isla convenía, porque della como suya, pues lo era, podían hacer a su voluntad, y asimismo aparejasen lo que para su partida fuese necesario, porque él se detendría lo menos que fuese posible.

A Grisalter le pesó mucho de su partida, y mucho quisiera acompañarle en aquella jornada si Olivante se lo consintiera; mas viendo que su voluntad era de ir solo, no quiso más porfiar en ello. Y diciéndole que en todo cumpliría su voluntad, Olivante se salió del castillo, yendo con él Grisalter y Durián de Baltar, los cuales abrieron la puerta. Y habiendo bajado la puente, que levantada tenían, los salvajes se allegaron con el barco a aquella parte, y tomando consigo a Olivante y a Darisio, no fueron perezosos, como si su voluntad conocieran, metiendo el barco en la mar con tan gran ligereza que, como los otros barcos iban ya lejos de allí, en muy poco tiempo Grisalter de Suecia y Durián de Baltar los perdieron de vista. Y sintiendo que en la villa, sabiendo lo que el día antes había acaecido en el castillo de la muerte del jayán, había muy grande alboroto y revuelta, tornando a levantar la puente y poniendo muy grandes fuerzas a las puertas, se tornaron a subir arriba, y entrando donde el Emperador y el rey estaban, les dieron cuenta de todo lo pasado y de lo que Olivante les había mandado decir; lo cual les puso en muy crecido pesar, teniendo sospecha que alguna cosa pudiese acaecer a Olivante por donde su vuelta no fuese tan presto como él pensaba. Y al rey Aureliano pesó mucho, porque no se había satisfecho de la sospecha que aquella noche había nacido en su fantasía.

¹¹¹ De color grisáceo.

Y no les pareciendo que el tiempo daba lugar, aunque algunas heridas que tenían les forzaba estar en sus lechos, se levantaron, comenzando a proveer en todo lo que necesario les pareció. Y llamando al escudero de Ganimar, de quien sabían que tenían mucho cargo, según Olivante y Grisalter les había contado, y prometiéndole por ello muy crecidas mercedes, como después lo hicieron, le rogaron que, pues él tenía conocimiento de toda la isla y de la gente que en ella estaba, que con la fidelidad y buena intención que hasta allí había mostrado les dijese la manera que en asegurarla y pacificarla debían poner. El escudero, que Libercio había nombre, les respondió diciendo:

—Señores, en la isla quedan muy pocos caballeros, aunque la tierra es muy grande, porque con la mala costumbre destos jayanes, los que presumían de bondad se fueron a vivir a otras partes, y casi todos los que quedaron fueron muertos y presos en la batalla de ayer. Y si mi parecer se debe seguir, será que yendo conmigo alguno de vosotros en un barco, yo me llegaré a esta villa, que es la principal de toda la tierra, y no les dando a entender ninguna cosa de lo que por mí ha pasado, mas haciéndoles pensar que yo he sido de los que fueron tomados a merced, espero en Dios y en vuestra buena ventura que yo los sabré con muy buenas razones atraer a todo lo que vuestra voluntad fuere. Y cuando no halláremos en ellos virtud, poco se pierde en el trabajo. Y después enviando a cualquier de vuestros reinos por muy poca gente que sea de socorro, como toda esta gente sea baja y de muy poco valor, en muy breve tiempo con mucha facilidad se podrá conquistar. Y entretanto no dejéis acá de proveer en lo que mejor os parezca, que muy cerca de aquí está una isla sujeta al señor Emperador, que se llama Finaria, a la cual se podrá ir y venir en cuatro días, y della se podrá traer alguna gente para hacer el principio de la guerra.

Por muy bueno tuvieron todos ellos el consejo de Libercio, y haciéndolo luego poner por obra, se aparejó el barco en que el príncipe Grisalter había venido con los marineros, y bastecido de lo que fue menester, encomendaron a Castidel que procurase lo más presto que pudiese llegar a la isla de Finaria y con una carta de creencia¹¹² que llevaba para el gobernador della, lo más breve que pudiese juntase la más gente que fuese posible y se viniese con ella. Castidel con muy buena voluntad aceptó aquel camino, y metiéndose en el barco, enderezaron los marineros el timón su viaje derecho; el cual, con el tiempo que les hizo muy próspero, acabaron en menos tiempo de lo que pensaban.

Entretanto, Durián de Baltar y Libercio se metieron en otro barco, y levantando una bandera pequeña en la proa, que era señal que venían de paz, se fueron derecho al puerto de la villa. Y como de los de dentro no tuviesen seguridad, Durián de Baltar se quedó metido en la mar hasta que Libercio la tomó como dellos convenía, hallándolos a todos ellos, como gente común, muy alborotados y con grande escándalo. Y para decir su embajada los juntaron en una plaza muy grande que en mitad de la villa estaba, y como todos estuvieron algún tanto sosegados, Libercio les comenzó a hacer un razonamiento con tan buena discreción y saber, y con tan sabrosas y bien ordenadas razones, trayéndoles a la memoria el mal

¹¹² Credencial, de poder.

tratamiento del jayán y las malas obras que dél recebían, y las buenas que tomando aquellos príncipes por señores recibirían, que todos ellos movidos de una voluntad y conociendo que lo que Libercio les decía era muy verdadero, acordaron de cumplir entonces de su grado lo que después por fuerza les convendría hacer; porque ganada aquella gran fuerza del castillo de los Cinco Peñones, de donde toda la isla había tomado el nombre, muy fácilmente podría sujetarlos.

Y habiendo muy bien entendido lo que les hubo dicho, los más principales se juntaron a una parte, y después que un poco hubieron entre sí razonado, hablando el uno dellos, que hombre bien sabio y honrado parecía, les respondió que todos eran contentos de cumplir lo que les rogaban y entregar no solamente aquella villa, mas que harían que todos los lugares de la isla viniesen con la misma obediencia, sin que ninguno lo contradijese; mas que esto sería con una condición, la cual era que, pues ellos siendo paganos se sujetaban a señores cristianos, que lo que principalmente sacaban por partido era que contra su voluntad a ninguno dellos forzasen para que dejasen su ley y recibiesen otra ninguna. Durián de Baltar en nombre del Emperador y del rey les prometió de cumplir muy enteramente con ellos lo que demandaban, y que allende de guardarles los privilegios y esenciones que de los señores antepasados tenían, les haría muchas y muy crecidas mercedes, como adelante por la obra verían.

Y acabando esto, escogiendo entre sí cuatro de los más principales que en la villa estaban, con el poder de todos los que quedaban se metieron en un barco, tomándose Durián de Baltar y Libercio con ellos en el barco que habían venido. Y llegando a la puerta del castillo, como el rey Aureliano los conoció, hizo levantar la puente levadiza; y entrando todos seis por ella, luego la puente fue tornada a bajar. Y los cuatro buenos hombres ancianos, como al patio salieron, hallando allí al Emperador y al rey Aureliano, les hicieron el debido acatamiento, y llevando las llaves de la villa en las manos, hincados los hinojos en tierra delante dellos, les dijeron:

—Esclarecidos y soberanos príncipes y señores, a quien los dioses, con la buena ventura que en tan peligroso trance os han favorecido, prosperen y augmenten vuestros estados y libren de semejante traición como la que ahora contra vosotros estaba ordenada; nosotros venimos con poder de todos los de la villa, los cuales, aunque al principio se les hiciese muy malo de padecer que no se procurase la venganza de vosotros, como de aquellos que a su señor natural tan cruelmente mataron juntamente con otros muchos de sus parientes y amigos a quien eran en obligación, ahora conociendo con cuánta razón lo hayáis hecho en aseguramiento de vuestras personas y vidas, que con tan gran traición procuraban acabar, y asimismo considerando que, según la mucha y crecida virtud que de vuestras personas se publica, sabido que todos nosotros tuvimos muy poca culpa, como personas a quien el jayán Buciferno daba tan poca parte de sus cosas, no miraréis al daño que en este castillo habéis recibido, mas la buena voluntad con que al presente nos rendimos y entregamos en vuestro poder, en señal de lo cual traemos estas llaves, que son de las puertas y fuerzas desta villa para que como vuestra la entreguéis a quien más vuestra voluntad fuere, recibiremos de vosotros aquellas

obras y tratamiento que nuestra voluntad tan aparejada a vuestro servicio os merece.

El Emperador y el rey, que en gran manera holgaron de aquella embajada, estuvieron el uno y el otro en muy gran porfía sobre cuál recibiría las llaves; mas al fin, tanto pudo el rey Aureliano, que, tomándolas el Emperador, les respondió dándoles las gracias por la buena voluntad con que venían y prometiéndoles todo el buen tratamiento que menester hubiesen, con las condiciones que Durián de Baltar les había prometido. Y al fin les dijo que él tomaba aquellas llaves en nombre de Olivante de Laura, que era el caballero que al jayán Buciferno había muerto, el cual por cierta aventura se había partido del castillo aquella mañana, y que pues él a tanto peligro se había puesto por su deliberación, que bien pensaba que el rey y aquellos caballeros que allí estaban tendrían por bien que él quedase por señor de lo que como el mejor y más esforzado caballero del mundo había ganado.

El rey y el príncipe Grisalter y Durián de Baltar confirmaron lo que el Emperador había dicho, y asimismo aquellos buenos hombres, habiendo entendido su voluntad y las muchas virtudes que Libercio les había contado de Olivante de Laura, lo tuvieron por bueno. El Emperador hizo entonces sacar los que en la prisión del castillo habían metido, que eran catorce caballeros y veinte y cinco peones, a los cuales dieron razón de todo lo que pasaba, diciéndoles que si de lo que estaba concertado eran satisfechos y les hacían homenaje de les favorecer hasta la muerte, que luego les quitarían las prisiones para que a la hora se pudiesen tornar a la isla. Los caballeros, que ninguna cosa más deseaban que la libertad habiéndose visto metidos en tan esquiva prisión, prometieron allí de cumplir todo lo que demandado les era; y desligándolos a todos ellos, se tornaron luego a la villa, de la cual enviaron muchos barcos cargados de provisión al castillo, con todas las cosas que dentro les pareció que tendrían necesidad. Y luego otro día el príncipe Grisalter y Durián de Baltar, y Libercio con ellos se fueron al pueblo, el cual hallaron muy fiel en lo que habían prometido, y tomando consigo hasta veinte caballeros de los que mejor les parecieron, se fueron por todos los lugares de la isla, y tan buena maña supieron darse, que sin batalla ni resistencia ninguna se les rindieron todos, con todas las mejores fuerzas¹¹³ que en la isla había; en lo cual se detuvieron cinco días, en fin de los cuales se tornaron al castillo, donde, sabido el buen recaudo que traían, fueron recibidos con muy sobrado placer.

¹¹³ Fortalezas, fuertes.

CAPÍTULO I-XVII

CÓMO VENIDO CASTIDEL DE LA ISLA DE FINARIA CON
QUINIENTOS CABALLEROS QUE EL GOBERNADOR LE DIO,
DEJANDO EL RECAUDO QUE FUE MENESTER EN LA ISLA DE LOS
CINCO PEÑONES, SE PARTIERON PARA SUS REINOS EL
EMPERADOR Y EL REY AURELIANO CON MUY CRECIDA ALEGRÍA

OTRO día siguiente que Grisalter de Suecia y Durián de Baltar hubieron tornado dejando los moradores de la isla con la voluntad que vos dijimos, poniéndose ya cerca de la noche sobre el muro del castillo, vieron que hacia el puerto de la villa venían cuatro naos gruesas con muy buen viento, las cuales, según el viaje traían, luego consideraron, como era la verdad, que en ellas vendría la gente por que Castidel a la isla de Finaria había ido. Y como tuviesen tanto deseo de poderse volver donde tan gran falta podían hacer sus personas, como era en sus reinos, mucho holgaron de ver que de aquella manera podrían dejar tan buen recaudo en la isla que a la hora pudiesen partirse. Pues estando mirando con cuánta velocidad las naves se venían acercando, vieron que llegando muy cerca del castillo dejaron disparar muchos tiros gruesos de artillería y en ellas se comenzaron a tañer muchas trompas y clarines y otros géneros de instrumentos de diversas maneras, y la gente que en ellas venían con muy grandes gritos y clamores mostraban el mayor regocijo y alegría de todo el mundo. En las gaviás traían las banderas con las armas imperiales tendidas al viento; y desta manera llegaron a echar las áncoras en medio de la tierra y del castillo. Y los de la villa, conociendo que aquella gente venían por causa de los príncipes a quien el día antes se habían acabado de rendir y entregar, asimismo de la tierra dispararon muchas bombardas, recibéndolos con el son de muchos instrumentos y otras maneras de placeres con que podían darles a entender que no recibían con ellas sino toda alegría y contentamiento.

Durián de Baltar salió luego a ellos en un barco, y encontrándose con Castidel, los dos se abrazaron como si mucho tiempo hubiera pasado que no se hubieran visto. Y Castidel le dijo cómo en las naos venían docientos caballeros y treientos peones; que no se pudieron haber hecho más gente por ser el tiempo tan breve y haber tanta necesidad que luego diese la vuelta; y que con ellos venía un hijo del gobernador que era muy buen caballero.

—Ésos bastan —dijo Durián—, según acá tenemos el hecho en muy buenos términos.

Entonces le dio cuenta de todo lo pasado, y le dijo cómo los de la isla, de su propia voluntad, se habían venido a poner en sus manos y cómo la voluntad del Emperador y del rey era que la isla estuviese por Olivante de Laura; y que estaban con mucha pena de no haber sabido más dél ninguna cosa desde que de allí partiera, y que aquella gente venía a muy buen tiempo, porque con ella dejaría el recaudo que convenía para asegurar la tierra. Castidel holgó mucho de ver cuán bien se iba todo ordenando. Y llegando allí el hijo del gobernador, que se llamaba

Danasil, hablando a Durián de Baltar muy cortésmente,¹¹⁴ y asimismo Durián a él, se tornaron todos tres juntos al castillo, donde besando las manos Castidel y Danasil al Emperador y al rey Aureliano, fueron dellos recibidos mostrando mucho placer con su venida y loando la buena diligencia que Castidel en tan poco tiempo había puesto. El Emperador preguntó a Danasil por su padre y otras cosas de que tenía deseo de saber de la isla, el cual le respondió a todo muy sesudamente.

A esta hora llegaron allí dos hombres de la villa, los cuales vinieron a decir que el aposento para aquella gente que en las naos venían estaba ya hecho y concertado, que los vecinos del pueblo les suplicaban tuviesen por bien de mandarlos salir en tierra; y asimismo ellos pedían humildemente les hiciesen tan gran merced que se quisiesen algún día salir a la villa, pues que siendo la tierra tan viciosa y placentera como era, no podían dejar de solazarse y recibir contentamiento. Los dos príncipes, viendo con cuánta afición se lo rogaban, y porque Libercio les aseguró que su voluntad era buena, lo tuvieron por bien, diciéndoles que para tercero día ellos harían lo que les demandaban, y que holgaban de que la gente luego aquella noche se aposentase en la villa. Y para esto mandó que Castidel trujese veinte caballeros y treinta peones, los que mejor le pareciesen, al castillo, y que Danasil con todos los otros se saliesen en tierra, lo cual fue luego hecho de la misma manera que fue mandado.

Y la gente muy bien aposentada, y los moradores de la isla, que sabiendo la respuesta de los príncipes les aparejaron un muy solemne recibimiento, y asimismo una muy rica y sabrosa morada, en la cual viniendo el tercero día los aposentaron, dejando en el castillo a Castidel con la gente que dijimos para que lo tuviese con aquella guarda a recaudo. Y desta manera estuvieron allí algunos días, en los cuales no entendieron en otra cosa sino en apoderarse de las fuerzas, metiendo en cada una dellas alguna gente de pie y algunos caballeros, encomendando la tenencia a los que más fieles les parecieron.

Y Libercio no se habiendo olvidado de su buen propósito, siendo sus padrinos el rey y el Emperador, recibió el sagrado bautismo, y asimismo, de mano del Emperador, la orden de caballería sin que hasta entonces había vivido. Y el rey y el Emperador le hicieron muy largas mercedes; y la principal fue hacerle gobernador de toda la tierra, con que hiciese homenaje de acudir con ella a Olivante de Laura; por lo cual Libercio, teniendo en mucho tan gran merced como aquélla, les besó muchas veces las manos por ello. Y asimismo el Emperador mandó a Danasil que, haciendo el mismo pleito homenaje, se quedase en aquella tan señalada fuerza como era el castillo de los Cinco Peñones hasta que¹¹⁵ él pudiese enviar el recaudo que era conviniente. Danasil, viendo la voluntad del Emperador, lo tuvo por bueno. Y desta manera concertaron y ordenaron todo lo de la isla, que ninguna cosa a su parecer les quedaba por hacer.

Y después que algunos días se hubieron detenido, que todo estaba en sosiego, haciendo aparejar la mejor nao de las cuatro que Danasil había traído, fornecida y abastada de todas las cosas que para navegar eran necesarias, encomendando a

¹¹⁴ Orig.: ‘cortezmente’ (42r).

¹¹⁵ Suplo ‘que’ (42v).

Dios a Danasil y Libercio, y asimismo a todos los de la isla, despidiéndose dellos se metieron en la nave el rey Aureliano y el Emperador y el príncipe Grisalter y Durián de Baltar y Castidel. Y viendo los marineros el tiempo enderezado para su viaje, metieron las velas al viento, partiendo del puerto de la villa con muy sobrada alegría de sus corazones. Mas de lo que en este viaje les acaeció, así porque no hace al caso de nuestra historia como porque en sus crónicas está muy largamente escrito, no se hace mención de otra cosa más de que en pocos días llegaron a la ciudad de Constantinopla, de donde se les hizo el recibimiento que en semejante caso se puede pensar.

Y habiendo estado allí algunos días el rey Aureliano, al tiempo de su partida, a ruego del Emperador le prometió de, en llegando, enviarle a la infanta Galarcia, su hija, para que se criase y estuviese en su corte en compañía de la princesa Lucenda, hija del Emperador, lo cual en muy breve tiempo después que llegó en su reino cumplió, como adelante la corónica de todo hará mención.

CAPÍTULO I-XVIII

CÓMO OLIVANTE LIBRÓ UNA DONCELLA QUE CUATRO CABALLEROS LLEVABAN FORZADA, Y DE LA BATALLA QUE HUBO CON UN CABALLERO QUE DESPUÉS CONOCIÓ SER PELISCÁN, HIJO DEL DUQUE ARMIDES, Y DE LO QUE MÁS LES AVINO

CONTADO os habemos ya cómo Olivante de Laura salió del castillo de los Cinco Peñones en su barco de los salvajes en seguimiento del caballero que tras los que la doncella llevaban forzada iba, caminando con toda la prisa que podían, con muy crecido deseo de llegar a tiempo que su trabajo pudiese aprovechar para poder deshacer tan gran sinrazón y agravio; y aunque los salvajes se dieron la mayor prisa que pudieron, llevando todo aquel día los dos barcos a vista delante de sí, no los pudieron alcanzar hasta que, venida la noche perdiendo el tino que los barcos llevaban, les pasaron muy gran trecho delante. Y no cesando de hacer su camino toda la noche y el siguiente día con el engaño que de pensar que fuesen delante llevaban, a la segunda noche, cuanto dos horas antes que anocheciese, llegaron con el barco a una playa de una isla que al parecer debía ser tierra muy viciosa, llena de muchas florestas y arboleda. Y Olivante, que con mucho pesar estaba de pensar que su venida hubiese sido en vano, viendo que el barco se había parado, mandando a Darisio sacar sus armas y caballo en tierra, determinó de saber en qué parte hubiesen arribado.

Tomando por un camino angosto que guiaba por medio de una floresta, caminaron por él hasta dos horas de la noche que ningún poblado pudieron topar, y descendiendo de los caballos en un verde prado cerca de una fuente que en medio de la floresta hallaron, Darisio quitó los frenos a los caballos para que paciesen de la yerba, y ellos comieron de lo que Darisio del barco había sacado. Y

después que un rato hubieron estado hablando en las cosas que más les agradaba y de lo que el Emperador y el rey después de su partida harían en el castillo donde quedaban, habiéndose Olivante arrepentido de haberlos dejado a tal tiempo, pues no hallaba lo que había venido a buscar, teniendo su escudo debajo la cabeza se recostó sobre la verde yerba a dormir. Y así estuvo hasta pasadas dos horas después de media noche, que los caballos sintiendo otros cerca de sí, comenzaron a relinchar y Olivante recordó, y despertando a Darisio, que muy fuertemente dormía, le dijo:

—Alguna gente tenemos cerca de nosotros, que nuestros caballos han hecho sentimiento. Y pues no sabemos la seguridad que en esta tierra podemos tener, apareja mis armas, que el corazón me da que tendré necesidad dellas.

Darisio echó a la hora los frenos a los caballos, y trayéndolos allí cerca, junto donde ellos estaban, pasaron muy cerca de aquel lugar un tropel de caballeros a muy gran prisa, hablando los unos con los otros. Y entre ellos oyeron una dolorosa voz de mujer que mostrando demasiado sentimiento y sobrada tristeza en sus palabras iba diciendo:

—¡Traidores! La fuerza que ahora de vosotros recibo, con mayor fuerza y esparcimiento de vuestra traidora y desleal sangre muy presto seré vengada; que lo que de mí pensáis hacer vos será tornado muy al contrario de vuestra voluntad, porque yo me daré la muerte que a vosotros por la mía con toda crueldad en satisfacción della muy presto espero en Dios que vendrá.

Olivante que muy bien entendió lo que la doncella decía, pasándole por el pensamiento que por ventura sería aquella la que por la mar había venido forzada, tomando a Darisio sus armas, le dijo:

—Ya no me ayude Dios si semejante crueldad delante de mí consienta sin que delante,¹¹⁶ por no consentirla, todo mi poder por que tal fuerza no pueda hacerse con toda mi posibilidad ponga.

Y entonces subiendo a muy gran prisa encima de su caballo, siguieron por el camino que los caballeros llevaban, y con la prisa que se dieron, muy presto los alcanzaron en un valle que saliendo de la floresta se hacía. Y como Olivante los vio, poniendo las espuelas a su caballo se dejó ir contra ellos diciendo:

—¡Malos y desleales caballeros! Agora veréis el pago que vuestras malas obras os dan en pago de la mala obra que contra esa doncella cometéis; que si luego no la dejáis libremente, yo haré que con daño vuestro de lo hecho os arrepintáis, sin hallar más misericordia en mí de la que agora con ella usáis.

Los caballeros, que los cuatro que por la mar habían venido eran, como fuese de noche, pensaron que fuese el caballero que en su seguimiento había venido; yteniéndolo en poco por venir solo, el uno dellos le respondió:

—Don sandio caballero, en mal punto queráis aconsejar a quien consejo de vos no quiere recibir. Y pues con tanta voluntad y trabajo buscáis vuestro daño, razón es que no consintamos que más os fatiguéis, pues tan cerca estáis de recibir más de lo que vuestro loco atrevimiento os hace entender.

¹¹⁶ Antes de eso, antes.

Olivante, no curando de responder a sus soberbias palabras de ver lo poco que podían aprovechar, se dejó ir contra ellos, y hallando delante al que le había amenazado, le dio tan poderoso encuentro, que la lanza le pareció en las espaldas, cayendo muerto del caballo abajo; y aunque los tres le encontraron juntamente, no le movieron ninguna cosa de la silla más de quebrar en él sus lanzas. Olivante que sintió que la suya estaba sana, sacándola del caballero volvió contra ellos, metiendo asimismo a otro por tierra malamente herido. Los dos que a caballo quedaron lo comenzaron a cargar de muy espesos y duros golpes por todas las partes que más pensaban poderle dañar; mas Olivante, metiendo mano a su espada, al uno dellos dio tal golpe sobre el yelmo, que haciéndole una mortal herida en la cabeza le hizo desacordado venir a tierra. El otro, que tan desapoderados golpes le pareció que no se podían sufrir, teniendo más confianza en la ligereza de su caballo que en la fortaleza de su persona se metió por la floresta huyendo lo más que pudo, y los hombres que la doncella encima de un palafrén tenían, desamparándola con el miedo de la muerte, hicieron lo mismo.

Olivante, porque aún era de noche y hubo miedo de perderse por aquella tierra que no sabía, no curó de seguirlos. Y viniéndose la doncella contra él, dejándose caer del palafrén a sus pies, se los quiso besar diciéndole:

—Bienaventurado caballero, de Dios hayáis el galardón de la merced que de vos he recibido; que sin duda, si por vuestra bondad y favor no fuera, yo no pudiera dejar de ser deshonrada de tan mala gente.

—Señora doncella —dijo Olivante—, a Dios dad las gracias, que no consiente que tales fuerzas hayan el fin que los que las procuran desean, sino que de su mala intención les venga el castigo que por ellas, que como¹¹⁷ malos haciendo en contra de aquello que juraron y son obligados, merecen.

Pues así como Olivante acabó de decir esto sintió un caballero que, saliendo de la floresta por el mismo camino que el que había huido llevara, salía a todo correr de su caballo diciendo:

—¡Traidor! No pienses llevar la doncella tan a tu salvo sin que en pago de tu atrevimiento me dejes la vida en las manos, como tus malos hechos merecen; que primer sentirás lo que mis armas en los traidores como tú suelen hacer; que no te aprovechará huir delante de mí como hasta aquí has hecho.

A Olivante le creció algún tanto la saña de verse llamar traidor; y pensando que éste fuese de la compañía de los otros que la doncella llevaban,¹¹⁸ le dijo:

—Las traiciones, en ti y en tu compañía las hay más que en ninguna otra parte del mundo; mas yo te haré arrepentir de lo que con tu mala lengua, hurtándolo de tus hechos, quieres atribuir a los míos.

Y viniéndose el uno contra el otro en el poder de sus furiosos caballos, el caballero de la floresta por la mucha destreza de Olivante perdió el encuentro de la lanza; y como diese la vuelta, conociendo lo que la noche le había estorbado, que su enemigo estuviese sin ella, no le queriendo acometer con aquella ventaja la echó de sí, metiendo mano a la su espada; de la cual virtud Olivante se hizo maravillado,

¹¹⁷ Parece sobrar 'que' (44r); pero hay más casos así

¹¹⁸ Orig.: 'llauauan' (44r).

y los dos se acometieron con las espadas en las manos cargándose de desapiadados y mortales golpes, trabándose la batalla con tanta braveza y crueldad, que parecía batalla de más de veinte caballeros. Y en muy poco espacio tenían los escudos y las lorigas despedazados y las armas rotas por muchos lugares, y en algunas partes se habían hecho sentir las espadas en las carnes, y su viveza en acometer y la ligereza en saber defenderse y ampararse, a duro en dos caballeros en el mundo igual pudiera hallarse. Sus golpes eran estraños; la piedad con que se herían era tan poca, que cada uno dellos teniendo mucha saña del otro, procuraban traerse al punto de la muerte. Y desta manera anduvieron hasta que los caballos, de cansados, no podían menearse a una parte ni a otra.

Y queriendo ya la serenidad del claro día con el resplandor de los fulgentes rayos de Apolo por la llanura de la tierra descubrirse, los dos esforzados y valientes caballeros, sintiendo el desmayo de sus caballos, abajándose en un punto dellos, a pie tomaron a su comenzada batalla con muy mayor crueldad que al principio, viniéndose muchas veces a trabar de los brazos; y como en entrambos no faltase ánimo, fuerza ni fortaleza para poder resistir sus fuerzas, tan poderosamente peleaban, que ninguna ventaja ni mejoría del uno al otro hasta aquel punto se había conocido. Mas a poca de hora el caballero de la floresta iba enflaqueciendo, porque, como más herido estuviese y mucha sangre perdiese, sus golpes mostraban la poca resistencia que a los de Olivante, que entonces parecía que comenzase la batalla, podían hacer; lo cual por el valeroso Olivante conocido, con mayor ánimo se daba toda la prisa que podía, teniendo en mucho el caballero que en tal punto le había puesto, que mucho había dudado hasta entonces de la victoria de la batalla. Mas habiendo sentido algún poco de su desmayo, queriendo dar fin a lo que tanto deseaba, cargaba a su enemigo de golpes con tanta furia, que pocos caballeros hubiera que sufrir los pudieran; mas el caballero se defendía y ofendía como bueno que era, queriendo recibir antes la muerte que fallecer punto de lo que a su honra debía. Y como ya con la claridad del sereno día el uno al otro pudiesen mejor ofenderse, no les faltando la voluntad, menos fallecían las fuerzas, con las cuales se hacían tanto daño, que gran lástima era ver así parados tales dos caballeros como ellos eran.

La doncella y Darisio tenían sobrado contento de ver cuánta pujanza Olivante sobre el caballero tuviese, y que si la batalla mucho durase, la victoria estaba muy clara conocida de su parte; lo que al contrario en el escudero del de la floresta se mostraba, que con ver a su señor en tal estado quería morir de pesar. Mas a este tiempo, como los dos caballeros tan sin razón pensando cada uno dellos tenella de su parte se combatiesen, con tanto daño de cada uno dellos que cada uno pensaba haber topado el último fin de su vida, la doncella, poniendo los ojos atentamente en el escudo del caballero, lo conoció, aunque muy deshecho estaba, por la divisa del unicornio que en él traía figurado. Y viendo el engaño por donde en tan peligrosa batalla los dos valientes caballeros estaban, no le sufriendo el corazón de no saber la verdad para poder estorbar tanto mal como de tan rigurosa batalla se esperaba, diciendo a Darisio su pensamiento, el cual asimismo conoció claramente lo que podía ser, los dos se metieron entre los caballeros, diciendo la doncella:

—Cesen, señores, las fuerzas de vuestros poderosos brazos, con los cuales pensando deshacer la fuerza que a la mía poca se hacía, engañados del engaño que cada uno tuvo razón de tener, habéis llegado al extremo por el cual, en extremo, con ensalzada gloria de vuestra fortaleza entre todos los caballeros debáis ser estremadamente estimados; pues que ni el ofendedor por su pensamiento pudo pecar contra el acometido, ni al acometido darse culpa de lo porque más gloria que pena atribuir se le debe. Digo esto, señores, porque creo que vuestra batalla, aunque de ambas partes se presume la justicia, ser injustamente comenzada; porque como yo haya de ambos conocido una misma voluntad en mi deliberación, no sé qué causa pueda causar que con tanta saña, sin que causa para ella pueda moveros, os hayáis tratado con tan gran crueldad hasta agora.

Los caballeros, que mesurados eran, oyendo así hablar la doncella se apartaron afuera, y no entendiendo bien sus razones, el caballero de la floresta le dijo:

—¡Cómo, señora doncella! Y ¿vos no habéis sido forzada deste caballero con los otros tres que allí yacen muertos por mano de un caballero que por esta floresta va?

—No por cierto —dijo la doncella—; que antes este bienaventurado caballero, habiendo muerto estos tres, me libró de sus manos, y juntamente de las dese mal caballero que decís; el cual pudiendo huir encima de su caballo, pudo salvarse para que dél el sacrificio que de sus compañeros se hizo, hacer no se pudiese.

El caballero que su engaño conoció, viendo cuán injustamente la batalla había comenzado, de cuyo fin otra cosa que la muerte no esperaba, volviéndose contra Olivante le dijo:

—Señor caballero, la vuestra bondad y mesura perdonen el hierro que más contra mí que contra vos, por el mal que de vuestras manos he recibido, cometí. Y pues hasta agora la pena que de mi culpa tengo os puede satisfacer alguna parte del enojo que contra mí podéis tener, os suplico que mi conocimiento baste a fin que con el fin o mayor daño de nuestras personas no venga.

—Con mayor seguridad —respondió Olivante— la gloria de nuestra batalla, con semejantes razones ganada, por mí vos será concedida; que si con la comenzada rigurosidad el fin que al presente de mi voluntad habéis ganado por otra vía pensárades ganar, y pues que la mía de la vuestra no son diferentes, yo tengo por bueno lo que, señor, me pedís, dejando la batalla en el punto que está, pues la causa della nos hace entender la poca razón que para acabarla tener podemos; que si la escuridad de la noche no impidiera la vista para juzgarnos, no pienso que a ninguno de nosotros faltara el conocimiento de lo que debíamos, pues mi venida no fue en esta tierra sino con intención de serviros conociendo la justa razón que para venir en seguimiento destos malos caballeros teníades; de los cuales no yo, mas sus traiciones por mis manos mataron los tres que allí yacen tendidos, quedando el que vivo quedó para daño de nuestras personas con el engaño que dél apartaros pudistes.

El caballero de la floresta, que de su cortesía le quiso rendir las gracias, enflaquecido de la mucha sangre que de las heridas salía, sintiendo algún poco de desmayo, no se pudiendo tener en sus pies, sin poder responder palabra le convino sentarse en la tierra. Lo cual conocido por Olivante, recibiendo mucho pesar de le

ver tal parado, para poderle quitar alguna parte de la congoja de donde proceder le podía, allegándose a él con Darisio, le quitaron el yelmo de la cabeza; que, como se lo hubieron quitado, luego por Olivante fue conocido ser aquél su verdadero y grande amigo Peliscán, hijo del duque Armides, lo que en no poca turbación le puso, por una parte con la sobrada alegría que de verlo sintió, y por otra con demasiada tristeza del daño que por sus manos había recibido. Y quitándose asimismo el yelmo de la cabeza, se fue para él con los brazos abiertos diciendo:

—Mi buen señor, si el yerro cometido por falta de conocimiento puede disculpar la poca culpa de mi engañado pensamiento, recibid por satisfacción la pena que del daño de tal engaño por vuestra parte recibido, con la que dél me cupo recibo.

Y acabando de decir esto quitándose el yelmo de la cabeza, como de Peliscán fue conocido, convirtiéndosele todo el dolor y tristeza que hasta entonces había sentido de verse tan mal parado en sobrado contentamiento, porque la verdadera amistad, aunque las causas sean dificultosas de perdonar, cuando de la voluntad no proceden, no sólo deben ser perdonadas, mas olvidadas sin que en la memoria puedan hacer asiento con algún propósito de venganza, teniéndole consigo abrazado le responde:

—Si para los yerros contra mí cometidos tan buena satisfacción continuamente hallan, no solamente recibiría poca pena, mas yo mismo los buscaría para con ellos quedar más satisfecho de lo que sin ellos puedo quedar; que mis heridas, con tan buena ventura como para mí haya sido hallaros, poco sentimiento en la parte que tan llena de placer se siente con haberos hallado pueden tener.

Así pasaron entre los dos amigos verdaderos muchas cosas de placer, con la alegría de sus corazones no sintiendo el daño que en sus personas se habían hecho, no estando menos contentos los escuderos y la doncella de ver que tan cruel desamor como en la batalla se habían mostrado, convertido en tan buena voluntad y sobrada alegría, les aseguraba para lo de adelante. Y tornando a subir encima de sus caballos, metiéndose por el camino de la floresta, Peliscán fue contando de la manera que el caballero que había huido le engañara con decir que había habido batalla con los cuatro caballeros, y habiendo muerto los tres, el que quedara le había cortado una mano, por lo cual le había sido forzado huir; y que por esta causa había tomado la batalla con Olivante. Y allí supo la verdad de todo como había pasado. Y asimismo la doncella les contó cómo siendo del reino de Polonia, yendo con un mensaje en un barco a la corte del emperador de Constantinopla, aquellos malos caballeros la habían traído por fuerza para tenerla consigo en un castillo que en aquella tierra tenían, donde pensaban hacer della a su voluntad.

Y hablando en esto y en otras cosas, a hora de tercia¹¹⁹ llegaron a un castillo que estaba en un llano cerca de un río, donde de un caballero viejo y de una dueña, su mujer, que mucha honra sabía hacer a los caballeros andantes, fueron albergados con muy buena voluntad y aparejo; y los dos curados de sus heridas por mano de la doncella que librarán, que muy bien lo sabía hacer, teniendo los lechos en una muy hermosa cuadra, tan cerca el uno del otro que en cinco días que Olivante no

¹¹⁹ La tercera después de amanecer.

se levantó jamás dejaron de hablar, dándose cuenta el uno al otro de todo lo que por ellos después que Olivante saliera de la isla de Laura había pasado. Y Peliscán dijo a Olivante cómo después de partido de su tía, la sabia Hipermea, había sabido cómo no era hijo de la dueña Polinesta, y que como ella se lo había mandado le quería dar cuenta de todo su hecho, contándole cómo todo había acaecido desde el principio y cómo era hijo de aquel soberano rey Aureliano de Macedonia, al cual con el emperador de Constantinopla había librado del poder de Buciferno, y que pensase que todo lo que ella había hecho había sido antes deseando su bien que procurando su daño; por tanto, que le rogaba que procurase que sus obras fuesen tales que con ellas mostrase el merecimiento de poderse llamar hijo de tan soberano y esclarecido rey como Dios se le había querido dar por padre.

Olivante fue estrañamente maravillado de las maravillas que Peliscán le decía, y teniéndolo por muy cierto por el crédito que a las palabras de dueña de tanto saber se debían de dar, daba muchas gracias a Dios porque de tan alto y esclarecido linaje le había criado, proponiendo en su voluntad no darse a conocer hasta que sus hazañas diesen tal testimonio de su merecimiento que dignamente pudiese descubrir lo que por tan entraña aventura había sido encubierto. Y rogando a Peliscán que asimismo hasta que su voluntad mostrase otra cosa tuviese encubierto aquel hecho, que aun su escudero Darisio no quiso que por entonces lo supiese, estuvieron diez días, en fin de los cuales estando Peliscán ya casi guarido de sus heridas, se comenzaba a levantar.

CAPÍTULO I-XIX

QUE HABLA DE LA ISLA DE LANDAS, Y CÓMO TIRSES, HIJO DEL REY TIRSIANO, MATÓ A SU PADRE SIN CONOCERLO, Y DE LO QUE MÁS AVINO

LA tierra donde Olivante de Laura y Peliscán se hallaban a esta sazón era una muy hermosa y bien poblada isla llena de muchas y muy hermosas y deleitosas florestas, poblada de muchas villas y castillos con muy sabrosas moradas. Era muy grande, y tan bien bastecida de todas cosas, que se tenía por una de las mejores y más bien proveída de todas las que en la mar de Levante se hallaban. Desta isla por sucesión fue señor un rey que se llamaba Tirsiano, hombre de muy buenas costumbres y dotado de todas las buenas maneras que un rey deba tener; tanto, que de todos los de la isla era muy bienquisto y amado. Y aunque el señorío fuese poco, con la mucha riqueza dél se suplía la falta para hallarse tan rico y contento como si mucho mayor fuera. Fue casado con una mujer de quien hubo un hijo y una hija; al hijo llamaron Tirses, y a la hija Tirseida. Después de¹²⁰ muerta la reina, madre déstos, el rey, habiendo sentido mucho su muerte, se consolaba con ellos; porque del hijo, allende de ser uno de los bien apuestos donceles del mundo,

¹²⁰ Orig.: 'que' (46r).

se esperaba que sería muy buen caballero; y la hija, era tan estremada su hermosura, que todos pensaban que en el mundo no se hallaría quien a ella se igualase. Pues así los crio el rey Tirsiano, sin quererse tornar a casar, hasta que Tirses vino a edad de doce años y Tirseida de once; en el cual tiempo la hermosura del uno y del otro no solamente en la isla de Landas, que así se llamaba, mas por todo el mundo se publicaba como cosa de muy grande admiración.

Grande era el sabor que el rey Tirsiano tomaba de ver la crecida bondad y hermosura que en sus hijos había, con esperanza que cada día iría creciendo. Mas la envidiosa fortuna, que en los tales tiempos acarrea sus acostumbrados desasosiegos volviendo la rueda de la alegría para que su poder en los grandes como en los chicos se conozca, comenzando a urdir sus tratos de la manera que suele, los puso en el trabajo que agora oiréis.

Tenía este rey Tirsiano en una muy alta roca de una montaña, de cuya altura casi lo más de la isla se sojuzgaba, un castillo de mucha fortaleza, en el cual, por ser dispuesto lugar para su sabor, todo el tiempo del verano solía morar, hallándose allí mejor que en otra parte ninguna; que la frescura y deleite que allí se hallaba le convidaban a que otra cosa no pudiese hacer, allende de haber al derredor de la estancia muchas florestas que de todo género de caza estaban llenas. Todos los deleites que en una casa de placer se pudiesen pedir se hallarían en aquella sabrosa morada, principalmente una huerta, llena de tanta arboleda de tantos y tan diversos géneros de frutas, con tantos caños y arroyos de agua guiados con tanto concierto, que apenas en el mundo otra cosa semejante se pudiera hallar. Encima desta deleitosa huerta salían del castillo tres aposentos con sus corredores, de donde toda ella podía ser bien vista, en los cuales el rey y sus hijos en aquella sazón posaban, teniendo cada uno dellos un pequeño postigo por donde todas las veces que querían podían salir a solazarse y gozar del descanso que de tan deleitoso lugar se podía recibir. Por ella se salía muchas veces Tirseida con sus doncellas; haciendo guirnaldas de las rosas y flores, las ponían sobre sus cabezas; danzando y cantando procuraban de dar a su padre todo el contentamiento que en su poder era. El rey Tirsiano la amaba sobre todas las cosas del mundo, tanto, que cosa así no le agradaba como su vista.

Pues como muchos días desta manera se pasasen con semejantes fiestas de alegría, así avino que un día en el mes de julio, cuando las calores son muy crecidas con la fuerza del sol, que en aquel tiempo siendo más allegado a nosotros, con mayor fortaleza sus luminosos rayos de sí para provecho del mundo despide, una noche que con la serenidad de la luminaria nocturna se mostraba serena, siendo la tranquilidad de los vientos en tanta manera que aun las movibles hojas de los árboles mostraban demasiado sosiego, sintiéndose Tirseida en el lecho con la demasiada calor muy fatigada, pareciéndole que en la frescura de la huerta podría mejor despedir la congoja que consigo sentía, tomando una de sus doncellas, vestida de una muy rica saya de terciopelo verde con muchos golpes por ella, por los cuales salían muchos bocados de una tela de oro, teniendo en cada bocado una piedra de inestimable valor, con una corona sobre sus hermosos cabellos, que llevaba tendidos, tan hermosa, que más parecía cosa divina que humana, se salió por la huerta procurando gozar el frescor della para remedio de la calor que en su

apósito había sentido, cogiendo de las rosas y flores de que en la huerta sobraba la demasiada abundancia.

El príncipe Tirsés, que en su lecho estaba en aquella hora, pareciéndole que dentro en la huerta sentía regocijo de gente, se levantó a los corredores llevando cubierto un manto de escarlata muy fina y en la mano una espada que la ventura para mayor desdicha suya en aquella hora le aparejó a la cabecera de la cama. Y conociendo en las palabras ser la infanta su hermana, a quien sobre todas las cosas del mundo amaba, abriendo la puerta que de su aposento a la huerta salía, se fue para ella, recibíendose los dos con semejantes razones que los muy enamorados cuando mucho tiempo el uno del otro están ausentes se suelen decir. Y después que por una pieza estuvieron hablando en aquellas cosas que más sabor les ponían, tomándose por las manos se fueron por la huerta adelante, haciendo y entretejiendo con las suaves rosas y flores que en ella había guirnalda para poner encima de sus cabezas, pasando muy graciosas razones, como aquellos que de verdadero amor se amaban. Y después que por una pieza desta manera se hubieron solazado, hallando a una parte un sabroso asiento de mucha espesura que los mirtos y arrayanes y otras olorosas flores hacían, los dos se sentaron en medio, donde, después que un gran rato hubieron razonado, ya que bien pasaban tres horas de la medianoche, la infanta recostando sobre su brazo la cabeza se adormió, estando el príncipe quedo por no despertarla del dulce sueño que le sentía tener.

Estando los dos de la manera que oís, había en la huerta un pequeño aposento en que un hortelano que della tenía cargo siempre estaba, el cual despertando en aquella sazón, pareciéndole que dentro en la huerta había oído hablar, se levantó para saber lo que fuese. Y yéndose muy paso por entre los árboles, sin que dél hubiesen sentimiento ninguno llegó en aquella parte donde, poniéndose a escuchar, despertando en aquella sazón Tirseida dando un muy grande grito, el príncipe le preguntó lo que había, y ella le respondió que estaba en aquella hora soñando que veía a su padre en batalla con un muy bravo caballero, el cual le había maltratado en tal manera que quedaba herido de muerte.

—Dios le guarde —dijo el príncipe—, que cuanto yo pueda tomar armas siempre será escusado ponerse en ese trabajo.

Y así hablando en otras cosas, el hortelano, que en la voz conoció a la infanta, muy espantado de verla a tal hora en aquel lugar, y más acompañada de aquella manera, como hombre ignorante y de poco saber no curando de mirar con quién estuviese, sino juzgando con el juicio torpe lo que no debiera, fue el yerro segundo doblado que el primero, porque sin más detenimiento, pareciéndole que así le convenía, se tornó muy paso por donde había venido, tomando el camino con toda prisa para el aposento del rey. Y como a él llegase, tocando muy paso a la puerta, el rey, que muy cerca estaba y a la sazón no dormía, espantado de aquella novedad, le respondió levantándose del lecho; y como conoció ser el hortelano, le abrió la puerta preguntándole cuál era la causa de su venida. El hortelano con infinitos sospiros y muchas lágrimas en sus ojos, mesando las barbas y los cabellos, estuvo primero que nada pudiese decir un rato desta manera, poniendo al rey en mayor voluntad de saber la causa della. Y ya que hubo dejado el llanto comenzó a decir:

—¡Oh señor, doleos de vuestra honra y de tan estraña y grave traición como hoy en esta huerta os es hecha, que si así pasase, quedábades el más amenguado y abatido hombre que en el mundo nunca nació! Que sabed que la infanta Tirseida se está en la huerta muy a su placer con un caballero al cual nunca he podido conocer; que tan desatinado vengo de verlo, que no sé cómo he podido tener las voces; que si me hubiera sentido, se pudiera haber salido muy a su salvo.

El rey, aunque muy sabio fuese, desatinado y fuera de juicio con nueva de tan crecido dolor quedó por un poco como fuera de sí, vertiendo infinitas lágrimas de sus ojos con dolorosos sospiros, no le dando lugar la crecida pasión a que con la discreción juzgase lo que podía ser. Teniendo por muy verdaderas las palabras del hortelano, se cubrió una aljuba¹²¹ de brocado y tomando la espada se salió a la huerta con propósito de certificarse por sus mismos ojos de lo que había oído. Y como muy paso, guiándolo el hortelano, se fuesen por la huerta encubriéndose lo mejor que podían por no ser vistos, toparon con la doncella que con Tirseida había venido, que debajo de unos cipreses muy fuertemente dormía, lo cual puso en muy verdadera sospecha al rey viéndola en tal lugar apartada. Y caminando sin despertarla, llegando al lugar donde los príncipes echados estaban teniendo la infanta los brazos echados al cuello de Tirses, que, como por el rey fue visto, queriéndole el corazón quebrar con pesar del engaño que en el pensamiento recibía, sojuzgando la ira su demasiada discreción y al sufrimiento que hasta saberlo cierto de todo debiera de tener, echando mano a la espada, poniendo la aljuba en el brazo acometió al príncipe, que muy sin temor de aquel sobresalto había estado. El cual viéndose de aquella manera acometido sin que palabra le hablase, no menguando su muy fuerte corazón en semejante afrenta, tomando el manto en el brazo y sacando su espada, padre y hijo se acometen, tirándose tan mortales golpes, sin que con el enojo el uno al otro pudiesen conocerse, como si verdaderos enemigos fueran, no sin grande espanto y estremado dolor de la infanta Tirseida, que muy bien a entrambos los conoció; la cual llorando, a muy grandes gritos y voces comenzó a decir:

—¡Ay padre, rey Tirsiano! ¿Qué desatino es éste tan grande, que tan sin causa ni propósito hayáis acometido a vuestro obediente hijo Tirses que jamás en este mundo pensó enojaros? ¡Oh mi querido hermano Tirses! Si en nuestro cruel padre tan gran crueldad mora que en la obediencia de sus hijos tan gran crueldad quiera ejecutar, menos yerro será consentirlo pasando la muerte que el que vos por defenderos de la culpa del rey nuestro padre queréis hacer. Por Dios, dejalde que haga a su voluntad, que yo sé que será mayor el arrepentimiento y la pena de nuestra muerte que el sabor que con la sobra a de la ira agora en matarnos recibiere.

El rey, que con el mucho enojo que tenía ninguna cosa de lo que la infanta dijera había oído, procuraba traer a la muerte a su hijo Tirses, habiéndole hecho una pequeña herida en un brazo y otra con la punta de la espada en los pechos, de que alguna sangre se le iba. Mas el príncipe Tirses, aunque no a tan buen tiempo como debiera, porque ya su padre estaba herido de dos heridas mortales, tornando en sí, con infinito arrepentimiento y dolor de la culpa que sin ninguna de aquel yerro

¹²¹ Chaqueta larga.

se le podía atribuir se quitó afuera, amparándose de los golpes que el rey le tiraba y diciendo:

—¿Qué es esto, señor y padre mío? ¿Qué yerro pudo cometer vuestro hijo Tirsés que con semejante manera procurásedes traerle a la muerte? Por cierto, mayor le habéis hecho en no decirme vuestra voluntad, porque siendo de mí conocida, aunque ninguna razón para ello hubiera más de vuestro contentamiento, no menor fuera mi obediencia para consentirla que la del hijo de Abraham cuando por su padre en el monte quiso ser sacrificado.

El rey Tirsiano que en estas razones conoció ser su querido hijo Tirsés y el daño que sin conocimiento había hecho y recibido, quedando atónito con el arrepentimiento, fuera de sí, soltando la espada y el manto le respondió:

—¡Oh mi amado hijo Tirsés, cómo por tu mano he recibido el pago de mi poco saber y discreción! Que sábetes que sin conocerte, con sospecha de lo que conociendo a tu hermana Tirseida ninguna debiera tener, no bastando la discreción para poder estorbar lo que del muy Alto Señor está prometido, yo soy herido de muerte, que dos heridas he recibido de tu mano que de ninguna dellas puedo escapar.

—Antes yo vea mi muerte —respondió Tirsés— que tan gran mal sea en el mundo; que yo espero en Dios que no mostrará tan gran crueldad contra mí para que los dos fenezcamos en un momento; que mal podría yo vivir cuando tanto daño por mí se hubiese causado.

La infanta Tirseida que de aquella manera vio parados al padre y hermano, vertiendo de sus hermosos ojos muchas lágrimas en abundancia, diciendo infinitas lástimas con tanto dolor que cualquiera corazón, aunque muy duro, hiciera llorar, se abrazó con el rey diciendo:

—No quiera Dios, señor y padre mío, que la pena de la culpa que yo tengo, por otro que por mí sea pagada; que pues yo con mi poco saber procurando tomar el placer que no debiera fui causa de tan crecido mal, yo sola es razón que lo pague con la muerte. La cual plega¹²² al muy Alto Señor en este momento se haga señora de mí para que, acabándome, acabe de ver tan gran desventura como por mi causa en el mundo es venida.

El rey Tirsiano, que con el dolor de las heridas que tenía y con lástima de las palabras que Tirseida decía no pudo hablar, sin responderle ninguna cosa se hizo llevar al lecho ayudándole los dos por los brazos aunque según su desmayo cada uno dellos hubiera menester semejante ayuda. Pues así como el rey fue tornado, llamando a la hora los maestros que allí tenía, que eran muchos y muy buenos, le cataron las heridas y le pusieron todos los remedios que les pareció; mas a la hora perdieron la esperanza de la vida, aunque no lo daban a entender enteramente por causa del príncipe, el cual, aunque estaba también herido, se hizo curar sin quererle poner en el lecho, que bien le hacía menester.

¹²² Plazca.

CAPÍTULO I-XX
CÓMO MURIÓ EL REY TIRSIANO, Y CÓMO POR CAUSA DE SU
MUERTE FUERON ENCANTADOS TIRSES Y TIRSEIDA EN LA
HUERTA DEL CASTILLO, QUE DE ALLÍ ADELANTE FUE LLAMADA
EL PURGATORIO DE TIRSES

CUANDO vino la mañana el rey Tirsiano se sintió tal que bien claramente se mostraba cercana su muerte, no le aprovechando ningún remedio de los muchos que los médicos le hacían. A esta hora llegó a la puerta de la cámara un doncel que dijo cómo estaba allí el sabio Arsímenes, que quería hablar con el rey. Éste era un hombre que alcanzaba mucho en el arte de la nigromancia, tanto, que en su tiempo fue tenido por uno de los más sabios hombres del mundo, como era la verdad. Era muy querido y amado del rey, y dábale mucho crédito en todas las cosas que le aconsejaba, porque siempre le hallaba muy verdadero. Había dicho muchas veces al rey que alcanzaba por su arte que moriría a manos de uno de los hombres que más en este mundo le quisiesen, y que asimismo sabía que los dos morirían dentro de un mismo año, mas que no podía saber cuál sería. Pues como este sabio con sus encantamientos supiese el rey estar herido de muerte y todo de la manera que había pasado, doliéndose mucho dello, y asimismo del poco espacio de vida que dél mismo le quedaba, por la guía que llevaba delante, aunque estaba en un castillo que estaba lejos de allí treinta millas, se dio tanta prisa que llegó al tiempo que oís, recibiendo el rey tanto consuelo con él, que con cosa más en este mundo no pudiera holgar.

Arsímenes se llegó al lecho donde el rey estaba, y deteniendo con mucho sufrimiento las lágrimas en los ojos por no le dar a entender lo que sentía, le dijo:

—Con tales experiencias, poderoso y soberano rey, quiere tentar la fortuna los corazones magnánimos, para que perdiendo el sufrimiento sean privados de la gloria de las famosas hazañas de la vida si en el remate dellas, que es en la batalla de la muerte, se perdiere el esfuerzo y ardimiento que en todas las otras ha sobrado. Y pues que éste jamás faltó en vos, ahora que es el tiempo más necesario, más debéis procurar de tenerlo, pues que la buena orden de la vida promete la bienaventuranza de la muerte, como yo espero en el muy Alto Señor que en un tan sabio hombre como vos sois y habéis sido se debe esperar. Y pues ya de mí sabéis lo poco de tiempo que para seguiros en esta jornada me queda, como muchas veces os tengo dicho, por mejor tuviera seguiros luego; mas muy cedo veréis por verdad cuán verdaderas sean mis palabras.

—Amigo Arsímenes —respondió el rey—, bien conozco yo de vuestras razones la verdadera amistad que siempre me habéis tenido, y cierto, no creo que ninguno de nosotros haya vivido engañado; y aunque yo estaba bien determinado en ese consejo por seguir vuestro parecer, me parece que debo más esforzarme; y así, con toda la paciencia que puedo recibo la muerte que me llama, encomendando el cuerpo a la tierra y el ánima al Señor que la crio.

Y diciendo esto se le arrencó del cuerpo con el mayor dolor y más crecidos llantos de los que presentes estaban que jamás fueron vistos. Grande fue el

sentimiento que Tirseida mostraba, y lástimas muy dolorosas eran las que decía; mas los extremos de Tirses no pueden contarse, que solamente le quedaba tomar la muerte con sus propias manos, lo cual de muy buena voluntad hiciera si temor de perder el ánima no le estorbara.

El sabio Arsímenes quedó por una pieza como fuera de sí muy pensativo; y tornando de ahí a poco a cobrar el sentido, como quien de grave sueño despierta, comenzó a decir:

—Hazaña de tan cruel desventura con razón se debe solemnizar con la venganza de quien con razón ninguna se debe tomar. Mas aunque por parte de la poca culpa ninguna pena se merece, con la paciencia con que el padre recibió la muerte los obedientes hijos celebren la memoria della, pues que la ignorancia se suele decir no excusar el pecado para la emienda.

Y como esto hubo dicho, sacó de su seno un libro pequeño que traía, con unas cubiertas de oro fino muy bien labradas, y leyendo un poco por él, todos los que presentes estaban cayeron en el suelo fuera de su sentido. Y tomando por la mano a Tirses y a Tirseida, sin que de sí hubiesen sentimiento ninguno los llevó a la huerta donde el rey había sido muerto, y metidos dentro, cerrando las puertas tras sí, les dijo:

—Ahí estaréis purgando el pecado hasta que por mano de dos personas que en el mundo os excedan en bondad de armas y hermosura podáis ser libres de la prisión en que agora quedáis metidos.

Y tornándose donde todas las otras personas que en el castillo estaban habían quedado, haciéndolas tornar en su sentido, les mandó que a la hora se saliesen fuera; los cuales sabiendo su mucho saber, le obedecieron, no sabiendo lo que había hecho. Así como fueron fuera del castillo, Arsímenes, tornando a tomar el libro, comenzó a leer y a hacer sus conjuros ni más ni menos que al principio, y a la hora el castillo se encendió todo en vivas llamas, pareciendo que verdaderamente todo se había tornado fuego, que tan alto subía, que parecía tocar a las nubes. Y después que por espacio de una hora estuvo ardiendo, consumiéndose el fuego poco a poco, se tornó todo en humo tan espeso que verdaderamente parecía cosa infernal, tanto, que ninguna cosa del castillo se parecía ni con veinte pasos al derredor. Y así como esto hubo hecho, tornándose hacia la gente del rey que presentes estaban, les dijo:

—Vosotros podéis ir a la buena ventura y poner como fieles criados el mejor cobro que pudiéredes hasta que la penitencia de tan grave pecado sea cumplida para que este reino con la fidelidad que debéis sea guardado; que aunque ahora os parezca grave, no durará mucho tiempo la fatiga en que vuestros príncipes quedan sin que venga, pues es nacido, quien en ello podrá poner el remedio necesario.

Y como esto hubo dicho desapareció¹²³ delante dellos, dejándolos con tantos llantos y lágrimas y diciendo cosas de tantas lástimas, que cualquier corazón duro moviera a compasión de sí. Estaba entre éstos un caballero viejo, hermano de su agüelo de Tirses, llamado por su nombre Belises, hombre en quien toda bondad y virtud había y de quien como del mejor hombre que en el reino había podía fiarse

¹²³ Orig.: 'Desaparecia' (49r), pero es correcto el reclamo al pie de la plana 48v.

la gobernación dél; el cual siendo conocido por tal de todos los que presentes estaban, a una voz le rogaron, hasta que Dios tuviese por bien que sus príncipes fuesen libres, quisiese aceptar la gobernación del reino en confianza. Belises lo hizo, más por aplacerles a su voluntad que por deseo que dello tuviese. Y no queriendo mover de allí sin probar primero la experiencia de aquel encantamiento se tornó derecho al castillo con muchos de los que presentes estaban que le siguieron, y llegando cuanto a un tiro de piedra cerca de la niebla o espesura del humo, hallaron asentado un mármol de cristal bien obrado con una estatua de un hombre anciano encima dél con presencia de mucha majestad. En la una mano tenía un libro cerrado y en la otra un rétulo con unas letras escritas, las cuales leídas por Belises, decían desta manera:

Aquel a quien el ánimo, acompañado del sobrado esfuerzo que para la entrada deste purgatorio se requiere bastare, maravillosas cosas por él serán vistas. Mas si en el primer acometimiento la ventura le desfavoreciere, en vano será el trabajo que de allí adelante tomare, porque esta ha sido la voluntad del sabio Arsímenes.

Como Belises hubo acabado de leer las letras, muy espantados quedaron todos de la sentencia dellas. Y habiendo muchos entre ellos a quien engañaba la esperanza, confiando en la fuerza de sus animosos corazones se determinaron a intentar el favor que en la fortuna tuviesen; el cual les fue tan contrario que, no habiendo ninguno dellos que adelante un paso pudiese pasar, se volvieron, teniendo de allí adelante Belises la gobernación del reino con mucha paz y concordia de todos los moradores de la isla, estando siempre con la esperanza que el sabio Arsímenes había prometido, estando continuamente la niebla sobre el castillo con tanta espesura como hasta allí lo habían visto y de noche encendiéndose en vivas llamas, que de muy lejos se veía muy claramente el resplandor dellas.

El sabio Arsímenes, así como se volvió a su castillo, tomando consigo un caballo y unas armas que como cosa de mucho valor y muy alto precio para Tirses tenía guardadas, dejando el castillo en poder de un sobrino suyo se tornó a meter en la morada que para Tirses y Tirseida había hecho, donde se presumía que dentro del tiempo que del fin de su vida había profetizado fuese muerto, porque cosas espantosas y de muy grande admiración fueron en aquel tiempo vistas como en testimonio de su muerte.

Pues así fue que, como Olivante y Peliscán fuesen ya guaridos de las peligrosas heridas que con tanta voluntad, sin ella con mortal enemistad, siendo la amistad tan entrañable, se habían hecho, estando una noche ya que tres o cuatro días había que se levantaban del lecho echados de pechos sobre las almenas del castillo, vieron cuanto dos leguas lejos de donde ellos estaban el gran resplandor del fuego que del castillo encantado salía, lo cual, no siendo aún por ellos sabida la causa, les puso en demasiada voluntad de saber qué cosa fuese. Mas muy presto fueron salidos de aquella duda, porque el caballero viejo cuyo era el castillo donde estaban les contó muy por estenso todo lo que la historia deste encantamiento ha

contado, diciendo asimismo cómo el buen caballero Belises, que en una villa una legua de allí estaba en el medio del camino por donde al Purgatorio de Tirsés se había de ir, tenía aquel reino con mucha fidelidad. Ocho años había que Tirsés y Tirseida de aquella manera por el gran sabio Arsímenes habían sido encantados y que todos los caballeros que allí venían de tierra estraña, así por ver el Purgatorio como por probarse en él, recibían de Belises toda honra y servicio, como aquel que de muy nobles condiciones era.

No poco fueron maravillados los dos esforzados caballeros de la estraña aventura que el caballero viejo les contara, determinando Olivante en su magnánimo corazón no partirse de allí hasta probar la ventura que la fortuna en semejantes casos le tenía guardada, pareciéndole que a muy gran cobardía le podría ser juzgado si de aquella tierra saliese sin probar en ella sus fuerzas para sacar a aquellos príncipes de la pena que por voluntad tan sin razón padecían. Y diciendo al huésped que otro día por la mañana quería llegarse al castillo para ver de la manera que estaba y poder dar testimonio de tan gran aventura, se fueron a dormir, dejando al huésped con pensamiento que, siendo caballeros de tan alto hecho como parecían, no querían dejar de probar por entrar en el castillo todas sus fuerzas. Y aquella noche envió un escudero suyo a Belises haciéndole saber de los caballeros que en su casa tenía y cómo pensaba muy cierto que otro día se probarían en el aventura del Purgatorio Tirsiano.

CAPÍTULO I-XXI

CÓMO OLIVANTE SE PROBÓ EN LA AVENTURA DEL PURGATORIO DE TIRSES, Y DE LAS ESTRAÑAS COSAS Y DE GRAN ESPANTO QUE DENTRO EN EL CASTILLO POR ÉL FUERON VISTAS

DESOCUPABAN las haces¹²⁴ de la tierra las noturnas tinieblas con la llegada del inflamado rostro de Apolo, rompiendo el silencio que con la quietud que su ausencia en los mortales poner suele sosiega los fatigados ánimos, descubriendo sus luminosos rayos sobre la redondez de la universal morada de las cosas criadas, cuando levantados de sus lechos Olivante de Laura y Peliscán, muy bien armados de todas sus armas, habiéndose despedido de la doncella que consigo traieran, haciéndole dar el barco en que Peliscán había venido para que a su comenzado camino tornar pudiese, subiendo encima de sus caballos salieron por la puerta del castillo acompañados del buen caballero viejo, que con la intención que tenía no se quiso partir dellos. Y como la tierra fuese viciosa de muchas arboledas, muy a su sabor caminaron por una floresta hablando con el caballero viejo en las cosas que más les agradaba y preguntándole de muchas cosas de la isla; a lo cual como muy sabio caballero que era les respondía, dándoles razón de todo lo que le preguntaban.

¹²⁴ Superficies, campos.

Pues desta manera caminaron hasta la puerta de la villa que en medio del camino estaba, en la cual hallaron al buen caballero Belises que con otros algunos caballeros atendiéndoles estaban; donde llegados, los unos y los otros se recibieron con muy buena crianza y cortesía. Belises les rogó que se detuviesen allí, donde recibirían el servicio que les fuese necesario; mas los caballeros, que no veían la hora de ser llegados al castillo, le rendieron las gracias por su cortesía diciéndole que tenían mucho que hacer y que querían concluir presto aquella jornada. Y Belises les preguntó si llevaban intención de probarse en la aventura del Purgatorio.

—No sé lo que ende haremos —respondió Olivante—; que después que lo hubiéremos visto haremos lo que mejor nos pareciere.

—Pues como quiera que avenga —dijo Belises—, yo pienso de acompañaros para ver vuestra determinación.

Y así, todos juntos se partieron, y por el camino Belises les fue contando cómo en ocho años que había que el rey Tirsiano era muerto y aquel encantamiento se había hecho, de muchos y muy esforzados caballeros que de estrañas tierras habían venido a probarse, aunque algunos habían podido pasar algún poco adelante del padrón donde las letras estaban escritas, ninguno había podido entrar en el castillo. Hablando en esto y en otras muchas cosas llegaron tan cerca de la niebla que de día tenía cubierto el castillo, que muy claramente pudieron ver que todo lo que dél les habían dicho fuese verdad. Olivante, que su generoso corazón no le consentía menos de poner su persona en cualquiera peligrosa aventura, con determinado ánimo se fue para el padrón que ya habemos dicho, y después que hubo leído las letras que estaban escritas, no recelando punto el peligro que venir le podría, dijo a su leal amigo Peliscán su voluntad. Él, temiendo que de la entrada algún daño se le siguiese, quisiera estorbárselo si pudiera; mas viendo su propósito, le encomendó a Dios rogándole afincadamente que le ayudase en tan peligrosa aventura como emprendía. A todos los que allí estaban plugo mucho dello, para ver en qué pararía tan esforzado ánimo de caballero; mas Darisio recibió infinito pesar de ver a su señor en tan peligroso trance, y sintiendo que ninguna cosa podía estorbar su deseo, disimuló su pena lo mejor que pudo, rogando a Nuestro Señor le favoreciese.

Olivante, haciendo la señal de la cruz y encomendándose de muy gran corazón a Nuestra Señora que le ayudase, batiendo con mucha fuerza las piernas a su caballo, pasando por el padrón se metió por medio de la oscura niebla; mas apenas hubo por ella entrado cuando, levantándose en medio de la espesura algunas nubes de fuego, comenzaron a lanzar de sí tantos y tan luminosos relámpagos, que así a él como a su caballo privaban de vista, que no sabía si tornaban atrás o iban adelante. Y aun éste no fuera tan gran impedimento como los rayos que dellas salían, los cuales pasándoles por encima de las cabezas con arrebatada furia, muchas veces parecía venir a dar en medio dellos, tanto que, no lo pudiendo sufrir el caballo, se enarmonó dos o tres veces, dando tan grandes saltos y vueltas, que el buen Olivante se halló casi salido de la niebla hacia aquella parte donde él había entrado. Mas así como por él fue conocido, queriendo con más voluntad y mayor ánimo pasar por la muerte que con temor della dejar de seguir su propósito, se

apeó muy ligeramente, y el caballo, viéndose suelto, se salió a lo claro, donde por Darisio fue luego tomado.

Olivante, sacando su espada y embrazando su escudo, se tornó a meter por aquel espeso humo rogando de corazón a Nuestra Señora le favoreciese; mas los truenos y relámpagos eran tantos y tan espesos que toda la tempestad del mundo parecía estar allí junta; y los rayos que de aquellas nubes espantosas salían, no solamente en aquella escuridad, mas saliendo a la claridad donde Peliscán y Belises con los otros caballeros estaban, los tenían tan espantados y fuera de sí, que les parecía estar a las puertas del verdadero infierno. Y no lo pudiendo sufrir, se retrajeron cuanto un tiro de arco lejos de donde estaban. Y todos ellos tenían por cierto que Olivante con su soberano y fortísimo corazón daría fin en aquella estraña aventura; lo cual no solamente en el corazón del buen caballero Peliscán y de Darisio ponía demasiada alegría, mas a todos los otros que presentes estaban cabía mucha parte della.

Pues yendo Olivante desta manera por medio de aquella escuridad, muchas veces arrodillando y tropezando con la mucha fuerza que para pasar adelante ponía, no solamente sentía el impedimento del fuego, mas como ya bien a la mitad del camino llegase, muchas diabólicas y espantables y feas figuras de temerosos y horribles gestos se le pusieron delante trayendo en sus manos muchas porras de hierro y otras maneras de armas, que todas ellas parecían venir ardiendo, con las cuales le comenzaron a cargar por todas partes de muchos y muy terribles golpes, que no hubiera caballero en el mundo de tanto esfuerzo que de sólo verlas no le falleciese del todo el sentido. Mas el valeroso y magnánimo caballero, cuyo soberano esfuerzo para mayores afrentas estaba guardado, no desmayando punto por lo que delante tenía, les hería con su espada a diestro y a siniestro, amparándose con el escudo de sus desmesurados golpes; los cuales venían con tanta fuerza, que parecían hacerlo en muchos pedazos y muchas veces le hacían dar con las manos en el suelo; mas levantándose, con mucha fatiga procuraba pasar adelante, lo cual se le hacía muy dificultoso por el mucho estorbo que sentía. Mas tomando tanto afán cuanto ninguno en el mundo pudiera sufrir, con mucho trabajo y peligro pasó por todas ellas adelante hasta salir a un campo que delante del castillo se hacía; en el cual habiéndose ya acabado la niebla, quedó la serenidad del claro día, con la cual pudo bien ver y juzgar el castillo, porque la niebla no ocupaba más que aquel circuito que al derredor del castillo estaba. Y habiéndole allí dejado la persecución de aquellas visiones, con infinito cansancio y fatiga se asentó encima de una piedra para descansar un poco, y de allí comenzó a mirar el castillo, que a maravilla le pareció de muy hermosos y ricos edificios. Y después que un poco de tiempo hubo así estado, por no esperar a que lo que quedaba del día se pasase, levantándose de donde estaba se fue hacia la puerta del castillo, la cual estaba cerrada, y a la mano derecha, en una piedra que estaba metida en la pared, que parecía de fino rubí, estaban unas letras verdes muy bien tajadas, las cuales leídas por Olivante, vio que decían:

¡Oh tú, a quien Natura dotó de tanto ardimiento y fortaleza que con tan estraño peligro aquí pudieses llegar! Si el ánimo no te falleciere en la entrada

deste temeroso castillo, maravillosos secretos te serán demostrados, y sobre todo el secreto de la secreta y oscura profecía de tus verdaderos amores, sin cuya compañía, hasta que por los dos juntamente en una misma hora probada sea, quedarás con doblada pena que a los que dentro están encerrados, por la culpa que sin ella cometieron, por el gran sabio Arsímenes les fue dada.

Así como Olivante hubo leído las letras, quedando confuso de lo que decían, vio que una mano, que al parecer era de hombre muy viejo, andando sobre ellas las borraba, sin que ninguna señal allí quedase más de la piedra que de antes estaba, desapareciendo las letras y la mano en un momento. De lo cual recibiendo en sí algún espanto, no habiendo bien acabado de entender lo que las letras decían se fue para las puertas, y empujándolas con ambas manos, las halló tan firmemente cerradas como si del mismo muro fueran hechas. Mas no viendo otra parte ninguna por donde pudiese entrar, tornando a porfiar, comenzó a dar grandes golpes a la puerta, la cual abriéndose más por su voluntad que por la fuerza que Olivante pudo poner, fue tan grande y temeroso el ruido que hicieron, que verdaderamente parecía que allí se hundiese todo el mundo. Y por medio dellas salió un torbellino de viento con tanto ímpetu y braveza, que alzando los pies de Olivante de tierra le apartó gran trecho de donde estaba sin que en él hubiese poder para resistirlo.

Mas así como la furia del viento hubo pasado, queriendo Olivante entrar por las puertas, se tornaron a cerrar como de antes estaban, lo cual le causó tanto enojo, que parecía estar fuera de sí; y tornando de nuevo a empujar las puertas, con el semejante ruido y estruendo que de antes se tornaron a abrir, y como Olivante estuviese ya determinado de lo que había de hacer, con mucha presteza se apartó hacia un lado de la puerta para que el viento no le alcanzase, porque no había fuerzas humanas que bastasen a resistirlo, y avínole tan bien, que lo pudo hacer a su salvo. Y sintiendo que el viento se iba acabando, antes que las puertas se tornasen a cerrar arremetió a ellas metiendo la espada por el medio, lo cual fue causa que de aquella vez no quedase burlado como la primera. Y entrando por ellas adentro pensando que los trabajos de la entrada fuesen acabados, una desemejable y espantosa serpiente se le puso delante dando los más roncós y temerosos silbos del mundo, batiendo las alas con tanta velocidad, que bastaban a poner pavor en el más esforzado corazón que pudiese ser.

Mas el animoso caballero, que en tal peligro se vio, encomendándose de todo corazón a Nuestra Señora que le valiese, cubierto muy bien de su escudo, esperó lo que haría la sierpe. Abriendo su infernal y desemejable boca se vino para él pensando deshacerle con sus muy agudos dientes y uñas; mas de otra manera le avino, que Olivante con su demasiada ligereza se apartó de aquella vez que no pudiese cogerle, acertándole un golpe al pasar en un ala, que casi toda se la echó al suelo. La sierpe que así se sintió herida, tornó arremeter contra él, al cual halló con la punta de la espada delante de sí; y lanzándosela toda por medio de los pechos, la sierpe tuvo lugar de bien asirle con sus disformes brazos, y apretándole muy fuertemente con ellos, le pareció que todos los huesos le desmenuzaba, de manera que la sierpe con el dolor de la muerte de la espada que atravesada tenía,

y Olivante con el que de los brazos della sintía, vinieron entrambos al suelo. Mas Olivante, que fuera de tan extraño peligro deseaba verse, procuró de salirse della, y levantándose con mucho afán en pie, sacó la espada con mucha presteza, la cual apenas fue salida, cuando la sierpe, tornándose en un espantoso y horrible gigante armado de todas armas, con su espada en la mano le comenzó a cargar de muchos y muy esquivos golpes.

—¡Válame Dios! —dijo Olivante—. ¿Qué es esto que veo?, que aun en el infierno no pudiera creer que semejantes visiones pudieran transfigurarse. Mas si yo puedo, poco le aprovecharán sus mañas si la vida no se me acaba.

Y tomando su escudo y espada, trabaron entre sí una descomunal y feroz batalla, que no parecía que en el mundo hubiera caballero que a los desmesurados y terribles golpes del gigante pudiera ampararse. Y después que por una gran pieza anduvieron desta manera hiriéndose con la mayor crueldad que podían, Olivante, que en muy grande aprieto los ásperos golpes del gigante le habían puesto, determinando de ponerse en aventura de muerte por concluir aquel hecho, cubriéndose muy bien de su escudo esperó que el gigante en él descargase un pesado golpe, el cual fue de tanta fuerza, que cuanto dél alcanzó echó por tierra; mas el invencible caballero, que una hojas que por un lado se le habían algo descubierto tenía muy bien vistas, tirándole a esta hora con gran tiento de una punta de espada, se la metió casi hasta la mitad, de manera que, herido el gigante de muerte, no teniendo poder para más ofender ni defenderse, cayó tendido en tierra, recolándose por ella como hombre de quien se despedía en aquel tiempo la vida.

Lo cual visto por Olivante, no queriendo más allí detenerse se fue por el castillo adelante. Y llegando a un hermoso patio que en medio dél estaba, como mirase todo al derredor y no viese cosa ninguna más de los edificios, los cuales eran muy ricos y de muy extrañas labores, hallando unas escaleras que a unos corredores subían se fue por ellas y anduvo toda la casa, en la cual vio muy hermosos y ricos aposentos, sin que otra cosa pudiese ver que contar. Y tornándose por las escaleras al patio, queriendo entrar por una puerta de una sala baja que abierta estaba, el gigante, que tendido estaba, se tornó a levantar, y quitándose todas las piezas de las armas que sobre sí tenía, arrojándolas lejos, quedó en unas vestiduras de villano, y el cuerpo mediano y el gesto feroz, y con una porra de hierro en la mano se vino para Olivante, que mirando todas estas cosas estaba como fuera de sí.

El villano, pasando por donde Olivante estaba con una brava y fea catadura, sin hablar ninguna palabra se entró por la puerta de la sala, y Olivante le fue siguiendo para ver a dónde fuese, y por muchas cosas que le preguntó, jamás le dio respuesta a ninguna. Y como una pieza hubieron andado, el villano entró por una puerta que a la entrada de la huerta del castillo estaba, y tornándose con la porra en las manos hacia Olivante, le dijo con un gesto muy sañudo:

—Sandio y loco caballero a quien Dios confunda por el trabajo que me haces pasar, sábetete que en vano trabajas por la entrada desta puerta, ca yo soy la guarda della puesta por el sabio Arsímenes; porque así como con mi torpe entendimiento fui causa del yerro que el hijo contra el padre cometió, en pago de mi culpa me es forzado defender la pena de los que sin razón padecen con la mucha que para que

yo pene procedió del yerro que por mi causa se hizo. Por tanto, no pienses que ahora sin armas seré tan ligero de vencer por tus manos como cuando con ellas estaba.

Olivante conoció en las razones del villano que aquél fuese el hortelano que de todo el daño había sido causa, y que en pago de su pecado le fuese dado aquella pena de la guarda por el sabio Arsímenes. Y conociendo estar encantado, de manera que excusadas eran razones con un hombre fuera de juicio y entendimiento por la fuerza del encantamiento que sobre él estaba, no le respondiendo a ninguna cosa probó a querer entrar; mas el villano le descargó de todo su poder con la porra que en las manos tenía un tal golpe sobre lo poco del escudo que le había quedado, que todo se lo echó al suelo, quedando el brazo atormentado del gran golpe que había recibido. Olivante, que sus armas le pareció ser afrenta ponerlas en tan vil cosa, se detuvo un poco pensando lo que en aquel caso haría; y tornando a probar la entrada de la puerta, el villano tornó a descargar la porra con toda su fuerza; mas como Olivante estuviese sobre el aviso, hurtándole el cuerpo le hizo dar el pesado golpe en el suelo; y entrando con él con mucha presteza, antes que la porra pudiese tornar a levantar le dio con las manos en los pechos con tanta fuerza, que dio con él tan gran golpe en tierra, que el villano quedó tendido sin ningún sentido.

Olivante que tal le vio, pareciéndole que poco estorbo de allí adelante le podía hacer, le dejó, pasando por él con muy crecida voluntad de ver lo que en la huerta estaba. Y tendiendo los ojos por ella, le pareció la más deleitosa y sabrosa que en el mundo pudiese hallarse, y estuvo por una pieza mirando los muchos y diversos árboles que en ella con muchas y muy hermosas frutas había, y el estremado concierto con que estaban compuestos, y las muchas yerbas con muy suaves y odoríferas flores y rosas, y los muchos caños y fuentes con muchos arroyos de agua que toda la huerta regaban; lo cual todo era así deleitoso a los ojos, que más por paraíso deleitable que por purgatorio penoso podía ser juzgado.

Pues después que por una pieza lo estuvo todo mirando, queriendo acabar de ver las particularidades que en la huerta estuviesen se fue por medio della hasta llegar a una parte que al parecer era la más deleitosa que en toda la huerta había, en la cual, entre unos árboles de mayor altitud y hermosura que todos los otros, estaba un sepulcro armado sobre cuatro tigres de muy estraña hechura, que tendidas unas muy grandes y disformes alas, le sostenían sobre ellas, por cuyas bocas salían cuatro caños de agua que daban en cuatro pilas de metal, por las cuales se repartía cayendo dellas por muchos caños que tenían hechos, de manera que a todas las partes de la huerta se derramaba el agua que de allí salía.

El sepulcro estaba armado sobre cuatro gradas de una piedra cristalina, y la cobertura parecía de muy fino diamante; estaba sobre cuatro pilares de una piedra amarilla armado un cielo que los tigres y el sepulcro cubría, hecho de tan estraña labor, que bien había que mirar en él si la vista de los dos príncipes, Tirses y Tirseida, no lo impidiera; los cuales estaban a los lados de la sepultura sentados encima de la tercera grada, vestidos con muy preciosas vestiduras y de inestimable valor, con los brazos derechos echados encima del sepulcro y las manos puestas en las mejillas, con los semblantes tan llenos de mucha tristeza cuanto acompañados de solemnidad de lágrimas que de sus hermosos ojos con

abundancia de muchos sollozos y suspiros salían, mirando continuamente a la sepultura sin que la vista jamás della apartasen. En las manos siniestras tenían sendos arcos con dos muy agudas flechas aparejadas para poderse muy prestamente tirar.

Olivante les estuvo mirando, contemplando en la soberana hermosura de que Dios les había dotado, y moviéndole a mucha piedad la mucha pena que a su parecer juzgaba haber en ellos, tanto, que la compasión le hizo venir las lágrimas a los ojos, tanto, que por una pieza como desacordado de sí, los estuvo acompañando no sabiendo determinarse en lo que le convenía hacer. Y a cabo de una pieza que así hubo estado, levantándose la piedra de la sepultura, vio que de dentro della salía una forma de hombre muerto, con la color muy amarilla y muy flaco y desemejado de la cara, como quien tanto tiempo había que la ánima de las carnes se había apartado. Encima de la cabeza traía una corona riquísima de rey; los cabellos y la barba tenía muy crecidos. Y sacando fuera de la sepultura hasta la mitad del cuerpo sin que ninguna cobertura trujese encima de sí, mirando con una espantosa vista los príncipes que a los lados tenía, tendiendo los brazos volvió los mismos arcos que tenían en las manos, poniendo las puntas de las flechas en derecho de sus pechos. Y teniendo los príncipes muy firme, y él las flechas puestas en la cuerda, flechando con mucha fuerza soltó entrambos a un mismo tiempo, pasando a cada uno dellos los pechos de parte a parte; así que con el crecido dolor de las mortales heridas basqueando, con unos sentibles llores y quejas de mucha lástima se tendieron encima de las gradas donde estaban sentados, saliendo de las heridas tanta abundancia de sangre, que los arroyos della que al agua de la fuente llegaban la convertían toda en su mismo color.

El rey Tirsiano, que por tal fue conocido de Olivante, después de ejecutada la crueldad de tan mortal y espantoso sacrificio, estando mirando cómo los obedientes hijos con el dolor de la muerte dada por sus crueles manos de una parte para otra andaban basqueando, con una dolorosa voz y llena de mucho temor comenzó a decir:

—Por justo juicio padecen aquellos a quien la voluntad fue consentidora en el delito cometido, para pagar con la misma pena de que fueron causa. Y pues ésta faltó en vosotros en la muerte que por causa de ti, Tirseida, de tu hermano Tirses recibí, padeciendo la ofensa sin el suceso de que por vuestro arrepentimiento se había de tomar la satisfacción, es bien que reservados de la muerte que ahora ejecutada por mis manos en mi venganza en vosotros parece, quedéis para sentir la misma pena hasta que la profecía de vuestra deliberación dicha por el gran sabio Arsímenes se pueda cumplir.

Y como esto acabó de decir, tornando a tender los brazos, trabando con las manos de las saetas, se las sacó de los pechos, cerrándose en aquella hora las heridas y tornando los príncipes como de primero a poner sus manos en las mejillas con sus llores acostumbrados, como si ninguna cosa por ellos hubiera pasado. El rey se tomó a meter en la sepultura, tornándose a cubrir con la piedra como de antes estaba.

Olivante, que de ver todo lo pasado quedó como atónito y fuera de sí, no sabiendo qué se decir de tal aventura, se determinó con todo su poder probar de

ver el fin della; y queriéndose acercar do el monumento estaba y probar de apartar de allí los príncipes que tal pena padecían, así como llegó a la primera grada, Tirseida, levantando la cabeza, se mudó la figura del gesto que de antes tenía en una tan divina y angélica faz, que no cosa humana y nacida de la tierra parecía, mas que sobrepujando toda orden de naturaleza hubiese caído del cielo, representando en su vista parte de la gloria que a los que en él habitan les es concedida. Así que, aunque en la figura que de antes tenía fuese dotada de toda perfición en hermosura, con gran parte a la que ahora en ella se veía no igualaba; de manera que, teniendo los ojos muy atentos Olivante en lo que por fuerza, aunque por su voluntad le era forzado, no se acordando de ninguna cosa del mundo y olvidado de sí mismo, se estuvo una pieza mirando como la cosa en que más deleite y sabor para poder cebar sus ojos había hallado en el mundo. Y como levantase los pies para subir la segunda grada, Tirseida soltó la flecha que en el arco tenía, y acertándole por medio del corazón que en el pecho tenía señalado, se lo pasó con el verdadero, haciéndole sentir un tan extraño dolor, que así el corazón como las entrañas le parecía que ardiesen en vivas llamas y que todo el fuego del mundo estuviese encendido en su pecho. Y perdiendo el sentido de tan extraño y doloroso sobresalto, cayó tendido en la tierra; donde después que por una pieza hubo estado desta manera, tornando a cobrar el juicio, se halló sin la saeta, aunque no sin mucha parte del dolor que de la herida recebida había sentido.

Y tornando a mirar a Tirseida, la vio en la primera figura que de antes tenía, de que no poco fue maravillado viendo que de la herida ninguna señal le había quedado y que la flecha tenía en el arco como de antes estaba. Y queriendo tornar a probar la segunda vez lo que la primera, le acaeció de la misma manera, y asimismo la tercera, quedando la imagen que a Tirseida veía figurada así firme en su memoria, que con la gloria de acordarse della sintía tan poco la pena que padecía, que como aquel que habiendo hasta aquella hora estado libre de semejantes pasiones, se sentía comenzar a prender de las poderosas fuerzas que el poderoso amor por tan extraño y encubierto camino comenzaba a descubrir en tan aparejadas entrañas para recibir las.

Y porque la noche se acercaba y no vio el remedio que para poder concluir aquel hecho se tuviese, le pareció que antes que de la luz fuese privado sería bien mirar lo que en la huerta quedaba, para que dello pudiese tomar el consejo necesario. Y apartándose de allí, aunque no con tanta libertad de pensamiento como había llegado, anduvo mirando muchas cosas que en la huerta había bien que ver, entre las cuales halló la sepultura del sabio Arsímenes, que entre cuatro muy altos cedros estaba puesta, cubierta de una piedra de cristal tan trasparente, obrada de muy hermosas y ricas labores, tanto, que bien parecía por las manos que había sido hecha. Después que Olivante hubo bien mirado la sepultura, mirando sobre la piedra, como con la vista pudiese traspasarla, vio dentro estar el sabio sepultado, tan entero como si entonces muriera. Vestido con unas ricas vestiduras, mostraba muy gran gravedad en su presencia; en la una mano tenía un libro con unas letras escritas encima de la tabla, que Olivante, con ser en extraño lenguaje, no pudo entenderlas; y en la otra mano tenía una llave apretada.

A esta hora, con la caída del sol las tinieblas se enseñoreaban en aquella parte de la tierra, a cuya causa, y porque del trabajo de aquel día Olivante se sintía con la mucha fatiga quebrantado, pensando tomar algún reposo se recostó junto a la sepultura de Arsímenes, poniendo la cabeza sobre una parte della.¹²⁵ Y comenzando a pensar en muchas cosas, y principalmente en la imagen que en Tirseida había visto, la cual jamás de su memoria se apartaba, estuvo hasta la media noche.

CAPÍTULO I-XXII

CÓMO OLIVANTE VIO MARAVILLOSAS COSAS EN SUEÑOS EN EL CASTILLO ENCANTADO, Y DE CÓMO, COBRADAS LAS ARMAS Y EL CABALLO DE TIRSES, SE TORNÓ DONDE PELISCÁN Y LOS OTROS CABALLEROS ESPERABAN

A Sí como Olivante se tendió en la verde yerba cabe la sepultura del sabio Arsímenes tomando por cabecera la parte que della le fue menester para su descanso, las tinieblas de en derredor del castillo se encendieron en vivas llamas, como acostumbraban hacer, subiendo tan altas que casi parecían tocar en las nubes; y tan grande era el resplandor que del fuego salía, que todo lo que dentro en la huerta estaba se juzgaba como si de día fuera. Olivante se estuvo allí echado gran pieza sin que ningún sueño viniese a sus ojos, fantaseando en su pensamiento la manera que para dar fin en aquella aventura podría tener, y mucha fatiga recibía de pensar que no podría hallarla; pero no le acompañaban así estos pensamientos que por eso se olvidase de la imagen representada en la vista de Tirseida, la cual le tenía los sentidos tan sojuzgados, que en ninguna otra que pensar en ella quisiera ocuparlos, no acabando de conocer, como hombre de tan poca experiencia, la enfermedad que tenía. Con mucho desasosiego dando muchas vueltas de una parte para otra, y otras veces solemnizando su congoja con algunos suspiros que de las entrañas salían, estaba como hombre encantado, no sabiendo qué juzgar de tal novedad como al presente en sí veía, con tan poca esperanza de remedio nacida. Y no le sufriendo el corazón que lo mucho que en él estaba encerrado que no saliese por la boca, con una muy sentible y lamentable voz así comenzó a decir:

—¡Ay dolor, nacido de tan escondido secreto, que la causa del padecer es ajena de la esperanza!; que nace el nuevo mal tan apartado del remedio, que con solo el fin de la trabajosa vida se puede dar fin al engendrado tormento. Cercado soy de pasión sin que sepa la causa de donde procede, pues en el saberla se encierra el desconocimiento della; que si de la primera figura los ojos llevaran semejante mensaje al atribulado corazón, sustentara la esperanza la poca libertad del pensamiento, porque esperando el fin del encantamiento de Tirseida fuera posible

¹²⁵ Orig.: ‘dello’ (53v).

el remedio, del cual la imposibilidad de que mis ciegos ojos se cebaron del todo me hace ajeno. Ciegos se pueden llamar, pues se prendieron sin que puedan decir la causa de donde su daño procede. ¡Ay visión llena de crueldad, producida de aquella por cuyo remedio puesto en peligro lo siento mayor, pues con sola la muerte puedo hacer pago a mi devaneo! ¡Ay amor amor, que si por alguna razón se puede probar la causa de tu ceguedad, por la cual te pintaron con ojos vendados, qué mayor que en la que en mí con principio de tan cruel experiencia has obrado, pues amo sin saber a quién, padezco sin saber la causa, peno sin esperanza y el fin es el consuelo de mi memoria! En la cual buscaré la causa de mi herida en la imaginación representada, para más presto hacer de la vida sacrificio a ti, que de mí nueva manera y diferentes de todos los otros de pedir tu acostumbrado tributo has buscado. ¡Ay Tirseida, que no te merecía mi voluntad de socorrer tu congoja que de ti procediese para que en mí por ti con tan nuevo género de dolor en mayor cantidad se encerrase! Mas no pienso yo que de tu voluntad lo hayas causado, pues la mía de diferente galardón te era merecedora.

Diciendo esto y otras muchas cosas estuvo hasta la medianoche, al cual tiempo tornando a salir el cuerpo del rey Tirsiario del sepulcro donde estaba, con la misma cerimonia que al mediodía ejecutó la venganza de su muerte en los que, habiendo sido causa della, ninguna culpa se les podía atribuir. Y estándolos mirando con mucha atención, después que el sacrificio fue acabado, deseando Olivante con el que dél se hacía hallarse en la gloriosa pena que el dolor de la flecha o vista de Tirseida el día antes había sentido, se tornó a subir por las gradas del sepulcro. Tirseida, vuelta en la divina figura con que de antes le había herido, le tiró la flecha, con la cual perdiendo el sentido con el dulce dolor, cayó tendido en el suelo, sin que por una gran pieza en sí pudiese volver.

En este tiempo le parecía a Olivante que, abriéndose la sepultura del rey Tirsiario y la del sabio Arsímenes juntamente, veía salir dellas los dos desemejados cuerpos, viniéndolo a tomar juntamente entre sí con espantables y muy desemejadas faces. Y mirándolo con desdeñosa y feroz catadura, el sabio Arsímenes le comenzó a decir:

—Menor es la pena que padeces que la que el pago de tu demasiado atrevimiento merece, pues al mucho saber de quien todo lo presente supo hacer con tanta facilidad y poco juicio pensabas contrastar, pues por otro consentimiento que el mío es imposible que punto dello fenezca. Y por que no vivas engañado de lo que tus fuerzas pueden bastar, quiero hacerte gracia de que sepas que así como son dos estos príncipes, por mano de dos en el mundo entre los nacidos estremados, así en bondad en armas como en hermosura, de caballero y doncella, podrán ser sacados, y no de otra manera. Y porque tú sin la compañía que para ello es necesaria has venido, no te maravilles que la ventura te haya fallecido, que mucho por el mucho afán que en la entrada has padecido mereces. Por lo cual sepas que la gracia que has alcanzado es de haber libertado la entrada con sólo el atrevimiento de entrar por las oscuras tinieblas, que a quien adentro quisiere entrar no le fallezca, donde le será manifiesto el secreto de amor de que tan sin razón te sientes agraviado; porque todos aquellos que por amor padecieren verán, los caballeros en el gesto de Tirseida y las doncellas en el de Tirses, de aquellos y

aquellas a quien amaren la misma experiencia que tú has visto. Y los que de semejante batalla no fueren experimentados vendrán en conocimiento de lo que por ellos en caso de amores hubiere de acaecer, siéndoles representados a las doncellas los caballeros y a los caballeros las doncellas a quien adelante hubieren de sojuzgarse, como por la experiencia que en ti en la imagen de Tirseida has visto por ti podrá ser juzgado. Y por que mayor cuidado tengas de buscar el remedio de la pena que no sólo a ti, mas a mí con los dos príncipes y el desdichado padre que presente tienes conviene, te quiero mostrar la imagen enteramente que en la figura de Tirseida viste a la misma manera que en el mundo vive, para que te ponga espuelas el cuidado del daño que con su vista sintieres.

Y diciendo esto tomó al rey Tirsiano por la mano; apartándose entrambos de aquel lugar donde estaban, dejaron al esforzado caballero espantado de lo que veía, no siendo en su mano responderles palabra a lo que decían, para lo cual le sobraba la voluntad, sino que, teniendo los ojos abiertos, la lengua le parecía estar atada. Pues no tardaron mucho los dos sepultados que, tornando adonde Olivante estaba, trujeron entre sí una doncella como la que en Tirseida había visto figurada, con tan estraña y admirable hermosura, que para confirmar la voluntad de Olivante y lo que en su corazón había sentido solos los ojos con que se veía ser mirado bastaban; los cuales no con¹²⁶ menos agudas flechas ni con menor dolor le herían que la que del arco de Tirseida su corazón había pasado. Venía con atavíos de inestimable riqueza, y sobre sus cabellos, que de muy fino oro parecían, traía una guirnalda hecha de tantas perlas y piedras, que sola la claridad que dellas salía bastaba, sin la de las llamas del fuego para que la huerta estuviera muy clara y todo lo que en ella había pudiera verse. Pues después que por una pieza estuvieron los dos con ojos muy amorosos acatándose el uno al otro, falleciendo la lengua, aunque no la voluntad, a Olivante para hablar, la doncella con un gesto algo triste se abajó donde Olivante estaba echado, y quitándole las armas de encima del lado siniestro y desabrochándole la ropa que encima tenía, le estuvo mirando el corazón que encima del verdadero tenía figurado; y poniendo las manos en él, le pareció a Olivante que, sin que en él pudiese haber resistencia, la doncella le abría por allí hasta las entrañas, y trabándole con las manos muy recio del corazón, le decía:

—¡Ay Olivante de Laura, que pues sólo para mí naciste en el mundo, sola te quiero gozar en cuanto pudiere! Que la mitad de tu corazón llevo conmigo porque es mío, y el que queda te dejo prestado para que busques con él lo que agora te llevo con el mío, que contigo más firme, para mayor fatiga hasta el fin del verdadero descanso queda.

Y como esto decía, pareció verdaderamente a Olivante que, partiéndole el corazón, le llevaba la mitad, dejándole con tan extremo dolor, que del todo fue causa de fallecerle el sentido. Y después que un poco de tiempo hubo estado fuera de sí, tornando en su acuerdo se halló junto a Tirseida como cuando allí había llegado, teniendo bien en la memoria lo que presente por él había pasado y sintiendo tan fuerte y grave dolor en el corazón de la fuerza que la doncella le hiciera, que no pudo estar sin mirar en aquella parte; y quitándose las armas de

¹²⁶ Suplo 'con' (54v).

encima, halló que del corazón que tenía figurado bermejo le faltaba la mitad, quedando la señal tan blanca, que bien daba a entender cómo de antes había estado. Y maravillado de ver que la fuerza hubiese sido verdadera y no fantaseada, como había pensado, muchas eran las cosas que en su imaginación se representaban, dando lugar a la poderosa fuerza con que las fuerzas de aquella hermosa y divina doncella su lastimado corazón había sojuzgado, recibiendo algún consuelo con las palabras que del sabio Arsímenes había oído, teniendo por cierto que poniendo el trabajo en buscarla la hallaría, donde, aunque de otra cosa no pudiese gozar, a lo menos con la vista sustentaría el deseo hasta que la ventura guiasse lo que debiese hacer.

Pues estando pensando en esto y en otras cosas, ya cerca de la mañana, fatigado con el mucho trabajo que el día y la noche había llevado, se adurmió por espacio de media hora, en el cual tiempo tornando el sabio Arsímenes adonde estaba sin la compañía que antes había traído, le dijo:

—¿Qué piensas, Olivante? Esfuerza con la esperanza de la fortuna, que tanto bien te ha prometido cuanto jamás a hombre mortal se concedió. No desmayes en la perseverancia, pues el fin te será tan glorioso, que el menor premio merezca mayores trabajos. Y pues que las armas has parado tales en la prueba de la ventura que poco provecho con ellas puedes hacer, un servicio quiero que recibas de mi mano, pues que cuanto ha que el encantamiento es hecho te lo tengo guardado, que será darte unas hermosas armas que al tiempo de la desventura del rey Tirsiano para su hijo había comenzado con mi saber a fabricar. Y porque tu esfuerzo, junto con la ventura próspera, te quitan de necesidad de ayuda que dellas, siendo encantadas, podías recibir, quiero que con sola la fuerza que en ellas de sí mismas consiste las recibas, juntamente con un caballo, el cual, allende de su hermosura, que ninguno en el mundo le iguala, para que jamás te falte va dotado de tal gracia, que ningunas armas pueden empecerle; que sin miedo ninguno de su daño te puedes meter en cualquiera prisa que quisieres. El escudo te doy figurado con lo que por ti has visto pasar, lo cual así como has visto verdaderamente podrás creer que fue cierto, y que la doncella que aquí viste no fantástiga ni su forma, mas ella misma verdaderamente con mi saber fue aquí venida. Y si algún tiempo pudieres saberlo della, yo sé que te dará razón de todo lo pasado como tú mismo lo has visto, mostrándote el medio corazón que tan sin piedad te llevó robado.

Y como esto acabó de decir desapareció sin que Olivante pudiese responderle; el cual tornando en aquella hora en su acuerdo, ya que el día comenzaba a esclarecer, no sabiendo si hubiese sido sueño o el sabio con verdad lo hubiese hablado, se vio vestido de unas muy fuertes y muy ricas armas verdes, de tanta hermosura, que bien mostraban haber sido hechas por manos de quien tan gran saber alcanzaba. Eran todas pintadas de unas estrellas blancas con muy sutiles labores, y en el escudo tenía figurada una huerta con mucha arboleda, y en medio della tendido un caballero, y una doncella que metiéndole las manos por el costado siniestro le sacaba la mitad del corazón, ni más ni menos de como por él aquella noche había pasado. Y asimismo vio arrendado a un árbol un poderoso caballo con todo su aderezo, cuya hermosura hacía bien verdaderas las palabras que el sabio

Arsímenes había dicho. Era todo blanco como la nieve y pintado de unas coronas tan bien obradas y puestas con tanto concierto, que sola la vista deleitaba, pareciéndole ser obra que toda forma de naturaleza excedía.

Olivante agradeció en su voluntad al sabio tan hermosos dones como le había dado, juntamente con el próspero fin que de sus tribulaciones le prometía. Y subiendo encima de su caballo, con muy gran tristeza se volvió hacia la sepultura del uy Tirsiano, y mirando a Tirseida, le dijo:

—¡Ay hermosa doncella, cuán cara me cuesta vuestra vista sin que mi voluntad de serviros haya podido haber efecto! De lo cual no menos es la pena que conmigo llevo que la que vos queda, porque procurándoos el bien hallé mi mal para mayor bien de quien lo padece.

Y de ahí¹²⁷ tornando a mirar a Tirsés, le dijo:

—Valeroso príncipe, recibid mi voluntad aparejada a vuestro servicio, pues ha faltado la obra donde sobraba el deseo. Y las armas y caballo que conmigo llevo recibo prestadas para tornaros cuando en vuestro libre poder seáis, en lo cual pondré todas mis fuerzas con sobrada diligencia para hallar a quien la ventura para libraros favorezca más que a mí.

Y acabando de decir esto, volviendo el caballo se fue por la huerta adelante hasta llegar a la puerta por donde había entrado, en la cual halló al hortelano que la entrada le había impedido con una llave en la mano, que abriendo la puerta que cerrada tenía, le dijo:

—Ya de hoy más seré libre del trabajo pasado. Sólo me resta a todos los que vinieren dar entrada, pues por vos, como el mejor caballero del mundo, les ha sido franqueada. Plega a Dios que cedo vea yo el fin desta trabajosa prisión.

Olivante, que en otros cuidados llevaba metidos los pensamientos, no le respondió cosa ninguna, mas tirando adelante, pasando todo el castillo se metió por la oscura niebla sin temor ninguno; la cual con no menos afán y peligro pasó que a la entrada había hecho, siéndole representadas aquellas espantables y temerosas visiones con disformes y feas figuras. Mas el animoso corazón de Olivante, como para otras mayores afrentas se guardase, no le falleciendo punto del esfuerzo en aquella en que estaba, salió de entre todas ellas hasta verse en el campo que delante de la niebla se hacía; en el cual llegando y viéndose fuera de tantos peligros, aunque no del que encubierto traía en su memoria, hincando las rodillas en tierra dio muchas gracias a Nuestro Señor. Y pasando por donde el padrón estaba puesto con las letras que ya vos dijimos, hallando mudada la sentencia dellas, vio que decía desta manera:

De aquí adelante la entrada del castillo será libertada para los caballeros que la temerosa entrada de la niebla con el esfuerzo necesario osaren pasar, pudiendo resistir a la resistencia que para impedirles el camino les será hecha, la cual a las dueñas y doncellas será libre sin contradicción. Y aquellos y aquellas a quien el ánimo bastare hallarán muy claro dentro el secreto de sus secretos de amor, siéndoles manifiesto así lo que por ellos hubiere pasado como

¹²⁷ Orig. 'si' (55v).

lo que por venir les hubiere de acaecer. Por lo cual, mudado el nombre primero, será llamado el Castillo de los Secretos de Amor.

Así como Olivante hubo leído las letras, bien conoció en lo que por él había pasado que dijese verdad. Y estando para partirse de allí llegaron su leal amigo Peliscán con el buen caballero Belises y los otros caballeros, los cuales muy espantados habían estado de su tardanza; y maravillados de cómo hubiese tornado a salir sin que la ventura hubiese habido fin, y asimismo de las hermosas armas y caballo que traía mudadas, las cuales Belises, que en poder del sabio las había visto, conoció luego, Olivante les dijo muy enteramente todo lo que le había acaecido y lo que dentro había visto, quedando solamente lo que ser secreto convenía. Y asimismo les contó por la forma que había sabido que el encantamiento por mano de caballero y de doncella sería deshecho, y todo lo que más le pareció que debía; de lo cual los caballeros de la isla recibieron mucha alegría, teniendo por cierto que cedo verían lo que tanto deseaban. Y como leyeron las letras del padrón, todos se determinaron de ver por los ojos lo que de Olivante habían oído.

Y haciendo comer a Olivante de la provisión que Belises allí había hecho traer, Peliscán y Belises se determinaron de entrar aquel día en el castillo; y como Belises, aunque viejo, en su tiempo hubiese sido muy buen caballero, los dos pasaron la niebla con animoso corazón, y entrando por la puerta del castillo, que abierta hallaron, lo anduvieron todo; y después entrando en la huerta, hallando al hortelano a la puerta, que la entrada les había abierto, pudieron bien ver lo que habían oído ser verdad. Y llegando al sepulcro a la hora de mediodía, vieron lo mismo que Olivante que el rey Tirsiano con sus hijos hacía. Y llegando más cerca Belises, subiendo por las gradas del sepulcro vio a Tirseida que, convertida en la figura de su misma mujer, le tiró la flecha, haciéndole caer sin ningún sentido de las gradas abajo; mas tornando de ahí a poco en sí, vio estar a Tirseida en la misma figura que de antes. Asimismo Peliscán, queriendo subir para saber la experiencia, vio en Tirseida una hermosa figura de doncella, a sus ojos la más que jamás hubiese visto, y no siendo dél conocida, la estaba mirando; mas soltando la flecha del arco, le hizo asimismo fuera de su juicio caer en la tierra. Y estando por espacio de un cuarto de hora, tornó en su acuerdo diciendo:

—Por cierto, con verdad se puede llamar éste el Secreto de Amor, pues habiendo pasado por mí, a mí mismo me es encubierto.

Mas la figura de la imagen, aunque al presente no le dio mucha pena, no dejó adelante de sentir la verdadera profecía que de sus amores daba.

Pues acabado de ver esto y todo lo que en la huerta quedaba, con la sepultura del sabio Arsímenes, se tornaron a salir, pasando el castillo y la niebla hasta el padrón donde Olivante esperándolos estaba. Y porque era ya casi noche se fueron a la villa donde Belises tenía su habitación, y en su casa les fue hecho todo servicio tan abastadamente como si en casa de un gran príncipe hubieran llegado. Y de ahí adelante todos los caballeros de la isla y muchos de lejas tierras, porque por todo el mundo se extendió luego la fama de la ventura del Castillo de los Secretos de Amor, venían a probarse en ella, hallando la misma experiencia que Olivante y los otros caballeros habían dentro hallado.

CAPÍTULO I-XXIII

CÓMO OLIVANTE DE LAURA Y PELISCÁN SE PARTIERON DEL
CASTILLO DE LOS SECRETOS DE AMOR, Y LO QUE MÁS LES AVINO
YENDO POR LA MAR ADELANTE

CINCO días estuvieron Olivante y Peliscán en casa del buen caballero Belises, y al cabo dellos despidiéndose dél y de todos aquellos otros caballeros de la villa, tomaron el camino de la mar hacia la parte que el barco con los salvajes había quedado. Y llegados a la ribera, los salvajes mostrando en los semblantes con su llegada muy crecida alegría, llegaron la proa de la barca en tierra, y recogidos los caballeros y escuderos con los caballos dentro della, alzaron velas moviendo de la isla de Landas.¹²⁸ Y metiéndose por medio de los golfos en profundidades de la espaciosa y inquieta mar, caminaron seis días, a veces con próspero viento y otras con desasosiego de las hinchadas y movibles ondas, en cabo de los cuales el barco llegó a una playa asaz espaciosa y muy llena de florestas y arboledas, que bien parecía ser tierra muy viciosa y de gran abundancia. Y como no supiesen la tierra que era, con deseo de conocer a qué parte hubiesen arribado, Olivante mandó a Darisio sacar el caballo en tierra, y lo mismo hizo Peliscán, y tomando sus armas y los caballos, y los escuderos sus palafrenes, tomaron el camino hacia una floresta que una senda que a la marina hallaron guiaba. Y no hubieron andado muchos pasos cuando, sintiéndose llamar atrás y volviendo las cabezas, vieron encima del borde del barco una doncella con muy ricos atavíos y una vara en la mano, la cual alzando la voz contra Olivante, le dijo:

—Esclarecido y animoso caballero, perdona la fuerza que te hago en tiempo que poca falta te puede hacer, porque, cuando sea tiempo, quien nunca está sin cuidado de favorecerte le tendrá de servirte con esto de que al presente no tienes necesidad y con todo lo que para tu servicio fuere necesario.

Y como esto acabó de decir, sin esperar alguna respuesta hirió con la vara a los salvajes en las cabezas, los cuales tomando los remos en las manos, en muy breve tiempo se dieron tanta prisa que presto desaparecieron delante de los ojos de Olivante; el cual, aunque sintió alguna pena de la falta de tan buena compañía, sintiendo por cuyo mandado fuese hecho lo tuvo por bueno, teniendo por ciertas las palabras que la doncella dijera. Y allí contó por estenso a Peliscán lo que con la sabia Hipérmea su tía había pasado al tiempo que el barco con los salvajes le diera, como la historia lo ha dicho. Y hablando en que, pues el barco les había faltado, debían quedar en tierra donde hubiesen de morar algunos días, les anocheció en medio de lo más espeso de la floresta, y caminando mucha parte de la noche sin que saliesen della ni topasen persona a quien poder preguntar, les convino apearse de los caballos para tomar alguna holganza, que asaz fatigados de la mar habían salido. Y hallando en un valle cerca de allí una muy hermosa fuente, quitando los frenos a los caballos para que pudiesen pacer de la yerba, y habiéndose lavado y refrescado en ella, comieron de lo que sus escuderos del barco habían sacado. Y

¹²⁸ Orig.: 'Landes' (58r).

después recostándose sobre la yerba, poniendo sus escudos debajo de las cabezas dormieron un rato, y lo mismo hicieron Darisio y el escudero de Peliscán.

Mas Olivante, que con el desasosiego no acostumbrado del nuevo pensamiento no le pudo mucho durar el sueño, que despertando con un gran suspiro, los ojos llenos de lágrimas que sin sentirlo por su muy hermoso rostro de hilo en hilo caían, comenzó a decir:

—¡Ay secreto hallado para principio de mi fatiga, con cuánta rigurosidad has hecho aposento en las entrañas que más de ti pensaban estar olvidadas, pues con la libertad busqué la sujeción de mi daño! Y lo que siento más es no saber a dónde consiste el remedio, porque amo sin entender a quién. Si quiero buscar, lugar y persona me son encubiertos. No alcanzo el merecimiento para saber si con el poco mío me sustentaría la esperanza. ¡Ay Tirseida, quién de tu sola vista gozara sin querer escudriñar los secretos que para mi mayor dolor estaban guardados! Mas pues tal ha sido mi ventura, el sufrimiento hasta hallar el mejor camino de remedio será medicina.

Y diciendo esto y otras muchas cosas sin que Peliscán ni los escuderos lo sintiesen, estuvo hasta pasadas dos horas después de medianoche, al cual tiempo oyendo tañer junto a la fuente una churumbela¹²⁹ de pastor muy dulce y sabrosamente, la estuvo escuchando, pareciéndole recibir con el suave son della algún alivio de su tormento, como para quien era tan necesario. Y despertando a Peliscán, que sin ningún cuidado estaba dormiendo, los dos estuvieron atentos, pareciéndoles que jamás la hubiesen visto tan graciosamente tocar. Y yendo muy paso por entre los árboles sin que del que la tañía pudiesen ser sentidos, vieron que era un pastor que echado cabe la fuente, dejando de tañer, con un tan doloroso suspiro que las entrañas parecían quebrársele comenzó a decir:

—¡Oh montes, valles deleitosos, florestas dulces y sabrosas, fuentes, arroyos y corrientes ríos, suaves flores y rosas que en esta dulce floresta se producen, pues con la tranquilidad del manso viento y con el silencio nocturno tenéis lugar y aparejo, resonad con el desdichado Silvano las dolorosas quejas, las tristes desventuras de la mayor y más dichosa ventura suya! Parleras aves que aposentadas en los floridos árboles escucháis las lamentaciones acostumbradas de quien continuo vuestros oídos con ellas atormenta, pues que por naturaleza os es concedido, publicad juntamente conmigo con vuestras arpadas lenguas la causa de mi dolor, para que con oírla reciba mayor consuelo del que por padecerla se merece. Ni sé si me queje del atrevimiento de mi fantasía, pues en tan alto grado hizo su aposento donde faltó la posibilidad para subir y sobró la razón para desesperar. ¡Ay Silvano Silvano! Pues consentiste en la ceguedad de la afición donde no puede haber esperanza, asienta la firmeza en la memoria, para que la sabrosa y dulce contemplación te sustente con la gloria de haber puesto el pensamiento donde a otros de grandes y crecidos estados les faltara el atrevimiento.

¹²⁹ Flauta.

Y como esto hubo dicho, tornando al sabroso son de la churumbela, tañendo un poco y cantando otro poco, con una dulce y suave voz comenzó a decir esta canción:

A tan alta fantasía,
 ¿qué pena puede igualarse,
 ni qué más gloria alcanzarse
 que ser muerto en tal porfía?
 ¿Quién pide más galardón
 del que la pena le da,
 si en la pena tal está
 cual le da la presunción,
 que en ella encerrado va?
 Porque a tan gran fantasía,
 ¿qué pasión puede igualarse,
 ni qué más gloria alcanzarse
 que morir en tal porfía?

Así como el pastor hubo acabado de cantar con mucha suavidad la canción, tornando a sus principiadas quejas decía:

—¡Ay amor poderoso, cuyas leyes van fuera de toda razón, pues en tan pequeño cimiento fundaste obra de tanta presunción y soberbia como en los pensamientos de un pobrecillo pastor que aun para publicar sus dolores donde de gentes puedan ser oídas le falta el atrevimiento, pues de todo el mundo sería tenido por el más sandio hombre y fuera de juicio que hubiese sido nacido, viendo la desigualdad de tan alta y soberana princesa a tan abatido y pobre pastor! ¡Ay soberana y divina imagen, cuánto mejor fuera para el pobre Silvano jamás haberte visto, pues con la vista el daño de que tan lejos está el remedio cuanto la distancia del merecimiento, que es infinita, ha causado! Pues venga la remediadora muerte, con la cual feneciendo el desaventurado Silvano, fenecerán sus demasiados dolores y mortales cuitas, descansando de lo que con la desdichada y triste vida será imposible.

Pues diciendo esto y otras cosas de mucha lástima el apasionado pastor, quedando como desacordado de sí, se le cayó la flauta de las manos con un desmayo, que los caballeros que lo veían muy claramente lo conocieron. Y llegándose junto a él sin que dellos hubiese sentimiento, como la luna hiciese muy clara, vieron que era tan mozo que no parecía de edad de catorce años, con un gesto lleno de tanta hermosura cuanta en un hombre mortal se podía pensar. Los cabellos tenía muy rubios y algo crespos, y los vestidos muy pobres. De sus ojos estaban corriendo muchas lágrimas en gran abundancia, tanto, que bien mostraban las quejas que publicaba proceder de demasiada afición.

Olivante, que de la misma pasión encubiertamente sus entrañas traía llenas, con la experiencia que delante veía no pudiendo tener su sufrimiento, con muchos suspiros y lágrimas que sin sentirlo se le caían lo acompañaba, considerando que siendo un pastor, en quien por razón debía haber tan pobre juicio para caber tan

mortal y doloroso sentimiento, qué haría a quien la discreción estaba más aparejada para recibir en sí las dulces pruebas de amor. Porque, aunque los hombres discretos con la prudencia en todos los casos puedan aprovecharse, en la resistencia de amor la discreción falta y el juicio se ciega; que en quien más discreción cabe, más presto cae en los hondos piélagos de sus crueles tratos.

Y después que por una pieza estuvieron mirándole, Peliscán le trabó del brazo diciéndole:

—Buen pastor, recordad de vuestro desacuerdo y no deis tanto lugar a la desesperación, porque a las veces las cosas que al parecer son imposibles, con la ayuda de la ventura se alcanzan; y así podrá acaecer a vos en el mal que tanto os doléis.

El pastor, que hasta entonces a ninguno dellos había sentido, tornando en sí despavorido, como quien de grave y pesado sueño despierta, viendo la buena manera con que le hablaba, desechado todo temor, les respondió:

—Buenos señores, a quien Dios siempre dé más descanso y alegría de la que yo tengo, no son tan livianos mis males que la ventura tenga poder de darles remedio; porque ya entonces diríamos que naturaleza obraba, mas con el consuelo que tengo de padecerlos me siento tan lleno de gloria, que el mayor mal que me podría venir es verme sin ellos.

—¿Puédense saber —dijo Olivante—, para que conozcamos si hay razón en lo que publicáis?

—Sí —dijo el pastor—; porque aunque publique la alteza de la gloria del mi atrevido y subido pensamiento, no por eso hago perjuicio donde sobra la bondad, no para resistir las flacas fuerzas de un desdeñado pastor, mas al más valeroso y soberano príncipe o caballero que en el mundo hubiese.

—No son palabras ésas de quien vos decís —dijo Olivante—, mas de muy alto sentimiento y subido juicio. No sé yo quién tras las ovejas os enseñó a hablar con tan prudentes razones, llenas de tanta excelencia.

—El amor —respondió el pastor—, que a los rudos hace sabios y a los que poco saben discretos, y a los mudos hace hablar, como a mí; que no yo, mas la parte que de mí tiene, aunque bien puedo decir el todo, desata mi lengua para publicar lo que el apasionado corazón siente. Y por que sintáis la razón que para decir esto tengo, por otras dos causas, allende de la que he dicho, osaré publicarlo: la una, porque me parecéis caballero en quien debe de haber toda bondad y mesura y os doleréis de mi pena; y la otra, porque descanso en contar mi fatiga, porque de lleno el corazón desea que salga por la boca.

Sabréis, mis buenos señores, que siendo yo de tan baja generación que mi padre y mi madre, siendo pastores, no tienen otra cosa que una morada en esta floresta con unas pocas de ovejas y otro ganado de que a mí me hacen guarda, habrá pocos días que el emperador desta tierra y el rey Aureliano de Macedonia, habiendo sido presos en un castillo de un bravo jayán y teniéndolos para quemar, por el sobrado esfuerzo de un bienaventurado caballero, con ayuda de otros que le favorecieron, bastó a librarlos de la desdichada muerte que aparejada les estaba. Y podrá haber un mes que el Emperador y el rey aportaron a esta tierra, donde los vasallos, alegres con su venida, les hicieron solemne recibimiento, con todas aquella fiestas

y placeres que les fue posible mostrar. Y el rey Aureliano deseando verse en su reino de Macedonia, se partió luego; y como fue llegado, porque al Emperador lo había así prometido, le envió luego a su hija la infanta Galarcia, acompañada de muchos caballeros y dueñas y doncellas, para que con la princesa Lucenda estuviesen juntas en compañía. La cual puede haber quince días que pasando por esta floresta, tomándoles en ella la noche, les fue forzado quedarse en la posada de mi padre, porque tan aina¹³⁰ no aportarían a poblado. y allí les fue hecho todo el servicio que la pobreza nuestra podía bastar. Y yo, que la poca edad me había defendido que hasta agora jamás mi corazón hubiese en ninguna parte sujetado, aunque de muy hermosas pastoras muchas veces he sido requerido, hallándome ajeno de aquella libertad cuando en su presencia me vi, de tal manera me fallecieron los sentidos, que con el nuevo dolor saliendo de mi sentimiento, delante della caí desmayado, deseando la muerte en pago de mi locura. Y después que por una pieza así estuve, tornando con un gran suspiro en mi acuerdo, la vi que con lástima de mi mal me tenía asido por una mano, teniéndome uno de los caballeros que con ella venían en sus brazos, y mi padre y madre llorando, teniendo por muy verdadera mi muerte, como jamás de aquella manera me hubiesen visto. Yo que mis manos sentí ser tocadas con las que darme la vida podían, echándolo a la merced que en ello me hacían, se las besé para descanso de mi atribulado pensamiento, y respondiendo a muchas cosas que por la infanta y por los caballeros me fueron preguntadas di claramente a entender mi pena, de que así la infanta como todos ellos rieron de ver cómo mostraba en mis palabras lo que ninguno tuviera atrevimiento por de mucho valor que fuera. Y estando hablando la mayor parte de la noche en muchas cosas, la infanta me preguntó si me quería ir con ella y estar en su servicio. Yo, que ninguna cosa más en el mundo deseaba que la merced que me hacía, le respondí que ninguna para mí podía ser tan grande; mas mi padre nunca quiso consentir en el bien que me venía; por lo cual me convino quedar. Y creciendo cada día el cuidado de verme ausente de quien conmigo está contino, para alivio de mis tormentos me salgo cada noche por esta floresta y con mi churumbela, como habéis visto, paso el dolor publicando con mis mal compuestos versos y torpes razones la queja que de mí por mi liviandad y atrevimiento debo tener. Y si vosotros conociédes a esta hermosa infanta de Macedonia, no me culparíades, viendo la poca posibilidad que para resistirlo en mí con razón pudo haber.

Muy espantados fueron los caballeros de ver el verdadero amor que el pastor, siendo tan niño, en tan subido lugar publicaba. Y mucho fueron ledos de saber que estaban en el imperio de Constantinopla; y más Olivante, que su voluntad era mostrar en aquellas partes su valor, de manera que sin ninguna vergüenza pudiese llamarse hijo de aquel esclarecido rey que Peliscán de parte de la sabia dueña le había dicho ser su padre. Y viendo al hermoso pastor enamorado de su hermana, habiéndole lástima, como aquel que del mismo fuego era tocado, le dijo:

—Enamorado pastor, en mucha gracia os tenemos la confianza que de nosotros habéis hecho en querernos manifestar vuestros trabajos, que bien creo que

¹³⁰ Pronto.

adevinábades a decirlo a personas que, sabiendo el mal que es, os ayudaremos a padecerlo procurándoos todo el remedio que en nuestra mano fuere posible. Y si fuere vuestra voluntad iros con nosotros, que a la ciudad de Constantinopla hacemos nuestro viaje, con muy buena voluntad os llevaremos, aunque vuestro padre reciba agravio. Y de mi parte os prometo hacer todo mi poder para que en su servicio esa infanta que decís os reciba, donde por galardón de vuestra pasión a lo menos gocéis de la vista, con la cual podáis recibir alivio de vuestro padecer.

—Muchas mercedes —dijo el pastor—; que yo acepto la que en eso me hacéis, por ser la mayor que al presente puedo recibir.

—Pues vamos en el nombre de Dios —dijo Olivante—, que no es justo tanto saber y buenos pensamientos sean empleados en los solitarios montes, donde con ninguna persona pueden ser comunicados; que, aunque con la palabra, no hay quien pueda daros consuelo.

Y diciendo esto se fueron a llamar los escuderos, que sin sentir nada de lo pasado habían dormido hasta aquella hora, y echando las sillas y frenos a los caballos, ya que quería amanecer tomaron el camino por donde el pastor los guiaba, al cual Darisio llevaba en las ancas de su palafrén hasta que llegasen a poblado donde se lo pudiesen comprar.

Yendo así todos juntos, Peliscán le preguntó cuánto había de allí a la ciudad de Constantinopla, y el pastor le respondió que tres jornadas, y todo de muy buen camino. Y aunque algunas aventuras les acaecieron, así de justas como de otras demandas con algunos caballeros andantes, aquí no se hace mención dellas por ser de poca nombradía, más de que a todas ellas con mucha facilidad dieron cima. Y todas las jornadas fueron con muy grande espanto de ver la grande hermosura y discreción del pastorcillo y ver las cosas y primores que sobre sus amores hablaba; con lo cual, y con su churumbela cantando suaves y graciosos sonos, les hacía no sentir el camino, que muy breve se les hizo, hasta que llegaron una noche dos leguas de la gran ciudad de Constantinopla, y por ser tan tarde se quedaron en casa de un buen hombre que por en una floresta vivía, del cual aquella noche fueron todos ellos por él muy bien albergados. Y después que en algunas cosas hubieron hablado, Olivante, que deseo tenía de saber nuevas de la corte del Emperador, preguntó al huésped lo que della sabía; y el huésped, que conoció ser extranjeros y personas que mostraban haber en sí todo merecimiento y bondad de armas, les respondió:

—Buenos señores, la corte está ahora la más alegre y regocijada que jamás estuvo por la venida del Emperador, que, como habréis sabido, pocos días ha que fue suelto de una prisión; y como él sea tan buen príncipe y tan amigo de hacer honra a los que la merecen, su corte es acompañada de los más escogidos caballeros, así de los andantes como de los naturales, que hay en el mundo; y entre ellos hay muchos valerosos príncipes y grandes señores y otros caballeros de gran nombradía, los cuales estos días no han entendido en otra cosa que en justas y torneos y otras invenciones con que más alegría al Emperador puedan dar. Y agora, por la venida de la infanta Galarcia de Macedonia, que para la princesa Lucenda se ha venido, las fiestas tornaron como de nuevo. Aunque para los caballeros la mayor fiesta, a mi ver, es gozar de la vista de tan soberana y crecida

hermosura que como entre la princesa y las infantas que con ella están se encierra, las cuales no mujeres, mas ángeles que viven en la tierra se pueden decr; porque a la beldad de la princesa Lucenda no creo yo que en el mundo podrá ser mujer que la pase; que aunque la de la infanta Galarcia es muy mucha, con muy gran parte no le iguala.

—A quien la mirare con ojos ciegos —respondió el pastorcico—; que a vos la afición de ser su súbdito os hace parecer lo que decís. Quizá los que fueren del reino de Macedonia juzgarán otra cosa. Y por eso nunca debríades afirmar lo que no podréis mantener si os lo contradijeren, pues a mí y a vos la ventura nos quitó del cuidado de las armas, y así a vos con la vejez de hablar en hermosura ni amores.

El huésped que así oyó hablar al pastor, fue maravillado; y viéndole estar algún tanto sañudo, no le respondió a lo que decía, más de decir:

—Vos habláis a vuestra voluntad y yo a la mía, y la vista dará el testimonio de lo que digo, pues mañana podréis verlo claramente; que sabed que de aquí a la ciudad hay dos leguas, y en medio del camino, que es en la falda desta floresta, está una casa de placer donde el Emperador se suele muchas veces venir a holgar, y agora habrá ocho días que está allí con casi todos los caballeros cortesanos, porque hay muy grandes aposentos, y cada día justan y tornean y hacen otros regocijos. Y habrá tres días que un hijo bastardo del rey de Frigia, llamado Fermusio Troyano, porque se dice descender de la sangre del rey Príamo, caballero de muy gran nombradía y de muy gran hecho de armas, defiende el paso a todos los caballeros que por allí quieren pasar con ciertas condiciones que allí les declaran, como si allá vais podréis muy bien ver. Y cierto, en estos tres días no pienso que caballero hubiera en el mundo que tan altamente se hubiera mantenido, porque más son de sesenta caballeros a los que ha hecho dejar la silla, y entre ellos a muchos y muy preciados, así de los de fuera como de los de la corte, y todos le han cobrado tanto temor que apenas habrá ya ninguno que quiera salir a contrastarle. Y el Emperador huelga mucho de ver los grandes hechos que allí acaecen, y estará allí de aquí a siete días, que se cumple el término de diez días que Fermusio Troyano ha de mantener, porque así lo ha prometido.

—Maravillas nos habéis contado —respondió Olivante—; y mañana yo pienso ir a ver lo que decís, porque en mucho tengo que en la corte del Emperador no haya quien baje el orgullo dese caballero.

—Y ¿pensáis os probar en el paso? —respondió el huésped.

—No sé lo que ende haré —dijo Olivante—, que agora no tengo ese pensamiento.

Y con esto, por ser ya muy tarde, se fueron a dormir. mas con muy poco reposo pasó Olivante, hasta que vino la mañana.

CAPÍTULO I-XXIII
CÓMO OLIVANTE, DISFRAZADO EN EL HÁBITO DE SILVANO, SE
FUERON LOS DOS A LA CORTE, Y DE LO QUE CON LA PRINCESA
LUCENDA Y LA INFANTA GALARCIA PASARON

AQUELLA noche Olivante, estando en el lecho, jamás sus ojos se dejaron vencer del sueño, vacilando en el pensamiento en muchas cosas que muy gran desasosiego traían en su corazón, y principalmente las que en la huerta del Castillo de los Secretos de Amor le habían acaecido. Y pensando en lo que la noche antes a su huésped había oído contar de la estremada hermosura de la princesa Lucenda y lo que todo el mundo decía della, se le puso en la fantasía que debía ser ella en cuyas manos su corazón había ido dejándole con el poco descanso y reposo que hasta entonces había tenido, y no pudiendo apartar esto de su memoria, pensaba la manera que podría tener para saberlo. Y ya que la luz del día comenzaba a mostrarse con la acostumbrada vuelta del claro sol que acercándose venía, se levantó y cubriéndose con un manto de escarlata que le dio Darisio se salió por la floresta, en la cual topó debajo de un árbol a Silvano, que en sus acostumbrados pensamientos y quejas se ocupaba, y cabe él algunos pastores que oyendo los sonos de su churumbela y las canciones que cantaba, le estaban con mucha atención escuchando. El cual como vido a Olivante, levantándose de donde estaba se vino para él diciendo:

—Para el poco reposo mío bastara hacer tan corta la noche y tan largo día, que gran madrugada ha sido ésta para el poco camino que hoy tenemos de andar.

—Dondequiera hay cuidados que desasosiegen —respondió Olivante—, y en mí no faltan, aunque no de la calidad de los que tú tienes. Y por que sepas cuán buen amigo pienso ser en tus fatigas, quírote decir lo que he pensado. Y es que antes que en la corte del Emperador me dé a conocer me conviene avisarme de algunas cosas que tengo necesidad; y para esto me parece que disfrazado en el mismo hábito que tú traes podremos ir juntamente los dos, y yo sabré lo que quiero y tú podrás gozar por ventura de la vista cuanto desees. Y de allí podremos mirar lo que más nos conviene hacer.

Silvano, que algo de la voluntad conoció de Olivante, no queriendo saber dél más de lo que le decía, le quiso besar las manos por la merced; mas Olivante tirándolas afuera, le dijo:

—Silvano, procura haberme otros vestidos como los tuyos sin que ninguno lo sienta, que Darisio te dará recaudo para ello, y vamos de aquí lo más cedo que sea posible. Y cata que sepas tener secreto de lo que pasare, por que no se sospeche alguna cosa fuera de nuestro pensamiento.

—Perded el cuidado —dijo Silvano— en eso y en lo que más conviniere.

Y dicho esto, se fue para Darisio, y tomando dél algunos dineros, muy prestamente compró de uno de aquellos pastores los aderezos que le pareció ser menester, y vuelto a Olivante, le dijo cómo tenía ya todo recaudo. Olivante se fue para Peliscán, al cual halló durmiendo, y despertándole, le dijo:

—Señor Peliscán, yo he prometido un don a Silvano, el cual me ha pedido una cosa que no poco holgaréis de oír: que yo vaya hoy con él donde la infanta Galarcia está, dejando las armas y vestido de semejantes vestiduras que las tuyas; y como sea cosa de que yo tan poco perjuicio reciba, y yendo disfrazado en su hábito podré tomar lengua de las cosas de la corte y saber lo que después de venido más nos conviene hacer, no le he querido negar su demanda. Por tanto, os pido de merced que tengáis por bien de esperarme hoy aquí, que sin duda yo volveré aquí esta noche.

Peliscán, oyendo lo que Olivante le decía, se reyó mucho de lo que Silvano había demandado, diciendo:

—Mi buen señor, de ninguna cosa podréis vos holgar que yo no reciba sobrado place; mas no querría que, por ventura, del Emperador o de algunos de los caballeros que con él en el Castillo de los Cinco Peñones estuvieron fuésedes conocido, que muchas cosas se podrían sospechar de vuestra disimulación.

—Deso me guardaré yo —respondió Olivante—, que no me acercaré donde me vea en ese peligro.

Y saliendo donde Silvano estaba, le dijo de la manera que con Peliscán lo había hablado. Y vistiéndose de los vestidos del pastor, tomando su cayado en las manos, se entraron él y Silvano donde Peliscán estaba; el cual holgó mucho de verlos de aquella manera, diciendo:

—Mal encubre el grosero hábito la beldad que dentro se encierra; que pocos pastores semejantes se hallarán en el mundo, y bienaventurado ganado que en guarda de tales pastores estuviere.

—Por la parte que de la compañía me cabe —respondió Silvano— recibo el loor que me dais; que por eso la escogí en este día, por que las faltas que en mí hubiere, cubiertas con sombra, puedan parecer delante de quien presente está siempre la lastimada memoria.

Y diciendo esto, por que de los de la casa, que aún durmiendo estaban, no fuesen sentidos, se salieron tomando por el camino de la casa de placer donde el Emperador estaba. Y no hubieron andado mucho trecho cuando llegaron a ella, la cual estaba en la falda de una pequeña montaña, y de la otra parte pasaba un hondo río, y entre él y la casa estaba un muy ancho camino por donde se iba a la ciudad de Constantinopla. Y así como fueron llegados, vieron que delante de la puerta de la casa estaban tres arcos triunfales muy bien obrados y todos ellos cubiertos de muchos paños de seda y brocado, y de cada uno dellos colgado un escudo, y al cabo de los arcos una muy rica tienda armada, y cabe ella arrendado un poderoso caballo y muchas lanzas arrimadas cabe él. Y como fuese muy de mañana y no hubiese aún gente ninguna en el campo, tuvieron hartos tiempo Olivante y Silvano, sin que de nadie pudiesen ser mirados, de ver todo lo que allí pasaba.

Y miraron la casa, que allende de tener en sí muy hermosos y ricos aposentos, era toda cercada de huertas en derredor, que al parecer no debían de ser poco deleitosas. Y después que en esto hubieron gastado algún poco de tiempo, tornándose adonde estaban los arcos, vieron que encima del primero dellos estaba un enano muy feo con una trompa en la mano, y viendo venir dos caballeros por

el camino de la ciudad, la tocó dos veces muy fuertemente, al cual son saliendo Fermusio Troyano de su tienda todo armado con unas hermosas armas pardas y con un escudo que el campo tenía verde y en él un ave Fénix figurada por muy gentil arte, saltó encima del caballo con tanta ligereza que hizo maravillar a Olivante. Y enviando una doncella a los caballeros que venían, estuvo por una pieza hablando con ellos. Mas al fin los caballeros llegando, tocaron al primer escudo; y apartándose Fermusio Troyano a un cabo y los caballeros a otro, cada uno dellos por sí se dejó venir contra él, y aunque los golpes de los caballeros fueron dados con mucha fuerza, no hicieron otra cosa que quebrar en él sus lanzas, cayendo los dos muy ligeramente por tierra. Y así hizo en aquel día a otros ocho caballeros, porque era uno de los estremados caballeros en armas que en el mundo se podía hallar, si ser un poco más soberbio de lo que era razón no le quitara mucha parte de su bondad. Y lo mismo hizo aquel día a otros seis caballeros que al paso vinieron, con tanta facilidad, que bien se mostraba la pujanza de fuerzas y destreza que en él había.

La princesa Lucenda y la infanta Galarcia y Clarista, infanta de Lacedemonia, con otras muchas dueñas y doncellas de alta guisa se pusieron a unos corredores de donde muy bien se podía ver la justa. Y Olivante, que en otra cosa no paraba mientes, levantando los ojos, quedó tan desacordado de lo que veía que, si sobre el cayado no se sostuviera, diera con gran desmayo en el suelo viendo que la vista de la divina imagen y soberana hermosura de la princesa Lucenda era la misma que en la infanta Tirseida se le había representado. Y estando por una gran pieza fuera de su juicio, no pudiendo partir los ojos de quien tanto tiempo no había apartado la memoria, Silvano le dijo que se acercase adonde de la vista de la infanta Galarcia pudiesen gozar mejor. Lo cual oído y entendido por Olivante, disimulando la súbita alteración que con la nueva vista había sentido, le respondió:

—Silvano, hágase como tú quisieres, que de lo que hubieres placer holgaré yo mucho.

Y así, se llegaron tan cerca de los corredores, que enteramente el uno y el otro podían bien juzgar lo que tanto habían deseado, siendo mirados de todos, que espantados estaban de ver la estraña apostura y buena disposición de los dos pastores, pareciéndoles cosa muy contraria a razón que tanta hermosura en tan grosero hábito estuviese encerrada. Y a los que alguna cosa les preguntaban, Silvano respondía de manera que les quitaba la sospecha que de su vista se podía engendrar. Pues tanto estuvieron desta manera, que por la infanta Galarcia fue conocido Silvano, acordándosele de lo que en la casa de su padre la noche que allí había estado con él había pasado, y viendo cómo jamás la vista della apartaba, volviéndose a la princesa Lucenda, que cabe ella estaba, le dijo:

—Señora, si la vuestra merced quiere ver un nuevo servidor mío, mostrároslo he, y tal, que de su buena disposición y hermosura no quedaréis descontenta.

—Mucho holgaré de conocerle —respondió la princesa.

La infanta se lo mostró, contándole todo lo que con él había pasado, de que no poco rieron oyendo la afición que el pastor, siendo tan niño, había tomado en tan alto lugar y cuán bien había empleado el pensamiento, si la ventura en el merecimiento le favoreciera.

Olivante, que hasta allí lo mejor que podía se había encubierto el gesto, descuidándose con el embebecimiento de la vista se desatapó de manera que, siendo visto por la princesa Lucenda debajo del disfrazado y grosero hábito, vino en conocimiento de la hermosa figura. Ca sabed que no fingida, mas verdaderamente, por el gran sabio Arsímenes al Castillo de los Secretos de Amor aquella noche de su lecho había sido llevada, donde todo lo que ya vos contamos le avino con Olivante, y despertando por la mañana y hallándose en su cámara, pensó que en sueños había pasado; mas sintiendo un poco de ardor en su pecho, descubriéndolo para ver la causa, halló medio corazón muy bermejo figurado sobre el suyo de la manera que Olivante le tenía, y acordándosele con la crueldad que le parecía haber sacado el corazón a aquel caballero y lo había partido con sus manos, y viendo el medio que allí tenía figurado, no sabía qué se decir ni pensar de tal caso, y con su gran saber y discreción lo había encubierto hasta entonces, no perdiendo de su memoria la imagen del caballero con quien tan gran crueldad había usado, siendo muy apacible al pensamiento. La cual, como en el hábito pastoril por ella fuese vista, conociéndola por la que en la imaginación contino traía figurada, le alteró todos los sentidos de tal manera que por grande espacio estuvo revolviendo grandes cosas en su pensamiento, sintiendo tan perdida la libertad, que no era en su mano dejar de tener amor a la figura que presente de sí veía, acordándosele de lo que con ella misma, aunque en diferente hábito y atavío, hubiese pasado. Y por no dar al pensamiento, que en ella mientras más miraba más se encendía, lugar a tal novedad, como muy sabia fuese, quiso quitar la ocasión quitándose de la ventana y yéndose a su aposento, donde, aunque mucho se forzaba, no podía dejar de pensar en lo uno y lo otro, que mucha fatiga por no poder olvidarlo le daba.

Olivante y Silvano quedaron tan ciegos siendo privados de la gloriosa vista que sus ojos habían tenido, como si desamparados del claro sol quedaran en las oscuras tinieblas de la tenebrosa noche. Y estando cada uno dellos suspenso sin acordarse de sí mismos, Silvano dijo a Olivante:

—Buen señor, ¿qué queréis que hagamos?; que la noche se acerca y por hoy no creo que vendrán más caballeros a probarse, ni la princesa con las infantas podrán salir en parte donde más por nosotros sean vistas.

—Vámonos —dijo Olivante—. Mas primero veamos si por alguna parte podremos entrar en esta casa que no sea por la puerta principal, porque en ella temería de ser conocido.

—Como mandáredes se haga —respondió Silvano.

Y así, los dos comenzaron a cercar la casa en derredor, y andando desta manera, el sol se comenzó a encubrir cuando por una puerta de la huerta que abierta por gran ventura tenía un hortelano, vieron a la princesa que con todas las otras infantas, fatigada de la nueva congoja, se había salido a espaciar. Y poniéndose los dos a la puerta por poder gozar del descanso que sus ojos podían sentir, estando mirando la estremada hermosura que en aquellas señoras más que en otras algunas del mundo la natura se había esmerado en pintar, se llegó a la puerta un hombre que de la huerta tenía cargo, y como quisiese cerrarla y viese los dos pastores de aquella manera parados, riñendo con ellos les decía que se apartasen

de allí. Pasaba acaso una doncella que con la infanta Galarcia del reino de Macedonia había venido, y conociendo a Silvano y pensando que con el pasatiempo que con él podría tener su señora recibiría servicio, lo hizo entrar, y juntamente a Olivante, que cosa en este mundo más no deseaba; y llevándolos a los lados se fue hablando con ellos en algunas cosas hacia una fuente donde, a un cabo de la huerta, la princesa y la infanta a la sazón solas estaban. Y tomándolos por las manos dijo a la infanta:

—Traigo a la vuestra merced al su Silvano, que por ventura topé a la puerta, por saber que con él no se recibirá enojo y que dél tan buena obra me será agradecida; que yo sé de su deseo que de nadie la pudiera hoy recibir en el mundo mayor.

Silvano, hincando los hinojos en tierra, con mucha gracia le suplicó le diese las manos para besarlas. La infanta, que mucho holgó de verle, se las dejó besar, conociendo que su pensamiento merecía semejante galardón.

Olivante que en la presencia de la princesa se vio, acabando de confirmar el conocimiento de la imaginación, por poco estuvo de fallecerle el sentido; mas esforzándose lo mejor que fue posible por no dar a sentir lo que en sí sentía, con la mejor disimulación que pudo se puso de rodillas delante de la princesa suplicándole le diese las manos para besarlas, contemplando el uno y el otro la soberana hermosura que en cada uno dellos estaba. La princesa no sabiendo qué pensar de lo que presente veía, enojada de su sujeción se las dejó tomar, pareciéndoles a cada uno dellos que jamás semejantes las hubiesen visto. Olivante se las besó con todo acatamiento, y sin osarle decir ninguna cosa se tornó a levantar, quedando los ojos de entrambos tan firmes en mirarse, que por grande espacio estuvieron sin poderlos forzar a otra cosa.

La infanta, haciendo levantar a Silvano, le dijo:

—Silvano, ¿qué es lo que has venido a buscar a esta tierra, que mucho placer he recibido contigo?

—Señora —respondió Silvano—, a mí; que por venir con vos sin mí allá quedé. Y si de mi venida habéis recibido contento, bien me pagáis el trabajo del merecimiento de mi pobreza, aunque no el de los gloriosos pensamientos a que levanté mi fantasía para subir tan alto que la bajeza de mi estado me asegura mayor caída.

—¡Cómo, Silvano! —dijo la infanta—. ¿No has olvidado esa sandez? Pues sabes el poco fruto que della se te puede seguir, ¿no te sería mejor emplear lo que dices en persona tu semejante, para que con la esperanza pasases la pena, que donde ninguna se te puede dar?

—Sin ella estoy yo más pagado —respondió Silvano— por parte de no poderla tener, cuanto más que el premio de mi solo atrevimiento es mayor que el que el dolor puede merecer, pues sin él quedaría menos pagado de mí, conformando la fantasía con el poco merecimiento mío.

La infanta, riéndose de lo que Silvano decía, se volvió para la princesa diciendo:

—¿No escucha la vuestra merced los primores de Silvano, aprendidos en el estudio del monte tras el ganado de su padre?

—Si algunos de mí salieron —respondió Silvano—, en la escuela de bien amar me fueron enseñados; aunque para ser amado me faltó la ventura de poder enseñarme ninguna cosa.

—No tienes razón —dijo la infanta—; que yo te amo y tengo tan buena voluntad para todo lo que tú quisieres y yo pudiere hacer por tu amor.

—Muchas mercedes —dijo Silvano— por tan crecida como de vos la recibo. Y si voluntad hay de satisfacer mi deseo, con recebirme en vuestro servicio, pues por él dejé el de mi padre, seré tan bienaventurado que no piense que nadie me hará ventaja en el mundo.

—No quede por eso —dijo la infanta—, que yo soy contenta de hacerlo, y de aquí adelante te recibo por mío para que me sirvas.

Silvano, tornándose a poner de rodillas ante ella, le tomó otra vez las manos y se las besó por la merced recibida. La princesa, que hasta allí, embebida en mirar a Olivante, revolviendo muchas cosas en su pensamiento había estado, y sospechando que el hábito que tan crecida hermosura encubría no fuese suyo, volviéndose a Silvano, con un suspiro que sin sentirlo con mucho dolor se le salió de las entrañas, le dijo:

—Silvano, ¿dónde hallaste tan buena compañía como has traído contigo? ¿Por ventura andábades los dos tras el ganado juntos en la floresta donde tu padre habitaba?

—Señora, somos cormanos —dijo Silvano—, y el amor que hay entre nosotros, de más que verdaderos hermanos es. Y por esta causa continuamente andamos juntos, y así acertamos agora a venir que la ventura nos ha guiado en parte donde tan glorioso bien como es el de vuestra vista podamos haber recibido.

—Si en ti hay hermosura y buena manera —respondió la princesa—, no me parece que falta en la compañía que contigo viene; que cierto, mal empleados estábades en parte donde tan escondida debió estar hasta ahora.

—Si alguna puede haber en nosotros —dijo Olivante— es la que de los resplandecientes rayos de la vuestra, que en nosotros reverbera, se puede producir, engendrando la mucha sobra la parte que estando presentes a tan gloriosa vista nos cabe; porque sin ella, según la poca que tenemos, de otra manera pudiéramos ser juzgados.

—Juzgo lo que veo —respondió la princesa—, aunque no sé cómo juzgue lo que siento.

—Bien creo que la vuestra merced sentirá el contrario —respondió Olivante—, sino que por no enviarnos de vuestra presencia desfavorecidos nos hacéis la merced en pago de nuestra gloriosa fantasía.

—Y ¿qué fantasía es la tuya? —respondió la princesa.

—Tal, que sin ella —dijo Olivante— más me valdría no ser, pues por ella soy si soy, por el contento que de tenerla me cabe.

—¿Eres enamorado por ventura —dijo la princesa— como tu compañero Silvano?

—Tuve el atrevimiento para osarlo y fáltame para decirlo —dijo Olivante—, porque si amor hay en mí, mi poco merecimiento me manda callarlo.

—Luego en alto lugar —dijo la princesa— te debes haber empleado, por no tener envidia de lo que Silvano ha hecho.

—No fuera la amistad verdadera —dijo Olivante— si, habiéndose tan bien empleado mi cormano, me consintiera bajar los pensamientos donde menos se mereciese, pues en todo nos hemos determinado ser iguales.

—Señora —dijo la infanta Galarcia—, a vos van enderezadas esas palabras. Y pláceme que no tendréis que reñirme por el lugar que a Silvano para decirme sus amores he dado.

La princesa se sonrió de lo que la infanta decía, y tornando a responder a Olivante, le dijo:

—Dime, si te parece, quién es esa que te da pena, para que yo pueda favorecerte con ella diciéndole lo mucho que por tu pensamiento te debe.

—Ninguno —dijo Olivante— lo podría, excelente señora, hacer como vos; mas lo mismo, porque más razón hay para decirlo, me manda que deba callarlo. Y si yo a alguna persona debiere decirlo, os prometo que otra en el mundo de mí lo sepa.

—Así te lo ruego —dijo la princesa—; y a veces con Silvano podrás venir a verme.

A esta hora la infanta Clarista con otras doncellas se venían a la fuente donde estaban ya que era casi de noche y la luna salía muy clara, por ser tiempo de recogerse; por la cual causa les fue forzado dejar aquella encubierta y sabrosa plática. Y comenzando a hablar en algunas otras cosas, la infanta Galarcia dijo:

—Silvano, por tu fe que nos hagas algún placer con esa churumbela que traes, que quiero que sepan estas señoras la mucha razón que para quererte bien he tenido.

—Poca verán ellas en eso —dijo Silvano—; mas por obedecer vuestro mandamiento pasaré cualquiera vergüenza, que con mi poco saber no puedo dejar de caer en ella. Y diciendo esto comenzó a tañer y cantar unos versos con tan estremada gracia y suavidad que todas ellas quedaron espantadas de ver lo bien que lo sabía hacer. Y después que una pieza hubo así tañido, la princesa rogó a Olivante que hiciese lo mismo que Silvano, para que se viese si eran en todo conformes como habían dicho. Olivante con mucha vergüenza le dijo:

—Señora, yo no he depredido a tañer como Silvano hizo, de lo que me pesa por no poderos servir en lo que me mandáis, que yo me tuviera por de buena ventura en poderlo hacer. Mas si con lo que he aprendido sois servida que os sirva, publicaré mis faltas por cumplir vuestro mandado.

—Antes te lo ruego —dijo la princesa.

Olivante, viendo a una doncella que con la infanta Clarista¹³¹ había venido una arpa que en la mano tenía, se la demandó, y tomándola en la mano, como muy bien la supiese tañer y la estremada voz y gracia le favoreciese, con muy gran suavidad y melodía comenzó a decir esta canción:

Entre la muerte y vivir
siento una batalla esquivá:

¹³¹ Orig.: 'Claristea' (62v).

la muerte quiere que viva,
 la vida quiere morir.
 Con falta de la esperanza
 de tan glorioso querer
 la vida quiere vencer;
 la muerte y desconfianza
 procuran mi padecer;
 que si procuran vivir
 por que muera entre que¹³² viva,
 que con pasión tan esquivada
 la vida es más que morir.

En muy grande espanto puso a todas aquellas señoras la dulce melodía y suavidad de la música del pastor, pareciéndoles más celestial que cosa que en hombre humano pudiese caber, y siendo todas estas cosas acrecentamiento de la voluntad amorosa de la princesa, sintiéndose tan enajenada de sí que ya le pesaba del lugar que a su pensamiento daba no sabiendo quién fuese el que presente tenía, aunque viendo todas estas cosas y lo que por ella había pasado confirmaba la sospecha que había tenido pensando que fuese alguna valerosa persona que por su causa en aquel hábito fuese puesta.

Y porque el Emperador quería cenar y habían llamado a la princesa para ello, les convino por entonces apartarse, aunque no de los pensamientos que al uno y al otro fatigaban. Y diciendo la princesa a Olivante que con Silvano podría muchas veces venir a verla, y besándoles Olivante y Silvano las manos, se despidieron con alegría de lo que vieron y tristeza de lo que perdían, yendo las infantas y doncellas maravilladas de la apostura y estremada gracia de los pastores, aunque de la hermosura de los gestos, por ser ya de noche cuando vinieron, no pudieron juzgar enteramente, lo cual valió mucho a Olivante para no ser adelante conocido.

CAPÍTULO I-XXV

DE LO QUE OLIVANTE Y SILVANO HICIERON DESPUÉS QUE DE LA HUERTA SALIERON, Y DE LO QUE LA PRINCESA LUCENDA Y LA INFANTA GALARCIA PASARON

CON muy gran contentamiento de Olivante por haber visto lo que tanto había deseado, aunque con mucha pena de ver cuán lejos estaba el remedio, salieron de la huerta, no yendo menos ufano Silvano por lo que con la infanta había pasado quedando recibido en su servicio, que era la cosa que más en este mundo deseaba. Y hablando en la ventura que habían habido y en lo que con la princesa y infanta habían pasado, aunque Olivante disimulaba lo que

¹³² En tanto que, mientras.

en su corazón tenía, Silvano con su discreción alcanzaba parte de su pensamiento, no se lo dando a entender viendo que su voluntad era de encubrirlo.

Ya que serían dos horas andadas de la noche llegaron a la casa del florastero, donde entrando Silvano delante, llamó a Darisio que los aderezos de Olivante sacase, por que en aquel hábito de los de casa no fuese visto, lo cual Darisio con toda diligencia hizo. Y como Olivante fue vestido, entrando donde Peliscán estaba, los dos se recibieron con los brazos abiertos, y Peliscán riendo preguntó a Olivante que de qué había aprovechado el don que a Silvano había cumplido, que bien se había detenido, pues que tan tarde eran venidos.

—Por cierto, no fue poco —dijo Olivante—, aunque otra cosa no fuera sino gozar de vista de tan excelente hermosura como en la princesa y infantas y doncellas que con ellas están se encierra, que más parece coro de ángeles que esté en la gloria que cosa criada en el suelo; cuanto más que Silvano recaudó más de lo que pensaba, que él queda tan en gracia de la infanta, que desde mañana se puede ir a estar en su servicio.

Y después le contó todo lo que con ellas había pasado, no dando a entender nada de su congoja.

Peliscán holgó mucho de oír lo que Olivante le contaba, y después que hubieron cenado retrayéndose a sus aposentos, se metieron en los lechos, donde diferente durmieron aquella noche, porque Peliscán la pasó con mucha quietud y reposo, mas Olivante el nuevo cuidado le tenía tan desacordado y sin sosiego, que toda aquella noche la crecida fatiga le quitó que ningún descanso pudo tener. Dando vueltas a una parte y a otra con infinitos suspiros acompañados de algunas lágrimas que sin sentirlo de sus ojos se caían, entre sí mismo decía:

—¡Ay de mí, que con tan sobrada presunción levanté los pensamientos a tan subido merecimiento que no sé de qué esperanza me piense valer sino de la muerte en pago de mi locura! ¡Ay Olivante de Laura, en cuán hondo piélago metiste la pequeña barca de tu valor!; que por mucho que la ventura te ayude en tu navegar, imposible es que con el combate de tan peligrosos trances como en el medio por razón te deben ser puestos alguna vez no se anegue adonde con el fin de la vida des fin al osado atrevimiento en que agora estás puesto. Mira, Olivante, aún no sabes quién eres para que con la presunción de la grandeza de tu linaje y estado osases poner la fantasía en el lugar de tan soberana gloria que no siento quién en el mundo piense poderla merecer; que si te han dicho ser hijo de aquel soberano y esclarecido rey Aureliano, ¿qué sabes si por ventura no es así y que la sabia dueña por ponerte osadía o por ventura por otra causa te lo haya querido decir sin que sea verdad? Cuanto más que para poderte llamar hijo del padre que te han dado no lo consienten la poca nombradía de tus hechos; que por el rigor de mayores trabajos y peligros has de haber pasado cuando oses publicarlo. Y cuando ya esto sin vergüenza puedas hacerlo, con todo ello no puede dejar de ser mucho atrevimiento, pues con todo no subes al grado en que digno de tanto bien jamás te puedas hallar. ¡Ay de mí, que la libertad he perdido donde con el tributo debido de la gloriosa pena penaré sin esperanza de remedio, pues tan lejos va lo uno de lo otro cuanto los merecimientos, donde ninguna igualdad puede haber más ni con razón osarse pensar! ¡Ay rey Tirsiano, cuánto mayor es el dolor que por tu causa

yo padezco en la vida que tú con el desdichado fin della padeciste en la muerte! ¡Ay Tirseida, que por librarte del tormento, de tal manera¹³³ me siento lastimado, que por gloria sentiría el que tú agora padeces! Mas, ¿qué digo?, que en el mayor mal está el mayor bien mío, y en la más crecida pena y fatiga la mayor gloria que puedo sentir. Por cierto, de tan glorioso tormento por mi voluntad jamás seré privado; básteme el triunfo de haberme tan bien empleado para pago de mi sobrado atrevimiento.

Estas y otras muchas cosas estuvo Olivante con una congoja desasosegada diciendo entre sí hasta la mañana; que como vio la luz se levantó del lecho. Llamando a Darisio y Silvano, que en el cuidado le había hecho compañía, y levantándose asimismo Peliscán, haciendo aderezar los caballos, se armaron y pusieron a punto, porque aquel día pensaban llegar al paso donde el emperador Arquelao estaba con todos los caballeros de la corte y con la princesa y infantas. Las cuales, después que los gentiles pastores se salieron de la huerta, se fueron a la sala donde el Emperador estaba; y después que las tablas de la cena fueron levantadas retrayéndose todos a sus aposentos, la princesa y la infanta se fueron con sus dueñas y doncellas al suyo, porque con la mucha afición y amor que se habían cobrado no quiso la princesa que la infanta posase aparte, sino que juntas se estuviesen. Y como fueron metidas en sus lechos, que junto la una con la otra tenían, comenzaron a hablar entre sí de los pastores que en la huerta habían estado, y la princesa dijo a la infanta:

—¡Ay señora, qué maravillada he venido de la estremada apostura y de la hermosura y discreción de los pastores!, que a mí en alguna sospecha me han puesto de pensar que no sean algunas personas de alto valor y merecimiento que por podernos hablar se viniesen en aquel hábito disfrazados; que por cierto, sus maneras y razones, no de rústicos ni groseros, mas de personas de mucha discreción me parecieron. De cualquiera manera que sea, bien nos han dado a entender que no faltará quien nos sirva si dellos queremos aceptar los ofrecimientos. Sinrazón tendréis de no favorecer a Silvano, que cierto, a lo que él muestra, él os ama de gran voluntad.

—No me pareció que iba más libre —respondió la infanta— su cormano de haberos visto, que bien dio a entender en sus razones de lo que de veros había sentido. Amores son que no deben ser desechados, y si la vuestra merced paga como yo, no puede dejar de agradecer mucho la afición que allí le fue mostrada; que a mí por contentar a Silvano cualquiera cosa justa me parece que haría. Y cierto, contra toda razón me parece haber visto lo que en tal hábito vimos; que si yo a Silvano en casa de su padre no hubiera visto y conocido, no estuviera fuera de la misma sospecha de pensar que el hábito encubría personas de gran linaje y estado.

—No sé qué piense —dijo la princesa—, que yo espantada quedé de lo que con ellos pasamos. Y si de los nuevos amores procediere algún yerro, a vos, señora, por cuya causa vinieron, se dará la culpa.

¹³³ Suplo 'manera' (63v).

La infanta se rio desto, y después que por una pieza estuvieron hablando, se adurmieron. Mas la princesa despertó luego con un gran sobresalto, porque soñaba que el corazón en el cuerpo se le quemaba en vivas llamas. Y cuando hubo recordado, vio que era el medio que en el pecho tenía figurado del que a Olivante faltaba, como la historia lo ha dicho, el cual encendido como una ardiente brasa le daba mucha pena y congoja, pareciéndole que para mitigar el dolor el remedio era acordarse de lo que aquella noche que allí le había sido puesto había pasado; y acordándose de la figura del caballero, veía que era la que aquel día en el pastor había visto. Y con esto desasosegada, daba vueltas a una parte y a otra, saliendo del encendido pecho algunos no acostumbrados sopiros, y viéndose con la nueva fatiga tan fuera de reposo, comenzó a decir entre sí:

—¿Qué nuevo cuidado es éste, nacido en quien tan sin sospecha estaba? ¿Qué novedad es la que en mí siento, que peno sin saber la causa, padezco sin entenderlo? O me ha faltado el juicio o por algún encantamiento soy fuera de mi sentido. ¡Ay de mí! ¿Qué desatino es este a que doy lugar en mi pensamiento? Mas, ¿qué digo?, que en mí no hay poder para resistirlo. Pues, ¿qué haré para desechar tal locura?, que el entendimiento tengo ciego para juzgar lo que me conviene, ni sé qué haga ni el consejo que siga de caso tan fuera de toda razón, mas de forzarme hasta la muerte para que tal devaneo de mí no pueda sentirse.

Y poniendo las manos sobre el corazón, el ardor era tan grande que apenas podía sufrirlas. Y dando vueltas a una parte y a otra, por sus hermosas mejillas se le despedían algunas lágrimas que en lugar de amansar acrecentaban en la nueva pasión.

Pues a esta hora la infanta, que tan cerca estaba, despertando con el desasosiego que la princesa tenía, sintiendo que estuviese fatigada, levantándose del lecho donde estaba se fue para el suyo preguntándole qué mal había sentido, sin sospecha ninguna de lo que era.

—¡Ay mi señora Galarcia! —dijo la princesa—; que gran mal es el mío, pues es mal de que no se puede tomar el remedio; que pensando poder desechar de mí tal locura, me he detenido de no descubriros lo que hasta agora he sentido, que según el verdadero amor que os tengo y de vos he conocido tenerme, sinrazón haría yo de no manifestaros cualquier secreto que por mí pasase, pues sé que en vos, señora, hallaría el consejo que en mis fatigas fuese necesario. Y pues yo sé que no hay necesidad de avisaros por lo que dijere sea encubierto, os quiero decir una cosa como a la más verdadera señora y amiga que en este mundo tengo.

La infanta, que con lo que la princesa le decía le tomó muy mayor voluntad de saberlo, le dijo:

—Por cierto, señora, agravio haríades a mi deseo de serviros si ninguna cosa de mal o bien que por vos pasase no me fuese manifiesta para sentirlas en mayor grado que las mías propias. Y pues que bien creo que mi voluntad tenéis conocida, os suplico me digáis la causa de vuestra congoja; que en lo que en mi mano fuere buscar el remedio, hasta la muerte no puedo faltar.

La princesa, con un gran suspiro que parecía romper las entrañas, solemnizado con algunas lágrimas que de sus hermosos ojos salían, le dijo:

—Sabréis, mi buena señora, que puede haber quince días que estando yo en este lecho, ni sé si fuese soñado o visión que verdaderamente me pareciese, porque a lo que yo pude juzgar estaba despierta, vi venir hacia mí dos hombres de feos y espantables rostros, el uno con corona de rey en la cabeza y el otro vestido a manera de sabio, y tomándome de mis brazos sin que en mis fuerzas hubiese poder para resistirles ni en mi lengua para hablarles ninguna cosa, me llevaron, sin que yo supiese dónde iba, hasta una muy deleitosa y bien obrada huerta; en la cual, allende de otras cosas de muy grande admiración que por mí fueron vistas, vi un caballero que herido de una flecha por los pechos, armado de todas armas estaba tendido en la verde yerba. Y llevándome a él las guías que llevaba sin que yo pudiese hacer otra cosa, me pareció que con mis manos le desarmaba, viendo quedar su gesto lleno de tanta hermosura, que jamás ninguna vista de hombre mortal a mi vista pudo traer tanto deleite cuanto yo en mirarlo recibí. Y siendo forzada contra mi voluntad, sin que las manos pudiese tener, me parecía hacer una inhumanidad tan cruel cual jamás por mujer del mundo fue hecha; que abriéndole el costado siniestro hasta las entrañas, le sacaba el corazón, y partiendo la mitad dél, la traía conmigo. Y hecho esto, me desapareció todo, quedando fuera de sentido; en el cual tornando de ahí a una gran pieza, me hallé en el lecho como de antes estaba, no sin muy grande espanto y temor de lo que por mí había pasado. Y cobrando enteramente el juicio, acordándome de lo que había visto, la vista de la hermosura del caballero juntamente la crueldad que con él había usado me forzaban a jamás apartarle de mi memoria, sintiendo una novedad de afición en mí sin poderla desechar. Y con esta imaginación sentí que sobre mi corazón sentía un poco de ardor de que recibía mucha pena; y tomando una vela que encendida estaba, vi tener allí señalado un medio corazón bermejo de que el ardor procedía. Y pensando desechar de mí este pensamiento me he sufrido hasta agora, que por mi desventura la figura que en el caballero vi, a quien la afición no podía resistir, me ha sido representada en el pastor que con Silvano anoche en la huerta con nosotras estuvo, que verdaderamente es el mismo a quien yo en aquella visión vi y con quien todas estas cosas pasé, aunque en otro atavío diferente del que agora traía, y he pensado que por ventura por causa mía se ha venido de aquella manera. Y de cualquiera manera que sea, la mi locura y devaneo es muy grande en dejarme sojuzgar de pensamiento que, según la grandeza de mi estado, con la debida presunción debía desechar, pues que ni aunque la sospecha que tengo fuese verdadera y por parte de su valor fuese merecedor del mío, no por mi consentimiento, pues no me es dado sin cometer grave yerro así a mi grandeza como debida honestidad, había de dar lugar. ¡Ay señora!, aconsejadme en tan gran confusión como mi ánima padece; que todo entendimiento y memoria me fallece para recibirlo de mí, pues en mí no hay poder para ser mía; y para hacerme ajena a quien más deudora soy, para remedio de tan grave mal, es a la muerte, con la cual haré pago a lo que a mi grandeza y estado y clara sangre donde procedo es debida, por que con la escuridad de la honra de mi fama no reciba el agravio que agora de mis tan desatinados pensamientos recibo.

La infanta, aunque su discreción era mucha, oyendo el caso que la princesa le había contado, en gran manera se sintió confusa, juzgando muchas cosas que de

cosa de tanta admiración podían proceder. Mas por no poner en más congoja a la princesa, con alegre semblante le responde:

—No dejo de confesar, señora, que lo que me habéis dicho ponga razón a la sinrazón que en ello hay para sentir parte de lo que sentís, aunque no dejo de poner culpa a vuestro mucho saber y discreción para que en tal caso de vos misma recibáis el consejo; pues aquí no puede dejar de ser una de dos cosas: o que el compañero de Silvano sea de oscura y baja sangre, y el hábito que trae sea verdadero suyo, y desta manera, ¿qué causa puede haber otra para quitaros el yerro de vuestra fantasía?; porque aunque agora con esa falsa imaginación procedida del sueño o visión por vos vista os parezca dificultoso el olvido, la bajeza de la misma causa os traerá el remedio para olvidar lo que agora os parece dificultoso. Y si el corazón que tenéis figurado os da pena, por muy cierto tengo que antes sea cosa de encantamiento, para el cual se pueden hallar los remedios que para quitarlo muy fácilmente sea necesario. Y si debajo del grosero hábito pastoril se encierra persona que merezca ser amada, como habéis sospechado, bien empleado es en él el amor si por vuestra causa en tal estado ha venido que para solamente veros se haya puesto en tan gran bajeza y peligro como de ser conocido le podía venir. Y para saber la claridad de todo lo que aquí habemos hablado, dejadme que venido Silvano yo le hable, que dél sin duda ninguna sabré la verdad de todo, para que, sabida, se tome el consejo que para libraros de vuestra fatiga será menester; que por ventura el valor encubierto será tanto que, aunque al vuestro ninguno en el mundo suba en merecimiento, os tengáis por contenta de contentaros con éste, y el amor que tan sin sospecha os ha sojuzgado lo deis por bien empleado.

Grande alivio fueron para la princesa las palabras de la infanta, con las cuales sosegando algún tanto el ánimo, que sin reposo tenía, le dijo:

—¡Ay señora, cuán grande alivio he sentido con vuestro parecer!, que bien sabía yo que de vuestra sobrada virtud y discreción no podía recibir menos. Y lo que a la vuestra merced suplico es que, doliéndoos de mí, tengáis cuidado de saber de Silvano la verdad de todo, para que con ella miremos lo que más nos convenga hacer; que de mí no pienso determinar cosa que por la discreción de vuestro saber y juicio no sea ordenada, pues la pasión que en mí siento tiene tan ciego el mío que, no siendo favorecida del vuestro, muy mal sabría gobernarme.

—Perded, señora, el cuidado —dijo la infanta—, que a mí me queda tanto en lo que a vuestro servicio tocare. Y mañana lo tendré para manifestar lo que agora creo que nos esté encubierto.

Y con esto se estuvieron toda aquella noche, sin vencerse del sueño, hablando en muchas cosas, y principalmente en lo que con los pastores habían pasado, loando su buena disposición y grande hermosura con su discreción y todas las otras maneras que en ellos había, deleitándose en ello hasta que, venida la mañana levantándose del lecho las dos y la infanta Clarista, que asimismo era persona de gran valor y hermosura, se vistieron todas tres de una librea con sayas de brocado pelo aforradas en tela de plata, con muchos golpes por ellas y sacados unos bocados con grande concierto. Sobre sus muy hermosos cabellos, que de muy fino oro parecían, llevaban sendas coronas a manera de guirnaldas, hechas de rosas y

flores, de piedras preciosas de muy gran valor, principalmente la de la princesa Lucenda, que a ningún precio del mundo podía comprarse.¹³⁴ Llevaban los cabellos con unas lazadas que sobre las guirnaldas volvían, hechas con tanto primor, que mucho en su hermosura acrecentaban. Y pareciendo que toda la hermosura del mundo estuviese en ellas junta, se fueron donde el Emperador estaba, y hecho el debido acatamiento, se fueron a la capilla a oír misa.

Y después de oída, el Emperador, que mucho sabor recibía por los floridos campos deleitarse con el frescor de la mañana, haciendo aparejar dos carros con muy hermosos aderezos, con cada cuatro caballos blancos, que los llevaban cubiertos por encima con un paño de brocado muy rico, hizo subir en el uno a la princesa, la cual no queriendo apartarse de la compañía de la infanta Galarcia, le rogó que en aquel carro se fuese con ella. Y en el otro fueron la infanta Clarista con algunas doncellas de alta guisa, y las que no cupieron, en sus palafrenes, y el Emperador encima de un poderoso caballo, y todos aquellos príncipes y señores cortesanos que las acompañaban, de manera que todos juntos hacían una compañía que a duro en el mundo semejante de tanto valor y hermosura pudiera juntarse. Y desta manera salieron, espaciándose por las riberas del río y por las deleitosas florestas que muy cerca de aquella casa llegaban.

CAPÍTULO I-XXVI CÓMO OLIVANTE Y PELISCÁN LLEGARON AL PASO QUE FERMUSIO TROYANO DEFENDÍA, Y DESPUÉS DE HABERLO GANADO JUSTÓ CON LOS TRES CABALLEROS CORTESANOS, Y DE LO QUE MÁS AVINO¹³⁵

LA hermosura de los floridos campos se descubría con el frescor del resplandeciente Apolo mezclado con los delicados aires de la mañana, y las flores y la verdura, que en el tiempo para mostrarse más apacible ayudaba, con gran contentamiento se mostraban, poniendo mayor regocijo en los corazones que de alguna fuerza de amor están prendados, para sentir juntamente la dulce pena que la sobrada memoria a estos tiempos traer suele, cuando Olivante de Laura, armado de aquellas hermosas y lucidas armas de las estrellas que en el Castillo de los Secretos de Amor el sabio Arsímenes le había dado, subido encima de aquel poderoso caballo de las coronas, juntamente con su verdadero y fiel amigo Peliscán salieron de casa del florastero llevando los escuderos los escudos y lanzas, que los yelmos, por no ser conocidos, los llevaban puestos, y despidiéndose del hombre que los había acogido comenzaron a caminar por aquella deleitosa floresta que en medio del camino estaba, hablando con el pastor Silvano en aquellas cosas de que más sabor y contento recibían, y Olivante le dijo:

¹³⁴ Orig.: ‘compararse’ (65v).

¹³⁵ En este cap. sólo se relata la justa de Olivante con Fermusio.

—Silvano, tú te podrás apartar de mí de manera que por ti yo no sea conocido; y sobre todo te encomiendo el secreto y fidelidad de lo que por nosotros con las infantas pasó, que aun a ellas mismas no es bien que por ninguna vía lo descubras, por que no puedan juzgar otra cosa de lo que fue nuestro pensamiento. Y si de mí alguna cosa te preguntaren, te afirma en decir que yo soy tu cormano y mi nombre es Sileno, porque de otra cosa nos podría venir mucho daño. Y pues la infanta te ha recibido en su servicio, tú te podrás quedar con ella; y si por ventura yo algún día estuviere en esta corte encubierto sin quererme dar a conocer, te ruego que algunas veces rengas a verme, pues mi buena voluntad te lo merece.

—Ésa tengo yo bien conocida —respondió Silvano— y me tiene obligado a serviros toda mi vida. Y todo lo que más me mandáis que haga, yo lo llevo tan en cuidado, que no lo erraré punto de vuestra voluntad.

Y diciendo esto tomó por otro camino que a la mano derecha se hacía, que a la misma casa guiaba.

Olivante, haciendo tomar sus armas al escudero de Peliscán, mandó a Darisio que a la casa del florestero se volviese, por que del Emperador no fuese conocido, que por entonces no pensaba descubrirse. Darisio lo hizo así, y ellos caminaron hasta salir de la floresta a un espacioso y florido campo que delante de la casa del paso se hacía, en el cual tendiendo la vista, vieron a la ribera del río muy gran compañía de caballeros y doncellas, entre los cuales estaban los dos ricos carros de los caballos blancos, por donde conocieron que el Emperador y las princesas estuviesen allí, de que holgaron mucho por poder gozar de su vista. Yéndose llegando hacia aquella parte, cuanto un tiro de arco dellos estuvieron, el Emperador y todos los caballeros juntamente con las infantas pusieron en ellos los ojos, estando espantados de la estrañeza y maravillosa labor de las armas y caballo que Olivante traía, pareciéndoles las más ricas y mejores que ninguno dellos jamás hubiesen visto, y asimismo la apostura de los caballeros, que cierto bien se juzgaba el gran valor de los que las traían. Y como más cerca llegaron, el poderoso caballo se iba contorneando a una parte y a otra con tanta ferocidad, que a todos daba muy gran contentamiento de sí.

—No me creáis —dijo el Emperador a los caballeros que con él estaban— si hoy no tuviéremos hermosas justas, que no traen parecer los caballeros estranjeros de querer la mengua para sí. Y si Fermusio el Troyano aquéstos conquistare, yo le aseguro el paso los¹³⁶ días que le quedan.

Fermusio Troyano, que cerca del Emperador estaba, habiendo oído aquestas palabras, como de su natural fuese de condición muy soberbio, teniéndolos en muy poco, respondió al Emperador:

—Por cierto, señor, si no está en más de aqueso, yo pienso que de aquí a poco juzgaréis al contrario de vuestro pensamiento. Y por que la vuestra grandeza lo vea, entretanto que yo voy a tomar mis armas enviaré mi doncella que las condiciones de la justa diga a los caballeros, para que, si con ellas osaren aceptarla, me hallen aparejado para quitarles el orgullo que ahora en el resplandor y hermosura de sus armas amuestran.

¹³⁶ Orig.: 'lo' (66r).

—No vienen ellos de parecer de rehusarlo —respondió el Emperador—. Y no penséis que lo diga porque no holgase mucho de que dellos con la victoria que de todos los pasados os pudiédeses partir, mas dígo por el buen parecer que en ellos veo, que pienso que no serán tan ligeros de vencer como vos pensáis.

—Agora lo veréis —respondió Fermusio Troyano—, que cedo con el volar os desengañarán; que por mal andante me tendría si por éstos pensase ser privado de la gloria que hasta agora en este paso he ganado. Y pues esto con las obras se ha de averiguar, a la hora lo quiero comenzar.

—Yo holgaré de que me hagáis mentiroso —respondió el Emperador—, que más deseo vuestra honra que la de los caballeros que no conozco.

A esta hora los caballeros llegaron, y haciéndose que no conocían a ninguno, preguntaron que quién estaba en aquella compañía a un escudero que delante de todos venía, el cual les dijo que el Emperador con la princesa y infantas, con otros muchos preciados caballeros, diciéndoles los nombres de los más principales. Y estando en esto llegó la doncella que Fermusio Troyano enviaba, la cual en un palafrén muy bien aderezado venía muy ricamente guarnida. Y acercándose donde los caballeros estaban, les dijo:

—Buenos señores, mensajera soy del bienaventurado y animoso caballero Fermusio Troyano, hijo del esclarecido rey de Frigia, el cual me envía para que, si sois caballeros de los que fuera de la corte del emperador Arquelao andáis, que sepáis que él defiende aquel paso que en medio de la casa y del río se hace, para que ningún caballero andante pueda por él pasar si primero no lo conquistare por fuerza de armas haciéndole apartar de allí. Y que las condiciones de la batalla serán que el que quisiere pasar y tocare con la lanza en el escudo que colgado está del primer arco, que con sola la justa la batalla sea despartida; y que si tocare con la espada el escudo del segundo arco, que cualquiera que fuere caído, demandando al otro la batalla de las espadas, no pueda rehusarla hasta que la victoria de la una parte a la otra se conozca claramente, y que tocando el escudo del tercer arco, el desafío sea hasta la muerte, quedando en mano del vencedor lo que del vencido quisiere hacer. Y asimismo, porque la causa por que él ha defendido este paso ha sido principalmente por dar al Emperador placer, y asimismo a la princesa y infantas, y de diez días que prometió son pasados los cinco y hoy es el sexto, que si caballero aventurero hubiere a quien tanto favoreciere la ventura que de la batalla que con él hubiere lleve la victoria, queda obligado a defender los otros cuatro días que quedan el paso a los caballeros cortesanos con las condiciones que a él mejor le pareciere; y que para esto él sea obligado a dejar la tienda en que tiene su aposento, con todo lo que dentro está, para que el caballero sea aposentado. Y que asimismo promete de parte del Emperador que ningún caballero andante que quisiere encubrirse reciba fuerza para ser conocido, sin que por su voluntad quiera decir quién sea.

—Buena señora, decid a ese caballero que acá os envió que más holgáramos poder pasar libremente nuestro camino sin que halláramos quien nos lo estorbara, y que si no nos fuera tenido por cobardía, que rehusáramos batalla que tan poca razón hay para tomarla, tomando el camino por otra parte; mas como seamos caballeros estraños desta tierra y no sepamos otro ninguno, que forzado nos será

probar de pasar por allí si pudiéremos; y que en lo de las condiciones cada uno hará lo que mejor le pareciere.

La doncella se fue con esta respuesta, y los caballeros comenzaron a andar de mucho espacio¹³⁷ hacia los arcos triunfales, y pasando por delante del Emperador y de las princesas, les saludaron con todo el acatamiento que pudieron, y lo mismo hizo el Emperador a ellos, pareciéndoles hermosamente su apostura y disposición. La princesa, que a Olivante estaba mirando, pareciéndole estrañamente de bien y mirando en el escudo, vio figurada en él la huerta y la doncella que al caballero estaba sacando el corazón de las entrañas, así como por ella había pasado; y sintiendo muy gran turbación y alteración de lo que había visto, mudándosele la color y perdiendo algún tanto el sentido, se recostó sobre el hombro de la infanta, la cual, no menos maravillada de ver aquella súbita mudanza, le dijo:

—Mi buena señora, ¿qué habéis sentido que así os habéis demudado? ¡A, por Dios, no me tengáis suspensa un punto sin que sepa la causa de vuestro mal!

—¡Ay mi buena señora —respondió la princesa—, cómo pocas veces se engañan los corazones, como el mío ha hecho en su sospecha! Que si se os acuerda de lo que esta noche os he contado y miráis la figura de aquel escudo, bien claro conoceréis ser lo mismo que por mí misma pasó, por donde tengo creído ser averiguadamente aquel caballero el compañero de vuestro Silvano.

La infanta que la figura del escudo miró, bien claro conoció la princesa decir la verdad, y volviéndose a ella, con muy sereno y alegre semblante le dijo:

—Pues, ¡cómo, señora! ¿Por la causa que más debíades desechar vuestra tristeza os dejáis perder el alegría que debíades tener? Señales son las que ahora vemos para pensar que vuestro pensamiento está empleado mejor que pensábamos, pues no se puede presumir sino que sea persona de gran estado y valor, según la gran riqueza de las armas que sobre sí trae. Y en lo del hecho de las armas agora veremos la experiencia, que será tal que, a mi parecer, poca honra podrá Fermusio Troyano sacar della.

—De cualquiera manera es muy grande mi yerro —respondió la princesa—, y por muy mayor lo tendré hasta saber la verdad deste hecho.

—Déjese vuestra merced deso —respondió la infanta—, que yo pienso saber hoy de Silvano el secreto de todo lo que deseamos.

Y con esto llegando el carro adonde los arcos triunfales estaban, el Emperador los hizo parar, queriendo que de allí, así a caballo, se viesen las justas; de lo que no pesó a la princesa, pensando que por ventura podría ver alguna señal para su desengaño.

Olivante rogó a Peliscán que le dejase a él ser el primero en aquella aventura; lo cual por él concedido, llegando al escudo del primer arco tocó con el cuento de la lanza sin pasar más adelante. El enano que sobre el arco continuamente estaba comenzó a hacer el son con la trompa que en la mano tenía, como con los otros caballeros acostumbraba, y saliendo Fermusio Troyano de la tienda armado de sus ricas armas, con mucha ligereza se puso encima de su poderoso caballo, pareciéndole que no habría caballero en el mundo que dél por fuerza le hiciese

¹³⁷ Con mucha calma.

dejar la silla. Y como conoció¹³⁸ del son que el enano había hecho que más del escudo primero no había tocado, juzgándolo a cobardía, con muy gran soberbia dijo a Olivante:

—Vos, caballero que por este camino contra mi voluntad queréis pasar, no habéis mostrado el esfuerzo que con la hermosura de vuestras armas juzgaban, pues por el toque de los escudos no os quisistes obligar a la batalla de las espadas después que hubiéredes probado cuán bien sabe hacer volar mi lanza a los que, como vos, no se pudieren tener firmes.

—Fermusio Troyano —respondió Olivante—, para ser tan buen caballero, muy desmesurado habláis delante deste soberano emperador que nos oye; que no hay mayor yerro que juzgar pensamiento ajeno no teniendo causa para ello, que por ventura lo que pensáis de mí podrá acaecer por vos, y entonces recibiréis de mí cortesía, porque os bastará ser vencido una vez y con menos peligro de vuestra soberbia. Y si yo lo fuere, basteos llevar una vez la gloria del vencimiento.

—Ésa llevaré yo poca —respondió Fermusio Troyano—en vencers en las armas y palabras.

—Fermusio —dijo Olivante—, haced vuestro hecho y después podréis loaros; que según vuestra presunción, menos tiempo gastaréis en hacerlo que en decirlo.

Al Emperador parecieron muy bien las palabras del caballero estraño y muy mal las de Fermusio Troyano; y bien pensaba que su pensamiento de aquella vez se tornaría al revés, de que no le pesaría, por ver quebrado el grande orgullo y soberbia que mostraba.

Los dos caballeros, tomando sendas lanzas gruesas, muy bien cubiertos de sus escudos, al son de muchas trompas y clarines y otros instrumentos que para aquel tiempo allí estaban aparejados, se dejaron venir en la fuerza de sus poderosos caballos el uno contra el otro, encontrándose en medio de la carrera de tan poderosos encuentros que las lanzas en los escudos fueron quebradas en muchas piezas, pasando el uno por el otro con vergüenza de no se haber derribado. Y tornando a tomar las segundas lanzas, cada uno dellos con muy gran voluntad de llevar la victoria, la lanza de Fermusio Troyano fue quebrada con tan poderoso golpe que, pasando el escudo y arnés, en la loriga, que muy fuerte era, fue hecha tantos pedazos y las rajas subieron tan altas que casi se perdieron de vista. Mas Olivante, que gran deseo tenía de no padecer la vergüenza que la primera vez en parte donde tanto le iba mostrar lo mucho de su valor, le encontró con tanta fuerza que, haciéndole caer por las ancas del caballo, quedó en la tierra tendido tan fuera de sí que todos pensaban que quedase muerto. Y entre todos se levantó una gran grita diciendo qué hermoso golpe había hecho el caballero estraño y qué quebrada era la soberbia del Troyano.

El Emperador que de las costumbres de Fermusio estaba no muy pagado, aunque por ser caballero de su corte le pesó, por otra parte holgó, por las palabras de soberbia que con el caballero había pasado. Y después que quitaron a Fermusio el yelmo de la cabeza y le dio el aire, con que pudo tornar en sí, aunque muy quebrantado de la caída, subiendo encima de su caballo con mucha dificultad, se

¹³⁸ Suplo 'conoció' (67r).

fue para la ciudad de Constantinopla con intención de vengar el afrenta que del caballero había recibido.

El Emperador, que mucho deseo tenía de conocer al caballero estraño, llegándose a él, le dijo:

—Buen caballero, paréceme que con humildad vencéis en las palabras y con las obras en las armas; que según es buen caballero Fermusio Troyano, no habéis de tener en poco el vencimiento que en esta justa dél habéis habido. Y pues que con ser, como habéis dicho, de estraña tierra, es bien que por vuestra gran virtud y valor se os haga toda cortesía, holgaría así de que me dijésedes de dónde y quién seáis como de que en mi casa quisiéredes recibirla.

—Muchas mercedes, muy soberano señor y príncipe —respondió Olivante—, por la crecida que con vuestro ofrecimiento recibo, que no menos me obliga a serviros todos los días de mi vida que la fama de vuestra gran bondad y virtud a todos los caballeros que en el mundo son, la cual nos ha traído a mí y a este caballero a vuestra corte, así para conocer y ver lo que en todo el mundo se publica como para serviros en todo lo que nuestras fuerzas bastaren. Nuestros nombres ni de qué tierra seamos os suplico por ahora no queráis saber de nosotros hasta que los hechos nos den lugar para que sin vergüenza de nosotros mismos podamos nombrarnos; que de cualquiera manera que nos avenga, pasados los cuatro días que quedan para cumplir la promesa que a la doncella de Fermusio Troyano dimos, de manera que este paso a los caballeros cortesianos defendamos como él había hecho a los extranjeros, podréis saber lo que agora nos preguntáis, aunque por lo uno ni por lo otro pienso que tendríades ninguna noticia de nosotros.

El Emperador que vio que su voluntad era de encubrirse, le dijo:

—Pues recibid el aposento que Fermusio os ofreció de su tienda, que allí seréis proveídos de todo lo necesario conforme al mucho merecimiento que vuestras valerosas personas muestran.

—No nos hace menester —respondió Olivante—, que nosotros estamos albergados muy cerca de aquí, de donde podremos cumplir nuestra promesa, y cuando será tiempo recibiremos las mercedes que ahora nos ofrecéis.

El Emperador viendo que su voluntad era aquélla, despidiéndose dellos se entró en la casa loando en gran manera su gran esfuerzo y sobrada discreción en el hablar, de que no poco placer a la princesa vino, teniendo por averiguado ser el pastor que en la huerta con ella había estado. Y pasando sobre esto muchas cosas se fueron a su aposento con infinito deseo de ver a Silvano para certificarse de su sospecha.

Olivante, a la hora que esto pasó, envió a llamar a Darisio que muy secretamente viniese allí, y venido, le mandó que con mucha solicitud se fuese a la ciudad de Constantinopla y que a la hora comprase una tienda, la más rica que hallase, con todo el aderezo que para estar allí fuese necesario. Lo cual puesto por Darisio por obra, en espacio de tres horas todo fue aderezado, y la tienda, que muy rica y bien obrada era, armada algún tanto desviada de donde los arcos estaban, por apartarse de no ser conocidos. Y después que todo muy bien proveído y aparejado estaba, llamando al escudero de Peliscán le dijo que se fuese donde el Emperador estaba, enseñándole lo que había de decir. El escudero, que hombre

muy sabio y entendido era, llegado donde el Emperador con todos aquellos príncipes y caballeros estaba,¹³⁹ le dijo:

—Magnánimo y poderoso Emperador, el caballero extraño que a tu corte es venido, que el paso que faltó Fermusio Troyano es obligado a mantener, te hace saber que, pues en su mano dejaron defenderlo con las condiciones que quisiese, que pues su voluntad no es de deservir a tu majestad ni enojar a ninguno de los buenos caballeros de tu corte, que no quiere que haya otra condición más de solamente justa, y que los caballeros que con él quisieren salir a justar puedan correr tantas lanzas hasta que el uno dellos venga a tierra; y que si de algunos de los de tu corte por esta manera fuere vencido, que sea obligado el vencedor los días que quedaren a mantener el paso con la misma condición que él ahora lo mantiene; y que desta hora en adelante quien quisiere salir a justar lo hallarán con todo aparejo para recibirlo.

El Emperador y todos los caballeros loaron mucho el comedimiento y buenas razones del caballero, poniéndoles mucha gana de conocerle y mucha envidia por conquistarle. Y respondiendo el Emperador al escudero, le dijo:

—Buen doncel, decid a ese caballero que acá os envía, que así en palabras como en obras se muestra su bondad y cortesía, y que la condición me parece muy bien, y que con ella saldrán a justar los caballeros a quien la justa les agradare.

El escudero, haciendo su debido acatamiento, se salió, dejándolos a todos con intención de salir a probarse con el caballero. El escudero llegando donde Olivante estaba, le dio la respuesta del Emperador; la cual oída por Olivante, habiendo comido algún poco él y el hermoso caballo de la provisión que Darisio de Constantinopla había traído, hizo tener lanzas puestas a la puerta de la tienda y el caballo asimismo arrendado, con muy gran contentamiento del buen caballero Peliscán de ver lo bien que a Olivante le había sucedido.

CAPÍTULO I-XXVII

CÓMO OLIVANTE JUSTÓ CON MUCHOS CABALLEROS DE LA CORTE, Y DE CÓMO SILVANO SE FUE DONDE LAS PRINCESAS ESTABAN Y DE LO QUE CON ELLAS EN RESPUESTA DE SU CORMANO SILENO ESTUVO HABLANDO

LA hora sería ya de vísperas, después que Olivante hubo derribado a Fermusio Troyano, cuando los caballeros que en la corte del Emperador estaban, entre los cuales los había muy buenos y de gran nombradía y hecho de armas, se comenzaron a armar, cada uno dellos con muy gran voluntad y deseo de ganar la honra que Fermusio Troyano aquel día había perdido. Y estaban el Emperador y la princesa y infantas puestas a un corredor que de la casa sobre los

¹³⁹ Suplo 'estaba' (68r).

arcos triunfales salía¹⁴⁰ y echados de pechos sobre un dosel de brocado, de ver mayores experiencias, para mayor prueba de la bondad del caballero, deseosos.

Siendo los caballeros armados y puestos a punto de lo necesario, el primero que salió fue Agrestes, hijo del rey de Lacedemonia y hermano de la infanta Clarista, que a maravilla era muy buen caballero, aunque de muy poca edad, y había muy poco tiempo que en la corte del Emperador estaba. Venía armado de unas armas jaldas¹⁴¹ y las sobreseñales pardillas; traía en un escudo un ave Fénix que se estaba quemando. Venía en un poderoso caballo bayo,¹⁴² y cierto, él parecía tan bien que todos recibían sabor de mirarlo. Y hecho el debido acatamiento se fue a poner en el puesto que Olivante, habiéndolo visto venir, le estaba esperando. Y batiendo las piernas a sus caballos, haciéndolos correr a toda furia, muy bien cubiertos de los escudos y las lanzas bajas se vinieron a encontrar en medio de la carrera de tan fuertes y poderosos encuentros, que la lanza de Agrestes fue hecha muchos pedazos en el escudo de Olivante; mas Agrestes no pudiendo resistir la fortaleza del golpe que de la poderosa fuerza de Olivante recibió, le convino, aunque contra su voluntad, venir al suelo, dejando a todos muy espantados, porque Agrestes era muy conocido de todos por caballero de muy gran bondad y fortaleza en las armas. El cual levantándose con muy gran presteza y tornando con gran ligereza a subir encima de su caballo, se volvió, diciendo primero a Olivante:

—Señor caballero, ya por mi estorbo no dejaréis de llevar de aquí la gloria que deste paso os está concedida. Y pues yo no he podido quitárosla, no me pesaría de que de todos quedásedes con ella, como yo espero que será.

—Soberano príncipe —respondió Olivante—, vuestras palabras dan testimonio de vuestra gran bondad y mesura, con las cuales me dejáis más vencido para las cosas que a vuestro servicio tocaren que vos del vencimiento que decís habéis quedado.

El príncipe Agrestes le dio las gracias de lo que le decía con muy gentil crianza. Y así como fue partido salió Polineros, hijo de un hermano bastardo del Emperador, que a maravilla era buen caballero, armado de muy hermosas y ricas armas; mas de los primeros encuentros le¹⁴³ convino hacer compañía al príncipe Agrestes. Luego vinieron Tesaliano, duque de Tebas, caballero mancebo y de grandes fuerzas, y Guilanor de Tornay, hijo del conde de Arenza; mas los dos asimismo de los primeros encuentros dejaron las sillas de los caballos. A éstos siguieron luego Riseles de Normandía y don Lucisor de Numidia y otros muchos y muy buenos y preciados caballeros, haciendo todos la misma experiencia que los pasados. Y los postreros fueron Durián de Baltar y Castidel, que en compañía de la infanta Galarcia habían venido y habían estado hasta entonces en aquella corte juntamente con el príncipe Grisalter de Suecia; el cual, aunque a sus compañeros vio que la misma resistencia que los pasados habían hecho contra Olivante, por ser ya muy tarde dejó de salir aquel día a probarse con el caballero. Y hallose que desde la hora de vísperas, que a la justa se había hecho principio, hasta aquella

¹⁴⁰ Orig.: 'salian' (68v).

¹⁴¹ De color amarillo intenso.

¹⁴² De pelo blanco amarillento.

¹⁴³ Suplo 'le' (69r).

hora, había derribado doce caballeros de los más principales y estimados que en la corte del Emperador había, teniendo a todos muy espantados de su grande ardid y esfuerzo. Y cuando fue hora de recogerse, el Emperador y todos aquellos principales caballeros se retrujeron, donde hallando las tablas puestas y el servicio como en casa de tan alto príncipe convenía, toda la cena se pasó hablando de las maravillas que el caballero aquel día había hecho. Y Olivante asimismo con Peliscán, que no menos alegre que Olivante por su buena ventura estaba, se metieron en la tienda, donde pasaron aquella noche con esperanza de la victoria del siguiente día.

Silvano, que de Olivante y Peliscán se partió en la floresta, como ya os habemos contado, llegando al paso donde Fermusio Troyano estaba, así por mirar lo que con Olivante le sucedió como lo de las justas de los otros caballeros, se detuvo con mucho deseo de que de su linaje le procediera el ayuda para tener atrevimiento de pensar de ser caballero para verse en semejante aucto, que no le agradaba cosa más en este mundo. Y después que Olivante retraído en su tienda y el Emperador en su aposento, él se mete por la casa, yéndose derecho donde la princesa y infantas en una mesa junta de la del Emperador cenando estaban. Y a la sazón, como por vía de gracia, la princesa Lucenda había dicho al Emperador de los nuevos amores de la infanta Galarcia y cuán descubiertamente el pastorcillo Silvano se mostraba penado de sus amores; y asimismo la infanta había contado de todo lo que con él en la casa de su padre le había acaecido, de que todos holgaron mucho de oír, y más cuando le vieron entrar con su grosero hábito y su cayado en la mano, los cabellos muy rubios y crespos y el gesto con estremada hermosura. Y aunque sintió que hacía yerro en no hacer el acatamiento debido al Emperador, sin humillarse a otra parte se fue derecho a la infanta diciendo:

—Señora, la vuestra merced perdone mi demasiada tardanza, que para nuevo criado he hecho mal principio en el servir; mas de lástima del ganado de mi padre, que pienso que con mi venida se habrá ya todo perdido, topando hoy aquí con un hombre de aquella tierra, le envié con él mandado de mí haciéndole saber cuán bien quedaba empleado en serviros, y que de mí no tuviese cuidado y pusiese recaudo en el ganado y en todo lo que allá quedaba.

—Escusa bastante es ésa —dijo la infanta— para perdonarte tu yerro, si yerro alguno heciste; mas mayor me parece mí que lo haces en dejar a tu padre por quererme a mí.

—Mayor sería no quereros —respondió Silvano—, pues sería dejar de quererme; porque de la gloria de mis pensamientos se ha engendrado en mi fantasía un desconocimiento de mí mismo para conocerme en vos, que si algún ser hay en mí, pues el mío en veros haciéndome de mí mismo ajeno lo perdí, procede del que de ser vuestro recibo, para ser más mío por el conocimiento que de tan bien haberme osado emplear tuve. Y por esta causa, siendo los hombres en obligación primero a sí mismos, por lo que a mí debo me quedo en vuestro servicio sin ir al de mi padre, pues acá, aunque no esté en mí, estoy conmigo, y allá, si me buscase, hasta venir a vos no me hallaría. ¡Ay mi señora Galarcia!, que pues de la gloria de osar publicar mi glorioso atrevimiento recibo la mayor que puedo, perdone la vuestra merced mi osadía, con la cual yo mismo me galardono el

tormento que con la falta de la esperanza padezco, porque con vuestra presencia todas las otras cosas aborresco: las florestas, que con la suavidad de sus flores y rosas me eran agradables, jamás me querría¹⁴⁴ ver en ellas; las fuentes, que con las dulces caídas de sus corrientes aguas me deleitaba, me ponen ahora hastío; las deleitosas sombras de las altas hayas y verdes pinos, en que hurtando la fuerza de la fuerza del radiante sol solía en las siestas recrearme, ahora más me atormentan; los deleitosos campos en que mi ganado apacentar solía, hállolos estrechos para caber en ellos mi pena; los valles solitarios en que sin pensamiento ninguno al son de mi churumbela me regocijaban, por la soledad que de mí mismo siento en ellos me causan crecido dolor. Ya no me penaba que el ganado se me perdiese ni que el lobo lo tomase, ni que de roña se muriese ni que los pastos le faltasen; así que la confianza que de mí se hacía para aprovecharlo se volvía con mi perdición en la suya. Y finalmente, la churumbela con que cantando mis versos cuando alguna pena sentía descansaba, ahora me quita el reposo, y yo bien me quitaría de tañerla, sino por tañer con ella algunos cantares que de la gloriosa pena de mis males para cantar delante de vos he compuesto. ¡Ay señora, qué mudo soy en lo que digo para con lo que siento! Y si la licencia que he tomado excede a lo que debiera, a vos misma poned la culpa, que sois la causa, pues a mí ni me ha quedado juicio, fuerzas ni discreción ni saber más de aquello que de lo mucho que en vos ay, por ser vuestro, se me participe.

Todos hubieron mucho placer de ver la gracia y desenvoltura con que Silvano aquellas cosas a la infanta decía, la cual con alguna vergüenza que de estar delante del Emperador había recibido, su hermoso gesto había cobrado algunas colores con que su mucha beldad en gran manera había acrecentado. Y el Emperador, que su empacho para poder responder a Silvano sintió, riéndose le dijo:

—Silvano, mucha licencia has tomado para publicar tu queja, y aunque no haya sido más en tu mano, no por eso te quitas de culpa para que se te dé la pena que mereces, que quiero que sea que nos digas aquellos versos que dices haber compuesto, para ver si en ellos así como en tus razones manifiestas el dolor que padeces; porque de tanta discreción como en ti cabe, no creo que puedan salir mal compuestos.

—Por muy gran merced —respondió Silvano—, soberano y esclarecido príncipe, recibo yo en cumplir vuestro mandado cualquiera que sea; que la pena no puede sentirse de mí sin que la mucha que tengo me faltase, que sería imposible, porque cualquiera pena que me diésedes sería querer acrecentar con una gota de agua las profundas aguas del espacioso mar; que menos sentimiento harían en mí cualquier tormento o dolor, con la desigualdad del que agora recibo al que de nuevo podría recibir hay. Mas por no faltar de lo que vuestra majestad soberana me ha mandado, como yo los supiere los diré, aunque no tan bien compuestos ni cantados como delante vuestro acatamiento debería.

Y diciendo esto comenzó a tañer su churumbela con muy gran suavidad, y con una graciosa voz, en un doloroso tono comenzó a decir:

¹⁴⁴ Orig.: 'queria' (69v).

¡Oh montes, oh valles, oh sierras, collados!;
 ¡oh fuentes, oh ríos, breñosas montañas,
 alturas y cumbres, brutas alimañas,
 las aves, los peces y todos ganados!
 Mirad mis tormentos, sentid mis cuidados;
 si os falta el sentido, por mí lo tendréis,
 pues dentro en mi pecho tan claro veréis
 lo que es imposible, por do ser guiados.
 Mirad que me abraso sin nunca cesar
 de un fuego que es fuego sin ser entendido;
 con agua se aviva contraria encendido,
 si quiero con ella su fuerza matar.
 De lágrimas tengo en el pecho una mar,
 revueltas en fuego sin ser consumidas;
 ni el fuego las seca, mas antes crecidas,
 tampoco ellas pueden al fuego acabar.
 Contento me tiene mi mal desigual,
 contento me tiene mi pena y ufano,
 contento en tenerlo se siente Silvano,
 contento me tiene mi pena mortal.
 La gloria crecida que siento en el mal
 del mal que es el bien de mí que lo siento,
 penando me tiene con pena contento,
 pues no hay bien en el mundo que pueda ser tal.
 Mirad qué gran mal, que el mal me contenta,
 por ser imposible ya verme sin él;
 mirad qué tormento y dolor es aquel
 que sin esperanza de fin se aposenta.
 Ni puede pesarme ni que me arrepienta,
 ya puede perderse mi mal tan crecido,
 por ser dos extremos donde ha procedido,
 de mucho y de poco, por que más se sienta.

Como Silvano acabó de tañer y cantar, así el Emperador como¹⁴⁵ todos los que estaban presentes quedaron espantados de ver lo bien que el pastor lo había hecho, y el Emperador le dijo:

—Silvano, tú lo has hecho tan bien que de tu yerro sacas el perdón; y yo consiento y ruego a la infanta que en su servicio te tenga, porque todo el favor que te diere será en ti muy bien empleado. Y créeme que en lo que yo pudiere hacerte merced, no la perderás de mí, que yo te quedo muy aficionado.

Silvano, hincando las rodillas en tierra, suplicó al Emperador le diese las manos, besándoselas por la merced que le hacía, principalmente en el consentimiento que le daba. Y con ser ya muy tarde el Emperador se retrajo a su

¹⁴⁵ Orig.: ‘como de’ (70r).

apuesto, y la princesa con las infantas al suyo llevando consigo a Silvano hablando en muchas cosas, y después que solas se vieron en su retraimiento, por tener causa de preguntar a Silvano, como la luna hiciese muy clara y el cielo muy estrellado y sereno, se salieron a espaciar por la huerta, y buscando la mejor ocasión que pudieron, se apartaron de todas las otras doncellas. Y la infanta Galarcia, hallando oportunidad, le dijo:

—Dime, Silvano, ¿cómo has venido sin la compañía que ayer contigo trujiste, que muy agradadas quedamos de tan buen saber y discreción? Y aunque otra cosa no fuese sino ser tu cormano, nos obliga a tenerle parte de la mucha voluntad que a ti te tenemos.

—Mi buena señora —respondió Silvano—, no sé cómo no le veis, porque dondequiera que está, a lo que yo dél he sentido, jamás está ausente de vuestra presencia. Y si agora no ha venido, no es por falta de voluntad de servir, sino por no pensar que en ello recibiríades servicio, que yo sé que merced mayor no la pudiera recibir en el mundo.

—¿Cómo es su nombre? —dijo la princesa.

—Sileno —respondió Silvano— se llama.

—Aun en los nombres os queréis parecer —respondió la princesa—. Mas mira, Silvano, que de otra cosa somos avisadas de la que agora nos dices, que nos han certificado no ser tu cormano ni ser ése el nombre suyo que tú agora le has nombrado. Y pues confiamos de ti que, ya que a mí lo negases, a la infanta dirías la verdad de todo lo que te preguntase, no nos quieras encubrir lo que a nosotras nos ha sido claramente descubierto. Por tanto yo te ruego, y la infanta como a suyo te lo manda, que nos digas la verdad deste hecho, que bien sabemos haber otra cosa, pues que ni su meneo, arte ni habla ni saber, con otras muchas cosas, pudieron dejar de dar señal para ponernos, juntamente con lo que después habemos oído, en esta sospecha.

—Soberana princesa —respondió Silvano—, bastaba vuestro mandado para cosa en que me fuera más que la vida, cuanto más con el de mi señora la infanta; mas yo os tengo dicho la verdad, que si otro nombre de aquel que yo aquí he nombrado tiene, yo no lo sé; y si cosa hubiese encubierta debajo de las que públicas en vuestra presencia ha mostrado, cuando de mí hubiese confiado, no pienso yo que las vuestras mercedes me mandarían hacer cosa que no debiese en descubrirlo. Y si sospecha tenéis y della quisiéredes certificaros, yo vos lo traeré aquí mañana, y yo sé que no vos negará cosa de su hacienda. Y por tanto, yo os pido por merced que más en este caso no me preguntéis, que lo que más se hablase sería yerro.

—Silvano —dijo la infanta—, tú has cumplido con lo que debes, y con que cumplas lo que has dicho de que venga mañana contigo nos satisfacemos de la pregunta. Por tanto, no pierdas el cuidado.

—No me puedo descuidar —dijo Silvano— de vuestro mandado, que no habrá falta en lo que he dicho.

Y con esto las princesas se fueron a dormir, habiendo conocido de las palabras de Silvano lo que en su sospecha llevaban asentado, teniendo por cierto que otro día descubrirían el secreto de la celada si Sileno viniese a la huerta como había dicho Silvano. El cual despidiéndose de ellas, aunque no con la memoria, se volvió

a dormir en un aposento que en la huerta estaba, que el Emperador, sabiendo que le agradaba estar allí, le mandó dar.

CAPÍTULO I-XXVIII

CÓMO OLIVANTE JUSTÓ CON EL PRÍNCIPE GRISALTER DE SUECIA Y CON OTROS CABALLEROS, Y DE LO QUE SILVANO Y SILENO TORNANDO A LA HUERTA PASARON CON LAS PRINCESAS

OTRO día por la mañana, así como Olivante fue armado, le dijeron cómo Grisalter de Suecia estaba ya en el campo esperándole para la justa; y cierto, a Olivante no le plugo mucho dello; no porque le temiese, mas por el amor que se habían cobrado no quisiera con desconocimiento verse con él en aquella experiencia. Pero viendo que sin descubrirse por ninguna manera podía escusarlo, subiendo encima de su caballo y tomando una gruesa lanza se fue a poner en el puesto.

Estaba el príncipe encima de un poderoso caballo blanco, armado de unas muy ricas armas bermejas con las sobreseñales verdes; el campo del escudo tenía blanco, y en él pintado un verde pino, sin otra pintura ninguna; estaba tan bien encima del caballo, que el Emperador y las princesas, que ya en los corredores estaban, fueron muy pagados de verlo. Y cierto tenían que si el príncipe no derribase al caballero extraño, no habría ninguno en la corte que lo pudiese hacer, porque a la sazón no había caballero más aventajado en ella.

Pues partiendo los dos en la fuerza de los poderosos caballos al son de muchas trompas y menestres con que la señal se hacía, se vinieron a encontrar en medio de la carrera de tan poderosos encuentros en medio de los escudos, que las lanzas fueron hechas en muchos pedazos, pasando cada uno dellos por el otro muy apuestamente. Y pareciéndoles a cada uno dellos que jamás semejante golpe hubiese recibido, tornando a tomar otras lanzas hicieron lo mismo que en la primera carrera, aunque el príncipe perdió el un estribo, mas luego tornó a cobrarlo. Y tornando a tomar las terceras, cada uno dellos con muy gran voluntad de derribar al otro, se dieron tan poderosos encuentros, que las lanzas, falsando los escudos y arneses, deteniéndose en las lorigas, que muy fuertes eran, en ellas se hicieron muchos y muy menudos pedazos. Y topándose de los cuerpos y escudos, Grisalter y su caballo fueron a tierra por la gran fuerza del caballo de las coronas y del caballero que lo guiaba, y levantándose con mucha vergüenza de lo que le había acaecido, le dijo:

—Señor caballero, si así como de mí habéis habido lo mejor de la justa tuviédes por bien experimentaros en la batalla de las espadas, muy gran placer habría dello, para saber si tanta pujanza tenéis en lo uno como en lo otro habéis tenido.

—Valeroso príncipe —respondió Olivante—, por escusarme de perder en la batalla de las espadas lo que en la justa he podido ganar lo he mantenido con la condición que habéis visto; y cuando yo hubiere de emplear mi espada, será en vuestro servicio y no para ofenderos, pues vuestro gran valor lo merece.

—Muchas mercedes por esa voluntad —respondió Grisaller—; aunque yo holgara más de lo que he pedido.

—Eso no podrá ser agora —dijo Olivante—; y pídovos de merced que me perdonéis, porque de cualquiera manera que fuese no podría dejar de venirme daño.

El príncipe que vio que también con las buenas razones le vencía, tornando a subir encima de su caballo se fue con mucha vergüenza de lo que le había acaecido y con mucha voluntad de saber quién el caballero fuese. Con la cual no menos quedaba el Emperador habiendo oído lo que habían pasado, y tenía determinado, quienquiera que el caballero fuese, trabajar por todas las vías que pudiese que quedase en su servicio, porque le parecía uno de los mejores caballeros del mundo. Y algunas veces le pasaba por el pensamiento que por ventura sería Olivante, que en el castillo de los Cinco Peñones le había librado; mas a¹⁴⁶ esto no daba entero crédito, porque no pudiera creer que tanto se hubiera encubierto dél.

Pues tornando a Olivante, después que el príncipe Grisalter se fue vinieron aquel día otros ocho caballeros, que por no ser de mucha calidad no son aquí nombrados, y con todo ellos se hubo tan bien que de los primeros encuentros vinieron todos a tierra. Y así pasó hasta la noche, que habiendo estado Silvano todo aquel día sin haber osado entrar en la tienda por que el hecho de Olivante no pudiese ser descubierto, como hubo tiempo en que ninguna persona ver lo pudiese, se mete por la tienda, recibiendo Olivante la mayor alegría del mundo, por saber nuevas con que su corazón de las mortales cuitas y tormentos que padecía descansase. Y tomándole por la mano se salió fuera con él, diciéndole:

—Amigo Silvano, ya estaba con deseo de verte, que no es tan ligero el amor que contigo he tomado que ligeramente se pueda perder.

—Mi buen señor —respondió Silvano—, mayor lo tenía yo de veros y lo tengo de serviros, el cual entretanto que yo viva no me faltará, por las mercedes que de vos he recibido; que sabed que no solamente estoy en gracia de mi señora la infanta y de aquella soberana y divina princesa, mas del Emperador he recibido tan buen tratamiento que, de ver el poco merecimiento mío, a mí mismo no me conozco. Y porque yo sé que holgaréis de saberlo, os lo quiero decir.

Entonces le contó cómo había entrado y lo que con las princesas y el Emperador estando cenando había pasado, y asimismo lo que en la huerta le habían preguntado y la dificultad que en no confesarles su hecho había tenido y la promesa que de llevarlo consigo les había hecho. Y a cabo de todo le dijo:

—Si vos, señor, amáis aquella excelente princesa, gran razón tenéis para ello, que no quiero que hagáis a la lealtad que en vuestro servicio pienso tener el agravio de encubrírmelo, que por mí no se perderá nada en vuestro negocio, ni penséis que

¹⁴⁶ Suplo a' (71r).

así en esto como en cualquiera cosa que vuestro servicio fuere dejaré de emplearme hasta la muerte.

—Mi verdadero amigo Silvano, bien conocido tengo yo —dijo Olivante— la voluntad que me muestras; y pues yo confío de ti cosa de tal calidad que de mejor gana confiara la vida, no pienses que es menor la que yo a ti y a tus cosas tengo; que sabe que mi corazón padece crueles ansias y mortales cuitas y tormentos, y la mi ventura no ha sido de hacerme tal que en mí sienta merecimiento de descubrir pensamiento de tan gran presunción sino a ti, que con toda fe y lealtad sé que guardarás el secreto con la mucha confianza que yo de tu bondad tengo.

—Así lo podéis tener cierto —respondió Silvano—, y ésta recibo yo por la mayor merced de cuantas me habéis hecho y haréis adelante. Y pues que así es, por lo que a vos cumple y por que mi palabra sea cumplida vos suplico os queráis ir conmigo a la huerta; y pues de día no es posible, esta noche lo podéis hacer, porque ninguna excusa me puede valer de otra manera para no decirles la verdad de todo. Y muy encubiertamente podéis entrar, porque a mí mi aposento me mandó dar el Emperador en uno que dentro en la huerta está, donde, si fuere necesario, podréis encubriros.

—Hágase a tu voluntad —respondió Olivante—, que en la buena ventura tuya confío la mía para que todo el bien que de todo se me puede seguir, no a mí, sino a ti, atribuir se pueda.

Y con esto tornando a entrar en la tienda, rogó a Peliscán que descansase y durmiese, que él iba a cierta cosa que mucho le importaba y que procuraría volver lo más presto que pudiese.

Peliscán tomando alguna sospecha con lo que había visto y con lo que veía de lo que era, le dijo que mirase si había necesidad de compañía.

—No más de la de Silvano —respondió Olivante—, porque yo voy a cosa que mucho le cumple.

Y tomando los vestidos pastoriles con que la primera vez había ido, vestido dellos, los dos encubiertamente se fueron para la casa. Y entrando por ella sin ser vistos de ninguno, porque a la sazón el Emperador estaba cenando, se metieron en la huerta, donde, dejando Silvano a Olivante solo, por parecerle que aquello era lo que convenía, se fue donde el Emperador estaba, con el cual el regocijo acostumbrado de sus razones y cantilenas se recibió, y después que por una pieza hubieron estado, siendo tiempo de retraerse, se fueron todos a sus aposentos. Y la princesa preguntó a Silvano si Sileno era venido. Silvano le dijo que en la huerta quedaba, porque con ser muy empachado no había querido ir ante el Emperador, y que por eso se había allá quedado esperando lo que la su merced fuese mandarle. La princesa y la infanta muy alegres dello, dijeron que se querían salir a holgar por la huerta, porque la calor era muy crecida, y como la luna hacía muy clara, se fueron juntamente con todas las otras doncellas, que por mejor disimular su hecho no pudieron hacer otra cosa. Y llegando cabe la fuente donde la primera vez de los pastores habían sido vistas, vieron a Sileno que tendido en la verde yerba recostado sobre el brazo derecho y la mano puesta en la mejilla, y los ojos bañados en lágrimas y la vista en el suelo, tan fuera de su sentido, que dellas, aunque tan

cerca dél estaban, ningún sentimiento tuvo, estaba diciendo con voz baja y tan llena de dolor que a cualquiera que lo oyera moviera a lástima:

—¡Ay desdichado Olivante!, que si la ventura te falta en el fin cuanto es mayor al principio, será doblarte la pena, pues que poniéndome agora en alguna esperanza, cuando del todo me faltare será causa de mi desdichada muerte, aunque dichosa por haber estado tan bien empleada la vida. ¡Ay de mí!, que cuanto ahora más se me promete es para que al fin más sienta la pérdida, pues será vana la esperanza de mi pensamiento con la desigualdad del merecimiento que de lo que merezco a lo que deseo hay. ¡Ay muerte, si con tu oficio atajas los piélagos de dolor en que desdichado me meto! Mas, ¿qué digo?, que perdido el conocimiento de la gloria de la pena, porque no debía de desear más contento que con la vida gozar de la vista que tan bienaventurado con sola ella puede hacerme.

Diciendo esto se le salió un tan gran suspiro que las entrañas parecía llevar consigo, dejándolo tal como muerto.

La infanta Galarcia que tal le vido, disimulando delante de las otras doncellas se llegó a él, y tomándole del brazo le dijo:

—Sileno, ¿qué desmayo es ése? Grande amor es el tuyo, pues tanta fuerza para sacarte de tu sentido ha tenido.

Olivante tornando con aquellas razones en su acuerdo, viéndose de tan buena compañía rodeado, con mucha vergüenza se levanta diciendo:

—Señora, no es tan grande cuanto por razón debería ser, por haberse puesto en tan pequeña cosa donde, aunque quepa en los pensamientos, falta el merecimiento para poderse cumplir el deseo.

—Y ¿aun por eso nos has olvidado tanto —respondió la princesa—, por gozar de quien así te tiene la libertad? Yo te digo que holgara mucho que en alguna de nosotras tuvieras puesto tu amor, porque yo hiciera tanto que con los favores que te diera holgaras de nos venir a ver a menudo.

—Siempre yo, señora —respondió Olivante—, querría gozar de tan gran merced, si el temor de enojaros no me impidiera la venida; mas agora que sé vuestra voluntad y me dais para ello licencia, continuamente vendré a saber si hay alguna cosa en que poderos servir.

—Así lo harás por amor de mí —dijo la princesa—, que mucho holgaré contigo.

Y acabando de decir esto, aunque muy gran consuelo sintió en hablar con Sileno, por que de las doncellas que con ella estaban no se sospechase alguna cosa se fueron, diciendo la infanta:

—Sileno, Dios quede contigo. Con tu cormano te puedes holgar esta noche y venir acá muchas veces, que mucho holgaremos con tu vista.

Sileno rindió las gracias lo mejor que supo, quedando atónito de haberse visto en la gloria y tan presto fuera de la que con la vista de su señora había sentido. La princesa y infantas se fueron a su aposento, y la infanta dijo a Silvano que no dejase ir a Sileno, porque a la mañana quería hablar con él en algunas cosas que le cumplían. Silvano se volvió a la huerta y dijo el mandado a Olivante, el cual fue puesto en mucha confusión, no sabiendo determinarse en lo que haría de sí, si osaría descubrir a la princesa su pena, y para esto hallaba muchas cosas que lo contradecían, y por otra parte, callando, veía tan cercana su muerte, y con esto

estaba metido en muy gran fatiga y congoja. Y aunque él entonces quisiera irse por no hacer falta otro día en el paso, no osó quebrar el mandado de la princesa, determinando ponerse a lo que la ventura dél quisiese hacer.

Y después que muy gran parte de la noche estuvieron él y Silvano hablando, ya que quería amanecer, Silvano, que con menos cuidado estaba, aunque no le faltaba mucha parte, se durmió, quedando Olivante metido en las acostumbradas cuitas que con los rabiosos y mortales deseos teniendo su corazón desasosegado, no hallando en ninguna cosa reposo, continuamente le atormentaban. Y descansando con las lástimas y quejas que de sus crueles tormentos y rabiosa pena decía, comenzó a decir:

— ¿Qué harás, Olivante, que la ceguedad de tu entendimiento te puso donde no se puede sentir el remedio de la vida, que sin la esperanza fenecerá, pues mayor ceguedad sería tenerla? ¡Ay de mí, que tuve osadía para acometer y fáltame el esfuerzo para sufrir! ¿Qué consejo tomaré, pues el caso no lo sufre sino de paciencia para la muerte? La cual pluguiese a Dios que atajase el dolor que siento con el bien del suyo, porque muriendo en tal tiempo daría fin a los trabajos que esperando sentirlos adelante me representan la pena presente para mayor tormento. ¡Ay divina princesa, qué fuerte prisión fue para mí la sombra de vuestra vista con el mal que entonces de vuestra mano me pareció recibir! En lugar de aborrecer, amé, y amo y amaré hasta el fin de la vida, porque del mal me procedió mayor bien en el atrevimiento que en mí pusistes para osarme tener por vuestro. ¡Ay sabio Arsímenes, cuán verdaderas salieron vuestras obras, que primero me quesistes dar a entender lo que por mí había de pasar! No espero que así salga verdadero el próspero fin que me prometistes por los dificultosos medios que hay en medio para poder esperar tanto bien. ¿Qué haré? ¿Qué será de mí? ¿Qué esperanza sustentará mi vida? ¿Qué consuelo daré a mi pasión? ¿Qué remedio daré a mi tormento? ¿Qué alivio puede disminuir mis males? ¿Qué alegría podrá venir a mi tristeza que baste aflojar mi congoja? ¡Ay de ti, Olivante, que de ninguna cosa puedes sentir placer si no es de la vista que en verte después sin ella te causa doblado pesar! ¡Ay soberana infanta Galarcia, quién osase deciros la razón que para favorecerme tenéis! Bien creo que no consentiríades que¹⁴⁷ la crueldad causase mi desesperación, sino que con vuestro favor el de mi señora aliviase mi gloriosa pena para mejor poder sufrirla.

Y vertiendo con esto infinitas lágrimas con muy grandes sollozos y sospiros, sintiendo mucho más el corazón que publicaban las palabras, se amorteció, y echando las manos sobre el corazón con muy grandes bascas, como si allí sintiera todo el mal de donde el desmayo procedía.

¹⁴⁷ Suplo 'que' (73r).

CAPÍTULO I-XXIX
CÓMO LA PRINCESA Y LA INFANTA HABIENDO OÍDO A SILENO,
BAJARON DONDE ESTABA, Y DE LAS COSAS QUE CON ÉL Y CON
SILVANO PASARON

LA princesa y la infanta, después que fueron en sus lechos, en muchas cosas estuvieron hablando, hasta que ya muy cerca del día, no pudiendo con la amorosa pasión la princesa resistir las fuerzas de la voluntad por la fuerza que en ella padecía, con el poco sosiego que tenía se levantó de su lecho, y asimismo la infanta, que un momento sola no la dejaba. Y yéndose a una ventana que sobre la huerta de su aposento caía, la ventura que lo guiaba quiso que fuese a tiempo que Olivante estaba diciendo lo que habéis oído, lo cual muy atentamente escucharon. Mas al fin, viéndole con las bascas y desmayo que había sentido, quedando la princesa con la poca libertad que Olivante estaba, el grande y crecido amor que en sí sentía le forzó a tanta lástima que casi le fallecieron los sentidos, y dejándose caer en los brazos de la infanta por haberle faltado la fuerza para tenerse, con muchas lágrimas en sus ojos le dijo:

—¡Ay señora, qué fuerte experiencia para libertad tan perdida como la mía! ¿Qué consejo tomará tan desdichada doncella, pues que doliéndome del mal ajeno hago tan grande el mío, y forzando mi voluntad, a mí misma seré cruel, porque más siento el dolor que veo que el mismo que lo padece?

—Señora —dijo la infanta—, que la vuestra merced se esfuerce, y que si no podéis sufrir, que tampoco queráis la muerte de Sileno, o de Olivante, pues que así se ha nombrado, con la vuestra; que este caballero por su nombre es el mismo que a vuestro padre libertó con el mío, porque yo me acuerdo de oír que se llamaba así. Y yo creo que pues él es de tan grande y alto hecho de armas, que no menos le habrá favorecido la ventura en el merecimiento del linaje y estado para que vuestro amor esté bien empleado en él. Y porque no es razón que tan buen caballero así muera, y más habiéndose en sus razones a mí encomendado, pídoos, señora, por merced que por este postigo que a la huerta sale, del cual yo tengo la llave, queráis que le visitemos y demos algún alivio a su congoja, porque de otra manera sería dejarlo en gran peligro de muerte; y aunque nosotras lo recibamos en salir, todo es bien empleado en persona de tan gran valor.

La princesa que otra cosa en el mundo más no deseaba, le dijo que se hiciese lo que ella mandase. Y tomándose por las manos, vestidas sendas aljubas de brocado, se bajaron sin ser de las doncellas sentidas, y la infanta, que la llave del postigo llevaba, abrió la puerta, saliendo entrambas con mucho temor del peligro que siendo sentidas les podría recrecer de sospecha, y la princesa iba temblando, como aquella que jamás en semejante cuita se había visto. Y como llegaron a la fuente vieron a Olivante que aún estaba desmayado, corriendo de sus ojos arroyos de lágrimas, que su corazón parecía deshacerse en ellas. La princesa que tal lo vido, no pudiendo hacer otra cosa que con las mismas en mucha abundancia hacerle compañía, sentándose cabe él le tomó su cabeza en su regazo, contemplando la perfición de hermosura que en su rostro tenía. Y viendo que con las manos

señalaba el corazón, para satisfacerse de lo que había sospechado quitándole unos botones con que la pastoril ropa traía abrochada le vio el medio corazón que figurado como ella tenía, lo cual dio entero crédito a lo que por ella hasta allí había pasado, quedando espantada de lo que veía. Y mostrándolo a la infanta, le dijo:

—¡Ay señora, qué maravilla tan grande! Veis aquí el medio corazón de donde el que yo tengo fue quitado; y cierto, yo no sé qué juzgue de lo que veo.

—¿Qué se puede juzgar —dijo la infanta— sino que Dios os ha criado para este caballero y a él para vos?; que señales son éstas de que no se puede presumir otra cosa.

Y diciendo esto le echó del agua de la fuente en el rostro, con la cual tornando en su acuerdo con un gran suspiro, viéndose en el regazo de la princesa y a la infanta que las manos le tenía, con la mayor alegría que jamás en su corazón sintió se levanta lo mejor que puede, diciendo:

—Ya no me puede hacer la fortuna tanto mal que de mayor bien no me haya dejado gozar. ¡Ay mi señora, cuán gran merced ésta para lo poco que el vuestro Sileno os merece Por cierto, mirando mi voluntad, deudora me sois dello, mas lo poco que yo merezco me hace creer que lo que veo es sueño. ¡Oh muerte, si en este estado me tomases, cuán bienaventurada fenecería la vida, pues perdería el temor del dolor que después de tan estremado placer por apartarme dél me puede venir!

Y diciendo esto se hincó de rodillas tomando las manos a la princesa, las cuales besándoselas muchas veces, se las bañaba en lágrimas que de sus ojos se despedían, estando el uno y el otro tan fuera de sí, que por mirarse de sí mismos no se acordaban. Mas la princesa desechando algún tanto el empacho que hasta allí la había tenido impedida, le dijo:

—Sileno, ¿qué mal es el tuyo, que tan mal te trataba que de lástima de verte tal nos has hecho venir para socorrer tu fatiga? Dinos qué sientes y qué señal es esa que tienes en el pecho, porque, según me parece, de ahí te procede la causa de tu dolor.

—Vos decís muy gran verdad, mi señora —dijo Olivante—. Y porque a tan esclarecidas y soberanas señoras sinrazón haría yo en no decir la verdad de mi hecho, os lo quiero contar. Siendo yo pastor en casa de mi padre, entrando acaso en un castillo que sin saberlo yo estaba encantado, me metí en una huerta, en la cual perdiendo el sentido caí en el suelo, estando gran pieza fuera de mí; en el cual tiempo, ni sé si fuese verdad o mentira, grandes fueron las maravillas que vi, entre las cuales fue una que, teniendo yo un corazón de mi nacimiento figurado en el pecho, vino a mí una doncella que con mucha crueldad, sin podérselo yo estorbar, me llevó la mitad dél, dejándome con tan crecido y fuerte tormento, que jamás después me faltó una hora, ni mi ánima la ha tenido de descanso sino el tiempo que en vuestra soberana presencia me he visto. Y algunas veces me crece tanto el dolor, que me pone en el estado que agora me hallastes.

—Sepamos —dijo la princesa—. ¿Conoces tú esa doncella con quien eso dices que pasaste?

—No en aquel tiempo la conocí —dijo Olivante—, mas después la he visto algunas veces.

—Pues así Dios te dé ventura en el amor que le tienes —dijo la princesa— que me digas ésa quién es.

—¡Ay señora! —dijo Olivante—. Jura me habéis hecho que aunque padeciese la muerte no dejaría de deciros la verdad; mas primero he menester para ello la licencia de vuestra grandeza, porque sin ella no osaría.

—Yo te la doy —dijo la princesa.

—Pues yo la tengo, con ella me atrevo —dijo Olivante—; que la doncella que tal robo me hizo fue la soberana princesa Lucenda, que presente está, dejando al pobre Sileno perdidas las fuerzas, entendimiento y discreción para poderse amparar contra las fuerzas de su divina hermosura.

—¡Ay Sileno! —dijo la princesa—. Gran atrevimiento es el tuyo, mas yo lo he merecido por el favor y licencia que te he dado. Y pues yo tengo la culpa, no es justo darte a ti la pena. Mas de aquí adelante no tengas osadía de publicar lo que agora, porque me harías mucho pesar en ello.

—No lo será más que agora —respondió Olivante—, que pues en vos sola puedo, señora, hallar el remedio, a vos sola quiero que mi pena y fatiga sea descubierta.

—Señor Olivante de Laura —dijo la infanta Galarcia—, ya no es tiempo de que vuestro hablar encubra vuestro mucho merecimiento y que vuestro disfrazado hábito las altas proezas y caballerías que con el de las armas habéis dado cima. Sabemos que sois caballero, y tan aventajado sobre todos cuantos hay en el mundo, que en lo que todos ellos fallecieron vos solo pudistes acabarlo, como fue en librar al emperador Arquelao y al rey Aureliano, nuestros padres, del poder del soberbio jayán Buciferno, en cuya prisión muy pocos días ha que estaban, como muy bien se sabe; y si esto quisiéredes negar, mirad que vos mismo lo habéis confesado en vuestras quejas llamándoos por el mismo nombre de Olivante que el que los libró tenía. Y pues que desto no podéis encubriros, no es tan poco el amor que en este poco tiempo os hemos cobrado la princesa y yo que por conoceros penséis perdernos. La doncella que vuestro corazón os robó es la princesa Lucenda, como habéis dicho, la cual con quitároslo se quitó a sí la libertad para no poder dejaros de amar como a sí misma. Y por que veáis que digo la verdad, el medio corazón que os falta ella lo tiene puesto en el mismo lugar, de la misma manera que está el vuestro, lo cual no puede ser ni creo yo que por otra mano que de la Dios sea hecho, para que adelante se junte todo en uno en la conformidad de amor que en vos para servir y en ella para haceros mercedes habrá. Y pues que lo que os digo nos es tan manifiesto, hacednos merced de decirnos la verdad de todo ello, y asimismo de qué tierra sois y cuyo hijo, porque en esto haréis el mayor servicio a la princesa, y a mí la mayor merced que al presente podéis.

Olivante que estuvo muy atento a lo que la infanta le decía, pareciéndole que ya no era tiempo de más encubrirse, le respondió:

—Si en mí, soberana señora, ha faltado la osadía para publicar lo que de mí decís, ha sido por no conocer esa voluntad, queriendo antes recibir la muerte que hacer ni decir cosa que enojo pudiese daros. Mas, pues agora la merced se me hace del todo en darme la licencia, quiero confesaros que mi nombre es el que habéis dicho y yo soy, aunque mis hechos no son tales que al atrevimiento de mi

pensamiento puedan conformarse. Es verdad que yo trabajé en libertar al emperador Arquelao y rey Aureliano, y servicio tan bien empleado consigo trae el galardón, que yo no puedo pedirlo. Cúyo hijo soy, yo no lo sé de cierto, porque los que pensaba que eran mis padres ahora me han dicho que no. Fui criado con el duque Armides en la isla de Laura y por esto tengo el apellido della, llamándome Olivante de Laura. Fue mi ventura tal, que saliendo del castillo de los Cinco Peñones, donde estos soberanos príncipes estaban, en seguimiento de cuatro caballeros que una doncella llevaban forzada, aporté en la isla de Landas, en la cual hallé el castillo que os he dicho, que se llama de los Secretos de Amor, donde todo lo que os he contado me acaeció.

Y entonces le dijo todo lo que en aquella aventura le había acaecido, y cómo por la visión que había visto venía en busca de la doncella que así le había atormentado, y de la manera que había hallado a Silvano y todo lo demás que hasta aquella hora él había pasado, de lo cual no poco la princesa y la infanta quedaron maravilladas. Y la princesa le dijo:

—Por cierto, señor Olivante, grandes cosas nos habéis dicho, pero no menores son las maravillas que por mí han pasado, porque estando acá he visto mucha parte de lo que nos habéis contado.

Entonces le dijo todo lo que por ella pasó, como la historia lo dice, y al cabo le mostró el medio corazón que ella asimismo tenía, diciendo:

—Éste me fuerza a amaros, y de tan verdadero amor, que ya por esta causa no se perderá haciendo vos lo que conmigo debiéredes. Y desde aquí digo que os tomo y recibo por mi caballero, para que en mi nombre hagáis las cosas que de aquí adelante vos avinieren. Y siendo vos leal a lo que a esta mi voluntad debéis, no vos faltará el galardón que de vuestro amor y servicio mereciéredes.

Olivante, que de placer de oír lo que la princesa decía estaba fuera de sí, tornándose a poner de rodillas delante della le besó las manos infinitas veces, diciendo:

—¡Ay Dios, cuán bienandante me ha hecho la ventura, pues una merced tan crecida que para pedirla me faltaba el atrevimiento, sin yo pensarlo se me conceda! ¡Ay mi señora! ¿Cuándo podré yo servir el gran bien que la vuestra soberana grandeza me hace? No, por cierto, con ninguna cosa, pero a lo menos la voluntad estará aparejada para recibir la muerte todas las veces que por vuestro servicio sea necesario.

Y tanto era el gozo que sentía, que las lágrimas se le salían de sus ojos en gran abundancia. La princesa le hizo levantar diciéndole:

—Señor Olivante, mirad que de vuestros hechos ninguno haya sentimiento, y pasado el plazo que habéis de guardar este paso, porque bien sé que sois el caballero que lo defiende, os dad a conocer al Emperador. Y porque yo sé que él os rogará que quedéis con él, no hagáis otra cosa, que yo seré muy contenta de veros siempre en esta corte y que vuestros hechos merezcan tanto en ella que yo tenga razón de amaros y por bien empleado el amor que con vos he tomado.

—Yo cumpliré vuestro mandado —dijo Olivante— en todo lo que, señora, en mí fuere; que todo eso es acrecentar en la merced que de vos he recibido.

Y dicho esto se puso de rodillas delante de la infanta diciendo:

—No ha sido, señora, tan pequeña la merced que de vos en este día y de vuestro favor he recibido que ningún servicio del mundo pueda merecerla, y en pago del conocimiento que dello tengo os suplico me deis vuestras manos para que mi boca pague algo de lo mucho que yo os debo, conociendo juntamente lo que sin esto todo el mundo os está en obligación, que es besáros las como a una de las excelentes señoras y infantas que en él haya.

Y con esto, aunque la infanta lo rehusaba, por fuerza se las tomó y se las besó. La infanta que otra cosa no pudo hacer, le dijo:

—Señor Olivante, bienaventurado vos, que merecistes alcanzar aquello que en el mundo hasta agora parecía sin igual. Y pues que tan divino favor habéis alcanzado, por solo esto todo el mundo os debe la deuda que a mí, sin ser merecedora por mi parte, quisistes pagar; mas yo la recibo para pagarlo en lo que vuestro servicio con esta divina princesa fuere, no me olvidando de acordarle en el tiempo que de su favoruviéredes necesidad, aunque yo creo que no será menester, según el mucho cuidado que en ella siento que queda. Y pues ya el alba del día nos desparte y es razón que de nuestra salida no demos sentimiento, nosotras nos vamos; y pues Silvano no nos ha oído, tampoco le digáis nada de lo pasado, y después que con el Emperador os oviéredes conocido, procurad siempre de hablar con cualquiera de nosotras muy sesudamente y de manera que no se pueda de ninguna cosa tomar sospecha.

Olivante les tornó otra vez a besar las manos antes que se fuesen, y cierto, por su voluntad no quisiera que tan gloriosa noche como aquélla tan presto hubiera fin, y les dijo que en todo no saldría de lo que le mandaban. Y con esto la princesa y la infanta se metieron por el postigo, y también a ellas les pesó, porque quisieran saber otras particularidades que no hubo lugar de preguntar por el poco tiempo. Y así como fueron en sus lechos, la infanta trajo a su memoria cómo había oído decir que el primer hijo que la reina Rosiana, su madre, había parido había sido perdido, y cómo llevaba aquel corazón; y con lo que oyó decir a Olivante de que no sabía quién era su padre, mucha sospecha tomó de que podría ser su hermano, y diciéndolo a la princesa, entrambas se certificaron en su pensamiento ser verdadera su sospecha, determinando la primera vez que hablar le pudiesen certificarse de todo ello a su voluntad.

CAPÍTULO I-XXX

CÓMO OLIVANTE SE SALIÓ DE LA HUERTA, Y DE LO QUE PELISCÁN, SINTIENDO SU TARDANZA, EN ESTE TIEMPO HIZO

A Sí como la princesa y la infanta fueron idas Olivante quedó con pena de verse ausente de tanto bien, y por otra parte el más contento del mundo, porque sus hechos habían sido tan bien guiados que la princesa por la manera que se ha dicho hubiese sabido la pena que padecía. Y yéndose donde

Silvano estaba durmiendo, le despertó diciéndole que ya era tiempo de salirse, porque después que el día fuese claro sería dificultoso entrar en su tienda sin que de su hábito se sospechase alguna cosa, y que le rogaba que le escusase con la princesa y la infanta, que otro día tomaría a ver lo que le mandaban, y que esto pensaba hacer descubriéndose al Emperador, donde ellas no podrían dejar de conocerle.

Silvano viendo su voluntad, dijo que así lo haría, y que le parecía muy bien que, pues el Emperador le tenía tan buena voluntad, que más no estuviese encubierto en su corte, y que en lo de la princesa le dejase el cargo para lo que a su servicio tocase, y que fuese que sus hechos a su causa no serían descubiertos.

— Así lo creo yo — dijo Olivante —, y no menor voluntad será la mía para hacer todo lo que a ti conviniere; y pudiendo yo hablar a la infanta a mi voluntad, le diré el mucho cargo que de ti tiene y la razón para hacerte todo favor y mercedes.

Silvano le quiso besar las manos por lo que decía, mas Olivante no lo consintió. Y con esto se fueron a la puerta, la cual hallaron cerrada, y por la principal tenían la salida, por que no podrían dejar de ser vistos de mucha gente; así que por fuerza les convino esperar a que el hortelano viniese, el cual se tardó tanto que era pasada una hora de sol cuando la puerta fue abierta. Y saliendo Olivante lo más encubierto que pudo, se fue por detrás de la casa, mas la gente era ya tanta que los campos estaban llenos.

En este medio Peliscán estaba en muy gran cuidado, confuso de ver la tardanza de Olivante, y mucho más lo fue viendo que a la puerta de la tienda llegaron dos caballeros a demandar justa con las condiciones que el paso se defendía. Y por que no sintiesen que Olivante de allí faltaba ni dar lugar a los pensamientos y sospecha que de su ausencia podía recrecerse, habiendo hablado sobre ello con Darisio muchas cosas, al fin se determinó de decirles que el caballero que el paso defendía se había sentido esa noche mal, y que, por que su venida no fuese en vano, que a él le había dado poder para que con las mismas condiciones que él lo defendía pudiese también defenderlo, y que dello se podían certificar de su escudero, que allí estaba. Darisio dijo que así era verdad, y con esto siendo los caballeros contentos, pensando que mejor se habrían con Peliscán que con el caballero que el paso había defendido, Peliscán, que ya armado estaba, se subió encima de su caballo. Y saliendo al campo, el uno de los caballeros le salió al encuentro, y hiriéndose poderosamente con las lanzas en los escudos, la lanza del caballero fue quebrada, mas Peliscán le encontró con tan gran fuerza, que por las ancas del caballo le hizo venir a tierra. Y lo mismo hizo al segundo, aunque muy buenos caballeros eran, de que no poco fue maravillado el Emperador, que las justas estaba mirando, y dijo a los caballeros que con él estaban que de gran fuerza se mostraba el caballero, pues con tanto ardimiento había sustentado lo que su compañero había ganado. Y todos dijeron que así era la verdad.

Peliscán se tornó a la tienda y con mucho placer fue recibido de Darisio, aunque mucho sentía la tardanza de Olivante por no saber la causa della. El cual estando entre la otra gente lo más encubierto que podía, había bien visto lo que Peliscán había hecho, sintiendo infinito gozo dello y juzgando en su pensamiento por gran bondad y lealtad la suya. Y así, le convino estar esperando hasta que fue

hora de comer, que la gente se retrujo a sus aposentos, y viendo que de nadie podía ser visto, yéndose por detrás de la tienda, se metió dentro con sobrado placer de Peliscán y Darisio, que ya no sabía qué juzgar de verle tardar tanto, y así como Peliscán le vio, se levantó a él diciéndole:

—Señor Olivante, grande agravio recibe mi deseo de serviros, pues que de mí os encubris para no ponerme con vos en cualquier trabajo y afrenta que por vos penséis que pueda pasar. Y no puedo dejar de quejarme desto, que no puedo pensar que sin mucha causa en ese hábito os hayáis así salido sin que yo supiese dónde ni por qué lo hagáis.

—Señor Peliscán —respondió Olivante—, bien conocida tengo la voluntad que decís, y porque éste no era caso en que tuviese necesidad de vuestra ayuda no os la he demandado. Y porque para poderos decir del todo la razón que para ello me ha movido, y asimismo lo que de la estada me ha sucedido, será menester más espacio, quédese para cuando haya tiempo, que no hay cosa que yo no pueda fiar de vos como del más verdadero y entrañable amigo que en este mundo tenga. Y dejado esto aparte, me decid cómo me escusastes para poder tomar la justa con aquellos caballeros como hecistes.

Peliscán se lo contó todo, y siendo llamados por Darisio, se fueron a comer, que muy bien aparejado lo tenían. Y por todo aquel día no vinieron más caballeros, hasta una hora antes de la noche, que de hacia la ciudad de Constantinopla vieron descender de un recuesto un caballero, grande de cuerpo y bien entallado, encima de un poderoso caballo bayo. Traía unas armas amarillas y el escudo sin ninguna pintura, el yelmo puesto y, sin escudero ninguno, la lanza traía en la mano. Al Emperador y a todos aquellos caballeros que lo vieron les pareció muy bien. Y el caballero se vino acercando a la tienda de Olivante y parándose sobre su caballo preguntó por el caballero que el paso defendía. Olivante salió luego a la puerta y le preguntó lo que demandaba. El caballero le dijo:

—Lo que quiero es la justa del paso, aunque no con las condiciones que vos la guardáis; porque siendo tan buen caballero y que tanto de vos os preciáis, sinrazón hacéis a los caballeros que después de caídos la batalla de las espadas os demandan. Y por mí digo que yo no probaré lo uno sin lo otro, porque si en lo primero me faltare la ventura, en lo segundo no pienso que de mí os partiréis tan fácilmente como pensáis.

—Señor caballero —respondió Olivante—, pues que sabéis la condición del paso, escusado será decíroslo yo. Si con ella os pareciere, probarlo; y si no, yo no pienso hacer más novedad con vos que con todos los otros he hecho.

—No puedo juzgarlo sino a cobardía —respondió el caballero—; y sobre ello, para hacéroslo conocer, os desafío a la batalla para cualquier tiempo que aceptar la quisiéredes.

—Sea luego —respondió Olivante—, que para caso de tanta soberbia no es bien dilatar punto de tiempo para averiguarse.

Y con esto, a mucha furia demandó su caballo a Darisio, en el cual subiendo con mucha presteza, cada uno dellos se puso en el puesto que mejor le pareció. Al Emperador le dijeron las palabras que los caballeros habían pasado, y deseaba conocer al caballero que de la ciudad había venido; la princesa y las infantas con

todas las dueñas y doncellas estaban puestas a los corredores por ver la batalla. Y a este tiempo los dos caballeros, teniendo dos fuertes y gruesas lanzas, muy bien cubiertos de sus escudos, se vinieron a encontrar de tan poderosos y mortales golpes, que los pedazos de las lanzas parecían subir en las nubes; y topándose con los cuerpos y escudos, como el caballo de las coronas pasase con mucha furia y en Olivante no menguase la fuerza, el caballero, desacordado, por las ancas del caballo vino a tierra. Grande alegría fue la de la princesa viendo el extraño golpe que su caballero había dado, dando por bien empleado el favor que la noche pasada le diera, pues tan aventajadamente con él se señalaba.

Pues tornando a los caballeros, así como el caballero fue caído, levantándose prestamente, como aquel que muy estremado era en las armas, echando mano a su espada y embrazando su escudo, con gentil ánimo esperó a Olivante; el cual no le queriendo acometer con ninguna ventaja, se apeó del caballo, que de todos fue juzgado a mucho esfuerzo y generosidad. Y acometiéndose los dos caballeros con bravos y pesados golpes, comenzaron entre sí una tan mortal y espantosa batalla, que así el Emperador como todos decían haber mucho tiempo que otra semejante no habían visto. Y dándose terribles y mortales golpes, deshaciéndose las lorigas y rajándose los escudos, se herían en las partes que más daño pensaban hacerse. Los yelmos traían abollados y las armas rotas por muchos lugares, y desta manera sin descansar anduvieron hasta la noche, que muy poca ventaja de la una parte a la otra se conocía, aunque la ligereza y poco cansacio de Olivante fuese mucha señal de la victoria. El cual habiendo mucha vergüenza de que aquella batalla delante de la princesa tanto tiempo le durase, demandaba a muy gran priesa lumbré para fenecerla, y lo mismo hacía el caballero. El Emperador rehusaba de darla, porque preciaba mucho a los caballeros y quisiera despartirlos si pudiera; mas Peliscán conociendo que Olivante estaba deseoso de fenecerla y pareciéndole que su contrario podría poco tiempo defenderse, hizo encender doce hachas que en la tienda estaban. Y el Emperador viendo que no podía entonces hacerse su voluntad, hizo traer otras muchas, con cuya lumbré la claridad era tanta como si fuera de día, y los caballeros que estaban presentes se acercaron más por ver mejor a su voluntad.

Olivante, levantando los ojos y viendo aquella divina imagen de la princesa, que mirándolo estaba, en la¹⁴⁸ cual no menos turbación hasta verle fuera de aquel peligro que en él mismo había, comenzó a decir entre sí:

—¡Ay soberana princesa, cuán mal empleado ha sido en mí el vuestro favor y la mucha merced que de vos en recebirme por vuestro recibí, pues siendo ésta la primera batalla que en vuestra presencia hago, con tan poco ardimiento me haya habido en ella!

Y diciendo esto le pareció que las fuerzas con aquella vista se le acrecentaban en tal manera que bien lo daba a entender a su contrario, cargándolo de tan crueles y mortales golpes, que con gran desatino a una parte y a otra le hacía revolver, mas no por que como muy buen caballero que era no se defendiese y ofendiese con gran fortaleza. Mas Olivante andaba tan vivo y sin mostrar que le falleciese punto

¹⁴⁸ Orig.: 'lo' (76v).

de la fuerza de al principio, que bien claramente se mostraba la mejoría que sobre el caballero tenía, el cual andaba herido en cuatro partes, de que mucha sangre se le iba, sin otras llagas pequeñas que tenía; y Olivante estaba herido en tres partes, aunque era tan poco que apenas lo sentía.

Pues como desta manera anduviesen por una pieza, sintiéndose su contrario tanto enflaquecer que ya en sí no sentía sino la muerte, dejando lo poco del escudo que le quedaba, tomó la espada con ambas manos y dio tan fuerte golpe en lo poco del escudo que a Olivante le quedaba, que, hendiéndole mucha parte dél, la espada descendió al yelmo, el cual, por no estar bien enlazado, con el duro y fuerte golpe le saltó de la cabeza. Mas Olivante, que en este tiempo no estuvo parado, le hirió asimismo sobre el yelmo con su espada de un tan cargado golpe que metiéndosela por él dos dedos, le hizo una herida en la cabeza. Y queriendo sacar la espada, porque temía el peligro que de la cabeza desarmada le podía suceder, puso tanta fuerza, que el caballero fuera de su sentido cayó tendido a sus pies.

Olivante que así le vio, desenlazándole el yelmo esperó a que tornase en sí, y como fue en su acuerdo, poniéndole la punta de la espada en el rostro le pidió que se diese por vencido, si no, que le cortaría la cabeza. El caballero, con la voz muy flaca y debilitada, le pidió merced de la vida, y que él otorgaba todo lo que le pedía. Olivante le ayudó a levantar en pie diciéndole:

—Señor caballero, nunca juzguéis lo que no supiéredes, porque podréis engañaros como ahora; que a mí me pesa que por tan liviana cosa quisiédes que tales nos parásemos.

A este punto todos conocieron al caballero vencido, que sabed que era Fermusio Troyano, el cual con gana de vengarse de Olivante había venido desconocido de aquella manera. Y sacado del campo fue llevado a curar, que bien le hacía menester, y estuvo en mucho peligro de la vida de las heridas que llevaba, aunque al fin sanó dellas por el mucho cuidado que el Emperador hizo tener de su salud, así por ser buen caballero como por ser hermano del rey de Frigia.

CAPÍTULO I-XXXI

CÓMO OLIVANTE FUE CONOCIDO DEL EMPERADOR ARQUELAO, Y DEL PLACER QUE ÉL Y TODOS LOS DE LA CORTE SINTIERON

A Sí como a Olivante se le saltó el yelmo de la cabeza, como os hemos contado, luego del Emperador fue conocido con la mayor alegría del mundo, como aquel que de verdadero amor le amaba por la buena obra que dél había recibido, y lo mismo hicieron el príncipe Grisalter y Durián de Baltar y Castidel, que presentes estaban. Y como con la luz de las hachas la gran hermosura de su gesto de todos podía ser juzgada, como sus cabellos eran muy rubios y el gesto con el encendimiento hubiese tomado alguna color, a todos hacía maravillados de su gran beldad y hermosura, y estaban espantados que en tan

tierna edad cupiese tan alto hecho de armas, pareciéndoles ser imposible, y más después que sus esclarecidas y grandes hazañas en la corte fueron publicadas. Y así como Fermusio Troyano fue salido, el Emperador descendió al campo acompañado de muchos caballeros, y llegó a tiempo que Olivante se quería volver a su tienda y el príncipe Grisalter le estaba rogando que no lo hiciese, porque ya que el Emperador le había conocido, le pesaría mucho dello. Y asimismo Durián de Baltar y Castidel le habían ya hablado, y él a ellos con mucho amor y mesura. El Emperador llegó a esta sazón, diciendo:

—Por cierto, poco conocimiento ha sido el mío, aunque no el de mi sospecha, porque siempre pensé que vos, señor Olivante, érades en quien tan altas proezas y caballerías podían caber. Y si por cierto lo tuviera, no pudiera dejar de haceros agravio, si tal se puede llamar, a lo menos en haceros trocar el aposento, lo que ya agora no podréis escusar, dejándome con queja del que en haber estado tantos días encubierto en mi corte me habéis hecho.

Olivante estaba de rodillas suplicándole le diese las manos para besárselas; mas el Emperador tirándolas a sí, lo hizo levantar, y besándole con mucho amor en el rostro, lo tenía abrazado consigo, diciendo a todos aquellos caballeros que allí estaban cómo aquel caballero era el que al jayán Buciferno había muerto y de su poder le había librado. Olivante, que con vergüenza estaba de lo que el Emperador en su loor decía, le responde:

—Fue tan pequeño servicio, soberano señor, ese que la vuestra grandeza dice, que no basta a quitarme de la pena que por la culpa que me ponéis merezco. Y pues él no basta, baste mi voluntad, la cual está siempre aparejada para morir por vuestro servicio, como aquel que más en este mundo desea poderos servir.

—Eso tengo yo bien conocido —respondió el Emperador—, y de la una parte a la otra el poco engaño que hay. Y pues que será menester descansar y me parece que estáis algún tanto herido, bien será que nos vamos donde en todo se ponga el remedio necesario.

—Mis heridas no son tales que con la merced que vuestra alteza me hace —respondió Olivante— puedan sentirse ni darme ninguna pena.

A esta hora, viendo Peliscán ser el tiempo aparejado, se llegó a besar las manos al Emperador, el cual sabiendo quién era, lo recibió con mucho amor, y levantándolo del suelo, le dijo que en compañía de tal caballero no podía andar sino quien en las obras le imitase. Peliscán le rindió las gracias lo mejor que supo. Y asimismo llegó Darisio al Emperador, al cual recibió con infinito amor, diciendo:

—En compañía del mejor caballero del mundo, razón es que esté el mejor escudero que en él hay.

Darisio le tornó a besar las manos por lo que decía. Y desta manera movieron de allí para la casa del paso, yendo todos los ojos puestos en Olivante, maravillándose así de su estremada hermosura como de las estrañas y maravillosas cosas que dél se decían. Y después que fueron subidos en la sala, el Emperador le hizo luego desarmar y buscar las heridas a grandes maestros que allí consigo tenía, los cuales dijeron que era muy poca cosa, mas que le convenía holgar algunos días. Y tanto porfió el Emperador, que Olivante contra su voluntad se hubo de meter en un lecho que como para el mayor príncipe del mundo le

aparejaron. Y después de curado, todos aquellos caballeros que gran saña contra Olivante por haberlos derribado tenían, vuelta en mucho amor y perdiendo el mal talante, le iban todos a hablar, entre los cuales llegaron Agrestes, príncipe de Lacedemonia, caballero mancebo dotado de toda bondad y virtudes que en un caballero podía haber. Olivante lo recibió con el debido acatamiento, agradeciéndole mucho la visitación y ofrecimientos que le hacía. Luego llegaron Parménides, sobrino del Emperador, y don Lucisor de Numidia y Guilanor de Tornay y Riseles de Normandía y Tesaliano, duque de Tebas, y otros muchos y muy preciados caballeros que en la corte estaban, y todos estaban muy pagados y satisfechos de la medida y buena crianza que en Olivante hallaban, y todos los días que estuvo en el lecho, jamás dél se partían, principalmente el príncipe Grisalter de Suecia, porque, como ya la historia os ha contado, el amor que se habían cobrado era muy grande.

La princesa, que muy bien todo lo que en la batalla pasó había visto, así como el yelmo le saltó a Olivante bien conoció aquel hermoso y esforzado caballero ser el Sileno de quien ella jamás el pensamiento partía, y su crecida alegría y demasiado placer fue tan grande cual nunca jamás había sentido. Y porque delante de las otras doncellas no podía hablar lo que ella quisiera, se abrazaba con la infanta Galarcia dándole a entender la alegría de su corazón. La infanta, llegándose a ella, sin que de nadie pudiese ser oída le dijo:

—Señora, yo he entendido, y no menos parte me cabe por la parte que la vuestra merced de lo que hemos visto podéis sentir; y bien podéis preciaros, que nunca yerro tan bien se empleó, si yerro se puede decir el que anoche hecimos.

—¡Ay mi señora —dijo la princesa—, que ni fue ni es más en mi mano de lo que veis! Y en lugar de menguar con el tiempo, cada hora se acrecienta en mí la afición, sin poder resistir las fuerzas con que mis entrañas y corazón el encendido fuego tiene sojuzgado. Plega a Dios que vuestras palabras sean verdaderas y que caiga en persona que lo merezca, por que el fin no sea tan cruel como de las cosas mal miradas suele suceder.

—Dejaos deso —dijo la infanta—, que aunque otro valor en él no hubiese sino el de su sola persona, con su estremada gracia y hermosura basta para ser amado de la más alta princesa del mundo, cuanto más que no creo que por todas partes le falte merecimiento.

—De cualquier manera —dijo la princesa—, no será en mi mano dejar de amarle.

Y con esto dando un suspiro, se fueron a sus aposentos, y las dos toda aquella noche no hicieron otra cosa que hablar en Olivante. Y venida la mañana se levantaron, y ataviándose tan rica y estremadamente que mucho en su gran hermosura acrecentaba, se fueron a la capilla, donde al Emperador hallaron que quería oír misa. Y después que la hubieron oído, el Emperador, que en otra cosa no pensaba sino en agradecer a Olivante lo mucho que por él había hecho, dijo a la princesa:

—Mi muy amada hija, mucho es lo que yo debo, como vos sabéis, a este esforzado caballero que en esta casa tenemos, porque después de Dios nadie en el

mundo fuera así poderoso darme la vida. Mucho placer me haréis en visitarle y agradecerle por vuestra parte lo que le sois en obligación.

—Eso haré yo con toda voluntad —respondió la princesa— por obedecer el mandado de vuestra grandeza, que pues todos recibimos tanta parte del servicio que a vos, señor, hizo, así es justo que en todos conozca el agradecimiento.

El Emperador le dijo que así lo hiciese. Y Silvano, que presente estaba, sabiendo que con mejores nuevas no podría visitar a Olivante, se fue delante, y entrando a su aposento, lo halló solo con Darisio, que con él estaba. Olivante se holgó en extremo de verle, y le dijo:

—Silvano, ¿por qué me has olvidado, que ya estaba con mucho deseo de tu vista?

—Mi señor —respondió Silvano—, vos sabéis la causa, porque a vos ya no cumple disimular nuestro conocimiento. Y si agora soy venido es por daros alegría con estas nuevas, que sabed que la princesa y la infanta con todas las otras señoras vienen a visitaros por mandado del Emperador.

Olivante recibió grande alegría; y cierto, no podía haber mejor medicina en el mundo que ver aquella divina y angélica imagen de la princesa con aquella tan estremada compañía que consigo traía, en quien toda la beldad y hermosura del mundo se encerraba, pareciendo entre las otras infantas y doncellas como el sol entre las estrellas, cuya vista bastaba traer la salud al que más necesidad della tuviese. Olivante, aunque turbado estaba y el corazón le daba muy grandes saltos, lo mejor que pudo se esforzó, encubriendo su alteración con la mejor disimulación que pudo, por que de muchos caballeros que con la princesa venían no fuese conocida. Y levantándose en el lecho suplicó humildemente y con el debido acatamiento a la princesa le diese las manos para besarlas por la gran merced que con su visitación recibía. La princesa le rogó que se estuviese quedo, y diciéndole:

—Valeroso caballero, del servicio que como el mejor caballero del mundo al Emperador, mi señor y padre, y al rey Aureliano hecistes, cupo a tantos tanta parte, que muchos más deudores tenéis de lo que pensáis para agradecerlo cuando dello tengáis alguna necesidad. Y de mí seréis bien cierto que la voluntad ni obras no faltará en el agradecimiento, si cosa se ofrece en que yo pueda mostraros lo mucho que todos por esta parte os debemos. Y del Emperador, mi señor, sé yo que, aunque fuese poner todo su estado por vos, no pensaría pagaros la menor parte de lo que vos merecáis. Y si el tiempo que aquí estuviéredes fuere menester alguna cosa en que yo pueda servirlos, haciéndomelo saber se cumplirá en todo vuestro mandado, sin haber en ello falta ninguna. Y mucho placer me haréis de que todo lo que fuere menester, vuestro escudero como en casa vuestra propia lo pida.

Olivante, sosegándose para hablar, tornó a suplicar a la princesa las manos para besárselas le diese; mas ella las tiró a sí, y Olivante le respondió:

—Mayores servicios habían de ser, poderosa y soberana señora, los que de tan crecida merced como de la visitación de vuestra grandeza recibo mereciesen; mas yo serví según mi poder y vos pagáis según de vuestra grandeza se requiere, no mirando al pequeño merecimiento de los servicios y de quien los hizo, mas a lo que a vuestra soberana virtud sois deudora; que aunque yo muchos más y de mayor merecer hubiera hecho, mucho mayor es el premio de tan gloriosa vista y

ofrecimientos, obligándome a que con mayor cuidado todos los días de mi vida en otra cosa que servir a la vuestra merced y al Emperador, vuestro padre, no entienda. Mi mal es tan poco, que antes le sobra tan gran remedio que, aunque fuera mucho, bastaba para aliviarme. Y así, pienso levantarme mañana para ir a besar las manos de vuestra alteza.

La princesa le rindió las gracias de lo que decía, y como por los que presentes estaban no tuviesen más lugar de darse a entender lo que los atribulados corazones sentían, con los ojos se daban a conocer la voluntad que tenían, teniéndolos fijos cada uno en el otro con tan gloriosa y deleitable vista que, siendo posible, jamás della apartarse quisieran. A Olivante, estando embebido en esta contemplación, se le salió un suspiro que las entrañas parecía llevar consigo; y la princesa viendo con su sobrada discreción que otra cosa no era en su mano, por que alguna cosa de su descuido no pudiese pensarse, aunque contra su voluntad, se despidió, dejándolo como quien, privado de gran claridad de luz, se mete en muy oscuras y tenebrosas tinieblas.

La infanta Galarcia llegó a hablar a Olivante, y entre los dos pasaron con disimulación muy graciosas razones; y asimismo llegó la infanta Clarista y todas las otras dueñas y doncellas de alta guisa, las cuales quedaron muy pagadas de la gran discreción y buena gracia de Olivante. El cual, después de salidas, quedó con mucho contento, teniéndose por muy venturoso en tener así ganada a la princesa, que con tanta voluntad tan grandes mercedes le hacía.

Ese día el Emperador le visitó dos veces, y jamás dél se apartaban aquellos príncipes y preciados caballeros que le acompañaban, y el Emperador y todos honraban mucho a Peliscán, y fueron maravillados cuando les contó las grandes cosas que en la isla de Landas a Olivante le habían acontecido, y cómo entrara en el castillo de Tirsas y las estrañas cosas que en la huerta había visto; y desta manera, todos juzgaban a Olivante por el mejor caballero del mundo, y no quedó ninguno a quien no pusiese en voluntad de irse a probar en el Purgatorio Tirsiano por ver las grandes y espantosas maravillas que dél se contaban.

CAPÍTULO I-XXXII

QUE CUENTA DE LAS FIESTAS QUE EN LA CORTE SE HACÍAN POR LA VENIDA DE OLIVANTE, Y DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ

TRES días estuvo Olivante, por fuerza que los médicos le hicieron, en el lecho, aunque con valeroso ánimo y con los favores que la princesa le hacía, que era el verdadero remedio para su mal, lo dejaba de sentir, pareciéndole que las heridas que tenía no eran impedimento para dejarse de levantar. Y al cuarto día, vistiéndose de muy ricos atavíos que Darisio le traía, se fue a la sala donde el Emperador estaba, siendo así dél como de todos los otros príncipes y caballeros muy bien recibido. Y de allí se fueron a la capilla a oír misa, y después de oída,

estando puestas las tablas, fueron servidos tan altamente como en casa de tal príncipe convenía. En una mesa estaba el Emperador, y en otra, cabe él, se sentaron Agrestes y Grisalter de Suecia y Olivante, y en otra otros muchos caballeros de gran cuenta. Y después que hubieron comido, la fiesta se comenzó muy grande, y el Emperador mandó al conde de Arenza, caballero viejo y de mucha autoridad, que fuese por la princesa; la cual vino luego acompañada de todas aquellas infantas y doncellas, todas acompañadas de tanta hermosura, que gran gozo sentían los corazones de aquellos caballeros que las miraban, y principalmente Olivante, que jamás sus ojos de la princesa apartaba, la cual todas las veces que tenía lugar hacía lo mismo, dándole a entender su voluntad con tan amorosa vista.

El Emperador concertó que el otro día se partiesen para la ciudad de Constantinopla, lo cual se puso luego por obra, y pasado aquel día con mucho solaz y fiestas, todas las cosas fueron aparejadas para la partida. Y algunos iban armados y otros sin armas, y la princesa con las infantas iban en los carros en que el día que Olivante las había hallado estaban. Silvano iba junto con ellas hablando cosas tan graciosas y sentidas sobre sus amores con la infanta, que a todos hacía maravillados de su gran hermosura y saber. Olivante iba armado encima de su poderoso caballo de las coronas. Y por el camino fueron cazando, aunque Olivante todo su cuidado era en cebar los ojos en la divina hermosura de aquella excelente princesa, pareciéndole que mayor gloria en este mundo no podía sentir. La princesa y la infanta iban hablando en cómo podrían saber de Olivante cuyo hijo fuese y de qué parte venía; y viendo junto a Darisio del carro, la infanta Galarcia le llamó diciéndole:

—Buen escudero, que Dios os dé buena ventura, ¿hacer me heis tanto placer de decirme una verdad que preguntar os quiero?

—Excelente señora —respondió Darisio—, en vuestras palabras conozco el desconocimiento que de mí tenéis, pues pudiéndome mandar como a vuestro criado y súbdito, la vuestra soberana grandeza muestra desconocerme queriendo rogarme.

—¿Quién sois vos —dijo la infanta—, que queréis que os conozca?

—Soy Darisio, hijo de don Polidor —respondió Darisio—, criado del rey Aureliano y siervo vuestro.

¡Ay Darisio —dijo la infanta—, que con el tiempo no te maravilles que estuviese fuera de conocimiento! Aunque en lo que de mí tuvieses necesidad no puedo estarlo por lo mucho que todos a tu padre, don Polidor, debemos. Y ruégote que me digas cómo no tornaste en Macedonia con el rey mi señor, que yo le oí decir cómo por tu causa había sido librado de aquel tan soberbio jayán, con mucha voluntad de gratificarte lo mucho que en ello le serviste.

—Mi señora —respondió Darisio—, yo os diré la verdad de lo que me demandáis.

Entonces le dijo todo lo que la historia ha contado, y cómo viendo las grandes maravillas que Olivante había hecho se había aficionado a servirle y para ello había pedido licencia al rey su señor, y todo lo demás que después que en su compañía andaba le había visto hacer, teniéndolas embebecidas y espantadas con las maravillosas cosas que de Olivante les contaba. Y la infanta le dijo:

—¿Por ventura sabes tú cuyo hijo sea?, que tenemos crecido deseo de saberlo.

—No lo sé —dijo Darisio—, que a la vuestra merced no lo negara yo; ni aun él creo que lo sabe, porque yo sé que se tenía por hijo de un caballero pariente del duque Armides, señor de aquella isla donde fue criado y padre de aquel caballero Peliscán, el cual cuando con él topó en la isla de Landas, le dijo de parte de una muy sabia dueña, hermana de su padre el duque Armides, que procurase que sus hazañas conformasen con el alto linaje de donde descendía y que no viviese engañado teniendo por padres aquellos que le habían criado, que le hacía saber que era hijo de uno de los grandes príncipes de la cristiandad y que presto sabría la verdad de todo.

—Maravillas nos has contado —respondió la infanta—; y cierto, sus obras no dejan de mostrar ser de muy clara y alta sangre su nacimiento. Y tú te puedes loar de ser escudero del mejor caballero del mundo.

Darisio le besó las manos por lo que le decía. Y desta manera llegaron a vista de aquella gran ciudad de Constantinopla, y todos los campos estaban llenos de mucha gente del pueblo, los cuales con grandes recibimientos y regocijos metieron al Emperador en la ciudad diciendo todos a muy grandes voces:

—¡Bien sea venido el bienaventurado caballero que a nuestro soberano emperador de tan cruel prisión y muerte pudo librar!

Y todos decían que si su ardimiento y grandes proezas eran muchas, que hermosura no le faltaba, que en todo había Dios con él bien repartido.

Y apeados en el gran palacio, el príncipe Grisalter tomó a la princesa de brazo, y Agrestes a la infanta Galarcia, y Peliscán a la infanta Clarista, y Olivante iba hablando con el Emperador, que bien quisiera gozar, si pudiera, de la gloria que Grisalter de Suecia llevaba, mas el Emperador no le dio lugar. Y subidos en una gran sala, después que hubieron comido, grandes y sumptuosas fueron las fiestas que en el palacio se hicieron aquel día. Y venida la noche, todos aquellos caballeros danzaron con aquellas señoras; y Olivante fue importunado por el Emperador, y aunque contra su voluntad, danzó con la infanta Galarcia tan bien y graciosamente que a todos dio tanto contentamiento de sí, que en todo decían haberle Dios hecho estremado sobre cuantos eran en el mundo. Y después que fueron¹⁴⁹ recogidos todos a su retraimiento, Olivante preguntó a Darisio lo que la infanta le había hablado, el cual se lo contó todo sin faltar ninguna cosa. Y Olivante dando un entrañable suspiro y con las lágrimas en los ojos, le dijo:

—¡Ay Darisio, que la mi muerte es muy cerca si el remedio de donde me puede venir me falta!; que gran mal para mayor bien, pues por tal tengo de tener la muerte siendo tan bien empleada, he hallado en esta corte.

Y con muchas lágrimas y suspiros, conociendo la mucha fidelidad de Darisio, le contó todo lo que con la princesa había pasado y los mortales tormentos y rabiosas cuitas que por sus amores padecía; por lo cual Darisio le besó las manos, por el secreto tan grande que dél confiaba, consolándole y prometiéndole de le servir en ello hasta la muerte, y que pues en tan buenos términos lo había puesto,

¹⁴⁹ Suplo 'fueron' (80r).

no debía dar lugar a la desconfianza, que él esperaba en Dios que sus hechos serían tan bien guiados que su deseo pudiese venir a cumplirse.

Aquella noche pasó Olivante no sin gran compañía de pensamientos. Y otro día por la mañana se comenzaron grandes justas y torneos, saliendo los caballeros con grandes galas y invenciones. que duraron ocho días, y el Emperador ponía muchos precios para los que mejor lo hiciesen. Y dos veces que Olivante salió, hizo tan estremadas maravillas, que ningún caballero le paraba en la silla. Y a ruego del Emperador se sufrió los otros días, en los cuales se hicieron hermosos encuentros y batallas; y muchos buenos caballeros se señalaban, entre los cuales Grisalter de Suecia y Peliscán y Agrestes eran los que mejor lo hacían. Y así estuvo algunos días Olivante en la corte del Emperador, siendo muy querido y amado de todos los caballeros; en el cual tiempo asimismo Fermusio Troyano, siendo sano de sus heridas, tomó muy grande amistad con Olivante, demandándose entrambos perdón de lo pasado.

CAPÍTULO I-XXXIII

CÓMO OLIVANTE DE LAURA SE COMBATIÓ CON EL JAYÁN BORALDO DRAGONTINO Y LO MATÓ, Y CÓMO SE FUE A CUMPLIR UN DON A UNA DONCELLA QUE EL JAYÁN LE HABÍA PROMETIDO

SEIS días había que Olivante de Laura estaba en la corte del Emperador, sintiendo muy poca alegría con los regocijos y fiestas que se hacían faltándole la verdadera, que era de poder hablar con la princesa a su voluntad, aunque del Emperador recibía aquel tratamiento que si otro igual suyo o de mayor estado fuera. Y sus congojas y cuitas eran muy grandes, y los mortales tormentos y crecidos desasosiegos le tenían muchas veces tan fuera de sí, que ninguna cosa de las que hablaban y decían entendía, y su mayor consuelo era la soledad y descansar diciendo su pena y dolor al buen caballero y fiel amigo suyo Peliscán, y asimismo a su buen escudero Darisio, los cuales le consolaban con las mejores palabras y obras que podían. Y lo mismo hacía con el pastor Silvano, el cual algunas veces le traía nuevas y mensajes de la princesa y de la infanta; mas teniéndole por de tan baja sangre y generación, temía que el secreto en él por ventura no sería así encubierto como debía; y por esto no osaba así hablar con él manifiestamente como quisiera.

Pues como el Emperador fuese muy aficionado a la caza y continuamente se ejercitase en ella, para un día, en una floresta que cuatro millas de la ciudad estaba, la hizo aparejar muy buena. Y llevando consigo muchos de los caballeros que en la corte había, los más dellos iban armados, por que al Emperador otra semejante traición que la de Branfor no le acaeciese, y entre ellos iba Olivante armado de todas armas, y Darisio le llevaba el yelmo y escudo y la lanza. Y así como fueron en la floresta, la caza se comenzó muy buena, en que se hizo grande y hermosa

montería, y después que la hubieron acabado comieron de las provisiones que muy abundantamente el Emperador había hecho llevar.

Y estando todos aquellos caballeros juntos con el Emperador, por un camino que por un valle abajo se hacía vieron venir un disforme jayán y de grandísimo cuerpo encima de un poderoso caballo ruano, armado de muy gruesas y fuertes armas; y en el escudo traía pintado un jayán con diez caballeros a sus pies cortándoles las cabezas; traía consigo dos escuderos, y delante dél atravesó encima de un palafren una doncella bien apuesta y con ricos atavíos, la cual llamada por el gigante, vieron que estuvo hablando con él una pieza, y después, adelantándose y llegando donde el Emperador estaba, hecho muy gran acatamiento, le dijo:

—Soberano emperador, pasando yo por esta floresta a cierta cosa que mucho me importaba, he topado con un poderoso jayán de fea y disforme catadura, el cual me ha prometido un don, cualquiera que yo le pidiese, por que ante vuestra soberana grandeza viniese de su parte y vos hiciese saber cómo él se llama el jayán Boraldo Dragontino, señor de la ínsula Dragontina, y que oyendo decir en ella de un paso que por un caballero cerca desta ciudad se guardaba, él ha venido con intención de probarse en él, y que una gran tormenta que en la mar hubo le hizo detener hasta agora, y después que entró en esta tierra ha sabido todo lo que ha sucedido y que contigo está un caballero natural de la isla de Laura, el cual dice haber muerto al jayán Buciferno, que era su tío, en batalla igual, y que esto él lo tiene por muy gran falsedad y mentira. Y que por que su venida no parezca en balde, desafía a todos los caballeros que contigo aquí están a la justa, sobre razón que, si él llegara con tiempo, ninguno sino él llevara la honra y prez que en el paso se ganó, y que con ellos no quiere haber otra contienda; que pues daño ninguno le han hecho, tampoco les quiere hacer el mucho que de su cortadora espada podrían recibir; mas que si contigo está aquel animoso caballero llamado Olivante, que por la muerte que dice haber dado a aquel tío y cormanos suyos le desafía hasta la muerte, para dársela en venganza que no se alabe de lo que diez caballeros, todos tales como él, fuera imposible hacer.

El Emperador y todos aquellos caballeros fueron espantados de la demanda del jayán, y el Emperador respondió:

—Buena doncella, vos podéis decir al jayán Boraldo que estos caballeros han oído su embajada y que cada uno dellos hará lo que mejor le estuviere; y que a mí me pesa de que no llegase a tiempo de cumplirse su voluntad como dice, mas que agora hallará quien le satisfaga su deseo.

La doncella, haciendo su debido acatamiento, se tornó para el jayán. Y Olivante quisiera ser el primero que aquella empresa tomara, mas el Emperador se lo estorbó hasta ver cómo probaban los otros caballeros, los cuales fueron armados en un punto. Y el primero que salió fue don Lucisor de Numidia, que a maravilla era buen caballero, y puesto encima de su caballo, se bajó a un llano muy cerca de allí, donde el jayán atendiéndolos estaba. Y después que pasaron algunas razones entre sí, arremetiendo en la furia de sus caballos, las lanzas bajas, se hieren en medio de los escudos de poderosos encuentros. La lanza de don Lucisor fue hecha en muchos pedazos, mas él vino ligeramente a tierra por las ancas de su caballo, y todos se maravillaban del poderoso y fuerte encuentro que el jayán había dado. Y

luego tras él salió el duque Tesaliano, el cual asimismo ligeramente dejó la silla. Y lo mismo hicieron el buen caballero Peliscán y Riseles de Normandía y el príncipe Agrestes y Parménides y Grisalter de Suecia y más de otros diez caballeros, que ninguno dellos hubo menester más de un encuentro para probar la dureza del suelo, de que el Emperador estaba muy espantado y con mucha pena de ver que el jayán salía con su intención; el cual a ninguno de los caballeros había querido conceder la batalla de las espadas, aunque algunos dellos se la habían pedido.

Olivante, viendo la fortaleza del jayán, tomando sus armas y subiendo encima de su buen caballo se dejó bajar por el valle, y llegando donde el jayán Boraldo estaba, le dijo:

—Hechura del diablo, engendrado de la soberbia de Lucifer, delante tienes a Olivante de Laura, el cual con el ayuda del muy Alto Señor, que me ayudará, pienso hacer de ti lo que de aquellos que tú has nombrado hice vencéndolos en batalla igual; y la desigualdad que había era de su parte, y lo que tú has dicho es muy gran falsedad y mentira, lo cual en esta batalla te pienso hacerte conocer.

El jayán, con el enojo que tuvo de las palabras que Olivante le decía, le creció tanto el coraje, que la lengua se le ató para poder responder, y echando espumajos por la boca y un aliento tan espeso por las narices que propio humo parecía, tomó una lanza a uno de sus escuderos diciendo:

—Agora verás, malaventurado, la respuesta que a los viles caballeros como tú de sus locas palabras y atrevimiento suelo dar.

Y diciendo esto, los dos se apartaron, tomando del campo lo que les hacía menester. Y Olivante haciendo la señal de la cruz y rogando a Nuestra Señora contra aquel grande y disforme diablo le favoreciese, y cubriéndose muy bien de su escudo y las lanzas bajas, arremeten con tanta furia de los caballos, que la tierra hacían temblar. Y encontrándose en medio de la carrera, el encuentro del jayán fue tan poderoso que falsando el escudo y la loriga a Olivante le hizo una pequeña lliga en los pechos y la lanza fue hecha en muy menudas piezas, y perdiendo entrambas estriberas, en muy poco estuvo de caer del caballo. Mas el encuentro que Olivante hizo en el jayán fue dado con tanta fuerza que, falsándole el escudo y la loriga, la lanza le atravesó hasta las espaldas, y el jayán con la mortal herida cayó del caballo, llevándole el caballo arrastrando por una pierna, que el pie le quedó metido en el estribo.

La alegría del Emperador y de todos aquellos caballeros fue muy grande, y decían que jamás caballero en el mundo tal encuentro había dado. El Emperador le fue a abrazar y lo tuvo así un rato consigo, y todos aquellos caballeros decían que Olivante les había bien vengado de la injuria que el jayán les había hecho en derribarlos. Mas los escuderos del jayán hacían gran llanto por su señor, y poniéndolo atravesado encima de su caballo, se tornaron con él a la isla donde habían salido.

Olivante daba muchas gracias a Nuestro Señor en su corazón por la victoria que le había dado. Y la doncella que con la embajada del jayán había venido, poniéndose de rodillas delante de Olivante, le dijo:

—Bienaventurado caballero más que cuantos en el mundo nacieron, pues que por vuestra gran fortaleza habéis vencido este jayán, en el cual yo tenía esperanza

que me remediaría en una gran cuita mía por el don que me había prometido, por la cosa que en este mundo más amáis y queréis os conjuro, pues me hecistes el daño, no me desamparéis en mi necesidad y me otorguéis el don que el jayán me había otorgado, que no vos pondré en cosa que mucho prez y honra vuestra no sea.

—Buena doncella —respondió Olivante—, sin que así me conjurádes, teniendo vos de mí necesidad, no pudiera yo faltáros. Y el don yo os lo otorgo, con tal que para cumplirlo haya justicia y razón.

—Muchas mercedes —respondió la doncella—, que no me esperaba de vuestra gran fama y bondad otra cosa. Y porque no es cosa que sufre dilación, os suplico que a la hora partáis conmigo.

Muy gran pesar hubo el Emperador y todos aquellos caballeros de ver el don que la doncella pedía, porque era causa que Olivante dellos se apartase; el cual no menos lo sentía, por no verse ausente de aquella divina princesa que tanto amaba; más viendo que no podía hacer otra cosa, besó las manos al Emperador prometiéndole volver lo más cedo que pudiese. Y así, él y Darisio tomaron el camino, guiando por donde la doncella llevarlos quería; donde los dejaremos ir, porque Olivante no pudo tornar a Constantinopla tan presto como pensaba, y diremos de lo que en la corte del Emperador en este tiempo acaeció.

El cual con todos aquellos caballeros se tornó para la ciudad hablando en cuán ligeramente Olivante de aquel bravo jayán se había apartado. Llevando muchos osos y venados de los que en la montería habían muerto, se tornaron al real palacio, y el Emperador fue luego a ver a la princesa y le contó todo lo que en la caza le había acaecido, y de la batalla que Olivante hubiera con el jayán y de la manera que por un don que a una doncella había prometido se había ido con ella; de lo cual pesó infinito a la princesa, dándole el corazón que tan presto no podría tornar a ver aquel en quien era todo su pensamiento; mas con gran discreción lo encubría, que sola la infanta entendía su cuidado.

CAPÍTULO I-XXXIII

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE VINO A LA CORTE DEL EMPERADOR, LLAMADA LA AVENTURA DE LOS DONCELES, Y EN QUE SE CUENTA LA CAUSA DELLA

MUCHA soledad se sentía en la corte del Emperador por la falta que Olivante de Laura en ella hacía, y los más de aquellos caballeros estaban determinados, si mucho tiempo tardase, salirle a buscar, principalmente su verdadero amigo Peliscán y el príncipe Grisalter de Suecia; y la princesa estaba con tanta congoja, que cada día se le hacía mil años hasta que Olivante a la corte tornase; y cierto, si ella supiera dónde iba, no dudara de enviarle su mandado, que bien sabía que ninguna cosa bastaría a impedirle que no lo cumpliera.

Pues al cuarto día que Olivante era partido, así como el Emperador acababa de comer, estando todos aquellos preciados príncipes y caballeros con él en la sala, así en el palacio como en la plaza que delante dél estaba se comenzó gran ruido de gente y el Emperador mandó que supiesen la causa dello, y un caballero le dijo que a las puertas del palacio estaba una de las más estrañas y grandes aventuras que en el mundo se había visto. El Emperador y todos lo que con él estaban salieron a unas ventanas que sobre la plaza salían y juzgaron que el caballero había dicho muy gran verdad, porque, cierto, bien era cosa espantable y maravillosa de ver. Porque en mitad de la plaza estaba un carro de demasiada grandeza, al cual estaban unidos cuatro tigres que, al parecer, eran de metal, hechos por una tan estraña arte, que propriamente vivos parecían. Éstos se movían con tanto concierto, que con pasos muy concertados traían el carro, sin darse en el andar mucha prisa.

El carro era hecho de muy estrañas labores, y en medio dél venía un lecho de estremada riqueza, con seis pilares que en el carro estaban hincados, sobre los cuales estaba un cielo de brocado pelo, y en medio un sol de oro muy grande, con el otro campo cubierto de estrellas de maravillosa hechura, y asimismo el cobertor de la cama era de la misma manera labrado. Y a los lados del carro venían unos paños de terciopelo verde y tela de oro colgados, los cuales levantados y presos por el medio, dejaban verse el rico lecho por todas partes; en medio del cual estaba echada una doncella vestida de muy preciosas y ricas vestiduras de púrpura. Estaba recostada sobre unas almohadas de seda amarilla; los cabellos, que de la color de los rayos del sol tenía, estaban por sus hombros y espaldas esparcidos, y sobre ellos tenía una tan rica corona, llena de tantas piedras preciosas y con tan estraña labor compuestas, que no parecía tener precio. Los ojos tenía cerrados, de los cuales de cuando en cuando le salían con algunos sospiros algunas lágrimas que a todos los que la miraban movían a gran compasión y lástima. Delante de sí traía una espada desnuda, teniendo la mano puesta sobre la empuñadura. Y al un lado del carro estaba un muy feroz y espantable león echado, y de la otra parte una sierpe que, aunque no era de mucha grandeza, su ferocidad y espantable vista era tal que a todos ponía temor de mirarla. Y el carro guiaba un disforme y espantable salvaje cuya grandeza era más que de ningún jayán; venía todo cubierto de mucho y muy espeso vello, sin que otra cobertura sobre sí trujese; en la una mano traía un bastón ñudoso, tan grande y pesado, que dos hombres apenas pudieran levantarlo de tierra, y con la otra mano una cuerda que atada al carro venía, con la cual a la parte que le mandaban lo guiaba. Delante del carro venían diez caballeros armados de todas armas si no eran las cabezas y las manos, y entre ellos seis doncellas vestidas de paños negros y de manera que bien daban a entender la mucha tristeza que consigo traían.

Ya que el carro hubo llegado cerca de la puerta del gran palacio, el salvaje que lo guiaba lo hizo parar, y subiéndose en la delantera, junto a la cabeza de la doncella, el león y la sierpe comenzaron unos tan espantables y roncós bramidos y silbos y temerosos aullidos, que toda la gente con grande espanto y temor hicieron apartar muy lejos del carro. Y la doncella con el grande estruendo y ruido, como quien de algún pesado sueño despierta se levanta, y tomando la espada que

cabe sí tenía, volviendo la punta a los pechos y el puño en el suelo, se deja caer sobre ella atravesándosela de parte a parte y saliéndole por la herida tan gran abundancia de sangre, que el hermoso carro estaba todo lleno de arroyos della. Y dando algunos gemidos y sollozos, como quien el ánima de sí despedir quiere, y con los muchos y crecidos llantos que las seis doncellas hacían, a todos movían los corazones a tanta compasión y lástima, que con muchas lágrimas les ayudaban a solemnizar su triste llano y dolorosa tristeza, principalmente a la princesa y infantas, que de unas ventanas mirando estaban esta espantosa aventura.

Mas no tardó mucho que, estando la hermosa doncella de la manera que habéis oído, de la rica corona que en la cabeza tenía puesta se comenzaron a encender unas llamas de fuego que en muy breve espacio la encendieron todo el cuerpo, y creciendo de poco en poco, cubrieron el carro todo, que ninguna cosa dél se parecía; mas al cabo de espacio de un cuarto de hora el fuego se tornó a matar, quedando el carro cubierto de un espeso humo, el cual consumiéndose poco a poco, vieron quedar el carro y la doncella, con todo lo demás que allí venía, de la misma manera que allí había llegado y como si ninguna cosa de lo dicho hubiera pasado.

Grande fue el espanto que así el Emperador como todos hubieron de tan estraña aventura, y estaban con mucho deseo de saber qué podría ser causa de cosa de tanta admiración. Y así como el Emperador fue tornado a la sala, sentado en su imperial silla, la princesa y las dos infantas con todas las otras dueñas y doncellas vinieron allí por mandado del Emperador. Y sentadas en sus estrados, y los caballeros en sus lugares, por la puerta de la sala entraron los diez caballeros y las seis doncellas que delante del carro venían, y hincando las rodillas en tierra, con grande acatamiento demandaron al Emperador las manos para besárselas; mas el Emperador, que siempre trataba con mucha cortesía los caballeros extranjeros, los hizo levantar preguntándoles la causa de tan maravillosa aventura y qué era lo que en su corte demandaban, porque en él hallarían toda buena voluntad en cualquiera cosa que les conviniese.

El uno dellos, que caballero anciano era y a quien todos los otros parecía que obedeciesen, le respondió:

—Soberano y poderoso emperador, mucha razón hay para que así tu imperial majestad como todos los de tu corte, en la cual me dicen haber los mejores y más preciados caballeros del mundo, estéis maravillados de la estrañeza de nuestra venida; la cual ha sido por hallar en ella el remedio que en muchas cortes que hemos andado por el mundo de muy poderosos reyes y príncipes, así cristianos como de otras generaciones, nos ha faltado. Y porque es bien que la causa de la aventura a todos sea manifiesta, y la manera que en ella se ha de tener, sabrá tu grandeza que esta princesa que en el carro traemos es hija de Daristeo, rey de la Pequeña Bretaña, la cual, como de tan estremada hermosura Dios la hubiese dotado como en ella parece, así era de buenas condiciones y virtudes tan acabada, que ninguna doncella en el mundo pienso hacerle ventaja. Había en la corte del rey su padre un caballero mancebo y de gran hecho de armas, aunque de pobre linaje, llamado por nombre Lanzarus, el cual era señor de dos castillos muy buenos. Este Lanzarus, con gran ceguedad y sin mirar el ruin fin que de tan

desatinado principio le podía suceder, se enamoró de la princesa en tanta manera que de todos los de la corte era conocido su gran desatino y locura, porque él lo publicaba de manera que la princesa Menandra, que así se llamaba, viniendo a su noticia, hubo mucho enojo y le envió a decir muchas cosas sobre ello y amenazándole que le haría dar la muerte si más en aquel caso supiese que hablaba, ni aun le pasase por pensamiento. Mas Lanzarus, como ya estuviese tan prendado que no fuese en su mano desechar este pensamiento, tan grande era su pasión, que vino al punto de la muerte, y perdiendo, con el gran mal que padecía, el juicio y entendimiento para lo que le convenía, una noche, poniendo unas escalas a la pared de un jardín, se metió dentro, y de allí a unas ventanas que al aposento de la princesa Menandra estaban. Y entrando dentro, sin juicio ni entendimiento para considerar el daño que de tan gran desconcierto le podría venir, acometió a querer forzar a la princesa; la cual habiendo sentimiento dello, dio tantas voces ella y sus doncellas, que, viniendo muchos caballeros que en el palacio estaban, Lanzarus fue preso. Y confesando la intención del delito, por los del consejo del rey fue condenado a muerte, la cual muy cruelmente en él fue a la hora ejecutada. Tenía este Lanzarus una madre, muy sabia dueña en la sciencia de las estrellas, la cual sabiendo la muerte del hijo que tanto amaba, después que con muchas lágrimas la hubo llorado, procurando tomar la venganza del rey y de la princesa que della había sido causa, obrando de su mucho saber, estando el rey en un castillo que en un valle en medio de dos brazos de un hondo río tiene, le encantó dentro de manera, juntamente con la princesa, que jamás en él ninguna persona pudo entrar tres años ha, ni remedio se pudo hallar para sacarla de allí, según las muchas guardas y encantamientos que en el castillo quedaron, donde no menos pena que la princesa consigo trae creemos tenga, y ella asimismo encantó el castillo donde estaba, que ninguna persona del mundo sin su licencia en él podía entrar. Mas de ahí a muy poco tiempo conociendo que era llegado el tiempo de su muerte, como cada día de todos los del reino tuviese muchas peticiones y ruegos con sobrada afición que de ver a su rey fuera de tanto tormento tenían, el día que se hubo de morir, por un doncel suyo me envió a llamar a la ciudad de Calés, donde yo soy duque, y yo, con muy crecido deseo de que mi venida pudiese aprovechar para quitarla de su dañado propósito, me di tanta prisa, que llegué a tiempo que el ánima se le comenzaba a despedir de su cuerpo. Mas con todo eso tuvo tiempo de decirme que me fuese a la puerta del castillo donde el rey estaba encantado, y que a la puerta hallaría a la princesa encima de un carro con tres aguardadores; y que supiese cierto que así la pena del rey, que¹⁵⁰ en el castillo quedaba, como la que en la princesa vería, jamás habría fin hasta que en el mundo se hallase un doncel de tanta fortaleza y ardimiento, que, osando acometer aquellos tres animales no llevando sino un bastón por armas, como el salvaje tiene, con quien primero se ha de combatir, tuviese poder de vencerlos y quitar a la princesa la rica corona de la cabeza, en la cual está la fuerza del encantamiento; y que éste, siendo armado a la hora caballero, le favorecería la ventura de poder sacar al rey de donde está, si el ánimo no le falleciese. Y también me dijo que era escusado ningún caballero probar

¹⁵⁰ Orig.: ‘qne’ (83r).

la aventura de la princesa; y así es la verdad, porque como caballero llega, la sierpe y el león dan los bramidos que vistes, y el fuego se enciende de manera que hasta que el caballero de allí no es apartado no torna a matarse, y que si el doncel que la aventura probare no fuere nacido de tal linaje y lugar que pueda recibir la orden de caballería con justo título, que supiese cierto que de los golpes del bastón del salvaje sería muerto; lo cual en los otros es al contrario, porque del primer golpe los hace venir a tierra amortecidos, sin que ninguno haya padecido peligro de la vida. Y como esto me acabó de decir dio el ánima a cuyo era, que cierto, yo en mi vida pienso ver cosas de más espanto de las que en su muerte en aquel castillo acaecieron. Y yo saliendo de allí, con harto temor me fui al castillo donde el rey estaba y hallé ser verdad todo lo que me había dicho; y guiando el carro el salvaje, como habéis visto, me fui con él a la corte y consulté todo lo pasado con un caballero viejo, tío del rey, el cual en este tiempo ha tenido la gobernación del reino, y después que vimos que allí no se hallaba remedio, aunque muchos donceles probaron el aventura, yo me determiné, tomando estos caballeros y doncellas, salir por el mundo a ver si en tan gran necesidad podríamos ser socorridos. Y así, hemos andado muchas partidas, llegando a cortes de muchos y poderosos príncipes, mas hasta ahora no hemos hallado doncel que del primer golpe del salvaje no haya venido a tierra. Y oyendo la fama que por todo el mundo de vuestra soberana majestad y de la grandeza de vuestra tan ennoblecida corte se divulga, hemos venido a ella con esta aventura de los Donceles, que así se llama, teniendo esperanza, que aquí más que en parte del mundo tenemos razón de tenerla, de ver la fin della que tanto deseamos.

El Emperador y todos los que la manera de la aventura oyeron fueron maravillados, y muchos caballeros que estaban presentes se habían determinado a probarla hasta que al duque de Calés oyeron decir que por mano de doncel había de ser fenecida y no de otra manera. Y el Emperador le hizo sentar cabe sí y le dijo:

—Señor duque, sabe Dios si yo querría que en mi corte hallásedes mejor remedio para fenecer vuestra demanda que en las que decís que habéis andado; y según la lástima que siento de la pena que a esta hermosa princesa veo padecer, aunque aventurase mi estado y la vida pusiese en aventura no me faltaría voluntad para ello. Y de aquí adelante todos los donceles que quieran probar la aventura lo pueden hacer. Plega a Dios que haya alguno de tanta ventura que pueda quitarnos de trabajo cumpliendo vuestro deseo.

El duque de Calés besó las manos al Emperador diciendo:

—No se esperaba menos de tan crecida virtud como la que en vuestra majestad resplandece.

El Emperador hizo aposentar al duque de Calés en su palacio, para hacerle más honra, y las doncellas llevó consigo la princesa, y a los otros caballeros fueron dados muy buenos aposentos. Y tres días estuvieron en la corte del Emperador, en los cuales muchos donceles hijos de grandes señores del imperio y de muy preciados caballeros vinieron a probar la aventura, y algunos, viendo la ferocidad y braveza de los animales, la dejaban de acometer, y los que en ella probaban sus fuerzas no ganaron más honra que los pasados, cayendo del primer golpe que el salvaje les daba aturridos en tierra, por lo cual al duque de Calés le faltó la

esperanza que hasta allí había tenido. Y besando las manos al Emperador y a la princesa se despidió dellos tomando licencia para partirse otro día, dejando al Emperador muy triste, porque quisiera que fueran con más alegría de su corte de la que a ella habían venido.

CAPÍTULO I-XXXV

CÓMO SILVANO SE QUEJA DE LA CRUELDAD DEL AMOR, Y CÓMO SE PROBÓ EN LA AVENTURA DE LOS DONCELES Y DE LA MANERA QUE LE AVINO

CON muy gran tristeza pasaba el pastor Silvano las rabiosas cuitas y mortales tormentos y dolores que en su penado corazón de los amores de la infanta Galarcia padecía; y lo que más pena le daba era ver la poca esperanza que del galardón de su desatinado pensamiento podía tener, considerando la poca razón que para ello había y que los favores que recibía sobaban al poco merecimiento de su valor. Y con este entristecido pensamiento vino a crecer tanto su mal, y con la ausencia de Olivante, que mucho lo consolaba, que, no pudiendo comer ni dormir, perdía su hermosa color, y su lindo gesto tornado amarillo y mortal, movía a mucha lástima a todos los que lo veían. Y la infanta sintiendo que todo aquello fuese por su causa, a mucha compasión era movida; y mudado su pensamiento viendo el grande amor de Silvano y la fatigada vida que pasaba, dio algún lugar al amor que en sus entrañas se aposentase; mas con su mucha discreción resistía para del todo no ser sojuzgada viendo la diferencia que del un estado al otro había. Mas con todo eso no dejaba de favorecer a Silvano, pensando quitarle parte de la pena aliviándole el crecido mal; lo cual en Silvano obraba todo al contrario por la poca esperanza del verdadero remedio, porque alcanzarlo tenía por imposible.

Pues aquel día que el duque de Calés quería partirse, Silvano, que en el jardín de la princesa le habían dado aposento, no habiendo podido hallar en toda aquella noche reposo se levantó, y sentándose debajo de unos verdes laureles, con grandes sospiros y sus ojos hechos arroyos de lágrimas que en grande abundancia por su descolorido gesto corrían, comenzó a quejar sus cuitas quejándose de su desventura y baja suerte. Y como así estuviese gran pieza, la princesa y la infanta bajaron al jardín, y viendo a Silvano que sobre la verdura estaba recostado, apartándose de sus doncellas se fueron solas a aquella parte. El cual como las vido, se levantó a ellas haciendo su debido acatamiento, y la princesa y la infanta fueron espantadas de ver su gesto tan amarillo y desfigurado que no parecía ser él. Y la infanta, como aquella que ya sobre sí misma no tenía aquel poder que solía para sojuzgarse, sintiendo mucha parte de la pena, le dijo:

—Silvano, ¿qué has habido?, que de tu dolor me cabe a mí mucha parte y mucho pesar de verte tal parado.

—¡Ay mi señora! —respondió Silvano—, que como para mi dolor y tormento se cerró la puerta de mi esperanza, así faltarán palabras a mi lengua para poder publicar lo que siento; que como mi rabioso mal no tenga igual en el mundo, así no puede sentirse sino de aquel que lo siente, que soy yo, reviviendo en el bien dél como el ave Fénix en el fuego que sus alas enciende; y estando en el otro mundo me sostengo en éste, porque muy más crecido mal sería para mí no sentirlo. No lloro lo que padezco, sino lo que me falta para igualar con la pena a la gloria de mis pensamientos y que al menor favor y merced que de vuestra soberana mano recibo puedo pagar, y aun lo que soy deudor con el sacrificio de la muerte por el atrevimiento de mi fantasía, con que en vos, mi señora, pudo de mis ansias poner sentimiento. ¡Ay pobrecillo Silvano, que porque la muerte te daría entera vida, huye de mí como de verdadero enemigo! Por todas partes estás cercado, sin alivio ni esperanza de cosa que pueda socorrerte; y con lo que más alegría debías de recibir, que es con la gloriosa y excelente vista de la divina hermosura de tu señora, sin entender la causa más te entristeces. ¡Oh fieras y brutas alimañas de las montañas Ligurias donde fui criado, bien parece que ejecutastes en mí el extremo de vuestra crueldad, pues me perdonastes muchas veces la muerte para que con la vida tantas veces la sintiese! ¡Ay esclarecido caballero Olivante de Laura, cuánto daño me hecistes en no me dejar morir la noche que cabe la fuente en el valle me hallastes!; porque allí, con la falta de la vista que agora sustenta la vida, o hallara buscando o me hallara la muerte con el fin de mi crecida locura; mas tal es mi ventura que jamás la hallaré, por que continuamente muera con la dolorosa y apasionada vida.

Y diciendo esto con tantas lágrimas que sus pobres vestidos con ellas tenía bañados, se cayó amortecido con un desmayo, quedando tan frío que verdaderamente parecía quedar del todo muerto. La princesa que tal vio a Silvano, mucho se dolió de su dolor, como aquella que la experiencia de la misma pena de continuo sentía; Mas la infanta, que veía ser la causa della, con mucha piedad y lástima le comenzó a querer tornar en sí trayendo con las mangas de su camisa del agua de una fuente que allí cerca estaba; y echándosela en el rostro, tanto hicieron las dos hasta que en su juicio y acuerdo le volvieron. Y como la infanta así le vido, no pudiendo resistir con la afición algunas lágrimas que la piedad mezclada con el nuevo amor le causaban, le dijo:

—Silvano, mucho me pena de tu desconocimiento, pues sintiendo en mí no haberte tenido jamás mejor voluntad que agora, te dejes así desmayar, no confiando de mí que si me tienes amor no me faltará agradecimiento para pagártelo. Y lo mucho que publicas y muestras quererme quiero yo conocer en que cumplas lo que te mando, que es que pierdas esa congoja y te alegres y muestres otro semblante que agora, que no te haré yo obras que por ingrata puedas juzgarme.

—¡Ay señora —respondió Silvano—, cómo los consuelos fingidos al afligido son causa de mayor desesperación!; porque conociendo yo cuán lejos está lo que la vuestra soberana virtud conmigo haría de lo que agora dice, es acrecentar en mi pena, y pensando hacerme bien, me dobláis el mal, apartándome de la muerte para que con la vida más fuerte la sienta cada momento.

Y diciendo esto se tomó a amortecer otra vez, y la infanta Clarista con todas las otras damas llegaron, maravillándose y doliéndose mucho de la cuita y mal del pastor, porque de todas era muy amado. Y tantos remedios le hicieron, que tornando en sí con un suspiro que las entrañas parecía que llevase consigo, tornó a decir:

—¡Ay muerte, cruel en no venir a quien más te desea, despeña a mí, que te llamo, de la rabiosa cuita que con dejarme la vida me causas!

Y diciendo esto, hincando las rodillas en tierra delante de la infanta, le comenzó a decir:

—Hasta hoy, señora, no ha sido mi pensamiento enojaros, ni querría con mis desatinos dar causa que para ello tuviédeses razón. Y porque yo he pensado una cosa, con la cual yo quedaré satisfecho y la vuestra merced no menos contenta, humildemente os suplico no me neguéis un don que quiero pedir, de que para ello tengo necesidad.

—Silvano —dijo la infanta—, cualquiera cosa que tú me pidieres y yo pueda justamente hacer, yo prometo no negártela, y siendo para quitarte lo que al presente has mostrado.

Silvano le besó las manos diciéndole:

—Mi señora, el don que me habéis prometido es darme licencia para que como vuestro yo pueda probarme en la aventura de los Donceles antes que el duque de Calés se vaya; porque si la ventura quisiese en esto favorecerme, tendríades más razón de hacerme merced, y si no, pagaré con la vida, quitándoos a vos de la pena que con mis desatinos recibís y a mí de la muerte que con tan cruel vida padezco cada momento.

—¡Ay Silvano —respondió la infanta—, no quiera Dios que a ninguno, y más a ti que verdaderamente te amo, mande yo ir así conocidamente a morir!, que bien sabes que el doncel que no viniese de generación que pueda ser armado caballero no puede salir desta aventura vivo. Y por esta causa no llevarás de mí tal licencia; antes te mando que en ninguna manera allá vayas.

—Mi señora —respondió Silvano—, por esa parte no hay en mí falta para dejar de aventurarme, pues que yo la hora que os vi dejando de ser hijo del padre que me engendró, lo fui de mis gloriosos pensamientos, recibiendo dellos otro nuevo ser del que antes tenía, no quedando conmigo sino sólo el nombre de Silvano, por el cual me conozco, que en lo demás, en todo me mudó la naturaleza, siendo otro yo para osar lo que siendo el que antes solía no osara mi atrevimiento. Y pues la naturaleza más conmigo que con ningún hombre mortal estendió su poder, así pienso me favorecerá para que con el sobrado ardimiento y fortaleza que por esta parte de ser vuestro me viene sobrepuje al que los otros de la común manera criados han faltado. Y si pensáis que por esta causa me apartáis de la muerte, la vuestra excelencia recibe engaño, porque cuando este don que tan justamente os pido por vos me fuere negado, yo la buscaré con tan gran diligencia que más esconder no se me pueda.

Tantas y tales cosas supo Silvano decir a la infanta, que, aunque contra su voluntad, después de pasadas muchas cosas, le dio licencia para que la aventura probar pudiese; el cual con muy crecida alegría se despidió dellas dejándolas con

los ojos llenos de lágrimas y muy temerosas de su muerte. Se salió de la huerta al tiempo que el Emperador quería oír misa, y después de dicha, con la princesa y las infantas se puso a los corredores a tiempo que la princesa Menandra con la espada que cabe sí tenía hacía el sacrificio acostumbrado. Silvano viendo ser tiempo conveniente y que con estar la infanta presente se le doblaría el ardimiento, haciendo la señal de la cruz, con solo su cayado en la mano se llegó hacia el carro, y así como el salvaje le vio, se bajó dél con mucha presteza. El Emperador que la voluntad de Silvano sintió, teniendo por cierta su muerte, mucho quería estorbarla, y bien quisiera que de aquel lugar le apartaran; mas él no se dio tanto vagar, que viendo que venía el salvaje furioso con aquel ñudoso bastón en alto para herirle, en una gran voz, que todos lo oyeron, volviendo los ojos adonde la infanta estaba le dijo:

—Señora, el vuestro Silvano recibe la muerte para más vida por no daros más enojo del que con ella puedo causaros. Al inmenso y soberano Dios de los cielos encomiendo mi ánima, y a vos la voluntad y firmeza de mi corazón con que muero.

Y dicho esto, con mucho tiento se acerca al fiero y disforme salvaje; el cual como lo viese cerca de sí, descargando con el bastón un desaforado golpe con que pensó fenecer la batalla, Silvano se supo guardar tan bien que le hizo dar en vano tan gran golpe que, haciendo temblar la tierra al derredor, el bastón fue quebrado, no le quedando más del un tercio dél en las manos. Silvano que librado se vio de tan peligroso trance, antes que el salvaje tornase a levantar los brazos le dio con su cayado de tan gran poder sobre la cabeza, que la vista de los ojos le hizo perder; y quedando desatinado, dando muy fieros bramidos le quiso tornar a herir con lo que del bastón en la mano le quedaba, mas como de la herida de la cabeza estuviese desatinado, tampoco pudo acertarle. Silvano que de su desatino tuvo conocimiento, acercándose a él le dio otra vez por cima de los ojos en la frente, que el uno dellos le hizo saltar fuera, y el salvaje, soltando lo poco del bastón que le había quedado, andaba ciego a una parte y a otra por coger a Silvano entre sus brazos. Mas el valeroso pastor Silvano apartándose dél con mucha ligereza, le dio tantos palos sobre la cabeza, que, sin recibir ningún daño, el salvaje vino casi muerto a tierra, y allí le acabó de matar, con estremada alegría del Emperador y de todos los que lo miraban.

La infanta estaba con mucha alegría; mas por otra parte pensando en las batallas que con las otras dos animalias Silvano había de hacer, tornaba muy triste, y rogaba a Nuestra Señora le librase, porque su corazón estaba ya tan prendado para amarle, que en su mano no era para poder hacer otra cosa.

Silvano dio muchas gracias a Nuestro Señor por la victoria que había habido; mas así como el salvaje hubo acabado de rendir el espíritu, el león y la sierpe comenzaron a dar tan temerosos y espantables bramidos, y los silbos tan grandes y con tanto estruendo, que parecía quererse hundir la ciudad, y toda la gente común atemorizada huían, saliéndose de la plaza por miedo dellos. Mas Silvano con valeroso ánimo, sin que punto de pavor en él hubiese, tomando el pedazo del bastón en la mano que al salvaje se había quebrado, esperó el león que para él se venía, y envolviendo en el brazo su pobrecillo gabán, como el león en él quiso dar el salto se lo puso delante, y con el bastón le dio tan gran golpe sobre la cabeza,

que el león, malamente herido, llevando el gabán entre sus agudas uñas y dientes, comenzó a despedazarlo. Y Silvano tornando a levantar el pesado bastón, le hirió de otro tan pesado y cargado golpe, que, haciéndole revolver a una parte y a otra, estuvo por caer en el suelo, y sus espantables bramidos eran tan grandes que más de tres leguas fuera de la ciudad se oían. Y Silvano que desta manera lo vio, tornando a entrar con él, con mucha ligereza le hería; y el león que tan malamente se vio aquejado, dejando el gabán arremetió a Silvano pensando poderlo coger y deshacerlo con sus agudas uñas y crueles dientes; mas Silvano, con su ligereza hurtándole el cuerpo, le hirió al pasar otra vez sobre la cabeza, de manera que los sesos le esparció por el campo y el león dando un doloroso y espantable gemido cayó en tierra estendiéndose con la rabia de la muerte.

A esta hora se levantó muy gran grita y rumor entre toda la gente, diciendo a grandes voces:

—¡El pastor Silvano, como el más aventajado doncel del mundo, acabará la aventura tan estraña de los Donceles!

Y cierto, quien mirara el gesto del duque de Calés bien conociera su demasiado gozo y alegría.

Pues como el león fue muerto, la sierpe, con muy espantable vista y disforme ferocidad, dando temerosos y espantables roncós y silbos, más que jamás había hecho, tendiendo sus grandes alas y largo cuello se bajó del carro con tan brava y feroz catadura que para los que lo miraban era gran temor y espanto, teniendo por cierto ser imposible Silvano en aquella postrera batalla poder escapar ni huir de la muerte. El cual no le faltando el esfuerzo y ardimiento que a los tales tiempos es necesario, tornando a tomar el gabán así como estaba despedazado, y con el bastón en la mano, atendió la sierpe con un semblante y ánimo como si nada por él hubiera de pasar. Y la sierpe levantándose con las alas del suelo, llevaba los pies con sus agudas uñas levantados del suelo, y con tanta velocidad arremetió con Silvano, que, no le pudiendo huir, no hizo otra cosa sino descargar en ella un golpe que muy poco daño le hizo, y la sierpe le tomó con las uñas del gabán y vestidos y así lo llevó arrastrando hasta junto al carro. Mas Nuestra Señora le quiso guardar en aquella hora, que llevando la sierpe el gabán, se pasó adelante gran pieza, dejándole tendido en el suelo; el cual como en aquel aprieto se viese y la sierpe se detuviese deshaciendo el vestido que había llevado consigo, con mucha presteza se levanta, y subiendo ligeramente encima del carro, antes que la sierpe volviese tenía en la mano la espada que desnuda delante de la princesa estaba. La sierpe que así lo vio, con grandísima furia tornó arremeter al carro; mas Silvano, que estaba ya apercebido, le dio con la espada tan poderoso golpe, que una muy gran herida le hizo en la cabeza, y la sierpe que así se sintió herida, con grandísimo estruendo tornó atrás haciendo tan grandes y temerosas bramuras, que muchos con temor que tenían no osaban mirarla. Y andaba la fiera por unas partes y otras al derredor del carro buscando por dónde subir, mas Silvano la hería cada vez que llegaba, de manera que por tres o cuatro partes le salía la sangre de la cabeza en gran abundancia, la cual cayéndole sobre los ojos la traía medio ciega, que le hacía acrecentar en su braveza mucha parte. Y desta manera anduvieron gran pieza, que ya la sierpe con el puro coraje de ver que de Silvano en el carro no podía

aprovecharse, con grande ímpetu se deja arremeter sin temor de la espada, la cual poniendo Silvano la punta delante en los pechos, con la fuerza que entrambos pusieron se le metió por el cuerpo atravesándole el corazón. Y la sierpe con infernales bramidos, batiendo sus alas y revolviéndose por el suelo, dando consigo grandes golpes feneció la vida con la mayor alegría del mundo y espanto de todos los que lo miraban, y principalmente de la infanta, que con mucho gozo estaba fuera de sí, y abrazándose con la princesa le decía cosas de mucho placer y dando a entender en ellas que con mucha razón debía amar a Silvano; a lo cual la princesa le ayudaba diciéndole que bien parecía ser otro Silvano del que pensaban, porque si fuera hijo del villano que lo había criado, el salvaje le hubiera muerto como a todos los otros donceles había hecho.

CAPÍTULO I-XXXVI CÓMO SILVANO DESENCANTÓ A LA PRINCESA MENANDRA Y EL EMPERADOR LE ARMÓ CABALLERO, Y DE LO QUE MÁS AVINO

CON gran placer y alegría viéndose Silvano desembarazado de tan peligrosa batalla de aquellas feroces y espantables animalias, hincando las rodillas en el carro hizo una devota oración dando las gracias a Nuestro Señor porque tan a su salvo había podido hacerlo. Y así como se levantó, llegándose a la princesa movido a mucha lástima de la pena que le parecía padecer, poniéndole la mano encima de la corona se la quitó fácilmente; con lo cual abriendo la princesa los ojos, cobrando el entendimiento que con la fuerza del encantamiento hasta allí había tenido, tornó a cobrar todo su acuerdo y juicio, hallándose muy espantada de verse en tan extraño lugar y de aquella manera cabe aquel pastor. Silvano que así la vio confusa, llegándose y hincando las rodillas en tierra, le dijo:

—Soberana señora, dad gracias al Alto Señor de los cielos, que no queriendo más dar lugar a la pasión que hasta agora estando encantada habéis padecido os ha puesto en vuestra libertad de entendimiento; porque gran mal era que tal persona como vos tanto tiempo por tan extraña manera estuviédeses fuera de la conversación de las gentes, a quien, según vuestro merecimiento y hermosura, todas las del mundo deben servir y acatar.

A la princesa Menandra le parecía todavía estar encantada, y no sabía qué decirse de que estando allí tantos y tales caballeros, sólo aquel pastor le hubiese hablado. Mas a esta hora el duque de Calés con los diez caballeros de Bretaña y las seis doncellas se llegaron al derredor del carro, y como la princesa los conoció, volviéndose al duque le dijo:

—Duque, decidme, por Dios, en qué lugar estoy y qué es la causa por que desta manera me tenéis, que yo hasta agora no he sentido ninguna cosa de lo que por mí ha pasado.

El duque, subiendo encima del carro y besándole las manos, le dijo cómo había estado encantada y de la manera que con ella para darle remedio por todo el mundo había andado, y que faltando muchos hijos de reyes y príncipes en la aventura, sólo aquel pastor le había podido dar cima, a quien era mucha razón que diese las gracias de su voluntad y obra, con que a peligro tan extraño se había puesto. La princesa que aquello oyó, volviéndose a Silvano le echó los brazos encima diciéndole:

—Buen amigo, plega a Dios que me traiga a tiempo que tan buena obra por mí vos pueda ser galardonada; que para todo aquello que en mi poder fuere tendréis ganada mi voluntad, hasta poner en aventura por vos lo que vos habéis puesto por mí, que es la vida.

Silvano le besó las manos diciéndole:

—Harto galardón es, señora, para mí poder emplear mi servicio donde con sólo hacerlo queda tan bien pagado que sobra a lo que por él se merece.

Y con esto bajándose del carro, las doncellas tomaron entre sí a su señora, haciendo con ella estremados placeres. Y llevándola Silvano por la una mano y el duque de Calés por la otra, todos aquellos príncipes y caballeros se llegaron a hablar, y ella sabiendo quién eran, los recibía tan bien que todos iban contentos de su buena gracia y comedimiento. Y cuando la princesa vio los tres animales que en el suelo estaban, muy grande espanto fue el suyo, y apenas podía creer que Silvano los hubiese muerto.

Y así entraron por la puerta del gran palacio, y la gente era tanta que apenas podían caber. El Emperador se levantó de su silla cuando la princesa entró por la sala, la cual hincando las rodillas delante dél, le quiso besar las manos; mas el Emperador la levantó por los brazos, y abrazándola con mucho amor, le dijo:

—Señora princesa, yo he sentido tanto placer de veros fuera de vuestra cuita, que por mucha parte de mi estado no querría tornaros a ver en ella. Y yo espero en Dios que, pues nos quiso mostrar este alegre día, nos traerá entero el contentamiento sacando muy presto a vuestro padre del lugar donde está, que yo lo trabajaré con todas mis fuerzas, poniendo todos los remedios que para ello sean menester.

—Muy soberano señor —respondió la princesa—, no se esperaba menos de vuestra gran virtud. Y Dios quiera que yo venga a tiempo que a la vuestra majestad pueda servir parte de lo que por vuestra voluntad y grandes mercedes que de vos recibo os quedo en obligación.

El Emperador abrazó a Silvano, que besándole las manos estaba, y le dijo:

—Silvano, gran valor estaba encubierto debajo dese tu pobre vestido, el cual de aquí adelante será otro, de manera que conforme con lo mucho que mereces.

—Cuando yo lo mudare, poderoso señor —respondió Silvano—, será para vestirme de aquel que mi corazón tanto ha deseado; que de otra manera escusado será pensarlo, porque no quiero mostrar en lo exterior lo que dentro el corazón no puede sentir, que es descanso.

El Emperador no le respondió a esto, aunque bien entendió que por las armas lo decía. Y llegándose allí la princesa Lucenda y las infantas Galarcia y Clarista, recibieron entre sí a la princesa Menandra, hablándose las unas y las otras con

mucho acatamiento. Y aunque muy maravilladas fueron de su gran apostura y belleza, mucho más lo estaba Menandra de lo que veía, pareciéndole ver junta toda la hermosura del mundo, juzgando por cosa celestial la de la princesa Lucenda. Y después que muchas cosas hubieron pasado entre sí, el Emperador se tornó a su silla y las princesas y infantas a sus estrados y los caballeros en sus lugares, y siendo las mesas puestas, fueron muy bien servidos. Y Silvano, por mucho que con él porfiaron, jamás quiso sentarse a la mesa de los príncipes, mas en el estrado, junto de la mesa del Emperador, le sirvieron aquella comida. Y como hubieron acabado, Silvano se levantó, y hincando las rodillas delante de la princesa Menandra, con mucha gracia le volvió la corona que de la cabeza le había tomado; la cual la princesa jamás quiso tomar, diciendo que, pues tal altamente la había ganado, que no era razón que otra persona en el mundo la gozase. Y tanto porfió que Silvano le besó las manos por la merced que le hacía, y poniéndose delante la infanta Galarcia, le dijo:

—Excelente señora, la vuestra merced me la haga, no en servirse desta corona, porque siendo don dado de tan alta princesa no es razón enajenarla de mí, mas de guardármela en vuestro poder para poder hacer della lo que de lo principal, que ninguna resistencia contra vuestra hermosura ha tenido ni podrá tener.

—Silvano —dijo la infanta—, por el buen conocimiento que tienes en que tan buena cosa y de tal mano dada será en mí mal empleada, quiero hacer lo que me ruegas, que es de guardártela para el tiempo que della tengas necesidad; mas ella es tal que temo que me pondrá codicia de hurtártela.

—Quien tiene robado lo más —respondió Silvano—, poco agravio hará en lo menos. Si la vuestra excelencia me volviese la libertad que me tiene hurtada, yo daría por bien el hurto de la corona. Mas, ¡ay de mí, porque sintiendo hurtarme a mí de mí mismo no puedo remediarlo! ¿Qué haré en lo ajeno, donde menos podré dar remedio?

La infanta, con vergüenza de lo que Silvano decía y pensando que todos entendiesen la voluntad y amor que le tenía, se paró muy encendida, cobrando unas colores que mucho en su gran hermosura acrecentaron. El Emperador holgó mucho de ver lo que Silvano decía y cuán claramente manifestaba su pena. Y a la hora se comenzó en la sala muy gran fiesta, danzando los caballeros y damas que allí había, y en este tiempo el duque de Calés se llegó a la princesa Menandra y estuvo hablando con ella una pieza sin que nadie los oyese. Y como las fiestas fueron acabadas, tomándola de la mano, los dos se fueron a hincar las rodillas delante del Emperador, y la princesa le dijo:

—Magnánimo y muy poderoso señor, la merced que de vos en este día he recibido, Dios, que puede dar el galardón della, lo dé a vuestra majestad, pues mi poco poder no basta para servirlo. Ya vuestra soberana grandeza ha sabido cómo el rey de la Pequeña Bretaña, mi padre, quedó en el encantamiento donde yo salí para hallar en vuestra corte el remedio que por mano de aquel bienaventurado pastor me vino, el cual sólo siendo armado caballero basta para poderlo librar. Por tanto, humildemente a vuestra excelencia suplico que, dándole la orden de caballería, asimismo por vuestro mandado vaya donde, haciéndome a mí tan gran bien, tan gran honra se le puede seguir.

El Emperador, haciendo levantar la princesa, con mucha gracia le responde:

—Hermosa señora, yo querría hallar manera cómo sin error pudiese cumplir vuestro mandamiento, y estoy confuso, porque Silvano confiesa ser hijo de un pastor de las montañas Ligurias, y por esta parte no puede cumplirse en él lo que decís; y por otra, he mirado lo que el duque de Calés, que presente está, me dijo cuando aquí vino, que el doncel a quien de linaje no viniese poder recibir la orden de caballería, por las manos del salvaje sería muerto, lo cual al contrario hemos visto por experiencia, feneciendo este pastor lo que el más esforzado caballero del mundo apenas osara acometer.

Silvano estaba esperando la respuesta del Emperador viendo lo que la princesa Menandra había pedido, y muy triste quedó de ver que el Emperador no se había determinado para su deseo. Mas a esta hora por la puerta de la sala entró una doncella muy rica y hermosamente ataviada, la cual hincando las rodillas delante del Emperador le dio una carta que en sus manos traía, y antes que el Emperador nada le dijese se tornó a levantar, y saliéndose con mucha furia, por mucho que la llamaron jamás quiso volver y presto desapareció de la presencia de todos, de que no poco maravillados fueron. Y el Emperador dando la carta al conde de Arenza, caballero viejo que cabe él estaba, le dijo que la leyese; el cual abriéndola, vio que decía desta manera:

CARTA DE LA SABIA HIPERMEA AL EMPERADOR ARQUELAO

A ti, esclarecido príncipe y soberano emperador de Constantinopla, espejo en virtudes de todos los príncipes cristianos, la mágica Hipermea, habitadora de la sublimidad de las ensalzadas cumbres de las más fragosas montañas de Laura, como menor servidora tuya, aunque mayor en la voluntad de servirte, salud, para que con ella en la prosperidad de tu estado y gloriosa vida permanezcas.

Como por la voluntad del muy Alto Señor, a quien ninguna cosa es encubierta, a mí dado me sea por mi saber alcanzar algunas dellas, tuve conocimiento de la confusión de tu ánimo en este momento, no sabiendo determinarte en lo que cerca de la demanda del glorioso pastor Silvano hacer te conviniese; en el cual, aunque muchos secretos estén encerrados, para acrecentamiento de su valor sólo uno quiero que a tu noticia sea venido, que siendo así a él como al padre de quien fue engendrado encubierto, a mí con otra sola persona ha sido notorio, lo cual es ser hijo de uno de los más altos y poderosos príncipes cristianos del mundo; por la cual causa con justa razón y título la orden de caballería no le debe ser negada, mas antes en él empleada será causa de que su mucho valor y virtud encubierta sea reparo de muchos que en este mundo la su ayuda esperan. Y así en esto como en desear tu servicio me da crédito, como en mis obras, cuando dellas tuvieres necesidad, te será manifiesto mi buen deseo. Y porque en esto no pienso que pondrás duda, pues su mucha virtud y gran belleza lo manifiestan, sólo te suplico que en lo que por ti mi sobrino Peliscán pudiere ser favorecido le hayas por encomendado, como aquel que mucho tu servicio desea.

Así como el conde de Arenza acabó de leer la carta, a todos hizo maravillados con las razones que en ella venían, y el Emperador, que ya mucha noticia del gran saber de la sabia Hipermea tenía, dio crédito en su pensamiento a lo que le enviaba a decir. Y llamando a Silvano, que con gran gozo estaba como fuera de sí, le dijo:

—Silvano, ya vees lo que de ti esta sabia dueña me escribe; y aunque yo no sé cómo puede ser esto, por lo que a ti toca lo quiero creer. Y por hacer lo que la señora princesa Menandra me pide, tú puedes velar esta noche las armas, tomando de mi recámara aquellas que más te agradaren, y mañana yo cumpliré su voluntad y tu deseo, con tanto que la princesa demanda sea emplearte en su servicio, haciendo aquello que por ella te fuere mandado.

Silvano, que de rodillas delante del Emperador estaba, besándole las manos por la merced que le hacía, le respondió:

—De mí ni de quién yo sea no puedo certificaros cosa alguna más de lo dicho, porque yo no lo sé; y el merecimiento que agora esta sabia dueña me da no lo atribuyáis a mí, sino a cuyo soy, por cuya parte me viene muy mayor para caber en mí la crecida merced que de vuestra soberana mano recibo. Yo espero en Dios que mis servicios merezcan parte della, y si no, suplirá la voluntad hasta la muerte, que jamás cansará de serviros.

—Como quiera que sea —respondió el Emperador—, yo pienso que en ti será muy bien empleada. Y lo que más pena me da es la poca edad tuya para el grande cuidado y trabajo que de recibirla se te sigue.

La infanta Galarcia estaba con tan sobrada alegría de saber que Silvano fuese de tan alto lugar y de tan clara sangre nacido, que jamás semejante gozo en su corazón sintió, que ya sintía en sí tanta novedad, que la pena y tormento de Silvano la sentía ella en su corazón, y no veía la hora de verse sola con la princesa Lucenda para poder comunicar con ella su placer y darle parte de su pensamiento. Y así pasaron los unos y los otros con muchas fiestas que se hicieron en el palacio hasta la noche.

CAPÍTULO I-XXXVII

CÓMO DESPUÉS QUE SILVANO FUE ARMADO CABALLERO SE PARTIÓ CON EL DUQUE DE CALÉS, Y DE LAS COSAS QUE EN ESTE TIEMPO EN LA CORTE DEL EMPERADOR AVINIERON

COMO la noche fue venida, Silvano, tomando unas armas de novel, las que más le contentaron, se fue a la capilla del Emperador acompañado de muchos caballeros, entre los cuales iban los dos príncipes Agrestes y Grisalter, y Parménides y Durián de Baltar y el duque Tesaliano y Castidel, y Peliscán y Fermusio Troyano y don Lucisor de Numidia y otros muchos que por honrar al pastor le tuvieron aquella noche compañía. Y venida la mañana, el Emperador y las princesas y infantas se vinieron a oír misa, y así como fue acabada,

el Emperador con las ceremonias acostumbradas y con muy grande estruendo de trompas y clarines y otros géneros de instrumentos con que la fiesta se regocijaba, armó caballero a Silvano, y dándole paz en el carrillo, le dijo:

—Plega a Dios que así como yo os deseo la alteza y prosperidad para que en este ejercicio sobre todos os aventajéis, así os dé fuerzas y ardimiento para que de vos oya yo siempre esta nueva; que bien pienso que haréis verdadero mi pensamiento y lo que de vos aquella sabia dueña me envió a decir.

Silvano besó las manos al Emperador sin responderle a lo que decía. Y cuando hubo de tomar la espada, hincando las rodillas delante la infanta Galarcia, con mucha gracia, aunque con más empacho que hasta allí, le dijo:

—No mudará el hábito la voluntad, excelente señora, para estorbar mi deseo de serviros, mas antes con el acrecentamiento del aparejo que para ello la ventura me diere crecerán mis servicios, no para pensar poder ganar más de lo que he ganado, pues tanto excede en valor a lo que merezco, sino para sustentarlo, que es el favor que de la vuestra merced en tenerme por vuestro hasta agora he recibido. Y pues sin este bien ninguno puede quedar en mí, como causa de todos los otros, la vuestra soberana virtud me la quiera hacer al presente en darme de vuestra mano esta espada y dándome licencia que, como hasta ahora me he llamado el vuestro pastor, me pueda llamar y tener por vuestro caballero, lo cual será causa de que si alguna cosa por mí fuere bien hecha, a vos, señora, como a la principal causa, se pueda atribuir; porque por mí desconfío que sin tal favor al mejor tiempo y cuando más menester me fuere me falten las fuerzas y ardimiento de que tuviere necesidad.

La infanta, con vergüenza de las palabras de Silvano, tenía los ojos en el suelo, y su hermoso rostro así encendido con una color que a todos parecía acrecentar mucho en su hermosura. Y por disimular su hecho le respondió:

—Silvano, poco tenéis que agradecerme del favor que hasta agora os he hecho, porque en vos había merecimiento para más; y de lo que me pesa es de no os haber hecho el tratamiento que merecíades, lo cual tenéis razón de perdonarme por no ser sabidora hasta agora de vuestro valor. Y en lo que me pedís, por no hacer sinrazón a la mucha que para ello hay, con licencia del Emperador, que para consentirlo le demando, digo que os recibo por mi caballero, no por que por esta parte podáis ganar ninguna cosa, porque por mi parte no podéis recibirla, mas por que no me juzguéis ingrata, que deseándome vos servir, no quiera yo recibir vuestro servicio.

Silvano le besó las manos por lo que decía. Y el Emperador y todos tuvieron por bien la respuesta que la infanta dio.

El duque de Calés y la princesa Menandra quisieran a la hora partirse, mas a ruego del Emperador la princesa se quedó en la corte hasta que cierta nueva de la libertad del rey su padre tuviese; de que no pesó a la princesa Lucenda y a las infantas, porque muy bien se hallaban con su conversación. Silvano y el duque de Calés con los diez caballeros, así como estuvieron a punto se despidieron del Emperador. Y besando Silvano las manos a la princesa Lucenda, estando tan cerca que nadie sino la infanta Galarcia, que junto estaba, le podía oír, le dijo:

—Soberana y divina princesa, pues sola la vuestra merced alcanza verdaderamente el secreto de mi pasión, suplicoos que con vuestro favor no me desamparéis para dar lugar a que por mi ausencia, con la poca razón que por mi parte sin la de mi gloriosa fantasía puedo tener, yo sea puesto en olvido de quien jamás apartaré mi memoria hasta pagar la deuda de la muerte, que recibida en este servicio será verdadera vida.

Y por que ninguno lo sintiese, la princesa no le dio respuesta. Y de allí llegándose Silvano a la princesa Menandra, le prometió de poner sus fuerzas hasta la muerte por hacer al rey libre y a ella contenta, de lo cual la princesa con mucha discreción le rindió las gracias. Y asimismo llegó a besar las manos a la infanta Galarcia, y el uno y el otro, con lo que sentían de verse apartar, tenían las lenguas atadas con la pasión, sin que palabra pudiesen decirse. Y cierto, mucho deseaban estar en parte donde las lágrimas que en sus ojos con mucha fuerza resistían dieran descanso a sus corazones; mas como allí no fuese tiempo de mostrarlo, con la amorosa vista se pagaban, dándose con ella a entender el verdadero amor que en cada uno dellos estaba.

Pues bajando al patio del palacio, donde los caballos estaban aparejados, como fueron encima dellos, Silvano dio las armas a un escudero del duque de Calés. Y como la princesa a esta hora se retrujese a su aposento y la infanta de los corredores lo viese, llamando a un doncel muy apuesto que consigo de Macedonia había traído, cormano de Darisio, hijo de Arnidel de Sarmacia, le dijo:

—Leandro —que así se llamaba—, quiero que me hagas este servicio, pues que Silvano va solo, de acompañarle y servirle hasta que en esta corte venga; que en esto recibiré mucho placer.

Leandro le respondió que en ello recibía muy señalada merced. Y tomando un palafrén con muy hermosos aderezos que la infanta le dio, se fue tras Silvano, que ya salido era de la ciudad.

La infanta que sola se vio con la princesa, por una parte era sobrada su alegría, y por otra parte la acompañaba la tristeza pensando que por ventura tan presto no volvería el su Silvano.

—¡Ay señora —dijo la princesa—, por qué maneras secretas quiso el amor usar con nosotras! Yo espero que Olivante por parte de su linaje no pierda lo mucho que por su justo valor merece. Lo que ahora siento es que me da el corazón que muchos días estará sin volver a esta corte, que a mí me será más que la muerte. Gran ventura sería si Silvano le topase y los dos, como la primera vez, viniesen juntos, que ya los tomaríamos en aquel hábito que entonces los vimos.

—Yo espero en Dios que así sea —dijo la infanta—, que yo no puedo negar el mucho amor que a Silvano he tomado. Y plega a Dios que encamine nuestros hechos como el yerro que agora hacemos suceda en próspero fin.

Pues desta manera estuvieron algunos días estas princesas de la hermosura, que como vieron que sus amantes tardaban y dellos no se sabía nuevas, pasaban su pena con mucha cuita y tormento, tomando por remedio irse a holgar a aquella casa del paso, holgándose de ver aquel jardín donde en el pastoril hábito la primera vez de sus amantes fueron recuestadas.

CAPÍTULO I-XXXVIII
DE LO QUE DESPUÉS DE LA PARTIDA DE SILVANO SE HIZO EN LA
CORTE DEL EMPERADOR

MUCHA soledad sentía el emperador Arquelao de la ausencia de Olivante, y estaba con mucho cuidado de saber dél y arrepentido de haberle consentido ir solo, porque si como su verdadero hijo fuera le amaba. Y asimismo deseaba saber lo que de Silvano fuese, porque le había pasado por su pensamiento, según lo que había visto, que sería estremado caballero, y que bien mostraba en su parecer y obras que no sería de la vil y baja sangre de que él pensaba ser engendrado. Y en cabo de algunos días, como todos aquellos caballeros que en la corte estaban fuesen deseosos del trabajo y enemigos del descanso y sabrosa vida que allí tenían, el primero de todos fue Peliscán, que por ir en busca de Olivante demandó licencia al Emperador para partirse, y el Emperador, aunque contra su voluntad, se la dio, que más holgara que allí lo esperara. En su compañía se fue el duque Tesaliano, que, como caballero mancebo fuese, dejando un cormano suyo por gobernador en su tierra se determinó de ir a buscar y probar las peligrosas aventuras por el mundo, y los dos se mantuvieron muy leal compañía. Lo mismo hicieron el príncipe Agrestes y don Lucisor de Numidia y Durián de Baltar y Castidel y Fermusio Troyano, tanto, que la corte quedó muy sola de los esforzados caballeros que en ella había.

Con el Emperador quedaron Parménides y Guilanor de Tornay y el príncipe Grisalter de Suecia, el cual, aunque su deseo, como aquel en quien había toda fortaleza y ardimiento, fuese de jamás descansar, ejercitándose en los trabajos y peligros de las armas, donde mayor fama y nombradía se le podía recrecer, así fue vencido de la hermosura de la princesa Menandra desde que en el carro la había visto encantada, que perdiendo toda su libertad y haciéndose ajeno de sí por ser enteramente della, quedó sin poder ni fuerzas para hacer otra cosa que aquello que el amor le mandaba, que era no partirse de la presencia de aquella hermosa princesa, cebando los ojos para remedio de la cuita del corazón, que con la dulce pasión ningún otro mejor hallaba. Y tanto le aquejó su tormento, que con el grave dolor fue forzado a descubrirle su rabiosa pena; y porque estos amores no hacen al caso para contarse por entero, en esta historia solamente se dirá que la princesa, viendo su mucho valor y merecimiento, tuvo por bien de le recibir por su caballero, haciéndole todos los favores que honestamente podía. Y por esta causa Grisalter de Suecia se estuvo algunos días en aquella ciudad de Constantinopla, hasta que la princesa Menandra se fue a la Pequeña Bretaña; de lo cual, y de lo que de los caballeros que de la corte del Emperador se salieron, como es ya dicho sucedió, se hará adelante en sus lugares mención, que por agora la historia dejará algún tanto de hablar dellos.

CAPÍTULO I-XXXIX
CÓMO SILVANO LLEGÓ A LA PEQUEÑA BRETAÑA Y LIBRÓ AL REY
DE LA PRISIÓN DONDE ESTABA ENCANTADO

NO se podría decir ni pensar el contentamiento de Silvano cuando Leandro, el doncel que su señora la infanta para que le sirviese le enviaba, vino en su servicio; y decía entre sí que todos los servicios del mundo no bastaban para poder satisfacer parte de tan crecida merced. Y no queriendo jamás ocupar la memoria fuera de la sabrosa y dulce contemplación del amoroso fuego que en sus entrañas estaba, procuraba las más veces ir solo, por que la compañía del duque de Calés y de los otros caballeros no le ocupasen el descanso del pensamiento.

Y desta manera caminaron muchos días, en los cuales hubieron algunas aventuras y batallas en que Silvano maravillosamente y con grande espanto del duque de Calés les dio a todas ellas con su grande esfuerzo el fin que deseaban. Y como llegados fueron a una villa puerto de mar, fletando allí una galera y alzando velas, con muy próspero tiempo y mar bonanza que les hizo, en muy pocos días llegaron en un puerto de la costa de Bretaña, y pagando a su contento al¹⁵¹ patrón de la galera, sacando sus armas y caballos, por sus jornadas llegaron a la ciudad de Calés, donde de los vasallos del duque les fue hecho muy rico y sumptuoso recibimiento. Y después que tres días allí hubieron descansado, Silvano, que con gran cuidado estaba del fin de aquel hecho a que era venido, dijo al duque que no pensaba dilatarlo más, y el duque viendo su voluntad, lo tuvo por bueno.

Y otro día de mañana, después que hubieron oído misa, armados de todas sus armas, acompañados de algunos caballeros que por ver la prueba de aquella peligrosa aventura iban, salieron de la ciudad de Calés entrando por una florida y deleitosa floresta; por la cual habiendo caminado cuanto tres leguas salieron a un valle muy hondo, que por él grande y temeroso río corría, el cual cayendo de una grande altura de muy crecidas peñas y altos riscos, hacía tan gran ruido que apenas lo que hablaban podía oírse. Y cuanto una milla lejos de donde esta caída se hacía, el río se partía en dos brazos, dejando en medio desocupado solamente tanto lugar cuanto un hermoso castillo que allí estaba situado ocupaba, tornando luego el agua a juntarse de manera que llegaba al muro del castillo, no quedando sino un poco campo que delante la puerta se hacía. El río era tan hondo y oscuro en aquella parte, que por ninguna vía podía vadearse. En la delantera estaba una puente de madera larga, y tan angosta que con mucha dificultad un caballo por ella podía correr, y de la otra parte un caballero armado encima de un poderoso caballo aparejado a manera de justa.

Silvano se llegó a la puente, y cabe ella vio estar una pequeña barca, que apenas un hombre podía caber en ella, atada a un padrón de mármol en el cual vio estar escritas unas letras, y llegándose a leerlas, vio que desta manera decían:

*Tú, que con valeroso ánimo quisieres tentar la ventura para deshacer la
venganza que de la muerte cruel del esforzado caballero Lanzarus en este*

¹⁵¹ Orig.: ‘el’ (90r).

castillo se hace, escoge de los dos presentes caminos al que tu voluntad más se inclinare, en los cuales, aunque por diversas maneras, hallarás semejantes peligros para que, falleciéndote el ardimiento, no te fallezca la muerte, que más cierta que de salir con la vida en pago de tu atrevimiento se te apareja.

—Mi buen señor —dijo el duque a Silvano—, bien creo que habréis entendido esas letras que leístes; y porque yo lo he visto por experiencia de algunos que han querido tentar la fortuna, os las podré mejor declarar: los dos caminos son el de la puente, en la cual no se escusa la justa de aquel caballero que allí veis, que como su caballo esté amaestrado en aquel estrecho paso, ningún caballero deja de caer al agua; y el otro es el de esta barca, que no menos peligroso es su paso, porque el río se embravece en tanta manera que si el que va dentro della pierde el sentido, lo trastorna, dejándolo dentro en el agua, y la barca se torna al mismo lugar. Así que agora podéis escoger, que yo pienso que, según vuestra ventura y buenas señales, y lo que la que el encantamiento hizo dijo en su muerte, que ninguno dellos se os hará tan dificultoso que muy presto no salgáis con la gloria que desta peligrosa aventura os está aparejada.

—Señor duque —dijo Silvano—, yo no tengo otro fin sino de lo que a mí me debo para cumplir la promesa que a aquella excèlente princesa Menandra hice. Y si aquí feneciere la vida, con ello satisfago lo que a todas partes soy en obligación y a lo que el hábito que recibí me fuerza. Si el muy Alto Señor fuere servido darme la victoria, en más estimo el contentamiento que puedo dar que el que puedo recibir. Y pues que así es, yo determino de tomar el camino de la barca, que aunque sea tan peligroso, me parece más seguro.

Y apeándose del caballo y desatando la barca, se metió dentro con un semblante, sin mudanza ninguna en su hermoso gesto, que a todos los que mirándolo estaban hacía muy espantados de su grandísimo esfuerzo. Silvano, tomando dos remos que en el barco estaban, con muy gran fuerza comenzó a navegar; mas el río se comenzó a embravecer en tal manera y las ondas subir tan altas y la tormenta tan crecida y la braveza de los vientos tan furiosa, que ninguna tormenta en la mar parecía poderle igualar. El barco, como era muy chico, las ondas le traían a una parte y a otra, de manera que muchas veces parecía sumirse debajo del agua y otras veces que se trastornaba, no valiendo el sobrado esfuerzo y gran fuerza de Silvano para que dos veces con la fortaleza de los vientos habiéndose visto en gran peligro de muerte, no tornase a la ribera con mucha vergüenza del duque, pareciéndole que más quisiera recibirla que no que por temor pudiese juzgar haberse tornado. Y comenzó a decir entre sí:

—¡Ay soberana infanta y señora, la vuestra gran hermosura no me desampare en esta tribulación, para que con el favor que della siendo vuestro recibo, el temor de la muerte que aparejada me está no ponga pavor en la voluntad para recibirla antes que hacer cosa que a cobardía pueda ser juzgada!

Y diciendo esto, con aquella sabrosa memoria le pareció haber cobrado nuevas fuerzas y ardimiento; y tornándose a meter por el río, con muy grande afán y trabajo pudo llegar al medio. Mas allí, como la fuerza del agua por la corriente fuese mayor y la tempestad cada hora en mayor grado creciese, sobreviniendo

mucha piedra y granizo y agua que los vientos hicieron en aquella parte descargar, muchas veces el barco estuvo a punto de ser anegado. Y cierto, no hubiera caballero en el mundo que con el temor de aquella hora no desmayara, mas Silvano, considerando que si allí se dejaba perder perdía toda su gloria, pues otra que de la gloriosa vista de su señora no pensaba que para él en este mundo hubiese, tanto trabajó que, aunque el barco estaba mediado de agua y tan sumido que casi hasta el borde estaba metido en el río, llegó a la ribera de la otra parte, dando muchas gracias a Nuestro Señor que de aquella tormenta le había librado.

Mas a esta hora el caballero que la puente guardaba, viendo a Silvano llegado, se vino corriendo en la fuerza de su caballo; mas Silvano ligeramente, antes que el caballero llegase, saltó del barco en el agua, que hasta la rodilla le daba, y como el caballero le quiso encontrar, le hurtó el golpe de manera que al pasar le pudo cortar la lanza por el medio. El caballero que aquello vio, arrojándola de sí echó mano a su espada, y embrazando su escudo se tornó contra Silvano, que de la misma manera aparejado esperándole estaba, y los dos se comienzan a cargar de fieros y muy mortales golpes. Mas el caballero del castillo, como a caballo estuviese, procuraba de atropellar a Silvano; el cual viendo su villanía, le dio tal golpe en la cabeza del caballo, que haciéndole con el dolor de la herida ir muy lejos de allí, al caballero le convino apearse. Y volviendo con mucha soberbia y braveza, sin ninguna piedad, sin hablarse palabra se tornaron a herir, despedazándose las lorigas y rajando los escudos y abollándose los yelmos, cargándose de tan duros y crueles golpes, que muy claro donde el duque y los caballeros estaban se oía, estando espantados de la crueldad de la batalla; y tan ligero veían andar a Silvano, y tan bien saberse guardar de los golpes del caballero, que mucha esperanza tenían de la victoria.

Lo que en Silvano era al contrario, porque, aunque las armas de su enemigo ligeramente fuesen cortadas y despedazadas de los golpes de su espada, sentía las carnes tan duras y fuertes que ninguna mella en ellas para herirle hacía. Y viéndose a sí, que por algunas partes le salía la sangre y que de su contrario no salía ninguna, con mucha saña, echando el escudo a las espaldas y tomando la espada con ambas manos, le cargó encima del yelmo de tan desapoderado golpe que pensó henderle por medio; mas la espada de Silvano, sin hacerle daño ninguno, se quebró en tres partes, quedando el caballero del fuerte golpe tan atordido que apenas en sus pies podía tenerse.

Silvano que sin la espada se vio, conociendo el desatino de su contrario, le dio con las manos en los pechos, empujándole con tanta fuerza, que, aunque contra su voluntad, le hizo venir al suelo, no se meneando poco ni mucho de adonde había caído. Silvano, tomando la espada que de la mano había soltado, le desenlazó el yelmo para cortarle la cabeza, mas halló que el cuerpo era de metal y que por esto su espada no había podido hacer en él daño ninguno, y muy espantado de aquesta maravilla, se sentó sobre él por descansar del afán que había pasado. Y no se tardando mucho, por dar el fin que deseaba en aquella aventura se levantó, y hallando la puerta del castillo abierta, embrazando lo poco del escudo que le había quedado y la espada en la mano, se entró por él sin temor ninguno.

Mas a esta hora, sin ver persona alguna que las mandase, vio delante de sí más de cien espadas y porras y otras maneras de armas que con muy pesados y crueles golpes descargaban en él con tanta fuerza por impedirle la entrada, que muchas veces le hacían arrodillar y otras tornar atrás. Mas Silvano, puesto el escudo sobre la cabeza, daba con su espada tan desapoderados golpes tirando a una parte y a otra, que pareciéndole dar en algunas personas sin que las viese, los hacía contra su grado apartar muy lejos de allí. Y aunque en aquella batalla no menos peligro y afrenta que en la tormenta del río sintiese, resistiéndola con animoso corazón, como aquél que en otras mayores afrentas y peligros jamás adelante le faltó la animosidad y esfuerzo necesario, pasó adelante hasta hallarse en la puerta que a un hermoso patio que en medio del castillo estaba salía; en la cual hallándose desembarazado de aquella desigual batalla y con asaz cansacio del afán que en ella había sufrido, vio delante de sí una espantable y disforme figura de mujer, tan grande, que casi jayana parecía, según los miembros tenía crecidos. El gesto tenía muy flaco y amarillo, y los cabellos respeluzados, sin ninguna cobertura encima dellos; en la mano traía un escudo y una disforme bisarma,¹⁵² y con una temerosa y espantable voz le dijo:

—No pienses, malaventurado caballero, que por haberte podido asegurar de la entrada hasta aquí podrás hacer lo mismo de aquí adelante; que yo soy aquella que por el terrible dolor que con la muerte de mi amado hijo Lanzarus recibí, agora de aquel cruel y malvado rey recibo la venganza, sin que ninguno tenga poder de mi poder librarlo.

Y como esto dijo, descargando un muy fuerte y desmesurado golpe, Silvano lo recibió encima del escudo, que fue tal que las rodillas le hizo poner en tierra. Y tomándose a levantar con mucha ligereza, se guardaba de recibir muchos de aquella manera. Y viendo que con aquella fantasma, aunque en apariencia de mujer estuviese, no se había de guardar aquel comedimiento que con las otras mujeres, procuraba de herirla; mas su trabajo era en vano, porque la espada que llevaba, que era la que del caballero había tomado, tan poco prendía en ella, resurtiendo cada vez para fuera como si en una muy dura peña los golpes fueran dados.

Silvano que en esta batalla andaba envuelto, mirando al medio del patio vio estar en él al rey en una silla asentado, y un caballero cortada la cabeza delante dél, la cual juntándose con el cuerpo y levantándose con un arrebatado movimiento, trastornando al rey de la silla donde estaba, con las manos y dientes le sacaba los ojos y despedazaba el cuerpo tan a menudo que nunca semejante crueldad en el mundo fue vista. Y tornándose en un punto a tender en la tierra y la cabeza a apartarse como antes estaba, aquellos menudos pedazos se tornaron a juntar; y siendo todo el cuerpo entero formado como de antes, se tornó a poner en la silla con unos dolorosos gemidos y sollozos, que bien mostraba la pena que de aquella crueldad en él ejecutada padecía.

Silvano que de verlo a muy gran lástima su corazón fue movido, estaba con mucha congoja de ver que ningún daño en aquella disforme mujer sus armas podían hacer, y determinando aventurar la vida por verse fuera de aquel trabajo,

¹⁵² Lanza rematada en dos hojas: una de punta y otra en forma de gancho.

soltando la espada de la cadena esperó a que aquella visión un gran golpe descargase, y hurtándole el cuerpo con mucha ligereza entró con ella; la cual no rehusando la lucha, los dos se asieron a los brazos, porfiando cada uno dellos de meter al otro debajo de sí. Y en esta lid anduvieron más de media hora, en el cual tiempo creciendo las fuerzas al buen caballero por no fallecer en aquel peligro, la traía tan sojuzgada que la fantasma vio no poder resistir su fortaleza para dejar de venir al suelo; y con la fatiga comenzó a dar unos tan grandes baladros y temerosos gritos, que con ellos del un canto del patio por una puerta hizo salir dos espantables y disformes dragones, los cuales, tendidas sus alas, lanzando muy grandes llamas de fuego por la boca, venían con tan temerosa vista, que el más crecido ardimiento y esfuerzo del mundo con sólo verlos desmayara.

Silvano temiendo que con el embarazo que la mujer le daba los dragones podrían dél a su voluntad aprovecharse, tan gran fuerza puso en aquella hora, que con aquella temerosa fantasma dio un grande y pesado golpe en el suelo. Y así como fue caída, el castillo se hinchó de una muy oscura y espesa niebla, tanto que, quitada la claridad, ninguna cosa podía verse. Y por el medio del aire comenzaron tan espantosos bramidos y gritos, y el estruendo fue tan grande, que el castillo todo temblaba de manera que parecía quererse hundir en el abismo. Los baladros y voces parecían bien infernales, y en medio dellas se oía una que decía:

—Pues yo fui causa de mi daño saliendo de mí el aviso para recibirlo, no tengo razón de quejarme sino de mí misma.

Y como esto durase por espacio de una hora, Silvano, aunque ningún temor entrase en la braveza de su esforzado corazón, no por eso dejaba de estar espantado. Y su esfuerzo fue tanto que, aunque el duque de Calés y todos los otros caballeros con lo que vieron y oyeron estuvieron todo aquel tiempo tendidos en el campo fuera de su sentido, él nunca dejó de sentir, esperando el suceso de tan temerosa cosa. Y así, a cabo de gran pieza aquella oscuridad y tinieblas se deshicieron, y quedando la claridad del luminoso día y el castillo sin hacer mudanza alguna, y el rey, sin el cuerpo que delante de sí tenía, tornando en su acuerdo, que como así se vio, reconociendo haber estado encantado hasta aquella hora se levantó de donde estaba. Y Silvano, hincando las rodillas delante dél, le demandaba las manos para besárselas diciendo:

—El deseo de serviros, junto con el mandado de aquella hermosa princesa Menandra, vuestra hija, me puso en esta parte para poder emplear mis fuerzas en ejecutarlo. Y con el favor de aquel Alto Señor a quien todas las cosas son sujetas, vuestra soberana grandeza es libre de la prisión y encantamiento, que hasta ahora tres años ha, ha estado fuera de su juicio.

El rey, tirando las manos afuera, muy espantado de lo que oía, conociendo por aquellas palabras haber sido libre por mano de aquel caballero que delante tenía, abrazándose con él, lo levantó del suelo diciendo:

—Esforzado caballero, no ha sido tan poco lo que conozco que por mí habéis hecho que con más justa causa no merezcáis que las manos que me pedís, por mí para pagaros la deuda fuesen pedidas, pues mayor ni mejor obra a nadie que

restituirle la vida que por perdida tenía, como yo, se puede hacer. Y para que¹⁵³ mi gozo sea cumplido, solamente queda saber yo qué se ha hecho de mi hija la princesa, que aquí conmigo fue encerrada, y asimismo de quién haya recibido tan alto y subido beneficio que ninguna cosa basta satisfacerlo.

—Soberano príncipe —dijo Silvano—, la princesa está muy buena y en parte donde no le faltará el servicio que a su real acatamiento se debe. De mí no sabré deciros otra cosa sino que soy un caballero que mucho vuestro servicio deseo, y así lo haré todos los días que viva. Lo demás sabréis del duque de Calés, que de la otra parte de la puente con otros muchos caballeros esperándoos están.

El rey que vio que quería encubrirse, le rogó que se quitase el yelmo, y Silvano lo hizo, que aunque el rey, que nunca lo había visto, no lo conoció, no fue jamás de cosa más espantado que de la estraña hermosura de Silvano y cómo siendo tan niño había sido bastante para tan gran hecho. Y tomándolo por la mano, se fueron hacia la puerta del castillo.

CAPÍTULO I-XL

DE LO QUE SE HIZO EN LA PEQUEÑA BRETAÑA DESPUÉS QUE EL REY FUE DESENCANTADO

EL duque de Calés y los otros caballeros que a la otra parte del castillo quedaron, con el grande estruendo de los baladros y alaridos estuvieron por una pieza fuera de su acuerdo. Mas ya que, tornados en sí, vieron la puente sin embarazo ninguno y el castillo muy claro, y perdiendo el temor que hasta allí habían tenido, no viendo quién, como de antes, la entrada resistiese, fueron a la puerta del castillo, en la cual hallaron al rey y a Silvano que de dentro salían. Y el duque con infinito gozo besó las manos al rey diciendo:

—El muy poderoso Señor sea loado, que nuestro deseo nos ha dejado cumplir de veros, señor, fuera de tan estraño lugar; que cierto, gran falta era la que todos nosotros con vuestra ausencia sentíamos.

El rey lo abrazó y le dijo:

—Buen duque, no creía yo menos de vos, y así lo conoceréis en mi voluntad y obras para agradecéroslo cuando sea tiempo.

Luego llegaron todos aquellos caballeros a besar las manos al rey, y los recibió a cada uno por sí y a todos juntos con mucho amor. Y viendo la agua del río así clara como antes del encantamiento estaba, pasaron de la otra parte de la puente, y cabalgando encima de sus caballos, y el rey en uno que aparejado le tenían, entraron por la floresta. Y el rey iba el más alegre del mundo, y el duque de Calés le contó por el camino todo lo que en su deliberación y de la princesa Menandra había pasado, como la historia lo ha dicho; y el rey, que no poco espantado estaba de oír tan estrañas y maravillosas cosas como eran las de Silvano, no se podía

¹⁵³ Orig.: ‘y porque para que’ (91v).

hartar de abrazarlo y darle gracias, ofreciéndole todo cuanto de sí y de su reino quisiese hacer, que de todo como su misma persona podría disponer, y asimismo agradeciendo mucho al duque el trabajo que por su causa había tomado.

Y desta manera llegaron a la ciudad de Calés, donde todos los vasallos del duque hicieron al rey el mayor y mejor recebimiento que pudieron. Y como la fama deste hecho luego por muchas partes del reino se estendiese, en muy breve tiempo fueron allí juntados todos los principales señores y caballeros, los cuales, después de haber visto al rey y holgado con su buena dicha, jamás cesaban de alabar a Silvano por el gran bien que a todos ellos había hecho.

El rey, por descansar algunos días, no quiso por entonces salirse de aquella ciudad, y allí se comenzaron a hacer muy grandes fiestas y alegrías; y los caballeros, que muchos y de gran hecho de armas en aquel reino había, hicieron muchas justas y torneos, señalándose muchos y muy buenos¹⁵⁴ en ellas. Mas entre todos Silvano las veces que salía se mostraba con mucha pujanza, no le quedando caballero en la silla, tanto, que a todos tenía maravillados, juzgándolo por el mejor caballero del mundo. Y cierto, tal era Silvano, que, después de Olivante, a duro pudiera hallarse quien en esfuerzo y ardimiento pudiese igualarle.

Pues desta manera estuvo en la corte de aquel rey por espacio de un mes, dejando tan subida fama, que en muy largos días de otra cosa sino dél se hablaba. Y pareciéndole que la estada de allí no le convenía para mostrar que su mucho valor le podía poner atrevimiento para osar servir a quien servía, se despidió del rey; el cual, aunque mucho de mal se le hiciese, le convino dar licencia, ofreciéndole muchas y muy ricas joyas que llevase; mas Silvano no quiso tomar otra cosa sino unas fuertes y ricas armas que de la persona del rey eran, porque las suyas de las batallas pasadas le habían quedado deshechas. Y armado de todas ellas, dejando así en el rey como en toda su corte gran tristeza por su partida, se fue por el mundo proponiendo buscar las aventuras.

El rey que con muy gran descanso y contentamiento había quedado en su reino, para tenerlo del todo cumplido envió por la princesa Menandra, la cual vino luego acompañada de muchos caballeros, así de los que de Bretaña fueron por ella como de los que el Emperador envió, con la cual se acrecentó su alegría en tanta manera que le parecía haber sido el más dichoso y bienaventurado rey del mundo, viéndose libre de aquel encantamiento donde con tan gran pena tantos días había estado.

FIN DEL PRIMERO LIBRO

¹⁵⁴ Orig.: ‘benos’ (93r).



LIBRO SEGUNDO
DEL MUY ESFORZADO CABALLERO
OLIVANTE DE LAURA,
PRÍNCIPE DE MACEDONIA,
EN QUE SE CUENTA EL SUCESO DE SUS AMORES
CON LA SOBERANA PRINCESA LUCENDA Y LAS
MUY GRANDES Y MARAVILLOSAS AVENTURAS
QUE POR SU CAUSA DIO FIN

CAPÍTULO II-I
CÓMO OLIVANTE SE COMBATIÓ CON UN CABALLERO LLAMADO
EL INFANTE ALIAZAR, Y QUEDANDO ENTRAMBOS AMIGOS, SE
COMBATIERON CON OTROS CABALLEROS DE UN CASTILLO

EL dador de la luz, con arrebatado curso consiguiendo el acostumbrado movimiento de su jornada, acercando su ausencia, la presencia de las nocturnas tinieblas atraía, dejando la revocada claridad en la luminaria que por su falta suplir suele en la escuridad de las descansadas noches, cuando el valeroso caballero Olivante de Laura con su doncella, como ya en el primer libro os contamos, de la floresta donde el Emperador estaba por el don que le había prometido se partió. Y caminando todo el día tan ocupado de pensamientos por verse apartar de donde su vida quedaba, de sí tenía poco acuerdo; asimismo lo iba de preguntar a la doncella qué fuese el don que por su promesa había de cumplir. Y como la noche y cansancio les impidiese de hacer más larga jornada, habiendo pasado la floresta de donde habían salido, en otra más espesa por un angosto camino se habían metido, y topando con una fuente que debajo de unos altos árboles estaba, de la cual un arroyo de muy clara y sabrosa agua corría, se apearon de sus caballos y la doncella de su palafrén, y habiendo refrescado y comido de lo que Darisio consigo traía, quitando los frenos a los caballos se recostaron sobre la verde yerba.

Y siendo pasada la mayor parte de la noche, la doncella, que con cuidado de lo que hacer le convenía estaba, se levantó, hallando a Olivante despierto. Asimismo despertaron a Darisio, y aderezados de lo que les era menester tomaron el camino por donde la doncella les guiaba; por el cual no hubieron andado mucho trecho cuando ribera de la mar se hallaron, la cual con gran quietud y sosiego sus sordas ondas de una parte para otra movía con tanta tranquilidad que apenas dejaban sentirse. Y caminando cuanto una milla por una espaciosa playa que allí se hacía, no muy lejos de sí vieron estar un barco que con una cadena de un árbol en la ribera estaba atado. La doncella apeándose de su palafrén, volviéndose a Olivante le dijo:

—Animoso y bienaventurado caballero, para el fin del don que me habéis prometido y yo tanto deseo, es necesario que en este barco os metáis, el cual nos guiará a la parte que muy presto podamos verlo.

Olivante que de no ver persona en el barco fue maravillado, le dijo:

—Buena doncella, ¿pues cómo podremos mover, que no veo persona que sepa guiarnos ni quien levante los remos si nosotros no lo hiciéremos?

—Dejadme deso a mí el cuidado —respondió la doncella—, que ni en lo uno ni en lo otro no habréis menester ayuda; y sin temor ninguno podréis hacer lo que os digo.

Olivante, como a esta hora la clara luz del día se viniese acercando habiendo dado de su venida manifiestas señales, apeado de su caballo, y asimismo Darisio, lo metieron dentro. Y la doncella, que fuera se había quedado, teniendo el un pie en la tierra y el otro en el barco, lo empujó con tanta fuerza que con la mayor furia

del mundo lo hizo meter en el agua, quedándose ella defuera diciendo contra Olivante:

—Bienaventurado caballero, yo vos suelto el don que me prometistes, pues que ya he cumplido con lo que me era mandado, que por agora yo no puedo acompañaros; mas yo os ruego y aconsejo que la compañía que en este camino topáredes no la desechéis, porque, aunque al principio os sea enojosa, ya vendrá tiempo en que podréis recibir todo servicio. Y dígoos que no me veréis hasta tiempo en que seáis en la mayor alegría del mundo.

Y como esto dijo, dando del azote al palafrén se fue con tanta priesa que Olivante no tuvo lugar de responderle. Mas, como conociendo que aquellas no podían ser obras sino de la sabia Hipermea, no recibió mucha pena, porque creía que no fuese hecho sino para lo que a él cumplía. Y volviéndose a Darisio, le dijo riendo:

—Poca burla fuera la que habemos recebido desta doncella si en el barco nos quedara con que poder guiarlo y nosotros fuéramos tan diestros que supiéramos hacerlo, mas yo veo que él lo hace tan bien de suyo, que creo que nos quitará deste cuidado.

—Plegue a Dios que no sea para vernos en más peligro —respondió Darisio—. Mas lo que me fatiga es verse meter el barco en la mar con tanta velocidad, y la poca provisión que tenemos si tan presto no aportásemos en tierra.

—Déjate deso —respondió Olivante—, que quien aquí nos ha metido tendrá cuidado de proveer en lo que más hubiere necesidad.

Y con esto, siendo ya dos horas del día, el barco había hecho tanto camino que muy grande espacio se habían alongado de tierra, esperando los dos el suceso de aquella aventura en que estaban. Mas Olivante, que de otro mayor cuidado llevaba ocupado el pensamiento, poca fatiga le daba el presente; antes, no se acordando de otra cosa ninguna, toda su memoria era en aquella excelente y soberana princesa Lucenda, y viéndose apartado por tan estraña arte de su presencia que no pensaba volver a ella tan presto, el dolor que dello sentía con claras señales de abundancia de lágrimas y dolorosos sospiros lo manifestaba. Y con el poco descanso que todo el tiempo que ausente estuviese pensaba sentir, entre sí mismo decía:

—¡Ay breve tiempo de mi gloriosa vida, cuán poco consentiste gozarte para mayor pena, pues que el mal que sentía tenía el mayor bien consigo con que pudiese sufrirse, pues en el dolor estaba el descanso para padecerlo; mas agora que sola la memoria de lo que he perdido me acompaña, no sé con qué sustentar la fatigada vida si no fuere con la esperanza, la cual no es tanta que baste, pues lo que por parte de aquella angélica y hermosa princesa se me concede, por mi poco merecimiento se me niega! ¡Ay amigo Silvano, quién en tu hábito pudiera tenerte siempre compañía para gozar de lo que tú puedes! No sé por qué te quejas de la fortuna, que en aquello que más me fue favorable se muestra más adversa; que si tú vives sin esperanza, jamás perderás el descanso de cebar tus ojos para descanso de tu pasión; mas a mí jamás semejantes sobresaltos me faltarán, como aquel que tiene obligación para no faltar a la que sobre sí de cumplir con todo tiene. ¡Ay soberana princesa, no sea el mayor bien que me hecistes en recibirme por vuestro

caballero para el mayor mal que podéis hacerme en olvidarme, pues tan poco servicio recibiréis con el sacrificio de la vida de quien para sólo serviros la desea!

Y diciendo esto con infinitos sospiros, caminaron hasta hora de medio día, yendo siempre Darisio diciéndole consejos y cosas, como aquel que muy sabio era, con que mucha parte de la pasión le aliviaba. Y como Olivante de la mala noche que había llevado y del mucho llorar que aquel día había hecho estuviese fatigado, se adurmió, y Darisio que con algún sosiego le vido, hizo lo mismo. Y la barca no dejando de proseguir en su acostumbrado camino, fueron así, sin sentirlo, hasta que vino la noche, que, despertando, vieron que la mar se empezaba a embravecer y las inquietas ondas con la venida de los furiosos y arrebatados vientos de una parte para otra con tanto desasosiego moverse, que, viéndose en tan pequeña defensa para tan gran tormenta como se aparejaba, en algún pavor de su vida fueron metidos. Mas como la voluntad ajena por que eran guiados en tal tiempo no los olvidase, de tal manera gobernó la barca, que antes que la fortuna del todo se embraveciese se hallaron cabe tierra, aunque no supiesen dónde, metiéndose el barco tras de una peña.

Y llegado a la orilla del mar, Darisio saltó fuera, y tomando la cadena que en el barco venía, lo ató así fuertemente que no se tornase al agua, y Olivante dando muchas gracias a Nuestro Señor, hizo lo mismo. Y sacando los caballos fuera y pensando en un castillo que muy cerca dellos estaba, pareciéndoles que allí podrían albergar aquella noche, guiaron hacia allá. Y como hubieron llegado, llamando a grandes golpes a la puerta del castillo, estuvieron gran pieza atendiendo, en fin de la cual parándose un caballero entre las almenas, les respondió qué era lo que demandaban. Olivante con mucha cortesía le dijo:

—Buen señor, queríamos que nos hicieses merced de albergarnos esta noche en este castillo, porque la tormenta del mar nos ha echado a esta parte, donde otra estancia no hemos podido hallar.

El caballero, riéndose con mucha voluntad, le dijo:

—A tales horas no se abren estas puertas a los sandios caballeros. Esta noche dormiréis al sereno, y a la mañana, según quién fuéredes, se os hará la cortesía como con otros se acostumbra.

Y con esto, sin atender respuesta, se fue.

Olivante de ver el desabrimiento de sus palabras, fue tanta la ira que contra el caballero tomó, que de buena gana tomara aquella hora dél venganza; mas viendo que no se podía hacer otra cosa, dijo a Darisio:

—Mal recaudo tenemos aquí si otro no buscamos. Volvamos a la barca y allí atenderemos hasta la mañana, que el día nos dirá lo que hayamos de hacer. Mas tanto te digo que si con este caballero topo, si puedo no se alabará de las villanas palabras que nos dijo.

—Bien lo merece —respondió Darisio—; mas en quien tan poca virtud hubo tampoco habrá esfuerzo para tomar batalla con ninguno.

Y con esto, tornándose cerca de la barca y recostándose sobre la yerba, ataron junto de sí los caballos para que paciesen. Y así estuvieron hasta cerca de la mañana, que como Olivante con la enamorada congoja dormir no pudiese, y asimismo con el ruido de la tormenta, habiendo salido la luna muy clara se levantó,

y sin que Darisio lo sintiese, acompañado de sus dulces y penados pensamientos se fue ribera de la mar; por la cual no habiendo andado mucho trecho, vio venir una nave que la fortuna, perdido el gobernalte,¹⁵⁵ hacia aquella parte traía; la cual no pudiendo resistir la fuerza de los poderosos vientos que contra sus fuerzas y saber de los marineros la guiaban, dio al través en una peña con tanta fortaleza que, haciéndose infinitos pedazos, las voces y gemidos de los desaventurados que dentro venían fueron tantas que a muy gran lástima y compasión el esforzado corazón de Olivante movieron viendo que para salvar las vidas ningún remedio les quedaba. Y estando con mucha congoja de ver los muchos que delante dél perecían, vio que en una tabla de la nao un caballero armado de todas armas, y un escudero con él, a quien la fortuna en aquello se mostró favorable, se pudieron salvar, trayéndolos la corriente del agua hacia aquella parte donde Olivante estaba; los cuales dos solamente de todos los que en la nao venían pudieron salvarse, que como la tabla llegase a la orilla de la tierra, saltando della ligeramente salieron afuera.

Olivante que mirándolos estaba, así en su habla como en las palabras que decían conoció que eran moros, mas no para que por eso dejase de haber piedad de su desventura. Y llegándose hacia donde estaban, que hasta aquella hora no le habían visto, vio las armas del caballero tan ricas y llenas de tantas piedras preciosas que con la escuridad daban de sí tan gran resplandor, que le juzgó por hombre de gran valor y caballero de alta guisa. Y como supiese la lengua morisca que en Laura había deprendido, les saludó en ella cortésmente; y el caballero otrosí le volvió las saludes rogándole que le dijese qué tierra era aquella donde habían aportado y si sabía si fuese de moros o cristianos. Olivante le respondió que de cristianos, y que le rogaba que le contase la fortuna que allí le había traído siendo moro, porque para todo aquello que le fuese menester hallaría en él toda la ayuda y consejo que él pudiese darle. El moro, viendo que Olivante era cristiano, no se fiando de sus palabras ni pensando ser dichas con la intención que publicaba, le respondió:

—Buen caballero, vos tenéis poca necesidad de saber ninguna cosa de las que nos habéis preguntado. La fortuna mala o buena yo la seguiré como viniere, sin daros a vos cuenta della, pues tan poco remedio podréis ponerle como de antes.

Olivante, sañudo de la respuesta desabrida, le respondió:

—Por Dios, caballero, que yo pensé que vuestra desventura y peligro os quitara la soberbia que en vos podrá haber; mas, pues que mis comedidas razones no han podido vencer vuestra cortesía, cumple que me digáis lo que os he preguntado, y si no, comigo sois en la batalla.

—Ésa tomaré yo de grado —respondió el caballero— para castigaros de vuestra locura.

Y como ambos estuviesen a pie, enlazando los yelmos y embrazando los escudos echaron mano a las espadas y se comenzaron a herir de tan mortales y desapiadados golpes, haciéndose tan gran daño que en muy poca de hora las armas tenían cortadas por muchos lugares y se habían hecho algunas heridas de

¹⁵⁵ Timón.

que todo el campo al derredor de sí tenían cubierto de la sangre que dellas salía y de las rajadas de los escudos y lorigas, que, aunque muy fuertes eran, con la fuerza de los poderosos brazos con las tajantes espadas las despedazaban. Y cada uno dellos le parecía tener muy fuerte contrario delante, especialmente el caballero moro, que, aunque como muy buen caballero que era se mantenía, bien sentía que sus fuerzas contra las de Olivante no podían mantenerse; y no dejando por eso con todas ellas de procurar la victoria, anduvieron sin descansar en esta batalla hasta que el día era ya muy claro, habiéndose los claríficos rayos del resplandeciente sol estendido por la universal redondez de la tierra.

En el cual tiempo habiendo despertado Darisio, que dormiendo había estado, y no hallando a su señor y oyendo el ruido y golpes de las armas, luego entendió lo que podía ser, y echando los frenos a los caballos guio hacia aquella parte que oía el estruendo de la batalla, rogando siempre a Nuestro Señor muy de corazón guardase a Olivante de todo peligro. Al cual, cuando llegó, halló que había lo mejor, y que si el caballero porfiase, su muerte era llegada. Y Olivante que muy pagado estaba de la bondad del caballero y viendo por cuán pequeña causa la batalla se había comenzado, se hizo afuera diciéndole:

—Buen caballero, yo querría, si vos pluguiese, que vos dejádes de vuestra porfía y me dijédes lo que os he rogado. Yo dejaré la batalla en el punto que está, porque si adelante quisiéredes llevarla, a mí me pesaría mucho, por la mucha bondad que en vos hay, que recibídes más daño.

El caballero moro viendo las corteses razones con que se lo demandaba, estuvo movido a decírselo; mas por otra parte pensando que se sospecharía que el temor le vencía para ello, le respondió:

—Buen caballero, yo quisiera poderos servir en lo que me demandáis, mas no quiero que penséis que me tenéis en tal punto que por fuerza me convenga responderos a vuestra pregunta. Y pues que sola la victoria de nuestra batalla podrá forzarme a lo uno o a lo otro, procurad de acabarla si tanto deseo tenéis de saber lo que me habéis preguntado.

Olivante viendo su porfía, sin responderle ninguna cosa tornó a herirle de tan poderosos y mortales golpes, que los más dellos le hacía sentir en las carnes. Mas el caballero, que muy esforzado era, le volvía la respuesta, de manera que la batalla a quienquiera que la mirara pusiera muy grande espanto y juzgara ser de los mejores caballeros del mundo, aunque la ventaja de Olivante se parecía muy claro.

Pues a esta hora llegaron allí dos caballeros armados de todas sus armas encima de sus caballos, los cuales, después que un poco hubieron estado mirando la batalla, mandaron a cuatro hombres que consigo traían que tomasen a Darisio los caballos y que a él y al escudero del caballero moro llevasen presos al castillo, que de los caballeros que estaban en su batalla ellos sabrían darse recaudo. Lo cual como de Darisio fuese oído, viendo la traición que a su amo se aparejaba, a muy grandes voces comenzó a decir:

—¡Traidores! No habrá por agora lugar vuestra malvada intención, que primero me daréis la muerte que de aquí me mudedes un punto, y los caballeros son tales que os castigarán de vuestra maldad.

Y diciendo esto, como uno de los villanos le asiese de la rienda del caballo de Olivante, echando mano a su espada le dio tal golpe en ella que casi a cercen se la cortó. Olivante, oyendo las voces de Darisio y entendiendo por ellas lo que podía ser, dijo contra el caballero:

—Buen señor, ya veis la traición que se nos apareja y el daño que della podría sucedemos. Píдовos de merced que por agora podamos socorrer a nosotros y a nuestros escuderos, que después se podrá dar fin a nuestra demanda.

El caballero, que viendo que no pudiera durar contra Olivante no tenía otro deseo, le respondió que era muy pagado dello. Y así, los dos volviendo contra los caballeros, les comenzaron a rogar con mucha cortesía que no les quisiesen hacer fuerza, pues ninguna causa había para ello. Mas los caballeros, como malos y traidores que eran, poniendo las espuelas a los caballos, los vinieron a encontrar con las lanzas. Y el uno encontró al caballero moro, que las manos le hizo poner en el suelo con el fuerte encuentro; y Olivante hurtó al otro el encuentro, de manera que como pasase desapoderado y Darisio se hallase aquella hora cabe él, tuvo tiempo de subir en el caballo y tomó la lanza que Darisio le traía. Inflamado en ira con la traición que veía, volvió las riendas, y viendo venir el caballero otra vez contra sí, batiendo las piernas al buen caballo tirsiano le encontró tan poderosamente que la lanza le hizo parecer a las espaldas, no le habiendo hecho el caballero otro daño más de haber quebrado en su escudo la lanza en muchas piezas.

El otro caballero que a caballo estaba volviendo sobre el caballero moro, procuraba con el caballo atropellarlo; mas hurtándole el cuerpo al pasar, le hirió en los brazos del caballo, que, cortándose los, le hizo venir con su señor a tierra. Y como el caballero en tal aprieto se viese, saliendo ligeramente y viendo su compañero muerto, procuraba de defenderse. Olivante que a caballo estaba, se apeó por tomar la batalla, mas el caballero le rogó que le dejase fenecerla, pues que ya la había comenzado, y Olivante por complacerle lo hizo. Y el caballero moro comenzó a cargar de tan duros y espesos golpes al caballero del castillo, que Olivante estaba maravillado de la mucha bondad que en él había. Y tanta priesa se dio, que a poca pieza dio con el caballero tendido a sus pies, y como fuese traidor, no le habiendo ninguna lástima le cortó la cabeza. Lo cual visto por los villanos que con los caballeros habían venido, no esperando que menos sería dellos si allí atendiesen, se dieron a huir para el castillo, que muy cerca estaba; quedando el uno dellos muerto por mano de Darisio, los tres tuvieron lugar de hacerlo. Y los caballeros, dando gracias a Nuestro Señor por la victoria cada uno en su ley, bien vieron que en el castillo habría gente con quien tuviesen más que hacer; y por que no los tomasen desapercibidos, tomando uno de los caballos que sueltos andaban para el caballero y otro para el escudero, subiendo asimismo Olivante y Darisio en los suyos, se fueron derechos al castillo con intención de saber la causa por que tan traidoramente los hubiesen acometido.

CAPÍTULO II-II

CÓMO OLIVANTE SE COMBATIÓ CON LOS CABALLEROS DEL CASTILLO, Y DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ

DE la manera que habéis oído iban el animoso Olivante y el esforzado caballero moro a su paso contra el castillo, y cuando cerca de las puertas hubieron llegado, muy gran ruido y estruendo de armas oyeron dentro; y no tardaron en abrirlas, saliendo por la puerta cinco caballeros que, como los vieron, a muy grandes voces comenzaron a decir:

—¡Mueran los traidores que mataron a los que mucho más valían que ellos!

Y con esto arremetiendo los tres las lanzas bajas, encontraron en el escudo de Olivante, que, como muy fuerte fuese, sin poderlo falsar las quebraron en él, quedando tan firme como si en una dura peña hubieran dado. Mas Olivante, a quien la ira entonces enseñoreaba, que muy más bravo y fuerte le hacía, viendo cuán malamente los acometían, de toda su fuerza hirió al uno dellos con su espada por cima de un hombro, que cortándole todas las armas y el brazo por entre la coyuntura casi toda, con el gran dolor le hizo desatinado venir al suelo. Y revolviendo el caballo sobre los otros dos, los comenzó a herir con la fortaleza de sus poderosos golpes, de manera que en poca de hora les dio a conocer que por su daño allí habían venido. Los otros dos caballeros encontraron al caballero moro con tanta fuerza, que haciéndole perder los estribos se abrazó con el cuello del caballo, mas con mucho esfuerzo tornándose a enderezar en la silla y echando mano a la espada los acomete, cargándolos de duros y mortales golpes y manteniéndose contra ellos tan bien que Olivante, que lo veía, lo preciaba mucho, porque, según estaba herido de la batalla que con él y con el otro caballero hubiera, maravilla era de poderse tener a caballo.

Pues desta manera anduvieron por espacio de un cuarto de hora, que Olivante, habiendo gana de librarse de aquella traición, alzándose sobre los estribos, al uno de los dos caballeros que más le aquejaban le dio tan desapoderado golpe sobre el yelmo, que, entrando la espada por él tres dedos, le hizo una mortal herida en la cabeza, de que desapoderado de toda su fuerza le hizo venir al suelo. Y revolviendo sobre el otro, tanta priesa se dio en herirle, que en poca de hora lo traía tan desatinado que, no sabiendo de sí parte, andaba a una parte y a otra por caer del caballo. Olivante que tal lo sintió, tomándole por el brocal del escudo, le tiró dél con tanta fuerza, que, sacándose de las manos, le dio un golpe sobre el yelmo con tanta fortaleza, que, quebrándose el escudo en muy menudas piezas, y asimismo los lazos del yelmo, le saltó de la cabeza, quedando el caballero fuera de todo su acuerdo; que como Olivante así le viese, no habiendo piedad ninguna dél, como a traidor que era, le dio con un pedazo del escudo que en la mano le había quedado sobre la cabeza desarmada, que haciéndole salir los ojos, juntamente le salió la vida.

Y tornando a mirar lo que el caballero moro con los otros hacía, vio que le habían muerto el caballo y que él asimismo había al uno de los dos caballeros cortado las piernas y había venido al suelo tomando al caballero la una pierna

debajo, que estaba sin poder levantarse. El otro caballero que a caballo quedaba, viendo que Olivante había ya muerto a sus compañeros y temiendo los duros y fuertes golpes que le había visto dar, batiendo las piernas a su caballo pensó volverse al castillo; mas Olivante se dio tanta priesa que, alcanzándole a la entrada de la puerta, poniendo toda su fuerza le dio tan desapoderado y terrible golpe, que hendiéndole el yelmo y la cabeza hasta los ojos, vino muerto del caballo abajo. Y viendo esto algunos villanos y gente de servicio que en el castillo había, quisieran cerrar la puerta, mas Olivante se entró tan presto que no tuvieron lugar, y como todos ellos fuesen gente de poco, luego se rindieron, y hincando los hinojos en tierra, con mucho temor le pidieron merced de las vidas. Olivante pensando que aquéllos no tuviesen culpa, se la otorgó, aunque muy despagado estaba de tan traidora gente.

Pues a este tiempo llegó el caballero moro, el cual sin ninguna piedad había cortado la cabeza al caballero que con él quedara, y bien le plugo cuando vio que en el castillo no quedaba gente con quien pelear, que, según lo mucho que en aquel día habían hecho, menester les era holgar. Olivante viendo un hombre viejo que en el castillo estaba, le preguntó que le dijese la causa por que aquellos caballeros así los habían acometido, y que le dijese la verdad si su vida no quería que padeciese. Y el hombre con temor le dijo:

—Valeroso caballero, yo por ninguna cosa os diría mentira, y más en esto que ningún remedio tiene. Sabréis que el caballero que con vos se combatió y vos en la primera batalla matastes era señor deste castillo y había por nombre Arlistar, el cual, aunque muy buen caballero fuese, como no tuviese otra cosa que este castillo de que mantenerse, empleaba su bondad en aprovecharse de los caballeros y otras personas que por estos caminos pasaban, haciendo que partiesen con él de lo que tenían. Y desta manera vivió algún tiempo, hasta que una noche en una abadía que cerca de aquí está se combatió con un caballero, y no pudiendo valer sus fuerzas contra las del otro, fue vencido. Y aunque entonces le prometió mudar sus costumbres, antes fue de mal en peor, porque agora todos los caballeros que podía haber a su salvo, con los otros cinco parientes y cormanos suyos, no solamente les robaba, mas los tenía en muy ásperas y crudas prisiones con pensamiento que algún día le vendría dél vengarse; mas Dios ha estorbado su dañada intención. Y en el castillo no queda sino la gente de servicio que veis, los cuales no haremos sino lo que por vos nos fuere mandado, y asimismo algunos caballeros y escuderos que presos están.

Olivante se le acordó bien de la batalla que con el caballero hubiera, y pesole mucho del daño que muchos caballeros por su causa habían recebido. Y no queriendo comer ni curarse antes que fuera de la prisión fuesen los que en ella estaban, mandó a Darisio y a aquel hombre que a la hora los sacase; lo cual luego fue hecho, y hallaron que eran veinte caballeros y quince escuderos los que en la prisión estaban, los cuales habiendo sabido su libertad, estaban tan alegres como aquellos que se contaban por muertos y en aquella hora resucitaban. Y dando infinitas gracias a los dos caballeros, les besaron las manos por el gran bien que les habían hecho y les suplicaban que les mandasen lo que de sí habían de hacer, porque en todo seguirían su mandado. Olivante les dijo que él proveería en todo

lo que fuese menester, y haciéndoles curar las heridas y curar de sí y del caballero, con algunos aparejos que Darisio consigo traía y en el castillo le dieron, hizo hacer dos lechos en que fueron echados, estando entrambos en una cámara. Y allí estuvieron lo que fue menester, haciendo servir muy abastadamente a todos los otros caballeros, a los cuales muy afincadamente rogó que quedando los cuatro dellos en guarda del castillo, los otros se fuesen a la corte del Emperador y le contasen todo lo que había pasado, suplicándole de su parte mandase hacer del castillo a su voluntad, porque, pues tanto deservicio dél había recibido, agora pusiese de su mano personas que más a su voluntad le sirviesen; y que esto le dijese de parte del Caballero del Corazón Partido, porque por este nombre pensaba nombrarse de ahí adelante.

Los caballeros dijeron que en todo harían cumplidamente su mandamiento, y así lo pusieron luego por obra. Y el Emperador tuvo en mucho el servicio que Olivante le había hecho, aunque en más estimara que se volviera a su corte; y aquella excelente princesa Lucenda, que ninguna cosa más en este mundo que saber nuevas de aquel por quien en tan congojosa vida vivía deseaba, no fue poco el contentamiento que en sí sintió, entendiendo bien la causa por que el su caballero aquel nombre se hubiese puesto, por el cual solamente en muchas partidas y reinos fue conocido y nombrado.

Pues tornando a los caballeros que en el castillo quedaron, pasados cuatro días que Olivante con la buena cura pudo levantarse del lecho, sentado encima del del caballero moro, con mucho deseo que tenía de saber quién fuese, le comenzó a decir:

—Mi buen señor, según mi deseo de serviros y la afición que en este tiempo que aquí hemos estado y yo con vos he tomado, no querría pedir os cosa que contra vuestra voluntad fuese ni vos recibíades enojo en decirlo. Por tanto, yo no vos quiero demandar sino aquello que sin pesadumbre ninguna podáis decirme, y si sin ella podéis cumplir mi deseo de que yo pueda saber quién sois y la causa que vuestra ventura aquí os ha guiado, hacerme heis en ello muy gran placer y merced, y donde no, no quiero que por mi causa dejéis de seguir vuestro propósito, que yo vos suelto la batalla que sobre este caso comenzamos entre nosotros, para que sin embarazo ninguno podáis hacer vuestra voluntad. Y de cualquier manera que de mi servicio tengáis necesidad, vos ofrezco mi persona para ponerla en todo peligro, haciendo por vuestra libertad todo lo que por vos me fuere mandado.

El caballero moro, que de muy gran saber y discreción era dotado, como aquel de que tan alta y esclarecida sangre era nacido, viendo las cortesas razones con que Olivante le hablaba y la verdadera amistad que le ofrecía estando en parte donde con sólo descubrirle tanto daño podía hacerle, y considerando las grandes cosas en armas que con los caballeros de aquel castillo le había visto hacer, juzgándolo por uno de los mejores caballeros del mundo, no quiso dejarle estar más confuso, mas antes respondiéndole, comenzó a decir:

—Valeroso y esforzado caballero, no pensé que ninguna fuerza bastara en mudar mi pensamiento, que era de no descubrir mi ventura hasta que siéndome del todo contraria me trajera a la muerte, como hasta aquí me la ha procurado, o, mudado el contrario, guiara los fines prósperos como los principios

desventurados. Y lo que ninguna cosa deste mundo, aunque, como digo, fuera la muerte, pudiera hacer mudanza en mi propósito, vuestra soberana gracia y virtud y la amistad que me ofrecéis, porque la deseo como del mejor caballero del mundo, me hará deciros lo que nunca pensé por no gozar del consuelo que los afligidos en contar sus angustias suelen tomar. Vos sabréis, mi buen señor, que yo soy hijo del rey de Alejandría. Mi nombre es el infante Aliazar. Habrá medio año que yo fui armado caballero por mano del gran rey de Persia, y estando algunos días en su corte, mis hados me fueron tan contrarios para mi descanso, que, sin poder yo hacer otra cosa, del poderoso y cruel amor fui vencido, haciéndome sujeto de la excelente gracia y hermosura de la divina y excelente infanta Casiana, hija deste poderoso rey que os he dicho. Y como mis tormentos y la pasión mortal que por ella padecía no me dejasen hacer otra cosa, yo le descubrí mi pensamiento suplicándole que otra merced no me hiciese sino recebirme por suyo para que como su caballero mis hechos pudiesen ser atribuidos a su servicio, pues que con su favor serían guiados. Y como yo no le pidiese cosa injusta, por ella me fue luego otorgada. Y así, pasando algunos días, con los muchos servicios que yo procuraba hacerle y con muy gran voluntad la mucha pasión y pena que continuo le mostraba, la vencí a que de mí se doliese, haciéndome tanta merced en pago de mis crueles ansias y mortales tormentos, que algunas veces por una ventana de una reja que en un jardín tenía, entrando yo por encima de las paredes, me hablaba, estando yo con esto el más alegre y bienaventurado hombre que en este mundo pudiera hallarse, porque bastaba aquella gloria para pasar mis crecidas fatigas. La ventura, que jamás deja de perseguirme con desventurados casos, hizo que una noche del infante Adurmaín, hijo del rey de Panonia, fui visto y conocido; el cual, ni sé si porque él hubiese puesto su amor en la infanta Casiana o si por envidia que de verme en aquel lugar tuviese, luego otro día el caso muy secretamente delante del rey de Persia contó; el cual, como muy sabio hombre que es, viendo ser cosa que a la honra de su hija tocaba, y que por esa causa le estaba bien que se callase, secretamente me mandó llamar, y metiéndome en su cámara, estando presente solamente el infante Adurmaín, me comenzó a preguntar del caso cómo pasaba. Yo, haciendo que no sabía cosa ninguna de lo que decía, lo negaba; mas Adurmaín viendo mis excusas, me comenzó a acusar delante del rey no sólo de lo que había visto, mas afirmando que yo había hecho muchas veces muy gran traición entrando de noche en la cámara de la infanta. Y sobre esto pasadas muchas razones, desmintiéndole yo de lo que decía, venimos a desafiarnos a la batalla, pues que otra prueba no había para saber la verdad. La cual en aquel mismo día fue hecha, donde yo con el ayuda de los soberanos dioses y con el favor y ardimiento que la estraña hermosura de la infanta me pusiera viendo ser cosa que en su honra tocaba, salí vencedor, cortándole la cabeza como a traidor; y sacándole la lengua, la envié a la infanta en satisfacción y venganza del atrevimiento que en hablar contra ella había tenido. Lo cual no bastando para que el rey fuese satisfecho de su sospecha, muy airado mandó que luego me saliese de la corte, y que si no lo hacía, que supiese que dondequiera que me topasen en su reino mandaría matarme. Yo, viéndole tan airado, aunque muy duro y grave se me hiciese por apartarme de la presencia de mi gloria, sin la cual ningún descanso ni alegría

esperaba, fueme forzado cumplir su mandado; y estando de allí cerca un puerto donde a la hora me fui, me metí en esta nave, la cual haciendo el viaje la vía de Alejandría, la ventura, o desventura, que no me tenía olvidado, quiso que diésemos al través como, señor, vistas, pudiendo solos yo y este escudero salvarnos. Y aunque en todas estas cosas la fortuna tan mal me haya tratado, mucho tengo que agradecerle en traerme a vuestro poder y compañía, de la cual mi voluntad así hallo sujeta, que, siendo la vuestra conforme, jamás della me apartaría, sirviéndoos con todas mis fuerzas; porque allende de la merced que en ello recibiría, querría poder cumplir mi deseo y ver la tierra de los cristianos, donde tan buenos caballeros hay, que más que otros de ninguna parte del mundo son tenidos y nombrados.

Muy atento Olivante quedó a lo que Aliazar le contó, estando muy espantado de oírlo. Y así de oír su desventura como de oírle hablar en los amores de la infanta Casiana y la pasión que en decirlos mostraba, trayéndole a la memoria la sabrosa membranza de su señora la princesa Lucenda, con las tristezas y pasiones que con su ausencia a sentir comenzaba, sin sentirlo, por su hermoso gesto de sus ojos las lágrimas de hilo en hilo corrían. Lo cual visto por el infante Aliazar, no lo juzgando a otra cosa que a la compasión que de lo que le había contado tenía, estuvo un poco esperando, y vuelto en sí Olivante, con pena de no haber podido disimular lo que sentía, le respondió:

—Esclarecido infante y señor, la vuestra merced ha de perdonarme si hasta aquí no os haya hecho ni tratado con el acatamiento que a tan alta persona se debía, aunque yo esté fuera de culpa por no haberos conocido hasta agora. Y la voluntad que en hacerme merced de vuestra compañía me habéis mostrado, yo la tengo en tanto, que siempre que la mía quisiéredes la hallaréis hasta que la muerte pueda apartarme della, pues que con ninguna otra cosa mejor puedo agradecérosela. Y pues que vos así sois contento, yo vos prometo de como para mí mismo procurar el descanso que vuestro corazón desea; y así como fuéredes guarido, yo quiero seguir la vía que vos quisiéredes tomar. Por tanto, no atendáis otra cosa, porque en mi compañía y amistad hallaréis aquella lealtad que a vuestra voluntad se requiere.

El infante Aliazar le rindió las gracias, pasando entre los dos muy corteses y amorosas razones, tomando en aquella hora tanto amor el uno al otro, que jamás se olvidó, como adelante se contará. El infante Aliazar era tan mozo que no pasaba de veinte años, y era muy hermoso y bien apuesto. Y los días que allí estuvieron los dos jamás dejaron de darse cuenta el uno al otro de todo lo que por ellos hubiese pasado, y Olivante le dio parte de todas sus cosas, dejando solamente lo que a su señora la princesa tocaba, por parecerle que en este caso era obligado a todo secreto.

Y con esto estuvieron en el castillo ocho días, que Darisio yendo a visitar la barca que en la mar habían dejado, halló los salvajes en ella que para la isla de los Cinco Peñones los había acompañado; y muy maravillado de tal aventura, y más de que los salvajes les hacían señas que luego se embarcasen, volvió a decirlo a Olivante y al infante Aliazar; los cuales muy espantados y alegres de aquellas nuevas, estando el infante sano de sus heridas, se aderezaron de todo lo que para

su partida les era menester. Y encomendando a Dios a los caballeros que por guardia del castillo quedaban, habiendo los escuderos metido los caballos, se metieron dentro en el barco con el mayor regocijo y placer de los salvajes que ellos en su manera podían mostrar. Y el infante Aliazar iba estrañamente espantado de tal aventura, juzgando a Olivante por caballero de muy gran valor y alto merecimiento, pues por él aquellas cosas eran hechas. Y Olivante iba dando muchas gracias a Nuestro Señor de la sabia dueña Hipermea que en sus necesidades no le olvidaba, y bien pensaba que los salvajes le llevarían donde pudiese cumplir su deseo, que era de verse metido en grandes y estrañas aventuras. Y haciéndoles muy próspero tiempo comenzaron a caminar por el espacioso mar no llevando otro camino sino donde la fortuna quisiese guiarlos.

CAPÍTULO II-III

CÓMO YENDO OLIVANTE Y EL INFANTE ALIAZAR POR LA MAR APORTARON A LA ISLA DE LA VENTURA, Y DE LO QUE EN ÉSTA LES SUCEDIÓ CON EL FUERTE BRANDARQUE

DE la manera que habéis oído salieron del castillo de Arlistar aquel bienaventurado y esforzado caballero Olivante con su buen compañero y amigo el infante Aliazar, yendo los dos tan contentos cada uno de la compañía del otro como aquellos que sin ningún engaño habían confirmado la amistad que se habían prometido, y esperaban a ver dónde la ventura quisiese guiarlos, porque bien pensaban que no sin mucha causa hubiesen hallado tal guía para su camino. Pues desta manera caminaron siete días con muy próspero tiempo, yendo tan bien servidos como si en tierra estuvieran, porque los salvajes iban de todo proveídos de lo que para la mar era necesario. Y el postrero día en la tarde vieron tierra, de que mucho placer sintieron, y más viendo que los salvajes guiaban hacia ella, y como cerca llegaron, parecieron muy deleitosa, llena de muchas florestas y arboleda. Y llegando la barca a la orilla sin detenerse, los caballeros saltaron fuera del agua, y los escuderos, sacando los caballos, hicieron lo mismo. Y así como hubieron salido, los salvajes se metieron con el barco en la mar con tanta priesa que en poco tiempo se desaparecieron de su vista, y Olivante viendo lo que hacían, entendió bien que en aquella parte les convenía andar algún tiempo.

Y echando juicios en qué tierra pudiesen estar, se metieron por un angosto camino que a una floresta guiaba, por el cual anduvieron todo aquel día y parte de la noche sin poder hallar persona ni poblado donde pudiesen saber nuevas de lo que querían. Y hallando un arroyo de muy clara y dulce agua que por un valle abajo corría, apeados de los caballos refrescaron en él y comieron de lo que los escuderos llevaban, y habiendo gana de reposar, apartáronse poco trecho el uno del otro y se recostaron sobre la verde yerba, aunque el verdadero reposo para sus

corazones eran los pensamientos en que ocupaban sus juicios, cada uno viéndose apartado de donde jamás sus memorias se apartaban, y así pasaron la mayor parte de la noche, hasta que cerca de la mañana se adurmieron.

Y llegando a esta sazón dos caballeros que sabiendo aquel arroyo venían allí asimismo a refrescarse, viendo los caballeros y escuderos que muy fuertemente dormían, se apartaron un poco dellos, y topando con los caballos, que paciendo andaban, fueron muy maravillados de la hermosura y estraña labor del caballo de Olivante, y pareciéndoles que en su vida otro semejante jamás hubiesen visto, les tomó mucha codicia de hurtarlo, y como ambos fuesen malos, muy presto fueron en esta maldad de un acuerdo. Y habiéndoles parecido los caballeros tales que con ellos no les convenía tener contienda, y por que después de despiertos no pudiesen alcanzarlos, echando la silla y el freno al buen caballo tirsiano, sacando las espadas, mataron los otros tres caballos. Y esto hecho, continuando su mal propósito, lo más escondidamente que pudieron sin ser sentidos se metieron por lo más espeso de la floresta.

Olivante, como fue el día claro despertó, y Aliazar lo mismo; y queriendo partir de allí, mandaron a los escuderos aderezar los caballos; los cuales yendo donde los habían dejado y no hallando el caballo de Olivante, y los otros muertos, no sabían qué decirse de tal aventura. Y volviendo a decirles lo que pasaba, Olivante, aunque muy gran paciencia en los casos adversos solía ser la suya, la ira le enseñoreó de tal manera viendo su buen caballo de las coronas perdido, que si del mundo fuera señor, lo diera por poderse vengar de quien tan gran pesar le había hecho. Mas no pudiendo hacer otra cosa, tomaron el camino por donde el rastro de los caballos les pareció que fuese, el cual perdieron luego con la mucha espesura de la floresta. Y caminando hasta medio día, aunque muy poco, porque el gran calor con el peso de las armas los impedía, salieron a un espacioso y florido campo, en el cual algunos caminos para diversas partes se hacían. Y estando pensando por cuál les sería mejor seguir, no muy lejos de sí por el uno dellos una gran compañía de caballeros vieron venir armados de resplandecientes y ricas armas, de que no poco alegres fueron, por informarse de lo que tanto deseaban. Y como un escudero delante de todos ellos muy gran trecho viniese, Olivante, llegándose a él, le dijo:

—Buen escudero, así Dios os haga dichoso en las cosas que deseáis, que nos digáis qué compañía es esta que aquí viene y qué tierra es esta donde estamos, porque por muy grande aventura somos llegados a ella sin saber ninguna cosa de lo que os he preguntado.

El escudero, aunque los viese que estaban a pie, juzgando por la riqueza y estraña labor de las armas haber merecimiento en sus personas, parando el palafrén le respondió:

—Buenos señores, la tierra donde estáis es la isla que llaman de la Ventura, una de las más bien pobladas y ricas islas, aunque pequeña, que hay en el mundo. Llámase así porque en ella hay una casa, que llaman de la Fortuna, la cual hizo una sabia mujer que fue señora desta isla. Y porque della no quedaba sucesor ni heredero que después de sus días pudiese gozarla, mandó, estando en el último término de su vida, que fuese gobernada por dos elegidos, cada uno con ciertas condiciones que en ella dejó, los cuales administrasen la justicia y en el tiempo que

les durase el cargo fuesen obedecidos como señores, tomando primero dellos seguridad que, viniendo caballero tan bienaventurado que en cualquier tiempo pudiese conquistar las guardas que en la Casa de la Fortuna dejó y entrar dentro a ver los secretos y cosas maravillosas della, le dejasen luego el señorío, para que la isla de la Ventura, pues tan gran ventura pudo haber, quedase por suya. Mas bien ha trecientos años que todos los que en ella se han probado no han hecho ninguna cosa, perdiendo muchos las vidas y otros quedando tan maltrechos que ya no hay ninguno que en ella quiera probarse, teniendo por cierto el peligro de la vida. Mas agora habrá un mes que a la corte del rey de Hungría ha llegado un caballero que, apartada dél la gran soberbia que tiene, yo no creo que otro que le pueda igualar en bondad de armas pueda haber en el mundo; y esto puedo juzgar por las grandes proezas y altas caballerías que en el reino de Hungría ha hecho. Y como el rey estuviese muy pagado dél, y él muy soberbio de ver lo mucho en que de todos era estimado, oyendo decir desta isla de la Ventura y de las grandes cosas que en ella había, pareciéndole que no estaba en más conquistarla de venir él a ella, tanta fue su importunidad y ruegos, que el rey por hacerle placer se quiso hallar presente, teniendo por cierto que éste daría cima a lo que tanto tiempo a tantos se ha defendido. Y embarcándose en una gruesa nave con muchos buenos caballeros y altos hombres de su reino, ha dos días que llegamos a ella, los cuales han estado descansando en una villa que está cabe el puerto donde desembarcaron; y hoy saliendo della, se han puesto en camino para la Casa de la Fortuna, que, según nos dicen, está muy cerca de aquí. Y todos van con mucho deseo de ver las grandes y maravillosas cosas que de aquella casa se cuentan, y asimismo de ver probar en ella al fuerte Brandarque, que así ha nombre este caballero, para ver si conformará el hecho con las palabras, porque con su soberbia no lo estima en más que vencer al más bajo caballero del mundo. Y esta es la razón que sé daros de lo que me habéis preguntado, y si otra cosa queréis de mí, siendo a mí posible, lo haré con toda voluntad.

—Dios os lo agradezca —respondió Olivante—, y así haremos nosotros en lo que de nuestras personas hubiéredes menester, que habemos sabido de lo que deseábamos.

El escudero, batiendo las piernas al palafrén y saludándolos cortésmente, pasó adelante. Y a esta hora el rey de Hungría con aquella muy hermosa y rica compañía se venían acercando hacia donde ellos estaban, que claramente los unos a los otros podían verse, y como los caballeros que delante del rey venían viesan la riqueza y estrañas labores de las armas de los dos caballeros, fueron muy maravillados, y más de verlos estar a pie; y si el rey no viniera cerca, muchos estaban con deseo de preguntarles de su ventura. Al rey le pareció maravillosamente su buena disposición y manera, y venía hablando con el fuerte Brandarque en que los caballeros parecían de alta guisa y de gran hecho de armas, y que no debían de ser de aquella tierra, según en ellos parecía.

El fuerte Brandarque, no habiendo olvidado las mañas de su infernal soberbia, pareciéndole ser desprecio suyo que en su presencia nadie fuese loado, le dijo:

—Nunca la bondad ni esfuerzo debe ser juzgada por el parecer de los hombres, porque las más veces se engañan, que parece muy al contrario en la experiencia, como agora vuestra soberana grandeza podrá ver.

Y diciendo esto se llegó donde Olivante y el infante estaban, diciendo:

—¿Dó, buenos caballeros, sois? ¿Quizá desta tierra? O ¿qué ventura os ha traído a ella?; que, según parece, con el poco peso que traéis encima y los caballos holgados,¹⁵⁶ poco podréis sentir la gran siesta¹⁵⁷ que hace. Bien parece que la fortuna es señora desta tierra, que con los que poco pueden podrá hacer lo que quisiere, mas yo, como aquel que poco la teme, quiero hacer con vosotros una cosa contra su voluntad, que si me quisiéredes dar las armas que de tanto trabajo y fatiga os son causa, os haré dar sendos caballos en que vais más a vuestro placer, y aun esto con condición que por vosotros me sea agradecido.

Olivante, de ver el desprecio y escarnio con que Brandarque les hablaba inflamado en ira, le respondió:

—Buen caballero, más os agradeciéramos que dejádes de ser soberbio y de decir las locuras que habéis dicho, porque ni nosotros somos tales que esperemos de ser remediados por vos de nuestra necesidad, ni tampoco que consintamos que con vuestras soberbias y sandias razones nos denostéis. Y si otra cosa no tenéis más que nos preguntar, seguid vuestro camino, porque de nosotros no sabréis otra respuesta, pues que vuestra intención no la merece.

Al rey y a todos los caballeros que parados estaban a estas razones en torno de los caballeros les pareció muy bien lo que Olivante había respondido. Mas el fuerte Brandarque viendo la poca estima que dél había hecho, quedando espantado de la presunción con que había hablado, le dijo:

—Bien parece que no sabéis a quién tenéis delante de vosotros, porque otro acatamiento hubiérad es hecho al rey que delante tenéis por su merecimiento, y a mí por lo que todos los caballeros que armas traen me deben. Mas si a poquedad no me fuera contado de poner mis manos en vosotros viniendo a pie y cansados, yo os diera el castigo que merecíades, para que conociérad es cómo han de hablar los viles caballeros como vosotros delante del fuerte Brandarque.

—Si voluntad tienes —respondió Olivante— de saber si tendrás tan ligero de lo hacer como de lo decir, o te apea de tu caballo o me manda dar otro, porque yo te haré conocer que tú eres vil caballero y que en nosotros no cabe el nombre que a ti y a los de tu condición solamente conviene. Y si con la ventaja que tienes quisieres acometerme, para que más claramente conozcas el poder que tengo de quebrantar tus infernales costumbres, digo que seré contento de aceptar la batalla. Por tanto, te aparea, que en ninguna manera della podrás escusarte.

—Presto te arrepentirás —respondió Brandarque— de lo que yo por lástima dejaré de esecutar en venganza, aunque poca de lo que por lo primero merecíades. Mas, pues que así lo has querido, no quiero la ventaja que me ofreces, mas dándoos caballos a entrambos, hacer con ambos juntos la batalla, pues que un golpe de

¹⁵⁶ Desocupados.

¹⁵⁷ Las horas más calurosas del día.

lanza y otro de espada bastarán a deshacer lo poco que contra mí ambos juntamente hacer podéis.

—Lo que yo solo haré te parecerá mucho —respondió Olivante—. Y por que no gastemos el tiempo en razones, mándame dar un caballo, que desde me hubieres vencido este caballero hará lo que mejor le pareciere.

Al rey, que vio lo que pasaba y que la batalla por ninguna vía podía escusarse, habiéndole estrañamente parecido bien la buena manera y razones de Olivante, le mandó dar un muy buen caballo y muy bien aderezado, en el cual Olivante ligeramente saltó, y tan bien se puso, que a todos dio mucho contentamiento, y juzgaban que Brandarque tenía necesidad de mostrar su bondad y esfuerzo para sobrarle¹⁵⁸ en aquella batalla. Y apartándose el uno del otro el trecho que les pareció que era necesario y volviendo los caballos con tanta furia que la tierra hacían temblar, cubiertos de los escudos y las lanzas bajas se vinieron a encontrar de tan fuertes y pesados encuentros que las lanzas fueron hechas en muy menudos pedazos, subiendo las rajas dellas por el aire tan altas que los que las miraban las perdieron de vista, quedando los escudos y las lorigas falsados y Brandarque con una gran herida en los pechos. Y topándose de los cuerpos, de los escudos y yelmos con muy poderosa fuerza, como si dos grandes torres se hubieran juntado, Brandarque con su caballo vinieron a tierra, quedándole la una pierna debajo sin poderse levantar. El caballo de Olivante hubo una espalda¹⁵⁹ sacada, por lo cual le convino apearse, y viendo a Brandarque aún la pierna debajo el caballo, se llegó a él, y ayudándole a levantar, le dijo:

—Brandarque, mayor bien te puedo yo agora hacer contra tu fortuna que el que agora poco ha, despreciándonos tú, a mí y a ella nos prometías. Mas por que del todo vengas en conocimiento del engaño que de tu soberbia presunción recibías, no solamente quiero que juzgues poder ser vencido de la fortuna, debajo de cuya mano todos estamos, pues a ella podrás atribuir tu caída, mas de mí, que con ninguna ventaja, pudiendo hacerlo, no quiero acometerte.

Brandarque, no curando de responder a las razones de Olivante por la poca razón que para ello tenía, sacando la espada y embrazando el escudo se fue contra él; el cual, no le falleciendo punto de la virtud que en su esforzado y valeroso corazón reinaba, le salió a recibir, y los dos se comenzaron a herir de tan ásperos y poderosos golpes, que en la fortaleza dellos mostraban la fuerza de sus fuertes brazos y la furia y braveza de sus corazones, con la voluntad que cada uno de haber la victoria de aquella batalla tenía. Mas el fuerte Brandarque, como de la caída estuviese muy quebrantado y de la herida de los pechos le saliese mucha sangre en abundancia, con menos soberbia que al principio de la batalla se tiró afuera por descansar. Y Olivante, aunque menester no le hacía, se apartó asimismo, teniendo al rey y a todos los caballeros maravillados tanto de su sobrada virtud cuanto del grande esfuerzo y fortaleza que contra tan bravo caballero como Brandarque había mostrado, conociendo claramente que había poca duda en la victoria, según la ventaja que en él se conocía tenerle.

¹⁵⁸ Superarle. excederle.

¹⁵⁹ Espátula, hombro.

Pues como hubieron un poco reposado, queriendo Brandarque mover de donde estaba contra Olivante, tanta sangre se le había salido, que con mucha flaqueza, no le pudiendo valer su esfuerzo, a los dos pasos primeros cayó tendido en el suelo con un desmayo como si verdaderamente muerto fuera. Lo cual visto por Olivante, pensando que la vida le hubiese dejado, le desenlazó el yelmo, y quitándoselo de la cabeza, estuvo un poco esperando que volviese en su acuerdo. Lo cual visto por el rey, teniendo temor que Olivante acabase de matarlo, se llegó a él rogándole que no lo hiciese, y que él como juez se lo otorgaba por vencido.

Olivante se quitó afuera, y hincando los hinojos delante del rey, le dijo:

—Poderoso y soberano rey y señor, la vuestra virtud y grandeza perdone el yerro que contra mi voluntad contra vos he cometido, pues me salvo haciendo la obligación que todos los caballeros a nosotros y a nuestra honra somos obligados, dando a entender al contrario de lo que en perjuicio de nuestras honras se dijere y hiciere.

—Buen caballero —respondió el rey—, vos habéis hecho lo que debíades, dando a entender la mucha virtud y bondad que en vos hay. Y pues este caballero procuró su daño, ninguno le tiene la culpa; mas por venir en mi compañía yo quiero hacer lo que soy obligado, procurándole la vida que tan en el fin parece tener.

Y acabando de decir esto lo mandó tomar en los hombros a algunos hombres de pie y enviándolo a la villa donde habían salido, y con él los maestros que consigo había traído, encargándoles que curasen dél con toda diligencia.

CAPÍTULO II-III

CÓMO OLIVANTE, LLAMADO EL CABALLERO DEL CORAZÓN PARTIDO, EN COMPAÑÍA DEL REY DE HUNGRÍA Y DEL INFANTE ALIAZAR LLEGÓ A LA CASA DE LA FORTUNA

TAN grande fue el alegría del infante Aliazar de ver la victoria de su compañero cuanto el espanto de todos los caballeros que con el rey venían viendo un tan valiente y esforzado caballero como el fuerte Brandarque tan presto vencido, estimándolo por tan glorioso hecho, que a ninguno dejó de caberle mucha parte de envidia, deseando que por ellos hubiese pasado para acrecentar en sus famas la fama que dello a Olivante se le recrecía.

El rey estaba tan contento de la buena crianza y comedimiento de los caballeros como de lo que les había visto hacer. Y no queriendo volver atrás del viaje que llevaba, pues que ya estaba tan cerca del fin dél, aunque de otra cosa no aprovechase que de dar señales de una casa que tan nombrada y tan maravillosa era en el mundo, acordó de pasar adelante; y por saber la voluntad de los caballeros extranjeros, les dijo qué querían hacer, porque aquella era su determinación. Olivante, que ya otra cosa no deseaba más en su voluntad que

verse en la prueba de aquella estraña y maravillosa aventura, le respondió que ellos asimismo tenían mucho deseo de ver aquella casa, y que si su grandeza era servido que ellos le acompañasen en aquel camino, le harían con toda voluntad todo el servicio que en su poder fuese.

El rey les dio las gracias, y aceptando su ofrecimiento, les mandó dar muy buenos caballos, y asimismo palafrenes para los escuderos. Y continuando el camino que llevaban, tornaron a entrar por otra floresta mucho más espesa que la primera, por la cual caminaron bien dos leguas, yéndose cada vez tanto más espesando que con mucha dificultad los caballos podían pasar adelante. Mas ya que gran rato por esta espesura hubieron caminado, hallando los árboles tan crecidos que cubiertos de las ramas apenas ninguna parte del cielo dejaba ser vista, se hallaron sobre un valle tan hondo que casi parecía llegar a los abismos. Y tendiendo todos ellos por él la vista, vieron en medio dél una peña de todo el valle en derredor igualmente cercada, de tanta altura, que con la de donde ellos entonces estaban igualaba, en cuya cumbre la Casa de la Fortuna en un espacioso llano estaba asentada, y aunque lejos, la maravillosa manera y estraño artificio de su asiento se podía juzgar por una de las cosas más dignas de ver de todo el mundo.

Y, no poco maravillados, mucho más y con grande espanto lo fueron de ver la dificultad de la descendida a lo bajo, porque acabándose allí el camino, no parecía otra cosa que muy grandes y encumbradas peñas y muy espantosos despeñaderos y riscos, y por cualquiera otra parte muy más dificultosos de descender que por aquélla donde estaban. Así que, juzgando el poder llegar a la casa por imposible, así el rey como todos los que allí estaban determinaban de volverse, pues que otro remedio para ello no hallaban. Mas el generoso y esforzado ánimo de Olivante, pareciéndole que la gloria en semejantes peligros se alcanzaba y la fama no con menores trabajos se adquiría, queriendo tentar lo que la ventura en aquel caso le tuviese guardado y apeándose del caballo, con el yelmo puesto y el escudo echado a las espaldas, sin que el rey le pudiese estorbar rogándole que a tan manifiesto peligro no se pusiese, se comenzó a asir de las ramas de los árboles, que muchos y muy espesos eran, descendiendo sin ningún temor, como si por un camino muy llano fuera.

El infante Aliazar que muy esforzado caballero era y el amor que a Olivante tenía le puso osadía para no desampararlo en tan manifiesto peligro como aquel en que iba, haciendo lo mismo que él había hecho le comenzó a seguir, asiéndose por los mismos árboles que Olivante iba. Pues Darisio, en quien nunca punto de fidelidad había faltado, no le sufriendo su corazón otra cosa, asimismo se dejó ir por el mismo camino, queriendo antes recibir la muerte donde Olivante tuviese peligro de la vida, que, viéndole muerto, quedar él con ella en este mundo. Y como fuese sin armas, con más ligereza en poco espacio anduvo tanto que pasando al infante Aliazar llegó adonde Olivante iba; el cual sintiéndolo venir por entre los árboles, pensando que alguna fiera de las que en aquel deshabitado monte podían criarse sería, le esperó con el esforzado corazón que para todos los peligros tenía. Mas después de visto, volviéndosele su alteración en sobrada alegría, le dijo:

—¡Oh mi fiel y verdadero amigo, cuánta holganza has dado a mi corazón! Porque, según el estraño lugar donde estamos y la poca esperanza de mi poca

bondad para salir con el fin de tan estraña aventura me hacía desear compañía que de mi muerte diese testimonio, y más aquella en cuyo servicio pienso recibirla, pues que siendo cierto que ella de mi voluntad será certificada, será la espantosa muerte la más gloriosa vida que en este mundo vivir pudiera, pues lo que por una parte me concede la esperanza de soberana virtud, me niega la de su tan alto merecimiento para con la bajeza de un tan pobre caballero como yo soy si desease la dar. Pésame¹⁶⁰ que por mi causa te vengas a poner en tanto trabajo, y después de mi muerte en peligro; que mientras a mí la vida me acompañare seguro podrás estar; que antes la perdería mil veces, si tantas fuese posible, que a ti el menor daño del mundo en la tuya pudiese recrecerte.

—Mi señor —respondió Darisio—, yo estoy tan lejos del pensamiento de vuestra muerte, que muy poca necesidad teníades en esta parte de mí ni de mi venida; mas con parecerme que en mi fidelidad pudiera ponerse sospecha si en este camino de tan gloriosa fama yo os desamparara, me atreví a venir, porque debajo de vuestro grande esfuerzo y buena ventura yo me tengo por tan seguro como en cualquiera otra parte que me quedara. Vuestro buen amigo el infante Aliazar ha hecho lo mismo que yo, que este que entre estos árboles suena es.

A este tiempo el infante Aliazar llegó donde los dos estaban, y Olivante lo preciò mucho en su corazón, pareciéndole que su amistad y amor eran verdaderos, pues que a tal tiempo lo mostraba; aunque bien quisiera hallarse en la prueba de aquella aventura solo, para que a él solo la gloria de tan notable hecho pudiera atribuirse; mas no lo dando a entender, recibíendose con palabras de mucho amor, comenzaron a descender, hallando a veces tan altos y crecidos peñascos, los riscos tan grandes y tan derechos, sin señal ni manera de camino ni senda, que muchas veces les parecía, según la mucha distancia y grandes embarazos del camino, poder llegar a lo bajo de aquel valle ser imposible, poniéndose a muy gran aventura en muchos pasos, queriendo antes recibir la muerte en la porfía que, tornándose, poder ser juzgados por cobardes.

Y desta manera anduvieron las dos partes del camino, hasta que la noche les tomó cerca de una fuente que debajo de una muy encumbrada roca salía, la cual tenía un poco campo al derredor de sí. Así que, convidándoles el lugar, y con la noche no se sufriendo tornar a proseguir el camino, se quedaron allí refrescándose con el agua y comiendo de algunas frutas que muchos árboles en grande abundancia tenían. Pues así como la escuridad de la noche sobrevino y la claridad del sol con el interponimiento de la tierra dio lugar a que la luz, que con la mayor que dél salía estaba privada y oculta, de la riqueza de la Casa de la Fortuna se manifestase, estaban maravillados, así los caballeros que abajo estaban como el rey y todos los que con él arriba quedaron, de ver tan estrañas maravillas como era ser la casa toda labrada de diamantes, rubíes, esmeraldas, jacintos, carbunclos, topacios y otras infinitas maneras de piedras preciosas, que de sí tan gran claridad y resplandor despedían, que así todo el valle estaba claro y podía verse como si en la mitad del día estuvieran. Y la manera de la casa, con estar la claridad en sí misma, muy mejor que con la del sol se manifestaba sobre aquella alta y ensalzada

¹⁶⁰ Orig.: ‘da: pesame’ (103r).

roca. Como dijimos, su sitio era redondo y grande, con seis esquinas igualmente apartadas, y en cada esquina una torre muy alta, en las cuales así la labor como las piedras eran de mayor excelencia que las del otro muro, el cual estaba torreado de unas almenas muy bien labradas, y en medio del sitio una torre más alta que ninguna de las otras, y asimismo de muy más estraña labor y riqueza, y las piedras más resplandecientes. La cobertura de la torre, que en un círculo triangulado se hacía, era todo hecho solamente de carbunclos, los cuales así resplandecían como si muchas hachas allí encendidas estuvieran.

Muy gran parte de la noche estuvieron mirando y contemplando la maravillosa manera de aquel estraño edificio, hasta que el cansacio del día les hizo que, vencidos del sueño, sobre los escudos se recostaron; mas, salteados de los acostumbrados pensamientos y de muchas fieras que a beber en la fuente venían, les fue forzado dormir muy poco, hasta que, venida la mañana, tornando a descender todos tres juntos con muy crecido trabajo y peligro, con muy gran dificultad pudieron llegar a lo bajo. Y ya que allí estuvieron, dando gracias a Nuestro Señor que a su salvo los hubiese traído, se sentaron por descansar, donde habiendo comido algún poco de lo que Darisio traía para poder sufrir el trabajo que adelante esperaban, comenzaron a caminar hacia la roca, que al parecer bien media legua de camino de todas partes del valle tenía de distancia.

Y como después de haberse dado toda la prisa que pudieron en caminar tan cerca hubieron llegado que todo lo que en ella había podía ser por ellos visto, no poco maravillados de ver la estraña manera della fueron; porque era hecha de seis esquinas desde lo alto a lo bajo de altura de casi dos leguas, las cuales salían de las seis torres que arriba dijimos, y la peña tan llana por todas partes, que por ninguna poderla subir parecía posible. Mas andándola toda al derredor, que poco menos de una legua tenía en circuitu, a la una parte della hallaron una escalera que labrada en la misma peña, con unos escalones tan angostos cuanto un hombre pudiese subir, llegaba hasta arriba tan derecha que, aunque otra dificultad no hubiera, esta era para poner temor en cualquier corazón por valeroso que fuera. En la entrada de la escalera estaban dos fieros jayanes armados de todas armas, con dos arcos en las manos y unas grandes flechas puestas en ellos, tan espantables que con sola su vista ponían temor a los que las miraban. Delante la escalera, cuanto un tiro de piedra, estaba hecho un cerco redondo de una piedra cristalina muy bien obrado, y debajo dél una columna de jaspe hincada de altura de un estado. Encima tenía otra piedra redonda de fino rubí, hecha a manera de un escudo, con una letras latinas muy bien hechas; las cuales, llegando a leerlas, vieron que decían desta manera:

De soberana virtud será el esfuerzo que para probar la entrada desta temerosa aventura bastare. Mas aquel cuyas fuerzas y fortaleza sobrepujaren las de la primera guarda, si el ánimo no le falleciere en las temerosas y espantables que en el camino hallare, en premio de su gran virtud y poder podrá ver las grandes y maravillosas cosas de los secretos de la Fortuna que la gran sabidora Leocasta en esta casa con su saber dejó encerrados, y allende desto, el señorío desta

hermosa isla de la Aventura le será dado, que de tantos años para el tan bienaventurado caballero se guardó.

Así como hubieron entendido y leído las letras, porque Olivante, que muy bien sabía la lengua, las declaró al infante Aliazar, vieron venir por el valle abajo, que ya salían a lo llano, gran compañía de caballeros, que como cerca llegaron, conocieron ser el rey y los que con él habían quedado; porque así como Olivante y el infante Aliazar se habían despartido llegaron allí los dos gobernadores de la isla, los cuales así de la venida del rey como de la batalla de Olivante y del fuerte Brandarque estaban certificados, y sabiendo cómo Olivante se había abajado con intención de probarse en la aventura, rogaron al rey que se quisiese hallar presente a ello, porque ellos sabían los pasos para descender al valle, que sin peligro ninguno podrían hacerlo. El rey, que no menos en¹⁶¹ voluntad que ellos lo tenía, lo aceptó luego, y desta manera iban todos juntos, que llegando donde los caballeros estaban, los unos y los otros se saludaron con muy corteses razones, y todos juntos se tornaron a leer las letras que en el padrón estaban escritas.

Y estándolas Olivante declarando a algunos caballeros que no las entendían, el infante Aliazar, deseando alcanzar parte de la fama que de la prueba de tan estraña aventura se prometía, sin decir ninguna cosa, con un esforzado y valeroso ánimo se dejó ir para la escalera muy bien aparejado de sus armas. Mas ya que tan cerca llegó que las dos partes del camino desde el arco a la escalera había andado, los jayanes, soltando las flechas que en los arcos tenían, juntamente le dieron en medio del escudo, y falsándolo entrambas, la una le pasó debajo el brazo y la otra le hirió, aunque muy poco, encima del hombro. Mas Aliazar no perdiendo por eso el tino, viendo que los jayanes tornaban a poner otras dos flechas, arremetió a ellos con tanta ligereza que, no les dando lugar a ello, les convino echar mano a dos muy grandes y descompasados alfanjes, y embrazando dos grandes escudos de acero que tenían, le esperaron. El cual no recelando ninguna cosa ni poniéndole temor el peligro en que se veía, puso los pies en el primer escalón llevando el escudo encima de la cabeza; mas a este tiempo los dos jayanes descargaron sobre él dos tan desmesurados golpes que, echándole cuanto del escudo alcanzaron a tierra, descendiendo los golpes al yelmo, fueron tan cargados que, aunque por la gran fortaleza dél fue defendido de muerte, le convino desatinado venir a tierra, dando consigo un gran golpe del escalón abajo, que el rey y Olivante y todos los que lo vieron pensaron que fuese muerto viendo que ninguna cosa se bullía. Y Olivante, saltándole las lágrimas de los ojos, creciéndole el esfuerzo con la ira y braveza que tomó de ver allí a su buen amigo en tal punto, sin esperar otra cosa, muy bien aparejado de sus armas se fue hacia la escalera, y llegando donde Aliazar estaba, los jayanes, que ya otras sendas flechas tenían en los arcos, le tiraron con ellas; mas él se supo tan bien guardar, que, no le acertando más de la una, no le hizo otro mal que falsarle el escudo. Y hallándose tan cerca del infante Aliazar que antes que los jayanes pudiesen tornar a armar los arcos lo pudo librar, pasando la espada a la mano siniestra y abrazándolo con el brazo derecho lo sacó hasta donde el rey

¹⁶¹ Suplo 'en' (104r).

estaba, y allí quitándole el yelmo, no le hallaron otra herida sino la de la flecha, que de los grandes golpes estaba desacordado; mas después que el aire le hubo dado tornando en sí, recibieron todos infinito placer, y más su escudero, que grandes llantos por él había hecho pensando que fuese muerto.

CAPÍTULO II-V CÓMO OLIVANTE SE COMBATIÓ CONTRA LAS GUARDAS DE LA CASA DE LA FORTUNA

DESPUÉS que Olivante sacó al infante Aliazar, dejándolo ya vuelto en su acuerdo, sin detenerse ninguna cosa se tornó a entrar por el campo, pasando el arco donde el padrón estaba puesto. Y después que muy de corazón se hubo encomendado a Nuestro Señor, volviendo los pensamientos a la divina princesa Lucenda su señora, con grande humildad comenzó entre sí a decir:

—¡Ay soberana señora, remedio de todos mis trabajos, consuelo de mis tormentos, alegría en mis tribulaciones, contentamiento de mis tristezas! Dame favor en esta batalla, pues no por mí, sino por ti y como tuyo tengo el atrevimiento; porque si el esfuerzo de tu soberana virtud y hermosura no me viene y me ayuda, yo no basto para ninguna pequeña cosa. Ayúdame, señora, y no me desampares, pues que tu siervo en tiempo de tanta necesidad te llama.

Acabando de decir esto, sintiendo que el corazón figurado así le ardía como si en vivas¹⁶² llamas estuviera encendido, con una brava y fuerte osadía se dejó ir para los jayanes, los cuales le tornaron a tirar las flechas; mas Olivante, que con gran tiento iba guardándose dellas, las recibió entrambas en el escudo, que ningún mal más de falsarlo le hicieron; y arremetiendo con ellos, les comenzó a cargar de tan mortales y cargados golpes, que grande espanto les puso, porque jamás de caballero que aquella aventura probase tales los habían recibido. Los jayanes con las espadas sacadas y escudos embrazados poderosamente comenzaron a herir a Olivante; el cual sin temor ninguno de sus duros y fuertes golpes se metía contra ellos, hasta que con su ligereza pudo ganarles el tercero escalón, que era donde ellos estaban. Y allí, como de ambos lados los dos le hiriesen, viendo Olivante que tan a su voluntad no podía aprovecharse ni herirlos, puso sus fuerzas y esfuerzo para pasar adelante. Los jayanes por defendérselo se abrazaron con él, y Olivante por subir y desasirse dellos puso tanta fuerza, que con la porfía dél y dellos todos tres cayeron de la escalera, dando tan gran golpe en el campo, que no parecía sino que toda la roca se hubiese caído. Olivante, aunque algún tanto fue atordido del golpe, se levantó con muy gran presteza, y como uno de los jayanes se levantase, viendo que allí el buen comedimiento le podría hacer daño, por ser ellos dos, le dio tan gran golpe encima del yelmo, que, quebrándole los lazos se lo hizo saltar de la cabeza, quedando muy mortalmente herido.

¹⁶² Orig. 'vnas' (104v).

A este golpe, de en medio de la roca vieron salir por una boca de una cueva que en medio de la escalera se hacía un tan espantable y disforme grifo, que más cosa infernal parecía que de la tierra. La disformidad y grandeza de sus alas y el ímpetu con que las movía todo el valle henchían de gran viento, y la fealdad de su cuerpo y la braveza y furia con que venía en cualquier esfuerzo pusieran gran miedo. Olivante, cubriéndose de lo poco que del escudo del corazón partido le había quedado, viéndole venir le esperó sin ningún temor; mas el grifo, sin acometerle, se puso encima de los jayanes, batiendo las alas con tanta fortaleza, que el rey y todos los que con él estaban, no pudiendo sufrir el ímpetu del aire, les convino apartarse, y Olivante con gran pena podía sostenerse. El grifo, bajándose hasta el suelo, tomando los jayanes, el uno con el pico y el otro con las uñas, se levantó con ellos con tanta ligereza como si ninguna cosa llevara, y tornándose a la boca de la cueva donde había salido, los dejó mudados de la primera figura en dos espantables y feroces basiliscos.

Mas Olivante, como ya tuviese cierto que aquellos peligros y otros mayores le estaban aparejados, no desmayando por eso su fuerte y bravo corazón, sin detenimiento subió por la escalera muy gran trecho hasta llegar donde los basiliscos estaban; los cuales viéndolo venir, puestos en la puerta de la cueva le comenzaron a defender la entrada dándole muy grandes y duros golpes con las colas y mostrando las bocas abiertas con sus crueles dientes. Mas Olivante hiriéndolos con su espada, con tanta maña los ofendía y con tanta ligereza se guardaba, que en poco espacio los trata a su voluntad sin haber recibido dellos herida ninguna, aunque las carnes de los duros golpes estaban en algunas partes magulladas. Mas no lo sintiendo con la braveza que tenía, allegando cerca del uno de los basiliscos, que a su salvo pudo hacerlo, le dio tan desapoderados golpes en el pescuezo que casi todo se lo cortó. A este tiempo el otro basilisco, sin esperar otra cosa, abrazando el que estaba herido por medio del cuerpo con la cola, que muy larga tenía, se fue con él arrastrando por la boca de la cueva dentro.

Olivante quedó muy cansado, mas dando gracias a Nuestro Señor que de aquellos peligros le había escapado, viendo que para tornar a la escalera que arriba iba era necesario entrar por la boca de la cueva, que muy oscura y temerosa era, haciendo la señal de la cruz se fue por ella adentro. Mas el grifo que los jayanes había subido, batiendo sus alas como al principio, con un arrebatado ímpetu y furiosa braveza salió de la cueva viniendo contra Olivante, el cual encomendándose de todo corazón a Nuestra Señora que le guardase, le aguardó muy bien aparejado de sus armas. Y el grifo levantándose en alto cuanto la cueva era alta, bajaba con tanta furia que sola la fortaleza del viento bastaba a derribar otro caballero por esforzado que fuera. Mas Olivante, que sin igual en el mundo era nacido, no perdiendo punto de su esfuerzo, sabía tan bien guardarse, que ninguna vez el grifo podía cogerle ni dejaba de ir en alguna parte herido. Y como muy gran rato hubiesen andado en esta peligrosa batalla, con tan grande estruendo que los de abajo lo oían tan claro como si cabe ellos estuvieran, el grifo, viéndose herido, no recelando del daño que Olivante le podía hacer bajó muy furioso hasta asirle con las uñas del escudo, por el cual, no se quebrando las abrazaduras, lo levantó en alto; mas Olivante no se olvidando de lo que debía hacer, le dio un tan

desapoderado golpe en las piernas, que, cortándoselas todas, ellas y él dieron un gran golpe en el suelo, de que mucho se sintió Olivante quebrantado.

Mas el grifo, con el gran dolor de la mortal herida que sintió, dio un tan temeroso y espantoso aullido que todo el valle hizo resonar; y tornándose a levantar antes que Olivante lo pudiese hacer, le tomó con el pico, y tornándolo a levantar en alto lo sacó hasta la puerta de la cueva, que el rey y los gobernadores de la isla pudieron bien verlo. Olivante, con mucho temor que el grifo le soltase y que cayendo abajo se haría pedazos, según la mucha altura, llamando en su corazón a Nuestra Señora le socorriese en aquel extremo peligro, con la espada que en la mano llevaba le comenzó a herir de manera que el poderoso grifo, con los golpes desatinado, se tornó cuanto tres pasos dentro de la cueva, y Olivante metiéndole entonces la punta de la espada por la barriga y acertándole en las entrañas, le hizo que le soltase; y dando otro semejante aullido que el primero, con la rabia de la muerte cayó revolcándose sobre Olivante, de lo cual, y de las caídas que había dado, estaba tan quebrantado que apenas del suelo podía levantarse. Mas con la alegría de ver al grifo muerto cobrando nuevas fuerzas, se puso en pie, y hallando aquel embarazo quitado delante de sí, tornó a seguir el camino de la cueva.

Y ya que algún tanto hubo andado por ella, que claridad por la boca entraba, halló una bóveda muy alta, labrada de rica y estraña manera. Era hecha de cuatro esquinas, en la cual estaban cuatro imágenes de doncellas hechas de metal con unas trompas doradas en las manos puestas en las bocas, y en medio de la bóveda estaba una columna que parecía de cristal muy trasparente, y encima della una imagen de mujer hecha de oro con un gesto de mucha autoridad; tenía en la una mano una llave y en la otra un rétulo de unas letras que decían:

Tú, que poderoso has sido de llegar contra la fuerza de mis fuerzas al lugar de mi habitación, toma la llave de mis secretos, porque sin ella te sería imposible la entrada; mas guarda que para guardarla el esfuerzo no te falte, pues te faltará la ventura de que hasta ahora has sido acompañado, para que, falleciendo tu vida, fallezca juntamente la esperanza de que ningún mortal pueda dar señal de lo que a ti te fuere encubierto.

Olivante habiendo leído y entendido las letras, con gran humildad se llegó a la imagen diciendo:

—Así como, señora, al vuestro gran saber no hubo persona igual en el mundo, sinrazón haríades que vuestra medida fuese menos para negarme lo que de nadie con tanta voluntad os será agradecido. Y pues en vuestra figura no consintiréis fuerza, por no poder yo hacerla siendo obligado a defender que a ninguna mujer del mundo se haga, sea la vuestra merced de darme esa llave para que yo pueda gozar de tanta gloria como en premio de los grandes trabajos desta aventura se espera y por aquella a quien vos representáis está prometido.

Así como Olivante acabó de decir esto, la imagen, como si las palabras que Olivante le dijo hubiera claramente entendido, abriendo la mano y tendiendo el brazo le dio la llave, la cual Olivante con infinito gozo y alegría tomó. Mas a esta

hora las cuatro imágenes de metal que en las esquinas estaban comenzaron a soplar las trompas que en las manos tenían, haciendo un tan horrible y sonoro son, que muy grande espanto era para quien lo oía. Y no cesando de su desacordada música, con un estruendo que cualquier sentido hicieran desacordarse, por las bocas de las trompas empezaron a echar tanta cantidad de llamas de fuego, que toda la bóveda tomaron, de manera que Olivante se tuvo por perdido, y verdaderamente con mucha razón, porque el fuego que le cercaba, pasándole el calor las armas, parecía quemarle las entrañas, tanto, que con gravísima pena pudo sostenerse de no perder la llave que la mano tenía. Y como a las espaldas de la imagen hubiese visto la escalera, que a manera de caracol tornaba a subir para arriba, con mucho tiento se fue acercando hacia ella, y como hubo puesto el pie en el primer escalón, así el son de las trompas como el fuego que dellas salía cesó en un instante, y Olivante quedó muy fatigado del gran tormento que del fuego había recibido, aunque todo lo diera por bien empleado si pensara que estaba en el fin de los trabajos peligrosos de aquella aventura. Mas a esta hora se le apareció el más peligroso, que un infernal y espantable monstruo, con las más disformes y feas figuras y la más espantosa y temerosa vista del mundo, se le puso delante haciendo abominables y infernales gestos y visajes, tornándose cada hora de mil maneras, así que verdaderamente se podía más llamar diablo salido del centro del infierno que cosa nacida en la tierra. No traía más armas de sus grandes brazos, con los cuales viniéndose asir con Olivante, le dijo:

—¿Que piensas tienes por acabado todo tu hecho? Espera, que la mayor parte te queda. No pienses tan a tu salvo llevar la llave de que tantos años yo he estado por guarda, de que no pienso dejarte llevarla tan en paz como tienes creído.

Olivante, según el cansancio que tenía habiendo menester más el reposo que la nueva batalla que se le aparejaba, por una parte fue muy espantado de parecerle que aquel que presente tenía era el diablo, teniendo por imposible con fuerzas humanas vencerlo, y por otra parte confiándose en llamar a Nuestra Señora, le esperó. Y el diabólico monstruo echándole los brazos encima, le asió tan fuertemente que Olivante no podía menearse a una parte ni a otra, y cada vez que le miraba le parecía haber tomado nueva forma, porque unas veces estaba como muy fiero dragón y otras como ponzoñosa serpiente, y algunas veces en figura de hombre; así que en sólo verlo no hubiera corazón humano que no desmayara. Mas aquel que por la mano de Dios para mayores afrentas estaba guardado, no enflaqueciendo por ello, con tantas fuerzas y maneras se mantenía, que el horrible monstruo jamás pudo sojuzgarlo. El cual teniéndolo así apretado consigo, le decía:

—Olivante, si quieres salir de aquí con la vida, cúplete dejarme la llave, que, si no, no te podrás valer de mis fuerzas sin que de la muerte te escapes. Por tanto, no quieras perderla por tan poca cosa como te pido.

Olivante estando firme, no le respondía ninguna cosa; antes procurando con todas sus fuerzas escabullirse, tanta fuerza pusieron el uno y el otro, que así abrazados tornaron a salir otra vez fuera de la cueva. Y Olivante, por que la llave no se le cayese de la mano, no osaba aprovecharse della, mas viéndose en aquel

peligro [...] ¹⁶³ más de encomendarse a muy grandes voces a Nuestra Señora. La cual no le desamparando en aquella necesidad, el monstruo con sólo oír su nombre así perdió el sentido, que Olivante a vista de los que abajo quedaron lo echó rodando por la escalera con tan gran estruendo y ruido que no parecía sino que todo el valle se hundiese; y cuando llegó al suelo fue con un tan grande estampido que ninguno de los caballeros que los estaban mirando, aunque de lejos, tuvo fuerzas para dejar de caer en el suelo. Y Olivante asimismo, de cansado, se sentó.

El grifo, que muerto estaba, tomándose a levantar del suelo así como de primero, sacando encima de las alas los basiliscos, a este tiempo bajando donde el muy espantable monstruo estaba y tomándolo con el pico, dando todos juntos tan espantosos baladros y terribles bramidos que el infierno parecía estar allí todo junto, se fueron por el aire, pasando por encima de las cumbres del valle hasta que todos los perdieron de vista.

Olivante, de que así los vio idos, tornó otra vez a entrar hasta la escalera del caracol, y no hallando embarazo se subió por ella arriba, todavía recelándose que tenía aún más peligros que pasar. Mas no le acaeció así, porque seguramente llegó por ella, aunque con demasiado trabajo, hasta salir a lo claro junto a la casa de arriba, hallando antes de llegar a la puerta doce escalones muy anchos hechos de piedra de cristal con muy ricas labores por ellos, y en cada uno dos figuras de doncellas a los lados, tan ricamente labradas y los gestos en tanta perfición, que propriamente parecían ser vivas. Tenían en las manos instrumentos de diversas maneras, con los cuales, así como Olivante llegó, comenzaron una tan dulce música que no parecían sino ser ángeles que para representar la celestial allí eran venidos.

Olivante sintiendo en oírla muy grande alivio de sus trabajos, se sentó así para oírlas como para descansar antes que abrir la puerta llegase. Y desde así estuvo sentado un rato, no apartando su pensamiento de la dulce contemplación que en su señora tenía, sintió ruido de gente que por la escalera donde él había subido subía; y pensando que aún más le quedase por hacer, se levantó en pie. Mas luego fue seguro deste sobresalto viendo venir al rey y a los gobernadores, que habiendo visto ir los temerosos animales y oyendo después la música que cuando llegó Olivante las doncellas habían hecho, teniendo de cierto la aventura por acabada subieron por la escalera hasta llegar donde Olivante estaba. El cual viendo al rey, hincando las rodillas en tierra le demandó las manos; mas el rey, levantándolo, con los brazos al cuello le dijo:

—Caballero del Corazón Partido, todos los que viven en el mundo, por vuestra gran bondad, os son deudores de lo que vos me pedís; ¹⁶⁴ y por vuestro merecimiento yo os tendré en la estima que es razón, pues es mayor por lo que hoy habéis hecho que de ningún rey por grande y poderoso que sea.

Olivante oyéndose loar, con mucha vergüenza rindió las gracias al rey por lo que decía. Y llegando el infante Aliazar, con mucho gozo y verdadero amor abrazando a Olivante, le dijo:

¹⁶³ Algo se extravió aquí (106v).

¹⁶⁴ Se entiende que Olivante se humilla ante el rey pidiéndole perdón de haber acometido la aventura.

—Mi buen señor, grande engaño era el mío pensando hurtaros la gloria que a vos solo, como solo merecedor de tan alta aventura, os estaba guardada; mas bien ha sido para que yo no quedase más engañado de pensar que fuera parte para lo que tan claro se mostró ser ninguna.

—Soberano príncipe —respondió Olivante—, si conforme al vuestro valor juzgara la fortuna, que en todas las cosas hace a su voluntad y no lo que debe, bien claro estaba que yo os he hurtado lo que por razón era vuestro; mas lo que yo creo es que por ser vuestro servidor se ha habido así piadosamente conmigo para que vos más gocéis en poder siempre mandar a quien para acabar esto tuvo poder.

A esta hora llegaron los gobernadores, los cuales hincando las rodillas ante Olivante, como a señor le demandaron las manos. Él abrazándolos los levantó del suelo. Y luego llegó Darisio, que con las cosas que hacía y decía de placer parecía estar fuera de sí. Y a él y a todos los otros, que más de veinte caballeros eran, habló y recibió Olivante de manera que todos estaban de su manera y crianza más contentos que de caballero que hubiesen visto en el mundo.

CAPÍTULO II-VI

CÓMO EL CABALLERO DEL CORAZÓN PARTIDO ENTRÓ EN LA CASA DE LA FORTUNA, Y DE LOS GRANDES SECRETOS Y COSAS MARAVILLOSAS QUE EN ELLA HABÍA

DESPUÉS que Olivante hubo recibido al rey Polidro¹⁶⁵ y al infante Aliazar y a todos los caballeros que con ellos venían, porque era ya tarde y la noche se venía acercando, quisieron probar luego la entrada para hallarse dentro. Y subiendo las doce gradas por entre aquellas veinte y cuatro doncellas, la suavidad y melodía de la música era tanta que les parecía entrar en el Paraíso Terrenal, y las trompas que algunas tañían, juntamente con el son echaban de sí tan odoríferas flores y rosas que encima de las cabezas les caían, que, si nunca se acabara, aquélla tuvieran por la más verdadera gloria que podía alcanzarse. Mas deseosos de ver el fin de aquella empresa, como hubieron acabado de subir las gradas, no porque la música se acabase, llegando a las puertas, que de un fino rubí eran hechas, y la cerradura de un hermoso diamante, tomando la llave Olivante las abrió muy fácilmente. Las cuales abiertas, no cosas humanas, mas celestiales se comenzaron a mostrar dentro, o como nuevo mundo en que ningún género de deleite, ninguna manera de pasatiempo, ninguna cosa que a los sentidos pudiese traer contentamiento faltaba. La noche se venía acercando, mas ninguna mengua la claridad y luz del resplandeciente sol allí hacía el resplandor que de las piedras preciosas salía. Hiriendo en algunas partes del muro, que de muy blanco cristal era hecho, así reverberaba que en el mediodía no pudiera todo más claramente ser visto que allí en la media noche.

¹⁶⁵ Orig.: ‘Ypolidro’ (107r), por única vez en el texto.

Comenzose a mostrar dentro de aquel muro un espacioso y florido campo, en el cual todos los géneros y diversidades de árboles y yerbas en que algún olor y virtud hay encubierta no faltaban; las frutas, todas las que son en el mundo, estaban en los árboles, sin jamás corromperse ni caerse dellos, entre los cuales había algunos que sus manzanas eran piedras de inestimable valor. En ellos estaban aposentados aves de diversas y estraña hechura y colores, las cuales algunas veces revolando por el sutil y templado aire que allí corría, haciendo con sus arpadas lenguas tan dulces cantos y sabrosa armonía, que ninguna música del mundo parecía que allí faltase. Los animales, así silvestres como los que en los pueblos se crían, bravos y mansos, andaban todos tan domésticos que de cualquiera dejaban tomarse; y finalmente, ninguna cosa pudo producir la naturaleza para contentamiento de los mortales que en aquel campo no se hallarse: era un mundo de deleites abreviado y donde la Fortuna, como repartidora de los bienes que Dios da en este mundo, escogió para su morada la mayor y mejor parte.

En medio de aquel deleitoso sitio estaba un trono hecho de seis esquinas, cada una dellas frontera de la torre que en el muro se hacía. Tenía veinte gradas en alto por cada parte, cuya riqueza y inestimable valor es imposible que ningún ingenio humano pueda bastar a contarle. Por todas ellas estaban infinito número de doncellas, que los poetas llaman ninfas, maravillosa y estremadamente aderezadas; las unas, con instrumentos que tañían, y las otras hacían danzas y bailes de mucho placer, y otras cantando tan suavemente que no había gozo en el mundo que con oírlas se comparase.

Encima de aquel trono estaba una silla de diversas piedras y colores, cuya riqueza era sin par ni lengua humana bastaba para decirlo, y encima della sentada la Fortuna en hábito de mujer, aunque en el cuerpo de grande estatura. Su majestad era tanta que los ojos de los que la miraban por una parte ponían contentamiento y por otra temor; el gesto grande, el cual algunas veces se mostraba risueño y alegre, y otras veces tan turbio y feroz que no había quien los ojos en ella pudiese tener firmes. Cuando se mostraba placentera, los ojos tenía grandes y la vista muy clara; cuando espantable, los sumía en sí misma, pareciendo no quedarle vista ninguna. Tenía debajo de sus pies dos doncellas, sobre cuyas cervices los afirmaba, con los vestidos muy pobres y rotos, mas los gestos de la mayor hermosura que nunca en el mundo fue vista; así resplandecían como los rayos del sol, y vertiendo por sus hermosas mejillas grande abundancia de lágrimas, con grandes quejas y suspiros estaban diciendo:

—Vosotros mortales, a quien los secretos naturales por vuestros merecimientos pudieron ser revelados, conoced el agravio que la Justicia y la Razón desta ciega Fortuna recibimos, la cual teniéndonos no sólo debajo de su mando, mas de continuo en esta prisión, no somos libres sino alguna vez por su voluntad. La razón que hay para que la justicia sea guardada, y la justicia para que la razón reine, aunque en el mundo muchas veces no se guarde, a lo menos es conocida; mas esta cruel ciega ni da los bienes por razón ni los quita por justicia. No tiene superior sino al inmenso Criador de todas las cosas, el cual teniéndola por fiel despendedora de sus riquezas, la deja repartirlas por su querer. Esta es su virtud: desagradecida, mentirosa, fermentida, engañosa, mudable, soberbia, desasosegada,

enojosa, burladora, cruel, traidora, antojadiza. Mirad cómo será bien repartido lo que por su mano fuere dado; que aunque algunas veces favorezca las personas a quien por la virtud lo debe, con la poca quietud y firmeza no pueden dejar de ser sospechosas de mayor caída cuanto mayor fuere la prosperidad, como en los que presentes de vosotros tenéis podéis muy bien ver.

A estas voces, otras dos doncellas que a los lados de la Fortuna estaban, aunque no acompañadas de hermosura ni buen parecer vestidas, de preciosos atavíos de púrpura, con sendas espadas en las manos amenazando la Justicia y la Razón, las hicieron callar. Tenían unos rétullos en los pechos que decían *Voluntad*, la una, y *Antojo*, la otra. Muy maravillados de ver el mal tratamiento que la Justicia y la Razón padecían, mirando más adelante vieron que la Fortuna tenía con las manos un eje de una rueda muy grande y redonda, cuya manera y hechura era incomprehensible a los que la miraban, cuanto más para darse a entender por palabras. La anchura della tomaba muy grande espacio; era de una piedra de diversas colores, al parecer muy deleznable. Ésta movía la Fortuna a las veces con mucho furor y otras muy espaciosamente, y algunas veces la sosegaba teniéndola algún rato firme. En derredor de aquella rueda estaban infinito número de gentes vestidos de diversos trajes y maneras, los más diferentes de los que entonces en el mundo se usaban. Todos ellos sin cesar ponían los pies, y algunos ligeramente subían sin embarazo ninguno por ella arriba, y otros estropezando y cayendo, aunque con mucho trabajo llegaban a la cumbre, y otros se quedaban en el medio; y tales había que, poniendo el un pie, antes que tocasen con el otro se caían; y algunos, aunque la Fortuna con su acostumbrada furia moviese la rueda, estaban siempre en un ser, sin bajar ni subir. Y lo que más a los que lo miraban hacía maravillar era ver que ningún embarazo los unos a los otros se daban; como si los cuerpos fueran fantástigos, así no ocupaban lugar en el ser, sino en sola la vista que los comprendía. Cada uno de todos ellos no mostraba más contentamiento ni tristeza en el gesto que en el que de la Fortuna al tiempo que los miraba hallaban. Entre ellos estaban gran número de mujeres que asimismo en diversa manera de hábitos y atavíos pasaban por la misma aventura que los hombres.

Todo esto, aunque era de noche, con el resplandor que ya dijimos se mostraba muy claramente, y todos los que con el rey y Olivante estaban mirando, les parecía estar fuera de sí y que aquello fuese sueño y visión, y no cosa que verdaderamente ellos viesan. Y estando con mucho deseo de saber qué gente eran aquéllos, volviendo las cabezas a un grande estruendo que detrás de sí sintieron, vieron que la Fortuna echaba con la mano una hermosa doncella con unas alas muy grandes y el cuerpo cubierto de pluma de diversas colores y muy resplandecientes. Volaba tan ligeramente que en un instante parecía tocar con la cabeza en el cielo y a la hora se bajaba a la tierra, y después volando en torno, parecía rodear con su velocidad todo el mundo, sin jamás perderse de vista por el gran resplandor que de su cuerpo salía, hasta que después que bien hubo mostrado a lo que bastaba su gran velocidad y poder, tornando a bajarse donde Olivante estaba, puesta entre él y el rey Polidro y el infante Aliazar, con un gesto muy alegre les comenzó a decir:

—Si de mí no tenéis conocimiento, no me maravillo, aunque mis obras bien claro os lo hayan mostrado, pues que ninguno de la Fortuna puede ser tan

ensalzado ni abatido que yo en sus obras no reciba mi parte para darla a los que della las reciben. Yo soy la Fama, por la cual los mortales en el tiempo que viven y después de muertos por largos siglos son conocidos. Estos que aquí veis, los más dellos son ya privados de vida, y tantos tiempos ha, que si por mí no fuese, serían así ellos como sus soberanos hechos ajenos de vuestra noticia y de todos los mortales. Mas, pues la Fortuna a ti, esclarecido caballero Olivante, más que a ninguno nacido en el mundo de trecientos años a esta parte ha querido favorecerte en quererte enseñar los secretos de sus operaciones en esta su principal habitación y como principal secretaria que soy suya, por su mandado te quiero servir en darte a conocer aquellos a quien sus obras y virtudes hicieron dignos de ser guardados por mí en todos los siglos para ser imitados y seguidos de los buenos, y algunos que, por el contrario, sus maldades fueron tales y tantas que, aunque por ellas mereciesen olvido perpetuo, es bien que se sepa el castigo que así de mano de la Fortuna como de la mía recibieron para ejemplo de los que mal en este siglo quisieron obrar. Y para que menos fatiga se os haga el vivir y conocimiento de lo que os digo, yo he señalado a todos con sus nombres en los pechos; y así en esto como en algunas palabras que dellos oiréis, sabréis lo que cuando yo vine sé que estábades deseando.

Así como la Fama acabó de decir esto, tornando a su acostumbrado ejercicio del vuelo, parecía que en un momento rodeaba infinitas veces todo el mundo, tornando siempre a la mano de la Fortuna.

Pues, enseñados así Olivante como todos los otros de lo que habían de hacer, el primero en que pusieron los ojos fue en un mancebo hermoso de gesto y de buena disposición, de edad de treinta y tres años, con una corona en la cabeza y un ceptro real en la mano. Estaba armado, sin escudo ni yelmo; en el pecho tenía escrito: «El gran Alejandro». Estaba encima de la rueda de la Fortuna sin jamás mudarse, con el gesto muy alegre y diciendo:

—Después que corté el ñudo que desatar no pude, jamás hallé la Fortuna contraria de mi deseo.

Luego cabe él estaba Julio César de la misma manera, diciendo:

—Por la voluntad de la Fortuna fui el primero emperador de Roma.

Estaba junto el emperador Augusto, que decía:

—Con el grande estado la Fortuna me dio el más dichoso de los mortales, si con él me ayudara el verdadero conocimiento.

Estaban cabe éstos gran número de emperadores que después sucedieron, a los cuales por los nombres y palabras que decían conocieron, y entre ellos uno que en los pechos tenía escrito «El verdadero Trajano» estaba diciendo:

—Si las virtudes no son bienes de la Fortuna, tanta parte tuvieron en mi prosperidad, pues la conservaron habiéndome ella ensalzado.

Estaba junto con éstos el rey David en vestidos de pastor, con muy rica corona en la cabeza y una honda en la mano, y muy alegre decía:

—Confié en el Señor Todopoderoso, por cuyo mandamiento la Fortuna me subió en este estado.

Estaba cabe él el emperador Carlomagno con una gentil presencia; decía asimismo:

—No fui menos favorecido de la Fortuna que mi renombre lo declara.

Entre estos reyes y emperadores estaban asimismo los tres Scipiones, estaba Aníbal y Asdrúbal su hermano, estaba Marco Tulio, cónsul, y el rey Menelao y el rey Agamenón, y Ulixes y Eneas, Judas Macabeo y Joseph, el rey Salomón y otros muchos, cada uno dellos loándose de lo que la Fortuna con ellos había usado. Con éstos estaban otros muchos que, habiendo podido subir toda la rueda, tornaban a caer a la otra parte, yendo cabeza abajo, unos más que otros y más apriesa. El primero era el rey Príamo, con cincuenta hijos al derredor, el cual mirándolos a todos y después poniendo los ojos llenos de lágrimas en el esforzado y valentísimo Héctor, estaba diciendo:

—Dime Fortuna cruel, llena de poca firmeza, ¿por qué me subiste en la cumbre de tu rueda? ¿Por qué me ensalzaste con tan poderoso reino lleno de tantas riquezas? ¿Por qué me alegraste con tantos y tan gloriosos hijos? ¿Para qué me heciste tan próspero de todos tus bienes, sino para que con perderlos todos la caída que deste despeñadero me das, cuanto mayor es, más la sienta, mostrando lo poco que de tus promesa y bienes mundanos confiar se debe?

Cabe el rey Príamo estaban de la misma manera el rey Darío, que con gran razón se quejaba a grandes voces; seguíanle el magno Pompeyo, Tarquino Superbo, último rey de romanos, que por causa de Lucrecia lo perdió; el rey Sardanápalo. Estaba también el emperador Nerón, el cual a grandes voces decía:

—Lo que por mi grande estado merecía, por mis virtudes al principio de la vida me juzgaron digno; por mis inefables vicios lo he perdido, pues que los más verdaderos bienes de la Fortuna para quien los conoce son las virtudes, para perpetua fama.

Más abajo estaban Astiages, rey de Media, que por su nieto Sciro fue dél despojado, y otros muchos reyes y señores que de muy grandes y poderosos estados y señoríos vinieron después a verse en grandes trabajos y tribulaciones, perdiendo con mucha fatiga los reinos y señoríos que la Fortuna, como prestados y por poco tiempo, les había dado.

Un poco más adelante que éstos estaba otra gente con mejores lustres de gestos y la color más encendida, así que, mirando bien en ellos, conocieron ser aquellos que vivos en el mundo entonces estaban, en quien la Fortuna para más ensalzarlos o abatirlos ponía los ojos. Allí conocieron muchos príncipes cristianos y paganos y moros, así de los que habían visto como de los que tenían noticia. Aquel que con más placentero gesto y más alegre se le reía la Fortuna era el emperador Arquelao, el cual tendiendo la mano, ayudaba a subir un caballero que por la rueda venía con un escudo en la mano con un corazón partido. A éste conocieron bien todos que era la misma figura de Olivante. Estaba el Emperador diciendo:

—Fortuna, el mayor bien que me diste es este escudo y amparo para sustentar la alteza y prosperidad en que me has subido.

Estaban cabe él el rey Aureliano de Macedonia, don Clarinalte, rey de Suecia, y asimismo la imagen o figura del rey Polidro, que presente estaba. Allí estaba el rey de España, el de Francia, el de la Gran Bretaña, el de Lacedemonia y muchos príncipes paganos; el primero el rey de Persia, el cual, aunque en la misma prosperidad que los otros estuviese, la Fortuna se le mostraba con el gesto triste,

casi amenazándole con la caída. Estaba allí el Soldán de Babilonia y el de Niquea, el rey de Tracia, el de Damasco, el de Hierusalem y el rey de Alejandría, padre del infante Aliazar, y otro infinito número de reyes y príncipes de diversas naciones y leyes, a los cuales la Fortuna no se mostraba de una misma suerte, porque a algunos alegre y a otros triste y a otros enojada, haciendo los mismos semblantes en ellos que en su gesto della conocían.

Asimismo había gran muchedumbre de caballeros andantes que por la rueda arriba subían, de los cuales algunos se sustentaban en ella y otros caían, y algunos tenían lugar limitado donde paraban. Entre éstos cada uno dellos vio y conoció todos aquellos de quien en el mundo tenían conocimiento. Entre muchos que Olivante conoció, vio a su amigo el pastor Silvano, vestido de la manera que él lo había dejado, el cual, estando casi en la cumbre de la rueda, porfiaba a tomar una corona muy rica que en ella estaba puesta. Estaban de la misma manera el esforzado caballero Peliscán y Grisalter de Suecia; estaba el infante don Rosanel, el príncipe Tirsés y el infante Aliazar y otros muchos que algunos de vista y otros por oídas eran conocidos.

Luego adelante en la misma rueda estaba gran muchedumbre de mujeres, y asimismo vestidas en diversos y diferentes hábitos, cada una en la manera de los aderezos declarando cómo la Fortuna las hubiese ensalzado. Entre las cuales, armadas como para una batalla, estaban Pantasilea, reina de las amazonas, Semíramis, que fundó a Babilonia, Zenobia, reina de Palami,¹⁶⁶ Temia, Judic, que mató a Holofernes, la esforzada Camila virgen y otras muchas de la misma manera. Más adelante estaban la reina Elena, por quien la ciudad de Troya fue destruida, la cual, aunque no en menor grado de sublimidad estuviese, con los ojos llorosos y el gesto triste estaba diciendo:

—¡Oh favor tan mal empleado, pues que con él fui causa de mayor daño, siendo ensalzada en la cumbre de valor y hermosura para ver las muertes de tantos como por mi causa padecieron, quedando, aunque siempre reina, en perpetua memoria de culpa!

Estaba cabe ella la hermosa Policena, la cual, aunque bien alta en la rueda, con el gesto no muy alegre. Estaba la reina Tomira, que en venganza de su hijo mató al rey Ciro, y muchas que por la castidad, siendo de altos estados, merecieron perpetua fama; entre las cuales era la reina Dido, que fundó a Cartago, Lucrecia y vírgines romanas, Penélope, mujer de Ulixes. Estaban luego en otro ayuntamiento aquellas a quien el mundo sustentaba la vida, y entre ellas, como el sol entre las estrellas, aquella excelente y soberana princesa Lucenda, la cual con el gesto lleno de grande alegría volviendo los ojos a su amado Olivante, lo estaba mirando, hallándolo tan embebido en lo mismo, que por su voluntad de aquella vista jamás quisiera partirse. Cabe ella estaba la infanta Galarcia y la infanta Clarista, la princesa Menandra, la infanta Tirseida, de la manera que Olivante en el encantamiento la había visto, y otras muchas reinas, princesas y infantas de los altos estados y soberanas hermosuras, que por la prolijidad dejan aquí de ser contadas.

¹⁶⁶ Zenobia fue reina de Palmira.

Más adelante estaban otras gentes en hábitos eclesiásticos, los cuales subiendo por aquella rueda, algunos que subían a la cumbre alcanzaban la corona y silla del Pontificado, y otros algún tanto más bajos, en hábitos de cardenales y patriarcas, y así de grado en grado arzobispos y obispos y otros perlados y dignidades de la Iglesia que por el favor y voluntad de la Fortuna vienen a valer mucho. Luego estaban todas las otras maneras de gentes comunes puestas por sus conciertos y condiciones, en las cuales había bien que mirar aunque diez años allí estuvieran.

Pues estando todos ellos muy embebidos mirando estas cosas de tan grande espanto y admiración, vieron que la Fortuna, levantándose en pie de la silla, echando los ojos en derredor cercando con la vista todo lo que debajo de su sujeción tenía, dijo solamente estas palabras:

—Yo soy sola poderosa en el mundo.

Las cuales siendo llenas de tanta presunción y soberbia, para que sin castigo y conocimiento de lo que podía no quedase acaeció lo que agora oiréis en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II-VII

DE LAS PALABRAS QUE ENTRE LA FORTUNA Y LA MUERTE PASARON, Y CÓMO FUERON DESPARTIDAS POR EL TIEMPO

LAS estrellas, privadas de la menor luz con la mayor que a descubrirse de aquel de quien la reciben comenzaba a manifestarse la cercana venida de la clarifica Aurora, que del lado de su muy amado esposo Titón en aquella hora se levantaba, cuando, acabando la Fortuna su razonamiento y blasón en estimarse en tanto con la soberbia que de verse señorear el mundo tenía, de la parte de poniente vieron venir no muy lejos de sí un carro triunfal de estraña y diferente manera de todos los otros que en el mundo hubiesen visto, el cual era tan grande y tan alto que una fortaleza no tomara más campo. A él venían unidos de cada parte doce elefantes grandes y negros que de dos en dos traían una rueda de una madera muy negra de que todo el carro venía hecho. Los paramentos y cubiertas del carro eran todos de un paño de luto muy bajo, que todo el carro de una parte y otra cubría.

Llegando el carro más cerca, vieron que en la delantera venían unas mujeres, de las cuales la una era en tan estraña manera vieja y arrugada que verdaderamente parecía hecha de raíces de árboles, y otra venía muy flaca y desemejada, con la color turbada y amarilla, que apenas parecía poder menearse; y venía otra no menos fea que éstas, las cuales con grandes voces de continuo estaban quejando y lamentándose. Tenían escritos sus nombres en los pechos muy claros, que decían: «Vejez», «Enfermedad», «Dolor». Traían en las manos unas disformes y mal hechas trompas, con las cuales un horrible y tan espantable son

venían haciendo que las cabezas de los que lo oían así se atronaban que por poco perdieran el sentido.

Tras de éstas venían asentadas en medio del carro tres mujeres con los nombres en sus espaldas que manifestaban quién eran, llamadas Átropos, Cloto y Láquesis,¹⁶⁷ de las cuales la una tomaba una rueca en las manos, y la segunda sacaba el hilo, y la tercera con unas tiseras que en las manos tenía muchas y diversas veces lo cortaba. Luego cabe ellas, en lo trasero del carro, venía una figura tan fea y desemejada que en sólo mirarla los cabellos se les espeluzaban y el cuerpo les temblaba y los ojos se cerraban todos por no verlo. Ésta era toda compuesta solamente de huesos, sin carne ninguna, de muy grande estatura; traía en la una mano un arco con saetas y en la otra un ataúd, y tenía un rétulo en los pechos que decía desta manera:

BLASÓN DE LA MUERTE

*Lo que vive todo es mío,
pues mi condición esquivá
no perdona cosa viva.*

Llegando el carro triunfal tan cerca de la Fortuna que las palabras que se dijeren de la una parte a la otra muy bien podían ser oídas, cesando aquel triste son que las mujeres hacían, con muy gran majestad y espantable voz aquella temerosa figura así comenzó a decir:

—Bastarte debía, Fortuna, gozar de aquel poder que el soberano Hacedor de todas las cosas y por cuya mano tú fuiste formada te ha dado, sin que con tu presumptuosa soberbia haciéndote tirana, con tu crueldad quieras usurpar los bienes ajenos atribuyéndolos a ti misma sin conocimiento de la superioridad que debes, no sólo a Aquel de quien los has recibido, mas a mí, que, como más poderosa, los más principales sin tu voluntad, por la mía puedo quitar de la sujeción de tu señorío. No sin razón los mortales te llaman ciega, pues no hay mayor ceguera que la de la ingratitud y conocimiento. ¿Piensas que por haber Dios de ti fiado las cosas mundanas y naturales para que, como suya, por su voluntad y querer uses dellas, que tú por tu misma autoridad no podrías menear la hoja de un árbol sin su consentimiento? ¡Oh ingrata, desconocida, sin virtud! Mira la sinrazón que a la razón haces, no sólo en quitarle lo que con tan justo título es suyo, mas en tenerla tan apremiada que ni para contigo pueda dar a conocerse ni tú con ella, por no usar della, tengas algún conocimiento. Si la razón y la justicia están fuera de la gobernación que tú haces en aquello que llamas tuyo, ya no gobierno, mas tiranía puede decirse; que los tiranos, no señores ni poderosos ni príncipes pueden llamarse, pues el temor y la poca seguridad de la prosperidad que alcanzan por sus malas obras los tiene más fatigados que el señorío les da contentamiento. Y dejando aparte lo que al Señor de los cielos y de la tierra eres en inferioridad deudora, mira bien, desatapa los ojos, abre los oídos, da lugar al entendimiento y conoce lo que yo más puedo, lo que más valgo, lo que más mando, lo que más soy estimada, temida y acatada de todos los mortales. Tú triunfas de

¹⁶⁷ Las Parcas.

todos los del mundo por lo que con ellos puedes, haciéndolos pobres o ricos, de bajos o grandes estados, ensalzando los unos y abajando los otros con casos prósperos o desastrados. ¿Cuándo más dichosos o más desdichados que en cualquier estado que tú los pongas yo no pueda quitárselo con quitarles la vida para que dejando de ser tuyos se pasen a mi señorío? Tú temes a los hombres que son fuertes de ánimo, porque muchas veces parece que por fuerza sigues su querer sin hacer el tuyo; mas yo, no hay hombre fuerte que su fortaleza resista mi poderío, sea pobre o rico, de bajos o altos estados, mancebos o viejos, en cualquier edad que estén de la vida, pues siempre que yo quiera puedo quitársela. Si tú tienes el triunfo y el mando de los que tienes presentes treinta, cincuenta o cien años, mira que yo le tengo después hasta el día del universal juicio, sin que tú puedas tornarles a dar una hora de vida como yo puedo dejarles cien años sin ejecutar la deuda de que me son obligados. Pues pierde la soberbia y abaja tu presunción, suelta la razón, desata la justicia, abre tu entendimiento y desatapa los ojos, y veras que los que tú haces muy ricos, yo los hago tan pobres que con¹⁶⁸ sola una mortaja los meten en la sepultura; los que tú haces grandes señores, yo los vuelvo tan pequeños que caben en la pequeña casa donde los entierran; los que tú diste muchos criados y servidores, yo les doy muchos gusanos que consuman sus carnes; los que tú heciste reyes y emperadores, yo los vuelvo iguales con los muy pobres, pues a todos los come la tierra, y conoce que tú no puedes hacer nada que yo sin mucho trabajo no deshaga. Mira que yo sin tu consentimiento vengo a tu morada y en ella sin tu voluntad pondré en ejecución la mía sin que tú puedas estorbarlo, y por esta razón verás la poca que tienes para la mucha que yo tengo en no consentirte el título con que antes que yo aquí viniese de sola poderosa en el mundo te alabaste.

Muy airada la Fortuna de oír las desdeñosas palabras con que la Muerte la trataba, con el gesto turbado y lleno de furia, teniendo los ojos puestos en ella, desta manera le comenzó a responder:

—Así como de tus obras no tengo temor ninguno, tampoco tus palabras, aunque haya recibido enojo con ellas, me pondrán espanto para no responderte poniéndote en conocimiento del engaño que pensando estar yo engañada recibes. Tú, que por la razón has hablado, vas tan fuera de seguirla como por tus razones y obras podrá conocerse, pues que queriéndome a mí llamar soberbia, vanagloriosa y desatinada, ningún desatino puede ser mayor que el que al presente haces: quien quisiere culpar a otro de culpa en alguna cosa, debe venir, a lo menos en aquel caso, sin ella, y no como tú, que teniendo la principal disimulas la tuya mucha publicando la mía poca. Mira el blasón que en el pecho traes, y pues en todas las cosas eres sabia, no quieras ser juzgada en aquesto por necia; porque si para culparme de tirana me antepones el señorío de aquel de quien somos criadas y sujetas, ¿por qué no tienes conocimiento que no menos tú le eres sujeta y deudora de cumplir su voluntad contra la tuya? Si no, mira que por tu querer y por la costumbre que tienes y has y no has, no tuvieran tan larga vida como hasta la fin del mundo. Y pues en esto te fue quitado el poder de ejecutar el tuyo, así podría ser quitado en todas las otras cosas, pues no por tu autoridad, sino con

¹⁶⁸ Suplo 'con' (110v).

mandado ajeno las pones en ejecución. Dícesme que no solamente a Aquel a quien ambas la debemos, mas a ti soy obligada a conocer sujeción, pues los bienes que yo doy puedes tú quitarlos en el tiempo que quisieres con quitarles la vida que tienen para gozarlos. ¡Oh Muerte, cuán engañada te tiene este pensamiento!, pues tú dejas olvidados los mayores bienes hablando de los menores y menos provechosos, queriendo abatirlos con tus palabras estando ensalzados por mí y por sí mismos hasta la cumbre del cielo. Muchos son los mortales que debajo de mi poder tengo a quien tú no podrás dar ni aun una hora de muerte, pues con dársela, yo los resucito en más verdadera vida. Si no, dime, ¿por todos los sabios no es aprobado que la verdadera vida del mundo es la buena fama que para ser conocidos dejan los que en este mundo viven? Pues si ésta es en mi mano, con darles poder o quitárselo, con que hagan obras para poder merecerla, luego la muerte que tú das no puede matar a la verdadera vida que yo doy. Mira que los libros están llenos de hombres que por dejar de sus hazañas memoria estimaban en tan poco la vida, que por sus voluntades y con sus manos la tomaban, sin esperar que tú por ti sola en ellos la ejecutases; y esto no por otra causa que por adquirir perpetua vida con la fama que dello les redundaba, la cual estimaban en más que el tiempo que tú vivir los dejases. Así que por estas razones tú puedes conocer que yo puedo dar más verdadera vida y más verdadera muerte; porque si, como tú dices, los haces caber en la pequeña sepultura, yo los hago hinchir el mundo de su memoria. Si dices que los comen los gusanos convirtiéndose en tierra, no me maravillo, pues que eran de tierra y tú en sola la tierra tienes mando y poderío, quedando lo inmortal debajo de mi defensa y gobierno. Así que, pues tus mismas palabras te dan la culpa que tú me dabas siendo sin ella, conoce el yerro con que has venido, volviendo con el conocimiento que debes de tu desatinada venida.

Muy airada y espantable, con el gesto lleno de desatinado enojo se mostró la Muerte con las palabras que la Fortuna le había dicho, a las cuales queriendo tornar a replicar pensando tener razones para confundirlas, vieron venir por el aire volando dos aves con un tan veloz movimiento y apresurado curso, que la vista no podía ser tan presta cuanto el ligero vuelo que con sus alas hacían. Venían con un artificio extraño asentado sobre sus cuellos, hecho asimismo a manera de un carro pequeño, y en él puesto un hombre tan viejo que parecía exceder los límites de la humana naturaleza. Traía unas alas muy grandes, con las cuales así de continuo se meneaba, que jamás un momento estaba firme, y en las manos un báculo sobre que parecía sustentarse. Llegadas las aves con el carro y parando en medio del de la Muerte y el trono de la Fortuna, el viejo, con muy gran majestad y autoridad en sus palabras, volviendo los ojos a la una y a la otra, les comenzó a decir en esta manera:

—Según el desatino de vuestra questión,¹⁶⁹ no sé qué castigo baste, pues no conociendo lo que sois obligadas queréis hacer propio lo ajeno, como si por vuestra autoridad y no por la ajena pudiédeses ejecutar la menor cosa de vuestra voluntad y albedrío. ¡Oh ciegas, fuera de todo buen entendimiento, llenas de

¹⁶⁹ Cuestión, disputa.

superbia, inclinadas a malicia, deseosas de tiranizar, usurpadoras en las voluntades del gobierno que el Alto Señor, cuyas sujetas habéis sido, sois y seréis mientras fuéredes, os ha dado en el mundo! Siendo siervas, ¿queréis ser libres? Siendo sujetas, ¿queréis seguir vuestra intención mala, y no aquella de quien os ha dado el ser que tenéis, siendo buena? ¡Cómo crecería vuestra soberbia, cómo se aumentara vuestra malicia, cómo diéradéis a conocer vuestra maldad, cómo ejecutarades vuestra traidora intención si lo que podéis mandar, lo que podéis hacer no se acabara en mí que soy el Tiempo, que a todas las cosas doy fin y pongo fin, como en vosotras y en vuestras dañadas intenciones será puesto! Si no, dime tú, Muerte, después que no hubiere a quien matar, ¿qué serás sino sólo el nombre para memoria de lo que heciste? Y tú, Fortuna, después que no tuvieres a quien hacer mal ni bien, a quien abajar ni ensalzar, a quien hacer pobre ni rico, ¿qué serás ni qué será de ti? Mirad que en el terrible y espantoso día del juicio todo vuestro poder será deshecho, los muertos serán todos vivos, y los vivos guiados por la mano, juicio y voluntad divina según las obras que en este mundo hubieren hecho, para las cuales vosotras no sois ninguna parte. Pues con la clara noticia desto, ¿no está claro que todas estas cosas hace el tiempo y se han de hacer con el tiempo, y que vosotras y vuestras obras os habéis de tornar en nada con el tiempo? Luego dejad esa vana presunción, apartad vuestro entendimiento desa fantasía, no os ensoberbezcáis con tal vanagloria; conoced la sujeción que al soberano y inmenso Gobernador de todas las cosas celestiales y terrenales se debe, y a mí la que por perpetuo, siendo vosotras percederas, tenéis obligación de conocerme. Vosotras duraréis, según sé, en tanto que durare el mundo; yo no me acabaré hasta que perezca el cielo, el cual será sin fin. Vosotras gozastes de la prosperidad de la tierra, y yo, que he gozado della, gozaré con que en mí se goce de la gloria celestial, que será para siempre. Pues bastan estas razones, aunque pudiera deciros otras muchas para confundiros y ponerlos en el verdadero conocimiento, y dejando la comenzada porfía al Alto y Todopoderoso Señor en el cielo y en la tierra; y a mí, que todas las cosas por su mandado hago y deshago, doy principio y fin siendo yo sin ellos, dejad gozar del señorío, pues el tributo demandado no os es debido, siendo debajo de la misma sujeción que las cosas por vosotras hechas y puestas en ejecución están y estarán. Y porque sé que, según la vanidad de vuestras intenciones, si vuestras respuestas esperase, para satisfaceros sería menester gastar en ello mucha parte de mí mismo, no quiero esperar vuestras fingidas palabras ni dar lugar a que entre vosotras me gastéis en balde, poniendo silencio a vuestros desatinos.

Como el Tiempo acabó de decir estas razones, airadas y con los gestos feroces y enojadas se mostraron la Fortuna y la Muerte; y como a lo que les había sido dicho responder quisiesen, el Tiempo, por hacer verdaderas sus palabras y no darles tiempo para poner en ejecución su pensamiento, se levantó en el aire, y las aves que el carro traían, batiendo las alas con furioso movimiento y estremada velocidad atrayendo cantidad de viento, con él espesaron una nube tan oscura que, cubriéndolos a todos, estaba tan espesa que los unos a los otros no se veían ni sabían dónde estuviesen. Y como hubiesen estado espacio de un cuarto de hora, tornando a deshacerse la nube, y el sol, que ya con su venida la tierra alumbrando

comenzaba a demonstrarse, se hallaron Olivante y todos los que con él estaban fuera de la Casa de la Fortuna entre las doncellas que ya dijimos, las cuales prosiguiendo su acostumbrada música, les hacían sentir aquella dulce y sabrosa armonía con que al principio fueron recibidos. Y allí, muy espantados los unos y los otros, acordándose de lo que por ellos había pasado, se maravillaron. El rey Polidro, echando los brazos al cuello de Olivante, dijo:

—¡Ay caballero del Corazón Partido, cómo el vuestro crecido valor y encubierto merecimiento se nos ha manifestado para teneros y estimaros de aquí adelante en lo que vuestros soberanos hechos merecen! Buena fue mi ventura en allegar aquí a tiempo que pudiese haber vuestro conocimiento y amistad, la cual tengo yo en más que de ningún rey y príncipe que haya en el mundo.

—Poderoso señor —respondió Olivante—, la buena ventura ha sido mía en poderos conocer y teneros por señor para serviros agora y toda mi vida, de lo cual os daré testimonio con mis obras, que, aunque de poco valor, siempre que haya causa se emplearán en vuestro servicio.

Muchas otras cosas pasaron entre ellos, mas, porque era tarde, comenzaron a bajar por la escalera del caracol, y llegando a la cuadra donde la imagen había dado la llave a Olivante, la hallaron que la tenía en la mano como de antes, y el rétulo de las letras mudado en otras que decían en esta manera:

*Aquellos a quien de ver el secreto de la Casa de la Fortuna les forzare el deseo,
con licencia de aquel por quien fue ganada, con el señorío desta hermosa isla,
podrán haber la llave de mi mano; la cual, si por fuerza contra la mía quisieren
haber, en gran peligro de la vida querrán aventurarse para no sacar premio del
trabajo que dello les vendrá, pues esta fue la voluntad de la sabia Leocasta.*

Bien entendieron todos por las letras que sin licencia de Olivante nadie podría ver lo que ellos habían visto. Y teniéndolo siempre en más por cada una cosa destas que veían, decían que había dado cima a la más estraña y hermosa aventura del mundo. Y así hablando en esto salieron a la otra escalera, y bajando por ella vieron el valle lleno de mucha gente, así de caballeros como de los otros moradores de la isla, los cuales como venir le vieron, dando muy grandes voces decían:

—¡Bien venga aquel tan bienaventurado caballero a quien Dios ha sido servido darnos por señor y que tanto tiempo ha que esperábamos, pues por sus hechos, que tan notables habían de ser en el mundo, treientos años antes que naciese fue conocido por aquella sabia dueña cuyos vasallos fuimos!

Y diciendo esto, teniéndolo todos ellos cercado, le besaban las manos y la falda de la loriga; mas Olivante no lo consintiendo, les decía que besasen al rey las manos, porque aquello les agradecería más que lo que hacían. Y después que a todos muy amorosamente los hubo recibido y hablado, siendo ya cerca del mediodía pasado comenzaron a subir aquellas grandes rocas y peñascos que el valle cercaban, y como los de la isla supiesen los pasos, en poco tiempo sin ningún peligro subieron arriba, donde subiendo encima de sus caballos, tomaron el camino de la villa de Armedín, que era en la que el rey se había desembarcado. Y

allí, en unos palacios que de la sabia dueña habían sido, fueron todos aposentados, estando siempre juntos Olivante y el infante Aliazar.

Y luego otro día por la mañana de todos los pueblos de la isla vinieron a dar la obediencia y señorío al caballero del Corazón Partido; así que, habiéndola habida toda ella pacíficamente, se comenzaron muchas y muy grandes fiestas que duraron ocho días, en las cuales el infante Aliazar se mostró tan aventajado caballero que de todas las justas y torneos le fue dado el prez y honra, como aquel que muy bien lo merecía. Y en este tiempo el caballero del Corazón Partido hizo hacer toda diligencia en buscar su caballo tirsiano; mas los caballeros sabiendo que aquel a quien lo habían hurtado era el señor de la isla, con el temor, tomando un barco, se fueron huyendo della, y por esta causa no se pudo cobrar. Allí supieron cómo el fuerte Brandarque, asimismo fletando una galera que en el puerto estaba, aunque malherido, se había metido en la mar, de que mucho pesó al rey Polidro.

CAPÍTULO II-VIII

CÓMO EL CABALLERO DEL CORAZÓN PARTIDO SE FUE CON EL REY POLIDRO HASTA EL REINO DE HUNGRÍA, Y DE LO QUE EN EL CAMINO LES AVINO

PASADOS quince días que el caballero del Corazón Partido y el rey Polidro estuvieron en la isla de la Ventura, en los cuales los que quisieron con su licencia habiendo la llave de la imagen pudieron ver la Casa de la Fortuna, el rey Polidro, pareciéndole ser ya tiempo de volverse en su reino, lo dijo así a Olivante, el cual teniendo asimismo voluntad de no detenerse más allí, se le ofreció de acompañarle en aquel camino, de lo cual el rey Polidro le rindió las gracias. Y muy bien aparejada la nao en que el rey había venido de todas las cosas necesarias, dejando Olivante en el gobierno de la isla los mismos que entonces la tenían con el seguro y fidelidad que se requería, se partieron con muy próspero tiempo, haciendo llevar el camino del reino de Hungría.

Y desta manera caminaron nueve días sin acaecerles cosa que de contar sea, y el tiempo les ayudó de tal manera que al cabo dellos llegaron a un puerto que muy bueno era, en el cual desembarcados, con muy grandes fiestas y recibimientos muy sumptuosos fueron recibidos de todos los del reino. Y de allí partiendo para la ciudad de Belgrado, porque el rey les importunó que allí se detuviesen, estuvieron quince días en aquella corte, en los cuales el rey les hacía todas aquellas fiestas y placeres, y con tan buen tratamiento como si verdaderamente supiera quién eran. Y al fin despedidos dél y de todos los caballeros que allí estaban, que mucho de su partida les pesaba, haciendo renovar las armas, que muy rotas y despedazadas traían, subidos en sus caballos, con sus escuderos comenzaron por sus jornadas a atravesar todo aquel reino hacia la parte de Macedonia, dando tan buen fin a todas las aventuras que se les ofrecían y haciendo tan estrañas y

maravillosas cosas en armas Olivante, que ya de otra cosa que de la gran bondad y alta caballería del caballero del Corazón Partido por todas aquellas partes no se hablaba.

Pues ya que bien veinte días desta manera por unas partes y otras habían andado, pasando por una grande y florida floresta les tomó la noche, saliendo la luna muy clara, con la cual anduvieron algún tanto hasta hallarse fuera della en un espacioso y tendido campo, en el cual no muy lejos de sí vieron estar un castillo, y deseando poder albergarse en él aquella noche, porque del largo camino venían fatigados, volvieron hacia él los caballos. Y llegando a la puerta oyeron dentro muy grande estruendo de instrumentos y voces de hombres que cantaban y danzaban con muy grandes fiestas y regocijos, tanto, que parecía que allí reinaba entonces el alegría, sin tener ninguna parte la tristeza.

—No me creáis —dijo Aliazar— si mejor albergue no tenemos esta noche del que pensábamos, que donde tanto placer se siente, por fuerza la cena estará bien aparejada.

—La voluntad lo esté para recibirnos —respondió Olivante—, que en lo demás con cualquiera cosa nos contentaremos.

—No nos harán descortesía —dijo Aliazar—, porque por ventura se desentonarían en el cantar.

A esta hora Darisio, que apeado estaba de su palafrén, llegó a llamar a la puerta, y aunque los de dentro con el estruendo y ruido que traían estaban sordos, tantos golpes dio, que al fin se paró un hombre entre las almenas, el cual con mucha saña respondió:

—¿Quién diablos está a tal hora a la puerta dando golpes? Idvos a la malaventura, que ya por esta noche no puede entrar acá ninguno.

—No somos diablos, sino caballeros —respondió Olivante—; y por cortesía que digáis al señor deste castillo que nos mande albergar en él esta noche, que nosotros no estorbaremos su fiesta, antes en lo que pudiéremos le serviremos con toda voluntad.

—No ha él menester vuestro servicio —respondió el hombre— ni yo entiendo de irle con tal embajada. Por tanto, no curéis de gastar más tiempo en balde, que por esta noche no seréis tan bien albergados como pensábades.

Y dicho esto se quitó de allí a mucha prisa.

Olivante quedó tan enojado de la desabrida respuesta, que mandó a Darisio que tornase a llamar; el cual poniendo mayor fuerza en los golpes que de antes, y tanto hizo, hasta que otra vez el hombre vino a aquel lugar, el cual más manso al parecer que la primera vez, les dijo:

—Si pensádes que por fuerza podíades entrar acá dentro, estábades engañados; mas por quitaros de vuestra porfía y trabajo en vano, el señor desta casa es contento que entréis en ella, con tal que le prometáis que estando dentro no saldréis ninguna cosa de su voluntad.

—Eso podrá tener por cierto —respondió Aliazar—, que no nos preciamos de hacer agravio donde recibimos cortesía.

El hombre, tirando por un cordel que arriba tenía, levantó una cerradura, con que, abierta del todo, les dijo:

—Entrad en buenhora.

—No sea en mala —respondió Olivante—, que no me contenta ninguna cosa este recebimiento.

Y así que apenas hubieron entrado cuando de arriba soltaron una muy grande y pesada puerta de hierro que cabe la abierta estaba, la cual dando un gran golpe en el suelo, hincó unas puntas grandes en él, quedando tan firme, que sin el artificio con que se mandaba cien hombres no bastaban a levantarla. Y tornando a cerrar asimismo la que abierto habían, el hombre se puso en parte donde bien podían oírle, diciendo:

—Ahí tendréis el albergue que merecéis, caballeros importunos, en compañía tan necia como la vuestra, que a lo menos estaréis guardados del sereno hasta la mañana, que si me lo pagáis, os tornaré a abrir la puerta por donde podáis salir como entrastes.

Y no aguardando respuesta se fue, dejándolos desta manera burlados y enojados de sí mismos por no haber entendido el engaño. Mas Olivante, para ver si podía hallar alguna entrada para subir al castillo, atentando por las paredes se fue, cubierto de su escudo y con la espada en la mano, entrando por unos retretes angostos que dando vueltas a una parte y a otra lo iban metiendo dentro del castillo. Y llegando al cabo dellos oyó una voz de caballero que decía:

—Según siento, mejor nos fuera estar en el campo, con libertad de hacer esta noche a nuestra voluntad, que con nuestra porfía haber ganado tan mala posada y donde con sus placeres tienen de nosotros tan poco cuidado. Mas si yo de aquí salgo, no se reirán de la burla que nos han hecho, que yo espero la alegría desta noche convertirla en tristeza si las fuerzas no me fallecen para ello. Y pues que así es, dame esa arpa con que me ayude a pasar este escarnio hasta que el día nos diga lo que habemos de hacer.

Como el caballero hubo dicho esto, un escudero que con él estaba le dio la arpa, y tomándola en las manos la comenzó a tañer tan dulcemente que a Olivante le pareció no haber visto en su vida persona que tan bien supiese hacerlo. Y volviendo sin ser sentido donde el infante Aliazar estaba, le dijo lo que había visto y cómo el caballero por el mismo engaño que ellos estaba dentro del castillo. Y tornándose ambos muy paso al mismo lugar por mejor gozar de la música, oyeron que el caballero, con voz que más celestial que humana parecía, comenzó a decir esta canción:

Ya que tuve presunción
de subir en tal altura
quiero esforzar mi razón,
pues siempre faltó ventura
al medroso corazón.
Aquellos que son osados
siempre son más venturosos;
los corazones medrosos
vémoslos ser desdichados,
y a los fuertes ser dichosos.

Quien tuviere presunción
de subir en tal altura
ponga esfuerzo en su razón,
pues siempre faltó ventura
al medroso corazón.

Como el caballero acabó de decir la canción sintió que alguna gente estaba allí cerca, y soltando la arpa, poniendo mano a la espada, con muy crecido enojo dijo:

—¿Quién está ahí?, que malaventura hayan cuantos traidores están en este castillo, que yo os haré comprar caramente el escarnio que de mí habéis hecho en tenerme aquí con tan grande engaño encerrado.

—Buen caballero —respondió Olivante—, nosotros no somos del castillo, antes dos caballeros que con el mismo engaño recibimos el agravio que vos desta desleal gente habéis recibido; y habemos estado escuchando la dulcedumbre y melodía de vuestra música porque me parece jamás en el mundo haber visto quien semejante lo hiciese.

El caballero sosegándose con estas palabras, les respondió:

—Buenos señores, a mí me pesa de que pensando tener buena noche se nos apareje tan mala; y pues que lo que no bastan las fuerzas de uno por ventura podrá hacer las de todos: probemos a echar esta puerta en el suelo, que los malos lechos que estos traidores pensaban darnos, si aquesto podemos hacer, les haremos que los truequen con nosotros.

A Olivante pareció bien lo que el caballero decía, y no dilatando más su consejo, todos tres juntos y Darisio con los otros escuderos que allí eran venidos, poniendo todas sus fuerzas, sin ser sentidos dieron con ella en el suelo, porque los de arriba con el grande estruendo que traían no pudieron sentirlo. Los caballeros sacando sus espadas y embrazando los escudos, por aquella puerta salieron a un patio que en medio del castillo estaba, y por una escalera que en él hallaron subieron a unos corredores hasta llegar a una puerta de una sala, adonde siendo sentidos, viéndolos venir así armados pensaron luego lo que podía ser. Y muchos caballeros que en la sala estaban desarmados corrieron¹⁷⁰ a tomar armas, y otros desmayando, comenzaron de huir y esconderse por donde les parecía estar más seguros; y muchas dueñas y doncellas que allí estaban con muy ricos atavíos, las que pudieron hacían lo mismo, y otras se quedaban allí desmayadas.

No tardó mucho que los caballeros, algunos con solas espadas y escudos y otros medio armados y otros con partesanas y lanzas, como peones, salieron a los caballeros en tanto que otros se armaban. Mas hallaron el recibimiento tal que muy presto se arrepintieron de su atrevimiento, porque de los primeros golpes cada uno echó el suyo en tierra, y a la luz de las hachas que en la sala estaban comenzaron la batalla. Metiéndose entre ellos, tenían ya muertos y malheridos los siete, y los otros se retrajeron donde habían salido, defendiendo la puerta hasta que los otros se acabasen de armar.

¹⁷⁰ Orig.: 'corriendo' (114r).

—No cale,¹⁷¹ traidores, huir —decía Olivante—, que yo vos haré que vais a gozar del sereno esta noche los que no quisiéredes, con perder las vidas, ir a tenerla en el infierno.

A esta hora eran salidos hasta doce caballeros bien armados, los cuales con mucha furia comenzaron a herir en los caballeros; mas ellos como hambrientos leones se metieron entre ellos dando golpes a unos y a otros, de manera que presto se hicieron hacer lugar. El caballero extraño estaba espantado de los bravos y poderosos golpes que el caballero del Corazón Partido daba, que no parecían de hombre mortal; y Olivante asimismo estaba maravillado de las aventajadas fuerzas y destreza del caballero, y decía que no había jamás en su vida visto combatir ninguno que tanto le contentase. Pues el infante Aliazar no estaba a este tiempo de espacio, que tres dellos tenía delante de sí tendidos. Finalmente, no osando los que quedaban atender la muerte que sus compañeros habían recibido, sin temer la botina, siendo aun más de doce los que quedaban, comenzaron a huir, y los tres caballeros los iban siguiendo diciendo:

—¡Traidores! Si no queréis la muerte, dejar os conviene esta noche el castillo con la fiesta que en él teníades.

Los caballeros teniendo aquél por buen consejo, lo hicieron así, saliéndose todos por un postigo falso que en él había. Los caballeros, sin quererles hacer otro daño, hicieron salir toda la gente de servicio que asimismo en el castillo estaba, no dejando sino solas las mujeres, a las cuales más muertas que vivas hallaron con temor de lo que habían visto. Y tomando los caballeros que muertos estaban, los cuales eran cinco, los echaron por las almenas, y a los que estaban heridos les abrieron el postigo para que pudiesen buscar su remedio. Y tornándolo a cerrar muy bien, se fueron a otro cuarto, dejando en aquél las dueñas y doncellas, porque con los llantos que hacían no los dejaban reposar aquella noche.

Y cenando de muchas cosas que aparejadas los escuderos en el castillo hallaron, se echaron en muy ricos lechos que aderezados tenían, quedando los escuderos que por su concierto velaron toda la noche por que ninguna traición pudiese serles hecha. Mas las dueñas y doncellas estaban sin este cuidado y en el castillo no había quedado persona de quien temerse, y así estuvieron hasta la mañana, que levantándose y siendo armados de todas sus armas, se fueron donde las dueñas y doncellas estaban, consolándolas del enojo que aquella noche les habían hecho, porque ellos no habían tenido la culpa, pues tan traidoramente los habían tratado en aquel castillo. Y dejándolas libremente se salieron del, sabiendo primero que la causa de la fiesta de aquella noche era unas bodas de una hija del señor del castillo con un caballero; y así el padre como el esposo eran huidos sin herida ninguna, que los convidados pagaron por entonces la culpa que ellos tenían.

¹⁷¹ No procede.

CAPÍTULO II-IX
DE LA CRUEL Y REÑIDA BATALLA QUE HUBO ENTRE OLIVANTE Y
EL CABALLERO Estraño, Y CÓMO SOBREVINIENDO LOS
CABALLEROS QUE HUYERAN DEL CASTILLO CONTRA ELLOS, LES
FUE FORZADO DEJARLA

DESPUÉS que los caballeros se despidieron de las dueñas y doncellas del castillo, subidos en sus caballos comenzaron su camino, yendo Olivante estrañamente pagado del caballero estraño, que, allende de la bondad que en él había visto, le parecía ser de los más bien apuestos y hermosos caballeros del mundo. Sus armas eran de mucha riqueza, que bien demostraban ser de muy alta guisa; llevaba en el escudo en campo azul una águila y un halcón debajo della, como si lo tuviese rendido, con una letra en derredor que decía: «Vencido soy sin vencerme de quien no puedo valerme». Asimismo el caballero iba mirando a Olivante y la devisa que en su escudo llevaba, y juzgábalo por caballero de muy gran valor.

Y desta manera caminaron juntos cuanto dos millas hablando en algunas cosas. Y llegando a un hondo valle que cerca de una floresta se hacía, yendo hablando Olivante y el caballero, vinieron a decir qué cosa era amor y los trabajos que por él en el mundo se padecían, tanto, que claramente conocieron el uno del otro estar prendados de sus fuerzas y sujetos a su voluntad, sin poder resistir el poder que contra todos los mortales tiene. Y queriendo cada uno dellos encarecer la pasión que padecía, el Caballero del Halcón dijo:

—Por cierto, señor caballero, no pienso yo que en el mundo haya persona que con más razón pueda quejarse y loarse deste tirano cruel que yo, porque con el mayor bien que pudo hacerme me dio el mayor mal que pudo causarme.

—¿Qué mal y qué bien son éstos? —respondió Olivante.

—Yo os lo diré —dijo el caballero—. El bien fue poner mis pensamientos en la gloria del merecimiento donde están subidos, que así como yo solo pude sentir el extremo del dolor y tormento que para gozarlo se requería, quiso se pusiesen en el extremo de hermosura y valor, porque no hay en el mundo quien con la causa de mi pena en esta parte pueda igualarse. Y ha sido el mal que cuanto más es subido su soberano merecimiento, tanto me aleja la esperanza de poder jamás cumplirse mi deseo de tenerla contenta para recibir el galardón que mis mortales ansias le merecen.

—Todo es bien empleado —respondió Olivante— donde tanto se merece, pues la pena es tan gloriosa que no deja sentirse sino para más descanso.

—Así es verdad —respondió el caballero—, que con sólo haber puesto los pensamientos en tan soberano lugar quedo pagado de lo que siento; que ni se puede más subir que donde yo llegué ni nadie podrá llegar, pues su penar no lo podrá merecer.

—No consiento en eso —respondió Olivante—, porque aunque la señora a quien amáis sea de tanto valor y merecimiento, no por eso dejará de haber en el mundo otra que le iguale y aun por ventura se aventaje; y la pena que en vos

encarecéis podría ser que, si pudiédeses sentir la que otros sienten, os parecería muy pequeña.

—Lo que yo he dicho, yo lo haré verdad —respondió el caballero— a cualquiera que lo contradijere.

—Pues en la batalla somos —respondió Olivante—, que tan gran sandez como la vuestra yo no podré sufrirla en perjuicio de muchos, y principalmente mío, que amo en lugar de más merecimiento que vos y siento la pena que vos no podéis sentir por no os ayudar la razón que yo tengo para ello.

—La batalla —dijo el caballero— no podréis vos escusar, para daros el castigo de las locuras y soberbias que habéis dicho. Y pues que en las obras se conocerá la verdad del engaño que recibís, procurad de defenderos, que yo os desafío hasta la muerte.

Y diciendo esto se enlazó el yelmo y tomó el escudo y lanza que su escudero tenía. Olivante hizo lo mismo, y ambos volvieron los caballos tomando del campo la parte que para la batalla les pareció más conveniente.

Al infante Aliazar le pesó en gran manera de ver la cosa en términos que la batalla no podía escusarse, y aunque se puso en aplacar la ira de los caballeros, le aprovechó poco. Los cuales vueltos los caballos y bien cubiertos de sus escudos, con las lanzas bajas arremetieron, hiriendo los caballos de las espuelas, con tanta furia y velocidad como el rayo que de las altas nubes descende. Y llegándose a encontrar en medio de la carrera, las lanzas fueron quebradas en medio de los escudos falsándoseles las lorigas, cuya fineza defendió que los cuerpos no padeciesen; las rajas subieron tan altas que casi se perdieron de vista, y topándose de los cuerpos y escudos, el encuentro fue tan poderoso que parecía haberse topado dos grandes rocas. Y quedando algún tanto desacordados, los caballos se pararon, mas tornando en su acuerdo les pusieron las espuelas, con que los hicieron pasar adelante, pareciendo a cada uno dellos nunca haber recibido golpe con tanta fortaleza como los de entonces. Y sacando las espadas, bien cubiertos de sus escudos, como rabiosos leones se fueron a herir con el esfuerzo de sus corazones y fortaleza de sus poderosos brazos, dándose muy mortales y desapoderados golpes hiriéndose con toda la saña y crueldad que podían, tanto, que el reteñir de las armas hacía sentirse con la respuesta del eco en las concavidades de aquel hondo valle, y el fuego que de la fineza de los yelmos hacían salir las espadas era cosa de grande espanto para los que los miraban. Los escudos y lorigas, aunque muy fuertes y de fino acero eran, hacían parecer el campo lleno de las rajas y malla que las espadas cortaban, quedando heridos en algunos lugares del cuerpo, de que las armas a poco espacio tenían teñidas de sangre, pareciendo imposible que ninguno dellos, habiendo fin la batalla, pudiese salir con la vida.

Así anduvieron hiriéndose, haciéndose muchas veces inclinar las cabezas hasta los pechos, abollando los yelmos, despedazando las armas y las carnes con ellas, sin descansar hasta hora de mediodía, que ya de cansados los caballos no los podían menear a una parte ni a otra. Lo cual como por ellos fuese sentido, ambos de un acuerdo se apearon dellos, tornando a hacer su batalla con la misma braveza

y furia que si entonces la comenzaran, andando¹⁷² en ella así a pie más de dos horas sin que ventaja ninguna de la una parte a la otra pudiese conocerse.

El infante Aliazar lloraba en su corazón de ver tan cierta la muerte de dos caballeros los mejores que jamás en el mundo había visto, y buscaba maneras con que despartirlos, pues la causa era de tan poca calidad. Mas a ellos les parecía de tanta que ninguno dejara de perder mil vidas, si tantas tuviera, antes que no salir al cabo con la empresa que habían tomado. Los escuderos lloraban de ver a sus señores en tanto peligro, temiendo cada uno dellos perder el suyo. Mas ellos no olvidando por eso la valerosidad de sus corazones, con gran furia se acometían y con mucha maña se guardaban, con gran fortaleza se herían; soltando algunas veces las espadas, probaban las fuerzas de sus poderosos brazos, andándose revolcando muchas veces por el campo dando vueltas a unas partes y a otras; mas hallando tanta igualdad en las fuerzas que las unas a las otras no podían sobrepujarse, se tornaban a levantar, tornando como de nuevo a herirse, tanto, que el cansacio del trabajo y el sol, que era lo que más los fatigaba, les hizo apartarse uno del otro por tomar aliento. Y echados encima de los pomos de las espadas se estaban mirando, contemplando y pensando cada uno dellos en la soberana virtud y fortaleza de armas que en su contrario había hallado, temiendo cada uno dellos perder en aquella estraña batalla la vida.

El caballero estraño estaba entre sí diciendo estas palabras:

—Don Padasán de Lidia, mostrar te conviene las fuerzas y esfuerzo que de la virtud de tu presumpción han de nacer con la memoria de la vista de aquella tu Tirseida, que en ti pudo engendrar el poder y gran esfuerzo que sin ella por sí mismo sería vencido. Mira que tienes delante el más valeroso y esforzado caballero que jamás has visto; mas, pues la razón te ayuda, ten esfuerzo en ella para que la que a ti te sobra y a él falta le dé a conocer su gran locura, que sobre tal caso a hacerlo verdad te conviene. ¡Oh mi Tirseida!, que pues yo quedé solo en el mundo reservado del engaño que los otros reciben, mostrando en ti lo menos de las figuras ajenas para negarles lo más, que es la tuya propia para mí, que por la pena solo merezco servirte, dame, señora, el favor que de la sabrosa memoria de tu vista puede venirme, pues por otra parte mis fuerzas y esfuerzo con tan soberana virtud y bravo corazón de caballero podrían valer muy poco; y si no, no quiero recibir menos gloriosa muerte que defendiendo cosa que a tu servicio tocare, la cual más cierta que la vida siento delante de mí si de ti me falta el socorro y favor que te pido y espero.

Olivante por otra parte estaba como atónito y espantado de ver la resistencia y ánimo que en su contrario hallaba, y juzgábalo por el mejor caballero que jamás hubiese visto. Y lo que más cierto tenía era que ambos perderían la vida, según estaban heridos y fatigados. Y asimismo decía entre sí:

—Sol que alumbraste la escuridad de mi entendimiento para conocer la razón que de ti procede, pon esfuerzo al que sin ti no puede tenerlo para defender que la sinrazón contraria contra las pocas fuerzas mías sin las tuyas no prevalezca, pues yo por mí sin ti no basto ni aun para cosa que menos peligro y afán me pusiera.

¹⁷² Orig.: 'adonde' (115v).

¡Oh soberana y excelente princesa Lucenda, dechado de perfición y hermosura sobre todas las nacidas en el mundo!, pon esfuerzo a mis pequeñas fuerzas para que en cosa de tu servicio no desmayen, porque con mejor voluntad perderé la vida que consentir cosa que en perjuicio de tu soberano merecimiento pueda hallarse; que pues el atrevimiento osó subir donde sin merecerlo le diste el favor que como tuyo te¹⁷³ sirviese, como tuyo quiero perder la vida, con que, según la merced que recibí de tu mano, te serviré poco lo que soy obligado.

Y diciendo esto, tornando los dos animosos caballeros a aderezarse los yelmos y embrazando lo poco que de los escudos les había quedado, se fueron el uno contra el otro tan inflamados en ira y con tanta virtud de fortaleza y ardimiento como si entonces comenzaran de nuevo la batalla. El Caballero del Halcón, con deseo de dar fin a su intento, dio un tan poderoso y extraño golpe a Olivante sobre un canto del escudo, que, cortándoselo hasta las embrazaduras, descendió la espada sobre el yelmo con tanta fuerza que, entrando por él algún tanto, le hizo una pequeña llaga en la cabeza; mas fue tal que la una rodilla con la gran fortaleza le hizo poner en el suelo. Olivante sintiéndose mal dél y pareciéndole que a su enemigo en lugar de menguarle las fuerzas se le acrecentaban, le tornó con el pago, dándole con tanta saña y braveza tan desapoderado golpe sobre el escudo y el yelmo, que si por su mucha fineza no fuera, con él se acabara la batalla juntamente. El caballero quedó algún tanto herido y tan desatinado que puso las manos en el suelo; mas el temor de la muerte le hizo levantarse, sin que Olivante por entonces más daño pudiese hacerle. Y tornando a herirse como de primero, anduvieron en la batalla hasta tres horas después de mediodía, que no hubiera otros dos caballeros en el mundo que tanto trabajo y afán pudieran sufrir. El Caballero del Halcón andaba ya algún tanto cansado, mas no de manera que no ofendiese a su contrario y se defendiese dél con tanta viveza y ardimiento como uno de los buenos caballeros del mundo que era.

Pues andando desta suerte encendida la batalla, tal que gran lástima ponía a los que la miraban, volviendo los ojos el infante Aliazar, por un recuesto abajo no muy lejos de sí vio descender con muy gran furia un tropel de hasta treinta caballeros, todos bien armados, y con las lanzas bajas venían a grandes voces diciendo:

—¡Traidores! Aquí pagaréis la traición y villanía que anoche nos hecistes y las muertes de los que mucho más que vosotros valían con dejar las vidas en pago dellos; aunque será poca la satisfacción para tan yerro y maldad como la vuestra.

El infante Aliazar viendo el peligro que a tiempo de tanta necesidad se les ofrecía, llegándose a los caballeros que haciendo su rigurosa batalla estaban, les dijo:

—Por Dios, señores, que a tiempo de tanta necesidad y peligro dejéis de ejecutar la braveza y saña de vuestros corazones y mirad el trabajo que se os ofrece al presente, que éstos son los caballeros que del castillo huyeron, con otros muchos que vienen en su ayuda, los cuales sin ninguna piedad se querrán satisfacer de nosotros quitándonos las vidas si defender no las supiéremos.

¹⁷³ Orig.: 'se' (116r).

Los dos esforzados caballeros viendo la justa razón que para dejar la batalla tenían, sin contradicción ninguna se apartaron el uno del otro, y subiendo en los caballos, que los escuderos aparejados les tenían, se aderezaron sus armas lo mejor que pudieron, teniendo por cierto que, según estaban heridos y cansados, se les acercaba la muerte; mas antes pensaban hacer tan cruel venganza que sus ánimas fuesen descansadas.

CAPÍTULO II-X

CÓMO ESTANDO LOS TRES CABALLEROS EN MUY GRAN PELIGRO DE MUERTE FUERON SOCORRIDOS POR DOS CABALLEROS QUE EN AQUELLA NECESIDAD LOS AYUDARON, Y DE QUIÉN ERA EL CABALLERO Estraño

EL infante Aliazar, que muy cerca con grande apellido¹⁷⁴ vio venir los caballeros, tomando la lanza que su escudero traía, salió delante de todos diciendo:

—¡Caballeros malos y traidores, en mal punto para vuestras vidas cometéis la maldad y traición presente, de la cual no sacaréis otro fruto que el de vuestros compañeros, que será la muerte!

Y bajando su lanza, al primero que delante halló, que era el señor del castillo, le dio tan poderoso encuentro, que la lanza le pareció a las espaldas; y sacándola sana, hizo lo mismo en el segundo, en el cual fue quebrada. Y como de más de diez lanzas de los contrarios fuese encontrado en muchas partes, le convino venir al suelo y con dos llagas muy pequeñas; mas avínole tan bien que, llevando las riendas en la mano, tornó luego a subir en él y a herir en ellos. Los cuales como fuesen muchos y todos los que quedaban juntamente hubiesen encontrado a los dos caballeros, que sin lanzas estaban, al Caballero del Halcón hicieron venir a tierra, y Olivante, si no se abrazara al cuello del caballo, hiciera lo mismo. El cual con la espada bien apretada en la mano, a uno que delante de sí halló le dio tan poderoso golpe encima del yelmo, que, hendiéndoselo con la cabeza, le hizo venir a tierra; mas antes que cayese, le azió del escudo, que, quedándole en la mano, porque del suyo no le había quedado ninguna cosa, se puso por amparo del caballero estraño, que a pie estaba. Y pasándose Aliazar de la otra parte, encendidos en ira de verse en el extremo de la muerte, hacían cosas que no hombres, mas diablos parecían, no dando golpe ninguno de que no tulliesen o matasen caballero, tanto, que en poco espacio tenían los siete dellos delante de sí muertos; mas los que quedaban, como fuesen muchos, los ponían en mucho aprieto, porque con el cansacio que ellos y los caballos de la batalla pasada tenían no podían menearse ni sus fuerzas les ayudaban como quisieran.

¹⁷⁴ Griterío.

A esta hora el caballero extraño pudo cobrar un caballo de los que sueltos andaban, y subiendo en él, parecía que en aquella hora comenzase la batalla, y Olivante se espantaba de ver su grande ardimiento y la fuerza de sus poderosos golpes, tanto, que los caballeros, escarmentados, no osaban así llegarse como de antes. Y los tres estaban guardándose las espaldas los unos a los otros, que como toros en el coso eran acometidos por muchas partes de aquella traidora gente. Mas aunque ellos se defendían con valerosos ánimos, los contrarios eran tantos y ellos tan fatigados de la batalla en que estaban los dos cuando los acometieron, que mucha duda tenían de salir de aquella trabajosa afrenta.

Mas a esta hora, como el soberano Criador del cielo y de la tierra no quisiese permitir que aquella tan gran traición fuese al cabo, trajo por aquel camino dos caballeros, los cuales viendo el peligro en que los caballeros estaban y conociendo a Darisio, que con muchas lágrimas lloraba el peligro en que su señor estaba puesto, arremetieron los caballos con tanta ligereza como si alas tuvieran, y metiéndose entre ellos con las lanzas bajas, a los dos que delante hallaron los encontraron tan poderosamente que no hubieron menester maestros. Y metiendo mano a las espadas comenzaron a dar golpes a diestro y a siniestro diciendo:

—¡Traidores, aquí moriréis todos a mala muerte, que no llevaréis al fin que pensábades vuestras dañadas intenciones!

Los tres caballeros viendo la buena ayuda que les era llegada, cobrando nuevas fuerzas comenzaron a hacer tales maravillas que los contrarios, viendo lo uno y lo otro, desmayaban con temor de los poderosos y mortales golpes que recibían, y faltando ya los quince dellos, los que quedaban procuraban más defenderse que ofender, perdiendo la soberbia con que habían llegado. Olivante andaba como muy bravo león, dando la muerte a muchos dellos, que no parecía que en todo aquel día hubiese peleado. Los caballeros viendo ir su partido tan mal que de allí no esperaban otra ganancia que perder las vidas, queriéndolas más guardar que las honras ni la fama, la cual volviendo las riendas a los caballos tuvieron en menos que todo, echando a huir a rienda suelta se metieron por lo más espeso de la floresta.

Los cinco caballeros viendo su hecho acabado no curaron de seguirlos, y también porque la noche se venía acercando. Mas quitándose todos ellos los yelmos, Olivante conoció luego los dos caballeros que en su ayuda habían venido, los cuales eran el su bueno y leal compañero Peliscán, y el otro el príncipe Grisalter de Suecia, que después de partido de la corte del Emperador juntándose los dos, habían hecho cosas extrañas y maravillosas en armas, tanto, que su fama y gran nombradía por todas aquellas partes era muy publicada, hasta llegar a la sazón que habéis oído, donde tanto provecho pudo hacer su venida; que como Olivante los conoció, no se podría decir la grande alegría y contentamiento que así los unos como los otros recibieron, y recibándose con los brazos abiertos, estuvieron una pieza sin poder hablarse. Y Peliscán que vio cumplido su deseo, dijo contra Olivante:

—La razón que, señor, tenemos de quejarnos de la sinrazón que en vuestra partida a los que serviros deseamos nos hecistes, quiero dejarla para tiempo más

desocupado, que agora, según os veo malparado, lo mejor será que entendamos curar de las heridas que tener os veo.

—Mi buen señor y amigo —respondió Olivante—, como la causa por que las recibí, cuanto a la razón esté determinada, no lo está para la satisfacción de aquel buen caballero que mantiene lo contrario, sobre lo cual estábamos haciendo nuestra batalla cuando destos desleales caballeros fuimos acometidos de la manera que nos hallastes, que por salvar las vidas la dejamos hasta agora que, con no haber quien nos estorbe daremos fin a la demanda con la fin del uno o de ambos, pues otra satisfacción no basta.

—No estoy yo fuera de esa voluntad —respondió el Caballero del Halcón—, porque yo pensaba pedir lo mismo que vos, señor caballero, me habéis pedido. Y pues que así es, este poco de tiempo que nos queda podemos gastar en obras y no en palabras.

—Esa batalla no consentiremos por agora —respondió Grisalter—, que ni vuestra disposición ni el tiempo ni la batalla pasada lo consiente. Y si la causa fuere de calidad que por batalla convenga ser determinada, asaz de tiempo os quedará para poderla hacer; que no me ayude Dios si yo por agora os dejare poner en más peligro vuestras vidas de aquel en que os hemos hallado.

Mucho porfiaron los caballeros por no venir en lo que Grisalter de Suecia les pedía, mas no pudiendo hacer menos, porque con grande instancia porfió así él como Peliscán la paz, lo hubieron de hacer, quedando concertados que dentro de un mes se hallasen en la corte del rey Aureliano no habiendo justo impedimento que les pudiese estorbar, donde se podría determinar la quistión que habían comenzado.

Pues dado este asiento, los escuderos ataron a los unos y a los otros las llagas que tenían, y despidiéndose el Caballero del Halcón de los cuatro caballeros, se metió por un ancho camino de la floresta con mucha pena de no haber vencido al caballero con quien batalla hiciera. Y bien veía que si la batalla fuera al cabo no pudiera bien librar della; mas con todo eso quisiera ver el fin, y decía entre sí que el Caballero del Corazón Partido era el mejor que armas trajese en el mundo. Pues desta manera caminó hasta dos horas de la noche, que llegó a un monesterio de frailes donde fue recibido y curado con toda voluntad. Y a cabo de quince días, despidiéndose de allí, se fue buscando aventuras por el mundo, dándoles fin como uno de los mejores caballeros que en él había.

Agora la historia quiere que sepáis que este caballero era hijo del rey de Lidia; había nombre don Padasán. Siendo doncel oyó decir de la aventura del Purgatorio de Tirsés, la cual supo muy por estenso de algunos mercaderes de aquel reino que en la isla tenían su contratación, y teniendo mucha voluntad de ser armado caballero, teniendo ya edad de deciocho años, siendo muy apuesto y hermoso doncel, y tan diestro en todas maneras de armas que se esperaba dél, siendo caballero, que las ejercitaría con tanta virtud y fortaleza como cualquiera del mundo, el rey su padre le cumplió su voluntad dándole la orden de caballería. Y así recibida, sin que ninguno lo sintiese, con sólo un escudero se fue buscando las peligrosas aventuras, dando fin a muchas dellas, andando por muchas provincias y reinos hasta que la ventura lo trajo a la isla de Landas, donde, yendo a ver el

Purgatorio Tirsiano, halló cómo ya Olivante había dado fin en aquella aventura. Mas por ver los grandes secretos y cosas maravillosas que le decían que dentro había, se entró por la niebla que ya vos contamos que ante el castillo estaba; y llegando a la huerta, no le acaeció con la hermosa Tirseida lo que a los otros; antes sin mudar su figura, en la suya propia se le mostró tal que, robándole su libertad, le hizo sujeto desde aquella hora de su hermosa vista, tirándole con el arco que en la mano tenía de manera que, heridos los ojos y el corazón, salió de allí tal que le parecía ser otro que hasta allí. Y no viendo remedio para desencantar aquellos príncipes se partió de allí, andando por muchas partes hasta venir al castillo donde Olivante le halló con el engaño que habéis visto; y de allí vinieron a la peligrosa batalla, en la cual se mostró tan esforzado caballero que pocos hubiera que de aquella manera contra las poderosas fuerzas de Olivante pudiera mantenerse. Y cierto, era uno de los mejores caballeros que armas traían y con quien el extremo de bondad en las armas que era el valeroso caballero Olivante se vio en más trabajo las veces que con él hubo batalla, como adelante lo contará nuestra historia.

CAPÍTULO II-XI

CÓMO PELISCÁN Y GRISALTER DE SUECIA Y ALIAZAR JUSTARON CON DOCE CABALLEROS POR CAUSA DE UNAS DONCELLAS, Y DE LO QUE ENTRE PELISCÁN Y UNA DELLAS PASARON

EL animoso caballero Olivante quedó con mucha congoja de ver que el Caballero del Halcón tan a su honra se había partido dél, que por ninguna cosa del mundo quisiera dejar de fenecer la batalla; mas viendo que no se podía hacer otra cosa, no lo mostró por entonces. Y después de atadas las heridas, todos cuatro compañeros tomaron el camino hacia una villa que cerca de allí estaba, donde llegaron a tres horas de la noche; y en ella estuvieron curándose de sus heridas doce días, en fin de los cuales, ya bien guaridos y las armas renovadas con las mismas devisas que de antes, se partieron de allí guiando hacia la corte del rey Aureliano, porque Olivante, allende de la sospecha con que vivía, tenía muy gran deseo de verle y servirle.

Y habiendo caminado tres jornadas sin acaecerles aventura que de contar sea, yendo al cuarto día por la mañana Peliscán contando a Olivante cómo después de su partida Silvano fuera armado caballero y de las otras cosas que le habían acaecido, de que no poco contentamiento y alegría Olivante recibió, no muy lejos de sí vieron venir una compañía de doce caballeros, todos ellos muy bien armados con unas armas y sobreseñales negras, sin otra color ninguna. En el escudo, que el campo asimismo era negro, traían una banda y una letra que decía: «De venganza». Todos parecían muy apuestamente. En medio de sí traían dos doncellas asaz hermosas y ricamente ataviadas. En sus palafrenes venían hablando con los caballeros, los cuales procuraban con las mejores palabras que sabían

contentarlas y atraerlas a su voluntad; mas ellas, como sabias, respondiendo graciosamente se defendían tomándolo a manera de burla, aunque algún temor tenían de pensar que los caballeros serían desmesurados contra ellas. Y viendo venir los cuatro caballeros contra sí, pareciéndoles que si en batalla los mezclasen tendrían tiempo de poder huir y apartarse de aquella compañía que ninguna cosa les agradaba, dijeron contra los caballeros:

—Aquí no es menester más palabras ni ofrecimientos, que si nosotras quisiésemos cumplir vuestra voluntad sería poner diferencia sobre cuáles dos nos habían de llevar. Yo quiero partir esta contienda con que los dos caballeros que de entre vosotros derribaren los cuatro que por el camino vienen, les otorgaremos nuestro amor sin que para ello hagamos resistencia. Y también queremos que salgáis a la justa por el concierto en que nosotras os pusiéremos, por que si los caballeros fueren tan valientes que por ventura se tuvieren en las sillas, no haya porfía sobre cuál saldrá primero a volar.

—¡Para Santa María —respondió el uno dellos— yo pienso, siendo el primero, quitar a mis compañeros de ese trabajo, y después yo podré escoger el uno dellos con quien poder partir la presa!

—Eso quiero yo ver —dijo la doncella—, que si tan prestas tenéis las obras como las palabras, yo me doy por ganada para vuestra amiga.

El caballero, adelantándose un poco de los otros, llegó donde Olivante y sus compañeros venían. Después de saludarlos, y ellos a él, les dijo que se aparejasen a la justa, que en derribarlos de los caballos estaba ganar por amiga la más hermosa doncella que en aquel reino había, y contoles el concierto que con ella todos los doce tenían hecho. Los cuatro caballeros no pudieron tener la risa de ver la necia demanda que el caballero traía, y Peliscán le dijo:

—Por Dios, señor caballero, a nosotros nos pesa que por el provecho vuestro queráis nuestra mengua en que probemos el suelo, que está muy duro y nosotros mal acostumbrados de tener tan malos lechos. Mas, pues que así lo queréis, querría saber si nosotros derrocamos a vosotros podremos hacer de las doncellas sobre quien es la contienda también a nuestra voluntad.

—Eso será en su mano dellas —respondió el caballero—, que nosotros no les queremos hacer más fuerza de la que ellas por su grado quisieren hacerse.

Las doncellas, que ya a estas palabras eran llegadas, pareciéndoles los cuatro caballeros de alta guisa y en quien habría toda bondad y medida, dijeron que querían ponerse en aquella aventura, con tal que por su causa no viniesen a la batalla de las espadas, que no querían por ellas la muerte de ninguno dellos. A todos los caballeros les pareció bien el dicho de las doncellas, y Peliscán, como había tomado la mano en el responder, lo quiso hacer en las obras; y teniéndolo todos ellos por bien, volvió las riendas al caballo; tomando del campo lo necesario, volvió contra el caballero, que asimismo venía bien aparejado, y encontrándose en medio de la carrera, las lanzas en los escudos se hicieron muchas piezas, mas el caballero negro sin resistencia vino a tierra, dando una tan gran caída, que gran pieza estuvo sin menearse, tanto, que todos pensaron que fuese muerto; mas, quitándole el yelmo, como le dio el aire tornó luego en sí.

Las doncellas se reyeron mucho desto, diciendo algunos donaires de que los caballeros estaban muy corridos. Y señalando a otro, salió luego, y hallando al buen caballero Peliscán, que había tomado otra lanza, le acaeció con él lo mismo, quedándole sana. No tardó en salir el tercero, el cual no hizo menos que sus compañeros, en el cual la lanza se hizo menudas piezas, y tomando luego otra, con el cuarto caballero se dieron tan poderosos encuentros, que el caballero vino al suelo y a Peliscán se le quebraron las cinchas, quedando la silla suelta; mas él se tuvo tan bien que con todo aquello no vino al suelo.

Como esto vio el infante Aliazar, salió delante poniéndose en el lugar de Peliscán, y de la misma manera derribó los otros cuatro caballeros, de que las doncellas no poco contentas estaban. Y llegándose a los cuatro que quedaban, les dijo la una dellas:

—¡Oh señores caballeros, de mi consejo, por la muestra que habéis visto, no compraréis la mercadería! Y si todavía porfiáredes, no tendréis que quejaros de los mercaderes ni de los terceros que no os desengañan avisándoos de lo que os conviene.

—Señoras doncellas —respondió el uno—, no podremos dejar de tentar la ventura, que podría ser tal con nosotros, que lo que todos no han podido podrá hacer uno de los que quedan.

—Eso será rodar más —dijo la doncella—, y así creo yo que lo haréis vos si allá vais.

—De cualquiera manera que me avenga —respondió el caballero— pienso luego probarlo.

Y hecho esto se puso donde los otros. Y halló contra sí al príncipe Grisalter, que por ruego suyo Aliazar se había quitado, porque él quería recibir parte de la honra que de allí podían llevar. Olivante estaba muy contento de lo que sus compañeros habían hecho, y lo mismo esperaba que el príncipe Grisalter haría de los que quedaban, y riéndose contra las doncellas, les dijo:

—Mis buenas señoras, yo creo que mis compañeros quitarán a mí de trabajo y a vosotras de cumplir con estos caballeros lo que pensaban. Mas, pues que no deben más de hacer su poder hasta el fin de sus fuerzas, no por eso deben ser tenidos en menos, ni es justo que no les agradezcáis la voluntad con que por ganaros se han puesto en ésta fatiga.

—Eso les agradecemos menos —respondió la doncella—, porque la bondad que en ellos había era enderezada en su provecho y en mengua nuestra; que si Dios no os trujera por este camino, no sé en qué parara su buena crianza con nosotras.

Olivante se rio desto, y no respondió por mirar que los caballeros partían el uno contra el otro; mas el caballero negro, por que sus compañeros no le hubiesen envidia, dejó también la silla de su caballo, y lo mismo en tres carreras hicieron los otros tres que quedaban, de que muy corridos y afrentados los doce caballeros se hallaron.

Las doncellas viendo su pleito tan bien acabado, volvieron las riendas a los palafrenes diciendo:

—Señores caballeros negros, donde hay tanta tristeza como en vuestras armas parece siempre acaecen desastres, porque los unos se juntan a los otros. Y pues

estos caballeros supieron mejor ganarnos que vosotros defendernos, fincad a Dios, que nosotras nos vamos en su compañía, según el partido que hecimos.

—A la mala ventura vais —respondió el que primero cayera—, que si mucho tiempo quisiéredes acompañarles, ellos se hartarán presto de vosotras, que sois tales que por vuestro poco valor no nos pornemos más en batalla con ellos, aunque está visto que pudieran poco defenderos aunque ahora supieron bien ganaros.

—De cualquier manera —respondió Peliscán— os agradecemos vuestro buen comedimiento; mas, pues que ellas quieren nuestra compañía, no la negaremos hasta hallar quien en venganza vuestra y injuria nuestra pueda apartarlas de nosotros.

Y dejándolos con esto, procurando tomar los caballos, que sueltos por el campo andaban, volvieron las riendas a los suyos, y las doncellas a sus palafrenes, prosiguiendo su camino hablando en muchas cosas de placer. Y las doncellas, viéndolos sin yelmos tan apuestos y hermosos caballeros, quedaron como atónitas, y principalmente de la hermosura de Olivante, porque les pareció, como era verdad, el más apuesto y hermoso caballero que jamás en su vida hubiesen visto. Y aquella doncella que más hermosa y graciosa era, volviéndose contra él, le dijo:

—Yo pienso verdaderamente que si vuestras manos tienen tal fuerza con los caballeros como vuestra vista con las doncellas, que así como estos tres caballeros os quitaron, señor caballero, de trabajo, fue ganaros por la mano, anteponiéndose para recibir parte de lo que, siendo vos primero, pudiera quedarles poca. Y pues que yo estoy prendada desta sospecha, satisfacerme quiero acompañándoos hasta ver si pueden tanto las manos como los ojos, porque desta manera yo os juzgaré por el mejor caballero del mundo, como ahora os juzgo por el más hermoso y apuesto que en él hay.

—Mi buena señora —respondió Olivante—, afición os puede engañar así en lo uno como en lo otro, porque si yo alguna cosa pudiera más hacer, no creáis que yo fuera tan perezoso para perder la honra que se ha ganado si la pudiera ganar; mas, si cosa que a vuestro servicio tocase se ofreciese, no dejaría de hacer lo que pudiese.

—Muchas mercedes —respondió la doncella—, que quien tanta hermosura y mesuradas razones tiene no creo que le faltarían las obras cuando fuesen menester.

Hablando en estas y otras sabrosas pláticas caminaron todo aquel día, en el cual yendo Peliscán muy pagado de la doncella que con Olivante hablaba, tales cosas le supo decir, que la trajo a su voluntad, prometiéndole hacer todo lo que le mandaba. Pues ya cerca de la noche llegaron a un hermoso y bien obrado castillo que cerca de la ribera de un río estaba, y las doncellas les dijeron que aquel castillo era de su madre y que en él podrían albergar aquella noche. Los caballeros lo aceptaron de buena voluntad, y en entrando dentro, como la madre de las doncellas vio aquella rica compañía que con sus hijas venía, los recibió con mucha fiesta y alegría, siéndoles hecha toda la honra y servicio que podían. Y después que hubieron cenado, siéndoles aderezados muy ricos lechos, los llevaron a ellos. Y la doncella que la promesa que a Peliscán tenía hecha no había olvidado, como vio que todos los del castillo y asimismo los caballeros dormían, levantándose de su lecho se fue para la cámara de Peliscán, y hallando la puerta abierta, como entre ellos había quedado y concertado, se recibieron con gran fiesta y alegría. Y siendo

Peliscán muy pagado de la doncella, que muy graciosa y hermosa era, gozó della toda aquella noche con mucho contentamiento hasta que vino la mañana, que los caballeros a ruego de la doncella, que con mucha instancia lo porfió, le prometieron de estar allí holgando tres días, que fue causa del bien que adelante oiréis.

CAPÍTULO II-XII

CÓMO OLIVANTE Y SUS COMPAÑEROS SUPIERON LA TRAICIÓN QUE CONTRA EL REY AURELIANO SE APAREJABA, Y CÓMO PARTIERON DEL CASTILLO CON PROPÓSITO DE REMEDIARLO

PARA entender lo que adelante contará la historia es bien que se sepan primero algunas cosas que en la corte del rey de Macedonia acaecieron. El cual, después que suelto de la prisión del jayán Buciferno y venido en su reino, habiendo enviado a la corte del emperador Arquelao a la preciada y hermosa infanta Galarcia su hija, como ya se ha contado, con el mayor reposo y sosiego que podía gastaba su tiempo, procurando tener siempre tan contentos a todos los del reino, que nunca reyes como él y la reina Rosiana tan amados habían sido de todos sus vasallos. Y el mayor deleite y contentamiento que tenían era del hermoso y estremado doncel don Rosanel de Briana su hijo, que tan apuesto y bien hecho era, y dotado de tantas gracias, que parecía la naturaleza haberse esmerado en pintarle, sin que ninguna falta, así en hermosura de cuerpo como en abundancia de virtudes y fortaleza de ánimo en él hubiese; y la esperanza que dél se tenía después que armado caballero fuese, que sería uno de los mejores que en el mundo hubiese.

Pues como el infante don Rosanel fuese en este tiempo de edad de quince años, en los cuales juntamente con otros muchos donceles de la misma edad se había ejercitado en el ejercicio de las armas, estando tan diestro cuanto para recibir la orden de caballería se requería, había entre los donceles que dijimos dos hijos del conde de Altarroca, muy gran señor en el reino de Macedonia, el mayor llamado Teobaldo, y el menor Darintel de Altarroca, a los cuales el rey Aureliano hacía tan buen tratamiento como a su hijo propio, teniéndolos en su palacio y haciéndolos servir como si él mismo fuera, esperando darles la orden de caballería cuando don Rosanel la recibiese, porque por esta causa eran ahí venidos.

Tenía la reina Rosiana una doncella asaz hermosa y bien apuesta en su palacio, y muy privada suya, que se llamaba Lupercia, de quien Teobaldo, no siendo en su poder la resistencia contra las poderosas fuerzas del cruel amor, se enamoró fuertemente, tanto que, perdiendo todos los sentidos, los ocupaba solamente en contemplar la gran hermosura de Lupercia. Y así, trasportado del que solía, andaba tan ajeno de sí que todos le conocían su gran mal; mas él lo sabía disimular tan bien que sólo su hermano Darintel de Altarroca era sabidor dello, el cual viéndolo con tanta pena y desesperación, lo consolaba lo mejor que sabía. Y tanto hizo

Teobaldo, que Lupercia vino a saber que ella era causa de su cruel pasión y congoja; la cual no queriendo que aquel gentil doncel se pudiese quejar de haber hallado en ella ingratitud, le comenzó a hacer tantos favores, estando muy pagada dél, que Teobaldo vino a perder las tristezas pasadas cobrando una nueva alegría, con que muy más contento que de antes se hallaba. Y tantas veces los dos se hallaron, dándose a entender el amor que el uno al otro tenían, que concertaron, teniendo tiempo aparejado para ello, poner en efecto la ejecución de sus amores. Y estando entrambos placenteros con este concierto, acaeció que el infante don Rosanel asimismo se pagó tanto de la estraña hermosura de Lupercia, que, no pudiendo refrenar el apetito con que la sinrazón del amor a la razón de la obligación sojuzgaba, todo su cuidado era puesto en Lupercia, no sabiendo qué manera tener para poderse apartar desta voluntad, o, ya que él la tenía, poderla satisfacer para no vivir con el tormento que por esta causa padecía.

Muchos pensamientos le venían a don Rosanel sobre esta razón, y el que más le consolaba era pensar que en siendo armado caballero se iría de la corte y que, estando ausente, podría olvidar la congoja que entonces tenía. Y con este propósito se pasaron algunos días, sin que Lupercia dél sintiese alguna cosa más de lo que de los ojos de don Rosanel, a quien la demasiada fuerza del amor guiaba, se podía sentir. Y avino así que una noche que Lupercia con Teobaldo tenía concertado de la manera que más a su voluntad le podría hablar, que era por una ventana baja de su aposento que en un callejón angosto y sin salida que a las espaldas del palacio cerca del muro se hacía, don Rosanel, a quien el nuevo cuidado no dejaba reposar como quisiera, armado de unas armas secretas, con su espada y escudo disfrazado, que por ninguna vía podía ser conocido, se salió a pasear por la ciudad de Brisea, y como la noche hiciese muy oscura, a muy gran rato della se fue hacia aquella parte que dijimos, pensando que por ventura Lupercia se pararía a aquella ventana, donde podría gozar del deleite que sus ojos en mirar su gran apostura sentían. Y entrando por aquella calle, al cabo della, en un rincón escondido, encima de una piedra se sentó, adonde, aunque junto cabe él estuviese, así por el lugar como por la gran oscuridad de la noche, en ninguna manera podía ser visto. Y no hubo estado mucha pieza cuando Teobaldo y Darintel de Altarroca, su hermano, llegaron, bien aparejados de armas; y traía Teobaldo una arpa, que a maravilla la sabía bien tañer, con la cual parándose delante de la ventana que ya dijimos, tañendo graciosa y suavemente un rato, comenzó después a cantar esta canción:

Después que mi vista os vio,
con el dolor que sentí
la vida no quiero yo,
la muerte no quiere a mí.
Ando huyendo la vida,
que es vida sin esperanza
cuando en ella no se alcanza
remedio de la herida
que causa desconfianza;
porque la vida murió

después que, señora, os vi,
que la vida está sin mí,
la muerte no hallo yo.

Como Teobaldo hubo acabado de cantar, Lupercia, que escuchándolo había estado, teniendo determinado de satisfacer a la cruel congoja y rabioso tormento que por su causa mostraba padecer, le dijo muy paso que de ahí a una hora, que toda la gente estaría reposada, se volviese, que ella se pondría a cualquier peligro por sacarle del que decía. Teobaldo, besándole las manos por la merced que le prometía, se tornó a ir con Darintel de Altarroca.

El infante que todo lo pasado había muy bien visto y oído, estaba como fuera de sí de pasión, no sabiendo en qué se determinar, porque por una parte el amor de Lupercia le acusaba, juntamente con la ofensa que al real palacio de su padre se hacía; por otra, la amistad que a los dos hermanos tenía le refrenaba la ira, considerando que las leyes de amor fuerzan romper las que la obligación y virtud tienen ordenadas. Y entre sí decía:

—¡Ay amor, cuán sin amor estás de los que más te aman! ¡Cuán mal pagas a los que más te quieren! ¡Qué desamor tienes a los que más te sirven! ¡Qué ingratitud con los que más te obedecen! Tienes las obras contrarias del nombre; que los que con él halagas, con él das dolorosa y mortal pasión y pena. Lo mejor es tener la ley contigo que tú con todos tienes, que es no tener ninguna, para, con no tenerla, tener libertad de tratarte como tú tratas a los que a tu obediencia se someten. Y pues que a Teobaldo con Lupercia has querido favorecer más que a mí, yo quiero darme tan poco por ello cuanto tú te das por mi congoja, dejándote usar a tu voluntad, pues yo pienso usar de la mía de aquí adelante libremente.

Y acabando de decir esto se levantó para irse; mas Teobaldo y Darintel venían a tal hora, y el infante, por no ser visto y por ver en qué paraba el concierto, se tornó muy paso a su lugar. Teobaldo y Darintel de Altarroca llegaron, y después que un rato hubieron estado parados delante de la ventana, Lupercia sale, y habiéndolos conocido, desde la ventana deja caer una escalera de cuerda por la cual a Teobaldo dice que suba; el cual aparejando sus armas lo mejor que pudo, muy prestamente lo¹⁷⁵ hizo. Y como ya llegase al medio de la escala, la ventura, que todas las cosas ordena a su voluntad, teniendo a don Rosanel con lo que veía tan fuera de su sentido que otra cosa no fue en su poder, sin sentirlo dio un tan gran suspiro que las entrañas parecía llevar consigo; el cual como Teobaldo oyese, bajando prestamente, sacando la espada él y Darintel, se fueron hacia aquel lugar donde oído lo habían, y viendo estar allí al infante don Rosanel, Teobaldo, muy airado, sin decirle ninguna cosa lo acomete. Y el infante, que ninguna cosa dello le plugo, porque no quisiera en ninguna manera hacerles daño, les rogó, mudando la habla por no ser conocido, que lo dejasen y se fuesen. Teobaldo con el enojo que tenía no hacía sino tirarle crueles golpes, los cuales el infante recibía en el escudo, hasta que, de ver que ninguna cosa le aprovechaba, se envuelve con ellos cargándolos de duros y mortales golpes como hombre desatinado, de manera que,

¹⁷⁵ Suplo 'lo' (121r).

como a Teobaldo, que más le perseguía, hallase delante de sí, le tiró un golpe a la cabeza, y alcanzando en un canto del escudo lo echó al suelo; y no parando allí la espada, le hizo una tan mortal herida que Teobaldo con una dolorosa voz cayó en el suelo diciendo:

—¡Ay mi señora Lupercia, que por vuestra causa soy muerto!

Darintel que a su hermano vio desta manera, como hombre desesperado, muy furioso tomó a perseguir a don Rosanel, el cual con mucho pesar de lo que había hecho entró con Darintel, y hurtándole el cuerpo y dándole con las manos en los pechos, le hizo dar dos pasos atrás, y tropezando en una piedra cayó en el suelo. El infante fue sobre él, y viendo que a las voces que Lupercia había dado cuando sintió a Teobaldo muerto venía ya mucha gente y que no podría dejar de ser conocido con algunas lumbres que a las ventanas salían, le dijo:

—Darintel, no porfiéis en llevar el pago de la traición que vuestro hermano ha llevado, de lo que a mí tanto como a vos mismo me pesa; mas él tiene el pago de su merecido, porque le debiera bastar que yo por la amistad disimulaba lo que había visto sin que vosotros quisiédeses a mí privarme de la vida como a él su soberbia ha hecho.

Darintel que entonces conoció al infante, muy arrepentido de lo que había hecho se levantó, y tomando la espada por la punta, se puso de hinojos delante del suplicando le perdonase, pues así el amor del muerto hermano como el desconocimiento habían sido causa de su culpa. A esta hora el rey y la reina, que el ruido habían sentido, se habían parado a las ventanas, y queriendo saber la causa dello, porque aún al infante no habían conocido, Lupercia con muy grandes lágrimas y sospiros les contó toda la verdad de lo que pasaba, y al cabo diciendo:

—No quiera Dios que en mí se sienta ingratitud de lo que debo a quien por mi causa recibió la muerte. Pues con otra cosa no puedo satisfacerle, quiero que sea con la vida, la cual en ningún tiempo puedo sacrificar que con más contentamiento deje el ánima, que en la compañía del su Teobaldo quiere seguir su misma fortuna.

Y dicho esto se echó de la ventana sin que ninguno pudiese tenerla, y dando con la cabeza en una piedra cerca de Teobaldo, dejó allí los sesos esparcidos, que no poco pesar causó en todos un caso tan desastrado, principalmente en el infante, aunque lo mejor que supo lo disimuló. Y tomando a Darintel por la mano, se salió con él diciéndole que se fuese a casa del conde su padre, porque no sabía cómo el rey tomaría aquel hecho, y que hasta verle pasado el enojo era bien que así lo hiciese. Darintel de Altarroca, llamando un escudero suyo, se partió a la hora, tan triste cuanto el caso lo había sido. El infante, que no menos lo estaba, así por la muerte de Teobaldo como la de Lupercia, a quien él demasadamente amaba, entrando en su cámara se hizo armar de unas muy buenas armas que para cuando fuese caballero tenía aparejadas; y tomando consigo un doncel suyo llamado Feliseo, el cual los caballos tenía aparejados, una hora después de medianoche, sin que de ninguno fuese sentido, se salió de la ciudad metiéndose por una espesa floresta, que era la en que Olivante había nacido.

El rey, que muy espantado quedó de lo que había visto y sabido de Lupercia, pesándole por ello gravemente, hizo tomar los dos amadores y enterrarlos en una rica sepultura, en la cual hizo escribir toda la manera de su muerte, estando muy

a lo propio historiada. Y haciendo buscar al infante y a Darintel, mucho le pesó porque no los hallaron; y bien pensó todo lo que podía ser; y aunque con mucha diligencia los hizo buscar, ellos supieron tan bien guardarse que no pudieron hallarlos.

Darintel, caminando toda aquella noche y otros dos días adelante sin parar, llegó al castillo de Altarroca, donde a la sazón el conde su padre estaba. Y contándole todo lo que había pasado, no se podría decir el sentimiento que el conde por su amado hijo Teobaldo hizo, jurando de hacer sobre ello la más cruel venganza que nunca por muerte de hombre en el mundo había sido hecha. Darintel de Altarroca le apartaba de aquel pensamiento diciéndole que el infante no había tenido culpa, mas que ellos la habían tenido toda, y que lo mejor era no hablar ni mostrar enojo con el rey sobre ello. Mas el conde no curando de sus razones, envió a llamar un cormano suyo, jayán muy soberbio y esforzado, que con dos hijos de la misma condición del padre dentro en su tierra vivían. Venido el jayán, que Brumarco había nombre, y los hijos, el mayor Arfasán y el otro Sarpilo, el conde les contó con muchas lágrimas la muerte de su hijo, diciendo que el rey con muy gran traición lo había hecho matar.

Brumarco que muy amigo de maldades y traiciones era, oyendo lo que el conde dijera, le respondió que, de su parecer, la venganza de aquello no podía bien tomarse sin la muerte del rey y de todos los de su casa, y que para esto bastaban cincuenta caballeros, que todos fuesen juramentados, y que entrando de noche podían muy a su salvo hacer su hecho; y si el rey fuese muerto, que el conde debía levantarse con la ciudad, y que con el señorío que él tenía en el reino podría defenderla hasta dar aviso al rey de Sarmacia, que tan enemigo del rey Aureliano era, y que, viniendo con su ejército, podrían apoderarse del reino sin contradicción, partiéndolo entre sí. Al conde, como ya su voluntad estuviese dañada, le pareció bien este consejo, y para ponerlo por obra dio cargo dello al jayán que lo hiciese tan secretamente que de ninguno fuese sentido, principalmente de Darintel, porque a todo su poder lo estorbaría.

El jayán se volvió a su castillo, y dentro de quince días, con muchos caballeros que él y sus hijos tenían y otros que el conde envió, hicieron el número de los cincuenta caballeros, a los cuales armaron todos de unas armas negras con la devisa que llevaban los doce con quien los tres caballeros, como ya dijimos, habían justado, porque éstos enviaba el conde en casa del jayán Brumarco. Siendo ya todo aparejado a su voluntad, diciendo el conde que iba a cierto negocio por que Darintel no lo supiese, se fue al castillo del jayán, y de allí partiendo todos muy encubiertamente, se fueron camino de la ciudad de Brisea. Yéndose por los despoblados y partes donde no fuesen conocidos y caminando más de día que de noche, se iban acercando a la ciudad con propósito de llevar al fin la traición ordenada.

Mas, como pocas cosas haya tan ocultas que al fin no sean descubiertas, un caballero de los del conde, a quien la pasión de amor de la hija de la dueña donde los caballeros estaban no había perdonado, se vino por aquel castillo, y teniendo lugar de poder hablar a la doncella, como sea la cosa más cierta que hay entre los que verdaderamente aman, contó todo el caso a Sarcoida, que así se llamaba,

diciéndole que como se hubiese concluido él quedaría tan bienaventurado con las mercedes que el conde le haría, que tendría muy mejor lugar de poderla servir. Sarcoida le prometió de tenerlo secreto, mas, como él fue despedido, que era anocheciendo, ella se fue a la cama donde Peliscán dormía, como hacía las otras noches, y de la manera que el caballero le dijera que pasaba se lo contó todo.

De lo cual maravillado Peliscán, le pareció que para el remedio de un caso tan estraño no se sufría dilación, pues había tanto peligro. Rogó a la doncella se tornase a su lecho, la cual holgando de lo que a Peliscán placía, lo hizo. Y Peliscán, yéndose a los lechos donde los tres compañeros dormían, les dio aviso de todo lo que pasaba para que viesen lo que era necesario hacer en ello. Todos ellos se maravillaron de la gran traición del conde de Altarroca, y Olivante, que la natural inclinación y sangre le forzaban a que más temiese el peligro del rey y mejor procurase el remedio, levantándose a muy gran prisa les rogó que muy prestamente se armasen, que las armas les tenían muy bien aderezadas los días que allí habían estado. Y estando todos aparejados y los escuderos con los caballos, dando muchas gracias a la dueña y a las doncellas por la honra que en su casa les habían hecho, las dejaron maravilladas de irse a tal hora, que poco más de la medianoche era. Mas Sarcoida nunca les dijo cosa ninguna de lo que sabía hasta que vio el suceso de lo que adelante se dirá.

CAPÍTULO II-XIII

CÓMO LOS CUATRO CABALLEROS SOCORRIERON AL REY AURELIANO, Y DEL SUCESO DE LA BATALLA EN LA CUAL EL CONDE DE ALTARROCA Y LOS JAYANES BRUMARCO Y ARFASÁN Y SARPILO FUERON MUERTOS

OLIVANTE de Laura y sus tres compañeros, después que del castillo de la dueña salieron, caminaron toda aquella noche, y otro día en la tarde albergaron en casa de un florestero, donde supieron nuevas del conde de Altarroca, que ese día por la mañana pasaron por allí él y su compañía. Y después que hubieron comido y reposado tornaron a su camino, y tanta prisa se dieron, que otro día en la tarde, dos horas antes que anocheciese, estaban cuatro leguas de la ciudad de Brisea, y como los caballos llevasen cansados, por fuerza les convino apearse cerca de una fuente y dejarlos pacer un rato, y ellos comieron allí de lo que los escuderos llevaban. Y ya que se querían ir, por un recuesto vieron decender un caballero hacia donde ellos estaban, y como cerca llegó, Olivante conoció el caballo, que era el tirsiano que en la isla de la Ventura le habían hurtado, y mirando al caballero, viole con muy ricas armas y tan bien apuesto que no había visto caballero que tan bien a caballo le pareciese; y creciole la saña en gran manera para vengarse del engaño que allí había recibido; mas considerando el peligro que de su tardanza se podía recrecer, diciendo lo mismo al infante Aliazar, que en el

mismo propósito estaba, determinaron disimularlo por entonces. Y como el caballero llegó donde los caballeros estaban, los saludó cortésmente, y ellos hicieron lo mismo a él, preguntándole para dónde caminaba. El caballero, que muy bien les conoció a todos, no queriendo quitar el yelmo por no ser conocido, les respondió:

—Buenos señores, yo voy a la ciudad de Brisea y con toda la furia que pudiere por llegar presto, que, según he sabido del caminar que llevan cincuenta caballeros de una devisa con armas negras, y entre ellos tres jayanes, de quien no se puede esperar ningún bien, temo que por ventura al rey Aureliano le sea hecha alguna traición, y querríale dar aviso dello.

—Señor caballero —respondió Olivante—, el mismo aviso llevamos nosotros y con la misma intención vamos. Por tanto, si queréis que todos caminemos juntos, os podremos decir lo que vos sabéis en ese caso. Y después que en ello hiciéremos lo que a nos sea posible, determinaremos entre vos y mí cierta quistión que muchos días ha tenemos comenzada; y porque aquí no se sufre que nos detengamos, por el camino pienso decíroslo.

El caballero, haciéndose que no le entendía, le dijo:

—Por Dios que no sé qué quistión pueda ser entre personas que nunca se han visto.

A esta hora estaban ya a caballo y comenzaban a caminar, y Olivante le respondió:

—La quistión es que ese caballo es mío y en la isla de la Ventura me fue hurtado, aunque no puedo creer que de un tan buen caballero como vos parecéis pudiese salir tan gran villanía.

—En la isla de la Ventura yo nunca estuve, ni sé si es así como vos decís —respondió el caballero—; mas el caballo sé que no es mío, sino de un caballero, el mayor señor y amigo que yo tengo, y de los mejores caballeros que en el mundo hay. Y así, no podría satisfaceros a vuestra demanda, porque daría mala cuenta dél si no se lo volviese como me lo ha dado.

—Mal podré yo esperar a eso —respondió Olivante—. Por tanto, como este hecho en que vamos sea concluido, yo no pienso perder mi caballo; y si vos pensáis defenderlo, desde aquí os desafío sobre ello a la batalla.

—En eso haré yo lo que el rey determinare —respondió el caballero—; que si esto se puede hacer en paz, no es bien que haya sobre ello entre nosotros guerra.

—Vos decís muy bien —respondió Olivante.

Y viéndole hablar tan mansamente, todos se lo juzgaron a muy gran cobardía, y si no fuera por el tiempo en que estaba, no lo dejara pasar de aquella manera.

Hablando en estas cosas les anocheció dos leguas de la ciudad, y comenzaron a darse mucha priesa, porque de un escudero supieron que los caballeros negros estaban cerca della. Y tanto caminaron, que siendo dos horas de la noche se hallaron a una milla della, donde en un campo vieron al conde con los cincuenta caballeros, que, por no ser sentidos, los estaba repartiendo en tres partes, enviando cada una dellas para que con uno de los jayanes entrasen por diferentes partes, porque todos juntos pondrían en alboroto la gente.

Los caballeros, por que el conde no los sintiese, se apartaron del camino, y el príncipe Grisalter, que bien sabía la tierra, los llevó desviados, metiéndolos por un pequeño postigo de la cerca. Mas esto, con el rodeo, no pudo ser tan presto que el conde con toda la gente no estuviese dentro en la ciudad; mas ellos llegaron a las puertas del palacio y todos cinco disimuladamente se metieron dentro, y cuando llegaron a una escalera que en el patio se hacía, el conde entró asimismo por el palacio. Los porteros en ver tanta gente se alborotaron y quisieron cerrar las puertas, mas antes que lo pudiesen hacer fueron muertos. Y el conde tomando las llaves, mandó al jayán Sarpilo que cerrase, y a Brumarco y a Arfasán con la mitad de los caballeros subiesen a la sala donde el rey estaba y no dejasen hombre a vida, y que él con los otros esperarían en el patio a recibir los que huyesen, para que ninguno pudiese salir fuera del castillo a dar la nueva.

Brumarco que para semejantes maldades no era nada perezoso, se fue para la escalera, y queriendo subir, los cinco caballeros muy bien aparejados se les pusieron delante diciendo a muy grandes voces:

—Conde de Altarroca, mal pensamiento es el tuyo si piensas que el engaño que has hecho no será para darte el galardón de tu traición; que las vidas que pensabas quitar serán las tuyas y de los que contigo traes, los cuales llevaréis de nuestras manos el galardón y pago de vuestra dañada intención y soberbia.

El conde oyendo aquellas palabras, mucho fue turbado de ver su hecho descubierto; mas, viendo que no eran más de cinco los que en la escalera estaban y que allí ya no cumplía mostrar flaqueza de ánimo, con muy grandes voces comenzó a decir:

—¡Mueran los traidores, que ya por ello no dejaremos de efectuar lo que tenemos comenzado!

Los dos jayanes, que delante estaban, oyendo estas palabras, arremetieron a los caballeros con otros muchos que los siguieron, donde se comenzó una espantable y temerosa batalla, los unos por subir y los otros por defender. Mas, como los cinco caballeros fuesen de los estremados en bondad de armas que en el mundo había, sus hechos no eran de hombres mortales, dando tan desapoderados y crueles golpes, que en poca pieza los diez caballeros tenían muertos y malheridos delante de sí, y los otros no osaban así allegarse. Mas los jayanes, que por escudo delante de sí tenían, los animaban haciéndolos cobrar corazón, pues de allí no esperaban otra cosa que la muerte. Olivante que conoció que en ellos estaba la defensa de todos los otros caballeros, trabó la batalla con el jayán Brumarco, hiriéndose cruelmente. Y lo mismo hizo el caballero no conocido que con ellos estaba, el cual haciendo tan grandes maravillas que a todos tenía espantados, se puso a la parte de Arfasán, trayéndolo tan a su voluntad, que ninguna cosa podía aprovechar a los suyos. Pues los tres caballeros no estaban de vagar con los que quedaban, que extraños y crueles golpes eran los que daban, tanto, que ninguno se osaba llegar a ellos.

El rey Aureliano, que en la sala con muchos caballeros en gran regocijo y solaz estaban, oyendo el gran alboroto del palacio y estruendo y ruido de las armas salieron corriendo, las espadas sacadas y los mantos en los brazos, con muchas hachas encendidas en los corredores, de donde así del hecho como de las palabras

tuvieron conocimiento. Y como con la luz estuviese muy claro, vieron las estrañas maravillas que los cinco caballeros en defensa de la escala hacían, y principalmente de Olivante y del otro caballero que con los jayanes se combatían, que, según los desapoderados golpes que daban, parecían sus fuerzas ser sobrenaturales y imposible que en ningún hombre las hubiese. El rey en la devisa del escudo conoció al Caballero del Corazón Partido, a quien tanto amaba, y pensando lo que podía ser, a mucha furia comenzó a decir:

—¡Armas, armas! ¡Socorramos a quien de muerte en tal necesidad nos ha socorrido!

Los caballeros a muy gran priesa se fueron a armar, y los primeros que vinieron fueron el conde Clander y Arnidel de Sarmacia y el buen viejo don Polidor; el rey vino luego tras ellos. Los cinco caballeros viendo la buena ayuda que les venía, pareciéndoles que con ella ya no era bien estar allí detenidos, bajaron la escalera, haciendo retraer a sus contrarios de manera que, bajados al patio, se metieron entre ellos como hambrientos lobos entre las ovejas, matando y hiriendo a diestro y a siniestro, tanto, que espanto ponía a los que los miraban. Olivante que al jayán Brumarco vio delante de sí que mucho le perseguía, tanto, que del todo le embarazaba, echando el escudo a las espaldas y tomando la espada con ambas manos, habiéndole hurtado un golpe, le hiere con tan desapoderada fuerza sobre el yelmo, que la cabeza con él fueron partidos en dos pedazos, dando con la punta de la espada en la columna que la sabia Hipérmea allí, como en el primer capítulo desta historia se ha ya contado, dejó puesta. La cual hendiéndose por medio como si de vidrio fuera, así el jayán como ella vinieron al suelo, con que se cumplió la profecía que en ella estaba escrita.

Los caballeros del conde, viendo el jayán muerto, en quien tenían toda su confianza, desmayaron, y llamando a grandes voces al conde de Altarroca que los socorriese, se iban retrayendo hacia donde él estaba. El rey Aureliano, que en aquello conoció que del conde salía el principio de aquella traición, como en su tiempo solía hacer muy maravillosas cosas en armas, se mete entre los enemigos, haciendo tantas que cinco caballeros había muerto por sus manos, y otros que tenía malheridos, tanto, que bien daba a entender que ni las fuerzas ni el esfuerzo le menguaban para en cualquier afrenta en que se viese.

A esta hora eran bajados bien otros diez caballeros armados, entre¹⁷⁶ los cuales venía el duque Policarpio, Durián de Baltar y Castidel, con los cuales la batalla se comenzó como de nuevo. Y el rey mandó al duque Policarpio que fuese a la puerta del castillo y la abriese para que entrase la gente de la ciudad. que al ruido que dentro había habían venido, y el duque lo puso por obra, y el rey se tornó a meter en la batalla donde veía que más necesidad había de su ayuda.

El caballero estraño, que en batalla con el jayán Arfasán, que muy bravo y fuerte caballero era, había estado, habiendo vergüenza que tanto le turase, le comenzó de dar tanta priesa, que el jayán, como estuviese a pie, ya de muy cansado no se podía menear a una parte ni a otra, y lo que más procuraba era ampararse de los golpes del caballero estraño, que tanta priesa le daba y tan vivo andaba como

¹⁷⁶ Orig.: ‘entres’ (124r).

si entonces comenzara la batalla. Y andando en esta porfía, el caballero con muy gran tiento esperó a que el jayán le tirase un golpe, y poniéndole la punta de la espada por la visera, se la mete pasándole la cabeza de parte a parte. El jayán renegando y blasfemando de sus dioses cayó en el suelo, tendiéndose con la rabia de la muerte; con la cual así el conde de Alarroca como todos los otros aflojaron de tal suerte que se retrajeron a la puerta del castillo dando voces al jayán Sarpilo que les abriese para salvar las vidas que en gran peligro tenían. El jayán Sarpilo, que en batalla con el buen duque Policarpio andaba como un bravo león, oyendo lo que el conde de Alarroca decía, con una hacha que en las manos tenía hirió al duque de tan desapoderada fuerza, que muerto le hizo venir al suelo. Olivante que tan cerca estaba que muy bien pudo verlo, doliéndose de la muerte del duque, aunque no lo conocía, se dejó ir al jayán, que con la hacha alta le esperaba, y hurtándole el golpe, que fue tal que un palmo della metió por la tierra, le dio un tan gran golpe en el brazo, que la mano por la muñeca y la hacha quedaron en el suelo. El jayán sintiéndose así herido, dio un espantable grito, y con la otra mano se abajaba por la hacha. Olivante le dio sobre el yelmo con toda su fuerza, de suerte que, quebrándole los lazos, le saltó de la cabeza y el jayán vino al suelo sin sentido, y Olivante sin ninguna piedad le cortó luego la cabeza.

El caballero extraño, que cabe el conde de Alarroca estaba, habiéndole conocido por las señas que dél tenía, le comenzó a decir:

—¡Traidor malvado, cimienta de toda traición, padre de toda maldad, agora verás el pago que de tus pensamientos te dará Dios por mis manos, que ya desta vez no escaparás con la vida para que puedas adelante urdir semejantes obras!

Y diciendo esto lo hiere de toda su fuerza por cima del yelmo, de manera que, hendiéndole la cabeza hasta los ojos, el conde vino muerto al suelo. Pues los otros caballeros tanto habían hecho aquel día, que de cincuenta caballeros que eran, sin el conde y los jayanes, cuarenta dellos eran ya muertos y los otros demandaban merced, aunque no les valía. Mas el rey, para saber el hecho cómo pasaba, los mandó tomar a prisión, porque a los reyes sobre el rigor de la justicia es debida la clemencia. Y hecho esto, abriendo la puerta del castillo, la gente de la ciudad entró con grande alboroto, no sabiendo lo que había pasado, y cuando tuvieron noticia de la traición, apenas les podían quitar sin que aquellos que vivos quedaban fuesen muertos; y viendo que todo estaba acabado y que no había de qué temerse, sosegaron, y el rey les mandó que, sacando los muertos fuera, se fuesen a reposar; y porque ya pasaba de la medianoche, ellos lo hicieron así.

Y el rey mandando poner los presos a buen recaudo, se subió con todos los suyos y los caballeros que le habían socorrido a la sala, donde hallaron a la reina Rosiana, que, como quien torna de muerte a vida, con todas las suyas estaba dando gracias a Nuestro Señor por la merced que aquella noche le había hecho. Olivante y el príncipe Grisalter y el infante Aliazar y Peliscán, quitados los yelmos, hincando los hinojos delante del rey y de la reina demandándoles las manos para besarlas, el rey, que conoció del todo a Olivante y había visto las grandes maravillas que aquella noche había hecho, abrazándose con él, le vinieron las lágrimas a los ojos con el placer de verle, diciéndole:

—Mi verdadero amigo, para vos están guardadas todas las buenas venturas del mundo, y pues en tiempo de mis necesidades soléis vos siempre socorrerme, no era justo que en ésta en que tanta necesidad había nos olvidáseis. Plega al soberano Señor de los cielos que algún día pueda galardonároslo como yo deseo.

Y dejándolo a él, lo mismo hizo a los otros tres caballeros, abrazándolos y besándolos en los carrillos. Los cuales después que hubieron hablado al rey, asimismo fueron a pedir las manos a la reina, que no se podría contar el placer que con ellos hubo, dándoles las gracias de tan gran socorro como les habían hecho a tal tiempo.

El rey preguntó por el caballero extraño, que no lo veía allí, y le dijeron que fuera del castillo se había salido. Al rey y a todos los caballeros les pesó, y Olivante contó entonces todo lo que en el camino, después que salieron del castillo de la dueña, les había acaecido; y viniendo a hablar del caballero extraño, le dijo que, según lo que aquella noche le había visto hacer, lo juzgaba por uno de los mejores caballeros del mundo.

—Eso podéis vos decir con verdad —dijo el rey—, que yo le vi matar al jayán Arfasán de un solo golpe y al conde de Altarroca de otro; y cierto, él hizo sin esto tanto que para siempre será de mí muy estimado. Y mucho me pesa de que así sin hablarnos se haya ido.

—Eso no pienso yo que hará —respondió Olivante—, que pues en él hay tanta bondad, no le faltará medida; que ante vuestra soberana majestad, aunque no nos conocemos, prometimos librar un pleito, y yo pienso que sólo por no ser conocido se haya ido de aquí.

El rey que supo de la muerte del duque Policarpio, le hizo luego llevar a la iglesia principal con tanta solemnidad como era razón, mostrando tanto sentimiento como si su propio hermano fuera. Y luego aquella noche Durián de Baltar se partió a tomar la posesión del condado, y el rey le mandó dar todo el aparejo que para ello fue necesario. Y de los caballeros del rey hallaron dos muertos y algunos malheridos, aunque no había ninguno que no tuviese necesidad de ser curado; y habiéndoles aderezado muy ricos lechos y venidos muy grandes maestros que el rey consigo tenía, les hicieron los remedios que vieron ser necesarios. Y el rey que herido estaba, aunque muy poco, quiso verlos a todos primero curar, y así, dejados en sus lechos, se fue con Olivante a su cámara, donde un muy rico lecho le estaba aparejado, y por mucho que Olivante porfió, el rey no quiso irse hasta ver las heridas que tenía. Y venidos los maestros, le curaron algunas muy pequeñas, y Olivante les dijo que ninguna le daba pena sino una que con la punta de la espada, pasándole la loriga, el jayán Brumarco en los pechos le había hecho.

CAPÍTULO II-XIII
CÓMO OLIVANTE FUE CONOCIDO POR HIJO DEL REY AURELIANO,
Y DE LAS GRANDES COSAS QUE SOBRE ELLO PASARON CON LA
VENIDA DE LA GRAN SABIA HIPERMEA

LA reina Rosiana, que el corazón le decía que aún mayor alegría esperaba aquella noche, pareciéndole que cualquiera merced era bien empleada en Olivante de Laura según los servicios que el rey y ella dél habían recibido, entró en su cámara a la hora que los maestros le alzaron la camisa de los pechos, y así como entró le vio el corazón que encima del suyo tenía figurado, y pareciéndole lo que podía ser, porque también sabía la sospecha que sobre ello el rey había tenido, dio una gran voz diciendo:

—¡Oh soberano Dios, cuán gran bien sería si en mi pensamiento no recibiese más engaño que mi corazón desea!

El rey que con el mismo sobresalto estaba, viendo lo que la reina decía mandó salir a todos fuera de la cámara, y quedando los tres solos, el rey dijo a Olivante:

—Mi verdadero y grande amigo, en gran confusión nos ha puesto vuestra vista si el secreto de lo que por nosotros os fuere preguntado quisiéredes que más no sea encubierto, pues que siendo verdad lo que pensamos, aunque el amor que os tenemos según es mucho no pueda crecer la obligación en nosotros para amarnos como verdadero hijo que pensamos que sois nuestro; porque, pariendo la reina uno con las mismas señales que vos tenéis, nos fue llevado de nuestra presencia sin saber de quién, más de que una doncella con grande engaño nos lo pidió; así que, diciéndonos vos quién son vuestros padres nos podréis quitar de esa dubda satisfaciéndonos al deseo que tenemos y que yo antes de agora he tenido.

—Soberanos y esclarecidos príncipes y señores míos —respondió Olivante—, en sola esa sospecha quedo yo tan bienaventurado que con sólo haberse tenido de mí viviré yo los días de la vida con el mayor contentamiento del mundo, pues me ha dado la fortuna lo que, después de darme lo más, que es de ser su hijo de dos tan excelentes príncipes, me pueda dar, que es sospecharse de un tan pobre caballero como yo tan alto nacimiento como en vuestro pensamiento habéis querido darme. Quién son mis padres yo no sabría decirlo, que nunca los vi ni conocí. Sé que me crio una dueña llamada Polinesta, a quien mucho tiempo tuve por madre, aunque después supe no ser así, mas que yo era natural deste reino de Macedonia y que, siendo niño de poco tiempo nacido, la sabia Hipermea me hizo llevar a la isla de Laura, donde en casa del duque Armides su hermano fui criado de la manera que he dicho. La más verdadera señal que conmigo llevé fue un corazón que sobre el mío tengo figurado, el cual siendo todo bermejo y muy encendido, después, por cierta aventura, el medio dél se ha tornado blanco, por lo cual en muchas partes me han nombrado el Caballero del Corazón Partido. Así que todo lo que de mis hechos he sabido os he contado, sin deciros punto de falsedad en ninguna cosa.

—Asaz habéis dicho —respondió la reina— para que yo conozca ser vos mi verdadero hijo salido de mis entrañas.

Y diciendo esto con abundancia de lágrimas que por su muy hermoso rostro con la grande alegría caían, lo toma entre sus brazos besándolo en la boca y diciendo cosas que estaba fuera de sí de placer. Pues el rey no menos estaba alegre, que, abriendo las puertas de la cámara, a grandes voces mandó entrar a todos publicando el gran gozo que con el nuevo hijo aquella hora había llegado a su ánima, diciendo que no había igualado el trabajo y tristeza del día de su nacimiento con gran parte a la alegría que con su conocimiento entonces se sentía.

Luego se publicó esta nueva por todo el palacio, y así los que sanos estaban como los heridos, no pudiendo sufrirse sin venir a gozar parte de tan alegre noche, se levantaron y vinieron a la cámara de Olivante. Y el primero fue el buen viejo don Polidor, y con él Arnidel de Sarmacia, que las cosas que con él hacían no se podrían contar, y los dos le besaban las manos infinitas veces; y para más certificarse, quisieron ver el corazón, como al tiempo de su nacimiento lo habían visto, el cual asimismo, certificados de la verdad, le besaban infinitas veces. Luego vinieron los compañeros de Olivante, que con la alegría no sentían las heridas. El conde Clander y otros muchos caballeros de la corte estaban allí, y querer contar por estenso lo que en este conocimiento pasó sería muy gran prolijidad; basta que cada uno lo puede considerar si en semejante caso se hallase.

Darisio, que hasta allí no había tenido lugar de hablar a su padre, se llegó a esta hora a él. Don Polidor lo recibió con el amor que a hijo se debe, mostrando con él muy mayor regocijo por haber tan bien empleado su servicio y donde mejor, pues por sola voluntad lo había hecho, le sería galardonado, y lloraba con él de placer teniéndolo abrazado consigo. El rey asimismo habló a Darisio mostrándole infinito amor, y la reina más que todos, prometiéndole de galardonarle el servicio que a su hijo con tan verdadero amor había hecho.

Pues estando ellos en este solaz con tanto contento cual jamás en aquella corte fue visto, por la puerta de la sala entró un tan furioso y arrebatado viento que todas las lumbres de la sala y cámara mató, dejándolos a oscuras sin saber qué cosa fuese. Y espantados desta novedad, mucho más lo fueron de ver que a deshora por la puerta de la sala entraron cuatro escuderos con cuatro hachas encendidas, y tras ellos doce caballeros con sus espadas sacadas y los escudos embrizados. En medio de sí traían un jayán, la más fiera y desemejada cosa que de los nacidos había sido vista, con un gran venablo en la mano. Y con muy gran estruendo llegaron a la puerta de la cámara, y el jayán con una espantable y infernal voz comenzó a decir:

—¡Mueran los que al conde de Altarroca mataron, que valía más que todos ellos!

Los caballeros pensando que aún la traición no fuese fenecida, quisieron defenderles la entrada, mas ninguno fue poderoso de mudarse de donde estaba. Los caballeros y el jayán entraron, que, como en la cámara estuvieron, todos ellos se tornaron en muy apuestas y hermosas doncellas, y el jayán en una dueña de muy gran autoridad y hermosa presencia puesta entre ellas; las cuales estando todas con instrumentos en sus manos, haciendo un sabroso y deleitable son comenzaron a cantar y danzar de tal manera que toda la turbación se convirtió en sobrado gozo y alegría, porque la dueña fue luego conocida ser la sabia Hipérmea;

la cual, cesando el son de las doncellas, fue a hincar los hinojos delante del rey y la reina diciéndoles:

—Soberanos reyes y señores, la vuestra grandeza me perdone el sobresalto que con mi venida os he puesto, que no ha sido sino para avisaros que en los tiempos de victoria y placer, como agora estábades de la batalla pasada, no os descuidéis de las adversidades que pueden venir, pues son lazos que muchas veces la fortuna apareja. Muchos tiempos ha que yo he deseado este tiempo para que más claramente conociédeses la voluntad de mi servicio, pues dél ha salido tan buen fruto, que, si por mí no fuera, ningún remedio de los pasados en vuestras adversidades pudiera socorremos; que sabed, mis buenos señores, que yo soy aquella dueña que el día de la batalla del rey Cosmalín en este mismo palacio estuve, y asimismo yo fui la que a este bienaventurado y soberano príncipe os llevé hurtado para remedio de su vida y de las vuestras, porque, como por el muy Alto Señor me haya sido concedido que muchas cosas de las venideras me sean notorias, así alcancé a saber todo lo pasado. Y si bien se os acuerda de las palabras que en la columna dejé escritas al tiempo de mi partida, hallaréis haberse cumplido todo lo que en ella estaba escrito, pues la segunda pérdida, que fue la de vuestro hijo, restauró la tercera, que fue la de vuestras vidas, que en tanta confusión estaban como vosotros sois testigos; y asimismo hoy, que fue el día final de su firmeza, pues está hecha pedazos por mano deste preciado príncipe, junto con la cabeza de aquel fuerte y bravo jayán Brumarco, fue conocido el mismo que dos veces, sin conocerse, al padre, que sois vos, esclarecido rey, ha restaurado la vida que en tanto peligro teníades. Así que con el servicio que de los enojos pasados habéis recibido así de mí como del duque Armides mi hermano, padre deste buen caballero Peliscán, es razón que perdonéis a los que en la voluntad ninguna culpa tuvieron, pues fue para más próspero suceso, de la cual fortuna por otro camino tenía aparejado.

El rey que muy bien conoció a la sabia Hipermea, teniendo por muy verdaderas sus palabras la abrazó consigo diciendo:

—Mi verdadera amiga y señora, no deseo que Dios me dé más tiempo de vida que aquel en que yo pueda pagaros las buenas obras y grandes servicios que de vos habemos recibido, aunque todo lo que yo tengo no basta a satisfacéroslo; mas las obras y voluntad serán todas las que a mí posible fueren para el agradecimiento de tan gran beneficio, dejando disponer a vuestra voluntad deste reino y de todo lo que en nuestro poder fuere.

La dueña, no respondiendo a esto, besó las manos a la reina Rosiana, y después se llegó a Olivante, el cual le quería besar las manos, mas la dueña no lo consintió y le besó las suyas, pasando muy amorosas razones entre ellos. Luego llegaron todos aquellos caballeros que allí estaban y le hablaron, y Peliscán no se hartaba de besarle las manos. Mas la dueña, viendo que la mañana se venía y que no era razón que más allí se detuviesen, demandando a una doncella suya una bujeta¹⁷⁷ de ungüentos que consigo traía, les untó a todos las heridas con ellos y les rogó que se fuesen a sus lechos, porque era ya tarde, que no habían menester ser otra

¹⁷⁷ Frasquito.

vez curados. El rey lo hizo así y todos se fueron a sus aposentos, y la sabia dueña con todas sus doncellas fueron aposentadas en el cuarto de la reina.

Y Olivante que en su lecho quedó, daba gracias al inmenso y soberano Dios porque le había dejado conocer un tan estimado y valeroso príncipe por padre, no se olvidando en tiempo de tanta alegría del amoroso desasosiego que la excelente princesa Lucenda su señora le causaba, acrecentando el deseo de poderla ir a ver y servir, pues ahora con mejor aparejo, aunque no con mayor voluntad, podría hacerlo. Y determinó, pues que él por entonces no podría tan presto, enviar otro día a Darisio, porque con enviar a visitar a la infanta Galarcia su hermana podría secretamente dar sus cartas y hablar a la princesa Lucenda. Y con esta determinación durmió, vertiendo algunas lágrimas de sus ojos que el encendido amor, sacándolas de su pecho, de sus hermosos ojos las destilaba.

Venida la mañana, todos se levantaron, y en la ciudad sabiendo todo lo que había pasado, así de la batalla del conde de Altarroca como del conocimiento del príncipe Olivante de Laura, se comenzaron a hacer tantas fiestas y alegrías como jamás en aquella tierra fueron vistas; los ciudadanos con muchas y diferentes maneras de fiestas y juegos, y los caballeros aparejando armas y caballos para justar y tornear esa tarde. Olivante, como se levantó, entendió luego en despachar a Darisio informándole de todo lo que había de hacer. Darisio con la gran lealtad que siempre se aparejó para el camino, y tomando todo recaudo se partió, prometiendo de volver lo más cedo que él pudiese. Despachado Darisio, el rey con el príncipe Olivante y todos los altos hombres y caballeros, que con el ungüento que la sabia Hipermea les había puesto se hallaron tan sanos como si ninguna herida hubieran tenido, se fueron a la capilla a oír misa, y la reina con todas sus dueñas y doncellas, que muchas y muy hermosas eran, llevando consigo a la sabia Hipermea, hizo lo mismo. Y después, estando las mesas puestas, siendo ya hora de comer, fueron servidas tan bien y abastadamente como en casa de cualquier príncipe del mundo pudieran serlo. Y ya que las tablas querían alzarse, el rey Aureliano, que muy gran deseo tenía de saber quién era el caballero extraño que con Olivante había venido y tan valeroso y esforzado caballero se había mostrado, rogó mucho a Hipermea que se lo dijese; la cual sonriéndose, le respondió:

—Soberano príncipe, yo haría lo que no debiese si, queriéndose él encubrir en vuestra corte, le descubriese. Y pues que a él no le falta voluntad de cumplir vuestro mandado, antes de dos horas podréis verlo para preguntárselo, y sus obras os darán testimonio de que es uno de los más aventajados caballeros que armas traen en el mundo. Y por esto la vuestra grandeza me perdone, que presto saldréis desta duda.

CAPÍTULO II-XV
DE LO QUE EL CABALLERO DE LA GARZA EN LA CIUDAD DE
BRISEA HIZO, Y DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ

CUANDO el rey hubo acabado de comer y las tablas fueron alzadas, por la puerta de la sala entraron dos doncellas muy ricas y estrañamente aderezadas, con mucha parte de hermosura. Y hecho el debido acatamiento, hincando la una dellas los hinojos delante el rey Aureliano, le dijo:

—Soberano señor, el caballero estraño que anoche con los cuatro caballeros vino en el socorro que dellos recibiste, me ha enviado para que por él tus reales manos con el debido acatamiento bese suplicándote le perdones el descomedimiento que en salir desta fortaleza sin tu licencia tuvo, pues lo hizo forzado de una promesa que hasta que la cumpla en ninguna parte puede dejarse conocer; mas que sepas que es uno de los que más en el mundo por tu gran bondad y merecimiento desean servirte, y que así lo hará siempre que halle en qué cumplir este deseo. Asimismo te hace saber que con un caballero que se llama Olivante de Laura, el cual ha sabido que esta noche has conocido por hijo, tiene cierta diferencia sobre un caballo que en el camino le dijo ser suyo, y porque en el tiempo de tanta necesidad como era tu socorro no podía determinarse, se dilató hasta agora; de la cual a tu grandeza han hecho juez. Y que porque no se sabe si será necesario que sea por juicio de batalla, que ésta no quiere que sea en tiempo de tanta alegría, pues su voluntad no es de enojarte en cosa alguna, antes servirte en todo lo que sus fuerzas y poder bastaren; y que, así, el tiempo que en tu corte estuviere, que serán estos tres días, quiere, si para ello le das licencia, no estar ocioso y ayudar a regocijar las fiestas que se hicieren manteniendo¹⁷⁸ de justa a todos los caballeros que contra él quisieren salir delante de tus palacios, con tal que la batalla de las espadas no le pidan; y que si alguno hubiere que le haga dejar la silla del caballo, que sea obligado a mantener el tiempo que él faltare, por que las justas no cesen.

Muy alegre fue el rey por saber que el caballero estraño estaba en su corte, que muy pagado había quedado dél; y respondiendo a la doncella, le dijo:

—Mi amiga, a ese buen caballero podéis decir de mi parte que, cuanto a lo que toca a la diferencia que entre él y Olivante hay, que no consentiré yo que quien tan buenas obras y grandes servicios me ha hecho con Olivante haya batalla, y más sobre caso que creo yo que podrá bien remediarse, pues que así yo como él no querremos ni deseamos otra cosa que su amistad; y que en lo demás puede hacer a su voluntad, aunque yo holgaría más de conocerle, por hacerle el tratamiento y honra que merece como a uno de los mejores caballeros del mundo. Y que sepa que en todo lo que de mí tuviere necesidad me hallará verdadero amigo, que con poner el reino y la vida no pienso satisfacer a la obligación que en su socorro me ha dejado.

Las doncellas, besando las manos al rey, le dijeron que el caballero vendría a la hora aparejado a la plaza, y que quien quisiese justar podría luego aparejarse, y con esto se despidieron y se tornaron. El rey y la reina con todos los caballeros,

¹⁷⁸ Retando.

damas y doncellas de la corte salieron a las ventanas y corredores que sobre la plaza estaban, y ya a esta hora había muchos caballeros en ella que andaban corriendo y contorneando los caballos muy diestra y graciosamente, y otros se fueron a armar esperando la justa que se aparejaba. Y no tardó mucho el caballero estraño que no viniese todo armado de unas armas verdes con unas sobreseñales verdes y pardas¹⁷⁹ estrañamente hechas. Las armas eran muy ricas y llenas todas de muchas piedras preciosas de muy gran valor. Venía en el caballo tirsiano, encubertado de la misma manera, las doncellas a los lados, la una le traía la lanza y la otra el escudo, el cual, allende de ser muy fuerte, era muy rico y maravillosamente labrado; en medio dél, en campo azul, había una garza blanca que un halcón tenía debajo de sí muerta, y en derredor una letra que decía:

*Yo no puedo ser vencida,
tan alta subida estoy;
y de la muerte que doy
se engendra más dulce vida.*

Así como el caballero hubo entrado, poniendo las piernas al caballo, con el yelmo, que por no ser conocido llevaba puesto, pasó muy apuesto y graciosamente debajo los corredores, haciendo el acatamiento muy bajo; y tomando las doncellas las armas, atendía a que alguno contra él viniese. A todos les pareció, allende de lo que habían visto, el caballero estraño ser de gran bondad y alto hecho de armas, y a Olivante le pareció asimismo jamás haber visto caballero que tan bien a caballo le pareciese; y en extremo deseaba conocerle, que muy pagado estaba dél.

Pues estando en esto, el primero que vino a la plaza fue Castidel, hijo del conde Clander, con muy ricas armas y sobre un hermoso caballo. Y puesto en la parte que mejor le pareció, después de haber hecho su mesura como debía, los dos arremetieron los caballos furiosamente contra sí, y bien cubiertos de sus escudos se encontraron en medio de la carrera. Y Castidel quebró la lanza en el escudo del Caballero de la Garza, y el caballero en el suyo, haciéndole venir por las ancas del caballo a tierra con muy gran caída, con que en la gente común se levantaron muy grandes voces diciendo:

—El Caballero de la Garza ha hecho muy gran principio, y si así hace el fin, es el mejor caballero que hemos visto.

Levantado Castidel y ido a desarmar, vinieron luego otros muchos caballeros cortesianos con muy ricas y galanas invenciones, mas a todos ellos les avino lo que a Castidel aviniera, no habiendo hecho ningún revés el Caballero de la Garza con haber derrocado aquel día quince caballeros, todos en los primeros encuentros. Venida la noche, el caballero se fue con sus doncellas, y el rey con los caballeros se tornaron a la sala hablando del Caballero de la Garza y juzgando quién pudiese ser; mas no había ahí ninguno que lo conociese.

Otro día, después que el rey hubo comido, a la misma hora el caballero volvió con sus doncellas; y por escusar prolijidad en escribirlo particularmente, sabed que aquel día derrocó treinta y dos caballeros, entre los cuales había muchos y muy

¹⁷⁹ Orig.: ‘piedras’ (127v).

buenos, dejando a todos muy maravillados de su gran ardimiento y fortaleza, teniéndole por uno de los más valientes caballeros que jamás en aquella corte se había visto.

Al tercero día salieron muchos caballeros de muy grande estima, los cuales no pudiendo hacer más que los otros, quedaban muy afrentados y demandaban la batalla de las espadas, mas el Caballero de la Garza se escusaba con la postura y condiciones con que habían venido. Olivante y sus compañeros, viendo que ya en la plaza no quedaba con quien el caballero justase, aunque contra la voluntad del rey, se fueron a armar, y salieron muy rica y estrañamente aderezados, con muy poderosos caballos. Y cuando la gente del pueblo los vio, comenzaron a decir:

—Agora vienen los halcones que derribarán la garza por más alto que esté subida; no son éstos de tan flacos picos como los pasados.

El Caballero de la Garza cuando los vio venir se holgó mucho dello, y tomando una gruesa lanza se puso en su puesto. Y el primero que salió fue Peliscán, al cual la sabia Hipermea dijo desde la ventana:

—Señor caballero, yo quisiera que dejárades de ponerlos en trabajo perdido, pues que la hermosura de la garza no dejará vencerse tan ligeramente que vos podáis sojuzgarla; mas, pues que queréis pasar como los otros, no os quejaréis de mí que no os desengaño, que no seréis el que vengáredes a vuestros compañeros.

Peliscán, no respondiendo ninguna cosa a estas palabras, arremete con el caballo dándole con mucha fuerza de las espuelas; y hallando al Caballero de la Garza en el camino, se dieron tan fuertes y poderosos encuentros que las rajadas de las lanzas parecía subir a las nubes. Deste encuentro Peliscán perdió solamente los estribos, tornándolos luego a cobrar, mas el Caballero de la Garza pasó por él con tan gentil continente como si ningún golpe hubiera recibido. Y tornando a tomar otras lanzas, de la misma manera tornaron a encontrarse; mas el encuentro fue tan poderoso que Peliscán, con la fuerza impetuosa quebrándosele las cinchas al caballo, con la silla entre las piernas vino a tierra dando una muy gran caída; y el Caballero de la Garza perdió el un estribo, mas luego tornó a aderezarse en la silla.

Como Peliscán fue caído, el infante Aliazar salió muy bien cubierto de su escudo y la lanza puesta en el ristre; mas a la segunda carrera tuvo compañía a Peliscán. Viendo esto el príncipe Grisalter de Suecia, salió luego en su lugar con mucha pena de ver sus compañeros en tierra; mas a la tercera carrera, perdiendo el Caballero de la Garza los estribos, el príncipe por las ancas del caballo vino al suelo, de que no poco así el rey como todos los que presentes estaban fueron maravillados, viendo tres tan esforzados y valientes caballeros así ligeramente haber dejado las sillas de los caballos, y decían que, si Olivante no le derribaba, quedaba con la mayor honra que nunca caballero estraño ni natural en aquel reino había ganado. Olivante estaba entonces muy espantado, y entre sí decía:

—¿Qué diablo puede ser este caballero que así nos quiere amenguar a todos? Cierto, yo juzgaba mal a cobardía las palabras que cuando le encontré y le pedí el caballo me dijo, pues veo que sus obras dan a entender lo contrario. Mas, aunque todo eso sea, si yo puedo, él no se irá de aquí pudiéndose loar, como piensa, de no hallar caballero en esta corte a quien no derribase.

Y diciendo esto le creció en extremo el coraje y la ira. Y tomando la lanza, en el palacio se tocaron muchos y diversos instrumentos con gran ruido de música, al son de las cuales los estremados y valientes caballeros cubiertos de los escudos, el de la Garza y Corazón Partido muy bien puestos en los caballos y las lanzas bajas, arremetieron con aquella velocidad y furia que la piedra con la gran fortaleza del fuego de la gruesa artillería dispara, haciendo semejante ruido. Mas al tiempo del encuentro el Caballero de la Garza levantó la lanza. Olivante, viendo lo que hacía, hizo lo mismo. Estando espantado de no saber la causa, tornó el caballo hacia él diciéndole:

—Señor caballero, ninguna merced recibo de la cortesía que conmigo habéis usado, porque parece proceder della la poca estima en que podréis tener mi vencimiento. Suplícoos que no pasemos el tiempo en balde, pues que vos tenéis necesidad de descansar y yo de verme fuera deste trabajo, que, según vuestra gran fortaleza, no pienso que me será muy ligero.

El Caballero de la Garza, sosegándose a sí y a su caballo, le responde:

—Excelente príncipe Olivante, ni mis fuerzas para ofender las vuestras pueden tener fuerza ni de mis armas las vuestras pueden recibir ofensa, pues que tal como de siervo a señor podría llamarse, siendo yo, como lo seré en tanto la vida me diere lugar a ello, no sólo vuestro, mas de aquellos que sintiere serlo vuestros, pues ni mi obligación me consintirá hacer otra cosa ni la vuestra podrá apartaros la voluntad de hacerme merced, como siempre me habéis hecho. Delante tenéis a quien siempre deseó serviros y jamás pensó enojaros: haced de mí a vuestra voluntad, porque para defenderse de la vuestra no hará resistencia.

Olivante, espantado de las palabras del Caballero de la Garza, le respondió:

—Pues que así es que, sin ser vos forzado, por ser por vuestra voluntad puedo haceros fuerza,¹⁸⁰ quiero que la recibáis de mí en quitarme de la duda en que con vuestras palabras me habéis puesto.

Y diciendo esto le desató los lazos del yelmo, y quitándoselo de la cabeza le conoció ser aquel su verdadero y grande amigo Silvano, al cual en la corte del Emperador había dejado; que con tan gran hermosura descubrió su rostro, que no menos que la de Olivante fue juzgada, que la natura se había esmerado en hacerla en toda perfición. La alegría que Olivante sintió no se puede pensar, tomando entre sus brazos a Silvano diciendo:

—Mi verdadero amigo, ninguna cosa pudiera yo hallar que más alegría me hiciera que vuestra vista, pues el amor que yo vos tengo no fue así ligeramente tomado que tan presto pueda olvidarse. Y por que el rey mi señor no nos esté atendiendo con pena de no saber quién sois, os ruego que nos vamos a él, que después, de mucho espacio hablaremos en las cosas que quedan.

—Cuando lo supiere —respondió Silvano— sabrá menos de lo que piensa, pues la ventura me dejó tan bajo que lo que más debo trabajar es no ser conocido; y así lo hiciera aquí si con cubrirme de la sombra de vuestro favor no tomara atrevimiento para osar parecer ante este soberano príncipe vuestro padre; que no poca alegría he sentido de saber que por tal lo hayáis conocido.

¹⁸⁰ Orig.: ‘furrça’ (128v).

—Dejaos deso —respondió Olivante—, que en vos hay merecimiento para osar parecer dondequiera, pues por vuestra persona lo merecéis, cuanto más que, aunque agora no se haya sabido otra cosa, no pudiera la sangre¹⁸¹ pastoril sola hacer lo que yo he visto, sin lo mucho que de vuestros grandes y maravillosos hechos he oído.

Ya estaba a esta hora Silvano rodeado de todos aquellos caballeros que en la plaza estaban, los cuales sabiendo quién era y lo mucho que Olivante le quería, llegaron todos a hablarle. Y él les hablaba con tanto acatamiento y humildad, y demandándoles perdón de lo pasado, que a todos los dejaba contentos. Y desta manera, habiéndole las doncellas tomado las armas, se fueron al palacio, donde Silvano fue del rey Aureliano recibido con tanto placer y mostrándole tanto amor como si su hijo propio fuera.

Leandro, el doncel que la infanta Galarcia había dado a Silvano, por no ser conocido había estado escondido hasta entonces; y viendo que su señor lo era, llegó a besar las manos al rey y a la reina, los cuales holgaron mucho con él, y asimismo de que la infanta hubiese dado aquel favor a Silvano dándoselo de su mano y recibéndolo por su caballero, pues que por su persona y pensamientos lo merecía. Silvano dio luego el caballo tirsiano al príncipe Olivante, diciéndole cómo él lo había conocido por suyo a un caballero que lo traía, y que, preguntándole de la manera que lo había habido y si conocía a su dueño, sintiendo dél que lo había hurtado, y que por esta causa por fuerza se lo había tomado y traído, para en hallándolo entregárselo. Olivante le dio muchas gracias dello, y le rogaba que lo llevase, pues en él sería tan bien empleado; mas Silvano nunca quiso hacerlo. Y la sabia Hipermea llegó a hablar a Silvano, y sabiendo Silvano quién era, le quiso tomar las manos para besárselas diciéndole:

—Mi buena señora, la vuestra merced, como a uno de los que más la desean servir en este mundo y más obligación tienen para ello puede dárme las, echándola sobre mí muy mayor juntando esta merced con la que en Constantinopla sin yo merecerla me hecistes poniendo con vuestra virtud y merecimiento en mí el que por mí faltaba para que yo no perdiese la gloria que de verme en tal estado me ha sucedido. La causa no quiero preguntárosla, porque pienso que, como tuvistes la memoria de mí en tiempo de tanta necesidad, la tendréis de hacerme del todo la merced cuando más sea necesario.

—Señor Silvano —respondió Hipermea—, vuestra virtud es la que obliga a todo el mundo a serviros; y el conocimiento que yo tuve della y del provecho que a muchos hacía con el servicio que de mí recibistes, porque esperaban vuestra ayuda, me hizo poner la diligencia para que por esta causa tanto bien no se perdiese. En lo demás que en mi mano dejáis, con vuestra discreción me habéis acabado de vencer más de lo que yo estaba para tener siempre el cuidado en vuestras cosas, las cuales, placiendo al soberano Señor, habrán buen suceso como deseáis, que yo por agora no puedo deciros otra cosa.

Silvano le rindió las gracias de lo que decía, y las fiestas con esto se acrecentaron. Y Silvano posó en la cámara de Olivante; las doncellas que con

¹⁸¹ Orig.: 'sagre' (128v).

Silvano venían, a quien había prometido de partir luego con ellas a cumplir el don, le dejaron allí cuatro días, en los cuales los dos jamás dejaban de hablar en muchas cosas, siéndole a Silvano en casa del rey hecha tanta honra que, si no fuera la soledad que de la infanta sentía, en¹⁸² ninguna otra parte viviera más a su voluntad.

Las doncellas, pasados los cuatro días, le rogaron que no se detuviese, y Silvano lo hizo así, despidiéndose del rey y de la reina, y de Olivante y todos los otros caballeros, prometiendo primero a Olivante que, en pudiéndolo hacer, se tornaría a la corte del emperador Arquelao, porque Olivante pensaba hacer lo mismo. Y dejarlo hemos por contar del infante don Rosanel, al cual después que de la corte salió habemos dejado en olvido.

CAPÍTULO II-XVI

DE LA Estraña Aventura que al Infante don Rosanel de Briana acaeció después que de la corte salió

EL infante don Rosanel de Briana, con un doncel suyo que Feliseo se llamaba, yendo armado de todas sus armas, como ya dijimos, se salió de la ciudad de Brisea a la medianoche sin que de ninguno fuese sentido, yendo tan descontento de la cruel muerte que por la que él diera a Teobaldo Lupercia se había dado, que, no pudiendo negar el tributo y sujeción que al amor se debe, aunque la poca razón de ver el poco amor con que era pagado se lo estorbase, no podía tanto que bañando su hermoso rostro con mucha abundancia de lágrimas no dijese muchas cosas contra el amor viendo los malos principios con que su tierno corazón había experimentado. Y así lamentando toda la noche, anduvo metido por unas florestas sin llevar camino ninguno, por que, si algunos le buscasen, no pudiesen hallarlo.

Venida la mañana se halló junto a la ribera del mar, que en la falda de una floresta batían sus ondas, y caminando por ella con propósito de buscar algún barco en que desviarse de aquella tierra pudiese, entre unos grandes peñascos vio estar uno, y con todo el aparejo que para navegar era necesario. Y con pensamiento que allí podría haber efecto su deseo se fue allá, y llegando donde el barco estaba, no vio sino un hombre pobremente vestido dentro, el cual muy fuertemente dormía. Feliseo por mandado de su señor entró dentro del barco y lo despertó; mas el hombre, que mudo era, no les habló más de por señas, dándoles a entender que se fuesen y quejándose porque así lo habían despertado.

Don Rosanel viendo que no se hacía como él pensaba, asimismo con señas le comenzó a rogar que lo llevase y que muy bien se lo pagaría. El hombre mudo les daba a entender que le pagasen primero, lo cual hubieron de hacer de algunos dineros que Feliseo había traído. Y así, con ayuda de Feliseo poniendo el marinero mudo todo el aderezo del barco en orden y desplegando las pequeñas velas al

¹⁸² Suplo 'en' (129r).

forzoso viento, les preguntó dónde querían hacer el viaje. Don Rosanel le dio a entender que no se le daba más a una parte que a otra, que dejase ir el barco por donde el viento lo guiase.

El mudo lo hizo así, y metidos a la mar, caminaron todo aquel día con muy próspero tiempo y comieron de la provisión que el mudo en el barco llevaba. Y así anduvieron hasta que la noche muy oscura y tenebrosa les sobrevino, en la cual reforzando los vientos, con la licencia de Eolo moviendo las inquietas ondas del tempestuoso mar, con el desasosiego que de la inquietud dellos y poca firmeza de las aguas en los tales tiempos suele seguirse, siendo el barco de una parte y de otra combatido, entrándose muchas veces tanta agua dentro que pensaban ser anegados, caminaban con mucho temor de pensar que con la poca defensa de tan pequeño navío tenían mal seguras las vidas siendo tan alejados de la tierra. Desta manera caminaron hasta la medianoche con mucho trabajo, que el viento algún tanto comenzó a sosegarse. Ya a esta hora no muy lejos de sí vieron que con la misma tempestad una gran barca, de la cual salía muy gran resplandor de lumbre con mucha claridad, andaba descubriendo y buscando puerto seguro para salir de aquella tribulación.

Don Rosanel dijo por señas al mudo que la siguiese, el cual lo hizo así, y cuando hubieron andado cuanto una hora, la barca grande se halló a la ribera entre unos grandes riscos, metida entre dos rocas que de una parte y de otra de la tormenta pasada la aseguraba. El mudo asimismo metió allí el barco. Y como los marineros y gente de la barca estuviesen entendiendo en aderezar algunas cosas que en la barca venían desbaratadas, no los sintieron, ni con la grande oscuridad que hacía podían verlos aunque muy cerca dellos estaban. Don Rosanel se paró a mirar la barca, que estrañamente le pareció venir bien aderezada, y vio que en medio della estaba una gran tienda armada, hecha de muy estrañas y ricas labores, en la cual a manera de ventanas había muchas vidrieras que en ella muy sotilmente estaban puestas, por las cuales el resplandor que de las lumbres de dentro salía hacía tan claro alrededor de sí como si al mediodía fuera. Dentro sonaban muchos instrumentos de música que con gran melodía eran tañidos y muchas voces que cantaban con gran dulcedumbre. Y estando oyendo esto vio cómo cuatro escuderos comenzaron a levantar las alas de la tienda de todas partes, trabándolas con unos cordones de seda muy gruesos de ciertos artificios que para aquello hechos traían. La tienda era toda dentro de brocado pelo, labrada con inestimable riqueza de muchas piedras preciosas que asimismo ayudaban a resplandecer a las luminarias que dentro della venían.

En medio de la tienda estaba un lecho con no menos riqueza y obra que ella tenía, en el cual estaba una doncella echada que, según su estraña y maravillosa hermosura, más cosa celestial que humana parecía. Sería de edad de quince años; sus cabellos, que de puro oro parecían, tenía sueltos y mal compuestos sobre las almohadas en que su cabeza tenía recostada, teniendo la una mano entre ellos y la mejilla, dejando destilar de sus hermosos ojos grande abundancia de lágrimas que como perlas orientales por sus blancas y coloradas mejillas dejaba caerse, sacando de sus entrañas de poco en poco algunos sospiros despedidos con tanto dolor, que

parecían, llevando consigo todo su sentido, dejar el cuerpo por algún tiempo desanimado.

En una rica silla junto a su cabecera estaba un caballero tan grande y membrudo que casi gigante parecía, sentado, armado de muy fuertes y ricas armas; el yelmo tenía quitado, y en la cabeza un chapeo de inestimable valor. El gesto tenía muy feroz y muy feo, porque de color era casi negro, los cabellos tenía negros y muy crespos; los ojos, salidos del caxco, las narices anchas y los labrios gruesos. Cabe él estaban otros dos caballeros armados y los cuatro escuderos. A los lados del lecho estaban dos doncellas, cada una de su parte, con asaz hermosura, recostadas las mejillas sobre sus manos, mostrando el mismo sentimiento con la solemnidad de sus lágrimas que en la doncella del lecho parecía.

Había otras diez doncellas alrededor destas, con estraños aderezos y muy ricos atavíos, sentadas en unos estrados no menos sumptuosos, con instrumentos en las manos, algunas dellas haciendo la concertada música que ya dijimos y otras cantando al son dellos; lo cual para el infante fuera cosa muy dulce de oír si la lástima de ver aquella hermosa doncella con tan sobrada tristeza no lo templara, pareciéndole que, si caballero armado fuera, que por ningún peligro dejara de probar a saber aquella aventura.

A este tiempo el caballero que cabe el lecho estaba, mandando callar las doncellas que tañiendo estaban, tomando una arpa en sus manos comenzó a tañer y con una voz gruesa y ronca sin ninguna gracia a cantar ciertas canciones mal compuestas; lo cual en el gesto de aquella hermosa doncella parecía acrecentar doblada pena con las muestras que de sí daba. Y después que hubo acabado, volviéndose a la doncella, le comenzó a decir:

—Princesa Danisea, no sé por qué, no queriendo haber piedad de mí, quieres ser cruel contra ti misma, pues la poca piedad que con mis tormentos usas me hará que de mí ni de ti no me duela, poniendo en ejecución contra tu voluntad lo que por la mía con tu porfía no podré resistir, pues el amor no me da lugar a otra cosa; y de la crueldad que contra ti usare nacerá no tenerla contigo para mí, pues que, después que cumpliera la ley de amor cumpliré la de la razón, que será, en pago del enojo que mi fuerza te causare, hacérmela a mí, para que en un punto haga fin mi mucha afición y tu enemistad con la fin de entrambas vidas que tú en tan poco muestras tener. Desecha de ti, soberana princesa, la pasión que tan sin razón recibes de verte en poder de aquel que por su solo merecimiento en el mundo puede merecerte y contentarte; que la fortuna no te ha bajado a tan pobre estado del tuyo rico que no estés en poder de un poderoso rey que por señora para sólo servirte te quiere, lo cual en no haber ofendido contra tu voluntad tu persona habrás conocido. Mas mira que no siempre están las personas de un parecer ni el sufrimiento podrá bastar a resistir tanto tiempo la voluntad, que no por mí, mas por el amor que tengo dejará gobernarse. Y si mis ruegos no bastaren para que del todo te duelas del rabioso dolor que yo padezco, basten a quitarte la tristeza que muestras, pues ningún provecho se sigue della más de crecer tu congoja y aumentar mi fatiga con el poco amor y desamor crecido que de verte tal de ti contra mí conozco.

—Rey Arcanor —respondió la doncella—, mal se puede mostrar alegría donde tiene del todo su aposento la tristeza. Déjame llorar mi fatiga, pues que con las lágrimas doy alivio a la pasión para que, saliendo por los ojos, no ahoguen el corazón, que tan aparejado está para recibir la muerte cuanto tú determinado con tu porfía para quitarme la vida. Mira la razón que tengo de tener sentimiento y sentirás que debo sentir más de lo que siento en sentir que voy en tu poder forzada contra mi voluntad, perdiendo el estado de que Dios me quiso hacer señora para verme agora, como me veo, tu sierva, pues, no lo siendo, no tuvieras el poder de amenazarme como has hecho. Mira que yo soy cristiana, tú eres moro; los de mi reino de Creta mal se compadecerán con los del tuyo de Susia siendo tan diferentes las leyes, ni yo contigo no estando conformes en las voluntades, porque la mía está en mí tan apartada de ti cuanto tú de haber piedad desta pobre doncella para restituir en la verdad, habiéndola hecho por fuerza sujeta. En lo que más dices, que no podrías tener sufrimiento, ejecuta tu voluntad como te placirá, que la mía, como sea cumplida la tuya, aparejada está para hacer sacrificio de sí con la vida, pagando el tributo que a la grandeza de mi estado y a la real y alta sangre donde soy nacida soy deudora, pues no tardaré yo más en darme la muerte de cuanto tú me des aparejo para privarme de la vida que contra mi voluntad, estando en tu poder, sostengo por fuerza para esperar si la fortuna tardará más en dar la vuelta que la muerte en venir a tenerme compañía.

—Princesa Danisea —respondió el rey Arcanor—, mal conocimiento es el de tu presunción, pues no te parece haber ganado tanto en mi poder sujeta cuanto perdiste en perder el tuyo libertando, que mayor señora serás en ser reina de Susia que no en tener el señorío del reino de Creta; cuanto más que, faltando la voluntad a tus vasallos para conocerte por tal, no me falta a mí el poder para en muy poco tiempo hacerlos arrepentir de su yerro. A lo que me has dicho no quiero agora responderte, que veo que es gastar el tiempo, más de que en tanto que en la mar estuvieres sufriré el desatino de tus desdenes, que después habrás de tener la paciencia, si te apasionares, que yo agora en sufrir tus locuras y palabras desatinadas por amansar tu furia padezca.¹⁸³

Y diciendo esto se levantó con muy grande enojo de la silla y se vino a poner en el borde del barco, dejando a la princesa con tanto dolor de las palabras pasadas, que sus sollozos y suspiros mostraban bien el desasosiego de su ánima. Y el infante estaba tal de verla, que con la congoja, sin sentirla, asimismo se le caían las lágrimas de sus ojos viendo que, no siendo caballero, tenía mal aparejo para acometer tan gran hecho como aquél era.

Y así estuvieron una gran pieza, en fin de la cual el rey Arcanor, volviendo los ojos, vio el barco de don Rosanel donde estaba; y como hasta allí no lo hubiesen sentido, pensando que otra cosa fuese, con una voz gruesa y temerosa dijo:

—¿Quién está ahí tan callando que no da testimonio de sí con hablar, haciendo la obediencia que debe para quitar de sospecha a los que aquí están?

El infante mandó llegar el barco hacia donde el rey Arcanor estaba, y con mucha mansedumbre le respondió en su lengua:

¹⁸³ Orig.: 'parezca' (131r).

—¡Oh soberano rey! Yo, como fuese moro y con la tormenta pasada los dioses me hubiesen traído en tierra de cristianos, como es esta en que estamos, el temor de no ser conocido me hacía estar encubierto por el daño que dello podría recrecerse, no sabiendo si tu grandeza fuese moro o cristiano hasta agora que los soberanos dioses tuvieron por bien que de tus palabras para mi remedio pudiese conocerlo, encomendándome a tu virtud para que con ella me favorezcas y hagas merced en lo que te suplicare; para lo cual es razón dártela de mí y de mi vida. Sabrás que yo soy natural del reino de Samaria, y estando doncel en casa de mi padre, teniendo voluntad de ser caballero, una noche, armado de todas armas, con sólo un escudero me metí en este barco con pensamiento de irme al rey Cosmalín, que muy bien me conocía, para recibir de su mano la orden de caballería; mas la fortuna, que las cosas rige como le place, levantó de súbito tan gran tormenta que a nosotros fue forzado dejar el barco caminar a su voluntad, teniendo muchas veces temor de perder las vidas. Y así anduvimos algunos días hasta que aportamos a una isla, en la cual hemos estado hasta agora, que tornando a salir della con la mala gobernación que solíamos hacer, con la tormenta desta noche aportamos aquí, donde doy por bien empleado mi trabajo, pues la ventura me ha traído a tan buen puerto como es el de tu servicio, para lo cual, sin haberte servido, a tu soberana grandeza quiero suplicar me hagas merced que por tu mano, pues no lo puedo hacer de hombre que más valor tenga en el mundo, me des la orden de caballería por mí tan deseada y con la cual y mis pobres fuerzas, hasta la muerte te pienso servirte la merced que de tu mano recibiere.

El rey Arcanor creyendo que así fuese como don Rosanel decía, le dijo:

—Pues que así es, buen doncel, subíos a esta barca, donde os aseguraréis de los trabajos en que os habéis visto hasta agora; y por vuestro buen conocimiento yo estoy aparejado para cumplir en todo vuestra voluntad.

—Muchas mercedes —respondió el infante—; y plega a los soberanos dioses que me den lugar para poder cumplir mi voluntad.

Y diciendo esto, así armado como estaba subió encima, y Feliseo con él, que el yelmo y el escudo le llevaba, y cuando el rey Arcanor le vio, en gran manera fue muy espantado de su apostura, y parecióle no haber visto jamás tan hermoso doncel. Don Rosanel, para tenerlo contento, le quiso besar las manos, mas Arcanor, aunque muy presuncioso y soberbio era, no lo consintió; y llegándose cerca del lecho, asimismo pidió las suyas a la princesa Danisea diciendo:

—Excelente señora, la vuestra merced sea de dármelas por la voluntad que de serviros tengo, junto con la que al rey Arcanor soy obligado, deseando veros tan contenta cuanto agora estáis fatigada, pues que, estando tan bien empleada, no hay razón por que mostréis tanta cuita; y yo el tiempo que pudiere os prometo de procurar con todas mis fuerzas quitaros el mal talante que tan sin razón agora mostráis.

La princesa, habiendo visto todo lo que había pasado y dando crédito a ello, muy pagada de la hermosura y gracia de don Rosanel y muy descontenta con pensar que fuese moro, le respondió:

—Buen doncel, los ofrecimientos que me habéis hecho os agradezco, aunque el cumplimiento de vuestras palabras y deseo no lo querría, pues que todo es

acrecentar en mi perjuicio; mas yo espero en el soberano Hacedor de los cielos, que a vos os ha favorecido en la necesidad en que estabais, se acordará desta desventurada doncella en la tribulación en que está.

Y diciendo esto, tan fuertemente lloraba que don Rosanel, movido con gran piedad y forzado de la cruel experiencia de hermosura y gracia que delante de sí veía junta, con el mucho merecimiento de tan preciada doncella olvidando la pena que por la muerte de Lupercia traía y dando lugar el rabioso fuego de amor que sus entrañas con las llamas del resplandor de sus ojos encendiese, perdió así su libertad, que del todo su ser y sentido enajenado, quedando sujeto a la cruel pasión de que en aquel punto se sintió atormentado, y con mucha disimulación de su pensamiento se levantó.

Las doncellas tenían puesta una tabla, y el rey Arcanor, aunque muy tarde era, como porque con la tormenta aquel día no lo había hecho, con mucha porfía hizo a la princesa que comiese algún poco, y después que el rey hubo comido, los dos caballeros y las doncellas y escuderos hicieron lo mismo. Y el infante diciendo que no le hacía menester, se quedó hablando con el rey Arcanor y rogándole que a la hora, porque él había ya velado las armas, lo armase caballero; que si alguna cosa les aviniese, no querría hallarse sin aquella libertad de poder ejercitar las armas como su corazón deseaba. El rey dijo que le placía; y como todos hubieron acabado la cena, tomando las doncellas sus instrumentos, con muy grande solaz y fiesta el rey le armó caballero con todas aquellas solemnidades que allí se pudieron hacer; y tomándole los juramentos que se suelen, que guardaría y cumpliría todas las cosas que los caballeros son obligados a mantener, le calzó la espuela, y tomando la espada del infante, la dio a la princesa diciendo:

—Buena señora, pues Dios hizo este doncel tan estremado en hermosura que por ella merecía serle hecha toda merced, reciba de vuestra mano esta espada, con la cual, yendo en mi compañía, os podrá hacer algún servicio con que deis por bien empleado la honra que en dársela le hubiéredes dado.

La princesa, tomándola, la ciñió al infante, que delante del lecho hincados los hinojos estaba, diciéndole:

—Buen caballero, por pensar que en vos será bien empleada huelgo yo en tiempo de tanta tristeza usar de cosa que parezca dar algún contento. Dios os haga tan bueno que podáis socorrer las que tan sin ventura como yo en semejantes necesidades hubieren menester vuestra ayuda.

El infante le besó las manos por la gran merced que le había hecho, diciendo:

—Plega a Dios, señora, que me dé fuerzas y ardimiento para que yo pueda emplearlas en vuestro servicio con la sobrada voluntad que para recibir la muerte por veros fuera de vuestra pasión tengo. Y por que conozcáis cuán verdadera es esta intención, no puedo sufrir de veros más en la cuita sin que mi fortaleza o mi muerte den al presente testimonio de lo que el corazón en veros tal siente.

Y diciendo esto se levantó en pie, y vuelto al rey Arcanor, que maravillado de sus palabras estaba, comenzó a decir:

CAPÍTULO II-XVII
DE LA BATALLA QUE DON ROSANEL CON EL BRAVO Y FERROZ
ARCANOR, REY DE SUSIA, TUVO POR LIBERTAR A LA INFANTA
DANISEA

REY Arcanor, tan excelente orden como la que de tus manos al presente yo he recibido obliga a los que la reciben a seguirla con las condiciones de que tú me has tomado juramento. No quedo yo fuera de la obligación para hacer lo que debo de no consentir la sinrazón que en la fuerza a esta soberana princesa haces ofendiendo su grandeza, con la cual a todos los del mundo merece tener sujetos, para que tú debajo de tu sujeción hayas querido meterla, haciendo tu voluntad contra la mía, quebrando las leyes de la virtud que, sin otra causa, a esto te obligaban. Y pues que para cumplir con lo que debo, cumpliendo lo que en tus reales manos he prometido y jurado, no puedo hacer otra cosa que poner mi vida en peligro para quitar la suya del trabajo que por tu causa padece, desde agora te ruego que en su libertad la restituyas, con lo cual cumplirás lo que a tu grandeza y la suya eres obligado. Donde no lo quieras hacer, como el más verdadero y mortal enemigo tuyo te desafío hasta la muerte; con la cual¹⁸⁴ no pudiendo hacer lo que a su servicio debo, cumpliré con lo que por la orden que me diste, sin lo que yo por mí estaba obligado, me obligaste. Y pues ya no hay necesidad de la cautela que hasta ahora contigo he usado, quiero que sepas¹⁸⁵ que no soy de tu ley como te dije, mas antes verdaderamente cristiano, lo cual he querido encubrir para asegurar la demanda que por ti de armarme caballero no me fuese negada. En lo demás te he dicho verdad. Respóndeme lo que más te agradare, porque, si no piensas hacerlo, no es menester alargar más el tiempo, porque la muerte de uno de nosotros podrá asegurar la vida del que quedare con el cumplimiento de su voluntad.

El rey Arcanor, maravillado del atrevimiento de don Rosanel y muy airado de las palabras que en su perjuicio había osado decir, encendido de la ira y señoreado de la soberbia, a quien él siempre había sido sujeto, comenzó a decir:

—¡Oh inmortales dioses, y quién pensara que tan gran sandez cupiera en una tan vil criatura que delante del poderoso rey Arcanor tan sin temor osara decir palabras llenas de tanta locura! Mas ya que habéis querido que yo con oírlas en mi acatamiento fuese ofendido, no creo yo que permitiréis que la venganza dellas en mi perjuicio y vuestro se dilate. Espera, malaventurado, y no huyas, que ya que la muerte te está cierta, quiero que de mis manos para la gloria de tu atrevimiento la recibas antes que las profundas aguas con encerrarte en sí me den la poca venganza que de tan vil cosa como tú se puede recibir.

—Rey de Susia —respondió don Rosanel—, toma tus armas y deja las soberbias para los que las temen, que yo la experiencia de las obras quiero probar para darte crédito, aunque creo que será quitarte que no digas más adelante ni hagas más agravios a los que no te los merecen.

¹⁸⁴ Con la mía, se entiende.

¹⁸⁵ Orig.: 'sapas' (132v).

El rey Arcanor, dejando el chapeo, se puso un fuerte y bien acerado yelmo, y echando un escudo al cuello y la espada sacada, que muy ancha y cortadora era, se fue contra el infante diciendo:

—Sandia y vil criatura, ¿quién te defenderá de las manos del valiente y bravo rey de Susia sin que dellas con el primer golpe que dellas saliere pierdas la vida que tú con tu sandez poniéndola en tal extremo en tan poco has tenido?

El infante no le respondió, antes bien cubierto de su escudo le esperó con la espada sacada rogando a Nuestra Señora en aquella batalla le ayudase. La princesa Danisea, habiendo visto y oído todo lo pasado, estaba como atónita, y no podía pensar sino que Dios hubiese enviado algún ángel que en aquella necesidad la socorriese, y rogaba de mucho corazón a Nuestro Señor diese fuerzas al caballero novel para que alcanzase victoria, pues en ella estaba su libertad, que era la cosa que entonces más deseaba.

Los dos caballeros, con bravos y fuertes corazones se acometen, y el rey alzando su disforme espada, dio tan duro y pesado golpe sobre el escudo de don Rosanel que cuanto dél alcanzó echó por tierra, y la espada descendió hasta el suelo de la barca, que toda la punta entró por ella; y antes que la pudiese sacar, don Rosanel le hirió de dos poderosos golpes sobre el yelmo, que de cada uno dellos le hizo una pequeña llaga en la cabeza. Mas el rey, que muy buen caballero era, sintiéndose así herir, puso tanta fuerza que, sacando la espada, se tornó a cubrir de su escudo, y la batalla se tornó tan fiera y cruel que grande espanto ponía a los que la miraban. El rey andaba tan bravo y feroz, y los golpes que con sus grandes fuerzas daba eran tan pesados y desatinados que lo que más al infante le valía era la gran ligereza y maña con que dellos se guardaba haciéndoselos perder todos; y él le hería todas las veces que quería muy a su salvo, porque de las heridas que en la cabeza el rey Arcanor tenía le salía tanta sangre que, cayéndole sobre los ojos, le traía ya casi ciego. Y desta manera anduvieron bien una hora, andando el rey en muchas partes herido, y las armas y el suelo de la barca muy teñidas de su sangre, con lo cual no habiendo perdido la soberbia, maldecía sus dioses blasfemando dellos. Y diciendo cosas abominables, desatinado andaba a una parte y a otra, de tal manera que, tropezando cerca de la popa en un madero que del gobernalle salía, cayó en el suelo de la barca, y así por sus heridas como por ser tan grande y pesado, no pudo tan presto levantarse que más presto don Rosanel no fuese sobre él con pensamiento de cortarle la cabeza. Mas los caballeros del rey, que en tal estado le vieron, sacando las espadas, como traidores se dejaron ir contra él.

La princesa, que con la mayor alegría del mundo estaba de ver al rey de Susia en tal estado, como vio lo que los caballeros hacían, doblándosele la tristeza con pensar que al caballero se le acercaba la muerte, lloraba con mucha voluntad, diciendo infinitas lástimas. Mas don Rosanel, que el su fuerte corazón no desmayó por esta afrenta, la quitó presto de aquella congoja, porque del primero golpe que al uno de los caballeros acertó en descubierto encima de un hombro, hallando poca defensa en las armas, que flacas eran, le abrió hasta la cinta, quedando el brazo con todo el cuarto colgando, de que el caballero, dando voces con la rabia de la muerte, cayó en el suelo.

Y el otro, no por esto dejando de herirle, le acometía por todas las partes que más daño pensaba hacerle, llamando al rey que se levantase. Mas el infante no queriendo dar lugar a que juntos con él hubiesen la batalla, cargó de un tan duro y pesado golpe al caballero sobre el yelmo, que le hizo perder el sentido, revolviéndose como desatinado a una parte y a otra. El infante que lo conoció, le dio con las manos en los pechos de toda su fuerza, de manera que, hallándose el caballero cerca del borde de la barca, sin poderse tener, por cima dél fue a tomar la sepultura en las aguas, dando su cuerpo mejor noche que esperaban a los peces que para su mantenimiento le hallaron.

El rey como un rabioso león se había levantado, y viendo sus dos caballeros muertos y a sí puesto en tal estado por mano de un solo caballero, con el grande enojo que tenía, la espuma echaba por la boca, que revuelta con la sangre que de la cabeza le caía, le quitaba el aliento. Andando con el gran coraje como loco, tiniendo ya poca confianza de la vida por el estrecho en que se hallaba, queriendo que quien era causa de perderla no quedase con ella, se fue hacia el lecho donde la princesa estaba, diciendo:

—Pues tu crueldad ha traído a muerte al rey Arcanor sin poder gozar de tu compañía en este mundo, ya los inmortales dioses no me quitarán que a lo menos en el otro tu ánima no vaya a hacerle compañía para su descanso.

Y diciendo esto le quiso dar con la espada sobre la cabeza; mas don Rosanel, que su intención conoció, se le había parado delante diciendo:

—Rey de Susia, mal pensamiento es el tuyo, que primero irá la mía o la tuya.

Y le dio tan poderoso golpe sobre el yelmo, que quebrándole todas las enlazaduras se lo hizo saltar de la cabeza; y tornándole con otro, le acertó en el pescuezo, que, cortándole cercen la cabeza, la echó sobre la cama donde la princesa Danisea estaba del miedo muy espantada y casi desmayada, y el cuerpo del rey cayó del otro cabo, siendo en aquel punto acabada su vida y su soberbia y malas obras.

La princesa tomando la cabeza por los cabellos, teniendo temor della la arrojó lejos de sí. Y entonces el infante, habiendo metido su espada y quitado el yelmo, se llegó donde la princesa estaba, y hincando los hinojos ante ella, le dijo:

—Soberana princesa de Creta, reciba la vuestra merced la voluntad de mi servicio, pues que de la obra me sois obligada a poco agradecimiento, porque procedió de vos misma la fortaleza de mis brazos; porque sin el ardimiento de vuestra vista, junto con el deseo de serviros, ni yo quedara con la vida ni vos con la libertad que al presente tenéis; no solamente en lo que a vos toca, mas, habiendo cobrado la vuestra, llevastes juntamente la mía, para poder hacer della y de mí hasta la muerte lo que vuestra excelente grandeza más servida fuere.

La princesa, tomándole por sus manos y rogándole que se levantase, le dijo:

—Valeroso caballero, el servicio que de vos al presente he recibido ha sido de tan gran calidad que no menos que la vida con él me habéis tornado, porque ya que¹⁸⁶ con la vida que en poder del rey Arcanor viviera me pudiera contar por viva algún tiempo, fuera vida más desesperada que la muerte. En lo que más decís, yo

¹⁸⁶ Suplo 'que' (133v).

pienso tener el conocimiento que debo al bien que de vuestra mano he recebido; y por que no yerre al comedimiento que a vuestra persona y valor se debe, yo os suplico me digáis quién sois y la ventura que, para mejor ventura, a tal tiempo aquí os ha traído.

Don Rosanel le contó cuyo hijo era y la causa por que allí había venido, de que la princesa no poco espantada, le dijo:

—Señor infante, suplicoos me perdonéis por el yerro pasado de mi desconocimiento, pues no me haber dicho quién sois hasta agora me ha puesto la culpa que con haberlo sabido no tuviera. Vos debéis de estar herido y es bien que luego se ponga remedio en curaros, y después se hablará en lo que más convenga.

El llanto que las doncellas del rey hacían era tan grande que apenas se entendía lo que hablaban; y la alegría de las dos doncellas de la princesa y de Feliseo no se podría contar, las cuales ayudando a desarmar a don Rosanel, le echaron en un rico lecho que para el rey Arcanor, al cual habían ya echado en la mar, estaba hecho; y metido en él, la princesa se levantó del suyo y cubierta con una aljuba de terciopelo verde sembrada de unas flores de oro se fue adonde el infante estaba, y ella y sus doncellas le curaron las heridas, que algunas y pequeñas eran, y le curaron con aparejos que el rey Arcanor para sí traía, con los cuales, y principal con la buena voluntad que en la princesa sintió, durmió hasta dos horas del día, sintiéndose muy aliviado.

La princesa, en tanto, se fue para las doncellas del rey rogándoles que tuviesen sufrimiento con lo que la fortuna había querido hacer, y que las que se quisiesen ir, que ella les daba luego libertad, y que si con ella se querían quedar, ella las recibiría para servirse dellas y hacerles más merced que el rey Arcanor les hiciera. Las doncellas, pareciéndoles que aquel era el mejor partido, le besaron todas las manos por señora, y los escuderos lo mismo, y así se sosegaron los llantos, y reposado todo, la princesa se tornó al lecho. Y venido el día se levantó y atavió ricamente, y cuando el infante fue despierto le fue a visitar y allí le contó cómo, siendo princesa de Creta y habiendo pocos días que los reyes, su padre y madre, eran muertos, ella estaba en la isla de Rodas en casa del rey, que su tío era, el cual muy bien acompañada, para que los del reino la jurasen por reina, como debían, la había enviado; y que en el camino habían topado al rey Arcanor, que por las buenas nuevas que della tenía la estaba esperando con muchos caballeros, y habida entre los unos y los otros una cruel batalla, siendo todos los de su parte muertos y heridos, el rey Arcanor la había tomado y la traía de la manera que la había hallado.

El infante holgó mucho de saber cómo pasaba. Y sabed que en tres días que allí estuvieron, el infante y la princesa pasaban tan amorosas razones, y así le supo el infante dar a entender su enamorada pasión, que la princesa, no estando menos pagada dél que él lo estaba della, holgó de recibirlo por su caballero, dándole todos los favores que, no perjudicando su honestidad, podían darse y prometiéndole que, puesta en su reino, le agradecería lo que por ella había hecho. Y así pasaron hasta que, dándoles el tiempo, que sereno y claro volvió, y el aire muy sosegado, lugar, se partieron de allí la vía del reino de Creta, yendo el infante con el mayor contentamiento que jamás recibido había de verse en tal compañía.

Caminaron con próspero tiempo, donde los dejaremos por contar lo que Darisio después que partió de Brisea hizo.

CAPÍTULO II-XVIII

CÓMO DARISIO LLEGÓ A LA CORTE DEL EMPERADOR ARQUELAO, Y DE LO QUE CON ÉL Y CON LA PRINCESA PASÓ

DARISIO, como ya dijimos, por mandado de su señor se partió la vía de Constantinopla, y andando por sus jornadas, al cabo de algunos días llegó a ella. Y así como entró por la ciudad, muchos que lo conocieron, deseando saber nuevas del Caballero del Corazón Partido, lo siguieron hasta el real palacio. Y apeándose Darisio en el patio, subió a la sala donde el Emperador, que entonces acababa de comer, con muchos de sus altos hombres hablando estaba. Luego Darisio fue a hincar los hinojos delante del y le besó las manos. El Emperador con muy grande alegría, lo recibió diciendo:

—Darisio, vos seáis muy bien venido, que en verdad con pocos hombres recibiera yo el placer que con vos, si del Caballero del Corazón Partido, mi verdadero amigo, me traéis nuevas.

Darisio, sacando una carta que para él traía, se la dio diciendo:

—Vuestra soberana majestad lea ésta, y después yo diré lo que más de mi señor me fue mandado.

El Emperador viendo que era de creencia, porque pensaba que la princesa y las infantas holgarían de oír las nuevas de Olivante, las envió a llamar. La alegría que sintieron las dos cuando supieron de Darisio no se puede pensar, como aquellas que jamás el tiempo que podían en otra cosa que en hablar en Olivante y Silvano no se ocupaban, sintiendo muy gran descanso en las quejas que la una a la otra se daban del descuido que en ellos había de no las visitar ni hacer saber de sí en tanto tiempo, y unas veces lo juzgaban que con poco amor las habían olvidado y otras veces que las muchas cosas que tendrían en que entender no les daría más lugar. Así habían pasado hasta entonces con mucho cuidado de saber la verdad de todo, y pensaban que por ventura los dos estarían en la tierra o querían encubrirse para mejor poderlas hablar; mas salieron deste pensamiento con saber que Darisio traía carta de su señor, y deseando saber las nuevas que dél traía, salieron luego a la sala muy ricamente aderezadas.

Darisio llegó a besar las manos y la princesa y las infantas lo recibieron con mucho amor; y como fuesen sentadas en sus estrados, viendo Darisio que todos estaban sosegados, comenzó a contar por orden todo lo que al Caballero del Corazón Partido después que de aquella ciudad saliera le había avenido, sin faltar ninguna cosa, de que así el Emperador como todos aquellos altos hombres estaban en gran manera alegres de su buena ventura. Y el Emperador oyendo cómo había ganado la isla de la Ventura, dijo que por las nuevas que della tenía y por lo que

dél había visto en la isla de los Cinco Peñones, que Olivante se podía tener por uno de los ricos reyes, con el señorío dellas, que había en la cristiandad. Y prosiguiendo Darisio en su habla, cuando vino a decir cómo Olivante su señor había sido conocido por hijo del rey Aureliano y príncipe heredero del reino de Macedonia, no se puede pensar el alegría que todos sintieron, principalmente aquellas dos excelentes y hermosas señoras, la una conociéndolo por hermano y la otra viendo que sus pensamientos no se habían puesto en tan bajo lugar que no estuviesen tan bien empleados cuanto para la grandeza y presunción de su estado se requería. La infanta con la licencia que tenía manifestaba su regocijo, y la princesa, mostrando que por amor della le placía, con la mejor disimulación que sabía hacía lo mismo. Y así, estaban todos con mucho contento, así desto como de las nuevas que Darisio contó de Silvano y de lo que, llamándose el Caballero de la Garza, en la ciudad de Brisea había hecho.

Darisio, después que no le quedó más que decir, se fue a hincar las rodillas ante la princesa, diciendo:

—Soberana princesa, el príncipe Olivante de Laura, mi señor, a vuestra excelencia por mí besa las manos ofreciéndose a vuestro servicio en todas las cosas que mandar le quisiéredes. Y porque él, como ya yo he dicho, ganó la isla de la Ventura, la cual es una de las buenas tierras y deleitosas que hay en el mundo, a la vuestra grandeza suplica recibáis el servicio della juntamente con el poder que en dar la licencia para poder ver el secreto de la morada de la Fortuna tiene; el cual os renuncia para que, así como a él le había de ser demandada para poder haber la llave de la imagen, vos sola podáis darla, sin que a otra persona pueda ser pedida.

La princesa cobrando algún color con lo que Darisio le decía, le responde:

—Mi buen amigo, para quitar a vuestro señor de trabajo, según la obligación que todos para ello tenemos, yo acepto el poder que para darlo a los que quisieren ver las cosas maravillosas de aquella casa me da; y que la isla le tengo en merced, que, pues con tanto trabajo la ganó y de tantos años para él estaba guardada, que sinrazón haría yo en aceptar su ofrecimiento; que su voluntad tengo en tanto para agradecersele como si desde agora quedara señora della.

Darisio respondió a esto, y después, pasando muchas cosas con ella y con la infanta, de que el Emperador holgaba mucho, se pasó el día. Y después que hubieron cenado, siendo ya hora, la princesa y las infantas se retrujeron a su aposento. Y Darisio, haciendo que iba dando cuenta a la infanta de algunas cosas que le preguntaba, se fue con ellas, y en el camino encubiertamente le dio las cartas que para ella y la princesa traía. La infanta las tomó, y entrándose ella y la princesa en un retraimiento solas, con infinito gozo la princesa abrió su carta, y leyéndola, vio que decía así:

CARTA DE OLIVANTE A LA PRINCESA LUCENDA

Olivante de Laura, príncipe conocido del reino de Macedonia, la salud que puede con la que tiene a la soberana princesa Lucenda, que se la ha dado, la envía.

Si en la mayor gloria de haberme la fortuna puesto en estado con que mis pensamientos no puedan quejarse de mi flaqueza, mas antes loarse de mi

atrevimiento, no me acordase que el gozar lo ausente lo convierte en doblada congoja, glorificarme ya con ver el mejor aparejo que la fortuna para servir a tu soberana grandeza me ha dado; mas, considerando cuán poco es todo por lo mucho de tu merecimiento, todo quiero estimarlo en lo poco que se debe con el deseo que lo que en ello y en mí faltare se supla en tu virtud y excelencia, hallando siempre aquella voluntad que de darme osadía para servirte como a mi señora me pusistes. Mas, ¡ay de mí, si el cuidado que jamás de mi memoria se aparta se encierra en mí todo para no quedarte a ti parte, venciendo el descuido a lo que a mí, no por mí, sino por el deseo que en mí hay tienes obligación!; porque ni otro placer me da alegría, ni otro contentamiento reposo, ni otra holganza sosiego, ni otro descanso salud, ni otra pena me aflige, ni pasión me atormenta, ni otro cuidado me entristece, ni otra congoja fatiga mi ánima sino pensar cómo tendré contento¹⁸⁷ de quien espero todo el contentamiento,¹⁸⁸ pues de otra parte ni puede venirme ni yo recibirlo es posible. Acuérdate siempre, excelente señora, de la fe con que yo por ti a mí me di, que fue la hazaña de mayor osadía, junto con la victoria que me consentiste, que en este mundo he gozado ni en el tiempo que viviere gozar puedo, pues que en ella se encierra toda la gloria de la vida. Y hallándome siempre tan firme en ella cuanto a tu grandeza soy obligado, deseo que mi deseo sea de tu excelencia conocido, para que a lo menos saque de mis trabajos el fruto en darme crédito de mis mortales fatigas, las cuales hasta hallarme en tu presencia, para mejor poderte servir se doblarán de continuo, pues que con la ausencia se dobla mi pena y se aumenta la pasión que mi atribulado corazón siente.

El mensajero te dirá fielmente lo que después que de mí me partí por mi cuerpo ha pasado, que el ánima jamás en otra cosa ha ocupado su entendimiento por el agravio que a sí misma se hiciera. Y así, no quiero más enojarte hasta saber si tu grandeza mis yerros ha perdonado, enviándome a mandar aquello en que más fueres servida, que será la mayor merced de las que recibir puedo.

Cuando la princesa hubo leído la carta, de infinito gozo se le caían las lágrimas de sus hermosos ojos. Y habiendo la infanta leído su carta, que no con menos amorosas razones venía escrita, habiéndoselas la una a la otra mostrado, se abrazaban con infinito amor, diciendo la princesa:

—¡Ay señora, que no sin razón amábades vos tanto al Caballero del Corazón Partido, pues que tanto deudo entre vos y él estaba encubierto! Y agravio hiciera yo a la amistad que entre nosotras hay si como a vos verdaderamente os amo no le amase a él; cuanto más que el amor que él muestra tenerme no se sufre pagar con desgradecimiento.

—Mi señora —respondió la infanta—, hasta agora la lástima de ver la sobrada pasión de Olivante sin conocerle me hacía suplicaros que la hubiésedes dél; mas agora que con ella se ha juntado el deudo que veis, perdonar me heis si alguna vez os diere enojo con importunaros que no os olvidéis en amar a quien con tan

¹⁸⁷ Orig.: ‘contenta’ (135r).

¹⁸⁸ Orig.: ‘contentamiento’ (135r).

verdadero y leal amor os ama; porque, si otra cosa yo sintiese, no podría dejar de desafiaron y hacer con vos armas hasta la muerte.

—Deso estad vos, mi señora, bien segura —respondió la princesa—, que ni yo podré hacerlo ni, ya que pudiese, os haría tal enojo, pues sé que en las armas me haríades muy gran ventaja; mas yo espero en Dios de vengarme de vos presto con que se descubra asimismo el gran valor y merecimiento que del vuestro Silvano está profetizado.

La infanta oyendo esto, sin poder responder dio un gran suspiro, y abrazándose las dos, estuvieron toda aquella noche hablando en sus dos caballeros, porque esto era lo que más descanso a su ánima daba.

Y otro día, el Emperador por las nuevas de Olivante hizo hacer muy gran fiesta, la cual duró algunos días que detuvieron a Darisio en la corte, en los cuales muchos caballeros demandaron licencia a la princesa Lucenda para poder entrar a ver los secretos de la Casa de la Fortuna, y ella se la dio de muy buena voluntad; y algunos dellos lo pusieron luego por obra, poniéndose en camino para ello.

CAPÍTULO II-XIX

QUE HABLA DE CIERTOS CABALLEROS QUE A LA CIUDAD DE CONSTANTINOPLA VINIERON, Y DE LA INTENCIÓN QUE TRAÍAN

DICHO se ha ya cómo el Caballero del Corazón Partido el día que del emperador de Constantinopla se partió, habiendo batalla con el fuerte jayán Boraldo Dragontino le privó la vida en el bosque donde la batalla hubieron, y el Emperador dando licencia a los suyos, le llevaron a una barca en que había venido, y metidos en ella se habían tornado con él a la isla Dragontina. Y porque la historia quiere contaros lo que desto sucedió, habéis de saber que este Boraldo Dragontino era hijo de una hermana del padre del jayán Buciferno, la cual fue casada con un esquivo jayán, señor desta ínsula Dragontina, y dél hubo tres hijos, que el mayor era este Boraldo. Y después que el marido fue muerto, Boraldo sucedió en el señorío de la isla, y fue casado asimismo con una hija de otro gigante, de quien hubo un hijo que se llamaba Rodamón Dragontino, el cual cuando su padre murió estaba en edad de diez y seis años, y todos tenían por muy cierto que sería uno de los bravos y fuertes jayanes que en el mundo hubiese.

Como su madre de Rodamón supo la muerte de Boraldo, grandes extremos hizo por ella, y lo mismo su madre, jurando de hacer la más cruel venganza que jamás en el mundo fue vista. Y alzando por señor de la isla a Rodamón, a quien por derecho venía, juntamente con los dos gigantes hermanos de su padre la gobernaba, teniendo siempre memoria de la venganza que sus corazones deseaban, y principalmente del emperador de Constantinopla, por haber sido muerto en su tierra.

La madre de Rodamón, a quien más este dolor aquejaba, como nunca deste pensamiento lo partiese, después de haber pensado muchas cosas sobre ello acordó de ir a una tía suya llamada Zerisa, que estaba en otra isla cerca de aquélla, la cual era de las más sabias mujeres en todas artes que a la sazón se hallase en el mundo. Y poniendo por obra como lo había pensado, se metió luego en un barco llevando consigo a Rodamón y a uno de los otros jayanes, y en poco tiempo llegaron donde la maga Zerisa estaba, y puestos delante della, después de haber llorado la muerte del jayán Boraldo Dragontino le dijeron la intención con que venían, rogándole con grande instancia les aconsejase y diese manera como del emperador de Constantinopla, por cuyo mandado fuera muerto, tomasen la venganza que sus corazones deseaban. La maga, desde que los hubo entendido, los consoló con las mejores razones que pudo, diciendo que ella haría en ello todo lo que pudiese y que otro día les daría la respuesta.

Y con esto esperaron hasta que la maga les dijo otro día por la mañana que ella hallaba muy grandes agüeros y pronósticos por donde no se podía tener buena esperanza del suceso de la venganza que pedían, y que, si todavía querían intentarla, que les hacía saber que sería con muy gran trabajo y peligro de las personas que en ello se pusiesen, y que, si así querían, que ella les daría el mejor parecer que para ello había pensado. Rodamón, en cuyo corazón bravo ningún miedo ni temor entraba, participando de la soberbia que de su linaje le cabía, respondió que por ningún temor, aunque viese presente la muerte, dejaría de ponerse en hacer su voluntad en este caso.

—Pues que así lo tenéis determinado —respondió la maga Zerisa—, yo os quiero decir la manera que para ello he pensado; y es que los principios han de ser de paciencia, buscando tiempo conveniente. Y pues vos, Rodamón, estáis determinado en seguir esta empresa, de mi consejo con vuestros tíos iréis a la corte del Emperador diciendo que queréis ser armado caballero por su mano y servirle todo el tiempo que quisiere, porque así vos como vuestros tíos, conociendo la falsa ley de los ídolos en que habéis vivido, queréis de vuestra voluntad volveros cristianos. Y asegurándolos con esto, estaréis en la corte hasta hallar tiempo como podáis satisfaceros de la injuria recibida; que lo que yo podré hacer por vosotros será teneros allí vuestros barcos aparejados. Y vos, señora Brumesta —que así se llamaba la madre de Rodamón—, si vos quisiéredes ir con vuestro hijo en esta jornada, llevaréis ciertos polvos que yo os daré, los cuales, pudiendo entrar a vuestro salvo en la mar y derramando dellos, se harán nubes muy espesas y nieblas tan oscuras que de ninguno podáis ser vistos, aunque os sigan todos los que en la corte del Emperador estuvieren.

Brumesta teniéndose por bien aconsejada con lo que la maga Zerisa le aconsejaba, le rogó que le diese luego los polvos, porque a la hora quería poner en efecto lo que le había aconsejado. Y así, recibidos y despedidos de Zerisa, se tornó con su hijo Rodamón a la ínsula Dragontina, y dando parte de todo el concierto al otro jayán que en ella quedara, pareciéndole muy bien, se aparejaron luego para la partida. Y dejando a la madre de los dos jayanes en el gobierno de la isla Dragontina, se partieron muy alegres con todo el aderezo necesario, yendo

Rodamón y su madre en un barco y Barboto y Madasir, que así se llamaban los jayanes, en otro, llevando asimismo otro barco con las provisiones necesarias.

Con próspero tiempo, dando las velas al viento, se partieron, y en pocos días arribaron a Constantinopla. Y armados de todas armas, dejando la gente de servicio que traían en los barcos, yendo los dos jayanes delante sin yelmos y Rodamón y su madre por las manos, se fueron derechos al palacio del Emperador, siendo mirados de todas las gentes, porque los gestos tenían no tan feos como en otros jayanes habían visto, y asimismo los cuerpos no de demasiada grandeza y muy bien proporcionados, y principalmente Rodamón, a quien todos juzgaban que sería de gran hecho de armas. Y en entrando por el palacio llegaron a la sala al tiempo que el Emperador acababa de comer, y yendo todos juntos, hincaron los hinojos delante del Emperador suplicándole les diese las manos para besárselas. El Emperador, como no los conociese, viéndolos venir tan ricamente aderezados, no lo quiso hacer, mas antes hablándoles con mucho amor, los hizo levantar preguntándoles qué era lo que querían, porque en él hallarían toda buena voluntad para cumplir la suya. Ellos tornaron a hincar los hinojos tornándole a suplicar les diese las manos por la merced que les hacía, y la dueña Brumesta enderezando su habla al Emperador, le comenzó a decir:

—Excelente príncipe y muy poderoso emperador, si, siendo nosotros paganos y adorando hasta ahora los ídolos, hemos sido osados venirnos, no solamente a tu tierra, mas ante tu soberana presencia, dos cosas nos han dado el atrevimiento: lo uno, la fama que de tu soberana virtud por el mundo se suena, y la otra porque, siendo naturales de una isla que se llama Pandía, la cual de muchos tiempos ha sido señoreada de paganos antecesores nuestros, habiendo sucedido al presente en ella por señor este hijo mío que presente está, hubimos un captivo cristiano que, enseñándonos la fe de los cristianos, nos mostró la nuestra ser falsa y de ningún valor, no solamente con las palabras, mas viéndola por las obras, porque no pasaron muchos días que este cristiano fue muerto, y en su muerte vimos muchos señales y miraglos, por donde del todo determinamos dejar la ley que hasta agora hemos tenido y vivir de aquí adelante en la de Jesucristo, y la hora nos hicimos bautizar. Mas, como no estemos enseñados en esta nueva ley ni sepamos lo que para cumplirla nos convenga hacer, venimos a suplicar a tu grandeza nos recibas en tu servicio el tiempo que fueres servido, así para recibir la doctrina que pedimos como para que nos hagas merced de que este hijo mío por tu mano sea armado caballero, recibéndole por tuyo y so tu amparo juntamente con el tributo que de nosotros y de la isla de Pandía quisieres recibir.

El Emperador que muy bien había escuchado a Brumesta lo que le había dicho, holgando mucho con su embajada, le respondió:

—Honrada dueña, yo he holgado mucho con vuestra venida, y principalmente por la intención que traéis de vivir en la fe de Jesucristo, que es con lo que más se debe gozar cualquier cristiano. Y el tratamiento que de mí en esta corte tendréis será tal que no os pesará de haberos venido a ella. En lo demás, vuestro hijo puede velar las armas, que yo le veo en disposición que ni le faltarán fuerzas ni ardimiento para ejercitarlas. El tributo que me ofrecéis no quiero que sea otro más de vuestro conocimiento, el cual estimo yo en mucho para agradecéroslo.

Brumesta con su hijo y los otros dos jayanes quisieran besar las manos al Emperador, mas él no se las quiso dar; antes, haciéndoles levantar, les mandó dar en la ciudad muy buenos aposentos. Y otro día, habiendo velado Rodamón las armas, el Emperador con muy gran fiesta le armó caballero, y Rodamón suplicó a la princesa Lucenda le diese la espada de su mano, la cual lo hizo de buena voluntad. Y como el amor a ninguno perdona de amar, así en la braveza del fuerte corazón de Rodamón Dragontino, no habiendo resistencia, con las armas acostumbradas le sojuzgó, haciéndole tener atentos los ojos en aquella divina hermosura, quedando fuera de sí, como quien privado de todos sus sentidos y enajenado del ser que tenía se hallaba. Mas, no osando descubrir cosa de lo que nuevamente en sí había conocido, disimulaba, gozando de lo que los ojos podían, teniendo pensado que de cualquiera manera que le sucediese él habría la princesa en su poder, que ningún temor le estorbaría para poner en ejecución su malvado pensamiento.

Y con este acuerdo, para tenerle ganada la voluntad, pensando que sus obras bastarían para que la princesa le amase, comenzó a hacer muchas justas y torneos y otras cosas de armas con que la corte mucho regocijaba. Y el Emperador estaba contento con tener aquellos jayanes por amigos, pareciéndole ser de los valientes y esforzados que se hallasen en el mundo, principalmente Rodamón Dragontino, de quien, según los altos principios que le veían hacer, tenían todos por cierto que sería de los aventajados caballeros que hubiesen nacido. Y Brumesta estaba lo más del tiempo en palacio, donde de la princesa y infantas era muy bien tratada, y lo mismo era Rodamón y Barloto y Madasir del Emperador, viviendo tan engañado con ellos cuanto su pensamiento era bueno y los suyos de hacerle traición y aleve, principalmente Rodamón, a quien el nuevo cuidado que había tomado tenía tan fuera de sí que jamás su pensamiento ocupaba en otra cosa. Y andaba muy flaco y perdida la color, tanto, que todos le sentían el poco contento que traía; mas por mucho que de su madre y sus tíos fue requerido, nunca les descubrió ninguna cosa de lo que había hasta su tiempo, como adelante oiréis; donde los dejaremos por decir del buen caballero don Padasán de Lidia.

CAPÍTULO II-XX

CÓMO DON PADASÁN DE LIDIA VINO A LA CORTE DEL REY AURELIANO, Y DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA BATALLA QUE CON OLIVANTE TENÍA APLAZADA

EL esforzado caballero don Padasán de Lidia, llevando en su corazón mucha congoja por la ventaja que del Caballero del Corazón Partido había conocido, después que del monesterio se partió, como ya se ha contado, anduvo por algunas partes de aquel reino de Macedonia haciendo tales cosas en armas y dando cima a tantas aventuras, que en todas partes se hablaba de su gran

ardimiento y fortaleza, y cada día venían nuevas a la corte de las grandes maravillas que hacía, así que de todos era estimado por uno de los esforzados caballeros del mundo. Pues, no se olvidando de la promesa que cuando fue la batalla entre él y Olivante había hecho, el día que había situado llegó a la corte del rey Aureliano, y yéndose derecho al palacio, al tiempo que el rey acababa de comer y las tablas se habían levantado entró por la sala acompañado de dos escuderos suyos. La cabeza y las manos llevaba desarmadas, descubriendo¹⁸⁹ la hermosura de su gesto con la buena disposición de su cuerpo, que a todos les pareció estrañamente, deseando saber quién era y la causa de su venida. Y después de haber hecho al rey el debido acatamiento, volviéndose hacia Olivante le dijo:

—Caballero del Corazón Partido, aunque entre nosotros haya tanta razón de enemistad que por ella traerte hasta la muerte o haber de ti el vencimiento que mi corazón desea, con que conozcas la poca razón que para contradecir la mucha que yo tengo tuviste, me obligue a desamarte, no puedo dejar de alegrarme, conociendo que seas uno de los mejores caballeros del mundo, que así a uno de los más valerosos y estimados príncipes del mundo hayas conocido por padre; que la fortuna hiciera muy gran sinrazón si con lo que tú mereces no te igualara dándote padre conforme a tu merecimiento, y al padre hijo que se deba gloriar de haberlo conocido por tal. Dígotte, excelente príncipe, que, si por alguna manera hallara causa para desviar nuestra batalla, que en mí había más voluntad para conocerte y tenerte por verdadero señor y amigo que para ejecutar en ella mis fuerzas contra las tuyas. Mas, como de mí has conocido, la recuesta es ajena; soy forzado, y sin libertad, por fuerza he de seguir voluntad contraria de mi querer. Y pues que no se puede escusar, lo mejor será no diferir lo que luego se puede hacer, que es no dilatar nuestra contienda, averiguándola con nuestra batalla. Y si para ella, pues te conozco, te pareciere hacerte agravio en no conocerme, quiero que sepas que a mí me llaman don Padasán, soy hijo mayor del rey de Lidia. Seguro no lo quiero pedir, pues que donde tanto sobra, que es en la virtud deste soberano rey, no faltará¹⁹⁰ para mí sin demandarlo, si no fuere el poco que de tus poderosas fuerzas y fortaleza tener debo.

Todos quedaron estrañamente pagados de las buenas palabras de don Padasán y maravillados de no entender su demanda; porque solamente el infante Aliazar, que a la primera batalla había estado presente, pudo entender aquel hecho. Y Olivante, a quien las palabras se habían enderezado, levantándose en pie como don Padasán estaba, le respondió en esta manera:

—Excelente príncipe don Padasán de Lidia, como de vuestras virtuosas palabras saquéis el fruto de las gracias que por haberlas dicho en mi loor os eran debidas, dando por ellas a entender el alto linaje y clara sangre de donde habéis descendido, respondiendo solamente a lo que hace al caso de vuestra demanda, digo que en la misma voluntad que vos venís he yo estado; y así, en lo que, fuera della, de mi amistad tuviéredes necesidad, os será manifiesta. Y pues que en lo presente el vencimiento del uno de nosotros, como pedís, dará testimonio del

¹⁸⁹ Orig.: ‘descubriendo’ (137v).

¹⁹⁰ Orig.: ‘reyno, faltara’ (137v).

engaño del pensamiento del otro, yo os ofrezco para luego la batalla, donde de vuestro yerro espero que quedaréis satisfecho mostrándose la mucha justicia que de mi parte tengo.

Y dicho esto tendió la falda de su manto. Asimismo don Padasán dio salva diciendo:

—Pues no quiero que haya otro juez entre nosotros sino este poderoso rey, el cual, midiendo la obligación que a ti por ser hijo tiene con la que a guardar justicia es obligado, juzgará lo que por derecho hallare.

El rey, juzgando a don Padasán por de gran hecho de armas, quisiera estorbar aquella batalla. Y la reina Rosiana, si alguna manera hallara para poderlo hacer, no deseaba cosa más en el mundo; mas, teniendo esperanza que Olivante saldría de aquella batalla con la honra que ella deseaba, disimuló, mostrando más esfuerzo del que en el corazón tenía.

Olivante en este tiempo se fue a armar, y sin tornar a la sala, armado de todas armas, encima del poderoso caballo tirsiano se salió a una plaza que delante del palacio con sus palenques para semejantes batallas estaba hecha, llevando el escudo del corazón partido y el yelmo puesto y la lanza en la mano, que no quiso consentir que ninguno se lo llevase. Don Padasán, descendiendo a lo bajo del castillo, subió en un caballo bayo que traía, y poniéndose el yelmo, con el escudo de la divisa del halcón, llevando asimismo la lanza, salió a la plaza donde Olivante esperándolo estaba.

Ya todo alrededor la plaza estaba llena de infinita gente que a mirar la batalla era venida. Y el rey, que a una ventana del palacio estaba, mandó al príncipe Grisalter de Suecia que el sol les partiese, el cual lo hizo luego poniendo cada uno en su puesto. Y dejándolos así, al son de muchas trompetas y otros instrumentos que en el palacio sonaron, los dos poderosos guerreros partieron el uno contra el otro muy bien cubiertos de sus escudos y las lanzas bajas; y en medio de la carrera se encontraron en ellos, dándose tan poderosos encuentros que, falsándolos, la fineza de las lorigas defendió que las carnes no padeciesen, asegurando las vidas. Las rajas subieron tan altas que parecía llegar a las nubes; y soltando los trozos que en las manos les quedaron, echando mano a las espadas volvieron el uno contra el otro comenzándose a cargar muy esquivos y mortales golpes, dando principio a la más cruel y reñida batalla que en muchos tiempos en aquella corte fue vista. Las espadas cayendo sobre los yelmos sacaban las llamas de fuego que como relámpagos quitaban la vista de los ojos a los que los miraban; el ruido de los golpes era tan grande que parecía batalla de cien caballeros; las armas tenían rotas por muchas partes, y de las piezas dellas y rajas de los escudos el suelo estaba alrededor dellos cubierto y teñido de la sangre que de algunas heridas que tenían les salía.

Así anduvieron, sin que ventaja se conociese, hasta una hora antes que el sol se pusiese, teniendo maravillados a los que presentes estaban de la fortaleza de sus ánimos y la fuerza con que tanto tiempo sin descansar se habían mantenido. El rey, espantado de la crueldad de la batalla y temiendo el peligro del hijo, porque tenía por cierto que ellos quedarían allí muertos, para ver si habría alguna manera de despartirlos se volvió a la sabia Hipérmea diciéndole:

—Señora, pues que ninguna cosa os es encubierta, ¿saber me híades decir la causa de tan gran enemistad, para ver si se puede poner medio en esta batalla que no vaya al fin, pues que ninguna esperanza de la vida de dos tan buenos caballeros se puede tener?

La sabia conociendo la alteración del rey, con alegre cara le respondió:

—La causa es tan grave para ellos cuanto a vos, mi buen señor, se vos haría ligera sabiéndola. De la batalla no tengáis cuidado, porque otro lo ha tomado de muchos años antes de no consentir que de aquí suceda el mal que habéis dicho, lo cual veréis antes de mucho tiempo con la más hermosa aventura del mundo. Y por que la reina no esté con semejante sobresalto, yo quiero ir a apartarla de la fatiga que por esta causa puede tener. Y vos quedad a ver lo que os digo, que no tardará mucho tiempo.

El rey, dando crédito a las palabras de la sabia dueña, le dijo que fuese a la reina, como había dicho, la cual lo hizo luego. Y los animosos caballeros que en su batalla andaban, heridos en algunos lugares de que mucha sangre les salía, con que, si otros fueran, no pudieran tenerse en sus pies, habiéndose apeado de los caballos, que ya sostenerlos no podían, muchas veces se asían con los brazos, soltando las espadas de las cadenas; y hallando muy gran igualdad en las fuerzas, se tornaban a desasir, tornando de nuevo a herirse con tanta crueldad como si entonces comenzaran la batalla. La noche se venía acercando y la luz les faltaba, aprovechándose muchas veces de la que con los desapoderados golpes de sus armas, como fulgentes rayos hacían salir. Olivante que con mucha ira y saña de verse herido estaba, y que don Padasán le durase tanto delante de sus padres y sobre caso que en la hermosura y merecimiento de su señora tocaba, soltando lo poco que del escudo con las embrazaduras le había quedado y tomando la espada a dos manos, con tan gran fortaleza le dio un golpe sobre el yelmo, que si la espada de llano no la guiara la ventura, en un tiempo feneciera la vida y la batalla.

Don Padasán, que con el mucho afán que había sostenido andaba cansado, no pudiendo sostenerse contra la gran fortaleza del golpe, cayó desapoderado de toda su fuerza, y la sangre le salía por la boca y por los oídos. Mas a Olivante se le había quebrado su espada en tres partes, quedándole solamente el puño della en la mano, y viéndose sin espada y a don Padasán fuera de su sentido, no queriendo perder el lugar que el tiempo le daba, fue sobre él, y queriéndole tomar la espada para con ella pedirle el vencimiento de la batalla, porque su muerte en ninguna manera la quisiera, don Padasán volvió en sí, y sintiendo la necesidad en que estaba, probó con toda su fuerza de levantarse; mas Olivante que lo sintió, asimismo puso la suya para sojuzgarle y quitarle la espada, que con la cadena del brazo atada tenía. Y todos veían bien claro que la porfía de don Padasán era escusada, porque Olivante lo tenía de manera que a una parte ni a otra no dejaba menearlo.

Estando la cosa en estos términos, de súbito sobre los dos caballeros pareció un vapor como espesa niebla, que, subiendo por el aire, dejó cabe los dos caballeros un hombre anciano con una presencia de mucha autoridad, salvo que la color traía tan amarilla y estaba tan flaco que verdaderamente parecía muerto. Y allegándose

cabe los dos caballeros, tomando a Olivante muy fuertemente del brazo, lo apartó afuera de sobre don Padasán, diciendo con un gesto sañudo:

—Caballero del Corazón Partido, mal agradecimiento es el tuyo, pues que procuras hacer enojo a quien en las obras te ha merecido lo contrario. Ya desta vez no serás vengado de tu saña con más victoria de la que hasta agora has gozado. Conténtate con ella, y si no quisieres, ven en busca deste caballero, el cual no es de tan poco valor que no tengas más que hacer de lo que piensas en ofenderle. Y si quisieres ejercitar las armas donde con dar la vida a muchos que tu favor han menester te la darás a ti mismo. Deja la vida ociosa que al presente puedes tener con los regalos de tus padres y sal a buscar lo que a ti solo está guardado como al más bienaventurado del mundo.

Como aquel viejo acabó de decir esto, tomando unas dos redomas de agua que en la mano traía, quebró a cada uno dellos la suya sobre la cabeza, y trayéndoles el agua sobre las heridas que tenían, quitándoles todo el dolor, quedaron tan sanos como si ninguna hubieran tuvido. Y tornándose a espesar la niebla que dijimos, antes que Olivante ninguna cosa pudiese responder, el viejo tomando a don Padasán por la mano y rodeados della desaparecieron en un instante dejando a todos muy maravillados, y más a Olivante que a todos, porque le parecía haber visto otras veces aquel viejo y no se podía acordar dónde; y quedaba con tan gran saña en su corazón de ver que don Padasán sobre caso de su señora la princesa se había partido dél dos veces sin hacerle confesar la verdad, que en ninguna manera podía conhortarse.

Yéndose a desarmar, se fueron luego a la sala donde las tablas estaban puestas y la cena aparejada, la cual pasaron no hablando en otra cosa que en la bondad de don Padasán de Lidia y en la aventura del viejo que le había llevado, echando muchos juicios sobre quién podría ser; mas no había ninguno entre todos que lo conociese, ni a Olivante se le podía acordar dónde le hubiese visto.

El viejo que con don Padasán, como dijimos, se había ido llevándolo en aquella niebla, como fueron en un valle cuanto dos millas fuera de la ciudad, la niebla se desapareció y don Padasán se halló en la presencia del viejo que lo había traído, el cual tenía una hermosa doncella por la mano, que como don Padasán la vio, conoció luego ser aquella Tirseida por quien su atribulado corazón tan crueles y mortales congojas padecía. Y queriendo hincar los hinojos delante della maravillado de verla, mucho más lo fue de que del lugar en que estaba no pudo menearse, ni con la lengua, como si mudo estuviera, hablar lo que quería. La doncella, mirándolo con alegre cara, le dijo:

—Don Padasán, tu intención recibo en tanto servicio, que cuando vieres el premio de tus fatigas juzgarás no ser desagradecida del amor que me has mostrado. Mas no quiero que perseveres en el engaño que hasta ahora has tenido de mi hermosura, la cual defendida con la poca razón que tienes, te podrá poner en semejante fatiga que hoy te has visto, que la poca justicia de tu batalla te pudiera poner en mayor detrimento de tu honra si tan buen socorro no te viniera. Aquella princesa por quien Olivante ha hecho su batalla es de mayor excelencia en hermosura, de más alto valor y merecimiento que hay en las nacidas del mundo. Por tanto, te aparta de tu conquista, y cuando con el Caballero del Corazón Partido

topares, procura su amistad sin contradecir la verdad que mantiene, porque, allende de no recibir yo perjuicio ninguno, te quiero avisar que es la persona de quien yo y tú mayor bien en esta vida podemos recibir. Y porque con el tiempo hallarás la verdad de mi razón, no quiero decirte más de que tu perseverancia te dará el galardón que de tu Tirseida merecieres.

Don Padasán que le quiso besar las manos por aquella merced y responderle a lo que le decía, así a ella como al viejo vio desaparecer delante de sí, como si alguna visión o sombra fuera la que tenía delante. Y quedando muy espantado de lo que viera, no sabía si era sueño o si verdaderamente por él había pasado. Y queriendo partirse de allí, vio venir a sus escuderos, que viniendo por donde la niebla había guiado la siguieron, trayendo el caballo de don Padasán. Y subiendo en él, lleno de muchos pensamientos, se fue por donde la ventura lo guiaba, adonde le dejaremos hasta su tiempo.

CAPÍTULO II-XXI

CÓMO, DESPUÉS QUE SE FUE DON PADASÁN, OLIVANTE SE SALIÓ DE LA CORTE, Y DE LO QUE EN ELLA DESPUÉS SE HIZO

DESPUÉS que el rey Aureliano y todos aquellos caballeros y altos hombres que con él estaban hubieron cenado, levantadas las tablas, se retrajeron a sus aposentos. Y Olivante, a quien la ira y saña tenía señoreado, tanto que ningún reposo en su corazón entraba, estaba casi toda la noche en este desasosiego, revolviendo muchas cosas en su corazón. Y ya de muy cansado, hacia la mañana, vencido del sueño, le parecía en él que se hallaba en la huerta del castillo de los Secretos de Amor y que, mirando a Tirseida, muy airada y con el gesto sañado le decía:

—Olivante de Laura, no trataría yo tus cosas como tú las mías, pues que tú por amarme don Padasán le tienes en enemistad procurándole la muerte. Cata que don Padasán de Lidia es mi caballero, y si en lo que ha dicho no tuvo razón, no procedió sino de no haber visto lo que tú viste, cuanto más que no hay para ninguno más hermosa dueña ni doncella que aquella que su corazón ama. Yo le he ya desengañado de la sinrazón que tiene para con la mucha que tú tienes; lo que te ruego es que pierdas la saña y le recibas en tu amistad, que algún tiempo holgarás de haberlo hecho, pues te será tan buen servidor y amigo como el que más piensas que lo será cuando en tus necesidades menester lo hubieres.

Olivante le respondió:

—Mi señora Tirseida, por haberme de vuestra parte puesto en la gloria adonde mis pensamientos no pudieron ni podrían más subir, os quedo yo obligado para serviros, y lo mismo en las cosas que a vuestro servicio tocaren. A don Padasán tendré yo por verdadero amigo, obedeciendo vuestro mandado; y bien se pareció que defendía vuestra hermosura, pues ninguna otra pudiera hacer tanta resistencia

contra la que en vos, señora, me mostrastes. Y plega a Dios que del enojo que os he hecho os pueda hacer tantos servicios y emienda que quedéis con ellos satisfecha del mal talante que agora me habéis mostrado.

Acabando de decir esto vio que el viejo que a don Padasán había llevado venía hacia él, y entonces se acordó que era el sabio Arsímenes, que como llegó le dijo:

—Olivante, descuidado estás de lo que poco ha te dije. Mira la obligación que ahora más que nunca, por haber conocido tal padre, tienes sobre ti para no olvidarte en la sabrosa vida desta corte de los peligros a que tu valerosa persona está obligada. Y porque de la tardanza se te podría seguir irrecuperable pérdida, no esperes el tercero aviso, porque será con dolor y sin remedio.

Acabando de decir esto, sin esperar más respuesta, tomando a Tirseida por la mano se fue. Y Olivante, que los quería seguir para saber del sabio algunas cosas que deseaba, despertó con muy gran sobresalto, así desto como que el corazón que en los pechos tenía, ardiendo como si en fuego estuviera encendido, le daba infinita pena. Y acordándosele de las palabras que el sabio le había dicho, teniéndolas por muy verdaderas, aunque en sueños, y viendo la sinrazón que al amor que a la princesa su señora tenía hacía, se levantó, y llamando un doncel, hijo de Arnidel de Sarmacia, llamado Leristes, que por la ausencia de Darisio había quedado en su servicio, le dijo, sin que ninguna persona le sintiese, hiciese aparejar un caballo y un palafrén en que a la hora se partiesen a una cosa que mucho importaba, y que el caballo no fuese el tirsiano, porque por él podrían ser conocidos, lo que él no querría. Leristes hizo lo que era mandado con toda diligencia, y Olivante en tanto se armó de todas armas, y dejando el escudo con la devisa del corazón partido, tomó otro todo blanco, y echándosele a su cuello y bajando abajo, subió en el caballo que Leristes le tenía aparejado; el cual habiendo llamado al que las llaves de la puerta tenía, le hizo abrir diciéndole quién era el que fuera quería salir. Y el portero, conociéndolos, les abrió, y Olivante le dijo que por ninguna cosa hasta que el rey le hallase menos no dijese que lo había visto. El portero se lo prometió así, y Olivante se salió por la puerta de la ciudad a hora que comenzaba amanecer. Y tomando el camino hacia una floresta que cerca de la ciudad estaba, topó un doncel de los que con el rey vivían, al cual dijo de su parte dijese al rey que a él por cierta aventura le conviniera salir de la corte sin hacérselo saber; que su alteza no recibiese pena, porque como le hubiese dado cima daría luego la vuelta.

El doncel respondió que haría su mandado, y volviendo el palafrén, llegó a la ciudad al tiempo que al rey le habían dicho cómo Olivante se era ido de la corte. Y por quitarle la pena que podría tener, le dijo lo que Olivante le mandara. El rey y todos aquellos caballeros juzgaron que iba en busca de don Padasán, y mucho les pesó dello, principalmente al infante Aliazar, que por ninguna cosa quisiera apartarse de su compañía.

La sabia Hipérmea que entendió su alteración, viniendo a la sala donde el rey Aureliano con todos aquellos caballeros y altos hombres de su corte estaban, diciendo que les quería hablar en cosas que así al rey como a ellos cumplían, estando todos atentos para ver lo que diría, les comenzó a hablar en esta manera:

—Muy poderoso y excelentísimo rey y muy valerosos y esforzados caballeros, el espejo y flor de la caballería, que es este bienaventurado príncipe Olivante de

Laura, se es partido desta corte; y aunque su intención fuese la que publica de tornarse luego, yo sé que, según las estrañas aventuras que le han de suceder, no será así en su mano como él lo piensa y nosotros queríamos. Y por tanto, lo mejor es encomendarlo todos al muy Alto Señor de los cielos, que lo guíe como más sea servido, y en lo que la fortuna quisiere disponer, obedecerla con paciencia en las adversidades como nos holgamos con sus prosperidades. Y porque yo sé que a los amigos que con él venistes a esta corte os será enojoso esperarle en ella tanto tiempo, habiendo de aventurar vuestras personas y esfuerzo cada uno por su parte, quiero que lo hagáis juntos por mi voluntad yendo en una compañía, porque della sucederá restauración de muchas pérdidas que gran falta harían en el mundo. Y pues sé que ninguno contradirá mi parecer, no quiero demandaros el vuestro, que bien fiaréis de mí que lo que hiciere será con desear haceros todo el servicio que pudiere.

Los caballeros teniendo por muy verdaderas las palabras de la sabia, dijeron que cumplirían en todo su voluntad. Y ella sin más detenimiento mandó traer allí seis líos que sus doncellas guardados tenían, y descosiéndolos, sacaron de cada uno dellos unas armas; y aunque todas de una manera, eran las más ricas que jamás fueron vistas. Eran todas ellas verdes, sembradas de unas alcachofas de oro con muchas perlas y piedras preciosas; los escudos eran asimismo verdes, y en medio del campo tenían una corona imperial, sin otra cosa ninguna. Y como las armas fueron escogidas y que todas las hubieron muy bien mirado, Hipermea, volviéndose hacia el rey, le dijo:

—Soberano señor, un don quiero pedir a la vuestra grandeza, que con la confianza de vuestra virtud quiero asegurarme de que recibiré la merced; y es que Darintel, hijo del conde de Altarroca, el cual sé deciros que ninguna culpa en las cosas de su padre tiene, sea por la vuestra merced perdonado y restituido en lo que de su padre le quedó, quedando en vuestra gracia como muy buen caballero que es; porque yo fío que él hará servicios por donde tengáis por bien lo que por mí en este caso hiciéredes.

—Amiga señora —respondió el rey—, no hago yo cosa alguna por vos según lo mucho que deseo. En todo disponed a vuestra voluntad, porque yo no saldré della en lo que quisiéredes mandar.

Hipermea le dio las gracias de la merced que le hacía, y a la hora hizo llamar a Darintel de Altarroca, el cual con el seguro del rey vino a los ocho días, y habiéndole besado las manos por la merced que le hacía, y asimismo a Hipermea por lo que por él había hecho, la sabia dueña hizo juntar al príncipe Grisalter de Suecia y al infante Aliazar y a Peliscán su sobrino, y al duque Durián de Baltar y al conde Darintel de Altarroca y al buen caballero Castidel, y haciéndolos armar a todos seis con aquella armas, los llevó con sus escuderos a la mar; en la cual teniendo una muy buena nave aparejada con todo lo que era menester, les hizo entrar dentro diciéndoles que si en dar cima a muchas y muy estrañas aventuras querían hallarse, que siguiesen en aquella nave el viaje que la ventura quisiese que llevasen, que con el tiempo hallarían sus palabras muy verdaderas.

Los seis caballeros lo hicieron así, como aquellos en quien no fallecía ánimo y voluntad para acometer cualquiera cosa por de mucho trabajo y peligro que fuese.

Y hallando en la nao muy buen aparejo, así de marineros como de vituallas, salieron del puerto con muy próspero tiempo con una seña en la bandera alta de una corona imperial, por la cual llamándose los Seis Caballeros Imperiales, hicieron maravillosas cosas, como adelante oiréis.

La sabia Hipermea, después de ser los caballeros partidos, despidiéndose del rey y de la reina, les conhortó diciéndoles que muy presto sabrían nuevas de sus hijos, y tan buenas como deseaban, que no recibiesen pena ninguna por su ausencia. Y con esto, metiéndose ella y sus doncellas en la barca en que habían venido y tendiendo las velas al viento, los dejaremos por decir lo que al Caballero de la Garza avino después que de la ciudad de Brisea salió.

CAPÍTULO II-XXII

CÓMO EL CABALLERO DE LA GARZA YENDO CON LAS DONCELLAS, LES CUMPLIÓ EL DON QUE LES PROMETIERA, Y DE LO QUE MÁS AVINO

EL Caballero de la Garza, que, como habéis oído, salió de la corte del rey de Macedonia con las dos doncellas a quien el don prometiera, caminó con ellas seis días. En fin de los cuales arribando en un puerto de mar donde hallara un barco que las doncellas habían dejado aparejado, se metieron dentro, y desplegando las velas al viento, se metieron con próspero tiempo a la mar, por la cual caminaron cuatro días. Y en fin dellos, Silvano rogó a las doncellas le dijese lo que por ellas había de hacer, que no faltaría punto por su voluntad en lo que sus fuerzas bastaren. La una de las doncellas le respondió:

—Mi buen señor, la causa de vuestra venida no es para otra cosa que para darnos derecho de un mal caballero que en una isla donde agora vamos está en un castillo nuestro; porque estando nosotras dos en él con nuestra madre vieja que tenemos, Franconio, que así se llama el caballero, le demandó a mí para casarme con él; y porque su padre mató al mío, y asimismo es un caballero soberbio y de malas condiciones, mi madre no quiso hacerlo. Y por esto enojado Franconio, como malo y soberbio que es, estando un día sin ningún recelo entró en nuestro castillo, y prometiendo hacer morir a mi madre de cruel muerte y en mí cumplir por fuerza su voluntad, la fue a meter en una prisión que en el castillo estaba. Y en tanto nosotras, con el temor que teníamos, saliéndonos por un postigo falso que en el castillo había, nos metimos en este barco para buscar caballero que de Franconio pudiese librarnos; y a Dios merced que con vos vamos tan seguras que sin temor ninguno osaremos entrar donde él estuviere. Y de la isla estamos tan cerca que de aquí a la mañana, si este tiempo no nos falta, estaremos en ella.

—Vuestra justicia es, desamano —dijo Silvano—, la que, señoras, os asegura, porque sin ella mis fuerzas no son tantas que pensase poderos desagraviar. Mas

ya por hacer yo lo que ende pudiere hasta la muerte no quedará, ni dejaré de emplearme en vuestro servicio hasta padecerla.

—Muchas mercedes —respondieron las doncellas—, que así lo haremos nosotras en lo que nos quisiéredes mandar.

Y con esto caminaron aquel día y aquella noche hasta que, siendo tornado el sol en oriente, se hallaron cerca de muy hermosa y aplacible tierra, y las doncellas que la vieron, haciendo muchas alegrías dijeron a Silvano que aquella era la isla donde Franconio estaba; de lo cual Silvano muy alegre rogó a Nuestro Señor le diese victoria contra aquel caballero, de manera que desembarazándose dél pudiese volver donde su corazón deseaba.

Y así como el barco llegó a tierra, sacando Leandro los caballos y palafrenes de las doncellas, caminaron cuanto tres millas, y en fin dellas llegaron al pie de un castillo que cabe una alta sierra estaba, y las doncellas le dijeron que aquel era donde Franconio vivía, y Silvano, aparejándose de sus armas, se fue hacia la puerta, que abierta vio. Y como cerca della hubo llegado, de dentro vio salir un caballero armado de todas armas y tres escuderos con él. Llevaba un poderoso caballo blanco, y en el escudo un jayán cortada la cabeza, que un caballero por los cabellos tenía colgada de la mano. Silvano lo saludó cortésmente, mas el caballero, viendo las doncellas, sin responderle ninguna cosa mandó a los escuderos que las prendiesen. Y Silvano, que de consentir semejantes cosas en su presencia era mal acostumbrado, volviendo las riendas al caballo, le dijo:

—Franconio, más se tardará esperar de ti buena razón que en concluir nuestro hecho por batalla. Y pues que así es, toma del campo lo que mejor te pareciere, que a un hombre tan soberbio lo mejor será no contender en razones.

Franconio, lleno de muy gran ira por las palabras que Silvano decía y conociendo por ellas la intención con que con las doncellas era venido, enlazando su yelmo, se volvió a Silvano diciendo:

—Sandía y vil criatura, a quien Dios no puede hacer mayor mal que haberte traído a que pagues en mi poder tu atrevimiento, agora verás el pago que de mis manos llevarás de tu desatinada sandez.

Silvano, sin responderle, muy bien cubierto de su escudo, con la lanza baja, dando de las espuelas al caballo, con muy gran furia arremetió contra Franconio, que de la misma suerte venía. Y topándose con las lanzas en los escudos, la de Franconio se rompió en muchos pedazos; mas la de Silvano, pasándole el escudo y la loriga, le metió por los pechos más de un palmo de la asta. Así, Franconio con la rabia de la muerte cayó del caballo, y dando vueltas revolcándose de un cabo para otro, habiéndosele salido mucha sangre se le salió el ánima, de lo cual las doncellas, no poco contentas, daban infinitas gracias a Silvano. Y entrando en el castillo sin embarazo ninguno, porque ninguna otra gente había más de aquellos dos escuderos y algunos hombres de servicio, lo primero que hicieron fue sacar a la dueña madre de las doncellas de una prisión en que Franconio la tenía; la cual echándose a los pies de Silvano, se los quería besar por la merced que a ella y a sus hijas había hecho; mas Silvano, no lo consintiendo, estuvo allí algunos días, en los cuales la madre desposó la hija mayor con un muy buen caballero de otra isla cerca de aquella.

Y viendo Silvano que todo quedaba tan bien hecho, tomando licencia de la dueña y de las doncellas, en un barco que le dieron con dos marineros que lo guiasen se metió a la mar, por la cual anduvo con próspero tiempo tres días llevando la vía de Constantinopla. Mas en fin dellos soltando Neptuno las prisiones de los furiosos vientos, que discurriendo por las marinas aguas usando de la concedida licencia, y cubriéndose el cielo de muchas y muy espesas nubes, de las cuales muy grande abundancia de agua y granizo acompañados de muy espantables relámpagos y truenos se dejaban caer, juntamente con algunos furiosos y arrebatados rayos que, hiriendo las desasosegadas aguas, hacían levantar las movibles ondas tan altas, haciendo con las montañas los valles tan hondos que ninguna esperanza de vida a los que navegaban aquella sazón les quedaba, les puso en muy gran estrecho y temor de la cercana muerte que delante los ojos veían, no teniendo otro remedio que encomendarse a Nuestra Señora los librase de aquel trabajo y peligro.

Silvano, que en aquella necesidad su animoso y esforzado corazón no le falleció, poniendo ánimo a los dos marineros que en la barca iban, los ayudaba, de manera que caminando todo aquel día y aquella noche, llevando el barco mediado de agua, que con grande afán se pudieron sustentar hasta la mañana; y aquella hora se hallaron cerca de tierra, y el barco, que la furia de las desapoderadas ondas le guiaba contra la voluntad de los que dentro dél iban, con la fuerza del viento fue a dar en unos peñascos, en los cuales abriéndose por la mitad, los dejó puestos en medio del agua. Y tan bien les avino que, estando cerca, pudieron salir a tierra, aunque Leandro con harta dificultad y con mucha ayuda de los marineros pudo salvar la vida, porque una grande ola lo había metido debajo de sí, que todo el sentido le hizo perder.

Silvano con su valeroso corazón y con la buena diligencia salió a la ribera, habiendo perdido el escudo de la garza, y el caballo y el palafrén asimismo se salieron nadando. Y como todos se vieron en tierra, dando infinitas gracias a Nuestro Señor que de tan gran tribulación y peligro los había sacado, se partieron de allí por buscar poblado donde su necesidad pudiesen remediar. Y entrando en una floresta que allí cerca estaba, caminaron por un sendero que hallaron muy poco usado hasta la tarde, que no hallaron poblado ni señal del. Y desfallecidos de hambre, y el caballo y palafrén cansados, porque llevaban los marineros a las ancas, se apearon a la salida de una floresta. Y tomando Leandro una cuerda y cortando un ramo de un árbol que para lo que lo quería le pareció conveniente, hizo un arco dél; y haciendo con la espada de algunos ramos secos unas flechas con puntas agudas, se metió por la floresta, en la cual por su buena industria en poco espacio mató algunas aves y caza. Y haciendo fuego con el aparejo que los marineros traían, comieron dellas; y cuando acabaron era ya casi noche, y así, les convino dormir en aquella floresta.

Y otro día por la mañana tornaron a seguir el camino que llevaban, muy espantados de no ver ninguna persona en aquella tierra, y juzgáronla por deshabitada. Mas a hora de tercia, en un alto cerro, entre una grande espesura vieron estar una cruz, y con esperanza de hallar poblado se fueron hacia ella. Y llegados, vieron que la cruz estaba sobre una ermita, y a la puerta della estaba un

ermitaño muy viejo, con los cabellos y la barba muy largos y blancos, que, como los vio, levantándose a ellos muy maravillado, les preguntó si eran cristianos, y Silvano le respondió que sí. Y el viejo les echó la bendición, y recibéndolos con buen amor, les rogó que se entrasen en la ermita y le dijese la causa de su venida, porque en toda aquella isla no hallarían más población ni a otra persona si a él solo no. Silvano, maravillado de lo que le oía, le contó todo lo que les había acaecido, pidiéndole consejo de lo que debía hacer para poder salir de allí.

El ermitaño, antes que ninguna cosa les dijese, les hizo comer de muchas y muy buenas frutas que en su celda tenía y de algunas raíces de árboles de mucho mantenimiento, y les dio feno para los caballos. Y desde que hubieron comido y bebido de una fuente que junto a la ermita estaba, el ermitaño, sentándose cabe Silvano, le comenzó a decir:

—Mi buen señor, esta isla que aquí veis ha sido poblada muchas veces, algunas de cristianos y otras de paganos; y por estar entre los unos y los otros con poca defensa, por haber en ella poca fortaleza para defenderse, tantas veces la señorearon los unos y los otros, que vino del todo a despoblarse, y así, no ha quedado en ella persona ninguna. Mas yo, esforzándome en la ayuda del muy Alto Señor que me defendería, viendo este lugar apartado y aparejado a mi propósito, porque la isla es muy fértil de frutas y aguas, me determiné de hacer aquí habitación, donde ha veinte años que estoy; que algunas veces llegan fustas de cristianos y infieles, y como hagan la provisión de agua y leña y lo que más han menester se van; y de una isla que aquí cerca está, donde está una hermana mía, me visita algunas veces en un barco un hijo suyo y me provee de algunas cosas necesarias. Y pues vuestra fortuna ha sido tal que el barco se os ha perdido y que por fuerza habéis de esperar, tendremos aviso cuando algún navío de cristianos llegare; y si no, el barco de aquel sobrino mío no podrá tardar mucho tiempo, en el cual podréis a vuestro placer tornar a la vía comenzada.

Silvano, muy maravillado de lo que el buen hombre le decía, le pesó mucho de ver la dilación de su partida; mas, conformándose con la voluntad divina, le dio muchas gracias por la compañía de aquel santo hombre, con el cual podría pasar el tiempo que allí estuviese. Y de allí adelante, yéndose algunas veces a caza y buscando otras maneras de pasatiempos, pasaron algunos días esperando el remedio que Dios les quisiese dar para salir de aquella cárcel. Y lo que más pena a Silvano le daba era no poder tan presto como su corazón deseaba ver a su señora, por quien tan crueles tormentos y rabiosas cuitas padecía; y para mejor poder contemplar y descansar con tan sabrosa memoria, se apartaba muchas veces, yéndose solo a la ribera del mar, donde, ayudando a la creciente de sus profundas aguas con las continuas fuentes de sus ojos, le dejaremos por decir lo que al infante don Rosanel de Briana por la mar avino.

CAPÍTULO II-XXIII
CÓMO YENDO EL INFANTE DON ROSANEL DE BRIANA Y LA
PRINCESA DANISEA POR LA MAR SE VIERON EN MUY GRAN
PELIGRO DE MUERTE Y AL FIN FUERON PRESOS

EL infante don Rosanel de Briana, después que hubo muerto aquel bravo rey Arcanor, como ya se os ha contado, juntamente con la princesa Danisea se metió en el barco. Haciendo desplegar las velas, con muy próspero tiempo caminaron, yendo con mucha alegría y esperanza de se ver presto en el reino de Creta, en el cual el infante esperaba verse en el fin del gozo que su enamorada pasión merecía y deseaba. Y habiendo desta manera caminado cuatro días sin contradicción ninguna, al quinto día, cuando el sol con sus hermosos y resplandecientes rayos mostraba la claridad con su presencia acostumbrada, muy cerca de sí descubrieron una nao y otras dos que muy lejos dellos se devisaban, las cuales trayendo el viento en popa, que con gran velocidad las guiaba, venían la vía que el mismo barco hacía. Así que, juzgando lo que por ventura podría ser, el infante, por no se hallar desapercibido, demandó las armas a Feliseo, y con esforzado corazón esperaba lo que de las naos querrían hacer.

La nao que delantera venía, llegando en muy breve tiempo al barco, pareciendo algunos caballeros en la cubierta, y entre ellos uno que estando con muy fuertes y ricas armas parecía el señor de todos, comenzó a decir a grandes voces:

—Caballero del barco, pues que la defensa no te aprovechará para más que la muerte si en ella te pusieres, date a la prisión y así quedarás con la vida, con la cual podrás buscar el remedio que para tu libertad mejor te pareciere.

El infante que muy bien lo entendió aunque el lenguaje era morisco, le respondió:

—Yo no veo razón por que al presente deba hacer lo que dices; mas, si te parece que tan ligeramente lo podrás hacer como decir, déjame subir a tu nao y allá te daré la respuesta quizá más a tu sabor de lo que agora lo hago.

Reyéndose de lo que decía, le respondió:

—No hay quien te estorbe de hacer lo que dices, y por tanto lo podrás luego hacer a tu voluntad; la cual pienso que se mudará como estés acá encima.

Don Rosanel, volviéndose para la princesa, que casi muerta estaba de verse en aquel peligro, le dijo:

—Mi señora, en tiempo de las adversidades se han de conocer los corazones generosos; y pues en vos no falta la razón para hacerlo, no falte el esfuerzo para sufrir esta afrenta; que como Dios fue servido librarnos del poder del bravo rey Arcanor, hará lo mismo de mano destos enemigos infieles. Y cuando nuestra ventura otra cosa ordenare, pues no podrá ser con menos de mi muerte, el barco es ligero, y como conozcáis que yo no tendré poder para libertaros, hacedlo poner en huida; porque mayor muerte será por mí veros a vos en prisión que la que yo padeceré en dejar la vida en poder desta traidora gente.

La princesa, que con el demasiado dolor y abundancia de lágrimas apenas podía pronunciar palabra ninguna, echándole los brazos al cuello le dijo:

—Solamente, mi señor y verdadero amigo, no seré yo tan ingrata al amor que de vos he conocido y os debo que quiera otra ventura o desventura para mí más de la que por vos pasare, pues con ninguna otra cosa puedo pagaros; y así, no pienso hacer más de mí de lo que viere que se hace de vos.

El infante recibió tanta fatiga de ver el dolor con que la princesa quedaba, que, sin poder responderle, hizo llegar el barco a la nao; y asiéndose de unas escalas de cuerda subió ligeramente encima de la cubierta. Y desenvainando la espada, y el escudo embrazado, comenzó a herir en los caballeros que delante sí halló; los cuales, con verle las ricas armas, le habían dejado subir seguramente por tomarle presoteniéndolo por hombre de mucho merecimiento. Mas presto se arrepentieron de lo que habían hecho, porque en poco tiempo tenía los cuatro muertos, y los que quedaban, temiendo sus espantables y desapoderados golpes, no se osaban llegar a él como al principio, aunque la batalla era descomunal, porque los que vivos estaban eran doce, los cuales teniéndole cercado en derredor, le aquejaban por todas partes. Mas don Rosanel, que antes de su muerte quería darles el pago della, hacía cosas que apenas podrían creerse, y viendo delante de sí al que cuando entrara le había hablado, que era el que más sin temor a él se acercaba, de un golpe le cortó el brazo derecho, echándoselo con la espada en el suelo. Y metiéndose entre los otros, hacía tales maravillas que parecían imposibles; así que en poco espacio los más dellos estaban heridos y mal llagados, de manera que, siendo los diez dellos muertos, los que quedaban no le osaron atender, y como gente de poco valor se iban huyendo por esconderse donde pensaban guarecer las vidas. Mas el infante, que muy encendido en ira estaba, les persiguió de manera que solamente cuatro que le demandaron merced de la vida quedaron con ella, quedando él herido en algunos lugares de que alguna sangre le salía.

A este tiempo, los marineros del barco que con el rey Arcanor habían venido, viendo que no había quien lo pudiese estorbar y concertados con las doncellas, que del mismo propósito estaban, se pusieron en huida, pareciéndoles que con la presa que llevaban se pagaban en parte de la pérdida que había hecho. Para lo cual no bastando la fuerza de la princesa, muchas veces estuvo movida de dejarse caer en la mar para fenecer sus días juntamente con los de don Rosanel, que por su causa estaba en tan extraño peligro; y así lo hiciera si las doncellas que consigo traía no se lo estorbaran.

Las dos naos que atrás habían quedado, viendo ir el barco en huida y que la otra nao no hacía movimiento para ir tras él, una dellas lo comenzó a seguir y la otra vino a saber las nuevas que en aquella nao había. Y cuando llegó, que los caballeros que dentro venían vieron el grande estrago y mortandad que de sus compañeros estaba hecho, fueron muy maravillados, y mucho más cuando supieron que por manos de un solo caballero estaban hechas tan maravillosas y extrañas hazañas. Y Brimalte de Asiria, que así había nombre el capitán de aquellas tres naos, pariente muy cercano del gran rey de Persia y de quien mucha estima en aquella corte se hacía, viendo que solo un caballero le había vencido y desbaratado los caballeros de aquella nao, con muy gran saña hizo aferrar las naos y embrazado el escudo y sacada la espada se dejó caer dentro, donde así fue recibido del infante, que presto se arrepintió de su atrevimiento, porque de dos golpes le hizo muy

herido venir al suelo. Mas algunos de los suyos que con él habían entrado le socorrieron luego, comenzando a herir al infante por todas partes. Él como bravo león entre todos ellos se hacía temer de manera que no se osaban acercar; mas, como fueron muchos los que cargaron y en aquélla venían los más escogidos caballeros que Brimalte de Asiria traía consigo, al infante le convino retraerse a una cámara que en el castillo de popa estaba hecha, que, como la entrada tuviese angosta y no le pudiesen herir sino por delante, no había nadie que osase entrarle, y los que en ello se ponían hallaban tan fuerte resistencia que no volvían a probarlo más de la primera vez.

Tanto duró esta pelea, que la nao que en seguimiento del barco había ido le hizo rendir, trayendo consigo a la princesa Danisea y a todas las doncellas que con ella venían y a Feliseo. Y como llegaron, que hallaron las cosas en aquellos términos y a su capitán tan malamente herido, no queriendo perder más gente de la perdida, la cual, según los muchos que el infante había muerto, apenas bastaban para las dos naos que quedaban, tornándose todos a ellas y quedando el infante solo en aquélla, pusieron fuego por muchas partes, así que en poco espacio la nao comenzó a arder, alzándose las llamas y el humo muy alto. El infante que en tal aventura se vio, tuvo temor de la muerte, y de lo que más le pesaba era de no se haber entrado con ellos y morir antes en la batalla que verse de aquella manera ardidado. Y no sabiendo qué hacer de sí, estaba esperando lo que la ventura quisiese hacer de su vida.

Brimalte de Asiria, que de los golpes que el infante le había dado hasta aquella hora había estado desacordado, habiendo tornado en sí, aunque muy fatigado de las heridas, viendo las cosas en estos términos, como buen caballero que era le pesó que tan buen caballero como era el infante muriese de aquella manera; y haciendo tornar a juntar su nao tan cerca de la del infante que muy bien se podían oír, le dijo:

—Esforzado caballero, pues la ventura a tu valeroso esfuerzo ha hecho tanta sinrazón que te haya puesto en este estado, donde otra cosa que la muerte no puedes esperar si darte a mi prisión no quisieres, yo te ruego que, dejando la porfía juntamente con tus armas, quieras salvar la vida de tan notorio peligro; porque, conociendo lo mucho que mereces, yo te prometo, como delante del gran rey de Persia lleguemos, para tu deliberación yo te sea tan buen amigo cuanto agora para tu prisión te hemos tratado contrario.

El infante que en tal extremo se hallaba, viendo las razones del caballero con tanta cortesía en tiempo que en tanta necesidad le había puesto, viendo ser éste el mejor remedio, le respondió:

—Brimalte de Asiria, contra las cosas que la fortuna ordena cumplen los hombres en mostrar su poder hasta el fin, sin que con la flaqueza del ánimo se dejen vencer con temor de la muerte. Y pues yo soy llegado al extremo donde me es necesario seguir tu consejo sin que con tan buenas razones me lo hubieses rogado, haz llegar acá esa nao, que yo me quiero meter en tu prisión; para lo cual me has vencido más con tu cortesía que con el temor de mi tan cercana muerte.

Brimalte de Asiria hizo juntar luego la nao, y el infante, echando dentro primero la espada y el escudo, saltó dentro della, donde halló a la princesa, que

desde el punto que viera arder la nao estaba tan desmayada que todos pensaban que fuese muerta. Mas de ahí a gran pieza, que volvió en sí, hallándose en los brazos del infante, con mucho esfuerzo que cobró de saber que no fuese muerto, comenzó a decir:

—Agora haga la ventura lo que más fuere pagada, pues ya no puede darme tanto mal que con este bien no me lo haya pagado; porque cuando de los dos hiciere de una misma suerte, en lugar de quejarme le daré gracias, pues el mal con tal compañía será doblado bien para quien lo sintiere.

—Mi señora —respondió el infante—, pues habéis querido dejarme gozar del descanso que yo con semejantes palabras pudiera recibir, no me podré yo quitar el que mi ánima siente en sentir para pasar el mal el mismo consuelo que a vuestra vida en la mía habéis dado; aunque mejor lo puedo recibir yo en la mía de la vuestra, pues si vivo y viviere será por vos, porque sin vos no sería vida, sino muerte.

Estas y otras muchas palabras pasaron entre ellos, manifestando el verdadero amor que en sus entrañas se tenían. Y siendo ya la nao toda ardida y consumida del fuego, no queriendo Brimalte de Asiria detenerse más, como caballero en quien mucha virtud había, tomando del infante la seguridad de su palabra le dejó andar libre por la nao sin prisión ninguna, tratándole con todo buen comedimiento, y a la princesa con mucho acatamiento, porque de las doncellas del barco y de los marineros había sabido quién eran. Y pareciéndole que no había sido tan grande pérdida la que habían hecho que no se pudiese restaurar en muy mayor grado con la presa que llevaban, se determinó volver desde allí al reino de Persia.

Y haciendo volver las velas a las naos, con próspero tiempo comenzó a hacer el viaje esperando ser bien recibido con tales dos prisioneros, a los cuales trataba tan bien como a sí, poniéndoles siempre la misma esperanza que lo serían del rey y diciendo a la princesa que lo mismo sería de la excelente infanta Casiana, la cual era una de las más perfetas y acabadas mujeres, así en bondad como en hermosura, de todas las que había en el mundo. El infante y la princesa iban algo conhortados con estas razones y con la buena manera que Brimalte con ellos había usado. Y así caminaron seis días, en fin de los cuales llegaron a tierra del reino de Persia, donde los dejaremos por tornar a decir del valeroso príncipe Olivante de Laura.

CAPÍTULO II-XXIII
CÓMO OLIVANTE SOCORRIÓ AL PRÍNCIPE AGRESTES Y AL DUQUE
TESALIANO, Y DE UNA CARTA QUE DARISIO LE DIO DE LA
PRINCESA LUCENDA

PARTIDO el esforzado y valeroso príncipe Olivante de Laura de la corte del rey Aureliano, como ya se ha contado, no pudiendo apartar de su memoria el sueño que fuera causa de su partida, iba con mucha pena de pensar lo que podía ser, porque, según lo que dél se podía colegir, con gran crueldad le amenazaba, poniéndole mucho cuidado que fuese cosa de que su señora en alguna manera fuese deservida, porque con esto ninguna otra cosa podía igualarse que a su corazón diese tanta fatiga. Y con este pensamiento caminó muchos días, en los cuales le acaecieron algunas aventuras de que aquí no se hace mención más de que, al cabo dellos hallándose tan cerca de Constantinopla que en una jornada podría llegar a ella, puesto entre dos extremos del alegría que pensaba sentir viéndose ante aquella angélica princesa y del descontentamiento de no poder mostrarla como su corazón deseaba, no sabiendo qué manera tener para poder hablarla¹⁹¹ y desculpase del tiempo que fuera de su presencia había andado, iba cargado de pensamientos que casi del todo le llevaban fuera de su memoria.

Y habiendo así caminado la mayor parte del día, entrando por una espesa floresta que muy cerca de la ciudad estaba, no muy lejos de sí, en un pequeño campo que cabe una fuente se hacía, cercado de muy espesos árboles, vio que entre nueve caballeros se hacía una descomunal batalla, porque de una parte los siete, todos en sus caballos, se trabajaban de traer a muerte a los otros dos, que a pie hacían su batalla, porque los caballos les habían muerto de los primeros encuentros. Mas así se defendían tan bien que, aunque al cabo no pudieran huir de la muerte, Olivante los preció en mucho y tuvo a muy gran villanía aquello que los siete caballeros hacían. Y dando de las espuelas a su caballo para llegar a tiempo que pudiese estorbar tan feo hecho, halló en el campo a Darisio, el cual no conociéndole por el escudo blanco que ya se dijo llevaba, viéndole venir con aquella furia le dijo:

—¡Ay buen caballero, por la fe que debéis a Dios y a la orden de caballería que recibistes, si sois compañero de aquellos siete caballeros, no les consintáis que den fin a tan gran villanía como han comenzado, y si sois de la corte del Emperador, socorred a Agrestes, príncipe de Lacedemonia, y al duque Tesaliano, que a muy gran traición les quieren dar la muerte!

Olivante, muy turbado de ver delante de sí a quien era la cosa que él entonces más deseaba por informarse de lo que con su señora había pasado, esperando de sus nuevas la esperanza de la vida o la certidumbre de la muerte se detuvo por preguntarle; mas, considerando que su tardanza podría hacer daño a aquellos caballeros en quien tanta obligación era de socorrer, prosiguió su camino diciendo:

—Mi verdadero amigo Darisio, sígueme, pues que yo quiero seguir lo que me encomiendas.

¹⁹¹ Orig.: ‘hallarla’ (144v).

A Darisio le pareció conocerlo en la voz, y viendo a Leristes que atrás venía corriendo en su palafrén, teniendo su sospecha por verdadera, nunca igual alegría a su corazón llegó. Y yéndose abrazar los dos escuderos, Darisio se certificó ser Olivante el que había hablado.

Olivante, llevando su escudo al cuello y la lanza en el ristre, llegó adonde los caballeros estaban, diciendo:

—A tan gran traición, razón es darse el castigo que merece.

Y como lo hubo dicho, al uno dellos pasó por los pechos la lanza, que a las espaldas le parecía. Y habiéndola en él quebrado y sacado su espada, del primero golpe hendió la cabeza hasta los dientes a otro, que la fineza de su yelmo no pudo defenderle. Los dos caballeros, viendo tan buena ayuda como les era venida y pudiéndose con ella desembarazar, tomaron dos caballos de cuatro que sueltos andaban, porque al principio de la batalla, de los encuentros de las lanzas habían derrocado a dos dellos malamente heridos. Los cinco caballeros, viendo los desvariados golpes de Olivante y que sus enemigos habían cobrado los caballos de sus compañeros, teniendo por cierta la muerte si más allí esperasen, volviendo las riendas a los caballos se dejaron poner en huida. Y como la floresta estaba tan espesa, los caballeros, aunque ya con la ayuda pudieran bien vengarse, no curaron de seguirlos.

Olivante, porque no tenía voluntad de dejarse conocer, saludando los caballeros, volvió las riendas al caballo para irse; mas el príncipe, rendiéndole las gracias por el socorro, le rogó afincadamente les dijese quién era, para servírselo cuando caso se ofreciese en que se pudiese hacer.

—Mis buenos señores —respondió Olivante—, por agora, hasta cumplir cierta demanda en que voy, yo no podría hacer lo que mandáis, aunque en mí no falte voluntad para hacer todo lo que vuestro servicio fuere, como aquel que tiene mucha obligación de hacerlo. Y si agora no os digo lo que me preguntáis, os suplico me perdonéis, porque cuando tiempo sea yo vos satisfaré a esta demanda.

El príncipe, pensando en las armas que traía que fuese caballero novel y que por esta causa se encubría, lo dejó, teniéndolo por uno de los buenos caballeros que jamás hubiesen visto. Y conociendo su voluntad, le dijo:

—Mi buen señor, habéis puesto tanta obligación sobre nosotros con vuestras obras y razones, que siempre que nuestro servicio hubiéredes menester lo hallaréis, como uno de los mejores caballeros del mundo y a quien más obligación tendremos de hacerlo. Y pues así lo queréis, muy gran merced recibiremos que cuando sea tiempo nos digáis de quién recibimos tan buena obra.

—Yo tendré ese cuidado —respondió Olivante— para ponéroslo de que os sirváis de mí. Y por agora fincad, señores, a Dios, porque yo no podré detenerme más.

—A Dios vais encomendado —respondieron ellos.

Y con esto comenzó su camino, siguiéndole Darisio y Leristes. Y como hubieron andado algún tanto apartado de donde los dos caballeros quedaron, Olivante se quitó el yelmo y con infinito amor y las lágrimas en los ojos de mucho placer abrazó a Darisio diciéndole:

—Mi leal y verdadero amigo, dime las nuevas que me traes, con que me puedes hacer el más contento y bienaventurado del mundo, para que con la muerte descanse de la cruel fatiga mi atribulado corazón.

Darisio, sacando una carta, se la dio diciendo:

—Señor, las nuevas que puedo daros son las que por esa carta veréis, con que os podéis llamar el más dichoso príncipe que jamás nació en el mundo. Y después que la hubiéredes leído os diré lo que más supiere, con que no menos seréis alegre.

Olivante tomó la carta besándola con infinita alegría, y abriéndola, vio que decía desta manera:

CARTA

Lucenda, princesa de Grecia, al esforzado y soberano príncipe Olivante de Laura la salud que para sí desea con la que tiene le envía.

Si en el medio de mis pensamientos no me desasosegase pensar que las razones de tu carta son más para darme contento con el engaño que comienza a sentir que para desengañarme de conocer la poca firmeza de tus promesas, ¡oh valeroso príncipe!, ni mayor alegría pudiera sentir que, sintiendo lo que en ella dices, poderlo creer, ni cosa a mejor tiempo pudiera socorrerme, según la necesidad en que no tener nuevas de lo que más deseaba me había puesto. Mas, cuando por una parte me pone¹⁹² esperanza ver el acuerdo que de mí has tenido, me la quita pensar el tiempo que has tenido apartada de ti la memoria de quien jamás de ti puede¹⁹³ ni podrá olvidarse. Porque, cuanto más me atormentaba este cuidado se me acercaba el fin de la vida, teniendo por cierto el olvido, y con el engaño de quien tanto tiempo ha podido olvidarse, porque como no puede haber razón que a ti te quite de culpa, queriendo yo conmigo misma desculparte, no la hallo que no me doble la pena. Y en fin hallo que por el estado y soberanos príncipes que por padres hallaste has olvidado a quien olvidó a sí misma, con el grande estado que esperaba y tenía, queriendo seguir el tuyo, no en hábito de caballero, que por ser sin igual en el mundo te hacía merecer todo lo que se te puede negar, mas en el de pobre pastor con que mi corazón sojuzgaste tan firme que con igual firmeza de la de ahora no fuera posible dejar de amarte.

Conténtate, poderoso príncipe, con el tiempo que de tu ausencia he padecido; y pues con tan poco trabajo puedes satisfacerme, si algún poder sobre tu corazón tengo, por él te suplico olvides un poco el contento que en tu reino has hallado por darlo a quien de sí misma se olvida por estar convertida en la memoria y cuidado de tu vista. Y pues que tu fiel criado Darisio te podrá dar mejores nuevas de mí, pues en verte conocerá lo que en mí puede haber, quiero acabar con suplicarte sea tu venida tan presto que con ella me hagas pensar lo contrario de lo que hasta ahora me ha dado tanta congoja.

¹⁹² Orig.: 'pones' (145v).

¹⁹³ Orig.: 'puede' (145v).

Como Olivante acabó de leer la carta, con infinitas lágrimas de placer de ver el amor que su señora la princesa por ella le mostraba, se abrazó con Darisio diciendo:

—Mi fiel y verdadero amigo, Dios me deje galardonarte el servicio que me has hecho, con el cual has dado la vida a quien sin ella hasta agora ha vivido, pues el dudar me ponía temor, enflaquecía el corazón con la poca esperanza de tu buena nueva, que con los muertos he podido contarme el tiempo que sin saber el bien que me estaba guardado he vivido.

—Dejaos deso —dijo Darisio— y pensemos la manera que se podrá tener para que, antes que se sepa vuestra venida en la corte la sepa la princesa, porque así me lo ha encomendado; porque yo pienso que se dará orden como podáis hablar con ella y con la infanta vuestra hermana, que mayor deseo en este mundo no tiene.

—Pues, ¿cómo te parece —dijo Olivante—, o qué se puede hacer?

—Yo os lo diré —dijo Darisio—. Yo me tornaré a la ciudad diciendo que se me olvidaron allá algunas cosas que me habíades mandado, y procuraré de darles a entender vuestra venida hablando con la infanta Galarcia; y con lo que conmigo concertaren tornaré a vos a la parte donde quisiéredes esperarme.

—Bien me parece —dijo Olivante— lo que dices.

Y con esto comenzaron a andar tanto que cuando anochecía llegaron a vista de la ciudad, yéndole contando Darisio todas las cosas que en la corte habían acaecido el tiempo que en ella había estado, y de los jayanes que en ella quedaban.

Olivante se quedó entre unos árboles y Leristes arrendó los caballos, quitándoles los frenos para que paciesen; sacó de la provisión que traía para que Olivante comiese, y Darisio se fue a muy gran prisa por llegar a tiempo de poder volver a su señor con recaudo; donde lo dejaremos por decir lo que en la corte acaeció en este tiempo.

CAPÍTULO II-XXV

CÓMO LA SABIA ZERISA LLEGÓ ENCUBIERTAMENTE A LA CORTE DEL EMPERADOR, Y CÓMO POR SU CONSEJO Y AYUDA EL EMPERADOR Y PRINCESA Y INFANTAS FUERON PRESOS

LAS influencias celestiales desechando de sí los dichosos sucesos con que al emperador Arquelao y a los caballeros de su corte habían favorecido, dando lugar a los desventurados y tristes hados y poder con que de la alegría pasada en que habían estado pudiesen apartar a los moradores de la ciudad de Constantinopla, consintieron la terrible y triste desventura que agora se contará.

Y fue que, como aquel bravo y feroz jayán Rodamón tuviese siempre en su corazón el deseo de la venganza de la muerte del jayán Boraldo Dragontino su padre, que, como se ha dicho, por esta causa era venido a la corte del Emperador, y asimismo viéndose tan aquejado de los amores de la princesa, que era lo que más

pena le daba, con estos cuidados tan afligido que sola una hora de reposo no sentía y estando juntos un día con él su madre Brumesta y los jayanes Madasir y Marloto en su aposento, comenzaron hablar que sería bien dar fin al propósito con que habían hecho aquella jornada, porque de la dilación podría suceder por alguna vía que el Emperador viniese a saber su intención y quiénes eran, y tendrían muy gran peligro de las vidas y muy cierta su perdición.

Rodamón les respondió que ellos decían la verdad, mas que no veía medio como seguramente lo pudiesen hacer, porque por todas las vías que lo comenzasen veía muy dificultoso el suceso; que viesen ellos la orden que querían que se tuviese, porque como a más viejos y de más experiencia les daría crédito y seguiría su voluntad, con tal que la princesa Lucenda no quedase en la ciudad de Constantinopla, la cual era su intención de llevar consigo. Brumesta y los jayanes, conociendo por esta razón que el desasosiego y cuidado que su hijo aquellos días había traído era aquel pensamiento, y que sin duda debía estar preso de los amores de la princesa, le prometieron por conhortarlo que sin duda harían en ello todo su poder; y sobre esto diciendo cada uno su parecer y habidos muchos acuerdos, no hallaron manera ninguna de poner su pensamiento en ejecución sin mucho peligro. Y si no fuera por Rodamón, que con deseo de llevar a la princesa lo estorbaba, dejaran la comenzada empresa y se volvieran sin hacer ninguna cosa.

Y estando en esta confusión, un criado viejo de Brumesta de quien se fiaban y sabía todo el caso llegó a llamar a la puerta, y habiéndole abierto, les dijo con gran alegría que les traía muy buenas nuevas, que la sabia Zerisa era llegada al puerto y que ya desembarcaba; lo cual siendo oído por todos ellos, salieron con el mayor placer que jamás habían tenido a recibirla, y halláronla ya en tierra. Y haciéndole el mejor recibimiento que pudieron, la tomaron entre sí y la llevaron adonde Brumesta había quedado, y las dos se recibieron haciendo entre sí muy gran fiesta y regocijo, y después que mandaron que el barco en que había venido la sabia Zerisa se juntase con los dos en que ellos habían venido, se tornaron a meter en el aposento. Cerrado muy bien y con mucha guarda para no ser sentido lo que hablasen, la maga les comenzó a hablar en esta manera:

—Alcanzando la confusión en que vuestros corazones estaban en el presente tiempo, como quien no menos cuidado de vosotros, después que venistes, que de sí misma ha tenido, me he forzado a ponerme en trabajo del camino que he hecho, porque, según el peligro con que las influencias celestiales os amenazan, en lo que tenéis determinado será menester mi ayuda; y los soberanos dioses permitan que aun con ella se cumplan nuestros deseos, porque, ya que puedan venir a fin, bien cierta estoy que no con poco trabajo y peligro de nuestras personas. Y si el amor que a vos, mi sobrino Rodamón, tengo me dejara la libertad que con él para cumplir con vuestra voluntad os he dado, yo tuviera por mejor que la venganza de Boraldo Dragontino se quedará para en otro tiempo más conveniente; mas sabiendo la causa principal que os mueve y el poco reposo que vuestro corazón apasionado tendría, no quiero dejar de poner mis fuerzas con las vuestras, poniéndome al mismo peligro, para sacaros a vos del mayor de vuestra vida. Y para ponerlo en efecto, porque de la tardanza se podría seguir gran daño, yo he traído conmigo una gruesa nao con todo el aparejo necesario, y en ella a mi sobrino

Licorián con cincuenta caballeros que pude¹⁹⁴ haber en mi isla, todos ellos muy esforzados y bien a punto, y teniendo tan esforzado capitán como es vuestro primo lo serán mucho más en lo que avenir les pudiere; los cuales serán esta noche muy encubiertamente en el puerto. Y sin más dilatar, por que de mi venida no pueda nacer alguna sospecha es menester que esta noche se dé orden en dar fin a esta tan grande aventura. Y será desta manera: que yo sin ser sentida me quedaré dentro en el palacio, y cuando ya todos estuvieren en sus lechos, con mi saber haré dormir a los que dentro estuvieren tan fuertemente que ninguna cosa baste a despertarlos hasta la mañana; y hecho esto, yo vos abriré las puertas para que libremente podáis entrar y hacer a vuestra voluntad, y después mi nao y vuestros barcos y el mío estarán aparejados para poderos partir. De una cosa os quiero avisar, y es que muy mejor se harán vuestros hechos con la prisión del Emperador que con su muerte, porque después habrá lugar de hacer todo lo que quisiéredes; y cuando las cosas no sucediesen tan bien como deseamos, es bien tenerlo vivo por muchos respetos.

Muy grande fue la alegría de Rodamón, y jamás en su ánimo la sintió tan grande, pensando tener acabado su hecho y que sus desatinados pensamientos podrían haber aquel desordenado fin que su engañado corazón deseaba. Y todos ellos dieron las gracias a Zerisa por el cuidado que de sus cosas había tenido y le prometieron su servicio hasta perder la vida, y Brumesta lloraba con ella de placer, rogándole que lo hiciese así como les prometía. Zerisa le dijo que sin duda sería así; y con esto pusieron las tablas y comieron con muy gran regocijo, y hablando aquel día en lo que habían de hacer en la noche, pasaron siempre en consejos hasta que fue hora de cenar. Y Rodamón estuvo con el Emperador, el cual le mostraba más amor que su malvado pensamiento merecía. Y como fue hora de dormir, el Emperador se fue a su aposento y Rodamón se tornó para su madre, y hallo que Zerisa estaba ya en el palacio y Marloto y Madasir estaban aparejando lo necesario para su partida.

Y en siendo tiempo, según la sabia les dejó dicho, todos tres se fueron a las puertas del palacio, las cuales hallaron abiertas y a Zerisa que estaba atendiendo. Y después de haber entrado tornando a cerrarlas muy bien por que la gente de la ciudad no sintiesen lo que hacían, se subieron por las escaleras que estaban en el patio, y encendiendo una hacha comenzaron a entrar en algunos aposentos, y vieron que toda la gente dormía tan fuertemente que aunque les quitaran las vidas no lo sintieran, con la fuerza de los encantamientos que aquella mala dueña sobre ellos había hecho. Y yéndose Zerisa, que la hacha llevaba en las manos, al aposento del Emperador, entraron en su cámara y lo hallaron dormiendo como a los otros, y si la sabia dueña y Rodamón no lo estorbaran, el jayán Marloto y su hermano Madasir lo mataran luego; mas, queriéndolos complacer en esto, lo tomaron en sus brazos, y llevando sus vestiduras y otras muchas cosas muy ricas que en la cámara hallaron se salieron con él. Y quedando Zerisa todavía en el alcázar, les encomendó que lo llevasen muy paso y se hubiesen tan sesudamente que no fuesen sentidos, y que luego tornasen para llevar la princesa y lo que más quisiesen.

¹⁹⁴ Orig.: 'puede' (146v).

Ellos lo hicieron así, y fueron hasta la mar sin que de ninguna persona fuesen vistos, porque la noche hacía muy oscura. Y a la ribera hallaron uno de los barcos, en el cual estaba Licorián, y Brumesta con él, atendiéndolos. Ellos primero se abrazaron con muy grande amor, y después les entregaron al Emperador, que aún estaba durmiendo sin sentido ninguno. Licorián lo recibió y se metió en la nao con él, yéndole Brumesta diciendo muy feas y injuriosas palabras, como aquella que presente tenía la muerte de Borlado Dragontino su marido. Y después que llegaron a la nao, Licorián le hizo vestir sus ropas, y echándole unas muy gruesas y fuertes cadenas a los pies y a las manos y a la garganta, lo hizo poner sobre una cama que en una cámara apartada estaba.

Rodamón con sus dos tíos, dejando al Emperador a tan buen recaudo, se volvieron para Zerisa, y tornando a subir por la escalera, se fueron al aposento de la princesa, que Zerisa tenía ya abierto, y con la lumbre de la hacha la vieron estar en el lecho, mostrando aquella más divina que humana hermosura, la cual así resplandecía que todas las del mundo delante della se escurecieran. Rodamón que así la vio, jamás le pareció haber habido tan alta ventura, y hincando las rodillas ante ella, como si despierta estuviera, comenzó a decir:

—¡Oh celestial imagen, hechura de los muy altos dioses, cuánto agravio se hace a tu soberana hermosura, que a la de todos ellos excede, pues, mereciendo el más alto asiento de los cielos, te consienten estar entre los mortales! Y a ellos en no hacer a ninguno merecedor de merecerte sino a mí, que si algún merecimiento para contigo tengo, es por el amor con que te amo, con el cual antes de mucho tiempo nos gozaremos juntamente, señoreando el imperio desta ciudad y sus reinos, que así por tu causa como por la muerte de mi padre me conviene.

—No es tiempo —dijo Zerisa— de detenernos en palabras, sino que luego se haga lo que se ha de hacer.

Y dando la hacha a Rodamón, tomó en sus brazos a la princesa, y Rodamón los más y mejores aderezos que pudo haber suyos. Y Marloto, entrando en el aposento de la infanta Galarcia, dijo que no pensaba él ir sin compañía deste hecho, y lo mismo dijo Madasir tomando a la infanta Clarista. Zerisa les dijo que, pues así querían, tomasen sus aderezos para que se vistiesen en la nao. Y ellos lo hicieron, y descendíéndose al patio con ellas, que la fuerza del encantamiento no las dejaba sentir ninguna cosa, se salieron del alcázar y se fueron muy paso por calles escondidas y sin que persona los sintiese, lo cual pudieron bien hacer porque eran dos horas después de medianoche, cuando todos los moradores de la ciudad estaban durmiendo y reposando. Y llegados a la ribera, Licorián los estaba atendiendo, y viendo la buena presa que traían, no fue menor su alegría. Y metidos todos en el barco, se tornaron a la nao, donde hallaron a Brumesta y a los cincuenta caballeros, que pensando tenerlo todo acabado, estaban con el mayor contento que se podría decir. Y teniendo hecho un lecho muy rico para la princesa, la pusieron en él, y allí cerca en otro a las infantas.

Y haciendo atar los barcos a la nao, los marineros se dieron muy gran prisa a levantar las áncoras y a desplegar las velas, metiéndose a la mar con viento fresco de tierra que los ayudaba, con el cual comenzaron a hacer el viaje, pareciéndoles que no había ya cosa que pudiese estorbarles de no lo llevar a fin. Y mandaron

enderezar la nao hacia la isla Dragontina, la cual era tan fuerte que, entrados en ella, no temían a todo el poder del mundo. Y si Rodamón iba muy contento de llevar a la princesa, no menos lo iban los jayanes Marloto y Madasir con las infantas, pensando cada uno dellos, llegando a la isla, por fuerza, no pudiendo de grado, casarse con ellas, lo cual les sucedió al revés de lo que pensaban, como adelante se dirá.

CAPÍTULO II-XXVI

CÓMO SINTIÉNDOSE EL EMPERADOR PRESO HABLÓ CON BRUMESTA, Y DEL LLANTO QUE LA PRINCESA Y INFANTAS EN LA NAO IBAN HACIENDO

DESPUÉS¹⁹⁵ que la nao hubo salido del puerto, el viento le fue favorable de manera que en poco tiempo se alongó mucho espacio de tierra. Y siendo ya cerca de la mañana, que los encantamientos de Zerisa comenzaron a perder su fuerza, el Emperador tornó en su acuerdo, pareciéndole despertar del más pesado sueño que nunca había tenido. Y desde que abrió los ojos, volviéndolos a todas partes, fue muy maravillado de hallarse en tan extraño lugar, y mucho más de hallarse con las prisiones que tenía, que todo el cuerpo le tenían ligado de manera que no se podía revolver a una parte ni a otra. Y mirando algunos que estaban presentes, no conoció a persona si no fue a Brumesta, la madre de Rodamón, y luego pensó que debía estar en prisión; y sin hablar ninguna cosa estuvo un rato. Y Brumesta viéndole despierto, con la voz muy airada y soberbia le comenzó a decir:

—Ya es tiempo, hombre sin virtud ni piedad, que los inmensos y soberanos dioses permitan ser ejecutado en ti el castigo que de tus feas y perversas obras mereces, dando lugar a las personas que con más lástima de tus manos las han recibido para que con las tuyas tomen de ti la venganza de tus crueles hazañas. Así como tú, hambriento de la sangre pagana, con gran traición consentiste ser muerto en tu presencia aquel tan valiente y estimado jayán Boraldo Dragontino, cuya mujer yo soy, ha sido justo juicio que por mis propias manos y de las de su hijo Rodamón sobre su sepultura seas sacrificado para que con el derramamiento de tu sangre sobre ella se aplaque la ira que los dioses en este mundo contra él mostraron, y en el otro con la venganza de tu muerte su ánima reciba algún descanso. Y si esto tan presto no se hiciere, será para que viviendo recibas doblada pena, sintiendo mayor dolor con la vida viviendo con ella y tu imperio en poder de tus mayores enemigos, el cual muy fácilmente será de mi hijo Rodamón, pues que consigo trae a la princesa Lucenda, su mujer, contra tu voluntad, cuyas bodas se celebrarán ante tus ojos, estando en la más cruel prisión que jamás hombre tuvo en el mundo, para que, después que hayas visto todo lo que a tu ánima pueda dar

¹⁹⁵ Orig.: ‘DDSPVUES’ (147v).

dolor, tu cuerpo sea echado a las bestias fieras, pues que no merece más que ser manjar dellas, porque, haciendo yo esto por mi mano, en alguna manera quedaré satisfecha de la tristeza y soledad con que hasta agora me has hecho pasar la vida.

El Emperador, que en semejantes afrentas se había visto muchas veces, de las cuales la fortuna le había puesto en salvo, muy poco sintió lo que a él tocaba en comparación de lo que oía de la princesa Lucenda y de las otras dos infantas que con ella iban; porque esto le puso tan demasiada tristeza que casi le sacó de todo su sentido. Y estando un rato pensando en tan desventurado caso, tornó con un grave suspiro los ojos a Brumesta, y como hombre de tan buen conocimiento, quiso usar con ella de toda templanza y palabras que no hiciesen crecer su dañada voluntad, diciendo:

—Por cierto, buena dueña, nunca yo pudiera pensar que en pago de las buenas obras que vos y vuestro hijo Rodamón habéis recibido de mí me tratáredes tan mal, así en vuestras palabras como en las obras que me prometéis, pues que en la muerte de vuestro marido yo tengo tan poca culpa como todo el mundo sabe, que, si él murió, fue sin ventaja ninguna y en batalla que él demandó, donde su gran soberbia y mala intención fueron causa de la muerte que recibió. Y cuando quisiéredes tomar venganza de la poca culpa que yo tengo, bastara ser en mi persona, sin que la desventurada princesa y infantas pagaran lo que no merecieron. Las bodas que decís son tan fuera de razón que, aunque la ventura en todo lo demás me sea tan enemiga como agora se me muestra, no podrá consentir ejecutar en esto vuestra voluntad, pues que para remedio de tan mortal daño está la muerte en medio, que así a mí como a la princesa nos quitará, recebiéndola en el cuerpo, de hacer sacrificio de la honra y de la fama, pues es menor daño que el que déste se puede seguir así que sería mejor mudar de propósito que traéis, y donde no hay culpa ninguna dejar la venganza, porque de lo pasado será fácil el perdón. Y prosiguiendo lo que decís, ya que hagáis el sacrificio de nuestras vidas, muy poca seguridad os queda de las vuestras para no pagar con ellas el daño que agora hiciéredes. Y cuando quisiéredes ver que este es el mejor consejo, la seguridad que pidiéredes yo os la daré, para que vais de mi corte con tanta prosperidad que de ninguna persona podáis ser menos estimados que habiendo puesto vuestra voluntad en ejecución. Escoged lo que desto quisiéredes, porque, como holgaré de lo uno, tendré corazón para sufrir con paciencia la muerte donde tan poco la merezco como de todo el mundo es sabido.

La mala dueña, que escuchándole había estado, sonriéndose de lo que el Emperador le decía le respondió:

—Solamente no pienso tomar tu consejo sino cuando me lo dieres en tu daño, porque la sentencia que está dada contra ti no puede revocarse si no fuere para mayor mal tuyo.

Y diciendo esto hizo salir a todos los que allí estaban, y cerrando una ventana y la puerta de la cámara se salió dejando solo al Emperador. El cual viéndose en tanta estrechura y con tan gran traición venido en ella, y la princesa y infantas en tan gran prisión, donde sin deshonor o sin muerte no podían salir, las lágrimas le salían en grande abundancia de sus ojos, corriendo por sus largas y canas barbas.

Se encomendaba a Dios que de aquel peligro le librase, porque su muerte tenía en poco cuando la princesa y infantas pudiesen ser libres.

Las cuales estando en una cámara bien aderezada que para ellas tenían, la princesa en un lecho y las infantas en otro, después que la fuerza de los encantamientos fue acabada y el sueño fue pasado, todas casi a un tiempo despertaron, hallándose muy confusas de verse en parte que no conocían. Mas luego vieron entrar a Rodamón con sus dos tíos, y la sabia Zerisa con ellos; y la princesa, que de lo que había visto tenía alguna sospecha de su mal, en verlos le pareció ser verdadera, y volviendo los ojos a Rodamón airados, le dijo:

—Rodamón, ¿quién os dio atrevimiento que osásedes entrar sin mi licencia en ninguna parte que yo estuviese? Si alguna traición hay, no me maravillaré, porque siempre la he temido de tener semejante gente mi padre consigo; mas yo espero en Dios que de cualquier manera que sea vos os arrepentiréis de haber sido descomedido conmigo.

—Soberana señora —respondió Rodamón—, por dos cosas quiero sufriros todo lo que me quisiéredes decir: la una, porque tengo esperanza que todo el enojo que mostráis se os volverá muy presto en contentamiento que de mí tendréis; y lo otro por teneros en mi poder, que a los que les falta libertad en la persona con razón se les debe sufrir en la lengua. La vuestra grandeza, juntamente con estas señoras infantas y con el Emperador vuestro padre, estáis en una nao que se gobierna por mi mandado, la cual os lleva a la ínsula Dragontina en pago de la muerte de mi padre el jayán Boraldo Dragontino, que en presencia del Emperador con gran traición fue muerto. Y si él tiene la vida, hésela yo mandado guardar, que no he querido, habiéndoo de tener por señora, daros todo el enojo junto; porque, aunque a vos os parezca que hay desigualdad en los estados, lo suple el valor de mi persona, con el cual en muy breve tiempo recibiendo yo por mi señora, me tendréis por vuestro marido, y estas señoras infantas a estos dos tíos míos, pues que en ninguna parte pudieran hallarlos mejores ni de mayor valor por sus grandes hazañas y merecimientos por sus valerosas personas.

Cuando aquellas señoras entendieron por las palabras de¹⁹⁶ Rodamón que así el Emperador como ellas iban sus prisioneros y vieron la gran traición, ningún dolor en el mundo pudiera ser igual a sus corazones; y comenzando a llorar la gran desventura en que se veían, hacían una música con sus delicadas voces, que ninguna cosa pudiera ser de tan gran lástima como las lastimosas razones que decían. Desmayándose muchas veces sobre los lechos y torciendo sus manos, quedaban fuera de sus sentidos; y cuando tornaban a cobrar, sus dolorosas voces parecía llegar al cielo; sus palabras quebraban cualquier corazón endurecido para moverse a piedad. Y así estuvieron una pieza sin dar respuesta a lo que Rodamón había dicho, en fin de la cual la princesa, tomando consigo algún esfuerzo, le comenzó a decir:

—¡Ay traidor, enemigo de todo bien y virtud, cómo has querido pagar las mercedes que del Emperador mi padre recibiste con tan gran vileza y traición! Tú has hecho lo que la ventura para mayor desventura tuya te ha otorgado, y la

¹⁹⁶ Orig.: 'de de' (148v).

ventura hará muy presto lo que con los semejantes que tú hacer suele, que es, después de haberles dado lugar para poner sus malvados pensamientos en ejecución, volverlos muy presto al camino que merecen para recibir el pago de sus traiciones y maldades. ¿Piensas que con verte agora en esta prosperidad te durará mucho tiempo? Engañaste, que apenas será sabido lo que has hecho cuando se apareje la venganza tan pujante que ni tú ni todos tus valedores podáis una hora resistirla, donde tan vil y desastrada muerte nunca se dio a persona en el mundo como a ti será dada con muy breve tiempo. Traidor, arrepíentete¹⁹⁷ de tan gran traición y pide misericordia al Emperador restituyéndole su libertad, que él habrá misericordia de tu vida perdonándote, porque no pienso yo que toda la culpa se te pueda atribuir a ti solo, mas que con el consejo y ayuda desos traidores y desleales de tus tíos y de aquella perversa y mala hembra de tu madre has tenido atrevimiento de osar hacer semejante traición; la cual durará poco tiempo con la vida de todos vosotros, que no permitirá Dios que la honra de tan estimadas doncellas como nosotras perezca en poder de tan apocada gente como vosotros; porque, cuando no hubiere otro remedio, sabe que la muerte lo puede remediar todo, la cual nos quitará de la sujeción en que agora nos tienes, con que te atreves a decir semejantes palabras como nos has dicho.

Acabando de decir esto, todas tres tornaron a su comenzado llanto, enviando sus clamores al cielo con muy grandes voces pidiendo la muerte; hiriendo sus divinos y resplandecientes rostros, se abrazaban las unas con las otras.

Rodamón, enojado de las palabras de la princesa, le quería responder; mas la sabia Zerisa le dijo:

—Sobrino, estas señoras es justo que con su pasión tengan licencia de decir lo que quisieren y vosotros se lo sufráis, que el tiempo les dirá adelante lo que han de hacer. Agora me parece que será bien proveer en cosas que hay de importancia, que mucho cumple que no haya descuido, porque, según pienso, necesidad tendremos de todas nuestras fuerzas y saber antes que se pase el tiempo.

Y tomándolos por las manos se salió fuera de la cámara dejándolas cerradas. No se podría decir el llanto que todas tres quedaban haciendo. Quédanse muchas veces las unas en los brazos de las otras amortecidas y sin sentido ninguno ni sin saberse dar remedio, tanto, que fue gran maravilla cómo pudieron vivir. La princesa se acordaba siempre del su Caballero del Corazón Partido, diciendo entre sí:

—¡Ay mi verdadero amigo, cuán engañada he vivido en el demasiado amor que mi corazón os tiene; porque, si vos me amárades a mí, no me hubiérades olvidado tanto tiempo! Y hallándote¹⁹⁸ en parte donde pudiérades socorrer a mi cuita, muy poco temiera yo lo que la fortuna contra mí pudiera hacer, porque en vuestra dicha y no en mi merecimiento me socorriérades, y yo sé que vuestro poder muy bien bastara para libertarnos. Mas, ¡cuán engañada he vivido hasta agora, que no creo que tengáis memoria de la desastrada ventura que me persigue, ni, ya que lo supiédeses, se vos daría nada por socorrerme en tan gran tribulación y fatiga!

¹⁹⁷ Orig.: 'arrepientate' (149r).

¹⁹⁸ Orig.: 'hallandose' (149v).

¡Ay amor, que si tus obras son como lo que de ti en tu nombre se dice, no pagarías con desamor a quien verdaderamente te ama! ¡Ay Caballero del Corazón Partido, pues que partiste conmigo lo que te da la vida, remédame en tiempo que sin tu ayuda solamente me podría remediar la muerte! Con la esperanza de tu favor sustentaré la desdichada vida hasta saber lo que por remediarme la muerte procuras; porque, cuando supiere la falta de tu voluntad, faltará la mía para vivir más sola una hora.

La infanta Galarcia no menos atribulada y llena de congojosos pensamientos lloraba la fuerte y desventurada prisión en que se veía, diciendo en sus palabras muchas lástimas y llamando en su pensamiento muchas veces a su verdadero amigo Silvano y a su hermano Olivante con grandes sospiros y lágrimas demandando su ayuda. Pues la infanta Clarista, aunque más niña, no dejaba de sentir el desdichado caso, y con gran abundancia de lágrimas les ayudaba demandando a grandes voces y clamores ayuda a Nuestro Señor que la socorriese. Y desta manera, consolándose las unas con las otras, pasaban, esperando a lo que los hados y la aventura quisiesen disponer dellas.

CAPÍTULO II-XXVII

CÓMO EN LA CIUDAD DE CONSTANTINOPLA SE SUPO DE LA PRISIÓN DEL EMPERADOR, Y DE LO QUE SOBRE ELLO SE HIZO

CON mucho sosiego reposaron aquella noche todos los del palacio del Emperador; mas, venida la mañana, que le hallaron menos, y a la princesa y infantas, las voces y dolorosos llantos se comenzaron tan grandes que parecía querer romper los cielos. El alboroto se levantó muy grande por la ciudad, y todos iban a saber qué cosa era; y el conde de Arenza, no sabiendo lo que podía suceder, con consejo de todos los otros caballeros se metió en el palacio, apoderándose de todas las fuerzas de la ciudad; y como hallaron menos a los tres jayanes y a su madre, luego pensaron en la traición, y con muy gran diligencia hicieron aparejar tres naos que a la sazón estaban en el puerto; y en la una dellas se metió por caudillo el príncipe Agrestes, que en aquella hora llegaba de fuera, y en la otra el buen caballero Polinerdos, sobrino del Emperador, y con él Lucisor de Numidia, y en la tercera el duque Tesaliano y Riseles de Normandía. Metiendo en cada una de las naos treinta caballeros de los mejores que se pudieron haber, alzaron las áncoras y desplegaron las velas, haciendo la vía que tuvieron nuevas que la nao de la sabia Zerisa llevaba.

Darisio, que, como se os ha contado, aquella noche llegó a la ciudad, esperando a la mañana para poder hablar a la princesa, cuando vio el desdichado y fuerte caso que había acaecido, sintiendo lo que su señor podría sentir estuvo para perder el seso; mas, pareciéndole que en semejantes casos se requería la presteza del remedio, tomando su palafrén se fue a muy gran priesa a donde Olivante había

dejado. El cual viéndole venir dando gritos y llorando, se turbó en tanta manera que casi le falleció el sentido. Y levantándose a muy gran priesa, llegó a Darisio diciendo:

—Mi buen amigo, por Dios que me digas las nuevas de dolor que me traes; porque, si son para morir con la vida, mejor será darme vida con recibir luego la muerte.

—Las nuevas son —dijo Darisio— las más malas que puedo daros; mas no para que se sufra en ellas el remedio que vos queréis, sino que con mucho esfuerzo y diligencia procuréis remediar tanto mal y daño; que sabed que el Emperador y la princesa y la infanta vuestra hermana y Clarista van en poder de tres jayanes en una nao, los cuales son los que vos dije que estaban en la corte del Emperador, que esta noche con muy gran traición lo han podido hacer.

Como Olivante oyó esto, sin sentido ninguno quedó amortecido por una pieza, hasta que Darisio con echarle agua de una fuente que allí estaba le hizo tornar en sí. Con un muy grande suspiro comenzó a decir:

—¡Ay ventura, con cuánta desventura me pones en el principio de la gloria para que sienta después doblada pena! Cuando me pones en mayor esperanza con los halagos del contento, me derruecas en los más profundos piélagos de dolor. ¡Ay dolor sin igual, tormento sin fin, tribulación sin remedio, esperanza para más desesperar, alegría para mayor tristeza y vida para desear la muerte! ¿Qué será de ti, Olivante, pues que para ser te falta lo que pudo y puede y podrá dártelo, pues que sin ella no podrás ser, que con la vida recibirás la muerte, y con la muerte perderás del todo la esperanza, y con la esperanza la gloria de que se cebaba tu sentido? ¡Ay soberano Dios, remedia tan desdichada y gran caída de tales príncipes!

Y diciendo esto y otras muchas cosas, de sus ojos destilaba grande abundancia de lágrimas, ardiéndole el medio corazón en tan gran manera que parecía que estaba encendido en ella. Mas Darisio, viendo con la crecida pena el descuido que tenía, le dijo:

—La desesperación hace muchas veces dejarse de remediar las cosas que por ventura podrían tener dichosos los fines aunque los principios fuesen desdichados. Mejor sería, señor, no dejar perder el tiempo, para que después no vos pudiédeses quejar de vos, habiendo podido remediarlo, no lo haber hecho. Cuando hayáis puesto la diligencia y os saliere en vano, quejaos de la ventura, la cual creo que no dejará de favoreceros en esto como en todas las otras cosas ha hecho.

A Olivante le pareció bien el consejo de Darisio; y luego Leristes ensilló los caballos, y subiendo en ellos, se fueron todos tres a gran priesa la vía de Constantinopla. Mas, por mucha priesa que llevaron, ya las tres naos que dijimos eran partidas, de que Olivante recibió mucha congoja; mas pensando, porque aún iban a vista, que las podrían alcanzar, tomando un barco que en el puerto estaba con tres marineros, se metieron en él y a gran priesa hicieron alzar la pequeña vela. Y ayudándola los marineros con los remos, porque el viento era poco, en poco espacio alcanzaron las tres naos y vieron la otra que gran trecho adelante dellas iba. Lo cual visto por Olivante, porque el barco caminaba más que las naos no se

queriendo meter en ellas, hizo a los marineros que pasasen adelante. Mas antes que pudiese alcanzar la nao, las tinieblas de la noche sobrevinieron, quedando sola la claridad de la resplandeciente luminaria nocturna, que, teniendo llenos sus cuernos, daba de sí tanto resplandor que el barco nunca dejó de seguir a la nao hasta que muy cerca della se halló.

La sabia Zerisa, que siempre en aquella aventura había hallado muy malos agüeros, estaba con mucho cuidado para proveer en todo; y habiendo visto venir las naos y el barco, que ya cerca de la nao llegaba, queriendo remediar el daño que de estorbarles su camino podría suceder, comenzó con sus artes a hacer sus signos y encantamientos, y tomando ciertos polvos que para aquello traía confacionados, los echó en el aire, y dellos se comenzó a hacer una niebla tan espesa y oscura que no parecía sino un muy cerrado muro que entre el barco de Olivante y la nao se puso, de manera que ninguna cosa se podía ver. A Olivante le creció desto tan gran congoja que, desesperado de poder hacer un socorro donde tanto lo deseaba y que en él estaba su vida o su muerte, muchas veces estuvo por lanzarse en la mar, si Darisio, que muy cuerdo era, no se lo estorbara. Y diciendo tantas lástimas y palabras llenas de mucho dolor, que a cualquiera persona pusiera compasión, hizo volver el barco a una parte y a otra buscando por donde aquella niebla pudiese romper; mas en vano era su trabajo, que así anduvo más de dos horas sin hallar remedio a su deseo, que el corazón se le quería quebrar de verlo.

Las tres naos habían ya llegado, y asimismo volviendo las velas sin que nada les aprovechase, andaban de una parte para otra alrededor de la niebla sin hallar entrada. Mas a esta hora, un gran trecho lejos de sí, a la mano derecha vieron venir una gran luz por el aire que, como más cerca llegó, conocieron que era de una entorcha que en la gavia de una nao traía una mujer en su mano, la cual pareciendo que con la velocidad que traía viniese volando, en muy poco tiempo llegó junto a la niebla. Olivante la estaba mirando para ver lo que haría, y la mujer, que vieja y de mucha autoridad le parecía, llegándose con la luz de la entorcha a la niebla, comenzó de quemarla; que, como el fuego en ella se puso, a la hora se levantaron las llamas tan altas que parecían llegar al cielo. Y ardiendo así muy poco espacio por toda la niebla, las llamas se consumieron y la niebla quedó quitada del todo como de antes estaba, de que no poco contento Olivante, hizo tornar a guiar el barco tras la nao de Rodamón, que en este tiempo muy gran trecho de ellos se había alongado. Y la nao que había venido con las otras tres hacían lo mismo, y tanta priesa se dieron, que cuando fue la medianoche el barco de Olivante y la nao extranjera iban muy cerca della, de que los jayanes no poco espantados y atemorizados estaban, viendo que los encantamientos de su tía no aprovechaban.

Y la sabia Zerisa, que ya comenzaba a ver los principios de su daño, y conociendo quién le hacía la guerra, quiso por todas las vías tentar la ventura para su salvación; y tornando a usar de su saber, hizo encender la nao en que iban con más de treinta pasos alrededor, y tan vivas y grandes llamas que parecía verdaderamente toda ella quemarse. Olivante que pensó ser verdaderamente así, estuvo muchas veces por darse la muerte; mas Darisio le hizo entender que debía ser encantamiento, según de la niebla pasada se podía claramente conocer.

Zerisa que en este tiempo tuvo algún lugar, llamando a los jayanes y a Brumesta les comenzó con infinitas lágrimas a decir:

—¡Ay Brumesta, cómo por no creer mi consejo que en el principio con el conocimiento del mal presente yo vos daba, agora estamos tan cerca de la muerte y en tanto estrecho y peligro, que quedar con las vidas tendría por imposible! Porque todos los más esforzados y valientes caballeros que hay en el mundo juntos no temiera tanto su poder como de una sola enemiga que presente tenemos, cuyas fuerzas y saber sobrepujan las mías, de manera que las carnes me tiemblan y el corazón se enflaquece, no pudiendo alcanzar el fin de tan peligrosa aventura, mas de esperar que en la fin della seremos todos perdidos; no porque yo deje de hacer hasta fallecerme la vida la resistencia que a mí fuere posible, mas sabed que la dueña que en esta nao viene es aquella, tan aventajada sobre todas las de nuestro tiempo, Hipermea, habitadora de las encumbradas montañas de la isla de Laura, y los que con ella vienen son tan valientes y preciados caballeros que a muy mayor ventura que ésta serían bastantes a dar cima, principalmente uno que en el barco solo viene, cuyos ensalzados hechos con soberana virtud de la redondez de la tierra tiene llena de su fama y gran nombradía. Así que en estos tiempos se requiere tomar el consejo de menos peligro; y este es que, en tanto que yo con mis artes pudiere resistir la fortaleza desta mayor enemiga, le daré tanto en que entender sin que ella pueda socorrerlo ni tenga tiempo para ello, que vos, Rodamón, y vuestros tíos en estos tres barcos podáis tomar la princesa y infantas. Y procurad de salvaros con ellas, porque si la nao fuere tomada por nuestros enemigos y el Emperador suelto y Licorián y Brumesta y yo presos, con ellas podréis fácilmente hacer nuestro rescate con mayor precio para aprovecharos. Así que, pues este es mi parecer, me podréis decir el vuestro, para que dellos se tome el mejor que entre todos pareciere.

Todos quedaron muy espantados de lo que la sabia Zerisa decía y del poco ánimo que en aquel hecho mostraba, y con muchas lágrimas hablaron algunas cosas que bien les parecía. Y Rodamón, confiando en la fortaleza de su bravo corazón, se determinaba esperar las cuatro naos, diciendo que, si más no viniesen, que por aquéllas no era razón ponerse en huida, y que él esperaba en sus dioses que a todos los que en ellas venían podrían dar la muerte. Mas tantas fueron las cosas que sobre esto la sabia Zerisa dijo, y tanto el miedo que les puso, y tantas las lágrimas de Brumesta, y sobre todo temía de perder a la princesa, que se determinó de hacerlo así.

La sabia Hipermea, que en este tiempo no le faltaba el cuidado de lo que había de hacer, en tanto que Zerisa en estas razones estaba, había estado ordenando de deshacer aquel encantamiento; y tomando una redoma de agua confacionada que para aquello traía y tornándose a poner encima de la gavia, hizo juntar su nao tanto con el fuego, que con la mano pudo derramar el agua sobre él, de manera que el fuego fue muerto y deshecho todo en humo que en poco espacio se subió en lo alto deshaciéndose entre las nubes, de manera que la nao tornó a parecer claramente como de antes.

Olivante se quiso luego juntar a ella, y las otras naos con muy grandes alaridos la acometieron cercándola al derredor. Los jayanes, que en los bordes de la nao

estaban para defenderla, las esperaban con muy gran esfuerzo y sin ningún temor; mas Zerisa, que en tal peligro se vio, tomando una imagen de cera que consigo traía, la lanzó con grandes signos y conjuros en las profundas aguas; la cual como fue echada, súbitamente la mar se comenzó a embravecer en tan gran manera con la fuerza de los arrebatados y furiosos vientos que súbitamente se levantaron, que¹⁹⁹ las inquietas ondas movidas con su furor parecían levantarse a comunicar con las nubes de que súbitamente el cielo fue cubierto, de manera que aquella luz que de la clara luna salía del todo fue escurecida, comenzando tan grandes relámpagos y truenos, y el granizo y piedras tan espesas y crecidas, que Olivante, con la poca resistencia que el barco a tan espantable tormenta y furor podía hacer, muchas veces estuvo sin esperanza de la vida. Y bien quisiera él, si pudiera, meterse en alguna de aquellas naos; mas la escuridad era tan grande y la tormenta tan crecida, que aquellos que estaban en las naos no tenían atención sino a poder salvar las vidas; lo cual hacían también los marineros que en el barco de Olivante venían, haciendo todos los reparos y remedios que sus fuerzas bastaban.

En este tiempo, de aquella nao que había venido vieron que salía un gran resplandor, y mirando qué cosa sería, sintieron salir con el mayor estruendo y ruido que se podía pensar una muy fiera y espantable serpiente, cuyos ojos, de que dos hachas encendidas verdaderamente parecían salir, tanta claridad hacían que todo alrededor alumbraban, la cual dando muy grandes roncós y espantosos silbos, hiriendo en la agua con unas grandes alas que tenía, que mucho en la tormenta acrecentaba, se fue derecho a la nao en que los jayanes estaban. Mas a la hora vieron también della salir un muy feo y abominable vestiglo, cuyas faciones y espantable figura parecía cosa que del centro del infierno salía, tanto, que así a los unos como a los otros que lo miraban ponía muy gran espanto y maravilla ver que estas disformes figuras así anduviesen ligeramente por la agua sin que los pies solamente se les sumiesen debajo della.

El vestiglo traía en sus manos una muy grande y disforme bisarma, con la cual arremetiendo contra la sierpe, la comenzó a cargar de duros²⁰⁰ y muy mortales golpes. Y la sierpe asimismo procurándola tomar entre sus muy agudos dientes y uñas, comenzaron entre sí la más estraña y fiera batalla que jamás en el mundo había sido vista, levantándose muchas veces en el aire, en el cual no menos se herían que en la agua; mas, como si fueran peces que nadasen, se tornaban luego a salir fuera a comenzar de nuevo su batalla. Todos lo estaban mirando, porque muy bien a la claridad de los ojos de la serpiente podían verla, la cual traía en tan poco tiempo tan maltratado el vestiglo, que bien parecía andar al cabo de su fortaleza y resistencia.

Lo cual conocido por los jayanes, pareciéndoles ser ya tiempo de cumplir lo que les era mandado, sin que Licorián lo sintiese, que por ventura no lo consintiera, entraron en la cámara donde la princesa y infantas estaban, que del gran ruido de la tormenta, porque de lo demás ninguna cosa habían sentido ni oído, estaban con tan gran temor, que así dél como de su pasión estaban fuera de su sentido. Mas

¹⁹⁹ Orig.: 'en' (151v).

²⁰⁰ Orig.: 'duras' (157v),

cuando se vieron tomar de los jayanes en brazos y llevarse por fuerza sin saber a dónde, de tal manera se amortecieron y desmayaron que sin ningún sentido las pusieron en los barcos que con²⁰¹ muy buenos y diligentes marineros aparejados tenían, llevando cada uno dellos la suya en su barco. Y así, comenzaron luego a navegar con aquella tormenta, llevando alguna seguridad de lo que Zerisa les había prometido.

En tanto, las dos fieras visiones, no dejando de procurar la victoria cada una con todas las mañas y cautelas que podían, anduvieron en su porfía y contienda hasta cerca de la mañana. Y como siempre la tormenta fuese tan grande y creciese más cada hora, así las naos como el barco de Olivante, no pudiendo resistir la gran furia, se estendieron por la mar con muy gran peligro de anegarse muchas veces, teniendo por cierta su muerte; donde los dejaremos por decir quién venía en aquella nao y de la manera que la sabia Hipermea se halló en todo este hecho.

CAPÍTULO II-XXVIII CÓMO EL EMPERADOR FUE SOCORRIDO POR LA SABIA HIPERMEA CON EL DUQUE ARMIDES Y CON LOS SEIS CABALLEROS IMPERIALES

LA sabia Hipermea, que en las más altas cumbres de las montañas de Laura hacía su habitación, como ya os hemos dicho, ejercitándose lo más del tiempo en alcanzar por sus artes así lo que al presente se hacía en el mundo como en saber las cosas que estaban por venir, vino a tener noticia de la gran desventura y trabajo en que este emperador Arquelao con aquella tan hermosa princesa y infantas se habían de ver. Y queriendo remediar a tan desastrado caso, no solamente por lo que al peligro dellos tocaba, mas por lo que Olivante, a quien como verdadero hijo amaba, podría sentir, con toda la furia y diligencia que pudo comenzó a aparejar para que tan gran traición y maldad no viniese al fin de que tanto daño se esperaba, y bajándose a la ciudad de Franquida, donde el duque Armides continuamente estaba, le dio parte de todo lo que había con su saber alcanzado. El duque que no menos amor tenía a Olivante, entendiendo lo que en este negocio le tocaba, comenzó a rogar a su hermana quisiese poner en ello el remedio que mejor le pareciese. Hipermea que no menos voluntad de hacerlo tenía, le dijo:

—Señor hermano, haced proveer como una nao se bastezca de todo lo necesario, y en lo demás dejad a mí el cargo, que yo proveeré en todo como sea menester.

El duque lo puso luego por obra, y dando parte de todo a la duquesa, que mucho holgó dello, otro día estaba todo a punto. Y el duque Armides no consintiendo que la sabia Hipermea fuese sin él en esta aventura, aunque de parte

²⁰¹ Orig.: ‘como’ (157v).

della fue muy porfiado, se metió en la nao llevando consigo diez caballeros de los mejores que en la isla había; la sabia llevando asimismo cuatro doncellas con todos los aparejos que pensó ser necesarios, mandaron hacer la nao a la vela y desta manera llegaron a tiempo que os hemos contado.

Y hallando la resistencia que la maga Zerisa le hizo, después de haber quitado la niebla y el fuego se volvió en aquella figura de sierpe, en la cual haciendo con aquel infernal vestiglo, que Zerisa era, su batalla, acrecentando con la furia della la gran tempestad y tormenta que los vientos habían comenzado, anduvieron más de tres horas, en fin de las cuales, como el saber de Hipermea sobrepujase al de Zerisa, sin poder más defenderse, tomando al vestiglo entre sus brazos y echándole una muy gruesa cadena al cuello, la hizo tornar en su primera figura, tornando ella asimismo en la suya. En breve espacio la metió en la nao del duque, que con la tormenta algún tanto se había de allí alejado, y metiéndola en una jaula de hierro que para aquello tenía aparejada con tanta fuerza de encantamientos que los suyos no pudiesen deshacerla, la dejó y se fue para el duque, que con gran alegría la recibió diciendo:

—Señora hermana, donde tan buen principio se ha hecho, con razón se debe esperar que el fin será como lo deseamos.

—Así lo espero yo en Dios —dijo Hipermea—; mas aún mucho queda por hacer, porque a la voluntad del soberano Señor de los cielos, que ha tenido por bien que a tal tiempo se levantase tan gran tormenta, ninguno puede contradecir, la cual nos será harto estorbo para no poderse acabar esta aventura tan presto como yo querría.

A este tiempo la fuerza de los vientos era tan grande, la escuridad de la noche tan cerrada, las olas tan grandes y desasosegadas y la tormenta tan espantable, que así las unas naos como las otras, no pudiendo hacer otra cosa, quitando las velas, no llevaban otro camino ni gobierno sino el que la voluntad de la fuerza de los vientos era que hiciesen. Y tomando cada una el camino hacia diversas partes, sola la nao del duque, por el saber de su hermana, que en esto le ayudaba, seguía la nao de los jayanes. En la cual yendo Licorián muy espantado, así de no hallar a los jayanes y a la princesa y infantas como de la tormenta, que, según cada hora crecía más, les ponía en gran temor de la muerte, hacía poner todos los remedios que para en tan extrema necesidad le parecía que convenían.

Y así caminaron tres días, en fin de los cuales amansando algún tanto la furia de los vientos, aunque no del todo cesando la tormenta, alzaron velas enderezando la nao a la ínsula Dragontina. Mas la nao en que el duque iba, que mucho más ligera era, la alcanzó a este tiempo de vista; y haciendo la sabia Hipermea meter todas las velas, hizo enderezar contra ella, que en muy poco tiempo la alcanzaron, y llegando la una cerca de la otra, conociendo Licorián que aquella era la nao que la fuerza de los encantamientos había deshecho, en gran pavor de muerte fue puesto; y estando él y sus cincuenta caballeros aparejados para defenderla hasta la muerte, todos puestos encima de la cubierta, que el duque Armides muy bien podía verlos, volviéndose a su hermana le dijo:

—Señora, gran compañía de gente es aquélla para los pocos que aquí vamos: menester es tener mucha ventura para poder acabar tan gran hecho.

La sabia, riéndose de lo que el duque le decía, le dijo:

—Mi buen señor, Dios tiene cuidado de socorrer en los casos de necesidad, y así hará en éste; por tanto, no dudéis el acometimiento, que yo os aseguro la victoria.

Y con esto, llegando su nao tan cerca que los aparejos que traían pudieron aferrarse, el duque, que delante de los suyos iba como muy esforzado caballero que era, hallando delante de sí a Licorián aparejado para recebirle, cubiertos de sus escudos comenzaron a cargarse de muy duros y mortales golpes. Lo mismo hacían los otros diez caballeros, que muy valientes y esforzados eran; mas Licorián con los cincuenta caballeros, viendo los pocos que en la nao del duque venían, cobrando gran corazón les comenzaron a resistir la entrada de la nao procurando entrar en la suya; y sobre esto comenzaron una muy cruel y peligrosa batalla, poniéndose el duque por defensa y amparo de los suyos, que ya tres de los contrarios tenía delante de sí muertos. Pues Licorián, que muy buen caballero era, no menos se mantenía con gran fortaleza, andando más de dos horas que ninguno dellos pudo entrar en la nao contraria; y como los de Licorián eran tantos, aunque algunos dellos eran muertos por mano del duque Armides y de sus caballeros, parecía no hacer mengua y cada hora salían de refresco, tanto, que el duque, no pudiendo entrarles, ponía toda su diligencia que su nao no fuese entrada, porque, según la multitud de los enemigos, harto hacían en poder defenderse. Y desta suerte anduvieron más de tres horas en la batalla.

Brumesta, que con gran temor había estado hasta entonces; estaba muy alegre con parecerle que al fin de la batalla la victoria sería de su parte, lo cual con muchas rogativas prometiendo grandes sacrificios a sus dioses les demandaba. Y el Emperador, que en la oscura cámara donde estaba oía el estruendo de las armas y ruido de los golpes, pensando que no podría ser sino gente que viniese en su socorro, demandaba con muchas lágrimas a Nuestro Señor quisiese ayudar a los que eran de su parte y les diese victoria para que pudiesen librarle. Mas ¿qué aprovechaba?, que, aunque a esta hora de los de Licorián eran ya muertos cinco y otros tres malheridos, de los del duque faltaban tres, que eran muertos, y dos que con las heridas no pudiendo más pelear se habían salido de la batalla. Así que, no quedando más de el duque y otros cinco, no pudieron tanto resistir a la fuerza de los adversarios que por tantas partes combatían la nao que no los entrasen. Así que al duque y a los que con él estaban les fue forzado retraerse al castillo de popa, en que su hermana estaba; que como así le vio, le dijo:

—Mi buen señor, no desmayéis, que aunque la ayuda nos venga algo más tarde de lo que pensábamos, a tiempo viene que nos librá de este trabajo.

Y diciendo esto le mostró una nao con unas banderas de las armas imperiales, que, tendidas las velas, venía muy cerca dellos, certificándole que en ella venía quien muy presto los libraría de aquel peligro. El duque, viendo la buena ayuda que les venía, poniendo con ella muy grande esfuerzo a los suyos, acometen muy bravamente a sus enemigos, que, pensando llevarlos de vencida, no hacían ya caso dellos.

A esta hora la nao que hemos dicho llegaron tan cerca que bien pudieron ver a los que haciendo la batalla andaban y conocieron a la sabia Hipermea, que muchas

veces la habían visto; que sabed que eran los seis caballeros imperiales que estando en la corte del rey Aureliano había hecho meter en aquella nao, los cuales habiendo pasado por grandes y estrañas aventuras y dando fin a todas ellas, allegaron allí a tiempo que tanto fueron menester. La dueña, temiendo el peligro de la tardanza, les dijo brevemente el caso de cómo el emperador de Constantinopla por tan gran traición iba allí preso, que como Grisalter de Suecia lo oyó, sin más detenerse saltó en la nao del duque Armides, y con él juntamente los otros cinco, los cuales bien cubiertos de sus escudos y las espadas en las manos fueron a acometer los caballeros de Licorián diciendo:

—¡Mueran los que tan gran traición hicieron y agora la defienden!

Y con esto, de los primeros golpes tres de los enemigos vinieron a tierra muertos. Grisalter de Suecia, viendo que Licorián estaba por defensa y escudo de los suyos, le comenzó a herir de muy duros y mortales golpes; y Licorián, que muy buen caballero era, se defendía muy bravamente, y así, estaban en una muy reñida batalla. Pues el buen caballero Peliscán habiendo ya conocido a su padre el duque Armides, pareciéndole que era bien darle venganza del daño que allí había recibido, como bravo león se metía entre aquellos caballeros, matando y hiriendo en ellos de manera que ninguno le viera que no le juzgara por uno de los buenos caballeros del mundo, como lo era. Lo mismo hacía el infante Aliazar, que muy buen caballero era, y Darintel de Altarroca y el duque Durián de Baltar con el esforzado caballero Castidel, que todos juntos, haciendo maravillas se habían tan fuertemente que más de los doce tenían ya muertos.

El duque Armides con los caballeros que le habían quedado, sintiendo la buena ayuda que les había venido a tiempo que se contaban por perdidos, cobraron esfuerzo, con que muy bravamente peleaban, de manera que los enemigos, aunque muchos más eran, viéndose tan mal aquejados, tomaron por partido de volverse a su nao, y así lo hicieron. Mas los seis caballeros se metieron dentro con ellos, aquejándolos tan fuertemente que, siendo más de la mitad muertos, si no fuera por Licorián, que con grande esfuerzo se mantenía, no había ya defensa en ellos. Lo cual conocido por Peliscán, queriendo mostrar delante de su padre y su tía a lo que sus fuerzas bastaban, adelantándose de todos los otros, le cargó de dos tan mortales golpes que, hendiéndole del uno el escudo hasta bajo, el otro le dio en descubierto sobre el yelmo con tanta fuerza que la cabeza hasta los ojos le hizo dos partes, de que Licorián vino a tierra muerto. Los otros caballeros, viendo a su capitán muerto, desmayaron de suerte que en ál no entendían sino en procurar de guarecer las vidas, y así, se acogieron al castillo de popa, donde, siendo la entrada angosta, se comenzaron a defender.

Brumesta que todo esto estaba mirando, con muy gran dolor de ver a Licorián muerto y los otros casi vencidos, saliendo de su sentido, como rabiosa leona tomó una espada de uno de los muertos y con ella se entró en la cámara donde el Emperador preso estaba, que, como las manos y los pies tuviese ligados con las cadenas, no se podía menear. Y Brumesta le dijo:

—Pues que la fortuna en todas las cosas así me ha querido desfavorecer que con el perdimiento de mi hijo y sobrinos, de quien no sé lo que haya hecho, juntamente con la muerte de mi sobrino Licorián y de todos sus caballeros, me ha

puesto en estado que ya otra cosa no me queda que esperar sino la desventurada muerte, en esto la quiero hacer venturosa, pues los soberanos dioses me lo han concedido, que tu ánima para descanso de la mía vaya a dar cuenta delante della de los grandes males y traiciones que en este mundo hasta agora has hecho, haciendo sacrificio de tu cuerpo para que la crueldad que conmigo se usa aplacando la saña de los altos dioses, la dejen de esecutar en los que vivos quedan.

Y diciendo esto, con toda su fuerza iba a descargar la espada sobre la cabeza del Emperador, el cual, sin poder hacer otra cosa, esperaba la muerte con mucha paciencia. Mas Hipermea, que con todo cuidado estaba pensando lo que podría suceder, entró a este tiempo en aquella cámara, que, como así la vio, antes que la espada cayese la trabó del brazo diciendo:

—¡Ay Brumesta, cuán poco te podrá aprovechar tu dañada intención, que sábetes que por esta vez no podrás esecutar tu malvado pensamiento!

Y diciendo esto, la tuvo tan fuertemente que, llegando Darintel a esta hora allí acaso, le tomaron la espada de la mano, y teniéndola Darintel, la sabia Hipermea con mucha presteza quitó las prisiones al Emperador, el cual viéndose libre, daba infinitas gracias en su corazón al Hacedor del mundo. Hipermea le quiso besar las manos, mas el Emperador la levantó agradeciéndole lo que por él había hecho. Y dejando encerrada en aquella cámara a Brumesta se salieron fuera, donde hallaron a los caballeros que en su batalla andaban.

Hipermea, llamando al duque Armides y al príncipe Grisalter, les dijo que dejasen la batalla y se recogiesen a sus naos, porque dellas se podría mejor concluir aquel hecho. Ellos lo hicieron así, porque en todo querían seguir su parecer; y llamando a los otros, se pasaron todos a la nao del duque Armides, que, como en ella entraron, haciendo poner fuego a la nao de Brumesta, en un punto comenzó así a arder que brevemente con todos los que en ella estaban se hicieron ceniza, donde pagaron lo que sus malas obras merecían.

Todos aquellos caballeros fueron a besar las manos al Emperador, a los cuales, habiéndolos conocido, recibió con tanto amor y acatamiento como si sus iguales fueran, principalmente al duque Armides y a la sabia Hipermea, a quien agradecía su deliberación y la diligencia que en ella había puesto, y lo mismo a todos los otros. Mas cuando supo la pérdida de la princesa y infantas, y en poder de quién iban, toda su alegría se convirtió en dolor y tristeza, vertiendo por sus largas y blancas barbas grande abundancia de lágrimas, que gran lástima y compasión ponía a los que lo miraban, viéndola en hombre de tanta majestad. La sabia Hipermea, como así le viese, le comenzó a decir:

—Soberano príncipe, las propiedades de la fortuna son sus comienzos tan desastrados y tan fuera de razón pensar poder remediarse, que cuando después viéremos el dichoso suceso tengamos en más su poder conociendo lo que con nosotros puede. Así será agora en esto, que, aunque agora nos parezca tan dificultoso el fin con alegría, placera al Alto Señor de proveer en todo como se cumplan nuestros deseos; aunque, según yo he entendido, no será con poco trabajo de todos los que aquí estamos.

El Emperador se consoló algo con estas palabras, teniendo por muy cierto todo lo que Hipermea decía. Peliscán besó las manos a su padre y a su tía pidiéndoles

perdón de su ausencia. Y por evitar prolijidad se dejan de contar muchas cosas que en aquel recebimiento pasaron, más que, aderezando las dos naos, hicieron vela hasta la noche, en la cual tornando la tormenta muy mayor que hasta allí la habían habido, con muy gran temor y peligro de sus vidas anduvieron discurriendo por unas partes y otras; donde los dejaremos por contar del buen caballero Silvano, que tantos días en la ínsula solitaria había estado.

CAPÍTULO II-XXIX

DE LA VIDA QUE EL BUEN CABALLERO SILVANO PASABA EN LA ISLA DESHABITADA

EL buen caballero Silvano, después que en la isla deshabitada quedó en compañía de aquel ermitaño, como la historia lo ha ya contado, estuvo allí seis meses, sin que ningún navío de cristianos ni de paganos allí aportase en que pudiese salir della, teniendo por ejercicio irse muchas veces con su escudero a matar algunos venados y de otras animalias de que en la isla había muy gran abundancia, y volviéndose a la ermita, hacía dellas provisión para su mantenimiento, con que pasaban esperando el remedio que la ventura dar les quisiese. En este tiempo Silvano sentía mucho el que perdía de no poder emplearse en cosas que pudiesen acrecentar en su honra y fama, como los otros caballeros hacían, y más de no poder gozar de la vista de aquella tan preciada y hermosa infanta Galarcia, lo cual le daba tanta pasión, que continuamente sus ojos eran hechos abundantes fuentes de lágrimas. Y lo que más descanso le daba era poderse hallar solo para llorar su dolor sin que nadie estorbar se lo pudiese; y muchas veces se quedaba a dormir entre los espesos árboles de las florestas, y otras se iba sobre las rocas que cabe la mar estaban, donde, considerando el agravio que la fortuna en tenerlo allí encerrado le hacía, soltando la lengua publicaba muy grandes quejas acompañándose continuamente de una arpa, que con la suavidad de la música metido en mayor contemplación, cuanto por una parte le aliviaba la pena, le doblaba por otra la pasión que el deseo le causaba.

Y así fue que una noche que la luna, estando el cielo desocupado de muchas y muy espesas nubes que con una furiosa tormenta le habían tenido cubierto, despidiéndose de sí los resplandecientes rayos que la escuridad de la noche hacía tener semejanza del claro día, estando aún las profundas aguas por la gran inquietud pasada desasosegadas, causando un sordo ruido que con la tranquilidad de la noche la fuerza de las crecidas ondas que en las playas y peñascos se quebrantaban, Silvano con su arpa y Leandro con él se fueron a la ribera del mar, donde Leandro, haciendo para sí lecho de las yerbas y hojas de los árboles, comenzó a dormir. Mas Silvano, a quien el cuidado y tormento que padecía no daba semejante reposo, sentado encima de una peña que una punta tenía dentro en la mar metida, comenzó a tañer y cantar tan dulcemente que ninguno que lo

oyera juzgara hacer Apolo ni Orfeo allí falta. Y después que una pieza así hubo estado, sintiendo con la dulzura de su canto doblar la fatiga de la ausencia de aquella por quien lo hacía, sacando de sus entrañas muy grandes sospiros con que pensaba ponerse algún descanso, soltando la arpa y la mano puesta en su mejilla, comenzó a decir:

—¡Ay de ti, Silvano! Si los principios prósperos con que la fortuna te puso en tan gloriosos pensamientos, haciéndote por ellos de tan alto merecimiento con que pudieses alcanzar los divinos favores de aquella divina infanta, fueron para que en el principio dellos hallases el fin, que es la muerte, para que lo que ella, porque lo que a su soberana grandeza y estado era deudora, te pagaba, la ventura, por no caber en tan pequeño valor tan grandes y crecidas mercedes,²⁰² en esta solitaria isla ha querido sepultarte, donde con el olvido²⁰³ te hará pago de tu atrevimiento, muriendo sin poder dar a conocer que por solo este conocimiento eras digno de gozar lo que sin el deseo en ti solo no cabía. Yo conozco mi osadía exceder los límites de la razón, porque debiera contentarme con lo que la fortuna fuera justo que no me negara, mas quise lo que es imposible poder, dejando de querer lo que por no ser en mi libertad no puedo desear, pues que negándome a mí mismo negué mi voluntad y el poder, recibiendo de quien los di con la condición que en mí halló, que es de morir deseando, sin esperanza de remedio. ¡Oh clarífica Diana, que los tus resplandecientes rayos estiendes por las marítimas aguas alumbrando los que en las profundidades del espacioso mar con la ayuda de tu claridad navegan, y tú Neptuno, que de la universal anchura della eres dios llamado, a quien los vientos, como sujetos a tu señorío, cuando por ella estienden su poderío en mayor abundancia obedecen, socorred a lo que la ventura olvida trayendo al sinventura Silvano remedio con que desta deshabitada tierra salir pueda! Y tú, soberana Venus, madre de aquel a quien todas las cosas animadas obedecen, reconociendo la sujeción con la paga del tributo con que por su autoridad contra voluntad de muchos se suele pagar, no me olvides, para que con tu favor, pues que lo demás sería pedirte lo que dudo si podrías dar, pueda gozar de la vista de aquella que en este extremo me tiene, para que mi muerte quede tan bien pagada, siendo conocida, que della nazca la vida que me quite de la muerte en que la vida me tiene. ¡O profundas aguas, que con vuestras corrientes soléis atraer a vuestras riberas los navíos que con las fuerzas de las velas y remos os hienden y navegan, socorred al desventurado Silvano con alguno, trayéndolo a esta ribera por que, pudiendo ser puesto delante la majestad de aquella divina infanta pueda de mí conocer que ninguna muerte puede ser mayor que la vida que en su ausencia el su leal y verdadero servidor Silvano vive! Mas, ¿qué pides, Silvano? Mira que te quejas de lo que mayor contento debes recibir: todos huyen de su daño y tú solo lo procuras; todos se apartan de donde reciben el mal, tú solo lo andas buscando. ¿Para qué quieres ver lo que te ha de acrecentar el deseo, y deseando, acrecentar en ti la pena y tormento, y penando, ponerte más presto en el fin de la vida? ¡Ay, que no sé si la gloriosa muerte con proceder de tal causa me sería de mayor

²⁰² Orig.: ‘mercededes’ (154v).

²⁰³ Orig.: ‘ouido’ (154v).

contento que la vida con tantos tormentos, pudiendo gozar con ella de la vista de mi daño, que para mí tengo por el mayor bien que puedo recibir! Tal estoy, que ni sé lo que deseo ni lo que querría, porque a mí mismo no me conozco si soy Silvano, que en los montes de Liguria andaba apacentando como pobre pastor los ganados de mi padre. ¡Qué presunción ha sido la mía para osar lo que ningún gran príncipe pensara serle lícito! Conoce, Silvano, la distancia de los merecimientos; torna en ti y verás cuán imposible te será lo que deseas, y ten por bien que tu locura se encierre donde de nadie pueda ser oída. Mas, ¿qué digo?, que todo puede el amor si quisiese; mas, ¿quién le forzará su poder, el cual más en mí que en ninguna persona del mundo ha querido mostrar? En mí hallo las penas de todos los que padecen, en cada tormento me hallo tornado de otro ser del que en mí hay, tanto que, cuando me veo, me parece ser tornado quimera, por las cosas imposibles que en mí pueden ser halladas. Y pues que no me queda mayor consuelo que publicar mis quejas con clamores y gemidos que a mi atribulado corazón den algún descanso, quiero decir lo que en mí siento.

Y tomando su arpa, acompañando la música con grande abundancia de lágrimas comenzó a decir los versos siguientes:

Aquel amor soberano
de todos sojuzgador,
siendo yo su servidor,
no como dios, mas tirano
se muestra en mi disfavor.
Contra mí tan poderoso
se muestra haciendo su oficio,
cruel, traidor y engañoso,
que el pago que da y reposo
más pena por más servicio.

Lo que tengo que decir
no basto para decirlo,
porque, si puedo sentirlo,
solamente es consentir
que más gano en consentirlo.
Dolores me rodearon
por dar causa con que muera;
y como no me acabaron,
amor y ellos sentenciaron
que me tornase Quimera.

DIFINICIÓN DE QUIMERA

Quimera es cosa sin ser,
no más de fantaseada,
en el juicio ordenada
conforme a cada querer;
imposible ser hallada.

Y así, cosas imposibles
se juntaron dentro en mí
de las vistas y invisibles,
que, porque son tan terribles,
las quiero contar aquí.

Por que sintáis el extremo
que en este cuerpo se encierra,
siendo formado de tierra,
ni con el fuego me quemo
ni con la agua tengo guerra.
El monte Etna se defiende,
que en mi pecho está encerrado,
de la mar que más le enciende,
pues mi llorar no le ofende,
que con lloro se ha atizado.

Y si levantan el agua,
mis suspiros, que son viento,
descargada con gran tiento,
atizan más esta fragua
para avivar mi tormento.
Así que, si soy formado
de elementos, como el hombre,
han en mí su ser mudado,
pues que la fuerza han dejado,
quedando con sólo el nombre.

LA CABEZA

La víbora al concebir
concibe su muerte cierto
y aquel de que engendra muerto
con el más dulce morir,
que dan siempre desconcierto.
Mi cabeza al engendrar
de entendimiento y memoria,
con el dulzor de la gloria
dellas se deja cortar,
y esta es siempre su victoria.

OJOS

Mis ojos de topo ciego
son, que bien no pueden ver;
mas no se puede esconder
que de lince vuelven luego
para mayor mal se hacer.

Traspaso forzosamente
cualquier muro de mi daño,
y el deseo, aunque lo siente,
vista con daño consiente
por ser menos que el engaño.

ENTRAÑAS, CORAZÓN
De pelícano sé cierto
que mis entrañas tomé,²⁰⁴
pues yo las sacrifique,
de vivo haciéndome muerto
por mantener a mi fe.
Corazón tengo prestado,
que de Ticio²⁰⁵ es el que tengo,
y el grifo, que es mi cuidado,
con su sangre sustentado
su cruel hambre mantengo.

BRAZOS
Sísifo²⁰⁶ prestó sus brazos
para ayudarme a morir:
la cuesta quiero subir,
y muy deshecho en pedazos
cayo y torno a revivir.
En la cuesta de la vida
subo a cuevas mi tormento,
y al fin sin casi contento
muy mayor es la caída,
tornando siempre al cimiento.

PECHO
Un peligro hay en la mar,
Scila de todos llamado,²⁰⁷
que en mi pecho está encerrado,
pues no ceso de bramar
sin jamás verme cansado.
Y si procuro partirme
pensando anegado ser,
de Caribdis siento asirme,
conveniéndome estar firme
para mi perdición ver.

²⁰⁴ Se creía que se abría el pecho para que sus crías se alimentasen de sus entrañas.

²⁰⁵ Zeus le arrojó al Inframundo, donde dos buitres le devoraban eternamente las entrañas.

²⁰⁶ Sísifo fue castigado por los dioses a subir una y otra vez una gran roca por una fuerte pendiente.

²⁰⁷ En la mitología griega, Scila y Caribdis eran dos monstruosos remolinos que, ubicados a los lados, impedían el cruce de un estrecho.

PIERNAS, PIES

De gamo mis piernas son,
ligeras para mi mal;
su camino es sin igual,
yendo tras mi perdición
para el bien de hombre mortal.
Los pies de la misma suerte,
por perderme de contino,
ligeros para el camino
do piensan hallar la muerte,
del vivir pierden el tino.

EL MANJAR

De lo que a Tántalo sobra²⁰⁸
parte contino conmigo
teniéndome por amigo,
pues con la misma zozobra
siempre con hambre le sigo.
Y así me trata ventura,
que de mí huye el manjar,
que, aunque es de hermosa figura,
su sabor es de amargura,
que no se deja gustar.

Todos juntos los tormentos
de la tierra y mar y cielo,
y cuantos hay en el suelo
y en todos cuatro elementos
se juntan a mi consuelo.
De tormentos me gobierno;
todos se juntan a mí,
pues que con dolor eterno
juntando los del infierno,
no pueden doler así.

FIN

Notad bien el desconcierto
de mi dolor tan esquivo,
que podréis tener por cierto
que estando vivo estoy muerto,
y estando muerto estoy vivo.
Y la vida que poseo,

²⁰⁸ Castigado por Zeus, sufrió hambre y sed sumergido hasta la barbilla en un lago sin lograr alcanzar la fruta que las ramas de un árbol le ofrecían sobre su cabeza.

si vivir éste se nombra,
aunque vivo, no lo creo;
que pienso, cuando me veo,
no ser yo, mas ser mi sombra.

CAPÍTULO II-XXX

DE LA Estraña Aventura que le Acaeció a Silvano en la Isla Deshabitada, y del fin della

ACABANDO de tañer y cantar Silvano, dejando la arpa comenzó a tornar a sus principiadas quejas, diciendo tantas lástimas y razones dolorosas, que a cualquiera persona moviera a compasión de su dolor. Mas a esta hora, estando ya despierto Leandro, vieron venir por la mar no muy lejos de sí, acercándose a la costa, un barco que, tendidas las velas, hacía la vía derecha no muy lejos de donde ellos estaban, en el cual sintieron muy dolorosos gritos y voces como de mujer que con gran cuita se quejaba. Y pasando cerca de aquella peña, Silvano se certificó más dello, y en su corazón daba gracias a Nuestro Señor por el socorro que Él le hacía, que de cualquier manera pensaba salir de allí. El barco se fue a la costa cerca de unos muy espesos árboles que a la ribera se hacían, y allí los marineros dieron con la popa en la tierra.

Silvano y Leandro, por saber primero qué gente era la que en la barca venía, se fueron escondidamente por entre los árboles, y cuando llegaron, vieron que un jayán, a su parecer muy bravo y esquivo, sacaba del barco una doncella, la cual era la que los gritos daba, y no habiendo aún dado fin a sus quejas, le decía:

—¿Qué piensas hacer de tan desaventurada doncella? No te esfuerces en tus fuerzas, ni te atrevas en la soledad en que agora me tienes, ni pienses que mi muerte te consentirá tal fuerza sin que primero ataje tus pensamientos. Conténtate con lo que has hecho y procura la emienda para alcanzar el perdón de tu yerro, pues que tan cruda venganza no se hará ni se ha hecho jamás como la que yo de tu traición ver espero.

—¡Ay princesa —respondió el jayán—, qué engañada estás si piensas que tus amenazas bastarán a forzar mi voluntad para que tú en la tuya no la recibas! Si hasta agora he tenido contigo comedimiento, ha sido con pensar que conocerías el yerro que estando en mi poder hacías de no querer complacerme; mas agora que, viendo lo que por tu causa padezco y los peligros en que me he visto no hayan podido amansar la furia de tu corazón para comigo, forzado me será tomar de ti por fuerza lo que por tu voluntad sé que no has de querer hacer; y después haga comigo la fortuna lo que quisiere, que a ella y a tus amenazas temo yo muy poco.

Y diciendo esto la tomó en sus brazos. Mandando a los marineros que pusiesen recaudo en el barco y allí lo atendiesen, fue con ella por entre los árboles. La princesa que semejantes palabras oyó, dando un muy doloroso grito, como quien

ningún socorro esperaba; quedó del todo fuera de su sentido, y el jayán la llevaba desta manera.

A Silvano le pareció conocerla en la voz y que ya otras veces la había oído, mas muy lejos estaba de pensar quién era. Y viéndose allí sin otras armas sino su espada, fue para él una de las grandes fatigas que en su vida recibió, pareciéndole que sin ellas era acometer un hecho tan peligroso de que parecía imposible poder salir con la vida, y que de su tardanza se podía seguir tan gran peligro como era la fuerza de tan preciada doncella como le había parecido. Y no pudiendo la fortaleza y virtud de su corazón sufrir tan gran mal como aquél, teniendo menos la vida que consentir tan crecida maldad, quiso tentar con blandas palabras la virtud del jayán pensando estorbar su propósito; mas todo le pareció que era escusado, porque en los semejantes siempre reina más el vicio de la soberbia. Y tomando un manto que Leandro tenía, se puso delante diciendo:

—Jayán, los caballeros que se estiman por virtuosos y tienen en más la honra que los apetitos no deberían dar lugar a la ceguedad de que tú ahora usas, no considerando con cuanta mengua tuya, que para siempre durará en ti, cumples un deseo de tan breve contentamiento. Conténtate con lo que has hecho con esa doncella y no quieras proseguir en tu mal propósito, porque de otra manera primero me quitarás la vida que yo pueda consentirla.

El jayán que bien sabía ser aquella isla deshabitada de gente, oyendo así hablar a Silvano, le dijo:

—En mal punto, sandio y malaventurado caballero, si tal eres, piensas estorbar lo que yo pienso hacer y la ventura me ha concedido. Mas, porque gastar contigo el tiempo en razones es perderlo para cumplir lo que yo deseo, espera, que yo te daré presto el pago de tu loco atrevimiento.

Y diciendo esto sacó un muy ancho y descomunal cuchillo que traía; y pensando que aquel sería el primero y postrero golpe, fue con tanta fuerza y desatino que, si a Silvano alcanzara, lo hiciera en dos partes; mas Silvano le hurtó tan bien el cuerpo, que, pasando el cuchillo en vacío, fue a dar en un grande árbol que allí cerca estaba, de manera que por él se metió más de un palmo. Y el jayán no lo pudo sacar tan presto que Silvano no tuviese lugar de darle un gran golpe en el brazo siniestro, que cortándole las embrazaduras del escudo que al cuello llevaba, le hizo una gran llaga; y no contento, le tomó a dar otro sobre el yelmo, que haciéndole una pequeña llaga en la frente, el jayán quedó algún tanto desacordado. El cual viéndose así maltratar, con tanta braveza que humo parecía salir por la visera, dio una gran voz renegando de todos sus dioses; a la cual tornando en sí la doncella, que hasta entonces fuera de su sentido había estado, vio la batalla que se hacía, de lo cual muy espantada y viendo a Silvano sin armas, rogaba a Nuestro Señor de todo corazón le diese victoria, porque Leandro, que cabe ella estaba, le dijo cómo por causa della se hacía.

Silvano, que el escudo del jayán vio en el suelo, no siendo perezoso para tomarlo, como se vio con él, le pareció tener ya vencido a su enemigo; y dejándolo llegar, que muy desatinado venía, recibió un golpe en él que un gran pedazo echó en el suelo, y Silvano fue venturoso en no le alcanzar con la punta, porque sin duda le acabara. Mas la ventura le fue favorable en aquello, y más en tornar a dar al

jayán otro golpe sobre la cabeza en el mismo lugar que fue el primero, de que el jayán quedó más sin sentido, y así desto como de la sangre de la herida, que cayéndole sobre los ojos le cegaba, ningún golpe tiraba que a Silvano alcanzase, y Silvano lo hería tan a su voluntad que en muchas partes lo traía ya llagado. Y conociendo el desatino que el jayán traía, le cargó de tantos golpes, que sin ningún sentido le hizo venir a tierra, donde, quitándole los lazos del yelmo, y con ellos la cabeza, tomándola por los cabellos la llevó a la princesa diciéndole:

—Hermosa doncella, recibid con este pequeño servicio mi deseo de serviros, que es muy mayor, y agradeceldo a la justicia que de vuestra parte con tan gran traición teníades. Y si con esto queda alguna cosa en que poderos servir en esta deshabitada isla o fuera della, mi voluntad no faltará de cumplirlo en lo que sus fuerzas bastaren.

La doncella, que la princesa Lucenda era, la cual, como la historia ha ya contado, en poder del jayán Rodamón, que muerto estaba, venía, el cual con la gran tormenta pasada apartándose de los otros barcos, a aquella isla había aportado, donde con el favor de la fortuna quería aprovecharse de aquella fuerza, conoció a Silvano en la voz, y certificándose por las figuras de su rostro, que a la claridad de la luna muy claras vio, muy maravillada, con una voz dijo:

—¡Ay Santa María! Si vos sois Silvano, no del todo me tiene desfavorecida la fortuna, pues estoy en poder de quien se dolerá de mí.

Silvano muy más maravillado, porque a esta hora conoció quién era, hincando los hinojos delante della, con muy gran espanto de tal acaecimiento le dijo:

—Mi señora, si la vuestra merced es la princesa Lucenda, con razón debéis tener de mí esa confianza. Y agora doy yo por bien empleado el tiempo que en esta soledad he estado, pues que dello tan gran bien ha sucedido como fue cumplir parte de mi deseo, que es de emplearme siempre en lo que vuestro servicio sea. Y pues que vuestra venida no ha podido ser desta suerte sin que la ventura en ella haya usado de todo su poder, suplico a la vuestra merced me la hagáis de contarme todo vuestro acaecimiento.

La princesa, haciéndole levantar, que diciendo esto las manos le estaba besando, le hizo sentar cabe sí y con muy grandes lágrimas y suspiros le comenzó a contar desde el principio de aquella aventura hasta la hora que allí había llegado; que como Silvano oyó que la infanta Galarcia en poder de otro jayán de la misma suerte iba, no le quedando ningún sentido, estuvo una pieza fuera de sí. Y revolviendo en su pensamiento todo lo que de allí podía suceder, sojuzgando con su discreción la pasión que había sentido, aunque no tanto que la princesa claramente no lo sintiese, de ahí a una pieza que en ello estuvo pensando, volviéndose a la princesa le dijo:

—Soberana señora, cuando la fortuna muestra en los grandes príncipes semejantes caídas, es para darnos a conocer lo que puede, y que, vueltos en la primera prosperidad, conozcamos recibirla de su mano para pagarle el tributo que debemos de sujeción a su voluntad. Y con esto vemos que después deste conocimiento las cosas en que menos esperanza a nuestro parecer se puede tener concluirse con prósperos y alegres fines, como yo espero que será en esta prisión del Emperador y de aquellas dos infantas; porque no menos lejos parecía la vuestra

merced estar de salir de poder de quien tanto mal procuraba haceros, para quedar con quien otra cosa más que que serviros no desea. Y pues que así es, no recibamos pena de más de lo pasado; y en lo por venir, como viéremos, así haremos. Lo que es en nuestra mano procuremos, que será salir de aquí para buscar si pudiéremos estorbar tan gran daño por que no nos podamos quejar de nuestra negligencia. Y si a la vuestra merced parece, pues la dilación no nos puede traer ningún provecho, sea luego nuestra partida, que yo así en esto como en todo he de seguir lo que de mí quisiéredes mandar que haga.

A la princesa le pareció bien lo que Silvano decía, y más por estar en aquella isla desierta donde a ella no convenía quedarse, y aquella noche le dijo que quería descansar de la fatiga de la mar. Y con esto Silvano envió a llamar los dos marineros que allí con él estaban del barco que habían perdido, los cuales viniendo muy presto, tomaron el barco en que venía Rodamón, y Silvano les encomendó que para la mañana tuviesen todo aparejado para partirse. Y los otros dos marineros tuvieron por bien de ayudarles antes que esperar la muerte.

Silvano llevó a la princesa a la ermita, donde del ermitaño fueron recibidos con gran espanto de lo que había acaecido; y mucho le pesó de saber que Silvano había de dejar su compañía. Y cenando aquella noche de lo mejor que tuvieron, habiendo dormido algún tanto, se levantaron antes que fuese de día, y tomando la bendición del ermitaño, que hasta la mar los acompañó, y llevando el barco proveído del mantenimiento de la isla, alzando velas hicieron la vía a la parte donde los dos marineros que en el barco venían dijeron que las dos naos habían quedado peleando.

Silvano fue dando cuenta a la princesa de todo lo que después que de la corte salió le había acaecido, y la princesa asimismo de todo lo que por ella y por la infanta había pasado, quejándose mucho de Olivante que tanto tiempo de verla se había olvidado. Silvano lo disculpaba cuanto él podía mejor hacerlo, diciéndole sobre ello tantas cosas, que le hizo perder el mal talante que contra él tenía. Y desta manera anduvieron todo aquel día, y a la noche, tornando otra vez la tormenta a crecer como la pasada había sido, con semejante furia de los vientos y movimientos de las ondas, de las cuales parecía hacerse crecidas montañas y tan hondos valles que casi tocaban en el abismo, teniendo muy gran temor de ser anegados, con gran peligro de sus vidas anduvieron tres días, teniendo muchas veces perdida la esperanza de poder salvarse, y más por verse tan metidos en un espacioso golfo que de ninguna parte podían ver tierra ni sabían a dó hacer su viaje para más presto hallarla. Silvano, que más pena sentía de la que la princesa llevaba, juntamente con su peligro, que del daño que podía recibir, la consolaba con las mejores razones que podía; mas todo aprovechaba poco para quitar el temor que de la muerte llevaba, la cual no le daba tanta pena por ser en tiempo que tenía por cierto el Emperador pasar por la misma aventura.

Pues yendo desta manera, al fin de los tres días descubrieron tierra, de que no fueron poco alegres y contentos; y enderezando hacia ella la proa, vieron un barco que delante dellos la misma vía²⁰⁹ hacía. Silvano hizo dar muy gran priesa por

²⁰⁹ Suplo 'vía' (158r).

alcanzarlo, pensando que por ventura iría allí la infanta o que le sabrían dar nuevas della; y armado de todas sus armas, llevaba el escudo de Rodamón, con un león coronado en campo azul y otras muchas animalias debajo dél, como que a todas las señoreaba, porque el suyo de la garza, cuando de la mar salió, como ya se os ha contado, lo había perdido. Y desta manera, con la gran fuerza del viento y la corriente de la mar muy presto fueron cerca de la playa, donde lo dejaremos por decir lo que a la infanta Clarista avino.

CAPÍTULO II-XXXI

CÓMO YENDO LA INFANTA CLARISTA EN PODER DEL JAYÁN BARLOTO, POR UNA ETRAÑA AVENTURA SE VIO FUERA

LA infanta Clarista, que fue la que el jayán Barloto tomó de la nao al tiempo que las dos magas estaban en la furia de su pelea, viéndose en poder de quien ningún buen comedimiento ni virtud esperaba que usaría con ella, aunque era muy niña, tenía muy gran saber y discreción, con la cual lloraba su desventura, y más la pérdida de su honra, diciendo muchas lástimas y llamando a Nuestro Señor que en tan gran necesidad le socorriese. Y el jayán le decía muchos denuestos y palabras injuriosas, quedándose muchas veces amortecida y sin ningún sentido, tanto, que gran lástima pusiera de sí a cualquiera que la viera, llamando a su padre y a su hermano, el príncipe Agrestes pidiéndoles su socorro; más, ¿qué aprovechaba, que no podían dárselo? Barloto la quería amansar con blandas palabras, y otras veces con ásperas y bravas amenazas, mas ninguna cosa aprovechaba. Y cuanto más la tormenta crecía, tanto más la infanta se alegraba, pareciéndole que con acabársele la vida fenecería la causa de su tristeza, que por mucho mejor tuviera la muerte que pasar un punto de deshonor.

Y así anduvieron dos días sin ver tierra, y al tercero día, ya que quería anochecer, cerca de sí vieron un barco, y en él un apuesto caballero armado de todas armas, con un escudo al cuello, y en él un castillo con una espesa niebla alrededor pintada. Llevaba dos escuderos consigo y dos marineros que el barco guiaban; que, como la infanta le vio, pareciéndole tener en sí manera de virtud y fortaleza, con palabras muy humildes y piadosas se comenzó a encomendar a él que de poder de aquel jayán que forzada la llevaba la librase. El caballero, que muy bueno y mesurado era, oyendo las palabras de la infanta y teniéndolas por verdaderas, porque ya sabía que la condición de los jayanes era hacer siempre semejantes traiciones, haciendo llegar su barco al del jayán, le comenzó a decir:

—Jayán, muy mal parece a los caballeros, que están obligados a emendar las fuerzas y deshacer los agravios que los otros hicieron, no quieran esecutar en sí la misma justicia, venciéndose a sí mismo para no consentir a su voluntad ejercitarse en las cosas fuera de virtud y que a la nobleza y orden de caballería se deben. Por

tanto, deja esa doncella que forzada llevas, y yo dejaré la batalla; porque de otra manera, con acabarse la vida de uno de nosotros se acabará la porfía de tu maldad.

Barloto que tan osadamente oyó hablar al caballero, creciéndole muy gran coraje de sus razones, echando mano a una muy ancha espada que traía y embrazando su escudo dijo:

—Espera, malaventurado, que yo diré cómo has de dar consejo do no se te demanda, que tu locura no merece otra respuesta.

Y diciendo esto quiso herir al caballero, el cual estando ya apercebido, recibió el golpe en el escudo, que, echando gran parte dél al suelo, la espada descendió a dar en el borde del barco. El caballero del castillo, que le pareció que si muchos de aquéllos esperaba, que esperaría de cierto la muerte, procuró de traer al jayán primero a ella, dándole tan gran golpe sobre el hombro derecho, que, cortándole las armas, le hizo una gran llaga que mucha parte de la fuerza le quitó. Y así estando aferrados los dos barcos, que desasir no se podían, comienzan una de las crueles y ásperas batallas que jamás fueron vistas.

La infanta con grandes lágrimas y sospiros rogaba de todo corazón a Nuestro Señor diese victoria al caballero que por su parte la batalla hacía; el cual, como uno de los mejores caballeros que había en el mundo fuese y en aquella batalla la justicia tuviese de su parte, hurtando con su ligereza todos los golpes al jayán, en poco espacio le traía tan llagado que ya otra cosa que ampararse de sus golpes no procuraba; lo cual visto por el caballero, hiriéndole sobre el yelmo de toda su fuerza de dos muy grandes golpes, sin ningún sentido le hizo venir a sus pies, y quitándole el yelmo de la cabeza, se la quitó con él. Los marineros la echaron con el cuerpo en la mar con muy gran alegría y contento de la infanta; la cual comenzó a dar muy grandes gracias al caballero por su deliberación. El caballero, viendo a la infanta con tan ricos aderezos, pareciéndole persona de mucho merecimiento, así en su hermosura como en sus ricos atavíos, le hizo muy gran acatamiento diciendo:

—Hermosa señora, esas gracias dad vos a Nuestro Señor, que a tal tiempo por aquí me trajo, porque no hiciera yo lo que debía si viendo ante mí tan gran fuerza, no procurara deshacerla, perdiendo la vida antes que consentirla, y más en persona de tan gran merecimiento como vos me parecéis. Y pues que en mí no puede faltar voluntad para servir adonde se merece, con saber la vuestra quedará obligado para seguirla y serviros en todo lo que lo quisiéredes hacer de mí.

La infanta le dio las gracias lo mejor que supo, diciéndole que se quería ir en su compañía por entonces, y que lo demás tenía ella por muy cierto como lo decía. Con esto se pasó a su barco, dejando el del jayán ir para do quisiese. El caballero se hizo atar algunas heridas que el jayán le había hecho, que eran muy pequeñas y sin peligro, y aunque la mar andaba todavía desasosegada, continuaron su viaje, que era a la isla de Landas donde el caballero iba. Y por el camino supo de la infanta quién era y la manera de su prisión; y mucho le pesó de la pérdida del Emperador, y pensó en sí que si supiese algo en que poder servirle, lo hiciera con toda voluntad. Asimismo él dijo a la infanta quién era; que sabed que éste era don Padasán, hijo del rey de Lidia, aquel que con Olivante, como ya se os ha contado, dos veces había habido batalla; el cual no pudiendo hallar en ninguna parte reposo

con los amores de Tirseida, se determinó volver al Castillo de los Secretos de Amor y allí esperar el tiempo que fuese desencantada o fenecer allí sus días. Y así, dijo a la infanta que su voluntad era de ir a aquella isla, que viese lo que determinaba, porque, adondequiera que quisiese ir, él la acompañaría y serviría hasta ponerla en salvo.

La infanta le dijo que por entonces ella se quería ir con él adonde decía, y que de allí, porque ya iba muy fatigada de la mar, determinaría lo que mejor le pareciese. Don Padasán le dijo que en todo había de cumplir lo que mandase, y así, continuaron su camino y otro día en la noche llegaron a la isla en la parte que el Castillo de los Secretos de Amor estaba. La infanta fue muy espantada de ver el fuego, que las llamas parecían llegar al cielo, y don Padasán le contó la aventura de aquel castillo y de la manera que Tirses y Tirseida con tan grave pena allí estaban encantados.

La infanta tuvo muy gran compasión de oír tan doloroso caso, y tomole muy gran voluntad de ver aquella aventura. Y así lo dijo a don Padasán, el cual le dijo que fácilmente lo podría hacer, porque, aunque a los caballeros les fuese dificultosa la entrada por la resistencia que hallaban, que a las doncellas, teniendo osadía para entrar por medio de la niebla, ningún estorbo ni impedimento se les ponía delante; y que, si ella era servida, que juntos podían entrar en la huerta, porque ya otra vez se había hallado dentro. La infanta le dijo que en su compañía de muy buena voluntad iría, y con este concierto salieron en tierra y se fueron a aquella villa donde el caballero Belises estaba. Y albergándose aquella noche en casa de un buen hombre, otro día por la mañana, que Belises supo cómo aquel caballero y aquella doncella estraños allí estaban, les envió a hacer muchos ofrecimientos de lo que de su casa y tierra quisiesen servirse, y asimismo a saber si querían probar la aventura del castillo.

Don Padasán le envió las gracias de su buena voluntad, y que de otra cosa no tenían necesidad sino de un palafrén para aquella doncella, porque para otra cosa no eran allí venidos sino para ir a ver las maravillas que del castillo se decían. Y de ahí a espacio de una hora Belises vino en un caballo desarmado, y algunos caballeros con él, y traía un palafrén muy ricamente aderezado. Belises habló a don Padasán y a la infanta como a personas que representaban ser de alta guisa, y después que se hubieron hablado, les dijo que los quería acompañar hasta el castillo. Don Padasán subió encima de su caballo y la infanta en el palafrén, y así salieron todos juntos la vía del castillo.

La infanta iba muy maravillada de ver que el fuego que en la noche había visto estaba vuelto en tan espeso humo, y gran temor llevaba en pensar que había de pasar por medio dél. Y como llegaron al padrón donde la imagen con las letras estaba, la infanta, que no las había visto, las leyó; y desde que leídas, apeándose de los caballos, don Padasán con mucho acatamiento tomó a la infanta en los brazos, la cual estaba temblando de verse en la determinación de probar aquella aventura, y si no fuera por vergüenza de lo que a don Padasán había dicho, lo dejara. Don Padasán iba entre²¹⁰ dos extremos: de alegría, en pensar de ver a su señora tan

²¹⁰ Orig.: 'entres' (159v).

presto, y de tristeza por no la poder quitar de aquella pena en que estaba. Y tomando a la infanta por la mano, le dijo que sin ningún temor podía entrar, y los dos se fueron a meter por medio del humo; por el cual apenas hubieron entrado tres pasos cuando delante de don Padasán se puso una tan espantable y disforme figura de grandeza y faciones, que la infanta en verla quedó sin ningún sentido, y la visión, sin que don Padasán pudiese menearse, le tomó entre sus brazos diciendo:

—Don Padasán, ¿que piensas de gozar cada vez a tu voluntad de emplear la vista en tu gloria? Más caro lo habrás de comprar, que, sábet, por agora escusado te será, hasta que puedas verla sin la pena que agora podrías recibir.

Y diciendo esto lo tornó a sacar fuera del humo. A don Padasán le pesó de la resistencia que hallaba, y más verse sin la infanta; y queriendo otra vez tornar a probarlo, lo mismo, y tantas cuantas veces lo probó, que fueron muchas, le acaeció; así que de cansado le convino dejarlo.

La infanta quedó sin su sentido en medio del humo, en el cual se comenzaron a levantar grandes llamas y salían muy grandes truenos y relámpagos, que parecía disparar toda la artillería del mundo. Y el humo se entendió por todo el campo, de manera que don Padasán y Belises con los que con ellos estaban tenían muy gran espanto de ver lo que hasta entonces no se había visto, y pensaban que la infanta sería parte para acabar aquella aventura. Y desde así hubieron estado cuanto media hora, el humo se tomó a su primer lugar, quedando como de antes.

La infanta, sin saber en qué manera, se halló de la otra parte junto a la puerta del castillo, no poco espantada y con miedo de no ver a don Padasán consigo, y allí estuvo esperando una pieza. Y de ver que no venía, se fue a entrar por ella, y pasando el patio del castillo y los aposentos que antes de la huerta estaban, halló la puerta abierta, y sin hallar quien se lo estorbase se entró dentro. Mirando muchas cosas maravillosas que en él había se detuvo un poco, y después se fue a la sepultura donde el rey Tirsiano estaba; y muy espantada de ver tan estraño edificio, se llegó más cerca y vio los príncipes que puestos en la tercera grada estaban arrimados a ella, y pareciéndole Tirseida de las más hermosas doncellas que hubiese visto en el mundo, y si no era la princesa Lucenda, que no había otra que en hermosura le hiciese ventaja, y asimismo el príncipe Tirsés, que era uno de los estremados en hermosura que la naturaleza podía criar, y con muy gran dolor de ver el que ellos sentían, los estuvo un rato mirando, y en este tiempo vio el sacrificio que el rey hacía de sus hijos cada día en tal hora, como ya se ha contado; lo cual puso tanta lástima y compasión, que todo el señorío del mundo que tuviera lo diera por poderlos librar, y todo el tiempo que duró los acompañó con grande abundancia de lágrimas. Y desde los vio estar como de antes, se llegó más cerca para poderlos mejor mirar, que como a la primera grada llegó, levantándose Tirsés la cabeza y poniendo la saeta en el arco, dio con ella a la infanta en medio de los pechos, que desacordada y pensando ella ser muerta, cayó fuera de su juicio. Mas tanto sabed que Tirsés para esto no mudó su figura, mas en ella propia lo hizo.

La infanta, después de haber estado así un poco, tomó en su acuerdo, hallando su libertad perdida y el corazón, que hasta entonces no había sabido qué cosa era amor, tan sujeto le sintió que le parecía otra persona que cuando allí había entrado.

Y muy maravillada de verse sin la saeta, tornó a mirar al príncipe, pareciéndole muy mejor que de antes, tanto, que cuanto más le miraba crecía en ella más el amor. Así que, perdiendo el cuidado que de sí tenía, todo lo puso en amar a Tirsés, comenzando a despedir de su pecho muy grandes y dolorosos suspiros, y de sus hermosos ojos grande abundancia de lágrimas con que acompañaba sin sentirlo a las que Tirsés por su hermoso rostro dejaba caer. Y estando así una hora y más, sin tener poder de quitar sus ojos de donde tanto deleite sentía, comenzó a decir:

—¡Ay de ti Clarista!, que queriendo ver el dolor y tormento ajeno, lo has convertido en tuyo propio viniendo a buscar tu pena y hallándola en lo que pensabas sentirla fuera de ti convertida en ti misma, para que la libertad con que hasta agora has vivido se te torne en la mayor sujeción que pudieras hallar, viendo tan lejos el remedio de tu dolor como al que es causa del que en su congoja se puede dar. ¡Ay Tirsés, cuán ajeno de mi pensamiento estaba hallar en pago de la lástima que de tu mal tengo la poca que de mi nuevo desasosiego te veo tener! Porque tú padeces sin sentirlo, y yo siento tu mal y mi tormento, y como ya convertida²¹¹ en ti mismo, no puedo dejar de ponerme a la pena que en ti viere y dolerme el dolor que tú sufrieres; y en fin, todos tus males de aquí adelante serán míos; en ti harán la apariencia y en mí el efecto, que sacrificada estoy de mi voluntad y deseo para no querer ni poder más de lo que el amor con que me has forzado a amarte quisiere de mí hacer. ¡Ay Tirseida, si hubieras sentido lo que yo siento, por cuán bien empleado dieras verte sin vida para no sentir tan rabiosas congojas y mortales cuitas!; que si tu vida es semejanza de la muerte, la mía será muerte que parezca vida muriendo siempre con ella, pues que hay la diferencia que de lo vivo a lo pintado de lo que yo siento a lo que tú puedes sentir.

Diciendo esto y otras infinitas lástimas estuvo la infanta, sintiendo aquel nuevo fuego que sus entrañas abrasaba, hasta que, acercándose la escuridad de la noche, le puso cuidado de querer salir de allí. Y cuando se tornó al castillo halló todas las puertas cerradas, si no fue sola la de un aposento en que vio aderezado todo lo que era menester para albergar una persona, y como no viese por dónde salir, recibió muy gran congoja viéndose en aquella soledad. Y aunque halló aparejado muy bien de comer con todo el servicio necesario, sin ver quién lo hacía, comió muy poco; y no queriendo acostarse en el lecho se tornó a la huerta, que con el resplandor del fuego estaba tan clara como de día. Y cebando sus ojos en la vista que con tanto tormento le daba tanta gloria estuvo, hasta que, acercándose el día, se adormeció. Y parecía en sueños ver un hombre de mucha autoridad, con los cabellos y barbas blancas y el vestido muy largo, el cual, tomándola por la mano, le decía:

—Excelente infanta, no trabajes por la salida deste castillo, que por agora te será este cuidado escusado hasta que salgas pagada de la libertad que has perdido; porque, habiendo perdido tu compañía, mejor con la que agora tienes que con otra podrás estar, lo cual no durará mucho tiempo. Entretanto, toma el placer que la pena que sientes te diere lugar, porque toda vendrá al fin que por ti se desea.

²¹¹ Orig.: 'conuertido' (160r).

Diciendo esto, desapareció. Y la infanta despertando del sueño, quedó espantada de lo que había visto y muy consolada de saber que sería breve su estada y que en este tiempo se gozaría con la vista de Tirsés. Y de allí adelante en aquel aposento hallaba lo que para su sustentación era necesario muy cumplidamente.

Y así, se quedó en aquel castillo, donde la dejaremos hasta su tiempo por decir de don Padasán de Lidia, que, viéndose lanzar tantas veces fuera del humo sin poder ir a gozar de lo que tanto deseaba, aunque muy gran tormento era el que allí padecía, muy mayor lo sufría de allí adelante. Y estando muy maravillado de ver que la infanta no salía, estuvo allí bien quince días esperándola; y no sabiendo lo que della sería, dijo a Belises cómo era la infanta Clarista, hija del rey de Lacedemonia. Y viendo el poco remedio que para cumplir su deseo podía tener, determinó quedarse allí algunos días defendiendo la entrada a todos los caballeros que probar quisiesen aquella aventura, no queriendo que gozasen de lo que él no podía; en la cual estuvo algunos días, donde le sucedió lo que adelante se dirá cuando se apartó.

CAPÍTULO II-XXXII

CÓMO LA NAO EN QUE EL EMPERADOR IBA CON TODOS LOS OTROS CABALLEROS, DEJANDO A LA SABIA HIPERMEA EN LA ISLA DE LAURA, CON GRAN TORMENTA APORTARON EN EL REINO DE PERSIA, Y DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ

LAS naos en que el Emperador y el duque Armides iban con la sabia Hipermea anduvieron con la gran tormenta de la noche hasta la mañana, que se hallaron junto a la isla de Laura. El duque Armides hizo enderezar hacia ella, mas Hipermea, dejando su nao al Emperador con todos los aderezos que en ella estaban, se pasó a la de los caballeros imperiales, haciéndoles que se pasasen a la otra. Y como los vio a todos juntos, se volvió al Emperador diciéndole:

—Soberano señor, para poner remedio en algunas cosas que cumplen a vuestro servicio conviéneme dejar vuestra compañía por agora, que muy presto nos veremos con restauración de los daños pasados y alegría en pago de la tristeza que agora sentís. Por tanto, fincad a Dios y haced el viaje como la ventura lo ordenare, que los fines serán como todos deseamos; y yo me vuelvo a la isla de Laura, donde espero que muy presto nos veremos. Y a esa nao poned las velas derechas y dejalde que con viento en popa haga la vía que quisiere. De una cosa os aviso: que a los caballeros que primero en batalla viéredes, procuréis apartarlos della, porque de la pérdida de cada uno dellos se recibiría gran daño y pesar de todos los que aquí estamos.

Y dicho esto, sin esperar ninguna respuesta hizo dar vuelta a su nao hacia el puerto de la isla. El Emperador, teniendo por muy ciertas las palabras de la sabia dueña, se consoló mucho con pensar de cobrar a la princesa. Y haciendo dejar ir la

nao donde el viento quisiese llevarla, iba hablando con el duque Armides, a quien mostraba muy grande amor, y con todos los otros caballeros, los cuales iban con mucha esperanza de salir con bien de aquel hecho.

Y así caminaron sin que la tormenta, que muchas veces los puso en muy grandes peligros, cesase dos días y una noche, en fin de los cuales descubrieron tierra, la cual conocida de los marineros, dijeron al Emperador que era del reino de Persia. El Emperador mandó desviar la nao, porque no le pareció seguro tomar en ella puerto; mas la fuerza de los vientos fue tan grande que les convino contra su voluntad ir allá. El duque Armides, que muy bien sabía los pasos de aquel reino, como natural que era dél, mandó a los marineros guiar al puerto de Fisol, que era deshabitado y muy cerca del Castillo Deleitoso. Los marineros lo hicieron así, y a tres horas de la noche, amainando las velas, echaron áncoras dentro en el puerto, donde estuvieron aquella noche. Y el duque Armides dijo al Emperador:

—Señor, nosotros somos venidos a una jornada de la gran ciudad de Tesifante, y estamos a cuatro millas del Castillo Deleitoso, el cual es uno de los más fuertes y aplacibles que hay en el mundo, y por esto tiene este nombre, que bien creo que no se hallará otra casa en ninguna parte que, allende de su fortaleza, le pueda igualar en las estrañas labores y sumptuosos edificios de grandes riquezas, y asimismo en las deleitosas huertas y frescura que en él hay. Y en él está muchos tiempos del año el rey de Persia como casa de placer, y en un puerto, aunque pequeño, que cabe él está desembarcan muchos navíos, porque el rey huelga mucho que una villa pequeña que cerca dél tiene se poblase de mucha gente, y para la contratación de los navíos hace grandes franquezas. Asimismo suele estar allí la infanta Casiana, que es una de las estremadas doncellas en hermosura y gracias que se pueden hallar en el mundo, y con ella el príncipe Meliades, que asimismo es un muy esforzado y valeroso caballero. Así que, pues la ventura nos ha traído en tierra de nuestros enemigos, porque ya la vuestra soberana grandeza sabrá que, aunque el rey sea mi cormano, no por eso dejo de tenerlo por mi mayor enemigo, ved lo que determináis que se haga, porque yo en todo no pienso salir de lo que mandar me quisiéredes, como creo que todos estos otros caballeros lo harán.

—Mi buen señor y amigo —respondió el Emperador—, bien satisfecho estoy yo de vuestra voluntad en lo que a mí me tocara, como vos podréis estar de la mía en las cosas de vuestro servicio. Yo sé muy bien vuestras cosas pasadas con el rey de Persia y la causa que de quejaros dél tenéis. Pues que la ventura aquí nos ha traído, bien pienso yo que no sin mucha causa; y para ver lo que quisiere disponer de nosotros, me parece que sería bien, pues vos sabéis la lengua y la tierra, saliésedes en ella para avisaros de lo que hay y que conforme a ello pudiésemos nosotros hacer.

Al duque le pareció bien lo que el Emperador decía. Y el infante Aliazar, que presente estaba a lo pasado, se le ofreció, como quien bien sabía toda aquella tierra, de ir con el duque; lo cual tuvo el Emperador por bien, conociendo la gran lealtad y virtud de Aliazar para hacer dél esta confianza siendo pagano. Y así, se armaron luego ambos, y en un barco con sus escuderos y caballos salieron en tierra, llevando por la costa la vía del Castillo Deleitoso.

El infante Aliazar por el camino fue contando al duque Armides lo que con el rey le había acaecido y de la manera que había muerto el infante Adurmaín, de que el duque fue muy espantado, diciendo:

—Por cierto, valeroso infante, el rey hizo agravio a vuestro mucho merecimiento; y si la ventura nos favoreciese, no sería mucho que lo que entonces hizo con vos se lo pudiédesen bien pagar. Veamos agora la guarda que en este castillo tiene, porque, si éste se pudiese ganar, asegurar nos vamos en él, a lo menos hasta que la tormenta nos dejase volver a donde salimos.

Hablando en esto llegaron al castillo habiéndose ya la luna bajado, de manera que, no pudiendo más comunicar sus luminosos rayos en aquella parte, la noche quedó muy oscura, y sin poder ser vistos de ninguna persona llegaron a la puerta, la cual hallaron cerrada; y de allí dando la vuelta al derredor, llegaron a una torre que encima de una gran peña a la parte de la mar estaba, que como allá hubieron llegado, vieron abrir una ventana que una grande reja tenía delante, y a ella se pusieron dos doncellas, de las cuales tomando la una una arpa en sus manos, dejando salir de sus pechos algunos dolorosos suspiros con que acompañaba la música, más celestial que humana, comenzó con una suave voz a cantar:

Consuélate, corazón,
aunque con vana esperanza,
que donde hay desconfianza
crece tanto la pasión,
que en pago el morir se alcanza.
No desesperes con ver
tu mal que crece a porfía,
que, aunque se pierda alegría,
muy presto podrás volver
alegre en tu fantasía.
Con razón o sin razón
nunca pierdas esperanza,
que donde hay desconfianza
crece tanto la pasión,
que en pago el morir se alcanza.

Los dos caballeros estuvieron atentos a oír la canción, y el infante conoció ser aquélla la infanta Casiana, de lo cual sintió tanta alegría que, no lo pudiendo encubrir, lo dijo luego al duque, y el duque holgó de saber que la infanta estaba allí, porque, si la pudiesen haber, era harto principio para acabar todo lo que con el rey quisiesen. Y después que esto hubieron hablado entre sí tornaron a callar, oyendo a la infanta, que, dejando la arpa, comenzó a decir:

—Ya es tiempo que los hados de mi desventura den lugar a que la fortuna vuelva los tiempos, dejando de tenerme siempre con el pasado tan llena de pasión cuanto fuera de la esperanza de ver a quien da la causa. ¡Ay infanta Casiana, qué sería de ti siendo causa de tan gran mal para sentirlo tú mayor, pues lo que con la muerte se acaba se padece con la vida! ¡Oh infante Adurmaín, cómo trocara yo por

el mal de tu muerte el bien de la vida con que me dejaste, si los soberanos dioses lo permitieran, para que por mi causa tan gran mal no se siguiera como la pérdida del que tan sojuzgada dejó mi voluntad. que jamás será ajena de quererle y desearle! ¡Oh rey Anaxerses! ¿Por qué falleció en ti el sentido, que en todas las cosas te sobra, para no conocer el yerro que hacías contra quien no mereció semejante galardón por la honra que en tu corte daba? ¡Ay señora princesa, si supiédes la razón que tengo para dolerme, cuánta tendríades para haber lástima de tal desventura!

—Excelente infanta —respondió la que con ella estaba—, bien creo yo que no falta causa para vuestras quejas, porque donde sobra tanta discreción no faltará el conocimiento para esto; mas en estos casos de ventura lo mejor es escusar la pena que se puede recibir y procurar el placer que se puede tomar, porque con estas condiciones nacimos y hallamos el mundo. Por ventura en el tiempo que estéis más olvidada hallaréis mejor el remedio; y aprended a vivir con esta esperanza, como yo hago, porque en tiempo de tanta adversidad como agora estoy, si della no me socorriese, poco podría durar en mí la vida.

—¡Ay soberana señora —respondió la infanta—, que ver la paciencia con que sufrís vuestra pena es gran alivio y descanso para mi congoja!

Y diciendo esto, tomó otra vez la arpa y con gran melodía tomó a tañer.

El infante, que todo lo que la infanta había dicho oyera, bien entendió que por él lo decía, y muy gran alegría sintió en su ánima. Y teniéndolo por²¹² bien el duque, se llegó muy cerca de la ventana, tanto, que la infanta lo podía bien oír, y con un triste y doloroso suspiro le comenzó a decir:

—Si las desventuras, excelente y soberana señora, que se sufren son para tanto bien salir dellas como a mí me parece haber nacido de las mías sintiendo en vos el conocimiento de la mayor desventura mía, que es verme fuera de vuestra presencia, con razón las debrían todos buscar por esperar tan alegre fin, aunque con él feneciese la vida, pues llevaba consigo mayor gloria que con ningún trabajo pueda merecerse. ¡Bienaventurado infante Aliazar, que mereciste ser pagado de tus tormentos con el mayor pago que puede darse, pues pudiste poner con ellos compasión en la causa de donde proceden, para con tal paga quedar en mayor obligación y deuda que de antes estabas! Veis aquí, soberana señora, al vuestro Aliazar tan lleno de fe cuanto la merced que le habéis hecho le obliga. La virtud de los soberanos dioses ante vuestro acatamiento me han hecho digno de parecer: mandad lo que haga de mí, pues, como vuestro, ningún poder en mí he dejado más de para sustentar la vida, para con ella procurar poderos mejor servir los días que mis hados permitieren.

La infanta, que en la voz conoció al infante Aliazar, teniendo hasta allí por más cierta su muerte que la vida, con muy grande espanto y alegría dio una gran voz diciendo:

—¡Ay soberanos dioses, cuán grande es vuestro poder! Y ¿es posible que vos sois el infante Aliazar?

²¹² Orig.: 'por el' (162r).

—Sí soy —respondió el infante—, en cuanto la vuestra merced fuere servida que lo sea, porque sin vuestro consentimiento mal podré yo ser en el mundo.

—¡Ay Aliazar —respondió la infanta—, cuánta pena me ha dado pensar que por mi causa un tan estremado caballero fuese perdido! Y bien podéis tener por cierto que a ninguno le puede placer tanto de vuestro bien como a mí, porque os lo debo. Yo me he holgado mucho de veros, y más me holgaría de saber que estábades en gracia de mi padre, que yo pienso que ya los enojos serán olvidados. Por amor de mí que tengáis manera como volver a su corte, que el tiempo dirá adelante lo que en nuestros hechos para que hayan buen fin se debe hacer, que de mi voluntad en amaros de muy verdadero amor podréis estar seguro.

El infante le besó las manos por lo que decía, y así estuvieron gran parte de la noche, dándose cuenta el uno al otro de lo que por ellos había pasado. Y la infanta le dijo cómo otro día esperaba ahí al rey Anaxerses y al príncipe Meliades, que venían a holgarse a aquel castillo y estar en él algunos días, y que ella había quince días que estaba allí con la reina su madre, y que con ellas estaba el duque Jaselao su tío, y que tenía en guarda del castillo veinte y cinco caballeros muy buenos. El infante se informó muy bien de todo, y diciendo que él procuraría hacer lo que le mandaba, con muy gran contentamiento de ambos ya cerca de la mañana se despidieron. Y la infanta con la que con ella estaba cerrando la ventana, se metieron dentro.

Y el infante y el duque, tornando a dar la vuelta al castillo, tomaron el camino al puerto de Fisol, por el cual no hubieron andado muy gran pieza que no toparon al Emperador y al buen caballero Peliscán y al príncipe Grisalter, que en guarda del navío habían quedado Darintel de Altarroca y Castidel y el duque Durián de Baltar, porque el Emperador, sospechando por la tardanza que el duque y el infante hacían que alguna desgracia les hubiese acaecido en tierra de enemigos, no sufriendo menos su generoso y esforzado corazón, los quiso salir a buscar. Y cuando los unos cerca de los otros llegaron, no se conociendo con la gran oscuridad de la noche, en poco estuvieron de acometerse; y como fueron conocidos, el Emperador los recibió con muy grande amor, y el duque le contó luego todo lo que habían visto y sabido de la venida del rey Anaxerses, de que no poco todos fueron contentos, pensando que, si la ventura les favoreciese, podrían hacer más de lo que tratan acordado. Y para mejor dar orden en todo se querían volver a la nao; mas, así como se movieron, en una floresta que cerca dellos estaba oyeron estruendo y ruido de armas, como si en muy trabada y reñida batalla muchos caballeros estuviesen, de que no poco maravillados de ver a tal hora tal aventura, el Emperador determinó ver el fin della. Y así, movieron todos cinco, llegándose donde el ruido de las armas sonaba, que, como más cerca llegaron, parecía que los golpes se daban tan bravos y con tan gran fortaleza que todos aquellos valles hacían resonar al derredor.

CAPÍTULO II-XXXIII
CÓMO OLIVANTE TOPÓ CON EL GIGANTE MADASIR, Y LO QUE
CON ÉL LE AVINO POR LIBRAR A LA INFANTA GALARCIA

EL esforzado y valeroso príncipe Olivante de Laura, cuando con la tormenta que en la mar se levantó con la batalla de las dos sabidoras vio que el barco se había alongado tanto de las naos, no pudiendo con su saber los marineros forzar la fuerza de los furiosos vientos, tan crecida pena y grave congoja era la que recibía por faltar a tal tiempo en el socorro de la princesa, que muchas veces con la desesperación estaba para dejarse morir. Darisio le consolaba diciéndole que no sin gran causa aquella nao era venida y aquella batalla tan fuera de razón y orden de naturaleza se hacía, y que creía que algún gran sabio por libertar al Emperador era en ella venido. Mas todo esto no aprovechaba para que Olivante no fuese como desesperado, pasándole muchas veces por la imaginación de dejarse anegar en la mar; y decía con muy triste y doloroso sentimiento:

—¡Ay ventura, que si venturoso hasta agora en otras aventuras me has hecho, agora me has pagado olvidándome a tal tiempo como al más desventurado caballero de los nacidos! Yo trocara todo el bien pasado contigo por el mal presente que me haces estorbándome de recibir la muerte defendiendo la vida, porque la que yo de aquí adelante viviere por más que muerte se podrá contar viviendo. ¡Para cuán poco ha bastado mi poder, que ante mis ojos reciba tan gran dolor y mengua sin poder remediarla! ¡Ay divina princesa, cuán mal habéis empleado vuestra voluntad en caballero tan desdichado y que al tiempo que más su servicio habíades menester se aleja más de vos para dejaros ir con tanta congoja en poder de tan traidora y desmesurada gente, donde no sé si teniendo respeto a vuestro gran valor y merecimiento querrán guardar lo que a la honra de tan alta y soberana doncella son obligados! ¡Oh emperador Arquelao, flor de todos los príncipes cristianos, en cuán poco preciaréis mi valor viendo que delante de mi presencia consiento llevaros con tan gran traición! Todos mis servicios pasados olvidaréis con razón, viendo que al tiempo más necesario no puedo dároslo. Y vos, excelente infanta, ¿qué diréis de mí, a quien la ventura había hecho tanto bien de dárosme a conocer por hermana? ¿Qué diréis del mal que me ha hecho no pudiéndoos socorrer en tan gran tribulación y cuita? Con razón me podéis culpar de no me dar la muerte, pues a tan crecido mal no puedo dar ningún socorro, habiéndolo dado a otros a quien menos obligación tenía. Y vos, hermosa infanta Clarista, pedid favor y ayuda a otro más venturoso caballero, que todas mis buenas venturas son ya pasadas; ya se ha trocado mi suerte, Fortuna vuelto ha su rueda, todo mi bien se ha convertido en mal. ¡Ay desventurado caballero! ¿Qué será de aquí adelante de ti? El mayor consuelo es que busques la muerte si pierdes a quien te daba la vida, porque con ella cesará tu cuita y dolor y se acabarán tus tristezas.

Diciendo esto, sus ojos eran hechos abundantes fuentes de lágrimas que corriendo por sus hermosas mejillas caían en sus pechos, bañando con ellas el medio corazón, que tan encendido iba, que parecía irse abrasando en medio de un muy crecido fuego. Y con el gran dolor y tormento que le causaba, tornó a decir:

—¡Ay amor, por cuán diferentes maneras aparejas los tormentos a los que viviendo en tu ley procuran más tu servicio!, que cuando reciben favor de aquellas en quien heciste emplear los pensamientos, hallando alguna voluntad es para que sientan a tales tiempos la pena doblada, como yo agora hago; en la mayor desconfianza muestras más fuerte tu fortaleza contra quien más fe siempre ha tenido contigo. No te debo más de la muerte con ella, la cual recibirás de mí muy presto por tributo, sacrificando la vida y el cuerpo para que la ánima, ya que no pueda dar remedio, a lo menos esté presente donde él parece que huye.

Gran lástima era la que Darisio y Leristes con los dos marineros de ver el llanto y dolorosas quejas de Olivante sentían,²¹³ y por mucho que procuraban darle algún consuelo, conocían que era acrecentar en su congoja.

La espantable tormenta no cesaba, mas antes crecía más cada hora, con la cual anduvieron toda aquella noche y el día siguiente con gran temor y peligro de las vidas, de lo cual a Olivante no pesaba, porque más deseaba la muerte que no poder oír que a la princesa le hubiese acaecido cosa que en un punto a su honra y fama pudiese perjudicar. Y no cesando en todo este tiempo su doloroso llanto, con grandes gemidos y sollozos, anduvieron también casi dos horas de la noche siguiente. Y como el barco otro viaje más del que la ventura y los vientos querían no hacía, andaba discurriendo por aquella grande anchura y hondos piélagos, pidiendo Darisio y los marineros con grandes plegarias a Nuestro Señor en tan gran necesidad les socorriese.

A esta hora muy cerca dellos sintieron pasar otro barco, en el cual oyeron un muy lastimero llanto que en la voz parecía de mujer que con muy grande y dolorosa cuita se quejaba pidiendo socorro. Darisio se puso a escucharlo, mas no pudo oír otra cosa; y viendo que Olivante lo oía y no hacía mudanza, fue muy espantado, porque no era su condición, y por saber si se engañaba, le dijo:

—¿Por ventura, señor, habéis sentido el llanto que en un barco va una mujer haciendo?

—Sí oí —respondió Olivante—; mas como siempre lo más priva lo menos, así agora ha hecho a mí, que el mayor cuidado que llevo me ha quitado de procurar saber qué sea lo que habemos oído, porque mal puede dar socorro quien está en tribulación que a sí²¹⁴ no se puede socorrer.

—En tales tiempos —respondió Darisio— han menester los que tienen alguna discreción saber socorrer a la necesidad que de sí mismos tienen, porque tal propiedad tiene la pasión, que adonde le dan algún lugar toma tan de veras el aposento, que, teniéndole por propio, cuanto es fácil la entrada se le hace dificultosa la salida; así que, de mi parecer, nunca el mal por venir se ha de sentir tanto que el sentimiento sin certidumbre sea causa de mayor daño. Digo esto porque, hasta saber de la manera que este desventurado caso sucede no debéis recibir tanta pena que os quite de hacer lo que sois obligado a vos mismo, pues os deseáis la muerte y a los que han menester vuestra ayuda les negáis el favor y socorro de que tienen necesidad, en lo cual, señor, mostráis el desmayo y flaqueza

²¹³ Suplo 'sentían' (163r).

²¹⁴ Orig.: 'que assi' (163v).

que en vuestro corazón sentís, no teniendo tanta razón por ventura como pensáis, que ya podría ser que tan tristes y desventurados principios sucediesen en prósperos y dichosos fines.

—Bien conozco —respondió Olivante— lo que me dices poder ser todo así, pues que lo que el muy Alto Señor puede no es limitado; mas, ya que así sea, no puedo dejar de sentir que yo no haya sido parte para poderlo remediar ni hacer ningún servicio donde tanto lo deseaba.

—Dejaos deso —dijo Darisio—, pues que muchas veces habréis oído decir que los corazones fuertes sojuzgan a la fortuna; y no desmayando vos, podría ser llegar a tiempo que, no lo pensando, hagáis más que hasta agora pudiéades haber hecho.

Mucho se consoló Olivante de las palabras de Darisio, y tornando en sí con ellas, mandó volver el barco la vía que el otro hacía, conociendo hacer sinrazón a lo que debía en no socorrer a tal necesidad si su ayuda para ello menester fuese. Y así anduvieron hasta cerca de la mañana, sin poder oír ni ver cosa de lo que deseaban. Mas ya que el día era claro, a la mano siniestra cuanto tres millas vieron el barco, que con la tormenta a unas partes y a otras se andaba discurriendo. Olivante holgó mucho de lo ver, y demandando sus armas a Leristes, se aparejó a punto de batalla, y en muy poco tiempo llegaron tan cerca que los gritos y gemidos de la doncella se oían muy claros. A Darisio le pareció conocerla en la voz, y volviéndose a su señor, le dijo:

—Por cierto, si yo no supiera que la infanta Galarcia iba en prisión, yo la juzgara ser ésta, porque en la voz le parece como si ella propia fuese.

—No lo creas —dijo Olivante.

Mas, aunque esto dijo, en algún sobresalto fue puesto. Y haciendo poner muy gran fuerza a los marineros en los remos, llegaron tan cerca que Olivante vio en el barco un jayán de demasiada grandeza, el cual habiéndole visto venir, se estaba enlazando su yelmo y embrazando el escudo. Y en la popa del barco vio la doncella, que no cesando su llanto tan doloroso, que a todos los que la vieran pusiera muy gran compasión y lástima de sí; y así como la hubo bien mirado conoció ser la infanta Galarcia su hermana. Entonces, con una gran voz dijo:

—¡Ay Santa María, y qué ventura tan grande es la que veo delante de mí!

La infanta era la que iba en el barco, la cual llevaba el jayán Madasir, como ya se ha contado. Y oyendo ella esta voz, levantando los ojos se estremeció toda, rogando muy de corazón a Nuestro Señor que fuese algún caballero que en su socorro viniese.

Olivante, no atendiendo a hablar al jayán ni querer saber más de lo que veía para procurarle la muerte, hizo luego juntar su barco con el otro, y su espada en la mano y bien cubierto de su escudo, comenzó a decir:

—¡Traidor malvado, a punto estás de perder la vida por el atrevimiento que has tenido de osar ofender tan alta doncella!

Y junto con esto le dio un tal golpe que, cortándole gran parte del escudo, la punta le alcanzó en el hombro derecho, y en él le hizo una pequeña llaga. El jayán, que muy sin cuidado de aquello había estado, viéndose así acometer de un solo caballero, fue tan airado que humo parecía salirle por la visera del yelmo; no porque tuviese en mucho la batalla de Olivante, a quien pensaba ligeramente

vencer, mas por ser a tal tiempo y por la causa que lo hacía. Y habiendo recibido el golpe que Olivante le diera, le dio otro tan fuerte y pesado que un tercio del escudo echó por tierra y la punta de la espada descendió al borde del barco, por el cual se metió por él bien cuatro dedos, que fue causa de que el jayán no pudiese tan ligeramente sacarla que primero Olivante no le diese un golpe en el brazo derecho cortándole las armas y la carne hasta el hueso, de que el jayán se sentía muy mal y no podía de allí adelante herir con tanta fuerza. A esta hora entre los dos se comenzó una temerosa y espantable batalla, dándose tan duros y mortales golpes, despedazándose las armas y desmallándose las lorigas, que grande espanto era de los ver. Y lo que más les embarazaba de poder dar presto fin a la batalla era el desasosiego de las ondas, con las cuales alzándose y bajándose los barcos, no se podían herir a su voluntad.

La hermosa infanta estaba mirando la batalla, y conociendo a Darisio, como aquella que muchas veces lo había visto y hablado, luego pensó ser aquél Olivante su hermano, de lo cual recibió en aquella hora tan gran contento como si del mundo la hicieran señora, porque teniéndole de su parte muy poco temía su peligro, y rogaba con grande agonía a Dios le diese victoria en aquella batalla.

Olivante traía ya tan herido y aquejado a Madasir, que le hacía dudar más la batalla, pareciéndole ser venido en el punto de su muerte. Mas no queriendo que fuese sin venganza, con muy grande rabia y poderosa fuerza dio tan gran golpe a Olivante en medio del escudo, que, entrando por él un palmo, la espada tocó en el yelmo con tanta fortaleza que bien un dedo entró por él y Olivante hincó la una rodilla en el suelo; y cierto, si no fuera la llaga que Madasir tenía en el brazo, muy gran daño le hiciera. Mas viendo que si muchos de aquellos golpes recibía sería con gran daño y peligro suyo, guardándose de allí adelante con mayor destreza comenzó a aquejar de tan duros y pesados golpes por todas partes a Madasir, que ya en él no había otra cosa sino defenderse por no recibir tan presto la muerte. Las armas tenía todas teñidas de su sangre y el barco al derredor todo lleno; las fuerzas le faltaban y las piernas se le enflaquecían para poderse sustentar. Determinó vender muy caramente su vida, diciendo a los marineros de su barco que procurasen desasirse y alzasen velas; mas Olivante, que entendió lo que les decía aunque no sabía muy bien aquella lengua, trabajó de meterse con él. Madasir se lo defendía y los marineros hacían lo que les era mandado, y Darisio y Leristes procuraban de tenerlos amarrados. Y en esta porfía anduvieron una pieza, hasta que Olivante se juntó tanto con Madasir, que dándole con su escudo en los pechos le hizo hacer dos o tres pasos atrás, que casi estuvo por caer. Y en esto Olivante entró dentro, de que Madasir recibió temor de la muerte, como aquel que delante de sí la veía; y viendo la causa della haber sido la infanta, volviéndose a ella le dijo:

—Yo veo la muerte, y pues que tú has sido la causa, razón será aparejarme el camino con la tuya, para que mi ánima con tal sacrificio amanse la ira de los soberanos dioses, que con ella se hayan con menos riguridad que con el cuerpo lo han hecho.

Y diciendo esto iba a descargar un golpe sobre la cabeza de la infanta que en dos partes la hiciera; mas Olivante, que no estaba descuidado, conociendo su intención, con muy gran ligereza se le puso delante recibéndolo en su escudo, y

juntamente le dio un tan desaforado y poderoso golpe sobre el yelmo, que, haciéndole una gran llaga en la cabeza, lo hizo venir a sus pies sin ningún sentido, y cortándole los lazos le cortó sin ninguna piedad la cabeza con muy crecida alegría de la infanta, como aquella que de muerta, pues por tal hasta entonces se contaba, haber cobrado la vida.

Acabado de hacer esto, Darisio y Leristes con infinito gozo echaron el cuerpo de Madasir en la mar, y Olivante, quitado el yelmo, se fue a abrazar con la infanta, que en sus brazos le recibió, y tan grande era la alegría de sus corazones, que no podían hablarse. Y después que así hubieron estado una pieza, Olivante le comenzó a decir:

—¡Ay mi señora, cuán gran bien es el que después de tanto mal me ha hecho Dios en poderos hallar a tiempo que de mí algún servicio pudiesedes recibir! Aunque, según las nuevas que de la vuestra merced había sabido, por imposible tuviera veros en este lugar, y a gran maravilla tengo apartaros así de la compañía con que íbades en prisión. Suplícoos, señora mía, que me deis razón de vuestra venida desta suerte y de lo que ha sido del Emperador y de la princesa, en cuyo seguimiento yo he venido, mas la ventura no ha querido que yo pudiese hacer en todo el socorro que deseaba. Y pues así lo ha querido, doyle muchas gracias por el lugar que me ha dado de poderos remediar en tan gran cuita y trabajo como os hallé, que me quita la tristeza que traía de pensar que en todo mi dicha sería tan contraria de mi voluntad que en ninguna cosa deste hecho me diese parte más de para poderla sentir.

—Mi buen señor y hermano —respondió la infanta—, por cierto tengo yo que para vos están todas las buenas venturas guardadas, y así, pienso que en esta tan gran tribulación vos solo seréis el que podréis poner el remedio que es menester, pues habéis comenzado a hacer principio donde tan sin esperanza hallastes a una hermana que con vuestra vista fue tan segura como con toda la ayuda del mundo pudiera serlo. Y agora no podré desconfiar, sino que todas las cosas vendrán a parar en buen fin aunque los principios hayan sido tan ásperos y desventurados. Y pues queréis saber la ventura que aquí me trajo y la que lleva al Emperador con la princesa, yo vos lo diré.

Entonces le contó todo como pasaba, y de la manera que los tres jayanes a ella y a la princesa y a la infanta Clarista habían sacado de la nao; que como Olivante lo oyó, viendo el peligro en que la princesa iba, sintió tan gran congoja y tormento que, falleciéndole el sentido, quedó por una pieza fuera de sí. Y después que hubo vuelto, sintiendo en su corazón rabiosas cuitas y mortales ansias, con infinitas lágrimas decía muy grandes quejas; mas la infanta le dijo tantas cosas, que le puso en mucho consuelo y esperanza. Y dejando ir el barco del jayán con los marineros y con un escudero que en él iba, mandaron a los marineros dejar ir su barco donde la ventura fuese contenta llevarlo.

Y así anduvieron aquel día y otro con muy crecida tormenta y peligro, y ya cerca de la noche descubrieron tierra, que muy hermosa les pareció, donde, dándoles el viento en la popa, les era forzado que fuesen. Y detrás de sí vieron cuanto seis millas venir otro barco que el mismo viaje hacía, lo cual puso en pensamiento a Olivante que por ventura podría venir en él lo que deseaba, que era

la princesa. Y llegando en tierra, puesto el barco entre unas peñas, donde, seguros del viento, la mar estaba sosegada, estaban esperando la llegada del otro barco. Y así estuvieron hasta pasadas más de dos horas de la noche, que la luna hacía muy clara y resplandeciente.

CAPÍTULO II-XXXIII

CÓMO EL PRÍNCIPE OLIVANTE DE LAURA SE COMBATIÓ EN MUY PELIGROSA BATALLA CON EL CABALLERO DE LA GARZA SIN CONOCERSE, Y DE LO QUE MÁS AVINO

DESPUÉS que el barco de Olivante estuvo en parte segura del viento, como se ha dicho, esperando al que detrás venía, vieron que la fuerza de los vientos le había echado en la playa, lejos de allí cuanto dos millas, lo cual por ser cerca de una floresta, poniendo en sospecha a Olivante que no se escondiesen los que allí venían, haciendo sacar sus armas y caballo mandó a Darisio que se quedase con la infanta, y tomando a Leristes consigo se metió por la playa cabe la floresta junto a la mar. Por la cual habiendo andado cuanto una milla o poco más, vio venir hacia sí un caballero en un caballo blanco, y con él un escudero. Y como cerca llegaron, Olivante le saludó y le dijo:

—Buen caballero, ¿sois por ventura de los que venían en este barco que acá delante está?

El otro caballero, que Silvano era, el cual, como ya se dijo, habiendo visto venir el barco de Olivante delante del suyo venía con la misma voluntad de preguntar nuevas de la infanta, le respondió:

—¿Por qué lo preguntáis?

—Dígoles —dijo Olivante— por que me dijédeses si sabéis nuevas de una doncella cristiana que un caballero lleva forzada.

—Esa doncella no va forzada —respondió Silvano—, sino por su voluntad; mas yo creo que tú, que esa demanda traes, debes traer alguna de las de su compañía, como a mí me has dicho.

—Sí traigo —respondió Olivante—, que conmigo viene la infanta Galarcia; y si así hallase a la princesa Lucenda, haría todo mi poder para ponerla en su compañía.

—¡Ay traidor —respondió Silvano pensando que fuese Madasir—, que dicho has por donde no pagarás con menos de la vida, pues en tu poder tienes la mayor ventura que ella misma dar me pudiera!

Olivante con estas palabras pensó Silvano ser Rodamón, y más en ver las armas del escudo que le había tomado cuando feneció la batalla, como ya se dijo. Y no queriendo gastar más tiempo en razones, encendidos entrambos con gran furia, engañados con un mismo engaño, tomaron del campo lo que les fue menester y volviendo los caballos se dejaron venir el uno contra el otro con tanta braveza y

ferocidad que la tierra parecía temblar al derredor dellos. Y encontrándose en el camino en medio de los escudos, las lanzas se hicieron muy menudas piezas,²¹⁵ volando los pedazos dellas tan altos que aunque fuera de día se perdieran de vista. Juntándose con los cuerpos y escudos, los encuentros fueron tan fuertes y poderosos que los caballos y ellos vinieron al suelo, de lo cual espantados los dos bravos leones, por ser la primera vez que semejante aventura de perder la silla les acaeciera, con gran ligereza se levantaron, y embrizados los escudos, sacando las espadas, se acometieron con muy terribles y desmesurados golpes, comenzando entre sí la más feroz y espantable batalla que en el mundo pudiera verse, hiriéndose por los lugares que más daño pensaban poderse hacer. Las espadas cortaban los escudos, desmallaban las lorigas, despedazaban las armas; mas la fineza dellas defendía que sus carnes no padeciesen.

La luna daba de sí muy gran resplandor, y con él se veían como si fuera de día. Jamás se vio en dos caballeros tan gran osadía en acometer y tan gran diligencia en guardarse de los golpes, tan gran fortaleza en sus brazos ni tan gran braveza en sus corazones, como aquellos que se combatían sobre causa que cada uno estaba determinado vencer o perder la vida en aquella batalla. Y así anduvieron sin descansar en ella tres horas, que de muy cansados, sin decirse ninguna cosa se apartaron, queriendo cada uno dellos descansar. Y poniendo las puntas de las espadas en tierra, se echaron sobre ellas; y mirando las armas, que por muchas partes estaban rotas y despedazadas, y la mucha sangre que de sus cuerpos salía, estaban espantados, y ninguno tenía esperanza de salir de allí con la vida. Olivante estaba entre sí diciendo:

—¡Ay Santa María, qué fuerte contrario tengo en Rodamón! Y cierto, aunque en el cuerpo no me haya parecido tan fiero jayán como me habían dicho, sus golpes son los más bravos y de mayor fortaleza que yo he probado, y si no fuera las armas que he visto en su escudo, por ninguna vía pensara ser él. Mas conviene mostrar todo mi poder donde tanto me es menester, que hasta agora con razón puedo ser llamado flaco y cobarde, pues que donde más me es necesario más me fallecen las fuerzas y el ardimiento. ¡Ay mi señora Lucenda, con cuánta razón podéis quejaros del vuestro verdadero y leal amigo y servidor, que tanto se detiene en vuestra libertad! Con razón podéis decir que no os amo no sabiendo bien mi voluntad. Mas, pues que la ventura donde más he menester su ayuda me fallece, con el sacrificio de mi vida sacrificaré la de quien me hace estar en tan grande afán y trabajo.

Con esto le creció tanto el enojo, que, tornando a abrazar lo poco que del escudo le quedaba, se fue con gran furia y braveza a acometer a quien con el mismo engaño asimismo había estado diciendo:

—Hasta aquí yo he peleado con hombres, mas agora la ventura me ha puesto delante algún diablo invencible, que tal debe ser este con quien me combato, que sus golpes no son de hombre mortal. ¡Ay Fortuna, a qué tiempo te olvidas de quien más tu ayuda y socorro tiene necesidad, que todas las glorias y vencimientos pasados trocara contigo por el presente! Mas muy lejos siento de mí la esperanza

²¹⁵ Suplo 'piezas' (165v).

de la vida, que Madasir, aunque menor en el cuerpo que Rodamón, mayores fuerzas y fortaleza alcanza. ¡Ay gran Dios, que no me duele mi muerte, mas ver quedar en tal poder dos tan soberanas doncellas a quien yo no podré valer, pues veo mis fuerzas menguadas, mis armas rotas y despedazadas, y de mi cuerpo corre tanta abundancia de sangre y tan fuerte adversario delante de mí, que ninguna esperanza me queda de salir desta batalla con la vida! Mas yo procuraré que pague con la suya la mía, para satisfacción alguna de lo que en perderla yo se pierde para el remedio de quien en tan flaco caballero ha puesto su esperanza.

Y diciendo esto vio que Olivante movía contra él, y sin más esperar lo salió a recibir, tornando entrambos a herirse con tanta ferocidad y braveza como dos bravos leones. Y desde una pieza así hubieron andado sin poderse conocer ventaja entre ellos, la luna, que muy clara hasta entonces había estado, habiendo acabado el camino de aquella noche, cubrió sus rayos escondiéndose debajo de la tierra; y como con la escuridad no se viesen tan bien como de antes, soltando las espadas de las cadenas se asieron a los brazos, y así anduvieron sin poderse derrocar tan gran pieza que de cansados les convino desasirse, tornando a herirse como de primero.

La princesa y la infanta, que en las barcas habían quedado, temiendo el peligro de sus caballeros estaban rogando a Nuestro Señor les diese victoria, que, de ver la tardanza que hacían, cada una dellas estaba con gran temor. Darisio consolaba a la infanta y Leandro a la princesa, dándoles muy cierta esperanza de la victoria. Los caballeros no dejaban su porfiada y reñida batalla, tanto, que la mañana se venía ya acercando y entre ellos no había desmayo ni flaqueza. A esta hora llegaron ahí el Emperador y el duque Armides con los otros caballeros, que ésta era la batalla que habían oído viniendo del Castillo Deleitoso, como ya se ha dicho, y muy espantados fueron de ver tan gran ferocidad y braveza de batalla y la fortaleza de los caballeros que con tan gran ardimiento y soberano esfuerzo se mantenían en ella; y aunque con la escuridad no pudiesen ver quién había lo mejor, juzgaban que feneciendo la batalla fenecerían las vidas de ambos.

Al Emperador se le acordó de lo que la sabia Hipermea le había dicho cuando della se despidieron: que a los caballeros que primero hallasen en batalla procurasen apartarlos della. Y porque él no sabía bien el lenguaje persiano, pensando ser los caballeros naturales del reino, lo dijo al duque para que les hablase. El duque les rogó que le oyesen y los caballeros se apartaron para escucharle, y el duque con muy amorosas y graciosas palabras les comenzó a rogar que quisiesen dejar la batalla, si se hacía por causa tan ligera que pudiesen dejarla, y si no, que la dejasen en el juicio de aquel caballero que allí estaba, diciendo la razón della, porque ellos juzgarían lo que fuese razón y derecho, y que él era tal persona que, sabiendo ellos quién fuese, holgarían de hacerlo a su intercesión.

—La causa es tan grave —respondió Olivante— que no tiene medio si no es con la muerte de uno de nosotros, la cual yo deseo, pues que en el tiempo que más hemos menester la ayuda de mis fuerzas las desminuye mi ventura. Y por tanto, será escusado hablar en concierto en causa tan desconcertada, más de dejarnos acabar nuestra batalla como la tenemos comenzada.

—Por ambos ha respondido este caballero —dijo Silvano—, pues que yo no tengo otro propósito del que él muestra.

Y diciendo esto, se tornaron como de principio a dar crueles y mortales heridas; y como ya no tuviesen escudos, que todos estaban deshechos, y con la escuridad no pudiesen así guardarse, hacíanse muy gran daño, tanto, que cada uno dellos no esperaba de allí sino la muerte. Olivante, que como desesperado estaba de ver que tan fuerte hallaba a su contrario aquella hora como al principio, encendido en gran furia, con muy grande enojo le dio tal golpe sobre el yelmo, que la espada entró por él tanto que le hizo una pequeña herida, de que Silvano se sintió tan cargado, poniendo una rodilla en el suelo, que, quedando casi fuera de sí, dijo con una gran voz:

—¡Ay Santa María, valme en tiempo de tanta necesidad!

Mas, no queriendo por ello perder punto de su esfuerzo, tornándose a levantar, hirió a Olivante de un tan gran golpe encima de un hombro, que, cortándole las armas, le hizo una pequeña herida. Olivante en lo que Silvano dijera conoció ser cristiano, y lo mismo hicieron el Emperador y los que con él estaban, y queriendo certificarse de la verdad, y más por haberlo dicho en lengua griega, el Emperador se metió entre ellos rogándoles que hasta certificarles de una duda que tenían tuviesen por bien de cesar de herirse. Olivante, que también estaba con deseo de saber si aquel con quien hacía la batalla fuese Rodamón, porque la grandeza del cuerpo, según lo que había oído, le mostraba estar engañado, se quitó luego afuera; y lo mismo hizo Silvano, que necesidad tenía de holgar. El Emperador, volviéndose a Silvano, le dijo:

—Buen caballero, por lo que debéis a virtud, que, pues que en vuestras palabras mostráis ser cristiano, me digáis la verdad para que procuremos estorbar de quitar tan gran daño como sería morir dos tales caballeros; que sabed que todos los que en esta compañía venimos somos cristianos y haremos por vos lo que es razón y nuestra ley nos obliga, y más en parte donde tanta necesidad tenemos los unos del favor de los otros, pues nos hallamos en tierra de nuestros enemigos.

—Buen señor —respondió Silvano—, yo soy cristiano, que por estar en la parte que decís no dejaré de confesarlo. En lo demás no hay qué decir, pues que otra cosa que la muerte no podrá apartar nuestra porfía, que a mí me sobra la razón de morir no pudiendo remediar tan gran daño como hoy por tan gran alevé y traición reciben las más señaladas y valerosas personas de la cristiandad. Y si yo muriere, deste caballero podréis saber la causa y procurar remediarla, aunque contra su voluntad, que, siendo cristianos como decís, bien creo que haréis en ello todo vuestro poder. Y pues que yo os he satisfecho, dejadnos fenecer lo que tenemos comenzado.

—Eso no haré yo —respondió el Emperador— hasta saber más de lo que me habéis dicho.

Olivante que a todo había estado atento, dijo a Silvano:

—Buen caballero, hasta agora yo pensaba que me combatía con Rodamón, y agora conozco que estoy engañado. Y pues sé que sois cristiano, como yo lo soy, decidme vuestro nombre; y por ventura vos tendréis por bien que nuestra batalla se deje en el punto en que está.

—Si vos sois cristiano —respondió Silvano—, no menos engañado estaba yo que vos, que he pensado combatiros con Madasir Dragontino. Y diciéndome vos quién sois, sabréis de mí lo que me habéis preguntado.

—A mí me llaman —respondió Olivante— Olivante de Laura. Agora ved si me conocéis. Y la causa por que con vos me combatía era pensar que traíades una doncella forzada que Madasir con gran traición traía.

Silvano que oyó ser aquél Olivante, echando de sí la espada y el escudo se fue a echar a los pies dél diciéndole:

—Mi señor, por lo que debéis a la gran bondad y soberana virtud que en vos hay más que en todos los caballeros del mundo, perdonad al vuestro siervo Silvano que tan gran traición ha hecho, pues que, siendo yo siervo y vos señor, con derecho se puede llamar tal, aunque dello yo tenga el pago y merecido, que, si mucho tardara mi conocimiento, se diera priesa mi muerte, la cual yo merezco. Y así, vos suplico me la deis de vuestra mano, aunque yo vos hago cierto que hasta este punto yo he pensado combatiros con Madasir, en cuyo poder la princesa Lucenda, que del jayán Rodamón por una estraña aventura he librado, me dijo que iba la infanta Galarcia vuestra hermana.

Olivante que oyó ser aquél Silvano, su verdadero amigo, muy maravillado de tal aventura y no menos gozoso de saber que con él venía la princesa, le abrazó haciéndole levantar y diciendo:

—Mi verdadero amigo y señor, todos los males que la ventura puede hacerme le perdono con el bien presente, pues que para mí no podrá ser mayor que, conociéndoos en tiempo que yo tanto lo había menester, supiese juntamente de la libertad de la princesa, que tanta pena me daba. Y en pago de tan buenas nuevas os quiero yo decir otras de que no creo que holgaréis menos; y es que asimismo yo puse en libertad a la infanta, que en el barco que vistes conmigo viene.

—Vos decís mucha verdad —respondió Silvano—, que no puedo dejar de confesar la voluntad y deseo que de servir a la infanta tengo, y tales nuevas tengo²¹⁶ por las mejores que en el mundo pudiera oír, aunque fuese hacerme señor dél. Y del Emperador me decid si sabéis alguna cosa de lo que dél se haya hecho, que gran dolor tengo de lo que he oído.

—No sé más que vos —respondió Olivante—; mas, si en esta tierra ha aportado, pues estos caballeros son cristianos, por ventura nos sabrán decir dél; que gran mal vendría al mundo si tan excelente príncipe tan presto dél faltase.

Cuando el Emperador y los que con él estaban vieron tan estraña aventura y conocieron a los caballeros quedaron muy espantados y alegres en saber que la princesa y la infanta fuesen libres. Y porque ya la claridad de la mañana comenzaba acercarse, que los unos a los otros podían muy bien verse, el Emperador muy lleno de gozo quitó el yelmo de la cabeza, diciendo:

—Mis verdaderos amigos, ese emperador por quien me preguntáis es el que tenéis presente, que en vuestra buena ventura le ha sucedido tan bien como lo deseábades. El soberano Señor de los cielos me dé tiempo que yo pueda

²¹⁶ Suplo 'y tales nuevas tengo' (167r).

galardonaros de tan gran beneficio, aunque el imperio que yo tengo no basta para satisfacer lo que os debo.

Olivante y Silvano que conocieron al Emperador, se hincaron de hinojos delante dél pidiéndole las manos. El Emperador, que ya se había bajado del caballo, los abrazó con muy grande amor, y así los tenía a entrambos juntos juntamente abrazados, vertiendo con el gran gozo y alegría muchas lágrimas por sus largas y blancas barbas; mas el duque Armides, que no tenía mayor deseo en el mundo que de ver a Olivante, los apartó diciendo:

—Señor, dadnos parte de esos caballeros, que con razón la debe haber quien tanto la desea como yo.

Olivante conociendo al duque, se humilló mucho, y con muy gran acatamiento le dijo:

—La razón yo la tengo de desearos, señor, servir como a señor mío y padre, pues que las obras que me habéis hecho fueron como a propio hijo. Y Dios me deje poderos servir en algún tiempo parte de lo mucho que os debo.

El duque lo tenía abrazado consigo entretanto los otros caballeros hablaron a Silvano con muy gran amor y cortesía, y él asimismo a ellos. Y después todos se fueron para Olivante, que, habiendo dejado al duque, venía a recebirlos, y allí se abrazaron con toda la alegría y contento que se podría decir.

El príncipe Grisalter de Suecia y Peliscán y el infante Aliazar dieron grandes quejas a Olivante de no los querer traer en su compañía y servirse dellos; mas él se desculpó de tal manera que a todos los dejó contentos. Y hecho esto, luego se ataron las heridas, curándoselas primero un escudero del duque que mucho sabía dello; y aunque eran muchas, eran pequeñas y sin ningún peligro.

El Emperador hizo luego a los dos caballeros subir en sus caballos y fuéronse derechos al barco donde la princesa estaba, que como supo la nueva de todo, jamás igual alegría entró en su corazón. Y cuando le dijeron que allí venía Olivante quedó como fuera de sí, y saliendo en tierra, fue con muchas lágrimas a hincar los hinojos delante del Emperador, y tomándole las manos, se las besaba muchas veces y bañaba con ellas. Y el Emperador la tomó entre sus brazos, y acompañándola con la misma solemnidad, la tuvo así una pieza sin poderle hablar; mas al cabo della le dijo:

—¡Bendito sea el Hacedor del cielo y la tierra, que tan grandes maravillas ha hecho en este día! Hija mía, hablad a estos caballeros y dadles gracias del trabajo y diligencia que han puesto en vuestra deliberación y la mía; que sabed que yo soy libre por mano destepreciado duque que aquí está conmigo, y asimismo la infanta Galarcia por la de su hermano el príncipe Olivante de Laura, que con vuestro aguardador sin conocerse hemos topado en una muy brava y reñida batalla, combatiendo cada uno dellos por lo que convenía a vuestro servicio.

—Mi buen señor —respondió la princesa—, aunque de mi libertad es razón que sienta lo que una persona que tan fuera de esperanza de la vida y de su honra estaba, es tanto lo que siento de ver a vuestra soberana grandeza fuera del peligro pasado, que no me da lugar a ocupar el pensamiento en otra cosa. Y pues la ventura ha querido así guiarlo hasta agora, Nuestro Señor quiera enderezarlo hasta el fin de manera que las mismas nuevas oyamos de lapreciada infanta

Clarista, y asimismo nos deje volver en paz donde podáis dar el galardón que merecen los que con tanta voluntad y tan lealmente hasta agora os han servido.

Luego llegaron el duque y todos aquellos caballeros a hablar a la princesa pidiéndole las manos para besárselas, y ella los recibió de manera que todos quedaron muy pagados della. Olivante hincó los hinojos delante della, turbado de ver aquella divina hermosura y por quien tan mortales cuitas y continuos tormentos padecía. Y hallándola a ella no menos fuera de su sentido de ver en su presencia a quien tanto amaba, le tomó las manos, besándoselas sin que ella pudiese resistirlo, diciéndole:

—Soberana señora, esta merced quiero yo recibir en pago de mi deseo de servir a la vuestra grandeza, pues que con razón puedo loarme del deseo, aunque hay quien me ha hecho ventaja en la obra; mas yo creo que él está tan bien pagado de mí, que cuando vuestra soberana grandeza fuere servida holgará de renunciarme las gracias que por este servicio le son debidas.

—Mi buen señor —respondió la princesa—, vuestra voluntad es tan bien conocida que no es menester más satisfacción para conmigo de lo que yo conozco. Y así, no habrá en mí menos voluntad para agradecerlo cuando haya en qué, pues que tanta obligación hay para ello.

Olivante le tornó a tomar las manos para besarlas. La princesa no lo consintió, mas con los ojos se dieron a entender el uno al otro lo que en sus corazones sentían.

El Emperador hizo guiar luego el barco hacia el de la infanta, y ellos en sus caballos por tierra llegaron a él muy presto, sabiendo ya la infanta todo lo que pasaba de un escudero que delante había ido a decirle aquellas buenas nuevas; que como el Emperador llegó, se hincó de hinojos delante para besarle las manos. El Emperador la abrazó consigo y besó en el rostro, pasando tan amorosas razones como con su hija. La infanta recibió muy bien a todos aquellos caballeros, haciendo muy gran acatamiento al duque Armides. Y cuando llegó Silvano, más turbado que para entrar en ninguna peligrosa batalla, hincó los hinojos delante della diciendo:

—Soberana señora, recibid en cuenta la voluntad de mi deseo, pues que el servicio, donde hay tanto amor como entre vos y la señora princesa, a cualquiera que se haga pienso que la otra lo recibirá en cuenta. Y en pago desto suplico a la vuestra merced me dé sus manos para besarlas, que donde la fe no ha menguado no consentiré serme negada la voluntad que de hacerme esta merced la vuestra lo mostró en otro tiempo.

—Mi verdadero amigo —respondió la infanta—, no tengo yo en tan poco vuestra voluntad, junto con el servicio hecho a la señora princesa, que piense ser bastante a daros las gracias que por él merecéis, si no fuese por parte de hacerlo como mi caballero, lo cual creo yo que no querréis negarme, ni yo negaré la estima en que tengo que vos agora queráis serlo.

Silvano le besó las manos por la merced que le hacía, pasando otras muchas amorosas razones, como aquellos que en lo secreto tan sujetas tenían sus voluntades. Y porque el día se venía ya tanto acercando y de ser descubiertos se seguía tanto peligro, el Emperador mandó que luego se recogiesen, y subiendo todos en sus caballos, y la princesa y la infanta en palafrenes, tomaron el camino

para donde habían dejado la nao, mandando asimismo que los barcos hiciesen el mismo viaje.

CAPÍTULO II-XXXV
CÓMO EL EMPERADOR CON LOS SEIS CABALLEROS HUBO UNA
PELIGROSA BATALLA CON LOS CABALLEROS DEL REY
ANAXERSES DE PERSIA, Y DEL GRAN PELIGRO EN QUE SE VIERON

SERÍA una hora del día cuando, yendo el Emperador con aquellos caballeros muy gozosos por la buena ventura que habían habido, ya que salían de la floresta por un valle, a muy poco trecho dellos vieron venir una gran compañía de caballeros, todos muy bien armados, y en medio traían unas andas muy ricas sobre cuatro caballos blancos, cubiertas con un paño de seda verde, sembradas por él muchas estrellas de oro. Y bien les pesó dello, por pensar que se les podría recrecer algún estorbo de su camino. Y como más cerca llegaron los unos de los otros vieron adelantarse un escudero, el cual como hubo llegado a ellos, los saludó cortésmente diciéndoles:

—Buenos señores, el príncipe Meliades os envía a rogar por mí que le digáis quién sois y a qué parte vais, porque holgará mucho de saberlo; y que pues en vuestra compañía van damas, a quien placera veros justar, que holgará de que por servicio dellas y del rey su señor, que en aquellas andas viene, queráis hacerlo, porque no os pedirán fuera de la justa otra cosa.

Mucho les pesó a todos ellos de la demanda del príncipe, que bien quisieran escusarlo si pudieran; mas por no venir en otra contienda, el duque Armides, que muy bien sabía la lengua, le respondió:

—Buen escudero, decid al príncipe vuestro señor que nosotros somos unos caballeros a quien la ventura ha traído en esta tierra con la tormenta de la mar, y que por refrescarnos del trabajo pasado nos hemos salido por esta floresta; que suplicamos a la su merced no cure saber otra cosa de nuestra hacienda, y que en lo que manda de la justa, nosotros estamos con más voluntad de holgar que de recibir este trabajo; mas que se hará lo que él fuere servido, con tal que ni nos pidan más batalla ni quieran saber de nosotros otra cosa.

El escudero se tornó al príncipe con esta respuesta. Y como entre aquellos caballeros, que eran más de ciento, hubiese muchos muy orgullosos y soberbios, le rogaron les dejase ir a probarse con los caballeros antes que él fuese. El príncipe se lo otorgó, y luego salió un caballero llamado Minadar, algo pariente del rey, y el Emperador mandó a Peliscán que justase con él. Peliscán salió luego, y bien cubiertos de sus escudos, las lanzas bajas, se dejaron ir el uno contra el otro: Minadar quebró su lanza en el escudo de Peliscán, mas él fue a tierra mal quebrantado de la caída. Luego salió otro caballero y hizo lo mismo, y antes que quebrase la lanza derribó cinco caballeros. El príncipe tuvo en mucho la bondad

del caballero y le mandó dar una lanza. Peliscán comenzó con ella a derribar caballeros, tanto, que todos estaban espantados, y antes que de allí se partiese había derribado veinte y cinco dellos. Luego se puso en su lugar el duque Armides, y, por no nos detener, derribó quince caballeros; y Grisalter de Suecia derribó veinte, y el infante Aliazar derribó doce. Y en fin, hicieron tanto que más de los ochenta caballeros habían ya derribados.

El Emperador, que siempre temía lo que desta justa podía suceder, rogó al duque que fuese a hablar con Meliades. El duque lo hizo así, y llegando donde el rey estaba, le hizo muy gran acatamiento, y vuelto al príncipe, le dijo:

—Soberano señor, ya habréis visto lo que deseábades de la bondad de aquellos caballeros, los cuales, si en alguna cosa os han enojado, os suplican les perdonéis, pues su intención no ha sido sino de servirlos; y que, porque los cuatro que quedamos, los dos están muy heridos de una batalla y los dos cansados de la vejez, os suplicamos nos dejéis ir nuestro camino sin querer de nosotros otra cosa más, porque en lo que hubiéredes menester nuestro servicio lo hallaréis con toda voluntad.

—Buen caballero —dijo el príncipe—, bien han mostrado vuestros compañeros la gran bondad que en ellos hay, y bien conozco hacerles sinrazón en pedirles más donde tanto han hecho; mas a mí me harán muy gran placer en querer justar conmigo, con condición que, si yo fuere derribado, que ellos y vosotros os podáis ir en paz, y que, si yo los derribare, me digan solamente quién son, para que yo conozca tan honrada compañía.

El duque dijo que le placía. Y por parecerles que más presto se podrían quitar de aquel estorbo, Olivante tomó una lanza, y dejándose ir contra Meliades, las lanzas volaron en piezas sin hacerse otro daño, y luego tornaron a tomar otras. El príncipe hizo la suya pedazos en el escudo de Olivante; mas el encuentro de Olivante fue con tan poderosa fuerza que el príncipe fue al suelo, y a tanto le vino de bien que llevó las riendas en la mano y luego tornó a cabalgar, lo que a todos pareció muy bien. Y si no fuera por lo que había prometido, él se quisiera probar de las espadas con Olivante, mas viendo que no podía hacer otra cosa le dijo:

—Buen caballero, vos habéis hecho más de lo que yo pensaba; y pues que ya no se puede hacer otra cosa, vos y vuestra compañía podéis hacer a vuestra voluntad sin que más estorbo recibáis.

Olivante le dio las gracias, y volviéndose donde el Emperador estaba, tomaron el camino de la nao muy contentos de haberse así podido partir del rey y del príncipe; los cuales quedaron muy espantados de ver la gran bondad de los caballeros y diciendo que darían cualquiera cosa por saber quién eran. A esta hora la ventura quiso que llegase en aquella playa el barco en que Olivante había muerto al jayán Madasir, y como los marineros vieron el escudo de Olivante lo conocieron luego, y como salieron en tierra, hallando aquella compañía de caballeros y sabiendo que el rey Anaxerses venía en ella, le dijeron cómo aquella compañía de caballeros y doncellas eran cristianos, y que creían que el emperador de Constantinopla iba entre ellos, y así, le dieron noticia de todo lo que había pasado, como la historia lo ha dicho.

El rey Anaxerses muy alegre destas nuevas, mandó a Minadar que con cincuenta caballeros fuese por ellos y los trujese presos. Minadar, que sabía bien la tierra, dejó aquel camino y tomó otro, por el cual se dio tanta prisa que en poco rato les salió delante. El Emperador que conoció lo que podría ser, rogó al duque que con la princesa y la infanta procurase acogerse al navío. El duque lo hizo así, y diose tan buena maña que pudo hacerlo sin que de los caballeros fuese sentido, porque el Emperador y Olivante y Peliscán y Silvano y Grisalter y Aliazar, todos seis salieron al encuentro de Aminadar;²¹⁷ el cual saliendo delante de los suyos, les dijo a grandes voces:

—Caballeros, conviene que volváis conmigo presos ante el rey Anaxerses; y si no lo quisiéredes hacer de voluntad, habreislo de hacer por fuerza.

—Ésa no recibiré yo —dijo Olivante— de tal caballero como vos.

Y diciendo esto se dejó correr contra él en la furia de su caballo. Aminadar hizo lo mismo, y de tal manera se encontraron que Aminadar quebró su lanza en muchas piezas, mas la lanza de Olivante pasando el escudo y la loriga, pareció la punta en las espaldas, dando muy gran caída. Los otros caballeros, viendo muerto a su capitán, todos juntos arremetieron contra el Emperador y los suyos, los cuales, sus lanzas bajas, se dejan ir contra ellos, y de los primeros encuentros ninguno quedó que no echase uno a tierra. Y metiendo mano a las espadas, se dejaron meter entre ellos diciendo:

—¡Traidores, agora veréis cuán ligeramente iremos en vuestra prisión, que por vuestro daño habéis venido a recibir la muerte!

Y comenzáronles a cargar de tan duros y mortales golpes, que en poco espacio se hicieron hacer tanto lugar que ya los contrarios no osaban a ellos así acercarse como al principio. Olivante y Silvano andaban entre ellos como muy furiosos leones, matando y hiriendo cuantos delante de sí hallaban; lo mismo hacían los otros cuatro caballeros y el Emperador, que no había olvidado lo que en tiempo de su juventud sabía hacer; así herían en sus enemigos, que cuando hubo dos horas que la batalla era comenzada más de los veinte eran muertos y muchos de los otros muy mal heridos, así que ya les parecía que no podrían turar si no hubiesen socorro, y por esto hicieron a un caballero que se saliese de la batalla y lo fuese a decir al príncipe Meliades. El caballero lo hizo así y con gran prisa llegó donde el rey y el príncipe estaban, que como lo vieron así venir y supieron la muerte de Aminadar, y que asimismo lo serían todos los otros si presto no fuesen socorridos, a mucha furia tomaron luego el camino hacia allá, enviando primero el rey un caballero a las villas y lugares que allí estaban cerca mandando que todos los caballeros que pudiesen venir lo hiciesen luego, porque no sabían si sería menester.

Y con esto se dieron tanta prisa que muy presto llegaron donde la batalla se hacía, que como vieron los más de los caballeros muertos y los otros tan maltratados que ya no había en ellos resistencia, muy maravillados fueron de la gran bondad de los seis caballeros. Y deseando tomarlos a prisión, el príncipe se adelantó de todos los suyos con la lanza baja; mas el Emperador, que siempre tuvo

²¹⁷ ‘Minadar’ hasta este punto (169r).

cuidado de mirar si les venía alguna ayuda, como viese venir tanta gente, sintió alguna turbación, por parecerle imposible poderse defender más, porque los tomaban sobre muy cansados. Y considerando todos los remedios que para su salvación podía haber, vio muy cerca de donde estaban un castillo que en otro tiempo en cabo de aquella floresta había estado, del cual habían aún quedado algunos edificios donde podían ampararse. Y antes que el príncipe Meliades llegase llamó a Peliscán y a Grisalter de Suecia y al infante Aliazar y a Silvano y a Olivante, diciéndoles que sería bien que se acogiesen allí para hacerles resistencia. Mas Olivante, si el Emperador le dejara, quisiera volver a encontrarse con Meliades, y más por fuerza que de su voluntad hizo lo que el Emperador le mandaba.

Y así, se acogieron a aquellos muros, donde hallaron muy buen aparejo para defenderse; mas en poco espacio fueron cercados de todos aquellos caballeros y los comenzaron a combatir por todas partes. Los seis caballeros salían a ellos, y se defendían y los ofendían tan cruelmente que, habiendo muerto muchos dellos, los otros no osaban así como de antes acercarse. Y desta manera estuvieron todo el día, hasta que sobreviniendo la escuridad de la noche, el rey, que muy gran voluntad tenía de prenderlos y saber quién eran los que tanta pujanza y bondad tenían que tanto estrago en los suyos habían hecho, mandó cercar aquellos edificios en derredor. Y como con el mandado que había enviado a las villas cercanas, como ya se dijo, toda la noche no cesase de llegar gente, así caballeros como peones, cuando vino la mañana había más de trecientos caballeros y más de otros trecientos hombres con hachas y capellinas y armas arrojadizas, los cuales se aparejaban para combatirlos, así que muy presto pensaban de hacerlos pedazos o tomarlos a prisión.

El Emperador toda aquella noche estaba con muy gran cuidado de lo que harían, considerando el gran peligro en que estaban, y si no lo tuvieran por mayor darse a prisión si después fueran conocidos, lo cual era imposible dejar de ser por estar allí el infante Aliazar, muchas veces estuvo determinado de hacerlo. Y así, pasaron hablando en muchas cosas. Olivante y Silvano quisieran salir a dar en sus enemigos, mas el Emperador se lo estorbó diciendo que con la escuridad no se verían ni se podrían ayudar los unos a los otros, y que se podrían perder.

Y así pasaron hasta que, venido el día, el príncipe Meliades comenzó a ordenar sus caballeros para acometerlos por todas partes; y como era muy buen caballero, pareciéndole fea cosa que con tan gran ventaja se hiciese aquella batalla, quisiera probar la ventura de hacerla uno por uno con cada uno dellos; mas el rey Anaxerses, que tan espantables golpes y terribles fuerzas había conocido en los caballeros, temiendo el peligro, no quiso consentirlo. Y así, los comenzaron a combatir por todas partes, que como así se viesan cercados, no lo pudiendo sufrir sus brazos y fuertes corazones, determinaron morir antes que consentir tan gran afrenta, y con este propósito salieron a dar en sus enemigos; mas, como los caballos estuviesen muy cansados del día antes y aquella noche no hubiesen comido, estaban así flacos que no los podían traer a una parte ni a otra, y el del Emperador cayó con él, el cual salió dél ligeramente. Olivante saltó muy presto del suyo y se puso delante; lo mismo hizo Grisalter de Suecia. A Silvano y a Peliscán y Aliazar

les habían muerto sus caballos, así que todos seis estaban hechos una muela²¹⁸ espaldas con espaldas, haciendo tan grandes maravillas cuales nunca por seis caballeros en el mundo fueron hechas, que más de treinta caballeros tenían muertos al derredor de sí, y aquéllos daban empacho a los otros, de manera que no podían así acercarse a herirlos como de antes. Mas todo esto no les podía estorbar de la muerte, según la mucha gente que eran, si no tuvieran otro socorro, aunque el príncipe Meliades hasta entonces, viendo la gran ventaja y preciando mucho a los caballeros por su bondad, no había hecho contra ellos lo que pudiera, que a maravilla era buen caballero.

CAPÍTULO II-XXXVI

DEL SOCORRO QUE HICIERON CIERTOS CABALLEROS AL EMPERADOR ESTANDO EN GRAN PELIGRO, Y CÓMO EL REY DE PERSIA Y EL PRÍNCIPE MELIADES FUERON PRESOS

EL duque Armides, como ya se dijo, llevó a la princesa y a la infanta a la nao en que habían venido, yendo siempre con muy gran temor que el Emperador con los que con él quedaban se verían en algún peligro, y quisiera luego volverse si la princesa le dejara. Y Darintel de Altarroca y el duque Durián de Baltar y Castidel quisieran hacer lo mismo; mas estuvieron esperando gran pieza del día para ver si venían o sabían alguna nueva. A esta hora vieron venir tres naos de armada que traían su camino enderezado hacia el mismo puerto, que como cerca llegaron, conocieron las armas reales de Constantinopla, con que no poco gozosos fueron; que sabed que estas eran las que en seguimiento del Emperador habían venido, y con gran deseo de saber nuevas de lo que andaban a buscar se fueron derechos al puerto de Fisol, donde la otra nao vieron estar; que como allí llegaron, el príncipe Agrestes, que en la delantera venía, conoció luego a Darintel de Altarroca, y sabiendo dél todo lo que pasaba y haciéndolo saber en las otras naos, salieron luego el duque Tesaliano y Polinerdos y Riseles de Normandía y don Lucisor de Numidia, y todos juntos fueron a besar las manos a la princesa y a la infanta, las cuales los recibieron con muy grande amor y agradecimiento del trabajo que por su deliberación habían tomado, y después hablaron al duque Armides con mucho acatamiento, sabiendo quién era, y el duque asimismo les hizo gran cortesía. El príncipe Agrestes sintió mucho la pérdida de su hermana la infanta Clarista, y el duque Armides le consoló, diciéndole tantas cosas sobre ello que le hizo tener muy gran esperanza que la ventura se quería así haber con ella como con todos los otros de su compañía había hecho.

Desta manera estuvieron esperando hasta que la noche se acercaba, y entonces el duque temió lo que podría ser, habiendo visto la gente que con Aminadar venía. Y rogando a la princesa y a la infanta que se quedasen en la nao, y dejando con

²¹⁸ Rueda de molino.

ellas al duque Durián de Baltar con veinte caballeros que las guardasen, tomó los otros setenta, y saliendo con ellos muy bien aderezados de armas y caballos, comenzaron a caminar por el camino donde al Emperador habían dejado, yendo delante dellos el duque Armides y el príncipe Agrestes y el duque Tesaliano y Polinerdos y Darintel de Altarroca, Castidel, don Lucisor de Numidia y Riseles de Normandía, que todos ellos eran a maravilla buenos caballeros.

Y muy poco hubieron andado cuando les sobrevino la noche, y con ella caminaron, no sabiendo el camino, a unas partes y a otras de la floresta hasta que vino la mañana. Hallaron a Darisio y a Felises, que haciendo muy gran llanto por ver el peligro en que el Emperador con sus señores quedaba, se determinaron de ir a buscar alguna ayuda, y dellos supieron lo que había pasado, con que muy tristes y desconfiados de pensar de allegar a tiempo comenzaron a caminar a muy gran priesa por donde los escuderos los guiaban. Y yendo por la floresta desta manera llegaron en un valle en el cual vieron una compañía de veinte caballeros que a más andar iban, y delante de todos ellos uno que señor de todos parecía, con unas armas bermejas y en el escudo un tigre en campo dorado; que sabed que éste era el duque Jesalao, que por aviso del rey Anaxerses iba con aquellos caballeros por prender al Emperador y a los que con él estaban.

—No me ayude Dios —dijo el duque Armides— si éstos van con intención de hacernos ningún bien; y si no fuese por no detenemos, yo tomaría en ellos alguna venganza del daño que en esta tierra hemos recibido.

—Poco nos podrán estorbar —respondió el duque Tesaliano—; y no me ayude Dios, si yo puedo, si no les quito la intención con que van a juntarse con el rey Anaxerses, pues que no pueden llevar otro camino.

—Yo soy del parecer —respondió el príncipe Agrestes—; y con adelantarnos algunos de nosotros, cuando los otros llegaren por ventura hallarán el camino desembarazado.

El duque Armides bien quisiera estorbarles aquella batalla, mas, viendo su intención, ordenó que en seguimiento dellos fuesen el príncipe Agrestes y el duque Tesaliano y Darintel de Altarroca, don Lucisor de Numidia con treinta caballeros, y él y Polinerdos y Castidel quedaron con los demás. Los cuatro caballeros, como caudillos de los otros treinta, se adelantaron de los suyos y por un atajo que Darisio les mostró en muy poco tiempo les pasaron delante, y con las lanzas bajas y con los escudos embrazados salieron a ellos diciendo:

—¡Sean todos muertos!

El duque Jesalao, que delante de todos los suyos iba, como no viese más de cuatro caballeros, teniéndolos en muy poco bajó su lanza; mas el príncipe Agrestes le hirió de tan poderoso golpe que a él y al caballo derribó por tierra, y de la caída el duque hubo una pierna quebrada que el caballo le tomó debajo. Lo mismo hicieron el duque Tesaliano, Darintel de Altarroca y don Lucisor de Numidia, que a dos cormanos y un sobrino del duque Jesalao derribaron por tierra, no habiendo recibido daño ninguno aunque muchas lanzas de aquellos caballeros se rompieron en sus escudos. Y echando mano a las espadas, como muy bravos leones se meten entre ellos, dando tan bravos y mortales golpes y con tan gran fortaleza, como aquellos que tan buenos caballeros eran, que ya seis de sus contrarios tenían

muertos y muchos malheridos cuando llegaron los treinta caballeros que con ellos venían, que como les tomasen por las espaldas, así desmayaron que sin resistencia ninguna fueron todos muertos salvo el duque Jesalao, el cual como muerto por no se poder tener sobre la pierna con muy gran dolor estaba.

A este tiempo llegó el duque Armides, que como tan bien viese aquel negocio hecho y en tan breve tiempo, lo tuvo a muy gran bien y por buena señal, y holgose mucho de ver al duque Jesalao que fuese vivo, porque era su cormano y en el tiempo de su juventud se habían querido mucho. Y sin dársele a conocer le hizo atar la pierna, y poniéndolo encima de su caballo le dijo:

—Mi buen señor, estos son los casos en que la fortuna muestra su poder, y en tales tiempos se muestra la virtud y fortaleza de los corazones para sufrir lo que han sufrido muchos a quien ya vos habéis puesto en semejantes afrentas. Lo pasado no puede dejar de ser, y en lo por venir se pondrá el remedio que para vuestra salud conviene; mas esto quiero que sea con que seáis mi preso y me hagáis homenaje de seguir en todo lo que os demandare mi voluntad, con que yo os prometo que de hoy en diez días estéis libre de la prisión en que agora os veis sin recibir daño ninguno.

El duque, que no esperaba tan buenas palabras ni tratamiento, ni otra cosa que la muerte, le responde:

—Esa prisión en tal tiempo yo la recibo por libertad, pues no puedo por agora daros otras gracias por tan gran merced; y en lo del homenaje, yo lo prometo como caballero, en tanto que mandáredes no salir de vuestra voluntad y mandado.

—Yo confío de vuestra palabra —respondió el duque.

Y con esto, tomando consigo a Darintel de Altarroca y a Castidel y a otros diez caballeros, dijo que él iba a entender en cierto caso que para la salvación de todos ellos cumplía mucho, y que le rogaba que se diesen toda la priesa que pudiesen por llegar a tiempo de dar socorro al Emperador y a los que con él estaban, y que él les haría luego saber lo que le sucediese en lo que llevaba pensado. El príncipe Agrestes le respondió que en todo le había de obedecer, y que así harían en aquello. Y con esto el duque, llevando consigo al duque Jesalao y a los otros caballeros, se metió por un camino de la floresta cerca de la marina. Y el príncipe y el duque Tesaliano y don Lucisor y Polineros y Riseles de Normandía, con los sesenta caballeros que llevaban, se dieron tan gran furia que no era media hora pasada después de la batalla cuando llegaron al valle donde el Emperador estaba cercado, que como cerca dellos estuviesen, vieron que todos ellos estaban a pie, y que los golpes de Olivante y de Silvano eran de tan gran fortaleza que, aunque en tan grande estrecho se veían, queriendo vengar primero su muerte, más de treinta caballeros tenían muertos delante de sí, con que habían hecho baluarte para que no pudiesen como de antes llegarse a herirlos. Pues el infante Aliazar y Peliscán y Grisalter de Suecia así se defendían y ofendían a sus contrarios, como tan buenos caballeros que eran, que bien se podía decir con verdad que allí estaba la flor de la caballería del mundo cercada.

Meliades estaba rogándoles que se diesen a prisión, que con ser tan buen caballero, pesábale de ver morir los mejores caballeros que él jamás había visto; y el Emperador estaba ya determinado de hacerlo, no viendo ni esperando que de

parte alguna les pudiese venir remedio ni socorro. Mas a este tiempo el príncipe Agrestes con todos los demás batieron las espuelas a sus caballos, las lanzas bajas y bien cubiertos de sus escudos, se dejaron correr contra sus enemigos. El príncipe Meliades y el rey Anaxerses, que juntos estaban, no se temiendo dellos, pensando que eran caballeros de su tierra y aún hasta entonces no habían rompido sus lanzas, viéndolos así venir tomaron hasta cien caballeros y con ellos los salieron a recibir diciendo:

—¿Qué puede ser, que esta gente parece venir contra nosotros?

El príncipe Agrestes y Meliades, que delante de todos venían, se dieron tan poderosos encuentros que ambos rompieron sus lanzas y pasaron sin hacerse más daño, de que Agrestes perdió un estribo, el cual tornó a cobrar luego. El rey Anaxerses, que con su vejez ya muchos tiempos había que no se había ejercitado en las armas, se encontró con Polineros y ambos a dos vinieron al suelo, aunque no heridos; mas tan bien les avino que cobraron luego los caballos. El duque Tesaliano y don Lucisor de Numidia y Riseles de Normandía derribaron tres caballeros con quien se encontraron. Y mezclándose los unos con los otros, los sesenta caballeros lo hicieron tan bien que más de cincuenta de sus enemigos de aquellos primeros encuentros fueron al suelo, y sacando sus espadas, se comenzaron a mezclar en una muy áspera y terrible batalla.

El Emperador que tal socorro vio que les venía a tan buen tiempo sin tener ninguna esperanza dél, la puso muy grande de la libertad, y como los que sobre ellos estaban desmayasen algún tanto de ver aquella gente contraria que de antes pensaban venir en su favor, dieron tanto lugar a Olivante y a Silvano que de los caballos que andaban sueltos cobraron dos, y en el uno dellos hicieron subir al Emperador, aunque él no lo quería hacer, y Olivante hizo a Silvano subir en el otro; el cual metiéndose entre sus enemigos, trajo muy presto otro, el cual dio a Olivante. Y desde que los dos se vieron a caballo juntamente con el Emperador, los enemigos les desembarazaron así el campo, que muy presto todos los otros caballeros cobraron caballos, y hechos todos un tropel, comienzan a herir en sus enemigos como si ninguna cosa hubieran hecho, y todos decían:

—Éstos no son caballeros, sino diablos salidos del infierno, que sin haber comido ayer ni hoy están más fuertes y pelean con más ánimo que al principio.

Y tanto hicieron matando y hiriendo en sus enemigos, que allegaron a mezclarse con los caballeros de Grecia. Olivante que²¹⁹ vio que Meliades era escudo de todos los suyos y que como buen caballero andaba entre los griegos y que acababa de derribar uno muerto, apretando la espada en el puño, se fue hacia él diciendo:

—Meliades, muy mal parece a un caballero tan estimado como tú eres y de tan gran bondad haber hecho tan gran falta de quebrar tu palabra en no guardar la fe que nos diste; por tanto, guárdate de mí como de mortal enemigo, que la prisión que pensabas darnos nos pagarás con tu cabeza.

²¹⁹ Suplo 'que' (172r).

—Ésa defenderé yo —dijo Meliades—, y primero perderás tú la tuya, aunque de lo que me acusas no tengo tanta culpa como a ti parece, porque lo que se ha hecho no ha sido por mi voluntad.

Y diciendo esto, los dos se comienzan a cargar de muy mortales y ásperos golpes, que grande espanto era verlos. Meliades era buen caballero y Olivante estaba algún tanto flaco y cansado del trabajo pasado, y por esta causa Meliades se mantenía tan bien contra él. Silvano andaba derribando cuantos enemigos delante de sí hallaba. Lo mismo hacía Peliscán y Grisalter de Suecia y el infante Aliazar, que, como rabioso león, acordándose de la crueldad con que Anaxerses le había desterrado de su corte, se metió tanto entre sus enemigos buscándole hasta que se halló con él, y los dos comienzan entre sí una muy peligrosa batalla; que el rey, aunque viejo, era muy esforzado y en su tiempo había sido muy buen caballero.

El duque Tesaliano y Polinerdos y don Lucisor, con todos los demás, se habían tan bravamente combatido con sus enemigos, que los tenían espantados y con muy gran temor; mas, como eran muchos, no sentían la falta de la gran mortandad que en ellos hacían. Y así anduvieron todo aquel día, en que ya eran muertos más de los ciento y treinta de los persianos, y de los griegos faltaban siete caballeros y otros tres que de la batalla habían salido malheridos.

Olivante que dos veces se había ya visto en batalla aquel día con Meliades, tornando a encontrar con él, le cargó de dos tan mortales golpes sobre el yelmo, que, haciéndole una pequeña llaga en la cabeza, sin ningún sentido lo hizo venir al suelo, y como por las armas lo conociese, mucho le pesó, pensando haberle muerto; y bajándose del caballo, lo tomó en los brazos, y tornando a cabalgar, lo llevó delante de sí. Saliéndose lo más encubierto que pudo de la batalla se metió por la mayor espesura de árboles que vio; y aunque algunos caballeros persianos lo vieron, no hubo ninguno tan esforzado que conociendo los golpes de Olivante osase seguirlo. Cuando Olivante hubo andando algún trecho apartado de la gente puso muy paso a Meliades en tierra, y descendiendo del caballo, le quitó el yelmo de la cabeza, y como el aire le dio, tornó luego en sí y túvose por muerto viéndose de aquella manera en poder de Olivante; el cual blandiendo la espada sobre su cabeza, le dijo:

—Meliades, muerto eres si no te otorgas por mi prisionero; aunque a caballero que así ha faltado su palabra por ninguna cosa se había de escusar la muerte.

—Ésa recibiré yo de grado —respondió Meliades— por ser de mano de tan buen caballero como vos sois, si vuestra voluntad es de dárme la. Y si quisiéredes dejarme con la vida, podréis hacer a vuestra voluntad, aunque no quiero consentir lo que en perjuicio de mi honra decís, porque de mi consentimiento no se hubiera hecho cosa ninguna de lo pasado; mas yo creo que todo será en nuestro daño y en acrecentamiento de vuestra honra. Si tenéis por bien de que yo sea vuestro preso, juro por el poder de nuestros soberanos dioses y por lo que debo a la orden de caballería que recibí, de hasta ser puesto por vos en libertad, de seguir en todo vuestro mandado.

—Esa fe —respondió Olivante— de tan alto príncipe como vos quiero yo tener por muy cierta, y confiando en ella, quiero que no os partáis de mí ni seáis más en

esta batalla; que si el rey vuestro padre en ella no recibiese el daño como se le podría hacer, ha de ser²²⁰ por vuestra causa, a quien estimo yo en mucho.

Y diciendo esto, le ayudó a levantar y le ató las heridas. Meliades, viendo la gran cortesía que Olivante con él usaba, quedó más preso suyo en la voluntad que en lo demás lo estaba, y otra vez tornó a jurar de nuevo de cumplir todo lo que Olivante le mandase. Y así, se tornaron al campo donde la batalla se hacía, y cuando llegaron, que ya eran más de tres horas después de mediodía, hallaron todos los del rey Anaxerses desbaratados, puestos en huida, que pensando ser el príncipe muerto, no tuvieron corazón para más esperar. Y el rey quedó preso en poder del infante Aliazar, que mucho trabajó aquel día por hacerlo.

El Emperador mandó luego recoger todos los suyos, y de uno en uno abrazó a todos aquellos caballeros que le habían venido a dar socorro agradeciéndoles las vidas que a él y a los que con él estaban habían dado. Y poniéndose todos en orden, comenzaron a caminar la vía del puerto no pensando parar, porque pensaban, sabida la nueva, de no poder llegar a las naos sin otro semejante estorbo.

El rey Anaxerses, conociendo ir en poder del emperador de Constantinopla, iba tan desesperado que, si no fuera por Meliades, él mismo se quisiera dar la muerte. Y viendo que el infante Aliazar era el que le había prendido, pensó que él había traído aquella gente en su tierra para vengarse de lo que le había hecho, y tomándose a él, le dijo:

—Infante Aliazar, no pudiera yo pensar que de ti pudiera salir tan gran traición contra mí como es de criado contra señor, mas la ventura, que te ha querido favorecer en esto, te podrá traer a tiempo que te arrepientas de haberlo hecho.

El infante Aliazar, como muy mesurado y discreto caballero era, le respondió:

—Soberano rey, cualquiera cosa que contra mí quieras decir soy obligado a sufrirte; lo uno, por haberte tenido en algún tiempo por señor, de donde me quedó obligación de hacerlo, y lo otro porque los que están en prisión tienen libertad de decir todo lo que quisieren, pues que la pasión que tienen les quita la culpa del poco sufrimiento que tuvieren. Mas todavía quiero satisfacer, no a ti, que sabes la verdad, mas a este poderoso emperador y a los que con él están de tu acusación; porque ni yo fui jamás traidor ni en mi corazón ha estado tal pensamiento, porque aunque yo haya vivido contigo y tenido por señor, como es verdad, sin ninguna razón y como a enemigo me has echado, no sólo de tu casa, mas de tu reino, procurándome primero la muerte, como a todos es notorio. Así que yo no era obligado a tenerte la lealtad que tú dices, pues en ti no hubo la fe que con tan buen criado como yo debieras tener, y a la hora que de tu casa me despediste yo quedé libre para hacer a mi voluntad.

El rey no respondió ninguna cosa a esto, mas, hablando en otras cosas, llegaron, ya que sería una hora de la noche, junto del Castillo Deleitoso, donde los dejaremos por decir lo que hizo el duque Armides.

²²⁰ Suplo 'ha de ser' (172v).

CAPÍTULO II-XXXVII
DE LO QUE EL DUQUE ARMIDES HIZO DESPUÉS QUE DEJÓ LOS
CABALLEROS QUE AL EMPERADOR SOCORRIERON

DESPUÉS que el duque se partió del príncipe Agrestes y de los otros caballeros llevando consigo a Darintel de Altarroca y a Castidel con los otros diez caballeros, hizo desarmar al duque Jesalao y él asimismo se desarmó; que como el duque Jesalao le conoció, fue muy espantado, y conhortose de verse en su poder, porque muy cercano deudo era el que tenían. El duque Armides, por no se detener en hacer lo que tenían pensado, no hizo otra cosa que decir:

—Duque Jesalao, yo espero en Dios que hoy se arrepentirá el rey Anaxerses de lo que contra mí tan sin razón y justicia hasta agora ha hecho. Y porque yo no sabía si el emperador de Constantinopla, que es el que está cercado con los otros caballeros, entre los cuales yo tengo un hijo, no podrán ser socorridos a tiempo que no sean muertos o presos, antes quiero yo hacer la diligencia de haber a la reina y a la princesa en mi poder; y para poder entrar en el castillo quiero vuestras armas. Y en lo que toca a vuestros hechos, aunque yo tenga poca razón de mirar por ellos, pues que en mi necesidad no hallé deudo ni amigo que me socorriese en esta tierra, no por eso dejaré de hacer todo lo que en mi poder fuere.

Muy espantado fue el duque Jesalao de lo que el duque Armides decía, y pesole cuando conoció que su intención era aquélla, y díjole:

—Señor duque, bien conozco la gran razón que tenéis de quejaros del grande agravio que el rey os ha hecho y de todos nosotros en haberlo consentido, mas yo espero que todo se emendará a vuestra voluntad. Y de mí podréis hacer lo que fuéredes servido, que, como vuestro prisionero, no podré dejar de seguir vuestra voluntad.

Y dicho esto, quitando todas las armas, se armó con ellas el duque Armides, que, como fue armado, porque muy bien le vinieron, parecía que fuese el mismo dueño dellas. Y llevando el escudo delante, por que la devisa mejor se pareciese, se fue derecho al Castillo Deleitoso, dejando cuanto un tiro de arco todos aquellos caballeros con el duque escondidos en una espesura sin que pudiesen parecerse, y llegando a la puerta, como aquel que bien sabía la lengua, llamó que le abriesen. Las guardas, pensando verdaderamente ser el duque Jaselao,²²¹ muy espantados de verlo venir así le abrieron muy presto. Y como el duque fue entrado, sin más aguardar poniendo mano a su espada, de un golpe hendió la cabeza al que tenía las llaves. Y como eso vieron unos diez hombres que allí estaban en guarda, tomando sus armas se vinieron contra el duque diciendo a muy grandes voces:

—¡Traición, traición!

Que ya en la voz habían conocido no ser aquél el duque que ellos pensaban, mas otro que metido entre ellos los comenzó a cargar de tan duros y mortales golpes que en poco espacio mató los cuatro dellos; y los otros viendo esto, se fueron huyendo a un patio muy grande que en el castillo estaba.

Hasta aquí, 'Jesalao' (173r).

A esta hora, habiendo oído el ruido Darintel de Altarroca y Castidel, se fueron corriendo con seis caballeros de los que con ellos estaban, dejando los cuatro en guarda del duque. Y como a la puerta llegaron, hallando la entrada desembarazada, el duque Armides hizo llamar a los que allá quedaban, y venido el duque Jaselao, el duque Armides le dijo:

—Señor duque, lo que hasta agora se ha hecho ya no puede tener remedio, y en adelante yo lo querría poner como no se siguiese más daño del que hasta agora se ha hecho. Si vos me prometéis de procurar que podamos entrar seguros en este castillo y que de cualquiera manera que nos avenga no vos partiréis de mi prisión, yo vos dejaré entrar a que lo negociéis con la reina y con la princesa, porque poniéndose en defensa los que dentro estuvieren, podría ser hacerme mudar el buen propósito que tengo de procurar que todas estas cosas paren en más próspero fin que agora parece.

El duque Jaselao, que le pareció el consejo de Armides ser provechoso, porque los caballeros que en el castillo habían quedado no bastaban a poderlo defender de los que ya tenían tomada la entrada, le prometió de hacerlo así. Y entrando en el patio del castillo con ayuda de dos escuderos, porque no podía tenerse sobre la pierna que el caballo le tomara debajo, allí halló los cinco caballeros que en el castillo quedaron con algunos hombres aparejados para la batalla; mas viendo venir a su capitán, que les mandó que no hiciesen movimiento y que dejaran las armas, lo hicieron luego, porque les pareció que así les convenía. Y subiendo por una escalera a la sala donde la reina y la infanta Casiana estaban, las halló tan turbadas con la novedad que habían visto que apenas podían echar la habla de la boca, y todas las doncellas que con ellas estaban hacían muy gran llanto teniéndose por perdidas y captivas.

El duque, que muy cuerdo caballero era, haciéndolas sosegar a todas que le oyesen, volviéndose hacia la reina le comenzó a decir:

—Soberana y poderosa señora, en los corazones que mayor obligación tienen a resistir las adversidades hace por la mayor parte la fortuna experiencia para conocer si son dignos del estado en que los ha puesto; y aquellos que mayor estado alcanzan, mayores caídas les están aparejadas, de lo cual ninguno se debe agraviar, pues que lo que tenemos es prestado y deuda que todas las veces que nos fuere pedida estamos obligados a restituir con paciencia. Digo esto por que la vuestra soberana grandeza no se espante de lo que la fortuna quisiere ordenar, porque el mayor vencimiento que della podemos haber es tenerla en poco. Yo salí deste castillo con veinte caballeros a prender aquellos seis que el rey y el príncipe tenían cercados, y en el camino hallé cierta compañía de caballeros cristianos que iban a dar socorro a los seis, con los cuales habida batalla, todos los míos fueron muertos, y yo escapé, como veis, malherido y preso del duque Armides, el cual está dentro en vuestro castillo y lo tiene tomado por fuerza, sin saber lo que de vuestra alteza y de los demás que aquí estamos querrá hacer.

Cuando el duque hubo dicho que el castillo era tomado y los que estaban dentro no tenían defensa, tan grande fue el llanto que todas comenzaron a hacer, que gran lástima ponían al duque Armides y a los caballeros que en el patio estaban. Los cuales habiendo cerrado muy bien las puertas del castillo y cerrados

en una cuadra así a los caballeros como a la otra gente de servicio que en él estaba, habiéndoles primero tomado las armas, se subieron a lo alto. Y dejando el duque los diez caballeros por las estancias del castillo, con el conde de Altarroca y Castidel se fue donde la reina estaba; que como hubieron entrado, la reina, conociendo al duque, se levantó a él diciendo:

—¡Ay duque Armides! ¿Qué novedad es esta que veo?; que nunca yo pensara que bastara cosa ninguna del mundo para que vos pudiéades hacer contra mí cosa de que yo pudiera recibir enojo, y agora véoos de manera que os juzgo por el mayor enemigo que puedo tener, pues como tal me ponéis en esta necesidad y estrecho.

El duque, haciendo a la reina y a la infanta aquel acatamiento que cuando estaba en su reino solía, le pidió las manos para besárselas; mas la reina, no se las queriendo dar, le dijo:

—Duque, nunca yo vi los señores pedir las manos a los prisioneros. Si lo hacéis por acrecentar mi congoja, no tenéis razón, porque, aunque vos juzguéis otra cosa, mi voluntad nunca os lo mereció.

—Excelente señora —dijo el duque Armides—, nunca yo dejé de desear servir a vuestra grandeza, si el rey vuestro marido lo tuviera por bien, no me habiendo hecho las sinjusticias y agravios pasados que he recibido en su reino. Lo que agora hago no es tanto para enojaros como por asegurar algunas cosas que en este reino podrían acaecer contrarias a mi deseo, que es en esta batalla que el rey hoy habrá con ciertos caballeros que de mi compañía fueron en socorro y ayuda de aquellos a quien el rey tan sinrazón ha querido prender. Por tanto, vuestra excelencia no se congoje hasta ver el fin destas cosas, que si yo puedo procuraré que sea muy mejor de lo que agora pensáis.

La reina le dio las gracias de su voluntad encomendándose al duque, el cual habló también a la infanta Casiana, y entre otras cosas, sin que ninguno lo oyese, le dio a entender cómo en la batalla estaba el infante Alíazar, y que él sabía todo el secreto de sus amores porque la noche que le había hablado él estaba presente y lo había oído todo, y que tuviese buena esperanza de que todo se haría a su voluntad. La infanta hubo muy gran vergüenza de lo que el duque le dijo, mas mucho se consoló con aquellas razones. Y estando en esto, el duque vio salir de una cámara una doncella que le pareció ser una de las más acabadas y perfetas en hermosura que él jamás hubiese visto, la cual viniéndose hacia él, le hizo muy gran acatamiento, y el duque a ella lo mismo, pareciéndole en su manera ser persona de gran estima. La doncella, después que cabe la infanta se hubo sentado, vuelta hacia el duque le comenzó a hablar en esta manera:

—Señor duque, bien sé que la vuestra merced se maravillará de ver la diferencia del sentimiento que hay de mí a estas señoras, porque yo solamente tengo el que la lástima de verlas en este estado puede darme, no lo pudiendo tanto como querría y lo debo al buen tratamiento que dellas he recibido con la alegría de pensar que la aventura me haya puesto en poder de un tan noble y valeroso caballero como vos sois, siendo entrambos de una misma ley, y porque pienso que conociendo esto me haréis merced, como a una desdichada doncella y a quien la fortuna hasta agora tanto ha perseguido, de restituirme en la libertad perdida; que

con este pensamiento y ver el vuestro que de hacer por estas señoras tenéis, yo me hallo la más alegre y contenta mujer que haya en el mundo.

—Mi buena señora —respondió el duque—, causas habéis vos dicho con que me ponéis en cuidado no solamente de hacer lo que me pedís, mas de serviros en todo lo demás que pudiere; porque, aunque otro merecimiento en vos no hubiese sino la virtud que mostráis en doleros de la adversidad destas señoras habiendo vos estado presa en su poder, basta a ponerme a mí en obligación de desearos todo bien y procurar vuestra libertad. De la cual podréis estar bien cierta; aunque deseo saber quién seáis, para con esto no errar en el tratamiento que a vuestra persona se debe.

—Cualquiera basta —dijo la doncella— de persona de quien tan gran merced recibo. Y lo demás, cuando fuere tiempo, vuestra merced lo sabrá; basta que lo hacéis por persona que sabrá y por ventura podrá serviros lo que agora hiciéredes.

El duque con estas palabras le pareció que debía ser persona de mucho merecimiento, y no curó de hablar más en ello. La reina hizo luego curar del duque Jaselao, y hallaron que tenía toda la pierna denegrida del golpe, mas que no era cosa de peligro. Y el duque se salió con el conde de Alarroca y con Castidel a proveer en las cosas que eran menester en el castillo, y entretanto las mesas fueron puestas, y el duque Armides trabajó con la reina que comiese, lo cual se hizo con dificultad.

Y cuando todo esto fue hecho era ya de noche, y el duque Armides estaba con muy gran cuidado por saber el suceso de la batalla, porque muy gran temor tenía que, cuando el príncipe Agrestes llegase, el Emperador con los que con él estaban fuesen presos. Y no pudiendo sosegar, entre muchos pensamientos que le vinieron fue de salir él, porque sabía la tierra, a saber la nueva cierta de lo que tanto deseaba; mas el conde de Alarroca, sabida su voluntad, no lo consintió, diciendo que no era razón que él se pusiese en tal peligro, porque si él se perdía, mal podrían los que quedasen saberse valer en aquella tierra. Y después de pasadas muchas cosas, se determinaron en que Darintel con un captivo cristiano que allí estaba, el cual dijo que le mostraría el camino, saliesen a saber lo que pasaba, encomendándole el duque que de cualquiera manera que le sucediese procurase volver a la mañana, y Darintel lo prometió así.

CAPÍTULO II-XXXVIII
CÓMO EL EMPERADOR SUPO QUE EL CASTILLO DELEITOSO ERA
TOMADO, Y CÓMO LLEVANDO PRESOS AQUELLOS REYES Y
PRÍNCIPES SE EMBARCARON Y LLEGARON A LA ISLA DE LOS
CINCO PEÑONES

A Sí como el conde Darintel de Altarroca salió con aquel escudero captivo del Castillo Deleitoso se metieron por la floresta ya que sería una hora de la noche, por la cual habiendo andado cuanto una milla oyeron estruendo de caballos, que como más cerca llegaron, vieron que eran tres que a punto de batalla venían. Darintel se quisiera escusar dello, mas los tres caballeros le dijeron que fuese preso.

—Eso no seré yo —respondió Darintel— en tanto que pudiere defenderme.

—Pues decidnos quién sois —dijeron los caballeros.

—Menos sabréis eso —respondió Darintel.

Y con esto habiendo tomado la lanza y embrazado el escudo, se dejó correr contra uno dellos que a recibirlo²²² salió, los cuales se dieron en medio de la carrera tan fuertes encuentros que ambos vinieron al suelo. Y levantándose cada uno dellos como buenos caballeros que eran, comenzaron una muy brava y reñida batalla, sin que en un cuarto de hora se conociese en ninguno dellos mejoría.

Los dos caballeros que los miraban quisieran ayudar a su compañero, porque les parecía peligroso el detenerse, mas esperando a que el Emperador con los otros caballeros llegase, no lo quisieron hacer; que sabed que el que con Darintel hacía la batalla era don Lucisor de Numidia, y los otros dos eran Riseles de Normandía y Polinerdos, que en la delantera venían para saber si el camino estaba seguro. No tardó en llegar el Emperador, que como la batalla sintieron se dieron más prisa. Y cuando Darintel vio tanta compañía conoció que su defensa sería escusada; y queriendo primero vengarse, porque estaba determinado antes morir que ser preso, comenzó a herir a don Lucisor muy más áspera y fuertemente. Don Lucisor, viéndose delante del Emperador, hacía lo mismo, así que la batalla era juzgada entre dos muy esforzados y valientes caballeros.

El Emperador, que de aquella tardanza sospechaba poder venir algún peligro, se llegó a Darintel diciéndole:

—Buen caballero, las cosas en que no se miran con discreción los fines traen el arrepentimiento a tiempo que no aprovecha. Digo esto porque vos tenéis mala defensa siendo solo contra todos nosotros, pues que todos hemos de ayudar a este caballero, por que de mi consejo antes os habríades de dar a prisión que así conocida recibir la muerte que no podéis escusar.

Darintel de Altarroca, que al Emperador conoció en estas palabras, dejando con infinito gozo caer la espada y el escudo en el suelo, se hincó ante él de rodillas diciendo:

—Señor, esa prisión de voluntad será, que no forzosa, pues yo siempre estoy preso para serviros.

²²² Orig.: ‘recebirlos’ (175r).

El Emperador y todos los demás conocieron a Darintel, y con gran gozo le abrazó el Emperador, diciendo:

—Mi buen amigo, así lo tengo yo creído de vos. Y decidnos qué ventura os ha traído a tal tiempo y qué se ha hecho del duque Armides, con quien me dijeron que quedastes.

—Él está muy bueno —respondió Darintel— y con gran deseo de saber de vuestra salud; que sabed que dudando de vuestra prisión y que no podríades ser socorrido con tiempo, había buscado el rescate, que es a la reina y a la princesa Casiana, las cuales juntamente con el Castillo Deleitoso tiene en su poder. Y yo salía a saber lo que de vuestra grandeza hubiese hecho la fortuna.

Grande alegría pusieron estas nuevas en todos aquellos caballeros, y principalmente en el infante Aliazar, porque pensaba que sus hechos serían así bien guiados. Y Olivante y Silvano con todos los demás hablaron a Darintel, y don Lucisor y él pasaron graciosas palabras sobre su batalla. Y comenzando a caminar, todos ellos iban muy contentos; mas el rey Anaxerses y Meliades entendiendo aquestas nuevas, por mayor adversidad la tuvieron que la prisión dellos. Y llegando al Castillo Deleitoso, como por la guarda del duque Armides fueron conocidos, luego les abrieron las puertas; y como fueron entrados, el duque se puso de rodillas delante del Emperador diciéndole:

—Soberano señor, vuestra majestad me perdone en haberos dejado a tal tiempo; que temiendo vuestra prisión anduve buscando el rescate, el cual tenía ya en la mano; mas paréceme que no me daréis las gracias, pues no tenéis necesidad dél.

El Emperador lo abrazó con muy grande amor, y lo mismo hizo a Castidel con todos los otros caballeros. El duque Armides, después que abrazó a Peliscán, el cual le había ya besado las manos, se llegó al rey Anaxerses, el cual muy espantado de verle, no sabía si se había de alegrar o tener mayor temor de su vista, porque se acordaba de la razón que tenía de ser su enemigo y procurarle mal, y por otra parte, el deudo que con él tenía le ponía alguna seguridad. El duque que su turbación conoció, no pudiendo la inclinación natural del deudo que con él tenía negar la lástima que en tales tiempos se debe tener de aquellos a quien la fortuna persigue, le hizo un muy gran acatamiento diciendo:

—Poderoso rey, si no te hablo con la cerimonia que en los tiempos pasados de besar tus reales manos, tú tienes la culpa de mi descomedimiento, pues que conociendo el deseo que yo tenía de servirte, por haber conocido la verdad de la verdadera ley en que vivo me perseguiste, quitándome de la obligación que por ser tu vasallo tenía. De lo que al presente has visto ni tomes espanto ni desmayes en semejantes adversidades, pues que sabes que todo lo puede hacer la fortuna, a quien en este mundo estamos sujetos. Ten paciencia y sufrimiento, con el cual se vencen todas las cosas, pues que no estás olvidado del todo della habiéndote traído a poder del aposento de la virtud, que es deste excelentísimo emperador, donde no creo recibirás mal tratamiento de tu persona, ni en lo que yo pudiere servirte y aprovecharte en tu prisión lo dejaré de hacer, siendo con la voluntad de cuyo prisionero eres.

—Duque —respondió el rey Anaxerses—, no quiero daros las gracias de vuestras buenas razones por que no las tengáis por lisonjas para más obligaros, pues que a tal tiempo no quiero darme más libertad para hablar que tengo para poder hacer las obras. Solamente quiero deciros que no puede pesarme de hallaros en medio de mí y del Emperador, porque el daño que vos me hiciéredes no puede dejar de traer algún provecho a la necesidad en que estoy.

—Eso podréis vos tener por cierto —respondió el Emperador—, que por el deudo que con vos el duque tiene seréis mirado y tratado como vuestra real persona merece, lo cual se quede para cuando sea tiempo de poderse determinar todas estas cosas.

Hablando en esto todos se subieron a una gran sala que en el castillo estaba, donde, hallando las mesas puestas y todo muy bien aparejado, se sentaron a cenar. Y a una mesa se sentó el Emperador, y hizo sentar consigo al rey Anaxerses, diciéndole tantas cosas, que le hizo perder parte del enojo que traía con ver que el Emperador tan buen tratamiento le hacía; y en otra se sentaron el duque Armides y Olivante de Laura y Silvano y el príncipe Agrestes y el duque Tesaliano, Polinerdos y Darintel de Altarroca, don Lucisor de Numidia, Riseles de Normandía, Grisalter de Suecia, Peliscán, el príncipe Meliades y el infante Aliazar y Castidel; y todos los otros se sentaron en otras. Y como hubieron cenado, el Emperador despachó luego a Castidel que se fuese a las naos al puerto de Fisol y que hiciese venir allí los barcos que con ellas estaban, para que antes que viniese la mañana se saliesen del castillo, porque la estancia de allí no la tenían por muy segura. Y entretanto él se fue donde la reina estaba, la cual con todas las dueñas y doncellas que con ella estaban lo recibieron con dolorosos llantos. El Emperador les habló con tan buena gracia y buenas razones que las dejó algún tanto contentas. Aquella doncella que ya dijimos que habló al duque Armides se puso de rodillas ante el Emperador diciéndole:

—Soberano señor, por parecerme que haría agravio en lo que debo a tu acatamiento de no decirte quién soy, quiero que sepa tu grandeza que has hoy puesto en libertad a Danisea, princesa de Creta, la cual ha ya días que aquí estoy detenida juntamente con un caballero que llaman don Rosanel de Briana, hijo del rey Aureliano, que en un castillo muy cerca de aquí queda en poder de Brimalte de Asiria, que a mí y a él nos captivó; y según la obligación que yo le tengo, sinrazón haré ponerme en libertad dejándole a él sin ella. Suplico a tu soberana excelencia ponga en ello el remedio que mejor le pareciere.

El Emperador que conoció ser aquélla la princesa Danisea, que con derecho se podía llamar reina de Creta, de la cual ya tenía noticia haberse perdido en la mar, la levantó del suelo, y abrazándola consigo, le dijo:

—Señora princesa, no sin razón vuestra hermosura era tan loada por todo el mundo que por ella hubiera yo de conocer el merecimiento de vuestra persona. Yo me huelgo infinito de haberos hecho este servicio, que no en menos lo tengo que la deliberación de mi hija la princesa Lucenda. Y en lo demás que de ese caballero decís se pondrá el remedio que más convenga, que no menos me toca a mí ese cuidado por lo que a su padre debo que a vos; que sabed que este bienaventurado caballero, que se llama Olivante de Laura, es hermano dese que decís. Y pues que

ahora no se puede hacer otra cosa, tened por bien que nos vamos, que de allá se podrá muy mejor procurar el remedio, pues tan buen aparejo llevamos para poderlo hacer.

—Hágase vuestra voluntad —respondió la princesa—, porque mejor sabrá vuestra grandeza hacerlo que yo pensarlo.

Todos aquellos caballeros, sabiendo quién era aquella princesa, le hablaron con el acatamiento que debían, y ella a ellos lo mismo. Y así, se fueron a reposar, dejando la guarda del rey y del príncipe Meliades al duque Tesaliano, y la de la reina quiso hacer el duque Armides. Y antes que el día viniese, Castidel volvió con los barcos que con las naos estaban, y haciéndolo saber luego al Emperador, luego se metieron en ellos, no dejando persona en el castillo que pudiese dar la nueva de su viaje ni de quién eran. Y así, arribaron al puerto de Fisol cuando sería una hora de día, y sin ningún estorbo se embarcaron con muy grande alegría del duque Durián de Baltar y de la princesa y infanta, que no se podría pensar el estremado placer que sintieron de ver aquellos hechos fenecidos con tanta prosperidad.

El recibimiento que de una parte y de otra se hizo no se cuenta particularmente porque sería prolijidad; baste que a la reina de Persia se le hacía el tratamiento entre aquellas señoras como si en su prosperidad estuviera se le podía hacer, teniendo asimismo entre sí a la princesa Danisea y a la infanta Casiana, que todas juntas parecían una compañía celestial, porque en el mundo no se podrían hallar cuatro personas que en hermosura se les igualasen.

El Emperador con el duque Armides quedaron en esta nao con algunos caballeros, y en otra mandó que fuesen el príncipe Olivante de Laura y el príncipe Agrestes y que llevasen al rey de Persia consigo, y el príncipe Grisalter de Suecia y Silvano, los cuales llevasen al príncipe Meliades; y en la otra nao mandó que el duque Tesaliano y el conde de Altarroca llevasen al duque Jaselao, encomendándoles mucho que mirasen por su salud, porque iba maltrecho de la pierna. Peliscán acompañaba al Emperador, y el infante Aliazar iba con Olivante haciendo todo el servicio que podía al rey Anaxerses, porque su inclinación a virtud no podía dejarle hacer otra cosa; y los otros caballeros iban repartidos por las cuatro naos. Y llevando levantadas las banderas imperiales, con muy próspero tiempo llevaron áncoras y desplegando las velas al viento comenzaron a hacer su viaje, yendo con muy gran contentamiento de su buena ventura, aunque a Olivante y a Silvano les faltaba lo mejor para poderlo llevar enteramente, que era gozar de la vista de aquellas en quien los pensamientos, sin poder descansar de su tormento, continuamente llevaban; la cual pena no era menor en ellas, mas por no dar a entender lo que sentían no osaron contradecir la voluntad del Emperador. El infante Aliazar iba con el mismo sentimiento por la infanta Casiana, y la mayor pena que llevaba era no haberla podido hablar.

El duque Armides contó al Emperador todo el hecho del infante, lo cual tuvo el Emperador en mucho, y que siendo moro hubiese habido tanta fidelidad en él; y pensó de hacer por él todo lo que pudiese agradeciéndole su servicio. Y el duque Armides le suplicó que así lo hiciese.

Y desta manera, sin faltarles el buen tiempo, caminaron siete días, y al fin dellos una mañana llegaron a vista de tierra, la cual dijeron los marineros que era la isla

de los Cinco Peñones. El Emperador hizo guiar la nave al puerto, y así hicieron todas las otras; donde, llegados, se desembarcaron todos, que la alegría que Libercio, el gobernador que el Emperador allí dejó por Olivante, sintió sabiendo quién eran no se podría contar, haciéndoles el recibimiento que a tan grandes príncipes convenía. Y después de besadas las manos al Emperador las demandó a Olivante, dándole las llaves del castillo y diciéndole:

—Mi señor, yo he tenido hasta agora como vuestro alcaide esta fortaleza, con toda la isla, de mano deste poderoso emperador en vuestro nombre, para que todas las veces que vos viniédeses yo vos la entregase, lo cual hago agora para salir desta obligación, cumpliendo con la lealtad que con vos como con mi señor y de toda la isla soy obligado.

—Mi buen amigo —respondió Olivante—, no tenía yo menos crédito de vuestra mucha bondad; mas la merced que en eso el señor Emperador me hizo yo no la he aceptado hasta ahora, porque más justamente se le debe a él esta isla donde en tal estrecho fue puesto, que no a mí; y por tanto, me parece que las llaves y señorío daréis con más justo título a su majestad.

—Bienaventurado príncipe —respondió el Emperador—, no es tiempo de que entre vos y mí contendamos sobre razón tan clara, pues hay otras cosas en que entender que tienen más necesidad de verse. Por amor de mí que no me queráis vencer con buena crianza, pues yo me doy en todo por vuestro vencido. Las llaves tomad con todo lo demás, pues es vuestro; y para que todos lo sepan, yo quiero contar la razón que hay, y delante de los testigos que fueran presentes.

Entonces dijo todo lo que en aquella isla había pasado, de que no poco todos maravillados fueron. Olivante le besó las manos por la merced que le hacía, y las llaves tornó a Libercio tomándole el pleito y homenaje, y haciéndole muchas mercedes le dejó el gobierno de la isla. En la cual estuvieron ocho días a muy gran vicio, porque de todos los de la isla eran muy servidos; y en fin dellos se tornaron a embarcar como de antes venían, yendo más contentos los que Amor tenía sujetos, porque en aquel tiempo habían podido hablar a sus señoras dándoles a entender la pena con que iban de su ausencia.

CAPÍTULO II-XXXIX

DE CÓMO BRIMALTE DE ASIRIA LIBERTÓ AL PRÍNCIPE DON ROSANEL, Y CÓMO AMBOS FUERON EN SEGUIMIENTO DEL EMPERADOR

LUEGO en la corte del rey Anaxerses se supieron las desventuradas nuevas de su prisión de algunos caballeros que del desbarate salieron huyendo, las cuales pusieron doblada congoja a los que en seguimiento de los que los llevaban presos venían cuando hallaron menos a la reina y a la infanta Casiana, y el Castillo Deleitoso desierto, sin hallar persona que les dijese quién eran los que

aquello habían hecho. Entre todos ellos sentía muy gran pasión el buen caballero Brimalte de Asiria, porque era uno de los que el rey quería bien y a quien había hecho muy grandes mercedes; y no sabiendo qué remedio darse y teniendo nueva cierta de la vía que las naves llevaban, determinó de ir en seguimiento dellas; mas porque su armada estaba muy lejos de allí y en la tardanza se le recrecía muy gran peligro, determinó de ponerse en aventura con una sola nao que aparejada halló para poder alzar velas.

Y comenzándose a aparejar para su partida, entró en un aposento de una torre donde a don Rosanel de Briana tenían preso, porque el rey Anaxerses se lo había dado en guarda, y la princesa Danisea, como ya se dijo, estaba con la reina y con la infanta Casiana; que como don Rosanel así le vio turbado, le preguntó las nuevas de aquella alteración, las cuales le contó luego Brimalte de Asiria, diciéndole cómo el rey y la reina con la infanta Casiana y la princesa Danisea y el príncipe Meliades iban presos sin saber en poder de quién, porque no había quedado persona que lo supiese decir. Cuando don Rosanel oyó las tristes nuevas de la princesa, pensando que otra desventura le hubiese sucedido donde menos esperanza de su libertad pudiese tener, quedó con tan gran desmayo que por una pieza no pudo hablar. Mas, después que volvió en su sentido, con un suspiro que bien parecía salir del profundo de sus entrañas, los ojos llenos de lágrimas que por su hermoso rostro caían, comenzó a decir:

—¡Ay Fortuna, cómo dispones a tu voluntad siguiendo los antojos de tu fantasía muy al revés de los pensamientos y voluntades de las gentes, dando a entender con cuánta razón habríamos de tener en poco sus desaventurados casos, pues que contino los tienes aparejados peores y mayores para que conozcamos el poder que en este mundo tienes! Debiera bastarte habernos puesto en la prisión que estábamos, donde con el buen tratamiento y esperanza de la libertad pudiéramos pasar el trabajo en que nos habías puesto, sin que agora con tan nuevo acaecimiento me dejases tan sin esperanza de remedio, pues yo quedo donde no puedo aprovecharme de mis fuerzas para emplearlas juntamente con la vida en servicio de quien la lleva consigo, pues yo por mí ni puedo ni quiero vivir, teniendo por peor la vida que de aquí adelante tendré que la muerte que procurando su libertad me pudiese venir. ¡Ay Brimalte de Asiria, cuánto mejor me fuera que sin doleros de mi muerte me dejáades fenecer en el fuego que la nao ardía que verme en el que agora mis entrañas abrasa, reviviendo como el ave Fénix en él para tornar a morir cada hora con el tormento y dolor en que estaré contino metido! Mejor me fuera fenecer entonces, pues con la vida se acabaran mis trabajos, que viviendo tener la vida tan llena dellos que con mayor razón se podrá llamar verdadera muerte.

Gran lástima pusieron estas palabras en el corazón de Brimalte de Asiria, el cual, como buen caballero que era, siempre había hecho a don Rosanel el tratamiento que fuera de su prisión a un tan buen caballero y de tanto merecimiento se debía. Y agora viéndole con tanta pasión, habiendo lástima de su gran pena, porque había sentido el amor que a la princesa tenía, le dijo:

—Don Rosanel, yo siento la razón que tenéis para sentir el agravio que la fortuna os ha hecho, aunque hasta agora todas vuestras cosas pudieran tener

remedio mejor que agora lo veo, pues que sabéis la voluntad con que yo lo procuraba sabiendo cuán bien empleado era en un tan buen caballero todo el servicio que se le hiciese. Y si yo tuviese de vos cierto que, sacándoos yo de la prisión en que estáis, volveréis a ella todas las veces que de mí para ello fuédeses requerido, yo os llevaría en mi compañía para que yo la libertad de los reyes y vos la de la princesa procurásemos; que si la ventura a este reino nos volviere, con prosperidad o sin ella, yo os prometo que en mí tengáis tal tercero que muy presto volváis a veros en la libertad que antes que aquí viniédeses estábades.

—Brimalte de Asiria —respondió don Rosanel—, no sé con qué daros las gracias de tan gran merced como me ofrecéis, pues que ningunas bastan más de poner la vida que me dais todas las veces que en vuestro servicio fuere menester con la voluntad que vos me quitáis de la muerte. En lo demás yo os prometo por la orden de caballería que recibí que yo me volveré con vos a esta prisión donde me sacáis todas las veces que por vos fuere requerido, sin que para ello pueda poner excusa ninguna fuera de vuestra voluntad.

—Eso basta —respondió Brimalte de Asiria.

Y con esto, armándose ambos de unas muy fuertes y lucidas armas verdes, se metieron en la nao con otros doce caballeros que Brimalte de Asiria escogió, habiendo primero despachado para que luego hiciesen partir otras seis naos de armada con trecientos caballeros que fuesen en su seguimiento. Y desta manera hicieron meter la nave en alta mar, llevando algún contento el infante don Rosanel, que a lo menos muriendo en aquella demanda cumpliría con lo que a sí y a la princesa debía. Y desta manera, sin poder saber nuevas ningunas de lo que buscaban, anduvieron bien quince días, porque el camino que tomaron fue diferente del que las otras naos llevaban. Y al cabo dellos llegaron a la isla de los Cinco Peñones un día después que el Emperador con todos los demás se había de allí partido. Y surgiendo en el puerto, como supieron que la isla era de cristianos, don Rosanel salió en un barco a tierra, donde Libercio, el gobernador, lo estaba esperando para saber quién venía en aquella nao, y los dos se saludaron muy cortésmente. Don Rosanel preguntó al gobernador si les sabía dar nuevas de lo que venían a buscar, que eran unas naos en que el rey de Persia venía preso, porque a ellos les convenía mucho saberlo.

—Eso os sabré yo muy bien decir —respondió Libercio—, porque aún ayer se partieron de aquí.

—¿Sabreisme decir en cuyo poder va? —dijo don Rosanel.

—Sí —dijo Libercio—, que es en poder del emperador de Constantinopla y de otros muchos príncipes y esforzados caballeros que en su compañía van, entre los cuales es aquel bienaventurado príncipe Olivante de Laura, hijo del rey Aureliano, cuya es esta isla que por su grande esfuerzo venciendo al jayán Buciferno ganó.

—¡Santa María! —dijo don Rosanel—. ¿Qué es eso que me decís? ¿Aquel bienaventurado caballero, cuya fama por todo el mundo es tan altamente encumbrada, es hijo del rey Aureliano?

—Sí, sin falta —respondió Libercio.

—Y ¿cómo lo sabéis vos? —dijo don Rosanel.

—Yo os lo contaré —dijo Libercio—, porque tampoco yo lo sabía si agora no me lo contaran.

Entonces le dijo toda la manera como el rey Aureliano había conocido a Olivante por hijo, de que no poco espantado y gozoso se halló don Rosanel, siendo hermano del más bienaventurado caballero que en el mundo podía hallarse. Y de lo que más alegría sintió fue de saber que la princesa Danisea estaba en poder de quien sería tan bien tratada y donde no podría perder la esperanza de cobrarla. Y queriendo volverse con estas nuevas a la nao, Libercio le hizo bastecer el barco de las provisiones de la isla, porque le pareció caballero en quien sería muy bien empleado.

Don Rosanel le dio las gracias dello y se volvió para Brimalte de Asiria, que de verlo venir tan alegre estaba espantado. Y don Rosanel le contó luego todo lo que de Libercio había sabido. Brimalte de Asiria fue muy maravillado destas nuevas, y por muy dificultoso tuvo, estando en poder de tan gran príncipe, el rey Anaxerses poderse fácilmente cobrar; y no sabía en qué determinarse, si volverse al reino de Persia y comenzar a hacer guerra al Emperador o si prosiguiese su camino. Mas don Rosanel le dijo tantas cosas, poniéndole delante cuánta parte podía ser, con el favor y ayuda que en su hermano el príncipe Olivante tendría, para concertar estos dos príncipes, que todavía se determinó de seguir la empresa comenzada.

Y así, se tornaron a salir del puerto llevando la vía que de Libercio supieron que las naos había hecho, por la cual anduvieron muchos días, discurriendo por muchas partes, sin que ninguna nueva más de lo que Libercio les dijo pudiesen saber. Y al fin tanto anduvieron que una noche vieron muy lejos de sí muy gran resplandor, como de muy crecido fuego, lo cual les hizo creer que estuviesen cerca de tierra. Y don Rosanel preguntó a los marineros si sabían a qué parte estuviesen, y uno dellos le respondió que allí donde veían aquellos fuegos era la isla que de primero se llamaba el Purgatorio Tirsiano y agora se llamaba el Castillo de los Secretos de Amor.

—Y ¿sabréisme decir por qué tiene ese nombre?

—Yo os diré —dijo el marinero— lo que dello he oído.

Y entonces le dijo todo lo que en aquel castillo había pasado hasta que Olivante allí había venido, porque muy pocos días había que había estado en aquella isla. A don Rosanel y a Brimalte de Asiria les tomó muy gran deseo de ver aquellas maravillas que de aquel castillo se contaban, y mandaron a los marineros que guiasen allá la nave, los cuales lo hicieron así. Y cuando fue mediodía llegaron al puerto, y saliendo los dos solamente en tierra, mandaron a los marineros que desviasen la nao de allí y que, si fuesen preguntados, dijese ser de cristianos, por que no fuesen conocidos. Y con esto, tomando la vía de un castillo que cuatro millas de allí estaba, dejaron la de la villa donde el buen caballero Belises hacía su morada, llevando consigo solamente a Feliseo, el escudero del infante. Y allegando al castillo, albergaron en él aquella noche con determinación de ir otro día a ver aquella estraña aventura, y no sin pensamiento de don Rosanel de probar todas sus fuerzas en ella; donde los dejaremos por tornar a decir del Emperador y de su compañía.

CAPÍTULO II-XL

CÓMO YENDO LAS NAOS EN QUE EL EMPERADOR IBA LA VÍA DE LA ISLA DE LAURA ARRIBARON A LA ISLA DE LA FORTUNA, Y DE LO QUE EN ELLA HICIERON

LAS cuatro naos que el Emperador llevaba salieron del puerto de la isla de los Cinco Peñones llevando la vía de la isla de Laura, donde pensaban parar, así por hacer aquella honra al duque Armides como por dar asiento en algunas cosas que llevaban pensadas; mas al cabo de cinco días que así hubieron caminado se hallaron cerca de tierra una mañana, que les pareció a todos ser muy deleitosa y llena de muy grandes florestas y arboledas. El Emperador preguntó qué tierra era aquélla y los marineros respondieron que era la isla de la Fortuna, de que el Emperador hubo muy grande alegría, y determinó de no pasar de allí sin ver las maravillas que de aquella isla había oído decir. Y yéndose donde la princesa Lucenda con la reina de Persia y las otras damas estaban, le dijo:

—Muy amada hija, sabed que estamos muy cerca de una tierra en la cual saldremos si vos nos dais licencia para ello, porque, como tengáis las llaves de lo principal, escusado será hacerlo sin vuestro consentimiento.

—Yo no puedo consentir —respondió la princesa— sino en lo que vuestra soberana grandeza mandare; mas yo no sé dónde tenga tanto poder como el que vuestra majestad me da.

—El que os dio vuestro caballero —respondió el Emperador— para que sin vuestra licencia ninguno pueda ver la Casa de la Fortuna con los secretos que en ella están.

—¡Santa María! —dijo la princesa—. ¿Que cabe esa tierra estamos? Mucho holgaré de ver una cosa tan estraña, si vuestra alteza es servido dello.

—Así se hará —respondió el Emperador.

Y con esto hizo guiar las naos a tierra, de que no poco holgó Olivante y todos los que supieron la tierra que era. Y haciendo asimismo guiar allá las otras naos, llegaron al puerto en que estaba la villa de Arnedín; donde, sabido por los gobernadores que allí venía Olivante con la compañía de tan soberanos y poderosos príncipes, no se puede decir la alegría que sintieron, y con las mayores fiestas y regocijos que pudieron los recibieron a todos. Y en la casa que la sabia dueña señora de aquella isla había hecho se aposentaron el Emperador y el rey Anaxerses y el duque Armides, Olivante de Laura, Grisalter de Suecia y el duque Jaselao, que ya estaba sano de su herida, y la reina con las princesas y infanta y todas las dueñas y doncellas que con ellas venían; y en otras posadas de la villa se aposentaron todos los otros príncipes y caballeros. Y aquella noche pasaron a muy gran vicio con las grandes fiestas que los de la villa les hacían, no se hartando de oír contar al infante Aliazar y a los que más habían estado presentes de la manera que Olivante había ganado aquella isla, maravillándose de sus estraños y maravillosos hechos.

Y así pasaron hasta la mañana, que haciendo aderezar todo lo necesario para ir a la Casa de la Fortuna, que una jornada de allí estaba, salieron de la villa ya que

sería una hora del día. Y Olivante había hecho dar muy estraños y ricos aderezos al Emperador y al rey Anaxerses, suplicando al Emperador que pues estaba en tierra tan segura, no fuese armado, porque se le haría muy gran trabajo. El Emperador lo hizo así, y tomando a la reina de la rienda, le dijo:

—Mi buena señora, este servicio quiero yo hacer a la vuestra merced, para que sepáis que en los vencimientos se han de mostrar los corazones generosos, que por esta señal conoceréis cuán cerca está la libertad de vuestra prisión. Y doy os estas nuevas porque en tiempo de tanta alegría no quiero que llevéis encubierta ninguna tristeza, que todo se hará como fuere vuestra voluntad.

La reina con muy gran acatamiento le responde:

—Soberano príncipe y señor, pues que no hay gracias para tan crecida merced más de la gloria que vos en hacerla recibís, no quiero darlas; que vos quedáis tan pagado de vuestra virtud que no sé si querría más ser señora della sin ninguna parte del señorío ni libertad que me prometéis, que faltándome señorear la meitad del mundo.

—En la vuestra merced lo hay todo —respondió el Emperador.

Y con esto comenzaron a caminar, llevando asimismo el rey Anaxerses a la princesa Lucenda, y Olivante a la princesa Danisea, y Grisalter de Suecia a la infanta Galarcia, y Silvano a la infanta Casiana. Y los otros caballeros se llegaron a las otras damas y doncellas, que muchas eran, así las de la reina Rosiana como las de la princesa Danisea, porque venían allí todas las que con ella fueron presas. El príncipe Meliades iba también armado, porque, con la palabra que Olivante tenía dél, siempre le trató como si en su libertad estuviera; y él y el infante Aliazar iban siempre juntos hablando en las cosas pasadas en la corte del rey Anaxerses, porque mucho se habían amado antes que el infante de allá se saliese.

Desta manera caminaron aquel día hasta que llegaron a una villa que cerca del valle estaba, donde albergaron aquella noche. Y otro día por la mañana, cuando el sol con sus luminosos y resplandecientes rayos por las haces de la tierra con la claridad acostumbrada comenzaba a manifestarse, todos estaban a caballo, y con la misma orden que el día de antes comenzaron a caminar, que no poca pena así en los corazones de Silvano y Olivante como en los de sus señoras puso ver que no habían podido en todo aquel tiempo hablarse ni hacer más de con las señales exteriores mostrar el tormento que sus atribulados corazones llevaban.

Y desta manera, llegando a la floresta que antes del valle se hacía, caminaron tanto por ella que, llegando al llano, vieron un camino que los de la tierra habían hecho, por el cual descendieron, maravillándose así de la profundidad del valle como de la gran riqueza y estraño edificio de la casa, que a todos llevaba fuera de sus sentidos considerando las cosas maravillosas que en los edificios de fuera había. Y llegando a lo llano no sin muy grande dificultad, porque el camino era tan áspero que en muchas partes les convino andarlo a pie, con grande admiración comenzaron a mirar todas aquellas cosas que allí estaban, espantados de la gran altura de las cumbres y torres de la casa y del sumptuoso edificio della, porque tan grande era el resplandor que de las preciosas piedras salía, que apenas podían mirarla.

Y estando así vieron venir por el aire el grifo que ya se dijo con los dos basiliscos en las manos y aquel espantable y ferocísimo monstruo con los cuales, siendo guarda de aquella entrada, Olivante se había combatido y vencido, como ya se dijo, dando los más espantables y ferocísimos aullidos y voces que jamás fueron oídos, tanto, que a todos ponían grandísimo temor y espanto. Y andando con ellos tres o cuatro veces al derredor de toda la gente, los dejó caer cabe el arco de la puerta que delante de la escalera estaba, donde los dos basiliscos con el monstruo comenzaron entre sí una ferocísima batalla con las uñas y con los dientes. Mas no tardó en volver el grifo con un tizón de fuego en el pico, y llegando donde los tres estaban, los cubrió con sus alas, y puesto el tizón de fuego debajo de sí, comenzó a levantar tan gran viento con ellas que en muy breve espacio encendido el fuego, se levantó tan alto que los cubrió a todos, y súbitamente fueron convertidos en ceniza.

Todos se maravillaron de lo que veían y del animoso esfuerzo de Olivante que a tan gran aventura había dado fin. Y viniendo a subir por la escalera de la Casa de la Fortuna, comenzaron a disparar tan gran estruendo de truenos, que de gruesos tiros de artillería parecían, que bien media hora estuvieron todos sin poderse oír ni entender lo que hablaban. Mas, después que todo esto hubo cesado sintieron una música de instrumentos y voces hecha con tanta armonía que parecía toda la suavidad y dulzura del mundo herir en las orejas de los que la oían, y en ella oían unas voces que decían:

—Bien venga la bienaventurada compañía en valor y merecimiento mayor y mejor que en el mundo hallar se puede, cuyos gloriosos hechos excede a los de todos los mortales, trayendo entre sí la flor y espejo de caballería, nuestro bienaventurado príncipe y señor, merecedor de todo el bien que la Fortuna, señora desta morada, le hiciere.

Y con esto tornando a tañer y cantar, todos quisieran que jamás cesara, con el deleite que de oírlo sentían. El Emperador, por que no se pasase el tiempo, volviéndose a Olivante le dijo:

—Príncipe bienaventurado, pues que sabemos que aquí os tienen por señor, como lo merecéis ser de todo el mundo, bien será que nos hagáis la entrada segura subiendo delante de todos, por que si alguno nos quisiere estorbar la entrada le mandéis cesar de su voluntad.

Olivante hubo vergüenza de oírse así loar del Emperador, y haciéndole el acatamiento, le dijo:

—Soberano señor, por ser obediente a vuestro mandamiento yo lo haré, aunque por lo demás, el mando de todo el mundo a la vuestra grandeza sólo es debido, como a señor a quien todos los dél hemos de obedecer; y por esto yo quiero hacer lo que me mandáis.

Y pasando el arco de la ceniza en que aquellos animales fueron convertidos, se levantaron dos espantables jayanes, que debajo de tierra parecían haber nacido, en la misma figura que los primeros con quien Olivante hubo la batalla, los cuales abrazados los escudos y dos muy grandes alfanjes sacados, se pusieron a las esquinas de la escalera; que como Olivante así los vio, pensando que otra vez con ellos le convenía entrar en batalla, asimismo abrazado su escudo y la espada en

la mano, sin ningún temor se fue derecho a ellos. Mas los jayanes, que así le vieron, hincaron las puntas de las espadas y las rodillas en el suelo en señal de acatamiento, y con las cabezas bajas esperaron a que Olivante pasase; el cual viéndolos de aquella manera, sin hacer ningún caso dellos pasó por el medio, subiendo por la escalera. Todos se holgaron mucho de ver que los jayanes no querían la batalla, porque temor habían tenido, cuando los vieron, de mayor estorbo. Y queriendo el Emperador comenzar a seguir a Olivante, los jayanes se le pusieron delante, comenzando a esgremir aquellos pesados cuchillos de manera que a todos pusieron muy gran espanto. Y el Emperador volviéndose atrás, comenzó a reírse con el rey Anaxerses, diciendo:

—Buen señor, esta aventura aún no es fenecida, y ya creo que por mí no se acabará, pues que no traigo armas para poderlo hacer. Bien será que probéis si esta gente os querrán hacer más cortesía que a mí.

El rey pasó delante para ver lo que los jayanes harían, en los cuales halló la misma resistencia, de que todos fueron maravillados, y Olivante asimismo lo estaba. Los otros caballeros llegaron a probar el paso, mas a ninguno le pareció poder escusar la batalla si arriba quisiesen subir. El Emperador mandó que las mujeres probasen si hallarían más cortesía que los caballeros; mas no hubo ninguna que tanta osadía tuviese, porque la vista de los jayanes era tan espantable que algunas dellas con el temor de sólo verlos estaban casi desmayadas y cerraban los oídos. Mas la reina de Persia, que mujer ya de días era, tomando casi por fuerza por la mano a la princesa Danisea, se llegaron a aquella parte, y hablando a los jayanes, les dijo:

—Buenos caballeros, ¿seréis tan descomedidos con nosotras que, siendo mujeres, nos vedéis la entrada como a los caballeros? Por cierto, yo creo que no nos haréis esta fuerza, y por tanto, quiero aventurarme en vuestra medida.

Y diciendo esto llegó a la escalera donde estaban, sin que ninguna mudanza hiciesen; mas, como tan cerca estuvieron que lo pudieron hacer, los jayanes les pusieron los escudos delante empujándolas para tras con ellos, que con el mayor temor y corrimiento del mundo se hubieron de volver. Muchas hubo que viendo que los jayanes no les habían hecho mal tomaron corazón para ir a probarlo; mas de la misma manera fueron dellos quitadas de allí, hasta que, por mandado del Emperador y a ruegos de los demás, la princesa Lucenda, tomando de la mano a la infanta Galarcia, se fue acercando a la escalera; que como los jayanes la vieron llegar, apartándose buen trecho hacía fuera de donde estaban, con muy mayor humildad se pusieron inclinados diciendo con una voz muy ronca:

—Bien sea venida la señora en quien con derecho título fue renunciado el señorío desta casa de quien con el mismo tuvo derecho de poderla ganar por suya, a cuyas fuerzas y poderío, sojuzgando el que nosotros tenemos, dejamos libre la entrada de su morada con todos los que por su voluntad en ella quisieren entrar, porque así nos es mandado por la sabia Leocasta.

Y acabando de decir esto se tornaron a comenzar a sumir debajo de tierra poco a poco hasta que del todo desaparecieron, de que no poco quedaron todos maravillados, y la princesa muy gozosa de ver la honra que en aquella aventura se le daba; a la cual volviendo el Emperador, le dijo:

—Amada hija, todos os debemos las gracias de nos haber quitado tan grande estorbo delante, que muy mala memoria fue la mía no acordarme que, aunque la isla sea de Olivante, la casa es vuestra por la traspasación que en vos hizo; y la misma batalla creo que tendríamos en haber la llave si alguno de nosotros quisiese sin vos haberla.

Y con esto subiendo la escalera hasta la entrada de la cueva, que algún tanto temerosa se les hizo, pasaron por ella hasta la cuadra donde la imagen con las otras imágenes de metal estaban,²²³ que en lugar del espantoso y mal concertado son que la otra vez hicieron, era una muy suave música la que entonces con las trompas hacían, estaba con la llave en la mano; donde leídas por algunos las letras, las declaraban a los que no las entendían. Y el Emperador, por no se ver en otro tanto como con los jayanes, no quiso que ninguno la pidiese sino la princesa, la cual llegándose a la imagen, le dijo:

—Retrato de aquella cuyo par en sabiduría en el mundo no ha tenido y a quien en tan gran obligación yo soy por la gloria que de tu licencia he recebido, yo te suplico tengas por bien de consentir que los secretos desta tu casa a mi intercesión a todos sean manifiestos, para que tú con mayor gloria de haberlos podido obrar y yo de recibir esta merced quedemos.

La imagen, abajando la cabeza en señal de humildad, le dio la llave tendiendo la mano; la cual tomó la princesa con infinito gozo, así della como de Olivante, por haber sido parte para que aquel servicio le hubiese hecho. Y con esto saliendo de la cuadra, llegaron a la escalera que a la puerta de la casa llegaba, donde las veinte y cuatro doncellas que en los escalones estaban, con los instrumentos que en las manos tenían comenzaron una música celestial con que a todos hicieron parar, pareciéndoles jamás haber sentido tan dulce y suave armonía. Y estaban maravillados de la gran hermosura y perfección de las doncellas, que muchos dellos las juzgaron que estaban vivas hasta que claramente lo conocieron. Y después que un rato así estuvieran escuchándolas, la princesa pasó delante de todos, y con la llave que llevaba abrió las puertas para que todos pudiesen entrar.

CAPÍTULO II-XLI

CÓMO EL EMPERADOR CON TODOS AQUELLOS CABALLEROS ENTRARON EN LA CASA DE LA FORTUNA, Y DE LOS GRANDES SECRETOS QUE EN ELLA VIERON

A Sí como las puertas fueron abiertas, todos los campos y huertas se manifestaron con tan gran suavidad de muchos y diversos olores que de las flores y rosas procedía, que a todos les pareció con lo que veían y sentían, saliendo de la tierra, entrar en un celestial paraíso. Y después que fueron entrados, había tantas cosas que pusieron admiración y espanto, que los que los

²²³ Suplo 'estaban' (180v).

miraban, que como atónitos y fuera de sí los tenía, no pudiendo apartar los juicios y entendimientos de lo que contemplaban, cada uno mirando por su parte, les parecía todas las cosas del mundo estar allí en tan gran perfición criadas que jamás las habían visto semejantes: las aves, que cantaban con toda la dulcedumbre del mundo; las alimañas de diversas maneras, tan mansas que a cualquiera dellas se llegaban; las frutas de los árboles en muy grande abundancia, hechas a racimos de piedras preciosas; y las fuentes cristalinas, con edificios tan soberbios en ellas que todo el mundo no podía ser bastante a hacerlas.

Y lo que más a todos tenía fuera de su sentido fue ver aquel gran trono donde la Fortuna estaba asentada, teniendo a la Razón y Justicia debajo de sus pies, como ya se dijo; la cual estuvieron todos mirando, poniéndoles muy gran temor cuando con el gesto airado la veían, no dejando de alegrarse cuando risueña y halagüera se les mostraba. Y después que muy gran pieza así esto como ver lo que de la Fama hacía, como ya se dijo, los tuvo a todos considerando cosas tan maravillosas, volvieron los ojos a la rueda que en medio de la huerta estaba, en la cual comenzaron a contemplar una obra de tanta sutileza y sabiduría, que en tan pequeño espacio se pudiese comprehender tan gran número y muchedumbre de gentes, así de los pasados como de los que a la hora eran presentes en el mundo, que a ninguno habían conocido ni tenido noticia o conocimiento dél que no le viesen presente en la mayor prosperidad o adversidad que la fortuna le hubiese puesto.

Querer decir las particularidades de todo sería imposible; baste que todos los que allí estaban se veían a sí mismos. Y tan dichosa y próspera compañía era, que ninguno vio de sí mala señal, de manera que todos estaban muy alegres, porque el rey de Persia con su mujer y hijos se veían en su prosperidad enteramente, como si nada por ellos hubiera pasado; aunque el infante Aliazar algún tanto se turbó de ver en la compañía de los muertos a un hermano suyo mayor, lo cual le templó ver el aparejo que para servir y merecer mejor a la infanta Casiana con ser heredero del reino se le aparejaba, y no curó por entonces de decir nada hasta certificarse de la verdad. Así estuvieron allí todo aquel día, que no se les hizo un momento, porque tantas cosas había que ver particularmente que en un año no se acabarían. Y ya que la noche se venía acercando, así resplandecían todas las piedras del muro, principalmente las de las torres, y más de la que en medio de la huerta estaba, que ninguna falta hacía la claridad con que por el día el sol los alumbraba.

Y estando en esto vieron venir el carro triunfal de la Muerte, con toda la pompa y sumptuosidad de la compañía que ya se dijo, lo cual les puso a todos muy gran espanto y admiración, tanto, que las mujeres se tapaban los ojos por no ver una tan disforme y feísima figura. Vieron venir asimismo el carro del Tiempo, con aquellas aves cuya velocidad y ligereza excedían a toda humana naturaleza. Y tornando a la quistión que cuando Olivante allí llegó habían comenzado, estuvieron en ella gran rato, teniéndolos a todos muy atentos escuchando las sutiles razones que cada uno dellos en su favor alegaban, en las cuales se tardaron hasta la media noche; al cual tiempo tornando el Tiempo a levantarse y las nubes²²⁴ a espesar, como la otra

²²⁴ Orig.: 'aues' (181r).

vez habían hecho, otra semejante nube recibéndolos a todos en medio de sí, se vieron subir con ella en el aire. Y oyendo muy grande estruendo de diversos instrumentos y voces muy concertadas, que una muy suave y dulce música hacían, se hallaron en el valle delante del arco que cabe la escalera estaba, donde mucha gente de la isla los estaba esperando con mucha abundancia de hachas y otras luminarias, haciendo grandes alegrías con ellos.

Y desta manera se tornaron a la villa de Armedín, yendo siempre por el camino hablando en las cosas espantables y maravillosas que allí habían visto. Y Olivante fue aquel día una pieza del camino con la princesa Danisea, sabiendo muy enteramente la manera de su prisión y del infante su hermano, holgando infinito de oír el maravilloso principio de caballería que había hecho y diciendo la pena que llevaba por dejarle en prisión; mas que con saber que tan presto se vería fuera della se le aliviaba, pues que tan buen aparejo había para ello teniendo presos a los que a él le tenían preso. Y habiendo así un gran rato hablado con ella, se pasó para la infanta Galarcia su hermana, que aún hasta entonces no habían tenido lugar de poderse hablar a su voluntad. Y Olivante le comenzó a decir la gran pena y tormento que llevaba por no haber podido hablar a la princesa, y que le suplicaba le desengañase haciéndole saber si le tenía aquel verdadero amor que siempre le había mostrado, porque con estar cierto desto se le aliviaría mucha parte de la congoja que por lo demás llevaba. La infanta le certificó que la princesa estaba siempre con la misma pasión que él sentía, y que en el verdadero amor ninguna ventaja se hacían, y que lo que ella más deseado llevaba era poderle hablar y decir lo que en este caso sentía. Y después desto le contó cuanto las dos en su ausencia habían pasado y la congoja que la princesa siempre había tenido; lo cual llevaba así a Olivante trasportado de su juicio, que jamás quisiera partirse de oír aquellas nuevas.

Y así fueron lo más del día todos con el mayor regocijo que jamás en el mundo fue visto, si no era Silvano, el cual, aunque en las muestras exteriores conociese no estar fuera de la voluntad de su señora, padecía con rabiosa cuita los pensamientos que en contrario de poderse cumplir su deseo se le ponían delante, viéndose sin ser conocido más de por hijo de un pobre pastor. Y lo que más dolor le ponía, parecerle que, con saber Olivante su pena y haber conocido a la infanta por hermana, procuraría de estorbar la gloria que por sus ansias rabiosas y mortales tormentos le era debida; y esto le llevaba tan fuera de sí que, apartándose de la compañía de todos los otros caballeros, sus ojos iban continuamente hechos fuentes de que en grande abundancia los arroyos de lágrimas corrían, dando continos sospiros con que su atribulado corazón descansase, no se osando llegar donde la infanta estaba, porque el amor que hasta allí había osado manifestar, agora veía que había muchas causas y razones por donde fuese obligado a encubrirlo.

Olivante que a ningún caballero tanto amaba en el mundo como a Silvano, así por haber sido principio de los favores que de la princesa había recebido como por haberla después librado del poder del jayán Rodamón Dragontino, muchas veces iba pensando cómo podría satisfacerle la obligación en que le era, y conociendo parte de su gran tristeza, dejando las razones en que con la infanta iba hablando,

le preguntó como en burlas que cómo le iba con los amores de su caballero Silvano. La infanta, bajando los ojos con muy gran vergüenza, le respondió que como siempre, porque la buena voluntad que le había cobrado nunca pensaba perderla ni dejar de hacer por él en todo lo que pudiese, no perjudicando su honestidad.

—En eso tiene la vuestra merced muy gran razón —respondió Olivante—, porque pocos o ningún caballero hay que por el valor de su persona tanto merezca en el mundo como él; que cierto, Silvano es hoy uno de los escogidos caballeros que en él hay. Y aunque su linaje esté por agora encubierto, grandes señales hemos visto para pensar que por esta parte no le falta merecimiento ni valor, y de los bienes que Dios me diere yo tengo pensamiento de suplir su pobreza. Y pues que en él sobra el comedimiento que a vuestra grandeza se debe, no me pesará que la vuestra merced con honestos favores sustente su pasión, que por ventura el tiempo podrá descubrir por donde las cosas paren en mejor fin del que agora se puede pensar.

A la infanta no le pesó de oír estas razones, porque entendió a qué fin eran dichas; y respondiendo a ellas, dijo:

—Mi verdadero señor y hermano, en todo es justo que yo siga vuestro consejo y parecer; y si yo en esto me determinare en alguna cosa de más de lo que hiciera, será con vuestra licencia, guardando siempre lo que me habéis mandado, que será no exceder en un punto los límites de la honestidad, porque no por sólo el amor y deseo que Silvano a vuestro servicio tiene le es debido cualquier buen tratamiento.

Y hablando en esto fueron gran pieza de camino. Y Olivante, llamando a Leristes, le mandó que buscara a Silvano y de su parte le rogase que se llegase allí. Leristes lo hizo, y oyéndolo Silvano, vino luego, fingiendo en el gesto mayor alegría que la que en el corazón traía. Olivante le rogó se quedase con la infanta Galarcia en tanto que él iba a proveer en algunas cosas que eran menester. Silvano con todo acatamiento lo aceptó conociendo la voluntad con que Olivante lo hizo, y entre sí dijo:

—¡Ay Olivante, cuán obligado me deja más esta deuda que agora sobre mí pusiste que todas las pasadas para quedar con mayor obligación de servirte una hazaña mayor que todas las que por ti han pasado en forzar tu voluntad para seguir la mía! Mas yo procuraré de merecerlo con seguir tu voluntad contra la mía, sin tomar más parte de lo que tú por la tuya quisieras y pudieras darme.

Y con esto, tomando la rienda, se volvió a la infanta diciendo:

—Soberana señora, mal trueque es el que la vuestra merced hace; mas quien tan gran merced recibe como yo, sinrazón haría a mi ventura en no aceptarla; y por tanto, quiero ser obediente a quien todos los caballeros del mundo deben serlo.

Olivante, riéndose, le dijo:

—Ese merecimiento se quede para vos, pues que lo hurtáis para dármelo, teniéndolo para poderme mandar a mí. Y si alguna fuerza se os hace, pedidla a cuyo sois, pues por su voluntad y mandado venistes a recibirla. Y no quiero esperar respuesta, porque bien sé que quedaréis vencido.

Y diciendo esto se fue para el Emperador, que le llamó, al cual no le pesó del favor que Silvano con la infanta llevaba, porque sentía que todo era en él bien empleado. Silvano, viéndose solo con la infanta sin que persona le estorbase de

hablarle a su voluntad, estando algo suspenso de turbado con la gran alegría que sentía, con muy gran humildad le dijo:

—Soberana señora, yo he perdido con el hábito que tengo la libertad que con el pasado tenía osando publicar mis rabiosas y mortales cuitas con las quejas de mis dolores, los cuales agora encerrados en mi pecho, combaten al corazón de manera que con gran dificultad puedo sustentar la vida; porque, si con la misma osadía quedara, fuera ofender a vuestra soberana grandeza, porque se presumiera de mí que yo pensaba merecer el pensamiento de vuestro servicio, en lo cual jamás hice ofensa a vuestro merecimiento. Y bienaventurado fuera yo si, quedando en el hábito que os conocí, me quedara el atrevimiento de poder decir lo que sentía, con tan gloriosos pensamientos que, feneciendo en ellos, me contara por el más dichoso de los nacidos, pues quedaba pagado viendo que la infinita distancia del merecer me quitaba justamente la esperanza, con solo consentirme yo a mí mismo osarme tener por vuestro. Mas agora que la ventura, para mayor desventura mía, me ha puesto en un estado fingido, porque si algún merecimiento tiene es el que de la vuestra merced recibe, ha sido para impedir la gloria pasada, poniendo freno a mi lengua y a los ojos sufrimiento para no poder gozar de lo que gozaban en el tiempo que como pastor me había sido dada licencia. Así que doblándose el cuidado crece el tormento, augmentándose las angustias de suerte que la vida que hasta agora deseaba, porque con ella gozaba el descanso mayor que el merecimiento de la pena, agora me es aborrecible hasta estar cierto que en la vuestra grandeza halle el acogimiento que mi deseo merece haciéndome cierto que Silvano es amado de la infanta Galarcia cuanto en el hábito pastoril se lo mostraba; porque con sólo esto quedaré yo satisfecho y pagado, que, sin jamás pedir más, la vida que aborrezco deseándola, la tendré por dichosa sustentándola con tan gloriosa alegría.

La infanta, que muy atenta estuvo escuchando a Silvano, como aquella que de verdadero corazón le amaba, mucho holgó de oírle, porque sintió dél que no menor era la pasión y el amor que por las palabras le mostraba. Y como aquella que ya estaba prendada, no queriendo mostrársele esquiva en su respuesta, le dijo:

—Mi verdadero amigo, nunca yo pensé menos de vos sino que el amor que me mostráis no sería para no temprarle con lo que a mi honra se debe con vuestra gran discreción. Y el mayor servicio que de vos he recebido es este que me decís, porque los que verdaderamente aman, en esto lo han de mostrar principalmente. Y de mí no penséis que yo os amo y quiero menos que siempre os quise; antes agora está más firme el amor y la voluntad para favoreceros en todo lo que no perjudicando mi honestidad yo pudiese hacer, que el amor que yo tuve al pastor Silvano os tengo a vos, habiéndolo antes augmentado que disminuido con vuestro gran merecimiento y valor, que aunque agora esté encubierto, yo espero en Dios que presto será conocido, como el de vuestro compañero Sileno. Y de cualquiera manera que sea, yo os prometo que jamás otra persona haga el aposento donde vos, que es en mis entrañas, con verdadero amor y deseo que la ventura descubra lo que de vos ha comenzado a publicar, para que entonces con mayor osadía ose publicarlo, aunque el amor y voluntad no pueda crecer del que agora os tengo. Y pues que yo os he declarado lo que siento para quitaros de la fatiga que sentís, no juzguéis a demasiada soltura mi atrevimiento, que el verdadero amor que os tengo

me hace decir más de lo que jamás pensé. Y lo que yo, mi verdadero amigo, os ruego es que con la misma discreción que hasta agora paséis y sufráis vuestro trabajo, sabiendo que yo no estaré sin parte dél, hasta que el tiempo traiga otro con que nuestros hechos se enderecen a tanta prosperidad como vos y yo deseamos.

Querer decir la alegría que Silvano sintió sería imposible, que si le dieran el señorío del mundo, no lo tuviera en tanto como la voluntad que en la infanta conoció. Y no pudiendo besar las manos a la infanta por la gente que los miraba, lo hizo de palabra, dándole las gracias lo mejor que pudo por la merced que le hacía. Y el uno al otro se fueron contando todo lo que por ambos había pasado el tiempo que no se habían visto, con grande alegría en sus corazones de hallarlos tan conformes, hasta que llegaron a la villa de Alfarín, donde con muy sumptuoso recibimiento fueron recibidos, y con muy grandes fiestas y regocijos pasaron aquella noche, en la cual la infanta contó a la princesa todo lo que con Olivante había pasado, de que no poco contentamiento recibió la princesa, porque no deseaba cosa más en esta vida que hablar a Olivante a su voluntad, y los dos iban con este cuidado y congoja.

CAPÍTULO II-XLII CÓMO LAS CUATRO NAOS LLEGARON A LA ISLA DE LANDAS, Y DE LA GRANDE Y REÑIDA BATALLA QUE ENTRE DOS CABALLEROS DELANTE DEL CASTILLO DE LOS SECRETOS DE AMOR SE HIZO

OTRO día por la mañana las naos se aparejaron, y embarcándose todos, porque el tiempo hacía muy aparejado para navegar, habiendo primero Olivante proveído en algunas cosas que en la isla había necesidad, salieron del puerto guiando a la isla de Laura, porque allí llevaba el Emperador determinado de dar asiento en los hechos del rey Anaxerses, y así se lo había dicho, de que el rey iba muy contento viendo la gran voluntad que en el Emperador hallaba, juzgándolo por el más magnífico príncipe que en todos los del mundo había. Y habiendo caminado cuatro días, una mañana vieron tierra; y porque el Emperador se sentía algo maldispuesto de la mar, que muy alta había andado aquel día, mandó guiar las naos hacia ella, que como cerca llegaron, conocieron ser la isla de Landas, donde el Castillo de los Secretos de Amor estaba. Y así el Emperador como todos los que en las naos iban hubieron mucho placer por ver una aventura que tan nombrada era por el mundo, y no había caballero ninguno de todos los que allí iban que no llevase determinado de probar sus fuerzas en ella, y que, cuando de otra cosa no les aprovechase, a lo menos verían parte de los secretos maravillosos que de aquel castillo se decían. Pues las princesas y infantas con todas las otras doncellas no menos iban gozosas por las estrañas cosas que habían oído decir. Y dos horas antes que anocheciese llegaron al puerto, donde,

antes que se desembarcasen, el Emperador hizo llegar su nao a la en que Olivante iba, y poniéndose al borde le dijo:

—Valeroso príncipe, pues estamos en tierra donde con tanta razón seréis bien conocido, paréceme que debéis manifestaros, para que por vuestro respeto nos reciban a todos con tan buena voluntad como sé que lo harán sabiendo que venimos en vuestra compañía.

—Poco haré yo al caso —respondió Olivante— conociendo a vuestra soberana majestad, pues que debajo de su sombra todos hemos de recibir merced. Mas, por cumplir el mandamiento de vuestra grandeza, yo haré lo que me mandáis.

Y tomando un barco, él y Darisio salieron en tierra, y siendo conocido del buen caballero Belises, que a la sazón en una villa junto al puerto estaba, no se puede decir la alegría con que lo recibió. Y sabiendo cómo el Emperador con tanta y tan hermosa compañía estaba en el puerto, él mismo se fue con Olivante en el barco, y llegando donde el Emperador estaba, hecho el acatamiento debido le suplicó se desembarcase, lo cual se hizo luego, y salidos en tierra, Belises proveyó luego de caballos para los que no los traían y palafrenes para todas las dueñas y doncellas. Y aquella noche se fueron a la villa donde Belises estaba, el cual había enviado ya adelante a proveer en lo que fuese menester para el aposento, y llegados, lo hallaron tan bien aparejado y cumplido como si en la corte del mayor príncipe estuvieran. Y toda aquella noche estuvieron hablando con Belises en las grandes cosas de aquella aventura, y Belises les dijo cómo había pocos días que allí habían llegado un caballero con una doncella, hija del rey de Lacedemonia, y les contó todo lo que le sucedió, hasta decir cómo el caballero defendía la entrada a todos los caballeros que la aventura quisiesen probar, y que ya se habían combatido con él más de quince caballeros y que a todos los había vencido.

Mucho se holgó el Emperador con todos los otros caballeros de las nuevas que supieron de la infanta Clarista, porque con ningunas pudieran recibir mayor alegría. La princesa Lucenda y la infanta Galarcia estaban muy regocijadas con ellas, mas sobre todos se holgó el príncipe Agrestes, que con muy gran regocijo se mostraba el hombre más alegre y contento del mundo. Y hablando en el caballero que la entrada guardaba, no pudiendo saber quién era, había ya muchos que deseaban que la mañana fuese venida para poder con él mostrar sus valerosas fuerzas. Y aquella noche Olivante, con el grande haber que de la isla de los Cinco Peñones y de la de la Fortuna trajo hizo comprar todos los aderezos que faltaban y fueron menester a todos los que allí venían.

Y cuando el sol comenzó a mostrarse con sus luminosos rayos sobre la redondez del universo, todos fueron a caballo, y llevando a Belises por guía comenzaron a caminar hacia el castillo, no sin grande espanto de todos los que aquella noche habían visto los grandes fuegos y a la sazón los veían convertidos en una tan espesa niebla que propio humo parecía. Y cada uno se iba apercibiendo, pensando ser el primero que la batalla con el caballero hiciese, teniéndole en mucho, así por haber muerto al jayán Marloto como por lo demás que dél habían oído decir. Y llegando tan cerca que el padrón donde estaban las letras se veían, todos fueron a leerlas, y las princesas y infantas no sabían en qué determinarse, aunque veían que ellas sin estorbo ninguno podían entrar en el

castillo. Y pasando delante, vieron una hermosa y rica tienda armada en medio del campo y un muy hermoso caballo arrendado a la puerta, y por otro camino desviado cerca de la tienda vieron venir dos caballeros armados de todas armas, las cuales eran verdes, muy ricas, y en los escudos traían pintada la Muerte; venían solos y con los yelmos puestos, y a todos pareció que venían con gentil continente y manera de hermosos y valientes caballeros.

Y llegando antes que ellos delante de la tienda, vieron salir el caballero que en ella estaba, que no menos buen parecer traía que el otro. Y pasadas algunas razones que no pudieron oír, los vieron aparejarse para la batalla, de que todos holgaron por ver si las maravillas que del caballero del paso se contaban eran verdaderas. El cual estando ya a caballo y volviendo las riendas, halló que uno de los dos caballeros hacía lo mismo, los cuales, pareciendo a todos tan bien a caballo como otros que en su vida hubiesen visto, partieron el uno contra el otro, corriendo los caballos con tan gran furia que la tierra hacían temblar al derredor de sí, llevando tan gran velocidad como si, teniendo alas, fueran volando. Y encontrándose en medio de la carrera, los encuentros fueron tan poderosos y el estruendo de las armas tan grande como si dos montes se hubieran topado; las lanzas volaron en piezas, que las astillas parecían tocar en las nubes, y topándose de los cuerpos y escudos, ellos y los caballos vinieron ambos al suelo con tan gran caída que todos los juzgaban por muertos; y así estuvieron perdidos los sentidos casi media hora, y al fin della levantándose el uno y el otro a un mismo tiempo, muy espantados de lo que por ellos había pasado, embrazando los escudos y sacando las espadas comenzaron entre sí una tan brava y fiera batalla como jamás entre dos caballeros se hizo. Los golpes que se daban eran de estremada fuerza y ardimiento, la viveza en saberse defender y la destreza en acometerse, la ligereza en saber guardarse, jamás en dos caballeros fue vista semejante. Rompíanse las armas, rajaban los escudos, desmallaban las lorigas, el suelo tenían al derredor de sí cubierto dellas y de su sangre, que de algunas llagas que se habían hecho les salía, y el corazón y fuerza confino crecía en ellos, tanto que, habiendo cerca de tres horas que se combatían, no habían querido tomar aliento. Mas a esta hora, congojándose la calor del sol con el gran trabajo y peso de las armas, sin hablarse ninguna palabra se apartaron ambos afuera por descansar; y cada uno dellos pensaba entre sí no salir vivo de aquella batalla, según el recio adversario que tenía.

Don Padasán estaba muy espantado, y pensaba ser Olivante el que con él se combatía, porque jamás otro caballero le había puesto en aquel estrecho. Mas presto fue quitado de aquella duda, porque, como viese aquella gran compañía de caballeros y doncellas que allí habían llegado, muy maravillado de ver la gran perfición de estremada beldad y hermosura que en ellas había, las estuvo un poco contemplando, y volviendo los ojos a los caballeros, entre todos ellos conoció a Olivante, que a la sazón el yelmo tenía quitado, y hablando con el Emperador y con el rey Anaxerses les estaba diciendo que jamás en su vida dos caballeros que tan estremados en esfuerzo y ardimiento le pareciesen había visto.

El otro caballero el infante don Rosanel era, porque Brimalte de Asiria, como ya se dijo, había entrado en la isla con intención de probarse en aquella aventura. Muy maravillado y alegre de conocer al Emperador con todos los que con él

estaban, y más hallándose ante la princesa Danisea, ante quien en ninguna manera quería que el esfuerzo le falleciese, habiendo vergüenza de tardar tanto en aquella batalla, muy bien cubierto de lo poco que del escudo le quedaba fue a acometer a su contrario; al cual no hallando con menos voluntad, como dos muy fieros y rabiosos leones se acometen, con tanta fortaleza de bravos y desapoderados golpes como si entonces se hiciera el principio de su batalla.

Si don Rosanel andaba muy vivo y fuerte, no menos lo estaba don Padasán; y así se sustentaban el uno contra el otro, que ningún punto de ventaja o mejoría se conocía del uno al otro. Muchas veces, dejando las espadas colgando de las cadenas, probaban la fuerza de sus brazos, andando rodando por el suelo a unas partes y a otras, y hallándose iguales en ellas, se tornaban a levantar y de nuevo se tornaban a herir de tan esquivos y mortales golpes que a todos tenía muy espantados del afán que sufrían y de la fuerza que les duraba tanto tiempo, y habían gran lástima de ver morir dos caballeros de los mejores del mundo, porque de tal manera se trataban que ninguna esperanza quedaba de su vida; y si alguna vía hallaran para poderles estorbar la batalla, lo hicieran, porque gran compasión habían de verlos tan mal llagados. Mas ellos, no teniendo otro cuidado que el de la victoria que cada uno para sí deseaba, no cesaban de herirse, haciéndose todo el mal que podían. Y desta manera, descansando algunas veces, aunque poco, anduvieron hasta mediodía, que cada uno dellos habiendo muy gran vergüenza de sí, a un mismo tiempo, como si de un acuerdo estuvieran, soltando lo poco que de los escudos tenían, tomando las espadas con ambas manos se fueron a herir encima de los yelmos de tan fuertes y pesados golpes que, haciéndose dos pequeñas llagas, vinieron ambos sin ningún sentido al suelo, juzgando de todos ser muertos, que gran lástima y compasión en los corazones de todos los que los miraban puso.

A esta hora del medio de la niebla salieron dos tan espantables y disformes dragones, echando tan grandes llamas y humo por la boca, que, pareciendo ser cosa más infernal que criada en la tierra, a todos pusieron en gran temor y espanto; y los caballos y palafrenes con los grandes silbos y roncós que los dragones daban se espantaban y enarmonaban de manera que a todos les convino apearse dellos, estando todas aquellas señoras presentes tan desmayadas que, mirándoles la color, las juzgaran por defuntas, según la tenían perdida; y cada una dellas miraba dónde poderse valer, y los caballeros, puestos delante dellas, las esforzaban con palabras lo mejor que podían, atendiendo a lo que los dragones quisiesen hacer. Los cuales no curando de otra cosa que de los caballeros que en el suelo estaban, tomándolos con sus infernales y espantables bocas los llevaron arrastrando hacia la niebla, y llegando a ella, baten sus disformes alas con tan gran fuerza y ligereza que toda la hicieron derramar por el campo, de manera que en un punto los cubrió a todos, así que los unos a los otros apenas podían verse. Y de en medio della salían tan grandes truenos y relámpagos, que, hiriendo la claridad dellos en los ojos, los dejaba más ciegos que de antes estaban.

La princesa Lucenda, que cerca de Olivante se halló, temiendo el áspero peligro en que se veía se dejó caer entre sus brazos diciendo:

—¡Ay valeroso príncipe, socorredme en esta necesidad!

Olivante que en seguimiento de los dragones iba por socorrer a los caballeros que llevaban, viendo el favor que la princesa le daba, teniéndola por la mayor aventura que en el mundo pudiera venirle, la recibió diciendo:

—Soberana señora, quien no nació sino para serviros bien es que emplee la vida en ello, y hasta que a mí me falte no tiene la vuestra merced que temer, y más en esto, que son cosas de encantamientos y no pueden hacer más daño del espanto que consigo traen.

La princesa estaba tal que palabra no pudo responder; lo cual viendo Olivante y tomándola en sus brazos, se quiso salir de la niebla; mas como con ella estuviese desatinado de la parte a donde había de guiar, pensando salir se metió más adentro, y con muy gran dificultad por los grandes estorbos de las visiones y otras cosas que le impedían, llegó a las puertas del castillo, donde, acabándose la niebla, se halló solo con la princesa sin saber qué de sí ni della hiciese, porque la princesa aún no había vuelto en su acuerdo; lo cual le daba tanto tormento que, cayéndose de sus ojos grande abundancia de lágrimas contemplando en aquella divina hermosura, hiriendo en el rostro de la princesa la hicieron volver en sí; que como en los brazos de Olivante se vio, muy espantada de lo que por ella había pasado le dijo:

—Mi verdadero amigo, ¿qué soledad es esta en que estamos y qué novedad la en que en vos veo? Por Dios que no vea yo en vos esa tristeza, porque será causa de no poder yo tener alegría ninguna; y decidme qué ventura ha sido la que a vuestro poder me ha traído.

—Soberana señora —respondió Olivante—, la ventura ha sido la mayor que para mí pudo ser y el más glorioso acaecimiento y más próspero y dichoso suceso de todos los que yo pudiera pensar, pues han sido de hacerme a mí el más bienaventurado de todos los nacidos en sólo haber gozado de hallar tiempo para que vuestra grandeza mis rabiosas ansias, mis crueles tormentos, mis crecidos trabajos, mis penosas cuitas, mis mortales desasosiegos manifestar pudiese. ¡Ay divina señora, cuánto más es lo que siento que lo que de mis males publico, y cuánto mayor el dolor que las palabras puedan hacer lo que, si la razón que tengo para sufrirlo no sustentase mis males con la esperanza, mil veces me hubiera dejado la vida! Mas la gloria de haber tan bien empleado mis gloriosos pensamientos me hace que con tan trabajosa vida viva contento; y mucho más lo seré cuando de vuestra soberana grandeza conociere ser contenta dello. Y pues que para pagarme de lo que he dicho la ventura me ha dado lugar, no ofendiendo al merecimiento de vuestra divina majestad, para que goce de lo que siendo yo obligado a mí mismo me pague para descanso de lo que he dicho; y la vuestra merced no reciba enojo, pues que, no teniendo yo poder para sojuzgar mi voluntad, siendo ajena, no puedo forzarle a resistir mi deseo.

Y diciendo esto y tomando sus muy hermosas y gentiles manos, se las besaba muchas veces, bañándolas con las muchas lágrimas que por una parte la gloria de lo que gozaba y de otra parte la pena del deseo le causaba. La princesa, que no menos gloria que la de Olivante en verse con él sentía, no resistiendo a su voluntad, como aquella que del mismo contentamiento recibía su parte, le dijo:

—Mi verdadero y leal amigo, si yo no conociese de vos ser verdadero el amor que publicáis para comigo, que tan verdaderamente os amo, no consentiría el atrevimiento que habéis tomado; mas, pensando que aquél solo para quien debe ser reservado todo lo que a la grandeza de mi honestidad y honra tocare sois y seréis vos, quiero tener por bien lo que hacéis, porque me parece ser deudora dello a vuestro amor y voluntad, y de mucho más a vuestro merecimiento. Y de mí podéis estar bien seguro que os pago en vuestra ausencia lo que mostráis sentir, de lo cual dará buen testimonio la infanta vuestra hermana, con la cual he pasado mi tiempo y consolado mi pena el tiempo que sin veros he estado.

Olivante que en su vida tan gran gloria sintió como en oír las dulces y amorosas razones que la princesa le dijo, hincado ante ella de rodillas le besaba muchas veces las manos. Y queriendo responder, le embarazó la venida de Silvano, que con la infanta Galarcia a la parte donde ellos estaban llegó, y tras ellos el Emperador y todos los otros caballeros trayendo todas las dueñas y doncellas, algunas fuera de su acuerdo y otras con él, aunque muy espantadas de lo que por ellas había pasado y muy gozosas con verse fuera de aquel peligro; donde llegados, entre todos hubo muy graciosas burlas y donaires, y el Emperador los regocijaba diciendo a cada uno, como llegaba, cosas de placer con que todos reían y holgaban. Y no faltando ninguno, y el buen caballero Belises con ellos, que gran esperanza tenía con lo que había visto de ver muy presto el fin de aquella aventura, llegaron a las puertas del castillo, las cuales estando cerradas, se abrieron luego, oyendo dentro muy grande estruendo de música de instrumentos y voces muy acordadas que juntamente estaban cantando:

¡Oh flor de la caballería
y hermosura sin par!
Pues Dios os quiso ayuntar,
juntos en tal compañía
seguros podréis entrar.

Y después que la canción acabada, tornaban de nuevo a la música de los instrumentos, que todos holgaban de oír infinito. Y entrados en el castillo oyeron estruendo de armas, como de gente que hiciese batalla, y los unos y los otros se apercibían, pensando que aún les quedase algún peligro de pasar. Mas, llegados al patio, fueron fuera deste temor, porque vieron ser los dos caballeros, que, habiendo tornado en su acuerdo, daban fin a la batalla que ante el castillo habían comenzado, y de nuevo andaban hiriéndose como si entonces la comenzaran.

—¡Santa María —dijo el Emperador—, y qué esfuerzo y ardimiento de caballeros! Mal haría yo si esta batalla dejase pasar adelante, que muy gran mal sería que tales dos caballeros muriesen.

Y diciendo esto, él y el rey Anaxerses se metieron en medio diciendo:

—Esforzados caballeros, si la razón de vuestra contienda basta a ser juzgada sin el peligro en que estáis de vuestras valerosas personas, merced me haríades que, dejándola, quisiédeses poner el juicio della en el parecer deste poderoso rey y

mío, porque sin hacer agravio a ninguno procuraríamos estorbar tanto daño como procuráis haceros.

Los dos caballeros, que ambos al Emperador conocían, porque siendo donceles habían estado en su corte, se apartaron afuera haciéndoles muy gran acatamiento; y cada uno dellos esperando a que el otro respondiese, al fin don Rosanel dijo:

—Soberano señor, mal haría quien, pudiendo hacer vuestro mandamiento, hiciese otra cosa. La razón de la contienda entre nosotros es quererme este caballero defender la entrada deste castillo, lo que puede mal hacer, pues ya estamos dentro. Y pues él no es parte para estorbarlo ya, queriendo él dejar la batalla, yo holgaré de que vuestra grandeza juzgue lo que entre nosotros le pareciere, que yo en tiempo de tan gran alegría como es haber hallado a vuestra majestad con tal compañía, cualquier concierto tomaría en que no se recibiese pena.

El Emperador, que en estas palabras le tomó codicia de conocer a don Rosanel, le dijo:

—No podía faltar virtud donde sobra tanta fortaleza. Y porque no menos pienso que la debe de haber en vuestro adversario, quiero haceros esta fuerza, poniéndome a cumplir la satisfacción que de una parte a otra se deba hacer.

Y diciendo esto le comenzó a desenlazar el yelmo de la cabeza; y como se lo hubo quitado, quedando con no menor hermosura que esfuerzo de sí había mostrado, fue de todos conocido, que no poca alegría recibieron de verle, principalmente la princesa Danisea, que, no pudiendo encubrirlo, con muy claras señales manifestaba su regocijo. Don Rosanel besó las manos al Emperador, y vuelto al rey Anaxerses, le dijo:

—Poderoso señor, la libertad en que estoy es ser vuestro captivo en tanto que vos estuviéredes sin ella, porque con esta promesa que a Brimalte de Asiria he hecho vengo procurando vuestro servicio, de lo cual yo he visto tan buenas señales que pienso tener poco trabajo en cumplirlo.

—Mi buen señor —respondió el rey—, vos cumplís con lo que a vos mismo os debéis manifestando la virtud que en vos hay sin serme deudor dello, porque de mí vos recibistes el tratamiento y servicio que yo, conociendo quién érades, era obligado a haceros, porque decir lo que tenía en voluntad, no cumplo agora con ello.

Luego todos aquellos príncipes y caballeros fueron a abrazar a don Rosanel, y él habló a todos ellos con muy grande amor, y después con muy grande acatamiento a todas aquellas señoras. Y llegado ante Olivante de Laura, hincando ante él los hinojos, le demandó las manos para besárselas, diciendo:

—Mi buen señor, entre todos los bienes que la fortuna en este mundo puede hacerme, juzgo yo por el mayor haberme dado por hermano de quien con temor, hasta mejor merecerlo, osaré nombrarme. Y si no fuera este acaecimiento, yo procurara poderlo hacer más sin vergüenza; mas lo que en mí falta de valor se suplirá con el vuestro, que, aunque yo reciba dél parte, os quedará tanto con que ninguno pueda igualaros.

—Mi buen señor y hermano —respondió Olivante—, quien en esto ha ganado he sido yo, que si algún merecimiento en mí hay, es el que de ser vuestro hermano

me ha cabido, que lo estimo yo en lo que es razón. Y porque para hablar más largo en esto nos quedará tiempo, por agora lo dejemos para dar orden en lo que más queda que hacer.

Don Padasán, que muy atento había estado a todo lo que había pasado, conociendo don Rosanel ser hermano de Olivante, a quien él tenía ya determinado en ninguna manera enojar, como su señora Tirseida se lo había mandado, hincando las rodillas ante el Emperador, le besó las manos dándosele a conocer, de que todos holgaron mucho, porque grande era la fama que de sus grandes hazañas por todo el mundo estaba publicada. Y asimismo llegaron todos a hablarle con muy grande acatamiento, y él hacía lo mismo a ellos. Y llegando Olivañte con don Rosanel, él le dijo:

—Señor don Rosanel, no hubiera caballero en el mundo que con menos de la muerte pudiera vencerme como vos con saber quién sois habéis hecho; porque con estar yo siempre vencido deste valeroso príncipe vuestro hermano, a quien suplico me perdone las cosas pasadas que por desconocimiento entre nosotros acaecieron, no puedo dejar de serlo vuestro para serviros en todo lo que de mí quisiéredes hacerlo.

—Mi buen señor —dijo Olivante—, muy gran merced es la que de vuestras palabras recibo, porque no menos he deseado vuestra amistad que vos la mía por causas que en medio hay que no consienten otra cosa, y principalmente por el merecimiento de vuestra persona, a quien todos los caballeros del mundo son obligados.

—Ese merecimiento —respondió don Padasán— hay en vos, y por conocerlo yo hago esto, como obligado a ello.

Y pasando estas razones y otras de muy gran cortesía entre ellos, se abrazaron él y don Rosanel, de que todos holgaron mucho, y más de que la infanta Clarista, que todas estas cosas había estado mirando, salió ante todos, con que se renovó la fiesta y el regocijo de nuevo. Y estrañas cosas eran de alegría las que aquellas señoras con ella hacían, y el príncipe Agrestes lo mismo, no cesando de dar gracias a don Padasán de Lidia de lo que por ella había hecho, porque ella lo contó en presencia de todos, y a maravilla fue tenido por buen caballero.

Y como la noche se venía acercando, determinaron de dejar de ver la huerta y probar la aventura hasta otro día. Y hallando todo el recaudo que fue menester en el castillo, como si para aquello estuviera aparejado en casa del más poderoso príncipe del mundo, pasaron hasta la mañana, haciendo curar a don Rosanel y a don Padasán de algunas pequeñas llagas que tenían, estando presente la princesa Danisea al curar de don Rosanel y mostrando claramente la gran afición que le tenía. Y aquella noche Brimalte de Asiria habló al rey Anaxerses, muy contento de verle en el buen tratamiento que estaba, y le dio cuenta de su venida y del infante don Rosanel, con lo que el rey holgó mucho.

CAPÍTULO II-XLIII

CÓMO EL EMPERADOR Y TODOS AQUELLOS CABALLEROS ENTRARON EN LA HUERTA Y HUBO FIN LA AVENTURA DEL CASTILLO DE LOS SECRETOS DE AMOR

OTRO día por la mañana, después de todos levantados, aderezándose aquellas señoras lo más ricamente y mejor que pudieron, y los caballeros armados de muy lucidas y ricas armas, se fueron a la huerta del castillo con deseo de ver aquella aventura de que tantas maravillas se decían. Don Padasán de Lidia iba maravillado de la estraña hermosura de aquellas princesas y infantas, principalmente de la princesa Lucenda, la cual juzgaba por cosa más celestial que humana, y decía entre sí que con razón había sido Olivante poderoso de ponerle en el estrecho que había estado dos veces, si era verdad que él amaba aquella doncella, porque otra no fuera parte para poderlo hacer. Desta manera llegaron a la puerta de la huerta, en la cual hallaron al hortelano con su llave, que, viéndolos venir, la abrió diciendo:

—Pues aquí viene quien ha franqueado la entrada, podéis pasar sin pagar el portaje, que en otro tiempo os fuera hartamente dificultoso. Mas, ya que agora entréis seguros, algunos van muy alegres que saldrán llorando, perdiendo la libertad con que vienen, lo cual recibo yo por consuelo de mi pena, viendo que en esta aventura tengo compañía para ayudarme a pasarla.

Riendo todos de las palabras del hortelano entraron dentro, y tendiendo la vista por aquella huerta vieron tantas cosas y tan señaladas en que poner los ojos, que, pareciéndoles otro nuevo mundo, los tenía a todos suspensos: las aves con el frescor de la mañana, puestas en los verdes ramos de muchos y diversos árboles, con sus arpadas lenguas hacían suaves y dulces cantares; las flores y rosas, producidas con gran hermosura de la naturaleza, despedían de sí varios y diversos olores; los árboles estaban cargados de hermosas y muy sabrosas frutas; los arroyos que de las hermosas fuentes salían con un templado ruido, regocijado asimismo del que un aire sabroso y templado en las hojas de los mirtos y arrayanes y otras yerbas, hacían una manera de música aplacible, con que a todos les parecía no ser menos deleitosa estancia que la que en la Casa de la Fortuna habían visto. Unos iban por unas partes y otros por otras, cada uno donde más les agradaba, contemplando muchas cosas particulares que había en que poder estar mirando mucho tiempo, que no sin razón el rey Tirsiano tenía éste por el mejor aposento de todo su reino, siendo después ayudado con el saber de aquel excelente sabio Arsímenes. Por el campo de la huerta había muchos y diversos animales que muy mansos andaban entre todos ellos, con que aquellas señoras se holgaban tomándolos en las manos y en sus regazos, y en algunas albercas que de los arroyos de las fuentes se hacían veían muchos géneros de pescados que, sin ninguna resistencia, a manos dejaban tomarse.

Mirando todas estas cosas y deteniéndose a cada paso, porque siempre había que ver de nuevo, llegaron adonde la sepultura del rey Tirsiano estaba, la cual rodeada de todos aquellos caballeros y señoras, les puso en muy grande admiración, contemplando la sumptuosidad y riqueza del edificio, la gran

ferocidad de los tigres, que verdaderamente vivos parecían, la sutileza de las labores, así del cielo con que estaba cubierta como de los mármoles que la sostenían, la estraña manera de la sepultura y los escalones de tan preciosas piedras y de tan gran valor; y lo que más los espantaba era la hermosura de aquellos dos príncipes Tirsés y Tirseida, los cuales no cesando sus acostumbrados sollozos y gemidos, con las manos derechas en sus mejillas mostrando la tristeza acostumbrada, por su hermoso rostro despedían grande abundancia de lágrimas que como perlas orientales en sus mejillas acrecentaban en su hermosura, poniendo a todos tanta lástima, que con no menos solemnidad de lágrimas y suspiros doliéndose de su cuita les ayudaban que ellos mismos lo hacían.

Y estando así gran pieza en aquella contemplación, principalmente don Padasán de Lidia y la infanta Clarista, teniendo los ojos firmemente donde su misma voluntad les forzaba, sin poder dejar de mirar aquella gloriosa vista, mezclada con la sabrosa ponzoña de sus tormentos, viniendo la hora acostumbrada, la sepultura se abrió como solía, y saliendo aquella espantable figura del rey Tirsiano, que propia imagen de muerte parecía, con las acostumbradas cerimonias y palabras hizo el sacrificio que solía de sus mismos hijos, dejándolos con las grandes heridas que con sus mismas saetas, flechando sus arcos, les dio, tales, que de todos fueron juzgados por muertos con muy gran lástima y sentimiento de ver las bascas con que su dolor quejaban y los arroyos de sangre que dellos corría, que, mezclados con los de las fuentes, les hacía perder su color. Y después que los hubieron estado mirando, viendo cómo el rey Tirsiano les quitaba las flechas y, metiéndose en la sepultura, los dejaba como de antes estaban, todos quedaron maravillados y con muy gran voluntad de que aquella aventura se acabase por ver aquellos príncipes fuera de tan fiero y cruel tormento.

Y Belises, que muy gran esperanza tenía de verlo, sabiendo que la aventura se había de acabar por mano de un caballero y una doncella, suplicó al Emperador que mandase que todos se probasen en ella; el cual deseando lo mismo, lo hizo así, y como todos tuviesen aquella voluntad, holgaron dello. Y para dar principio a todos los otros, el rey Anaxerses con la reina dijo que él quería hacer la primera experiencia, y tomándola por la mano subió la primera grada, y los dos príncipes se levantaron; y subiendo la segunda, el rey vio en la imagen de Tirseida la propia figura de la reina, y la reina en la imagen de Tirsés la del rey, como si otros que ellos hubiera en el mundo: mas esta mudanza ninguno la veía sino los mismos que probaban la aventura. Y queriendo subir la tercera grada, soltando los dos príncipes las saetas, los hicieron caer como muertos en el suelo, en el cual estuvieron un poco espacio revolcándose a unas partes y a otras con muy grandes bascas que hacían. Mas, abajándose los príncipes y trabando de las saetas, se las sacaron, dejándolos como de antes, no sintiendo más novedad de ver cada uno en sí muy crecido el amor que de antes se tenían. Y levantándose y quitándose afuera, el rey dijo:

—Ya por mí no habrá fin la aventura, aunque no me ha dejado de caber parte de los secretos della, que yo no pensé haber otra reina de Persia en el mundo, mas una tenía por la mano y otra en presencia, que, sin haber ninguna piedad de mí, me hirió tan cruelmente.

Todos rieron de lo que el rey decía; y el Emperador quiso gozar de aquel secreto, y subiendo las dos gradas, vio a la emperatriz Anfitea su mujer, que diez años había que era muerta, la cual mostrándole muy alegre semblante, soltó la flecha, haciéndole estar como al rey había hecho. Y desde volvió en sí, estando triste en lo secreto con el deseo de lo que había visto, se mostró a todos alegre, diciendo que fuesen a probar aquella aventura y que verían maravillas.

Luego comenzaron los caballeros, y el primero fue don Rosanel de Briana, el cual subiendo las gradas, la figura de Tirseida le mostró la de la princesa Danisea; y pasando por él lo que el Emperador, se volvió sin hacer cosa ninguna. Luego probaron con la misma experiencia el príncipe Grisalter de Suecia, don Padasán de Lidia, el príncipe Meliades y el infante Aliazar, el buen caballero Silvano y el duque Jaselao, el conde de Altarroca y el duque Durián de Baltar, el príncipe Agrestes y el duque Tesaliano, Polinerdbys y don Lucisor de Numidia y Riseles de Normandía y Brimalte de Asiria y el duque Armides y Peliscán su hijo, Castidel y todos los caballeros que en las naos venían, hallando cada uno de los que eran enamorados las figuras de aquellas por quien padecían; y los que no lo eran veían aquellas personas de quien lo habían de ser, entre las cuales hubo muchos que no las conocían ni sabían quién eran.

Y después que todos lo hubieron probado, Olivante, que el medio corazón le estaba ardiendo como en vivas llamas, mirando aquella estremada hermosura de su señora la princesa, en lo secreto le demandaba favor, con el cual pensaba dar fin en aquella aventura. Y viendo que no había ninguno por probarla, se fue a la sepultura diciendo:

—Yo quiero pasar por lo que todos han hecho, por que no digan que quiero reservarme de lo que por ellos ha pasado.

Y como lo hubo dicho, subiendo la primera grada, Tirseida con muy gran alteración se levantó; y como Olivante se puso en la segunda, queriendo Tirseida soltar la flecha, fue tanta la presteza de Olivante en tomársela con la mano, que en un punto, arrojándola lejos de sí, tornó a tomar por un brazo a Tirseida; y queriéndola abajar de allí, la sepultura comenzó a temblar con grande espacio de tierra al derredor, en tanta manera que apenas los que allí estaban se podían tener en pies, teniendo todos gran turbación y miedo. Y alzándose el cubertor que encima de sí tenía, aquel cuerpo del rey Tirsiano, que mucho más feo y disforme que nunca se mostró, salió muy espantable, y tomando por el otro brazo de Tirseida, la tuvo tan firmemente que Olivante no pudo de allí menearla. Y el rey le dijo:

—Príncipe bienaventurado, sinrazón haces al descanso de mi tormento, pues que con esta venganza se disminuía mi pena; y debiera bastarte la gloria que en el principio que en esta mi casa entraste te fue otorgada, sin que agora²²⁵ en satisfacción de ser yo la causa me quieras pagar con tan contraria paga de lo que te merecí. Mas ya por agora te aprovechará poco tu solicitud, que en tanto que Tirses así estuviere, Tirseida no podrá ser apartada de mi compañía.

²²⁵ Suplo 'sin que agora' (188r).

Y diciendo esto calló. Olivante que vio cuán poco provecho allí podían hacer las palabras, no curó de responderle, mas procuraba con todas sus fuerzas sacar a Tirseida de su poder, la cual con la fuerza acrecentando en sus dolorosas quejas, con dolorosos sospiros mostraba su cuita, haciendo señas a Olivante para que dejase su porfía.

El Emperador que conoció en las palabras del rey Tirsiano que para el fin de la aventura era menester hallar quien a Tirses hiciese lo mismo, rogó a aquellas señoras que probasen la ventura, asegurándolas que entre ellas habría alguna tan venturosa que darle fin pudiese. Mas todas ellas con mucho temor de aquella disforme visión, no osaban a ella llegarse, y gran pieza estuvieron sin que ninguna quisiese subir a la sepultura, hasta que por mandado de la reina de Persia una doncella suya hizo principio, y después todas las otras, y asimismo las de la princesa Danisea; mas, pasando por ellas lo mismo que por las otras, se quitaron afuera. Y luego la infanta Clarista, con el deseo que de ver al su Tirses fuera de aquel trabajo tenía, lo probó; mas así le avino como las otras veces. La infanta Casiana hizo lo mismo, y la infanta Galarcia y la princesa Danisea.

La princesa Lucenda, que con muy gran temor estaba, el medio corazón le ardía que parecía quemarse semejantemente que el medio de donde lo había tomado, y de buena gana dejara²²⁶ de probar la aventura si el Emperador se lo consintiera; mas, viendo que no podía hacer otra cosa, comenzó a subir por las gradas, y con los ojos puestos en Olivante, volviéndolos a Tirses, lo halló vuelto en su figura; y no poco espantada de ver dos Olivantes juntos, cuando subió la otra grada vio a Tirses vuelto en la figura que de antes tenía; el cual queriendo flechar el arco, fue impedido de la princesa, y tomándole la flecha antes que la soltase, le dijo:

—Hermoso príncipe, no dejaréis de ser cruel conmigo por vuestra voluntad, pues yo pienso ser bastante a haceros esta fuerza.

Tirses estuvo quedo y la princesa le tomó por la mano; mas el rey Tirsiano, dando un espantable grito, con el otro brazo asió a Tirses como de Tirseida había hecho, y procuraba levantarlos y meterlos consigo en la sepultura. Mas Olivante, que lo conoció, tiró tan recio de Tirseida que la sacó de su poder; y yendo ayudar a la princesa, que con grande esfuerzo estaba asida de Tirses, hicieron lo mismo. Y el rey que sin ellos se vio, dando tres grandes y fieros gemidos y haciendo muchos espantables gestos y furiosas bascas alzó el cubertor de la sepultura y, dejándolo caer de golpe sobre sí, el ruido fue tan grande, el estruendo tan espantoso que se comenzó, que parecía el mundo hundirse. La huerta toda temblaba; de la niebla que el castillo cubría en derredor comenzaron a disparar tantos truenos y relámpagos y caer tantos rayos, que ninguno pensaba salir de allí con la vida. Y cubriéndose todo el castillo de muy grandes y espesas nubes de fuego mezcladas con aquella espesura y oscuridad de la niebla, mostraban de sí abominables y ferocísimas visiones, más que nunca fueron vistas. Unas en figuras de animales y otras de vestiglos y otras maneras de cosas infernales, echando llamas de fuego por la boca, andaban discurriendo a unas partes y a otras. No había más claridad

²²⁶ Orig.: 'daxara' (188r).

de la que las llamas de sí daban, y las visiones con espantables y roncadas voces, unas aullaban y otras daban grandes gritos, y otras decían:

—Deshecha es nuestra antigua morada; quitado nos han el poder que en ella teníamos.

A todas estas cosas muchos de los que allí estaban, con el espanto, estaban fuera de su acuerdo, y otros muy desmayados, y aquellas señoras fuera de sus sentidos. Mas, habiendo ya pasado cuanto espacio de media hora, la huerta comenzó a temblar más fuertemente que de antes, y dando un muy gran estampido, que pareció haberse hundido todo el castillo, y desapareciendo aquellas visiones, dejándolos a todos en muy oscuras tinieblas, fueron tan grandes los alaridos, los baladros tan horribles, las voces tan temerosas que fueron dando, que no bastó esfuerzo a ninguno de los caballeros que allí estaban que no quedasen sin ningún sentido desmayados y, cayendo de su estado, tendidos en el suelo, sino aquel esforzado sobre todos los caballeros del mundo, el soberano príncipe Olivante de Laura, que, sobrepujando su valeroso esfuerzo todos estos grandes temores, con grande ánimo esperando el suceso dellos tenía a la princesa Lucenda con una mano y a la infanta Tirseida con la otra.

CAPÍTULO II-XLIII

DE LO QUE DESPUÉS DE FENECIDA LA AVENTURA EL PRÍNCIPE OLIVANTE HIZO, Y DE LO QUE CON LA PRINCESA LUCENDA PASÓ DESPUÉS QUE CON EL SABIO ARSÍMENES HABLARON

ESTANDO todos, como se ha dicho, así fuera de su sentido, y sólo aquel esforzado príncipe, a quien el ánimo bastó para ver todas aquellas cosas tan espantables y temerosas, en su juicio, delante de sí vio un hombre con un cirio encendido en sus manos, el cual fue luego del conocido ser el sabio Arsímenes, porque de la misma manera le había visto en sueños la primera vez que en aquella huerta había estado y después en la batalla que con don Padasán de Lidia en el reino de Macedonia había hecho. Y no le pesando con su vista, estuvo esperando a ver el fin de su venida. El sabio, acercándose donde Olivante estaba, le dijo:

—Soberano y esclarecido príncipe, bien se ha parecido en este día el valor de tu valeroso merecimiento con la experiencia que en él has dado acabando aquello que todos los del mundo no fueran poderosos; y sábetelo que cuando esta aventura por mí fue hecha no me fue encubierto que tú habías de darle el glorioso fin que hoy ha parecido para que tú acrecentases más en tus loas con tan gloriosa hazaña. Y pues estás en este castillo, donde los secretos de amor hasta ahora han sido encubiertamente a cada uno manifestados y donde, siendo yo el medianero, hizo principio tu rabioso tormento, no quiero que vayas de mí con queja que, habiendo sido causa de la cruel pena, pudiendo serlo del galardón, te lo niegue. Sabe,

valeroso príncipe, aprovecharte del tiempo, porque no hay mayor pérdida que la que dél se hace, enderezando siempre al virtuoso fin que de tu crecida nobleza se espera, que el aparejo tienes en la mano, con el cual muy presto te verás en la alteza de estado que tupreciado valor y merecimiento merece. Una cosa sola quiero encargarte: que en tus prosperidades no olvides a tus amigos, porque todos ellos te lo merecen, y principalmente Silvano, el cual, aunque agora no se sepa de su linaje, yo te quiero decir que por su padre no tiene menos merecimiento que tú, porque es hijo de uno de los mayores y mejores príncipes del mundo, y muy presto se sabrá desto. La falta que tiene es la pobreza que le acompaña: el socorro que le hicieres será muy bien empleado. Y porque para despertar tu virtud lo dicho me parece que basta, no quiero más detenerte sin que vayas a gozar de lo que tú solo mereces, sin que nadie en el mundo sea parte para merecerlo.

Y acabando de decir esto mató el cirio que encendido traía; y queriéndole Olivante responder, le pareció tener trabada la lengua. Y el sabio tomándole por una mano, así tomó a la princesa por la otra, y llevándolos muy gran trecho por medio de aquellas oscuras tinieblas, salieron a una parte de la huerta que, siendo lo más deleitoso y de mayor frescura que en toda ella había por causa de una fuente que naciendo en el medio lo tenía todo adornado de muy hermosas y odoríferas flores y de grandes y crecidos árboles, Olivante vio toda la huerta y el castillo cubierto de aquella oscuridad y solo aquel circuitu muy claro, y en medio dél una tienda cabe la fuente de tan estrañas y ricas labores que jamás otra semejante había visto. La noche se venía ya acercando, y el sabio, soltando a Olivante, tomó la princesa, que con todo esto no había vuelto en su acuerdo, y metiéndola en la tienda, la puso encima de un muy rico lecho que en medio della estaba, y dejándola allí salió a Olivante diciéndole:

—Tened cuidado sólo de lo que a vuestro contento tocare, que sin sospecha podéis estar, hasta que el sol dando la vuelta acostumbrada por todo el universo torne a alumbrar las tinieblas que con su despedida deja, de que ninguno pueda estorbaros vuestro deleite, que todos estarán de la manera que agora los dejáis hasta entonces.

Y diciendo esto desapareció delante dél. Olivante, entrando en la tienda, certificado de la seguridad que de no ser sentido tenía, viendo aquella angélica y divina imagen que como durmiendo en el lecho estaba, la tomó en sus brazos, que como quien de grave y pesado sueño despierta, abriendo los ojos tornó en sí diciendo:

—Mi verdadero amigo, siempre en mis tribulaciones os tengo de hallar por amparo y defensa, como aquel que dellas más se duele. Dios me traiga a tiempo que pueda galardonaros lo que por mí hacéis; y ruégoo que me digáis qué se hizo en la aventura de Tirses, que, a mi parecer, yo le saqué de poder del rey Tirsiano.

—Mi señora —dijo Olivante—, la vuestra merced dice verdad, que la aventura por vuestra mano feneció, aunque no es acabada para que yo quedase en la mayor que jamás estuve ni estaré, que es la presente de verme ante vos con seguridad de poderos manifestar mis rabiosos tormentos y mortales congojas sin que de nadie pueda ser sentido; porque sabed que esta soledad que tenemos, fuera de aquellas tinieblas donde todos estarán hasta la mañana sin volver en su acuerdo, la tenemos

con licencia de aquel gran sabio Arsímenes que este castillo encantó, el cual aquí nos ha traído.

—¡Santa María —dijo la princesa—, que como si en sueños estuviera me pareció haber visto y hablado a este hombre! Mas, aunque tengamos la seguridad que decís, no teniendo qué hacer aquí, justo es que vamos a saber la verdad de lo que del Emperador y de todos los que con él estaban ha sido.

—Lo que aquí hay que hacer, soberana señora —dijo Olivante—, es suplicar a vuestra grandeza que, pues mi voluntad y deseo de serviros, para poder sustentar la vida con que mejor lo pueda hacer, lo merece, reciba algún galardón de vuestra virtud doliéndoos del mal que padezco; porque ni la vida que vivo se puede llamar vida ni la muerte tiene poder para acabarme, por estar yo más muerto con el vivir apasionado que ella puede hacerme con poner fin a mis tristes días. ¡Ay señora, con cuánto trabajo me he podido sustentar hasta agora en la esperanza del verdadero amor, que, conociéndolo en mí, me la ha puesto de ser pagado con él! Y pues que lo que pido es para más poder serviros, no me dejéis desesperar de lo que, esperándolo hasta agora, me ha puesto en tanta alteza con mis gloriosos pensamientos, que cayendo della no puedo parar hasta venir al centro del abismo.

Diciendo esto, Olivante tenía las manos de la princesa en su boca, besándolas muchas veces; y bañándolas con la grande abundancia de lágrimas que de sus ojos, como de fuentes, caían, añadía a sus lástimas unos tan dolorosos y entrañables sospiros, que en cualquiera corazón pusieran forzada compasión y lástima. La princesa no pudiendo negar lo que a su real condición debía, forzada con el amor que en sí no menor que el que Olivante mostraba sentía, a gran compasión era movida; mas viendo la obligación que a su grandeza y honestidad era deudora, queriendo en un mismo tiempo satisfacer a todo, le responde:

—Excelente príncipe y mi verdadero amigo, con no menor pena siento yo la que vos tenéis que vos la podéis sentir, conociendo el verdadero y leal amor que siempre me habéis tenido; mas éste quiero yo pagaros con no daros parte de mí, sino el todo, que será cuando el tiempo nos diere lugar con voluntad del Emperador, a quien vos habéis hecho tan grandes y crecidos servicios; que habiéndome de dar marido y conociendo vuestro deseo no podrá negarme. Así que hasta entonces yo os ruego que queráis sufiros, porque en estando en Constantinopla daremos orden como en todo se ponga remedio.

—Mi señora —respondió Olivante—, ni mis tormentos consienten dilación en el remedio, para no acabarme, ni la excusa que vuestra grandeza da es bastante para satisfacerme, porque el temor de lo que la ventura, que tantas cosas en poco tiempo revuelve, puede hacer me tiene tal que cuantas desventuras puede haber en el mundo se me ponen cada momento delante; así que lo que la vuestra merced me da por consuelo será causa de traerme más presto la muerte. Y si mi amor y lealtad, con lo que padezco, ante vuestra soberana grandeza algún merecimiento tiene, por él la conjuro y suplico tenga por bien, queriéndome recibir por esposo, dar fin al fin de mis males con el principio de tan soberana gloria cual nunca jamás hombre mortal en este mundo podrá alcanzar.

Y diciendo esto, hincados los hinojos ante ella, le estaba besando aquellas sus muy hermosas manos, mostrando tan gran dolor en sus lágrimas y sospiros, que

la princesa, no pudiendo sufrir tan gran experiencia de amor como delante de sí veía mostrando ingratitud a tan gran lealtad, le responde:

—Valeroso príncipe, pues que vuestro verdadero amor no puede pagarse con menos, para quedar yo en el mío satisfecha, juntamente con lo que a la grandeza de mi honestidad es debido, yo quiero hacer lo que me pedís, con pensar que no os faltará conocimiento para no juzgar la fuerza que, siendo hecha por mi voluntad, contra ella misma queriendo seguir la vuestra me hago fuera de lo que a mí por mi honestidad me debo. Y por tanto, yo quiero darme y me pongo en vuestro poder como vuestra esposa, suplicándoos que la voluntad no venza a la razón para no forzaros en el sufrimiento que yo holgaría que tuviédes hasta que con aquella sumptuosidad que nuestra grandeza requiere nuestras bodas fuesen celebradas.

Olivante, sintiendo aquel gozo que de tales palabras a quien tanto las deseaba podía sentirse, tornándole a besar las manos, le responde:

—Mi señora, las gracias de tan crecida merced, por ser sin igual, ni yo sabré ni podré darlas más de quedar con ellas otro del que soy, para no conocerme viéndome puesto en tan alto estado por vuestra soberana grandeza. Así que, aunque indigno de recibir tan gran merced, la recibo, prometiéndome asimismo por vuestro esposo, como lo hago desde agora.

Y a este tiempo la noche era muy oscura y Olivante, pareciéndole haber acrecentado en la osadía con las razones pasadas, pasando otras muy sabrosas y dulces entre los dos, con el discurso de la noche, que le dio lugar, y la seguridad que tenía, tanto supo hacer con la princesa, que, forzada de su voluntad, aunque con ella, aquella noche aquel esforzado y excelente príncipe recibió el galardón que sus trabajos y angustias, sus rabiosos tormentos, sus crecidas cuitas, sus tribulaciones y dolores merecían, gozando de aquella divina y soberana princesa, lucero de todas las hermosas y espejo en quien todas podían mirarse, porque, como el sol entre las estrellas, entre todas ellas resplandeciente se mostraba. Y pasando entre los dos aquella gloria con que sus corazones podían quedar satisfechos, ya cerca de la mañana a los dos contra su voluntad les tomó un pesado y sabroso sueño, en el cual los dejaremos por decir lo que el sabio Arsímenes hizo.

El cual después que dejó así a Olivante con la princesa, siendo guiado, según se puede pensar, aquel cuerpo suyo ya difunto por algún espíritu a quien con la fuerza de sus encantamientos antes de su muerte debió de dejar apremiado para hacer todo esto en el fin desta aventura, se fue donde Silvano estaba, al cual asiéndole de la mano, y por otra a la infanta Galarcia, los sacó también de la niebla a una parte de la huerta apartada de donde Olivante estaba, entre unos muy crecidos y espesos árboles que en medio de sí encerraban una muy hermosa fuente cercada de muchas flores y odoríferas rosas, adonde tornados en su juicio y viendo aquel hombre tan desfigurado delante de sí, muy maravillados lo miraban; mas el sabio les dijo:

—Goza de la parte que os cabe de lo que el nombre deste castillo ha publicado, pues por el amor de cada uno se merece.

Y diciendo esto desapareció. Silvano y la infanta, que en aquel poco espacio cerrado de todas partes de la niebla se hallaron, espantados dello y con gran gozo

de verse se estaban mirando. Y Silvano, hincando las rodillas delante della, publicando con las lágrimas y sospiros que sus ojos y corazón de sí despedían el verdadero amor que en sus entrañas tenía encerrado, comenzó a decir:

—Si aquella licencia, divina señora, que en tiempo que sin esperanza de remedio vivía me era concedida en el hábito pastoril agora tuviese para osar publicar mi dolor, gran alivio sería de mi tormento; mas viendo que el amor que vuestra excelencia me muestra sobrepaja al merecimiento de mi pasión por el poco que de mí para con la vuestra merced hay, paréceme hacer sinrazón y ofensa a la grandeza del vuestro en pedir más galardón del que por vuestra voluntad me quisiéredes dar; mas así como mi dolor, siendo sin fin, jamás siente descanso, a mí mismo me fuerza a buscar el remedio con no poder resistir la lengua que deje de publicar mi fatiga. Suplico a la vuestra merced se duela de mi pasión con acrecentar en algún favor para poderla pasar juntamente con la vida, que, peleando con la muerte, va de vencida si vuestra defensa y amparo no me socorre con acrecentar en el favor como se acrecienta mi rabioso dolor cada día, el cual tanto mayor se hace cada hora cuanto me hallo indigno para tener soberbia de pensar mereceros por perpetua señora, pues que tal pensamiento para otro mayor merecimiento, así en valor de persona como de estado y linaje, pertenece.

La infanta, en quien no menos amor para con Silvano había que el que él para con ella publicaba, habiendo oído sus razones y el acatamiento con que las decía, así le responde:

—Mi verdadero amigo, bien creo que estaréis satisfecho de mi voluntad, por lo que de mis palabras antes de agora habéis conocido, que el verdadero amor que yo os tengo ni puede ya acrecentarse, por no poder ser mayor, ni disminuirse, por estar tan arraigado que ninguna cosa a ello bastaría; mas lo que a mi honestidad y grandeza se debe refrena con la razón el deseo, que es de mostrároslo con las obras como al presente lo hago con palabras. De una cosa quiero que quedéis satisfecho, para que sepáis que ningún engaño para con la infanta Galarcia recibís: que desde agora os prometo que, si la ventura no nos fuere tan favorable de descubrir lo que todos esperamos de vuestro merecimiento para que con consentimiento de aquellos a quien soy obligada a pedir licencia pueda ser vuestra esposa, que jamás lo seré de otra persona, aunque sea el mayor príncipe del mundo, porque a ninguno podré yo tener el amor que a vos os tengo, pues que, aunque lo merezca por la grandeza de estado, no pueden igualaros en el merecimiento de la persona. Y en tanto, mi leal amigo, yo os suplico tengáis sufrimiento y deis lugar a vuestras pasiones, conociendo que no son menores las mías el tiempo que sin poder gozar de vuestra conversación estuviere, y contentaos con lo que la ventura nos concede, que, no perjudicando a mi honestidad, yo holgaré de todo aquello con que vos podáis recibir contento.

No se podría decir la alegría de Silvano cuando palabras tan amorosas oyó, que no podía pensar que fuese posible, sino que todavía estaban encantados, y estaba como atónito pensando si era así que lo había oído. Y pareciéndole no conocerse a sí mismo, estuvo una pieza sin responder, y al fin della, llorando con el demasiado placer y alegría que había recibido, le respondió:

—Divina señora, ni la virtud puede ascondese ni la nobleza dejar de manifestarse, ni quien se arrimare a buen árbol dejar de gozar de hermoso fruto. Bienaventurado yo y dichosos mis tormentos, gloriosos mis cuidados y, en fin, muy pequeñas y de poco merecimiento mis fatigas para con tan sobrado galardón. ¡Ay mi señora, que no me conozco!; porque me habéis engrandecido tanto con vuestras palabras y favores, que por ningún estado desta vida trocaría aquel en que estoy teniendo a la vuestra merced de mi parte, que me pone en el mayor de todos cuantos pueden ser en el mundo. Yo acepto la merced que la vuestra me hace no habiéndola merecido para pensar de merecerla, y por ella os suplico vuestras hermosas manos como a vuestro siervo me deis.

Y diciendo esto, con las suyas se las tomó, y besándoselas muchas veces, con sus lágrimas se las bañaba, pasando entre los dos otras muchas razones manifestando el entrañable amor que se tenían. Y no pudiendo salir de aquel circuito que la niebla tenía cercado, estuvieron hasta la mañana, en el cual tiempo tomando Silvano con el favor de la infanta algún atrevimiento más del que hasta allí había tenido, gozó de aquello que el amor, fuera del último y final fruto que suele cogerse, deja gozar a los amadores para descanso de sus atribulados corazones, teniéndolo la infanta por bien conociendo de Silvano cuán bien empleado era en él cualquier favor que se le hiciese, reservando lo que para aquel cuya esposa había de ser era justo guardarse; aunque siempre su pensamiento fue que, no pudiendo serlo de Silvano, jamás lo sería de otro. Y ya cerca de la mañana, otro semejante sueño que a Olivante y a la princesa les había tomado les vino a ellos.

CAPÍTULO II-XLV

CÓMO DESPUÉS QUE EL SABIO ARSÍMENES HABLÓ AL EMPERADOR Y LE DIJO LO QUE HABÍA DE HACER, TODOS AQUELLOS CABALLEROS FUERON DESENCANTADOS, HABIENDO FIN LA AVENTURA DEL CASTILLO, Y DE LA VENIDA DE LA SABIA HIPERMEA A LA ISLA DE LANDAS

EL Emperador, que así como los otros caballeros estaba en aquella niebla fuera de su sentido, pareciole, como si soñando estuviera, ver un hombre muy flaco y amarillo, con unas vestiduras muy largas, en la presencia muy grave y de gran autoridad, el cual llegándose cerca dél, le decía:

—Poderoso y soberano príncipe, mucho debes a la ventura, que no solamente, habiéndote puesto en tan gran alteza de estado, te ha querido conservar en él guardándote de tantos y tan crecidos peligros, mas también te ha dado por escudo y defensa tantos y tan buenos caballeros que en tu servicio viven, entre los cuales es este bienaventurado y excelente príncipe Olivante de Laura. Por tanto, ten muy gran cuidado de no ser ingrato a los servicios del galardón que merecen, en el cual

no quiero aconsejarte más de lo que a ti por tu gran saber y discreción te pareciere. Algunas cosas pienso decirte para que luego las pongas en efecto, que por ventura la dilación sería causa de algún daño; y es que antes que deste castillo salgas hagas juntar en casamiento al príncipe Tirsés con la infanta Clarista, y a don Padasán de Lidia con la infanta Tirseida, y a don Rosanel de Briana con la princesa Danisea y al infante Aliazar con la infanta Casiana. De los otros caballeros tendrás el cuidado cuando tiempo más conviniente fuere, que ninguno dellos habrá que tu mandado rehúse, porque todos lo desean, que de los casamientos déstos vendrá muy gran bien y provecho al mundo, naciendo dellos hijos que en no menor estado sustentarán la orden de caballería que sus padres, los cuales serán remediadores de muchos agravios y tuertos que en su tiempo en el mundo se hicieren. Y si no me conoces, sábetete que yo soy el sabio Arsímenes, que el encantamiento deste castillo hice.

Y diciendo esto le desapareció, y luego le pareció ver las tinieblas convertirse en llamas de fuego, como otras veces solían, las cuales ardiendo gran pieza, se subían hasta la nubes. Y estando mirando la altura del fuego, vio venir por el aire una ave de demasiada grandeza, la cual trayendo una redoma en el pico y volviendo la boca della para bajo, dejó caer un poco de agua que en ella venía encima de las llamas, la cuales haciendo muy gran ruido se comenzaron a consumir poco a poco, dejando el castillo con el circuito de al derredor con la claridad del sol, que entonces comenzaba a mostrarse, tan claro como si nunca el fuego ni las tinieblas allí hubieran estado. Y tornando todos a este punto en su acuerdo, juntamente se hallaron todos en un verde y florido campo que entre dos arroyos de muy clara agua la sepultura del rey Tirsiano cercaba, teniendo Olivante al príncipe Tirsés por la mano y la princesa Lucenda a la infanta Tirseida; los cuales asimismo vueltos en sus claros juicios y entendimiento, estaban maravillados de ver aquella tan preciada compañía. Y el Emperador que así los vio, se llegó a hablarles diciéndoles que diesen las gracias a Olivante y a la princesa de su deliberación, porque por ellos habían sido desencantados.

Los dos príncipes conociendo al Emperador, con grande acatamiento le fueron a besar las manos, el cual abrazándolos los levantó de tierra; y lo mismo hicieron a la princesa Lucenda y a Olivante, sabiendo el gran beneficio que dellos habían recibido. Luego se llegaron todos aquellos caballeros y señores a hablarles, holgándose mucho de verlos fuera de aquella crecida pena que tenían; y después hablaban a Olivante y a la princesa, habiendo muchos que tenían envidia de la grande honra que aquel día habían ganado. Y entre los unos y los otros pasaron grandes razonamientos que aquí por la prolijidad no se escriben más de que los de la tierra, viendo el castillo desencantado, vinieron en gran número, así de caballeros como de otras gentes, y tomando por caudillo al buen caballero Belises, llegaron a besar las manos a Tirsés como a nuevo señor con la mayor alegría del mundo; y lo mismo hicieron a la infanta Tirseida; los cuales teniendo noticia de todo lo que por ellos había pasado, estaban los más alegres y contentos del mundo. Y viendo los dos a la infanta Clarista y a don Padasán de Lidia, no menos se

sintieron de la cruel y desapiadada mano de amor²²⁷ de sus amores heridos que ellos lo estaban, porque se ha de saber que en el encantamiento donde estaban de sola la vista y memoria éstos gozaban, con la misma falta de libertad para con ellos que los hablaron; y sabiendo las personas que eran y el merecimiento que tenían, se tuvieron por bien empleados.

El Emperador y todos los que allí estaban quisieron ver todo lo que en la huerta había antes que della saliesen, porque cierto había cosas maravillosas, entre las cuales hallaron la sepultura del sabio Arsímenes, que teniendo encima aquella piedra transparente pudieron ver el cuerpo muerto, al cual el Emperador conoció ser el que en sueños le había aparecido; y también le conocieron Olivante y Silvano y la princesa y la infanta, como aquellos que lo habían visto, y cada uno dellos entre sí le daba gracias de lo que por ellos había hecho, y al Emperador se le acordaba bien de lo que con él había pasado. Y después que vieron todo lo demás, quedando la sepultura del rey Tirsiano de la manera que de antes estaba, con todas las otras cosas que en la huerta había, y llegando a la puerta, hallaron al hortelano muerto, teniendo metidas por el pecho las dos saetas que Tirses y Tirseida en los arcos tenían, y los arcos cabe él, sin saber quién lo había hecho. Y haciéndolo quitar de allí, se fueron al castillo, en el cual con los muchos y ricos aparejos que había y grandes aposentos cupieron todos los que allí estaban, y con gran regocijo y alegría, viniendo todos los principales que en el reino había, se comenzaron a hacer grandes fiestas, así de justas y torneos como de otras cosas, en las cuales Olivante, con el demasiado placer y contento de haber gozado lo que tanto deseaba, mostraba sus grandes fuerzas y ardimiento, conociendo todos la ventaja que en todo les hacía.

Y desta manera pasaron seis días, en fin de los cuales, estando un día después de haber comido todos en muy gran regocijo, por la puerta de la sala vieron entrar diez dueñas muy viejas, tan grandes de cuerpo que parecían jayanas, los gestos muy arrugados y fieros, vestidas unas marlotas que todos los brazos y las medias piernas les quedaban defuera, y los cabellos esparcidos por las espaldas, blancos y crespos; y con ellas, trabados por las manos, diez enanos, los más pequeños y disformes que podían pensarse, asimismo muy viejos, solamente cubiertas las partes vergonzosas; los cuales trayendo una enana con un instrumento diverso de todos los que habían oído, aunque dulce en el sonido, comenzaron a danzar tan graciosamente, haciendo tantos saltos y visajes disformes, echando las jayanas muchas veces los enanos en los hombros, y otras veces sobre las cabezas, y otras veces trepando ellos por ellas, que a todos provocaban a risa sin poder hacer otra cosa. Y después que un rato hubieron hecho esta donosa fiesta con que todos holgaban mucho, todos juntos se encerraron en una cuadra que a una parte de la sala estaba, y en el mismo tiempo vieron tornar a salir una muy autorizada dueña con veinte doncellas muy hermosas, estraña y ricamente ataviadas, todas con instrumentos en las manos con que muy suave y dulcemente tañían y cantaban; la cual fue luego conocida ser la sabia Hipermea. Y levantándose todos con mucha alegría de verla, ella se llegó al Emperador y al rey Anaxerses diciéndoles:

²²⁷ Quizá haya errata por ‘desapiadada manera’ (191v, últ. lín.).

—Poderosos príncipes, y vosotros mis buenos señores, ¿pensábades gozar solos una fiesta de tanto placer y alegría como ésta sin dar parte a quien tanto desea serviros? Porque, cierto, yo no pienso consentirlo; que, pues he sentido el pesar, justo es que me quepa parte del placer. Mas a mí sola quiero darme las gracias, pues que por mí lo he ganado.

El Emperador, abrazándola con mucho amor, le dice:

—Mi buena señora, como sabemos que aquello que fuere vuestra voluntad lo podéis siempre que queráis hacer, y que la nuestra no puede contradecirlo, teneisnos fuera de cuidado de suplicaros ninguna cosa; baste que nuestra voluntad está siempre aparejada a las cosas de vuestro servicio.

Hipermea le besó las manos por lo que decía; y llegándose al rey Anaxerses y a la reina, les habló con grande acatamiento y buenas razones, dándoles a entender por ellas que su venida era para procurar su deliberación, como aquella que por el deudo tan cercano tan obligada estaba a ello, y los dos reyes le dieron las gracias de su buena voluntad. Y luego el duque Armides y Peliscán su hijo, con todos los otros príncipes y caballeros, le hablaron con muy grande amor, y ella asimismo a todos ellos, y aquellas señoras, princesas y infantas, que, sabiendo su gran saber y merecimiento, la honraban como si más que cada una dellas valiera. Mas del príncipe Olivante no se puede decir el contentamiento y alegría que recibió de verla, y entre los dos pasaron muchas razones amorosas y grandes ofrecimientos; y entre otras cosas, sabiendo que Hipermea traía consigo a Polinesta, llegando a hablarle, fue con aquel acatamiento que a la reina Rosiana pudiera hacerlo, teniéndola en lugar de madre, como siempre la había tenido. Y llegándose a la infanta su hermana, se la encomendó, la cual la recibió consigo haciéndole la misma honra que Olivante, de que Polinesta se tuvo por muy pagada de la crianza que en Olivante había hecho.

Las fiestas se acrecentaron por la venida de la sabia Hipermea, que ninguna cosa de pasatiempo y alegría podían pensar que luego no se hiciese. Y desde que había tres días que en otra cosa no se entendía, la sabia Hipermea, tomando al Emperador aparte, le comenzó a decir:

—Soberano príncipe, bien creo por las cosas pasadas conoceréis el deseo y voluntad que de serviros, así yo como mi hermano el duque Armides, tenemos; y aunque yo sé que para suplicaros que nos hagáis merced no había necesidad de poneros ninguna cosa delante, todavía la memoria desto acrecentará en la voluntad para que con mejor gana se haga. Y con esta confianza quiero demandaros una merced, y es que en lo que toca al rey Anaxerses os hayáis benignamente, porque la sangre y el deudo que hay en medio pueden más que la razón que tenemos para desear y holgarnos con su daño; mas esto sea con desagaviar al duque Armides de lo que tantos años ha que le ha tomado de su señorío, como ya sé que vuestra grandeza estará informado; y porque sé que vos no estáis sin este cuidado, baste habérselo traído a la memoria. Y dejando esto aparte, también quiero avisaros de que vuestra grandeza se acuerde de lo que en fin desta aventura le fue dicho que hiciese, lo cual será bien que luego se ponga

por obra, porque son cosas que, estando por Dios ordenadas, del efecto dellos²²⁸ redundará a ellos gran contentamiento y al mundo muy gran provecho, porque sabed que no hay ninguno que no lo desee.

—Mi buena señora y amiga —respondió el Emperador—, más quisiera que en lo que toca al rey de Persia y al duque vuestro hermano, me dijéades vuestro parecer, para que yo no saliera dél en un punto, que no traerme a la memoria lo que yo tengo tan acordado que todos estos días en otra cosa no pienso; mas el cuidado que me ponéis yo solo tomo sobre mí, para no hacerlo sin vuestro parecer y consejo, lo cual no quiero dilatar más de hasta mañana. En lo demás que me decís de los casamientos que se hagan como por el sabio Arsímenes me fue dicho, a mí me parecen muy bien y en personas muy conformes en el merecimiento; y lo que me hacía dilatarlo eran dos cosas: lo uno, no saber si sería tan ligero de hacerlo como vos me lo hacéis, y lo otro, que pensaba, llegando a Constantinopla, no hacer estos casamientos solos, sin otros que yo llevaba pensados.

—Serenísimo príncipe —dijo Hipermea—, éstos conviene que de aquí vayan ordenados, porque se podrían seguir inconvenientes de no hacerse; que los otros, primero pasarán muchas cosas que en el juicio divino están ordenadas que puedan haber efecto, aunque en fin todo se hará a vuestra voluntad y contento.

El Emperador dijo que así se haría. Y habiendo pasado todo aquel día, como los otros, en muy grandes fiestas, a la noche, encerrándose en su aposento, llamando al duque Armides y a la sabia Hipermea y a Olivante, que quiso que por su gran saber y merecimiento estuviese presente y que dijese su parecer, estuvieron hablando la mayor parte de la noche en lo que con el rey Anaxerses se debía de hacer, y asimismo en lo de los casamientos, dejándolo todo concertado para otro día.

CAPÍTULO II-XLVI

DEL CONCIERTO QUE SE HIZO ENTRE EL EMPERADOR Y EL REY DE PERSIA Y EL DUQUE ARMIDES, Y DE CÓMO SE HICIERON LOS CASAMIENTOS DE LOS PRÍNCIPES Y DOS INFANTES

OTRO día por la mañana, el Emperador hizo juntar todos aquellos príncipes y caballeros que con él habían venido, y asimismo a los principales de aquel reino que con el príncipe Tirsés estaban, y delante de todos ellos con grandes ceremonias fue coronado y jurado por rey en concordia de todo el reino. Y después de hecho esto, estando el Emperador sentado en una muy rica silla y el rey Anaxerses en otra cabe la suya, y todos los otros príncipes y señores según a sus estados convenía, el Emperador comenzó a decir en voz que todos lo oyeron:

—Aquellas cosas que son regidas por la voluntad y querer de la fortuna muchas veces de muy prósperos principios fenecen en desastrados y adversos

²²⁸ Orig.: De los casamientos. se entiende.

fines, y otras de quien no se pueden esperar dichosos sucesos por la contrariedad que muestran en su principio, las vemos acabarse con mayor contentamiento y alegría que dellas pudo esperarse, como en lo que a mí y a este poderoso rey en este poco tiempo nos ha acaecido puede claramente verse; y desto no podemos juzgar sino que lo que la fortuna algunas veces ordena, aquel soberano y inmenso Hacedor de todas las cosas como superior las dispone al contrario. Digo esto, muy poderosos príncipes y valerosos señores y caballeros, porque ni en las adversidades hemos de desconfiar ni en las prosperidades ensoberbecernos para dejar de usar de virtud todas las veces que en nuestra mano fuere. Ya se os acordará, pues el tiempo ha tan poco pasado que aún muchas de vuestras heridas están por acabar de sanarse, cómo por vuestros animosos corazones y valeroso esfuerzo y sobrado ardimiento, no solamente yo fui libre de la prisión de aquellos tres feroces y crudelísimos jayanes, juntamente con la princesa y infantas, mas que después en el reino de Persia matando y hiriendo tantos caballeros de quien parecía imposible podernos defender, no solamente fuimos poderosos para ello, mas para ofenderlos hasta traer con nosotros en prisión a quien prender nos quería, que es a este poderoso rey con su mujer y hijos y los demás que con ellos vinieron. Y después que vosotros no solamente fuistes causa de su prisión, librándome a mí della con la libertad en que nos hallamos, mas parece dejarme el señorío para disponer dél a mi voluntad, justo es que, conociendo yo la obligación en que os soy por lo que por mí habéis hecho, no salga de vuestro consejo y voluntad, pues que se puede decir con razón que, si el rey Anaxerses está en mi poder, es que lo recibí en guarda, siendo vuestro prisionero, no para disponer dél a mi voluntad, sino por vuestro consentimiento. Y como en tiempo de tanta alegría como aquí todos tenemos no se sufra que ninguna persona tenga tristeza, y más con tan justa causa como es la falta de la libertad, yo quiero, en nombre deste poderoso rey, rogaros a todos que, haciendo él lo que debe para su deliberación, queráis tenerla por bien; porque, aunque otra causa no hubiese sino el deudo que con el duque Armides y con Hipermea tiene, nos obliga a mirar lo mucho que ellos por nosotros han hecho y nosotros les somos obligados, para no mostrar nuestra voluntad contraria de la suya en lo que ellos quisieren hacer y ordenar.

Acabando de decir esto el Emperador, los unos a los otros se estuvieron esperando para responder, y todos eran de voto que el duque Armides lo hiciese; mas él, como hombre a quien tocaba, no quiso aceptarlo; y en fin, por ruego de todos, Olivante, levantándose en pie y hecho su acatamiento, así responde:

—Soberano príncipe y señor, no creo yo que ninguno destos señores y caballeros estarán fuera de mi parecer, que es en todo seguir el de vuestra majestad, como señor y superior de todos, pues que, aunque otra causa no hubiese sino el comedimiento que sin deberlo en vuestras palabras con nosotros habéis tenido, nos obliga a que, pudiéndolo hacer, no contradijésemos vuestra voluntad, cuanto más que ninguno está fuera deste conocimiento, que viniendo todos con intención de servirlos, ni habemos de tener atención ni procurar otra cosa que vuestro servicio, porque con poderlo hacer nosotros quedamos tan bien pagados que, sin querer otra paga, decimos que vuestra soberana grandeza puede hacer del rey Anaxerses lo que mejor le pareciere, recibiendo en nosotros cualquiera merced

que le fuere hecha, pues conocemos que por su virtud la merece. Y en lo que toca a la diferencia que entre él y el duque Armides su cormano hay, vuestra majestad podrá sentenciar lo que del derecho hallare que deba cumplirse.

Todos aprobaron lo que Olivante respondió, y el Emperador, agradeciéndoselo, vuelto al rey Anaxerses le comenzó a decir:

—Poderoso rey, traer a vuestra memoria las cosas pasadas será escusado habiendo pasado tan poco tiempo y aún estando en ellas de manera que no se pueden poner en olvido; así que, habiendo consideración a la causa que para teneros enemistad hay, y juntamente a la superioridad y ventaja que, teniendo no solamente a vos, mas a vuestra mujer y hijos en nuestro poder, tenemos, conocido cuán aventajadamente, ya que se quisiese hacer, se pondría cualquier partido para vuestra libertad, dejando de usar de riguridad por el daño que de vos recibimos, teniendo más consideración a vuestra virtud que al enojo qué en vuestra tierra se nos hizo, yo quiero que con vos se use de aquella benignidad y compasión que a los ánimos generosos conviene tener de los afligidos y puestos en necesidad; y por tanto, usando de la grandeza que de mi estado para con el vuestro se debe, mi voluntad es que, restituido en la primera libertad, como cuando en vuestro reino estábades, teniéndola para poderos a él volver cuando vuestra voluntad fuere, desagráviéis primero al duque Armides no solamente del señorío que, siendo suyo, vos habéis gozado, mas restituyéndole las grandes rentas que tanto tiempo ha puede haber rentado o dándole la recompensa que por ello fuere justa; y en la liberalidad que en esto con el duque, a quien todos debemos tanto, quisiéredes usar, yo con todos estos príncipes y caballeros nos daremos por contentos del rescate que de vuestra prisión nos era debido.

El rey, que muy atento había estado a lo que el Emperador había dicho, le responde:

—Soberano señor y esclarecido príncipe, ni la virtud, donde está, puede dejar de manifestarse ni los vicios en ninguna parte esconderse, porque, así como por ellos la buena fama se disminuye y deshace, dejando a los hombres con la vida muertos, así la virtud no solamente tiene poder para resucitar los muertos con la memoria que dellos se tiene, mas ensalzar los vivos hasta ponerlos en la cumbre y superioridad de que los soberanos dioses gozan. ¿Qué señorío de imperios ni qué mando de reinos, ni qué gobernación de todo el mundo ni qué riqueza de tesoros puede hacer un hombre tan bienaventurado que, siendo mortal, pueda gozar de la inmortalidad de perpetua fama igualmente con la virtud y magnificencia? Pluguiera a los dioses que yo pudiera ser emperador de Constantinopla solamente una hora, para poder hacer lo que vos hacéis, aunque perdiera ser rey de Persia por todo el tiempo que me queda por pasar de la vida, porque me parece que ningún señorío puede hacer a un hombre tan bienaventurado como, señoreándose a sí, asimismo forzar la inclinación natural, que es de apremiar y disminuir a los enemigos, y principalmente aquellos de quien malas y dañadas obras se han recibido. Por cierto, las gracias de tan crecida y señalada merced no pueden darse, pues no hay ningunas, sino la gloria que de hacerla se recibe, que puedan bastar. Yo beso vuestras magníficas y reales manos por lo que conmigo hacéis, poniendo todo mi señorío, como tengo la persona, en vuestro poder para que dél como de

mí hagáis a vuestra voluntad y buen parecer. Cuanto en lo demás, yo confieso el agravio que el duque Armides de mí ha recibido, aunque alguna disculpa tenga, como sea tan común y ordinario que la diferencia de las leyes suele siempre acarrear y dar ocasión a crecidas enemistades; no obstante aquello, digo que, si alguna satisfacción basta, yo la haré tal con que el duque Armides mi cormano quede bien pagado y vuestra majestad muy satisfecho y todos estos señores contentos. Y viniendo a declararme, digo que lo que yo haré será: que a todos es notorio cómo, teniendo yo guerras y diferencia con el rey de Fenicia, le desbaraté y vencí, y con muy justo título, quitándole la vida, quedé con el señorío del reino; y pues que el señorío que el duque Armides en mi tierra dejó no es tan grande en valor, aunque el reino sea pequeño, no lo es tanto que no tenga seis ciudades muy buenas y treinta villas y treinta y cinco castillos. Y si esto no bastare, todo lo que más vuestra soberana grandeza mandare yo lo cumpliré.

El Emperador que vio la liberalidad del rey, le respondió:

—Poderoso rey, bien se parece que la grandeza de vuestro corazón no puede encubrirse, manifestándola con tan gran liberalidad. Yo, en nombre del duque, acepto la merced que le hacéis, para reconocerla con él juntamente en lo que vuestro servicio sea; y así, de aquí adelante, atajándose nuestras pasiones y enemistades antiguas, me tendréis por muy verdadero amigo en todo lo que se os ofreciere. Y pues que vos habéis hecho con el duque Armides lo que debéis, yo quiero hacer con Hipermea parte de lo que todos le somos en obligación, y es que desde agora le señalo y nombro por suya la ínsula Dragontina, pues que con justo título se puede quitar a los sucesores de Brumesta; y para ello prometo de darle toda la gente y ayuda que para tomarla y poseerla pacíficamente sea necesaria.

El duque Armides, que todo lo dicho había oído, y su hermana Hipermea con él, levantándose de donde estaban, fueron a besar las manos al Emperador por la merced que les hacía, el cual abrazándolos, los hizo levantar; y yéndose al rey Anaxerses, hicieron lo mismo, el cual asimismo habiéndose con ellos como con personas iguales, pasaron razones de mucha crianza y comedimiento. Y a la hora se proveyó que Brimalte de Asiria se partiese con Peliscán, el cual llevando hasta cien caballeros de los que con la sabia Hipermea habían venido y otros de la isla, pusiesen luego en efecto lo que se había platicado, poniendo a Peliscán en nombre del duque Armides en la posesión del reino. Y ya a este tiempo las naos que Brimalte de Asiria había mandado venir en su seguimiento de armada eran llegadas al puerto, y tomando cuatro dellas, dejó otra seis en que el rey se fuese. Y porque en el apoderarse Peliscán del reino no hubo contradicción ninguna, teniéndolo por bien todos los de Persia por la libertad del rey, no se dirá más de que en muy pocos días Peliscán se apoderó de todas las fuerzas dél, poniendo alcaides de su mano en las fortalezas y gobernadores en las ciudades; lo cual hecho, lo escribió luego al rey Armides, que así se llamó de allí adelante.

Y en tanto el Emperador, cumpliendo el mandamiento del sabio Arsímenes, acabó con el rey Anaxerses que se casase la infanta Casiana con el infante Aliazar, que ya por la muerte de su hermano era príncipe heredero del reino, y asimismo, sin tener mucho trabajo en efectuarlo, porque a todos los halló conformes en la voluntad para ello, concluyó los otros casamientos; y en un mismo día se

desposaron el infante don Rosanel con la princesa Danisea, y don Padasán de Lidia con la infanta Tirseida, y el rey Tirses con la infanta Clarista y el príncipe Aliazar con la infanta Casiana, por lo cual se comenzaron en el reino de Landas tan grandes fiestas como nunca en él habían sido vistas, en las cuales había muchas justas y torneos, sacando cada día nuevas galas y invenciones, así en ellas como en las danzas y fiestas que en el palacio se hacían, que todos parecían estar con el mayor contentamiento del mundo. Y el rey Tirses procuraba servir al Emperador y a todos los otros en todo lo que podía, principalmente a Olivante, reconociendo la merced que de haber salido a su causa de aquella pena que tenía había recibido.

Y desta manera estuvieron algunos días esperando saber lo que Peliscán hubiese hecho, procurando el Emperador que en Constantinopla se supiese todo lo pasado, y para esto envió a Polinerdos y a Riseles de Normandía con cartas de creencia para todos los principales del imperio. Y asimismo, a ruego de Olivante, el duque Durián de Baltar, tomando una nao, se fue al reino de Creta con una carta de creencia de la princesa para saber en qué estado estaban las cosas del reino y a que les diese noticia de lo que había pasado, y llevaba muy cumplidos poderes para todo lo que conviniese hacer. Y despachados estos caballeros, asimismo Castidel, a ruego de Olivante, se partió para el reino de Macedonia con cartas suyas haciendo saber al rey Aureliano todo lo que pasaba, y asimismo el casamiento del infante, su hermano, al cual de allí adelante podían ya tener por rey de Creta. Y esperando la venida destos caballeros estuvieron un mes en la isla de Landas, tan bien servidos y con tantos vicios y pasatiempos como si en sus propios reinos estuvieran, porque la isla era muy deleitosa y aparejada para ello.

CAPÍTULO II-XLVII

DE UNA ESTRANA AVENTURA POR LA CUAL OLIVANTE DE LAURA Y GRISALTER DE SUECIA SE SALIERON DEL REINO DE LANDAS, Y DE LO QUE EL EMPERADOR DESPUÉS DELLOS IDOS HIZO

CON muy grandes placeres y regocijos pasaban muy a su sabor la vida en la isla de Landas todos los caballeros que allí estaban, y más aquellos que a sus señoras tenían presentes, cuya vista los tenía muy gozosos, si no era el príncipe Grisalter de Suecia, que, viendo los casamientos que se habían hecho, acordándose con ellos de la pena que la princesa Menandra con su vista le había dado, en gran cuidado fue puesto, pasándole muchas cosas por su pensamiento, y principalmente que con tan larga ausencia y sin haberle hecho saber su voluntad, por ventura el rey su padre la habría casado o hecho otra cosa con que él quedase burlado de su deseo, y esto le traía tan fatigado y cargado de pensamientos, que todos conocían su demasiada tristeza.

Y yendo un día el Emperador con todos aquellos reyes y caballeros a caza de monte en una floresta que cerca del castillo estaba, acaso corriendo un venado que se salió de las armadas, los príncipes Olivante y Grisalter de Suecia, que muy ligeros caballos llevaban, le siguieron tanto que le sacaron a lo raso, donde cerca de una fuente le mataron. Y como estuviesen cebando los perros en él, no muy lejos de sí oyeron ruido de armas que parecía que hiciesen batalla; y estando atentos a ver lo que sería, vieron de entre los árboles salir una doncella que dando muy dolorosos gritos y llorando con grande angustia mesaba sus cabellos, que muy hermosos tenía. A los dos príncipes movió a muy gran compasión de verla venir así, y le preguntaron la causa de su llanto, prometiéndole de remediarla en todo lo que sus fuerzas bastasen. La doncella, que tan hermosos y ricamente aderezados los vio, parando sus presurosos pasos les dijo:

—¡Ay mis buenos señores, por Dios y por lo que a la orden de caballería debéis, que socorráis un caballero, que es mi esposo, a quien siete caballeros tienen cercado para quitarle la vida!

—Buena doncella —dijo Olivante—, de muy buena voluntad haremos eso con rogárselo, que para defenderlo faltanos el aparejo de las armas; mas haremos todo lo que a nosotros fuere posible.

Y diciendo esto se fueron hacia donde la batalla se hacía, y cuando llegaron, habiendo el caballero que la doncella decía muerto a uno de los siete y teniendo dos de los otros heridos, a él le habían quitado la vida cortándole la cabeza, de lo que a Olivante y a Grisalter pesó mucho, y más de ver que uno de aquellos caballeros, viendo que la doncella cabe ellos haciendo muy gran llanto sobre el cuerpo de su esposo estaba, le dio tan gran golpe con la espada sobre la cabeza, que, hendiéndosela en dos partes, la dejó sin la vida.

Olivante, que mayor pesar ni afrenta en su vida no había recibido, con tan gran ira que de enojo por verse a tal tiempo sin armas las lágrimas le saltaron de los ojos, le dijo:

—¡Ay mal caballero, y qué gran villanía la que habéis hecho! Pésame de estar a tal tiempo sin aparejo para daros a conocer vuestra gran traición y maldad; mas yo os prometo que si la vida no me falta, jamás me falte la voluntad para vengarla.

—Haced lo que pudiéredes —respondió el caballero—, como yo he hecho, que si armas tuviéredes yo os diera presto el pago de vuestras palabras necias; y pues que no las tenéis, no prosigáis en hablar así a quien no conocéis, y si no, esperad el galardón que estos otros han llevado, que por que no digan que maté juntas tres doncellas, dejo de hacer que tengáis a esta otra en la muerte compañía.

Olivante que vio cuán poco podían aprovechar las palabras con tan mala gente, no curó de responderle. Y los caballeros, que un barco tenían en la ribera del mar, que muy cerca de allí estaba, se fueron a meter en él, siguiéndoles Olivante y Grisalter para saber si eran de la isla; mas, como los vieron meter en la mar y levantar las velas, con muy grande enojo se volvían, pensando no poder saber quién fuesen los caballeros. Y llegando donde la doncella quedaba muerta, hallaron un escudero que sobre ella y el caballero estaba con muy gran tristeza llorando y diciendo grandes lástimas, al cual preguntaron si era criado de aquel

caballero, y él les respondió que sí; y más le dijeron si conocía a los caballeros que aquello habían hecho.

—Mis buenos señores —respondió el escudero—, yo los conozco muy bien, y a quien pensase que de tan gran maldad me diese venganza, en muy pocos días le podría poner con ellos, que un barco tengo aquí cerca en que este caballero y doncella venían, tan bien aparejado como el que aquellos caballeros llevan.

A esta hora Darisio había llegado, y Leristes con él, estando espantados de lo que veían. Y Olivante mandó a Leristes que sin detenerse se volviese al castillo y sin que persona lo sintiese le trajese sus armas y hiciese al escudero de Grisalter que trajese las suyas y se viniesen luego allí, porque los quedaban atendiendo. Leristes se fue luego a cumplir el mandado de su señor, y en tanto queriendo saber del escudero la causa de aquella aventura, les comenzó a decir:

—Sabréis, mis buenos señores, que esta doncella es natural del reino de la Pequeña Bretaña, en la cual tiene una madre, señora de cinco castillos muy buenos y de otra mucha hacienda, que no tenía otro

hijo que la heredase sino a ella; y como por esta causa hubiese muchos caballeros que la desearan y demandasen por mujer, teniéndola su madre en mucho, quería escoger a su voluntad. Y entre los otros caballeros que procuraban haber por mujer esta doncella, era uno este muerto, que se llamaba Tesanil, el cual, aunque era de muy generosa sangre y esforzado caballero, era tan pobre que su madre ni aun solamente no quiso oír su embajada. Y como Tesanil amase de muy verdadero amor esta doncella, tanto supo servirla y contentarla que ella, agradada de sus servicios, tuvo por bien, sin que su madre lo supiese, de desposarse con él; y así, entraba muchas veces en el castillo que la madre estaba sin ser sentido, donde se puede creer que, estando con su esposa, se satisfaría del galardón que su tormento había merecido. Estando las cosas en este estado, cerca de aquella tierra vivía este caballero que los mató, que se llama Tambrino el Soberbio, el cual, aunque es rico y señor de gran tierra, sus malas costumbres y soberbias son tantas que a todos los que lo conocen tenía descontentos. Y como quisiese casarse con esta doncella, siendo su madre sabidora de todo esto, no se la quiso dar, y así, él se determinó de tomarla por fuerza. Y acaeció venir con estos seis caballeros, que son sus criados y parientes, y teniendo trato con un portero, con dádivas le hizo abrir de noche la puerta del castillo donde madre y hija estaban; y la ventura, que así lo guiaba, quiso que aquella noche mi señor Tesanil estuviese dentro con su esposa, y como sintiese el ruido y supiese que Tambrino estaba dentro del castillo, como era solo, no osó esperar a él y a los compañeros que traía, antes sacando esta doncella su esposa por un postigo falso, se fue huyendo a la ribera del mar, que cerca de allí estaba, y tomando un barco que halló con dos marineros, nos metimos todos tres en él. Pensando venir seguros, guiamos hacia esta isla, donde llegamos esta mañana; y saliendo en tierra para descansar y buscar poblado, no había dos horas que éramos llegados cuando Tambrino, que en su seguimiento venía, llegó también a esta playa, donde, topando con Tesanil, le mataron, y a esta doncella, como, señores, habéis visto, pareciéndole que era bien vengar en una mujer que ninguna injuria le había hecho su saña y mal talante.

—Por cierto —dijo Grisalter de Suecia—, así como lo hizo como malo y desleal, lo pagaré, o a nosotros nos costará las vidas.

Y hablando en esto y en otras cosas estuvieron tanto que Leristes con el otro escudero, trayendo todo recaudo, volvieron, y armándose los dos de todas sus armas, Olivante, llamando a Darisio aparte, le mandó que se volviese al Emperador y le dijese la causa de su partida y que, en pudiendo, él se iría derecho a Constantinopla, y que le suplicaba le perdonase, pues el caso le forzaba a no poder hacer otra cosa, y que asimismo le disculpase con todos aquellos caballeros, principalmente con Silvano, y de su parte le rogase que le atendiese en Constantinopla, porque él volvería lo más presto que pudiese; y que con su señora la princesa procurase que no le tuviese a mal su partida sin su licencia, y que lo mismo rogase a la infanta su hermana, que tuviese cuidado, que por ser injuria de doncella le parecía no ser justo quedar sin castigo; y que él no entendiese en otra cosa sino en servir a la princesa, y que hiciese llevar aquel caballero y doncella y darles muy honrada sepultura. A Darisio le pesó infinito de ver que Olivante le mandaba quedar; mas, viendo que no podía hacer otra cosa, lo sufrió, no sin muchas lágrimas y sentimiento al despedirse, diciendo que en todo cumpliría su mandamiento.

Olivante y Grisalter se fueron con el escudero hasta hallar el barco, y metidos en él, hicieron levantar la vela y guiar el camino que el otro había hecho; mas era tanta la ventaja que les llevaba, que muy poca esperanza llevaban de poderlo alcanzar. Darisio los estuvo mirando hasta perderlos de vista, y volviéndose al castillo, ya que el Emperador y todos eran vueltos, espantándose de no ver los dos príncipes, Darisio les contó todo lo que les había acaecido, de que no poco espantados, afeando la crueldad de Tambrino, les pesó mucho de la partida de Olivante, y principalmente a la princesa, que sintió tan gran turbación, que por poco estuvo de perder el sentido.

El Emperador proveyó luego en hacer sepultar al caballero y a la doncella, de que todos habían gran lástima. Y cuando Darisio tuvo tiempo, aquella noche dio a la princesa lo que Olivante le había mandado, que fue mucha parte para perder el enojo; y asimismo habló a todos aquellos caballeros y a Silvano, diciéndoles lo que Olivante le había dicho, con que todos fueron muy contentos; mas a Silvano le pesó mucho de no ir en su compañía, y por no enojar a la infanta, que se lo mandó, no osó ir en su seguimiento.

El Emperador estuvo allí esperando los mensajeros que habían enviado, y el primero que volvió fue Durián de Baltar de la isla de Creta, el cual hallándola muy pacífica y a todos con muy gran alegría de tener nuevas de la princesa, le respondieron que en llegando la jurarían por reina, y le dieron muy ricas joyas por las buenas nuevas que había llevado. El Emperador proveyó luego en la partida del infante y de la princesa, por que por su tardanza no hubiese alguna novedad en el reino, y el rey Tirsés hizo bastecer dos muy buenas naos. Mas antes que se partiesen llegaron otras²²⁹ cuatro con muchos caballeros y todo el aderezo necesario que los gobernadores de la isla de Creta enviaban, así que la princesa y

²²⁹ Orig.: ‘otros’ (196v).

el infante se metieron en ellas, yendo acompañados del duque Durián de Baltar y del duque Tesaliano, a quien el Emperador mandó que fuesen con ellos. Llegaron a la isla, donde sin contradicción fueron recibidos y jurados por reyes, y de ahí a un mes el infante se casó con la princesa con grandes fiestas y regocijos de todos los de la isla, lo cual no se escribe aquí particularmente por la prolijidad.

Cinco días había que eran partidos de Landas el infante y la princesa cuando Peliscán y Brimalte de Asiria llegaron, dejando el reino de Fenicia pacífico por el rey Armides; y pasando muchas razones y grandes ofrecimientos de amistad entre el Emperador y el rey Anaxerses, y asimismo con todos aquellos príncipes y caballeros, el rey y la reina y la infanta Casiana con su esposo, el príncipe Aliazar, se metieron en sus naos, y el duque Jaselao con ellos; mas el príncipe Meliades con muy grandes ruegos y importunación alcanzó de su padre de irse con el Emperador a Constantinopla, porque deseaba ver la manera y grandes cosas que de los caballeros cristianos se decían, y haciendo vela las naos, partieron con próspero tiempo de Landas. Y dellos no se hace más mención de que llegaron al reino de Persia, donde de todos sus vasallos fueron con grande alegría recibidos; y de ahí a pocos días el príncipe Aliazar y la infanta Casiana se casaron, y el rey Anaxerses los envió al reino de Alejandría muy acompañados, donde del rey fueron muy bien recibidos; y por la muerte de su hermano juraron al príncipe Aliazar por príncipe heredero del reino.

Hecho esto, el Emperador comenzó luego a dar orden en su partida, estando esperando cada día a Polinerdos; y hizo velar al rey Tirses con la reina Clarista, por lo cual las fiestas tornaron como de nuevo, que duraron otros quince días. Y en fin dellos, estando todo aparejado, el rey Armides por consejo del Emperador y de la sabia Hipermea se partió para el reino de Fenicia, y el príncipe Peliscán con él, llevando docientos caballeros que de la isla de Laura habían venido. Hipermea se partió a la isla de Laura con muy cumplidos poderes del duque para gobernarla y tenerla en su nombre, y el Emperador le prometió que en llegando a Constantinopla proveería de cumplir lo que había prometido, que era de darle la isla Dragontina, por lo cual Hipermea le besó las manos. Y despidiéndose dél, le dijo que cuando fuese tiempo ella iría a verle, lo cual sería muy presto, porque las cosas se ordenarían de manera que habría necesidad de su ida en aquella tierra. Y metiéndose en su nao se partió con próspero tiempo para la isla de Laura.

CAPÍTULO II-XLVIII
DE LA PARTIDA DEL EMPERADOR DE LA ISLA DE LANDAS A
CONSTANTINOPLA, Y DE LO QUE DESPUÉS DE SU LLEGADA SE
HIZO

ACABADAS todas estas cosas, llegó Polinerdos de Constantinopla con seis naos muy bien bastecidas de todo lo que era menester y con muchos caballeros, así del imperio como criados del Emperador; el cual, como ya tuviese muy gran deseo de volverse a Constantinopla, a la hora hizo aderezar lo que era menester para su partida, y despidiéndose del rey Tirsés y de la reina Clarista, se fue a meter en las naos, no sin muchas lágrimas de la princesa y de la infanta de verse apartar de la reina Clarista, que como si fuera su hermana la amaban. Lo mismo hizo la infanta Tirseida en verse apartar de su hermano el rey Tirsés. Y levantando las áncoras hicieron vela con muy próspero tiempo y en nueve días llegaron a vista de la ciudad de Constantinopla, en la cual con todas aquellas fiestas y alegrías y regocijos que sabían y podían hacer fueron recibidos, llorando todos de mucho placer de ver suelto al Emperador, porque no había príncipe en el mundo que tan amado ni querido fuese de sus criados. Muchos días duraron las fiestas, en los cuales se hicieron muchas justas y torneos, en las cuales el buen caballero Silvano y don Padasán de Lidia se señalaban sobre todos.

En este tiempo el rey Aureliano, que de Castidel había ya sabido todo lo que había pasado, se determinó de venir a ver al Emperador, y con su llegada las fiestas tornaron como de nuevo. El Emperador, después de pasadas entre ellos muchas palabras de gran amistad y amor, le dijo cómo sin su licencia, por pensar que él lo tendría por bueno, había hecho casar al infante don Rosanel con la reina de Creta.

—Mi buen señor —dijo el rey—, todo lo que vuestra merced hiciere tengo yo por muy bien hecho, pues que conozco que mis hijos en la voluntad son vuestros para recibir continuo mercedes.

—Por cierto —dijo el Emperador—, en la voluntad yo los tengo por tales, porque conozco que no les ha faltado a ellos para hacer por mí todo lo que han podido, librándome tantas veces de la muerte. Y pues que Olivante me prometió de ser aquí tan presto, una fuerza quiero haceros, y es que os detengáis hasta su venida, porque no creo que podrá tardar, según con Darisio me envió a prometer.

—En todo se ha de cumplir vuestro mandamiento —respondió el rey Aureliano— como se debe y es razón.

Y con esto el Emperador escribió luego al rey de Lidia contándole el suceso de las cosas pasadas y rogándole que tuviese por bien el casamiento de don Padasán su hijo con la infanta Tirseida. El rey de Lidia, visto las nuevas y el recaudo del Emperador, le respondió que habiéndolo su alteza consentido no podía dejar d'estar contento dello. Y enviando todo el aparejo necesario, escribió a don Padasán mandándole que se fuese, porque él estaba ya muy viejo y quería, dejándole el gobierno del reino, retraerse en alguna parte donde pudiese vivir sin trabajo.

El Emperador dio muchas y muy ricas joyas a la infanta Tirseida, y enviándolos muy bien acompañados se partieron por tierra la vía del reino de Lidia. Y después, no se olvidando de la promesa que a la sabia Hipermea había hecho, hizo luego hacer tres mil caballeros y siete mil peones, y dando cargo dellos al buen caballero Silvano, le mandó que procurase haber la ínsula Dragontina y que apoderándose della la entregase a la sabia Hipermea o a quien ella le enviase a decir. Silvano lo aceptó con toda voluntad, aunque no dejó de sentir en sí muy gran congoja y dolor pensando en el tiempo que estando ausente había de dejar de gozar de la vista de su señora la infanta Galarcia. Y estando todas las cosas necesarias aparejadas, se partió, habiendo primero hablado a su señora y llevando su licencia della, pues que otra cosa no se podía hacer que obedecer el mandado del Emperador.

Desta guerra no se dirá particularmente más de que, después que Silvano llegó a la ínsula Dragontina, en pocos días, habiendo primero algunos rencuentros con los moradores della, los sojuzgó y tomó todas las fuerzas, y dejando en ellas alcaides que por la sabia Hipermea las tuviesen, se vino por la ínsula de Laura, donde, hablando con Hipermea, la hizo luego partir para la isla, diciéndole que con su vista se podría mejor sosegar y más presto. Hipermea agradeciéndole mucho, lo hizo así; y Silvano se volvió con pérdida de muy poca gente de la que consigo había llevado.

En tanto, el Emperador hizo muchas y muy crecidas mercedes a todos los caballeros que en su liberación se habían hallado, tanto, que todos fueron contentos y se tuvieron por bien pagados del servicio que le habían hecho, porque las mercedes fueron como de mano de quien las hacía. Y creciendo continuo el placer en la corte del Emperador, crecían las aventuras, y venían muchos y muy buenos caballeros de tierras estrañas a su corte oyendo las buenas nuevas que dél se publicaban, y no deseaban cosa más que servirle.

El príncipe Meliades estaba allí muy acatado y honrado, así del Emperador como de todos los otros caballeros, porque por sus buenas maneras y comedimiento lo merecía; y con gran deseo atendía la venida de Olivante, porque lo tenía por el mejor caballero del mundo y cuya compañía y conversación él más quería y deseaba.

El príncipe Agrestes se partió para el reino de Lacedemonia, y después de haber visitado al rey su padre, y dándole cuenta del casamiento de la infanta Clarista su hermana, de que el rey holgó mucho, se tomó a Constantinopla, donde del Emperador fue muy bien recibido, y lo mismo fue de todos.

Y así, los dejaremos agora a todos ellos con mucho contento y alegría, por decir lo que los dos príncipes Olivante de Laura y Grisalter de Suecia, que en seguimiento de Tambrino el Soberbio iban, hicieron.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO DE OLIVANTE DE LAURA



COMIENZA EL TERCERO LIBRO
DEL MUY ESFORZADO Y ESCLARECIDO
PRÍNCIPE OLIVANTE DE LAURA,
HIJO DEL REY AURELIANO DE MACEDONIA,
EN EL CUAL SE CUENTAN SUS GRANDES
HAZAÑAS Y CÓMO POR VOLUNTAD DEL
EMPERADOR ARQUELAO FUE CASADO
CON LA PRINCESA LUCENDA

CAPÍTULO III-I
DE LA BATALLA QUE OLIVANTE Y GRISALTER DE SUECIA CON
TAMBRINO Y SUS COMPAÑEROS HUBIERON, Y DE LA GRAN
FEROCIDAD DE UN MONSTRUO QUE HALLARON

DESPUÉS que aquellos dos animosos príncipes se metieron en el barco con sus escuderos y con el del caballero muerto en seguimiento del soberbio Tambrino y con mucho deseo de privarle de la vida en pago de su maldad²³⁰ y traición, caminaron todo aquel día y aquella noche, dando la mayor priesa a los remos que podían para ayudar a la fuerza del viento, la cual esforzándose hacia la mañana más de lo que era necesario y ellos quisieran, la mar se comenzó a embravecer, las olas a moverse con inquietos movimientos, la furia de los vientos a espesar las nubes con tan grande escuridad que, ocupando el resplandor del clarífico sol, apenas sentían con la venida del día mayor luz que en las tinieblas de la noche la habían sentido, creciendo cada hora la tormenta para quitar la esperanza de sus vidas a los que en tan pequeño navío se hallaban, de manera que el socorro que tenían era pedirlo a Nuestra Señora, encomendándose a ella, suplicándole que les quisiese llevar a puerto de salvación. Y con esta fatiga, viendo muchas veces el barco lleno de agua, que pensaban ser imposible dejar de perder en él las vidas, que ya por perdidas tenían, anduvieron discurriendo a unas partes y a otras, donde la ventura quería llevarlos, hasta que ya cerca de la noche los puso cabe una peña muy alta que en la mar estaba, la cual, aunque no fue conocida de los marineros ni sabían a la parte que estaban, gran alegría puso en los corazones de todos ellos por ver que allí podrían esperar a que la mar, perdiendo su braveza, les diese con la bonanza lugar de volver a su comenzado camino. Y llegando el barco a la ribera, hallaron allí otro barco con cuatro marineros, el cual conocieron ser el que Tambrino había traído, y de los marineros supieron que llegando allí con la tormenta, él y los cinco compañeros habían subido por la peña arriba a saber si en ella había alguna habitación.

Los dos esforzados príncipes, viendo que el peligro en que se habían visto había sido para hallar lo que buscaban, dieron muchas gracias a Nuestro Señor en sus corazones. Y saliendo en tierra ellos y sus escuderos, dejaron los caballos en el barco, porque la peña parecía tan áspera y estaba tan espesa con los muchos árboles, que no podían aprovecharse dellos. Y aunque la noche se venía ya acercando, no queriendo por eso dejar de ponerse luego en camino, con muy gran dificultad comenzaron a subir por la peña arriba, yendo cortando y quebrando las ramas, que tan espesas estaban como si con las manos las estuvieran tejendo; así que con muy gran trabajo y parándose muchas veces con el cansacio del peso de las armas y del afán que llevaran, caminaron mucha parte de la noche, hallando algún rastro de los caballeros que adelante habían subido. Y descansando un poco hacia la mañana en un pradecillo verde que desembarazado hallaron, durmieron sobre los escudos cuanta una hora, y tornándose a levantar ya que la claridad del

²³⁰ Orig.: ‘maldal’ (199v).

día se mostraba alumbrando la redondez del universo, se hallaron encima de la peña, por la cual tendiendo la vista, vieron una llanura con cuevas y valles en medio que ocupaban cuanto dos leguas de tierra, que a unas partes parecía de muy hermosa y aplacible floresta y en otras²³¹ de muy verdes y floridos campos; y en medio de un valle, algo lejos de donde estaban, vieron una casa grande de piedra, a su parecer mal labrada y compuesta. Y estando en determinación de ir hacia ella, muy cerca de sí vieron venir a Tambrino y cuatro caballeros con él que con mucha furia y casi corriendo hacían su camino, que como cerca llegaron, espantándose de ver los dos príncipes, les dijeron:

—Si con la tormenta que nosotros habéis aportado en esa peña, tornaos luego al barco en que venistes, porque de aquí no se puede esperar otra cosa que perder todos las vidas; porque sabed que hemos topado el más espantable y temeroso monstruo que jamás se vio, el cual habiendo muerto uno de nuestros compañeros, nos ha hecho huir a todos procurando escapar las vidas, que quien quisiere esperar la podrá tener muy cierto por perdida.

—Tambrino —dijo Olivante—, no sé yo qué mayor monstruo puede ser que tú eres, pues que si ese otro lo es contra natura, tú lo eres contra toda razón, no la guardando ni teniendo como en los buenos caballeros la debe haber. Por tanto, razón es que quien en la vida vive con tan malas obras, en la ejecución de su muerte no se haya piedad ninguna. Aparéjate a defender tu cabeza por la que en la isla de Landas a la doncella cortaste, que nosotros somos los dos caballeros ante quien tan gran traición y maldad cometiste.

Tambrino que en sus palabras conoció ser los dos caballeros que allí desarmados había visto, no perdiendo punto de su soberbia, le responde:

—Por cierto, a vosotros os fuera muy mejor no haceros jueces en causas ajenas y donde no os llaman para ello; mas el pago que llevaréis de vuestra locura será hacer agora lo que, si entonces hubiera hecho, fuera quitarme de trabajo. Y porque estando en palabras el monstruo no llegue adonde estamos, arrepentíos de lo que habéis dicho, y pidiendo misericordia, yo la habré de vosotros, aunque no dejaré de satisfacerme en algo de vuestro loco atrevimiento.

—Tú eres el que tienes de arrepentirte —respondió Olivante—, aunque te aprovechará ya poco para dejar de perder la vida. Por tanto, aparéjate a defenderla el tiempo que pudieres.

Y diciendo esto sacó la espada, y embrazando el escudo, se fue para él. Lo mismo hicieron Grisalter de Suecia y los otros cuatro caballeros que con Tambrino venían. Y uno dellos, que por muy esforzado se tenía, se puso delante de Tambrino por tomar la batalla con Olivante, pensando vengarle del enojo dice había recibido; mas Olivante del primer golpe hendiéndole bien un palmo del escudo, le dio con la punta de la espada sobre la cabeza, en la cual haciéndole una gran herida y quedando el caballero desatinado, al sacar la espada, con la fuerza vino sin sentido al suelo.

Tambrino, viendo tan desapoderado golpe, mucho fue espantado, y pasando adelante, comenzó a cargar a Olivante de muy duros y mortales golpes, que a

²³¹ Orig.: ‘otros’ (200r).

maravilla era buen caballero si su soberbia no le estragara; mas poco le aprovechaba, que lo había con el mejor caballero del mundo.

De los tres caballeros que quedaban, el uno se combatía también con Olivante, ayudando a Tambrino, y los dos con Grisalter de Suecia, el cual mostrándoles sus grandes fuerzas y esfuerzo, en poco tiempo los traía tan maltratados y llagados que ya más procuraban de defenderse y ampararse de sus golpes que de hacerle daño ninguno.

Olivante, viendo que el caballero que a Tambrino ayudaba le hacía mucho estorbo para poner en efecto su voluntad, le dio tan gran golpe en descubierto sobre el hombro siniestro, que entrando por él la espada casi hasta la cinta, el caballero dando voces con la rabia de la muerte cayó tendido en el suelo. Tambrino, renegando y blasfemando de lo que veía, con mucha ira comenzó a herir a Olivante pensando darle la muerte; mas Olivante, que tan desatinado le vio, aguardando tiempo le dio tan gran golpe en la muñeca del brazo derecho, que la mano con la espada cayeron juntamente en el suelo, Tambrino que así tullido se vio y sin ninguna esperanza de la vida, volvió las espaldas huyendo con intención que, si Olivante le seguía, no podía dejar de topar con el monstruo, el cual, antes de su muerte, le vengaría de quien a él se la había dado.

Olivante viéndole ir así, pareciéndole que no se le podría esconder en parte donde no le hallase, volvió a ayudar a Grisalter de Suecia, el cual viendo lo que Olivante había hecho, con tan gran furia descargó la espada sobre la cabeza de uno de los caballeros, que, hendiéndosela hasta los ojos, lo hizo venir muerto al suelo. El otro, que si más atendía le parecía tener cierta su muerte, procurando salvar la vida, por una espesura de árboles que allí cerca estaba comenzó a huir, y Grisalter en su seguimiento, llamándole a grandes voces:

—¡Traidor, sólo Dios te escapará hoy de mis manos que no lles el pago de tu merecido!

Olivante, viéndole ir así, se volvió en seguimiento de Tambrino, al cual vio ir ya algo lejos de sí y cerca de la casa que en el valle estaba, de lo cual le pesó pensando que allí podría escapar con la vida. Y queriendo ir allá, Leristes le comenzó a dar voces que se guardase, y Olivante maravillado dello, volvió la cabeza, y a un lado, no muy lejos de sí, vio un monstruo, la cosa más feroz y espantable que sus ojos jamás habían visto, que aunque en los encantamientos le habían parecido, siendo cosas infernales no tenían tan enorme figura ni tan temerosa presencia. Su estatura era mayor que la del mayor gigante del mundo; la cabeza tenía muy grande, y de la frente, que tenía muy ancha y llana, le salían dos cuernos retorcidos que tornaban las puntas atrás sobre el colodrillo; tenía los ojos como dos espejos salidos afuera y encarnizados; la nariz, muy ancha, con unas ventanas muy abiertas, y la boca tan grande que le llegaba de una oreja a la otra, las cuales tenía como de caballo; de la boca le salían dos colmillos de abajo para arriba, y otros dos de arriba para bajo, poco menores que los elefantes los tienen; el pescuezo tenía muy grueso y muy corto, que apenas se le parecía del cuerpo: era tan ancho que excedía a la conformidad de la grandeza. Tenía sobre las espaldas nacida una concha a manera de escudo que todas se las cubría, y el pecho y barriga con los brazos hasta los codos cubiertos de otras conchas menudas que todas las

meneaba. Lo que le quedaba de los brazos y las piernas de las rodillas abajo tenía cubierto de un vello muy largo y negro como salvaje. Los muslos tenía descubiertos, y debajo de la concha de las espaldas le nacían dos alas pequeñas a manera de las que tienen los pescados; las manos y pies tenía muy grandes, con unas uñas de grandeza de un palmo y muy agudas. En lugar de la habla daba unos temerosos y muy roncós aullidos y baladros. Traía por armas una concha de pescado mayor que la que tenía en las espaldas y un bastón hecho de un grande árbol ñudoso, solamente quitadas las ramas, con el cual parecía imposible acertar ningún golpe, por pequeño que fuese, que no matase a quien debajo hallase.

Mucho se espantó Olivante de ver una cosa tan fuera de razón y naturaleza, que no hubiera caballero, por esforzado que fuera, que no temiera su muerte solamente con tal vista, que Leristes por no verle estaba tendido en el suelo y los ojos puestos en la tierra, tan desconfiado de la vida como si el monstruo fuera la misma muerte, la cual le tenía tan rodeado con el miedo, que, falleciéndole los sentidos, estaba sin ellos desmayado. Olivante se santiguó muchas veces pensando que fuese algún demonio, porque en ninguna manera podía pensar que ellos pudiesen en el infierno ser más temerosos ni abominables de vista; y estaba haciendo entre sí muchas consideraciones, porque de una parte el temor de la muerte le defendía el acometimiento, por parecerle desesperación poniéndose en tan notorio peligro pudiendo escusarlo, y por otra parte parecía ser muy gran cobardía que el temor le defendiese de procurar de quitar del mundo tan infernal bestia, y que si esto se supiese, con razón la fama que de sus grandes hazañas por el mundo estaba publicada se disminuiría y acabaría, diciendo que por falta de corazón y esfuerzo dejaba de acometer una cosa de que tan gran honra si la venciese se esperaba, y que en comparación desto no se había de tener en nada la vida.

Y estando en esta confusión, el caballero que del primer golpe Olivante había derrocado, tornando en su acuerdo se levantó de tierra, y el monstruo, que cerca estaba, corriendo con tanta velocidad que más parecía volar y dando muy grandes saltos, como a él llegó, con un golpe del bastón le desmenuzó el yelmo con la cabeza, y después comenzándole a desarmar con las uñas, le despedazó con ellas todo el cuerpo, desmembrándole y echando cada cosa por su parte; sacándole las entrañas, las comenzó a comer a bocados.

Olivante le estaba mirando, y asimismo si Grisalter parecía, que mucho le pesara de que a tal tiempo viniera, porque tenía por muy cierto que no podría escapar de las manos del monstruo, y deseaba que, si él allí muriese, Grisalter quedase con la vida para que pudiese decir la manera de su muerte, porque la grandeza de su esfuerzo y gran ardimiento no le consentían que huyese ni dejase de acometer aquella aventura, aunque más peligrosa fuese. Y con esta determinación, hincando las rodillas en tierra, con muy grande devoción se encomendó a Nuestra Señora suplicándole le favoreciese, pues que sin su ayuda era imposible salir con la vida de una aventura tan estraña y peligrosa, en la cual conocidamente estaba manifiesta la muerte si Ella con su infinita bondad no rogase a su precioso Hijo que le guardase.

CAPÍTULO III-II
CÓMO OLIVANTE COMBATIÉNDOSE CON EL MONSTRUO LE
VENCÍÓ, Y DE LO QUE ÉL Y GRISALTER EN LA CASA DEL VALLE
HALLARON

COMO aquel tan esforzado príncipe, con su corazón invencible y esforzado más que todos los nacidos, estuviese determinado de tentar lo que la ventura en aquella aventura tuviese del ordenado, después de haber hecho su oración muy devota con muy gran contrición y lágrimas, se fue hacia donde el monstruo haciendo aquella gran crueldad en las entrañas del caballero estaba. Leristes que su determinación conoció, llorando a muy grandes voces y con muy gran dolor lo llamaba suplicándole que dejase de ir tan conocidamente a la muerte, porque aquello más se podía atribuir a temeridad y locura que no a esfuerzo ni osadía; y sin esto, le decía otras muchas cosas, las cuales no aprovecharon para quitarle su determinado propósito.

El monstruo, que a las voces de Leristes volvió la cabeza, viendo venir a Olivante se vino corriendo para él dando tan grandes baladros que todos aquellos valles hacía resonar de manera que Grisalter, que bien lejos de allí estaba, los oía. Olivante con su espada en la mano y el escudo en la otra lo estaba esperando; y como el monstruo llegó con gran desatino pensando de sólo aquel golpe fenecer su batalla, derrocó su bastón, que sobre el hombro traía, de manera que si a Olivante alcanzara con él, feneciera la vida. Mas Dios, que aun para mayores cosas le tenía guardado, y Nuestra Señora, a quien en aquella hora se había encomendado, le dieron conocimiento para hurtar el cuerpo, de manera que el bastón dio en el suelo tan gran golpe que haciendo temblar al derredor de sí la tierra más de cincuenta pasos, se quebró cerca de las manos del monstruo, quedándole un pequeño pedazo en ellas. Olivante que de aquel peligro se vio salvo, con demasiada ligereza se llegó a él, y con la espada le dio tan gran golpe en un brazo, que, cortándole la canilla,²³² se lo dejó cerca del codo colgado por muy poca carne.

No se vieron jamás tan grandes bramidos, tan fieros aullidos, tan espantables baladros como el monstruo daba sintiéndose de aquella manera herido, porque aquella era la primera vez que de su cuerpo había salido sangre. Y viendo a Olivante tan cerca de sí que pensó tomarle con las uñas, le echó los brazos; mas, como en el herido no tuviese fuerza, y Olivante la tuviese mayor que en caballero se hallase, procuró desasirse del, aunque no fue tan ligero de hacer que el monstruo con el brazo sano no le llevase una pieza de la falda de la loriga, la cual en quebrarse le dio la vida para poder descabullirse, porque de otra manera fuera imposible escaparse. El monstruo que fuera de sí le vio, se bajó por el bastón que quebrado se le había, y Olivante, antes que se levantase, le tornó a herir; mas la espada acertó en la concha de las espaldas, y tan recio tornó a resurtir para arriba como si en una piedra muy dura diera. El monstruo con el bastón en la mano siniestra tornó otra vez a ir contra Olivante echando muy grandes espumajos por

²³² El cúbito o ulna. Más adelante se lee ‘las canillas’: el cúbito y el radio.

la boca y humo por las narices, batiendo los dientes unos con otros y crujiendo las conchas, con que muy gran ruido hacía, de manera que no hubiera caballero en el mundo que de espanto osara esperarle.

Olivante con muy gran ligereza procuraba de no esperar el golpe, que bien sabía que sería el postrero de su vida; y andando de una parte para otra por hurtarle otra vez el cuerpo, el monstruo tornó a descargar, y con la gran agonía tornó otra vez a dar el golpe en vacío. Olivante que ya estaba sobre aviso y tenía su fin enderezado a herirle en el otro brazo, con su gran destreza tornó a entrar con él; mas el monstruo, que su intención conoció, soltando el bastón le quiso asir con las uñas, teniendo por cierta la venganza de su herida. Olivante que se vido perdido, sin poder hacer otra cosa, le tiro el golpe a la cabeza pensando hendérsela; mas el monstruo, temiendo el golpe, puso la mano delante pensando tomar la espada, la cual acertando entre los dedos, le hendió la mano toda con el brazo por entre las canillas asimismo hasta cerca del otro codo.

El monstruo tomó a Olivante entre los brazos pensando deshacerle; mas como en entrambos estuviese mortalmente herido, no tenía fuerza para tenerle, y con los colmillos procuraba sacarle el yelmo de la cabeza, el cual como fuese de muy fino acero, resbalaban dél los dientes. Olivante que en tal peligro se vio, no habiendo soltado aún la espada de la mano, procuraba herir con ella en las piernas al monstruo; y así estuvieron acidos una pieza.

En el cual tiempo habiendo Grisalter de Suecia alcanzado al caballero tras de quien había ido, y perdonándole la vida, porque con muchos ruegos y lágrimas se la había demandado prometiéndole de hacer toda la enmienda que de su parle le fuese mandada, se volvía con él y con su escudero a donde a Olivante habían dejado, viniendo muy maravillado Grisalter de los grandes baladros que había oído; que como de entre los árboles salió, viendo aquella infernal y diabólica figura del monstruo, y Olivante²³³ en tan extraño y notorio peligro, pues que en sus brazos lo tenía, jamás igual dolor a su corazón llegó, porque tuvo su muerte por muy cierta. Y llorando con mucha pasión comenzó a correr hacia do ellos estaban con intención de perder la vida donde a Olivante le faltase. Y llegando cerca dellos, como el monstruo no pudiese aprovecharse como quisiera de Olivante, y viendo venir a Grisalter con tan gran furia, temiendo la muerte por no se poder aprovechar de sus manos, soltó Olivante, dejándole muy quebrantado de la gran fuerza que con él había puesto, y no censando sus horribles aullidos y espantables, se fue corriendo con tan gran ligereza y más que un venado pudiera hacerlo.

Olivante con muy gran deseo de²³⁴ acabarlo, lo comenzó a seguir, y Grisalter con él, y por el rastro de la sangre que dél salía anduvieron dos millas por entre unos espesos árboles, y saliendo dellos, en un peñasco que sobre la mar estaba vieron estar el monstruo sentado, que con la lengua se estaba lamiendo las heridas; el cual como los vio, se dejó caer del peñasco dando muy gran golpe en el agua. Y como los dos príncipes llegaron, lo vieron andar nadando y meneando aquellas pequeñas alas por el agua como si pescado fuera, y muchas veces se sumía debajo

²³³ Suplo 'y Olivante' (202r).

²³⁴ Suplo 'de' (202r).

del agua y estaba tanto que pensaban que se había ahogado, y después lo veían salir muy lejos de ahí, no cesando de dar los temerosos gritos, porque la agua, que estaba salada, acrecentaba el dolor en las heridas.

Después que así estuvieron urca pieza reyéndose de verlo cuál andaba, pareciéndoles que no podrían tornarlo a ver, determinaron volver en busca de Tambrino, y diéronse muy gran priesa hasta volver cerca de la casa, donde lo hallaron cerca de la puerta, y al otro caballero que atándole la herida de la mano cortada estaba, y a Leristes y al otro escudero con ellos; que como Olivante los vio, tornando a sacar su espada se fue contra ellos diciendo:

—Tambrino, no puedo dejar de dar tu cabeza en pago de la que cortaste, porque tan mal caballero como tú no es razón que viva en el mundo; por tanto, apareja tu ánima, que del cuerpo no hagas cuenta.

Tambrino con el gran temor de la muerte, hincando las rodillas en el suelo, le comenzó a decir:

—Caballero bienaventurado más que cuantos nacieron, sobrepuje vuestra bondad y mesara a mi gran traición y soberbia, y por las cosas que en este mundo más amáis os conjuro y suplico que, habiendo misericordia de mí, me dejéis con la vida, porque con ella yo haré toda la enmienda y penitencia que vuestra bondad fuere de mandarme.

A Olivante le pesó infinito de verse conjurar de parte de su señora y que no podía cumplir su voluntad, que muy grande la tenía de quitar la vida a Tambrino, al cual respondió:

—Tú me has conjurado de manera que yo te dejaré con la vida cumpliendo lo que yo te mandare, que no creo que te será menos grave y enojoso que la muerte; por tanto, cura de ti hasta que yo te mande lo que has de hacer.

El caballero que vivo había quedado con Tambrino descendió por aparejo al barco para curarle, que muy bueno le traía. Olivante preguntó si habían visto qué gente estuviese en aquella casa, y Tambrino le dijo que él había llegado a llamar y que dos mujeres le habían respondido, de las cuales la una era muy vieja, y que no le habían querido abrir, Olivante y Grisalter se llegaron a la puerta y los escuderos comenzaron a dar grandes golpes en ella hasta que una mujer se puso a una ventana, que les dijo:

—Buenos caballeros, ¿qué es lo que aquí buscáis? Si no queréis la muerte, apartaos deste lugar; que sabed que si el monstruo señor desta morada viene, sólo Dios os podrá dar la vida, de lo cual no podrá dejar de pesarnos; mas tampoco será posible valeros.

—Buena señora —dijo Grisalter—, a ese monstruo que decís ya le hemos topado, y esa vida que decís que nos quitará. El la ha salvado huyendo deste caballero muy malherido de sus manos; por tanto, mandadnos abrir, que yo creo que sabiendo él que aquí estamos, no vendrá él de tan buena gana como solía.

La mujer, quitándose de la ventana algo turbada en el gesto al parecer, estuvo una pieza dentro, y al fin della vino a abrir la puerta quitando un grueso madero que la tenía. Y los caballeros entraron, y asimismo Tambrino, que su herida tenía ya atada y restañada la sangre; que como dentro estuvieron, vieron un patio mal hecho; las paredes, todas de piedra, mal compuestas. Al un cabo dél estaba una

mujer sentada en una silla, tan vieja que parecía hecha de raíces de árboles; era muy grande de cuerpo y muy seca; y como los vio, en lengua que bien pudieron entender les dijo:

—Buenos caballeros, decidme si habéis habido batalla con Bufalón, el monstruo, y cómo os habéis escapado della, que maravillada estoy de haber podido venir aquí.

—Buena señora —dijo Olivante—, Dios, que hace y deshace todas las cosas, nos ha dado poder para que a ese monstruo que decís, ya que no le habemos podido quitar del mundo, le quitásemos el poder de no hacer tanto mal de aquí adelante; porque sabed que después de haberle mancado de entrambas manos, él se me ha escapado nadando por la mar, donde le dejamos sin saber lo que será dél. Si vos estáis aquí detenida por fuerza, fácilmente podréis restituiros en vuestra libertad; y mucha merced recibiremos que nos digáis vuestra estada en esta deshabitada peña y si sabéis cómo tan disforme bestia como este monstruo ha sido engendrado en el mundo.

La dueña, con los ojos llenos de lágrimas y con un muy gran suspiro, les dijo:

—Esforzados caballeros, no debéis espantaros del sentimiento que hago, porque, aunque tenga conocimiento de la poca razón que tengo para hacerlo, no puede hombre negar lo que la naturaleza pide, que es dolerse los padres del daño de los hijos. Digo esto porque quiero que sepáis una cosa de que no poco quedaréis maravillados, y es que este monstruo que Bufalón le llaman algunas gentes que le han visto y tienen noticia dél es mi hijo, y salido por permisión de Dios de mis entrañas, el cual fue engendrado de la manera que agora os contaré.

Yo era natural del reino de Francia, y un caballero del reino de Hungría que con el rey de Francia vivía, muy valeroso en las armas, habiéndose enamorado de mí, me pidió a mi padre en casamiento, el cual conociendo lo mucho que el caballero merecía, holgó de darme por su mujer. Y después de haber celebrado nuestras bodas con mucho regocijo y sumptuosidad y haber estado el caballero mi marido en Francia algunos días, determinó de venirse a Hungría a vivir en un castillo muy bueno que con otra hacienda tenía; y así, nos metimos en un navío muy acompañados de gente de servicio, y yo de algunas dueñas y doncellas que mi padre me dio, y caminamos por la mar con muy próspero tiempo cinco o seis días. Y en fin dellos, Dios, por cuya voluntad y querer todas las cosas se rigen y gobiernan, permitió que en la mar se levantase una tan gran tormenta que, no pudiendo los marineros resistir a la fuerza de los vientos, la nave dio al través en este peñasco, la cual se hizo muchos pedazos, y así mi marido como todos los que en la nave venían se anegaron. Y la ventura que así lo quiso, a este tiempo estaba allí un monstruo marino, el cual, aunque su habitación era en las aguas marinas, sus faciones eran por la mayor parte de hombre, no le faltando para ello el conocimiento, que si hablara, yo le juzgara verdaderamente por hombre humano. Éste, saliendo debajo del agua y viéndome a mí, que los vestidos me sostenían sin haberme hundido, poniéndome sobre sus hombros casi sin sentido, me sacó en este peñasco, y después volviendo a la mar para librar algunos de los que quedaban, solamente pudo traer a esta mujer, que era mi doncella, porque, como la mar andaba tan brava que en un punto todos los otros se ahogaron, el monstruo,

subiéndome acá arriba, nos llevó a una cueva que él sabía, y allí me comenzó a hacer tantos regalos y a traerme tantas cosas de frutas que comiese y tantas aves y otras cosas de caza que en este peñasco se crían, y asimismo muchos pescados, que yo estaba bien proveída en abundancia. Y después que esta doncella y yo hubimos bien llorado nuestro desaventurado caso, no pudiendo poner fin a nuestra tristeza, sacando fuego con unas piedras que hallamos aparejadas para ello, tomando yesca de unos árboles muy secos lo encendimos, y aderezando de aquello que el monstruo traía comimos, determinando de sustentar la vida con esperanza que la ventura, que en tan gran tribulación nos había puesto, nos sacaría della dándonos lugar para volvernos en Francia, porque este era nuestro deseo. Y muy gran consuelo nos daba ver el cuidado que aquel monstruo marino tenía de proveernos de todo lo que teníamos necesidad; el cual de los que en la mar se ahogaron nos proveyó de vestiduras que hasta agora hemos tenido que romper.²³⁵ Y estando en esta vida algunos días, que el monstruo lo medio del tiempo estaba con nosotras y lo demás en el agua, porque su naturaleza no le consentía otra cosa, vino a enamorarse de mí de manera que con señales muy claras me lo daba a entender; así que yo fui puesta en muy gran tribulación, y con las mejores maneras que podía procuraba de apartar tan enorme ayuntamiento; y cada día nos poníamos sobre la mar para ver si algún navío pasase tan cerca que, viéndonos y doliéndose de nosotras, nos quisiese sacar de aquí. El monstruo, cuanto yo más me defendía, él procuraba poner en efecto el fin de sus feos y sucios amores, de manera que pasándose más de un año, yo y esta doncella, ayudándonos el monstruo con la industria que nosotras le dábamos, hicimos la mayor parte desta casa, donde de los fríos del invierno y calores del estío pudiésemos defendernos. Así que, viendo el monstruo lo poco que su industria para conmigo le aprovechaba, comenzó a tratarme muy mal, no teniendo cuidado de traerme de comer y amenazándome que me quitaría la vida; tanto, que tomándome algunas veces en los brazos se ponía conmigo sobre algún peñasco y hacía que me quería echar en la mar. Tantos días tuve esta vida, que, si no fuera por no perder el ánima con la desesperación,²³⁶ yo misma me diera la muerte. Al fin, estando yo un día sola y durmiendo, el monstruo llegó, y tomándome por fuerza tuvo ayuntamiento conmigo, no sin muchas lágrimas y tristeza mía y muy gran alegría suya, del cual yo quedé preñada del espantable Bufalón. Y a mi tiempo vine a parir, no sin mucho peligro de la vida; y como ya vi una cosa tan temerosa y disforme que de mi cuerpo había salido, fue para mí mayor muerte que en el parto podía recibir. Y luego el monstruo su padre lo tomó y lo llevo a la mar, por la cual Bufalón a la hora que nació comenzó a nadar como su padre hacía. Y cada día el monstruo marino venía a verme trayendo a su hijo consigo; el cual cuando hubo un año era ya tan grande como agora lo veis. Y como en este tiempo aquí aportase una barca con ciertos marineros y gente, él entró en ella y los degolló a todos, y lo mismo ha hecho a otros muchos que aquí han venido; y los que se pueden escapar de sus manos no han hecho poco, porque ya han venido muchos caballeros de gran nombradía, oyendo lo que dél se decía, a

²³⁵ Usar, gastar.

²³⁶ Suicidio.

combatirse con él; mas para ninguno había menester más de un golpe de su bastón. A tanto vino su fiereza, que a su mismo padre no perdonó, quitándole un día la vida. Y con ninguna persona ha usado de piedad sino con nosotras, pareciendo tenerme a mí algún respeto, aunque siempre ha vivido con cuidado de que no pudiésemos salir de aquí. Desta manera ha veinte y cinco años que estoy en esta vida, la cual me tiene tan vieja como veis, y no porque la edad lo pudiese haber hecho, deseando verme fuera della aunque fuese con la muerte deste diabólico hijo, el cual no dejará de volver aquí; ni temáis que se habrá ahogado en la mar, porque tan natural le es a él andar en el agua como en la tierra. Así que, mis buenos señores, ni sé si de lo pasado reciba placer o si me pese, porque, aunque desee la libertad, ya yo, por quien un tan sucio y abominable pecado ha pasado, no es razón que viva en el mundo ni parezca en él. Si a Bufalón habéis vencido, de nosotras podéis hacer a vuestra voluntad, que aparejadas estamos a seguir en todo vuestro querer, aunque sea darnos la muerte, pues por la vida que hemos tenido también²³⁷ la merecemos».

Diciendo esto sus ojos eran fuentes de lágrimas, dejándolos espantados de lo que les había contado. Y Olivante le dijo:

—Buena dueña, la muerte no os la daremos nosotros; antes os defenderemos de quien dáros la quisiere. Por tanto, no temáis de nosotros; antes os aparejad para salir de aquí, porque, si no pudiéremos acabar la vida a aquel vuestro hijo, que más propriamente se podría llamar del diablo, a lo menos no será parte para estorbarnos lo que quisiéremos hacer. Y mi voluntad es que más no estéis aquí, siquiera porque podáis hacer penitencia de vuestro pecado y rogar a Nuestro Señor que os lo perdone.

—En todo haré vuestra voluntad —respondió la dueña—, que bien veo la razón que hay para ello; y plega a Dios que lo podamos hacer tan en paz como lo deseamos.

Después que estas y otras cosas hubieron hablado, comieron de muchas cosas que la dueña les dio y de lo que los escuderos traían. Tambrino comió con ellos, y la dueña le puso una yerba en la herida con que se le desenconó²³⁸ y se le quitó el dolor. Y así pasaron gran pieza del día, hasta que el caballero volvió con recaudo para curarle, lo cual se hizo luego.

²³⁷ Tanto.

²³⁸ Quitó la inflamación.

CAPÍTULO III-III

DEL FIN QUE HUBO LA BATALLA DE OLIVANTE Y DEL MONSTRUO LLAMADO BUFALÓN EL ESPANTABLE, Y DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ

NO había dos horas que habían comido, y la escuridad de la noche se iba acercando, cuando, estando los dos príncipes hablando con la dueña vieja y con la otra, tornaron a oír aquellos rabiosos aullidos y espantables voces del monstruo, que, resonando por las concavidades de aquellos valles, herían en las orejas con aquel estruendo que los truenos de los crecidos nublados suelen despedirse. A todos puso en alteración el oírle; mas aquel invencible corazón de Olivante no se espantando dellos, con aquel esfuerzo que en el principio había hecho se levantó de donde estaba; mas ya el monstruo había entrado por la puerta, que como a Olivante vio, conociendo que con él había habido la batalla, dando muy grandes saltos y no cesando sus fieros bramidos arremetió con él, llevando los brazos ya pasmados del grave dolor que del agua salada en las heridas había recibido.

Olivante, teniendo su escudo embrazado y la espada fuera, lo esperó con gran tiento, y viéndolo cerca de sí, le dio en el brazo que hendido tenía tal golpe que, como el otro, con la mano se lo echó en el suelo. Las cosas que el monstruo hacía viéndose sin ambas manos eran para poner temor a todos los que las miraban; y habiendo cobrado temor ya de Olivante, no se osando acercar a él, comenzó a dar muy grandes saltos a unas partes y a otras haciendo muy grandes gestos y visajes. Y hallando acaso al escudero de Grisalter, se dejó caer con él y con los dientes le hizo dos heridas en el un hombro; mas Olivante le socorrió tan presto que el monstruo no pudo hacer más, porque le dio una muy gran herida en un muslo, de que apenas se pudo sostener más sobre la pierna. Y conociendo que no podía escusar la muerte, se fue a esconder detrás de la dueña su madre, haciéndole de señas como que le pedía que le valiese. La dueña, no pudiendo negar la inclinación natural, llorando gravemente se hincó de rodillas delante de Olivante, y a Grisalter suplicaba que le ayudase a rogarle que, cesando su enojo, pues el monstruo no estaba ya para defenderse ni para poder hacer más mal, le dejase la vida y no usase de más crueldad con él.

—Buena dueña —dijo Olivante—, por cierto, con más razón me debíades rogar que quitase del mundo una cosa tan diabólica; porque, aunque de aquí adelante ya no pueda hacer daño a las gentes, por los males y crueldades que ha hecho merece cien mil muertes; y por tanto, yo no dejaré de poner en efecto mi voluntad.

El monstruo que tan gran entendimiento y razón tenía que para hombre humano no le faltaba más del hablar, entendiendo las palabras de Olivante, se volvió a Grisalter de Suecia, y hincando las rodillas ante él, se puso con los brazos en cruz, como pidiendo misericordia; y daba unos gemidos tan dolorosos que Grisalter, movido a compasión, rogó a Olivante que le dejase la vida. El cual habiendo ya pensado lo que debía hacer, dijo a la madre que le dijese que, haciendo todo lo que le fuese mandado, que él le quería dejar con la vida. El monstruo con señales daba a entender que todo lo haría, deseando la vida como todas las cosas

vivas naturalmente la desean, y con esto lo hicieron meter en una cámara que allí estaba, y con el aparejo que el caballero había traído para curar a Tambrino, porque mucho había sobrado, curó Leristes y la dueña al monstruo, restañándole la sangre que del brazo y del muslo en gran abundancia le salía. Y la dueña, que mucho de aquella arte había aprendido cuando doncella, salió fuera de la casa, y de ciertas yerbas hizo un muy saludable ungüento con que aquella noche curó al monstruo y al escudero de Grisalter, aunque las heridas eran pequeñas y no de manera que pudiesen estorbarle de andar en pie.

Olivante hizo aquella noche bajar al barco de Tambrino, porque él le había dicho que traía en él una buena cadena, la cual hizo echar a los pies del monstruo, de manera que era imposible soltarse. Y otro día por la mañana, llamando a Tambrino ante sí y al otro caballero, les dijo:

—Tambrino, bien tendrás conocimiento que la traición y maldad que cometiste no tenía castigo que se le igualase, sin otras muchas que he oído decir que has hecho, por la cuales con justa razón, aunque tuvieras cien vidas, fuera bien no dejarte con ninguna; mas yo creo que, pues tienes tan buen entendimiento, habrás conocido que Dios te deja con la vida para que de aquí adelante te enmiendes y vivas de otra manera. Lo que mi voluntad es que hagas, y debajo de la fe que me diste te mando, es que, tomando la mano que te corté, con que tan feo golpe heciste para ensuciar tu fama, la cuelgues a tu cuello, publicando dondequiera que te hallares la causa por que así la llevas; y llevando a Bufalón, el monstruo, y a estas dueñas contigo, lo más presto que puedas te vayas a la corte del emperador de Constantinopla y de mi parte te presenta delante de la princesa Lucenda diciéndole que tú eres el que, estando ella en la isla de Landas, mataste a aquella doncella, y que yo te envió para que lo que ella en pago de tu pecado quisiere más mandarte que hagas estás aparejado de cumplirlo, y sin su licencia no quitarás la mano de donde la llevas; y presentarás a Bufalón al Emperador contándole toda la manera de nuestra batalla, para que así dél como desta dueña que su madre confiesa ser pueda hacer a sin voluntad. Y no te doy más tiempo para hacerlo de cuanto tú y Bufalón estéis tales que os podáis poner en camino. Y no dejes de cumplir todo esto que te mando, porque, cuando supiere que no lo haces, en ninguna parte del mundo estarás tan escondido que yo no pueda hallarte para acabar de quitarte la vida que agora, con seguridad de que cumplirás mi mandamiento, te deajo.

Muy grave se le hizo a Tambrino; mas, viendo que no podía hacer otra cosa, prometió de cumplirlo todo así como le era mandado. La dueña lloraba gravemente de verse llevar a Constantinopla, pensando que el Emperador haría justicia della por el pecado que contra natura había hecho; mas Grisalter la consoló prometiéndole de escribir al Emperador suplicándole que hubiese misericordia della, y que por aquella causa él le prometía que no recibiría daño. Con esto cesó la dueña su llanto, y entrando donde Bufalón estaba, le contó todo lo que estaba acordado, el cual mostró que haría todo lo que le mandasen, como aquel que no tenía poder para resistirlo. Y después desto, los dos príncipes se detuvieron allí cuatro días, porque había tanta caza en aquella poca de tierra, que holgaban de andarse cazando. Y Olivante entró dos veces a ver a Bufalón, el cual temblaba

delante dél, no habiendo aún perdido el miedo que dél tenía; mas con Tambrino, a quien él había visto la mano cortada, como él tenía las suyas, mostraba holgarse mucho.

Viendo que era ya tiempo de partirse y que la mar estaba ya sosegada, los dos príncipes se embarcaron, encomendando a Dios a Tambrino y a la dueña, encargándoles que en ninguna manera dejasen de hacer el viaje que les había mandado, y ellos le prometieron de hacerlo así. El escudero que hasta allí los había guiado les dijo que dondequiera que fuesen quería seguirlos, hasta entrar en parte de donde se pudiese volver en la Pequeña Bretaña y contar la venganza que por la muerte del caballero y doncella había visto. Olivante, que ya había conocido la voluntad de Grisalter su cormano, dijo al escudero que hiciesen guiar el barco hacia la Pequeña Bretaña, porque ellos querían ir a ver aquella tierra en que les decían que había muy buenos caballeros. El escudero con mucha alegría lo hizo luego, haciendo alzar las velas. Los marineros guiaban aquel camino, donde los dejaremos por contar lo que Tambrino hizo.

El cual después que los dos príncipes se partieron, hizo subir tres escuderos que en el barco estaban arriba, dejando otro con los marineros que guardasen el barco. Y así ellos como el caballero que con ellos estaba guardaban a tiempos a Bufalón por que no se soltase de la cadena, que todavía le temían como a la muerte; y allí curaban dél lo mejor que podían, y principalmente la dueña su madre, la cual le curaba las llagas cada día y le hacía muchos beneficios para que sanase. Y tan buena cura tuvieron, aunque en lugar tan solitario, que al cabo de veinte y cinco días así Tambrino como Bufalón estaban sanos. Y en este tiempo Bufalón se había hecho muy manso con los escuderos, y se dejaba tocar dellos y mostraba holgarse de que llegasen a él, tanto, que ya le iban perdiendo el miedo.

Tambrino, queriendo cumplir la palabra que a Olivante había dado pareciéndole que el daño que tenía le había venido por sus pecados, viendo que podían ya caminar, no quiso volver a la Pequeña Bretaña sin cumplir primero su promesa, y así lo dijo a la dueña vieja, la cual, aunque contra su voluntad, lo hubieron de hacer. Y aliviando un poco las prisiones a Bufalón, solamente para que pudiese andar, se fueron a meter en el barco, yendo Bufalón con tan buen semblante como estando en su libertad lo hiciera. Y después que fueron embarcados, los marineros guiaron el barco hacia Constantinopla, y deteniéndose en algunas islas y en otros puertos de la mar, donde Bufalón ponía grandísima admiración y temor a los que lo miraban, más de otros treinta días llegaron a Constantinopla, donde había bien un mes que el Emperador era llegado y estaban todos los de la corte por la venida del rey Aureliano nuevamente en muy gran regocijo y fiestas que cada día se hacían.

Así como Tambrino llegó a la ribera, haciendo llegar el barco a tierra, todos los que estaban cerca, que pudieron ver al espantable Bufalón, iban huyendo sin parar, dando muy grandes voces que en Constantinopla era llegado un tan feroz y temeroso monstruo que era bastante a destruir la ciudad él solo, y algunos había de opinión, a lo menos la gente común, que cerrasen las puertas de la ciudad. Y algunos caballeros salían al campo a verlo, espantándose de su demasiada fiereza, juzgándolo por la cosa más estraña que jamás en el mundo fuera visto. Tambrino,

viendo a Bufalón tan manso y en parte donde no podría esconderse aunque huyese, ni tampoco hacer mal por la falta de las manos, le quitó las cadenas, dándole a entender la causa por que lo hacía y prometiéndole que sería muy bien tratado; y asimismo su madre se lo iba diciendo; lo cual hizo a Bufalón muy mansamente saltar del barco en el agua, la cual le daba por debajo de los brazos, y salió luego en tierra. Tambrino con todos los demás hicieron lo mismo. Llevando sus escuderos a pie, se fueron a la ciudad, y llegando a las puertas, todos huían y se metían por las casas subiéndose a las ventanas, y aun allí no se tenían por seguros. Y desta manera dejándoles las gentes las calles desembarazadas con el temor, llegaron a una plaza que delante del palacio estaba, en la cual hallaron muchos caballeros armados de la guarda del Emperador para saber qué aventura era aquélla; y viendo al monstruo sin manos se habían algo asegurado, mas no por que ninguno dellos se pudiese llegar cerca dél, porque los caballos se espantaban, enarmonándose y haciendo tantas cosas con el temor del monstruo, que a los más dellos era forzado apearse.

El Emperador y el rey Aureliano, habiendo sabida la nueva, se pararon a una ventana del palacio, y como vieron al monstruo, que a unas partes y a otras muy sosegado estaba mirando, a gran maravilla tuvieron ver una cosa tan monstruosa y tan espantable estar con aquella mansedumbre. El Emperador hizo llamar a la princesa y a la infanta Galarcia con todas las otras dueñas y doncellas, las cuales viendo tan espantable vista, las unas cerraban los ojos, otras se volvían huyendo y otras se caían casi desmayadas, porque les parecía que la hechura del diablo no podía ser más temerosa.

Tambrino, llevando la mano al cuello colgada, acompañado del caballero y dejando los escuderos con el monstruo, llevó la dueña consigo arriba al palacio, yendo mucha gente tras dél por saber aquella estraña aventura; y llegando donde el Emperador estaba, todos tres hincaron las rodillas delante dél pidiéndole las manos para besárselas. El Emperador los hizo levantar; y Tambrino se tornó a arrodillar ante la princesa, que presente estaba, diciéndole:

—Soberana señora, yo vengo a vos de parte de aquel bienaventurado príncipe Olivante, el cual, por la grave traición y maldad que yo cometí en matar una doncella delante dél en la isla de Landas habiéndome cortado esta mano y muerto él y otro caballero que en su compañía va tres de mis compañeros y vencido a este que conmigo viene, quiso, importunado de mis lágrimas y ruegos, dejarme con la vida para que vuestra grandeza fuese el juez, sentenciando la pena que más por mi pecado mereciese, y mandome traer esta mano con que tan feo golpe hice colgada de mi cuello, donde jamás sin vuestra licencia y mandamiento podrá ser quitada. Por tanto, a vuestra soberana grandeza humildemente suplico me haga que, habiendo misericordia de mí, se haya benignamente conmigo, pues que, habiendo ya recibido tan áspera penitencia, lo demás podría ser juzgado a crueldad.

La princesa que con gran gozo estaba, así de saber nuevas de Olivante como de ver lo bien que había vengado su injuria, le responde:

—Buen caballero, el yerro que vos cometistes con todo lo que buen caballero debe de hacer y la orden de caballería manda, no merecía menor pena que la muerte, la cual se pudiera justamente ejecutar en vos. Mas yo no quiero ser notada

de cruel si vos estáis en propósito de enmendar de aquí adelante vuestra manera de vivir; y por tanto, yo os perdono lo que a mí toca y doy licencia que quitéis la mano de donde la traéis. Y decidnos qué se hizo de aquel valeroso príncipe y qué ventura es esta del monstruo que con vos viene en compañía.

Tambrino, besándole las manos por la merced que le hacía y volviéndose al Emperador, le dijo:

—Esclarecido príncipe y señor, Olivante de Laura te envía a este espantable monstruo presentado, el cual se llama Bufalón, porque piensa que en estas partes no se habrán visto otros semejantes, y me dijo que te hiciese saber la manera de cómo lo había vencido.

Entonces contó toda la batalla por orden, diciendo desde que en la peña había entrado sin faltar cosa; y cuando vino a decir que aquella dueña era madre del monstruo, fueron más espantados; y ella les contó la manera de cómo se engendrara, como ya se dijo. Y Tambrino contó también cómo estaba ya tan manso con el conocimiento que tenía, que ningún mal haría de allí adelante.

El Emperador, vuelto al rey Aureliano, le dijo:

—Quien tal hijo tiene, en más lo debe tener que todos los señores del mundo. Esta hazaña es de más que de hombre mortal, y, por cierto, así lo deben de tener todos.

—El amor hace a vuestra majestad decir eso —dijo el rey—, porque, aunque Olivante sea mi hijo, en la voluntad y deseo de serviros no creo que sea menos vuestro; y por esto vuestra grandeza le debe la buena voluntad que le muestra.

Luego bajaron todos a la placa a ver el monstruo, y le miraban las faciones cada una por sí, espantándose todos del esfuerzo de quien lo había vencido. Bufalón los miraba a todos muy sosegado; y Tambrino, para hacerlos más espantar, hizo traer del barco el bastón y la concha con que el monstruo peleaba, y el bastón era tan grande que tres escuderos, si un marinero no les ayudaba, no podían traerlo.

Todas estas cosas hacían a todos con grandes voces loar las grandes hazañas de Olivante. Y volviéndose el Emperador y el rey a comer, hicieron proveer muy bien a Tambrino de lo necesario, y a Bufalón llevaron un carnero desollado, el cual tomándolo con sus brazos cortados y despedazándole con los colmillos, lo comió sin dejar bocado, estando la gente del pueblo mirándolo. Y después que hubieron comido, el Emperador, hablando con la dueña madre de Bufalón, le mandó que fuese monja en un monesterio que estaba en la ciudad, y ella lo hizo con toda voluntad, diciendo que quería hacer allí penitencia los días que le quedaban de vida.

Tambrino estuvo en la corte quince días, así por que dejase al monstruo conocido y supiesen el tratamiento que habían de hacerle, como por hablar con él de Olivante, al cual preguntaban si sabía qué viaje habían hecho desde aquella peña; mas él respondió que no sabía más de que le mandara que dijese, que muy presto sería en la corte. El monstruo comenzó a andar muy manso por la ciudad, y las gentes le daban que comiese, con que lo hacían muy doméstico; y cada día se iba a la mar, y tomando algunos pescados y viendo el acatamiento que todos hacían al Emperador y reconociéndolo por señor de todas las otras gentes, se los traía, con que el Emperador holgaba mucho y le hacía proveer cada día de lo que

tenía necesidad para comer. Y de muchas partidas venían muchos caballeros y otras personas solamente a ver el espantable Bufalón, porque por todo el mundo se publicó luego su temerosa vista. Y Tambrino, despidiéndose del Emperador, con licencia de la princesa se volvió a la Pequeña Bretaña, mostrando Bufalón sentimiento y tristeza con su partida. Y la dueña su madre se metió en el monesterio, donde pasó los días de su vida muy santamente.

CAPÍTULO III-III CÓMO LOS DOS PRÍNCIPES APORTARON EN LA PEQUEÑA BRETAÑA, Y DE LO QUE EN AQUEL REINO LES AVINO

EL barco en que los dos príncipes iban, con próspero tiempo en diez días allegó en un puerto de la Pequeña Bretaña, y saliendo todos en tierra, el escudero que los había acompañado, despidiéndose dellos, tomó el camino del castillo donde había salido, y Olivante y Grisalter de Suecia, subiendo en sus caballos, y sus escuderos con ellos, se metieron por sus jornadas en el de la ciudad donde a la sazón la corte estaba. Y habiendo ya caminado tres días vieron venir una doncella en un palafrén, la cual los saludó muy cortésmente, y ellos a ella. La doncella, viéndoles con tan ricas armas y disposición, y juzgando por esto la bondad que en ellos había, les dijo:

—Buenos señores, ¿es vuestro viaje, por ventura, a la corte del rey Daristeo?

—¿Por qué lo preguntáis? —dijo Grisalter.

—Por avisaros de algunas nuevas que no sabéis —dijo la doncella—, que me parecéis caballeros estraños desta tierra.

—Vos decís muy gran verdad —dijo Grisalter—, y holgaríamos de saberlas; y por esto recibiremos muy gran merced en oírlas.

—Pues sabed —dijo la doncella— que ha muy pocos días que el rey de Sicilia, llamado el rey Carnabor, siendo informado de la gran hermosura y bondad de la princesa Menandra, la envió a demandar por mujer al rey Daristeo; el cual sabiendo que el rey Carnabor es el más cruel y de más malas condiciones que hay en el mundo, estando mal con sus costumbres y gran soberbia le envió a responder por las mejores palabras que él pudo que no podía dársela, porque la princesa antes supiera matarse que venir en consentirlo. El rey Carnabor, con mucha ira de que el rey Daristeo no le quiso por yerno, hizo muy secretamente una muy grande armada, con la cual, aún no eran pasados dos meses cuando, sin que el rey Daristeo lo sintiese ni tuviese tal pensamiento, vino a desembarcar en un puerto diez leguas de la ciudad de Licaonia, donde el rey con toda su corte estaba: el cual apenas pudo hacer fortalecer la ciudad para poderse defender en ella, cuando Carnabor con toda su gente llegaron y le pusieron cerco. Y como el rey Daristeo estuviese desapercibido de gente de guerra, que no tenía más de los caballeros que con él en aquella sazón se hallaron, hale puesto el rey Carnabor en tanto estrecho, que en

dos combates que le ha dado ha estado para perderse la ciudad, porque el rey Carnabor trae consigo unos dos cormanos suyos casi de estaturas de jayanes, los cuales dicen ser los más valientes y esforzados caballeros que hay en el mundo. Y en muchos partidos que el rey Daristeo al rey Carnabor ha movido, no ha querido venir menos de que le dé a la princesa por mujer. de la cual yo he conocido que antes recibirá mil muertes. El rey Daristeo se defiende lo mejor que puede; mas poco le aprovechará, que yo creo, cuando llegáredes, que la guerra será fenecida, porque ya la ciudad no tiene defensa.

Mucho le pesó a Grisalter, y no pudo encubrirlo de manera que Olivante no se lo conociese. Y respondiendo a la doncella, le dijo:

—Buena doncella, a nosotros nos pesa de esas nuevas, porque deseamos servir al rey Daristeo, y si pudiésemos llegar a tiempo, de buena voluntad emplearíamos las vidas en su servicio si algo le aprovechase. Decidnos, ¿qué jornadas hay de aquí a la ciudad de Licaonia?

—Tres —dijo la doncella.

—Pues a Dios vais encomendada —dijo Grisalter—, que nosotros no queremos parar más, sino procurar de llegar, a ver si por ventura seremos menester.

—Dios os guíe —dijo la doncella.

Y con esto, dando con un azote al palafrén, se metió por una floresta que muy cerca de allí estaba. Olivante y Grisalter quedaron hablando en lo que la doncella les dijo, y Grisalter, pareciéndole que ya Olivante había dél entendido el secreto de su voluntad, le dijo el deseo que después que aquella princesa había visto le quedara de casarse con ella, y que todo el tiempo que no la había visto había padecido muy crueles dolores y tormentos, y mayores después que en el castillo de los Secretos de Amor habían estado, donde en Tirseida la misma figura le había tornado a ser representada.

—Mi buen señor cormano —respondió Olivante—, las nuevas que de la princesa Menandra yo he oído son tales que con mucha razón juzgo vuestros pensamientos por muy bien empleados; y este negocio no está en más de llegar nosotros a tiempo que al rey Daristeo no le haya acaecido alguna desgracia, porque, de otra manera, a todo se podrá dar remedio, que bien sé yo que el rey Daristeo, cuando vos holgásedes de que sepa vuestra voluntad, holgará de casar tan bien²³⁹ a su hija, pues no podrá hallar otra persona que tan bien le esté ni así la merezca,

Grisalter le dio las gracias por lo que decía, y con esto se comenzaron a dar mucha priesa en el camino; así que dende a tres días, sin acaecerles cosa que de contar sea, llegaron a hora de tercia a vista de la ciudad de Licaonia, la cual vieron cercada de todas partes de muchos caballeros y gente de pie que con muy grandes alaridos y voces y grande estruendo de armas la combatían con todos los ingenios que podían, procurando de entrarla. Y por los muros della estaban muy pocos caballeros y de la otra gente con varonil esfuerzo y gran ardimiento defendiéndola lo mejor que sabían; mas poco les podía aprovechar, que la gente de fuera era

²³⁹ Orig.: ‘tambien’ (207r).

mucha y los muros estaban ya por una parte caídos, que con ningunos reparos podían defender al rey Carnabor la entrada.

Olivante y Grisalter se dieron muy gran priesa en llegar, que, como los de fuera estuviesen tan embebidos en el combate, pensando que eran de los suyos los dejaron llegar cerca del muro, donde vieron al rey Carnabor que con aquellos dos cormanos suyos procuraban con hasta mil caballeros entrar por un portillo que con ciertos pertrechos habían derribado. De la parte de dentro estaba el rey Daristeo, que animosamente se defendía con algunos caballeros que con él estaban; mas Carnabor y sus dos cormanos, que Arcasán y Carfirio se llamaban, se dieron tanta priesa que, no pudiendo el rey Daristeo hacer otra cosa, se comenzó a retraer, y todos tres con hasta treinta caballeros que lo pudieron hacer se dejaron entrar por el portillo hiriendo cuantos delante de sí hallaban. Y Olivante y Grisalter, que junto con ellos estaban, entraron también con sus espadas sacadas y los escudos al cuello antes que otro ninguno los siguiese, porque los escuderos con los caballos habían quedado en el campo, que el portillo era tan pequeño que no podían caber por él sino a pie; que, como dentro se vieron, Olivante, volviéndose a Grisalter, le dijo:

—Cormano, defende el portillo que no pueda entrar acá más gente, y de los que están dentro dejadme a mí el cuidado.

—Yo lo haré así —dijo Grisalter.

Y volviéndose al portillo, algunos caballeros que por entrar tras del rey se llegaban hallaron tan gran resistencia en la espada de Grisalter, que de dos golpes, hendiendo a uno la cabeza y a otro cortando un brazo, los tendió delante de sí. Los otros, viendo dos tan descomunales golpes, se detuvieron muy espantados, porque tenían a Grisalter por caballero de los del rey Carnabor antes que aquello le vieses hacer; y juntándose un tropel de hasta veinte caballeros, procuraban con todas sus fuerzas²⁴⁰ de entrar el portillo por socorrer al rey Carnabor y a sus cormanos, que dentro estaban; mas Grisalter lo defendía como muy esforzado caballero, de manera que no le podían hacer volver un pie atrás.

El rey Carnabor y Arcasán y Carfirio, pensando que sus caballeros los seguían y que la ciudad era entrada, iban siguiendo al rey Daristeo haciendo gran matanza en la gente de la ciudad, los cuales con el mismo pensamiento y teniéndose por perdidos, se iban todos retrayendo hacia el alcázar de la ciudad. Olivante, topando a un hijo del duque de Calés, que muy buen caballero era, con otros cuatro caballeros, les dijo que fuesen ayudar a un caballero que el portillo defendía, porque, si más gente no entraba de la que entonces estaba dentro, que fácilmente el rey Carnabor sería preso. El hijo del duque de Calés lo hizo así, y con su llegada y ayuda Grisalter hizo tanto que los de fuera, desamparando la entrada del portillo, dieron lugar a que alguna gente de la común del pueblo que allí se hallaron hiciesen ciertos reparos con que lo taparon, fortificándolo lo mejor que pudieron; de manera que, dejando allí algunos caballeros que lo guardasen y gente encuna de la cerca con muy grandes piedras y otras armas para hacer arredrar a los que allí se llegaban, Grisalter y Tesanil, que así se llamaba el hijo del duque, se

²⁴⁰ Orig.: ‘fueças’ (207v).

fueron por los adarves²⁴¹ confortando las gentes y poniéndoles muy gran ánimo; que no desmayasen y resistiesen a sus enemigos, que por la parte que la ciudad se había entrado ya era remediada. Y con esto, socorriendo entrambos a las partes más flacas y donde los enemigos más prevalecían, estorbaron que por otras partes la ciudad no se entrase, poniéndose Grisalter en muy grandes peligros y haciendo tan grandes maravillas, que estaban todos los que lo miraban espantados; y los caballeros y gente de la ciudad que lo veían, esforzándose con su esfuerzo, echaron a sus enemigos, que oyendo cómo el rey Carnabor estaba dentro, procuraban de seguirle subiendo por las escalas y poniéndose encima de los muros; mas muy presto volvían abajo, hallando muy fuerte resistencia. Y a todos les parecía que Grisalter fuese algún ángel que en su ayuda era venido.

Olivante, después que envió a Tesanil en ayuda de Grisalter, siguiendo la calle por donde el rey Carnabor iba con sus cormanos, ayuntó consigo hasta diez caballeros de la ciudad, diciéndoles que le siguiesen, y en una plaza pequeña vio al rey Carnabor y a los que con él estaban haciendo tan gran matanza que la plaza tenía llena de cuerpos muertos. El rey Daristeo, aunque muy bien se defendía con algunos pocos que con él estaban, estaba ya muy malherido, tanto, que apenas se podía sostener en los pies. Olivante, por hacer cobrar ánimo a los de la ciudad, hizo a los que con él iban que con muy grandes voces comenzasen a decir:

—¡Viva el rey Daristeo y muera el soberbio rey Carnabor, el cual desta hecha²⁴² no podrá escapar de nuestras manos!

El rey Carnabor que aquellas voces oyó y hasta entonces había pensado que todos los suyos lo seguían, volviendo la cabeza fue maravillado de no ver más gente consigo, y no perdiendo por eso punto de su soberbia, mandó a Arcasán que volviese a resistir aquellos caballeros que venían. Arcasán, tomando seis caballeros de los suyos, se puso en la entrada de la plaza; mas Olivante, que delante de los suyos le vio, se fue para él, cargándose los dos de tan duros y mortales golpes, que muy presto hicieron sentir las espadas en sus carnes haciéndose todo el mal que podían, que Arcasán era muy buen caballero y estaba muy espantado de ver a Olivante los grandes golpes que daba, la destreza con que lo hería y la viveza que traía. Los diez caballeros que con Olivante venían, viendo las grandes maravillas que su caudillo hacía, en muy poco tiempo mataron cuatro de los seis caballeros, y los otros dos se fueron huyendo a donde su rey estaba; al cual hallaron que juntamente con Carfirio tenían al rey Daristeo en tan gran estrecho que ya no podía hacer resistencia ni dejar de darse a prisión no siendo socorrido. Olivante, viendo cómo Arcasán se le defendía y temiendo el peligro del rey Daristeo con su tardanza, le dio tan gran golpe por cima del yelmo, que, hendiéndole la cabeza hasta los ojos, cayó en el suelo privado de la vida; y no se detuvo allí, mas llegó donde el rey Carnabor estaba; metiéndose entre sus caballeros, y matando y hiriendo en ellos como bravo león entre las ovejas, hizo tanto que, siendo sus golpes conocidos y temidos de sus enemigos, le hacían lugar por donde pasase; así que, allegando donde el rey Daristeo estaba, le dijo:

²⁴¹ Plataforma que recorre la parte superior de la muralla.

²⁴² Acción, hecho.

—Buen rey, esforzad, que a tiempo sois de tomar venganza del daño que de vuestros enemigos habéis recibido; que sabed que dentro de la ciudad no hay más de los que delante tenéis.

El rey, no conociendo a Olivante y viendo las ricas armas que traía, se maravilló de lo que le oyó decir, y mucho más de ver los estraños golpes que daba, las maravillosas cosas que hacía, porque los caballeros del rey Carnabor, viendo que era su muerte y destrucción, no osaban atender sus golpes. El rey Carnabor y Carfirio, habiendo sabido la muerte de Arcasán y conociendo el engaño que habían recibido, porque los más de sus caballeros eran muertos y no veían otra gente alguna de los suyos, estaban como desesperados, y quisieran volver las espaldas pensando poder salir por donde habían entrado; mas su pensamiento les salió vano, porque Olivante, llegándose al rey Carnabor, le comenzó a herir de tan mortales y crueles golpes, que, haciéndole con ellos muchas llagas de que la sangre en gran abundancia se le salía, de uno que le dio sobre el yelmo le hizo sin sentido venir a tierra. Olivante, diciendo al rey Daristeo que le tomase a prisión, pasó adelante donde Carfirio con los pocos caballeros que le habían quedado, aunque vio al rey Carnabor preso, se defendía como muy esforzado caballero de la gente que con el rey Daristeo estaba, y como desesperado daba con sus grandes fuerzas tan desapoderados golpes, que no había ninguno que no matase o hiriese a quien delante hallaba. Olivante pasando delante de todos, le dijo:

—Carfirio, el rey Carnabor es preso y Arcasán muerto: bien vees la poca defensa que puedes hacer. Date a prisión, que yo te prometo de hacer al rey Daristeo que te perdone el daño que de ti ha recibido.

—Malaventurado caballero —respondió Carfirio—, más quiero recibir mil muertes en una hora que verme en prisión un día, cuanto más que aún no estoy en tal estado que no piense mataros o prenderos a todos vosotros; que la ciudad es entrada y muy presto seremos de los nuestros socorridos, y vosotros muertos y deshechos.

—Engañado vives, Carfirio —respondió Olivante—, y yo te haré presto arrepentir de no haber querido tomar mi consejo.

Diciendo esto, le dio tan poderoso golpe, que, cortándole lo poco del escudo que tenía, le hizo una muy gran llaga en el brazo, y tornándole a calar una punta de espada, le acertó por medio de la visera del yelmo en un ojo, haciéndole con el dolor revolver a una parte y a otra. Carfirio, pensando vengar su muerte, alzó la espada por descargarla sobre la cabeza de Olivante, el cual no habiendo olvidado su ligereza, viendo venir la espada con tanta fuerza, le hurtó el cuerpo y el golpe fue en vacío, haciéndose la espada en una piedras que acertó pedazos. Olivante, dándole en descubierto en un muslo, le cortó las armas y la meitad, y no se pudiendo Carfirio sostener sobre la pierna, cayó en el suelo, donde de la gente común que allí estaba fue en un punto muerto y deshecho en pedazos.

Los otros caballeros todos se dieron a prisión. Y Olivante se volvió a donde el rey Daristeo muy malherido estaba y le rogó que se fuese a la fortaleza llevando consigo al rey Carnabor, que ya en su sentido había vuelto, y que curase de sus llagas y dejase a él el cargo de la ciudad, que él pondría cobro en ello. El rey Daristeo lo hizo, enviando toda la gente que con él estaba que fuesen con Olivante

y hiciesen su mandado; el cual mandó llevar los cuerpos de Arcasán y Carfirio y que de los muros abajo los echasen entre la gente de fuera, los cuales siendo conocidos y teniendo todo el real²⁴³ en ellos y en sus grandes fuerzas toda su esperanza, así desmayaron que, viéndose sin caudillos que los rigiese, dejando el combate se retiraron a las tiendas. Grisalter, que en todo el día había parado trabajando en la defensa de la ciudad, topando con Olivante, los dos se abrazaron como si hubiera mucho tiempo que no se hubieran visto, y viendo a los enemigos retirados, hicieron poner sus guardas en los muros y mandaron ir a curar los heridos, renovando la gente y haciendo poner guardas donde más les pareció ser menester. Y después de todo muy bien ordenado, ya que comenzaba a anochecer, los dos, acompañados de muchos capitanes y otras gentes que muy gran deseo llevaban de conocerlos, se fueron al palacio donde el rey Daristeo, echado en un lecho y los maestros curando sus llagas, con mucho deseo de ver y conocer a los caballeros que tan gran socorro le habían hecho estaba.

CAPÍTULO III-V CÓMO POR MEDIO DE OLIVANTE EL REY DARISTEO Y EL REY CARNABOR SE CONCERTARON Y EL REY CARNABOR FUE SUELTO DE LA PRISIÓN

A Sí como Olivante y Grisalter hubieron dejado en la ciudad toda la guarda que les pareció ser menester, haciendo enterrar los que en el combate habían muerto se fueron al palacio donde el rey Daristeo estaba, al cual hallaron curándose de sus llagas, que muchas tenía, aunque no muy peligrosas; que como el rey los vio entrar, pareciéndole en la gran hermosura que consigo traían non ser menor que en la bondad que en Olivante había visto y de Grisalter de Suecia había oído, estaba como atónito maravillado, y decía entre sí que aquéllos no podían ser sino criaturas celestiales que en tiempo de tanta necesidad le habían socorrido.

Los dos se llegaron delante del lecho del rey pidiéndole las manos para besárselas; mas él lo mejor que pudo se levantó, y abrazándolos consigo, les dijo:

—Mis buenos señores, no creo yo que falte en vosotros, allende del gran merecimiento de vuestras personas, el del estado para no hacer lo que conmigo hacéis; cuanto más que sin esto me siento yo deudor por tan gran beneficio para pedirlos las vuestras y besároslas. Y por que yo no yerre en lo que hiciere, os suplico me digáis quién sois, para saber de mano de quién he hoy recebido así el reino como la vida, que por perdida tenía.

—Poderoso rey —dijo Olivante—, del poco servicio que a vuestra grandeza hemos hecho no nos son debidas gracias, porque, forzados de la obligación que tenemos a no consentir que a nadie se haga agravio, estábamos obligados a

²⁴³ Hueste, ejército. En otras ocasiones, campamento.

serviros, pues que el rey Carnabor tan notorio os lo hacía. La voluntad os sé decir que ha sido muy grande para ofrecernos a este peligro y a otros que muy mayores fueran donde pensáramos que vos recibíades servicio. Y por cumplir en todo vuestro mandamiento, os hago saber que este caballero es aquel valeroso príncipe Grisalter de Suecia, hijo del soberano rey Clarinter, y a mí me llaman Olivante de Laura y soy hijo del rey Aureliano de Macedonia.

—¡Santa María! —dijo el rey—. Sabiendo antes quién érades, en poco tuviera lo ¡micho que habéis hecho, pues que tenía en mi favor la flor de la caballería del mundo. Por cierto, señor Olivante, agora habéis hecho para conmigo muy verdadera la fama que de vuestras grandes hazañas por todo el mundo está publicado, y no menos la deste esforzado príncipe, que, después que estoy en este lecho, estos caballeros me han contado cómo, quedando él en el portillo y defendiendo solo lo que todos los de la ciudad no pudimos hacer, vos venistes a quitarme a mí de la muerte que, si más os tardáades, tan aparejada me estaba.

Diciendo esto, el rey Daristeo los tornó a abrazar de nuevo, mostrando tan grande alegría, que con ella las lágrimas se le caían de sus ojos en abundancia. Todos aquellos caballeros que allí estaban llegaron a hablar a los dos príncipes, y el duque de Calés y su hijo Tesanil, después que les hubieron hablado, por mandado del rey se fueron a rondar la ciudad y proveer en lo que fuese necesario, porque en los tales tiempos haría mucho daño el descuido.

La princesa Menandra, estando con sus doncellas, porque muchos días había que la reina su madre era muerta, todo aquel día había estado delante de una muy devota imagen de Nuestra Señora suplicándole no permitiese que ella viniese en poder de rey Carnabor, porque estaba con determinación, si así fuese, de darse luego la muerte; y habiendo sabido las buenas nuevas y cómo el rey Carnabor era preso, con tanta alegría como si en aquella hora de muerte a vida resucitara, tenía muy gran deseo de saber quién eran los dos caballeros de quien ella y el rey tan gran beneficio habían recibido. Y como le dijese que ya estaban con el rey Daristeo, sin más detenerse, aderezándose muy bien con todas sus doncellas, diciendo que iba a ver al rey su padre entró en la cámara donde estaban; que, como Grisalter de Suecia la vio con una hermosura angélica, juzgándola cosa²⁴⁴ celestial, falleciéndole los sentidos y perdiendo la color, no se podía, de turbado, sostener en sus pies; mas, como ninguno supiese sus pensamientos, no miraron en ello si no fue Olivante, el cual conociendo su turbación, por que en tanto tuviese lugar de perderla, muy maravillado de la gran hermosura de la princesa, hincando las rodillas ante ella le pidió las manos para besárselas.

—Amada hija —dijo el rey Daristeo—, mirad que no erréis por desconocimiento, porque ante vos tenéis aquel famoso príncipe Olivante de Laura, cuya virtud y fortaleza tiene el mundo lleno de su fama, y también al príncipe Grisalter de Suecia, que no en menos grado sus grandes caballerías y estremadas hazañas son tenidas; procurad de agradecerles el reino y la vida que a vos y a mí en este día nos han dado, haciendo con solas sus personas lo que diez mil caballeros no fueran bastantes.

²⁴⁴ Orig.: 'juzgandola con la' (209v).

—Soberana señora —dijo Olivante—, si alguna cosa la vuestra merced está obligada a tomarnos en cuenta de lo que hemos hecho, es sólo el deseo que este caballero y yo tenemos de serviros, porque lo demás a nosotros mismos lo estábamos obligados, como lo son todos los caballeros, de no consentir ningún agravio ni fuerza que a nadie se haga; y como no pueda ser mayor que forzar a cualquiera persona su voluntad haciéndole hacer lo que contra ella quiere, vuestra justicia ha hecho lo que nosotros sin ella fuera imposible hacer.

Grisalter estaba ya hincadas las rodillas asimismo ante la princesa; la cual tomándolos a entrambos por las manos, los hizo levantar diciendo:

—Mis buenos señores, tan poca honra creo yo que ganaría en la batalla de las palabras como el rey Carnabor lo ha hecho en la de las armas, y, por tanto, pues todo el mundo conoce la obligación en que el rey mi señor y yo quedamos de agradecer lo que por nosotros habéis hecho, no quiero deciros más de que, cuando sea menester, ni hallaréis en mí desconocimiento ni ingratitud de tan señalada merced.

—Esa basta, soberana señora —dijo Grisalter—, no solamente para quedar pagados del poco servicio que de nosotros habéis recibido, mas para obligarnos a procurar siempre de emplearnos en lo mismo, sin cansar jamás de serviros hasta la muerte.

Y acabando de decir esto, forzado de la fuerza del desasosiego que el atribulado corazón le daba, sin sentirlo dio un muy gran suspiro, con el cual parecía acabársele la vida, quedando tan sin color en su hermoso rostro, que no pudo encubrirse de todos los que lo miraban, los cuales lo juzgaron con diferentes pareceres, aunque al rey Daristeo no le pesó dello, porque pensó lo que podía ser. La princesa que claramente conoció la voluntad del príncipe, porque en la corte del emperador Arquelao, como ya se ha contado, estando muy pagada dél lo había recibido por su caballero, con mucha disimulación se llegó a la cama donde el rey estaba, preguntándole por su salud. Y comenzando todos a hablar en muchas cosas, estuvieron allí en tanto que los lechos de Olivante y Grisalter se aderezasen, los cuales mandó el rey Daristeo que fuesen dentro en su cuadra.

Y viniendo la hora del cenar y las tablas puestas, Olivante preguntó qué habían hecho del rey Carnabor; y el rey Daristeo le dijo que en una torre lo tenía con alguna gente que lo guardaba. Olivante lo quiso ver luego, y sin consentir que otra persona ninguna fuese con él, se subió a la torre donde estaba, y en entrando en una cuadra, lo halló que estaba aún armado de todas armas, si no era la espada y el escudo, y sentado sobre una muy rica cama que allí le aparejaron. Olivante le saludó muy cortésmente, y el rey conociendo en las armas que aquél era el caballero que lo había vencido y preso, sin responderle palabra lo estaba mirando. Olivante le dijo:

—Poderoso rey, aquellos que tienen el ánimo y corazón que tú tienes para usar las cosas que contra razón y justicia son juzgadas, con razón, de todas las gentes, no deben maravillarse que les suceda contra el deseo de su voluntad aquello que más querrían poner en ejecución; porque, como Dios sea tan justo juez, no quiere permitir que su poderío deje de ser conocido, quebrando la soberbia en los que por

sí mismos piensan ser poderosos de hacer lo que por sus mandamientos y ley nos²⁴⁵ está vedado, como en ti y en tu ventura notoriamente se ha parecido, pues que, cuando más vencedor pensabas ser, teniendo al rey Daristeo como yo lo hallé, fuimos poderosos dos caballeros sólo, el uno de defender la entrada a todo tu ejército por el portillo que tú habías entrado, y el otro, que soy yo, habiendo muerto a tus dos cormanos Arcasán y Carfirio, que tan nombrados caballeros eran, bastase después ponerte a ti en la prisión en que estás; lo cual no es de pensar que nosotros lo hiciésemos por nuestra sola virtud ni fuerzas, sino porque la justicia de Dios se muestra en semejantes casos, dando a entender a las gentes cuán poco les basta su poderío ni soberbia sin ser ayudados de su favor. Tú eres un rey poderoso, así en señorío como en fortaleza de tu persona, a quien no faltarán muchas mujeres hijas de poderosos reyes que tendrán en mucho ser ayuntadas contigo en matrimonio. Si la princesa Menandra no tiene voluntad de ser tu mujer y el rey Daristeo te la ha negado, debes pensar que alguna cosa debe haber en medio, y dejándolos con su libertad, buscar tú con tu merecimiento y buenas obras donde, siendo querido y amado, hallases mujer que, agradándote ella a ti, pudieses tú también contentarla para vivir con contentamiento, el cual en ninguna manera se puede tener ni se ha visto jamás en las personas que contra su voluntad son casadas; y aunque de tu parte lo hubiese, no lo habiendo en la mujer que tuvieses, vendrías a perder el tuyo para arrepentirte de lo que hubieses hecho, de manera que sin poder escusarlo tendrías la penitencia de tu pecado viviendo continuamente con desasosiego. Así, poderoso rey, que, consideradas todas estas cosas, ten sufrimiento en tus adversidades y vence con paciencia a la fortuna que en tal estado te ha puesto, y dejando la empresa que has comenzado, así como hasta agora te he sido enemigo me tendrás de aquí adelante por tuyo para servirte de mí, no solamente en procurar tu libertad, mas para todo lo que más en tu servicio yo siempre pueda hacer.

Grande era la soberbia del rey Carnabor, mas viendo cuán al contrario de sus pensamientos le había sucedido su deseo y las discretas y sabrosas razones de Olivante, su corazón se movió con el conocimiento a ser otro de lo que antes era; y habiendo estado muy atento mirando la gran hermosura de Olivante y el sosiego con que le hablaba, le respondió:

—Caballero tan poderoso en la discreción de tus palabras como en la fuerza de tus poderosos brazos, si quieres que te responda, justo es que primero me digas quién eres, porque cumplirás el deseo que tengo de saber de quién he sido vencido; y tampoco, tratándome en tus razones con tan buen comedimiento, es justo que falte en mí para tratarte conforme a lo que por tu estado merecieres, que en el valor de tu persona juzgado te tengo ya sin igual en el mundo.

—Soberano príncipe —respondió Olivante—, por mi nombre creo que poca noticia tendrás de mí; mas, por cumplir tu mandado, sabe que a mí me llaman Olivante de Laura, soy hijo del rey de Macedonia, y el compañero que conmigo viene es el príncipe Grisalter, hijo del rey de Suecia.

El rey, levantándose en pie, le dijo;

²⁴⁵ Orig.: 'no' (210r).

—Esclarecido príncipe, perdóname el desacato que para contigo he tenido, porque todos los reyes y señores del muerdo por sólo el merecimiento de tu persona te lo deben; mas mi ignorancia me quita parte de la culpa que tengo. Agora no pienso que la fortuna me haya hecho agravio, ni lo recibo de verme vencido, pues que lo soy de quien todo el mundo debe serlo; antes me parece haber ganado en el perder la victoria, pues que a mi soberbia y poca justicia me la negaba. Tu prisionero soy, y no me venciste tanto con las armas cuanto yo estaba vencido de la fama de tus grandes hazañas y virtud, la cual agora en esta visitación sin yo merecértela confirmaste; y no pienses que el temor de verme así, sin libertad, me hace decir esto, porque no tengo tan flaco corazón que bastase a saber resistir mayores adversidades; mas, después que aquí estoy, he considerado cuánto puede la razón, cómo muestra Dios su justicia y cuán poco provecho trae la soberbia, con la cual yo he sido confundido, teniéndolo por imposible hasta haberlo visto. Yo soy tuyo, y así como de mi persona puedes hacer a tu voluntad, lo podrás hacer de mi reino y de todo lo que más tuviere. Si la princesa no me quiere, tampoco yo, como no puedo, no quiero más enojarla; y si alguna satisfacción basta para el daño y enojo que el rey Daristeo y ella de mí han recebido, yo la haré como les pareciere. En tus manos lo pongo, y te suplico que mires por mis cosas, como yo haré de aquí adelante por las de tu servicio.

Maravillado fue Olivante de ver las buenas razones del rey Carnabor y hallarle tan mudado de la soberbia que dél había oído siempre publicar, y respondiéndole muy amorosamente, le dijo que enviase luego a mandar que sus gentes que en el campo estaban se partiesen otro día y que solamente quedasen sus servidores con una nao, y que de lo demás le dejase el cuidado, porque en todo se daría luego asiento como él no perdiese ninguna cosa; que solamente le hacía saber que de la princesa podía perder la esperanza, porque había ciertas cosas en medio por donde no se podía cumplir su deseo. El rey respondió que no recibía pena dello, y que en lo demás le suplicaba que entendiese, que él cumpliría luego su mandado de hacer partir sus gentes que en el campo estaban.

Olivante se tomó a bajar donde el rey Daristeo y Grisalter estaban, que la princesa era ya ida a su aposento, a los cuales contó todo lo que con el rey Carnabor había pasado, y holgaron mucho de oír su buen propósito. Y luego vinieron maestros que curaron a Olivante y a Grisalter algunas heridas pequeñas que tenían, y después cenaron muy a su sabor, haciendo proveer y servir al rey Carnabor tan cumplidamente como si en su casa estuviera; y aderezando un aposento cerca del del rey Daristeo, lo bajaron de la torre, lo cual se hizo todo a ruego de Olivante, por haber hallado en él mejor manera y razón de la que había pensado. El rey Carnabor antes que se acostase, fiándose en la palabra de Olivante, con dos caballeros de su ejército que presos en la ciudad estaban escribió a todos los capitanes diciéndoles que luego se fuesen a meter en las naos, porque él estaba ya acordado con el rey Daristeo. Lo cual se hizo luego aquella noche, holgándose todos sus súbditos dello, porque a todos les pesaba de venir en aquella guerra, teniéndola por injusta.

CAPÍTULO III-VI

CÓMO LA PRINCESA MENANDRA FUE DESPOSADA CON EL PRÍNCIPE GRISALTER DE SUECIA

OTRO día por la mañana todo el real del rey Carnabor amaneció desembarazado, de que las gentes de la ciudad se alegraron infinito. Y Olivante y Grisalter levantándose, porque no tenían heridas que les forzase a estar en los lechos, fueron a visitar al rey Carnabor, al cual hallaron que se quería levantar; mas no se lo consintieron, porque, según las heridas que tenía, podría recibir daño. Allí estuvieron hablando en muchas cosas, conociendo siempre del rey Carnabor que deseaba su amistad, y ellos se la ofrecieron muy enteramente. Y saliéndose de allí, Olivante dijo a Grisalter de Suecia que lo que tenía pensado era de hablar al rey Daristeo para concertar los casamientos de entre él y la princesa Menandra, porque pensaba que el rey lo tendría por bueno y la princesa no tenía razón por que rehusarlo. Grisalter con las mejores razones que pudo le agradeció la voluntad y cuidado que mostraba tener de sus cosas, y que todo lo que él hiciese²⁴⁶ y ordenase lo tendría por muy grande merced.

Y estando en esto llegaron sus escuderos, que en el campo habían quedado, con que holgaron mucho, porque no habían sabido dellos. Y después que hubieron comido, saliéndose Grisalter y quedando solos Olivante y el rey Daristeo, Olivante le dijo:

—Soberano señor, no atribuya vuestra grandeza lo que dijere sino al deseo que tengo de serviros, el cual me ha movido a pensar lo que mejor se podrá hacer para vuestra quietud y sosiego de vuestros reinos, viendo que, como el rey Carnabor tuvo atrevimiento de ponerlos en el estrecho en que habéis estado, así podría suceder que os viésedes otras muchas veces en semejante fatiga; porque, como la fama de la bondad y hermosura de la princesa Menandra esté tan publicada por el mundo, ni me espantaré ni pondré culpa a los que en semejantes peligros quisieren aventurar sus personas y estados por haber tan gran galardón, que por ventura pocos iguales se podrían hallar en el mundo. Así que, para quitarse vuestra majestad destos inconvenientes, el mejor remedio que me parece sería darle marido, por que los que lo supiesen perdiesen la esperanza, y con ella el atrevimiento para osar enojarnos ni ofenderos de aquí adelante. Y teniendo esta voluntad, yo he pensado que ninguno en el mundo así le conviene como este bienaventurado príncipe Grisalter de Suecia, del cual no podéis negar el beneficio recibido, que, no bastando todos vuestros caballeros, bastó él solo a defender la entrada desta ciudad de tan grande y poderoso ejército. El valor de su persona, la fama de sus hazañas la publica; que sea hijo de un poderoso rey, todo el mundo lo sabe; y sabiendo yo vuestra voluntad, muy presto podría efetuarse una cosa que tan bien a él como a vos os está, con la cual asosegando vuestro reino y pagando lo que le sois obligado, la princesa no pierde, cobrando por marido uno de los más valerosos y esforzados caballeros del mundo y heredero de un tan gran reino como es el de Suecia.

²⁴⁶ Orig.: ‘hizisse’ (211r).

El rey Daristeo, que muy atento estuvo a lo que Olivante le dijo, le responde:

—Esclarecido príncipe, no quiero ponerme en daros las gracias que merecéis del cuidado que tenéis en hacerme esta merced, pues ofrecerme a mí con todo mi estado, siendo más verdaderamente vuestro, sería muy poco para lo mucho que por esto solo yo quedo deudor. Y pues que en esto así yo como la princesa somos los que ganarnos, no es menester pensarlo yo ni demandarle su parecer, mas de dejarlo en vuestras manos, suplicándoos que de todo hagáis como más fuéredes servido y mejor os pareciere.

—Con esa merced —dijo Olivante— yo voy bien pagado de mi deseo de serviros. Y pues que es así, vuestra majestad hable a la princesa, que yo voy a hablarlo al príncipe Grisalter.

Y con esto saliendo fuera, lo halló que en una huerta atendiéndolo estaba, y diciéndole lo que tenía concertado, no se podría decir la alegría de Grisalter, que jamás había sentido tan gran contento, y por cierto con mucha razón, porque la princesa era una de las más acabadas, así en hermosura como en bondad, de todas las doncellas del mundo. El rey asimismo hablo a la princesa, la cual viendo la voluntad de su padre y que con ninguna persona podía estar mejor casada, le respondió que ella no pensaba de contradecir lo que él ordenase y quisiese mandarle. Y con esto, pasando en medio muchas cosas que por causa de la prolijidad dejan de escribirse, la princesa y el príncipe Grisalter con muy gran solemnidad fueron desposados, comenzándose por ello a hacer, no solamente en aquella ciudad, mas en todo el reino, muy grandes fiestas y regocijos, teniendo todos muy gran alegría y contento de pensar que, después de los días del rey Daristeo, tendrían por señor un tan buen caballero como Grisalter de Suecia era.

El rey con el placer que sentía, fue luego guarido de sus llagas y se comenzó a levantar. Grisalter de Suecia envió al rey Clarinter haciéndole saber cómo él se había desposado sin haberle mandado a demandar licencia para ello porque, habiendo sido tan bien, tenía por cierto que su alteza holgaría dello y lo tendría por bueno. Y habiendo despachado un muy buen caballero del reino que fuese con esta embajada, por consejo de Olivante y consentimiento del rey, a quien con mucha instancia y humildad lo había suplicado, se fue al aposento del rey Carnabor, que de ver el casamiento de la princesa estaba suspenso, y no pudo tanto vencerse a sí mismo que dejase de pesarle en gran manera; mas aquella adversidad en que estaba le había así dado a conocer los casos de la fortuna, que, mudado de su propia condición, estaba ya otro hombre de lo que solía, viendo cuán poco aprovechaba la soberbia y confianza que los hombres de sí mismos tienen. Y queriendo usar de la virtud que en su corazón nuevamente se había engendrado, sin tener ninguna mala voluntad a Grisalter, conociendo cuánto más obligados están los hombres a sí mismos que a otras personas, lo recibió con muy alegre semblante, habiéndose comenzado a levantar aquel día del lecho, porque ya muy mejor se sentía de sus llagas, y los dos se saludaron muy cortésmente. Y después que Grisalter le hubo demandado de su salud y cómo se sentía, le comenzó a decir:

—Si las adversidades, poderoso señor, y desastrado caso que la fortuna contigo ha mostrado acaecieran en un corazón no tan fuerte y en un ánimo menos discreto para saber y poderlas sufrir, no me maravillara que con el descontento se venciera

la paciencia para poder resistirlas y que, venciendo la tristeza, faltara la templanza, mostrando el sentimiento conforme a la pérdida que se hubiera hecho fuera de la voluntad y deseo; mas, como todas estas cosas hayan venido y acaecido en un invencible esfuerzo o y tan sobrada discreción como la tuya parece, no creo que serán menester razones de consuelo, porque ningunas se podrían decir que tú contigo mismo no las hayas mejor considerado; así que más sería perder el tiempo que podrá hacer provecho. Mas con todo esto, no puedo dejar de decirte que aquello que en el juicio divino está ya ordenado los mortales no somos poderosos a estorbarlo: la princesa Menandra nació para ser mi esposa y yo fui criado para ser su esposo, y esto solo fue lo que pudo estorbar el efecto de tu deseo, y que si no mediara la permisión divina, en la cual ya esto estaba determinarlo, ni una ciudad tan mal proveída como ésta bastara tantos días a resistir tan poderoso ejército como el tuyo ni, después de haber tú conseguido la victoria y estando al fin della, bastáramos dos solos caballeros a quitarla tan fácilmente de las tus manos, siendo muertos dos tan valientes y esforzados caballeros como eran tus cormanos Arcasain y Carfirio, y más aun, perdiendo tu libertad, verte prisionero como hasta agora has sido. Todo esto, esclarecido príncipe, te ayudará a tener paciencia de lo pasado; que en lo por venir, fuera desto, no tendrás de qué tener queja de ninguno de nosotros, porque restituyéndote en tu libertad, como desde agora con consentimiento del rey Daristeo y del príncipe Olivante lo hago, con la cual podrás libremente usar de tu voluntad, queriéndonos por amigos nos hallarás muy verdaderos, porque, conociendo las fuerzas del amor y lo que puede, no quiero ponerte culpa ninguna de lo que hasta agora has hecho, pues que estando la princesa libre parecía poner espuelas a tu atrevimiento. Huelga y descansa, poderoso rey, y ten cuidado de tu salud, con la cual hallarás mujer conforme a tu merecimiento, que es muy grande. Y en tu estada o partida, cuando quisieres podrás determinarte, sin que halles estorbo ni contradicción a tu querer, el cual puedes poner en efecto cuando más te pluguiere.

Como ya el rey Carnabor estuviese tan determinado de mudar su condición viendo lo que las obras de virtud podían y valían más que las de soberbia, estas razones de Grisalter se la confirmaron, pareciéndole que tan gran liberalidad y grandeza de corazón con ninguna cosa era bastante a pagarse. Y habiendo un poco callado, así le responde:

—Soberano príncipe, querer responder a la merced que me hacéis con pensar de dar las gracias que merece, faltarme hían las palabras, porque no las hay para poderla engrandecer como ella de suyo lo está, quedando la gloria con quien la hace, de que ninguna mayor a mí se me puede hacer ni yo la puedo recibir. Bien conozco que, pues la princesa Menandra es ya tu esposa, como de aquel que mejor en el mundo la merece, que querer yo porfiar en el deseo sería locura que me podría traer a desesperación. Y porque el sosiego que mi corazón tiene de no haber procedido el amor de más de la imaginación podría acrecentarse con la vista de los ojos para no poder ser tan verdadero servidor tuyo como tengo determinado, quiero aceptar la merced que me haces de mi libertad para que, huyendo los inconvenientes, pueda mayor tenerla de aquí adelante, juntamente con la

obligación de tan gran beneficio. Y por esto, con tu licencia, quiero poner en obra mi partida, y luego, si dello, serenísimo príncipe, fueres contento.

Grisalter le respondió que cuando quisiese podría hacerlo. Y con esto, yendo el rey Carnabor a hablar a Olivante y al rey Daristeo, con los cuales pasó muchas razones de ofrecimientos y confirmación de amistad, armado de todas sus armas y acompañándole Olivante y Grisalter bien seis millas de la ciudad, le dejaron ir la vía del puerto, donde su armada esperándole estaba, y ellos se volvieron para el rey Daristeo. Y así en la ciudad como en todo el reino se hicieron muy grandes fiestas y alegrías que duraron más de un mes, el cual tiempo Olivante estuvo allí por amor de su cormano, que gran deseo tenía de volverse a Constantinopla, como lo había prometido al Emperador; y hablando con Grisalter, no quería en ninguna manera dejar de ir con él, mas Olivante no lo consintió, pareciéndole no ser justo que tan presto dejase a la princesa. Y despidiéndose del rey Daristeo y de la princesa y del príncipe Grisalter, se salió con sólo su escudero Leristes de la ciudad de Licaonia con determinación de ir por tierra lo más que pudiese, porque se hallaba muy fatigado en la mar, y también por ver muchas maravillas y estrañas aventuras que por los reinos donde había de pasar le decían que había.

CAPÍTULO III-VII

CÓMO OLIVANTE DE LAURA, LLAMÁNDOSE EL CABALLERO DE LA LUNA, LLEGÓ A LA CIUDAD DE BABILONIA, Y DE LA ETRAÑA AVENTURA QUE EN EL CAMINO HALLÓ

DESPUÉS que el esclarecido príncipe Olivante de Laura se despidió del rey Daristeo y de la princesa Menandra, dejando muy triste al príncipe Grisalter por no lo llevar en su compañía, con sólo su escudero Leristes caminó tanto por sus jornadas, que salió del reino de la Pequeña Bretaña y, metiéndose en la Alta Alemaña, en pocos días fueron así conocidas sus obras y publicadas sus grandes hazañas, que su fama en poco tiempo así se divulgó por todas aquellas partes, que de otra cosa sino de las maravillas del Caballero de la Luna no se hablaba. Y esto era porque Olivante había hecho hacer unas armas pardillas sembradas todas de unas estrellas de oro, y en el escudo, en campo azul, asimismo muchas estrellas y una luna en medio dellas con una letra al derredor que decía: «En el cielo hay una luna y en el mundo sólo una».

Muchas aventuras le acaecieron en este tiempo que la historia no hace mención, las cuales se dejan de decir por evitar prolijidad, más de que, habiéndose detenido en aquella tierra por tiempo de tres meses deshaciendo muchos agravios y tuertos a personas que a él se encomendaban, pasó también por el reino de Hungría y Bohemia. Y teniendo voluntad de embarcarse para pasar en Constantinopla, por no se detener yendo por tierra en aventuras que le podrían suceder, hizo a Leristes que, en un puerto de mar, que fletase un barco, y metidos en él, caminaron seis

días con muy próspero tiempo; y estando ya cerca de la ciudad de Constantinopla, el viento se les volvió, y fue con tanta tempestad y tormenta que, no pudiendo gobernar el barco como quisieran, anduvieron otros cuatro días discurriendo a unas partes y a otras, en fin de los cuales tornando la bonanza en la mar, Olivante preguntó a los marineros si sabían dónde estaban y de qué tierra estuviesen más cerca. El uno de los marineros le dijo:

—Señor Caballero de la Luna, la tierra de que más cerca estamos es la del Soldán de Babilonia, que mañana a estas horas podríamos estar en ella; y de allí a aquella tan grande y nombrada ciudad hay tres jornadas. Mas Dios nos ha hecho mucha merced en haber cesado esta tempestad, porque no pudiéramos dejar de dar con el barco en aquella playa, donde pasáramos muy gran peligro de ser todos muertos o captivos.

Olivante oyendo lo que el marinero le dijo, estuvo gran pieza pensando entre sí la fama que de aquella tan insigne ciudad sonaba en todo el mundo y las cosas maravillosas que de allá se decían. Tomole muy gran voluntad de verla, si el peligro en que se ponía no le pusiera estorbo en el efeto de su deseo; mas al fin, confiando en la lengua, que muy bien sabía hablarla, porque en la isla de Laura la había aprendido, pospuesto todo temor, se determinó de no volver en Constantinopla sin verla en ninguna manera. Y con esta determinación mandó a todos marineros que guiasen el barco hacia aquella parte y que no llevasen temor ninguno, porque él sabría darse tan buena maña que podrían salir de allí sin peligro.

Leristes y los marineros fueron muy espantados cuando tal determinación conocieron, y por ninguna vía los marineros querían hacer su mandado; mas Olivante hizo tanto, rogándoselo algunas veces y otras con amenazas, que los marineros, atemorizados, cumplieron su deseo. Y volviendo las velas, otro día por la mañana se vieron cerca de tierra y llegaron el barco cabe una espesa floresta donde, entre unas grandes peñas, Olivante, haciendo sacar su caballo y el palafrén de Leristes y pagando a los marineros muy a su contento, les dijo que procurasen de volverse en salvo, y que si alguna desgracia les acaeciese, cuando a su noticia viniese, aunque a él le costase la vida, les procuraría el remedio. Y dicho esto se metió por un sendero que halló que iba hacia la floresta, y caminando por ella, el mayor cuidado que llevaba era ver que Leristes podría ser conocido por cristiano, por no saber hablar como en aquella tierra y porque las ropas que llevaba lo manifestaban, y avísale que dijese ser su captivo y que había muy pocos días que de unos mercaderes del reino de Samaria lo había comprado. Leristes dijo que así lo haría, yendo con no poco temor del peligro que llevaban.

Y después que hubieron andado cuanto seis millas por la floresta, la cual era muy espesa de árboles y muy abundosa de muchas flores y rosas, ya cerca del mediodía, como la calor hacía muy grande y topasen con un arroyo de muy clara y dulce agua que de entre una muy gran espesura de laureles salía, se fueron por él arriba, y no anduvieron mucho cuando en un valle que allí se hacía vieron un campo grande desembarazado de los árboles, y en medio dél una fuente cercada de seis palmas muy altas y labrada de muy sotiles edificios, y cabe ella estaban tres caballeros armados de todas armas si no eran los yelmos, que quitados tenían. Los

dos dellos eran mancebos y bien apuestos, y el uno tan viejo que todos los cabellos y barbas tenía blancos como la nieve. Con ellos estaban doce escuderos con hachas encendidas en las manos, todos enlutados, y de la otra parte estaban unas andas muy grandes en el suelo puestas, todas cubiertas de luto, y a ellas arrimada una dueña, al parecer asaz hermosa, toda cubierta de luto; el semblante tenía muy triste y la una mano puesta en la mejilla, dejando caer de sus ojos grande abundancia de lágrimas. Cabe ella estaban seis doncellas de la misma manera; que como Olivante llegó, juntándose los caballeros y escuderos, pusieron las andas sobre cuatro caballos que las llevaban, y subiendo ellos en los suyos y la dueña y doncellas en sus palafrenes, llevando las andas en medio de sí, los escuderos con las hachas ardiendo iban los tres delante dellas, y los tres atrás y los otros seis a los lados, y así comenzaron a caminar por la floresta adelante.

Olivante que todo lo había visto, deseaba saber el fin de aquella aventura, y aunque por su voluntad él quisiera luego caminar con ellos, a ruego de Leristes se detuvo un poco, y quitando los frenos a los caballos, ellos comieron de lo que traían, y después que se hubieron refrescado en la fuente tornaron a tomar el camino por donde vieron que las andas habían ido. Y no anduvieron mucho trecho cuando a la salida de la floresta los alcanzaron, y por el camino que llevaban atravesaba un caballero que, llegándose a las andas, pareció estar hablando con los tres caballeros, lo que, por estar algo lejos, no pudo oír Olivante. Y apartándose el uno de los caballeros con él un trecho, dejaron volver contra sí los caballos llevando las lanzas debajo de los brazos; se dan tan grandes encuentros, que el caballero quebró su lanza, mas el de los tres le encontró con tan poderosa fuerza que le hizo muy maltrecho venir al suelo; y dejándolo así, pasaron adelante.

Olivante llegó donde el caballero caído estaba, y trayéndole el caballo, que suelto andaba, le preguntó la causa de la batalla. El caballero le dijo que por saber lo que en las andas iba lo había hecho, mas caro le había costado. Olivante tuvo entonces mayor voluntad de saberlo, por ver cómo los caballeros lo encubrían, y encomendando a Dios al caballero, se dio tanta prisa que alcanzó los tres caballeros; y allegando a ellos, los saludó cortésmente, y ellos hicieron lo mismo. Olivante, llegándose al caballero viejo, le preguntó que a dónde hacían su camino, y el caballero le respondió que en la ciudad de Babilonia.

—¿Podríamos saber la causa desta aventura? —dijo Olivante—, pues que la manera della pone este deseo a los que la veen.

—Estos caballeros os lo dirán —dijo el caballero viejo— si ellos quisieren, porque sin su licencia yo no podré hacerlo.

Olivante, volviéndose a ellos, les dijo:

—Buenos señores, por cortesía que me digáis lo que va en aquellas andas y la causa por que vais así, que si de mí para ello en algo quisiéredes serviros, no me faltará para hacerlo toda voluntad.

El uno de los dos caballeros, con una brava catadura volvió a Olivante los ojos diciendo:

—Vos teméis tan poca necesidad de saberlo cuanto pocas fuerzas para remediarlo; y pues que así es, lo mejor será seguir vuestro camino.

—Buen caballero —respondió Olivante—, mis fuerzas son muy pocas, mas la voluntad sería mucha; y en preguntarlo yo no os he hecho agravio, pues que vos tenéis libertad para no decirlo.

El otro caballero, muy airado destas razones, le dijo:

—Caballero, lo que en estas andas va ninguno puede saberlo sino por fuerza; y porque vos no seréis bastante a hacérnosla, os aconsejo que no gastéis el tiempo en razones. Y si otra cosa quisiéredes, haced a vuestra ventura, porque en ella hallaréis la desventura de la muerte que yo creo que vos andáis buscando.

Olivante, muy airado destas razones y conociendo éstos ser infieles, con quien no se requería la templanza que en otras partes, se fue hacia las andas diciendo:

—Pues que en mi libertad lo dejáis, yo quiero probar a saber este secreto juntamente con el de vuestras grandes fuerzas, pues que hacer otra cosa sería juzgado que con temor lo dejaba.

El caballero que así le vio ir, enlazó su yelmo y tomó su lanza y escudo; mas por presto que lo hizo, Olivante había alzado el paño de las andas, en las cuales vio un cuerpo muerto lleno de muchas y muy grandes heridas. Y dejándolo caer, como viese venir el caballero contra él, se aderezó para la batalla. El caballero con muy gran enojo de lo que había hecho, le dijo:

—Malaventurada y cevil²⁴⁷ criatura, con no menos que la vida pagarás tu loco atrevimiento, pues que tuviste osadía de hacer lo que ningún caballero fuera poderoso; por tanto, defiéndete de mí lo que pudieres.

Olivante sin responderle se dejó venir contra él, y en medio de la carrera se dieron tan poderosos encuentros que el caballero quebró su lanza, haciéndola muchos pedazos; mas Olivante le encontró con tan poderosa fuerza que, falsándole el escudo, la lanza prendió en la loriga, de manera que le convino ir a tierra; y la caída fue tan grande de que hubo el brazo sobre que cayó quebrado, y del dolor dél quedó tan amortecido que todos lo juzgaron por muerto.

El otro caballero, que hermano suyo era, blasfemando de sus dioses y diciendo palabras muy injuriosas contra Olivante, bajando su lanza y muy bien cubierto de su escudo, se dejó ir contra él; el cual con la espada en la mano, porque la lanza se le había quebrado, le esperó con aquel grande esfuerzo que siempre su corazón señoreaba; y habiendo recibido el encuentro en el escudo sin hacer más mudanza que si en una peña diera, al pasar le dio tan poderoso golpe sobre el yelmo en soslayo, que, cortando gran parte dél, la espada descendió sobre el arzón postrero de la silla y, cortándolo todo, hirió al caballo de manera que con el dolor le hizo dar tantos saltos con el caballero, que lo derribó de sí; y avínole tan mal que le quedó el un pie en el estribo y el caballo lo trajo arrastrando un gran trecho, y cuando lo dejó, quedó tan maltratado que todos lo juzgaban que muy cedo moriría.

Olivante, viéndose desembarazado de aquellos dos caballeros y que el caballero viejo no hacia mudanza contra él, con la voluntad que tenía de saber aquella ventura se volvió hacia las andas y halló aquella dueña, que muy hermosa le pareció, que con mucha mayor tristeza que de antes parecía deshacersele el corazón en lágrimas, y con grandes gemidos decía:

²⁴⁷ Vil, mezquina.

—No habrá ventura para que mi desventura fenezca sino la muerte, que para mayor tormento de mi dolorosa vida se tarda. ¡Oh desventurada Artaida! ¿Qué haces, que sostienes el ánima en tan desventurado cuerpo? Fenece ya tu dolor con tus días en una hora, y desta manera dejarás de sentir cada día la desdichada muerte de tu tan amarlo marido. ¡Ay caballero, qué mayor es el daño que a mí hecistes que el que estos caballeros recibieron!, pues que ellos lo sentirán en el cuerpo, teniendo remedio de sus heridas, y yo padeceré en el ánima los tristes días que viviré el más doloroso tormento que ninguna dueña ni doncella ha padecido.

Y diciendo esto mandó que volviesen las andas por el camino que habían venido, tornando a decir:

—Pues que los hados y tu fortuna lo permitieron, ¡oh Brontanar de Arcadia!, yo quiero no contradecirlos, y en lugar de la venganza que con estos caballeros esperaba, esperaré con paciencia la muerte, pues que ninguna cosa puede así remediar el afán y cuita de mi dolorosa vida.

Olivante que a muy gran compasión fue movido de oír las grandes lástimas y quejas de aquella hermosa dueña y de las doncellas, que asimismo la ayudaban, le dijo:

—Buena señora, a mí me pesa del enojo que por mi causa habéis recebido, aunque yo no tengo toda la culpa del daño de vuestros caballeros, porque con razones más mesuradas pudieran escusar mi trabajo y su mal; mas de la soberbia nunca pueden resultar mejores fines. Y si la vuestra merced ha perdido estos caballeros en quien teníades esperanza de vengaros sobre esta aventura, diciéndome a mí la causa della y habiendo razón para serviros, en esto podré emendaros el agravio que os he hecho, poniendo mis fuerzas a todo peligro en lugar de las destos caballeros hasta la muerte. Y suplico a la vuestra merced que el carro no se vuelva hasta tanto que yo de todo sea avisado, porque, aunque sea un caballero extraño y de tan poco valor, vuestra justicia y razón podrá ser tanta que yo pueda salir de cualquier trabajo y peligro en que por vuestro servicio me pusiere.

La dueña que tan mesuradamente vio hablar a Olivante, teniéndolo por caballero de tan gran bondad como por la experiencia había visto, le respondió:

—Los soberanos dioses, bienaventurado caballero, os den las gracias de tan buena voluntad como me mostráis; y aunque no sea para pensar que en mi dolorosa cuita se pueda poner remedio, quiero recibir algún descanso con que todos los del mundo sepan tan gran traición y maldad como contra mí habrá quince días que se ha hecho, Y no para que piense que puede haber otro medio para aliviar mi pena, pues que, si alguna confianza tenía, era en estos caballeros sobrinos de mi marido, los cuales vos habéis impedido que no pudiesen poner en efecto su voluntad. Y porque para daros razón de todo mis lágrimas no me dejarán decirlo tan enteramente como querría, este caballero, que es hermano de mi madre, os podrá informar de cómo ha pasado.

—Eso haré yo de voluntad —dijo el caballero viejo—, porque tan gran traición y maldad como ésta jamás se ha visto en el mundo. Mas, si tengo de vos licencia, esforzado caballero, en tanto que yo voy a dar orden en que se curen aquellos

caballeros heridos, vos podréis ver a vuestra voluntad lo que está en las andas, y después yo vendré a deciros lo que ha pasado.

—Yo huelgo dello —dijo Olivante.

Y con esto, el caballero viejo se fue a los caballeros que maltrechos estaban, y haciéndoles atar muy bien las heridas, los hizo ir a un castillo que cerca de allí estaba, de una dueña parienta suya, para que fuesen curados; y cuando volvió, halló a Olivante que, alumbrándole los doce escuderos con las hachas, estaba mirando aquel muerto, que de un golpe tenía hendida la cabeza y el pescuezo hasta los pechos, y sin éste, tenía otros muchos muy descomunales golpes. Y después que lo hubieron bien visto tornando a echar sobre él el paño, estando todos parados, el caballero viejo comenzó a decir desta manera siguiente:

CAPÍTULO III-VIII

CÓMO OLIVANTE SUPO LA CAUSA DE LA AVENTURA Y SE FUE CON LA DUQUESA ARTAIDA A LA CIUDAD DE BABILONIA

SABRÉIS, bienaventurado caballero, que esta dueña, que Artaida se llama, es hija del conde de Sarpa, la cual estando doncella de la infanta Briseida, hija del gran Soldán, el duque de Fisón, que caballero mancebo y muy apuesto era y de muy gran bondad de armas, se enamoró tanto de su beldad, que la pidió por mujer, y el conde su padre y el Soldán tuvieron por bien de dársela. Y habrá cuarenta días que con muy gran regocijo se celebraron sus bodas, en las cuales se hicieron muy grandes fiestas en una villa del conde, en que estuvieron muchos y muy preciados caballeros, parientes y amigos suyos, los cuales pasados los veinte días, se fueron, quedando yo solo, que hermano de su madre desta dueña soy, para acompañarla algunos días. En este tiempo el gran Soldán ha hecho pregonar un torneo por toda la morisma dando seguridad a todos los que, siendo de su ley, a él vinieren, lo cual ha hecho a ruego del príncipe Orizes y de la infanta Briseida, que la más hermosa doncella es que en toda la paganía se halla. Y como esto se ha divulgado y de aquí a veinte días se cumple el término en que han de tornear tres días, y cada día pone el Soldán grandes precios para el que el torneo venciere, han comenzado a venir de muchas y diversas partes muchos caballeros de gran nombradía y hecho de armas, entre los cuales el duque Brontanar de Arcadia, que señor de muy gran tierra es y primo del rey de Arcadia, vino con veinte caballeros, todos aderezados de una devisa, y pasando por aquella villa donde a la sazón el conde de Fisón estaba, sabiendo quién era, le hizo muy buen recibimiento en su casa y lo tuvo en ella tres días haciéndole todos los placeres que pudo; en los cuales, como este endiablado Brontanar, que así se puede llamar, fuese muy soberbio y de poca virtud, y en quien todos los vicios del mundo reinan, confiando en sus grandes fuerzas, las cuales no solamente exceden a las de todos los caballeros, mas no hay jayán ninguno que tan poderosas las tenga, se enamoró de la duquesa

Artaida; y como le descubriese su voluntad y ella le respondiese conforme a lo que sus palabras merecían, Brontanar, muy airado, la amenazó que ella lo haría aunque no quisiese. Y aquella noche, estando ya el diablo revestido en él, a la hora que el conde se acostaba salió de su aposento armado de todas armas, y entrando en el del conde, sin hablarle ninguna palabra le dio aquel golpe que le hendió por medio como habéis visto, y después le dio los otros diciendo: «Artaida, tú harás mi voluntad contra la tuya y cumplirás mi deseo, y después te daré el galardón que mereces de no haber querido aceptar mi ruego». Artaida, viendo la cruel y arrebatada muerte de su marido, se levantó muy presto de la cama, y saliéndose en un punto de la cámara, cerró la puerta tras sí, que de golpe era, de manera que cuando Brontanar de Arcadia quiso salir a tomarla con pensamiento de forzarla, no lo pudo tan ligeramente hacer, porque se detuvo en quebrar la puerta, que primero la duquesa no hubiese entrado en mi aposento desnuda; de que yo muy maravillado y teniendo noticia de tan inhumano caso, viendo que las diabólicas fuerzas de Brontanar era imposible resistirse, yo me subí a una torre llevando a la duquesa conmigo y cerrando todas las puertas tras mí, a las cuales puse tantos reparos, que Brontanar, aunque mucho hizo, no pudo tan ligeramente como pensaba quebrarlas; y aunque muchas veces me amenazó con la muerte si a la duquesa Artaida no le entregaba, yo determiné antes padecerla que poner a la duquesa en aquellas infernales manos. Como viniese la mañana y Brontanar no pudiese entrar donde estábamos, por que en la villa no se supiese antes de su partida tomó sus caballeros y vino a la ciudad de Babilonia, donde yo, habiendo conhortado a la duquesa lo mejor que pude, me fui a quejar al gran Soldán para que mandase castigar tan gran maldad y traición como Brontanar había hecho; y contando todo el caso, de que todos los de la corte fueron muy maravillados, Brontanar, que delante estaba, dijo que él no podía negar haber muerto al duque Fisón, mas que esto había sido en defensa de su persona, porque el duque le había querido matar a traición habiendo tomado sospecha dél y de la duquesa Artaida; y que, pues el duque lo había querido matar, que justamente le había él podido quitar la vida, y que esto él lo defendería en batalla, no solamente a un caballero, mas a dos los mejores que en toda la paganía hubiese. El gran Soldán viendo la razón de Brontanar, dijo que fuese así, y que la duquesa diese dos caballeros que dentro de quince días hiciesen la batalla con Brontanar, y que por el juicio della se determinaría lo que se debía hacer sobre ello. Y desta manera concertado, yo me volví sin esperanza de jamás haber venganza deste caso; porque habéis de saber que Brontanar es tan valiente y endiablado caballero que no hay diez caballeros que lo osen esperar en campo, porque sus golpes más son de diablo del infierno que de hombre mortal, y ha vencido muchos y fuertes caballeros y bravos y esquivos jayanes, y se ha visto él solo en un día matar dos jayanes y tres caballeros en una batalla, y su grandeza y hechura de cuerpo bien muestra la gran pujanza de sus fuerzas; así que no hay caballero en toda esta tierra, aunque sean seis juntos, que sobre ningún caso con él osasen entrar en batalla. Y como yo viese el mal recaudo que podíamos tener, aconsejé a la duquesa que dejase por ahora de entender en ello hasta que el tiempo y la fortuna nos diesen lugar de poder mejor vengarnos; mas estos dos caballeros, que sobrinos del duque de Fisón eran, como

fuesen muy orgullosos y soberbios, aunque conocidamente no podían durar en campo contra Brontanar, hicieron tanto con la duquesa, que la trajeron de la manera que veis, haciendo traer al duque muerto, diciendo que, viendo aquella gran crueldad delante de sí, les pondría esfuerzo para poder vencer a su enemigo. Desta manera salimos ayer del ducado de Fisón, haciendo primero los dos caballeros promesa que ningún caballero vería lo que en las andas iba si por fuerza de armas no lo conquistase. Y esto me pareció a mí muy mal, porque, yendo a dar fin a una tan gran aventura como ésta, en ninguna otra debiera entremeterse; mas ellos venían ya con tan gran temor de oír las grandes cosas que de Brontanar de Arcadia se contaban, que yo creo han holgado de la desgracia que con vos, señor, les ha acaecido, por no verse en tan gran peligro como el de aquella batalla. Así que ya sabéis la verdad de todo. Pues que nuestra ida sería en balde, porque yo sé que no habrá caballero en la corte que la batalla quiera tornar por la duquesa, desde aquí queremos volvernos; y a vos os guíen los soberanos dioses para que en el torneo os hayáis tan buen caballero como aquí os habéis mostrado, que bien creo que debéis de ir a hallaros en él.

—Maravillas me habéis contado —dijo Olivante—. Y por cierto, si la gran traición y maldad que decís que Brontanar de Arcadia cometió es así, no creo yo que los dioses permitan que él quede sin castigo. Y si la duquesa osare fiar un tan gran hecho como éste de un caballero como yo, que otra cosa no deseo sino morir por la razón y justicia, con toda voluntad tomaría yo la batalla de Brontanar, y pensaría que, aunque me faltasen las fuerzas, sobrándome la justicia, podría yo hacer lo que debo y la duquesa quedar con alguna venganza del daño que ha recibido.

Artaida que todas aquellas razones había oído y hasta allí jamás otra cosa sino llorar había hecho, le respondió:

—Buen caballero, de los altos dioses hayáis el galardón de vuestra buena voluntad; aunque vuestro ofrecimiento no quiero aceptarlo, porque, ya que vos seáis tan buen caballero como parece, las fuerzas de Brontanar son del diablo y sin poder domarse, y no creo yo que hallaréis compañía para ayudaros, según es temido; y para volverme de allá con vergüenza, más quiero hacerlo desde aquí.

—Buena señora —dijo Olivante—, la ayuda que yo quiero que conmigo vaya es la mucha justicia y razón que vos de vuestra parte tenéis; y vos podréis hacer a vuestra voluntad en ir a Babilonia o volveros, que yo os prometo de no ir a otra parte sino a combatirme con Brontanar de Arcadia sobre la traición que hizo. Y cuando allí perdiere la vida, la daré por muy bien empleada defendiendo tan justa causa.

El caballero viejo, oyendo las razones de Olivante y habiendo visto parte de sus obras, que tan gran testimonio daban de su bondad, juntamente con su gentil parecer y grande esfuerzo, pensó que por ventura había encontrado aquel caballero para el remedio que se podía dar a aquella ofensa; y tantas razones supo decir a la duquesa, que ella tuvo por bien de volverse a Babilonia llevando alguna confianza en aquel caballero que tan esforzado en las obras y en las palabras se había mostrado. Y así anduvieron todo aquel día y otros dos sin que les acaeciese aventura que de contar sea, en los cuales fue preguntado de Artaida y de su tío

que les dijese su nombre; mas él se encubrió diciendo que era del reino de Arabia y que por entonces no tenía otro nombre sino el Caballero de la Luna.

Y al cuarto día, dos horas después que el resplandeciente sol las oscuras tinieblas de sobre la tierra había desterrado, saliendo de una floresta vieron aquella tan nombrada ciudad de Babilonia, que cuanto una legua dellos estaba, con aquellos soberbios edificios y gran población de gente, que a los que la miraban ponía muy gran espanto, de que no poco se holgó Olivante, y más de poder entrar con tan justa demanda en ella y en batalla de un tan dudado caballero. Y comenzando a platicar entre sí lo que se debía hacer, fueron de acuerdo que Aspizel, que así se llamaba el caballero viejo, y Leristes, a quien los otros escuderos llamaban el captivo, fuesen a la ciudad a hablar al gran Soldán y decirle cómo la duquesa Artaida tenía ya quien por ella hiciese la batalla, y que demandase seguro para el caballero que con ella venía. Aspizel se partió luego, y en tanto, la duquesa y Olivante se fueron de mucho espacio; y cuando llegaron a las puertas de la ciudad hallaron que ya Aspizel se volvía habiendo hecho su embajada, y traía la color tan mudada como si de una temerosa batalla saliera. Olivante, no sabiendo la causa, se la pregunto, y Aspizel le dijo:

—Si yo hablara con hombres, ninguna turbación tuviera, mas las palabras de Brontanar son del diablo; aunque yo le he dicho mi parecer delante del gran Soldán, de manera que diera por bien empleada la vida si me fuera dado en aquella hora combatirme con él. El Soldán dice que hará justicia, y Brontanar se siente muy afrontado de saber que un caballero solo tenga osadía de entrar en campo con el; y la batalla queda aplazada cuando el Soldán acabare de comer, que ya las tablas están puestas.

Olivante holgó mucho desto, y alzando el paño de luto que sobre las andas estaba, de manera que el cuerpo podía muy bien verse, y los doce escuderos puestos en concierto con sus hachas encendidas, tomando Olivante y Aspizel a la duquesa en medio, que juntamente con las seis doncellas iba haciendo tan grandes llantos y diciendo tantas lástimas que no hubiera ninguno que a tal tiempo no le hubiera muy gran lástima, entraron por las calles de aquella ciudad, donde de todas las gentes era mirada aquella estraña aventura y deseaban saber cómo había sido la muerte del duque de Fisón, que muy amado había sido en aquella ciudad; y algunos que ya lo habían oído lo contaban a los otros, y todos decían que había sido la mayor traición que jamás había sido hecha. Desta manera, yendo tanta gente con ellos que apenas podían pasar por las calles, llegaron a la plaza que delante de los palacios estaba, y el Soldán con todos los caballeros de su corte salieron a ver el duque muerto y las grandes heridas que tenía; y asimismo miraban al Caballero de la Luna que la batalla con Brontanar había de hacer, y muchos lo juzgaban a locura y otros a grande esfuerzo de corazón, mas al fin todos creían que del primer golpe de Brontanar sería muerto, y habían muy gran lástima, así del caballero como de la duquesa que lo había traído.

El Soldán se fue a comer y Brontanar comió con él, y siempre estuvieron hablando en el Caballero de la Luna, a quien Brontanar menospreciaba tanto y decía tantas injurias en ausencia, que todos los que le oían se lo tenían a muy gran soberbia. Olivante y Aspizel, que antes que en la ciudad entrasen habían comido

de lo que los escuderos traían, estuvieron allí con Artaida, que no se quitó de cabe las andas. Y estando esperando Olivante, que nunca el yelmo había quitado por no ser conocido por ventura de alguno, porque había muchos caballeros extranjeros que a los torneos habían venido, vio venir hacia sí un caballero muy bien apuesto encima de un muy hermoso caballo blanco; las armas traía verdes, con una bordadura muy rica de muchas perlas y piedras, y todas ellas llenas de unas aves pequeñas de oro muy bien labradas, y encima del escudo, en campo azul, un águila que un grifo entre sus uñas despedazaba. El yelmo traía puesto, y como llegó donde Olivante estaba, le dijo:

—Esforzado caballero, aunque yo no sé quién vos seáis, vuestro gentil parecer da testimonio de la bondad y virtud de vuestra persona en doleros del agravio que a esta hermosa señora se ha hecho; y porque tenéis tan buena ayuda de vuestra parte como es la mucha justicia, no quiero yo ofreceros la mía, así porque creo que no la habréis menester, como por no hacer lo que contra la orden de caballería se debe, aunque la mucha soberbia de Brontanar lo demande. Mas yo os prometo que, si alguna desgracia en la batalla os acaeciere, lo cual no pienso, que yo haga luego la batalla con Brontanar sobre la razón que vos la hacéis, pues él no ha sacado que dos caballeros la hagan o cada uno por sí.

Olivante que en la riqueza de las armas había estimado en mucho al caballero, viendo sus palabras de tan gran virtud y esfuerzo, le respondió:

—Valeroso caballero, perdonadme si no os hablare cori el acatamiento que a vuestro estado se debiere, pues el no conoceros me disculpa, aunque no haya en mí falta de conocimiento para teneros por el mejor y más virtuoso caballero del mundo. Yo creo que mis fuerzas contra las de Brontanar serían pocas si la justicia de la duquesa no las acrecentaren, disminuyendo la soberbia de Brontanar las suyas recibiendo el castigo que de sus perversas y dañadas obras le está guardado. Y si yo me muriere en esta batalla, vos podréis hacer lo que fuéredes servido; y quedando vivo, el poco valor que tuviere jamás dejará de emplearse en vuestro servicio queriéndome vos recibir por uno de vuestros servidores, pues la razón que tengo de vuestras razones me obligará a que siempre desee serviros.

—Yo haré lo mismo —respondió el caballero—; y si para la batalla de alguna cosa tuviere necesidad, con saberlo yo se podrá luego remediar.

—Muchas mercedes —respondió Olivante—, que para agora no tengo necesidad sino del favor de los soberanos dioses.

—Ellos os ayuden —dijo el Caballero del Águila—, que yo cumpliré lo que os he prometido.

Artaida y el caballero viejo, que todas aquellas razones habían oído, agradecieron mucho al caballero su ofrecimiento; el cual volviéndose por donde había venido, se entró en una casa de aquella plaza. Olivante quedó pensando en las palabras del caballero, y parecióle que ya otra vez le hubiese hablado; mas no pudo saber quién fuese. Y estando así, la plaza se cercó de una palizada bien hecha, y ^{a248} unas ventanas bajas, de donde la batalla podía muy bien verse, se pusieron el gran Soldán y la Soldana y la linda Briseida con otras muchas infantas y dueñas

²⁴⁸ Suplo 'a' (217v).

y doncellas de gran guisa. Muchos caballeros, así de su reino como de los estraños, estaban con el gran Soldán, y todos desarmados, porque él lo había mandado así para estorbar que ninguno pudiese favorecer a ninguna de las partes. Mas Brontanar a los veinte caballeros que con él habían venido los hizo estar armados en su posada, que en aquella plaza era; no por pensar que tuviese necesidad de su ayuda para con el Caballero de la Luna, mas temíase que, como el duque de Fisón era tan emparentado, que hubiese alguna traición contra él, lo cual le hacía más pensar viendo que sólo un caballero osaba hacer con él batalla.

El Soldán mandó a los reyes sus vasallos, que eran el rey de Tarsis y el de Arabia, ser jueces del campo; los cuales hicieron salir toda la gente del palenque, poniendo al un cabo dél a la duquesa con las andas en que el duque estaba, y Olivante solo con ella, porque a Aspizel le hicieron salir fuera. Y en tanto que Brontanar venía, Olivante estaba mirando la infanta Briseida, pareciéndole una de las más apuestas y hermosas doncellas que jamás había visto; y ayudaba a su gran hermosura los ricos aderezos que tenía, los cuales no tenían precio. Y a Olivante le vinieron las lágrimas a los ojos, con un doloroso suspiro, acordándosele cómo estaba ausente de aquella divina princesa que toda la hermosura del mundo delante della se escurecía, y propuso en sí que, pudiendo, se volvería a Constantinopla como lo había prometido.

CAPÍTULO III-IX

CÓMO EL CABALLERO DE LA LUNA Y EL FUERTE BRONTANAR DE ARCADIA HICIERON BATALLA, Y DEL FIN QUE HUBO

ESTANDO en esto, Brontanar de Arcadia vino al campo armado de todas armas, las cuales eran muy fuertes y ricas, y tan gruesas, que apenas otro caballero pudiera con ellas; en un escudo de muy fino acero traía pintado un caballero que a dos jayanes cortaba las cabezas; venía sobre un poderoso caballo bayo. Olivante lo estuvo mirando, que la estatura suya era mayor que de ningún caballero y para jayán le faltaba muy poco; las espaldas tenía muy anchas, y el pescuezo muy corto y los otros miembros muy gruesos, así que bien parecía mostrar las poderosas fuerzas que tenía. Venían con él muchos caballeros acompañándole, y dos cormanos suyos le traían el uno la lanza, que una gruesa entena parecía, y el otro un escudo, y en el arzón de la silla del caballo venía una porra, que esta era la arma de que más continuamente se solía aprovechar.

Los dos reyes le metieron en el campo, y acaeció allí una maravilla muy grande, por donde todos conocieron su gran traición y crecida maldad; la cual fue que, habiendo tantos días que el duque de Fisón era muerto y habiéndole untado con muchas cosas para secar el cuerpo de manera que el mal olor no estorbase de poderle traer como lo habían hecho, en aquella hora comenzó a hervir la sangre en las heridas que tenía y salir dellas en tan gran abundancia, que fuera de las andas

revertía. La duquesa Artaida y sus doncellas, viendo a Brontanar delante de sí juntamente con este misterio, comenzaron a renovar su llanto con tan grandes alaridos, que los jueces las mandaron salir del campo, dejando las andas solas en él. Y todos se maravillaban de tan gran misterio; mas Brontanar haciendo burla dello, comenzó a contornear por el campo su caballo, que con el gran peso suyo y de las armas, aunque muy poderoso era, con muy gran trabajo lo podía traer; y blandiendo la lanza, que parecía hacerla en el aire pedazos, se llegó donde los jueces al Caballero de la Luna habían puesto, diciendo:

—Vil criatura y engañado de tan cevil y mentirosa hembra, yo tengo lástima de tu desventura y vergüenza de mi poquedad en darte a ti tanta honra que mis armas autoricen tu muerte; mas si te arrepientes de tu loca fantasía agora que habrás sabido quién es Brontanar de Arcadia, con dejarme tus armas te dejaré la vida, porque tengo lástima de verte engañado. Y si no, mete contigo otro compañero en quien se detengan algún tanto las fuerzas de mis poderosos brazos para que tú puedas tener algún tanto de más espacio de vida. Y no queriendo aceptar ninguno destos partidos, escoge el primero golpe, de la lanza o de la espada, con que quisieres fenecer, por que no te detengas tanto padeciendo; que yo estoy avergonzado de verme contigo solo delante del Soldán y tantos buenos caballeros que saben quién yo soy.

—Brontanar —respondió Olivante—, esas tus soberbias te quitan la bondad de que te loas y en ti parece; y yo espero que los soberanos dioses no consentirán que se deje hoy de hacer sacrificio de tu diabólico cuerpo ejecutando yo en ti las amenazas que me has hecho. Por tanto, no gastes el tiempo en razones ni tengas lastima de quien no la tendrá de ti hasta cortarte la cabeza, con que se pagará el precio de la batalla a quien saliere vencedor della.

Brontanar, muy airado, le dijo:

—Pues espera, y arrepentirte has de no haberme creído.

Y con esto se fue a poner en su puesto; y antes que a él llegase, blandió tan fuertemente la lanza, que en el aire la hizo pedazos. Los jueces le mandaron dar otra, por haberla quebrado antes que la batalla se comenzase. Todos decían que Olivante del encuentro sería muerto, y habían lástima dél viéndole en tal peligro.

A esta hora comenzó a sonar tan gran ruido de trompas y otros instrumentos suaves, que toda la placa ensordecían, que era señal para que los caballeros partiesen; los cuales hiriendo los caballos de las espuelas, las lanzas bajas y cubiertos de sus escudos, se dejaron ir el uno contra el otro con tanta velocidad que la vista hacían perder a los que miraban, y la furia de los caballos era tanta que la tierra hacían temblar. Y llegando al medio de la carrera, se encontraron en medio de los escudos de tan poderosos encuentros, que las lanzas se hicieron menudos pedazos y las rajadas parecían subir hasta las nubes; y topándose de los cuerpos y escudos, el estruendo fue tan grande que parecían haberse topado dos muy grandes torres, de manera que ellos y los caballos vinieron al suelo, quedando los caballos muertos y ellos tan sin sentido, que los que los vieron los juzgaban sin vidas, y todos se maravillaron de la gran fuerza del Caballero de la Lara, porque nunca pensaron que sus fuerzas bastaran a tanto.

Los caballeros estuvieron así un gran rato, y Olivante, muy despavorido de lo que le había acaecido, se levantó enderezando sus armas, y sacando su espada, vio que Brontanar se había levantado, tan espantado de ver lo que por él había pasado, que estaba fuera de sí de coraje, y echando espumajos por la boca renegaba y blasfemaba de sus dioses, escupiendo dellos y diciendo cosas que a todos ponía espanto; y echando mano a la espada y el escudo embrazado, atendió a Olivante, que contra él se vino diciendo:

—Brontanar, mucho puede la justicia, y creo que podrá tanto que te quitará la vida; por tanto, cumple mejor tu palabra en la espada que en la lanza lo has hecho, que tu traición te dará hoy el pago que mereces.

Brontanar, alzando su espada, casi ciego con el grande enojo, descargó un tan desapoderado golpe, que, si a Olivante alcanzara en lleno, cumpliera su promesa; oras Olivante apartando el cuerpo, lo recibió en el escudo, del cual echó la espada todo lo que alcanzó en tierra, y Olivante le dio sobre el yelmo un gran golpe, mas era tan grueso que ningún mal podía hacer en él. En esto comenzaron entre sí una tan brava y ferocísima batalla, que todos los que la veían decían que jamás otra semejante de dos caballeros habían visto; y decían que Brontanar había hallado su par, aunque al Caballero de la Luna le convenía guardarse de sus desmesurados golpes.

Los caballeros comenzaron a herirse por todas partes, haciéndose el mayor mal que podían, despedazándose los escudos, desmallándose las lorigas y abollándose las armas; mas las de Brontanar eran tan gruesas que poco daño podía hacer en ellas la espada de Olivante, el cual con su demasiado tiento y ligereza hacía perder los más golpes a Brontanar, que con el gran coraje y enojo andaba desatinado y fuera de sí, y muchas veces daba con la espada en el suelo, metiéndola por él muy gran parte. Olivante le hería con muy gran tiento y sin darse mucha furia, porque le parecía que Brontanar no podía andar mucho sin que el gran peso de las armas que traía le hiciese cansar, y que entonces se podría mejor aprovechar dél. Y desta manera anduvieron bien dos horas, haciéndose todo el mal que podían, y ya Brontanar comenzaba de desmayar y conocer que había hallado recio enemigo; mas no por eso perdía punto de su soberbia, y procuraba todo lo que podía de traerle a la muerte. Y viendo cuán lejos estaba de efectuar su deseo, por tomar aliento se tiró afuera diciendo a Olivante que descansase un poco, pues que había tiempo harto para acabar la batalla. Olivante, que también menester le hacía, aunque se pudiera escusar, le dijo:

—Brontanar de Arcadia, muy contrario es eso de lo que tú pensabas cuando la batalla comenzaste; mas, si tú quieres conocer el aleve que heciste contra la duquesa Artaida y satisfacerle el daño que de ti ha recibido, yo dejaré la batalla en el punto que está, porque de otra manera será escusado hasta que la cabeza del uno de nosotros dé testimonio de la verdad deste hecho.

Brontanar, a quien su soberbia tenía todavía ciego, le respondió:

—Criatura sucia y malaventurada, aunque los dioses, a quien yo maldigo, te hayan defendido hasta agora de mí, no pienses que su poder bastará a librarte de mis manos para que, sacando tu corazón con ellas, a su pesar no se sacrifique para

darme a mí mayor venganza dellos mismos, pues que tan contrarios en este día se me han mostrado.

—Hechura del diablo —respondió Olivante—, que en el infierno estas ya metido siendo vivo, no hay razón de sufrir tus soberbias sin que el ánima vaya a pagar lo que juntamente con el cuerpo merece.

Diciendo esto, encomendándose de todo corazón a Nuestra Señora, los dos se fueron a herir, renovando su batalla y tornándose a cargar de tan espesos y mortales golpes, que muchas veces se hacían inclinar las cabezas hasta los pechos. Los escudos tenían al derredor de sí todos rajados en el campo, con alguna sangre que de las heridas que tenían les salía; y lo que mas valía a Olivante era la ligereza, con que los más de los golpes hacía perder a aquel ferocísimo y dudado pagano.

El príncipe Orizes, que cabe el Soldán estaba mirando la batalla, volviéndose a él le dijo:

—Yo creo que los soberanos dioses, enojados de las grandes soberbias de Brontanar, quieren que en este día él y ellas fenezcan, porque, a lo que yo conozco del Caballero de la Luna, debe ser de los mejores del mundo, y con su gran destreza trae ya tan cansado y sojuzgado a Brontanar, que muy claramente se conoce su victoria.

—Amado hijo —respondió el Soldán—, yo veo lo que decís, y creo que debe de ser verdad la traición que la duquesa de Fisón a Brontanar acusa, porque de otra manera imposible fuera durar el caballero contra sus poderosas fuerzas; mas es tan gran fuerza la de la verdad, que ella misma se descubre, y de verdad que el Caballero de la Luna se puede preciar por el más aventajado caballero del mundo, y si fuera cristiano, pensara ser aquel afamado Olivante, príncipe de Macedonia, de quien tan grandes maravillas en el mundo suenan. Y si él vivo queda desta batalla, queriendo quedar en mi corte, grave cosa sería la que me pidiese que yo no la hiciese por tenerle conmigo.

—Vuestra grandeza tiene sobrada razón —dijo el príncipe.

En esto, los dos caballeros, no descansando un punto, andaban en su fiera batalla. La duquesa y Aspizel no cesaban de rogar a los dioses por la victoria de su caballero, y muy gran confianza tenían della viendo lo bien que hasta entonces se había mantenido. Desta manera anduvieron tanto que casi se venía acercando la noche, porque cuando la batalla se comenzó eran más de dos horas después de mediodía; y la ventaja se conocía en Olivante, no porque Brontanar estuviese muy herido, sino porque Olivante andaba más descansado, que el gordor y fortaleza de las armas defendía al uno, y la ligereza y destreza acompañaba al otro, de suerte que, siendo el sol ya puesto y queriendo Brontanar fenecer la batalla, dejando las embrazaduras del escudo, que solas tenía, tomó la espada con ambas manos, y pensando de aquel solo golpe quitar la vida a Olivante, lo hizo con tan gran fuerza que, como fuese en vacío, porque Olivante se guardó muy diestramente dél, la espada, que ya atormentada estaba, se le quebró en tres partes. Olivante, antes que tornase a levantar el cuerpo, le dio tan gran golpe sobre el yelmo, que bien un dedo le metió por él, haciéndole desatinar tanto que estuvo por caer.

Brontanar, viéndose en aquel peligro, acordándosele de la porra que en el arzón del caballo traía, se fue acercando a él por tomarla. Olivante le comenzó a

fatigar con muy ásperos golpes; mas también le avino lo que a Brontanar, que la espada se le hizo en otros dos pedazos. Brontanar, que cabe su caballo estaba, se abajó y tomó de presto la porra; mas Olivante, tirándole coro el puño de la espada, que en la mano le quedó, le dio tan gran golpe en la visera del yelmo, que le hizo dar dos pasos atrás; y bajándose de presto por un trozo de lanza que cabe si halló y tomándola con ambas manos, y Brontanar la porra, esperó a que descargase un golpe, con el cual la batalla y la vida de Olivante esperaba fenecer en un punto. Mas él tuvo tan buen tiento que, haciéndose a un lado, le hizo dar en vacío, y entretanto descargó sobre su yelmo con tan gran fortaleza el trozo de la lanza, que sin sentido ninguno le hizo luego venir al suelo, dándole otros dos golpes, de manera que el trozo se hizo en muy menudas piezas; y le quitó el yelmo de la cabeza para cortársela con una daga que ceñida traía, que como se le hubo quitado, vio que Brontanar tenía los ojos saltados del casco y estaba ya sin vida; lo cual hizo a todos los que la batalla miraban levantar las voces loando al Caballero de la Luna por el más valiente y esforzado del mundo, que tenían por muy gran maravilla haber podido vencer a tan bravo y esquivo caballero.

A esta hora ya era casi la noche cerrada, y Olivante quedó muy cansado y algo herido y no sabía qué hacerse para salir de allí, porque no tenía caballo ni espada ni escudo, que todo lo había perdido en la batalla. Estando en esto, el príncipe Orizes por mandado del Soldán iba a saber quién fuese el caballero que a Brontanar había muerto y a rogarle que se viniese con él; mas en tanto, Artaida y Aspizel se llegaron a Olivante, y ver la cosas que hacían y las gracias que le daban, y ofreciéndole todo cuanto haber tenían, no se podría pensar. Olivante demandó a Aspizel que le diese su caballo y escudo y espada, porque él se quería luego salir de allí, porque por ninguna vía le convenía más esperar por no ser conocido del Soldán, que gran daño le podría venir dello. Aspizel lo hizo así; y Olivante, metiéndose por entre la gente, como ya era la noche, antes que el príncipe Orizes llegase se fue metiendo por los caballos que más cubiertos le parecieron. Mas no lo pudo hacer tanto que los veinte caballeros de Brontanar no le siguiesen, y viéndole algo apartado de la plaza, le acometieron diciendo:

—¡Muera el traidor que a nuestro señor mató!

Olivante no perdiendo por esto punto de su esfuerzo, los espero con la espada en la mano, y los ocho dellos le encontraron quebrando en él sus lanzas, que otro mal no le hicieron, y dos dellos las metieron por el cuello del caballo. Olivante hirió al uno de tan gran poder que la cabeza le hendió hasta los dientes, y viendo el caballo que andaba por caer, se apeó dél muy ligeramente, y cercado de todos aquellos malos caballeros, como un bravo león se defendía dellos de manera que los tres tenía ya muertos; mas ellos procuraban atropellarlo con los caballos, y sin duda lo pusieran en gran peligro de muerte si a aquella hora no viniera allí el Caballero del Águila, que en seguimiento del de la Luna venía con otro caballero de la misma devisa, los cuales como aquella gran traición conociesen, dejándose ir contra los caballeros, de los primeros encuentros derribaron dos dellos mortalmente heridos, y metiendo mano a las espadas, comenzaron a dar tan grandes y mortales golpes en ellos, que los caballeros conocieron presto su destrucción. Y Olivante conociendo al Caballero del Águila, que tan bien aquel día

le había hablado, y viendo la buena ayuda que dél tenía, presto cobró un caballo de los que los caballeros muertos habían dejado y comenzó a dar en sus enemigos tan crueles golpes que no había ninguno que no hiciese muy gran daño en ellos; y como los otros dos caballeros hiciesen lo mismo, habiendo muerto los once dellos, los otros se fueron huyendo, y ellos no curaron de seguirlos.

El Caballero del Águila llegándose a Olivante, le dijo:

—Esforzado caballero, a tal tiempo se conocen los amigos; y porque yo deseo teneros por tal, como al mejor caballero del mundo, he querido haceros este servicio, en pago del cual quiero que me hagáis una merced, y es, porque yo creo que teméis necesidad de ser curado, os vais conmigo a un albergue que yo muy cerca de aquí tengo, y allí se os hará todo el servicio que a tan buen caballero se debe, aunque yo también sea huésped. Y si en los torneos pensáis hallaros, todos podremos ir de compañía; y hasta entonces podremos entender en lo que más os cumpliere.

Olivante que vio la necesidad que tenía de aceptar aquel ofrecimiento, le respondió:

—Vuestras palabras, señor caballero, con la merced que me habéis hecho y agora me queréis hacer, manifiestan el valor de vuestra persona. Y pues lo que vos me mandáis había yo de suplicaros por la necesidad que tengo, quiero yo recibir la merced para servirle hasta la muerte en todo lo que mis fuerzas bastaren.

Y dicho esto, todos tres con sus escuderos se salieron fuera de la ciudad tomando la vía de la floresta por donde Olivante había venido.

El príncipe Orizes, que en busca del Caballero de la Luna había venido, cuando supo que se era ido le pesó mucho y anduvo a buscarle, mas no le supieron decir por dónde era ido, hasta que los caballeros de Brontanar volvieron, que como Orizes supo lo que había pasado, los hizo prender a los que quedaron y otro día les mandó cortar las cabezas porque habían quebrado el seguro que el Soldán había dado. Y queriendo saber de Artaida quién era el Caballero de la Luna, ella y Aspizel le contaron todo lo que con él habían pasado y cómo no habían podido saber su nombre, de que entonces le tomó mayor voluntad de saber quién era, y conhortábase de pensar que en los torneos le conocería, porque creía que tan buen caballero no se dejaría de hallar en ellos.

El Soldán conhortó todo lo que pudo a la condesa, y al conde de Fisón hizo poner en una muy rica sepultura y hacer muy sumptuosas obsequias, y ella se volvió a su condado yendo algo satisfecha de la venganza que había recibido.

CAPÍTULO III-X

CÓMO EL CABALLERO DE LA LUNA Y EL CABALLERO DEL ÁGUILA
SE CONOCIERON, Y DEL GRAN CONTENTAMIENTO Y ALEGRÍA
QUE SINTIERON Y DE LO QUE MÁS PASARON

EL Caballero de la Luna iba con los dos caballeros de las Águilas, y a la entrada de la floresta Leristes, hablando con los escuderos, conoció al uno dellos, que era el que con el infante Aliazar solía andar, y con grande alegría lo abrazó diciendo:

—¡Ay hermano Leristes! ¿Qué ventura ha sido la vuestra de veros en esta tierra?, que bien creo no ser por vuestro bien, pues, a lo que pienso, no podéis dejar d'estar en prisión.

Leristes, que por entonces no pensaba descubrir a Olivante, le dijo:

—Vos decís muy gran verdad, que por mi desventura yo fui captivo de turcos yendo con una embajada que Olivante me enviaba, y este caballero me ha comprado para que le sirviese.

—Pues no es razón —respondió el escudero— que, hallándoos aquí, estéis más en captiverio, porque sabed que ése es el príncipe Aliazar, que encubiertamente ha venido con este otro, que hermano suyo es, hallarse en este torneo, y bien sé que, sabiendo de vos, él os porná en libertad aunque le costase muy gran parte de su haber.

Leristes, muy alegre con estas nuevas, se allegó a Olivante diciéndole:

—Señor, la vuestra merced va muy engañado con estos caballeros, que son de los mayores enemigos que en el mundo tenéis; y no vos confiéis dellos, porque sabed que el uno es aquel infante Aliazar que tan grande enemistad siempre os ha mostrado.

El príncipe Aliazar, que el uno de los caballeros era, estuvo pensando que el Caballero de la Luna algún enemigo suyo fuese, lo que no quisiera por ninguna cosa de las del mundo; mas Olivante, con la mayor alegría que se podría pensar, les dijo:

—Muy buenos señores, si estas nuevas son verdaderas, yo me tengo por el más dichoso y bienandante caballero de cuantos nacieron, porque con pocos caballeros pudiera topar que mayor contento mi corazón sintiera.

—Señor caballero —dijo Aliazar—, no sé la causa por que lo decís, que yo no quiero negaros ser ese que habéis dicho; por tanto, ved qué es lo que de mí queréis, aunque me pesaría que tan buen caballero como vos sois tuviédeses razón de agraviaros de mí.

—Lo que yo os quiero, soberano príncipe —dijo Olivante—, es serviros con aquella obligación que como a tan verdadero amigo y señor os debo; porque sabed que ante vos tenéis a Olivante de Laura, que no es razón que deje de gozar de tan gran bien como delante de sí tiene en haberos a tal tiempo topado.

El príncipe Aliazar sintió tan gran alegría que apenas podía creerlo, hasta que con sus manos le quitó el yelmo diciendo:

—Si los poderosos dioses tan gran merced me han hoy hecho, la mayor es para mí de todas las que con su gran poder me pudieran hacer.

Y como dicho hubo esto, conociendo a Olivante, que la luna hacía tan clara que podían bien ver, se abrazó con él, y llorando con muchas lágrimas por la sobrada alegría que sentía, decía:

—¡Oh día bienaventurado! ¡Oh dichosa ventura la mía, que yo haya hoy topado la persona que más en esta vida ver deseaba! ¡Oh mi señor Olivante!, que pienso que estoy soñando lo que veo, y todavía pensaría engañarme si a vuestras obras no diera hoy testimonio de que para la vuestra merced sólo podían estar reservadas tan grandes maravillas. Agora no quiero maravillarme de lo que he visto; sabiendo que vuestra merced era el que la batalla hacía, poco temor tuviera que las fuerzas de Brontanar de Arcadia pudieran resistir a vuestra virtud fortaleza.

—Valeroso príncipe —dijo Olivante—, con el favor de vuestra grandeza salí yo de los peligros en este día, pues que del postrero tan manifiestamente me librástes de la muerte; y pues que vuestro valor es tan conocido, no se hable más en esto.

El otro caballero que con Aliazar venía se allegó a hablar a Olivante con mucho acatamiento, y Olivante hizo lo mismo. Y Aliazar le dijo que era su cohermano y muy aventajado caballero, y que por su causa él había venido así disfrazado en aquella tierra. Y hablando en muchas cosas, llegaron a un castillo de un caballero viejo, en²⁴⁹ el cual el príncipe Aliazar había dos días que albergaba por no ser conocido en la ciudad de Babilonia. Y allí fue muy bien servido y curado Olivante de algunas llagas que traía, las cuales, aunque no eran peligrosas, le hicieron estar en el lecho. Y en este tiempo el príncipe Aliazar contó a Olivante de la manera que en su reino había sido recibido y las grandes alegrías que el su padre con él había hecho, porque lo tenía por muerto, como había tanto tiempo que no sabía dél; y que la infanta Casiana estaba muy contenta; y que, porque él amaba muy de corazón a este cormano suyo, que Griseldís se llamaba, el cual era muy buen caballero y señor de gran tierra, y tenía muy crecida pasión y tormento de amores de la duquesa de Torbalán, que con la infanta Briseida estaba, habiendo lástima de su cruel pena había querido venir a hallarse en aquellos torneos sin que ninguno lo conociese, porque el rey su padre no estaba muy amigo del gran Soldán; y que algunos días se iban a la ciudad por ver a la duquesa, la cual asimismo quería bien a Griseldís; y que así le había traído la ventura a toparse con él, en lo cual pensaba haber sido el más dichoso caballero que había nacido. Olivante le contó asimismo todo lo que por él hasta entonces había pasado, y cómo Grisalter de Suecia quedaba desposado con la infanta Menandra. Y desta manera estuvieron aquellos seis días, hablando en cosas de que más sabor habían, y Griseldís, que muy entendido caballero era, con ellos.

Y en tanto, Olivante hizo ir a los escuderos de Aliazar a la ciudad para que le hiciesen un escudo, de la misma devisa de la luna, y que le aderezasen las otras armas. Aliazar las hizo hacer como las suyas, que en ninguna cosa diferenciaban sitio en las figuras de los escudos. Y desdeque estuvo ya bueno, habiendo concertado

²⁴⁹ Suplo 'en' (220v, últ. lín.).

entre sí de hallarse juntos en los torneos, que de ahí a doce días eran, los más de los días salían por el campo, donde hallaban muchas y diversas aventuras de los muchos caballeros que al torneo venían.

Y avínoles que un día saliendo por aquella floresta en que el castillo donde posaban estaba, que vieron en un valle cerca de una fuente una tienda armada, con las alas della todas alzadas, en la cual estaban dos caballeros con muy ricas armas, y otros doce caballeros con ellos, los cuales parecían que viniesen en su servicio. Delante de la tienda estaba un caballero muy apuesto encima de un hermoso caballo morcillo; las armas tenía muy ricas, y al escudo, en campo azul, tenía figurado un dragón; y estaba hablando con los caballeros y rogándoles que le vendiesen un escudero que preso en unas cadenas tenían. Olivante y Aliazar miraron al escudero y conocieron que era Darisio, de que no poco maravillados fueron, y apenas se pudo tener Olivante de no ir a soltarlo; mas Aliazar y Griseldís se lo estorbaron diciendo que mejor sería remediarlo de otra manera, porque por aquello podría ser conocido y tendría muy gran trabajo en poderse salvar de tierra donde todos eran sus enemigos. Olivante lo hizo, así por esto como por ver si lo vendían a aquel caballero, al cual los otros dos caballeros que en la tienda estaban respondieron que aquel escudero no tenía otro precio sino que el caballero que justando los derribase podría llevarlo sin pagar nada por él; mas que, siendo derribado, había de dejar las armas y caballo o pagar lo que valiesen por ellas.

—¡En el nombre de los dioses —dijo el Caballero del Dragón—, que por ningún precio, aunque sea poner la vida por el escudero, yo dejaré de aventurarla!

Y con esto se hizo atrás lo que le pareció ser menester, y saliendo uno de los doce caballeros y volviendo los caballos contra sí, el caballero de la tienda fue muy ligeramente al suelo; y quedándole la lanza sana, hizo lo mismo al segundo, en el cual la quebró; y dándole otra, derribó al tercero y cuarto, y finalmente así derribó a los nueve dellos, Del postrero la caída fue tan grande que, dando sobre la cabeza y torciéndosele el cuello, murió a la hora. Los otros cinco caballeros, muy airados de ver a su compañero muerto, todos juntos con sus lanzas bajas se dejaron venir contra el Caballero del Dragón; el cual viendo la traición que contra él hacían, los esperó con su espada en la mano, y como los tres le encontrasen en el escudo y el uno en la cabeza del caballo, no pudo dejar de venir a tierra. Mas muy presto se levantó diciendo:

—¡Por los soberanos dioses, caballeros traidores, que antes de mi muerte yo os haga comprar caramente lo que hacéis!

Y como a él se allegase uno de los caballeros que a pie estaban, porque los unos y los otros le cercaron en derredor, le dio tan gran golpe sobre el yelmo, que muerto le hizo venir a tierra; mas los otros todos le daban tanta priesa y los que estaban a caballo procuraban de atropellarlo, de manera que el caballero estaba en muy gran peligro si los tres caballeros que mirando una cosa tan fea estaban no le socorrieran; los cuales arremetiendo con los caballos y las lanzas bajas, derribaron los tres que a caballo estaban, muertos, y metiendo mano a las espadas, se metieron entre ellos haciendo tan gran estrago, y lo mismo el Caballero del Dragón, que ya a caballo estaba, que, matando los ocho dellos, los otros comenzaron a huir, y a muy gran priesa los cuatro caballeros los fueron siguiendo gran trecho, y no les

pudiendo hallar, se volvieron. Mas llegando a la tienda, no hallaron al escudero, de que el Caballero de la Luna sintió tan gran enojo, que maldecía a sí y a su ventura muchas veces.

El Caballero del Dragón, sin esperar más, se metió por la floresta donde le pareció que había rastro a muy gran priesa; lo mismo hicieron Olivante y sus compañeros, andando por unas partes y otras sin poder saber nueva alguna; y Olivante andaba con tan gran pasión, que Aliazar le había lástima, y contaba a Griseldís la razón que tenía y cuán bueno y leal escudero era Darisio. Y desta manera anduvieron hasta la noche, que por un campo raso fuera de la floresta vieron ir a Darisio y al Caballero del Dragón tras dél dando voces y diciendo:

—¡Darisio, atiéndeme, que no te busco sino por tu provecho! ¡Mal galardón me das del afán en que por tu deliberación me he puesto!

Darisio oyéndose nombrar por su nombre, maravillado le esperó, y el Caballero del Dragón, como a él llegó, se quitó el yelmo para que le conociese, delante del cual Darisio hincó las rodillas demandándole las manos para besárselas; mas el Caballero del Dragón lo tenía abrazado consigo. A esta hora los tres caballeros llegaron, que como el Caballero del Dragón estaba sin yelmo, le conocieron ser aquél su grande y verdadero amigo Peliscán, hijo del rey Armides, de que no poco maravillados y alegres, se quitaron asimismo los yelmos, y como los unos y los otros se conocieron, no hay quien pudiese decir la alegría de aquella aventura, y estaban tan espantados, que apenas podían creer ser ellos. Y Peliscán, estando abrazado con Olivante, le decía:

—Excelente príncipe y señor mío, no pudiera mi ventura traerme a tan dichoso tiempo en esta tierra de que tanto bien me viniese como es de veros; y bien me daba a mí el corazón que no sería tanto el daño del peligro como el bien que se me seguiría de verme puesto en él; porque agora toda la paganía no pornía temor en mi corazón teniendo a la vuestra grandeza en mi favor y ayuda. Y suplícoos que me digáis qué ventura os ha traído a estas partes, que a mí no ha sido otra que, hallándome tan ocioso en el reino de Fenicia, oyendo la fama deste gran torneo y por ver la corte deste gran Soldán de Babilonia, me puse en el camino con intención de no descubrirme, por el peligro que dello podría recrecerse.

—Esa misma ventura me ha traído a mí —dijo Olivante—, y téngome por muy bien pagado de haberos, señor, encontrado, pues que, aunque fuera el peligro de la vida, fuera poco para lo mucho que he ganado.

El infante Aliazar abrazó a Peliscán y los dos se hablaron como aquellos que muy verdaderos amigos eran, y luego hizo lo mismo Griseldís. Y Darisio, que con la demasiada alegría las lágrimas le salían de sus ojos en abundancia, estaba delante de Olivante las rodillas en tierra y no se hartaba de besarle las manos. Olivante le abrazó y levanto, diciendo:

—Mi fiel y verdadero amigo, mucho has acrecentado en la obligación que te tengo haberte visto puesto en tan gran peligro, porque tengo por cierto por buscarme lo has hecho; y si Dios me da lugar, yo sabré agradecer tu fidelidad.

—Vuestra grandeza dice muy gran verdad —dijo Darisio—, que por buscaros yo me he visto en más peligro que el de la vida, pues yo la diera por bien empleada

antes que hallarme sin la libertad que tenía perdida, si Dios a tal tiempo no os hubiera traído para restituirme en ella.

—Eso puedes tú agradecer a Peliscán —dijo Olivante— a quien debes más que a mí, pues que a tan gran peligro se puso por salvarte. Y dinos la manera como en tal aventura te hallamos.

—La ventura que aquí me trajo —dijo Darisio—, fue que yo salí de Constantinopla a buscar a la vuestra merced, y viniendo en un barco, una fusta de cosarios me tomó y me trajo a esta tierra y vendiéronme a aquestos caballeros que al torneo venían, que dos hijos de un gran señor eran, y consigo traían los otros doce caballeros, los cuales me traían así encadenado porque una noche procuré de esconderme dellos. Y como vi que los habíades vencido a todos, pensando que fuédes turcos y que saliendo de un peligro caería en otro, estando solo, porque todos los escuderos se habían escondido, yo me solté y comencé a huir por salvarme. Y dígoos que nunca mayor cuita fue en mi corazón que cuando vi que Peliscán, siguiéndome, me llamó; mas cuando me oí nombrar por mi nombre luego adiviné mi ventura.

Todos reyeron desto que dijo Darisio, y él y Leristes se abrazaron con mucho amor. Y hablando en muchas cosas tomaron el camino del castillo donde Olivante y el infante Aliazar posaban, que no consintieron que Peliscán se apartase dellos, el cual no tenía otra voluntad. Y todos iban tan alegres y contentos que más no podía ser, y Griseldís se tenía por muy dichoso de verse en compañía de tales caballeros. Y así llegaron al castillo, en el cual cenaron con muy gran regocijo; y antes que se fuesen a sus lechos, que aparejados tenían, Olivante apartó a Darisio, como aquel que ningún reposo tenía sin saber nuevas de aquella divina princesa; y Darisio le dijo cómo, viendo que se tardaba más de lo que habían pensado, ella y la infanta Galarcia le habían enviado a buscarle, y que había ido a la Pequeña Bretaña, donde había sabido todo lo que pasara, y que saliendo de allí le habían captivado. Y diciendo esto sacó una carta de la princesa, la cual Olivante tomó, y llorando con la gran alegría la besaba infinitas veces; y abriéndola, vio que decía de aquesta manera:

CARTA DE LA PRINCESA LUCENDA

La princesa Lucenda, a quien la ventura en su mayor alegría le mostró la más crecida tristeza, al descuidado príncipe de Macedonia la salud que con su ausencia le falta con toda voluntad envía.

Si de la sobra de mi cuidado y de tu descuido, ¡oh soberano príncipe!, se hiciese batalla, en duda estoy cuál dellos saldría con la victoria; aunque todavía creo que las fuerzas de mi pasión y tormento ayudarían tanto con el deseo, que mis tristezas y congojas podrían mudar tu pensamiento para quitarme de la mortal fatiga que con verte tanto tiempo de mi presencia ausente siento. Porque, si la causa de tu arrebatada partida fue tan justa, el detenerte tanto tiempo no puedo yo llamarle justo, pues que todas las aventuras se podrían dejar justamente para dar socorro a quien para vivir con tanta necesidad está de tu vista, teniendo mayor obligación a ésta que a todas las que, para mayor desventura mía, allá podrían sucederle. A Darisio, con quien me enviaste a

prometer cuán presto volverías, te envió, para que como testigo pueda acusarte la palabra y darte testimonio si las mías son verdaderas. Y porque de todo él sabrá dar la razón y cuenta que le pidieres, no quiero decir más de suplicarte que vengas a dar la vida a quien, habiéndola puesto en tus manos, el tiempo de tu ausencia se puede contar entre los muertos.

Como Olivante acabó de leer la carta, infinitas veces tornó a besarla, y decía:

—¡Ay soberana señora, si vos pudiédeses ver lo que mi corazón siente, cuán poca culpa pondríades a mi cuidado! Mas la mayor pasión que tenemos los que verdaderamente amamos es no ser creídos en lo que padecemos. Mas yo, excelente princesa y ánima mía, os quitaré muy presto de aquesta duda que en mi verdadera fe tenéis.

Y diciendo esto, preguntó muchas particularidades a Darisio de todo lo que en la corte pasaba, y entre otras cosas le contó cómo Silvano era ido en una armada a tomar la ínsula Dragontina. Y esta noche y otro día, que los caballeros no salieron del castillo, nunca Olivante cesó de hablar con Darisio, y los caballeros estaban todos con muy grande alegría de verse así juntos. El príncipe Aliazar y Griseldís procuraban hacer a los dos príncipes todo el servicio que podían.

CAPÍTULO III-XI DE LA AVENTURA QUE ACAECIÓ AL PRÍNCIPE ORIZES Y LA INFANTA BRISEIDA, Y LO QUE LOS CUATRO CABALLEROS DEL CASTILLO HICIERON

EN la isla de Sarpandia, que confina con el Mar Bermejo, era en esta sazón rey un feroz y bravo jayán que Grandarfo se llamaba, el cual porque en una batalla que el rey de Panonia con el Soldán había habido le habían muerto un hermano suyo los de la parte del Soldán por una traición que en el real hallaron que hacía, este Grandarfo tuvo dello crecido pesar y enojo; mas, pasándolo en disimulación y esperando tiempo para poderse vengar, como supo de los torneos que el Soldán había mandado publicar con el seguro de todos los que a ellos viniesen, él y otro cormano suyo, que Dromedán había nombre, el cual no era menos fuerte y endiablado que él, tomando consigo treinta caballeros se metieron en una nao con intención de que, si tiempo o lugar hallasen para su venganza, no la dejarían para otro tiempo. Y llegando a un puerto cerca de Babilonia, salieron en tierra y muy bien armados se pusieron en camino para la ciudad, espantando a todas las gentes que los veían de su grandeza y ferocidad. Y un día por la mañana, saliendo de casa de un florastero donde habían posado, hallaron un escudero, y preguntándole por nuevas de la corte, el escudero les dijo que allí cerca venían el príncipe Orizes y la infanta Briseida, que a holgar se iban a una casa de placer que allí cerca estaba aquellos días que para el torneo faltaban, y que él iba a hacer aparejar los aposentos.

Los jayanes muy gozosos con aquellas nuevas, apercibieron los treinta caballeros, y dejando dos dellos que los avisasen, se metieron en un valle donde no podían ser vistos; y no tardó mucho que el príncipe y la infanta con veinte caballeros llegaron; que como los jayanes lo supieron, saliendo de donde estaban, todos juntos van a herir en el príncipe y los que con él venían; los cuales pareciéndoles tener la muerte delante de sus ojos y queriéndoles vender sus vidas como buenos caballeros, y más Orizes, en quien toda bondad de armas había, se defendieron gran pieza. Mas los golpes espantables de aquellos ferocísimos jayanes pudieron tanto que, matando los quince dellos, y a Orizes, que por muerto dejaron, solos cinco y todos heridos huyendo se escaparon. Y la princesa, que con desmayo de ver tan gran desventura casi muerta estaba, con muchas dueñas y doncellas de alta guisa que acompañándola venían fueron presas, y poniéndolas en sus palafrenes y a cada una un escudero que la tuviese, con toda la furia que podían se volvieron. Y con el desatino que llevaban tomaron otro camino que habían traído, y pasaron tan cerca del castillo donde los cuatro caballeros estaban, que los grandes alaridos y dolorosos gritos que las doncellas iban haciendo se sonaron dentro y poniéndose a las almenas y viendo a los jayanes, juzgaron lo que podía ser; y como todos cuatro estuviesen armados y los caballos a punto, sin detenerse subieron en ellos, y saliendo por la puerta del castillo enlazados los yelmos, se dieron tanta prisa que antes de media legua los alcanzaron.

Los jayanes que vieron venir aquellos cuatro caballeros, se quedaron atrás, diciendo a sus caballeros que no se detuviesen y que se diesen gran furia en el camino, que ellos los alcanzarían presto. Los caballeros lo hicieron así; y viendo esto Olivante, rogó a Aliazar y a Griseldís que los siguiesen y hiciesen de manera que no se acogiesen a la mar, y que dejasen a él y a Peliscán con los dos jayanes. Aliazar y Griseldís, aunque les pareció que quedaban en muy gran peligro, viendo que no iban en menos, pues que lo habían de haber con treinta caballeros, lo hicieron; de lo cual a los jayanes les tomó muy gran risa, y dijeron contra Olivante y Peliscán:

—Malandantes y viles criaturas, ¿para qué venís a buscar vuestra muerte, pues que tenéis la vida en las puntas de nuestras lanzas? Las cuales si no queréis perder en este punto, os volved luego por el camino que habéis traído, que os perdonaremos por pensar que no nos conociades antes que aquí viniésedes.

Los dos caballeros no curaron de responder a estas razones, mas cubiertos de sus escudos y las lanzas bajas se dejaron ir contra ellos, y lo mismo hicieron los dos jayanes, encontrándose todos cuatro en medio de la carrera. La lanza de Grandarfo, rey de Sarpandia, fue hecha muchos pedazos en el escudo de Olivante; mas a él le avino tan mal que la lanza de Olivante, pasando su escudo y la loriga, le pasó a las espaldas, y Grandarfo, sintiéndose mortalmente herido y renegando y blasfemando de sus dioses, cayó del caballo, feneciendo su diabólica vida sin ver la venganza que deseaban. Peliscán y Dromedán quebraron sus lanzas sin hacerse otro mal, y sacando sus espadas, con bravos y esforzados corazones se acometieron; mas Olivante, viendo cuánto daño podría hacer su tardanza y que con los tales y a tal tiempo era pérdida la virtud, fue a ayudar a Peliscán, y dio tan gran golpe a Dromedán sobre el yelmo, que le hizo una pequeña herida en la

cabeza. Y Dromedán muy espantado de ver a su cormano muerto y de sólo un encuentro, desmayó de manera que perdió toda su fuerza y quisiera huir si el ánimo le bastara; mas Peliscán, que así le vio, le cargó de tantos golpes, que sin sentido le hizo venir al suelo, y quitándole el yelmo, le cortó la cabeza. Y dando muchas gracias a Nuestro Señor que tan ligeramente se habían podido desembarazar de dos tan espantables bestias, siguieron el camino que los caballeros y Aliazar y Griseldís llevaban.

Y habiendo andado muy poco, los vieron en el valle, que con los diez dellos andaban en muy reñida batalla, porque un caballero, que Aliimarán se llamaba, a quien Grandarfo quería mucho y había mandado que todos los otros caballeros obedeciesen, viendo venir a Aliazar y Griseldís mandó a estos diez que los matasen o trajesen presos, y ellos continuaron su camino con la presa que llevaban. Mas Aliazar y Griseldís se hubieron tan esforzadamente con ellos que, habiendo muerto dos dellos de los encuentros de las lanzas, habían muerto otros dos con las espadas; así que con la llegada de Olivante y Peliscán, de los diez caballeros no se salvaron sino dos que a más correr de sus caballos se fueron huyendo.

Los cuatro caballeros los siguieron hasta llegar donde Alimarán con los veinte caballeros iban, los cuales fueron muy espantados así desto como de no ver venir a los jayanes; mas pareciéndoles que cuatro caballeros les podían hacer poco estorbo, por desembarazarse presto dellos todos juntos volvieron sus lanzas, y fue muy gran maravilla que de tantos encuentros ninguno dellos cayese, que como muy firmes peñas, sin hacer mudanza se tuvieron, y metiéndose entre ellos como muy feroces y fuertes leones, con sus pesados golpes comenzaron a despedazar las armas y los cuerpos, de manera que en poco espacio la fortaleza de sus brazos fue así conocida que los tenían en más que si con cincuenta caballeros hicieran batalla; y lo que más espanto les puso fue que Olivante les dijo:

—¡Perros rabiosos, enemigos de toda bondad, vasallos de aquel Lucifer que acá atrás con su compañero queda muerto, agora veréis el pago que vuestra traición os dará, que hoy quedaréis hechos en este campo pedazos!

Y diciendo esto, dio a uno tan gran golpe que el yelmo y cabeza le hizo dos partes. Los otros tres caballeros daban extraños golpes y hacían tanto, que sus enemigos tenían más cuidado de mampararse dellos que de ofenderlos. A Peliscán perseguía un caballero y le había dado dos golpes a traición; y Peliscán por vengarse se volvió a él, y el caballero, no osando atender, comenzó a huir, y se fue donde la princesa y las otras señoras y doncellas estaban, que los escuderos las tenían en sus palafrenes; y antes que a ella llegase, Peliscán le dio tan gran golpe que, alcanzándole la punta de la espada en las espaldas, le abrió hasta las entrañas y el caballero cayó luego muerto.

Peliscán alzó los ojos y vio a la infanta Briseida, que llorando y rogando a los dioses estaba que diesen victoria a los cuatro caballeros que por ella hacían la batalla, aunque no los conocía; y aunque hasta entonces su corazón hubiese tenido tanta libertad que jamás de amor de ninguna doncella se hubiese visto sojuzgado, en aquella hora rompiendo las fuerzas de la libertad sin poder resistir la ponzoña que con sus ojos asentó en las entrañas, pareciéndole ser toda la gloria y felicidad que en el mundo podía desearse, con tan arrebatada y hermosa vista así fue fuera

de todo su juicio, que sin tener poder de partirse con la nueva y gloriosa pena estaba mirando la causa, y sin sentirlo dando un gran suspiro, dijo:

—¡Ay de mí, que por restituir la libertad ajena he perdido la propia mía para que más no pueda ser mío, pues que en serlo perdería tan gran bien como he ganado en hacerme ajeno!

La infanta, que muy bien entendió aquellas razones, viendo que un caballero, que cormano del que Peliscán matara era, venía a herirle por las espaldas, le dijo:

—¡Caballero del Dragón, guardaos, que a traición os quieren dar la muerte!

Peliscán volvió y vio al caballero, el cual no osando atenderle, se metió entre los otros; y Peliscán lo seguía, y hizo tanto, que de un golpe le cortó un brazo cabe el codo. Y a esta hora ya eran muerto los once caballeros, y los otros tan malheridos que no esperaban de allí otra cosa sino la muerte; y lo que más desmayo les había puesto era haber sabido la muerte de los jayanes.

Alimarán que en tal estrecho se vio, no viendo remedio de salvarse si allí esperaba, lo mejor que pudo se salió de la batalla y, yéndose donde la infanta Briseida estaba, la tomó al escudero que la tenía, y poniéndola en el caballo delante de sí, comenzó a huir luego con ella hacia una muy grande y espesa floresta que cerca de allí estaba. La infanta, que hasta entonces había tenido esperanza de salvarse, viéndose llevar con tanta furia de aquel caballero, comenzó a dar muy grandes gritos y voces pidiendo socorro de los soberanos dioses, que de ninguna otra parte no le esperaba, pues que los cuatro caballeros, a su parecer, tenían bien que hacer en aquella batalla. Mas el buen caballero Peliscán, que todo su cuidado y pensamiento era puesto en aquella nueva herida que había sentido, cuando desembarazado en la batalla estaba sus ojos no podían dejar de mirar donde su triste daño habían sentido; como vio a Alimarán que a la infanta Briseida llevaba, en su vida sintió mayor turbación ni enojo, tanto que, hendiendo hasta los dientes de un solo golpe a un caballero que delante se le había puesto, sin más atender dio de espuelas a su caballo y a todo el correr que podía comenzó a seguir a Alimarán; el cual viéndole venir tras de sí y llevándole muy gran ventaja, se metió por la floresta, que muy espesa y cerrada era. Peliscán, maldiciendo su desventura, muy furioso y con gran tristeza hizo lo mismo.

Olivante que vio ir a Peliscán, luego conoció la causa, y comenzó a dar tan gran priesa a los caballeros, que sus golpes no eran de hombre mortal, y todos huían del como de la muerte. Y así fue que en poco espacio todos ellos fueron muertos y despedazados, sin quedar ninguno; y los escuderos, soltando todas aquellas infantas, dueñas y doncellas, huyeron en sus palafrenes. Y Olivante y Aliazar y Griseldís allegaron a hablarlas y a consolarlas, así por la muerte del príncipe Orizes, que por cierta tenían, como por la desventura y peligro en que la infanta iba; mas Olivante les dijo que de la infanta no temiesen, que el caballero que en su defensa iba era tal y de tan buena ventura que él la libraría del caballero que la llevaba.

Griseldís que conoció a la duquesa de Torbalán, se llegó a ella, y los dos se hablaron como aquellos que de verdadero amor se amaban, porque la duquesa, viendo lo mucho que Griseldís mostraba quererla y cómo por su causa había venido en aquella tierra, y que su señorío confinaba con el que ella tenía, estaba

determinada de casarse con él. Y como allí no hubiese quien los estorbase, y pudiéndose hablar a su voluntad, tanto supo decir Griseldís a la duquesa, que en aquel camino se desposaron, quedando entrambos con muy gran contentamiento de haberlo hecho.

Y estando todos ellos pensando lo que más les convenía hacer, Olivante quisiera ir en seguimiento de Peliscán y de la infanta, mas a esta hora vieron venir de la ciudad un tropel de caballeros, que serían bien ciento, y esperaron a saber qué cosa era; y como llegaron, supieron que allí venía el Soldán con todos los principales caballeros y señores que en la corte había, porque de un caballero que de la batalla de los jayanes había huido a la ciudad el Soldán había sabido aquellas desventuradas y tristes nuevas. Y llegando donde la batalla había sido, hallaron al príncipe Orizes con algún sentimiento, y con muchos remedios que le hicieron volvió en su acuerdo, y los maestros que allí venían, viendo las heridas, dieron alguna esperanza de su vida, y así, lo llevaron a la ciudad. Y el Soldán, como rabioso león bramando, pasó adelante con todos aquellos caballeros, y muy maravillados fueron cuando hallaron aquellos dos espantables jayanes muertos, y no podían pensar quién lo hubiese hecho; mas cuando llegaron donde los tres caballeros estaban y supieron lo que había pasado, no podían creer ni tenían por cosa posible lo que las doncellas y dueñas les decían que los cuatro caballeros habían hecho, diciendo que el Caballero de la Luna no era hombre mortal, sino cosa hecha por encantamiento, pues que cincuenta caballeros no pudieran hacer lo que él solo en aquel día había hecho.

Olivante y Aliazar y Griseldís llegaron a besar las manos al Soldán, y él los abrazó a todos ellos dándoles las gracias de la venganza que de aquellos traidores le habían dado, y al Caballero de la Luna sobre todos, como aquel que su gran bondad en la batalla de Brontanar había conocido; mas muy grande era la su tristeza por lo que a la infanta le había acaecido, aunque sabiendo que el Caballero del Dragón había ido en su seguimiento tenía mucha esperanza en su buena ventura. Y dando orden como las señoras y doncellas que allí estaban se volviesen a la ciudad, enviando algunos caballeros con ellas que las acompañasen, él con todos los demás se quiso meter por la floresta a buscar la infanta y socorrer al Caballero del Dragón si dello tuviese necesidad; y rogó al Caballero de la Luna y a los Caballeros de las Águilas que fuesen con él, los cuales lo hicieron de buena voluntad, y repartidos de diez en diez se fueron por diversas partes. Y a esta hora quería ya anochecer, y el Soldán contó a los tres caballeros de la manera que había hallado al príncipe Orizes y la esperanza que los maestros le habían dado de su vida, de que holgaron mucho, y así, dijeron al Soldán que tuviese esperanza, que los dioses no consentirían que la infanta recibiese daño ni enojo ninguno de aquel malvado caballero.

CAPÍTULO III-XII

CÓMO EL PRÍNCIPE PELISCÁN MATO A ALIMARÁN Y LIBRÓ A LA
INFANTA BRISEIDA, Y DE LAS COSAS QUE CON ELLA SOBRE SUS
AMORES PASÓ Y DE LO QUE MÁS AVINO

EL príncipe Peliscán, muy turbado y con grande enojo y desesperación de ver llevar así a la infanta, a quien su corazón y libertad había sojuzgado de manera que todos sus sentidos en otra cosa no se ocupaban sino en contemplar su gran hermosura que tan captivo le había dejado, yendo pensando en ello y maldiciendo su ventura si en aquella hora le negase el favor que en todas las otras aventuras le había mostrado, se acordó que aquella era la figura que en el Castillo de los Secretos de Amor había visto, y entonces tuvo por más cierto que sus amores serían de tanta fuerza que no pudiese ligeramente apartarse dellos. Y tanta priesa se dio andando por unas partes y otras buscando a Alimarán, que el caballo, que herido de la batalla llevaba, se le cayó muerto; y quitándose dél, fue tan grande el pesar que sintió viendo el estorbo que para efectuar su deseo le había venido, que las lágrimas le vinieron a los ojos y el corazón le daba muy grandes saltos en el cuerpo.

Mas no desmayando por esto, se metió por las partes que más ásperas y fragosas halló en la floresta, llevando siempre muy gran atención por ver si oiría alguna cosa. Y como la noche viniese muy oscura y no hubiese sentido nada, allí fue doblada su cuita y tristeza, y con la desesperación no sentía el afán ni trabajo de caminar a pie. Y tanto anduvo que, siendo poco más de una hora de la noche pasada, le pareció oír voces de mujer que en gran cuita estaba, y sospechando lo que podía ser, se fue hacia aquella parte. Y metiéndose por una grande espesura, tanto anduvo que en lo más espeso della halló una boca de cueva muy grande, y parándose a la puerta, halló un caballo arrendado y oyó que dentro estaban diciendo:

—Infanta Briseida, poco provecho te pueden traer tus quejas ni lastimeras razones, pues los poderosos dioses solos tendrían agora poder de poner estorbo en cumplir contigo mi deseo; y después, venga la muerte cuando quisiere, que yo iré deste mundo con el mayor contentamiento que dél puedo llevar. Y piensa que, ya que sé que no puedo escapar de los muchos que me habrán venido buscando, a lo menos por esta noche yo estoy en parte donde los dioses me han traído para que goce de mayor gloria que la que ellos pueden después de mi muerte darme en el cielo.

La infanta lloraba y decía tantas lástimas, que moviera a piedad cualquier corazón por duro que fuera. Peliscán conociendo a cuán buen tiempo la ventura allí lo había traído, por una parte estaba el más alegre del mundo, y por otra el grande enojo le hacía salir de sentido. Y entrando por la puerta adentro en la cueva, comenzó a decir a grandes voces:

—Traidor y desventurado caballero, no tienes tan ligero de cumplir tu perverso pensamiento que primero no te visite la muerte que tú andas con tus traiciones buscando. Por tanto, primero has de quitarme a mí la vida, que te será muy

difícultoso, que yo sacaré tu lengua en pago de las razones que has dicho. Y defiéndete de mí lo que pudieres.

Alimarán comenzó a temblar como las hojas con el viento; mas tomando su espada y escudo salió contra Peliscán, y encontrándose en el medio de la cueva, se comenzaron sin luz ninguna a herir de muy pesados y mortales golpes. Peliscán temiendo que con la escuridad no hiciesen algún mal a la infanta, se abrazó con Alimarán, dándole voces que se saliese fuera de la cueva por que no recibiese daño. La infanta lo hizo luego, rogando a los dioses que diese victoria al caballero que en su defensa hacía la batalla; y como Peliscán la vio fuera, aunque las fuerzas de Alimarán eran muy grandes, dio tan gran caída con él debajo de sí que, dando primero con la cabeza en una de las paredes de la cueva, que abollándose el yelmo, quedó sin sentido, Peliscán, sin detenerse, quitándole los lazos, le cortó la cabeza, y tomándola por los cabellos salió fuera de la cueva muy alegre; mas no halló a la infanta, que de miedo, no sabiendo si el caballero habría la victoria, se había escondido entre los árboles; y comenzó a dar muy grandes voces llamándola y con muy gran cuita comenzó a buscarla. Mas la infanta, que en otra cueva muy cerca de aquélla estaba metida, habiéndose certificado no ser aquél el caballero que forzada la había traído, salió della y respondió a Peliscán; el cual con muy gran gozo llegó donde ella estaba, y hincando los hinojos en tierra le dio la cabeza diciéndo:

—Soberana señora, en quien los dioses para mostrar su poder en la tierra hicieron la hermosura del cielo, ya no tiene la vuestra merced más que temer deste mal caballero que enojaros quería, porque con sus días feneció su mala intención con la mayor ventura mía que pudo ser en el mundo, pues he podido haceros este servicio. Mas, ¡ay de mí!, si el bien que en esto me ha concedido ha de ser para mayor mal si no hallo el socorro que la mortal herida de mi corazón ha menester para sustentar la vida; porque después que mis ojos vieron vuestra divina beldad, atando con la vista las fuerzas de la libertad pusieron en mis gloriosos pensamientos un fincado atrevimiento para osar amar donde me hallo indigno por falta de merecimiento; que, aunque en mí haya alguno, para con el vuestro es tan sin comparación como de las cosas celestiales a las de la tierra. En la hora que os vi, convirtiéndome con la afición en un ser ajeno de mí mismo, me parece no ser yo el que solía, pues no puedo dejar de ser captivo de la soberana y divina infanta Briseida. Suplico a la vuestra soberana grandeza que, aunque mi fantasía exceda los límites de la razón, mire que con la sobra de amor se suple la falta para que yo del todo no desmerezca de llamarme vuestro caballero, y como a tal la vuestra merced me dé sus hermosas manos para que la gloria de besarlas sustente el tormento de mi atribulado corazón, para que no desfallezca desamparando la vida que para sólo poder serviros deseo.

Y diciendo esto le quiso tomar las manos para besárselas; mas la infanta que conoció ser el Caballero del Dragón y se le acordó de las palabras que andando en la batalla le había oído, aunque estuviese pagada dél, así por su buen parecer como por el servicio que le había hecho, no quiso dar lugar a que se le atreviese de manera que se viese con él en el mismo peligro que con Alimarán; y haciéndole levantar de tierra, no le quiso dar las manos, diciéndole:

—Caballero del Dragón, bien creo yo que, según vuestra gran bondad lo muestra, no hay en vos la falta de merecimiento que decís, ni en mí habrá desagradecimiento del servicio que me habéis hecho, ofreciéndose cosa que, no perjudicando a mi honestidad, yo pudiese hacer por vos; mas no querría que, habiendo salido del peligro de Alimarán, con vos estuviese en otro mayor, pues fuera justo que, aunque en vos hubiera esta voluntad, no tuviéades el atrevimiento en este lugar donde parece que la fuerza del miedo, viéndome en vuestro poder, me había de hacer responder fuera de mi querer. Mas no permitirán los dioses soberanos que mi grandeza se abaje ni deje de estimarse por ningún peligro para dejar de responder lo que estando en mis reales palacios hiciera. Y así, agradeciéndoos lo mucho que por mí habéis hecho, la respuesta de lo demás dejo para cuando el tiempo y el conocimiento den más lugar a poderlo hacer.

Grande alteración sintió Peliscán con tan desabrida respuesta, y mostrando con las muchas lágrimas de sus ojos la rabiosa pena que su corazón sentía, le responde:

—La poca experiencia que la vuestra soberana excelencia tiene del amor que tan presto me ha sojuzgado y hecho vuestro rige la voluntad para no dar crédito a mis verdaderas palabras; y como desto yo no tenga otro testimonio mayor que el dolor que siento, él mostrará con mi muerte no haber fingido nada de lo que he dicho. Y la vuestra merced está muy engañada en pensar que mi deseo de serviros sea tan poco que antes no padeciese mil muertes, cuando otras tantas vidas tuviese, que no osar pensar de enojaros ni ofenderos en un punto. Los poderosos y soberanos dioses son testigos de mi dolorosa pasión, la cual no siendo socorrida con algún favor, dará tan cedo fin a mis días, que poco tiempo reciba la vuestra merced el enojo que agora con mi atrevimiento os he dado.

Tantas fueron las lágrimas y suspiros de Peliscán, creciendo su pasión con tanta fuerza, que sin poder resistirlo, sacándolo de su sentido, le hicieron quedar con un tal desmayo que verdaderamente parecía haber quedado muerto. La infanta que así lo vio, arrepintiéndose de la desabrida respuesta que le había dado, con muy gran lástima de verlo estar tal a su causa le quitó los lazos del yelmo, y sacándoselo de la cabeza para que el aire le diese, la puso en su regazo; y mirándole, le parecía no haber visto jamás tan hermoso caballero, y que toda la bondad y hermosura del mundo estaban juntas en él, y cebando los ojos en aquella vista, que con la lástima de ser ella la causa de su daño despertaron en ella el amor que jamás había sentido, encendieron así sus entrañas que, sin sentirlo, de sus hermosos ojos comenzaron a destilar grande abundancia de lágrimas, saliendo con ellas algunos suspiros de su pecho con que daba aliento a la nueva pasión que sin reposo la había dejado, y decía entre sí:

—¡Ay Caballero del Dragón, cuán caro me ha costado el servicio que de ti he recibido!, pues que si he sido causa de tu muerte, habré de pagar mi desatino con el fin de mi vida, y si vivo quedares, quedaré yo sin la libertad que hasta ahora tenía, amando un caballero sin saber quién sea ni el merecimiento que en él hay para poderlo hacer.

Y diciendo esto, creyendo que Peliscán fuese muerto torcía con muy gran ansia sus hermosas manos; y con muy gran congoja estuvo una gran pieza esperando, y viendo que no volvía en sí, decía:

—Si este caballero muere por mi causa, yo me daré la muerte.

Y oyendo correr un arroyo de agua que allí cerca pasaba, se levantó por traer della para echarle en su rostro. Y como al arroyo llegase, acaso había llegado allí un oso, el mayor y más espantable que se podía hallar, que como a la infanta vio, pasando de la otra parte del arroyo la comenzó a seguir. La infanta temiendo la muerte, como aquella que ningún remedio tenía, comenzó a huir, y dando las mayores voces que podía llamaba al Caballero del Dragón que la socorriese. Y como a esta hora los sentidos tornasen en él a revivir, tuvieron tanta fuerza las voces de la infanta, que le hicieron volver en su acuerdo, y muy despavorido, así de conocerla como de verla caer desmayada con el miedo junto donde él estaba, se levantó, y viendo el oso que por tomarla entre sus brazos y despedazarla venía, se le puso delante; y el oso queriendo hacer dél lo que de la infanta pensaba, le quiso echar los brazos; mas Peliscán hurtándole el cuerpo, con muy gran ligereza de un golpe se los cortó entrambos, y tan buena maña se dio, que de dos golpes le cortó la cabeza y el oso con muy grande estruendo cayó muerto.

Y Peliscán volviendo donde la infanta estaba, la tomó entre sus brazos, y viéndola tal que muerta parecía, sus lágrimas fueron tantas que, supliendo con ellas la falta del agua para echar en su divino rostro, pudieron tanto que la volvieron en sí; que como en los brazos del Caballero del Dragón se vio y aquella espantable bestia muerta, jamás igual gozo a su corazón llegó, que por muerta se había contado. El Caballero del Dragón, como su pasión cada hora más creciese, no pudiendo dejar de publicar su congoja, tornó a decir:

—Si mis desventurados hados y desastrada suerte, excelente señora, no han de poder mudar la voluntad que contra mí habéis mostrado, sinrazón he hecho a la vida que tuviere no dejándola fenecer en la braveza de aquella disforme y temerosa fiera, pues que con la muerte cesara mi pena y la razón y ocasión de enojaros; mas estando con tan desdichada vida, el vivir me será a mí enojoso y a vuestra soberana grandeza será imposible dejar de darle pena, pues que me será forzado pedir siempre piedad y misericordia para aliviar mi rabiosa pasión. Y aunque mi merecimiento no sea tanto que pueda mereceros, pues nadie, siendo mortal, puede tener este merecimiento en el mundo, no puedo tan poco serviros que, cuando los soberanos dioses me hiciesen tan dichoso que vuestra voluntad se conformase con la mía no pueda ponerme una corona de reina sobre vuestra hermosa cabeza; que por su soberana grandeza y inmortalidad con que rigen el cielo y la tierra os juro que soy hijo de rey coronado y único príncipe y heredero del reino; y por lo que más crédito a mis palabras debéis dar es que a tan alta señora y a quien yo tanta obligación tengo de decir verdad no había de osar mentir ni decir cosa que no fuese muy verdadera. Y si todavía la vuestra merced fuese contenta que yo la sirva con mi muerte, muy poco tiempo os enojaré con la vida, que sin vuestro favor es imposible sustentarse.

Y con esto, no cesando de llorar, manifestaba con las señales exteriores el dolor que su atribulado corazón sentía. La infanta que ajena de su libertad se hallaba, sintiendo tan gran novedad en su corazón, que, no pudiendo encubrir su sentimiento con la misma solemnidad de algunas lágrimas y encubiertos sospiros, determinándose de aventurar la vida y la honra por quien en aquel día con tan

gran peligro se la había guardado, y más confiando en sus palabras y que, siendo cierto que él fuese hijo de rey, ella con ninguna persona podía ser mejor casada, le responde:

—Caballero del Dragón, la gran experiencia de amor que en vos he sentido, juntamente con la grande obligación que os tengo de haberme hoy librado de dos tan estraños peligros, han forzado mi libertad y movido mi corazón para que, soltando las ataduras de la honestidad que tan alta doncella como yo debiera tener, me deje vencer de vuestros ruegos habiendo piedad y lástima del gran dolor que mostráis, aunque temo serme tenido a demasiada ligereza, dando tan presto crédito a las palabras de un caballero que no conozco, venir a satisfacer sus razones, que por la mayor parte suelen ser llenas de engaños; mas conociendo el cargo en que os soy, así de la vida como de librarme de las sucias fuerzas de Alimarán, yo determino ponerme en vuestro poder confiando que un caballero en quien tanta bondad hay no querrá engañar una doncella de tan alto merecimiento como yo, porque cuando otra cosa supiese ser verdad, yo me daría la muerte que por ello mereciese. Y pues que yo he sojuzgado las fuerzas de mi honestidad para quereros y amaros, lo que os suplico es que, templando vos las de vuestra voluntad, os contentéis con saber la mía, tomando la parte de mi amor que lícitamente se os puede conceder, dejando lo demás para cuando el tiempo nos diere lugar que conforme al merecimiento de nuestros estados se pueda hacer, porque con ser vos quien decís, muy presto con el Soldán mi señor podrá acabarse.

No se podría pensar la alegría que Peliscán sintió cuando aquellas razones oyó a la infanta, como quien de muerte a vida sintía resucitarse, y tomando sus delicadas y hermosas manos, se las besaba muchas veces. Con no menos lágrimas del gran contentamiento que de la congoja había mostrado, le decía:

—Los inmortales dioses, soberana señora, no permitirán que la vuestra merced de mí pudiese ser engañada, y a ellos pongo por testigos que yo he dicho verdad y que mi intención es sin ningún mal pensamiento en vuestro servicio, pues que yo no deseo otra cosa sino teneros por mi señora, para lo cual os doy mi mano y la fe, poniendo a los soberanos y celestiales dioses por testigos. Y queriéndome vuestra grandeza por esposo, yo no lo seré de otra en el mundo.

La infanta le tomó la mano, y desposándose entrambos, ella le dio lugar a que pudiese gozar de su hermosura sin pasar los muros de su fortaleza; mas Peliscán, temiendo que el lugar que entonces tenía podría muy tarde cobrarlo, tanto hizo que, aunque contra voluntad de la infanta, su doloroso tormento recibió el descanso que para el alivio de su atribulado corazón se requería, quedando con tan gran alegría de verse tan bien empleado y satisfecho, que todo el contentamiento del mundo tenía. Y aunque en alguna manera el acuerdo en que la conciencia le ponía de ser él cristiano y ella mora le diese desasosiego, teniendo por cierto de tomarla por mujer le aliviaba el cuidado, aunque pensando en ello se le hacía muy grave la ofensa que a Nuestro Señor había hecho.

La infanta quedó turbada y con mucho enojo de lo que Peliscán había hecho; mas él le dijo tantas y tales razones, que le quitó muy gran parte dél; y así, con muy gran gozo y contentamiento de los dos, porque la infanta siempre tuvo a Peliscán por moro, estuvieron gozando, hasta que la claridad del día se venía acercando, de

lo que el tiempo y lugar les concedía. Y la infanta le preguntó quién eran los Caballeros de las Águilas y el Caballero de la Luna, y Peliscán le dijo que el Caballero de la Luna era el mejor que en el mundo se hallaba, y que él y uno de los de las Águilas eran príncipes de muy grandes reinos, y por entonces no curase de saber más de sus haciendas, que él se lo diría cuando tiempo fuese, porque habían hecho muy gran juramento de no se descubrir en tanto que en aquella tierra estuviesen; y la infanta no le curó de preguntar más sobre ello.

CAPÍTULO III-XIII

CÓMO EL SOLDÁN SUPO LA LIBERACIÓN DE LA INFANTA BRISEIDA, Y CÓMO ELLA Y LA DUQUESA DE TORBALÁN SE DESCUBRIERON SUS AMORES, Y DE LA ORDEN QUE EN ELLOS DIERON

VENÍASE ya acercando la mañana cuando el príncipe Peliscán y la infanta Briseida, estando con aquel gran contentamiento que el gran amor que se habían cobrado les causaba, oyeron estruendo de caballos, y pensando lo que podía ser, por que de lo pasado no se pudiese tener sospecha se levantaron de sobre la verde yerba en que estaban, y poniendo el freno al caballo que Alimarán a la puerta de la cueva había dejado arrendado, Peliscán subió en él, y poniendo a la infanta en las ancas dél, llevó consigo las cabezas de Alimarán y del oso que había cortado, y así comenzaron a caminar hacia aquella parte que el ruido de los caballos y gentes habían sentido. Y no anduvieron mucho que se encontraron con diez caballeros de los que en su demanda iban, que muy gran placer hubieron de ver a la infanta libre, y continuando todos juntos su camino, toparon otros muchos, los cuales sabiendo a la parte que el Soldán estaba, le fueron a demandar las albricias. El Soldán vino luego con toda aquella alegría que se pudiera pensar, y llegando donde Peliscán estaba, la infanta y él se apearon del caballo, y el Soldán abrazó a la infanta y la besó con muchas lágrimas de placer. Y Peliscán, hincando los hinojos ante él, le demandó las manos para besárselas, y el Soldán le abrazó y levantó diciendo:

—Por cierto, Caballero del Dragón, según el gran beneficio que yo hoy de vos he recibido, con más razón os las podría yo demandar; y los dioses me traigan a tiempo que yo pueda galardonaros el gran servicio que hoy me habéis hecho.

—Muy poco es —dijo Peliscán— para lo que yo deseo servir a vuestra majestad.

Y entonces le dio las dos cabezas; y cuando el Soldán vio la del oso y supo el gran peligro en que la infanta había estado, de nuevo tornó a abrazar a Peliscán, diciendo:

—Bienaventurada y dichosa mi corte, pues que tales caballeros a ella han venido; que yo tengo esperanza que, pues lo de la infanta se ha librado tan bien, que los dioses no permitirán que el príncipe Orizes muera.

Y entonces les contó de la manera que lo habían hallado, con que los cuatro caballeros holgaron mucho. Y Olivante y sus compañeros llegaron a abrazar a Peliscán, pasando entre ellos muchas amorosas razones. Y luego trujeron un palafrén en que la infanta fuese, y tomaron su camino para la ciudad de Babilonia, en el cual Olivante, viendo a Peliscán puesto en un nuevo y profundo cuidado con algunas señales que lo manifestaban, pensó lo que podía ser y mucho le pesó dello, aunque entonces no quiso dárselo a entender.

Y así fueron todo aquel día, que ya cerca de la noche llegaron a la ciudad, yendo juntos ya más de mil caballeros que en la misma demanda habían salido, y hallaban los campos llenos de gentes que sabiendo ya las nuevas salían por ver a los cuatro caballeros, y decían:

—Éste es aquel valiente y esforzado Caballero de la Luna, que abajó la soberbia de Brontanar de Arcadia, y dicen que de un solo encuentro mató a aquel espantable jayán Grandarfo²⁵⁰ de Sarpandia, y que después hizo tantas maravillas con ayuda de sus compañeros, que no quedó ninguno de sus caballeros a vida.

Asimismo daban muchos loores al Caballero del Dragón por haber librado a la infanta; y vinieron a decir al Soldán cómo el príncipe Orizes estaba con mucha mejoría y en todo su acuerdo, de que todos fueron muy alegres.

Los cuatro caballeros acompañaron al Soldán hasta sus palacios, y allí se despidieron dél para tornarse a su albergue; mas el Soldán no consintió que posasen en otra parte que en su palacio, lo cual porfió mucho con ellos; y aunque a Olivante le pesó de hacerlo, viendo que Peliscán y Griseldís lo querían, hubo de holgar dello, y así, se quedaron a cenar aquella noche con el Soldán, y después los llevaron a un aposento tan rico y bien aderezado como si para los más ricos y poderosos reyes de todo el mundo lo tuvieran aparejado. Y otro día por la mañana todos cuatro se aderezaron de muy ricas ropas moriscas que el príncipe Aliazar traía, y después que vieron al Soldán y a la Soldana, que con la gran alegría y fiesta de la venida de la infanta no los había visto, aquella noche fueron a ver al príncipe Orizes; el cual con muy gran comedimiento, tanto como si supiera quién eran, les dio las gracias de la venganza que de los jayanes y de sus caballeros le habían dado, juntamente con librar a la infanta, que era lo que más pena le había dado después que lo había sabido.

—Poderoso príncipe —respondió Olivante—, como todos los del mundo estén tan obligados a serviros, nosotros hecimos lo que éramos obligados, y más en un caso tan feo que, a quienquiera que tocara fuera justo aventurar nuestras vidas. Y creedme que los dioses fueron los que os vengaron, porque sin su ayuda era imposible que nosotros pudiéramos hacer lo que hemos hecho.

Hablando en estas cosas y en muchas otras estuvieron allí gran pieza, y después salieron donde el Soldán atendiéndolos estaba, el cual con muy grande instancia quiso saber dellos quién eran; mas los cuatro caballeros le suplicaron que

²⁵⁰ Orig.: 'Gradarfo' (228r).

hasta pasado el torneo no quisiese saberlo, porque ellos lo habían así prometido, y que entonces se lo dirían. El Soldán viendo la voluntad que tenían de encubrirse, y pensando por esto que debían ser personas de alta guisa, no les preguntó más, sino que en todo lo que podía les hacía tanta honra como si sus iguales fueran.

Y así, estaban esperando el día en que se habían de comenzar los torneos, gozando Griseldís de hablar cada día con su señora la duquesa de Torbalán, la cual habiéndose criado toda su vida con la infanta Briseida y siendo la persona que la infanta más en el mundo amaba, no viendo manera como sus cosas pudiesen ser bien guiadas si de alguna persona no se fiaba, se descubrió a la duquesa contándole con muchas lágrimas y suspiros lo que con el Caballero del Dragón había pasado; de que no poco espantada la duquesa y muy alegre de hallar compañía en su aventura, contó a la infanta cómo Griseldís la amaba, y ella a él, de muy grande amor, y eran ya desposados, y que le hacía saber que el otro Caballero del Águila que con él venía era Aliazar, príncipe de Alejandría, mas que a los otros caballeros no los conocía.

—Mi verdadera amiga —respondió la infanta Briseida—, no puedo yo disimular ni encubrir el grande amor que al Caballero del Dragón tengo, tanto, que mi corazón padece la más cruel y rabiosa pena que ser puede todas las veces que mis ojos no lo veen. Y lo que más yo deseo es saber quién él sea, para que quede satisfecha si estoy engañada en haber amado persona que por su estado me merezca, pues por el valor de su persona está tan manifiesto su gran merecimiento y que por él es razón de ser amado de cualquiera doncella del mundo.

—Yo tendré ese cuidado —respondió la duquesa— y haré a la vuestra merced cierta de lo que deseáis.

Y con esto, hablando un día con Griseldís, le rogó que le dijese lo que del Caballero del Dragón y de la Luna sabía. Y como entre los que bien se aman ninguna cosa hay encubierta, así fue en esto, que la duquesa descubrió a Griseldís todo lo que de Peliscán y de la infanta había sabido. Griseldís, como era tan buen caballero, aunque muy espantado fue de cómo Peliscán, siendo cristiano, se había desposado con la infanta, lo encubrió lo mejor que pudo, diciendo que lo que dellos sabía era ser dos muy grandes príncipes y señores de grandes reinos, porque así se lo había dicho Aliazar, que los conocía; mas que no le había querido decir otra cosa. La duquesa se fue con estas nuevas a la infanta, y con ellas quedó algún tanto satisfecha de su yerro, aunque, según su pasión y deseo la acusaban, no lo tenía por tal.

Griseldís tenía ya por amigo a Peliscán, y sintiendo cada uno los secretos del otro, vinieron a descubrirse los dos todo lo que pasaba, y favoreciéndose entrambos, tuvieron tales maneras como otra noche adelante la infanta y la duquesa, por un aposento de una ama que la había criado, a quien confió este secreto, mandaron a los dos caballeros que viniesen a hablarlas, los cuales como aquellos que ninguna cosa más en este mundo deseaban, lo hicieron. Y a la medianoche, sin poder de ninguno ser vistos ni sentidos, se levantaron de sus lechos, y cubiertos de sus mantos, con solos sus escudos y espadas, sin que Olivante ni Aliazar lo supiesen salieron de su aposento, y pasando unos corredores llegaron al de la ama de la infanta y entraron por una puerta falsa donde las dos

señoras esperándolos estaban. Y siendo dellas recibidos como aquellos que de muy verdadero y grande amor los amaban, pasaron toda la noche con muy gran descanso y contentamiento, haciéndoseles tan poco que maldecían el día cuando sintieron venir la mañana. Mas no pudiendo hacer otra cosa se despidieron, tornándose los caballeros a su aposento y dejando concertado de venir de allí adelante de aquella manera cada noche en tanto que allí estuviesen; y se metieron en sus lechos sin que sus compañeros hubiesen dello sentimiento.

CAPÍTULO III-XIII

CÓMO EL REY DE DAMASCO, LLAMADO VITORALDO, Y EL
ALMIRANTE MARFIRIO SINTIENDO LOS AMORES DE LA INFANTA,
QUISIERON MATAR A PELISCÁN, Y DEL GRAN PELIGRO EN QUE
LOS CUATRO CABALLEROS SE VIERON Y CÓMO SACARON A LA
INFANTA BRISEIDA Y A LA DUQUESA DE TORBALÁN

NO faltaban ya sino dos días para que aquellos grandes torneos se comenzasen, a los cuales habían venido tantos caballeros de muchas y diversas naciones, que toda la ciudad de Babilonia estaba llena, y entre ellos muchos reyes y príncipes y señores, así de los que venían encubiertos como de los que públicamente se mostraban, de manera que nunca corte de príncipe ni señor pagano en aquellos tiempos ni muchos antes se había visto tan bien acompañada. El Soldán a los que conocía hacía muy gran honra en sus palacios, y a los demás hacía proveer de todo lo necesario. Entre los que vinieron y a quien el Soldán hacía mayor fiesta, porque eran de los que dentro de su palacio posaban, fueron Vitoraldo, rey de Damasco, y el almirante Marfirio, que muy gran señor era, los cuales siendo cormanos y habiendo días que en aquella corte estaban, el amor, que a ninguno perdona, les hizo que Vitoraldo se perdía de amores de la infanta Briseida y Marfirio de la duquesa de Torbalán, porque era la más hermosa doncella que en aquella corte después de la infanta había.

Y así, no pudiendo reposar sus corazones y buscando todas las maneras para cumplir sus deseos que el nuevo amor les ponía delante, una noche, por ver si tendrían aparejo de ver o hablar por alguna parte a las que por señoras habían tomado y descubrirles su pasión, enviaron de su aposento un escudero para que mirase si alguna persona parecía; el cual saliendo a los corredores y puesto en cierta parte oscura, vio salir a Peliscán y a Griseldís de su aposento y entrar en el de la ama, como otras noches solían hacerlo. Y el escudero volviendo al rey, le dijo lo que pasaba, y el almirante Marfirio, que mucha sospecha tenía de los amores de Griseldís y de la duquesa de Torbalán por señales que había visto, pensó que cierto sería él; y levantándose entrambos de sus lechos, armándose de unas muy buenas armas secretas salieron a los corredores, y escondiéndose, estuvieron esperando hasta que los dos amadores sin ninguna sospecha antes del día con dos horas

salieron; que como el rey Vitoraldo los vio, venciendo la furia y soberbia a la discreción que para saber mejor guiarlo debiera tener, con una gran voz echando mano a la espada dijo:

—¡Mueran los que tal traición en casa del Soldán hacen!

Peliscán y Griseldís, viendo ser sentidos y que así los acometían, teniendo por ciertas sus muertes pusieron mano a las espadas, revolviendo los mantos al brazo. Y como el rey, que muy esforzado caballero era, tirase un gran golpe a Peliscán, el cual le cortó todos los dobleces del manto, y si en el brazo le alcanzara, también se lo echara en el suelo, Peliscán, que muy diestro y ligero era, dando un salto cerca dél, le dio tan gran golpe en la cabeza, que cortándole una cofia de acero que tenía, se la hendió hasta los ojos y Vitoraldo cayó luego muerto, en tanto que Griseldís y Marfirio se habían dado algunos golpes, y aunque Griseldís fue herido en el brazo siniestro y de otra herida pequeña en un hombro, el almirante tenía una estocada en la garganta que, aunque pequeña, con la mucha sangre que le salía y con la mucha furia que él faba, muy presto se le acabó el aliento, y asimismo cayó muerto.

A esta hora el escudero del rey Vitoraldo comenzó a dar tan grandes voces, que todos los que en los palacios estaban se alborotaron y salían a ver qué cosa era. Y cuando dijeron al Soldán que el rey de Damasco y el almirante Marfirio eran muertos, comenzó a grandes voces a mandar que todos se armasen, y queriendo saber quién lo había hecho y la causa dello, el escudero del rey le dijo:

—Sabrá vuestra majestad que el Caballero del Dragón y otro de su compañía entraron en el aposento de la infanta, y el rey y el almirante por conocerlos y vengar la traición que os hacían han recibido dellos la muerte.

El Soldán con muy grande enojo de lo que oía, tan bravo que toda la furia del mundo parecía estar en él, se comenzó a armar, diciendo que todos se armasen para que aquellos traidores muriesen.

En tanto que esto pasaba, Peliscán y Griseldís entraron en su aposento, y llamando a Olivante y a Aliazar, con gran priesa comenzaron a armarse, contándoles lo que les había acaecido, de que a Olivante le pesó infinito, porque, habiendo recibido tanta honra del Soldán, en ninguna manera le quisiera hacer enojo; mas viendo que no podía escusarse y que a todos ellos habían de procurar de dar la muerte, se armaron a muy gran priesa. Y en tanto Peliscán con muy grandes lágrimas demandó a Olivante que le perdonase su yerro, pues que fuerza de amor se lo había hecho hacer, y que le hacía saber que, si de allí salía sin llevar a la infanta, que sería imposible poder vivir sólo un día. Olivante que la pasión de Peliscán conoció, considerando el gran cargo y obligación en que le era, le mostró muy buen semblante, diciendo que procurase él de poderla sacar de allí y que en defender la salida le dejase el cargo, porque lo haría en tanto que la vida le durase.

Peliscán, tomando a Griseldís aparte, le rogó que, pues él estaba herido, no entendiese en otra cosa sino en procurar de sacar a la infanta y a la duquesa, y que, si su dicha fuese tal que lo pudiese hacer, que se lo hiciese saber y los esperase en la entrada de la floresta. Griseldís dijo que así lo haría, y llevando consigo a su escudero se salió del aposento por otra puerta lo más encubiertamente que pudo, llevando consigo también a Leristes, porque Olivante le mandó que fuese con él.

Apenas hubo salido Griseldís cuando el Soldán con más de treinta caballeros que en el palacio se hallaron, todos ellos muy preciados y de gran valor, llegaron a las puertas del aposento, las cuales, aunque estaban cerradas, echaron en un punto en el suelo, dando muy grandes voces y diciendo:

—¡Mueran los traidores y desleales caballeros que en casa del Soldán procuraban de hacer tan gran maldad y traición!

Los tres caballeros se pusieron delante dellos, y como vieron al Soldán, Olivante le dijo:

—Por cierto, poderoso señor, entre nosotros no hay ningún traidor ni persona que haya querido ofenderos, ni vuestra grandeza dé crédito en ello ni a cosa ninguna hasta ser informado de la verdad; y cuando halláredes que nosotros tenemos culpa, nos pondremos en vuestras manos para que ejecutéis la pena que mereciéremos.

—Caballero de la Luna —dijo el Soldán—, basta lo que hemos visto sin más información; y si quisiéredes desculparos, dándoos a prisión, yo oiré después vuestra justicia.

—Esa prisión —respondió Olivante—no verá ninguno en tanto que la vida me dure.

Y diciendo esto, los caballeros del Soldán por prenderlos y ellos por defenderse comienzan una mortal y dolorosa batalla para muchos que en ella murieron, porque los tres caballeros, como aquellos que ninguna esperanza de salvarse tenían sino en la fuerza de sus poderosos brazos, daban mortales y desesperados golpes, y como rabiosos leones, de ninguno dellos dejaban de matar o herir a alguno de los que se les ponían delante. Ver a Olivante las estrañas maravillas que hacía, no eran de hombre mortal; no había hombre que a él osase llegarse. Pues Peliscán, como aquel a quien iba tanto y por cuya causa la batalla se había comenzado, no se pueden creer los mortales golpes que daba. No menos hacía el infante Aliazar, que queriendo mostrar la gran obligación y voluntad que al servicio de Olivante tenía, andaba como hambriento león dando golpes a diestro y a siniestro, tanto, que el Soldán, desesperado de ver que no los podía empecer ni entrar adonde estaban y que ya más de la meitad de sus caballeros estaban muertos y heridos, no sabía qué hacerse. Mas como en el palacio había mucha gente y al ruido todos llegasen, allí cargaban sobre los tres caballeros que ninguna falta hacían los que morían, y el Soldán no hacía otra cosa sino animarlos con muy grandes voces que los matasen, y así, muchos peones y gente de servicio les arrojaban lanzas y porras y otras armas arrojadizas. Lo cual viendo Olivante, y que por estar allí encerrados no tenían mayor seguridad de sus vidas, se salió a los corredores, y con él sus compañeros, y como si ninguna cosa hubieran hecho, de nuevo comenzaron a hacer tan gran destrucción que todos decían:

—Éstos no son hombres sino diablos, venidos del infierno para darnos a todos nosotros la muerte.

Y así huían dellos como aquellos que otra cosa no esperaban. Tan gran mortandad y estrago hicieron los tres caballeros en poco tiempo, que ninguno osaba ya atenderlos por más que el Soldán los animaba, porque entre los muertos, que eran más de veinte, sin los muchos que estaban heridos, así caballeros como

de la otra gente, había caballeros muy preciados y de gran valor, y los que quedaban, huyendo se escondían por las cámaras; y el Soldán se entró en una sala, y mucha gente con él, y no sabía qué hiciese de sí. Olivante entró dentro, y el Soldán, para que los que allí estaban dentro se abrazasen con ellos, porque desta manera pensaba vencer sus fuerzas, hizo matar las hachas que encendidas estaban; mas Olivante conociendo su intención, se tornó a salir. Y el Soldán estaba desesperado porque un caballero que había enviado para que lo hiciese saber en la ciudad y hiciese venir gente no tornaba con recaudo ninguno; que, aunque los palacios del Soldán estaban dentro de los muros, estaban tan lejos de lo poblado que no se sentía ninguna cosa del ruido.

Y ya a esta hora casi comenzaba a amanecer, y estando en esto llegó Griseldís, el cual hasta entonces no había estado de espacio, porque, errando la entrada del aposento de la infanta con la turbación, bajó al patio de la casa, en el cual vio al caballero que por el socorro a la ciudad iba, y conociendo Griseldís su perdición si en la ciudad se supiese, se hubo con él tan esforzadamente que de dos golpes lo mató, y llegando a la puerta del palacio mató al portero y le tomó las llaves, dejando cerrado como ninguno pudiese abrir. Se tornó a buscar el aposento de la infanta, mas no pudiendo hallarle, fue tal su ventura que por entre una puerta que a una huerta salía sintió muy grandes gemidos y suspiros, como de personas que se quejaban, y llegándose más cerca, conoció ser la infanta y la duquesa, que con la grande angustia y dolor de sus corazones viéndose descubiertas y sus amigos en tan estrecha necesidad, estaban allí esperando con determinación de darse la muerte. Y como Griseldís llamase y ellas viniesen y le conociesen, luego le abrieron, y Griseldís les supo decir tantas y tales cosas, que las convirtió a hacer en toda su voluntad.

Y así, entrando en una caballeriza del Soldán que en el patio estaba, Leristes y el otro escudero aderezaron todos los caballos y palafrenes que eran menester. Y hecho esto, quedando Leristes con aquellas señoras, Griseldís subió a hacerlo saber a sus compañeros de la manera que todo estaba aparejado, con el cual recibieron infinito placer, y más cuando supieron que estaban seguros de que no viniese socorro a los del palacio de la ciudad. Y cobrando nuevo esfuerzo, comenzaron todos a dar tanta priesa al Soldán y a los que con él estaban, que, habiendo muerto los más dellos y herido otros muchos, los que quedaban, no lo pudiendo sufrir, con el Soldán se retrujeron a una fuerte torre, porque pensaban ya ser imposible salir con su intención.

El Soldán de coraje estaba que parecía que quería reventar, y en aquella hora diera la mitad de su estado por poderse vengar a su voluntad; y pesábale de no haber conocido a los caballeros, aunque fuera por fuerza. Peliscán estaba tan sañudo que quería echar las puertas de la torre en el suelo y no dejar ninguno a vida.

Estando en esto, el príncipe Orizes, que aún tan flaco de sus heridas estaba que no se podía tener, sabiendo lo que pasó, se levanta, y armado ligeramente vino con algunos criados suyos, que cuando tantos caballeros vio muertos y tan gran estrago hecho que cien caballeros no bastaran para ello, estaba muy espantado, no sabiendo qué hacer. Y Olivante que así lo vio, le dijo:

—Poderoso príncipe, mal galardón hemos recibido del servicio que a vos y a vuestro padre hemos hecho, pues que en pago dél nos ha querido dar la muerte creyendo ser verdad lo que no debiera; mas los soberanos dioses han permitido, viendo su poca razón, que los suyos sean muertos y a él tengamos en el estrecho que veis. Mas por amor de vos, que sabemos no tener culpa en esto, le queremos dejar con la vida, y vos os volved a vuestro aposento, que, pues lo pasado no se puede remediar, en lo por venir no se hará más daño, que nosotros no queremos más de podernos salir deste palacio en salvo y con seguridad; que después, personas hay entre nosotros que ni temerán al Soldán ni a todos los príncipes paganos.

—Poderosos caballeros —respondió el príncipe—, la seguridad que decís me parece que, según vuestras poderosas fuerzas, los que en este alcázar estamos os la debemos pedir; y a la verdad, a mí me pesa de no haber podido remediar lo pasado. Y pues que así es, vosotros podéis iros con la seguridad que habéis dicho, que escusado será quereros poner estorbo en ella. Y suplicoos que no curéis de hacer más daño de lo hecho, que por ventura en lo de adelante de no haber venido en cumplir mi ruego no se os seguirá daño ninguno.

—Así será como lo mandáis —respondió Olivante—. Y vos os volved a vuestro aposento, que nosotros no queremos más de lo que habemos dicho.

El príncipe estaba tan flaco que tuvo por bueno el consejo que le daban, y así, se volvió donde la Soldana su madre haciendo muy gran llanto estaba; y por no dar pena al príncipe no le dijo la causa de la quistión, que el príncipe aún no la sabía.

En tanto que estas cosas pasaban, Griseldís tornó a bajar abajo, y haciendo subir a la duquesa de Torbalán en un palafrén, tomó a la infanta, que desmayada y casi sin ningún sentido estaba, y la subió en otro, tomándola Leristes consigo, porque con el desmayo no podía tenerse. Y así, abriendo un postigo que en la huerta estaba, dando el aviso a Olivante y los otros príncipes, cabalgando en sus caballos, y sus escuderos con ellos, se salieron todos juntos por él, tornándolo a cerrar con las llaves que Griseldís tenía. Y a muy gran priesa, a la hora que la claridad del día con la venida del clarífico sol comenzaba a demostrarse sobre la tierra, comenzaron a caminar hacia la floresta que allí cerca estaba con determinación de meterse en la mar, porque Aliazar tenía un barco bien aderezado y los marineros, que estaban esperando para cuando volviese.

El Soldán y los caballeros y otra gente que con él estaba, viendo los palacios desembarazados de sus mortales enemigos, que ya no parecían, aunque todavía con gran miedo, descendieron de la torre, y buscando por todas partes, como no los hallaron, siendo seguros, el Soldán, queriendo certificarse de la verdad si la infanta tenía culpa en lo pasado, cuando la buscaron y no la hallaron se le dobló la cuita; y tirando de sus cabellos y barbas, las mesaba blasfemando de sus dioses, y diciendo muy grandes lástimas así él como la Soldana y todos los que con ellos estaban, porque de una doncella que los había visto ir supieron la verdad, cómo la infanta y la duquesa de Torbalán se eran idas con los cuatro caballeros. Y a gran priesa mandó que fuesen a la ciudad y llamasen todos los caballeros que pudiesen para ir tras los cuatro caballeros que a la infanta llevaban robada. Y como fueron a

las puertas y las hallaron cerradas, tardaron muy gran pieza en abrirlas; y después que fueron a la ciudad, el alboroto fue tan grande que parecía tener el campo lleno de enemigos, porque, así de los naturales como de los forasteros, se armaron luego más de cuatro mil caballeros y se fueron para el Soldán, que esperándolos estaba.

Mas esto no pudo ser tan presto que bien tres horas no se pasasen antes que pudiesen partirse. Y saliendo por la puerta de la ciudad, se partieron de docientos en docientos por diversos caminos, dando el Soldán a cada uno dellos su capitán y prometiendo muy grandes dones y mercedes a quien presos o muertos los trujese. Tomó para sí trecientos caballeros y con ellos se fue por el camino que supo de algunos que a la ciudad venían que los habían visto ir; y también dejó proveído para que luego se pusiesen a punto algunas naos y bateles para que, si era la mar entrasen, no pudiesen en ninguna manera escaparse. Y en la ciudad quedó tan gran llanto y alboroto como si todos estuvieran para ser muertos o destruidos.

CAPÍTULO III-XV

DE LA AVENTURA QUE A LOS CUATRO CABALLEROS EN EL CAMINO LES AVINO, Y CÓMO SE RETRUJERON A UN CASTILLO, Y DE LO QUE MÁS PASÓ

OLIVANTE con sus tres compañeros, como ya se dijo, partieron de Babilonia llevando consigo a la infanta Briseida y a la duquesa de Torbalán, las cuales iban como muertas, no tanto por el yerro que habían hecho como por pensar que era imposible dejar de ser tomadas de la mucha gente que tras ellas saldría; y el mismo recelo llevaban los caballeros, mas sus fuertes y bravos corazones no les dejaban temer ninguna cosa, y parecíales que el poder del Soldán no bastaba a empecerles y se defenderían de todos los caballeros del reino. Y con esto consolando a aquellas dos tan hermosas señoras, se daban toda la priesa que podían; mas en la floresta había tantos caminos y era tan espesa que no sabían atinar por dónde habían de ir, y así, les convino tomar el camino que la ventura les puso delante, guiando siempre hacia la parte que en la ribera de la mar pudiesen dar; mas muy diferentes iban de su intención.

Y como ya hubiesen caminado por la floresta casi diez millas, debajo de unos grandes árboles vieron estar un caballero armado de unas armas azules todas sembradas de unas alcarchofas de oro muy ricas con las orlas de muchas perlas y piedras preciosas, y en el escudo un pavón que tenía hecha la rueda;²⁵¹ y el yelmo tenía puesto y cuatro escuderos con él, y a un árbol tenía arrendado un poderoso caballo ruano. A todos les pareció muy bien el caballero, y pasando cabe él, lo saludaron, y el caballero a ellos muy cortésmente; mas poco hubieron andado cuando el caballero encima de su caballo llegó a ellos diciendo:

²⁵¹ Desplegada la cola.

—Buenos caballeros, mal parecen las fuerzas semejantes en caballeros que de bondad se precian; por tanto, pues que en vosotros no debe faltar, dejad a estas señoras en su libertad, que, no lo haciendo, yo no puedo dejar de aventurar la vida hasta saber la verdad de cómo van en vuestra compañía.

Mucho les pesó a los cuatro caballeros de hallar aquel estorbo, y quisieran escusarlo si pudieran, y con buenas razones quisieran satisfacerle; mas el caballero, viendo los tristes semblantes de la infanta y de la duquesa y que los caballeros procuraban desembarazarse dél, le tomó mayor voluntad de saber quién eran; y tanto porfió en ello que, no se pudiendo escusar la batalla, Peliscán pasó adelante diciendo:

—Caballero soberbio y de poca virtud, no solemos nosotros dar cuenta a los tales como vos de lo que hacemos cuando nuestra voluntad no nos convida a ello, porque más nos detendremos en decirlo que en librarlo por batalla; por tanto, si la queréis, aparejaos para ella, que comigo la habéis de haber.

El caballero sin responder ninguna cosa volvió su caballo, y lo mismo hizo Peliscán. Y después que hubieron tomado del campo lo que les hacía menester, se dejaron correr el uno contra el otro, yendo los caballos con tan gran furia que la tierra hacían temblar al derredor de sí, y encontrándose en medio de los escudos, las lanzas fueron hechas muy menudos pedazos sin que otro mal se hiciesen. Y topándose de los cuerpos, los encuentros fueron tan poderosos que entrambos vinieron al suelo; mas, levantándose tan ligeramente como si alas tuvieran, pusieron mano a sus espadas y comienzan a herirse con tan grande esfuerzo y ardimiento que a todos les parecía ser una de las bravas y reñidas batallas que jamás habían visto y tenían al Caballero del Pavón por muypreciado caballero, y pesábales del estorbo que les hacía, porque temían la venida del Soldán y no osaban dejar a Peliscán, porque el caballero se había con él con tan gran virtud y fortaleza, que ninguna ventaja del uno al otro se conocía, y tenían los escudos todos rajados, las lorigas desmalladas y los yelmos abollados de los grandes golpes que se daban; mas la fineza de las armas estorbaban que no pudiesen herirse ni hacerse el mal que deseaban.. Y viendo Peliscán que de la tardanza les podría venir muy gran daño, dio tan gran golpe al Caballero del Pavón sobre el yelmo, que una rodilla le hizo hincar en el suelo, y si su fineza no le defendiera, le hubiera muerto; mas la espada se le hizo en dos partes.

El Caballero del Pavón que vio a Peliscán sin espada, le comenzó a dar muy grandes golpes, y Peliscán que se vio en este peligro, soltando lo poco que le quedó de la espada y recibiendo un golpe en el escudo, se metió con él tan presto que al Caballero del Pavón le convino, soltando también la espada, abrazarse con él y los dos vinieron al suelo, siendo tan iguales las fuerzas, que gran pieza anduvieron dando vueltas por él sin soltarse, y cada uno procuraba de tener al otro debajo de sí. Mas a esta hora al Caballero del Pavón se le desenlazó el yelmo, y con los golpes que en tierra daban se le cayó de la cabeza; que como Olivante y Alíazar lo vieron luego fue dellos conocido, y muy maravillados se llegaron a los caballeros diciendo Olivante:

—Señor Peliscán, con más razón esos abrazos serían de amistad tan verdadera así como entre vosotros hay; porque, si yo no me engaño, la batalla que hacéis es con el preciando y nuestro grande amigo el rey Tirsés.

Los dos caballeros, oyendo estas palabras, se soltaron, y el rey Tirsés, que así era la verdad ser él el Caballero del Pavón, oyendo decir aquello a Olivante quedó muy maravillado, y con gran alegría se fue para Peliscán diciendo:

—Si aquesto es verdad, yo he sido el más dichoso del mundo; mas quiero certificarme de mi ventura si es tal como lo he oído.

Y teniéndolo Peliscán abrazado consigo, el rey Tirsés le quitó el yelmo, y viendo no ser engañado, hizo grandes alegrías con Peliscán, pidiéndole perdón del enojo que le había hecho. En tanto, Olivante y Aliazar se quitaron los yelmos, que como Tirsés los vio, no se podría decir la grande alegría y regocijo de su corazón, y abrazándose con Olivante decía y hacía cosas con que todos conocían lo mucho que se había holgado de aquella aventura. Y queriendo saber la causa, Olivante le dijo que de su tardanza allí les podría venir muy gran peligro, que cabalgasen él y Peliscán y se fuesen, que por el camino se lo irían diciendo.

La infanta fue muy alegre de ver hecha la paz, que con gran miedo estaba, y sabiendo ser aquél un rey muy poderoso que tanto caso hacía de su amigo, se conhortó con pensar que iba tan bien empleada que sería muy gran parte para la disculpa de su yerro. Y después que el rey Tirsés supo la causa de su venida con todo lo que más les había sucedido, muy espantado dello les dijo cómo, habiendo oído decir de aquellos torneos y la gran caballería que a ellos venía, deseando no tener la vida tan ociosa como hasta entonces la había tenido, se quiso hallar en ello, y dejando a Belises con la reina Clarista, sin que supiese dónde iba, con aquellos cuatro escuderos, que muy bien sabían la lengua de aquella tierra, venia a hallarse en ellos; mas que, pues a tal tiempo la ventura le había traído allí donde le parecía poder aprovechar su servicio en algo, que no se pensaba apartar dél hasta la muerte.

Todos le dieron las gracias de su gran ofrecimiento, aceptándolo; y el rey Tirsés se llegó a hablar a la infanta con muy gran acatamiento, y ella hizo lo mismo; y después habló a la duquesa, y todos juntos tornaron a continuar su camino. Y habiendo andado poco trecho vieron venir un doncel a gran priesa encima de un palafrén, el cual viendo a la infanta, que muy bien conocía, y al Caballero de la Luna con ella, se llegó a ellos diciendo:

—Lucero de la caballería del mundo, yo deseo vuestro servicio más de lo que pensáis, porque soy hijo de Aspizel, aquel caballero viejo que con la duquesa Artaida iba cuando a Brontanar de Arcadia vencistes. Yo he sabido toda vuestra aventura y deseo daros el remedio que para salir della habéis menester, pues a tal tiempo os he hallado; que sabed que yo he salido de la ciudad de Babilonia, donde he visto venir al Soldán con tan gran número de caballeros y repartidos en tantas partes, sin otros muchos que después han salido, que tengo por cierto ser imposible dejar de hallaros, de donde se os sigue muy crecido peligro, porque la mar está tan lejos que será imposible llegar a ella sin estorbo, y en la tierra tenéis tan mal remedio contra tanta gente, que yo no veo otro sino que os acojáis a un castillo de mi padre que en la falda desta floresta tiene, que yo sé que aventurará

su vida, como yo haré la mía, por serviros, hasta que con el tiempo procuréis mejor manera de salvaros que agora podéis hallar.

—Buen doncel —respondió Olivante—, yo creo bien lo que decís, porque siendo hijo de tan buen caballero no querréis engañarnos. Y lo que agora hiciéredes por nosotros os será tan bien galardonado y mejor que haciéndolo por el Soldán; que aunque vuestro padre no tenga más obligación de mi voluntad, porque le serviría yo en cualquiera cosa que me mandase tengo creído que hará por nosotros lo que pudiere.

—Eso podéis vos creer —respondió el doncel—, que por lo que he entendido dél me atrevo a deciros esto.

Los caballeros, considerando entre sí las razones del doncel y viendo que con la tardanza que habían hecho en la batalla del rey Tirsés y con la gran solicitud del Soldán sería imposible salir de aquella aventura sin aventurar claramente sus vidas, tuvieron por bien de aceptar su ofrecimiento, y confiando en su palabra se fueron por el camino que les guio. Y no tardaron mucho de salir de la floresta, y hallaron un gran río que en medio de sí hacía una isla pequeña que cuanto una milla tenía al derredor, y en medio della un muy fuerte castillo asentado, aunque era pequeño, y de un cabo y de otro había puentes de piedra para pasar los brazos del río; y por la ribera dél vieron venir un gran número de caballeros cercando la floresta, los cuales conocieron luego ser del Soldán, y dándose prisa por acogerse antes que llegasen, se metieron por la primera puente. Y como en el castillo conociesen al doncel, luego le abrieron, y como entraron dentro, el buen caballero Aspizel salió, que en aquel castillo que sólo tenía con aquel hijo moraban. Conociendo al Caballero de la Luna y muy espantado de ver a la infanta y a la duquesa, le abrazó con muy grande amor y alegría preguntándole la causa de aquella aventura.

—Mi buen señor —respondió Olivante—, la causa es muy larga de contar, mas el fin della es que contra la voluntad del Soldán la infanta Briseida viene en nuestra compañía y él viene en nuestro seguimiento con intención de quitarnos las vidas a todos, y por esta causa nos hemos acogido a este vuestro castillo, donde este doncel vuestro hijo nos ha guiado, confiando yo en la amistad que yo a vos y vos a mí nos ofrecimos. Si dello recebís pena, yo pasaré antes por la muerte; que en lo que toca al daño que podréis recibir, que es quitaros el Soldán este castillo con lo que más en su tierra tuviéredes por habernos favorecido, yo os prometo que entre nosotros hay personas que os lo galardonarán de manera que vos os tengáis por muy bien pagado dello. Así que en brevedad nos decid vuestra determinación, para que con ella hagamos lo que mejor nos estuviere.

Aspizel, oyendo las palabras de Olivante, estuvo un poco pensando, porque le pareció el caso muy áspero; mas al fin, como fuese caballero de mucha virtud y que, habiendo servido al Soldán mucho tiempo, nunca le había dado galardón, antes procuraba cada día tomarle aquel castillo y andaba buscando ocasiones para ello, y considerando el beneficio que él y la duquesa Artaida²⁵² del Caballero de la Luna habían recibido, le dijo:

²⁵² Orig.: ‘de Artaida’ (233r).

—Señor Caballero de la Luna, todo lo que yo puedo hacer en vuestro servicio es poco para la obligación que tengo y deseo de servir; y considerando el gran mal que de venir en las manos y poder del Soldán se os seguiría, tengo en poco el que a mí me puede venir, que es de perder este pobre castillo que tengo con la vida que me queda, la cual emplearé yo por vos todas las veces que sea menester. De lo que más me pesa es que en mi castillo no hay caballeros de quien podáis aprovecharos, que toda es gente de servicio.

—Vuestra voluntad —respondió Olivante— es la que nos ha de valer. Y pues que tan buena la hallamos, bien será proveer en nuestra defensa. Y pensad que, si todos no perdemos las vidas, cuando vos perdáis vuestro castillo será para trocarlo por otro de mayor precio.

Aspizel tomó las manos a la princesa Briseida y se las besó, lo cual con la buena voluntad que había mostrado fue causa de tornarla como de muerte a vida. Y a ella y a la duquesa llevó a un aposento muy bueno, donde una hija doncella y muy hermosa, que Brangela se llamaba, los recibió con muy grande acatamiento. En tanto, los cinco caballeros proveyeron en cerrar la puerta del castillo y alzar una puente levadiza que al cabo de la otra puente estaba sobre una cava muy honda, y aparejaron todas las cosas que para su defensa tenían necesidad, muy espantados del socorro que en Aspizel y en el doncel su hijo habían hallado y con gran voluntad cada uno dellos de gratificárselo habiendo oportunidad para ello.

Y estando en esto llegó el Soldán con toda la gente que con él había venido y más de otros seis mil caballeros que habían salido después, entre los cuales venían el rey de Tarsis y el rey de Arabia y el rey de Tartaria, sin otros muchos príncipes, infantes, almirantes, duques, condes y marqueses y muchos caballeros de gran valía, porque se había juntado la flor de toda la paganía. Y pasando la puente, como ya tuviesen nuevas ciertas que habían entrado en el castillo los que a la infanta llevaban, comenzaron a dar muy grandes voces y amenazar a Aspizel que a él y a todos los que dentro estaban darían la muerte si luego no abrían la puente; mas Griseldís se puso entre las almenas a la parte que el Soldán estaba, al cual comenzó a decir:

—Soldán de Babilonia, poco provecho te traen tus amenazas para quien en tan poco como nosotros las teme, porque sabiendo quien son los que a la infanta Briseida han traído presa, porque por su voluntad ella no lo hubiera hecho, tú tendrías por bueno rogarles lo que ellos quieren hacer por fuerza; que sábeta que cada uno de los caballeros que aquí dentro están es de tan gran valía y tanto señorío como tú, y tu hija con el que la ha traído será tan bien casada como con el mejor marido que tú escogerle supieras. Así que lo mejor sería, dejando tu ira de que vienes acompañado, no dar causa a que se haga mayor mal de lo hecho, porque en poco tiempo se juntaran sobre ti tantas gentes que hagas por fuerza y con daño tuyo lo que ahora no quieres hacer de grado y siendo rogado. En la culpa que a Aspizel pones no tienes razón, porque la ventura, que a estos caballeros en todo se muestra y mostrará favorable, ha sido tal que, hallando la puerta de su castillo abierta y entrando, así a Aspizel como a todos los que en el castillo estaban han puesto en muy graves prisiones, adonde no son parte para estorbarles de hacer lo que quisieren. Y nosotros nos defenderemos de ti hasta la muerte; que, aunque te

parecemos pocos, bastaremos solos para muy mayor ejército que el tuyo. Dicho te he mi parecer: tú harás lo que más quisieres.

El Soldán con muy gran ansia y coraje no curó de responder, sino haciendo todo el aparejo que era menester para cercar el castillo, asentando las tiendas que cupieron en la isla, las otras estaban de la una parte y de la otra del río; y habiendo asentado su real, que cada hora crecía con gente que nunca cesaba de venir de nuevo, todos los reyes y príncipes y caballeros se fueron a la tienda del Soldán, donde hubieron su acuerdo, y determinaron de dar otro día el combate al castillo, teniendo por cierto que muy fácilmente lo tomarían. Y tenían puestas muy grandes guardas para que ninguno pudiese salir dél ni dar aviso en ninguna parte de donde les pudiese venir socorro; y el Soldán juró delante de todos que, tomando a la infanta y a la duquesa, las haría quemar vivas con los caballeros, porque no creía lo que Griseldís le dijo, sino que ellas por su voluntad habían venido con ellos.

CAPÍTULO III-XVI CÓMO OLIVANTE ARMÓ CABALLERO A DARISIO Y A OTROS ESCUDEROS, Y DEL GRAN COMBATE QUE EL SOLDÁN HIZO DAR AL CASTILLO

A Sí como Griseldís se quitó de entre las almenas, habiéndole todos los de dentro oído lo que al Soldán había dicho, comenzaron a poner reparos en todas las partes que en el castillo vieron que eran menester, que por cierto tenían otro día que el Soldán les daría el combate; y de lo que más les pesó fue de no hallar el castillo tan bastecido como quisieran, porque Aspizel era pobre y no estaba proveído de mantenimientos que para todos bastasen cincuenta días; mas en este tiempo pensaban de hallar algún remedio para salvarse y que en tanto ellos defenderían el castillo a todos los del mundo. Y así, pusieron aquella noche todo el recaudo que pudieron, durmiendo ciertas horas los unos y velando los otros.

Y una hora antes que amaneciese, Darisio y otro escudero de Peliscán y dos de los del rey Tirsés y otros dos de Aliazar, que aquella noche habían velado las armas que Aspizel les había proveído de las que en su castillo tenía sin que ninguno de sus señores lo sintiese, y el hijo de Aspizel con ellos, que Rosaldín había nombre, se fueron para ellos y les suplicaron que les armasen caballeros, que estando en tal necesidad donde dellos podían ser servidos, justo era que no les negasen aquella merced. Gran alegría sintieron todos de ver lo que Rosaldín y todos los escuderos habían hecho; y Olivante, viendo delante de sí a Darisio, y a Rosaldín con él, que de rodillas estaban, les dijo:

—Mis fieles y verdaderos amigos, bien creo yo que la sobra de voluntad que en vosotros hay para socorrernos a tal tiempo y mostrar el mucho valor que en vosotros por razón debe haber os engaña a querer poneros en tan evidente peligro de vuestras vidas, pues el hábito en que fuéredes tomados os puede condenar o

salvaros; así que yo querría escusar que esto por agora se hiciese, reservándolo para otro tiempo que fuera desta necesidad nos hallemos.

—Mi señor —dijo Darisio—, agora conozco el engaño que en serviros recibo, pues podéis pensar que el peligro en que vuestra grandeza estuviere es menos mío para pasar por la misma ventura que la vuestra merced. Y pues que no menos podré servir en este hábito que en el de hasta agora, no consentiré que nos sea hecho este agravio; que tal sería para nuestro deseo, pues donde vuestras soberanas grandezas murieren, no es justo que nosotros quedemos con la vida.

—¡Ay Darisio —dijo Olivante—, cuán bien conocida tengo yo tu fidelidad sin que agora me la quieras mostrar de nuevo! Mas el temor de perderte me hace dudar, conociendo que tu corazón no consintirá dejar de ponerte en todos los peligros que te vinieren. Y pues que todavía así lo quieres, yo quiero hacer tu voluntad y la de Rosaldín, a quien yo pienso galardonar lo mucho que por mí ha hecho y lo que agora muestra querer hacer.

—Mi buen señor —dijo Rosaldín—, desde la hora que mi padre me dijo de vos me aficione a serviros, y después que os vi, no sería en mi mano hacer otra cosa, teniendo respecto a que lo hago por el mejor caballero del mundo.

Olivante le dio las gracias y los armó caballeros con aquellas solemnidades que se suelen hacer en aquellos tiempos, y las espadas fueron a recibir de la infanta Briseida, la cual se las dio rogando a los dioses que fuesen tales que bastasen para la defensa de aquel castillo, porque grande era el temor que tenía de verse en poder del Soldán su padre. Aliazar y Peliscan y el rey Tirsés armaron caballeros a sus escuderos, quedándoles otros que los sirviesen. Y a los siete noveles señalaron luego estancias que guardasen, pareciéndoles que, pues el castillo era pequeño y fuerte, que ellos podrían defenderlo mucho tiempo.

A esta hora ya el alba comenzaba a romper, y toda la noche había venido gente al real del Soldán, en que había ya más de quince mil hombres de pelea entre caballeros y otra gente. Y como vieron venir el día, comenzando a tocar muchas trompas y añafles con otros instrumentos y dando grandes alaridos que todos los valles de al derredor con el grande estruendo hacía resonar, parecía que en una hora el castillo sería suyo. Y así, por una parte el Soldán y por otra el rey de Arabia, que valiente caballero era, y por las otras partes el rey de Tartaria y el de Tarsis, llevando su gente muy en orden repartida, como les pareció que para el combate era menester, se llegaron al castillo dando tan grandes voces y haciendo tanto ruido, que los unos a los otros no se oían, y decían:

—Estos serán los torneos que estaban pregonados; mas poco peligro habrá en ellos, si no fuere para los que están dentro, que de aquí a dos horas serán todos quemados y hechos polvos.

Y llegando con grande esfuerzo a la cava que el castillo cercaba, con muchas escalas entró mucha gente en ella, y de allí, con ellas y con otros ingenios que traían comenzaron muchos caballeros con muy grande ardimiento a subir por la muralla arriba; mas como a las almenas llegaron, aquellos esforzados y bravos leones, cuyos corazones para resistir a toda la potencia del mundo estaban aparejados, los recibieron con las fuerzas de sus poderosos brazos y con los tajantes filos de sus espadas, haciéndolos volver por donde venían muchos dellos hendidas las cabezas

y otros cortados los brazos y piernas, y cuando llegaban a lo bajo iban hechos pedazos, y los unos que caían derribaban a los otros.

Olivante, como fiero león, discurriendo a unas partes y a otras los animaba a todos; mas el esfuerzo de Peliscán y del rey Tirsés y de Aliazar era tanto que cada uno dellos hacía más que veinte caballeros. Pues Griseldís y Aspizel defendían su estancia con muy grande animosidad y fortaleza; la cual no faltaba en los siete caballeros noveles, que aquel día mostraron cuánto les había aprovechado lo que de sus señores habían deprendido, dando desmesurados y mortales golpes, mostrando sus fuerzas y grande ardimiento, ayudándose los unos a los otros y remediándose en su necesidad. Mas, como los del Soldán pensaban haberlo con solos cuatro caballeros, cargaban sin ningún temor sobre los muros, en los cuales hallaban tan gran resistencia, que no eran llegados cuando a mal de su grado volvían al suelo. Las voces eran muy grandes, y los alaridos, que los unos a los otros no se oían, y parecían que en el castillo había más de mil caballeros, y así lo decían al Soldán, el cual quería reventar con el grande enojo que tenía, y andaba entre los suyos animándolos y defendiéndoles que no volviesen atrás; mas poco le aprovechaba ya, porque habían cobrado tan gran miedo de los muchos que veían caer muertos, que ya no osaban subir.

El rey de Tartaria y el de Tarsis y el de Arabia procuraban de que por su parte se entrase la fortaleza, lo cual no les aprovechaba, porque ya en la cava estaban hechos muy grandes montones de muertos, y había bien seis horas que el combate se había comenzado que ninguna manera hallaban de cumplir su voluntad. Al Soldán le pesaba de los muchos que de los suyos morían sin que los del castillo padeciesen ningún perjuicio; tenía tan gran pasión, que casi estaba fuera de sí; y ya que pasaba de mediodía mandó retraer los suyos, lo cual se hizo luego, de que no pesó a los caballeros del castillo, que menester habían de descansar. Y dejando guardas en la muralla se fueron a comer, y toda aquella tarde estuvieron sobre aviso si los enemigos volvían; mas no fue así, porque el Soldán mandó que por aquel día más no se hiciese, y hallaron que faltaban más de quinientos caballeros entre los muertos y heridos, que parecía una cosa imposible parecer que trece caballeros pudiesen haber hecho tan grande estrago.

Venida la noche, Darisio con otros dos noveles y dos escuderos quedaron en la guarda en tanto que los otros reposaban del cansacio pasado; mas a la medianoche los despertaron haciendo saber a Olivante que en el real sentían gran bullicio y que se temían que el Soldán querría tornar a aquella hora combatirlos. Lo cual era así, que el Soldán se había determinado en ello con parecerle que, haciendo oscuro, no podrían los de dentro darse tanto recaudo que por muchas partes no les entrasen, que siendo tan pocos no podrían con la noche darse tan buena maña como el día habían hecho. Y con esta determinación se tornaron a allegar a los muros como habían hecho, y con muy grande esfuerzo llegaban muchos hasta las almenas; mas presto volvían con las nuevas de lo que arriba hallaban, porque los golpes que recibían parecían rayos del cielo. Olivante rogó a Peliscán que se fuese entre los caballeros noveles para que los animase, lo cual les aprovecho mucho. El rey Tirsés se había tan esforzadamente que Olivante se maravillaba de su gran fortaleza y valentía. Aliazar y Griseldís hacían maravillas, y el buen viejo Aspizel, como

esforzado caballero, se había con ellos como con mortales enemigos suyos que eran, como adelante se dirá.

Desta manera se mantuvieron matando y hiriendo y destrozando en sus enemigos gran parte de la noche con ayuda de los escuderos y otra gente de servicio que con piedras y maderos y otras cosas que allí hallaban hacían todo su poder por que ninguno les pudiese entrar; mas la gente que cada hora cargaba era tanta que muy poca mengua hacían los que caían, y el Soldán con promesas y amenazas no dejaba que ninguno de los muros se apartase, porque en más estimaba tomar aquel castillo que ningún reino del mundo. Y el rey de Tartaria con el infante Zoroán, que hermano del rey Vitoraldo era, y un cormano del almirante Marfirio, llamado Carindo, con mucha gente que los siguieron, por la parte que Griseldís guardaba con gran ánimo subieron por las escalas, y recebidos con los grandes y poderosos golpes de Griseldís, halló en ellos tanta fortaleza que, entretanto que mató a Carindo, Zoroán y el rey de Tartaria subieron encima de los muros; lo cual visto por algunos de los que con ellos iban, cobrando ánimo los siguieron, y como hallaron la entrada desembarazada, porque Griseldís estaba con estos dos caballeros en batalla, subieron hasta otros treinta caballeros.

De lo cual teniendo aviso Olivante, vino hacia aquella parte, y mucho le pesó de ver tanta gente, que por cierto tuvo el castillo no poder defenderse de aquella vez; y con su gran fortaleza daba tan duros y mortales golpes, andando tan bravo entre aquellos caballeros, que por su daño conocieron su espada aquellos que le atendían, que en poco espacio muchos dellos eran muertos y muchos heridos. Los otros no osaban desamparar sus estancias por que por ellas no entrase más gente; y el Soldán viendo al rey de Tartaria arriba, llamando los más esforzados caballeros que halló, los animaba y mandaba que subiesen a valer al rey, que con tan gran esfuerzo estaba ya dentro en el castillo. Y haciéndolo así muchos, bien estaban dentro, sin los que Olivante y Griseldís habían muerto, más de cuarenta caballeros, cuando el buen viejo Aspizel, llegándose a Olivante, le dijo:

—Esforzado caballero, si vos os podéis sustentar con esta gente aun menos de espacio de media hora, yo haré cómo los de fuera no puedan favorecer a los que dentro están y que con ellos solos tengamos la batalla.

—Buen señor —dijo Olivante—, haced lo que mejor viéredes, que yo hasta perder la vida no me mudaré un paso atrás.

Y diciendo esto acometió a sus enemigos con tan gran denuedo que no había ninguno que esperarle osase, y de un golpe hendió a Zoroán el yelmo y la cabeza hasta los dientes. Y el rey de Tartaria animaba a sus caballeros y se combatía con Olivante como muy valiente caballero, tanto, que le hacía muy gran estorbo para defender la entrada a algunos caballeros que subían. El rey Tirsés y Peliscán y Aliazar tenían cada uno por su parte tanto que hacer, que favorecer no se podían con la mucha gente que sobre ellos cargaba.

Mas a esta hora Aspizel, habiendo llevado consigo cuatro hombres de los que en el castillo estaban, se bajó por una escalera que iba a un postigo que en la cava estaba, a la cual parte, por ser la más honda de todo al derredor del castillo y estaba cabe una torre, no había gente ninguna, y así, salieron abriendo la puerta sin embarazo ninguno, y comenzando a mover unos edificios que estaban hechos en

unos tornos de hierro, tanto trabajaron que los sacaron, quedando dos caños abiertos tan grandes que por cada uno dellos pudiera entrar un hombre, por los cuales comenzó a entrar tanta cantidad de agua que por aquellos conductos venía del río, que en un punto la cava se comenzó a henchir toda de agua. Aspizel y los hombres que con él estaban se tornaron a subir al castillo, cerrando muy bien la puerta del postigo. La agua entraba tan recia y con tanta furia, que los que estaban dentro en la cava, como era de noche y no la veían venir, cuando la sentían estaban casi anegados, y era tanta la priesa que tenían a salirse, que los unos daban sobre los otros, y muchos venían rodando desde arriba y caían en el agua, la cual, como cada hora iba más creciendo, los ahogaba luego. Y así, comenzaron a dar las mayores voces y alaridos que jamás fueron vistos, que ninguno pensaba escapar vivo; y así murieron más de quinientos, y los que salieron pensaban haber escapado del mayor peligro de la batalla.

El Soldán estaba renegando y blasfemando de sus dioses, y hacía grandes juramentos de no quitarse de allí hasta quemar el castillo y a todos los que dentro estaban. Olivante que vio el socorro que Aspizel a tan buen tiempo había hecho y la cava llena de agua y todos los del real retirados al tiempo que en mayor necesidad se habían visto, dándose muy gran priesa así él como sus compañeros en matar y herir a los que dentro del castillo se hallaban, se hubieron tan esforzadamente que en poco espacio los tenían a todos rendidos, habiendo muerto la mayor parte. Prendieron al rey de Tartaria con otros ocho caballeros, a los cuales habiendo puesto en prisiones y a buen recaudo, no se hartaban de dar las gracias a Aspizel de lo que había hecho, teniendo por cierto de defenderse hasta que Dios les enviase algún socorro. Y entraron ya que quería amanecer donde la infanta y la duquesa estaban, a las cuales hallaron que no habían dormido en toda la noche rogando a los dioses que no permitiesen el castillo venir en poder del Soldán, porque antes deseaban pasar por la muerte; y como supieron lo que había pasado tornaron como de muerte a vida.

Y desarmándose los que heridos estaban, fueron curados de mano de la duquesa y de su hija de Aspizel, que muy bien lo sabían hacer. Y aquel día fueron loados los caballeros noveles, que lo habían hecho muy esforzadamente, principalmente Darisio, a quien todos decían que sería uno de los buenos caballeros que en su tiempo hubiese. Y después que hubieron comido durmieron algún poco, que bien les hacía menester, guardando los unos en tanto que los otros dormían; y tenían por muy gran maravilla y buena señal no haber muerto ninguno del castillo ni estar herido de muerte.

CAPÍTULO III-XVII
CÓMO, NO CESANDO LOS COMBATES DEL SOLDÁN, EL BUEN
CABALLERO DARISIO SALIÓ DEL CASTILLO A BUSCAR ALGÚN
SOCORRO, Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ

MUY contentos quedaron Olivante y sus compañeros de ver cuán bien habían salido del peligro en que aquel día se habían visto, y que estaba la cava llena de agua, que sería estorbo para sus enemigos algún tiempo; mas, viendo la mucha gente del Soldán y que, aunque algunos días se defendiesen, el mantenimiento que dentro del castillo tenían era muy poco y que presto se les acabaría, estaban congojados, y tomaban su consejo diciendo cada uno su parecer de lo que mejor sería que se hiciese; y no viendo remedio para su salvación si de fuera no les viniese, acordaron que uno dellos se aventurase a salir y buscar algún socorro. Para lo cual Darisio, como muy animoso y esforzado caballero, queriendo mostrar lo que de su señor había aprendido, que era no rehusar las más peligrosas afrentas y de donde la mayor gloria resultaba, se ofreció de ponerse en aquel peligro, lo cual le agradecieron todos mucho. Y fue acordado entre ellos que aquella noche, estando el Soldán descuidado, saliesen a hacer un salto en el real, y con la escuridad él procurase meterse²⁵³ entre los del Soldán, como no lo conociesen, y saliéndose de allí trabajase dar aviso al rey Armides, que cerca de allí estaba; y asimismo el príncipe Aliazar le dio cartas para el rey su padre pidiéndole socorro y haciéndole saber el estado en que estaban, porque estos dos reinos estaban cerca del señorío del Soldán.

Esto acordado y venida la noche, Olivante y Peliscán, el rey Tirses y Aliazar y Griseldís y Rosaldín, armados todos de sus fuertes y lucidas armas, llevando consigo a Darisio, que muy bien armado y con una ropa morisca encima de las armas iba, se determinaron de salir al campo dejando a Aspizel con los otros caballeros en guarda del castillo. Y venida la media noche, bajando la puente levadiza salieron por ella sin ser sentidos. Y Olivante abrazando a Darisio, le dijo:

—Mi verdadero y leal amigo, el soberano Señor del cielo te guíe como en esta jornada no te veas en trabajo ninguno, que yo muy gran confianza tengo en tu discreción que te sabrás dar buena maña para salir deste peligro a que te has ofrecido, Y Dios sabe si de buena voluntad te hiciera yo compañía para morir contigo donde de mi ayuda tuvieses necesidad; mas ya vees que agora no se puede hacer otra cosa si no es encomendarte a Dios que te favorezca como nos puedas traer algún socorro, que de otra manera escusado será salir de la necesidad en que estamos. Y si la ventura todavía quisiere que yo aquí fenezca mis días, lo que te ruego es que se te acuerde de presentar mi fe delante de aquella divina princesa para cuyo servicio solamente tengo deseo de la vida, porque con saber que yo muero como suyo y que, siéndolo, estaba obligado a no rehusar semejantes peligros para poder merecerlo, serán parte para disculparme de no haberla ido a ver obedeciendo lo que por ti y por su carta me ha enviado a mandar.

²⁵³ Suplo 'meterse' (236r).

Y diciendo esto, sus lágrimas eran tantas y sus suspiros tan profundos, salidos con tan gran tristeza de lo más interior de sus entrañas, que a Darisio le hicieron estar asimismo gran rato ayudándole con la semejante armonía sin poder responderle; mas al fin despidiendo aquella turbación, le dijo:

—Señor mío, si yo en sola mi ventura confiara, poca esperanza llevara de poder hacer cosa en vuestro servicio que pudiera aprovechar para el remedio que en esta tribulación es menester; mas conociendo que en las mayores necesidades vos la soléis tener tan sujeta que a mí, como a vuestro criado y servidor, me ha de caber parte del favor que a vos, aunque no quiera, os ha de dar, me ha hecho tomar este atrevimiento. Y así, espero en Dios que, cuando yo vea aquella excelente y divina princesa será para darle otras nuevas muy diferentes de las que agora me mandáis llevar.

Olivante con grande amor lo tornó a abrazar encomendándolo a Dios. Y así, salieron al campo sin ser sentidos, y todos juntos, hechos un tropel dieron en las guardas que delante sin temor desto estaban, de los cuales mataron más de treinta caballeros antes que se acordasen de lo que podía ser. Y en tanto que Olivante y sus compañeros andaban hiriendo y matando cuantos delante de sí hallaban, Darisio, apartándose dellos, se metió entre los de la parte del Soldán tan disimuladamente que no fue conocido, porque llevaba las mismas señales que los del Soldán traían; y tan buena maña se dio, que sin embarazo ninguno pasó la puente y se salió del campo del Soldán, llevando el camino que el caballo quería hacer, porque él no sabía aquella tierra, hasta hallar quien le dijese por dónde había de ir.

Olivante que vio ir a Darisio y le pareció que podría ya estar en salvo, contentándose con lo que habían hecho, que más de cincuenta caballeros tenían ya muertos, no queriendo esperar la furia del Soldán, el cual con gran compañía de gentes que se habían armado venía, llamando a sus compañeros se volvió hacia el castillo; no dejando de matar y herir a los que delante se le ponían, se tornaron a entrar por la puente, hallando a Aspizel que, como fueron dentro, los recibió con grande alegría de ver que ninguno faltaba ni venía herido, habiendo hecho tan gran daño en sus enemigos.

El Soldán llegó a este tiempo ante el castillo con todos los que lo seguían, y como rabioso perro, viendo el estrago que tan a su salvo habían hecho, se mesaba las barbas, y tomando toda la gente de pie, hizo traer muchas palas y azadones, y les hacía cavar y echar tanta multitud de tierra dentro en la cava, que en dos días, por mucho que los de dentro resistían, no pudieron tanto hacer ni estorbar que, como la gente era mucha, no la hinchiesen en muchas partes echando piedras y madera, de manera que sin estorbo del agua podían llegar a los muros. Y así, comenzaron a dar al castillo tan recios y continuos combates, que al cabo de ocho días, aunque con pérdida de mucha gente del Soldán, porque murieron más de mil y quinientos hombres entre caballeros y peonaje, derribaron un gran lienzo del muro; por lo cual Olivante con todos los que con él estaban, viéndose en tan estrecho peligro, donde solamente esperaban socorro de la misericordia de Dios, y que era imposible resistir a la multitud de la gente que con el Soldán estaba, recogiendo todo el bastimento que en el castillo había, se metieron en la torre

principal de la fortaleza, que muy fuerte era, llevando consigo a la infanta y a la duquesa con la otras mujeres que en el castillo había, las cuales con temor de verse en poder del Soldán se deshacían en lágrimas, y no había cosa que pudiese consolar a la infanta Briseida si no era pensar que moría por causa del príncipe Peliscán, a quien en aquel poco tiempo había tomado tan grande amor, que mayor dolor le ponía la muerte que él había de pasar que la que ella podía recibir; y sobre esto decía y hacía cosas de tan gran lástima, que a todos movía a muy gran compasión y dolor de verla cuán determinada estaba que antes que entrase en poder de su padre se daría la muerte, pues que sabía que él no la había de perdonar.

Olivante y el rey Tirsés, y Peliscán y Aliazar, y Griseldís y Aspizel y su hijo, con todos los otros caballeros hablaban en lo que mejor podían hacer, y no veían manera que bien les estuviese, porque mover partidos al Soldán sería escusado, así por la voluntad que en él habían hallado como por el gran estrecho y peligro en que los tenía puestos, que parecía imposible poder resistir dos días con tan poca y flaca defensa como en aquella torre tenían. Y con esta congoja, muchas veces estuvieron por salir y morir en la batalla, vendiendo tan caramente sus vidas que para siempre quedase dellos y de la venganza que de su muerte hacían perpetua memoria; mas la compasión que tenían de la infanta y de las que con ella estaban se lo estorbaba, queriendo todavía esperar lo que la ventura quería hacer.

En tanto, el Soldán hacía dar todos los combates que podía a la torre, haciendo cavar todos los cimientos y desbaratarlos para que cayese; mas la torre era de una argamasa tan recia y fuerte que muy poca mella harían en ella, porque de arriba a los que andaban haciéndolo les tiraban tantas piedras, las cuales, cuando más no podían, quitaban del mismo muro, que, haciéndoles mucho daño, a su pesar los hacían quitar afuera, lo cual era acrecentar en el enojo del Soldán, que con el crecido furor parecía andar fuera de sí, procurando que en ninguna manera se pudiesen escapar. Y siendo pasados cuatro días que en la torre estaban, hizo aparejar para otro día tantos ingenios y artificios para derrocar la torre, que tenían por muy cierto que sería imposible dejar de caer y matar a todos los que dentro estaban. Y contento desto, esperaban aquel cruel sacrificio, el cual entendiendo los de dentro, pensaban también salir a morir peleando, viendo que otro remedio no tenían, pues la fortuna les había puesto en el estrecho del cual tenían por imposible poder salir sin que Dios milagrosamente no lo hiciese.

CAPÍTULO III-XVIII
DE LA AVENTURA QUE AL BUEN CABALLERO DARISIO LE
ACAECIÓ DESPUÉS QUE PARTIÓ DEL CASTILLO DE ASPIZEL

EL buen caballero Darisio, después que se vio fuera del campo del Soldán, caminó toda la noche sin saber el camino que llevaba, yendo acompañado de lágrimas y grandes cuidados con el temor de no hallar remedio para poder sacar a Olivante y sus compañeros del peligro en que los dejaba. Y venido el día, pasando cerca de unos grandes árboles vio estar debajo de uno dellos una vieja muy arrugada y dejativa,²⁵⁴ con tan gran flaqueza, que tenía la misma figura de la muerte, porque con los vestidos que tenía, muy viejos y rotos, se le parecía no tener sino los huesos compuestos con el pellejo; la cual dando muy grandes voces, le comenzó a decir:

—¡Ay buen caballero, por Dios que me ayudéis y saquéis del afán en que estoy, que grande es la mi cuita y trabajo!

Darisio se fue hacia ella diciendo:

—Buena dueña, mayor es el que agora llevo.

—¡Ay buen caballero —dijo la dueña—, que el mío fácilmente se podrá remediar, que es llevándome vos en ese caballo hasta la ciudad de Babilonia, porque yo no puedo moverme de adonde estoy!

—Eso hiciera yo de buena voluntad —respondió Darisio— si llevara el camino que vos decís; mas esme forzado ir por otra parte, y esto me estorba que lo pueda hacer. Y por tanto, quedad a Dios, que no me puedo más detener aquí.

La vieja muy airada, se levantó más ligeramente de lo que su gran flaqueza mostraba, y mostrando grande ira le dijo:

—Malo y falso caballero, Dios te dé el pago de la crueldad que has usado comigo, que, si yo puedo, no harás tan a tu salvo el camino como piensas.

Darisio no curó de responderle, mas, volviendo el caballo, tornó a su camino como de antes. Y habiendo andado cuanto una legua sintió que la vieja venía siguiéndole, y por esto, dejando aquel camino, se metió por otro que entraba en una floresta; mas la vieja no dejaba de seguirle, diciendo siempre palabras muy feas y injuriosas a Darisio, de las cuales él se curaba poco. Y no hubieron andado mucho cuando vieron venir hacia donde ellos iban un caballero con dos escuderos, encima de un muy hermoso caballo con muy ricas y lucidas armas. Darisio se holgó, pensando saber dél nuevas para hacer su camino; mas la vieja, dando muy grandes voces, le dijo:

—¡Ay buen caballero, vengadme deste traidor, que me ha hecho la mayor villanía que nunca a dueña se hizo!

El caballero, enlazando su yelmo, se llegó adonde Darisio estaba, diciendo:

—Vos, don falso caballero, ¿en tierra del Soldán os ponéis a hacer villanías a las dueñas que van seguras por los caminos? Yo vos lo haré comprar caramente.

Y diciendo esto embrazó el escudo y bajó la lanza. Darisio, viendo lo que la falsa vieja decía y que el caballero estaba a punto de batalla, se aparejó sin

²⁵⁴ Floja, sin energía.

responder, porque vio el poco provecho que de escusarse le vendría. Y los dos se encontraron en medio de los escudos, y falsándolos, las lanzas se rompieron en las lorigas, que muy fuertes eran; mas el encuentro de Darisio fue tal que el caballero vino al suelo tan maltrecho que tan presto no se pudo levantar. Darisio que tal lo vio, no curó más dél ni de la vieja, mas metiose por lo más espeso de la floresta.

Y así anduvo todo aquel día, y a la noche albergó con unos pastores, los cuales le dijeron el camino que había de hacer para el reino de Fenicia, y muy gran desesperación le puso saber que en doce jornadas no podría llegar a él, lo cual le hacía temer la muerte de Olivante y de sus compañeros. Mas con todo esto comenzó a proseguir su camino, y no hubo andado dos millas cuando sintió darse voces, y volviendo la cabeza vio a la vieja y al caballero que había derribado, los cuales venían con gran furia. Y como cerca llegaron, la vieja le comenzó a decir:

—¿Piensas, malaventurado y astroso caballero, de pasar con la afrenta que me heciste? Espera, que peor tienes de librarlo que piensas.

Darisio tenía tanto enojo, que no curó de responderle; mas, tornando a bajar su lanza y cubierto de su escudo, fue a encontrar al caballero, que de la misma suerte venía. Y los golpes fueron tan poderosos que ambos vinieron al suelo, y sacando las espadas, sin decirse ninguna cosa se comienzan a cargar de muy duros y mortales golpes, y así anduvieron bien media hora, haciéndose todo el daño que podían. A este tiempo, por el mismo camino pasaron dos caballeros, y el uno dellos llevaba una doncella por los cabellos arrastrando y amenazándola que le había de dar la muerte; la cual conociendo al caballero que con Darisio hacía la batalla, le pidió a muy grandes voces que la socorriese. El caballero, apartándose afuera, dijo a Darisio:

—Buen caballero, ya veis la necesidad que aquella doncella lleva de mi ayuda. Ruégoos que emendéis a esa dueña el tuerto que le hecistes, pues tan fácilmente lo podréis hacer, y así, no llevaremos a fin nuestra batalla, que yo os lo agradeceré mucho y os lo pagaré en lo que de mí tuviéredes necesidad.

Darisio le quería responder, mas la vieja, subiendo encima de su caballo, comenzó a dar voces al caballero que dejase la batalla, que ella se daba por satisfecha en dejar a pie a quien no la había querido llevar a las ancas de su caballo, y con esto comenzó a hacer andar el caballo a toda furia. Darisio con muy grande enojo comenzó a correr tras ella por alcanzarla, mas en balde era su trabajo, que la vieja se alejó muy presto dél. Y viendo por tal manera el caballo perdido y queriendo fenecer la batalla, pues el caballo que quedaba bastaría para el vencedor della, vio que, habiendo cabalgado el caballero, iba ya muy gran trecho alejado de allí. Y no sabiendo qué hacerse, en aquel tiempo maldecía su ventura y la vieja que tan gran burla le había hecho, y todavía se determinó de seguirla, pues que otro remedio no hallaba.

La vieja viéndolo venir, lo esperaba, y llegando cerca della lo denostaba y hacía burla de cómo venía a pie, y después tornábase a adelantar. Y desta manera le llevó todo aquel día, yendo desesperado, y muchas veces la amenazaba, y otras con grandes ruegos pensaba hacer que le esperase; mas todo le aprovechaba poco. Así anduvieron, sin hallar ningún poblado, hasta la noche, que, sobreviniendo muy oscura y perdiendo la vieja de vista, como iba muy cansado y con la flaqueza de

no haber comido, se echó cabe una fuente, y durmiendo muy poco de la noche, a la mañana se levantó para tomar su camino, y vio que la vieja iba como el día de antes burlando y riéndose dél.

—¡Santa María —dijo Darisio—, qué falsa vieja ésta! Cierto, si yo la pudiera haber, ella me pagaría la burla que me ha hecho. Mas nunca viene un desastre solo, y yo creo que esto no ha sido sino por que yo no pueda hacer ningún socorro a aquellos que tanto lo han menester. Y si así es, yo mismo me daré la muerte, que no es razón quedar yo en el mundo vivo siendo ellos muertos.

Diciendo esto y otras muchas cosas salieron a un llano verde y muy hermoso, en medio del cual estaba armada una muy hermosa tienda. La vieja se metió en ella, y Darisio se dio muy gran prisa viendo que por ventura allí hallaría remedio. Y como llegó a la puerta della, vio a la vieja echada encima de una muy hermosa cama que en la tienda estaba, la cual dando muy grandes voces decía:

—¡Salid, hijos míos, y vengadme deste mal caballero que malamente me ha denostado!

Y no lo hubo acabado de decir, cuando salieron seis villanos muy grandes y robustos, y cada uno dellos traía un gran can de una traílla, y soltando los canes, luego se juntaron con Darisio y le trabaron tan fuertemente de los brazos y de la halda de la loriga, que sin poderse defender le echaron en el suelo; y los seis villanos con unos lazos le ataron prestamente los pies y las manos y lo metieron en la tienda, en la cual le echaron muy fuertes cadenas, habiéndole tomado primero la espada y el escudo.

Darisio, viéndose de aquella manera preso, el corazón le quería quebrar en el cuerpo, y denostaba y decía muchas cosas feas a la vieja para que le mandase matar; mas ella no curándose dello, hizo a los villanos alzar la tienda, y poniéndolo a él encima de un palafrén y ella en otro, caminaron todo el día, hasta que en la tarde, en una montaña muy espesa de árboles, la vieja se metió en una cueva muy oscura, y los villanos con ella, y allí pusieron así atado a Darisio, el cual no sentía su prisión ni la muerte que le viniera, sino la falta de no morir donde Olivante tenía por tan cierta la muerte; y sobre esto decía tantas lástimas, que a quienquiera moviera a muy gran compasión, y quería dejar morir con pesar. La vieja le dijo:

—Mal caballero y en quien hubo tan poco comedimiento y cortesía conmigo, ninguna cosa hubiera yo de hacer que fuera tu provecho, pues tan mal me lo has merecido; mas, si tú me prometes hacer por mí una cosa que te pediré, yo te quitaré las prisiones y te dejaré ir después libremente donde fuere tu voluntad.

—Ninguna cosa —dijo Darisio— podría yo hacer que no la hiciese por tener libertad para tornar a morir al lugar donde salí; por eso, mándame lo que quisieres, que yo lo haré, aunque sea recibir la muerte, porque la tendré por mejor que la vida con tal trabajo.

—Pues lo que yo te demando —dijo la vieja— es que te combatas con un caballero que yo te mostraré, y pudiéndolo vencer, lo metas en mi prisión.

—Eso haré yo de grado —dijo Darisio—, si la ventura me ayudare para ello.

—Pues, ¿podré sobre tu fe quitarte las prisiones? —dijo la vieja.

—Sí —dijo Darisio—; mas lo que te ruego es que me pongas presto con ese caballero.

—Dentro de tres días será —dijo la vieja.

Y con esto le quitaron las cadenas, y Darisio comió, que bien le hacía menester. Y aquellos tres días estuvieron en aquella cueva, y al cuarto día salieron de allí, y Darisio iba en su caballo, que la vieja se lo dio. Y a hora de mediodía llegaron a una fuente que estaba en un valle, y cabe ella vieron un caballero armado con unas muy ricas y muy fuertes armas, y cuatro escuderos con él. El cual viéndolos venir, subió presto encima de su caballo, que muy grande y poderoso era, y enlazando su yelmo, tomó su lanza y los esperó a guisa de buen caballero.

La vieja, en viéndolo, se volvió a Darisio y le dijo:

—Veis allí el caballero que os puede quitar el don que me prometistes. Procurad de haberos esforzadamente con él, que muy buen caballero es.

Darisio sin más atender se cubrió de su escudo y bajó la lanza diciendo:

—Caballero, defendeos de mí, que os conviene ir en prisión para darme a mí libertad, pues que otra cosa no puedo hacer que me valga.

El caballero que se oyó así amenazar, le dijo:

—Yo castigaré tu locura y te haré comprar caramente la prisión que me pides. Y espera, que a los locos como tú así se ha de responder.

Y bajando ambos las lanzas, se encontraron en medio de los escudos, en los cuales se hicieron muy menudos pedazos; y topándose con los cuerpos, los encuentros fueron tan poderosos que ambos vinieron al suelo. Darisio se levantó muy presto y vio al caballero que una pierna tenía debajo del caballo, que había caído con él, y antes que se levantase le dio tales dos golpes sobre el yelmo, que, quebrándole los lazos, se lo hizo saltar de la cabeza. Y como fue desarmado le conoció, que era el príncipe Orizes, que malherido había quedado en Babilonia, como ya se ha dicho, y después que se sintió bueno venía a favorecer a su padre y hallarse en la venganza que de aquellos caballeros pensaba hacer. Darisio, haciendo que no le conocía, le dijo:

—Caballero, sed mi prisionero; si no, muerto sois.

Y diciendo esto le puso la espada encima de la cabeza. El príncipe con temor de la muerte, le respondió que él se daba por tal, pues que la ventura así lo quería; mas que le rogaba que le dijese si lo conocía.

—No os conozco —dijo Darisio— más de cuanto por sacarme a mí de la prisión en que esta dueña me ha traído conviene que vos vais con ella en mi lugar.

Los villanos le tomaron la espada y el escudo, y muy prestamente le desarmaron y lo pusieron en un palafrén que aparejado para ello traían. Darisio que había conocido al príncipe, se puso a pensar qué buen prisionero sería, si lo pudiese haber en su poder, para rescate de los que en el castillo quedaban si la ventura le fuese tan contraria que otra cosa no pudiese hacer para socorrerlos; y no sabía qué se hiciese. La vieja le dijo:

—Caballero, vos sois quito de la prisión, pues tan bien habéis cumplido el don que me prometistes. Agora podréis hacer a vuestra voluntad; y si conmigo os quisiéredes ir, bien podréis caminar con nosotros dos jornadas por el camino de Fenicia, porque no podréis ir por otro que más cerca sea.

Darisio le dijo que le placía de hacerlo, porque pensaba de hacer con la vieja que le diese al príncipe, que era el mejor remedio que al presente para

cumplimiento de lo que buscaba podía hallar. Y así, comenzaron a tornar por el camino que habían venido todos juntos.

CAPÍTULO III-XIX

CÓMO FUERON SOCORRIDOS OLIVANTE Y SUS COMPAÑEROS SALIENDO DEL CASTILLO DE ASPIZEL, Y DE LA MANERA QUE FUERON LIBRES DEL PELIGRO EN QUE ESTABAN

CON muy gran cuidado iba Darisio, caminando con la vieja y con los villanos, de cómo podría haber al príncipe en su poder; el cual de verse así llevar preso y de tan cevil gente como era de aquella vieja que tan pobre parecía, con los hijos que consigo traía, y más siendo en su mismo reino y tan cerca de la ciudad de Babilonia, iba desesperado, y decía grandes denuestos a la vieja amenazándola con grandes tormentos y con la muerte; mas ninguna cosa bastaba para que la vieja le respondiese palabra. Y desta manera caminaron hasta la noche, que llegaron a la orilla de un grande y hondo río, donde hallaron entre dos altas rocas una gran barca con todo el aparejo que era necesario. Y los villanos tomando al príncipe, lo metieron dentro, y ellos y la vieja hicieron lo mismo.

Darisio estuvo dudando, porque la vieja le parecía la más falsa que jamás había visto y temíase de algún engaño que le fuese hecho. La vieja, riéndose porque sintió su pensamiento, le dijo:

—Darisio, ¿qué estás pensando? Ciertamente, para novel caballero en mucho estimas tan pequeño peligro. Entra sin temor, que más provechoso camino te será éste que el del reino de Fenicia, pues que tardarías tanto en traer el remedio que los que dejaste encerrados han menester, que cuando vinieses no hallarías sino la memoria dellos.

Darisio, de oírse llamar por su nombre de la vieja y de las palabras que le decía, espantado, le dijo:

—Buena señora, ¿qué sabéis vos del socorro que yo voy a buscar? ¿Por ventura conoceis, que sabéis ser ése mi nombre?

—Sí conozco —dijo la vieja—, aunque tú no quieras conocerme, que ya otras veces me has visto y hablado. Y pues no quieres creerme ni ir en mi compañía, quédate a Dios, que tú te arrepentirás.

Y diciendo esto, los villanos con los remos metieron el barco al medio del río y comenzaron a remar con gran prisa. Darisio les daba voces que esperasen y que volviesen el barco a la orilla, que quería entrar; mas así ellos como la vieja hacían que no lo entendían y se daban muy gran prisa a caminar. Darisio iba por la orilla del río llamándolos, porque con lo que había oído a la vieja por ninguna cosa quisiera dejar de ir con ella; mas ninguna cosa le aprovechaban sus ruegos ni voces. Y así anduvieron hasta cerca de la mañana, que el caballo de Darisio se cayó muerto, y no sabía qué hacer. Y como se vio en tan gran cuita, tantas fueron las

voces y ruegos que dio a la vieja, que, movida a compasión dél, hizo llegar el barco a tierra y lo recogieron dentro. El cual, en lugar de los villanos, vio seis doncellas muy hermosas y ricamente aderezadas que guiaban el barco; y mirando la vieja, que reyéndose estaba de lo que él estaba espantado, la vio mudada de la figura que de antes llevaba, y conoció ser la sabia Hipermea, hermana del rey Armides, y nunca igual alegría llegó a su corazón, porque bien conoció el efecto de su venida. Y hincando las rodillas ante ella le quería tomar las manos y besárselas, si Hipermea se lo consintiera.

—¡Ay mi señora! —dijo Darisio—. ¡Cómo me habéis hecho comprar caro vuestro conocimiento! Mas todo lo doy por bien empleado, pues tanto provecho ha salido dello, que agora voy yo consolado y pienso que todo se remediará el daño que en esta tierra estaba aparejado, en el cual os cabía a vos tanta parte, que con razón hubistes de tomar este trabajo.

—En servir a Olivante —dijo Hipermea— no siento yo ninguno, pues todo el mundo se lo debe. Y de lo que con vos he hecho me perdonad, porque, allende de ser necesario para lo de adelante, yo holgué de ver y experimentar vuestra bondad, que es muy grande. Y hágoos saber que estamos ya tan cerca del real del Soldán, que no hay una milla de aquí a la primera gente, la cual está aparejándose para acabar de derribar la torre como venga el día, y sin duda lo harían si yo a tal tiempo aquí no llegara. Mas para todo ello habrá remedio, como agora lo veréis.

—Así lo espero yo —dijo Darisio—, que agora perdido tengo todo el temor, pues que tan buen socorro he hallado.

Todo esto no lo entendía el príncipe Orizes, porque llevaba un muy profundo y pesado sueño. Y hablando en estas cosas llegaron a la isla que el río hacía, donde oyeron tan gran estruendo y ruido de armas de los que se aparejaban, que parecía que andaban en una muy reñida y cruel batalla. La sabia Hipermea, volviéndose a Darisio, le dijo:

—Yo pienso hacer que esta captiva y miserable gente pelee con las piedras cuando sea sazón, y que el pensamiento que agora tienen se les vuelva al revés.

Y sacando un libro pequeño que consigo traía, comenzó a leer por él una pieza, y encendiendo una vela pequeña, hizo con ella ciertos conjuros, la cual muerta en el agua, tuvo tanta fuerza que todos los que en el real estaban, dejando las armas, quedaron adormidos con un tan profundo sueño que más parecían muertos que vivos. Y pasando el barco por entre ellos, que de una parte y otra del río estaban, hizo llegar el barco a la ribera, y saliendo ella y Darisio solamente, se fueron derecho al castillo, y entrando por el edificio derribado, sin contradicción llegaron al pie de la torre, de la cual hallaron la puerta abierta y todos cuantos había en el castillo fuera, así hombres como mujeres, delante della y sin sentido ninguno. La sabia Hipermea dijo a Darisio:

—Mal se pudieran defender estos caballeros de la gente del Soldán si así los hallaran; mas conviene que desta manera los llevemos, porque, si en su sentido fuesen, la braveza y ira que en sus corazones tienen les haría querer tomar venganza de sus enemigos, lo cual nos podría hacer muy gran daño.

—Vuestra discreción —dijo Darisio— basta para remediarlo todo, que mejor le fuera al Soldán tener guerra con todo el mundo que con vos sola.

—Sacad la espada —dijo Hipermea— y tocad a todos con ella en las cabezas.

Darisio lo hizo así, y en acabándolo de hacer, yendo la sabia delante, movieron todos tras ella, dejando al rey de Tartaria con los otros caballeros en las prisiones, que por no se detener no curaron dellos. Darisio iba espantado de ver cuán sin juicio se iban con ellos; y llegando al barco y habiendo entrado todos dentro sin perder aquel desatino que traían, con el cual estaba el príncipe Orizes, el barco se comenzó a mover con muy gran velocidad por el río abajo, y así caminaron muy gran trecho, yendo siempre a vista del castillo. Y tornando Hipermea a encender la vela que muerto había en el río, vieron cómo despertando toda la gente que en el real del Soldán quedaba, y como era ya muy cerca del día, con muy grande estruendo y alboroto, dando muy grandes voces y alaridos, comenzaron a combatir; que la sabia Ypermrea con su saber había hecho cerrar la torre de manera que se detuviesen casi todo aquel día en poder acabar de tomarla, para tener más espacio de alejarse de donde el Soldán estaba.

Y dejándolos en esta porfía sin provecho, caminaron tanto que pasadas dos horas después de mediodía el barco se halló dentro en la mar, que una jornada de donde habían partido estaban con las vueltas que el río iba haciendo. Y descogiendo entonces las velas al viento, con la ayuda de los remos que las doncellas hacían anduvieron todo aquel día y la noche, que cuando quería amanecer se hallaron en una playa de una pequeña isla que muy llena de espesos y hermosos árboles estaba. Y llegando el barco a tierra, muy prestamente salieron todos en ella, y así, se metieron entre una grande espesura de árboles, en la cual había un muy hermoso y florido prado, y en medio una fuente de que grande abundancia de agua salía de allí. Haciendo la sabia Hipermea lo que convenía para el desencantamiento, todos aquellos caballeros, y la infanta y duquesa y Brangela, con las otras gentes, tornaron en sus sentidos, si no fue el príncipe Orines, que como estaba le dejaron.

Cuando Olivante y todos aquellos caballeros en aquella parte tan estraña se hallaron y de aquella manera, entonces pensaban estar encantados y mirábanse los unos a los otros; mas, cuando vieron a la sabia Hipermea, que muy bien conocieron, y a Darisio con ella, luego vieron lo que podía ser. Y Olivante con los brazos abiertos se fue para ella diciendo:

—Bien sabía yo, señora mía, que en tal necesidad como ésta nos estaba guardado vuestro remedio, porque ninguna otra persona pudiera salvarnos de tan manifiesto peligro sino vos, a quien todos debemos muchas veces la vida para emplearla en vuestro servicio en cuanto la tuviéremos, y no satisfaremos con esto a la deuda en que contino estamos de serviros.

—Esclarecido príncipe —dijo Hipermea—, yo soy la que os he de servir por la justa causa con que todos los del mundo lo deben hacer; y de lo que yo más me puedo preciar en esta vida es de haber hecho esto donde tan bien se emplea, y más por haber sida la causa en tan estraño peligro mi sobrino Peliscán, el cual ha escogido y acertado mejor de lo que ninguno puede pensar. Y por esto no quiero que ninguno me agradezca el trabajo sino él solo, aunque la voluntad no la tuviera menor para cualquiera de los que aquí están.

Y acabando de decir esto, Peliscán, hincando las rodillas en tierra, tomó las manos a la sabia Hipermea y se las besó por fuerza, pasando entre ellos muchas razones. Luego llegaron el príncipe Aliazar y el rey Tirsés y Griseldís, y la sabia Hipermea los abrazó a todos, y después a Aspizel y a su hijo, diciéndoles:

—Vosotros habéis hecho más de lo que habéis pensado, y así llevaréis el galardón con que quedéis satisfechos de lo que habéis perdido, porque tan gran beneficio no es digno de quedar sin premio que por todo el mundo sea sabido.

Aspizel, que muy espantado estaba de lo que había visto, le dijo:

—Mi buena señora, así lo tengo yo por cierto; y aunque otro provecho no me viniese más del servicio que he hecho a estos caballeros, me parece que me da mayor paga que yo puedo merecer.

—Vos habláis como buen caballero —respondió Hipermea—, y tanto es más razón que seáis gratificado de vuestra voluntad y obras.

Habiendo dicho esto y hablado a todos los otros caballeros que quedaban, se fue para la infanta Briseida, a la cual con la duquesa y Brangela y las otras doncellas que con ella estaban halló tan espantadas que no sabían qué pensar de lo que veían. Muchas razones se pasaron allí que por evitar prolijidad se dejan de decir, más de que, después de haberse hablado todos y sabido el suceso de las cosas que habían pasado, agradecían mucho a Darisio lo que por ellos había hecho, teniendo en mucho haber vencido al príncipe Orizes, que por tan buen caballero era tenido.

Al cual, no queriendo la sabia Hipermea que más así estuviese, contra la voluntad de la infanta Briseida desencantó, porque tenía muy gran vergüenza de parecer ante él. Y como el príncipe fue tornado en su acuerdo, viéndose en medio de todos aquellos caballeros y conociendo algunos dellos por las devisas de sus armas, y asimismo a la infanta su hermana, fue muy maravillado viendo lo que podía ser; y dando un muy gran suspiro, estuvo como hombre de gran cuidado pensando lo que podía hacer la fortuna. Mas Hipermea, que así lo vio suspenso, le dijo:

—Poderoso príncipe, estas cosas que veis son a las que los mortales están sujetos y las vueltas que da el mundo para que conozcamos su poca firmeza y la poca confianza que podemos tener cuando en mayor alteza y prosperidad nos halláremos. Y pues que no es tan poca vuestra discreción que no baste a conocer la paciencia que es menester en sus adversidades, bien creo que con ella venceréis la que no podéis dejar de tener por tal con lo que agora veis; aunque con lo que viéredes adelante por ventura quedaréis tan satisfecho cuanto al presente estaréis descontento.

El príncipe, que muy sabio era, conociendo en lo que veía y oía lo que podía ser, y que allí podía más vencer con la paciencia y buena razón que con la desmesura, le respondió:

—Buena señora, vos tenéis tan gran razón en lo que decís, que de ninguna cosa que haga la fortuna nos hemos de espantar los mortales, que yo, como uno dellos sujeto a sus movibles leyes, no quiero maravillarme ni mostrar queja de lo que conmigo hiciere, porque al fin hace lo que en ella es; y pues que, a lo que veo y conozco, a ella le ha placido poner mi libertad en vuestro poder y destos caballeros, no la tengo por tan mal empleada que todas las veces que me fuera pedida por

cada uno dellos con la vida la aventurara yo sin poner duda en ello; mas esto quisiera yo que fuera por mi voluntad y no por fuerza, como agora me conviene hacerlo.

—Ninguna fuerza —respondió Hipermea—, valeroso príncipe, podréis vos aquí recibir, donde, dejando lo que vuestra grandeza merece, por respeto de la infanta Briseida os hemos de servir. Y porque el tiempo es breve para darse orden en todo lo que conviene, el agravio que podréis recibir será ir en nuestra compañía hasta el reino de Fenicia, donde todas las cosas se harán a vuestra voluntad.

El príncipe que conoció que escusado sería querer hacer otra cosa, mostró buen semblante, aunque gran tristeza sentía en su ánima, y principalmente de ver a la infanta y duquesa sin saber aún en poder de quién irían.

Todos aquellos caballeros llegaron a hablar al príncipe, si no fueron Aspizel y su hijo. Y después comieron de lo que en el barco traían, y habiéndose refrescado en la fuente un gran rato, se tornaron a la mar y, alzando las velas al viento, tomaron el camino del reino de Fenicia, al cual con muy próspero tiempo llegaron en diez días.

CAPÍTULO III-XX

DEL CONCIERTO QUE SE HIZO ENTRE EL REY ARMIDES Y EL PRÍNCIPE ORIZES, Y DE LA MUERTE DEL SOLDÁN DE BABILONIA

TANTO caminó el barco en que la sabia Hipermea y aquellos caballeros iban, que pasados diez días llegaron a un puerto del reino de Fenicia, y desembarcando en una buena villa que en él estaba, supieron que el rey Armides estaba una jornada de allí. Y Hipermea envió luego una doncella de las que con ella venían, con la cual le hizo saber todo lo que pasaba y de la manera que venían.

El rey hizo aparejar lo mejor que pudo para recibir a Olivante y a todos los que venían con él; y otro día, saliendo dos millas de la villa donde estaba con muchos caballeros que lo acompañaban, se encontraron; donde contar las cosas que pasaron en aquel recibimiento sería muy gran prolijidad, y por esto se dejan de decir, más de que el rey Armides no se vio jamás con tan gran placer y contentamiento, y mostró tan buena voluntad al príncipe Orizes, que quedó muy pagado dél. Mas tanto sabed que así él como la infanta Briseida y Aspizel con sus hijos iban muy espantados de saber que aquellos caballeros eran cristianos, porque hasta entonces no lo habían sabido. Y la infanta encubría su pena lo mejor que podía, mas el amor que ella y Peliscán habían cobrado era tan grande que no fue necesario gastar mucho tiempo en convertirla para que se volviese cristiana.

El rey Armides no quiso más seguridad del príncipe Orizes de su palabra, sobre la cual le dejaron andar libremente, y Aliazar y Griseldís le tenían siempre compañía, con los cuales él se holgaba porque eran de su ley, y mucho les

reprehendía lo que por aquellos caballeros cristianos habían hecho; mas después que supo lo que Olivante por Aliazar había hecho, no les ponía tanta culpa.

De ahí a quince días que en la corte estaban, la infanta Briseida se volvió cristiana, de lo cual, aunque le pesó a su hermano, viendo que no se podía hacer otra cosa ni era en su poder remediarlo, mostraba mejor semblante de lo que sentía. Grandes fueron las fiestas y regocijos que se hicieron en las bodas de Peliscan y de la infanta, y asimismo de Griseldís y la duquesa, en las cuales hubo grandes justas y torneos, y en ellos, aunque muchos y muy buenos caballeros había, se señalaron el rey Tirsés y Darisio, y con haber tan poco tiempo que ejercitaban las armas, procuraban de hacer cosas por donde fuesen tenidos por tan buenos caballeros como a la verdad lo eran.

Bien había un mes que en la corte del rey Armides estaban todos estos caballeros, cuando Olivante, con el desasosiego que consigo traía de no verse delante de quien con su ausencia le daba tan trabajosa vida, no cesando los mortales deseos de su corazón, como aquel que después de la seguridad que della había habido más verdaderamente la amaba, determinó de partirse. La sabia Hipérmea que su voluntad conoció, y viendo la razón que tenía, haciendo juntar un día aquellos reyes y príncipes, les comenzó a decir:

—Pues que la voluntad del muy Alto Señor ha permitido hasta agora que los hechos que por nuestra parte se han comenzado hayan²⁵⁵ habido tan dichosa fin como deseábamos, justo es que no nos descuidemos de darle las gracias, que su infinita bondad lo merece, ni tampoco de olvidarnos en la prosperidad para no prevenir en todo lo que después de lo pasado puede suceder. Digo esto, soberanos reyes, excelentísimos príncipes y valerosos caballeros, porque algunos de los que aquí están detenidos, habiendo estado por su voluntad hasta agora, así ellos como muchos que su ayuda esperan y han menester recibirán agravio con su tardanza. Por tanto, es necesario que se dé antes orden en algunas cosas, y la principal es lo que toca al príncipe Orizes, el cual habiéndome sido dado por prisionero del buen caballero Darisio, yo quiero saber de su voluntad si, haciendo yo lo que por ser hermano de la infanta Briseida, a quien todos tenemos tanta obligación y voluntad de servir, que es dejarle en la libertad que antes que aquí viniese tenía, querrá él también tener nuestra amistad dándonos por seguridad su fe real que agora ni en ningún tiempo no consentirá que por el Soldán su padre ni por él se pretenda tomar venganza de lo que tan contra razón tendrían por injuria, pues que el remate della ha quitado la que en el principio pudiera acriminarse, como se hizo, poniendo a todos en aquel grande estrecho que yo cuando los saqué del castillo de Aspizel los hallé. Así que, soberano príncipe, en vuestra mano está, haciendo lo que digo, poder hacer luego a vuestra voluntad, porque de otra suerte, forzado nos sería, para resistir las grandes fuerzas de vuestro gran señorío, deteneros por prenda de nuestra seguridad, no dejando de haceros aquel tratamiento que vuestro estado merece, con sólo estar sin la libertad que en él podríades tener.

Orizes, habiendo visto cuán bien había sido tratado y cuán estimado todo el tiempo que allí le habían tenido, no como a prisionero, sino como a cada uno de

²⁵⁵ Orig.: ‘aya’ (241v).

los otros príncipes, y agora la libertad que le ofrecían esperando él que con muy mayor precio le libertaran de la prisión, le responde:

—Como sea justo que nunca la pasión ciegue el entendimiento y que siempre se debe de dejar aparte para conocer a lo que obligan así las buenas razones como los hechos, aunque los principios hayan sido agraviados, quiero yo hacer lo mismo; que con tanta razón pudiera estar sojuzgado de mi voluntad para tomar la venganza que de un caso como el pasado se requería, teniendo por cierto que no fuera tan presto sabido por el Soldán, mi señor y padre, adónde estábamos como puesta en efecto la ejecución mostrando su crecido poder, contra el cual tuviera por dificultosa la resistencia. Mas, habiendo visto el tratamiento que hasta agora me ha sido hecho y considerando otras cosas que hay en medio, yo deseo la amistad destos caballeros como de los mejores que yo creo haber en el mundo. Y pues que no se me pide más seguridad de mi palabra, yo la doy, y prometo, como príncipe de Babilonia, que a todo mi poder procuraré quitar el enojo del Soldán mi señor, y que no consentiré que por lo pasado se haga ninguna diligencia de venganza; y cuando yo no fuere poderoso para cumplir lo que prometo, que me volveré donde agora estoy, para hacer todo lo que a como prisionero me fuere mandado.

Muy contentos quedaron todos de las razones de Orizes, y tornando a replicar sobre ello algunas cosas que se requerían, el rey Armides hizo aparejar todo lo necesario para su partida. Y de ahí a tres días estaban dos naos en el puerto bien bastecidas de lo que era menester; y en la una se partió el príncipe Orizes, despidiéndose de Briseida su hermana, que hasta entonces no le había querido hablar, y en la otra fueron el príncipe Aliazar y Griseldís y la duquesa. Grandes cosas pasaron entre Aliazar y Olivante, como aquellos que de verdadero amor se amaban y les pesaba de apartarse, y con las lágrimas en los ojos se despidieron, saliendo los dos reyes con todos los otros príncipes y caballeros dos leguas de la villa con ellos, y llegando aquel día al puerto, se embarcaron luego, y con próspero tiempo navegaron hasta llegar a sus reinos. Y el príncipe Orizes, cuando llegó, halló al Soldán que con la congoja de ver ida a su hija con aquellos caballeros sin saber a dónde ni quién la llevaba y de la manera que del castillo de Aspizel habían desaparecido, y también con no saber nuevas del príncipe, estaba en una enfermedad de que murió dentro de quince días que en la corte había llegado Orizes. El cual fue luego pacíficamente jurado por Soldán y cumplió muy enteramente lo que había prometido, no solamente en no querer vengarse, mas en tener estrecha amistad con el rey Armides y con el príncipe Peliscán.

Olivante se detuvo otros ocho días en Fenicia después destos príncipes partidos, en los cuales Aspizel y sus hijos se volvieron cristianos, y el rey Armides les hizo tan grandes mercedes que ellos se tuvieron por bien pagados de lo que en Babilonia perdieron. Brangela quedó con la infanta Briseida, y Rosaldín se fue con Olivante, el cual holgó dello por poderle pagar la obligación que tenía también al servicio que a él le había hecho. Y estando una muy hermosa nao aparejada en el puerto, se fueron todos allá, porque el rey Armides y la sabia Hipermea no quisieron quedar hasta ponerlos dentro en ella; y allí despidiéndose los unos de los otros con tan gran amor como si padres y hijos verdaderos fueran, se

embarcaron Olivante y el rey Tirsés y Darisio y Rosaldín con sus escuderos, y alzando las velas al viento, la nao se metió en alta mar dejando al rey Armides y a Peliscán y Briseida muy tristes de apartarse de tan buena compañía.

CAPÍTULO III-XXI
CÓMO OLIVANTE PARTIENDO DEL REINO DE FENICIA,
ENCONTRANDO EN LA MAR LA ARMADA DE SILVANO, SE
CONCERTARON DE IR A SOCORRER AL REY DON ROSANEL
CONTRA EL REY ARCANDOLFO DE SUSIA

CON muy próspero tiempo y el viento en popa hacía la nao su camino llevando la vía de Constantinopla, porque el rey Tirsés en ninguna manera quiso quedar en el su reino de Landas sin ir a besar las manos al Emperador y ver aquella tan nombrada corte. Y habiendo caminado cinco días, hacia la mano diestra descubrieron una armada de cuarenta naos que hacían el mismo viaje que la nao llevaba, y delante dellas venia un bergantín a muy gran priesa. Olivante se puso a mirar la armada para ver si podría reconocer de quién era, y vio en las banderas las armas de Constantinopla, por donde conoció que sería del Emperador, de que no poco alegre fue pensando poder saber nuevas de lo que tanto deseaba. A esta hora llegó el bergantín, en el cual venía un caballero armado de todas armas, que como a Olivante y al rey Tirsés vio al borde de la nao, les dijo:

—Buenos caballeros, yo vengo a vosotros de parte del valeroso caballero Silvano, capitán desta armada por el emperador de Constantinopla, para que le hagáis saber cúa es esta nao y quién viene, porque, no lo queriendo decir de grado y como amigos, convendrá que lo digáis por fuerza y como enemigos. Por tanto, determinaos luego en lo que mejor os estuviere responder.

Grande fue el alegría de Olivante, porque no había caballero en el mundo a quien él tuviese el amor que a Silvano; y respondiendo al caballero, le dijo:

—Buen caballero, diréis al capitán que en esta nao vienen dos enemigos suyos de los mayores que él tiene en el mundo, los cuales por verle le fueran a buscar dondequiera que él estuviera; y que para hacerle saber la queja que dél tenemos, nosotros iremos luego a su nao, donde nos podrá por ventura hacer tal emienda que quedemos satisfechos de nuestra injuria.

El caballero se volvió con la respuesta a Silvano, porque así era verdad que con aquella armada venía de la ínsula Dragontina dejandola ya toda pacífica y sujeta y un gobernador en ella por la sabia Hipermea, como el Emperador se lo había mandado. El cual oyendo la respuesta, no supo qué se juzgar della, y mirando hacia la nao, vio que en un barco venían dos caballeros armados de muy ricas armas, que como a la nao llegaron, haciendo de señas que los acogiesen dentro, lo hicieron luego. Y puestos delante de Silvano y quitando los yelmos, no se podría decir la demasiada alegría de Silvano cuando a Olivante conoció; y gran pieza

estuvieron abrazados, diciéndose el uno al otro palabras de tanto amor como si verdaderos hermanos fueran, reconociendo siempre Silvano a Olivante la superioridad que era razón. Y luego se hablaron Silvano y el rey Tirsés; lo mismo hicieron todos los caballeros de Grecia que a Olivante conocían. Y después que estuvieron hablando, contándose los unos a los otros lo que por ellos había pasado después que no se habían visto, Silvano dijo a Olivante:

—Soberano príncipe y señor mío, no son aún acabados todos los trabajos, que antes que a Constantinopla lleguemos nos está aparejado uno, del cual plega a Dios que podamos salir con el fin que, habiéndoos yo visto, espero que no nos podrá negar la ventura. Porque sabed que yo he tomado en el camino cuatro naos de armada de turcos, en las cuales hallé a preso a Feliseo, escudero del rey don Rosanel, y he sabido dél que Arcandolfo, rey de Susia, hijo del rey Arcanor, ha entrado en la isla de Creta con más de cuarenta mil caballeros para vengar la muerte de su padre, y ha destruido muchas villas y ciudades; y es tanto el daño que ha hecho y hace cada día, que el rey vuestro hermano se ha determinado de darle la batalla y aventurarse a perder o ganar en un día por no ver destruir su reino. Y yendo Feliseo a demandar alguna gente al rey de Rodas, le prendieron en el camino, por donde no ha podido hacer su embajada. Y la batalla está aplazada para primero día de setiembre, que será de aquí a cinco días. Plega a Dios que el tiempo no se nos mude para poder llegar, que los marineros me dicen que no hay camino de cuatro días, y bien creo que la fortuna nos ha juntado para estorbar tan gran daño como de aquí podría suceder.

Grande alteración fue la de Olivante con estas nuevas, y haciendo llamar a Feliseo, se informó dél particularmente de todo; el cual le dijo cómo venían con el rey Arcandolfo el rey de Libia y el rey de Arcadia, y que la gente que tenían sería hasta cuarenta mil caballeros, entre los cuales había dos muy bravos jayanes y que gran temor ponían a las gentes, y que serían veinte y cinco mil peones, y que la gente del rey don Rosanel serían deciséis mil caballeros y diez mil peones, y que con éstos pensaba tentar la fortuna, porque de otra manera no podría sustentarse contra aquella gente ni podía venirle socorro que no fuese tarde.

Con esto se fueron a comer, que muy bien aparejado lo hallaron. Y Olivante envió a mandar a Darisio que hiciese juntar su nao con las otras, porque él se quería quedar en la de Silvano; lo cual se hizo así, y comenzaron a caminar, haciendo poner en las naos todas las velas que podían llevar. El tiempo fue tan próspero que a los cuatro días llegaron a vista de la isla, y siendo Silvano avisado de la parte donde estaba la armada de los enemigos, hizo desviar la suya por no hallar estorbo para llegar a tiempo. Y así, fueron a las dos horas de la noche a tomar un puerto deshabitado que los marineros sabían, donde se desembarcaron sin ser sentidos. Y contando la gente que traían, hallaron ocho mil y quinientos caballeros, de los cuales dejaron los mil y quinientos en las naos y con los siete mil en muy buen concierto comenzaron a caminar llevando por guía a Feliseo, que muy bien sabía la tierra, dándose toda la prisa que podían, porque ese día era en que se había de dar la batalla.

Y cuando vino el día se hallaron al pie de una montaña no muy alta, adonde reposaron un poco por llegar descansados, y comieron de lo que llevaban. Olivante

envió delante dos caballeros que descubriesen lo que había, los cuales volvieron muy presto diciendo que de encima del recuesto se veían ambos reales en un llano que estaba cerca de la ciudad, y que los capitanes parecían poner ya en orden la gente, la cual era en tan gran número más de la parte del rey Arcandolfo, que tenía por imposible que el rey don Rosanel pudiese haber aquel día la victoria. Con estas nuevas movieron luego de allí, y cuando fueron en lo alto de la montaña, Olivante dijo a Silvano que le parecía que no era bien ser vistos de los enemigos hasta que diesen sobre ellos, y que entretanto que él iba a ver en qué estado estaba la batalla, debía ordenar su gente como mejor le pareciese.

Silvano lo hizo así, haciéndola en tres partes: la una dio al rey Tirsés con dos mil y quinientos caballeros, mandando a Rosaldín que fuese en su compañía y le aguardase; la otra, con otros dos mil y quinientos caballeros, mandó seguir al príncipe Olivante, y a Darisio que fuese con él; y los otros dos mil caballeros tomó para sí, mandando que todos se pusiesen, no en escuadrón, sino en ala muy entendida, por que los enemigos pensasen que muy mayor número de gente era, y que, cuando pareciesen, hiciesen el mayor estruendo y regocijo que pudiesen, para poner pavor a sus enemigos. Estando en esto, volvió Olivante, que había ya visto mover del un real y del otro, y tomando la que a él le cupo, se pusieron en parte donde pudiesen ver la batalla y ellos no fuesen vistos hasta que fuese tiempo. Y de allí veían como, juntándose los unos con los otros, trabaron una muy cruel y temerosa batalla, en la cual de ambas partes se hacían estraños hechos en armas; y cierto, los pocos que el rey don Rosanel consigo tenían lo hacían muy bien; mas poco les podía aprovechar, porque según la muchedumbre de los enemigos no podían durar contra ellos, y más con el temor y espanto que aquellos dos bravos y fieros jayanes ponían en las gentes, que dos diablos salidos del infierno parecían.

Todas las haces estaban ya juntas, y los de Creta se sustentaban lo mejor que podían. El rey Arcandolfo por dondequiera que iba hacía temer sus poderosos y mortales golpes, que como tuviese el cuerpo casi de jayán, sus fuerzas eran demasíadamente grandes, y sin ningún temor estaban así él como su gente de perder la batalla, porque ya comenzaban a sojuzgar a sus enemigos, si Dios no los socorriera, como agora se dirá.

CAPÍTULO III-XXII

CÓMO EL REY DON ROSANEL FUE SOCORRIDO, Y DEL FIN QUE HUBO LA BATALLA QUE TENÍA CON EL REY ARCANDOLFO

CUANDO Olivante y Silvano vieron la batalla en este estado que se ha dicho, salieron de la espesura de la montaña, y la gente iba puesta en tal orden que parecía ser más de veinte mil caballeros. Las banderas y estandartes con las armas del imperio de Grecia iban descogidas, mostrándose con la claridad del sol a sus enemigos para poner tan gran espanto de ver el socorro que en favor

de los de Creta venía, que bastó a ponerles el temor que hasta entonces no habían tenido. Y viéndolos venir repartidos en tres partes, el rey Arcandolfo, tomando hasta seis mil caballeros y a los dos jayanes que con él andaban, les mandó que saliesen a resistir a aquella gente que contra ellos venía, yendo todos tres delante. Asimismo se adelantaron de los suyos Oiivante y Silvano y el rey Tirses, los cuales, muy bien cubiertos de sus escudos y las lanzas bajas, se dejaron ir contra ellos.

Olivante encontró al uno de los jayanes de tan poderoso golpe, que, falsándole todas las armas, le hizo una mortal herida en los pechos, y topándose de los cuerpos y escudos, no se pudieron tener que no viniesen ambos al suelo. Mas Olivante, no perdiendo las riendas del caballo, tornó a cabalgar muy ligeramente, y el jayán sacó el trozo de la lanza que metido le había quedado, pensando que se hallaría más desembarazado para la batalla: mas, en sacándolo, como llegase hasta lo hueco, se le salió el ánima con él, cayendo en el suelo muerto. Silvano y el rey Arcandolfo quebraron sus lanzas sin hacerse otro daño, y echando mano a sus espadas, comienzan una muy brava y temerosa batalla. El rey Tirses encontró al otro jayán, quebrando en él la lanza sin poder menearle, mas el encuentro del jayán fue de suerte que quebró las cinchas de la silla, y llevándola entre las piernas, el rey Tirses vino al suelo.

A esta hora se juntaron los unos con los otros con tan gran braveza y furia, que parecía temblar la tierra en aquella parte. Y aunque los caballeros de Grecia no estaban muy descansados de haber caminado toda la noche, sin caer de su parte sesenta caballeros derribaron de los contrarios más de setecientos, entre los cuales hubo muchos muertos. A los que el buen Darisio y Rosaldín encontraron, los hierros de las lanzas hicieron parecer en las espaldas. Y hallándose cerca del rey Tirses, a quien el jayán procuraba de atropellarlo con su caballo por traerle a la muerte, le comenzaron a cargar de muy ásperos y fuertes golpes, de suerte que le convino defenderse dellos; así que el rey Tirses tuvo lugar de tomar un caballo de muchos que sueltos andaban en la batalla, y tomando donde el jayán con los dos caballeros había quedado, vio que un tropel grande de caballeros los había despartido; y metiéndose por la batalla, comenzó a dar golpes a una parte y a otra, haciéndose temer por dondequiera que iba, que cierto el rey Tirses era uno de los mejores caballeros que a la sazón había.

Tanto hicieron los caballeros griegos con el favor de los grandes hechos de Olivante, delante, quien ninguno de sus contrarios hacía resistencia, que en poco espacio los seis mil caballeros fueron desbaratados, volviendo las riendas los que vivos quedaron para acogerse entre los suyos en la batalla. Lo cual visto por el rey Arcandolfo, que aún en su batalla con Silvano estaba, maldiciendo y blasfemando de sus dioses por el estorbo que a tal tiempo le había venido, estaba suspenso sin saber qué hacer, y al fin determinó de ir a poner orden en su gente y que no se desconcertasen, y dejando a Silvano, se fue a meter en la batalla. Silvano lo iba siguiendo con voluntad de darle la muerte, y a esta hora los griegos, todos juntos con sus fuertes caudillos en la delantera, con grandes alaridos diciendo «¡Imperio, imperio! ¡Grecia, Grecia!» entraron todos entre sus enemigos.

Cuando el rey don Rosanel vio el socorro que le había venido a tiempo que por perdido se tenía, dando infinitas gracias a Dios en su corazón, tomó tanto esfuerzo

animando a los suyos, que apartaron tan recio a sus contrarios por aquella parte que los hicieron retraer algún tanto. Olivante y Silvano hacían tan grandes maravillas, que no daban golpe que no hiriesen o matasen; tan gran corro hacían por dondequiera que pasaban como el lobo suele hacer entre el ganado. Y discurriendo por unas partes y otras, Silvano se tornó a encontrar con el rey Arcandollo, y como se hubieron conocido, tomando cada uno una gruesa lanza, arremetieron los caballos contra sí, y habiéndolas hecho muchos pedazos, se tornaron a herir con las espadas. Mas Silvano, que uno de los mejores caballeros era que a la sazón había en el mundo, cargó de un tan fuerte y pesado golpe al rey Arcandolfo, que, haciéndole una gran herida en la cabeza, desatinado le hizo venir al suelo.

Muchos caballeros que vieron al rey caído, pensando ser muerto arremetieron contra Silvano, y muchos caballeros griegos se pusieron en su defensa, y aquí era la mayor priesa de la batalla, porque de parte del rey, pensando que fuese muerto, vinieron el rey de Arcadia y el jayán que vivo había quedado con más de cuatro mil caballeros. Y cierto, en gran aprieto habían puesto a Silvano y a Darisio y Rosaldín, que con él se habían hallado, si no viniera don Rosanel con dos mil caballeros de los de Creta; y topándose con el rey de Arcadia, alzándose sobre los estribos le hirió de un tan poderoso golpe, que le hendió el yelmo con la cabeza hasta los ojos. El rey cayó luego muerto, lo cual puso gran desmayo; mas queriendo vengar su muerte, se comenzó la batalla allí más áspera que de antes andaba, sobreviniendo de la parte contraria el rey de Libia, que maravillas en armas hacía, y el jayán, que sus golpes eran desatinados y todos huían delante dél.

Olivante, que en otra parte de la batalla andaba, viendo la priesa que allí había, tomó una gruesa lanza a Leristes, y yéndose a meter en ella, derribó dos caballeros que delante se le pusieron, y topándose con el rey de Libia, dio con él tan gran caída, que hubo el brazo sobre que cayó quebrado, de suerte que parecía quedar muerto; mas luego fue socorrido de los suyos y sacado de la batalla. El jayán, que pensó que el rey de Libia muerto fuese, era destrucción de cuantos hallaba, y Silvano, que vio las diabluras que hacía, se le puso luego delante con su espada en la mano, comenzando los dos una tan reñida y mortal batalla, que a muchos de los que peleaban hacían pararse por solamente poderlos ver. Mas Silvano, que con gran tiento se combatía, viendo al jayán por entre las piezas de la falda de la loriga un poco descubierto, con gran fuerza le metió la punta de la espada, de suerte que, llegando a las entrañas, el jayán cayó luego muerto.

El rey Arcandolfo, que habiendo tornado en su acuerdo había tomado un caballo que un escudero le había dado, viendo muerto al jayán, con muy gran pesar y rabia se dejó ir contra Silvano; mas el rey Tirses y el rey don Rosanel a un tiempo le hirieron sobre el yelmo de tan poderosos golpes que sin poder resistirlo le hirieron venir al suelo. Arcandolfo, no perdiendo por eso punto de su soberbia, se levantó luego queriendo tomar el caballo; mas Olivante, que bien había conocido ser aquel por quien todos los otros de la batalla se regían, haciendo juntar un tropel de docientos caballeros les mandó que procurasen llevarlo preso a la ciudad. Los suyos por defenderle, los de Grecia por cumplir lo que Olivante les mandaba, hacían maravillas; mas las de Olivante eran de suerte que a los enemigos ponían

tan gran espanto que todos huían delante dél, y tan gran mortandad y destrucción hizo en ellos, que, haciéndolos apartar gran trecho de al derredor, Arcandolfo no pudo resistir a los grandes y fuertes golpes de don Rosanel y del rey Tirsés; así que malherido cayó sin sentido; y siendo tomado por los caballeros que Olivante había mandado, le llevaban para la ciudad.

La batalla fue aquí mayor que en todo el día había sido, porque los de Susia por defender a su rey no temían ningún peligro; mas tanto hicieron Olivante y Silvano, y los dos reyes don Rosanel y Tirsés, y los buenos caballeros Darisio y Rosaldín, que los griegos y los de Creta pudieron cumplir a su salvo su voluntad. Y así, metieron al rey Arcandolfo en la ciudad, que muy cerca estaba, y entregándolo a los caballeros que en guarda de la puerta estaban, volvieron a la batalla; mas con su llegada, y con tener la falta de los caudillos que los gobernaban, aunque todavía era mayor número los del rey Arcandolfo que los de Creta, dejaron vencerse, desamparando el campo y poniéndose en huida, cada uno procurando huir de la muerte.

Mas los de Creta, que muy lastimados estaban de los grandes males que dellos habían recibido, con ayuda de los griegos los perseguían, matando muchos dellos, hasta llegar a la orilla del agua, donde el rey de Libia, así herido como estaba, fue recibido en un batel y metido en una nao de su armada. Lo mismo hicieron los suyos, mas no tan a su salvo que muchos dellos no muriesen a manos de sus enemigos y otros ahogados en el agua que por amparo tomaban, donde hallaban la muerte de que iban huyendo, hasta que la noche sobrevino, la cual despartió la furia de los cretenses del miedo de los de Susia. Acabándose con la escuridad de acoger todos en sus naos y alzando las velas al viento, se fueron con tan gran pérdida como se ha dicho viniendo a tomar una venganza tan injusta como era la muerte del rey Arcanor.

Don Rosanel, que tan bien vio acabado aquel hecho habiendo tenido por cierto de perder a sí y a su reino en aquel día, andaba por entre toda la gente buscando los caudillos de Grecia para saber quién eran, y principalmente al que la luna traía en el escudo, porque, según las maravillas que le había visto hacer, éste solo le parecía haber sido la causa de su victoria. Y andando así se encontró con el rey Tirsés, y llegándose a él, le dijo:

—Señor caballero, hasta saber quién seáis suplícoos me perdonéis que os hable sin el acatamiento que, dejando aparte vuestra virtud y gran fortaleza, creo que se debe a vuestra persona, y que me hagáis merced de decirme quién sois vos y estos caballeros que tan gran bien en este día me han hecho, el cual me han puesto en obligación de perder por cada uno dellos este reino y la vida con él, si dello tuviesen necesidad, todas las veces que a mi noticia viniese, pues que, habiéndomelo dado, estoy obligado a tenerlo más verdaderamente por suyo que por mío.

—Soberano príncipe —dijo el rey Tirsés—, los que hoy os hemos servido teníamos tan gran obligación a hacerlo, que no menor sentimiento tuviéramos de vuestro daño que si en nuestras personas mismas nos viniera; que sabed que el Caballero de la Luna es vuestro hermano el príncipe Olivante, y el otro es Silvano,

vuestro grande amigo, y yo soy el rey Tirsés, que no menos que ellos deseo serviros.

—¡Santa María! —dijo don Rosanel—. ¡Qué nuevas de tanta alegría!, que en más son de estimar que la victoria que hoy he habido de mis enemigos. Y cierto, si yo supiera esto antes de agora, poco miedo tuviera de perderla.

Y diciendo esto y quitándose los yelmos, se abrazaron los dos con todo amor y voluntad, haciéndose el uno al otro el acatamiento que se debían. Y estando así llegaron Olivante y Silvano y Darisio, que con los yelmos quitados venían, y la noche no era tan oscura que don Rosanel no los conociese luego. Y yéndose a abrazar con Olivante, saliendo con la gran alegría que sintió las lágrimas de sus ojos, le dijo:

—Bien sé yo, excelente príncipe y señor mío, que en vuestra ventura no puede faltar a todos los que della tuvieren necesidad para ser socorridos con vuestro favor, el cual ha podido más que la malicia de los que pensaban que este día sería el postrero de mi perdición y de su venganza.

—Mi buen señor —dijo Olivante—, al rey Tirsés y a mí nos sois en obligación de la voluntad y de lo que por nuestras personas habemos podido serviros, mas a Silvano se debe la victoria de la batalla, el cual os ha socorrido con la gente que habéis visto, que sin ella no bastáramos nosotros a sacaros del peligro en que os hallamos; así que a él habemos todos de agradecer el bien que en este día nos ha sucedido.

—Yo tengo tan gran obligación —respondió Silvano— de serviros a todos, que ningunas gracias me son debidas por todo lo que hiciere hasta la muerte, la cual tendré yo en poco todas las veces que por cada uno fuere necesario perder la vida.

Don Rosanel, abrazándose con él, le dijo:

—La vida y el reino tengo yo en este día por vuestra mano, y así, lo tendré yo en poco cuando sea menester perderlo por cualquiera cosa que a vuestro servicio tocara.

Silvano se le humilló por lo que le decía; y allí contaron luego a don Rosanel de la manera que de Feliseo habían sabido de aquella batalla y por qué ventura se habían juntado y todo lo que más había pasado. Y con esto, haciendo recoger toda la gente y todo el despojo que del real de los enemigos habían habido, que era mucho y muy rico, se fueron luego para la ciudad, donde hallaron a la reina Danisea con aquella alegría que se puede pensar, así de la gran victoria que el rey había habido aquel día como de la venida de Olivante y de aquellos caballeros. Y saliendo a recibirlos a un corredor del palacio, con muy gran acatamiento y pasando razones de muy grande amor se recibieron los unos y los otros, y la reina no se hartaba de dar las gracias a Olivante y a Silvano y al rey Tirsés de lo que por ella aquel día habían hecho. Y después que hubieron cenado se hicieron curar de algunas pequeñas llagas que tenían, haciendo también curar de todos los heridos. Durmieron lo que quedaba de la noche, y otro día el rey don Rosanel hizo enterrar todos los muertos, y hallaron que de los suyos faltaban dos mil y ciento, y de los griegos murieron trecientos y veinte, y de los enemigos más de diez mil.

Don Rosanel hizo partir el despojo de suerte que ninguno se podía quejar, y la parte que a él le cupo repartió entre los caballeros griegos, que muy contentos

quedaron de su liberalidad. Y esto hecho, Olivante y Silvano y el rey Tirses estuvieron allí holgándose algunos días, esperando que los que estaban heridos convaleciesen, y principalmente Rosaldín, que estuvo diez días sin poderse levantar del lecho.

CAPÍTULO III-XXIII
CÓMO OLIVANTE Y SUS COMPAÑEROS SE PARTIERON DE CRETA
PARA CONSTANTINOPLA, Y CÓMO POR UNA AVENTURA SE
TOPARON CON EL EMPERADOR ARQUELAO EN UNA FLORESTA Y
ALLÍ FUE DESCUBIERTO SER SU HIJO EL BUEN CABALLERO
SILVANO

QUINCE días estuvieron Olivante y sus compañeros con el rey don Rosanel y con la reina Danisea, en fin de los cuales, habiendo ya dado orden así en lo que tocaba a la prisión del rey Arcandolfo como en todo lo demás que para pacificación del reino convenía, despidiéndose dellos, no sin gran tristeza de apartarse los unos de los otros, se metieron en sus naos y alzando las velas siguieron el camino de Constantinopla. Y en pocos días llegaron todas las naos al puerto de Armedián, y desembarcándose toda la gente en aquella villa, supieron que el Emperador andaba a caza en las montañas de Liguria, que dos jornadas de allí estaban; y Silvano envió luego a su escudero Leandro para que le diese cuenta de todo lo que pasaba y para que supiese dél lo que mandaba hacer de aquellos caballeros. Leandro lo hizo así, yendo avisado que no dijese de la venida de Olivante, y tanta priesa se dio, que volvió dentro de cuatro días con recaudo para que todos fuesen pagados muy a su voluntad y que de allí pudiesen irse adonde quisiesen, lo cual se hizo luego.

Y después que esto fue despachado, Olivante y Silvano y el rey Tirses y Darisio y Rosaldín tomaron el camino que a las montañas de Liguria iba, por el cual caminaron aquel día, y posaron en casa de un florastero que en una falda de la montaña vivía. Y otro día por la mañana, despidiéndose dél, se metieron por la montaña, que muy espesa de arboleda estaba. Olivante iba mirando a Silvano, que, metido en un profundo pensamiento, iba como fuera de sí, y llegándose a él, le echó la mano sobre el hombro diciéndole:

—Mi buen señor y verdadero amigo, ¿qué cuidado os lleva fuera de vos para no darme parte dél, pues sabéis que de cualquiera suerte que sea no tengo de sentirlo menos para remediarlo en lo que mis fueras bastaren que vos mismo?

Silvano, tornando en sí, con un gran suspiro le respondió:

—¡Ay excelente príncipe, cuánta razón hay en mí para no estar jamás sin este cuidado en que me veis! Porque, si queréis acordaros, estas son aquellas montañas de Liguria en que yo nací y fui criado, y de las cuales andando yo apacentando los ganados de mis padres me sacastes vos la noche que para Constantinopla me

llevastes. La memoria desto y de las cosas que después por mí han pasado me llevan fuera de mi sentido, porque, teniéndome yo por hijo déstos, los sabios me han querido en sus dichos llamar hijo de padre muy diferente. Y por esto quiero yo, señor, suplicaros tengáis por bien que, para saber si podré averiguar la verdad deste caso, me dejéis ir a la casa donde nací, a la cual, como yo sepa bien el camino, podré llegar esta noche; y no me detendré más, que mañana yo seré con vos y con el Emperador, si otro estorbo no me viniere.

—Mi buen señor —dijo Olivante—, en cualquiera cosa que os sucediere no podré dejar vuestra compañía, y más en ésta, que no deseo menos que vos saber el fin y secreto della. Y pues que sabéis el camino, guiad por donde os pareciere, y Dios quiera que desta vez acabemos de entender lo que hasta aquí tan encubierto nos ha sido.

—Sea como, señor, lo mandáis —respondió Silvano—, pues en ninguna cosa pienso dejar de seguir vuestra voluntad y parecer.

Y con esto, dejando el camino que llevaban, se metieron por una angosta senda que por entre unos muy altos y espesos árboles iba, y caminando todo el día, les sobrevino la noche, con la cual no dejaron de andar, porque Silvano todos los pasos de la floresta sabía, como aquel que en ella se había criado. Y ya que serían tres horas de la noche pasadas llegaron a la casa donde su padre y madre Silvano había dejado, y llegándose a la puerta della, estuvieron un poco escuchando, porque sintieron dentro gente que estaba hablando. Y llamando Leristes, le respondieron y abrieron la puerta, porque sabed que los que dentro estaban eran el Emperador y el rey Aureliano y el príncipe Meliades, que habiendo andado aquel día a caza el Emperador, ya que quería anochecer, habiendo herido un oso que de las armadas se les salió, lo comenzó a seguir por lo más espeso de la montaña. El rey Aureliano fue en su seguimiento, y el príncipe Meliades con temor que no se perdiese hizo lo mismo. Y tan gran voluntad era la que el Emperador llevaba de matar el oso, que ya era de noche cuando entre unas peñas le derribó muerto atravesándole por medio del cuerpo con el venablo. Y como allí llegasen el rey y el príncipe, estuvieron esperando a que viniesen algunos caballeros o de los cazadores para llevar al oso, que muy grande era; mas estaban tan lejos que ni los cazadores pudieron atinar dónde estaban ni oír el son de los cuernos con que les hacían señal para que hacia aquella parte viniesen. Así estuvieron algún tanto de la noche, y al fin determinaron de ir a buscar algún poblado para poder albergar, y andando de unas partes a otras llegaron a esta casa, donde, hallando a su madre de Silvano, los recibió con tan gran voluntad como pobreza tenía, y dejándoles cabe un fuego grande que les hizo, ella se fue a la cabaña del ganado a traerles qué cenasen aquella noche. Y en tanto, Olivante y Silvano y el rey Tirsés con los otros caballeros llegaron, que habiendo oído los caballos y pensando ser de los suyos, el Emperador les mandó abrir. Y como dentro entraron, habiendo conocido al Emperador y al rey, los yelmos quitados se hincaron de rodillas delante dellos pidiéndoles las manos con el acatamiento que debían para besárselas.

El Emperador, como a Olivante conoció, abrazándolo consigo, lo tuvo así una gran pieza, diciendo:

—Valeroso príncipe y verdadero amigo mío, si yo tal caza supiera que había de hallar como la que agora veo, por bien empleado diera mi trabajo de hoy, porque ha sido la más dichosa para mí y que yo más ver deseaba en este mundo; porque podréis tener por cierto que lo que más ocupado ha tenido hasta agora mi corazón ha sido el deseo de vuestra vista, como aquel que de más verdadero amor os ama que todos cuantos en el mundo vuestra buena ventura desean, aunque entre en ellos vuestro padre, que presente tenéis, al cual, si necesario fuese, osaría yo combatir en batalla y hacer verdadero lo que digo.

—Soberano señor —respondió Olivante—, con gran razón vuestra soberana grandeza desea hacer merced a quien tanto deseo tiene de servirle todos los días de su vida, teniéndola en poco para perderla todas las veces que en vuestro servido hubiere necesidad de hacerlo.

—Bien lo habéis mostrado hasta agora —respondió el Emperador—, y tanto, que con todo mi estado no podría pagaros la menor parte de lo que en eso os debo.

El rey Aureliano, habiendo recibido y hablado al rey Tirsés y a Silvano, abrazó a Olivante, que besándole las manos estaba, y tan sobrado placer de verle hubo, que las lágrimas le salían en gran abundancia de sus ojos. Y teniéndole así una pieza, le besaba en el rostro diciendo y haciendo tantas cosas de alegría como aquel que para ello tanta razón tenía. En tanto, el rey Tirsés y Silvano besaron las manos al Emperador, el cual los recibió con tanto amor y les mostró tanta voluntad cuanto era razón que hiciese a personas que tan bien se lo merecían. Luego llegaron Darisio y Rosaldín a besar las manos al Emperador y al rey Aureliano, y dellos fueron muy bien recibidos. El príncipe Meliades y Olivante se abrazaron como aquellos que de verdadero amor se amaban.

Y después que entre todos ellos hubieron pasado muchas razones que por la prolijidad dejan de escribirse, se tornaron a sentar donde el fuego estaba en aquella pobre casa, con tan gran contentamiento y alegría, que ninguna falta les hacían para ello las riquezas del imperial palacio de Constantinopla. Allí les preguntaban las cosas que en el tiempo de su ausencia por ellos habían pasado, y el rey Tirsés tomando la mano, les contó todo lo que a Olivante después que en la corte del Soldán de Babilonia entró hasta entonces le había acontecido, porque lo de la Gran Bretaña ya Grisalter de Suecia se lo había hecho saber, teniéndolos a todos tan maravillados que les parecía imposible que hombre humano tan grandes cosas pudiese haber acabado. Y cuando supieron del socorro que a tal tiempo hicieron al rey don Rosanel, era tan grande el contentamiento, que bien lo daban a entender por las señales exteriores. El rey Aureliano daba en su corazón muchas gracias a Dios que tan gran merced en darle tal hijo le había hecho, y abrazándose con Silvano, le decía:

—Mi verdadero amigo, las gracias deste socorro a vos sólo se deben, y así, podréis tener por muy cierto que aquel reino que ganastes, con el que yo tengo, los podréis tener por tan vuestros como los que los poseen todas las veces que de aventurarlos por vos hubiere necesidad.

Estando en esto llegó su madre de Silvano, que del ganado venía, la cual viendo la compañía que con él Emperador estaba, se maravilló dello; y acordándose de aquel hijo que había perdido, al cual teniéndolo presente no conocía, y viniéndole

otras cosas a la memoria, como adelante se dirá, sus ojos se hicieron fuentes de lágrimas, con tan entrañables sospiros, que gran lástima puso a todos los que la miraban, no sabiendo la causa dello. Al Emperador le parecía que ya otras veces había visto aquella mujer, aunque no se acordaba adónde; y con la piedad que hubo de verla llorar, le dijo:

—Buena dueña, ¿qué cuita es la vuestra, que así la manifestáis? ¿Por ventura habéis recibido algún enojo de vernos en esta estancia vuestra, o yendo al ganado habéis visto alguna cosa que os haya dado pesar? No os acuitéis tanto, que todo el remedio que para ello fuere menester se os dará, y de mí seréis bien galardonada del acogimiento que aquí nos habéis hecho.

Silveida, que así se llamaba la dueña, no cesando su llanto, dando un doloroso suspiro le dijo:

—Mi buen señor, la causa de mi tristeza hala causado la memoria de algunas cosas pasadas, a las cuales, aunque vos no podáis poner el remedio necesario, soy yo obligada a daros entera cuenta dellas, porque, aunque agora estén muy lejos de poderse remediar, ya podrá venir tiempo en que vos, señor, recibísedes pena de no haberos yo avisado de lo que pasa. Y por tanto, os suplico que delante deste excelente rey me oyáis aparte lo que quiero deciros, por donde conoceréis la razón que tengo para el sentimiento que muestro.

El Emperador, maravillado de sus razones, le dijo:

—Buena dueña, yo huelgo de oír lo que me quisiéredes decir para remediar vuestra pena todo lo que en mi mano fuere.

Y con esto, tomando por la mano al rey Aureliano, se salieron fuera de la casa cabe una fuente que en medio de unos altos árboles cerca de la casa estaba, dejando tan alterados a Silvano y a Olivante como aquellos que claramente conocieron que era venido el fin deseado que tenían de saber el secreto que allí los había guiado. Y no era poco lo que Silvano holgaba de que Silveida hasta aquella hora no le hubiese conocido; la cual echándose a los pies del Emperador y creciendo la abundancia de sus lágrimas, con un semblante triste y vergonzoso comenzó a decir:

—Aunque lo que agora dijere sea para manifestar lo que siendo contra mi honestidad debiera encubrir, pues que así las de bajo como de alto estado son obligadas a ello, por ventura el yerro que contra mí hago en hablar pudiera suceder en mayor si hasta la muerte lo callase. Y por esto quiero acordar a vuestra majestad y traerle a la memoria que habrá veinte y dos años que anduvo otra vez a caza en estas montañas, y habiéndose como agora perdido de sus caballeros, vino a dar agua a esta fuente que aquí está a su caballo, en la cual, mi buen señor, hallastes una zagala que cogiendo agua de la fuente estaba, que se llamaba Silveida, la cual no pareciendo a vuestros ojos tan fea que de su hermosura no quedásedes pagado, con muchas razones y ofrecimientos la comenzastes a requerir para que su amor os otorgase; y así, siguiéndola toda aquella noche, porque guardando el ganado se quedó en el campo, pudo tanto vuestro valor, juntamente con las razones amorosas, que ella tuvo por bien de dar consentimiento a vuestro ruego, y así, vos gozastes del primero fruto de su casta y limpia vida que hasta entonces había tenido.

El Emperador, que muy atento estaba a lo que la dueña le decía, y viendo que así era todo verdad, le respondió:

—Buena dueña, yo me acuerdo bien de todo lo que decís, y pasó de la misma manera que vos habéis dicho.

—Pues habéis de saber, mi buen señor, que aquella Silveida que entonces os pareció hermosa soy yo, que con los trabajos y edad estoy tan desfigurada que no me maravillo que no me conozcáis agora, aunque del conocimiento que entonces tuvistes yo quedé preñada. Mas, desposándome mi padre de ahí a dos meses con un marido que habrá un año que Dios llevó deste mundo, yo vine a parir a tal tiempo que a todos les pareció que el hijo era suyo y de siete meses, aunque yo sabía bien la verdad. Y desta manera criamos aquel hijo, que era la más hermosa y apuesta criatura que se podía hallar en el mundo, hasta que, siendo ya buen doncel, se nos fue desta casa sin que pudiésemos saber nuevas dél mucho tiempo ha, si no fue decirnos que lo habían visto en Constantinopla. Y para que sepáis ser verdad lo que digo, veis aquí la prenda que del amor que mostrábades me dejastes, la cual, aunque en muchas necesidades me he visto, nunca la he querido quitar de mí ni aprovecharme della.

Entonces sacó una rica cadena de oro, la cual el Emperador conoció, y también a Silveida, teniendo en su memoria todo lo que había dicho. Y pesándole de no haber sabido antes aquel hecho para poner en ello remedio, le preguntó que cómo se llamaba aquel hijo que decía que se le había ido.

—Silvano se llamaba —respondió Silveida, tornando a renovar su llanto con la pena que de no saber dél sentía.

El Emperador, conociendo por todas aquellas señas y por el nombre que el buen caballero Silvano era su hijo y de Silveida, con gran gozo de ver su alta bondad y gran valor, le respondió:

—Silveida, no ha sido tan mal empleado lo que por mí hecistes que no tengáis tanta parte de la culpa en no haber sido de mí gratificada como yo, pues tuvistes tanto descuido en hacérmelo saber; mas aún habrá tiempo para todo. Y de no saber de vuestro hijo no recibáis pena, que muy cedo lo veréis en vuestra casa, pues que en ella lo dejastes.

—El que yo dejo en mi casa —respondió ella— no es el que yo os he dicho, sino otro que de mi marido después hube.

—Silvano —dijo el Emperador— es el que en vuestra casa está, que, si vos bien le mirádes, viérades ser uno de aquellos caballeros que después que vos fuistes al ganado vinieron.

—¡Ay Santa María —dijo Silveida—, que ese conocimiento no lo perdí yo, aunque el hábito diferente en que lo vi me hizo desconocerlo! Mas agora caigo en la cuenta de que vos, señor, me decís verdad. Y perdonadme, que no tendré sufrimiento de no ir a ver lo que en esta vida más he deseado.

Y diciendo esto se levantó y se fue corriendo a entrar en casa. El rey Aureliano, que muy espantado estaba de lo que había visto, volviéndose al Emperador, le dijo:

—Cierto, señor, aunque el fruto nació de tan baja tierra, había de tomar mucha parte del mucho valor de quien lo había sembrado; y de tales hijos todos nos holgaríamos de hallar sembrados muchos por el mundo.

—Vos decís muy gran verdad —respondió el Emperador—, y a mí no pesa sino de no lo haber sabido antes de agora, pues que, habiendo tanto tiempo tratado y conversado con los suyos, le teníamos todos por extraño.

—Nunca yo estuve en ese error —respondió el rey Aureliano—, que con tenerle por uno de los más estremados caballeros del mundo, veía que, doquiera que estuviese, por solo el valor de su persona merecía aquel tratamiento que cualquier príncipe por grande que fuese podía merecer; y así, en cualquiera parte por más que natural se podía contar.

Hablando en esto llegaron a la puerta de la casa, donde hallaron a Silveida abrazada con Silvano, diciendo y haciendo cosas con la grande alegría que parecía fuera de su juicio. Y como al Emperador vio, le dijo:

—Hijo mío, veis allí al padre que os engendró, y yo, aunque indigna, soy la madre en cuyas entrañas anduvistes.

Silvano hincándose de rodillas ante el Emperador, le besó las manos diciendo:

—Yo soy el indigno y sin merecimiento de nombrarme por hijo de tal padre; y a la vuestra soberana grandeza suplico que, no me mudando el nombre de súbdito y vasallo, me consienta y permita que pueda nombrarme por uno de sus criados, pues, para lo poco que yo merezco, con este título quedaré tan pagado y satisfecho que me pondrá en mayor cuidado y obligación de serviros²⁵⁶ todos los días que viviere.

El Emperador, alzándole y abrazándole con mucho amor, le dice:

—Silvano, vos merecéis tanto, que por vuestro gran valor y virtud yo me hallo dichoso en terreros por hijo; y así quiero que de aquí adelante os nombréis, y yo preciarme de teneros por tal.

Luego llegaron el rey Aureliano y el rey Tirses a hablar a Silvano, ofreciéndosele cada uno de nuevo, y él les rindió las gracias lo mejor que supo hacerlo. Olivante se abrazó con él, y así lo tuvo muy gran pieza, diciendo:

—Mi buen señor, mucho preciaba yo vuestro valor encubierto, y aunque nunca yo pensé que fuese menos, no sabía que había de ser en parte donde me acrecentarse la voluntad y obligación de serviros.

—Esa obligación tengo yo y tendré toda mi vida —respondió Silvano—, como aquel que si algún bien tiene, de vuestra mano lo ha recibido.

Luego le hablaron el príncipe Meliades y Darisio y Rosaldín. Y volviéndose después a Silveida su madre, le dijo:

—Madre Silveida, no pienso tampoco²⁵⁷ dejarme de preciar de ser vuestro hijo, pues que, aunque os haya faltado el valor que las riquezas y linaje os pudieran poner, no os olvidó la fortuna en dotaros de muy gran virtud y bondad; y así, tendréis en mí muy obediente hijo en todo lo que pudiere.

Silveida, en quien toda discreción cabía aunque en aquellas montañas fuese criada, tornándole abrazar consigo, le respondió:

—Mi señor y hijo, bien sé yo que no miraréis vos a lo poco que yo merezco, sino al amor tan entrañable con que os crie conforme a la pobreza que tenía siendo

²⁵⁶ Orig.: 'servir' (248r).

²⁵⁷ Orig.: 'tan poco' (248v).

casada con aquel que por padre tuvistes, del cual me quedó un hijo que vos por hermano teníades; y aquéste os encomiendo yo, que en lo que a mí toca, determinado tengo lo que de mi vida ha de ser.

Entonces, tomando al doncel, que, aunque en hábito pastoril, no le faltaba hermosura y buena disposición, se lo puso delante. Silvano que bien lo conocía, lo abrazó consigo, que besándole las manos estaba, y le dijo:

—Madre Silveida, de aquí adelante, de todo perded el cuidado, pues que yo sólo le tengo de tener para daros descanso.

El Emperador y todos los que presentes estaban tuvieron a muy gran virtud lo que Silvano con Silveida hacía no se desdeñando de tenerla por madre, como otros con soberbia de haberse conocido como hijos de tal padre tuvieran.

En este comedio Leristes con otros escuderos aparejaron la cena de lo que en la casa había, y aunque faltaron los sumptuosos manjares y aparatos reales, no faltó el contentamiento y alegría, con el cual, después de haber cenado, pasaron la parte que de la noche quedaba dándose cuenta los unos a los otros de lo que por ellos después que no se habían visto había pasado. Grande era el contentamiento que el Emperador de Silvano tenía por ser tan estremado caballero, y no era menor el del rey Aureliano viendo aquel hijo que, siendo luz y espejo de todos los caballeros del mundo, había tanto tiempo que no lo había visto. Mas sobre todos era la alegría de Silvano estremada, no tanto por lo que en ser hijo de un tan soberano príncipe ganaba como por parecerle que no le faltaba del todo el merecimiento para osar servir a su señora Galarcia; porque este pensamiento era el que le traía tan enajenado de su sentido, que muchas veces la poca esperanza le hacía estar en el extremo de la vida.

Ya que la mañana se venía acercando, todos los caballeros y cazadores que con el Emperador y el rey habían venido, habiendo andado toda la noche en su seguimiento, llegaron allí, donde sabiendo las nuevas de cómo Silvano se había conocido por hijo del Emperador, muy alegres dello le fueron a hablar el príncipe Agrestes, que allí con el Emperador había venido, y el duque Tesaliano y el duque Durián de Baltar, y el conde de Altarroca y don Lucisor de Numidia y Riseles de Normandía y don Polinerdos y otros muchos, a los cuales Silvano habló con tanta gracia y comedimiento que quedaron más pagados dél que de antes estaban. Lo mismo hicieron a aquel bienaventurado príncipe Olivante de Laura, quejándose cada uno dellos del agravio que en no les llevar consigo cuando de su compañía se partió les había hecho. Olivante con muy buenas razones les satisfizo de manera que todos quedaron contentos.

Y así, aparejando lo necesario se partieron, como el día fue claro, de la casa de Silveida, dejándole el recaudo que era menester hasta que por ella volviesen.

CAPÍTULO III-XXIII
CÓMO DARISIO FUE CON LAS NUEVAS DE LO QUE PASABA A LA
CIUDAD DE CONSTANTINOPLA, Y DE LO QUE CON LA PRINCESA Y
CON LA INFANTA GALARCIA PASÓ

A Sí como comenzaron a caminar hacia la ciudad de Constantinopla, que tres jornadas de allí estaba, Olivante, acordándose de las airadas razones que su señora la princesa en la carta que Darisio le trujera le había escrito, y también viendo cuánta razón era que al cabo de tanta ausencia supiese su venida por su mandado, apartando a Darisio donde ninguno lo pudiese oír, le dijo:

—Mi verdadero amigo, como yo no tenga persona de quien poder lo más secreto de mi corazón fiar como de vos he hecho, no puedo dejar de daros trabajo en tanto que a mí me lo diere la fatiga con que mi triste vida vive hasta que Dios traiga el remedio que para sustentarla es necesario. Y pues que ya sabéis lo que me va en que la princesa antes de mí que de otro sepa mi venida, por que no piense que yo me descuido punto de lo que a su servicio debo os ruego que vos, como testigo de vista, vais a darle cuenta de todo antes que yo llegue y me desculpéis de lo que de su servicio he estado ausente, pues sabéis la causa que para ello he tenido y la pasión y tormento que todas las horas mi corazón en lágrimas tiene deshecho.

—Mi señor —dijo Darisio—, justo es que tengáis la confianza de mi voluntad para serviros, como yo la he tener todos los días de mi vida, porque la orden que me habéis dado de caballería no me ha quitado, mas antes puesto en muy mayor obligación para hacerlo de aquí adelante con más cuidado. Y así, en lo que me mandáis yo haré lo que mis fuerzas bastaren para daros el contentamiento y descanso que con la princesa deseáis.

Olivante, abrazándole, le dijo:

— Bien conocido tengo yo, mi verdadero amigo, esa voluntad, y Dios me traiga a tiempo que os la pueda pagar como yo deseo. Y así, os encomiendo que luego os partáis, porque con decir que vais con mi mandado a la infanta Galarcia mi hermana, no se sospechará nada de vuestra partida.

Con esto se tornaron donde el Emperador estaba, al cual dijo Darisio que si mandaba algo para la princesa, porque él iba con cierto mandado de Olivante a la infanta su hermana.

—No más —dijo el Emperador— de que le aviséis de nuestra ida con todas las otras nuevas que habéis visto, que bien sé que no holgará poco dellas, según el amor que a Silvano hasta agora ha tenido.

Silvano que bien entendió la causa por que Darisio iba delante, le dijo sin que ninguno le oyese:

—Darisio, amigo y en la voluntad verdadero hermano mío, a mi señora la princesa besad las manos por mí y decidle que agora yo tengo más obligación de servirla y ella de hacerme a mí merced. Le suplico se acuerde de mí, para que la gloria que he recibido con lo pasado no se acabe juntamente con la vida, si para el remedio della su favor no me aprovecha. Y a vos, señor, encomiendo yo que

cuando tiempo viéredes en que vuestra ayuda me sea menester os acordéis de mí, pues la mía no os faltará como de verdadero amigo hasta la muerte.

—Perded cuidado deso, mi señor —respondió Darisio—, que en lo uno y lo otro haré vuestro mandado, porque sé la fin en que han de parar estas cosas.

Y con esto comenzó a caminar con tanta priesa que, sin acaecerle cosa ninguna que le estorbase, llegó en dos días a la ciudad; y yéndose derecho a los palacios imperiales llevando el yelmo quitado, de algunos fue conocido, los cuales a muy gran priesa lo fueron a decir a la princesa y a la infanta, que en el aposento de la princesa en aquella sazón estaban. Y cuando la princesa oyó decir que Darisio era venido, teniendo por cierto que no vendría sin aquel por quien tan penada y trabajosa vida pasaba, el sobrado placer y alegría que sintió la sacó casi de su sentido, que por poco se desmayara con la nueva alteración; mas disimulando lo mejor que pudo, que los que estaban presentes no lo entendiesen, se dejó poner la cabeza sobre un hombro de la infanta, la cual tomándole sus manos, se las apretaba, mojándolas con un sudor frío que con la congoja de no poder mostrar lo que había sentido le sobreviniera. La infanta que conoció su cuidado, con mucha gracia le dijo:

—Mi señora, nuevas de tanto placer para mí como las que Darisio me puede traer, no quiero que nadie las goce sin que primero me sean pagadas; por tanto, si la vuestra merced las quisiere oír, la paga dello quiero que sea en tomar el trabajo de ir a mi aposento, donde no quiero que por agora nadie sino nosotras las sepa hasta saber si son para poderse publicar.

—Yo quiero lo que vos, mi señora, mandáis —dijo la princesa—, que poco trabajo es éste para quien tanta parte ha de haber de vuestra alegría por lo mucho que a vos y a vuestro hermano soy en cargo.

Y con esto, dejando allí a la condesa de Arenza con todas las otras dueñas y doncellas, se van al aposento de la infanta Galarcia, adonde entrando Darisio armado con sus armas de novel caballero, hincando las rodillas delante dellas le besó las manos a entrambas, y tornándolas a besar a la princesa, le dijo:

—Excelente señora, esto hago yo en nombre de aquel que merece que todo el mundo se las bese, el cual no viene a otra cosa sino a daros cuenta de la poca razón que de estar enojada dél tenéis, porque a mí, como testigo de lo que por él ha pasado después que vuestra soberana grandeza me envió, me envía agora para que así desto como del estorbo que antes desto le detuvo os dé entera cuenta, para que juzgue la vuestra merced que, siendo caballero de la más alta doncella del mundo, así está obligado a cumplir en los casos de honra lo que debe, para que justamente pueda tener este atrevimiento. No pudo escribiros porque en la compañía del Emperador y del rey no tuvo lugar ni tiempo sin que fuese sentido, y también porque él será aquí tan presto que ya los dejé en el camino, que no tardarán en llegar más de dos días.

—Darisio —respondió la princesa—, cuando érades escudero no había quien os osase hablar cosa en perjuicio de Olivante, porque lo sabíades muy bien defender con razones; menos habrá quien agora lo ose hacer, pues que habéis tomado armas para defenderlo, las cuales no creo yo que hayan sido en vos tan mal empleadas que no sepáis hacerlo cuando sea necesario. Mas, para saber la

razón que tenéis, quiero que me digáis esas cosas que a Olivante han impedido su venida.

—Luego las diré —dijo Darisio—, mas primero quiero que las vuestras mercedes sepan unas nuevas que no poco alegres y maravilladas os harán; que sabed que aquel excelente caballero Silvano, cuyo gran valor y linaje tan encubierto ha estado hasta agora, se ha conocido por hijo del Emperador vuestro padre y hermano vuestro, y por tal el Emperador lo ha recibido, como aquél a quien su madre Silveida, una dueña que en las montañas de Liguria vive, lo ha hecho claramente entender; y todos serán aquí juntamente, que en una compañía vienen.

Tan espantadas y alegres quedaron desto que Darisio les dijo, que la infanta con el gran gozo que sintió estuvo una pieza que no podía hablar, considerando que, siendo Silvano hijo de tan alto y poderoso príncipe, aunque al presente no tuviese tantas riquezas ni señoríos para dejar de ser culpada del verdadero amor que le tenía, que el gran valor de su persona y el merecimiento della lo supliría, y su padre procuraría de ayudarle, de manera que sus deseos pudiesen parar en buen fin. Darisio que en tal cuidado la vio, le dijo:

—Mi señora, a vos me mandó que de su parte besase las manos y os suplicase le hiciédes merced de tener memoria del deseo que de serviros tiene, para pagárselo en no mudar la voluntad que hasta agora habéis mostrado de favorecerle; porque mayor necesidad es la que agora tiene, pues que el valor y merecimiento que para con los otros parece haber crecido en su persona piensa que le ha de faltar para con vos, con la obligación que sobre sí ha puesto para hacer obras por donde merezca serviros.

—Darisio —respondió la infanta—, mi voluntad, en lo que soy señora della, con la libertad que me deja lo que a mi honra y honestidad soy deudora, ganada la tiene de mí Silvano sin que yo por ello piense que pierdo punto de lo que he dicho. Si él otra cosa más que esto quisiere, no tiene que pedirme a mí, pues yo en esta parte no soy mía para responderle, ni menos para poderlo hacer.

—Mi señora —dijo Darisio—, bien hace la vuestra merced en dejar esos medios en manos de quien ha de mirarlos, no olvidando la verdadera amistad de Silvano; y por eso no hablaré más en ello.

Y con esto les comenzó a contar todo lo que a Olivante en casa del Soldán le había acaecido, con todo lo demás que hasta entonces había pasado, teniéndolas a entrambas tan maravilladas que no parecían sus cosas de Olivante, a quien no las supiese, poder ser creídas; lo cual, aunque no podía acrecentar en el leal y verdadero amor que la princesa le tenía, no por eso dejaba de sentir muy gran gloria en oír tan notables hazañas como aquel que ella más en el mundo amaba hacía y dél se publicaban, y con esto recibía el mayor contentamiento que decir se podría.

Y después que muy gran pieza así estuvieron hablando, Darisio se despidió dellas, y tornando por el camino donde los había dejado, que no quiso esperar la venida del Emperador en Constantinopla, aquella noche fue a albergar a un castillo donde muy bien lo recibieron. Y otro día por la mañana, despidiéndose del señor dél y comenzando a caminar, a la bajada de un valle, cabe una fuente, vio una gran tienda armada que unos hombres de servicio desarmando estaban, y a la puerta

della ocho caballeros que en sus caballos subían, estando armados de todas armas, que muy buenas y lucidas eran, entre los cuales el uno las tenía tan ricas que así en ellas como en su presencia señor de todos parecía. Con ellos estaba una doncella que a Darisio le pareció una de las hermosas que en su vida había visto, y aunque sus atavíos eran muy estraños y demasiadamente ricos, el semblante tenía muy triste y los ojos llorosos. Con ella estaban otras dos doncellas de la misma suerte, aunque no con gran parte tan hermosas como ella. Darisio las iba mirando, y llegando a los caballeros, los saludó; mas ellos, sin responderle, como en desdén le dejaron pasar, de que no poco airado Darisio, bien les diera el pago que merecían, si no fuera por la gran ventaja que le tenían. Y pasando adelante, habiendo andando cuanto un cuarto de legua, oyose llamar diciendo:

—Atended, caballero, que conviene que nos digáis ciertas nuevas que de vos queremos saber.

Darisio, volviendo la cabeza, vio que eran dos caballeros de los que atrás había dejado, y entre sí dijo:

—Por ventura vosotros venís a pagar el comedimiento que conmigo tuvistes.

Y parando el caballo, tomando la lanza, y su escudo al cuello, atendió. Los caballeros, como llegaron, le dijeron:

—Decid, caballero, ¿venís de la ciudad de Constantinopla?

—¿Por qué lo preguntáis? —dijo Darisio.

—Porque queríamos saber —dijeron ellos— si el Emperador queda allí, y asimismo si habéis sabido en qué parte dicen que está Olivante de Laura, porque ninguna cosa más deseamos para cumplir el deseo de quien con voluntad muy grande anda a buscarlo.

—Esa voluntad —respondió Darisio— yo no sé si es para su daño o provecho; mas yo os podré dar muy ciertas nuevas dél si primero vosotros quisiéredes satisfacerme a otro deseo que yo tengo, que es saber quién era aquella hermosa doncella que en vuestra compañía estaba.

—Esa será escusado preguntarlo —respondieron los caballeros—, porque ni vos ni otro alguno por agora no lo puede saber.

—Menos sabréis vosotros —respondió Darisio— lo que me habéis preguntado, pues que no es justo que no queriendo responder a mi pregunta esperéis respuesta de la vuestra.

—Si no la quieres dar de grado —dijo el uno dellos—, agora verás cuánto mejor te fuera que no decirla por fuerza, a lo cual no sé si dará lugar esta lanza, que me parece ver ya atravesada en tus entrañas.

Y con esto poniendo las espuelas al caballo, se dejó correr contra Darisio, el cual viendo la soberbia del caballero, estimando en poco sus amenazas, se dejó venir contra él. Y habiendo quebrado el caballero su lanza en menudas piezas, Darisio le encontró así fuertemente que con una gran herida en los pechos le hizo venir al suelo tan desacordado que muerto parecía. El otro caballero que así le vio, se dejó venir con la lanza baja contra Darisio, la cual sin poderle menear de la silla, en muchas rajas hizo volar por el aire, y poniendo mano a las espadas, se comenzaron a dar muy poderosos y fuertes golpes. Mas como Darisio era tan buen caballero, muy presto hizo a su contrario arrepentir de lo que había comenzado, porque,

sintiéndose herido en muchos lugares y teniendo a su compañero por muerto, no quiso esperar a que dél fuese lo mismo; y así, volviendo las riendas al caballo, comenzó a huir cuanto podía. Darisio que así lo vio ir, no curó de seguirlo ni de detenerse más allí, antes, tornando a proseguir su camino, iba mirando si el Emperador con todos los demás parecían, porque sabía que los había de encontrar aquel día.

CAPÍTULO III-XXV

DE CÓMO HUBO FIN LA BATALLA DE DARISIO CON LOS CABALLEROS DE LA TIENDA, Y CÓMO EL REY TIRSES Y EL PRÍNCIPE MELIADES FUERON DESPUÉS SOCORRIDOS EN UN GRAN APRIETO EN QUE ESTABAN, Y DE LO QUE MÁS AVINO

MUY poco era lo que Darisio había andado, cuando sintió que tras dél venían cinco caballeros con el que huyendo había ido, los cuales con toda la furia que los caballos podían traerlos venían diciendo:

—¡Espera, malvado caballero, que agora pagarás la muerte que a nuestro compañero diste con la tuya., aunque será poca venganza de su desventura!

Darisio, no teniendo en mucho sus amenazas, viendo que eran traidores y que contra toda orden de caballería le acometían, los esperó animosamente con la espada en la mano, porque la lanza no la tenía; y los caballeros todos seis le encontraron, metiéndole el uno dellos la lanza por los pechos del caballo, que con esto y con la fuerza de los encuentros le convino venir al suelo. Mas, queriendo vengar primero su muerte que de sus manos la recibiese, les comenzó a cargar de muy crueles y mortales golpes; mas esto le aprovechara poco, porque los caballeros eran de gran hecho de armas y los cuatro dellos le herían a caballo, porque a los dos Darisio se los había muerto.

Y estando en este estrecho, donde otra cosa que la muerte no esperaba, aunque pensaba primero satisfacerse della, llegaron Silvano y el príncipe Meliades, que, hablando en algunas cosas, de la compañía del Emperador se habían adelantado. Y conociendo que el caballero que en aquel estrecho estaba era Darisio, enlazando los yelmos y tomando las lanzas se dejaron ir contra los seis caballeros, y de los primeros encuentros los dos dellos fueron heridos de manera que sin poderse más defender cayeron en tierra habiendo dejado las vidas en satisfacción de su dañada voluntad; y poniendo mano a las espadas, comenzaron a cargar de tan ásperos y mortales golpes a los otros dos que a caballo quedaron, que muy presto los hicieron arrepentir de lo que habían comenzado, y confiando en la ligereza de sus caballos tomaron por remedio el huir, el cual les valió poco, porque. Silvano y Meliades los alcanzaron y en pago de su cobardía les quitaron las vidas.

Darisio, entretanto, se dio tan buena maña con los dos que a pie le habían quedado hiriendo, que al uno de un golpe cortó el yelmo con la cabeza hasta los

ojos, y al otro, después que algún tanto se le defendió, le hizo de otro golpe venir sin sentido al suelo, y desenlazándole el yelmo, le cortó la cabeza diciendo:

—Nunca de traidores ha de quedar simiente en el mundo, que jamás se pierde la costumbre que una vez han tomado de hacer traición.

Y acabando esto llegaron el Emperador y el rey Aureliano con todos los caballeros que con ellos venían, los cuales holgaron mucho de saber lo que había pasado, con deseo de entender la causa por que aquellos caballeros a Darisio habían acometido de aquella suerte. Darisio les dijo lo que con ellos le había acaecido, y que si no fuera por el socorro que el príncipe Meliades y Silvano le habían hecho, que ellos le quitaran la vida, según el estrecho en que le tenían. Y diciendo la manera como los había hallado y de las doncellas que con ellos estaban, al rey Tirses y al príncipe Meliades les tomó muy gran voluntad de saber quién eran, y que, si por ventura venían forzadas en poder de aquellos caballeros, hacer lo que sus fuerzas bastasen por desagruarlas, y también porque habían oído que aquel caballero preguntaba por Olivante para saber dél lo que le quería; y con este propósito se adelantaron de todos, porque con hablar y preguntar a Darisio de las cosas de Constantinopla no miraron en ellos ni sospecharon su determinación. Y así fueron hablando hasta que Darisio tuvo lugar de tomar aparte a Olivante, al cual contó todo lo que con la princesa había pasado; y por evitar prolijidad no se dice particularmente la alegría que Olivante sintió, y asimismo el demasiado gozo de Silvano, al cual Darisio dijo tan buenas razones de parte de la infanta, que él quedó satisfecho con ellas.

Y desta manera caminaron hasta llegar a un valle de muy hermosas fuentes y arboleda, donde el Emperador había mandado que les tuviesen aparejado de comer, y allí hallaron menos al rey y al príncipe, que en demanda del caballero y las doncellas habían ido. Y caminando todo el día hasta la noche, fueron a albergar a una villa que Bradar se decía, la cual estaba asentada entre dos grandes rocas en que la mar batía; y siendo cuanto una hora de la noche pasada, que el Emperador con todos aquellos caballeros cenando estaban, llegó un escudero del rey Tirses, que con muy grandes llantos y voces venía diciendo:

—¡Ay señores, por Dios que socorráis a vuestros grandes amigos el rey Tirses y el príncipe Meliades, que con gran peligro de sus vidas quedan cercados de más de sesenta caballeros que la muerte procuran darles, y será gran maravilla si cuando allá llegáredes estuvieren vivos!

Todos se alborotaron tanto con estas nuevas, que, dejando las tablas y tomando sus armas y caballos, con la mayor furia que pudieron partieron por donde el escudero los llevaba, sin consentir que el Emperador ni el rey Aureliano con ellos fuesen, porque les parecía que bastaban los que allí iban, los cuales eran Olivante y Silvano y Rosaldín y el príncipe Agrestes y el duque Tesaliano y Polinerdos y Durián de Baltar y Darisio. Y así juntos, con la gran priesa que llevaban por poder llegar a tiempo que su trabajo aprovechar pudiese, no curaron de preguntar al escudero la causa de su peligro; el cual los guio con la luna, que hacía muy clara, de manera que no habían andado aun una hora cuando sintieron el estruendo y ruido de las armas y las voces y alborotos que por prender a los dos príncipes los caballeros traían. A los cuales llegando más cerca, vieron que en una

requebrajadura de una peña estaban metidos por tener las espaldas seguras, teniendo ocho o nueve caballeros muertos delante de sí, con lo cual tenían a los otros con temor para no osarse así acercar a ellos como quisieran. Mas esto les aprovechaba poco, porque los tenían ya tan heridos y fatigados que no había en ellos otra cosa sino la muerte, si Dios a tiempo no los socorriera con la venida de Olivante y sus compañeros; los cuales bajando sus lanzas, bien cubiertos de sus escudos se dejaron correr en la furia de sus caballos, y de los primeros encuentros no hubo ninguno que no derribase el suyo muerto o herido; y sacando sus espadas, hiriéndolos con ellas muy crudamente, comenzaron a decir:

—¡Mueran los traidores que tan gran traición y aleve hacen!

Olivante comenzó a hacer tan espantables cosas, que ninguno de los contrarios osaba esperarlo delante, porque no daba golpe que no matase o hiriese tan mal al caballero que alcanzaba, que en poco de tiempo más de diez dellos había derribado mortalmente heridos. No menos hacían sus compañeros y los dos príncipes que cercados estaban, que viendo tan buena ayuda, no fueron perezosos en cobrar dos caballos, hallándose desembarazados para poderlo hacer. Luego comenzaron a vengar sus sañas, de manera que, no pudiendo sus contrarios sufrir la mortandad y estrago que en ellos hacían, quedando treinta y cinco dellos muertos y heridos, los otros comenzaron a huir para meterse en una nao que allí junto tenían.

Los caballeros no curaron de seguirlos, por que apartándose los unos de los otros con la noche no les acaeciese algún desastre, y queriendo dar la vuelta, vieron cuatro caballeros que las tres doncellas forzadas a meter en la nao llevaban, a las cuales en los gritos que daban conocieron que contra su voluntad en compañía de aquellos caballeros andaban, y no siendo perezosos en socorrerlas, Olivante se adelantó, y llevando una lanza que para esto había tomado, se dejó ir contra uno de los caballeros que delante de los otros asimismo con otra lanza se había puesto; la cual haciéndola pedazos muy menudos en el escudo de Olivante, cayó mortalmente herido del caballo, porque, habiéndole Olivante: falsado las armas, la lanza le salió a las espaldas. Los otros caballeros, viendo tan poderoso encuentro, hicieron lo que sus compañeros habían hecho, procurando con su huida de salvar las vidas; y siendo recibidos de los otros en un barco, se acogieron a la mar, y alzando las áncoras, echaron las velas al viento con tan gran temor, que aun allí no se tenían por seguros.

Las doncellas, que con Olivante y con todos los otros caballeros estaban, hacían tan gran llanto, con tan dolorosas lamentaciones, que, con gran lástima de verlas así, fueron por ellos rogadas que la causa de su tristeza y desventura les dijese, y de la manera que en compañía de aquellos caballeros venían, porque para todo lo que su ayuda hubiesen menester, hasta perder las vidas no las desampararían. La una de las doncellas, que señora de las otras parecía, dándoles por lo que decían muy grandes gracias, con la voz ronca de llorar les comenzó a decir:

—Donde tan gran bondad y fortaleza de las armas se ha mostrado, excelentes y valerosos caballeros, como en la experiencia presente se puede haber visto, con mucha razón se podrá esperar que usaréis la virtud y misericordia a mí prometida, pues por la mayor parte las vemos andar en una compañía. Y con esta confianza, aunque en extranjera tierra y de estraña ley, no dejaré de confesar que yo sea la

infanta Polamira, hija del rey de Damasco, a la cual los soberanos dioses para mayor desventura naciendo en tan alto estado dotaron de alguna hermosura para que con ella fuese perseguida y gustase de los amargos y desastrados casos a que la fortuna sujetos y aparejados a todos los mortales tiene. Y habrá quince días que, estando yo en una casa de placer que el rey cerca de la mar tiene, acompañada de algunas doncellas mías y de caballeros que en mi guarda andaban, saliendo una tarde a pasar el tiempo cabe una fuente que entre unos árboles cerca de allí estaban en una floresta, de lo más espeso della salieron hasta treinta caballeros, y tomando los seis dellos a mí y a estas dos doncellas mías, nos llevaron hasta la mar, adonde teniendo aparejada una nao. en un punto en ella nos metieron; y tornando ellos con otros que en la nao quedaban a ayudar a sus compañeros, muy presto hubo fin la batalla, porque los caballeros que conmigo estaban no eran sino ocho; a los cuales dejando muertos, a la nao se recogieron, y alzando áncoras y tendiendo las velas, por la mar se meten navegando. Yo iba tan fuera de mi juicio y tan sin sentido como una tan grande y súbita desventura lo requería. El uno de aquellos caballeros, queriéndome consolar, me dijo que yo iba en poder del fuerte Brandarque, señor del monte Rifeo, con el que yo no podía dejar de ser muy bienaventurada, porque él había venido con intención de pedirme por mujer al rey mi padre; y que, pues Dios lo había guiado tan bien que me pudiese haber tan a su salvo, que él quería gozar de lo que la fortuna le había otorgado. Y con esto, sin aprovechar mis llantos ninguna cosa para esecutar mi desventura, con las mejores razones que pude, y porque los soberanos dioses me ayudaron para ello, me defendí para que mi persona no recibiese deshonor, teniendo confianza que algún socorro sucedería para mi desventura. Y así fue, que, habiéndonos tomado una muy gran tormenta, los vientos forzaron la nao de manera que aportamos a esta tierra, adonde no poco contento se halló el fuerte Brandarque, pensando hallar aquí a un caballero que se dice Olivante de Laura, del cual mostraba tener mucho deseo de tomar venganza por cierta injuria que decía haberle hecho. Y con este propósito, y también por hacer algún pesar al Emperador, cuyo enemigo era, se fue dese puerto adonde la nao quedaba a andar por esta tierra algunos días, adonde sucedió haberos, señores, encontrado, como habéis visto, para que, saliendo yo de su poder, quedase en el vuestro, en el cual tengo confianza que a lo menos mi persona no será deshonrada, pues la virtud y fortaleza que en vuestros corazones se ha mostrado en las armas creo que no os faltará para doleros de una tan desventurada doncella como yo he sido.

Muy espantados quedaron los caballeros y con muy gran lástima de oír a la infanta Polamira su desastrada ventura, a la cual con la mesura y acatamiento que su real persona y estraña hermosura merecía comenzaron a consolar con las mejores razones que supieron, y principalmente el príncipe Meliades, que por ser de su ley y persona de tan gran estado se dolía más della; y así, suplicó a Olivante y a aquellos caballeros de dar libertad a aquella infanta y a él licencia para que sus cosas pudiese tomar a su cargo y hacer por ella lo que pudiese hasta que en todo fuese contenta de su desventura y trabajos pasados, Todos lo tuvieron por bien, y Olivante en nombre de todos le respondió:

—Poderoso príncipe, todos deseamos serviros, y en cosas de mayor calidad mostraremos siempre la obligación que tenemos; y en esto que hacéis antes se os deben gracias por ello. Y para todo lo que fuere necesario hasta que la fortuna vuelva en su prosperidad a esta hermosa infanta nos hallaréis aparejados para no rehusar ningún trabajo.

Meliades le dio las gracias de lo que decía, y la infanta Polamira se humilló a todos ellos, encareciendo mucho la merced que le hacían, y principalmente al príncipe Meliades, que, con ser de su ley, fue muy consolada y con muy grande esperanza de su remedio. Y todos aquellos príncipes y caballeros, con muy gran contentamiento de haber hecho aquel socorro a tan alta y preciada infanta, se volvieron, yendo contando el rey Tirsés cómo por saber quién ella era habían sido acometidos de diez caballeros, y después de todos los que en la nao venían, hasta ponerlos en el estrecho que se ha dicho.

No hubieron caminado mucho cuando al Emperador y al rey Aureliano encontraron, que, no pudiendo sufrir sus corazones el desasosiego con que quedaron, iban a saber el suceso de la aventura; y no con poco contentamiento de todos contaron lo que con los caballeros les había acaecido. El Emperador y el rey, sabiendo quién la infanta era, la recibieron con muy amorosas razones, prometiéndole en todo lo que pudiesen su libertad y remedio. La infanta con muy grande humildad les besó las manos, pareciéndole que la ventura no la había olvidado del todo, pues a tal parte la había traído donde tan gran voluntad había hallado.

Todos iban muy pagados de su estremada gracia y hermosura, pero principalmente el príncipe Meliades, al cual no perdonando las fuerzas del soberano amor, que hasta entonces libre dellas se había hallado, de tal manera sojuzgaron su libre corazón, que, dándolo del todo a la infanta Polamira, quedó tan sin la libertad que de antes tenía, que de aquella hora propuso de servirla y tomarla por señora, si dello fuese contenta, lo cual le sucedió de la manera que deseaba, como adelante se dirá.

Desta manera tornaron a la villa de Bradar, donde los caballeros fueron curados de algunas pequeñas llagas que tenían, principalmente el rey Tirsés y el príncipe Meliades, que más llagados estaban por haberse visto en mayor afrenta. Y deteniéndose allí el Emperador y el rey Aureliano tres días hasta que los caballeros estuvieron mejor de sus heridas para poder tornar a su camino, al²⁵⁸ cuarto día comenzaron todos a caminar la vía de la ciudad de Constantinopla con tan gran alegría y contentamiento, que bien lo mostraban en el regocijo que llevaban.

El príncipe Meliades llevaba siempre por la rienda a la hermosa infanta Polamira, y como algunas veces se hallasen solos y él tuviese lugar de descubrirle su deseo y voluntad, lo hizo con tan dulces y amorosas razones y llenas de tan gran fuerza, que, considerando la infanta el verdadero amor que le mostraba y cuán gran príncipe y señor era, y que en el mundo no habría casamiento que mejor le estoviese, le respondió de manera que, después de pasadas entre ellos muchas

²⁵⁸ Orig.: ‘y al’ (253r).

cosas que por evitar prolijidad no se dicen, se desposaron entrambos, estando tan satisfechos el uno del otro, que les duró todo el tiempo de su vida.

Así caminaron aquellos dos días, a cabo de los cuales llegaron a vista de aquella ciudad de Constantinopla, la cual alteró tanto los ánimos de Olivante y de Silvano, que, mirando los imperiales palacios, iban suspensos y tan fuera de sí que ninguna cosa oían de lo que se hablaba. Los campos estaban llenos de la gente que de la ciudad salía para ver a Olivante, que de todos tanpreciado y amado era, y asimismo deseaban ver a Silvano, sabiendo ser hijo del Emperador; y así, llegaban todos con grande acatamiento a hablarles. Olivante y Silvano los recibían tan bien, que todos iban muy contentos dellos y de su amorosa gracia y buenas razones.

Desta manera entraron por la ciudad y llegaron al palacio, donde, habiéndose todos apeado y subiendo a la sala principal, hallaron en ella aquella divina y soberana princesa Lucenda con la muy hermosa y preciada infanta Galarcia, acompañadas de muchas dueñas y doncellas de gran valor, y tan turbadas de ver delante de sí a aquellos que su libertad habían llevado consigo, que apenas podían tenerse en sus pies; pero, disimulándolo lo mejor que pudieron, besaron las manos al Emperador y al rey Aureliano. Y llegando Olivante ante la princesa Lucenda, hincó las rodillas con el acatamiento que debía, y tomándole sus muy hermosas manos, se las besó, sin ser ella parte para poderse, con la turbación que tenía, contradecir. Y sin poderse los unos a los otros hablar palabra ninguna se entraron con el Emperador hasta su aposento; el cual como trujese ya determinado en su corazón de poner en efecto lo que tantos días había deseado, que era hacer los casamientos de aquel tanpreciado príncipe Olivante de Laura con la soberana princesa Lucenda su hija, por tener entendido que con otra ninguna cosa le podía gratificar las muchos y crecidos servicios que le había hecho, lo puso luego por obra, juntamente con las casamientos del buen caballero Silvano con la muy excelente infanta Galarcia, hija del rey Aureliano, en donde acaecieron las más estrañas y espantables aventuras que jamás en el mundo fueron oídas, las cuales en la cuarta parte desta historia se tratan muy por estenso. Saldrá con toda la más brevedad que el auctor pudiere.

FIN DEL TERCERO LIBRO Y DE TODA LA OBRA



Fue impreso el presente libro en la muy noble y rica ciudad de Barcelona, en casa de Claude Bornat, impresor y librero al Águila Fuerte.²⁵⁹ Acabose de imprimir a diez días del mes de julio del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro.

²⁵⁹ No me consta que en Barcelona hubiese calle o barrio con ese nombre. Probablemente era el emblema que el impresor colocó en la fachada del local.